

ALFAGUARA

Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras



En Pueblanueva del Conde, imaginaria villa marinera gallega, todo se agita por el regreso de Carlos Deza, último de los Churruchaos, antiguos señores de la villa. Cayetano Salgado, amigo de la infancia de Carlos y nuevo señor, ve peligrar su posición, y hará lo posible por mantener su poder sobre el pueblo. Doña Mariana, última representante de los Churruchaos hasta la llegada de Carlos, pretende que este acepte su herencia de sangre, para mantener las cosas como siempre frente al nuevo poder, pero Carlos no quiere inmiscuirse. Tiempo después, el pulso entre el viejo y el nuevo poder continúa. Rosario, amante de Cayetano, lo abandona y se va con Carlos. Lo que parecía una lucha por el poder social y económico baja al terreno de las pasiones, y ahí Cayetano es menos poderoso. El enfrentamiento parece decantarse del lado de Carlos, pero Cayetano no tiene prisa. Clara Aldán, otra Churruchao venida a menos, pobre y desesperada, pasa a llenar un nuevo campo de batalla entre ambos contendientes, a los que se une Juan Aldán, hermano de Clara. Y en la Pascua vendrá la tristeza.

Excelente retrato de la realidad de la sociedad gallega de preguerra, Los gozos y las sombras presenta un análisis profundo de las características de esa sociedad y de su paso del siglo XIX al capitalismo, en el que todo cambia para que todo siga igual.



Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras

ePub r1.0

Titivillus 21.03.17

Gonzalo Torrente Ballester, 1957

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LIBRO I

EL SEÑOR LLEGA

A quien más dolor me causa

La venida de Carlos Deza a Pueblanueva del Conde, si bien se considera, no fue venida, sino regreso. La precedieron anuncios, y aun profecías, especie de bombo y platillos con los que se quiso como de acuerdo, rodearla de importancia; y hubiera estado bien si las esperanzas levantadas con tanta música no hubieran de ser desbaratadas luego por el propio interesado. Pero la música y la bambolla estuvieron de más. Carlos se fue, o más bien se lo llevaron, cuando era muchacho, y más tarde regresó. El número de los que vuelven nunca es tan grande como el de los que se van, y no puede decirse que todos los que regresan hayan de ser considerados como personajes. Unos traen dinero, automóvil y una leontina; otros, más modestos, un sombrero de paja y un acordeón; los más, una enfermedad de la que mueren, y todos, todos, el acento cambiado y cierta afición a hablar de los que todavía quedan en la emigración, de los que han de volver y de los que ya no volverán, por vergüenza de su mala suerte o porque se han muerto. En cierto modo, todos estos forman grupo; en la calle, los días de feria, o en el casino, si son socios; por haber estado lejos y haber visto mundo, se les considera, y por la experiencia que tienen, se les consulta sobre las elecciones, o si conviene poner la fuente nueva aquí o allá, o si verdaderamente importa mantener las líneas de autobuses con La Coruña o pedir al Gobierno que de una vez haga el prometido ferrocarril. Pero Carlos, ni estuvo tan lejos, ni se ha traído automóvil, ni una leontina, ni siquiera un acordeón; y si se le pregunta sobre la fuente nueva, se encoge de hombros y sonríe.

Quedamos en que, más que venida, fue regreso el suyo y que no había para qué ponerse así. Pero si sobran los anuncios y las profecías, hay que reconocer que no era difícil haberlas hecho. Porque, sin ser de los que van a

América, donde hay que pelear con la suerte y con la muerte, otros como él también se fueron, y volvieron. De unos, nadie lo recuerda, apenas: así de don Fernando, padre de Carlos, que llegó a diputado, y un día regresó, se casó y vivió en su pazo, hasta que marchó de nuevo sin que se haya sabido a dónde, ni cómo, ni por qué. Doña Mariana también se había marchado, puesto que regresó, y esto es también historia antigua, pero sabido de todos. Que el padre de Carlos y doña Mariana se hubieran ido y hubieran regresado, nada prejuzga. Pero también se fue y regresó Eugenio Quiroga, y, más tarde, Juanito Aldán; y lo de estos dos ya supone algo. Era fácil decir: también volverá Carlos. Era fácil. Y no había para qué ponerse así.

La primera en sacar las cosas de quicio fue doña Matilde, su madre. Que la pobre lo hiciera no tiene nada de extraño. Le llegaban con cuentos de Cayetano Salgado. Le decían, por ejemplo: «Cayetano hace, o tiene, o puede»; y ella respondía: «Ya verán cuando venga mi hijo». O bien alguien aseguraba que Cayetano era muy guapo; y entonces ella mostraba el retrato de Carlos, que siempre fue feo hasta en fotografía. O se hacían las amilagradas de que Cayetano estuviese en Londres, y ella hablaba de Viena como de ciudad más importante, en la que nadie de Pueblanueva había estado ni había oído hablar, porque decir de los valsos que eran de Viena era como decirlo del pan. Quién, creyó que Viena era una panadería, y cuando doña Matilde mostraba las tarjetas postales con palacios, iglesias y parques, abría la boca de una cuarta: «¡Ah! ¿Es que el pan viene de ahí?».

La pobre doña Matilde se pasó varios años hablando de la vuelta de su hijo, casi amenazando con ella, y se murió sin verla, pero segura de que un día había de acontecer. Todas las disposiciones del testamento la daban por segura. Hubiera sido un mal hijo Carlos de quedarse en el extranjero, o de irse a Madrid directamente sin pasar por Pueblanueva. ¡Si hasta el lugar del cementerio donde yacía doña Matilde era provisional, porque había dispuesto que su hijo eligiese la huesa definitiva! ¡Bah! ¡Tanto preocuparse por lo que pase después de muerta!...

Lo de que amenazaba con el regreso de Carlos es la pura verdad. No es que las cosas de Pueblanueva marchen tan bien que sean perfectas, pero no están como para amenazas. Es cierto que Cayetano manda, pero alguien ha de mandar. Si a todas las madres se les ocurriese que habían de ser sus hijos

los mandones, ¡menudo berenjenal se armaría entre ellas! Doña Matilde había cogido esa perra como pudo coger otra cualquiera: cosas de vieja. Por otra parte, hay razones para explicarlo. El mandón había sido siempre un Churruchao: Deza o Sarmiento, Aldán o Quiroga, y por primera vez alguien mandaba, ajeno al clan. Pero mandaba por conquista, no por herencia; por la fuerza de su dinero, no de bóbilis, bóbilis; mandaba por redaños y nadie se movía. El cisma se armó con los anuncios y profecías, pero fue poco duradero. «Mi hijo va a venir pronto y ya veréis cómo pone en orden las cosas», decía doña Matilde. Y alguien bajaba del pazo con el cuento, pasaba de unos a otros, y la amenaza tuvo eco, y el cisma, partidarios. Nunca faltan amigos de novedades, y revoltosos atosigados, y descontentos silenciosos: para estos, cualquier ocasión es buena, aunque sea cambiar de amo. Si por un lado les han tundido las costillas, buscan quien se las tunda por el otro, y tan contentos.

Eugenio Quiroga regresó calladamente, ya va para veinte años; quiso pintar a una moza desnuda y le armaron un lío; luego se fue al convento y se metió a fraile: a nadie se le ocurrió pensar que pretendiese echar a los Salgado del mando, y menos del mundo. Y Juanito Aldán volvió tan desacreditado, que cuando empezó a hablar del anarquismo y de todo eso, lo enviaron a paseo. Los dos predicán, uno en la iglesia, el otro en la taberna, pero nadie les toma en serio lo que dicen: porque Pueblanueva no será capital de provincia, ni cabeza de partido, pero no faltan en el casino gentes ilustradas y entendidas: don Lino, el maestro, republicano de siempre, o don Casto, que fue en Buenos Aires presidente de la Sociedad de Hijos de Pueblanueva, y aunque vive en La Coruña, pasa aquí los veranos; y algunos más. Ya sin hablar de Cayetano.

Contando con esto, doña Matilde debió callar la boca. Pero habló, y ese fue su mal. Los que perdían al mus, se hicieron partidarios de Carlos, solo porque Cayetano ganaba siempre. Los propietarios de tiendas sin clientela se pasaron a Carlos solo porque el astillero de Cayetano es un negocio de millones. Los que tenían hijas mozas de buen ver cambiaron de chaqueta solo porque Cayetano se había acostado con ellas o acabaría acostándose. Y así los demás. Nadie sabe qué esperaban, ni por qué. Hubiera sido razonable de un ingeniero o de un ricacho, pero Carlos era médico de locos,

y nada más. Un médico de locos es la misma persona, que estudie en Viena o en Santiago de Compostela. Podrá curar a los imbéciles, pero el mangoneo de Pueblanueva es otro cantar, y nada fácil, por cierto. Para mandar en Pueblanueva, hoy por hoy, se necesitan riñones y dinero.

Doña Matilde describía a su hijo a su manera, el auditorio interpretaba a la suya, y la especie, llegada a los corrillos, se transformaba al gusto de cada cual. Ya se sabe lo que pasa con los cuentos. Y como lo que doña Matilde contaba de su hijo, inventado por ella, tocaba en el milagro, se tuvo a Carlos por una especie de curalotodo que así levantaba la paletilla como sacaba los demonios. Esto último no hacía mucha gracia a los curas, porque, desde siempre, los demonios no salen del cuerpo más que yendo en romería a la ermita de San Andrés, conforme se sale de la ría, a la derecha; y si Carlos los expulsaba de los cuerpos sin el concurso del santo, la ermita quedaría sin clientela. De los curas viene el cuento de la brujería de Carlos. El día que don Julián disputó con don Lino, este se puso de la parte de Carlos y de la ciencia, y el cura le respondió que, fuera de Dios Nuestro Señor y de sus santos, solo el demonio puede hacer curaciones, y que si Carlos las hacía, el demonio tendría que ver con sus artes. En aquella ocasión don Lino tuvo pocos partidarios. La gente se inclinó por don Julián, y si hasta entonces la reputación de Carlos permanecía en cierto modo vaga, desde entonces se concretó como profesional del meigallo científico. Es posible que algunos esperasen que apareciera vestido con un batón negro bordado de estrellas, un cucurucho en la cabeza, y en la mano la vara de las virtudes. Pero, así o de otro modo, los cismáticos no dudaron que podría desbancar a Cayetano y mandar en Pueblanueva.

El padre Eugenio tuvo también su parte. El padre Eugenio, desde que se ordenó, venía todos los domingos a predicar el Evangelio, si no es durante la Semana Santa, que permanecía en el monasterio. Se empezó a decir que Carlos llegaría para Navidades. El padre Eugenio, así como un mes antes, comenzó las profecías desde el púlpito, y aunque no se nombró a Carlos para nada, todo el mundo lo entendió desde el principio. «Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y majestad». La gente se miraba, y don Julián, que medio se había dormido en el presbiterio, levantó la cabeza, asustado. Fue por el tono con que el padre Eugenio lo

dijo; que las palabras, según se supo luego, eran del Evangelio. Al domingo siguiente, lo que gritó fue esto otro, comentado después: «Excita, Señor, nuestros corazones, a preparar el camino de tu Unigénito», y todo se le volvía luego hablar de esperanzas y redenciones, como si Carlos, cuando viniese, fuera a repartir las tierras, a curar a los tísicos y hacernos iguales a todos. Andaba la gente revuelta, después de este domingo, y taciturna, y aunque pocos se hablaban, todos, al mirarse, se entendían; más o menos como cuando vino la República, que nadie osaba hablar de ella claramente, pero se comunicaban las esperanzas con escasas palabras; y si esta de Carlos sucedió en los mismos términos, fue, seguramente, por el poco tiempo que la República llevaba, y porque la gente no estaba muy contenta y creía que Carlos iba a traer lo que la República no les había dado: lo cual sucede por culpa de los que prometen sin discreción cosas que luego no podrán cumplir. El tercer domingo, el padre Eugenio habló del Precursor, y empezó a decir cómo era, y todos vimos que estaba retratando a Juanito Aldán, tan largo y seco como el propio padre Eugenio, y al referirse a sus discípulos, era verdaderamente a los pescadores a quienes se refería, porque Aldán hablaba en las tabernas a los pescadores y de la revolución social y de todas esas gaitas. Hasta entonces, el revoltijo no había bajado a las tabernas, pero, aunque los pescadores no van a misa, no faltó quien les refiriese lo del sermón, y así se alborotaron. Se alegraban, además, de que alguien contase con ellos, aunque fuese el padre Eugenio. Y Aldán les predicó aquel día que el nuevo mundo no podría hacer nada sin el proletariado. Por último, el domingo cuarto, el fraile repitió muchas veces que «el Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan de verdad», y explicó también que en otros tiempos los cristianos saludaban, diciendo: «El Señor viene, el Señor llega», y que para los cristianos el Señor estaba siempre llegando de verdad, y que ahora iba a llegar a Pueblanueva y, con Él, su reino y su justicia. Cayetano tuvo que tomar cartas en el asunto. Dijo en el casino que el padre Eugenio estaba loco, y que si seguía por aquel camino, hablaría a las autoridades. El propio don Lino, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, más que nada por ser Carlos hombre de ciencia, se pasó al bando de Cayetano, porque él no podía estar con los fomentadores de la superchería. Estas

palabras fueron de gran efecto en el casino, ya que don Lino tenía con Cayetano un antiguo resentimiento a causa de su mujer, con la que Cayetano había andado un par de años antes; y la reputación de don Lino ganó mucho al ver los socios del casino y demás gentes de bien cómo sacrificaban sus rencores a sus convicciones. Aquella tarde, el maestro ganó al tresillo más de lo corriente, en parte por la suerte, ya que juntó espada-mala-basto dos o tres veces, en parte porque los otros le dejaban jugar siempre y ganar, en atención al sacrificio. Que a los pocos días su hijo mayor, un mangante sin oficio ni beneficio, entrase en las oficinas del astillero con sueldo de meritorio, fue una galantería particular de Cayetano. La verdad es que, si antes no lo había hecho, la culpa fuera de don Lino, porque Cayetano se portó siempre bien con las mujeres, y el astillero está lleno de padres, hermanos y maridos de sus queridas. Don Lino se mosqueó lo suyo cuando lo del lío, y alardeó contra Cayetano, pensando que por tener un sueldo del Estado podría mantenerse independiente; y cuando vino la República, trabajó por ella como si trabajase contra Cayetano; pero este, desde sus viajes, renegaba del rey por lo bajo, y poco antes de las elecciones mandó a todos sus obreros que votasen por los republicanos; y él mismo se hizo socialista, con lo cual sacó a los concejales que quiso y dejó a don Lino en el aire. Era una pena el malentendido entre los dos, y todos lo lamentaban, y no faltó quien dijese al maestro —o, al menos, así se cuenta—, que la culpa de que Cayetano se hubiese acostado con su mujer solo la tenía ella. Afortunadamente, la llegada de Carlos, o, mejor, los disparates de fray Eugenio, volvieron a la amistad a estos dos hombres, y entre las personas sensatas hubo un respiro como de alivio, porque hubiera sido un contratiempo que don Lino se convirtiese al cisma. Conviene recordar que por estos días, antes de Nochebuena, hacía muy mal tiempo, y se habían perdido dos barcos con sus tripulaciones: uno, estrellado en los acantilados, y el otro, hundido Dios sabe dónde, sin dejar rastro; y esta circunstancia patética favorecía los disparates, sobre todo entre las clases más afectadas por la desgracia o más temerosas de que se repitiese. Por fortuna, el cuarto domingo de Adviento roló hacia el nordés, y luego vinieron las nieblas y el orballo, con mejor temperatura y mar llana. Pero el temporal de las almas tardó más tiempo en amainar. Es el caso que todos tenían algo que ganar y

nada que perder, andaban por aquellos días alucinados como cuando vienen los misioneros y arman esos pitotes con amenazas de infierno. Como hubo buena pesca, los taberneros vendieron vino en abundancia. Pero en todos esos lugares, los espías de Cayetano tomaron nota de cuanto se decía, y por quién: en el astillero despidieron a diez o doce, por traidores.

Nadie sabrá jamás la parte habida por doña Mariana Sarmiento en el jaleo. Doña Mariana apenas era pariente de Carlos, y, sin embargo, le escribía desde la muerte de doña Matilde, le administraba las tierras y le cobraba los cuatro cuartos que rentaban. Que el padre Eugenio no le habló, está probado. Que ella se dormía durante los sermones del domingo, todo el mundo pudo verlo, y no es nada nuevo, porque se dormía siempre. Tampoco dijo a nadie cuándo llegaba Carlos, pero se pudo colegir de la visita que hizo una tarde al pazo, y del tiempo que pasó en él, recorriéndolo todo, y de las órdenes que dio para que lo limpiasen y adecentasen un poco. Pero aquello no había manera de adecentarlo, aunque vinieran treinta mujeres y fregasen durante quince días seguidos, porque lo que necesitaba, más que treinta mujeres, eran treinta albañiles y carpinteros, y algunos meses de trabajo. Por lo cual, doña Mariana dejó el pazo cerrado y dispuso en su casa habitación para Carlos. Eso sucedía cosa de una semana antes de la llegada. Las noticias venían por Aurora la Rucha, hija de Manuela la Rañesa y de un patrón de pesca llamado el Rucho, que había dejado hijos por un lado y por otro. Manuela cocinaba para doña Mariana y Aurora servía de doncella, y no podía ver a su ama porque la obligaba a vestirse de negro, con cofia y delantal, como en las capitales, sin que pudiera quitárselos cuando salía a la calle, y así todo el mundo conocía que era sirvienta; aunque en este punto nadie dio la razón a la Rucha, porque es natural que todo el mundo manifieste por el traje la condición. Lo que sucedía es que entre Aurora y doña Mariana existían otros resentimientos. Aurora nació en la casa, que doña Mariana se portó bien con Manuela cuando quedó preñada. Pero, a los quince o dieciséis años, la Rucha empezó a verse con los mozos, y a escaparse por las noches, y doña Mariana, que andaba sobre aviso, la metió en cintura con buenas broncas y amenazas de poner en la calle a la madre y a la hija, si seguía en aquellos pasos. Y aquí sí que la gente estuvo de parte de la Rucha, porque ni doña Mariana era

quién para meterse en esto y en lo otro, que para eso estaba la madre de la Rucha, ni tenía autoridad moral para hacerlo, por lo de ese hijo que doña Mariana tuvo, de soltera, como todo el mundo sabe. Una mujer no puede reprochar a las demás sus propios pecados.

La Rucha andaba de emisaria entre la casa y la calle. Cómo se preparó la habitación y se eligieron sábanas finas y colchas de damasco; cómo se encargaron vinos a La Coruña, vinos de mesa, embotellados y coñac bueno; cómo la vieja andaba endemoniada porque el piano desafinaba y no había a mano quien lo afinase, ya que ella no se fiaba de Paquito el Relojero, que es quien afina los dos o tres pianos que hay en el pueblo: esto y muchos detalles más los contó la Rucha. Y todo el que tenía dos dedos de frente se preguntaba a qué venían tantos preparativos y tanto amor a Carlos, al que doña Mariana, si le conocía, no debía recordar. Carlos marchó de Pueblanueva hace quince años, para estudiar en la universidad. Estuvo en Santiago, después en Madrid. Finalmente marchó al extranjero. En este tiempo, doña Matilde fue a verle alguna vez, pero doña Mariana no le vio nunca, ni se sabe que se hayan escrito hasta la muerte de doña Matilde.

Hay un misterio en todo esto, y cuantos llevan la cabeza sobre los hombros se echaron a conjeturar. Porque es notorio que doña Matilde odiaba a doña Mariana, y que en los últimos treinta años se vieron dos o tres veces nada más, y discutieron, y pelearon. ¿Por qué se marchó Carlos y no volvió? Pase que no haya venido desde Viena, que está lejos y el viaje debe de ser caro; pero Santiago está ahí al lado, y Madrid no mucho más allá. Iba su madre a verle, que le costaba igual. Carlos podía haber venido a pasar las vacaciones en su casa y con su madre. Cualquier buen hijo lo hace. Alguna vez hablaron de esto a doña Matilde, y ella se revolvió, diciendo que Carlos no vendría hasta que hubiese terminado la carrera, y que ella no quería que viniese. Pero acabó la carrera, y marchó a Viena sin venir. Algo cambió, sin embargo, porque desde entonces, doña Matilde comenzó sus predicciones y sus amenazas. «Ya verán todos cuando Carlos venga».

«Cosas de Churruchaos.» Es lo que suele decirse como recurso fácil, como si se dijese: cosas de locos. Pero los Churruchaos no están locos ni lo estuvieron. Doña Matilde fue en todo una mujer razonable, aunque

orgullosa; se sacrificó hasta morir para que Carlos tuviera estudios, y si en su mano estuviera, le hubiera dejado una fortuna, y no el pazo y las cuatro tierras desperdigadas que le quedaron. Tampoco doña Mariana está loca. ¡No, esta no! Pero doña Matilde impidió que su hijo viniese a Pueblanueva, y doña Mariana, que no debe recordar ni la cara que tiene, hace preparativos para recibirlo como si fuera un hijo o un marido. Sábanas de hilo, colcha de damasco, y el piano desafinado. En el casino daríamos cualquier cosa por estar en el ajo.

—¿Usted recuerda a Carlos, don Cayetano?

—¡Claro que lo recuerdo! Es de mi edad, meses más, meses menos. Y hemos jugado juntos muchas veces.

—Entonces son ustedes amigos.

—Amigos, lo que se dice amigos...

Cayetano sonrió y encendió su pitillo.

—Mire usted, Carlos y yo, y ese muerto de hambre de Juanito Aldán, jugábamos de niños. Eran unos insoportables presumidos. Muchas veces subíamos a las ruinas del castillo, y entonces, Aldán y Carlos comenzaban a llamar al espíritu del conde don Fernando, el que ajusticiaron en la plaza por mandato de los Reyes Católicos. Hacían como que se les aparecía el conde, se ponían a hablar con él, y a mí no me dejaban escuchar la conversación porque yo era un siervo.

—¿Un siervo? ¿Usted un siervo?

¡Un siervo! ¡Don Cayetano un siervo! ¡El más rico, el amo de Pueblanueva!

Cayetano Salgado sabe más que nadie de los Churruchaos. A veces deja escapar un detalle, como sin darse cuenta.

Cuando Carlos Deza marchó a la universidad, su madre intentó vender las tierras de su marido a don Jaime Salgado, el padre de Cayetano. Doña Mariana se metió por medio e impidió la venta.

Lo cierto es que Cayetano no lo contó nunca así. Hubiera tenido que confesar que su padre obedece a doña Mariana, y esto Cayetano no lo reconocerá jamás.

Doña Matilde no pudo vender sus tierras, y hasta pasados algunos años

no volvieron a verse doña Mariana y ella. ¿De dónde sacó doña Matilde el dinero que Carlos necesitaba? Y si se lo dio doña Mariana, ¿por qué lo hizo?

No, no. Carlos no es el hijo de doña Mariana. El hijo de doña Mariana está en América. Carlos es hijo de doña Matilde y de don Fernando Deza: lo hemos visto nacer, y crecer, hasta que acabó el bachillerato y lo enviaron a la universidad. Paquito el Relojero, que aunque está loco, tiene la mejor memoria del pueblo, quizá por loco, recuerda con precisión de horas todas las fechas exactas: cuándo vino de Madrid y cuándo volvió a marchar doña Mariana, cuándo se casó don Fernando Deza y cuándo doña Matilde parió a Carlos.

Doña Mariana y don Fernando Deza eran amigos, pero don Fernando no fue el amante de doña Mariana. El amante de doña Mariana fue don Jaime Salgado. El hijo de doña Mariana es medio hermano de Cayetano.

Esto lo sabe todo el mundo, y no es levantar calumnias, aunque Paquito el Relojero, razonando sobre fechas, no esté de acuerdo. Sucedió hace muchos años, y el hijo nació con el siglo. Nació en el extranjero, fue criado en Astorga por unos maragatos que le dieron el nombre. Su madre le pagó estudios, le hizo ingeniero, y lo despachó a la Argentina.

Nadie podrá explicar por qué se supo, ni cómo. La gente, entonces, era bastante más tonta que ahora, pero ya empezaban algunos a espabilarse. No había motivos para sospechar. Doña Mariana había vivido siempre en Madrid, y solo vino a Pueblanueva a la muerte de su padre. Entonces la conoció don Jaime.

Ella se demoró en Pueblanueva cosa de cuatro meses, y regresó a la Corte. Pasó un año. Un día apareció en Pueblanueva y preparó la casa para quedarse. El hijo ya había nacido. No traía con ella criada que estuviera en el secreto y pudiera irse de la lengua, ni ella, naturalmente, lo dijo a nadie. Se sospechó, pero ¿por qué? Quizá alguna mujer. Las mujeres adivinan lo que a los hombres nos pasa inadvertido. Se sospechó. Corrieron las sospechas. Fue un silencioso escándalo. Hasta entonces, los Churruchaos solían tener hijos bastardos de muchachas labriegas, pero ninguna de sus mujeres había dado que hablar. Nadie se atrevía a murmurar de doña Mariana por falta de hábito o quizá por cobardía. Por aquellos años, decir

Churruchao todavía era decir algo. Los Churruchaos se venían abajo, no tenían dinero, vendían las tierras, y don Enrique Quiroga bebía en las tabernas. Sin embargo, aunque no fuesen respetables, había la costumbre de respetarlos. Los nativos de Pueblanueva eran todavía un poco siervos. Ya no necesitaban de los Churruchaos para sacar un hijo de quintas, ya daban sus votos a quien les pagase más, ya sabían que un lío con la justicia se arreglaba directamente con la justicia, y no por intermediarios; pero los Churruchaos eran aún los señores. El escándalo de doña Mariana fue un escándalo en voz baja; lo contaban los maridos a sus mujeres en la cama y las mujeres a sus hijas en la cocina y las muchachas a los novios en el portal. Hasta que Peix, el comerciante de paños, catalán, se atrevió a contarlo en voz alta.

Doña Mariana enviaba dinero a Astorga y de Astorga se recibían cartas. Un giro al mes y una carta al mes. Fue difícil convencer al cartero de que descubriese el nombre de los destinatarios de aquellos giros mensuales. Fue necesario prometerle un empleo en el Ayuntamiento, que por fin se le dio. Cuando Peix tuvo el nombre, un viajante, amigo suyo, que trabajaba la plaza de Astorga, se encargó de averiguar detalles y circunstancias. Peix fue durante una semana el hombre más importante de Pueblanueva. Poseía los datos del secreto y no los contaba a nadie.

¡Qué crueldad la suya, o qué talento! Su tienda parecía un jubileo. Vendió más en quince días que había vendido en un año. Se hicieron amigos suyos quienes jamás lo habían deseado. Por congraciarle, se improvisó una Junta general extraordinaria en el casino y le eligieron secretario. Por adularle, las Hijas de María nombraron tesorera a la señora de Peix. Tenía un lío con el Ayuntamiento por el reparto de las contribuciones, y se le arregló a su gusto. Su vecino, el maragato tendero de ultramarinos, no queriendo desatender la tienda, enviaba por delante a su mujer, para que sonsacase al catalán, y dicen que el catalán puso los cuernos al maragato en la trastienda, pero sin que el adulterio sirviera para que contase nada. «Pero, señores míos, ¿por qué suponen ustedes que sé algo de nuevo? ¡Mi palabra de honor que no sé más que ustedes!». Ya lo llevó Dios, al pobre, y en el otro mundo estará pagando las que hizo en este, si hay justicia; pero en aquella ocasión Pueblanueva pagó con su pelleja la curiosidad y

comprendió tardíamente que Peix era un pájaro de cuidado. «E un bon peixe, este Peix». El cuento de doña Mariana fue base de la fortuna de los Peix, un capitalito muy seguro que sus hijos se encargan ahora de dilapidar. Porque no podía más, o porque ya había conseguido cuanto le apetecía, por fin Peix reventó. Se supo que un matrimonio de Astorga criaba un niño al que había dado nombre, y que a ese matrimonio iban los cuartos mensuales de doña Mariana. Faltaba solo averiguar quién era el padre.

Se descartó en seguida a don Fernando Deza. Se había casado ya, y esperaba a Carlos, cuando nació el hijo de doña Mariana. Y antes de que esta regresase a Pueblanueva, don Fernando se fue y no volvió. No es que fuera imposible que en el matrimonio y en la desaparición de don Fernando hubiera tenido que ver doña Mariana, pero que hubieran sido amantes no lo creía nadie. Era muy brava ella, y muy apocado él. Podía ser, pero nadie lo creía. Nadie —además— deseaba creerlo. El escándalo no habría sido lo bastante morrocotudo. Un lío entre Churruchaos se quedaba entre ellos, comido con su pan.

Don Jaime Salgado la visitaba con frecuencia. Se habían hecho amigos a la muerte de don Pedro Sarmiento, cuando doña Mariana vino a hacerse cargo de la herencia. Los Salgado ya tenían su astillero montado, que era un buen negocio. Don Jaime frecuentaba la casa de doña Mariana. Don Jaime estaba ya casado y era padre de Cayetano. Frecuentaba la casa. Fue entonces cuando entró Manuela de cocinera: aún no había tenido la hija del Rucho. Manuela contaba, como era su obligación, lo que veía. Don Jaime llegaba a la casa, merendaba con doña Mariana, hablaban mucho. ¿Nada más? Manuela, por la salvación de su alma, juraba que nada más.

En casa de don Jaime había mucho disgusto. No es que a doña Angustias le faltase nada, pero su marido no había vuelto a dormir con ella desde el nacimiento de Cayetano. Doña Angustias, que había sido bonita, engordaba, se pasaba las tardes en la iglesia, y andaba siempre triste. Los domingos iba a la misa de nueve, y don Jaime a la de once: a la salida, acompañaba a doña Mariana, haciéndole homenaje. Y si se encontraban, cualquier tarde o mañana, por la playa o por el muelle, a donde ella iba a pasear, la acompañaba también, siempre respetuoso y amable, más respetuoso y más amable de lo que fuera menester. Las criadas de doña Angustias contaban de

las disputas. Una vez, doña Angustias, fuera de sí, gritó a su marido: «¡Me tienes abandonada por esa zorra!». Y don Jaime le pegó. Las criadas dicen que le pegó. No lo vieron, pero oyeron llorar a su señora. La oyeron llorar y la sintieron encerrarse en su cuarto con Cayetano, que también lloraba. «¡Me tienes abandonada por esa zorra!».

Era el dato que faltaba. En el casino, en las tiendas, en los hogares, la gente respiró. Ni entonces ni después se pudo comprobar, por detalles fidedignos, que don Jaime fuese amante de doña Mariana, que fuese el padre de su hijo; pero seguridad moral, esa la tenía todo el mundo. Seguridad y alegría. Hubiera sido un Churruchao o un sujeto foráneo y desconocido, y las cosas habrían variado. Pero don Jaime Salgado nos pertenecía. Todavía su abuelo había andado a la mar, y de su padre le venía el origen de la fortuna, por unos pocos cuartos traídos de Cuba. Y aun ahora, enriquecido, trataba a la gente con mucho comedimiento, y procuraba no ofender a nadie con la riqueza, lo que se ve pocas veces en los que medran.

Que don Jaime Salgado se acostase con doña Mariana valía tanto como si se acostasen todos los hombres honrados de Pueblanueva. Que hubiera tenido un hijo de ella, valía como si todos lo hubiéramos tenido. La justicia de este mundo llega tarde, pero llega. Durante cientos de años, los Churruchaos hicieron hijos a quienes les pareció. Durante diez o doce, cada vez que don Jaime hacía su visita, pensábamos: se va a acostar con ella. ¡Cuántas tardes, en el corrillo del casino, nos echábamos a imaginar: ahora don Jaime hará esto, hará lo otro! Y era como si nosotros mismos anduviésemos en ello. Pero el bien de Dios dura poco, y ahora, de todo aquello nos quedan los recuerdos.

La historia de doña Mariana se sigue contando. Es como esas piezas de música que aparecen en todos los programas: como «La Comparsita». Todo el mundo debe saberla. Doña Mariana continúa paseándose, tan tiesa, todos los atardeceres de bonanza, con sus perros, y la Rucha detrás; se pasea como si fuese la señora, y lo es en apariencia. La saludamos: «Buenas tardes, señora», y aún hay quien dice: «Buenas tardes nos dé Dios». Pero todos lo decimos con una sonrisa debajo de los labios, como si quisiéramos llamarle ¡zorra!, y el insulto nos quedase en la sonrisa.

I

El tren que traía a Carlos Deza de Alemania le dejó en la estación del Este, a las nueve de la mañana. Se informó. La salida más cómoda para España era a la misma hora, desde Austerlitz. Tenía por delante un día entero casi vacante, porque la visita a don Gonzalo Sarmiento le consumiría poco rato. Dejó consignado el equipaje, y con un maletín en la mano se metió en la ciudad. Calculó la distancia hasta un café donde otras veces acostumbraba a desayunar, y, por gastar el tiempo, marchó a pie. Mientras desayunaba pidió un periódico, y se enteró de lo que acontecía en Francia, en el mundo y también en España. Nada era nuevo. Pasó después por un hotel conocido, cerca de la Sorbona, y le dieron cama para una noche.

—Iré hacia las once.

Le quedaba tiempo. Entró en una librería, revolvió un poco, y compró dos libros profesionales. Le atrajo también un volumen de poesía, de faja muy llamativa, pero no se atrevió a hojearlo. Pensó, sin embargo, que no estaba muy informado de la poesía francesa en los últimos dos años, pero también era cierto que desconocía lo que la ciencia francesa había dicho durante el mismo tiempo. Por imperativo moral adquirió un tercer libro, sobre localizaciones cerebrales, y salió. En el metro empezó a leer. Era ciencia alemana explicada en francés; casi todas las cosas estaban más claras que en alemán. Pensó que si hubiera estudiado con aquellos textos, ahora sería un buen psicoanalista.

Sarmiento vivía en Montmartre. Tenía apuntada la dirección en alguna parte. «¿Si la habré perdido?» Buscó en los bolsillos, y se olvidó de la ciencia alemana y de la claridad francesa. ¿Cómo es que don Gonzalo Sarmiento vivía en Montmartre? En Montmartre ya no vivía *nadie*. Preguntó a un guardia dónde estaba la calle; el guardia señaló hacia arriba. Cerca de la

Basílica, al lado de la plaza. «Junto a la casa del pintor Utrillo», añadió el guardia. Carlos comenzó la ascensión, sin prisa, consultando el reloj. Quería llegar a las once. Quizá no fuese buena hora, pero, en cualquier caso, alguien le diría cuándo estaba en casa don Gonzalo. Tenía que ser conocido. Vivía en París desde principios de siglo. A principios de siglo, todavía los artistas vivían en Montmartre. Fue don Gonzalo, seguramente, de los que no emigraron.

«Te pido que si pasas por París vayas a ver a mi primo Gonzalo. No será una visita agradable, porque Gonzalo es una calamidad, tiene que estar muy viejo y nunca fue inteligente. Gonzalo me importa un bledo, pero quiero que me traigas una impresión personal de su hija. Creo que está en un colegio, a pesar de sus veinte años, pero, si es posible, me gustaría que la vieses y hablaras». Esto decía la carta de doña Mariana.

Dio con la casa, colgada sobre la vertiente, cara a París. Era un bonito lugar, y, desde allí, se veía la ciudad, borrosa en medio de la niebla rojiza. Antes de llamar, estuvo un rato contemplando. Quizá tuviese explicación que todo el mundo hubiera emigrado a Momparnasse. Desde aquellas alturas, el aire imponía un modo de pintar.

—Bueno. ¿Y a mí qué me importa todo esto?

Sin embargo, permaneció todavía unos minutos cara a París; y como fuese temprano, se entró en la plaza. Estaba llena de americanos curiosos, sentados en las terrazas del centro. Un viejo barbudo tocaba en un violín el vals de *La viuda alegre*. Carlos sonrió. Años antes, la primera vez que había estado allí, le explicaron que aquel violinista viejo, que mendigaba de mesa en mesa sobre notas de vals vienés, no era más que un mendigo aparente: «Forma parte de la decoración. La Comuna libre de Montmartre le paga un sueldo, le da un piso y le deja ejercer la mendicidad mientras conserve su figura. Si perdiera la barba, sería despedido». Montmartre pagaba sus tipos raros y conservaba su singularidad revolucionaria y romántica. Los americanos seguían viniendo en grandes autocares, y se conmovían con los falsos bohemios, las falsas prostitutas y los falsos mendigos. «En el fondo es admirable», pensó Carlos. Y buscó, otra vez, la casa de don Gonzalo Sarmiento.

Se llegaba a la puerta por unas escaleritas exteriores y un patinillo. La casa, pequeña y vieja, pintoresca, demasiado pintoresca, como cultivada en su

pintoresquismo. De la puerta colgaba una anilla de hierro. Tiró, y en algún lugar remoto sonó una campanilla. Por la ventana de la portería, encima de la puerta, un poco más arriba de su cabeza, asomó una mujer morena, de pómulos anchos. Carlos dio el nombre de don Gonzalo Sarmiento.

—Segunda puerta, a la izquierda.

La escalerilla de piedra continuaba más allá de la entrada, ascendía oscura, y, allá arriba, se clareaba misteriosamente.

—Segunda puerta, a la izquierda.

«¿Qué clase de tipo será?» Las gentes que se había tropezado por la calle tiraban a menestrales. Gonzalo podía ser un artista fracasado, fiel a su tiempo. ¡Vaya usted a saber! Alguna gente quedó en Montmartre y él había oído hablar de alguien, pintor, de Pueblanueva, que había estado en París. Pero no le sonaba que fuese un Sarmiento.

La segunda puerta, a la izquierda, no tenía aldaba. Golpeó con los nudillos, y pasado el tiempo hubo de golpear de nuevo. Por los resquicios salía un olor fuerte de verduras cocidas. Olor a col, a lombarda. Alguien se movía dentro. Una voz dijo, en francés: «Pase, si gusta».

Pasó. Un pasillito y una gran habitación iluminada. Al cabo del pasillo, contra la luz, había un hombre con un mandil de cocina atado a la cintura y recogido por una punta. No preguntó nada. Miró y dijo, simplemente, alegremente: «¡Oh!», y se hizo a un lado.

Carlos, sin embargo, permaneció junto a la puerta.

—Busco a don Gonzalo Sarmiento —dijo en español.

—¡Claro, claro! Yo soy Sarmiento. ¡Pase, pase, por favor! ¡Pase!

Un temblor de voz, como trasluciendo sorpresa y satisfacción. Carlos entró en la habitación iluminada. No tan grande como parecía desde el pasillo, pero grande, con dos ventanas sobre la niebla de París.

Gonzalo Sarmiento se había arrimado a un lado, le tendía una mano y sonreía.

—No me diga usted quién es. Usted es Quiroga, el hermano de Eugenio, o su primo, quizá. Pero Quiroga.

Carlos le estrechó la mano y movió la cabeza.

—No. No soy Quiroga. Soy Deza, Carlos Deza.

Sarmiento dejó de sonreír.

—Pero ¿es usted de Pueblanueva?

—Eso sí.

—Tenía que ser.

Le empujó hacia un sillón tapizado de terciopelo verde, muy deslucido.

—Me pareció usted un Quiroga. ¿No le conoce? Tiene que conocerle. Él está en Pueblanueva.

—Lo siento, pero no le conozco ni sé quién es. Falto de Pueblanueva hace más de quince años.

—Entonces, ¿cómo viene usted a verme? Si no le manda Eugenio, ¿quién le envía?

Carlos explicó por qué venía, y quién le mandaba. Evidentemente, a Sarmiento el nombre de su prima le alegraba menos que el de Eugenio Quiroga.

—Sí, sí, Mariana. No puedo preguntarle cómo está, porque usted no viene de Pueblanueva. Además, hubo carta de ella hace pocos días. Todos los meses escribe, y yo le mando las cartas a mi hija.

Empezó a explicar que Germaine estaba en un colegio de monjas en Normandía; un buen colegio, pero algo más barato que los de París. Sin embargo, no quedaba muy lejos. Él iba todas las semanas y pasaba las tardes del domingo con su hija.

Carlos no prestaba mucha atención a sus palabras. Si Germaine no estaba, había desaparecido el interés de la visita. Examinó la habitación. Muebles gastados; la mesa, con tapete de croché; en las paredes, retratos de divos, recortados de revistas y con marcos de fabricación casera. Caruso, Anselmi, Tita Ruffo y Conchita Supervía, vestidos a la moda de años atrás; recortes de revistas antiguas, bastante polvorientos, deslucidos los *passe-partout*. Como centrando los cuadros de un testero, había un retrato al óleo: no podía verlo bien desde su asiento. Y también un cromo antiguo del Sagrado Corazón y otra estampa religiosa, muy moderna. Por una de las puertas, entornada, venía el olor a lombarda.

Sarmiento se había sentado sin quitarse el mandil. Seguía hablando de su hija, del colegio: Germaine permanecería en él hasta cumplir veintiún años. Carlos le examinó distraídamente, pero también profesionalmente. El examen no fue muy favorable.

De repente, Gonzalo dejó de hablar de su hija y del colegio.

—¿Sabe usted que me dio una gran alegría al verle? Eugenio Quiroga fue nuestro amigo. Le queríamos mucho y él fue siempre muy bueno con nosotros. Pensé que sería su hermano, porque hijo no puede ser. Eugenio marchó hace veinte años y estaba soltero. Era un buen pintor.

Se levantó, como quien va a hacer algo, pero se sentó en seguida.

—Usted también es un Churruchao, ¿verdad?

Carlos asintió sin gran convencimiento.

—Le hubiera reconocido en cualquier parte, como reconocí a Quiroga hace veinticinco años. ¡Gran cosa, pertenecer a nuestra familia!

Su voz sonaba a falso. Decía aquello como si pretendiese halagar a Carlos, asegurando algo de lo que Carlos debía estar previamente convencido.

—Una gran familia. Ya no somos parientes, pero nos reconocemos. Hace veinticinco años Eugenio era como usted, así de alto, así de rubio y pecoso, con ese cabello de zanahoria.

Río.

—Yo también era así, y en París me tomaban por escocés. Y un día, en un café, encontré a Eugenio. Nos miramos. Yo le dije: «¿Usted es un Churruchao?». Y él se echó a reír. «¡Pues claro, hombre, que lo soy!». Desde entonces fuimos amigos. Asistió a mi boda como testigo y pintó un retrato de mi mujer.

Hizo una pausa, mirando a Carlos.

—¿Quiere usted verlo?

Corrió a la pared y trajo el óleo. Carlos lo tomó de sus manos y se torció un poco para que la luz iluminase la pintura. Buena mano, estilo dubitante. Un impresionismo que quiere dejar de serlo, pero que no sabe lo que ser.

—No pudo haberme hecho mejor regalo de boda. Suzanne murió pronto, y no tenemos otro retrato suyo.

Recogió el cuadro, le quitó el polvo con el revés del mandil y lo colgó de nuevo.

—Eugenio era un buen pintor. Me extraña no haber sabido de él. Se marchó empezada la guerra, me prometió volver, pero ni escribió siquiera. ¿No se habrá muerto?

Carlos dijo que, en su niñez, recordaba haber oído hablar de alguien que

era pintor y que había venido a París. Sí. Probablemente al empezar la guerra.

Gonzalo siguió hablando, de Eugenio, de los Churruchaos, de su mujer y de cosas pasadas. De vez en cuando consultaba el reloj. Y Carlos, por hacer algo, le examinaba el rostro, las manos, la figura. Primero, con criterio biológico; más tarde, psicológico, y aun moral y social. Era un hombre prematuramente senil y no había sido nunca fuerte; tampoco lo era su carácter. Parecía miedoso, inseguro. Sus rasgos eran delicados, distinguidos. Tenía raza. Valía más lo que significaba que lo que era.

—¿Y su hija? Doña Mariana me encargó que la visitara en el colegio. ¿Puedo hacerlo?

Don Gonzalo retrocedió en el asiento, como si aquellas palabras le hubieran asustado.

—¡No, no es posible! Está en Normandía. Tendría usted que retrasar mucho el regreso. Claro que Germaine se alegraría de conocerle, pero la visita no sería fácil. El reglamento del colegio es muy estricto, y solo a los padres, o a alguien acompañado de los padres se les permiten las visitas, y yo no podría acompañarle hasta el sábado.

Se levantó otra vez y fue a un escritorio. Volvió con una fotografía en la mano.

—Pensaba enviar a Mariana este retrato. ¿Quiere llevárselo usted?

¡Qué modo extraño de mirar, tan temeroso! Como si un no de Carlos pudiera provocar una catástrofe.

—Claro que lo llevaré. Con mucho gusto.

—Es reciente. Se lo hizo en el colegio hace un par de semanas. Véalo usted. Es Germaine.

No había duda. También alta, asténica, un poco huesuda. Se adivinaba el rojo de los cabellos. Tendría veinte años, vestía pantalones de montar, y llevaba en la mano una fusta. Pero el retrato estaba hecho en París, 24, rue de la Sorbonne, por F. Millet. Gonzalo no lo había advertido.

—Mariana se cuida mucho de nosotros, de mi hija. Le paga los estudios, y quiere, naturalmente, que vayamos a vivir con ella. Iremos, claro. Ya no duraré mucho.

Miró otra vez el reloj, disimuladamente, y se le alteró la mirada.

—Tengo que salir. ¿Quiere usted que lo hagamos juntos? Espéreme un

momento. Dar una vuelta por la cocina, y cambiarme.

Mientras esperaba, Carlos paseó por la habitación y curioseó. Allí vivían dos personas. Había huellas de dos vidas muy distintas. Se acercó al piano y recorrió las teclas. En el portamúsica, piezas para cantar con acompañamiento de piano, piezas de estudiante. Se sentó, abrió una de ellas, y la tarareó, con muy mala voz, acompañándole. Entró Gonzalo, ya vestido, el abrigo al brazo, y un capacho en la mano.

—¿Toca usted el piano? Es natural. Nosotros tenemos sensibilidad. Eugenio era pintor, y yo quise ser escritor. Es natural que sea usted músico.

Había dicho *nosotros* con énfasis falso, y, sin embargo, satisfecho.

—No soy músico. Soy médico.

—¡Ah! Pero toca usted muy bien.

—Me gusta.

Gonzalo señaló las piezas para piano y canto.

—Pertenecieron a mi mujer. Era soprano, ¿sabe?, o más bien lo hubiera sido, pero enfermó de la garganta...

Hizo un gesto como diciendo: «y se acabó». Carlos no pudo saber si se refería a la voz de Suzanne o a la entrevista. Salieron juntos. Al cabo de la escalera, Gonzalo gritó en francés, mirando al ventanillo de la portera:

—¡Volveré en seguida, *madame!*

Había empezado a llover.

—¿Se marchará usted pronto?

—Mañana.

—¡Ah! En ese caso, no me atrevo a rogarle que vuelva por aquí. Tendrá que hacer en París.

—¡Oh, sí! Tengo algo que hacer.

—Le ruego que me escriba. Si otra vez vuelve a París no deje de verme. Traeré a Germaine unos días, para que usted la conozca.

—No será fácil que vuelva.

Gonzalo iba de compras. Se despidieron pronto. Recuerdos a Mariana, y todo eso; Germaine queda muy bien, y está muy bonita. Es una chica muy distinguida. Le gustará a Mariana.

Carlos le vio bajar por una calleja y vio también que, cuando se había alejado, se encasquetó el sombrero y se puso el abrigo. ¡Un hongo gris y un

macferlán de varias esclavinas, un macferlán auténtico, de tela a cuadros! No pudo reprimir la sonrisa, ni casi las ganas de seguirle y comprobar, de cerca, la realidad de su disfraz. Iba a hacerlo, siguiendo un impulso cruel. Pero, en la plaza, el violín seguía tocando el vals para los norteamericanos, y el vals le trajo una luz, como una revelación: don Gonzalo Sarmiento *era* también un tipo curioso de Montmartre; recibía probablemente de la Comuna libre un sueldo y la autorización de habitar en aquel piso extrañamente luminoso, colgado sobre París. A cambio, había de salir a la calle disfrazado con hongo y macferlán. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué había mentido tanto, y qué ocultaba? ¿Tenía acaso una amante joven, para la que guisaba, por la que hacía el payaso por las calles, y no quería ser descubierto? Y si no era esto, ¿qué era? Sintió por don Gonzalo una ternura triste.

Echó a andar, cuesta abajo, metido en sí, recordando las palabras de Sarmiento, el color de su casa, los cromos, las piezas para piano y canto, el olor a lombarda, el temor, las mentiras, el disfraz, como intentando dar a todo sentido y coherencia. No se dio cuenta de que, al final de la cuesta, se cruzaba con él una muchacha pelirroja, cuya figura larga y delgada podía muy bien pertenecer a una Churruchao. Llevaba, bajo el brazo, un cartapacio grande.

Comió tarde ya, en un restaurante de los muelles, en la Rive gauche, y después fue caminando, por el Pont Neuf, hacia el Palais Royal. Se había olvidado de Gonzalo, de sus mentiras, y de Germaine, pero algo sucedido en la casita de Montmartre se lo recordaba, aunque abstraído de la ocasión y de la persona que lo había provocado. Había llegado a ciertas conclusiones coherentes con su profesión, pero había ido más allá: «Sus rasgos eran delicados, distinguidos. Tenía raza. Valía más lo que significaba que lo que era».

Si escribiera a Zarah Krämer: «Hoy he conocido a una especie de medio pariente mío», y luego, por toda descripción, le hablase de la distinción de sus rasgos, Zarah se reiría y le contestaría en seguida: «Querido Carlos. ¿Es que estás traicionándonos, o bien empiezas a traicionarte?». Y añadiría a continuación que la ortodoxia exigía conclusiones biológicas, psicológicas y sociales, por este orden, pero nada más. «Tú no eres un artista ni un hombre de

mundo, sino un psicólogo que ha intentado pasar de la escuela de Freud a la de Jung».

Zarah también significaba algo. Significaba la rebelión contra la Escuela de Viena y la invitación a emigrar a Alemania. Era húngara, ocultaba su condición judía, y proclamaba la esperanza en la redención de los hombres por medio de la ciencia tudesca. Se había presentado en su cuarto, un día, vestida ya de viaje, y con el maletín en la mano. «No aguanto más. Me marchó». Pero se sentó en el borde de la cama y empezó a hablar. La noche anterior había cenado con unos compañeros que celebraban el fin de los estudios. Dos de ellos, serbios, habían expuesto sus proyectos profesionales. «Reconoce, Carlos, que esos dos tipos no pasan de investigadores de cloacas. Yo no estoy dispuesta a convertirme en eso. Me voy a Alemania».

Se fue. Supo de ella pocos días después. «En el sanatorio donde trabajo hay lugar para ti. Esta es otra vida, Carlos. Mucho más seria y limpia que la de Viena. Ya sé que tú no serás nunca lo que los serbios, pero Viena es peligrosa. Te dejas llevar demasiado por la sensibilidad, y tu formación profesional exige que sacrifiques la música, la poesía, y todas esas aficiones tuyas. Aquí se trabaja con rigor y método, ascéticamente. ¿Por qué no vienes? Además, te necesito».

Tenía que escribirle a Zarah. Le había prometido hacerlo desde París, además de telegrafiarle. «Querida Zarah: Estoy en París, hace unas horas, y las que todavía me quedan me sobran enteramente». Así podía empezar la carta, y sería verídica. Se metió en un café, pidió coñac, y se puso a escribir la carta a Zarah.

«Querida Zarah: Estoy en París hace solo unas horas, y las que todavía me quedan de estar aquí las pasaré aburrido. La verdad es que todo me recuerda nuestro último viaje.»

Y ¿por qué empezar así, si era mentira? No la había recordado en todo el día. Quizá un deseo inconsciente ejercía la censura sobre el recuerdo. Porque debiera haberla recordado.

«Bueno. Si he de serte sincero, no te he recordado hasta ahora mismo. Esta mañana, adquirí en una librería algo sobre localizaciones cerebrales, que debería interesarte; no pensé en ti, al comprarlo. Te lo enviaré, porque a mí no me importa gran cosa, y a ti te servirá: pero conviene que sepas que no lo

compré para ti. Y ahora me pregunto: ¿Por qué no te he recordado?

»Mira: realmente estuviste presente en mi recuerdo desde que nos despedimos en la estación de Potsdam hasta que me quedé dormido. Quizá entonces el tren hubiera pasado ya de Leipzig. Cuando me desperté, empezó a obsesionarme un recuerdo infantil, que te brindo para que lo analices, a ver si me descubres un complejo: Mi casa es vieja y tiene torre; hace muchos años, la puerta de la torre estaba cerrada con llave y cerrojos, pero, al cumplir yo los diez años, mi madre la mandó tapiar. ¿Por qué? Supongo que no será la habitación de Barba Azul lo que así se ocultó a mi curiosidad. Pero, desde que desperté en el tren, deseo echar abajo el tabique y conocer la habitación de la torre. Y ahora que lo pienso, es tal deseo lo que mueve mis actos desde hace un par de meses. He intentado engañarme a mí mismo convenciéndome de que regreso a España para cuidar de mis intereses, abandonados desde la muerte de mi madre; o para hacerme catedrático de alguna universidad; o para montar una casa de locos. Pero no son más que pretextos. En realidad, me atrae la puerta tapiada. No puedo remediarlo. Me atrae desde que, hace algún tiempo, la recordé, no sé en qué ocasión ni por qué. ¿Qué opinas de esto?

»Debes sentirte defraudada. No puedo evitarlo. Han bastado unas horas de separación y unos kilómetros de distancia para que todos los proyectos comunes hayan dejado de interesarme. Pero ahora me pregunto: ¿cómo pudieron haberme interesado nunca? Recuérdales bien: Nos iremos al Brasil y allí montaremos un sanatorio. Viviremos mientras nuestros cuerpos sean capaces de placer. Después, nos suicidaremos.

»¿Es posible que tú, tan perspicaz, no hayas averiguado lo poco que me importa el placer? Casi tan poco como esa ciencia que no conseguí aprender en años tan largos. ¿Te sorprende esto? También a mí, pero acabo de descubrirlo. Hasta ahora, dos mujeres me han llevado por caminos que no eran míos. Primero, mi madre: por complacerla me hice médico. Después, tú: fui tu amante no sé por qué.

»Ahora pienso que algo de esto lo sospechabas. De ahí tu insistencia en retenerme, incluso en comprometerme. Si hubiera aceptado el puesto que me ofrecían en el hospital —y que *tú* buscaste para mí—, me esperarían unos cuantos años en Alemania, repartidos entre la investigación, la clínica y tu cama. ¿Cuál de estas tres cosas me importa menos?

»¡Cómo he perdido el tiempo, y qué vacío me encuentro! Tengo treinta y cuatro años y estoy como un muchacho a quien aconsejan que tome una decisión, salvo que a mí nadie me aconseja y que yo no puedo decidirme porque no tengo en qué elegir. Llevo algunas horas, pocas, entregado a los impulsos espontáneos. Te avergonzaría saber que no he elaborado un solo proyecto, que no sé qué voy a hacer dentro de unos minutos, cuando me canse de escribir. Esta carta tampoco estaba prevista, y menos sus palabras. Es probable que no te la envíe.

»Lo que parece una decisión, no lo es. O lo es negativamente. O lo es sin elección. Pienso que se elige cuando varias cosas atraen en mayor o menor medida, y se toma una de ellas, renunciando a las demás. Pero yo, al decidirme a no volver, no he puesto nada de mi parte. No fue un acto voluntario. Fue como si tú, y todo lo que significas, estuvierais sobre mí como una costra y os hubierais desprendido. No creas que por eso me considero más ligero. No. Estoy lo mismo, solo que sin ti.

»Lo bueno del caso es que el mundo hacia el que voy tampoco parece importarme mucho. Esta mañana estuve con un viejo chiflado y mentiroso, que, en cierto modo, es medio pariente mío, y me habló de cosas de allá. ¿Es eso de lo que él me habló lo que voy a encontrarme? Me interesa saber lo que hay detrás de la puerta tapiada, me interesa como a un niño. En realidad, es el interés de niño el que ahora surge, tal como entonces era, sin ninguna modificación. Y pienso si habrá dentro de mí muchas cosas como esa, enterradas y puras. Pienso también si volverán a salir y qué haré con ellas. Lo correcto hubiera sido que hubiesen madurado conmigo, y tuviesen mi edad y mi color, pero los años no las han cambiado. Están aquí, intactas, y me dan algún miedo.

»Empieza a parecerme que lo de la puerta no es más que un símbolo, y que lo que verdaderamente me atrae es la libertad. No fui libre nunca desde que abandoné mi pueblo. Hace de eso, si cuento bien, diecisiete años. Mi madre no me dejó volver jamás. Me escribía todas las semanas y, durante las vacaciones, me visitaba. Cada carta suya era un decálogo, y yo la obedecía; así hasta que murió. Pero, cuando ella murió, ya habías aparecido tú. ¡Qué extraña coincidencia de fondo entre mi madre y tú! Las dos queríais hacer algo de mí, y yo jamás logré interesarme por lo que de mí queríais. Ignoro todavía

cuál era el propósito de mi madre, y jamás he logrado saber cuáles son tus verdaderos propósitos. A ella, como a ti, debía servir para algo que no era mi carrera, o más bien mi carrera debía servir para algo que no he sabido nunca. Es el caso que tú ordenaste mi vida como antes la había ordenado mi madre. Tus decálogos eran aún más duros y exclusivos.

»Por esto sospecho que lo que verdaderamente me aleja de ti es la necesidad de ser libre. Si lo quieres, animalmente libre. La puerta cerrada ponía un límite a mi libertad que, entonces, existía de veras. ¿Será por eso por lo que quiero abrirla? Quizá oculte una habitación vacía, y quizá la libertad sea también como una habitación vacía.

»Pero, en cualquier caso, necesito experimentar la libertad. Si andaba su apetito por debajo de mi conciencia, ahora lo reconozco y lo acepto. No tengo la menor idea de lo que me pueda pasar, pero voy a ver qué pasa.

»Sé que te reirás. Tú no crees en la libertad, ni la amas: para ti no es más que una palabra que designa una ilusión científicamente destruida. Si no estás irritada, quizá intentes analizar lo que es mi deseo a la luz de la ciencia, y probablemente encontrarás una palabra más precisa con que designarlo. Bueno. Yo sigo llamándole apetito de libertad. Mi ciencia es la tuya, y sé que si pensase un poco llegaría a encontrar la misma palabra, pero renuncio. De momento, no me creo interesante como tema de investigación.

»Ya ves a lo que ha llegado esta carta empezada con los mejores deseos. No pensaba escribírtela todavía, ni en estos términos, sino engañarte, no en una, en varias cartas. Primero te diría que te echaba de menos; luego, que las cosas me retenían en España. Confiaba en que, mientras tanto, hallarías a alguien dispuesto a colaborar contigo durante algunos años y a suicidarse contigo cuando todo se hubiese terminado. Esa persona la hallarás de igual manera. Me permito recordarte al doctor Motcha. Es judío como tú, estaba enamorado de ti y quedó muy triste, en Viena, cuando marchaste. Él no se atreve a ir a Berlín ni a desertar de la ortodoxia freudiana, pero, en cambio, le creo dispuesto a emigrar a Brasil. También tú tendrás que emigrar: no te valdrán de nada tu admiración por los prusianos, y tu tremendo complejo de inferioridad ante ellos, tu deseo de pasar por prusiana; te cortarán la cabeza o te echarán de Alemania a causa de tu nombre, de tus orejas y de tus talones; lo sabes perfectamente. Al doctor Motcha le sucederá algo parecido si los nazis

entran algún día en Viena. Huirá. Sabe mucho de psiquiatría; ganará dinero. Y, sexualmente, es mucho más apto que yo para hacerte compañía. ¿Por qué no le escribes?

»Me estoy cansando, Zarah. Podría decirte muchas cosas más, pero no tengo gana. Adiós.»

Metió la carta en el bolsillo, pagó el coñac y salió a la calle. Había comenzado a llover y caminó un rato bajo los soportales de la calle de Rivoli. Finalmente, se encaminó a su hotel: pasaba el Puente Nuevo cuando, con una gran risotada, recordó que había escrito a Zarah en español. Rompió la carta en pedazos, y los arrojó al río. «Le enviaré el libro sobre *Localizaciones cerebrales*.»

II

Era día feriado. La baca del coche comenzó a poblarse de aldeanas con cestas de hortalizas y sacos con crías de cerdos, y una hubo que intentó meter en el coche una ternera lechal. Dentro y fuera armaban una feroz algarabía en lengua vernácula, aumentada por los gruñidos de los animalejos. Peleaban entre sí, peleaban con el cobrador, pelearían con la luna si les llevase la contraria. Carlos, encaramado en el más alto y desamparado de los bancos, reía a cada incidente. A su derecha, una vieja, con cara de raíz de árbol, no había dejado de chillar desde su llegada; a la izquierda, una mujer joven, envuelta en un grueso mantón, no había abierto la boca en todo el camino, aunque la vieja se dirigía a ella exclusivamente. Pero, cuando comenzó a llover, la joven ofreció a Carlos un cobijo bajo el mantón. Y solo entonces habló:

—El señor va a mojarse.

Y como Carlos declinase el ofrecimiento, la vieja de la derecha intervino:

—Dale el mantón, mujer. ¡Pues no faltaba más!

Prefirió compartirlo a dejarla a la intemperie. El mantón, cubriéndoles las cabezas, les dejó aislados del exterior. El griterío quedaba fuera, como lejos, y con el rumor de la lluvia se alejaba cada vez más, hasta quedar todo en silencio. La moza era rubia; dos trenzas le caían apretadas sobre los pechos.

—El señor es don Carlos Deza, ¿verdad? —preguntó la muchacha después de un rato.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—El señor no tiene por qué tratarme de usted. Soy Rosario; la hija del Galán, un casero del señor. Soy como la criada del señor.

—¿Quiere decir que vive usted en mi casa?

—No. Mi padre lleva arrendadas unas tierras del señor, y una casita. Las lleva desde hace muchos años. Ya en vida de mi abuelo. La que va a su lado es mi madre.

No había sido caridad el ofrecimiento del mantón, sino pleito homenaje. Estuvo tentado de desembarazarse de él y mojarse: no entendía bien aquellas cosas.

Rosario no le había mirado de frente. Hablaba sin volver la cabeza, en un castellano forzado, de acento muy abierto. Carlos se fijó en ella, estudió su perfil. Podía ser una aldeana francesa, ancha de pómulos, rubia, colorada. Las ropas eran de buena calidad y corte ciudadano: solo el mantón y el pañuelo atado a la cabeza denunciaban a la campesina. Sobre el escote bailaba una medalla de oro, grande. Las manos, también grandes, no deformadas por la labranza, ni sucias del trabajo, sino limpias, con las uñas bien cortadas. Le preguntó indirectamente:

—Luego, ¿trabaja usted mis tierras?

—Yo, no, señor. Mi padre. Yo soy costurera. Y ya le dije al señor que no me trate de usted.

Sacó la cabeza del mantón, y habló con su madre. Le habló en gallego. Carlos no entendió bien lo que decía, aunque comprendió que se refería a él. La madre, entonces, metió baza, y le hizo mil ofrecimientos humildes. Desde que la madre habló, Rosario volvió a su mutismo. Llevaba las manos cruzadas sobre el regazo. Carlos vio entonces, en sus muñecas, pulseras de oro fino, pulseras gruesas, de traza moderna.

La vieja había iniciado una retahíla de quejas: la tierra daba poco y doña Mariana les había subido la renta a quince duros anuales. ¡Quince duros, señor, por unos ferrados de tierra y una casa! Era cosa de doña Mariana. Ni el padre del señor, ni su madre, que Dios tuviera en la gloria, habían tocado nunca la renta antigua, los siete duros que pagaban desde hacía cincuenta años.

El autobús subía una larga cuesta, jadeando. Se detuvo dos o tres veces. El conductor cogió agua en un regato y la echó al motor, que humeaba. Lograron alcanzar la cima. Entonces, Rosario dijo:

—Ya llegamos, señor.

Y señaló, con un gesto, el fondo del valle. Pueblanueva del Conde aparecía envuelta en lluvia menuda y gris, irguiéndose en una colina, entre dos

ríos. El de la derecha venía limpio; el de la izquierda, sucio de escorias. Se juntaban y se prolongaban en la ría, cada vez más ancha, dando vueltas a los montes, hasta perderse, lejos, en la mar abierta.

Bajaban por una carretera pina, de curvas pronunciadas. Rosario, en una de ellas, tocó el codo de Carlos.

—Mire, señor. La casa del señor.

Carlos miró. A la derecha, sobre una roca enorme casi cortada a pico sobre la mar, estaba su casa. Un grupo de árboles altos medio la ocultaban. Vio una esquina de la torre, cubierta de hiedra.

—Va a pasar mucho frío en esa casa. ¡Tanto tiempo sin vivir nadie en ella!

—¿Estuvo usted allí alguna vez? —dijo Carlos, por decir algo.

—Cuando murió la señora. Asistí al velorio. Ya va para cuatro años.

Terminada la cuesta, el autobús entró en un puente largo, luego en una calle de casas pobres, apoyadas de una parte, en los restos de las murallas. El otro lado de la calle lo bordeaba un pretil de piedra que lamían las aguas. Había gente en las ventanas y junto al pretil. Le miraron al pasar el autobús y siguieron mirándole cuando ya había pasado; Carlos no lo advirtió: estaba distraído por un rumor lejano, como de muchos martillos o de máquinas taladradoras, que llenaban el espacio. Al volver una esquina, se hizo más próximo y agudo. Carlos preguntó qué era.

—Es el astillero, señor —respondió Rosario. Y al hacerlo, volvió por primera vez el rostro. En su mirada y en su voz había cierto orgullo, casi como si hubiera dicho: mis astilleros.

El autobús llegó a la plaza, y se detuvo. Los de arriba y los de abajo se hablaban a gritos. Carlos pudo bajar, amenazada su cabeza por el saco de los lechones. Rosario no había querido descender antes, pero, entre la cabeza de Carlos, y sus piernas, permitió que interpusieran el saco. No obstante, y sin quererlo, vio Carlos que las tenía lindas, y que sus medias y zapatos eran finos, muy finos, impropios de una costurera hija de labradores. Se encogió de hombros pensando que quizá Pueblanueva no fuese tan medieval como siempre había creído, a pesar de todos aquellos rostros, casi mogólicos, que llenaban la plaza; vueltos hacia él, todos los rostros vueltos hacia él, y todas las miradas: como un anillo de curiosidad y silencio alrededor de aquel bullicio que armaban los viajeros; como un anillo de esperanza que empezara a

decepcionarse. Duró unos instantes profundos. Luego, las cabezas se tornaron, después de haber sonreído todos los rostros. Solo el hombre que parecía un espantajo se le quedó mirando con sus ojuelos bizcos y vivos, de esclerótica enrojecida. Vestía desaliñado; iba sin abrigo, como si quisiera exhibir la gran corbata verde; y se tocaba de un sombrero de paja anticuado y recomido. Bajo, enteco, rechupado. Las dos manos apoyadas en un bastón de caña gruesa, con anchos anillos metálicos en los nudos. Desentonaba. Carlos improvisó un diagnóstico de urgencia: paranoide. Le hubiera estudiado más; le hubiera, quizá, saludado. Pero la dama del paraguas le hacía señas, y prescindió del loco.

La dama del paraguas también desentonaba. No lo llevaba ella, sino una sirvienta que, desde atrás, lo sostenía muy en alto, para que no estorbase. La dama del paraguas fue rápidamente identificada como doña Mariana. Quedaba un poco lejos del autobús, arrimada a la pared de una casa, como buscando la protección inútil del alero, pero la sonrisa era bien visible. Carlos se detuvo unos instantes, y recordó algo de que había hablado, días atrás, Gonzalo Sarmiento. Evidentemente, aquel «nosotros» dicho sin gana, entre una mentira y otra, significaba algo, aunque solo fuese algo biológico. Doña Mariana, frente a él, pertenecía al «nosotros»: como Carlos, era alta, huesuda, pelirroja. Como Carlos, como Gonzalo, como Germaine, como aquel otro Churruchao con quien Carlos había sido —una vez— confundido. Por lo menos en un lugar del mundo, «nosotros» parecía significar algo. No en París, claro: Gonzalo había exagerado. Mucho menos en Berlín o en Viena: para Zarah, Carlos era un pelirrojo asténico como otros pelirrojos asténicos. Pero en Pueblanueva era otra cosa.

Doña Mariana le había visto vacilar. Se desentendió del paraguas y fue hacia él con gesto abierto. Era, en cierto modo, normal. Adelantaba los brazos, y la expresión del rostro era sinceramente afectuosa: ¿por qué? No se conocían más que a través de las cartas cambiadas durante cuatro años. A las gentes no se les cobra afecto verdadero más que tratándolas un día y otro.

—¡Carlos, querido Carlos!

La voz le temblaba. Carlos se dejó abrazar y la abrazó también. Respondió como pudo a las preguntas sin orden, por las que doña Mariana parecía querer enterarse en un minuto de treinta años de vida.

Desentonaba. Las gentes que les miraban, las vendedoras del mercado, los próximos y los lejanos, eran de otra manera, y, desde luego, de otra clase: abigarrados, gesticulantes, chillones. Trajes de pana, pañuelos de colores y hablar rápido e incomprensible, en gallego silbante y cantarín. Doña Mariana se movía con calma y preguntaba en voz baja. No era la dama de provincias, un poco rancia, que Carlos esperaba hallar, sino algo perteneciente a un mundo ya muerto y enterrado, pero lleno de resplandor y distancia.

—¡Qué mal día traes, criatura! ¿Cómo se te ha ocurrido venir ahí encaramado? ¡Con el frío que hace!

No eran cumplidos triviales, ni tampoco lo que se dice por llenar un vacío, sino palabras sinceras.

—¡Bah! Este frío no es nada, y esa mujer me tapó con su mantón.

Señaló a Rosario, que permanecía junto al autobús, recogiendo los fardos que su madre la enviaba desde lo alto.

Doña Mariana sonrió.

—¡Buena pieza está hecha la Rosario!

Se habían mirado, un instante, las dos mujeres. Carlos vio cómo la costurera saludaba tímida, sumisa, y escondía luego el rostro bajo el mantón. Fue muy rápido. Rosario dejó en seguida de existir para doña Mariana.

—Vámonos ya. No te preocupes de tu equipaje.

Le cogió del brazo, empujándole. La sirvienta traspasó a Carlos el paraguas y caminó detrás.

Bajaron por una calle estrecha y empinada, llena de tiendas pequeñas con la mercancía asomada a las puertas. Doña Mariana seguía preguntando, y Carlos respondía. Pudo ver alguna cabeza que fisgaba a su paso, que le examinaba, que se volvía para comentar con alguien escondido en la sombra. Llegaron a la orilla del mar, pasaron el largo puente y se desviaron de la carretera, por una calle adoquinada que bordeaba la playa.

—¿Recuerdas mi casa? —preguntó doña Mariana.

—No. Casi no recordaba la mía —respondió Carlos señalando el pazo encaramado en el roquedo, enfrente de ellos—. Hubiera pasado sin verla, pero aquella muchacha del autobús me la enseñó.

—Tu casa está hecha una ruina. El tiempo que pases aquí serás mi huésped.

Carlos se estremeció. ¿Si también doña Mariana, como su madre, como Zarah, pensaría gobernarle y someterle a decálogo? Instintivamente se soltó de su brazo y miró su perfil. Parecía enérgica e inteligente. Los rasgos, un poco duros; pero quizá en su juventud hubiera sido hermosa. Se parecía al retrato de Germaine que traía en la maleta para entregarle.

—Quizá me quede poco tiempo. Aquí...

Hizo un gesto vagamente negativo.

—Es natural. ¿Qué vas a hacer en Pueblanueva? Tengo ganas de oír tus proyectos. Esto es el último rincón del mundo: solo una vieja loca como yo puede vivir aquí, pero aún me queda bastante que hacer.

Habían llegado. Carlos miró la casa y se sorprendió. Era un edificio grande, con fachada de piedra labrada, muy francesa y neoclásica en las líneas, muy proporcionada: ventanas pintadas de blanco, ancha de zaguán. Se continuaba en una tapia encalada hasta el final de la calle: por encima de las bardas asomaban las copas de unos magnolios. No había en ella nada de pueblerino, menos de aldeano. En el fondo del zaguán, relucían los cobres de la puerta interior. Un enorme felpudo cubría el suelo. De las paredes laterales colgaban dos farolas de bronce.

La criada se adelantó a abrir, y doña Mariana empujó suavemente a Carlos. Había acudido otra criada, joven, que sostenía la puerta y saludó al entrar: «Bienvenido, señor», como si la hubieran ensayado. Carlos se vio ante un enorme espejo colgado en el vestíbulo. Se vio modesto y escueto, con sus pantalones arrugados y su chaqueta de pana deslucida, al lado de doña Mariana, elegante y anticuada, y se sintió inferior. Todo cuanto le rodeaba era rico y sólido. Ni siquiera lo que recordaba de su casa podía compararse. En el espejo, su figura y la de doña Mariana contrastaban, y, sin embargo, había entre las dos algo de común, además de la facha. Ella también miraba al espejo.

—Eres como tu padre. Claro que él vestía mejor que tú, pero os parecís.

—Usted sabe que yo no lo recuerdo.

—No puedes recordarlo. Apenas tenías un año cuando... cuando murió.

—¿Cuándo murió?

Iba a añadir: ni usted ni yo sabemos cuándo murió mi padre. Pero decidió callarse. Decirlo, significaba iniciar con doña Mariana un modo de conducirse

que quizá fuese inoportuno; que lo era, sin duda, en aquel momento, mientras ella le sonreía, con verdadero afecto, desde el espejo.

—Tienes preparado el baño, y lista una habitación que da a la mar. Te gustará. Mientras te bañas, habrán llegado las maletas. Muévete en mi casa con entera libertad. No es un ofrecimiento; es un ruego.

El gesto de él, al darle las gracias, quería decir claramente: ¿por qué guarda usted conmigo tanta cortesía? Soy, para usted, un desconocido.

—No somos apenas parientes —añadió ella—, pero tu padre y yo fuimos amigos, y tú eres la única persona que me interesa en el mundo.

Decir a Carlos: «Eres la única persona que me interesa en el mundo», no podía formar parte de las fórmulas corteses; pero a Carlos, más que las palabras, le había sorprendido el tono con que doña Mariana las había dicho, casi abrazándole otra vez —con las palabras, porque su tono era como si abrazasen, como algunas palabras que deben decir las amantes o las madres—. No cabía duda de que, formal y realmente, él era la única persona que interesaba a doña Mariana, pero ¿por qué? Lo pensó mientras su cuerpo se demoraba en el agua caliente, mientras se friccionaba y secaba. No sabía por qué. El amor de doña Mariana tenía que ser el resultado de sucesos pretéritos, de sucesos ignorados, de vidas anteriores que él desconocía, que aparecían ahora en el ardor de unos ojos y en el temblor de unas palabras. «Eres la única persona que me interesa en el mundo».

Llamaron a la puerta del baño, y la mano de la criada introdujo púdicamente su traje planchado, una muda interior, una camisa limpia. Mientras se vestía, paró mientes en que las paredes estaban revestidas de caoba y no de mármol o azulejos. «Un baño antiguo, el baño de personas que desconocen la ducha fría como fuente de salud y la higiene como obligación moral, para quienes el agua caliente es un placer debilitante». Carlos solía ducharse en una habitación con cuatro tonos de blanco; se duchaba muy deprisa, porque a las nueve tenía que entrar en la clínica, y Zarah, que siempre remoloneaba unos minutos en la cama, pedía a gritos que le dejase el sitio. El agua fría y la prisa no le permitían entonces pensar. Pensar, lo que se dice pensar, así por las buenas, libremente, no se lo habían permitido nunca, ni su

madre, ni Zarah, ni sus maestros. Todos habían actuado como duchas frías y urgentes. Habían separado lo importante de las bagatelas, y habían dicho: por aquí, solo por aquí, para llegar a esta conclusión, que es la verdad. La verdad en forma de ducha fría. Quizá, bajo la ducha fría, las palabras de doña Mariana no hubieran vuelto a su memoria ni las hubiera analizado; no las hubiera hallado incomprensibles, o al menos aparentemente fuera de lugar. Concluyó que el baño caliente no era tan perjudicial como decían: su cuerpo descansaba y había podido pensar, pero de otra manera, dejando que el pensamiento fuera y viniera, fluente y libre, no por un cauce predeterminado.

Pues no estaba tan mal, así vestido, con las mismas ropas del viaje, sus únicas ropas, que parecían otras después de cepilladas y planchadas. Se vio en el espejo. La suntuosidad de la caoba parecía pedir, sin embargo, otro sujeto: un sujeto envuelto en batín de seda, con pañuelo al cuello, con tupé y bigotes engomados, quizá con un monóculo. Pero él no estaba mal. Hizo el nudo de la corbata un poco más abajo de su lugar, para esconder las partes deslucidas del tejido, y salió al pasillo. La criada joven, cuyo nombre ignoraba todavía, esperaba junto a la puerta.

—¿No quiere nada más el señor? ¿No necesita nada?

Hablaba en un castellano forzado, de fonética abierta y dura, como Rosario, la chica del autobús.

—La señora le espera.

Entró en el comedor. Se detuvo un momento, sorprendido. Era grande, rico, lujoso; buenos cuadros en las paredes y mucha plata en las vitrinas. Pendía, sobre la mesa, una gran lámpara de cristal. Todo francés y antiguo. Sus recuerdos de Pueblanueva no casaban con aquella suntuosidad.

—Pareces otro.

Dijo que sí con la cabeza. Doña Mariana se había sentado a la mesa, y le señalaba un lugar junto a ella. Sonreía abiertamente, con una sonrisa que abreviaba circunloquios, que parecía suprimirlos. Carlos fue a sentarse. Hizo un gesto con las manos que, al mismo tiempo que aceptaba, mostraba su incomprensión. Añadió:

—Es usted muy amable conmigo.

—¡No, hijo! Por ahora, no lo soy contigo, sino con tu padre.

Carlos sonrió.

—¿Heredero?

—Tu padre fue el mejor hombre del mundo.

Todo aquello podía reducirse a fórmulas conocidas, pero, por algo muy atractivo que había en el rostro de doña Mariana, prefirió dejar para más tarde cualquier meditación sobre el asunto. Doña Mariana le sonreía, le miraba, le hablaba abiertamente. Todo era en ella franco y simpático, y el tono de su voz conservaba la calidez. «Alguna vez —pensó Carlos— habló a mi padre así. No debo hacerme ilusiones». Se le pasó por las mientes organizar un sistema de cautelas, pero apenas pudo iniciarlo.

—Naturalmente, tú lo ignoras. Probablemente no sabes nada de tu padre, y lo que puedas saber no le será favorable. Es cierto. Tu padre desapareció cuando eras niño, y no se volvió a saber de él. Tu madre...

—Mi madre me habló de él muy pocas veces.

—... tenía toda la razón para odiarlo, y no seré yo quien se lo discuta. Sin embargo, tu padre fue el mejor hombre del mundo. Desapareció por un exceso de bondad.

La criada había entrado con la sopa, y la servía. Cuando salió, doña Mariana continuó hablando.

—Lo has ignorado siempre. Quizá eso haya estado bien cuando fuiste un niño, porque te hubiera perjudicado escuchar de tu madre palabras violentas contra tu padre. Ella supo callar, porque creyó que era su obligación, y siempre la he admirado por eso. Pero hace unos años que debieras saberlo todo. No se puede cortar a un hombre toda relación con el pasado, no se puede mandar a nadie por el mundo sin raíces, como tu madre quiso hacerlo. Aunque el pasado sea doloroso, aunque hayamos de avergonzarnos de él, nos pertenece tanto como le pertenecemos, y tenemos derecho a conocerlo.

Tomó un sorbo de sopa.

—Tu madre no quiso nunca que vinieses aquí, y tenía, a su modo, razón. No debes venir para quedarte. Pero yo, ahora, me alegro de que hayas venido, porque lo que aquí puedas saber y conocer te hará más hombre.

Le miró con una sonrisa jovial, por encima de las gafas.

—Quizá entonces dejes de ser para mí el hijo de Fernando, y seas Carlos.

Carlos, sin embargo, no sonreía, ni la miraba siquiera. Con la vista baja, revolvía inútilmente la sopa con la cuchara. Sus cautelas no le habían servido

para evitar una conversación de tema imprevisible y cuyas causas no podía imaginarse.

—No esperabas esto, ¿verdad? O, al menos, no lo esperabas tan pronto.

—Desde luego, no lo esperaba.

—Es posible que haya sido un poco brusca, y que las conversaciones serias debiera haberlas dejado para más tarde o para dentro de algunos días. Pero, ya lo ves, salió solo. No obstante, no hay por qué hablar de esto ahora.

—Sin embargo, hemos comenzado.

—He comenzado yo, porque tú no has dicho nada.

—Estoy algo confuso. Lo inesperado no es solo que me hable usted de mis padres. Usted misma es inesperada.

Doña Mariana rio.

—En cuatro años de correspondencia, tuviste tiempo de darte cuenta de que soy una vieja loca. Pero, loca o no, soy la única superviviente de unos acontecimientos a los que debes la vida. Si te los ocultase, andarías por el mundo como un hijo de nadie. Porque yo pienso que no basta tener un nombre, y aparecer en un registro como hijo de Fulano y Fulana. Fulano y Fulana son siempre algo más que un nombre, y es por ese algo por lo que somos verdaderamente hijos de nuestros padres. Lo demás...

Se interrumpió. Tomó apresuradamente unas cucharadas de sopa, pero no era la sopa lo que importaba en aquel momento.

—Yo, por ejemplo —dijo luego, con sencillez—, he tenido un hijo que no tiene más que la vida física y el dinero.

Entraba la Rucha con el pescado, y doña Mariana volvió a enmudecer. Cuando quedaron solos de nuevo, Carlos le respondió:

—Creí que era usted soltera.

—Lo soy.

Carlos bajó la voz al responder.

—No creo haber dado lugar, ni haber pretendido, que usted hiciera una confidencia de esa naturaleza.

—Lo primero que te dirán en Pueblanueva —interrumpió ella, como sin darle importancia— es que doña Mariana Sarmiento ha tenido un hijo de soltera. Tienen necesidad de decirlo a todo el mundo, y más a ti. Te lo dirán, además, bien adobado de mentiras. Pero, aunque así no fuera, te lo hubiera

dicho igual. Acabarás comprendiendo por qué, entre nosotros, las cosas tienen que quedar claras, y es natural que sea yo la que empiece.

Entraba otra vez la Rucha.

—Ahora bien: todo esto puede quedar para más tarde. Empiezo a pensar que ha sido prematuro. Yo debía de haberte preguntado cosas tuyas. No sé nada de ti, y quiero saberlo todo, o quizá necesite saberlo.

Dejó sobre el plato los cubiertos, y, mientras la Rucha retiraba el servicio, ella permaneció en silencio, con la cabeza un poco baja.

—Nunca se te ocurrió pensar que fueras tan importante para una persona que apenas te conocía, ¿verdad?

Carlos meneó la cabeza.

—Comprendo, sin embargo, que no es por mí mismo, sino que el interés de usted, como antes dije, lo recibo en herencia. ¿No es eso?

Rio, sin forzar la risa, sin reticencia. Doña Mariana rio también, y añadió algo como «¡Ya seguiremos hablando!». Bebió un sorbo de vino, y, mientras bebía, miraba a Carlos, ofreciéndole el brindis. Él bebió también.

—No sé por qué me parece que vamos a entendernos. Y me alegra, caramba, ya lo creo que me alegra. Tenía un poco de miedo a tu llegada. Eso de ser médico de locos da cierta importancia, y pudiera suceder que tú te la dieras y te parecieran enojosos mis sentimientos.

Para tomar café, le llevó a una salita tan elegante como el comedor, pero menos solemne y más graciosa. Habían encendido la chimenea, pero ellos tomaron asiento alrededor de la camilla. Carlos se fijó por primera vez en que no había luz eléctrica, sino candelabros con velas, cuyo uso diario parecía evidente, y quinqués de petróleo. Doña Mariana le explicó que la luz eléctrica le molestaba, y que el quinqué y las velas le gustaban más.

—Y no hallo razón para privarme de lo que me gusta. Por otra parte, así estaba mi casa cuando la heredé; y así quedará cuando muera. La única novedad es ese gramófono que ves ahí, con esa horrible corneta verde. Comprendo que desentona, pero a mí me han gustado siempre la ópera italiana y los cuplés picarescos, y cuando quiero oírlos, como ya no voy al teatro, los toco en el gramófono, y ya está.

Se levantó rápidamente, cogió un disco al azar y lo puso sobre el platillo. El gramófono empezó a cantar:

¡Ay qué tío tan atroz!
¡Qué pellizco más feroz!,
me dio en la parte posterior saliente,
que me dejó toda la región doliente;
pero luego se calmó...

—¿No te divierte? —dijo, riendo, doña Mariana.

Carlos confesó que sí.

—No creas que solo escucho frivolidades. Por ahí andan Anselmi, Caruso, Tita Ruffo, *El Toreador*, el *Spirito Gentile* y todo lo que nos entusiasmaba en el Real cuando yo era joven. Pero no vivo de recuerdos. Estoy encantada de mi edad, tengo muchas cosas que hacer todavía, y me queda muy poco tiempo para la nostalgia.

Los nombres de los tenores habían recordado a Carlos su visita a Gonzalo Sarmiento y los retratos de divos recortados de revistas.

—Es curioso. La afición a la ópera, ¿es cosa de familia?

—¿Por qué?

—Todos estos tenores que usted acaba de nombrar, y muchos más, los he visto retratados en casa de su pariente.

—¿Quieres decir en casa de Gonzalo? ¡Dios mío! ¡No había vuelto a recordarle! ¿Le has visto? ¿Cómo es Germaine?

—No lo sé. Está en un colegio de Normandía y no he podido verla, pero traigo un retrato suyo. Espere un momento.

Salió a buscar el retrato y se lo entregó a doña Mariana. Ella quedó un rato mirándolo, con las gafas montadas sobre la nariz, muy hacia la punta.

—Es linda, ¿eh?

Carlos asintió.

—Si su padre no fuese un cabezón, esta chica estaría conmigo hace mucho tiempo. Es mi única heredera.

Carlos relató su entrevista en la casita de Montmartre.

—Gonzalo es un imbécil. Lleva treinta y cinco años en París. Quiso ser escritor y no pasó de mendigo. Tuvo que vender de su patrimonio y ahora vive de lo que le mando. Lo hago por la chica, no por él. Y en estas condiciones, se atreve a rechazar mis ofrecimientos. ¿Qué piensa? ¿Que yo no sabría educar a mi sobrina, o que Pueblanueva es poco para ella?

—Tengo la impresión de que su primo vive con alguien. No estaba muy tranquilo conmigo, y deseaba echarme cuanto antes. Era evidente que quería ocultarme algo.

—Puede suceder que se haya vuelto a casar o que...

Se encogió de hombros.

—Allá él. Cuanto antes se lo lleve la trampa, mejor para su hija.

Cambió de conversación. Hizo preguntas a Carlos sobre su vida en Viena y en Berlín. Viena, sobre todo, le interesaba.

—Estuve allí hace mucho tiempo. Era una ciudad hermosa y divertida. ¿Lo es todavía?

Doña Mariana se refirió a lugares que Carlos desconocía casi enteramente.

—Hermosa sí, pero también triste. La estropeó la guerra.

—Entonces, hijo, ¿qué vida hacías allí?

—La de estudiante pobre.

—Pero ¿no has sentido nunca el deseo de salir de la pobreza, de vivir de otra manera? Tu padre no era así. —Señaló con un gesto el gramófono y los discos—. Hemos ido mil veces juntos a la ópera, cuando él estaba en Madrid. Era un gran tipo tu padre, y le sentaba muy bien el frac.

—Le confieso que, a mi llegada a Viena, también me tiraba esa vida, y alguna vez he alquilado un esmoquin para ir a los conciertos de gala, pero después...

—¿No te alcanzaba el dinero?

—Simplemente dejó de gustarme.

—Y, ¿cómo te decidiste a regresar?

Estuvo a punto de declararle su curiosidad por lo que se ocultaba detrás de una puerta tapiada, pero prefirió mentir.

—Necesito encerrarme una temporada. Si he de ser catedrático...

—¿Tienes novia? —le preguntó doña Mariana de sopetón.

Carlos vaciló de manera visible.

—Novia, o amante, o algo así. No te avergüences de decirlo, porque carezco de prejuicios.

—Había una mujer de la que deseaba separarme.

—¿La quieres?

—No. No creo haberla querido nunca.

En los ojos de doña Mariana resplandeció una rápida alegría.

—Una de las cosas que temía era que una mujer tirase de ti, y sin embargo, sería lo natural.

III

Fue doña Mariana quien indicó la conveniencia de darse una vuelta por la casa de Carlos, para que viese cómo estaba aquello. Mandó que engancharan su coche, anticuado, que a Carlos parecía delicioso, y dando un rodeo por la carretera, llegaron al pazo. Estaba cerrado el gran portón de hierro de la entrada. Lo abrieron entre Carlos y el cochero, con ruido de hierros desvencijados. El coche fue dando tumbos, por la avenida embarrada, hasta la puerta de la casa, que también hubo que abrir entre dos. Se fijó Carlos en el jardín, cuya traza se perdía por la invasión de zarzas y saúcos nacidos en todas partes; en la hiedra que trepaba por los troncos y las paredes; en las verbenas crecidas en los aleros y en las junturas de las piedras.

El zaguán, y la casa toda, olían a humedad. Faltaban, algunos cristales en las ventanas; las cortinas se habían descolgado por alguna parte, y así pendían, movidas del viento. Crujían los entarimados, y las puertas, al abrirse, cantaban sobre los goznes una canción perezosa y monótona. Los muebles, grandes, sin brillo, con las tapicerías deslucidas. Los vidrios de los cuadros habían perdido transparencia. Había, en todas partes, desconchados, manchas de humedad. Entraron en el sobrado; el piano atrajo a Carlos: lo abrió y tocó una escala. Sonaba mal. Se volvió hacia doña Mariana.

—Esto es una ruina.

—En todo caso, no me parece lugar adecuado para ti, si piensas encerrarte a estudiar. Eso necesitará, por lo menos, un poco de calor, y aquí hace un frío que hiela.

Se sopló los dedos a través de los guantes.

—Debe darte mucha tristeza, si recuerdas cómo estaba la casa cuando eras niño.

—No recuerdo nada en absoluto. Es decir...

Miró a su alrededor.

—Por alguna parte había una puerta cerrada. Mi madre hizo venir a un albañil para que la tapiase. Es lo único que recuerdo con toda claridad.

Doña Mariana se echó a reír.

—No puede ser la habitación del fantasma. En Pueblanueva nunca los hubo, y menos en tu casa. Sería algún capricho de tu madre.

Señaló un rincón del estrado.

—Si el piso estaba tan podrido como ese, no fue más que una precaución razonable.

Carlos se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que era la habitación de la torre.

Doña Mariana se había sentado, con cautela, en un sillón. Levantó el rostro hacia Carlos.

—Entonces —dijo, con repentina seriedad— lo que tu madre quiso fue ocultarte el lugar donde tu padre pasó diez años de su vida, antes de casarse, y casi todo el tiempo que estuvo casado. Sigue siendo una precaución razonable. Por lo mismo, te alejé de Pueblanueva cuando fuiste bachiller, y no te permitió volver.

Carlos se sentó también, y permaneció unos instantes en silencio.

—Es curioso. Desde hace un par de meses, el recuerdo de esa puerta tapiada no se aparta de mí. No olvide usted que, entonces, trabajaba en una clínica de Berlín. Me hubiera sido fácil pedir a un compañero que me escuchase y que me ayudase a esclarecer las razones por las que aquel recuerdo, olvidado tantos años, volvía a la conciencia, y por qué precisamente este y no otro. Sabe Dios las cosas que hubieran salido a relucir, pero, en principio, yo no debía temerlas. Por el contrario, me hallaba en la obligación profesional de sacarlas a luz y de curarme de ellas, porque a un psicoanalista en ejercicio le está vedado, al menos teóricamente, padecer complejos de cualquier clase. Sin embargo, no lo hice, ni pensé hacerlo; y no porque temiese descubrir un mundo de recuerdos monstruosos, que me avergonzase o me destruyese, sino porque preferí dejar que reviviera el recuerdo y marchara solo, a ver a dónde me conducía. Fue, en cierto modo, una experiencia hecha sobre mí mismo. Y ya ve usted a dónde me ha traído.

Sacó un pitillo y lo encendió.

—Yo he creído siempre que hay cierta clase de hombres que va a donde quiere; y que otros van a donde les llevan las circunstancias. Me tuve siempre por abúlico, y lo soy. Pero esto de ahora me hace pensar en el destino.

Doña Mariana dio un respingo.

—No se asuste —continuó Carlos—. Una mujer que tenía ciertos proyectos sobre mí, me había trazado un camino que incluía también la muerte, una muerte casi a plazo fijo. Si yo no hubiera recordado la puerta que mi madre mandó tapiar, hubiera continuado al lado de Zarah y dentro de unos años hubiera muerto con ella. Le aseguro que estábamos reciamente atados, no por amor, ni siquiera por la costumbre, sino por una especie de sumisión tácita que yo no estaba capacitado para discutir; la voluntad de Zarah era más fuerte que la mía y si yo hubiera querido abandonarla por una decisión consciente, no hubiera podido. Sin embargo, algo tan tenue como un recuerdo nos ha separado. Y ahora resulta que el recuerdo me trae a un pasado que no me preocupó jamás, sin el que hubiera podido vivir tranquilamente; justo frente a lo que mi madre quiso alejar de mí y usted pretende que yo conozca. ¿No lo encuentra un poco raro? A mí, por lo menos, me llena de perplejidad. Soy un hombre de ciencia; puedo creer o no en la libertad, pero jamás he creído en el destino. El destino no es un factor científico.

Dio un par de chupadas al pitillo. Doña Mariana había enmudecido y le escuchaba con atención; parecía querer sacarle las palabras con la mirada.

—¿No dice usted nada?

—¿Qué quieres que te diga? —hizo una pausa y sonrió—. Hablas de cosas que no entiendo.

—Pero puede comprender, al menos, que me hallo en un brete. Acaso detrás de esa puerta no exista más que una habitación vacía. Sé, por lo menos, que no estará allí el cadáver de mi padre, ni nada melodramático. Habrá, todo lo más, huellas de su vida, o quizá ni eso, sino sus trajes y sus zapatos, lo que dejó al huir y que mi madre escondió para que yo no le hiciese preguntas molestas. Pero queda lo que usted sabe. Tengo que elegir entre abrir la puerta y escucharla a usted, o dejar la puerta como está y rogarle que se guarde sus historias. Tengo que elegir y no me siento libre de hacerlo, porque ahora mismo la curiosidad puede más que yo. Una curiosidad, si se quiere,

científica. Necesito explicarme lo que, de momento, me resulta inexplicable.

—Yo dejaría de hurgar en la razón de las cosas.

—O en su sinrazón. Pero sucede que no puedo portarme de otro modo.

—¿Tu madre?

—Lo que soy, y cómo soy, se lo debo a ella, a su voluntad imperiosa, constante, implacable. Pero, entiéndame, por favor. Jamás mi madre pudo desear que yo me dedicase alguna vez a destripar las cosas. Jamás pensó que, por obedecerla, pudiese llegar un día en que yo, antes de vivir, piense sobre la vida, y quizá la deje luego inservible para vivirla, a fuerza de pensar en ella. Antes le dije que hubo una mujer. Si yo no hubiese analizado mis relaciones con ella y la realidad de mis sentimientos, habría sido feliz a su lado. Me temo que, inevitablemente, estropearé cualquier sentimiento o cualquier situación que pueda hacerme feliz. Mi madre no quiso esto, sino todo lo contrario. Quería que yo fuese feliz, pero pensó que mi felicidad consistía en aquello que la hubiese hecho feliz a ella. Quería que yo tuviese una gran carrera y que fuese un hombre importante. Esto no lo consiguió, pero me puso en el camino de llegar a ser, no solo lo que soy, sino cómo soy. Lo hizo —añadió con un tono de amargura— con la mejor voluntad maternal del mundo, pero sin dar lugar a escapatoria.

—¿Tienes idea de sus sacrificios para darte carrera?

—Los imagino.

—Son inimaginables. Fueron...

Se estremeció, y comentó que hacía mucho frío.

—Vámonos, si usted quiere —respondió Carlos.

—No. Puedo aguantar un poco más si abres un armario que hay en la habitación de al lado y sacas de él una manta y me la echas por las piernas.

Lo hizo Carlos. Doña Mariana se arrebujó.

—Mira. Antes de casarse tu padre, estuve en esta casa muchas veces. Después de su matrimonio, en vida de tu madre, solo tres, todas por tu causa. Tu madre había sido mi amiga antes de casarse. Cuando tu padre desapareció, vine a verla, y me echó con cajas destempladas. No tenía razón desde mi punto de vista, pero acaso la tuviera desde el suyo. Después, cuando te envió a estudiar a Santiago, volví a verla. Ella quería vender todo tu patrimonio para pagarte los estudios: las tierras, los pinares, y esta casa si fuera menester. Y

yo, que lo supe, vine a decirle que no lo hiciera. Le ofrecía el dinero necesario, todo el que quisiera, y lo rechazó: volvió a echarme, con las mismas palabras de quince años antes, y por las mismas razones. Yo la hubiera mandado a paseo si no existieras tú; y tú, por su orgullo o por su capricho, estabas a punto de quedarte sin nada. Fíjate bien: no me había importado si fuesen otra clase de bienes; pero estos, tu casa, las tierras, los pinares, todo lo que había sido de tu padre, tu padre lo había amado. Yo tenía que evitar que fuera a parar, por cuatro cuartos, a manos de los Salgados, que es lo que tu madre pretendía; y como podía impedirlo, lo impedí. Finalmente, volví, la tercera vez. Le hice ver que no conseguiría dinero, y que despojarte de lo tuyo, aunque fuese para darte carrera, era un disparate. Tuvimos, aquí mismo, en este sobrado, ella ahí y yo aquí, una disputa violenta, pero acabó cediendo. Entiéndeme. No aceptó el dinero que le ofrecía, pero sí accedió a trabajar para mí. Durante muchos años, casi hasta su muerte, bordó juegos de cama y mantelerías para mi casa, y ropa interior para mí, que le pagué como a cualquier bordadora porque no aceptaba un céntimo más. Con ese dinero, y con lo que daban tus tierras, pudiste estudiar en Santiago y en Madrid, y te envió algún dinero a Viena.

Hizo una pausa.

—Si ahora me dijeras que no le estás agradecido, te despreciaría.

Carlos había escuchado con la cabeza baja, como avergonzado.

—La he querido mucho —respondió—. La habría querido más si no me hubiera apartado tan pronto de sí. La habría querido más aún si no me hubiera convencido, desde niño, de que el amor se manifiesta en la obediencia. La amé obedeciéndola. Fui a donde quiso, estudié para médico porque lo quiso, y si mi marcha a Viena fue de mi gusto, lo fue también del suyo. Cuando murió, hacía largo tiempo que no la veía, pero todas las semanas recibía su carta. Me daba órdenes y reglas, solo órdenes y reglas, y yo las seguía. Las seguí durante mucho tiempo después de su muerte. Agradezco a mi madre lo que hizo, y me conmueve, pero...

Se interrumpió un momento; alzó la cabeza y miró a doña Mariana.

—... tengo que preguntarme si el sacrificio de mi madre sirvió de algo.

—A ella la hizo feliz.

—Bien. Lo que usted acaba de contarme me duele en el corazón, pero es

indudable que si mi madre viviera y me escuchase, en el caso de que yo me atreviera a ser franco con ella como lo soy con usted, se sentiría defraudada. No solo no soy lo que ella quería, ni como ella quería, sino que no puedo serlo. Además —añadió— no me importa.

Se levantó, dio unos pasos por la habitación con las manos metidas en los bolsillos de la americana y la punta apagada del pitillo entre los labios. Se acercó luego a la ventana y miró al exterior, silencioso. Se volvió de pronto.

—Pero no debe usted despreciarme. Sería injusto. Yo he amado a mi madre y la he obedecido, pero ella se equivocó. Ahora tengo treinta y cuatro años y me parece tarde para empezar de nuevo. Lo único que me queda de estos años pasados es eso que a usted le sorprende: la manía de analizarlo todo. Es un hábito del que ya no podré apartarme nunca, por mucho que haga. Y lo malo es que me conduce siempre a conclusiones en las que no creo.

Sacó otro pitillo, lo encendió, sopló sobre la cerilla y se quedó mirando el humo.

—Y; sin embargo...

Arrojó la cerilla.

—No importa que usted no entienda bien lo que voy a explicarle. Necesito pensarlo y decirlo, y usted está ahí, usted me ha traído a esta situación, y...

Se interrumpió y sonrió.

—... usted está bien tapada con una manta. Puede escucharme. Necesito juzgar, desde mi situación presente, un acontecimiento pasado.

—Quizá —interrumpió doña Mariana— no sepas aún lo suficiente para juzgarlo. En esa historia que acabo de contarte hay más capítulos.

—No se trata ahora de ella. Por otra parte, tampoco debo juzgarla... todavía. Se trata solo de que, en esta situación a que he llegado, una ocurrencia insignificante cobra una importancia inesperada y un sentido inexplicable. Perdóneme si vuelvo a la puerta tapiada. Si, como le expliqué antes, yo le hubiera dicho a un compañero de clínica, o a un maestro: «Me pasa esto», él hubiera descubierto en seguida la causa, y asunto concluido. Habría vuelto a olvidar la puerta. Pero no lo hice. Entonces, para mí, aquella determinación se me antojó un ejercicio libre de mi voluntad en un terreno incontrolable. Ni siquiera Zarah podía obligarme a psicoanalizarme, porque se lo oculté también. Cultivé el recuerdo como se cultiva una planta y esperé.

Hace cuatro días, en París, creí deberle mi libertad, pero ahora resulta que mi acto de voluntad está en conexión, no con mi vida personal, no con lo que sé de mi vida, ni con lo que hasta ahora he esperado de ella, sino con la de usted y con lo que usted quiere de mí, que no sé lo que es, pero que, en todo caso, no es lo que he querido yo. Esto es inexplicable. Es muy fácil responder: sucede así por casualidad, pero yo no creo en la casualidad.

Doña Mariana había escuchado con muestra de entenderle enteramente. Cuando Carlos terminó, ella se encogió de hombros.

—Lo que no me explico, criatura, es por qué te haces cuestión de esto. ¿Qué más dan los porqués, si es que existen? Lo importante, a mi juicio, es que, si te hablo de tu padre como deseo, tu vida puede cambiar; y ahora que ya has hablado un poco de ti, deseo ardientemente que cambie, porque no me gusta: esta es la cuestión. ¿Para qué romperse el caletre con las otras? Te aseguro que me sorprende que se te hayan ocurrido. En mi cabeza, desde luego, no caben.

—Sin embargo, para mí, esclarecer lo que no entiendo puede suponer también un cambio de vida. Algo así como si un hombre que no cree en Dios se lo encuentra, de pronto, en la mesa del café.

—¿Tú crees en Dios?

La mano de Carlos, que llevaba un nuevo cigarrillo a la boca, se detuvo a medio camino.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que yo no creo.

Lo hubiera esperado Carlos de cualquier otra persona; pero de pronto comprendió que ya se había hecho una idea de doña Mariana, y que en ella no cabía una confesión paladina de ateísmo. La sorpresa se le traslució en el rostro.

—En cualquier caso —tartamudeó—, eso no importa.

Doña Mariana sacudió la manta que le cubría las piernas, y se levantó.

—Vámonos.

Pero permaneció frente a Carlos, mirándole a la cara, y le puso una mano encima del hombro.

—Ya lo creo que importa. Precisamente porque no creo en Dios es por lo que necesito que me juzgues.

—¿Yo?

—Tú, Carlos Deza, hijo de Fernando y de Matilde, a quienes hice daño.
—Eché a andar hacia la puerta, y la madera del piso crujió bajo sus pasos. El suelo se movía suavemente, como un barco mecido por la resaca. Se movía con música. Carlos tardó en seguirla unos segundos.

El resto del día transcurrió como si no hubiera pasado nada, como si ciertas palabras no se hubieran pronunciado, y no porque Carlos hurtase el bulto a las consecuencias, sino porque doña Mariana parecía haberlas olvidado, o, en todo caso, hacía como si las olvidase. Durante el regreso, habló a Carlos de la situación de sus propiedades, cuyas rentas ella había doblado con gran esfuerzo, pero sin que el resultado fuese el que debía esperarse. «Tu padre —dijo también— carecía de sentido para el dinero. Resulta ridícula la cifra de algunos arrendamientos, y ahora, con esas leyes que dan los republicanos, es muy difícil subir las rentas». Llegaron a casa, y mandó que preparasen la merienda. Preguntó a Carlos si té o chocolate; Carlos dijo que té, y lo sirvió la Rucha. Siguieron hablando de intereses, o, mejor, siguió doña Mariana refiriéndose a los de Carlos y al poco tino con que sus tierras se habían explotado. Después de merendar, puso unos discos, y por ahí sacó la conversación de la música. «Tú tocabas el piano, ¿verdad?». Carlos le respondió que sí, y entonces ella le invitó a que tocase un poco. Lo hizo Carlos. Mientras tocaba, la observó. Ni una sola vez pareció ensimismarse o dejarse arrebatar por pensamientos, sino que permanecía despierta y atenta a la música. Preguntaba, y Carlos le respondía. Lo que más le gustaban eran los valeses de Viena. «¡Qué quieres, hijo mío! Son de mi tiempo». Carlos tocó los más conocidos, y alguno nuevo que recordaba vagamente y que reconstruyó con esfuerzo. «Esto del piano, si no recuerdo mal, lo aprendiste por disposición de tu madre». Así era. «¿No te gusta?». Sí; a Carlos le gustaba la música.

—Ya ve usted. Si a mi madre se le hubiera ocurrido hacer de mí un músico, lo hubiera conseguido. Pero aprendí a tocar el piano porque, según mamá, es una especie de adorno bonito para un hombre. De todas maneras, lo que sé me ha bastado. No soy un gran pianista ni lo seré nunca, pero, para mis fines particulares, me defiendo.

—Es curioso —dijo doña Mariana—. Que yo recuerde, a ninguno de mis

abuelos, ni tampoco a los tuyos, se les ocurrió jamás dedicarse a otra cosa que no fuera la política o su hacienda. Pero ya tu padre fue un tipo raro: tuvo un gran porvenir político y lo desdeñó. Los últimos años de su vida se los pasó escribiendo. Después, a mi primo Gonzalo le dio por la literatura y el periodismo, y les sacrificó su vida. Más tarde, el hijo de Quiroga salió pintor, tú eres un músico fracasado, y del hijo de Remigio Aldán, que también anda por aquí, dicen que es poeta, o que quiere serlo. ¿No encuentras esto un poco raro?

—Por lo que a mí se refiere, desde luego, no. Aunque, bien mirado, no soy un músico fracasado. Todo lo más, un psiquiatra fracasado. Lo que sucede es que mi madre me mandó aprender música para que, en las reuniones sociales, pudiera sentarme al piano y tocar un vals, y para que las señoras dijeren: «¡Qué bien toca el hijo de Matilde!»; y, si acaso, para que una chica de posibles se enamorase de mí; y yo lo que hice hasta ahora fue tocar para mí, porque me gusta; y, todo lo más, tocar para alguna persona que encuentre en la música el mismo gusto que yo. Pero le aseguro que, hasta ahora, no me ha proporcionado un buen partido para casarme.

—No eres ambicioso, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Tengo algunas ambiciones; lo que me falta es pasión para realizarlas.

—¿Te acuerdas de Cayetano Salgado?

—Un chico rico que jugaba con nosotros, ¿no?

—Algo más que un chico rico, pero sí, es cierto: jugaba con vosotros; jugaba contigo y con Juanito Aldán. Ahora es el amo aquí. También él estuvo fuera, como todos vosotros. ¿Qué sucede, que todos os vais y luego volvéis? Pero Cayetano ha vuelto de otra manera. Estuvo en Inglaterra y en los Estados Unidos, se hizo ingeniero, ahora dirige los astilleros. Es muy rico, ¿sabes?, más rico que yo. Cualquiera, en su lugar, hubiera elegido otro sitio para vivir. Los astilleros podría dirigirlos desde La Coruña, por ejemplo. Sin embargo, él vive aquí, aquí tiene su casa, y su madre, y su padre ...

Se interrumpió.

—A esos también les hice daño, pero el juicio de Cayetano no me importa.

No esperó a que Carlos se apoyase en aquel inciso para volver a la conversación de la tarde, sino que continuó hablando de Cayetano y de sus

astilleros, e incluso de su madre y de su padre. «Todo el que piensa vivir en Pueblanueva más de veinticuatro horas necesita saber a qué atenerse con esa gente, porque, quiéralo o no, se los tropezará».

—Usted no parece quererlos mucho.

—¡Oh, no! Don Jaime es mi amigo, y aunque a su hijo le pese, mi administrador. Ya lo conocerás cualquier día. Una de las cosas que te dirán en seguida es que don Jaime Salgado es el padre de mi hijo. Esto no es cierto. Hace treinta y cinco años, cuando murió mi padre y vine a hacerme cargo de mi patrimonio, estos Salgados empezaban, tenían dinero, habían montado una pequeña factoría naval en que construían barcos de madera. Don Jaime era un buen hombre de negocios, pero Angustias, su mujer, ambicionaba algo más que dinero. Cada vez que un Churruchao vendía algo, ella mandaba a su marido que lo comprase.

Carlos la interrumpió:

—¿Un Churruchao? Alguna otra vez he oído ese nombre, pero no sé qué quiere decir.

—Los Churruchaos, hijo, somos nosotros; tú, y yo, y Juanito Aldán, y el padre Quiroga, y algún que otro bastardo pelirrojo que anda por ahí, por el campo.

—Una gran familia. Eso, al menos, me dijo en París Gonzalo. Y mi madre también me habló y me escribió muchas veces acerca de eso. No hablaba de los Churruchaos, pero ahora comprendo que se refería a ellos. Parece ser que mi obligación de ser un hombre importante tiene bastante que ver con mi pelo rojo y mis narices.

—¿Te has dado cuenta de que, desde tu llegada, es la primera vez que hablas con ironía?

—Perdóneme. Pero no puedo tomar en serio esas cosas. Vengo de un mundo en que ya no existen.

—Sin embargo, tienes el pelo rojo y las narices grandes, y eres largo y huesudo, como yo y como tu padre. Y como lo son y lo fueron muchos más.

—No he tenido ocasión de imponer mi criterio a la biología.

Doña Mariana se puso en pie.

—Ven conmigo.

Salieron. Por el pasillo, doña Mariana dijo:

—Tu padre nunca estuvo en el extranjero, y, además, aquellos eran otros tiempos. Él se pasó muchos años de su vida escribiendo historias de Churruchaos. Ahora voy a enseñarte unos cuantos.

Abrió la puerta y entraron. Era un salón grande y oscuro. Doña Mariana lo atravesó y abrió las maderas: apenas entraba la luz del atardecer. Sin embargo, Carlos pudo entrever unos cuantos cuadros colgados en las paredes, diez o doce. Doña Mariana fue derechamente a la chimenea, y mostró a Carlos el que presidía. Era de una mujer.

—Esta es Mariana Quiroga. Estuvo para casarse con un tatarabuelo tuyo, pero acabó casándose con el mío. Es una bonita historia de las que tu padre escribió. Tu padre decía que, gracias a esta mujer, nosotros, los Sarmiento, hemos sido enérgicos, realistas y positivos.

Carlos encendió una cerilla y la levantó sobre su cabeza, alumbrando el cuadro. Miró durante unos momentos el rostro delgado, decidido, despectivo, de Mariana Quiroga.

—Se parece a usted.

—¿Quieres con eso llamarme fea? —respondió doña Mariana riendo.

Carlos se disculpó.

—Lo soy ahora, de vieja, pero de moza no fui cosa despreciable. Tú mismo puedes verlo.

Fue hacia el extremo opuesto del salón, y mostró a Carlos un cuadro colgado sobre la consola.

—Así era yo a los treinta años.

Carlos encendió una cerilla.

—¿Le importa que use uno de estos candeleros? Usted lo merece.

Ella se lo alargó. A su luz, Carlos examinó el cuadro.

—Es un Sorolla —dijo ella.

A la luz del candelero se descubrían, si no los matices, al menos la figura: una Mariana joven, cuyo rostro se adelantaba, vigoroso, dominante, seguro de sí mismo. Decir que era bonita ponía límites demasiado estrechos a la realidad representada en el cuadro. Sin embargo, aquel rostro atraía, no por su perfección, sino por su vitalidad, contenida y como frenada por la sonrisa.

Carlos se volvió, y alumbró el rostro de doña Mariana.

—No compares —dijo ella sonriendo—. Lo de ahora es una ruina.

—Si eso que tiene usted que contarme de mi padre es que se enamoró de usted, me lo explico; pero si, además, me dice que lo abandonó todo por usted, o que por voluntad de usted fue vil o heroico, lo creeré mejor.

Doña Mariana movió la cabeza y sonrió con ternura.

—No tanto, hijo, no tanto.

—Usted me ha dicho repetidas veces que me parezco a él, y voy presintiendo que el parecido es más grande de lo que usted sospecha. Quizá, como yo, mi padre careciese de voluntad. En tal caso, habrá sido un descanso para él entregarse a usted y limitarse a obedecer.

—Tampoco.

—Estoy describiéndole lo que yo habría hecho si usted se hubiera tropezado conmigo, y no es imaginación, sino recuerdo de una experiencia. Zarah es también una mujer fuerte, y yo, junto a ella, he sido vil, porque lo que ella me ofrecía lo era.

—Sin embargo, te has apartado.

—Todavía no sé cómo.

—Tu padre era débil, pero solo aparentemente. Fue, como tú, capaz de dejar lo que le importaba, quizá lo que amaba, y esto le sucedió dos veces en su vida. Muchas veces he intentado entender su debilidad, que acaso no lo fuese, sino tan solo falta de entusiasmo por lo que la vida le daba. Tu padre, como tú, pensaba mucho.

Carlos había dejado el candelabro sobre la consola. Doña Mariana encendió en sus velas las del candelabro parejo.

—Pero yo no quería hablarte de esto ahora. Te traje aquí para que vieses si tenía importancia el llevar en las venas una sangre y no otra. No me refiero, como puedes suponer, a importancia social, o a que tú y yo y todos nosotros nos pongamos a presumir de nobleza, porque todo eso va de capa caída; pero es indudable que el nacer de unos padres y no de otros da muchas cosas hechas, y otras, en cambio, las hace imposibles. Cuando uno nace, le regalan la figura y el temperamento: uno es guapo o feo según los padres que ha tenido; es fuerte o débil, es listo o burro. Yo vengo de Mariana Quiroga, que fue una mujer hecha y derecha, y por eso lo soy también. Si ella se hubiera casado con tu tatarabuelo y no con el mío, acaso ahora el fuerte serías tú, y yo no pasaría de ser una pobre y débil mujer.

Se sentó en un sillón.

—No vale de nada alegrarse o entristecerse por el pasado. Las cosas son como son y están bien así. Vosotros sois débiles y os da por pensar. Sois inteligentes y abúlicos. Ponen en vuestras manos una pera madura, y en vez de morderla, os echáis a investigar de dónde salió, y por qué no está en el árbol y sí en vuestras manos. A tu padre, lo que le gustaba era averiguar si comerse la pera era o no moral: nunca supo echar mano de lo que le apetecía, y eso que lo tuvo a su alcance...

Carlos permanecía apoyado en la consola. Miraba alternativamente a doña Mariana y a su retrato.

—Poco antes de casarse —continuó ella—, cuando vine a Pueblanueva, tu padre había descubierto ya la existencia de la otra Mariana, de esa, y andaba muy interesado por escribir su historia. Venía todas las tardes a esta casa, revolvía papeles y merendaba conmigo. Me hablaba con entusiasmo de lo que iba descubriendo. Y resulta que no solo tu tatarabuelo, sino varios tatarabuelos más, quisieron casarse con ella. Mariana Quiroga hubiera tenido que casarse alternativamente con un Aldán, con un Sarmiento, con un Deza, y con alguno de sus primos Quirogas, y dar a cada uno un hijo vigoroso; de esta manera, quizá todos vosotros seríais ahora fuertes y realistas como ella; no hubierais perdido el gusto de mandar, y no se os hubiera ido el pueblo de las manos. Pero aquellas gentes habrían visto mal que la chica se convirtiera en una especie de incubadora, y a ella misma no le hubiese apetecido. Por todo lo cual vosotros sois como sois, y yo estoy sola en el pueblo para hacer frente a los que quieren hundirnos.

Asió a Carlos de un brazo y lo atrajo hasta sentarlo junto a ella.

—Mira. A mí, los otros Churruchos me importan menos. Allá ellos con su vida y con su destino. Pero tú me tocas más de cerca. No quiero que Cayetano te hunda como a los otros. Tu madre sospechaba que esto habría de suceder alguna vez, y por eso te alejó de aquí y quiso hacerte un hombre poderoso. Se equivocó en los medios. ¡Ah, si tu madre hubiera olvidado sus rencores y me hubiera dejado encaminar tu vida! Pero me tenía miedo. Todos me tienen miedo, y me lo tiene también ese bobo de Gonzalo. El miedo de los otros ha frustrado muchas cosas; pero lo que siento ahora es que tu madre se haya equivocado, ¿me comprendes? Tenía que llegar este día en que vinieras a

recobrar tu herencia, y ahora no tienes armas para defenderla. ¿Cómo vas a hacerlo, si sospecho que no te importa?

—Al llegar a este punto —interrumpió Carlos—, no la entiendo bien; pero si a lo que se refiere usted es a esa herencia de mando y de poder que nos ha arrebatado Cayetano...

—¡No! Del todo, no. Todavía mando mucho.

—Aunque así sea. El mando no me interesa, efectivamente, ni probablemente nada de esa herencia. Empiezo a comprender lo que mi madre quería de mí, pero mi madre había olvidado mi derecho a mi vida propia.

Hizo una pequeña pausa.

—Los hombres hemos cambiado. Reconozco que mi cabello y mis narices pertenecen a toda esa gente pasada, e incluso admito que si esa dama del retrato se hubiera casado con mi tatarabuelo, yo sería de otra manera, quizá más fuerte de lo que soy; pero, en ese caso, emplearía mi fuerza en hacer mi vida.

—Eres como tu padre: débil y terco.

Le cogió repentinamente una mano:

—... y simpático. Me parece que voy a quererte mucho.

IV

Cenaron, con fondo de flamenquerías anticuadas al gramófono, sin que las palabras importantes volviesen a surgir; sino que Carlos, solicitado por doña Mariana, volvió a contar cosas de Viena y de como se vivía allí, de las diversiones de la gente y de las personas que sonaban en la ciudad; de lo que Carlos poco pudo decirle, ya que solo sabía de los hombres de ciencia, de los líderes políticos y de algún otro artista. Doña Mariana no había estado nunca en Berlín, y Carlos lo comparó con Viena, las ciudades y las personas. Entró la Rucha con el recado de que Xirome quería ver a la señora. Doña Mariana mandó que pasase, y Xirome, desde la puerta, pidió permiso. Era un cuarentón de rostro curtido y cabello rubio, vestido de mahón deslucido, con botas de aguas, zamarra y una boina chica a la que daba vueltas entre las manos. Parecía muy apurado. Doña Mariana le mandó que hablase, y él contó la pelea habida en la taberna del Cubano entre unos marineros de su barco y unos obreros de la factoría. El bochinche se había armado porque los obreros, medio borrachos, se habían metido con «el señor Aldán», que hablaba a los marineros, según costumbre, de la revolución.

—¿Pudieron más los nuestros? —preguntó doña Mariana, interesada; y Xirome le respondió que, en general, los marineros se habían retraído, y que el suceso, todavía en marcha y en fase intermedia de disputa, parecía reducido a dos hombres de cada bando.

—¡Hay que pegarles! —casi gritó doña Mariana—. ¿Cómo andáis de vino?

Xirome le respondió que mal.

—Toma dinero, y paga una ronda, o dos, o las que hagan falta, a los nuestros, y si alguno tiene apetito, que coma también.

Se levantó briosa, salió un momento y volvió con un billete en la mano.

—Ahí va el dinero.

Xirome lo cogió con evidente sorpresa.

—¿No es mucho?

—Ya me traerás lo que sobre, si sobra. Pero me disgustaría que ganasen los de la UGT.

Xirome llevó la mano a la frente y salió pitando, la Rucha tras él. Y doña Mariana, antes de sentarse, cogió del anaquel una botella de licor y sirvió dos copas.

—Esto hay que celebrarlo.

Tendió la suya a Carlos.

—¿Qué es lo que celebramos?

—La paliza que mis hombres darán a los de Cayetano.

—No entiendo nada. Y menos esa mención de la UGT que usted ha hecho. Eso me ha sorprendido más que otra cosa.

—Los del astillero están afiliados a la UGT, solo porque mis pescadores pertenecen a la CNT.

—¿Sus pescadores?

—Todos los barcos de pesca de Pueblanueva son míos. Un mal negocio, puedes creerme, en estos tiempos de poca pesca. Si liquido a cero la temporada me daré por contenta. Pero, aunque me cuesten dinero, no amarraré los barcos.

A pesar de la explicación, Carlos seguía sin entender. Había quedado con la copa de licor en la mano, sin probarla, y miraba a doña Mariana. Se atrevió a preguntarle, un poco en broma:

—¿Por filantropía?

—No, hijo. Por hacerle la pascua a Cayetano. Él quiere acabar con la pesca, no porque le estorbe en sus negocios, sino solo por ser el amo de la villa, y que aquí nadie gane un real que no sea suyo. Y a mí no me da la gana.

Bebió un sorbo de licor de la media copa que se había servido.

—Ya sé —dijo luego— que al final ganará él, pero será cuando yo muera. Lo siento por los pescadores. Les hará pasar hambre y entrar por el aro antes de admitirlos en el astillero. Pero, los pobres, ¿qué van a hacer? El que me herede no estará dispuesto a jugarse el dinero por una terquedad mía.

Miró a Carlos con seriedad súbita.

—Tú, por ejemplo, no lo harías, ¿verdad?

—¿Yo?

—Acaso no comprendas que con mi dinero, con mis tierras y con mis barcos pueda legar a quien me herede ciertas obligaciones morales. No creo, incluso, que ningún notario se atreviese a escribirlas en mi testamento.

Se puso de pie, y, por hacer algo, cogió la botella de licor y la devolvió al anaquel. De espaldas a Carlos, continuó:

—La gente es imbécil. Si se me ocurriera dejar mi dinero para un hospital, lo encontrarían razonable; pero si lo dejo para que se impida a Cayetano Salgado mandar en el pueblo y hacer su santa voluntad, que no es santa, lo encontrarían disparatado. Y, sin embargo...

Se volvió a Carlos. Sus manos se movían lentas, elocuentes.

—El padre de Cayetano es mi amigo. No fue nunca mi amante, y hoy es ya un viejo chocho, una ruina babeante, pero fue mi amigo, todo lo amigo que puede ser un perro fiel. A Jaime le duele la enemistad entre su hijo y yo, que no puede ser sino eso, enemistad. Jaime espera que el lío se arregle, como en las comedias, con una boda. Cayetano Salgado con Germaine Sarmiento. ¿Lo encuentras bonito? A la madre de Cayetano le parece de perlas, porque ella siempre soñó que su hijo fuera dueño de esta casa y de todo lo bueno que haya en diez leguas a la redonda. A mí me parece monstruoso. Si mi sobrina llegase a casarse con Cayetano, creo que mis huesos se levantarían y vendrían una noche a asesinarla.

Cerró los puños con brío.

—Cayetano es un asqueroso. Será la primera persona de quien te hablen en el pueblo, antes que de mí, porque a mí me odian, pero a él le temen. Te contarán que es un conquistador, que no hay mujer que se le resista, y el que te lo cuente tendrá sus razones para convencerte, porque es muy probable que su mujer, si es todavía joven, o su hija, si la tiene, se hayan acostado con Cayetano. Y yo me pregunto qué diablo tiene un hombre en el alma para portarse así.

Sonrió de pronto.

—Esa chica que vino contigo en el autobús, Rosario la Galana, es la de turno. Lleva un mes con ella, o cosa así; le durará el tiempo que tarde en

encapricharse de otra.

Sonaron, en aquel momento, dos disparos lejanos, apagados los estampidos por la lluvia; y, luego, como un rumor de voces alteradas y de gritos. Carlos corrió a la ventana y la abrió. Al final de la calle, hacia el otro extremo del pueblo, se veían bultos de gentes que corrían, y, a los gritos que daban, se sumaban chillidos de mujeres.

—Eso han sido los del astillero —dijo doña Mariana.

—¿Quiere usted que vaya a ver qué sucede?

—No deseo que te mezcles en el lío.

—Sin embargo... —y por reforzar su deseo, agregó—: Recuerde que Aldán está allí.

Se acercó a la ventana y miró también. El tumulto parecía sosegar; ya no gritaban las mujeres, y las sombras humanas desaparecían por una puerta.

—Es en la taberna del Cubano, algo así como el Cuartel General de los pescadores. Ve con cautela.

Carlos salió corriendo. Al pasar, cogió del perchero su gabardina, y se la puso mientras descendía las escaleras. Iba destocado, y sintió sobre la cabeza la lluvia menuda. Al alejarse de casa de doña Mariana sosegó el paso, y así llegó a la taberna, como el que pasea. No había encontrado a nadie en el camino, pero, de la parte del astillero, llegaban voces. Se detuvo frente a la taberna. Alguien discutía dentro, y la sombra de una mujer pasaba y repasaba por los vidrios de la puerta. La empujó. La taberna era pequeña. Un grupo de marineros rodeaba la mesa del rincón. La muchacha que iba y venía traía ahora una palangana llena de agua y una toalla. Al verle, se detuvo y todas las voces callaron. El grupo de los marineros se abrió: estaba entre ellos Xirome, con la boina puesta y un gran chirlo en la frente.

—Buenas noches. Soy médico, y pensé... Si ha pasado algo...

Un hombre sentado a la mesa y vuelto de espaldas se levantó y fue hacia él. Era largo, delgado, pelirrojo. Sujetaba con la mano, sobre la cabeza, una toalla ensangrentada. Le tendía la otra mano.

—¡Carlos! ¡Carlos Deza! Soy Aldán. ¿No recuerdas?

Carlos señaló la cabeza.

—¿Estás herido?

—¡Oh; no es nada, no te preocupes! ¿Cómo estás? Ya sabía que habías

llegado.

También Aldán le mostraba afecto, aunque pareciese que deseaba hacerlo público, que se gozaba en abrazarle precisamente delante de los marineros. Se volvió en seguida a ellos y les explicó que era «el doctor Deza», de quien tantas veces les había hablado. Le fueron dando la mano, uno a uno, silenciosos, pero con un brillo caliente en las miradas, con un respeto franco y esperanzado. Los últimos fueron el Cubano y la moza de la palangana. Aldán la había olvidado, y ella, con voz plantada y briosa, innecesariamente briosa, le dijo:

—Yo soy Carmiña. Este —señaló al Cubano— es mi padre.

Espigada, morena, de pómulos anchos; llevaba con gracia el vestido aldeano, y con una toquilla negra refrenaba la osadía juvenil de sus pechos.

El Cubano dijo:

—Está bien. Ahora vete, y deja al señor en paz.

—¡Vaya! ¿Y la herida de Juan?

Sin hacer caso a su padre, dejó la palangana sobre la mesa y atrajo a Juan por un brazo, hasta sentarlo. Descubrió la herida.

—¿Quiere verla? Me parece que no es nada.

Carlos se acercó. Era una brecha pequeña, bien lavada ya. Mientras Carmiña secaba la sangre, Aldán explicó que le habían tirado una piedra, y que la reyerta había sido entre trabajadores del astillero y marineros.

—Ya sé. Los de la UGT contra los de la CNT.

—Para ser más precisos, entre esclavos y hombres libres —respondió Aldán, con énfasis; y con un gesto circular mostró a los hombres libres.

Y el Cubano agregó, apasionadamente:

—Eso, eso. Entre esclavos y hombres libres. Nosotros defendemos la libertad.

Pero Carmiña estaba en desacuerdo. Mientras retorció la toalla, corrigió:

—No haga caso, señor. Tan locos unos como otros. Lo que les gusta es darnos pesar a las mujeres. ¡Libres y esclavos! ¡Si cada cual pensase en lo suyo, y se dejasen de peleas!...

Envolvió con la toalla húmeda, a guisa de turbante, la cabeza de Aldán.

—Ahora aguarda así, hasta que llegue el boticario. Digo, si el señor no manda otra cosa. Podemos echarle aguardiente, si le parece mejor.

Carlos comprendió que se esperaba un consejo profesional; que quedaría muy bien respondiendo a Carmiña: «Sí; échale un poco de aguardiente»; pero se limitó a decir:

—No es nada y está limpia.

—El boticario ha ido por árnica y esparadrapo.

Carmiña se encogió de hombros y salió. Aldán, agarrada la toalla, empezó a contar lo que había sucedido.

—Pero eso es una agresión —le respondió Carlos—. ¿Por qué no los denuncias?

Los marineros y Aldán se miraron, sonriendo.

—¿Denunciarlos? ¿No sabes que el espolique de Cayetano es oficial del Juzgado?

—Considera —intervino el Cubano— que el señor es recién llegado, y que no sabe...

Le explicaron que Cayetano tenía un hombre de confianza en el Ayuntamiento, otro en el Juzgado, otro en la parroquia. Gente adicta, bien pagada. Romperían la denuncia, y, además, cualquier noche darían una paliza al denunciante.

—Nosotros —añadió el Cubano al final del relato— estamos contra esto. No somos asalariados de nadie. Yo trabajé en Cuba y sé lo que es la libertad.

Mostró una pierna de palo.

—Por defenderla en una huelga, perdí la pierna.

Los pescadores asentían, como si hubieran sido testigos. Debía ser una historia muy conocida, que confería al Cubano autoridad y heroísmo.

—Sí, fue en el catorce, el mismo año de la guerra. Yo estaba de capataz en el «Sarna», un ingenio de azúcar.

Se abrió la puerta y entró un caballero de media edad, con un paraguas chorreante, un impermeable negro, muy deteriorado, y una gorra de visera a cuadros. Fue derecho a Aldán.

—Vaya. Aquí está el árnica. ¡Llueve a Dios dar agua!

Aldán señalaba a Carlos con la mano libre. El recién llegado se volvió.

—¡Ah! ¿Usted? ¡Entonces, ya no hace falta el árnica!

Se secó la mano y la tendió a Carlos.

—Soy Piñeiro, Baldomero Piñeiro, farmacéutico. ¿Cómo está usted? He

conocido a su padre. Claro que yo era, entonces, un rapaz, pero lo recuerdo bien, muy señor, de buena figura, siempre solitario. De una raza que no hay.

Carlos respondió con unas cortesías. Piñeiro retenía, aún, su mano.

—¡Ah, si hubiese hombres como su padre! No nos veríamos como nos vemos, bajo esta tiranía.

Se volvió a Aldán.

—¿Le explicaste?

Aldán afirmó con la cabeza.

—A esto llaman libertad —continuó Piñeiro—. «¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!», que dijo no sé quién. Usted lo sabrá, acaso.

—No lo recuerdo.

—No importa. Yo, tampoco. Tenía razón. ¡Ya lo creo que tenía razón!

De pronto frunció la frente.

—Oiga. No me tome usted por uno de estos —señaló a los marineros agrupados—. No soy de la CNT, sino monárquico. Los señores y yo somos amigos, a pesar de la discrepancia política, y aliados contra el enemigo común.

Olía a aguardiente. Carlos examinaba su rostro arrugado y expresivo, la nariz colorada de bebedor, los ojos azules, un poco velados. Por debajo de aquella cabeza de carácter, a la que la visera daba el aire de un pájaro en esquema, algo apasionado e inteligente, rompía con destellos agudos el velo de la mirada.

—Monárquico. De los de antes, claro. Absolutista.

Y como Carlos pareciera no entender, preguntó:

—¿Sabe usted lo que es el absolutismo? ¿No oyó hablar nunca de eso?

Se disponía a informarle, pero la intervención de Aldán, reclamando el árnica, dejó a Carlos en provisional ignorancia. Don Baldomero limpió de nuevo la herida, le aplicó un apósito y lo sujetó con el esparadrapo. Carlos se había sentado, y alguien le servía una taza de vino. Carmiña salió de la cocina y le puso delante un plato de sardinas fritas.

—Otra cosa no habrá, pero vino y sardinas las hallará siempre en esta su casa.

Don Baldomero explicaba al auditorio el contenido del absolutismo y su

conveniencia para la redención de las clases humildes. En tiempos de los grandes reyes, la monarquía y el pueblo se habían aliado contra los tiranos y los habían vencido.

Hubo un momento en que la presencia en público de Carlos pareció agotar sus efectos, o en que quizá unos minutos más entre los marineros le pusiesen en riesgo de familiaridad excesiva, o simplemente que allí no hubiese ya nada que hacer. De repente, y como sin causa, Aldán y don Baldomero mostraron deseos de marchar y ofrecieron acompañar a Carlos hasta su casa, y, sin que él hubiese accedido, se levantaron. Xirome echó un vistazo a la calle, por si había enemigos; dijo que no, y esperó, sujetando la puerta, hasta que los otros salieron. Todos los marineros se habían puesto en pie, y como Carlos quisiera darles la mano, Carmiña intervino:

—¡Vaya! Dígalos adiós, y basta. Lo mismo hicieron cuando vino el diputado. Como si no tuviera más que andar dando la mano a todo el mundo.

Tenía autoridad entre ellos. Los marineros, el propio Cubano, retiraron las manos. Carlos, embarazado, golpeó a alguno en las espaldas, dio las gracias al Cubano por las sardinas y el vino, y prometió volver otro día, más temprano y con mejor apetito.

Iba Xirome delante, y Carlos entre Piñeiro y Aldán, cobijado por el paraguas del boticario. Por encima del rumor de la lluvia se oían las olas golpear contra el pretil; Carlos las escuchaba con más atención que la charla de Piñeiro, un poco gárrula, repitiendo lo ya dicho sobre Cayetano y su tiranía. Las había escuchado durante la tarde entera, desde que la sirena del astillero había hecho callar el estruendo de las remachadoras, y los ruidos naturales de la lluvia y la mar, las voces lejanas de las gentes, reaparecieran.

—... pero lo que sucede es que en este país, desde que vinieron los liberales, no hay autoridad.

—Mejor sería decir desde que los liberales no supieron hacer un Estado.

—¿Un Estado liberal? ¡Prefiero la anarquía, que, al menos, es el desorden sin careta!

Carlos se sentía ajeno y sin embargo, comprendía que aquellos problemas debieran interesarle. Se esforzó por seguir a don Baldomero en su razonamiento, pero no lo entendía.

—Bueno —intervino una vez—. ¿Y por qué aquí no se gobierna la gente en

paz, como en el resto del mundo?

Don Baldomero se detuvo.

—Es que no estamos en el resto del mundo.

Lo dijo con énfasis, y Carlos tampoco comprendió la razón del énfasis.

—¿Y qué?

—España no pertenece al mundo. España, ¿entiende?, es un mundo por sí sola.

Aldán, al detenerse, había quedado fuera del paraguas. Acercó a las otras su cabeza aquilina.

—Carlos no ha vivido en España los últimos años, y no nos puede comprender. Pero quizá...

Se detuvo un instante.

—Somos como Rusia. ¿Comprendes, Carlos? Un país como Rusia. Al margen del mundo. Por eso hay aquí absolutistas, como Piñeiro, y anarquistas, como yo.

—Usted está loco, Aldán. No me venga con monsergas. Usted no es anarquista porque España sea como Rusia, sino porque ya no hay Inquisición.

Cogió a Carlos fuertemente por un brazo.

—Voy a explicarle... Pero no; aquí no. ¿Por qué no vamos a mi casa?

—¿A estas horas?

—¿Qué importa la hora? Venga. Tomaremos unas copas y le presentaré a mi señora.

Carlos indicó que, si tardaba, doña Mariana podría preocuparse.

—Le mandaremos recado por Xirome, que va hacia allá. ¡Venga, venga!

Tiró de él, hacia arriba, por una calleja empinada, por cuyas losas resbalaba el agua con rumor suave.

—Y usted también, Aldán. Vamos a mi casa. Hay un brasero y una botella.

Sin embargo, don Baldomero no pudo dar las explicaciones anunciadas. Llegaron a la botica y entraron a la trastienda. Una mujer, vestida de trapillo, con bigudíes en el pelo, leía, sentada en una mecedora, a la luz de una lámpara con pantalla verde. Apenas se movió al ver a Piñeiro; pero cuando Carlos asomó por la puerta, dio un grito y salió corriendo hacia el fondo.

—¡Ay! ¡Cómo me cogió!

—Creo —indicó Carlos— que no debiéramos haber venido sin avisar.

—No se preocupe. Ya sabe cómo son las mujeres.

La rebotica era una estancia alargada y húmeda, con anaqueles en que los paquetes de específicos se mezclaban con libros envejecidos y rollos de periódicos. Había un par de retratos —los reyes desterrados— y una estampa grande, antigua, descolorida, del Sagrado Corazón de Jesús.

—La pobre Lucía no tiene mucha salud —continuaba Piñeiro—. Se pasa el día leyendo, cuando no está en la iglesia. Es muy religiosa, pero, como todas las mujeres, un poco coqueta.

Lucía regresó después de un rato. Se había peinado y emperifollado. Traía una bandeja con galletas y vino dulce, y después de dejarla sobre la camilla, tendió a Carlos una mano delgada y febril. Se excusaba de la huida.

—Este marido mío tiene la costumbre de llegar, de repente, con visitas, y una...

Tendría treinta años. Un poco pálida bajo los polvos y el colorete que se había echado precipitadamente. Bonita y un poco vulgar. Al hablar, no terminaba las frases, como si la presencia de Carlos la intimidase.

—Si quieres, puedes acostarte. Venimos a hablar de política.

—¡Vaya por Dios! La tienes a una sola todo el día y para una vez que...

Se volvió a Aldán:

—¿Fue una pedrada? Ya me dijo Baldomero...

Y, en seguida, a Carlos:

—Ya le habrán explicado quién es Cayetano. Se lo habrás explicado, ¿verdad, Baldomero?

Y como si la explicación de Piñeiro no hubiera sido suficiente, agregó:

—Una vergüenza. Sobre todo, para las mujeres. No respeta a nadie.

—Mujer, tú, por fortuna, no puedes decirlo.

—¿Qué sabéis los hombres? ¿O es que no hay otros modos de faltar al respeto que tocar o decir groserías? Hay también miradas, y de las miradas de Cayetano no se ha librado ninguna, ni yo misma. Aún ayer...

Se detuvo, como si fuera a decir algo inconveniente.

—Y eso que ahora, desde que tiene a la Galana, anda un poco más calmado. Lo malo son los días entre una querida y otra. Le aseguro que nos mira a todas como si fuese al mercado, a ver a quién va a comprar.

Carlos preguntó por la Galana.

—Ahí tiene usted: una moza decente. Costurera. Se hubiera casado con un hombre de su igual. La vio Cayetano, le dijo dos cosas, y metió a su padre y a su hermano en el astillero. ¿Qué iba a hacer ella?

—¿Qué iba a hacer? Mandarle a paseo. Es lo que haría una mujer decente. Lo que pasa es que, en este pueblo, no hay moral.

—¿Qué sabrás tú?

—Digo que no hay moral. Un pueblo donde todo tiene su precio, y donde el único que puede comprar es Cayetano, es un pueblo sin moral. Entiéndalo, Carlos. Ha caído usted en un pueblo donde todo puede comprarse y donde no hay más que un comprador.

—Todo, no, Baldomero. A mí no puede comprarme Cayetano —dijo Lucía, como ofendida.

—No pensaba en ti. Tú...

—¿Sabe por qué no pensaba en mí? No porque sea decente, sino porque ya me considera vieja para gustar a nadie, y porque estoy un poco enferma.

Miró a su marido, sonriente.

—Sin embargo, sabes de sobra que a Cayetano le haría mucha gracia... En fin, que le gustaría deshonorarte... Si yo no fuera como soy... ¿Conoce usted al padre Ossorio, don Carlos?

—Apenas he llegado. Para ser el primer día, ya conozco a mucha gente.

—El padre Ossorio es un hombre extraordinario.

—Un chiflado —intervino Aldán.

—Calla, hereje. Sabes de sobra que es un santo. ¡Cuando usted le oiga, don Carlos! ¡Si viera usted qué bonita es la religión explicada por él! Es el director espiritual de un grupo de señoras y chicas con las que Cayetano no se atreve. Gracias a él... En fin: Aldán puede explicarle. Su hermana Inés es una de las nuestras.

—También yo puedo explicarle —dijo, con voz grave, Baldomero—. Es un fraile que no me gusta. Estuvo en el extranjero y entiende la religión a su modo. Para mí, un hereje. Todo lo que sea entender la religión de otro modo que nosotros es herejía.

—¿Qué sabrás tú!

Discutieron, marido y mujer, sobre el padre Ossorio, con intervenciones breves, burlonas, de Aldán. Carlos escuchaba y peleaba contra el sueño. No

conseguía interesarse por la conversación. Aldán advirtió sus bostezos, propuso dejar la disputa para otro día. Momentos antes, Carlos había intentado descubrir, por debajo de las palabras y del rumor de la lluvia, el de las olas, cada vez más fuerte. Cuando salieron, de la ría venía un viento furioso, ruidoso, que envolvía al pueblo en un rumor más alto que el de las remachadoras. Las olas golpeaban el parapeto, y su espuma saltaba a las losas de la calle. Pasaron junto a un hombre, que, indiferente al viento y a la lluvia, tocaba la flauta en un rincón. Tocaba un aire burlón, el chotis de una revista musical reciente. Saludó, al pasar el grupo, y Carlos lo identificó como la primera persona que había visto en Pueblanueva, el loco de la pajilla y el bastón.

Le explicaron que se llamaba Paquito el Relojero, famoso por su memoria y por su habilidad mecánica, y que era una víctima más de Cayetano, pero no dijeron por qué.

La despedida fue larga por el pretexto de la lluvia; pero ni Aldán ni el boticario se avinieron a subir al piso de doña Mariana, como Carlos proponía, y tomar algunas copas, de modo que se estuvieron un buen rato en el zaguán. Aldán, extraordinariamente animado, habló por los codos, no de política, sino del pasado: los veranos que pasaban juntos Carlos y él, durante las vacaciones; lo que jugaban, lo que hacían y la amistad que entonces se tenían. Carlos lo recordaba todo perfectamente, y algunas veces se adelantaba a Aldán en el recuerdo. Escuchándoles, se convencía don Baldomero de que antaño habían sido uña y carne, y de que, en aquellos tiempos pasados, Cayetano Salgado no era más que un mozalbete tímido y torpe de modales, aunque hijo de rico, segundón en juegos, expediciones y jornadas marítimas. Calló Aldán, y no recordó Carlos que, el último verano pasado juntos, Cayetano había aparecido con un balandro flamante, regalo de su padre, y que desde aquel momento el mando y la importancia había pasado a sus manos, sin que Aldán o Carlos osasen discutirse.

Se marcharon, por fin, en una escampada breve, porque, nada más alejados unos minutos, repitió la lluvia. Don Baldomero ofreció la rebotica como refugio, y unas copas de aguardiente. Aldán las aceptó. Entraron sin meter

ruido, para que doña Lucía no se enterase y no le diese por bajar a estorbarles. La primera copa la bebieron de pie: Aldán ponderó la fuerza del aguardiente y la hermosa color con que las yerbas lo teñían. Don Baldomero se consideró en la obligación de repetir, y bebieron la segunda ya sentados. El calor de la camilla convenía para secar las botas húmedas.

—¿Qué le parece Carlos? —preguntó Aldán.

—Es un tío simpático y campechano. De eso no hay duda.

—¿Piensa que será capaz de desbancar al otro?

—¿Desbancarlo? ¿Qué quiere usted decir?

—Mandar en el pueblo.

Don Baldomero se encogió de hombros.

—Vaya usted a saber. A lo mejor se marcha pronto.

Aldán tendió sobre la mesa la mano descarnada y golpeó el tapete.

—Entendámonos, ¿eh? Yo, por principio, soy enemigo de que nadie mande, pero ante una situación de hecho, prefiero a Carlos Deza. Es un intelectual y se avendrá a razones.

—A mí, solo me lo hace sospechoso el que sea intelectual, como usted dice. Los intelectuales han sido la plaga del país. Incluyo también a los de derechas, como puede imaginar. Por lo demás, me parece un tipo excelente.

—Yo no comparto sus prejuicios.

—Porque tiene usted otros.

—Exactamente. Pero no vamos a compararlos ahora, ni a discutir cuáles sean mejores. Yo soy un político, y reconozco como superiores los principios que al final vencen. Es decir, los míos.

—Los de usted no vencerán jamás.

—Eso ya se verá; pero insisto en que no lo discutamos. Lo que aquí se trata es la conveniencia de que Cayetano Salgado deje de ser el amo del pueblo para que lo sea Carlos. Más que de la conveniencia, de la posibilidad. Es algo sobre lo que usted y yo podemos ponernos de acuerdo.

—¿Es que piensa usted que le sería fácil manejar a Carlos?

Aldán bebió delicadamente un sorbo, y lo paladeó.

—Lo que estoy proponiéndole —dijo en seguida— es una cuestión de ética, no de política práctica, y menos de política inmediata. Se trata de establecer, teóricamente, la diferencia entre estar mandados por un zascandil o

por una persona decente.

—¡Hombre!

—Entonces, pongamos los medios...

—¿Nosotros?

—Exactamente.

Don Baldomero rio, se le atragantó el aguardiente con la risa y tosió un rato.

—¡No diga bobadas! ¿Qué podemos hacer usted y yo? A usted le hacen caso unos cuantos pescadores que suman entre todos sesenta o setenta votos; a mí no me hace caso nadie. Pero aunque dispusiésemos de todos los votos del pueblo, ¿qué podríamos hacer? Ahora mandan en España eso que llaman las derechas republicanas, pero en el Ayuntamiento de Pueblanueva, los concejales de Cayetano tienen mayoría. Mientras tenga el dinero, mandará.

—Mientras tenga vida —respondió Aldán sombríamente.

El boticario le miró asustado.

—¿Qué quiere insinuar?

—Nada. Le digo con la mayor claridad que Cayetano mandará mientras viva. Luego, para que deje de mandar, hay que matarle. Jamás imaginé que Carlos pudiera sustituirle simplemente; yo no soy un soñador ni un imbécil. Para que Cayetano deje de gobernarnos y pueda hacerlo otro hace falta una tragedia.

—Usted está loco.

—No. Digo las cosas como son. Vivo en la realidad y veo claro en ella. Y si la realidad es esta, ¿para qué vamos a engañarnos? Hay que matar a Cayetano.

Se echó para atrás en el sillón, empezó a hacer un pitillo y miró a don Baldomero con mirada casi terrible, un poco velada, sin embargo, por el aguardiente. Añadió al mirar una sonrisa que quiso también ser terrible, quizá terriblemente sarcástica, pero que no alcanzó el matiz apetecido, y quedó en muequecilla inocente.

—Hay que matar a Cayetano, pero en este pueblo no hay nadie capaz de hacerlo más que usted y yo.

Don Baldomero hizo un gesto de protesta, pero por el tono de la voz se advertía su complacencia indisimulable por que se le atribuyesen agallas

suficientes para matar a alguien. Pensó que Lucía debería estar delante. Lucía, que alguna vez le había negado corazón para dar muerte a una gallina.

—¡Hombre! Eso es mucho suponer. Quiero decir... No es que yo no te sienta con riñones para matar a quien sea si lo considero justo. Pero de lo que se trata ahora... En fin, sea usted más claro.

—Écheme otra copa. Está muy bueno ese aguardiente. Para hombre de acción y presunto ejecutor de Cayetano, bebo poco y pienso mucho, y quizá sea un error. Un hombre como yo debía beber más, pero...

Hizo un gesto vago.

—... no tengo dinero y no me gusta que me conviden.

Don Baldomero le había servido y alargaba hacia él la copa colmada.

—Iba usted a decir...

—... que cuando llegué a este pueblo, hace ahora más de dos años, comprendí en seguida dos cosas: que había necesidad de matar a Cayetano, y que solo yo sería capaz de hacerlo. Más adelante, cuando le conocí a usted...

—Pero ¿en qué se me nota que también yo...? En fin, que también yo tengo agallas.

—No sé. Pero eso no importa ahora. Lo que importan son las razones dialécticas que a usted y a mí nos permiten matar, y las especiales circunstancias por las que ni usted ni yo podemos hacer justicia.

Don Baldomero abrió los ojos asombrados.

—¿En qué quedamos?

—Una cosa es el poder moral, y otra... No sé cómo decirlo. En fin: si usted saliese ahora a la calle y se cargase a Cayetano, ¿sería lo bastante hábil para convencer al juez de que había cometido un acto justo?

—Es que si pensamos en el juez...

—Prescinda usted del juez. Piense usted en la opinión. ¿Hay alguien en el pueblo que no se alegre de la muerte de Cayetano? Sin embargo, ¿quién de ellos aprobaría la muerte que usted o yo, por las buenas...?

—¡No, no, no! Por las buenas, no. Usted acaba de decir que hay razones morales.

—Usted las tiene y yo también. Distintas, pero coincidentes en este caso. Usted y yo somos anarquistas, usted de derechas y yo de izquierdas. Usted es, además, teólogo, y sabe cuándo se puede matar lícitamente al rey; las razones

son aplicables al caso, y no hay más que hablar de esto. Yo estoy en la misma situación. Para mí, matar a Cayetano no solo es un acto justo, sino un acto ejemplar y un acto necesario políticamente. Ahora bien, carezco de todo lo que pudiera justificarme ante la opinión. Ni siquiera pertenezco de derecho al partido anarquista. Nadie diría de mí que lo había matado por obediencia al partido. Y, en estas circunstancias, ¿qué podemos hacer usted o yo?

—Nada. Hablar y quedar de acuerdo, al menos en un punto. Yo tranquilizo mi conciencia pensando que, si hubiera inquisición, Cayetano sería quemado.

—Pero Cayetano sigue vivito y coleando y se ríe de usted, de mí y de todo el pueblo, cada mañana.

—Nos queda el consuelo de pensar mal de su madre. Yo lo hago también cada mañana.

—¿Y qué?

—Me tranquiliza mucho.

—No basta.

Aldán se levantó, y, al estar de pie, titubeó. Instintivamente buscó apoyo en el anaquel de los libros. Tenía la copa en la mano izquierda y movía la diestra con ademán oratorio.

—¿No ha pensado usted en las razones particulares?

—¿Cuáles?

—Las privadas, las domésticas. España es un país donde no es lícito matar al rey si gobierna mal, pero puede matársele si ha seducido a la esposa, a la hermana o a la hija.

Don Baldomero palideció.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted tiene una esposa, y que si usted mata a Cayetano porque haya seducido a doña Lucía, la gente lo encontrará lo más natural del mundo.

Don Baldomero rebulló en el sillón, inquieto.

—Bueno, bueno, pero él no ha seducido a mi esposa.

—Lo hará. Es fatal que lo haga. Ha venido al puñetero mundo para eso.

—Yo tengo honor, y si mi esposa me engañase, la mataría.

—Y a Cayetano, ¿no?

—La mataría a ella. La que peca es la esposa adúltera. De él ya hablaríamos luego.

Aldán le miró con desaliento.

—Entonces, si usted me falla por una interpretación casuística del honor, seré yo quien mate a Cayetano.

Arrojó, violento, la copa contra el suelo. Rígido luego, se golpeó el pecho con solemnidad que el aguardiente hacía grotesca.

—¡Yo, seré yo! Solo usted podía disputármelo, pero renuncia. Muy bien. Se lo agradezco. Solo me falta saber si lo mataré de un puñetazo, o usaré la pistola o el puñal.

Don Baldomero, sin hacerle mucho caso, recogía, apurado, los vidrios rotos.

—¡Hombre, no me rompa las copas! Después mi mujer protesta...

—¿Es que le tiene miedo?

—¿Miedo? ¿Yo miedo?

Con los pedazos de la copa en la mano se irguió.

—Usted no tiene experiencia del matrimonio, y no sabe que una mujer, cuando se pone pesada, es más temible que unas viruelas.

Arrojó los cristales a un rincón y se sentó.

—Usted, Aldán, es un buen muchacho. ¿Por qué se le han metido en la cabeza esas ideas? La vida es hermosa para quien quiere vivirla; para usted, que carece de religión, sería ancha y florida como un buen jardín.

—Un asco.

—Usted no trabaja. Bueno. Usted no anda con mujeres. ¿Por qué? Usted no ha corrido jamás una buena juerga. ¿En qué consume su juventud? Hay que comer, beber y fornicar, y dejarse de pensar. El pensamiento es el mal. Si usted no pensase tanto, no andaría preocupado por esa idea de matar a Cayetano.

—Y si no pensase en matar a Cayetano, ¿qué pito tocaba yo en el mundo? ¿Qué pito tocaba, dígame? Ningún pito. Sería como esos macacos que van al casino, a murmurar o a jugarse los cuartos. Esclavos en vacaciones. Da el amo una patada y todos se echan a temblar. Yo, en cambio...

Se adelantó hasta la camilla y extendió los brazos, en movimiento circular, como si los abriese al ancho mundo.

—Vea usted mi vida. Soy casto y sobrio. Soy un asceta. No trabajo porque no quiero colaborar en un sistema económico ignominioso. Pero he dado a mi

vida una finalidad. Todos los actos de mi vida se encaminan a ese fin: matar a Cayetano. Ahora me llaman vago; cuando les haya libertado del tirano, comprenderán. Y si no comprenden, peor para ellos.

Apoyó las manos en la mesa, miró a don Baldomero, inquisitivo.

—¿Me entiende? ¿Entiende lo que digo?

—No.

Llegó Aldán a su casa con el abrigo empapado, desnuda la cabeza y chorreándole el agua. Había perdido en el camino el apósito de la herida, y una parte de la cara iba manchada de sangre. El agua enrojecida le resbalaba por el cuello y le manchaba la parte superior de la camisa. Pero la lluvia le había espabilado. Olvidaba poco a poco su conversación con el boticario, y pensaba en Carlos con alegría, porque Carlos le había reconocido, había estado cordial, le había reiterado la amistad antigua.

No entró en seguida. Se cobijó bajo el alpendre, enjugó las manos y lio un cigarrillo. Había luz en la cocina, y la casa estaba silenciosa, envuelta en el rumor sosegado de la lluvia. Sus hermanas ya habrían cenado.

Volvió a pensar en Carlos. Pensaba en él desde mucho tiempo atrás, desde que había comprendido cuál debía ser su misión personal en Pueblanueva, desde que la había aceptado y esperaba su momento. Necesitaba a Carlos, no, como pudieran pensar algunos, como colaborador, menos aún como cómplice, sino como testigo. Estaba claro que nadie en Pueblanueva —probablemente tampoco fuera de ella— entendería lo que tenía que pasar. Dirían, por ejemplo: «Aldán mató a Cayetano porque se acostó con Clara». O, acaso: «Lo mató por pura envidia; lo de Clara es el pretexto». Y estas versiones, más o menos ampliadas, más o menos mezcladas a eso que llamaban la cuestión social, saldrían en los periódicos de La Coruña y en los de Madrid, donde nadie reconocería, donde nadie recordaría al protagonista del suceso. Ni siquiera los pescadores que le escuchaban en la taberna del Cubano lo comprenderían enteramente, ni siquiera el Cubano pasaría de barruntos oscuros, aunque, eso sí, diría a sus amigos: «No está claro: hay algo que nosotros no entendemos», porque el único que podía entenderlo era Carlos. Carlos discriminaría los motivos aparentes de los reales; Carlos comprendería

enteramente el suceso en toda su grandeza. Para Carlos, Juan sería el hombre que acepta el destino y lo cumple sin vacilaciones y sin apresuramientos, esperando cada día la consumación de una etapa, que se anuda a la siguiente en un proceso de necesidad inexorable. Mas, para que Carlos lo comprendiera, tenía que conocer previamente las situaciones y las personas: saber quién era Cayetano y quién era Clara. Sobre todo, saber quién era él, Juan, y cómo era, y cuáles sus circunstancias. Tenía que revelárselo poco a poco, metódicamente, para que compusiese un retrato justo, un retrato de cuerpo entero y de alma entera. Carlos tenía que saber, por ejemplo, que él era poeta. Y tenía también que hacerse una idea exacta de Clara, una idea personal: tenía que llegar a despreciarla para no sentir, después, compasión. ¡Oh, esto era muy importante! Necesitaba que Carlos, a su debido tiempo, comprendiese que si la liviandad de Clara la convertía en instrumento —Clara es liviana, Clara se venderá cualquier día a Cayetano—, puesta en otra situación se vendería igualmente: de modo que él, Juan, no la empujaba, no la provocaba, sino que aprovechaba su libertad. Como quien dice: una conjunción de circunstancias dramáticas y de personas libres entre las cuales se desarrollan unas relaciones que terminan con la muerte de una de ellas a manos de otra. Siendo idénticos los hechos —liviandad, seducción, muerte—, su calidad moral depende de quien los realice. No es lo mismo matar a Cayetano por una simple cuestión de honra —como lo mataría, quizá, el boticario, si se atreviese—, que salvar a un pueblo de su tirano por pura fidelidad a un destino moral. Esto, que nadie entendería, que muchos tomarían a broma si se intentase explicárselo, es lo que Carlos Deza debería entender. Todo lo demás, desde las predicaciones sindicalistas en la taberna del Cubano a su negativa a aceptar cualquier trabajo que pudiera comprometer su libertad de acción, no eran más que puro trámite.

Entró por el patín de la cocina. Clara, de espaldas a la puerta, fregaba la loza. Inés, en un rincón, cosía, alumbrada de un quinqué. Clara, sin mirarle, respondió a su saludo; Inés se levantó en seguida.

—¡Vienes sangrando!

Él sonrió.

—No es nada. Una piedra perdida. Se me ha caído la venda.

—Ven que te ponga algo.

Rebuscó en el canastillo que tenía delante. Clara había vuelto la cabeza.

—¿Te han sacudido? —preguntó.

—Una piedra perdida.

—Un día te traerán muerto.

Inés halló un trozo de tela blanca y lo rasgó.

—No seas bruta —dijo Clara—. Hay que echarle un poco de caña.

—¿La hay en casa?

—Siempre hay caña en casa —respondió Clara con amargura.

Salió de la cocina, limpiándose las manos con el mandil.

—Ha llegado Carlos Deza, ¿sabes? —dijo Juan.

—¿Quién es?

—Carlos Deza. Pariente nuestro lejano. El del pazo del Penedo.

—¡Ah!

Esperaba de pie, con la tira de percal en la mano.

—Es un muchacho excelente. Viene de Viena, donde estudió la carrera de médico. Bueno, médico de locos. Se parece algo a mí, y me ha reconocido. De niños éramos amigos.

Clara regresaba con una botellita en la mano.

—Hemos recordado que jugábamos siempre juntos.

—¿De quién hablas? —preguntó Clara.

Juan explicó mientras le vendaban. Tampoco Clara había oído hablar de Carlos.

—¿Vas a cenar?

—No. He tomado algo por ahí.

—Hueles a demonios. ¿Es que vas a darte también a la bebida? Solo te faltaba eso.

Clara volvió al fregadero. Con un esparto untado de jabón se restregó las manos ennegrecidas. Juan se sentó junto a Inés y, mientras ella cosía, recordó los veranos en que Carlos era su amigo y jugaban juntos.

—Venía a casa muchas veces, y también ha jugado con vosotras. A ti te quería muy bien, Inés.

—No lo recuerdo.

Clara preguntó, sin volverse:

—Y a mí, ¿no me quería?

—No muy especialmente.

—Sería raro que me quisiese —respondió, como sin dar importancia a la respuesta; parecía más interesada en la limpieza de sus manos—. ¡El puñetero hollín! —dijo—. No hay dios que lo quite, por mucho que se refriegue una.

Colgó el mandil en un clavo de la pared.

—Bueno. Voy a acostar a mamá. Hasta mañana.

Desde la puerta agregó, mirando a su hermano:

—Mucho debes de querer a ese Carlos, porque jamás te he visto de tan buen humor, ni tan amable como esta noche, a pesar de la pedrada.

Y ya en el pasillo oscuro:

—A ver si dura.

Juan iba a responder, pero los pasos de Clara sonaban fuertes en el fondo de la oscuridad. Inés no había levantado la cabeza: cosía el dobladillo de un abrigo rojo.

—Es un gran muchacho y tiene porvenir. Ya ves: si un día me dijese que quería casarse contigo...

Inés se pinchó un dedo con la aguja.

—¿Conmigo? No pienso casarme.

—¿Qué sabes tú?

Inés golpeaba el lugar pinchado con el dedal.

—Conviene que lo sepas, Juan. Voy a ser monja.

Dejó de coser, y miró a su hermano intensamente, con mirada resuelta, pero llena de amor.

—Me iré de casa, cuando en conciencia, ningún deber me retenga.

Tomó entre las suyas las manos de Juan. No dejó de mirarle.

—A ella le digo que me iré cuando haya reunido dinero de la dote, pero esto no es del todo cierto. No quiero que pueda decir nadie de mí que he abandonado a mi madre, ni que puedas pensar que te he abandonado a ti.

—Yo no tengo derecho...

—No se trata de eso. Y no hablemos más, porque nosotros nos entendemos, gracias a Dios, en silencio. Pero quiero que sepas que he comprendido a tiempo la importancia del deber, y que te lo agradezco.

Se levantó y recogió la costura. Antes de irse, añadió:

—Si me marchase ahora, sería una deserción, y Dios no estimaría un

sacrificio que no lo es.

También Inés se retiró. «¿No te acuestas?», dijo al marchar; y Juan le respondió que estaba desvelado, y que se quedaría a leer un poco, acogido al rescoldo del llar. Quedó en silencio la cocina, y casi a oscuras. Lejos se oían los pasos de Clara, que iba y venía, quizá acomodando a su madre.

Aquellas tres mujeres constituían su vida privada; las mujeres y la casa. Hacía tres años que vivían allí, que se habían refugiado allí. Al llegar, la casa estaba tan vieja como ahora, pero había más muebles. Se habían vendido casi todos, antes de que Inés trabajase, para poder comer.

Hacía tres años. En agosto había hecho tres años, el trece de agosto, dos días antes de la fiesta local, pero ya con el pueblo engalanado, con barracas en la plaza y cohetería en los aires, con gentes endomingadas que esperan la llegada del autobús para comprobar que todavía las fiestas de la Virgen atraen forasteros, a pesar de la República reciente.

—¿Quiénes son estos, mamá? —había preguntado un niño, señalándoles con el dedo; y la madre le había respondido:

—Parecen saltimbanquis que vienen a las fiestas.

Juan lo había oído. Juan había mirado a su madre y a sus hermanas, y se había mirado: enlutados, renegridos, sucios del polvo del viaje, con el escaso ajuar a cuestas. Podían ser saltimbanquis, pero eran Churruchaos. La gente lo adivinó cuando les vio desfilar camino de lo que se había llamado el pazo de Aldán, y, entonces, les volvió a mirar: con burla o compasivamente.

—Tienen que ser los de Aldán. El padre murió hace dos meses.

—¡Pobres, cómo vienen!

Enlutados, renegridos, etc.

El padre había muerto dos meses antes. «Don Remigio Aldán y de Saavedra, falleció en Madrid el 27 de mayo de 1931. Su desconsolada esposa, doña Dolores Muiño; su hija Clara, comunican a sus amistades tan sensible pérdida...».

Solo Clara.

—¿Por qué yo sola? ¿Y vosotros?

Había tenido que explicárselo él, porque su madre se negara a hacerlo, porque se había retirado, se había escondido a llorar, quizá a beber anís, mientras él lo explicaba a Clara.

—Nosotros, Inés y yo, no somos hijos de matrimonio.

—Pero ¿no sois, como yo, nacidos de los mismos padres? ¿No somos hermanos?

—Sí, pero solo en cierto modo. Cuando naciste, papá y mamá ya estaban casados; pero, cuando nacimos nosotros, papá estaba casado con otra mujer. Somos adúlteros.

—Y eso, ¿qué importa? ¿No sois, de un modo u otro, hijos suyos?

Era una mala bestia sin principios, un ser primitivo y soez que solo respondía a las incitaciones del hambre, del sexo y de la vanidad. Hablaba con desgarramiento de barrio bajo, con vocabulario y gestos de mercado. Su moral consistía en detestar la pobreza y quejarse de las deudas.

—Precisamente quiero que conste, a la hora de su muerte, que somos hijos suyos de otro modo que tú. Inés está conforme.

Inés no había hablado. Rezaba en un rincón, sin tristeza, serenamente. Parecía mentira que hubiese salido del mismo vientre. Pero a Inés la había hecho él. Las diferencias entre Inés y Clara las había creado él, paciente, valerosamente. Las había creado por su voluntad, para que fuesen distintas, para que nadie las confundiera.

El alma de Inés resplandecía: bastaba mirarle a los ojos; bastaba contemplarla, dulce, serena, por encima de sí misma. Juan pensaba que si él no era perfecto, si se veía obligado a simular y, a veces, a mentir, había sido, al menos, capaz de crear la perfección: Inés era la obra de sus palabras, de su paciencia, de su amor, y también de su rabia. Inés era su respuesta a la injusticia. Que, además de todo esto, fuese beata, era solo un accidente inevitable.

Entró Clara con un lío de ropa, que arrojó a un canasto.

—¿No vas a dormir?

—Ya iré.

—Te va a coger el frío. ¿Quieres que eche unos leños al fuego?

—Bueno.

Mientras removía las cenizas, añadió:

—Encuentro a mamá peor. ¿No sería cosa de que la viese el médico?

—¿Para qué? No tiene remedio, porque de beber no va a quitarse.

No prendían los leños. Clara partió, con el hacha, unas piñas, y les puso

fuego.

—¿Qué edad tiene ese amigo tuyo?

—¿Quién?

—Ese que acaba de llegar.

—La mía, más o menos.

—¿Y está soltero?

—Sí.

—No se le ocurrirá casarse en Pueblanueva.

—No creo.

Y por si Clara se hacía ilusiones, añadió:

—Aquí no hay mujer para él. Es un sabio. Todas las mujeres de aquí son toscas e ignorantes.

Clara le miró de reojo, dijo:

—¡Hasta mañana! —y salió.

La ocurrencia de Inés entristecía a Juan. Pero, en cierto modo, tenía razón para irse de monja. No había hombre para ella en Pueblanueva. ¡Oh, no la concebía casada con uno de aquellos cernícalos que jugaban al mus en el casino y mataban el aburrimiento planeando bromas brutales! Pero ahora estaba Carlos.

Inés podía casarse con Carlos, quizá le bastase conocerlo para renunciar al monjío. A Carlos tenía que gustarle Inés, tenía que darse cuenta en seguida de que era una mujer excepcional, no solo una mujer bonita.

Inés y Juan Aldán habían nacido de don Remigio, que pudo haber sido conde y no lo fue por andar siempre entrampado, y de Lola Muiños, coruñesa, alias la Cigarrera, durante el matrimonio de don Remigio con Eulalia Montenegro. Ni Juan ni Inés sabían que las escopetas de caza habían tenido que ver con su venida al mundo.

La reputación de Remigio Aldán en Madrid, allá por los últimos años del XIX, se apoyaba principalmente en sus trajes hechos en Londres y en sus escopetas de caza. Vivía para lucir los trajes y para mostrar las escopetas a sus amigos, y en estas operaciones consumía cantidades evidentemente superiores a sus ingresos. Para equilibrar sus gastos, se metió a financiero.

A los cuatro o cinco años de casado tuvo que pasar con su mujer un par de inviernos en La Coruña. Unas jugadas de Bolsa sin fortuna habían quebrantado sus ingresos, y había que ahorrar.

Pero, en La Coruña, el número de caballeros que se vestían en Londres era proporcionalmente más crecido que en Madrid, y, además, tenían la mala costumbre de apreciar más el número de pichones muertos que la calidad de las escopetas. Ahora bien, Remigio Aldán mataba muy pocos pichones, aunque él defendiese su buena fama de cazador asegurando que su especialidad eran los patos.

En general, no le creía nadie. Se daba cuenta, sufría mucho, y deseaba que el refuerzo de sus finanzas con la herencia de su mujer le permitiese el regreso a Madrid, donde la gente le creía o, al menos, aparentaba creerle. Pero su suegro llevaba tres inviernos muriéndose, y tardó otros dos en morir definitivamente.

Fue una espera larga, fueron dos años en que Remigio se sentía humillado cada vez que pisaba el casino y alguien le preguntaba cuántos patos pensaba matar durante la temporada.

De pronto, un experto descubrió a Lola la Cigarrera. Había en el casino especialistas en estos descubrimientos, verdaderos águilas husmeadores de mercados, vigilantes de salidas de talleres, zahorís de calles populares. Llegaba uno de ellos al casino, y decía, por ejemplo:

—La hija de la Fulana se está poniendo muy buena. Habrá que pensar en ella el año que viene.

E inmediatamente todos tomaban nota, todos se proponían ponerle los puntos a la hija de la Fulana en cuanto hubiera ocasión.

Así fue revelada a los socios del casino la existencia de Lola. Fueron descritas sus propiedades con meticulosidad casi científica, si bien con exceso de hipótesis. Pero sucedió que se mostraba esquiva a los primeros cortejadores, y que la peña de cazadores en descanso forzoso empezó a considerarla como pieza apetitosa por lo difícil.

Por qué Remigio tuvo más suerte que los otros, solo puede conjeturarse. Persiguió a Lola, que tenía veinte años; la persiguió, primero, por cuidar de su reputación y porque no tenía mejor cosa que hacer; más tarde, porque le gustaba; finalmente, porque se había enamorado de ella. Y una noche, Lola,

que vivía cerca de la Torre, le dejó entrar en su casa.

Guardó el secreto durante algunos días. Fue capaz de callarse la primera semana, pero, a la segunda, no le cabía en el cuerpo, se le escapaba como un sudor, como una sonrisa. Aquellas cosas, después de todo, había que contarlas. Fuera de la satisfacción personal, se hacían para que la gente las supiese, y mantenerlas ocultas era como el que tiene un buen traje metido en el armario. El traje en el armario y la aventura secreta se apolillan. Había que lucirla, aun a riesgo de que Eulalia se enterase. Lo exigía su buena reputación. Se decidió y lo contó al más indiscreto de sus amigos. Como no fue creído, invitó a que se hiciesen averiguaciones.

Cuando se supo en el casino, Remigio fue respetado. Le preguntaron cómo había hecho, y respondió con una sonrisa picarona. Le propusieron cambiar a Lola por una finca con muchas perdices, y dio una bofetada al proponente. El escándalo conmovió a la ciudad durante un par de semanas. La reputación de Remigio subió unos cien enteros.

Cuando Lola le dijo que estaba embarazada, lo consideró como una fatalidad tan desagradable como las cuentas del sastre o del armero, pero igualmente inevitable.

Nació Juan. Doña Eulalia lo supo en seguida. Era tan orgullosa como tonta, y no podía concebir que nadie la humillara, ni aun su marido. Después de muchas vueltas, descubrió una razón que la tranquilizaba: «¡El pobre tiene tantas ganas de ser padre, y como yo no le doy hijos!»». Durante diez o doce años, permaneció fiel a esta idea, y se valía de ella para justificar la conducta de su marido y la suya propia.

Pasaron los dos inviernos, murió el padre de Eulalia, y hubo dinero para marcharse a Madrid. Reforzada su capacidad financiera, Remigio se llevó a Lola consigo y le puso un piso modesto en la calle del Sombrerete. Eulalia lo supo, y se enteró también del nacimiento de Inés.

La existencia de Juan la preocupaba de vez en cuando, pero la de Inés la llenó de cuidados. Apenas nacida la niña, pensaba en su porvenir, pensaba en los riesgos que correría cuando fuese mayorcita, etc. Acudió al confesor, y como no halló respuesta satisfactoria, buscó otro, y otro, y otro, hasta que un fraile sentimental le aseguró que se hallaba en la obligación moral de apartar a aquellos niños del ambiente en que vivían, de cuidarse de su educación y casi,

casi, de garantizar la salvación de sus almas, de las que sería responsable ante el Tribunal Divino.

Eulalia llamó, una noche, a su marido, puso las cartas boca arriba, y exigió que Juan e Inés dejasen la calle del Sombrerete y viniesen a vivir bajo su tutela. A Remigio le pareció monstruoso, pero cómodo, porque Eulalia no le había exigido que abandonase a Lola, ni nada parecido. Puso, sin embargo, algunas dificultades: «¿Qué va a decir la gente? ¿Y los criados?». Eulalia le respondió que lo tenía bien estudiado, que sus amistades no tenían por qué enterarse, y que con cambiar de barrio y de servidumbre, estaba todo listo.

La transferencia se efectuó en un mes de septiembre, al regresar del veraneo en Pueblanueva. Remigio se había quedado en el pazo, con veinte amigos y grandes esperanzas sobre los patos de aquel año. Eulalia, ella sola, recogió a los niños, los vistió de nuevo, los llevó al piso recién alquilado en la calle de Lista, y a la servidumbre que contrató dijo que eran suyos. No se cuidó de si la creían o no, ni le importó durante los años que le quedaron de vida, si sus amigas o las visitas de casa estaban en el secreto, y si la compadecían o la admiraban.

Empezó a vivir solo para los niños y, sobre todo, para su salvación. A Inés le bastaría, seguramente, con la fe, pero Juan necesitaba algo más; necesitaba, por ejemplo, admirar a su padre, tan elegante y tan buen cazador, tan excelente caballero. Los trajes de Remigio, sus escopetas, su cortesía y aquellos sus modales imponentes fueron para Juan, asombrado, las señales externas de una eminencia humana que estaba obligado a alcanzar por el camino de la admiración imitativa. Y, a Remigio, la devoción de su hijo le satisfacía tan hondamente que, al menos en apariencia, procuraba acomodar su conducta al exquisito patrón trazado por Eulalia. Cada vez que un fracaso le metía en tristezas, procuraba consolarse con aquella seguridad de que, al menos para Juan, era un hombre sin tacha.

Se preocupó también Eulalia de consultar con un abogado la situación legal de los niños. El abogado le leyó la legislación sobre hijos adulterinos, y Eulalia la halló cruel. Tomó la determinación de adoptarlos en cuanto llegasen, ella y Remigio, a la edad prescrita; pero no le dio tiempo, porque un otoño la cogió un frío en la Red de San Luis, y se murió.

No se llevaba de este mundo otra pena que la suerte de las criaturas.

Remigio tuvo que jurarle que, en cuanto pasase un tiempo decoroso, se casaría con Lola. El tiempo decoroso hubo que abreviarlo, porque Lola, ya en la treintena, había quedado otra vez embarazada, y puesto que las cosas se habían puesto fáciles, no había por qué traer al mundo otra criatura con irregularidades en el registro.

Así, Clara María Eugenia fue la única hija legítima de Remigio y de Lola. Cuando nació, la Cigarrera empezaba a engordar, y a estar triste, porque Remigio no la quería como antes, o, más bien, no la quería en absoluto. Se había casado por fidelidad al juramento prestado a la difunta, cuya distinción, cuyas virtudes, cuya generosidad le conmovían después de muerta. Pero no se arrepintió enteramente de haberla engañado, no sintió necesidad de arrepentirse del todo, porque, como Eulalia había reconocido, a él le gustaban mucho los niños y su primera esposa había sido estéril.

A pesar del amor de los niños, antes de casarse con Lola dejó el piso de la calle de Lista y alquiló otro, mucho más modesto, en la del Conde Duque, frente al Cuartel. Allí se alojó Lola con sus hijos y una criada para todo. Remigio, por su parte, se fue a vivir a la Gran Peña, y no dijo a nadie que hubiera vuelto a casarse.

Ahora que Lola era su mujer, la visitaba con más tapujos y más espaciadamente que en la calle del Sombbrero. Le había enorgullecido como amante, le avergonzaba como esposa. Las pocas veces que pensaba en sí mismo, no dejaba de lamentar la ocurrencia final de Eulalia. Los niños le parecían muy bien, y hasta los quería, a su modo; pero a Lola la hallaba ordinaria, llorona, impresentable.

Inés y Juan iban a los mejores colegios de Madrid, porque también Eulalia así lo había dispuesto, y porque había dejado una manda en su testamento para que se les pagase la mejor educación. Con Inés no había problema, porque, entonces, las hijas de buena familia no solían estudiar bachillerato. Pero a Juan, en cambio, hubo de matricularle en un instituto, y cuando Remigio tuvo en sus manos la partida de nacimiento —hijo natural de Lola Muiños Salgueiro, de veinte años...—, comprendió que el niño no podía enterarse de aquello. Inventó una historia para no matricularlo en Madrid, y lo llevó a Alcalá de Henares. Una escena patética con el director del instituto, y unos duros al oficinista bastaron para que en la papeleta de examen el nombre de

Juan Álvaro Muiños Salgueiro se transformase en un Juan A. Muiños sin más, que podía ser favorablemente interpretado. Pero al curso siguiente no volvió a Alcalá de Henares, por si una indiscreción —¿de quién, Dios mío? ¿De un bedel, de un catedrático mala sangre, de un chupatintas descontento?— revelaba al niño su condición bastarda. Entonces, marchó a Cuenca, un día antes de los exámenes, contó otra historia, pagó matrículas dobles, y Juan A. Muiño aprobó condicionalmente el primer curso, hasta que llegasen sus papeles de Alcalá de Henares. De esta manera, repitiendo el truco, pasó Juan el segundo curso en Ávila, el tercero en Ciudad Real, el cuarto en Valladolid, el quinto en Guadalajara. En el quinto hubo un tropiezo, porque Remigio fue reconocido por un funcionario que antes había estado en Cuenca, y que ahora vivía en Madrid, pero iba a Guadalajara tres días por semana. Se encontraron en el tren, y Remigio hubo de cantar de plano. Empezó a temer que el funcionario abusase del secreto, le convidó a comer, le dio coba, le hizo regalos, habló por él en el ministerio y consiguió su traslado a un centro de Madrid... Gracias a Dios, Juan terminó el bachillerato en Logroño.

—«Ahora, lo mejor será que te vayas a la Argentina —le dijo—; no andamos muy bien de dinero, y no hay como América para rehacer una fortuna. En pocos años puedes volver millonario». Quería sacudírselo de encima, pero a Juan le apetecía más la universidad, y Remigio no era capaz de facturarle por las buenas a Buenos Aires. «Me parece bien que estudies, pero ¿qué carrera te gusta? A tu edad no se sabe bien para lo que uno sirve. Ya me ves a mí: soy abogado como si no lo fuera. ¡Ah, si hubiese sido ingeniero!». De modo que lo mejor era pasar un par de cursos de oyente, a ver si se aficionaba al Derecho, o a la Medicina... La cuestión era ganar tiempo. Cuando Juan decidió que el Derecho y las Letras le atraían igualmente, y que podía estudiar al mismo tiempo las dos carreras, Remigio lamentó que no le gustasen más las ciencias químicas, porque las ciencias químicas, con los adelantos, tenían un gran porvenir. Pero transigió. Sin embargo, a la hora de matricularse, andaba tan mal de dinero, que hubieron de dejarlo para septiembre, y en septiembre se prolongó el veraneo por razones misteriosas que desesperaban a Juan. «Mira, lo mejor será que vayas a la universidad y estudies lo que te parezca, pero sin matricularte. Después que hagas el servicio, echas toda la carrera en un par de cursos, y no has perdido nada». Y así, Juan estudiaba lo que le daba la gana, o

no estudiaba y se iba al Ateneo y leía, y asistía, desde un rincón, a las tertulias políticas y literarias, y andaba solo. Empezaba a tener conciencia de que algo le sucedía, sin saber qué: algo conocido de su padre, solo de su padre, que evidentemente le engañaba, y le huía, y escurría la vista cuando Juan le miraba a los ojos. «¡Nada, hombre, no pasa nada, sino lo de siempre: que estamos mal de dinero y que hay que tener paciencia!».

Pero Juan no le creía. Juan sospechaba ya que, detrás de la fachenda impresionante de su padre, se escondía un pobre diablo tan cobarde como tramposo, o quizá tramposo por cobardía; un ser inquieto y acosado que no miraba de frente ni a los hombres ni a la vida, que tenía tanto miedo de la verdad como de los acreedores, y que se defendía con palabras vacías. Juan le perdió el respeto y dejó de amarle: se sentía burlado y necesitado de revancha. Inés también amaba a su padre: tenía que destruir aquel amor, hacer ver a su hermana que Remigio era un ser indigno. Tenía que conseguirlo, además, para que Inés le amase exclusivamente a él, para sentirse con ella solidario en el amor y en el desprecio.

Hasta que Juan fue llamado a quintas, y se enteró del secreto. Su padre tuvo que confesarlo, tuvo que explicarse, avergonzado: tuvo que disculparse también, aunque no lo consiguió: «¡Ya tenía veinticinco años, y a esa edad...! ¡Si supieras lo que he llorado en este tiempo!».

Juan no le decía nada, ni le miraba siquiera, pero su silencio era tremendo. «Claro está que muy pronto lo arreglaremos. La Comisión estudia una reforma del Código Civil. En cuanto cambie el gobierno...». Mientras cambiaba el gobierno, Juan marchó a África y pasó allá todos los años de la guerra. Remigio pensaba piadosamente que una bala oportuna le ahorraría muchos sufrimientos, y Juan lo pensaba también, o, al menos, lo pensó durante algún tiempo. Pero terminó la guerra, y regresó a Madrid con galones de sargento, y un aire a la vez triste y terrible. Su padre le sugirió que se quedase en el ejército, que podía hacer carrera, y Juan le miró con desprecio, y se arrancó los galones dorados. Bueno...

Juan tenía una gran facha, aunque desgarbada y sin aliño. Miraba de frente al hablar, decía la verdad sin embarazo y sabía mandar: ¡dos años de sargento le habían dado una gran seguridad! Remigio empezó a pensar que Juan era un hombre importante. Allá en el fondo de su alma, le admiraba, quizá también le quería. Le gustaría verle contento.

«Ya verás. Estas gentes de la Dictadura vienen a transformarlo todo. La reforma del Código será un hecho en seguida. Yo soy amigo del General, como sabes, y tengo su promesa...». Juan se encogía de hombros, y marchaba a reunirse con poetas de vanguardia o con estudiantes comunistas. Otras veces, daba grandes paseos con Inés, la única persona de la familia a quien parecía querer. «Es natural. Al fin y al cabo...».

Evidentemente, Juan había dejado de respetarle. La admiración infantil, aquella devoción por el cazador irreprochable, por el incomparable dandy, que Eulalia había creado y cultivado, se había trocado en desdén, en mudo sarcasmo. Remigio hubiera dado cualquier cosa porque Juan volviera a estimarle. Se veían raras veces: Remigio censuraba al Gobierno solo porque Juan tenía ideas radicales; pero Juan sonreía... Cuando empezó a hablarse de República, y supo que Juan andaba en conspiraciones, se hizo un poco republicano. Un día, Juan fue detenido y estuvo unos días en la cárcel. Al salir, su padre le llamó, le dio una carta y un paquete. «Toma esto, lee esta carta y entrega todo en Palacio». En la carta, con rebuscada impertinencia, Remigio devolvía al rey su llave de gentilhomme. Juan rio a carcajadas y dejó sobre la mesa, sin explicación, la carta y el paquete. Al marchar, dijo: «¡Llévalo tú!». Y seguía riendo. Sin embargo, Remigio, con otra carta más cortés, envió la llave dorada, y al día siguiente le rogaron que pidiese también su baja en la Gran Peña. Entonces, se hizo francamente republicano, y se fue a vivir a una pensión barata de la calle de Jardines, justo frente a la redacción de *La Tierra*. Juan desapareció de Madrid; se supo que se había sublevado en Jaca y que estaba en Francia, refugiado. Volvió al proclamarse la República. Remigio figuraba entre los que esperaban, en la estación del Norte, su llegada y la de otros estudiantes, pero Juan no se dignó reconocerle.

—«¡Ahora, cuando los republicanos reformen el Código Civil, me daré el gustazo de arrojarle a la cara su partida de nacimiento con nombre y dos apellidos!». Pero no le dio tiempo. Alguien le dijo, un día, que Juan andaba entre los incendiarios de las iglesias, y él mismo, desde su balcón, le vio mezclado a los que quemaban la de San Luis; se halló responsable, y no pudo más. Se sintió mal. Le dio una cosa al corazón, se metió en cama, y a los pocos días murió.

En su cartera hallaron unas pocas pesetas, con las que se pagó el entierro y

la esquila en el *ABC*. Su familia quedaba sin un céntimo. Juan tuvo que buscar dinero. Cargado de méritos revolucionarios, había solicitado el ingreso en el Partido Comunista, y esperaba que le admitieran, pero no le pareció decente pedir antes de la admisión unas pesetas, menos aún un empleo. Fue a visitar a un ministro radical, amigo de Remigio, y consiguió unos duros a cuenta de unos artículos, firmados, en defensa del republicanismo radical: los artículos fueron publicados, pero a Juan se le negó el ingreso en el Partido Comunista. Entonces, se sintió derrotado y triste, se sintió más solo que nunca. La idea de marcharse todos a Galicia le pareció una buena solución, aunque fuese una renuncia. Durante el viaje meditó largamente sobre el anarcosindicalismo y la posibilidad de agarrarse a él como tabla de salvación.

V

Convinieron, doña Mariana y Carlos, en que los servicios de un albañil le ayudarían a derribar el tabique que tapiaba la puerta de la torre, y ella se encargó del aviso; un poco zumbona en sus palabras de complacencia, como si el propósito de Carlos fuese capricho de niño. Marchó él al pazo, donde esperaba hasta que el albañil llegase, y por si el frío era mucho, doña Mariana le proveyó de unos bocados para las once, una cantimplora de vino y un pequeño termo con café. Le encareció que no faltase a la hora de comer. Como el día seguía lluvioso, y el vendaval soplabá, recomendó a Carlos que cambiase el sombrero por una boina, y ella misma despachó a la Rucha para que la comprase. Con la boina puesta y con una bufanda, salió Carlos a la calle, y en vez de dar la vuelta por la carretera, subió por una escalerilla estrecha de gastados peldaños, que, desde la playa, ascendía a los huertos, pegada a las sinuosidades de la gran roca sobre la que el pazo se asentaba. Dejó franca la puerta, se metió en las estancias vacías y las recorrió durante un rato, sin propósito claro, más que esperar la llegada del albañil y presenciar la apertura del misterio. Pero, en su recorrido, llegó a lo que había sido dormitorio de su madre, con la gran cama de caoba y el colchón sobre la cama, envuelto en una arpillera. Había un escritorio cerrado. Carlos probó las llaves que doña Mariana le diera, y con una de ellas abrió la tapa, y pudo revolver los cajones llenos de papeles. Todos eran cuentas: las cuentas de lo que su madre había ingresado y gastado desde su matrimonio hasta su muerte; cuentas minuciosas, escritas con letra pequeña y clara, como dibujada. Cuentas extrañas, porque apuntaban lo ingresado y lo gastado, pero sin sumar las partidas, aunque clasificadas escrupulosamente: lo cobrado por rentas, los foros con su valor, lo que doña Mariana había pagado por las piezas bordadas,

expresado el importe de cada pieza; y, en otros cuadernos, lo que había gastado en la educación de Carlos y todo el dinero enviado a Santiago, después a Madrid y por último a Viena. Como en los ingresos y en los gastos constaban las fechas, pudo Carlos comprobar que no solo el dinero pagado por doña Mariana, sino la mayor parte de las rentas, lo había recibido él, y que para sus gastos personales doña Matilde se había reservado cantidades de asombrosa modestia; como que se había alimentado del maíz y las hortalizas producidas por la huerta del pazo, del cerdo que criaba y mataba cada año, y de algún pescado y leche en proporciones irrisorias. Los huevos, los vendía.

El albañil llegó hacia media mañana. Venía provisto de pico, y acompañado de un rapaz. Carlos les condujo al fondo del pasillo, les señaló el muro manchado de humedad.

—Hay que derribar esto.

—Bueno.

El albañil se quitó la chaqueta y la dejó en un rincón. Tentó el muro con el mango del pico y dio el primer golpe. Carlos se sobresaltó. Cayeron los primeros escombros: el rapaz los recogía en un capacho y los llevaba a fuera.

—¿Tardará mucho?

—Cosa de hora y media.

Carlos se marchó al salón. Hacía un frío endiablado, y las ráfagas de viento meneaban con ruido puertas y ventanas, silbaban en las rendijas. Buscó algo que quemar, encendió la chimenea y se sentó cerca del fuego. Sonaban, al fondo del pasillo, los golpes secos del pico.

Después de todo, *aquello* no era un acto trascendente. Le había, quizá, dado demasiada importancia. «Lo he mitificado», se dijo; y sonrió, porque esa hubiera sido la expresión de Zarah. «Y, ¿por qué me importa la opinión de Zarah, por qué la constituyo en juez de mis actos? Mi madre también me juzgaría». Le juzgaría desfavorablemente, como Zarah, aunque por distintos motivos. Su madre le diría: «Al abrir esa puerta, me desobedeces y ofendes mi memoria». Y Zarah daría una explicación sobre el complejo de obediencia; quizá sacase a relucir el Génesis y el Pecado Original, y hasta era posible que le preguntase por qué su inconsciente realizaba la identificación Jahwé-Madre. «Piensa sobre esto, querido; analízalo. Jahwé-Madre, y no Jahwé-Padre. ¿Qué te pasa con tu padre y con tu madre?».

El albañil apareció en la puerta del salón.

—Ya está. Venga a verlo.

Traía una llave grande, de hierro. Explicó que colgaba de un clavo, en la misma puerta, tapiada como ella. «Quise abrir, pero está recia. Habrá que echar aceite en la cerradura». La puerta, desembarazada, cerraba el final del pasillo: grandota y tosca, de un verde sucio, reforzada de hierro.

Pagó al albañil, le acompañó hasta el zaguán: todavía charlaron un poco y liaron unos pitillos. El albañil se quejaba del mal tiempo. «Con esta lluvia no salen más que chapuzas». Se marchó, cobijado, con el rapaz, bajo un enorme paraguas. Carlos, antes de subir, buscó en la cocina algún hierro que le sirviese de palanca. No encontró nada. Se acordó de las tenazas de la chimenea. Con su ayuda, pudo abrir la puerta.

Olía a moho, a polvo, a ratones, a humedad. La luz entraba por las rendijas de una ventana frontera. Corrió a ella, buscó a tientas la falleba, franqueó las maderas y la vidriera, y respiró el aire húmedo. Se veían, desde la ventana, la ciudad y la playa, envueltas en lluvia; los montes, los pinares, la ría de aguas oscuras y revueltas, casi negras, con espuma de un blanco sucio. Se acodó en el repecho y esperó a que la habitación se ventilase o a que le viniesen ganas de volverse a ver qué había. Recordó, una vez más, a Zarah y a su madre, pero ahuyentó las imágenes con un esfuerzo de voluntad. Fuera, seguía lloviendo, gotas gruesas, violentas. Escuchó la lluvia y dejó que las salpicaduras le mojasen la cara. Hasta que ya no pensó en Zarah ni en su madre. Se volvió y miró.

Una habitación grande, de techos altísimos, destartada, con polvo y telarañas en todas partes. Un tresillo antiguo, hecho jirones el damasco del tapizado. Un brasero grande, de bronce, en un rincón. Un escritorio con escribanía de porcelana —¡qué bonito, el galgo erguido entre los dos tinteros! —; reloj de cuco, *La Vicaría* en colores, dos armarios, una alfombra carcomida.

—No hay ningún esqueleto.

Lo dijo en voz alta, simulando cómicamente la decepción. En la cerradura de uno de los armarios colgaba un llavero con cinco o seis llaves oxidadas. Abrió las puertas, los cajones. Papeles por todas partes: papeles ordenados, clasificados, atados en legajos con balduque desvaído; y en cada legajo un

marbete bien visible, escrito con letra grande y clara. Cajas de documentos y de retratos; paquetes de cartas, periódicos, el *Diario de Sesiones*, desde 1892 a 1900 y todos los trabajos de un hombre que escribe mucho y pacientemente. Algunos libros de historia, de religión y de política; varias novelas: Galdós, Pereda, *Los Pazos de Ulloa*, los Clásicos Rivadeneyra. Pero ninguno de los legajos se titulaba *Mis memorias*, sino *Los hechos de 1808*, *Vida de Mariana Quiroga*, *Los Churruchaos en el siglo XVII*, *Historia de los privilegios de los linajes Churruchaos*. Tampoco había ningún sobre en el que se hubiera escrito con pluma trémula: «Para mi hijo Carlos, cuando alcance la mayoría de edad». Lo cerró todo, sonriente, desencantado: solo retiró, de aquella balumba de papel escrito, un atadizo envuelto en papel fino, con este rótulo: *Cartas de Mariana Sarmiento*. Se lo echó al bolsillo, cerró la ventana y volvió al sobrado. Se puso, con calma, la gabardina y la boina; cogió el paraguas, y, con él en la mano, se sentó frente al fuego. Durante unos minutos miró las llamas, débiles ya. Luego se encogió de hombros.

—Ni a Adán ni a mí nos valió la pena pecar.

Llegó empapado. Doña Mariana le obligó a mudarse zapatos y calcetines y a calentarse un poco antes del almuerzo. Le trajo ella misma una copa de jerez, y solo cuando Carlos dejó de tiritar, se sentaron a la mesa.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó ella.

—Nada, o casi nada. Papeles, y un mal olor endemoniado. Hay unos muebles bonitos, aunque muy estropeados, y la habitación es grande y con una vista hermosa. Buen sitio para trabajar... con otros muebles y con calefacción.

—Para trabajar, ¿quién? ¿Tú?

—¿Yo? No pensaba en mí.

—Dijiste que de este capricho podría resultar que te quedaras para siempre.

—Eso fue una tontería. No pienso quedarme. ¿Voy a cambiar mi vida por una decepción?

—¿Una decepción?

—¡Oh! Mis padres carecieron de sentido melodramático. No he hallado nada que me importase directamente. Después de lo pasado, ¿qué menos que una carta de mi padre, explicándome por qué nos abandonó?

—No puedo asegurarte que la haya escrito; pero, de haberlo hecho, tu

madre la hubiera destruido, y estaría bien.

—Pudo pensar que yo necesitaría algún día saber si debo amar a mi padre.

—Ella no quiso que lo odieras, pero tampoco que lo amaras.

—Pero usted...

—Yo conocí a tu padre mucho mejor que tu madre.

—Entonces, cuanto mi madre hizo es inútil.

Bebió un sorbo de vino y miró a la dama.

—Inútil y equivocado, porque si yo he de amar el recuerdo de mi padre, será por lo que usted me cuente, y usted es parte interesada.

Echó sobre la mesa el paquete de cartas y doña Mariana las miró sin abrirlas.

—¿Las has leído?

—¡Oh, no! Son de usted.

—Pero fueron escritas a tu padre.

—No importa.

La dama rompió la cinta y el papel.

—Tienes que leerlas, aunque también te causen una decepción. No son lo que supones, sino cartas de amistad; diez años de amistad, que quizá hayan sido otro error. Él, aquí; yo, en Madrid o por el mundo adelante. Tienes que leerlas.

Las empujó hacia Carlos, suavemente.

—Son tuyas. Pero quiero que leas también las que él me escribió. Las conservo y a veces las leo. Después, juzgarás.

—Pero ¿por qué he de juzgar?

—Porque es a tu padre a quien encontrarás en ellas.

«Espera», dijo. Se levantó y salió rápidamente. Mientras volvía, Carlos revolvió los pliegos descoloridos, en que se adivinaba una escritura de letras grandes y firmes. Doña Mariana regresó en seguida; traía un sobre abultado. Lo tendió a Carlos.

—Toma. Después de que las hayas leído, y de que me hayas escuchado, podrás juzgar.

Carlos juntó en uno los dos paquetes.

—Tengo treinta y cuatro años, y hasta ahora he vivido sin pensar mucho en mi padre. Puedo seguir viviendo...

—Puedes, naturalmente. Puedes romper con tu sangre y con tus muertos, y marcharte. Pero serás un cobarde.

Lo dijo con violencia, con un punto de irritación. Carlos se sorprendió.

—Perdóneme. Yo no quería... —vaciló—. En fin, si usted lo quiere...

—No porque yo lo quiera, sino porque es tu obligación. Tienes que saber quién fue tu padre, y cómo fue, y por qué te engendró y por qué te abandonó; y después que lo sepas, juzgarlo. Un hombre no puede, cómodamente, echar su vida a la espalda. ¿O es que no tienes una moral?

—¿Qué quiere decir?

—Una moral. Cosas que debes hacer y cosas que no puedes hacer jamás.

—Como todo el mundo.

Doña Mariana se sentó y le miró con dureza.

—Tú no eres todo el mundo. Tú no tienes las mismas obligaciones que todo el mundo; sino las que te vienen de ser quien eres. Como a mí. Y tú tienes que hacerte cargo de lo que tu padre y tu madre fueron e hicieron, y pechar con ello, para tu bien o tu mal.

Se dulcificó un poco; llegó a sonreír.

—No me defraudes, por favor.

—Voy entendiendo que también mi padre la defraudó.

—¡Oh, no, no en este sentido! Tu padre conocía bien su deber; su defecto fue ser demasiado estrecho, demasiado exigente consigo mismo.

—¿Abandonó a su mujer y a su hijo por exigencia moral?

—No podía hacer otra cosa. Entonces...

Pareció como si fuera a contar algo, pero se detuvo.

—No, no. Ahora, no. Todavía no lo mereces. No sabes quién fue tu padre, no sabes el hombre entero que fue.

Señaló las cartas.

—Tienes que leer eso. Hoy mismo. Si después de leerlas no lo comprendes, me habrás defraudado para siempre, como mi hijo.

Hizo una pausa.

—¿Quieres servirme vino?

Carlos le llenó la copa.

—No tanto —bebió un sorbo—. Mi hijo también me defraudó y es necesario que lo sepas. No fue capaz de arrostrar su condición. Hice que

tuviera un nombre y una educación: le di la carrera que apetecía, pero llegó un momento en que debía elegir entre llamarse Pérez o ser mi hijo. Me rechazó. ¿Lo comprendes? Me rechazó y rechazó todo lo que yo podía significar para él, menos el dinero que le di para marcharse a América y para abrirse camino allá. Tenía miedo a que le llamasen hijo de puta, como a los hijos bastardos de las tenderas y de las pescadoras.

Volvió a beber.

—No lo siento. Nunca le tuve demasiado amor, pero cumplí con él todas mis obligaciones. Le hubiera amado, eso sí, si me fuera leal. Pero él no entiende de esos sentimientos. Es de esos hombres blandos que piensan que, para una mujer como yo, un hijo bastardo tiene que ser una catástrofe. Me hizo una escena de comedia, como si yo fuese una mujer seducida y abandonada, y cuando le expliqué que no era así, que yo le había tenido por mi voluntad, porque me dio la gana, me dijo que yo era una «mujer mala». ¡Qué imbécil! Ahora se casó. ¿Imaginas los apuros que habrá pasado para confesar a su esposa que es un bastardo, o el miedo de que una casualidad se lo descubra, si no lo ha confesado aún?

Apuró, finalmente, la copa.

—Tener ese hijo fue el único error de mi vida. Mejor dicho, no el único. Hay otro, pero de eso ya hablaremos.

Se levantó.

—Ahora voy a echar la siesta. ¿Te quedarás aquí?

Carlos respondió que iría a su cuarto.

—Te llevaré una manta para que te abrigues. Hace mucho frío. ¿O prefieres que te enciendan la chimenea?

Carlos no se sentó, sino que se echó en la cama, arropado. Fumó un rato. Pensaba, repensaba las palabras de doña Mariana, intentaba aceptarlas. Se sentía, otra vez, dirigido, y pretendía mantener en su corazón una tenue resistencia. El montón de las cartas, junto a su mano, esperaba a que se determinase su voluntad. Como antes el hecho de abrir la puerta de la torre, su fantasía mitificaba conscientemente. «¿O mixtifico, quizá?», se preguntó. «¿No será dar importancia otra vez a cosas que no la tienen? Supongamos que, leídas esas cartas, descubro que mi padre fue un caballero o un canalla. ¿Y qué? ¿Por qué esto ha de influir necesariamente en mi vida? ¿Y, por qué, si

obedezco una vez a doña Mariana, he de perder mi libertad, y, si la desobedezco, he de ser enteramente libre? En último término, ¿se juegan de veras mi libertad y mi destino? Y, si se juegan, ¿no he aceptado de antemano cuanto pueda acontecerme, al elegir el viaje, al abandonar a Zarah? El acto libre fue aquel, y lo que ahora haga es libre en función de aquella libertad. Se aceptan o se rechazan en bloque un hecho y sus consecuencias; no hay porqué ir analizando acto por acto, hasta convertir en problema la simple respiración».

Todavía pensó: «Si lo analizo más, descubriré que me estoy engañando, y que todo es un sofisma. Bien. ¿Por qué me engaño? ¿Qué mueve, desde el inconsciente, mi deseo de engañarme? ¿Temor a la libertad? ¿Será que quiero ser gobernado otra vez; que la libertad, cuando la tengo, no me sirve de nada por cobardía?».

Y aún: «¡Tendría gracia que, gobernado por Mariana, llegase a hombre poderoso...!». Pero ya sus manos ordenaban por fechas las cartas del paquete. La correspondencia arrancaba de una carta de doña Mariana, escrita en Madrid en 1892. «Querido Fernando: ¿Qué disparate has hecho, y por qué? Acabo de enterarme de tu renuncia al acta de diputado y de tu marcha, que más parece fuga, sin despedirte. Papá se ha dado a los diablos y me pregunta si estás loco. Fue lo que el ministro le preguntó esta mañana y lo que todo el mundo se pregunta. ¡Vuelve inmediatamente! Ya veremos de arreglarlo, y aunque no puedas recobrar el acta, con cualquier añagaza de prensa se disfrazará la cosa para que quedes con color y vuelvas a salir diputado en las próximas Cortes. No rechistes: haz las maletas (si has llegado a deshacerlas) y vuelve en seguida. Me costará trabajo no arañarte cuando te tenga otra vez delante. Te odio. Mariana». Seguía inmediatamente otra carta de la misma fecha: «Fernando: te pido perdón. Hace solo unas horas que te envié la carta anterior, y ya estoy arrepentida». Papá, a la hora de cenar, me ha contado todo: lo ha sabido en el Congreso, y lo sabe todo Madrid. Querido Fernando, ¿qué voy a decirte? No he llorado porque no acostumbro a hacerlo, pero estoy pesarosa de mi culpa involuntaria. Papá decía: «No se puede hacer carrera en este Madrid de pícaros cuando se es un caballero como Fernando»; lo decía apenado, y agregó: «Esos asuntos se arreglan ahora pagando a un par de bigardos que den una paliza al deslenguado, pero no con un duelo. ¿Por qué

Fernando no habló conmigo antes de meterse en el jaleo? Tiene razón: ya que no a mí, debiste hablarle a papá. No le hubieras disgustado, porque cualquier mujer corre el riesgo de ser calumniada, y yo, por mi carácter, más que otra cualquiera. En ese caso, además *sabemos* que todo fue tramado para meterte en un lío y arruinar tu carrera política. Has hecho el juego, sin saberlo, a tus enemigos. Es decir, se lo has hecho a medias, porque a estas horas no hay nadie en Madrid más popular que tú —según papá me asegura— y podrías casarte con la chica que te diera la gana y hacer un buen matrimonio que restaure tu fortuna. ¡Nandito! ¿Por qué eres impulsivo? Y, sobre todo, ¿por qué eres tan bueno? ¡Un poco de picardía, y habrás hecho tu carrera! Vuelve a Madrid; papá y yo te esperamos. Nada más que aprovechando el viento, haremos de ti un personaje. Vuelve en seguida. Te quiere, Mariana». La respuesta de Fernando a estas dos cartas era larga, minuciosa «y sofisticada», añadió Carlos. Acumulaba razones para justificar su retirada. Razones morales. «No volveré más a Madrid», terminaba.

Diez, quince, veinte cartas más con dimes y diretes sobre si debes venir y si no puedo ir, con reproches y súplicas, en todos los tonos. Un lapso veraniego de dos meses: por las cartas siguientes, averiguó Carlos que, tanto Mariana como su padre, habían renunciado a la temporada en Deauville por acompañar a Fernando en Pueblanueva y convencerle. No lo consiguieron. Las cartas posteriores las encabezaba Mariana, muchas veces, con «Mi querido testarudo», únicas alusiones a un pleito fallado. Ella contaba sus viajes o describía fiestas, le informaba de escándalos sociales y maniobras políticas, de enriquecimientos, ruinas, matrimonios y muertes; él, de su vida monótona, de sus trabajos. Se sorprendía Mariana de que perdiera el tiempo averiguando la vida y milagros de Churruchaos remotos. «¿Qué nos importan esas gentes? —decía—; hay que vivir hacia delante». «A ti, querida Mariana —le respondía Fernando—, te lleva el ímpetu, ya que no la esperanza. Yo, que no soy impetuoso, soy desesperado. ¡Si supieras qué pocas cosas me importan, y de ellas, qué pocas lograré! Mientras caminas, me detengo; y por no pensar en el futuro, me refugio en el pasado. Es, ya lo sé, una renunciación. De todos modos, entre los dos formaríamos un ser completo. A mí me falta la ilusión; a ti, el recuerdo».

Fernando necesitó de los papeles que guardaban los Sarmientos; don

Pedro, el padre de Mariana, le dio la llave, y libertad para entrar, salir y resolver. «Querida Mariana, te he encontrado, en genio y figura, pero cien años más vieja. ¿Te has fijado alguna vez en Mariana Quiroga, la mujer que está en el retrato de sobre la chimenea? ¿Sabes que fue como tú, y que todo cuanto eres se lo debes? ¡Para que luego me digas que no importan estas antiguallas! Muchas veces me he preguntado de dónde habías salido, a quién te parecías. Ahora, ya lo sé. Llevas en la masa de la sangre el mismo fuego que tu tocaya». Mariana le respondía: «Si mi bisabuela fue como yo, estoy encantada de ser su nieta. Jamás he lamentado nada de mi carácter, ni aún de mi figura. Dale las gracias al retrato por todo lo que le debo».

Por estas y otras cosas que en las cartas se hallaban, parecía haber sido Fernando varón solitario y haber llevado con extremosa dignidad su pobreza. No se cuidaba de sus tierras; las más, alquiladas por dos cuartos; las menos, trabajadas por jornaleros en la medida necesaria para que el dueño subsistiese. No se ocupaba de los predios incultos ni de los bosques en que robaban libremente los aldeanos. «Escribe a papá el casero que de tu soto de la Frouxeira quedan diez o doce castaños, y que hubo más de cien. ¿Qué haces, criatura? ¿Por qué te dejas robar de esa manera?». A esto, Fernando no contestaba directamente, sino con una apología de la vida modesta. Ni tampoco a las insinuaciones, reiteradas, de que debía casarse. «Vas a cumplir cuarenta años. ¿Es que piensas morirte así?». «¡Tengo que hacer tantas cosas antes de pensar en los demás! ¿Sabes que en 1808, cuando vinieron los franceses, pasaron en Pueblanueva cosas notables, de las que todo el mundo se ha olvidado? ¿Sabes que tu bisabuela Mariana obligó a la gente a resistir, y que el comandante francés la respetó por su valor, y vivió en tu casa sin llevarse ni una cuchara?». «Fernando, no consigo que me importe lo que pasó a mi bisabuela con los franceses; me importas tú».

La correspondencia terminaba en 1899. Don Pedro Sarmiento había venido a Pueblanueva por sus negocios. La última carta, de Fernando, decía: «Tu padre está mal. Puede morir cualquier día. Debes venir cuanto antes».

Llamaron a la puerta. La criada le dijo:

—Tiene visita.

Y doña Mariana, que le esperaba en el pasillo, precisó:

—Es Rosario, la hija de tus caseros.

—¿Qué debo hacer?

—Recíbirla, naturalmente. Ahí, en la salita, que está encendido el fuego. Yo daré una vuelta, mientras.

—¡No me deje solo con ella! ¿No ve que no he hablado nunca con aldeanos?

—Como quieras.

Rosario apareció y se quedó en la puerta. Venía bien vestida, de rojo oscuro: el mantón negro, mojado de la lluvia, le cubría la cabeza, los hombros y la espalda. De un brazo, colgado, traía un canastillo de mimbre, reluciente de limpio, bien tapado con un mantelillo blanco.

Era bonita, carnosa, atractiva; se mantenía erguida en medio de la puerta; erguida y fuerte como segura de sí misma.

—¿Hay permiso?

—Pasa, Rosario —dijo doña Mariana.

Pero Rosario, después de un «Buenas tardes» masticado, se dirigió a Carlos, sin mirar a doña Mariana, como si lo evitase.

—Siéntate.

Con un movimiento brusco, Rosario se volvió.

—¿Yo?

—Naturalmente.

Rosario miró a Carlos, como pidiéndole permiso; pero Carlos no entendía la escena. Le divertía, y su mirada no supo responder.

—En esa silla, Rosario. Vamos, siéntate.

—Sí, señora —balbució la moza.

Se apoyó en el borde de la silla, y, un poco torcido el torso, se dirigió a Carlos. Había perdido la seguridad. Hablaba muy de prisa, como queriendo acabar pronto. Su cuerpo tiraba de ella hacia arriba; tenía que esforzarse visiblemente para permanecer sentada.

—Mi madre me encarga que venga a ver al señor, porque ella está en la cama, presa del reuma. Mi padre tampoco puede venir, porque trabaja en el astillero. Mi madre pide al señor que, cuando le venga bien, pase por el lugar y lo vea. Todo está cuidado y bien labrado. Mi madre...

Lo que hacían, lo que plantaban, lo que daba la finca. —... y no haga caso el señor si mi madre se llora, porque la renta es justa y podemos pagarla. Pero

la vieja no hace más que quejarse. Esto se lo dice una servidora, no de parte de mi madre.

Alargó hacia Carlos el cesto, que no había soltado.

—Pero esto se lo manda ella, para la Nochebuena. Una pobreza. Lo mismo que llevábamos todos los años a la difunta señora, que en gloria esté. Todos los años por esta fecha.

Carlos miró a doña Mariana, interrogante.

—Acéptalo.

—Bien. Muchas gracias. Déjelo ahí y dígale a su madre que ya iré a ver la finca.

—Tengo que pedirle al señor otra vez que no me trate de usted. Una servidora...

Se levantó y caminó hacia atrás dos o tres pasos. Ya en la puerta, volvió a saludar, y añadió:

—Mañana pasará a recoger el cestillo.

Desapareció rápidamente; sus zuecas resonaron sobre el linóleo del pasillo.

—¿Quiere usted explicarme esto, Mariana?

—Es bien sencillo. Has tenido tu primer regalo de Pascuas —revolvió en el cestillo—. Mira: una taza de manteca cocida, un pollo desplumado y limpio, huevos... ¡Lo menos dos docenas!

—Pero... ¿y lo demás? ¿Por qué no quería sentarse? ¿Y por qué tanta ceremonia?

Doña Mariana rio.

—Querido Carlos, tú puedes ser amigo de ellos, robarles o hacerles caridades, respetarlos o acostarte con sus hijas. Guardarán las distancias si permaneces sentado y ellos de pie; si dejas que te llamen señor y les tuteas.

—Entonces, ¿por qué mandó usted que se sentase?

Volvió a reír la dama.

—Hice una prueba. Quería saber si a esa niña se le subieron los humos a la cabeza por ser querida de Cayetano. Como has visto, pasó un mal rato. Desde ahora tiene toda mi simpatía. Y, por lo que veo, también la tuya.

—¿La mía? ¿Por qué la mía?

—Lo digo por tu modo de mirarla. Reconozco que es muy bonita, pero

dabas la impresión de que no ves una mujer desde hace un mes.

—Simple curiosidad. Ya el otro día, en el autobús, me sorprendió. Parece una francesa.

—¿No sabes que por aquí, cuando quieren elogiar a una moza, dicen que es grande y rubia como una francesa? Hay muchas como Rosario. ¡Ya las verás de cerca, ya! Lo menos media docena de tus renteros tienen hijas mozas. Si no han venido ya a verte, es porque me tienen miedo. Pero, como quedes aquí solo unos días, empezará la procesión, y, con ella, las lamentaciones: que si la tierra no da, que si veinte duros son muchos duros... Todo mentira, por si te ablandas.

—Rosario no dijo eso.

—Rosario es orgullosa; los otros, no. Con la hija por delante, como en ofrecimiento, te contarán toda clase de calamidades, y si te enterneces, te dejan sin un cuarto; pero si la hija te gusta, te dejan a la hija; ya se las arreglarán después para sacarte, a cuenta, un buen pedazo de tierra. Es el procedimiento acostumbrado para quedarse con las fincas; más barato, desde luego, que comprarlas.

—Y usted, ¿lo encuentra moral? Se lo pregunto por lo mismo que usted me preguntó antes si yo tenía una moral.

Doña Mariana se encogió de hombros.

—Me trae sin cuidado. La moral, como yo la entiendo, no se para en pequeñeces. Pero si un hombre no sabe dominar sus pasiones más vulgares, y le cuesta la ruina, es que se lo merece.

—Y a Cayetano, ¿también le costará la ruina?

—¡Oh, no! Ese es duro y cruel. Paga con la esclavitud. El procedimiento es el mismo, en apariencia; solo que Cayetano, en vez de regalar predios, da trabajo en su astillero, saca a la gente de la tierra y la mete en esas casas de cemento que hizo para los trabajadores, y ahí tienes a una familia que ya depende de él para siempre; porque al que se rebela lo planta en la calle y lo deja morir de hambre.

—Rosario, sin embargo...

—Rosario está en el principio. Ya verás cómo un día de estos viene a verte su padre, o a mí, si te has marchado, y dice que la renta es mucha, que no puede pagarla, que sale tarde del astillero y no le queda tiempo para labrar la

tierra, y que deja la finca libre. Sucederá en cuanto Cayetano lo mande. A no ser que...

Hizo una pausa.

—No. Sería raro.

Pasó la merienda sin que la conversación saliese del comentario vulgar o de la bagatela; y como doña Mariana no parecía dispuesta a traer de nuevo a las palabras el tema del mediodía, Carlos le siguió el aire, y cuando las cosas llegaron a lo frívolo, se sentó al piano y tocó para ella dos o tres canciones. Ella le dijo que si quería salir, lo hiciese sin cuidar de que la dejase sola, porque tenía algunas cartas atrasadas; Carlos lo interpretó como una invitación.

—Iré, entonces, a dar una vuelta por el pueblo.

Pensó primero llegarse hasta la taberna, por si estaba allí Aldán, al que quería dar la impresión de que la amistad infantil no había sido olvidada; pero, al pasar el puente y llegar al arco de la Virgen, donde el pueblo viejo comenzaba, se sintió atraído por la calle pina y solitaria, enlosada y reluciente, y se metió por ella. Pasó junto a tiendas semiabiertas, de las que salían retazos de conversaciones vulgares; en alguna de ellas se asomaron para verle, y llegó a oír la voz de una muchacha que preguntaba: «¿Adónde irá?», seguida de un «cállate» autoritario. No hubiera podido contestar, porque no sabía a dónde iba y, sin embargo, su paso era enérgico y seguro, como de quien va a alguna parte. Después de un rato se halló en una plaza, alumbrada por cuatro faroles de hierro, y la recordó; reconoció sus luces y rincones: al fondo, en la oscuridad de unos castaños, se levantaban la iglesia de Santa María de la Plata, las torres agudas hundidas en la niebla, las piedras negras y labradas de su pórtico. De niño —todo surgía ahora, de repente— le gustaba mirar las figuras de la puerta, descabezadas; imaginar —sobre los cuerpos de santos— las cabezas desaparecidas; y ahora, plantado en mitad del atrio, de espaldas al crucero, jugó con los recuerdos, hizo surgir de las sombras rostros candorosos y sonrientes, rostros barbados o lampiños, coronados y nimbados, salvo aquel de un rincón que, por femenino, siempre había imaginado con velos y cabello rizo. Veinte años antes, le hacían feliz aquellas fantasías; revividas, le hicieron feliz momentáneamente.

Dentro, en la iglesia, voces viejas, arrastradas, cantaban una canción

religiosa. Cantaban sin entusiasmo, voces cansadas. Cesó la canción, el pórtico se iluminó suavemente, y comenzaron a salir unas pocas gentes que huían en seguida, pegadas a las paredes, con chapoteo de zuecos sobre las losas del atrio. Algunas, al pasar, le miraron. Una de ellas, un hombre con un gran paraguas, volvió sobre sus pasos.

—Pero ¡hombre! ¿Qué hace ahí? ¡Le va a coger una pulmonía!

Don Baldomero, con un impermeable negro y una boina calada hasta los ojos, le cogió de un brazo.

—Véngase conmigo. Le convido a una copa. ¡Con este frío...!

Calle abajo, le explicó que iba todas las tardes al rosario.

—Mire, la verdad: lo hago por llevarle la contraria a mi mujer. Ella, con esa moda nueva del padre Ossorio, no es partidaria de novenas ni rosarios. En cambio, va todos los días a la misa del monasterio, aunque caigan centellas del cielo. Yo no estoy de acuerdo. Bueno, lo hago también por bien de mi alma, que lo necesita.

Había cerrado su paraguas y se cobijaba bajo el de Carlos.

—Usted me inspira confianza. Puedo decirle muchas cosas más y algún día se las diré.

Y, en seguida:

—Oiga, ¿es cierto que usted sabe la manera de quitarle a uno las preocupaciones?

Carlos rio.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, desde que se supo que iba a venir, hemos hablado de usted muchas veces, como es natural. Con Aldán, claro. Él, ya lo sabe usted, no es de los míos, y le suelo hacer poco caso; pero muchas veces dijo que esto de confesarse no sirve ya de nada, y que, en lugar de confesor, se usan médicos, precisamente médicos como usted. ¿Es eso cierto?

—Sí, en cierto modo.

—¿Y sirve de algo? ¿Es como si le absolvieran a uno?

—Es otra cosa.

Habían llegado a la botica.

—Entre, entre. Hay brasero. Digo, si no tiene otra cosa que hacer.

Entraron. Don Baldomero colgó el impermeable de una percha y ayudó a

Carlos a que se quitase el suyo. Cambió la boina por la gorra de visera.

—Si no le molesta, seguiré cubierto. Tengo frío. ¿Por qué no se pone el sombrero? Está en su casa.

De rodillas, meneó la ceniza del brasero; luego, acercó dos asientos.

—En seguida nos traerán de beber. Si quiere, de veras, escucharme...

—Claro. ¿Por qué no?

—Lo que le digo puede ser aburrido. Pero hace mucho tiempo que pensaba: cuando venga don Carlos, le hablaré. La culpa de la ocurrencia la tiene Juan, pero no se lo diga, por favor. Se reiría de mí, con razón, porque yo sostengo siempre que estas invenciones modernas no sirven para nada.

Se arregló el vuelo de la gorra y sacó tabaco de una petaca mugrienta.

—Fume. No le parezca mal lo que le digo. Yo creo que detrás de todo lo moderno está el diablo, pero...

Bajó los ojos y añadió en voz baja:

—... a veces hace falta el diablo para vivir en paz.

Entró la criada: la bandeja, el vino, las galletas, como la noche anterior, restos quizá de lo que le habían ofrecido. Don Baldomero llenó las copas; apuró la suya y volvió a llenarla.

—Hace un frío de todos los demonios. Pero, cuando hace calor, bebo lo mismo. No soy borracho, pero bebo. Ayuda mucho, ¿sabe? Usted, si se queda aquí, beberá también. ¿Qué se va a hacer en un pueblo como este, sin nada en qué entretenerse? O se va a la taberna o se tiene vino en casa. Claro que también se come. Le convidaré un día con unos amigos: hay muy buen marisco. Esos días, entre lo que se habla y lo que se calienta la cabeza, no se piensa en nada; pero, cuando estoy aquí metido, solo, ¿qué voy a hacer sino pensar? Pero pensar es malo. Todo el mal viene del pensamiento. Porque usted peca como un caballo, se arrepiente después, y hasta otra, y todo va bien si no piensa en el pecado. Pero, si piensa...

Se interrumpió y miró a Carlos con desconfianza.

—¿No le estoy aburriendo?

—No. Siga.

—Usted es un caballero, ya lo sé. Pero no está bien que, así, por las buenas, le coja el primero que pase por la calle, le meta en su casa y le diga: siéntese ahí, beba lo que quiera y escúcheme.

—Usted no es cualquiera, sino un amigo.

—¿De veras?

Carlos le respondió con un gesto.

—Usted, para nosotros —continuó don Baldomero— es algo más que un amigo. ¡No sabe cómo se le esperaba! Desde que se dijo que volvía, no hemos hecho más que hablar de usted, algo así como si fuese un redentor. Pero, en lo concerniente a mí, por motivos particulares. No es que esté loco, ¿eh? No es eso. Es...

Vaciló.

—Ante todo, ¿cree usted en Dios? ¿Es usted, como yo, católico, apostólico, romano?

—¿Por qué?

—Porque, si lo es, no me sirve. Pero si no lo es, tendré que explicarle algo previamente.

Señaló los libros del anaquel.

—Yo sé mucho de religión. Vea esos libros; los he leído todos. Usted quizá los desconozca, pero yo los sé de memoria. Sin embargo, no está en ellos toda la verdad. La verdad, a veces, se calla, porque no conviene que la gente la sepa, y hay una verdad que no encontrará usted en ningún libro, pero yo se la puedo decir. A mí es la que me importa más, porque se refiere a mi salvación. Yo no podré salvarme, y usted tampoco. Y lo más gracioso y terrible es que me condenaré sin comerlo ni beberlo.

—No entiendo bien. ¿Quiere decir que se condenará por los pecados de otros?

—No. Por mis pecados, sí, pero no por mi culpa. Por mis pecados y por la culpa de otros.

—¿Es esa la verdad que no viene en los libros?

—No.

Se levantó, fue al anaquel, echó mano a uno de los volúmenes más desvencijados, pero volvió a dejarlo en su sitio.

—Mire, me he metido en un lío. Yo no debiera empezar por esto, ni siquiera mentarlo. Hay cosas que usted no entenderá, porque viene del extranjero y sabe poco de España. Para entenderlo hay que ser un español hasta las cachas, perdone la expresión, como yo; y sentirlo como yo.

Se sentó, bebió. «¿Quiere más vino?». Mordió una galleta.

—Iba a leerle el sermón de un francés antiguo, del que quizá haya oído hablar alguna vez, un tal Bourdaloue. Habla «Del escaso número de los que se salvan». ¡Terrible! No me explico cómo los que vivían fuera de España podían estar tranquilos. ¿Qué esperanza puede haber cuando el propio Cristo dijo «Muchos son los llamados y pocos los elegidos»? Es para mandarlo todo a paseo y echarse a la bartola, y pechar luego con lo que venga. Porque Cristo dijo: «Si quieres salvarte, haz esto». Pero ¡amigo mío!, ¿quién es capaz de hacerlo? ¿Usted sabe lo que es ver una rapaza que pasa por la calle, con las tetas bailando debajo de la blusa, y en vez de mirarla como a una gloria, darle espalda y santiguarse?, pongo por caso de lo que no se puede hacer. De modo que, o renuncia usted a todo lo que hay de bueno en este pijotero mundo, o se condena. Y aquí viene el conflicto. ¿Quién es capaz de renunciar?

Se oyó ruido de pisadas y voces en el portal. Don Baldomero, rápido, se acercó a la puerta y echó la llave.

—Mi mujer. Ella no puede oír estas cosas. Ella —señaló vagamente en una dirección— es de las del monasterio. Ese puñetero fraile las embauca y les habla de esperanza. ¡Esperanza! ¿Es que hay alguna esperanza después de la República? ¡Dios nos ha dado la espalda, nos ha abandonado a nosotros mismos!... ¡Nos ha...!

Carlos alzó una mano, interrumpiéndole.

—Perdone, pero vuelvo a no entender. ¿Qué tiene que ver la República con la esperanza, la desesperación y todas esas cosas de que usted me habla?

—¡Ahí le duele, don Carlos! —respondió Piñeiro, casi gritando; y añadió en voz baja—: Ahí le duele. No lo entiende porque no es, propiamente hablando, un español. Usted empieza, seguramente, por ignorar la Historia de España, como casi todo el mundo. A usted le hablaron de reyes, batallas y monumentos. Eso es secundario; son las consecuencias de la verdadera Historia, que empieza el día en que Dios buscó, entre los pueblos, aquel más capaz de defender su Iglesia, y nos vio a nosotros, dispuestos siempre a morir por una cabezonada. Desde entonces nos señaló y nos envió a Santiago, a san Pablo y a la santísima Virgen María. Fue como si nos dijese: «Quedáis elegidos para la muerte». Pero, amigo mío, con los soldados se tiene benevolencia, y el Señor la tuvo con nosotros.

Volvió a beber. Carlos intentó detenerle con un gesto, pero Piñeiro le apartó la mano.

—Déjeme. Lo necesito. Solo una vez dije lo que estoy diciendo, y le aseguro que no basta el valor de un hombre. Hace falta el vino.

Le miró de hito en hito.

—¿No se ha preguntado nunca por qué se salvan ciertos españoles especialmente pecadores? Lope de Vega, por ejemplo.

—Le pido perdón, pero, como es natural, ignoro si Lope de Vega se salvó.

—Se salvó, se lo garantizo. Y uno se pregunta cómo pudo salvarse un hombre como aquel, fornicador y sacrílego como nadie. Y uno se pregunta, con más perplejidad todavía, cómo aquel hombre pudo tener siempre confianza en su salvación. Porque la tuvo; de eso hay toda clase de seguridades. La tuvo, lo dijo, y fue el primero en preguntarse por qué la tenía.

Fue al anaquel, y, esta vez sin vacilar, hurgó en los plúteos y sacó un librejo, edición barata de Lope de Vega. Lo abrió y, abierto, vio Carlos que uno de los poemas aparecía encajado entre grandes rayas rojas.

—Ahí lo tiene. Léalo.

Carlos se acercó y leyó:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

E, inmediatamente, el recuerdo de los versos restantes le vino a la memoria, y, con él, la clase de Literatura en el Colegio de jesuitas de Vigo. Apartó el libro y siguió recitando:

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno, oscuras?

—¿Lo sabe?

—Claro. Soy bachiller.

—¿Y no se le ha ocurrido nunca preguntarse cómo pudieron haberse escrito esos versos?

—Le confieso que no.

—En la respuesta se encierran muchos secretos. ¡Ah! —añadió; y retiró el libro de sobre la mesa—. Sin embargo, está bien claro. No hay más que

ponerse en el lugar de Dios.

Carlos dio un respingo evidente.

—¿Le sorprende o le asusta?

—Por lo menos, me sorprende. Porque, ¿quién podrá o sabrá ponerse en el lugar de Dios? Personalmente, no me atrevería ni a intentarlo. Que lo haga usted, que es creyente...

Vaciló.

—En fin: que me asusta un poco.

—No pase cuidado. No hay pecado. ¡Si lo sabré yo! Tengo amigos teólogos. El doctoral de Santiago es mi amigo, y hemos discutido de esto muchas veces. Claro que él me decía que ando al borde de la herejía, pero me lo decía riendo. En fin: no se trata de ponerse realmente en el lugar de Dios, sino teóricamente. Es como un ejercicio escolar.

—¿Estuvo usted en el seminario?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo pregunta?

—No sé. Me lo pareció de pronto.

—Claro que estuve. Hice toda la carrera, y colgué la sotana dos meses antes de ordenarme. Me gustaban las mujeres.

Se sentó, encajó entre las palmas de las manos la cabeza, y se estuvo así unos instantes. Continuó luego, con voz sombría:

—Si no fuera por ellas, yo podría ser santo. Son mi pecado. Los otros vienen detrás. Me gustan las mujeres. Me gustan con las tetas en punta, bien duras. Es una especie de obsesión.

Miró a Carlos con los ojos ya extraviados por el vino.

—Es una tragedia, don Carlos. Mi mujer no tiene tetas. ¿Ha visto usted todo ese armatoste que se gasta? Postizo. Me engañó. Me dio el puñetero pego con unos cucuruchos de algodón en rama. Y cuando me di cuenta, ya no tenía remedio.

Carlos, un poco molesto de la confidencia, le interrumpió:

—Hablábamos de unos versos...

—¡Ah, sí, el soneto! El soneto. Usted pensará que una cosa no tiene que ver con la otra; pero todo viene de lo mismo, todo tiene su ilación. Me gustan las mujeres, me enamoro de la mía, cuelgo los hábitos, me caso como Dios manda, con la esperanza de vivir virtuosamente, y, ¡zas!, el desengaño. Y

entonces pienso: Baldomero, el diablo se te ha metido en el cuerpo. Porque, a pesar del matrimonio, me siguen gustando las mujeres. A esta la miro, a esta la toco. Un día, caigo, y ya sabe usted lo que pasa: detrás de un pecado, ciento. Y empiezan a atormentarme los remordimientos. Tengo miedo al infierno. La teología no me deja vivir. Bebo, y el vino me hace pensar más. ¡Recoño! ¿Por qué tendremos cerebro? Bebo y pienso y pecho; y un día descubro que aún hay esperanza de salvación, por lo que quiero explicarle, eso del soneto, y empiezo a estar tranquilo. Y, de pronto, la República. ¡Al diablo las esperanzas!

Se levantó con un gran esfuerzo.

—A usted le parecerá un disparate, pero los pechos postizos de mi mujer y la República española obedecen al mismo designio inescrutable del Señor. Y uno, ¿qué puede hacer...?

Se tambaleó. Carlos le agarró por un brazo.

—Siéntese.

—... qué va a hacer uno... si...

Se pasó la mano por la frente, cerró los ojos y se dejó caer como un pelele.

Carlos abrió la puerta de la rebotica y llamó. Se oyeron, arriba, unos pasos rápidos. La voz de Lucía preguntó, alarmada:

—¿Sucede algo?

—Baje, por favor.

Lucía no bajó. Sus pasos se retiraron de la escalera, y, después de un silencio, se escucharon de nuevo, más rotundos, pasos de taconeo.

«Ha ido a ponerse los zapatos», pensó Carlos.

Lucía apareció, toda apurada.

—Su marido, creo que se ha puesto enfermo.

—¡Dios mío!

Arrimada al quicio de la puerta, contempló a don Baldomero, derribado sobre el suelo de tierra apisonada, murmurando palabras oscuras. Lucía no se movió. Levantó hacia Carlos los ojos llorosos.

—¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Qué pensará usted?

—Nada, señora. Eso le pasa a cualquiera.

—Una vez. Cualquier hombre se emborracha una vez, pero el mío todas

las noches. ¿Cree usted que esto es vida?

Sacó un pañolillo y se enjugó los ojos.

—¡Todas las noches, don Carlos! ¡Beodo, como el último marinero! Y una aguantando, un año y otro, solo, porque una es decente...

Se acercó a la silla. Carlos la ayudó a sentarse.

—... solo porque una tiene principios y es una señora. Pero ya ve, metida en este poblacho desde casada, sin otra ilusión que ir al cine los domingos por la tarde; y, encima, tener que acostar cada noche al marido como si acostara a un saco de patatas.

Le dio un hipido violento.

—¡No es vida; no, no es vida!

Carlos no sabía qué hacer. Lucía, convulsa del llanto, había apoyado los brazos en la mesa y escondía el rostro.

—¿Quiere usted un poco de agua? ¿Quiere que llame a alguien?

Ella parecía no oírle. Interrumpió los sollozos y le miró de nuevo.

—Además, me engaña. Es un adúltero. ¡A mí, a la más fiel de todas las esposas! ¡Y si supiera usted con qué clase de mujeres me ofende!...

—¿Por qué no calla de una vez? —dijo, desde la puerta, una voz brava, femenina.

Carlos se volvió. Era la sirvienta. No parecía importarle la presencia de Carlos. Miraba, furiosa, a Lucía.

—Usted tiene la culpa, deslenguada, que él, el pobre, bien bueno es.

Se dirigió a Carlos:

—¿No la ve? En vez de echar una mano a don Baldomero, se pone a llorar y a contar los trapos sucios. ¡Que si los contara todos...!

Lucía había dejado de llorar repentinamente; miraba a la criada con temor, un poco replegada hacia la sombra.

—Ayúdeme, señor —continuó la sirvienta—. Eche una mano.

Irguieron, entre los dos, el cuerpo, inerte ya, del boticario.

—¿A dónde hay que llevarlo? —preguntó Carlos.

—No pase cuidado. Ahora puedo yo sola.

Cargó sobre el hombro a don Baldomero y salió de la rebotica.

—Y usted, señora, a ver si deja de quejarse, que hay mucho que hablar —dijo, desde la escalera.

Subió pesadamente. Lucía volvió a llorar, con llanto menudo y silencioso. «Ya ve, don Carlos, a qué triste condición me tiene reducida. Ella es la que manda en casa, la verdadera señora. Yo, un cero a la izquierda. ¡Mi propia criada! ¡A quien se le diga!... Todo porque no tengo un hermano que me defienda ni una madre que me recoja. Y como en este pueblo no hay un solo caballero...»

Se sobrecogió, de pronto.

—Perdóneme, no me refería a usted, sino a los otros, a los de aquí. Usted acaba de llegar y solo ahora conoce la verdad de mi vida. ¡Si a esto puede llamarse vida!...

Pareció hacer un gran esfuerzo para levantarse. Carlos acudió otra vez.

—Gracias.

Teatralmente fue hacia la puerta.

—Usted no es todavía como los otros. Usted, si algún día doy la campanada, me comprenderá sin reírse de mí. Porque esto tiene que acabar, tiene que acabar...

Desde el primer escalón tendió la mano, aparatosamente. Carlos, después de una vacilación, se la besó.

—Buenas noches.

—Por favor, cierre la puerta, al salir, la de la calle. Muchas gracias.

Empezó a subir, con la cabeza vuelta hacia Carlos, con el mirar angustiado, hasta que Carlos salió. Corrió entonces, escaleras arriba; cruzó un pasillo, y el dormitorio en que su marido roncaba, y entró en un mirador. Por la rendija de una cortina husmeó la calle, arriba y abajo. Carlos bajaba sin prisa; la calle era larga y los faroles la alumbraban a cada trecho, de modo que Carlos atravesaba zonas de sombras y zonas de luz. Lucía le contempló hasta perderle de vista, hasta que se hundió en las sombras, y, aun entonces, continuó con la frente febril pegada al vidrio helado y húmedo, y en la retina persistía el recuerdo de Carlos, y en la mente el resumen de sus cualidades; caminaba con paso elástico, como los ingleses de las películas; era feo, distinguido y cortés. Y sabio. ¡Un sabio, venía del extranjero, de una universidad extranjera! Solo con mirarla aquel instante en que la había mirado habría descubierto —seguramente, o al menos adivinado— toda su intimidad. Lucía sintió el escalofrío de la desnudez. Toda, no: casi toda. No podía

adivinar sus peleas, en sueños, con un demonio lúbrico que tenía la cara, que tenía la voz, y las manos, y los ojos fríos, de Cayetano Salgado —aquellas luchas tremendas de las que despertaba agotada, jadeante—, aquellos riesgos de perdición que corría (en sueños) tantas noches, sin que su marido acudiese a socorrerla. ¡Cómo necesitaba de aquel socorro, cómo se perdería (¿solo en sueños?) sin él! A no ser que Carlos quisiera socorrerla; bien entendido, un socorro espiritual, el socorro de una amistad inocente y elevada.

Tenía que atraerlo, hacerlo amigo. Pero ella no era atractiva.

Pensó en sus amigas, en las jóvenes que guiaba, en las que le acompañaban a la misa del monasterio. ¿Inés Aldán? No. Inés, si quería a un hombre, lo querría todo para ella. Inés, no. Rulita, quizá, o Julia Mariño. A estas les bastaría con el cuerpo elástico de Carlos, y le dejarían el alma, para el ejercicio puro de la amistad. Eran dóciles y estaban ávidas de saber. Les enseñaría. ¿Y si alguna de las dos...? La adiestraría, y, después, escucharía la confesión nupcial. «¡Soy tan feliz!», diría la que fuese; y explicaría cómo lo había sido, sin saber que había obrado por delegación. Porque...

Se le metieron en el alma imágenes terribles, y un ardor pecaminoso le recorrió el cuerpo. Se santiguó, apartó la frente del cristal frío.

—¡Virgen Santísima, no!

VI

Cuando Carlos se levantó, ya entrada la mañana, la casa estaba llena de gente, y doña Mariana andaba atareada con el reparto del aguinaldo a las mujeres de los marineros; con ruido de zuecas y conversaciones aguardaban en el zaguán y en la acera a que Xirome las llamase. Entraban, recibían de doña Mariana el donativo y salían en seguida murmurando bendiciones; pero, al llegar al zaguán, contaban el dinero y preguntaban a las otras cuánto habían recibido; y alguna, descontenta, se quejaba en voz baja y maldecía de las aduladoras, pelotilleras y cuenteras que recibían, por el oficio, un duro más.

Carlos se ofreció a ayudar en algo; doña Mariana le dijo que no sabría componérselas con aquella gente, y que saliese hasta la hora de comer, si lo quería, puesto que había amanecido bueno, o se metiese en el salón, o donde el ajetreo y las voces no le molestasen. Carlos prefirió salir, y, en la calle, dudó si subir a su casa, o irse a la taberna en busca de Aldán, o a la botica. Vacilaba aún cuando alguien, alborozado, le llamó por su nombre, y en seguida un brazo le golpeó la espalda afablemente.

—¡Carlos! ¡Hombre, Carlos! ¿Ya no me recuerdas? ¡Soy Cayetano!

Se estremeció. Cayetano Salgado, con un impermeable inglés, boina y pipa, le abrazaba.

—Ya supe que habías llegado, pero no fui a verte porque no me llevo bien con la vieja. Esperaba encontrarte en la calle cualquier día. ¡Qué bien te conservas, caray! Pareces un muchacho, pero debes pasar de los treinta, como yo.

Por lo pronto, había una diferencia entre Cayetano y los demás: emanaba, como si la exudase, sensación de poder, de seguridad, de satisfacción. Alto como Carlos, pero más ancho y fornido, sin nada de aldeano en el aspecto;

vestido, sin embargo, como un marinero, con botas de agua y traje azul mahón; botas y traje de calidad excepcional, como el impermeable y los guantes.

—Hace años que no nos vemos, ¿eh? Lo menos quince o dieciséis. ¡Lo que ha pasado desde entonces!

Había dejado de abrazarle, pero no le soltaba, como interesado en que los contempladores —alejados, pero atentos al encuentro— viesen su amistad y su buena voluntad.

—¡Quién nos lo iba a decir! Tú, hecho un sabio; yo...

Hizo con la mano un gesto que señalaba algo que en el aire había.

—¿No oyes? Son las remachadoras de mi astillero. ¿Ibas a alguna parte? Porque, si no, vente conmigo. Verás los barcos que estoy haciendo. ¡De mil toneladas, casco de hierro! Eso, por ahora. Más adelante...

Carlos se dejó llevar; se dejó convidar a cigarrillos *Capstan*, traídos directamente de Inglaterra. «Tengo también cigarros puros, fabricados para mí en La Habana, con mi retrato; ya te daré un puñado». Se dejó guiar a través del astillero, y escuchó largas explicaciones sobre las remachadoras, sobre las soldaduras, sobre las gradas, sobre los operarios especializados: «Los mando al arsenal de Ferrol durante dos o tres años, pagados de mi bolsillo». Recorrió el interior del barco próximo a botarse, y asistió al diálogo, en inglés, entre Cayetano y un capataz de Southampton, vestido de mono y con sombrero hongo. «Mil quinientas pesetas mensuales le pago. Más que a un ingeniero».

—Vamos, ahora, a casa. Hay que celebrar el encuentro.

Entraron en un edificio grande, antiguo, alzado sobre un promontorio que cerraba, por el sur, la cala donde se habían instalado las gradas.

—Es una casa vieja, pero le tengo cariño, porque aquí empezó mi padre el negocio. Claro que la he arreglado.

Atravesaron las oficinas, donde quince o veinte empleados trabajaban. Cayetano hizo, al pasar, dos o tres preguntas; le respondieron con respeto. Más allá de una puerta donde estaba escrito: «Director», la fisonomía del edificio cambiaba: calefacción, alfombra rica en el pasillo, muebles de caoba. Una puertecilla recia, casi misteriosa, totalmente inesperada por su traza Tudor, embutida en una pared ancha.

—Entra. Ya verás.

Le empujó hacia el interior deslumbrante. Un despacho inmenso, de techos altos de dos pisos, cubierto de roble antiguo; al fondo, un ventanal gótico inglés. Chimenea a un lado. Buenos muebles, buenos cuadros. ¡Ah! Sobre la chimenea, un óleo representando a Cayetano con traje de montar y fusta: la mano se apretaba sobre ella con vigor excesivo.

—¿Qué tal? ¿Te gusta?

Carlos tardó en responder.

—Confieso que me sorprende. Aquí en este pueblo...

Cayetano le palmoteó la espalda.

—Este pueblo ya no es lo que recuerdas, y será mucho más. Pero te doy la razón: el despacho es sorprendente.

Miró alrededor, contento de sí mismo y del despacho.

—*Chippendale*. Lo compré, entero, a un lord arruinado; lo mandé desmontar, y, pieza a pieza, fue reconstruido en mi casa. Está igual que en el castillo. La única diferencia es mi retrato. Había el de un viejo con peluca, pero, como comprenderás...

El gesto lo explicó todo.

—Los demás los conservo. Son de mérito. Hay un Reynolds.

Carlos, remotamente molesto, respondió:

—Sí. Aquel.

—¿Entiendes de cuadros?

—Un poco.

—Claro. Es natural. Eres un sabio.

Le llevó, dulcemente empujado, hacia el cuadro.

—¿Quieres verlo más de cerca? Mando en seguida que lo descuelguen.

—Lo veo perfectamente. Es hermoso.

Por compensar con una cortesía la respuesta brusca, se demoró en la contemplación e hizo algunas observaciones. Cayetano le escuchaba sonriendo.

—No entiendo de eso, pero me gusta tener buenas cosas. Soy un hombre de negocios, y, en cualquier caso, un cuadro de firma es una inversión, ya lo creo, una inversión segura.

Como si ya el capítulo se hubiese concluido, fue hacia un sofá.

—Tomaremos una copa. ¿Sherry? ¿Whisky?

Tocó un timbre. Entró un criado, que recibió órdenes y volvió en seguida con el sherry. Cristal de Bohemia, claro. Antes de servir, Cayetano hizo sonar las copas, para que Carlos comprobase, por el sonido, la calidad.

—A tu salud, y que estés contento con nosotros. Pues, como te decía...

Bebió de un sorbo y encendió un pitillo.

—... soy un hombre de negocios. Lo que me interesa es impulsar la industria, añadir cada año una nueva grada al astillero y meter cincuenta obreros nuevos al trabajo. Pueblanueva tiene un gran porvenir.

Carlos aseguró que desconocía la potencialidad económica del pueblo, y que más bien le había parecido siempre un lugar pobre y bello.

—Atraso. Nada más que atraso. La gente, aquí, vivía del campo y de la pesca. Hasta que a mi padre se le ocurrió montar un pequeño astillero, nadie pensó que pudiera ganarse un duro como no fuese arando y pescando. Pero lo de mi padre no fue más que el principio, y esto de ahora todavía no es nada. Dentro de diez años, Pueblanueva entera vivirá de mi factoría. Tengo grandes proyectos y dinero para realizarlos.

Explicó: explotación de minas abandonadas, un taller de carrocerías, quizá —si lograba interesar a un grupo financiero— altos hornos: «Porque hay carbón muy cerca; carbón de excelente calidad». La construcción de altos hornos sería la coronación de su obra.

—Pero antes hay mucho que hacer. Mientras ciento cincuenta hombres pierden el tiempo en la pesca... Así no se puede. Son un mal ejemplo. El pescador es vago y va a la taberna; piensa que andar por la mar con peligro de su vida le da derecho a ser borracho y anarquista. Por otra parte, la multiplicidad de empresas les lleva a sentirse independientes; ellos cobran de doña Mariana, y eso les hace mantenerse en rebeldía. El pueblo entero tiene que constituir una unidad económica industrial. La pesca es un negocio ruinoso, y el campo no da más que maíz y berzas, con un esfuerzo desproporcionado. ¿Para qué gastar las energías de una sola persona en un trabajo antieconómico? Yo daré sueldos suficientes para que pueda traerse todo de fuera. Organizaré un economato, en el que cada trabajador encontrará lo que le haga falta sin necesidad de sostener un comercio miserable. Yo...

Concebía a Pueblanueva como una gran fábrica, dirigida por él desde el despacho comprado a un lord.

—No necesito decirte que también para ti hay un puesto.

—¿Para mí? No soy ingeniero, ni siquiera capataz.

Antes de responderle, Cayetano sirvió nuevas copas.

—Mira, Carlos: como puedes comprender, conozco la situación económica de todo el mundo, y sé que la tuya no es muy boyante. Lo más que puedes sacarle a tus tierras y a tus bosques, preocupándote de ellos, quiero decir, viviendo para ellos, son quinientas pesetas mensuales el año que venga bueno. Una miseria. Pero tú no querrás dedicarte a eso. Un hombre no se pasa quince años estudiando para pelear después con jornaleros y caseros.

—Nunca he pensado hacerlo.

—Lo suponía. Pero, en este caso, tus tierras no rentarán ni la mitad. Aquí todo el mundo roba lo que puede, como en todas partes. ¿Qué vas a hacer con cincuenta duros? Digo, a no ser que dispongas ya de un empleo.

—Todavía no. Llevo en España muy pocos días.

—Yo te lo ofrezco. Médico del astillero.

Carlos sonrió.

—Te aseguro que no sé entablillar una pierna rota. Soy médico de locos.

—¿Y qué? Me es igual. Aquí, entre el viento y el vino, todo dios está loco. Cabalmente, un médico de locos es lo que nos está haciendo falta; pero nadie puede ofrecerlo al pueblo más que yo.

Se levantó, dio unos pasos, se apoyó contra la chimenea.

—Te hago una oferta seria, en el caso de que quieras quedarte. Mil pesetas de sueldo para empezar, y veinte mil duros a tu disposición para organizar la clínica, la biblioteca y todo lo necesario; cada año un viaje al extranjero por cuenta de la casa, y un presupuesto extraordinario para material. Entera libertad en tu cometido. Yo, ni entiendo de locos, ni me importan. Aquí, en el pueblo, tenemos a uno muy divertido, Paquito *el Relojero*, que vive en mi casa y que me sirve de bufón; pero este no creo que tenga cura. Pero no es el único. Si la gente no estuviera loca, no haría tantas estupideces. Tendrás clientela a porrillo.

Sacó la pipa del bolsillo y la cargó mientras hablaba.

—Claro que puedes establecerte por tu cuenta, si es eso lo que prefieres; pero ni tienes dinero para poner la clínica, a no ser que vendas tus bienes, ni ganarás una peseta, porque aquí la gente paga al médico un duro al mes de

igual, y como ya tenemos a don José, nadie estará dispuesto a pagar dos cuotas. Además, la gente no entiende de psiquiatría. Cuando alguien se vuelve loco, lo llevan al manicomio de Conjo.

—Nunca he pensado establecerme aquí.

—¡Ah! Eso es otra cosa. Ya la discutiremos, pero no deja de ser razonable. Ahora bien, ¿tienes dinero para montar un sanatorio en otra parte? ¿Piensas vender tus bienes? En ese caso, te los compro. Quince por ciento más que el que más te pague. Te advierto que esta oferta también te conviene, porque si saben que los deseo, nadie se atreverá a comprarlos.

—Lo tendré en cuenta. Es lo más que puedo responderte ahora.

—No tengo prisa. Pero ya que hablamos de esto, ¿por qué vas a marcharte? En Pueblanueva se vive bien, y las condiciones que te ofrezco son inmejorables. Yo que tú me tomaría la molestia de estudiarlas bien, antes de rechazarlas. Aunque comprendo que así, de pronto...

Arrugó la frente; miró a Carlos con hosquedad.

—... hasta ahora no has hablado más que con mis enemigos. La vieja, y ese desgraciado de Aldán, y el boceras del boticario, y el Cubano, y la gente de la taberna. Estoy bien enterado. Envidiosos, fracasados, mendigos. Lo que te han dicho te hará desconfiar de mí. Pero tú eres inteligente, y comprenderás en seguida que un hombre como yo tiene enemigos necesariamente.

Volvió a sentarse junto a Carlos. Este había encendido un cigarrillo, y no perdía un solo gesto, una sola palabra de Cayetano. Todo su ser receptivo, como cien mil antenas, permanecía alerta.

—Aldán era *nuestro* amigo. Envidioso ya, a los quince años, ¿te acuerdas?, ¡envidioso de tus trajes bonitos y de mis balandros!; pero eso se olvida cuando se es hombre, y yo lo olvidé. Llegaron por aquí los Aldán, hace dos o tres años, derrotados, hambrientos. Su padre no les había dejado más que deudas. Se metieron en ese pazo, donde llueve dentro como fuera, y no comen más que maíz y pescado. Llamé a Aldán y le ofrecí trabajo. Es listo, lo sé, y tiene estudios. No me hacía puñetera falta un tipo como él en mi oficina, discutidor y vago, pero le ofrecí un sueldo decente. ¿Sabes lo que me respondió? Que prefería morir de hambre con su familia antes que comer mi pan. Eso, en primer lugar, es una grosería...

Pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Es un vulgar sinvergüenza! Prefiere comer de lo que cosen sus hermanas, y lo mismo comería de su trabajo si fuesen prostitutas; a él lo que le importa es andar por las tabernas hablando de revolución y justicia social, es decir, hablando mal de mí, que he sacado al pueblo de la miseria. Hasta que me canse y le dé una paliza delante de sus camaradas, a ver si hay uno solo que salga por él. Te habrá dicho pestes de mí —agregó, cambiando el tono de irritado en despectivo.

—Te aseguro que no. No hemos hablado de ti para nada.

—Ya te las dirá. Ninguno de ellos puede desear que seamos amigos.

—Concédeme discreción suficiente para saber elegir los míos.

—Yo, desde luego. Sé lo que vales, y respeto la inteligencia. La prueba acabas de tenerla. Pero a ellos no les preocupa eso.

—¿Y a ti te preocupan ellos?

Cayetano vaciló un instante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada más que eso: si te preocupan.

—Como una pulga. El tiempo que tardas en matarla. Pero... ¿por qué ha salido a relucir esa gente? Hablemos de otra cosa.

—Me decías, por ejemplo, que en Pueblanueva se vive bien.

—¡Ya lo creo! Aquí me tienes a mí. Podría vivir en La Coruña, o en Madrid, o donde me diese la gana. Pero aquí lo encuentro todo. Incluso mujeres.

Golpeó la rodilla de Carlos con la mano abierta.

—¡Mujeres estupendas, chico! Y fáciles. No tienes idea... Un hombre como tú puede acostarse con quien le dé la gana. Aldeanas y de las otras. Las bañas, les pones ropa limpia, y como cualquiera de Madrid.

Bajó la voz, en tono confidencial, con picardía en la sonrisa y en los ojos.

—Mira. A ese imbécil de Aldán quizá no llegue a pegarle, pero un día cualquiera me acostaré con su hermana Inés, que es muy guapa, por cierto, y que lo está esperando a pesar de su aparente beatería; y al boticario le pondré los cuernos cuando me apetezca, no porque su mujer valga un pito, que no lo vale y está medio tísica, sino para que se calle de una vez.

Y añadió, como resumiendo:

—En Pueblanueva del Conde no hay más mujeres decentes que mi madre.

Cogido de repente, Carlos no pudo disimular su asombro; y puso la misma cara que si un relámpago le hubiera alumbrado en las tinieblas. Pero a Cayetano le engañó el gesto.

—No he querido ofenderte —dijo.

—¿A mí?

—Tu madre fue una verdadera dama; lo sabe todo el mundo. No pensaba en ella, como es natural; que en paz descansa. Me refiero a las otras, y lo que dije, dicho está.

Se puso de pie otra vez, de pie y erguido; y habló con voz tajante:

—No excluyo a ninguna. Y como lo que voy a decirte lo oirás un día de estos, contado por cualquiera, quiero ser yo quien te lo diga. La primera de todas, la más zorra, la vieja. Fue querida de mi padre durante veinte años, y tiene en América un hijo que es medio hermano mío.

Había orgullo en su voz. Comprendió Carlos que, para Cayetano, en *aquello* se coronaba la conversación; que para decírselo le había traído, le había convidado, le había hecho ofertas.

—Solo por eso, ¿comprendes?, solo por eso tolero que bastantes acciones del astillero estén en manos de la vieja. Irán a parar a las de mi hermano cuando ella muera. Pero el daño que hizo a mi madre no se lo perdonaré jamás.

Hablaba con énfasis dramático, aunque sincero. Sin embargo, a Carlos le parecía que lo verdaderamente importante y revelador de cuanto había dicho fueran sus palabras anteriores. «No hay más mujeres decentes que mi madre». Carlos se agarraba a ellas, las retenía, se hubiera desentendido de todo lo demás para quedarse a solas y contemplarlas, analizarlas, destriparlas, ver a su luz el alma de Cayetano.

—Son cuestiones distintas. Él es mi hermano, al fin y al cabo, y no quiere nada con su madre. Esto me lo hace simpático.

Sonó, con voz aguda y prolongada, una sirena, y, al mismo tiempo, el reloj de la chimenea —inglés auténtico y antiguo, por supuesto— dio las doce.

—Perdóname. Tengo que ir...

Pero no continuó la frase.

—Ven tú también. Ahora, todos los obreros que viven lejos, en vez de ir a sus casas y perder el tiempo, disponen de comedores limpios. Les traen el

yantar, tienen una cantina barata por si quieren vino, y les queda luego media hora larga de descanso. Pronto les haré un casinillo para que jueguen a la brisca o al dominó. Ven. Yo me doy todos los días una vuelta, para que sepan que los cuido.

Salieron del despacho a un césped reluciente y, por una veredita, llegaron a una especie de barracón encalado, con grandes ventanales, por una de cuyas puertas iban entrando los obreros. Una larga cola de mujeres y mozas con cestos y fiambreras esperaba fuera.

—Para que no se arme barullo, primero entran ellos y se acomodan: después las mujeres, que, sabiendo cada una el sitio, van directamente. Todo bien organizado.

En la cola de mujeres había, al menos, rumor de voces, apagado súbitamente al paso de Cayetano y Carlos. Entraron, por una tercera puerta, a la cantina, desde cuyo mostrador se veía la nave ancha y fría, con grandes mesas de pino, muy blancas y limpias. Los obreros entraban en silencio e iban cada uno a su mesa, después de coger un vaso de aluminio y llenarlo de agua. Algunos, pocos, se acercaban a la cantina y pedían medio cuartillo de tinto que les servía una moza en tazas blancas. Cayetano explicaba menudencias orgánicas, mientras Carlos, asintiendo sin saber lo que oía, examinaba a los trabajadores, se detenía en tal o cual rostro especialmente espabilado, o rencoroso, o triste. Luego, con algarabía de voces, aunque en orden, entraron las mujeres. Sacaban el contenido de los cestos o de las fiambreras, y esperaban, de pie, a que los hombres comiesen.

—Hay una de estas que quiero que conozcas. Ven adentro.

Le llevó a una habitación desnuda detrás de la cantina, y encargó a la cantinera que llamase a alguien.

—Ya verás qué bombón. ¡Veintitrés añitos como veintitrés soles, estrenados por mí!

Rio sensualmente.

—Ya te dije. Eso es muy fácil aquí.

No sorprendió a Carlos la voz de Rosario, que preguntaba, desde la puerta:

—¿Hay permiso?

Pero sí el tono desenvuelto, con un punto de desvergüenza. Carlos se

volvió a mirarla; tardíamente, porque al entrar, Rosario le había visto y su actitud había cambiado.

—Buenos días —dijo, y se detuvo.

—Ven acá, buena pieza. —Cayetano la tomó de un brazo y la acercó hasta Carlos—. Este señor es el doctor Deza. Dale la mano.

—¿La mano? ¿Darle la mano yo al señor?

Instintivamente escondió los brazos; en su mirada había algo de angustia, pero en la de Cayetano brilló un relámpago de ira. Carlos corrió al quite:

—La conocía ya. Hemos venido juntos en el autobús, hace unos días.

Y le tendió la mano. Rosario, dubitante, la tomó.

—Tienes que perdonarle. No está todavía al tanto de las buenas costumbres. Pero es bonita, ¿verdad?

Dio una palmada a Rosario en el trasero, una palmada sonora; y Rosario se revolvió como pisada.

—¡Vaya! Podía guardar las bromas.

—¡Anda! Vete junto a tu padre, y aprende a dar la mano como una señorita. Camino de la puerta, sin volverse, Rosario respondió:

—¡Vaya a paseo!

Cayetano afectaba diversión, pero en sus ojos persistía la dureza.

—Arisca en público, pero en la cama es una gloria.

Y luego, como sin dar importancia:

—Si no me equivoco, vive en una casa de tu propiedad.

—¡Ah! ¿Sí?

—Una casa vieja, con unos ferrados de tierra: la Granja de Freanes. Pero por poco tiempo. El mes que viene habré terminado el nuevo grupo de casas para obreros, y ocupará una con su familia. Me conviene sacar a mi gente de la tierra y tenerla cerca de mí. A estos, por doble motivo.

Volvió a reír con la misma risa sensual y ruidosa mientras empujaba a Carlos hacia la salida.

—Ya lo sabes. Piensa lo que te ofrecí, si decides quedarte. No tengo prisa por la respuesta. ¡Ah! Y no cuentes nada a la vieja; después, ella se lo dice a mi padre, y tenemos líos. No es por mi padre, sino por mi madre.

Añadió con unción respetuosa, sincera:

—Es una santa.

Carlos permaneció silencioso durante la comida. Tomaban café cuando doña Mariana le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—No, pero estoy preocupado. ¿Sabe usted que esta mañana encontré a Cayetano? Me llevó al astillero, me lo enseñó, me invitó a una copa.

Contó lo sucedido.

—¿Y eso te preocupa? ¿Piensas aceptar su oferta?

—¡Oh, no, de ninguna manera!... No es por ese lado. Es...

Hizo con la mano un gesto vago.

—Mire usted: empiezan a fallarme los presupuestos. Claro que me sucede por la manía de imaginar la realidad desconocida en vez de esperarla. Pueblanueva no es como suponía; usted, tampoco. Pero si todo se redujese a Pueblanueva y usted, no habría problema. Ahora bien: ayer, un hombre disparatado y borracho me hace confidencias, y hoy, Cayetano Salgado exhibe ante mí su poder, pero, al mismo tiempo, su debilidad, aunque sin saberlo. Entre don Baldomero y Cayetano apenas si hay relación; no la hay entre lo dicho por uno y por otro. Sin embargo, los dos me interesan, lo cual tampoco es extraño, porque mi oficio empieza por ahí: interesándome por las gentes.

—Aunque así sea, ¿qué hay en ellos para preocuparte?

—No son ellos; soy yo mismo quien me preocupa. Más bien es mi relación con ellos y con usted. He vivido durante muchos años ignorándolos. De pronto, descubro que mi vida, y mi existencia, tiene una plaza en la de todos ellos; una plaza tan grande como la que tengo en la de usted. Por razones distintas, que no hubiera podido imaginar, todos me esperaban. Y no me extrañaría ya ir conociendo cada día nuevas gentes y encontrarme con que también significo algo para ellas. Gentes desconocidas. ¿Por qué es así? ¿Tiene que ver esto conmigo, con mi vida? Vuelvo a hacerme la misma pregunta que el otro día: ¿es esto mi destino? Y si lo es, ¿por qué lo he ignorado, por qué he preparado mi vida para un destino distinto?

Doña Mariana le había escuchado atenta, con la cafetera en la mano, sin servir el café. No respondió a la pregunta de Carlos, pero algo en sus ojos le invitaba a continuar.

—Ahora necesito hablar con usted de mi padre. He respetado su silencio

de ayer. Pensaba respetarlo hasta que usted quisiera, pero ya no lo considero necesario. He leído las cartas.

—¿Y qué?

—Está claro que mi padre la quiso a usted toda su vida, y que no se lo dijo nunca por razones que ignoro, acaso por timidez. Y está claro también que usted ni comprendió su amor ni le amó. Esto es una novedad. Juzgándola por sus propias palabras, yo hubiera creído que usted no solo le había amado, sino que le amaba todavía.

Doña Mariana había servido el café y ofrecía la taza a Carlos. Él la tomó y la dejó sobre la mesa, sin probarla.

—Hay, sin embargo, muchas cosas que ignoro. Espero que me las cuente.

—He querido mucho a tu padre, aunque a mi modo. Nunca fui sentimental ni enamorada. Sentí por él una gran amistad; si lo prefieres, una amistad de hombre a hombre.

—Sin embargo, usted tuvo un amor, o, al menos, una aventura amorosa.

—Esa es otra cuestión, de la que ya hablaremos. Quise a tu padre, y sobre todo, le admiré. Era admirable, porque era entero y bueno. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que me amase; me hubiera parecido ridículo que él, admirable, se fijase en mí, que tenía de mí misma muy mala opinión. Yo era una cabeza loca. Entiéndeme bien: no hice, por aquellos años, nada indecoroso, y lo que hice después tampoco lo fue. Quería y respetaba a mi padre, y por nada en el mundo le hubiese disgustado. Mis hazañas y mis locuras fueron demasiado atrevidas en una sociedad que poco a poco se libraba de la mojigatería. Montar a caballo, jugar al tenis y salir a la calle en bicicleta con falda-pantalón. Esas fueron mis faltas más graves.

Carlos rio.

—Ahora te hace reír, y a mí también. Pero en mil ochocientos noventa y tantos, la cosa no era para tomarla a broma. Tuve mala reputación, aunque infundada. Tu padre, como sabes ya, se batió una vez por mí; pero me temo, además, que haya creído la calumnia, y que al creerla, todo se le hubiese desmoronado. Porque si no, ¿a qué vino su fuga, su renuncia a una carrera de extraordinario porvenir? Hubiera llegado a Presidente del Consejo. Valía más que todos los jóvenes de su tiempo juntos.

—Esto aclara una parte de la cuestión.

—Todavía no. No sabes que mi padre me dijo: «Ese chico te quiere», y que yo no lo creí; y, sin embargo, di vueltas a la idea muchas noches, y tuve escritas varias cartas preguntádoselo y no me atreví a enviárselas. No me cabía en la cabeza. Me parecía que si tu padre me quería, era menos admirable de lo que yo pensaba; y yo no era capaz de renunciar a admirarlo. Fue una estupidez.

—¿Por qué?

—Porque si tu padre me hubiese dicho que me quería, me habría casado con él; y lo mismo diez años después, cuando murió mi padre y vine a Pueblanueva. Entonces estaba convencida de que, si me había querido alguna vez, el amor le había pasado. Lo encontré solo, melancólico, entregado a trabajos inútiles, o que me lo parecieron. Yo tenía treinta años. Le dije: «Fernando, tienes que casarte»; y él no me respondió. Pero cuando le busqué una buena novia, una muchacha digna y con algún dinero, aceptó. Mía es la culpa de que se haya casado con tu madre.

Hizo una pausa. Algo en sus ojos mostraba su alma conmovida.

—He sabido siempre cuándo un hombre me deseaba, no cuándo me amaba. Quizá fuese por temor. No me importaba nada, más que la libertad, y sabía que al casarme con quien fuese, la perdería.

Carlos sonrió.

—Veo que, a los treinta años, se parecía usted bastante a mí.

—Sí. Pero algo sucedió entonces que me cambió, aunque no me diese cuenta sino más tarde.

—¿La aventura?

—¡No! —respondió ella con desdén—. La aventura fue un error. Yo misma, cuando la recuerdo, no la entiendo bien.

Se levantó a medias y atizó los leños de la chimenea.

—La testamentaria de mi padre me retuvo casi un año en Pueblanueva. Yo pensaba, en un principio, vender mis bienes y no volver más por aquí, y así se lo dije a tu padre. Él no me respondió. Venía todas las tardes a verme, con el pretexto de estudiar los papeles viejos de nuestra casa. ¡Cuántas veces le dije: «¿Por qué no te los llevas? Yo no los quiero para nada»! Un día me pidió que le ayudase, y lo hice. Trabajábamos juntos dos o tres horas, merendábamos y comentábamos después, alegremente, lo que habíamos descubierto; de modo

que, en pocos meses, supe de vidas y de hechos que había ignorado, y sin darme cuenta, fui teniendo amor a los muertos, a lo que habían hecho y a lo que habían dejado como recuerdo. Cuando un día vinieron a proponerme la venta de esta casa, y de mis fincas, y de todo lo que había heredado de mi padre, me pregunté con asombro si alguna vez había pensado en deshacerme de ellas. Y tu padre me dijo: «¿No lo recuerdas ya? Querías venderlo todo». Comprendí que él había cambiado mis sentimientos solo con hacerme conocer lo que desconocía.

—Hizo con usted lo que usted quiere ahora hacer conmigo.

—Quizá. En cualquier caso, no pretendo más que devolver lo que he recibido, o, si lo prefieres, restituirlo. Es, para mí, una cuestión de la mayor importancia. Debo a tu padre, a su paciencia, a su amor silencioso, lo que hoy más estimo de mí misma.

—¿Y no sería que mi padre pretendía no perderla, atarla a estas cosas y a estas tierras para tenerla a mano, aunque hubiera de casarse con otra mujer?

—Y si fuera así, ¿qué? No se me había ocurrido nunca, y acaso haya sido así.

Cerró los ojos, como recordando, y continuó:

—Pero no, no. No fue por eso. Cuando marché de Pueblanueva, tu padre, ya casado, recibió la noticia como cosa natural y esperada. Yo pensaba volver, no sabía cuándo, pero pronto. Me sentía, efectivamente, un poco atada por las cosas. La herencia de mi padre requería cuidado, y él lo había dejado todo de modo que me obligase a vigilar mi patrimonio si quería conservarlo. Sin embargo, mi vida anterior tiraba todavía de mí. Me ilusionaba ir a París, a la Exposición Universal, y allá me fui. Un día conocí a un hombre...

Otra pausa; un rictus ligeramente triste endureció sus labios.

—Ruso, militar. ¿Qué quieres? Por primera vez jugué al amor. Él era casado. De regreso a Madrid me sentí embarazada. Si viviese mi padre, hubiera sido una catástrofe. Muerto él, hice lo posible por tomar a broma mi situación. Tenía dinero suficiente y una idea de mí misma lo bastante elevada para no dejarme abatir. Mi posición y mi dinero me permitían guardar el secreto de mi estado sin asomo de escándalo. Fingí un mal de hígado y me dediqué a la cura de aguas en balnearios extranjeros. Llegó, sin embargo, el momento en que necesitaba la ayuda y la confianza de alguien. Escribí a tu

padre desde Burdeos; le dije que me encontraba en un grave apuro y que le necesitaba a mi lado. Vino en seguida, me escuchó y solo me respondió: «Si no me hubieras empujado al matrimonio, podría ahora casarme contigo». Nada más, pero con una voz tal, con una pena en la mirada, como si algo se hubiera destrozado para siempre en su corazón: una ilusión o una esperanza. Permaneció, silencioso siempre, junto a mí; me acompañó cuando nació mi hijo, buscó quien lo tomase a su cargo, quien le diese nombre, y cuando todo estuvo arreglado, marchó a Pueblanueva. También yo volví a Madrid, aunque harto cambiada en mis aficiones y en mi humor, no por haber tenido un hijo bastardo, sino por la pena que había causado a tu padre. Me acusaba a mí misma de estúpida por no haber comprendido los sentimientos del mejor hombre del mundo. ¡Qué claros veía entonces los indicios de su amor, acumulados año tras año en cartas, en actos, en palabras! Llegué a desesperarme, y un día decidí volver a Pueblanueva, y, si él lo quería, a ser su amante. ¡No te asombres, no pongas esa cara! Me importaba un bledo lo demás, si todavía él podía hallar en mí un poco de felicidad. Le escribí una carta. No le decía mi propósito, pero mis palabras eran lo bastante claras para que él supiera a qué atenerse. Malbaraté todo lo que en mi casa madrileña me resultaba odioso o inútil; envié lo demás a Pueblanueva, y poco después me trasladé aquí definitivamente; pero cuando llegué supe que tu padre había desaparecido. Nadie sabía por qué causa. Tu madre adivinaba que yo era la más importante de ellas, y así me lo dijo. Me culpó con razón. Sin embargo, ella ignoraba que su marido había huido para evitarle la humillación y el dolor de verle enamorado de mí.

Se oyeron en la calle ruido de músicas y voces infantiles que cantaban un villancico. Los ojos de doña Mariana se habían humedecido, y su rostro, habitualmente altivo, se dulcificaba y parecía implorar. Entró la Rucha y anunció que los niños de la Catequesis pedían el aguinaldo.

—Perdóname, Carlos. Tengo la costumbre de convidarlos personalmente.

Se levantó y salió. Carlos se acercó a la ventana y miró a la mar, indiferente al jolgorio de los niños, que entraban, atropellándose, en el zaguán. Había clareado la tarde, pero el viento salpicaba de blanco las crestas de las olas y meneaba los *bous* anclados frente a la casa. Con la frente pegada al cristal frío, se esforzaba en pensar, sin conseguirlo; un sentimiento confuso y

fuerte ascendía de su corazón y le oscurecía la cabeza, como si durante largos años hubiera estado escondido y ahora se derramase por todo su ser y lo llenase. Fue como una de aquellas olas en que la mar se hinchaba, se levantaba, se rompía en la espuma. Abandonó la ventana, bebió rápidamente una taza de café y una copa de coñac. Se sentó, volvió a levantarse, buscó distracción en los cacharros guardados en la vitrina, hasta que, poco a poco, el oleaje sentimental se calmó y pudo pensar. Pensó sobre sí mismo, y halló que algo nuevo habían dejado las olas al retirarse: algo así como la evidencia abrumadora de que jamás podría desligarse de los que le habían traído al mundo; de que un sentimiento nuevo le hacía solidario de sus pecados, y de que en esta solidaridad hallaba algo así como un descanso o una escapatoria.

VII

El día de Navidad, por la mañana, doña Mariana le pidió que la acompañase a misa; y como Carlos se sorprendiese, le explicó que era una de sus obligaciones sociales, y, desde luego, la que cumplía de mejor gana.

—Hay un lugar donde Cayetano no podrá vencernos nunca, porque él jamás tendrá acceso a donde nosotros lo tenemos.

Le contó por el camino que, en virtud de un antiguo privilegio, no solo los varones de las familias Churruchaos, sino también las hembras, podían sentarse en un banco del presbiterio, precisamente al lado del Evangelio.

—Que se sienten los hombres en el presbiterio no tiene nada de particular; que nos sentemos las mujeres es tan extraordinario como el derecho de no sé quién a entrar a caballo en la catedral de Santiago. Tu padre me leyó en una ocasión el texto del documento, que guardo bien guardado, por si acaso. No sé cuál de los Suárez de Deza ayudó al arzobispo contra otro Suárez de Deza que lo tenía sitiado en su propia iglesia; pero el sitio se levantó precisamente por intercesión de una mujer, esposa del primero. El arzobispo, agradecido, la autorizó a sentarse en el presbiterio de nuestra iglesia —porque Santa María de la Plata es nuestra—; a ella y a todos sus descendientes, y a las esposas de los varones que saliesen de ella; de modo que tu madre, mientras vivió, oyó misa a mi lado y se sentó en mi mismo banco, aunque sin dirigirme la palabra. La madre y las hermanas de Aldán también pueden hacerlo, pero no se atreven. Van a misa a otra iglesia.

—Pero ¿y los curas?

—La iglesia, como te dije, es nuestra, o, mejor dicho, mía; y tengo derecho de presentación. A los curas, antes de ser nombrados, les parece muy bien el privilegio; pero más adelante suelen indicarme que renunciar a él, en mi

nombre y en el de todas las que pueden reclamarlo, sería un acto de humildad.

Hizo una pausa y añadió:

—Como habrás observado, no soy humilde. Y, aunque lo fuese, tendría que aguantar, porque la única persona que se escandaliza de verme sentada en el banco es doña Angustias, y es la única que protesta. Como da muchas limosnas y dinero para el culto, los curas siempre quieren estar a bien con ella.

Habían llegado a la iglesia. Grupos de hombres aguardaban junto al pórtico el toque de entrada. Saludaron. Doña Mariana, erguida y solemne, se adelantó por el pasillo, pasó la puerta del comulgatorio; Carlos la seguía unos pasos detrás. Se arrodilló junto a ella; se santiguó como ella y luego se sentó a su lado.

—Otro día, cuando entres —le dijo doña Mariana en voz baja—, ten la precaución de ofrecerme agua bendita.

El cura, al salir, después de inclinado ante el altar, se volvió hacia ellos e hizo una reverencia, a la que doña Mariana contestó. Empezó la misa. Carlos, olvidado del rito, miraba a doña Mariana. Se ponía de pie, se santiguaba, se arrodillaba cuando ella lo hacía. Después del Evangelio, el cura se sentó en un banco frontero, y un clérigo alto, desgarbado, narigudo y pelirrojo se arrodilló ante el altar y oró un momento; vestía la sobrepelliz encima de un hábito blanco y pardo. Saludó al oficiante y a doña Mariana. Carlos creyó que, además, le había sonreído a él como saludo singular y personal.

—Este es Eugenio Quiroga.

Fray Eugenio habló, durante unos minutos, de la Venida de Cristo, que ya estaba entre nosotros: con voz pastosa y dramática, con palabras tan quintaesenciadas que —pensó Carlos— nadie debía entenderle. Quintaesenciadas y, sin embargo, sencillas. Modesto y sobrio en sus modales, sin gritos, sin imprecaciones, de una gran elegancia.

—¿Qué te parece el fraile? —le preguntó doña Mariana.

—Estoy sorprendido.

—Tiene fama de loco.

Al terminar la misa, cuando ya salían, un monaguillo se acercó a Carlos:

—Dice el padre que haga el favor de esperarle. Viene en seguida.

—Daré unas vueltas por la plaza, si no llueve, mientras hablas con él. Hace muchos años que no nos tratamos.

Salió doña Mariana. La iglesia quedaba vacía. Fray Eugenio apareció en el fondo del presbiterio y corrió hacia Carlos.

—Perdóneme que lo haya detenido, pero fue necesario. Ante todo, bien venido. Estoy verdaderamente contento de su llegada.

Le tendía una mano, que Carlos estrechó. El fraile parecía apurado; miraba atrás con desasosiego.

—Véngase aquí, a un lado, a una capilla. Tengo que decirle algo. Otro día nos veremos con más calma y hablaremos. Mire, escuche.

Espió el fondo de la iglesia, por si alguien saliera de la sacristía.

—Por favor, vaya usted a buscar a doña Mariana, y que vea la capilla de los Churruchaos. Ahora mismo. Que no lo deje para mañana. Ahora mismo. Hágalo, por favor.

Le apretó el brazo, como despedida, y marchó hacia el fondo, sombra fantástica en medio de las sombras.

Carlos vaciló unos instantes; luego salió. Doña Mariana esperaba en una esquina de la plaza. Le contó lo que el fraile le había dicho, y le condujo a la capilla.

Se llegaba a ella por un pasillo abovedado, detrás del baptisterio. Al entrar se vieron detenidos por un montón de sacos, apilados en la misma puerta.

—¿Qué demonios es esto?

Doña Mariana golpeó uno de ellos con el paraguas, y salió un polvillo gris.

—Vamos a la sacristía.

Cruzó la iglesia con paso rápido y sin ningún miramiento. Abrió la puerta de la sacristía y entró, altiva, airada, irresistible.

—¡Don Julián!

Un cura cincuentón tomaba su taza de café. Al oírla alzó la cabeza.

—¡Doña Mariana!

—¿Qué pito tocan en la capilla de los enterramientos unos sacos de cemento? ¿Es que se ha caído algo?

El cura se levantó y fue hacia ella.

—No, señora. No se ha caído nada.

—¿Entonces?

—Vamos a hacer un altar a la Virgen de Lourdes.

—¿Con el permiso de quién?

—Doña Mariana, no creo que haga falta permiso.

—¿Se ha olvidado de que Santa María de la Plata es mía?

—Es también de la Iglesia.

—Pero es mía. Y yo no permito que levanten un altar encima de mis muertos.

Se sentó en un sillón, con fría, repentina calma.

—Don Julián, ¿quién paga ese altar de la Virgen de Lourdes?

—Los fieles, naturalmente.

—Pero ¿qué fieles?

El cura vaciló.

—¡Vamos, dígallo!

—La mayor parte del dinero lo regala doña Angustias. Es presidenta de la cofradía.

—Lo suponía. ¿Piensa usted que le importa el altar? Lo que ella quiere es tapar las estatuas de mis muertos, echarles tierra encima, a ver si la gente los olvida de una vez.

Se levantó y fue hacia el cura.

—Usted verá lo que hace.

—El altar, naturalmente. Salvo si el señor obispo me lo prohíbe.

—En ese caso, cuente usted con que el obispo se lo prohibirá. La iglesia es mía, y la capilla de los Churruchaos, más mía que nada.

—Si es tan suya la iglesia, ¿por qué no le arregla las goteras, y no manda que apuntalen las paredes, que un día vendrán abajo?

Doña Mariana calló un momento.

—Y usted, ¿por qué no me lo dijo?

—Nunca pensé que le importara tanto.

—Lo que me importe es cuenta mía. Y ahora haga el favor de acompañarnos. Quiero que vea la capilla don Carlos Deza.

—No pretenderá usted que aparte los sacos de cemento.

—No, pero tiene usted un sacristán que puede hacerlo.

El cura tragó saliva.

—También puede terminar el desayuno —añadió doña Mariana—.

Esperaremos.

Se levantó y cogió a Carlos del brazo.

—Vamos.

Llegó, apurado, el sacristán; se metió en el pasillo, y al poco rato salió.

—Ya pueden entrar.

—Que venga don Julián.

Vino don Julián. Doña Mariana se sentó en un banco.

—Hágame el favor de enseñar la capilla a don Carlos. Yo estoy cansada.

Don Julián no disimulaba el malhumor, y fue delante de Carlos con malos modos y andar brusco. Apartó al monago de un empujón, y con cajas destempladas despachó al sacristán.

—Bien. Aquí la tiene. Véala a su gusto.

Entró Carlos. Una capilla románica, redonda, según la traza de los templarios, visiblemente más antigua que la iglesia. Un sarcófago en el medio, levantado sobre dos jabalíes de piedra; y otros más, de diversas épocas, adosados a los muros: todos con sus estatuas de bulto, más o menos enteras. A un lado, sobre un altar pequeño, un Cristo de gran tamaño, alumbrado de dos cirios grandes y una lámpara de aceite. Recordó entonces Carlos que, de niño, su madre, al salir de la iglesia, solía rezar ante aquel Cristo.

—¿Qué? ¿Ha terminado?

—No es necesario que me acompañe, si tiene prisa —respondió Carlos, suavemente—. Comprendo que es una hora intempestiva.

—Está loca —dijo el cura, señalando con un gesto hacia fuera—. Y, además, tiene el demonio en el cuerpo.

—Quizá solo sea un poco brusca de palabra.

—¡Tirana, eso es lo que es! No se le ocurre que, después del desayuno, tenga uno ganas de echar un cigarrillo.

—Creí que le había molestado lo del altar.

—¿A mí? ¡Allá ellas se entiendan, doña Mariana y doña Angustias! Pero usted comprenderá que si hay devotas que lo piden, ¿por qué no hacerlo?

Carlos señaló, con una sonrisa y con un movimiento de mano, los enterramientos.

—¡Bah! Gentes como ella o peores. ¿Para qué guardarles tanto respeto, si estarán en el infierno? No hubo un Churruchao bueno.

—Me parece que soy uno de ellos.

—Pues ande con cuidado con lo que lleva en la sangre...

—¿Usted cree?...

—Por lo pronto, no se sabe de ninguno que haya sido decente y buen cristiano.

—Me gustaría conocer el remedio para no ser como ellos.

Sin querer, le salió a Carlos la voz grave y la entonación seria. El cura le miró fijamente.

—¿Lo dice de veras?

—Claro...

—En ese caso, váyase del pueblo. Aquí ninguno de ustedes tiene nada que hacer. Los tiempos no son los de antes, y manda otra gente.

—No vengo a mandar.

—Ya sé. Usted viene a cuidar locos y endemoniados. No le arriendo la ganancia.

—Tampoco vengo a eso.

—¿Entonces...?

Dejó sin respuesta la interrogación del cura; con el pretexto de que doña Mariana pasaría frío, volvieron a la iglesia. El cura masculló un saludo y se escurrió hacia la sacristía. Salieron. En la plaza, doña Mariana rompió a reír y a burlarse de don Julián y del mal rato que le había hecho pasar.

—Sin embargo, mañana mismo iremos a Santiago. No quiero que Angustias consiga su altarcito.

Encargó, de camino, un automóvil que al día siguiente les llevase a Santiago, y, después de comer, trajo un montón de papeles y pergaminos catalogados, con transcripciones y traducciones escritas por el padre de Carlos. Metió en una cartera todos los concernientes a la propiedad de la iglesia y a sus derechos sobre ella. Resultaba que podía enterrarse en cualquier lugar de su recinto, no solo en la capilla.

—Mira, de esto me había olvidado. Lo trataré también con el arzobispo.

—Tengo entendido que las autoridades civiles prohíben que nadie se entierre en las iglesias.

—Lo arreglaré también. Un gobernador republicano es más fácil de manejar que un prelado.

Al día siguiente, muy temprano, vino a buscarlos el automóvil. Doña Mariana tenía sueño y se durmió al poco rato. Carlos, a falta de entretenimiento mejor, se entregó al paisaje: primero con resignación; más tarde, con gusto; por último, con fruición. En Santiago se aposentaron en un hotel caro, y Carlos se encargó de gestionar la entrevista con el prelado. Después de comer, mientras la dama echaba la siesta, se perdió por las calles, con afán de reconocer lo que había conocido y de revivir lo vivido bastantes años antes.

Callejeó un par de horas, y, una de las veces que pasó delante del Hospital, se le ocurrió preguntar la dirección de un compañero. Se la dieron y le encaminaron. Llegó ante una casa nueva, en las afueras, de apariencia rica, con jardinillo, rejas en las ventanas y solana de piedra. Dio su nombre, le hicieron esperar un poco, y su amigo le recibió con alharacas de sorpresa.

—¡Hombre, Deza, Carlos Deza! ¿De dónde sales?

Alto, gordo, opulento, bien trajeado, contento de sí mismo. Le llevó al despacho, le preguntó por su vida, y, antes de que Carlos contase nada, habló de la suya.

—¡Ya ves, chico! Hice en Alemania cirugía de pulmón, y ahora le saco el jugo. Santiago sigue siendo un buen sitio para médicos.

Insistía en sus ganancias. Le mostró la casa, bien alhajada, con cuadros y porcelanas; le presentó a su mujer; le contó las operaciones difíciles que había hecho.

—Soy auxiliar de la universidad; pero eso, económicamente, no significa nada. Sin embargo, da fama y permite esperar a que la cátedra quede vacante. Don Remigio la palmará pronto.

Agotada la información sobre sí mismo, preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Nada.

—Ibas para sabio, y hasta oí decir que estudiabas en Viena, con Freud. ¿No es cierto?

—Sí. También estuve en Viena.

—La psiquiatría no es, todavía, buen negocio, aunque empieza a ponerse de moda en España. Desde que vino la República se habla mucho del psicoanálisis. ¿Piensas venir a Santiago?

—Todavía no pienso nada.

—Aquí, en eso de locos, andan todavía por la antigua. Pero si viene un tipo espabilado... Habría que poner una clínica, claro...

Lo dijo como guardándose, por inútil, la continuación: «... y tú no parece tener mucho dinero».

—Sí, naturalmente. Una clínica.

—Tropezarás con muchos inconvenientes. En la cátedra, con esto de la República, puedes decir lo que quieras, incluso que no crees en Dios; pero el clero sigue mandando en la ciudad. Y eso del psicoanálisis no debe hacer mucha gracia a los curas. Es como quitarles la clientela.

—No tanto.

—Sin embargo, nunca sobran las precauciones. Yo, después de lo de don Roberto, ando con pies de plomo. La cirugía, por fortuna, no tiene nada que ver con la teología. Claro que no creo en Dios, pero voy a misa todos los domingos, y mi mujer, que es bastante beata, reza todas las novenas necesarias para que me dejen tranquilo. Hay que saber vivir.

Al despedirse, le invitó a tomar café al día siguiente, pero Carlos no le dio seguridades. Marchó al hotel. Doña Mariana le esperaba en el vestíbulo. Había ya merendado y hacía ganchillo. Carlos tomó una taza de té, y solo pasado un rato contó la visita de su amigo.

—No me parece mal lo de la clínica —dijo doña Mariana.

—Tendría que venderlo todo, y, aun así, los comienzos serían modestos.

—Puedo ayudarte.

—¿En una empresa insegura?

—¿Y qué? Cuando puse dinero, hace treinta años, en el negocio de Salgado, pude haberlo perdido. Considera además que no ofrezco un préstamo. Eres demasiado orgulloso para aceptarlo, y haces bien. Haremos una sociedad.

Carlos, con las manos en los bolsillos, se había arrimado al piano y miraba al suelo.

—Mire, Mariana: este viaje a Santiago me ha servido de algo.

Se sentó en la banqueta del piano, vuelto hacia ella.

—Pasé aquí siete años. Era un estudiante como los otros; hacía lo que todos y, si acaso, estudiaba un poco más: de ahí me viene la reputación de

sabio. Sin embargo, aspiraba a ganar dinero, a tener una posición, a ser catedrático. Con este propósito marché más tarde a Viena. Pero el tiempo pasado aquí debía haber sido definitivo: fueron los años en que la personalidad se cuaja. Ahora mismo yo tendría que ser la continuación de aquel muchacho que pagaba cuatro pesetas diarias de pensión y que, para estudiar durante la noche, echaba sobre la cama su abrigo y todos los abrigos que le prestaban los compañeros, porque hacía mucho frío. El mismo, mejorado, con más sabiduría. Pues bien: esta tarde he comprobado que entre aquel muchacho y yo no hay nada común. Creo que si de pronto borrasen todos mis recuerdos de entonces, si hicieran un vacío en mis recuerdos, sería el que soy, y nada mío me habrían arrebatado.

Doña Mariana le escuchaba con atención. Había dejado la labor y sus manos jugaban con la aguja.

—Entiéndame. No es solo que haya pasado una hora con un viejo amigo sin hallar nada de común con él. Ha sido, sobre todo, la ciudad. He vivido siete años aquí, y, sin embargo, hoy me pareció nueva. La he descubierto, la he sentido con ojos y corazón nuevos. No me han estorbado los recuerdos de los hechos ni de las personas; no he deseado encontrarme con nadie ni revivir ninguna amistad. Ha pasado como, hace dos o tres años, un fin de semana en Salzburgo. Había ido allá con Zarah, y la abandoné en el hotel, lo mismo que a usted, y me perdí en la ciudad, lo mismo que aquí, y, al regresar, le hablé de cosas vistas, de emociones experimentadas, que le hicieron considerarme con severidad, como la madre cuyo hijo hace algo que escapa a sus previsiones. Me temo que a usted le suceda otro tanto. ¿Cómo quiere que acepte la idea de montar una clínica, de gastar su dinero, si no me interesa?

—Parece que estoy oyendo a tu padre.

Carlos se estremeció.

—A mí me ha parecido, durante todo el día, que sentía como él. Ahora mismo estoy convencido de que mi destino se parece mucho al suyo.

Se sentó en el sofá, junto a doña Mariana, y le tomó una mano. Ella le miró con un relámpago de sorpresa satisfecha.

—El otro día, cuando leí sus cartas, cuando la escuché a usted, no fue a mi padre a quien hallé, sino a mí mismo. Luchaba por convencerme de que no era así, de que padecía, una ilusión, ¡yo qué sé!, de que usted me sugestionaba y

sentía lo que usted quería que sintiese. Ahora ya no tengo dudas. Mi padre hubiera visto y sentido lo mismo que vi y sentí, y hubiera hecho lo que yo hice. Hubiera renunciado.

—¿A qué, criatura?

—Por lo pronto, a mi profesión. La siento tan postiza como podía sentir mi padre su acta de diputado. Había ido a la política porque a usted le era grata, y hubiera continuado en ella de haberse casado con usted, o de haber tenido esperanza. La única diferencia entre mi padre y yo es el papel que usted ha jugado en su determinación y el que juega en la mía. Usted se irritó entonces, y mucho me temo que también se irrite ahora, pero no tiene remedio. No pondré una clínica en Santiago, no seré catedrático de universidad.

Soltó la mano de doña Mariana y ocultó la cabeza entre las suyas.

—No sé lo que haré.

—Lo que necesitas es buscar una mujer y casarte.

—¿Quiere usted que repita la historia de mi padre?

—¡Dios lo haga mejor!

—Ni mi padre ni yo, por lo que voy comprendiendo, pertenecemos a esa clase de hombres, normal, si usted quiere, que se casan con una buena chica, ponen un negocio y sostienen un hogar tranquilo. Mi padre se enamoró de usted, y yo quizá me enamore. Pero, por favor, no me busque usted novia. Quizá no supiera decir que no...

Se volvió hacia ella, repentinamente, con una expresión nueva en la mirada.

—¿Sabe qué me apetece ahora? No va usted a entenderlo, y hasta es posible que se ría de mí. Me apetece tocar el piano.

Ella no dijo nada, pero le sonrió con ternura.

Llevó a doña Mariana hasta el palacio arzobispal, y esperó fuera, paseando. La dama se entretuvo como una hora, y salió triunfal.

—No está mal este arzobispo. Es un andaluz gracioso, pero listo. Claro que yo iba bien prevenida. Entré muy tranquila, y, antes de saludarle le dije: «No hablé jamás con un prelado. ¿Qué debo hacer, arrodillarme o decirle buenos días?». Él, entonces, se echó a reír, me dio la mano y me mandó sentar.

Primero me despaché a mi gusto, y él no dijo ni pío. Cuando terminé, sacó unos papeles que tenía preparados, les echó un vistazo y me respondió: «Tiene usted en parte razón y en parte, no. Claro está que el cura se ha pasado de raya, y que ese altar no se hará jamás, porque, aunque la capilla no fuera de propiedad particular tiene un valor artístico que no hay por qué estropear. Pero ¿y la iglesia? También tiene valor artístico, y, sin embargo, cualquier día se desmoronará. ¿Es que no le importa?» Me cogió desprevenida, y me disculpé como pude. «Tiene usted la obligación de restaurarla, si es que tiene dinero para hacerlo.» «Claro que lo tengo.» «Entonces, yo le prometo prohibir expresamente que se levante el altar de Lourdes si usted me promete arreglar la iglesia de modo que aguante otros seiscientos años.» «Prometido, pero con una condición.» «¿Cuál?» «Que cuando esté arreglada irá usted a inaugurarla.» «Las iglesias no se inauguran, señora, se bendicen o se consagran.» «Pues a consagrarla, que parece más solemne.» «No puedo prometérselo, porque estoy viejo y asmático, y como lo de la iglesia tardará bastante tiempo, a lo mejor ya he muerto.» «Pero ¿y si está vivo?» Sonrió y dijo: «En ese caso, se lo prometo». Iba a levantarme, pero me detuvo: «No hemos terminado todavía. Si no me han engañado, usted y las mujeres de su familia, gozan de un extravagante privilegio que ofende las costumbres actuales de la Iglesia». «Hasta ahora, nadie se ha ofendido más que una señora rica del pueblo, que, como no puede sentarse en el presbiterio, y en cambio tiene un banco asegurado en primera fila, quiere que todos se sienten detrás.» «Aunque así sea, la Iglesia debe acabar con todas esas antiguallas feudales. Han pasado de moda.» «Eso mismo dice el capellán, y me extraña que esté usted de acuerdo con él.» «Los arzobispos y los capellanes estamos de acuerdo muchas más veces de lo que se supone. ¿Trae ahí el documento?» Le di la copia. «¿Es textual?», me preguntó. «Supongo que sí. Yo, como es natural, no sé latín.» Se puso las gafas y leyó atentamente. «Mi lejano antecesor en la mitra, Dios lo tenga en su gloria, concedió este privilegio porque podía hacerlo, pero lo hizo tan escrupulosamente que este humilde sucesor suyo no puede desbaratarlo. Sin embargo, Roma lo anulará.» «¡Ah, bueno!», le dije yo. «Si en Roma lo hacen...» «Lo harán, se lo aseguro.» «¿Tardarán mucho?» «Ya sabe usted que las cosas de Roma se eternizan.» «En ese caso, haga lo que quiera. Con que el día de consagrar la iglesia pueda todavía sentarme en el presbiterio, me doy

por contenta.» Se echó a reír, y aquí me tienes.

VIII

La carta del arzobispo a don Julián llegó el día de Inocentes; y la primera persona a quien se leyó —porque estaba en la sacristía, tratando de lo suyo, y de no estar hubiera el cura corrido a buscarla— fue a doña Angustias.

—Eso es una inocentada —dijo ella; pero don Julián le garantizó que la carta venía de Santiago, con todas las de la ley, y que el arzobispo era el arzobispo, y que había de obedecerle; con lo cual doña Angustias marchó echando chispas, y aquella misma tarde congregó en su casa a toda la cofradía, y a las presidentas de varias cofradías más. Se despacharon a gusto, respetando siempre al arzobispo, es lo cierto; pero el arzobispo solo podía parecerles respetable si se le suponía engañado, de modo que toda la responsabilidad, así como buena copia de malas artes hipócritas y embaucadoras, le fue atribuida, con generosidad de proporciones, a doña Mariana. Los respectivos maridos lo supieron a la hora de cenar, y Cayetano un poco antes. Se habló del caso en todas las partidas de tresillo e incluso en la más vil de siete y media. Unánimemente fue considerado como agravio a doña Angustias, y cuando llegó Cayetano, todo el mundo estuvo de acuerdo en que doña Mariana era una tal y una cual, y que aquello se estaba poniendo intolerable, y que debería destacarse a La Coruña una comisión de las fuerzas vivas republicanas para tratar con el Gobernador de que doña Mariana fuese desterrada; pero Cayetano se opuso a toda colaboración en la revancha, y aunque no contó a nadie lo que pensaba hacer, todo el mundo le oyó decir «que aquella puta vieja se las pagaría». Era tan grande su malhumor, que perdió veinte duros al tresillo. Don Lino, ganancioso, se creyó en el deber de acompañarle hasta casa, ya de madrugada. Cayetano iba en silencio. Don Lino, cada vez que acariciaba en el bolsillo los duros contantes y sonantes de la

ganancia, se sentía más locuaz. Dio varias explicaciones marcadamente sociológicas acerca de la supervivencia de la tiranía, y por si Cayetano no se había dado cuenta, analizó también la intervención, nada lucida, del arzobispo. «Esto le ayudará a comprender que toda colaboración de la Iglesia con la República es pura filfa. La Iglesia no cambia, amigo mío. Es monárquica y feudal por naturaleza». Le sorprendió mucho oír a Cayetano:

—Por lo pronto, haré una capilla junto al astillero.

—¿Una capilla protestante?

—No seas bestia. Una iglesia católica, para que mi madre tenga el altar de la Virgen de Lourdes.

—Creí que usted no era católico.

—Yo, no; pero mi madre lo es.

Don Julián visitó a doña Mariana al día siguiente, y se enteró, con asombro, de que la iglesia entera iba a ser restaurada.

—¿Quiere usted decir restaurada por entero?

—Eso. Como si la hiciéramos de nuevo.

—Pero ¡es una locura! Con unas vigas de cemento, unas manos de cal, y tejas nuevas, no hay viento que la tumba.

—Ese no fue el trato con el arzobispo. La iglesia tiene mérito artístico y hay que respetarlo.

—¡Bobadas! Entonces, habrá que cerrar la iglesia.

—Queda la parroquial.

La noticia añadió matices al revoltijo; la gente se indignó más, pero, contra toda previsión, algunas posiciones de intransigencia fueron abandonadas. Don Lino, después de asegurar que la vieja seguía siendo un personaje, más que odioso, peligroso, no pudo menos que aprobar la decisión restauradora; en primer lugar, la iglesia de Santa María de la Plata, que los gobiernos monárquicos no habían declarado monumento nacional a causa de su incuria, merecía todas las atenciones populares. «Al fin y al cabo, el pueblo es su verdadero propietario, y si hoy no se le reconoce este derecho, el día de la justicia no tardará. Entretanto, el capital cumple con su verdadera función empleándose en conservar el patrimonio nacional. La iglesia es del estilo románico más puro y la capilla de los Churruchaos, como sabes muy bien, una de las más raras muestras del estilo templario. Tiene mucho mérito, y debemos

olvidar que los huesos que están allí pertenecieron a unos bandidos. Día llegará en que el pueblo exija entregar al viento sus cenizas, pero, ese día, defenderé con mi cuerpo las sagradas piedras. Sagradas, no porque la Iglesia las haya bendecido, sino porque están benditas por el arte de los canteros que las labraron». Fue muy aplaudido. Mientras hablaba, le habían servido cartas. Jugó una bola y la sacó.

Don Baldomero buscó adrede a Carlos. Como hacía buena tarde, aunque fría, fueron a pasear al malecón, vacío a aquellas horas, sino de marineros que saludaban y escuchaban. Preguntó. Carlos le contó lo que sabía.

—¿Y no le dijo si el arzobispo le había dado alguna bula o algún perdón especial?

—No lo creo.

—Me quita usted un peso de encima.

Lo dijo con énfasis dramático, con sinceridad honda; y suspiró.

—Bueno. No creo que sea para ponerse así, don Baldomero. ¿Qué le importan a usted las relaciones entre doña Mariana y la Iglesia?

—Nada, salvo en un punto. La Iglesia *no puede* perdonarla. ¿Me entiende? *No puede*, y si lo hiciera, si lo hace alguna vez, mis convicciones sobre la justicia se quebrantarían.

Iba embutido en un abrigo estrecho y largo, las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Las sacó y sopló la punta de los dedos.

—Quizá le parezca mal que hable así de ella, porque es usted su amigo; pero yo soy un hombre honrado y no sé andar con hipocresías. Considere, además, que mis querellas contra la vieja no se parecen a las del resto del pueblo. Si ella es Sarmiento, yo soy Piñeiro, y a otra cosa: hay un punto en que los absolutistas somos demócratas. Y si tuvo un hijo de soltera, hizo bien, puesto que sus medios de fortuna se lo permitieron. De modo que, si quiere usted entenderme, no me confunda con Cayetano, ni con el maestro, ni con ningún tipo de esos que ahora andan otra vez alborotados por lo de la capilla y el altar de Lourdes.

Carlos, espiado por la mirada inquieta de don Baldomero, no se atrevió a sonreír.

—Contésteme.

—Somos amigos, ¿no? Usted me ha hecho confidencias y sé a qué

atenerme.

—De eso hablaremos después, u otro día. Ahora se trata de doña Mariana, de la que me veo obligado a hablarle mal: por imperativo de conciencia, aunque no, entiéndame bien, por razones morales. Si fuera por ellas, tendría que hablarle mal de todo el pueblo, y, entonces, empezaría por mí. Las beatas dicen que dio mal ejemplo, y cuando aparece preñada una chica, le echan la culpa. Eso no es cierto. Antes de nacer la vieja, las solteras parían porque los trámites les habían apetecido. ¡Y ahora, con esto del cine! Volvemos a lo del otro día. La moral es la moral, el hombre es pecador, y eso no hay quien lo arregle. Y no piense que estoy del todo contra el cine. Mire: en cierto modo, es un remedio. Ahí tiene a mi mujer. Gracias al cine, los domingos por la noche se siente cariñosa. Claro que no piensa en mí, sino en un tío guapo que se llama no sé cómo, pero es igual.

Se detuvo y cogió a Carlos por los brazos.

—Le digo estas cosas porque el otro día quedamos en que usted es como un confesor. A las íntimas me refiero. Usted pensará que soy un cabrón; y que cuando mi mujer se arrima, a quien se arrima en realidad es al tío guapo del cine; pero podría demostrarle que está equivocado. Si existe adulterio mental, allá ella. Entre el tío del cine y Cayetano, prefiero al del cine. Permite guardar las formas. ¿Está usted de acuerdo?

—No.

—¿Cómo que no?

—Desde mi punto de vista, no.

—Pues cállese.

Parecía repentinamente aterrado o, quizá, dolorido.

—Cállese. No quiero discutir ahora de eso. Después de todo, es una superstición mía. No tengo pruebas de que mi mujer piense en nadie los domingos por la noche, ni siquiera de que piense. Pero si usted me convenciera de que, aun así, me pone realmente los cuernos, tendría que matarla.

Bajó la cabeza y miró a la mar. Bailaba, sobre las olas, una gamela. Dentro, un rapaz la achicaba, chorro a chorro, con un bote de conservas.

—En el fondo, quiero a mi mujer, y cuando me acuesto con otra, pienso en ella. ¿Tiene tabaco?

Lieron unos cigarrillos.

—Usted es un hombre difícil, Carlos. Me deja hablar solo, me mira, me hace perder el hilo y acabo por sacar los trapos sucios a la luz. ¿Por qué me deja hablar solo?

—Si usted quiere explicarme por qué el perdón de doña Mariana por la Iglesia es una injusticia, ¿qué voy a hacer, sino escuchar?

—Podía usted estar de acuerdo conmigo.

Carlos se encogió de hombros.

—No he pensado jamás en el perdón de doña Mariana, ni siquiera en mi propio perdón.

—¿De veras? Entonces, ¿no es usted creyente? ¿Es cierto que no lo es?

—Tampoco puedo responderle. Pero usted, el otro día, se confesó a mí precisamente porque no lo era.

—El otro día —respondió don Baldomero con melancolía—, me hacía falta que no lo fuese. Hoy, si no lo es, ¿cómo va a entender que la salvación de doña Mariana será una injusticia? A usted no puede dolerle... Pero quizá algún día le duela, y entonces se acordará de lo que le dije. Entérese bien: el padre de la vieja era masón, y trajo el liberalismo a Pueblanueva. Él tiene la culpa de que haya aparecido Cayetano, de que los obreros sean socialistas, de que don Lino enseñe el ateísmo a los niños de la escuela. ¡Él, solo él! Pero su hija pudo deshacerlo. Si ella lo hubiera querido, habríamos levantado una muralla en medio de esas montañas, nos hubiéramos encerrado aquí, el mal no habría penetrado. Pecaríamos, sí, señor, como siempre, pero con esperanza. Ahora nos hemos cerrado las puertas del cielo. Estamos tan malditos como todos los españoles.

Hizo una pausa.

—Estamos, quizá, mucho más malditos que los demás, y yo maldito sobre todos. Más maldito porque conozco el camino y no me atrevo a seguirlo.

—El otro día me dijo usted que el camino no era fácil. Recuérdelo. Aquello de que Cristo había dicho...

—¡No, no! No es eso. Para salvarme no necesito ser virtuoso, sino solo merecer, por algún acto mío, el arrepentimiento final. Volvemos a lo del otro día.

—Que usted no acabó de explicarme.

—¿Qué más da? Puedo explicarlo ahora. El secreto que nadie se atreve a decir es que los españoles nos hemos salvado, hasta ahora, por los méritos de España: España merecía por todos y para todos. Pero España ha dejado de ser meritoria, y nosotros quedamos en la miserable condición de cualquier cristiano. Si quieres salvarte, sé virtuoso. Si quieres salvarte, no robes, forniques, no tengas envidia. Sé bueno e irás al cielo ¿No lo encuentra terrible?

Hizo una mueca de asco.

—Así no se puede, amigo mío. Y no será porque no lo hayan vaticinado a tiempo. Mi bisabuelo, según le oí a mi padre, ya lo decía cuando la Virgen Santísima se apareció en Francia, y no en España, como debía ser. Fue una advertencia. No le hicimos caso: vino el liberalismo, vino la primera República, ahora viene la segunda... ¿En qué pararemos?

Carlos se encogió de hombros.

—No me lo pregunte. Le repito que no entiendo nada de lo que me dice, aunque me interesa.

—Yo se lo diré. Acabaremos en un país de desesperados, y la nación entera lo será también. Porque, amigo mío, se aguanta la vida cuando hay esperanza de salvación; pero, sin ella, ¿por qué vamos a aguantar? Lea los periódicos. Los obreros de tal sitio se dejan matar, los de tal otro prenden fuego a la fábrica, aquí y allá queman iglesias. ¡Naturalmente! ¿Para qué dejarlas en pie si no les sirven para nada?

—Bien; pero si es como usted dice, no veo que le quede ningún camino.

—Siempre está el monte —respondió, con brío, don Baldomero; y al decirlo, algo así como un envaramiento militar paralizó fugazmente su cuerpo—. Perdemos la esperanza si aceptamos este estado de cosas; pero si nos rebelamos, la esperanza puede volver al corazón.

—En cierto modo, es usted ya un rebelde.

—¿Qué idea tiene usted de la rebeldía? ¿Barafustar aquí y allá, poner verde al gobierno? No, amigo mío. La rebelión tiene que ser eficaz y pública. Echarse al monte con un fusil.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque el demonio me tiene ya ganado; me hizo poltrón y borracho. En el monte, además, no hay mujeres. Y, como usted comprenderá, no es fácil

encontrar a ninguna que se avenga a la vida de soldado. Los tiempos han cambiado.

—Según eso, los muertos en esa guerra tendrían abierto el camino del cielo.

—Sí. Pero ¿quién se atreve a arriesgarse? Es muy fácil pensarlo. Yo mismo, que tengo escondidos en el corral un par de fusiles viejos, lo pienso a veces. Pero no hago más que pensarlo: me falta el coraje de los hombres antiguos. Hemos degenerado; el liberalismo nos hizo maricones a todos.

Señaló con el puño cerrado la casa de doña Mariana, medio escondida entre la neblina del atardecer.

—Por eso la odio. Sin ella, yo hubiera sido el amo aquí, yo hubiera levantado murallas contra el mal, yo hubiera capitaneado un valle de rebeldes, y todos seríamos felices. Ahora, ni ella vive en paz, ni nosotros. Cayetano se enriquece cada día, y nosotros nos odiamos los unos a los otros porque Cayetano es rico. Seduce a las mujeres, nos deshonra, y nosotros nos odiamos porque no podemos seducir a la hija del vecino y deshonrarle. Pisa nuestros derechos, y nosotros nos odiamos porque no podemos pisar el derecho del vecino. ¿Ha visto alguna vez situación semejante? Somos las víctimas de Cayetano, y nos detestamos porque no podemos ser como él y hacer lo que hace.

—Según eso, para usted Cayetano es el mal.

Don Baldomero se quitó la gorra y se santiguó.

—Dios me perdone, es el Anticristo.

El día siguiente era el último del año. Carlos se despertó temprano, y vio desde la ventana la mar en calma y el cielo claro. Discutía, delante de la puerta, un grupo de pescadores alrededor de Xirome, vestidos con ropas de aguas, como si fueran a embarcarse. Cerca del malecón, una pareja de *bous*, con las máquinas encendidas, lanzaban señales de sirena. Los marineros embarcaron en la gamela: desde la orilla, unas mujeres decían adiós. Entró la Rucha con el desayuno.

—Le ha venido recado de que pase por el Ayuntamiento.

Le molestó. Había hecho proyectos para aquella mañana.

—¿Qué me querrán? —preguntó a doña Mariana.

—Algo de contribuciones o de consumos.

Se sentó junto a ella y echó un vistazo al periódico.

—¿Queda muy lejos la casa de la Galana?

—¿Por qué lo preguntas?

—Prometí ir allá, y había pensado hacerlo hoy.

Doña Mariana sonrió.

—Si vas en el carricoche, cosa de diez minutos.

—Mejor a pie.

—Hay una cuesta.

Carlos siguió leyendo los pronósticos del año próximo, los juicios del que iba a terminar.

—¿Qué podría llevarles de regalo?

—¿A quién? ¿A la Galana?

—A sus padres. Encuentro correcto corresponder al que me han hecho.

—¿Te refieres al pollo y a los huevos? Eso, hijo, forma parte de la renta. No tienes que corresponder, y, si lo haces, no te los quitarás de encima en toda tu vida.

—Quiero darles a entender que no soy un señor feudal. No están obligados a regalarme nada.

—Entonces, pensarán que eres tonto.

—No me importa.

Doña Mariana se encogió de hombros.

—Allá tú. Compra un pañuelo de la cabeza para la Galana vieja. Allí mismo, frente al Ayuntamiento, los verás en los puestos del mercado.

Carlos bajó al jardín, enganchó el carricoche y salió por la puerta trasera de la tapia. Estaban las calles llenas de gente que iba al mercado o regresaba de él. Se detuvo ante el Ayuntamiento y encomendó a un rapaz mirón el cuidado del carruaje. Iba a subir, pero lo pensó mejor:

—Iré a la vuelta.

Tenía prisa. Justificaba la prisa pensando que la casa de Rosario estaba lejos, y que si tardaba, ella se habría marchado ya a llevar la comida a su padre. No es que fuera a verla a ella, sino que la necesitaba de intérprete, porque la Galana vieja no hablaba castellano.

Compró el pañuelo, sin fijarse en el asombro que causaba a la vendedora y a sus parroquianas; y, después de pagarlo y guardarlo, compró otro, este de encaje y para el bolsillo. Dio unas gordas al chico que le había guardado el coche, arreó el penco y salió del pueblo, hacia la carretera. Solo cuando se hubo alejado, preguntó a unas mujeres por la casa de Rosario. Le indicaron el camino —una carretera lateral, con muchos baches—; la casa que estaba pasada la primera vuelta, junto al río, ahí al lado.

Era una casa de dos plantas, de techos rojos, encalada, con un huerto cercado y el hórreo sobre el cancel. Ató a un árbol las riendas gritó:

—¿Eh! ¿Hay alguien?

Se abrió la vidriera del piso alto, medio se asomó una cabeza y la ventana se cerró en seguida. Pasaron unos instantes. Rosario apareció en la puerta de la casa, atravesó el corral esquivando las gallinas: tranquila y seria.

—Buenos días, señor. ¿Cómo no mandó recado de que iba a venir? — abrió el cancel y quedó a un lado, mientras Carlos pasaba.

—¿No están tus padres?

—Mi madre está, sí, señor. Mi padre, a estas horas, trabaja.

—¿Puedo ver a tu madre?

—Sí, señor. Entre.

Alejó a las gallinas, de un grito. Carlos se dejó llevar. Entraron en la cocina y ella le ofreció una banqueta de pino.

—Siéntese. Ahora vendrá mi madre. Tomará una taza de caldo, ¿verdad?

Olía a caldo y a heno. Rosario se sentó junto a la piedra del llar, en una silla baja, y tomó, de un cesto de mimbres, una pieza de ropa blanca. Miró a Carlos, y se inclinó sobre la labor.

—Con permiso.

Empezó a coser justamente detrás de su cabeza, la olla humeaba. Una vaca y un becerrito asomaban por la media puerta de la cuadra. Todo estaba limpio: la mesa de pino, el vasar, las banquetas, el suelo de tierra apisonada. Del techo colgaban mazorcas de maíz y una zaranda con un queso y tocino. Carlos no la había visto nunca.

—¿Qué es eso?

—La zaranda, señor.

Añadió, explicando:

—Es para que los ratones no se coman el queso.

Volvió a bajar la cabeza. Se oyeron pasos en la escalera, pasos difíciles y pesados de reumático impedido.

—¿Por qué baja tu madre? Puedo subir si está enferma; o volver otro día.

—No, señor, no está enferma. Es ella así.

La vieja Galana apareció, y saludó en su media lengua, amilagrada de que el señor hubiera venido. Carlos se acercó para ayudarla a bajar, y la vieja Galana no lo consintió.

—¡No faltaba más, señor! Si me hace falta, tengo a mi hija.

—Déjela. Lo hace sola a todas horas.

La vieja Galana, sentada al otro lado de la mesa, inició una larga serie de consideraciones sobre los tiempos, sobre las lluvias, sobre el trabajo, sobre el campo que no da nada, sobre las rentas y los consumos, sobre las enfermedades y la muerte. Rosario, en silencio, puso una servilleta blanca sobre la mesa, una cuchara de boj y un pedazo de borona.

—También tomará vino, ¿verdad?

Vino tinto, que sacó de una jarra; y, después, una gran taza de caldo, humeante y compacto. Carlos protestó por la cantidad.

—¡Tómelo, señor, no nos haga desprecio! El caldo es la raíz del cuerpo.

Las patatas, el maíz, las habichuelas. Los cerdos van baratos. Los huevos no se pagan...

—No se lamente más, mi madre, que de hambre no moriremos.

—Por lo que tu padre y tus hermanos ganan en el astillero, gracias a Dios, no por lo que saquemos de la tierra con nuestro trabajo.

—No se lamente más, mi madre.

Parecía disgustada y, al mismo tiempo, resignada. Se desentendió de la conversación y empezó a preparar la comida del padre y de los hermanos.

—Quería decirles —Carlos aprovechó un resquicio en la charla de la vieja Galana— que agradecí mucho el presente de Navidad, y que les traigo el mío de Año Nuevo.

Puso sobre la mesa los paquetes de los pañuelos.

—Pensé que a usted...

Rosario se volvió rápidamente, enérgica.

—¿Por qué lo hizo? El señor no tiene por qué hacernos ningún presente.

—Este pañuelo para tu madre y este otro para ti.

—No tiene por qué hacerlo.

—Déjalo, mujer. Si es su voluntad...

La vieja había cogido ya su pañuelo, lo manoseaba, elogiaba su calidad.

Rosario alargó la mano hacia el suyo.

—Gracias, señor.

La vieja preguntaba si el señor tenía ropas inservibles, porque los hombres gastan mucho en el trabajo, y, después, en la tierra, y que Rosario se había cansado de remendar, y ahora tenía que hacerlo ella.

No entendía la retahíla, ni le importaba. Rosario, arrodillada, cubría con un pañuelo el canastillo de las comidas. Recordó palabras de doña Mariana: «Grande y rubia como una francesa»; si no grande, al menos fuerte, equilibrada, armónica y pausada en el moverse. La ropa le ceñía los pechos y las caderas; arrodillada, le salían, de las zuecas de madera, unos talones y unos tobillos finos.

—Si quieres, te llevo en el coche.

Rosario volvió la cabeza, sorprendida.

—¿A mí?

—Si quieres... Voy para el pueblo.

Rosario había enrojecido y escondía la cabeza. Su madre respondió por ella:

—Está aquí, a un paso. Llega en seguida.

—Bueno...

Se levantó.

—Y, dígame, señor; la renta, ahora, ¿se la pagaremos al señor o a la señora?

Carlos hizo un gesto vago.

—¿La renta? Yo qué sé dónde estará...

Rosario se irguió y colocó el cestillo sobre la mesa.

—Ya me voy, madre.

Pasó junto a Carlos y abrió una puerta que Carlos no había visto. Volvió en seguida, con el mantón sobre los hombros. La vio de frente, y advirtió que, por el escote, asomaba la punta del pañuelo que le había regalado.

—Buenos días. ¿Quiere algo del mercado, mi madre?

Con el canastillo bajo el brazo, salió. Desde la puerta, miró a Carlos y sonrió.

—Otro día me llevará, señor.

Evidentemente, la vieja Galana no quería que Carlos la alcanzase. Se empeñó en enseñarle la casa.

—Aquí, en esta habitación del bajo, duerme Rosario.

Entarimada de madera, con una cama nueva —casi le olía el barniz—, un armario de luna, mesas de noche, la Virgen del Carmen en la pared y otros cuadros de santos, más pequeños.

—Aquí duerme ella.

Por la ventana —pensó Carlos— entrará Cayetano cuando la visite. Los muebles de la habitación, la colcha amarilla —portuguesa—, las alfombritas coloradas, son regalo de Cayetano.

Pudo marchar. Fustigó al penco con rabia. Pero a la vuelta del camino, fuera de vista de la casa, Rosario esperaba.

—A mi madre no le parecía bien que viniese en el coche. Mi madre... ¿sabe?

Titubeó, sin alzar los ojos.

—No tienes que explicarme.

—Sí, señor. Es que mi madre tiene miedo a que...

Volvió a callar.

—... no sé si el señor sabe.

Anda. Sube, si quieres.

—No, señor. Pero quiero decirle...

Se arrimó a la vara del carricoche.

—¿Es cierto que el señor va a emplearse de médico en el astillero?

—No.

Añadió estúpidamente:

—¿Quién te lo dijo?

—Él.

—No es cierto.

Le miró con ojos alegres.

—Yo ya lo sabía. Gracias por el pañuelo.

Se apartó. Carlos llevó la mano a la gorra.

Había olvidado el Ayuntamiento y su propósito de pasearse por allí al regreso. Dejó el carricoche en la cochera y subió silbando. Doña Mariana no estaba en su gabinete; se sentó a esperarla, con el periódico en la mano, pero sin leerlo. Llegó ella en seguida.

—Te sentí subir las escaleras. ¿Vienes muy contento?

—Normal.

—No has ido al Ayuntamiento.

—Lo he olvidado.

Se levantó.

—Voy ahora mismo.

—No. No vayas. Ya no es necesario.

Señaló un sobrecillo azul, abultado de papeles.

—¿Contribuciones? —preguntó Carlos.

—No.

Se sentó frente a él, con el sobre en la mano.

—Hablemos de tu padre.

Lo dijo con un tono nuevo, que borró el contento de la cara de Carlos.

—¿Está vivo? —y sin esperar respuesta—: Deme usted el sobre.

—No. No está vivo. Pero lo ha estado hasta hace poco tiempo. Puedes leer. El cónsul de Santiago de Chile comunica su muerte. Murió como un emigrante oscuro y pobre.

Carlos leía rápidamente el traslado que el alcalde le hacía, para su conocimiento, del oficio recibido de Chile.

—El siete de octubre, poco más de dos meses.

La miró con angustia.

—Es absurdo.

—¿Es eso, verdaderamente, lo único que se te ocurre?

—Nada más, al menos de momento.

Se levantó, dio unos pasos con las manos en los bolsillos, volvió sobre sí mismo: el pliego oficial había caído sobre la alfombra.

—¿Qué quiere usted? ¿Que llore? No puedo llorar por la muerte de una persona que ahora empieza a existir para mí, pero como un muerto. Todo lo que hemos hablado estos días, el amor hacia su memoria que indiscutiblemente

nació en mí, la solidaridad que empiezo a sentir con él y con sus pecados, el peso de su destino sobre el mío, todo esto suponía su muerte, no reciente, no como un hecho inmediato del que deba dolerme como buen hijo. Una vez más le pido que me entienda.

—Tampoco yo he llorado.

—¿Entonces?

—¿Qué sé yo? Me pareció incomprensible, como a ti. No absurdo, incomprensible. Debe haber una diferencia.

—La hay. Y creo entenderla. Para usted, el modo de morir, y la vida que ha llevado hasta ahora, treinta y tres años de vida silenciosa, le parecen incomprensibles. A mí me parece absurda la muerte de un muerto. Eso es todo. Y, sin embargo...

—¿Qué?

—Algo más hay que ahora no acierto a ver, porque el cerebro se me ha cerrado, pero que siento; algo oscuro...

Se sentó junto a doña Mariana; en el brazo de la butaca. Atrajo hacia sí la cabeza gris de la dama.

—Usted y yo le hemos amado, cada uno a su modo, y no sabemos llorarle.

—Quizá él no haya querido que le lloremos.

—¿Puede usted adivinar lo que realmente ha querido, si de verdad ha querido algo? He intentado comprender su desaparición, y estos días, después de haberla oído a usted, creí entenderla. Pero mi entendimiento suponía su muerte, su muerte antigua, su muerte casi inmediata a la huida. No entiendo este largo silencio, y esto me hace temer que todo lo demás de su vida tampoco lo haya entendido.

—¿Tan necesario es que entienda?

—Sí, Mariana. Usted me pidió una vez que juzgase; amar es ya un juicio. Ahora, más que nunca, quiero de verdad saber qué amo y por qué.

Paseó de nuevo, en silencio; se detuvo delante de la ventana, contempló el haz de la mar, de un verde oscuro y revuelto. Volaban, sobre las menudas olas, bandadas de gaviotas.

—Mi propia vida, de pronto, cambia de sentido. Yo podía haberle buscado y encontrado, haberle devuelto a sus cosas, rescatarle para nosotros. No hice nada de eso, no sospeché jamás que fuese mi deber, quizá también mi

necesidad. Si mi padre se hubiera cuidado de mí, mi vida no sería esta gran equivocación.

—¿Es un reproche que le haces?

—No. No a él, sino a mí. No sabré jamás los verdaderos motivos de su huida y de su silencio, pero, en cualquier caso, los respeto. Gracias a usted, estoy convencido de que era honrado.

Hundió los dedos en el pelo; dejó luego caer los brazos desalentadamente.

—¿Cómo compaginar esta seguridad de su honradez; más aún, de su sacrificio, con su silencio? ¿Cómo entender que su manera de ser honrado consistió en eso, en huir y callar, en morir sin morirse, en morir para mí, en dejarme vivir como si realmente hubiese muerto? Es lo que necesito comprender, y lo que me temo que no comprenderé nunca.

Cogió del suelo el papel y lo releyó.

—«Fernando Deza Montenegro, enfermo del Hospital General, muerto a los 72 años de edad; no deja más que sus ropas personales». Oscuridad, humildad, pobreza y una aterradora soledad.

Dobló el papel y lo guardó.

—El 7 de octubre. Hasta el 7 de octubre, yo tenía padre, pero vivía como si no lo tuviese. El 7 de octubre, Zarah y yo habíamos ido a pasar en una playa unas vacaciones de quince días. Me había arrastrado contra mi voluntad, con el pretexto de que el aire de la mar me era necesario, pero, en realidad, por apartarme de Múnich, a donde yo quería ir porque tenía allí un amigo poeta. Quince días de tedio higiénico junto al mar Báltico. ¡Oh, Mariana! ¿Sabe usted qué atroz tormento es hacerlo todo por higiene, por higiene física y mental? ¿Dormir por higiene y acostarse con una mujer por higiene? Cuando tomábamos el sol yo cerraba los ojos y me fingía dormido; pero, en realidad, imaginaba largas conversaciones con mi amigo, el poeta muniqués. O, simplemente, soñaba. Ya entonces mi alma se escapaba de Zarah, aunque todavía la puerta de la torre no se me había recordado.

Palideció intensamente; se arrimó a la pared por no caer. Miró a Mariana con mirada asustada y vacía, como si mirase el vacío.

—Entonces la recordé. Fue por aquellos días. Pudo haber sido el 7 de octubre.

—¿Qué quieres decir con eso, Carlos? —también a doña Mariana le

temblaba la voz.

—Nada. Solo quiero señalar un hecho que tampoco entiendo.

Quedó arrimado a la pared, derecho, como envarado; y miraba otra vez como si mirase al vacío. No había recobrado la color. Doña Mariana se levantó, fue hasta él, quedó enfrente de él, le miró con fijeza, quiso llenar con su mirada la mirada de Carlos; quiso ir más allá de la mirada y saber qué pensaba o qué sentía, o, quizá, qué presentía sin atreverse. Le agarró, con fuerza, de los brazos, le sacudió. Él tardó en recobrase, en sonreír.

—Esto es importante, Mariana. Pero no la engaño ni me engaño. Mi padre murió el 7 de octubre, y quizá el mismo día, quizá un día después, o un día antes, recordé la puerta que mi madre había mandado tapiar, en mi presencia; y ese recuerdo tiró de mí, de manera incomprensible, y me trajo hasta aquí, junto a usted, y me hizo hallar el recuerdo de mi padre y amarle. Es inevitable que intente establecer una conexión entre un hecho y otro. Una conexión cuya existencia no me cabe en la cabeza.

IX

Doña Mariana insistía en que se estaba calentando los cascos con una cuestión trivial, de la que, sin embargo, se veían obligados a hablar en toda ocasión, aunque uno y otro se hubiesen propuesto no aludirla ni rozarla; y a esto se agarraba Carlos para negarle trivialidad, puesto que subyacía a cualquier otro tema, y cualesquiera que fuesen las palabras dichas, siempre una de ellas servía de anzuelo, al cabo del cual, como pez estremecido, surgía la pregunta: ¿tienen que ver entre sí estos dos hechos? Para doña Mariana, no pasaba de casualidad; hablaba a veces de azar, y Carlos, si negaba la existencia de casualidades, daba en cambio al azar una importancia trágica que a doña Mariana se le antojaba excesiva, pues para ella casualidad y azar significaban lo mismo. Pero Carlos complicaba las cosas.

—Hay una diferencia, y ahora que la siento, la veo clara. La casualidad es la pura coincidencia en el tiempo —quiere decir, al mismo tiempo— de dos sucesos sin relación entre sí, cada uno de los cuales obedece a sus causas particulares; al coincidir se influyen el uno al otro, y siguen luego su curso, cada cual por su lado, sin que el momento en que han coexistido y se han influido afecte profundamente a cada uno de los destinos. Pero, cuando la coincidencia y la influencia recíproca tuercen el destino de cada uno de ellos, es decir, obra en cada uno de los sistemas de causas como una causa nueva que altera la fuerza de las anteriores, y el curso del acontecimiento queda profundamente modificado, a eso le llamamos azar porque no sabemos llamarle de otra manera. Azar, destino, ¿qué más da? Puedo sacar de mi propia experiencia ejemplos claros. Mi encuentro con Zarah, una mañana de enero, a la puerta de la universidad, fue una casualidad. Fuimos amantes durante dos años, luego dejamos de serlo. Dos años que dejaron en mí recuerdos, acaso

hábitos, pero no huellas profundas. En el conjunto de mi vida, mis relaciones con Zarah son un episodio sin importancia. Apurando mucho el análisis, tendría que aceptarlo como algo acontecido para que otro algo pueda acontecer después, como instrumento de alguien que quiere algo de mí y que, cumplida su función, desaparece. Otra cosa sería si la hubiese amado. En cambio, esto de ahora no es una casualidad. Es, si usted quiere darle ese nombre, un azar; pero, indiscutiblemente, ha alterado mi vida, ha comenzado a alterarla antes de que lo supiese. No tengo más remedio que pensar que la muerte de mi padre ha obrado sobre mí desde una distancia enorme; ha obrado sin saberlo yo; se ha valido, para moverme hacia un fin determinado, de algo tan frívolo como un recuerdo infantil, que, sin embargo, se me presenta con una fuerza suave, enérgica y constante, me arranca de mi vida, borra mis proyectos y me trae aquí. Tiene que parecerme un azar mientras no averigüe cómo la muerte de mi padre pudo influir en mí de esta manera; pero no creeré nunca que sea casualidad. Debajo del azar hay siempre una razón misteriosa. La hay también, no sé cuál, debajo de todo esto.

Tales razones, dichas a veces con palabras demasiado especializadas, confundían a doña Mariana; y por eso Carlos, poco a poco, se redujo a pensarlas en soledad; y las pensaba, sin embargo, en diálogo polémico, y se inventaba razones opuestas, y discutía consigo mismo, y no llegaba a ninguna conclusión satisfactoria. Decidió un día escribir a Santiago de Chile, pidiendo noticias más detalladas de la muerte, y, sobre todo, de la vida de su padre; y doña Mariana le aconsejó que lo hiciese en papel en que constasen, impresos, su nombre y profesión, para que el cónsul tomase en cuenta la calidad del rogante. Compró el papel, lo llevó a una imprentilla, y de aquí salió el rumor de que don Carlos Deza iba a abrir consultorio, porque había encargado un talonario de recetas en el que constaba como suyo el domicilio de doña Mariana. Como, por otra parte, se había corrido la voz de que Cayetano le daba empleo en el astillero, y a nadie se le ocurría pensar —salvo a los clientes del Cubano— que rechazase un puesto en el que le pagaban bien por no hacer nada, después de un par de tardes de discusión los socios del casino concluyeron que el encargo de las recetas (los mejor informados sabían que era solo papel de cartas) descubría su propósito de aceptar el momio, en tanto que el Cubano y sus clientes lo interpretaron como señal de que se disponía a

trabajar por su cuenta.

A la noticia de que don Fernando Deza había muerto en Chile nadie le dio importancia, y aunque Carlos solo enlutó su corbata, ni siquiera las más exageradas cumplidoras de los ritos funerarios, las que contra viento y marea llevaban manto hasta los pies por el marido o el padre durante un par de años, vieron en el escaso luto de Carlos motivo de censura. Repentinamente, Carlos había dejado de ser la comidilla del pueblo; todo lo que le concernía se trataba en segundo término y como materia de relleno, cuando no complementaria, porque lo que verdaderamente apasionaba a las mujeres y, de rechazo, a los varones, eran las reformas que doña Mariana pensaba introducir en la iglesia de Santa María de la Plata, y cómo, desde que se conoció el propósito, a pesar del tiempo transcurrido —poco más de una semana, o quizá dos— no se sabía que hubiera doña Mariana tratado con contratistas o albañiles, ni en la iglesia había el menor indicio de obras, ni don Julián sabía nada de ellas, se atribuyó el retraso a un cambio en la voluntad de doña Mariana, aterrada probablemente por el coste; y así como al principio, salvo don Lino, la habían puesto verde por dejar temporalmente al pueblo sin su mejor iglesia, ahora le quitaban el pellejo por su negligencia en acudir al remedio de un edificio de tanto mérito, que un día cualquiera podía derrumbarse.

La verdad era que doña Mariana había olvidado la iglesia y la promesa hecha al arzobispo, y le preocupaba más la afición de Carlos a encerrarse en su habitación largas horas, que pasaba tumbado en la cama, y sus recaídas frecuentes en el silencio, aunque estuviesen juntos; un silencio que, por las trazas, era el resultado de una obsesión. No le había hecho preguntas sobre la visita a casa de Rosario, pero una mañana que se la tropezó en la calle le sacó confesión del regalo y de lo que habían hablado, aunque no de todo. Doña Mariana había temido que Rosario gustase a Carlos y que, por ella, se metiese en un conflicto con Cayetano o, peor todavía, que no se metiese, pero que todo el mundo llegase a saberlo; ahora empezó a lamentar que Rosario no le hubiese gustado lo bastante como para distraerle de su preocupación. La indiferencia de Carlos hacia todo lo externo, la inquietaba: habían llegado varios cajones de libros, remitidos por Carlos desde Alemania antes de su viaje y, sin abrirlos siquiera, los había enviado al pazo. Le preguntó doña

Mariana si los había hecho venir para eso; Carlos respondió que pertenecían a un pasado que cada vez entendía menos, y que haberlos hecho venir era una equivocación.

El día de Reyes fueron juntos a misa; y sentados en el banco del privilegio parecían escuchar el sermón de fray Eugenio, especialmente hermoso, triunfal y tierno, sobre Jesús entre los hombres; pero Carlos apenas se enteró de sus palabras, y doña Mariana ni se dio cuenta de que había subido al púlpito. Pensaba en el modo de sacar a Carlos de aquel marasmo, y hacia el *Ite, missa est*, después de muchas vueltas, creyó haber encontrado un remedio, al menos momentáneo. En vez de salir, pidió a Carlos que la acompañase a echar un vistazo a la iglesia; comprobaron que, en ciertos sitios, la bóveda se agrietaba, y que en otros se torcía, como vencidos los sillares; pero doña Mariana, más que por el modo de las reparaciones, parecía interesada por la restauración de la iglesia en su pureza primitiva, y sobre esto habló por el camino, de regreso; durante la comida, y después de la siesta; y como Carlos confesaba su falta de preparación en materia arqueológica, al final de la tarde fingió ella haber tenido una ocurrencia genial, se la comunicó a Carlos y, sin contar con su asentimiento, contó con su colaboración. De modo que, al día siguiente, después de haber desayunado, Carlos salió para el monasterio, con el encargo de pedir a fray Eugenio consejo técnico.

—Vas por el camino de la playa, todo seguido. No hay pérdida posible.

El caballejo iba tapado con una manta escocesa, y con otra parecida, pero ribeteada de cuero, se cubrió Carlos las piernas. La mañana estaba fría y resplandeciente; y las aguas de la mar tranquilas y azules. Se metió por el camino, entre una tapia cubierta de hiedras y un zarzal enorme; coronó un cerrillo; Pueblanueva quedaba atrás, envuelta en bruma azul como el humillo de los hogares. Volvió la cabeza varias veces para verla, hasta que una revuelta del camino se la hurtó. Un soto le trajo recuerdos infantiles: allí, de niño, solía venir con su madre, algunas tardes de verano. Doña Mariana traía la merienda en un cestillo, y se sentaba bajo un castaño próximo al camino, un castaño de gran copa, cuyas ramas sombreaban la carretera —ya no estaba, sino solo el muñón cortado de su tronco—. Recordó también que aquel soto era suyo. Detuvo el coche, se empinó para ver mejor, y lo que vio fueron muchos muñones más, castaños cortados, robados seguramente. Se encogió de

hombros. Como pasado, aquello tampoco le pertenecía.

El caballejo hacía, al trotar, un ruido grato de cascabeles; era fuerte, a pesar de su pequeñez. Subió el repecho de un trote, un repecho regular, y, al llegar arriba, Carlos tiró de las riendas.

—¡Sooh!

Le pareció que el caballo merecía un descanso. Saltó al camino y cargó una pipa. Cuando estaba encendida, vio, cerca ya de la otra parte del repecho, un grupo de mujeres.

—¡Doña Lucía!

—¡Ay, Carlos, buenos días! No me trate con tanta ceremonia.

El interés que pudiera sentir por la señora de Piñeiro se desvaneció al ver a una de sus compañeras, una entre todas. Se dirigió a ella inmediatamente, casi con descortesía para Lucía y para las otras.

—Usted... tiene que ser, es la hermana de Juan.

—Claro, es Inés. ¿No se conocían?

Había en ella algo que Carlos solo había visto en el rostro de doña Mariana: energía, pero distinta de la de doña Mariana. Parecía como si algo interior intentase suavizarla y a veces lo consiguiese; como si lo consiguiese en las líneas del rostro, en los labios, en la barbilla, pero hubiese fracasado en el mirar. Los ojos de Inés eran oscuros y ardientes, pero los mantenía bajos, salvo un instante en que le miró y sonrió.

—Te hubiera reconocido en cualquier parte.

Tendría veinticinco años, quizá unos pocos más. En su figura la herencia materna había vencido, parcialmente, a la sangre de los Churruchaos. Su cabello no era rojo, sino rubio con reflejos rojizos; su cuerpo no era asténico. Algún rasgo de su cara, los más vigorosos, no eran del todo delicados.

Lucía explicaba que todas las mañanas iban a misa al monasterio, y repitió su entusiasmo por fray Ossorio y su modo de entender la religión. Inés la corrigió suavemente.

—No es el modo de fray Ossorio, sino el de la Iglesia. Fray Ossorio no inventa nada. Repite las palabras del Señor y lo que la Iglesia ha enseñado siempre.

Se volvió hacia Carlos y le miró otra vez.

—No pienses, como mucha gente, que es un loco o un hereje.

—¡Ay, hija mía, yo no quise decir eso! Pero no me negarás que fray Ossorio es un cura distinto.

Se encaró con Carlos.

—Lo verá cuando lo conozca. Un santo.

—Tampoco la santidad es una profesión, Lucía. Todos debemos serlo.

—¡Ay, hija! Contigo, una tiene que medir las palabras.

Inés repetía, probablemente, lo que había oído, pero la seguridad, el tono con que lo repetía le pertenecían. Parecían suyas las palabras, y daba la sensación de saber apropiarlo todo, de hacerlo todo suyo.

—Saluda a tu madre. Iré un día de estos a visitarla. Y a tu hermano también.

Siguió el camino, impresionado. Inés había desalojado de su mente las preocupaciones y los recuerdos; pero no suscitaba en ella nada nuevo. Era como si solo permaneciese la impronta de su figura, sus ojos fulgurantes, el eco de su voz serena. Como si, además, los ojos y la voz hubiesen eliminado los detalles, o como si hubiesen impedido a Carlos fijarse en lo que generalmente observaba de las mujeres y recordaba de ellas. No podría decir si Inés tenía lindos pechos.

Le sacó de sí un estruendo lejano, llegado al volver el camino; levantó la vista y vio, al final de la carretera, más allá de la playa, un promontorio en cuya cima se alzaba el monasterio: como metido en la mar, sobre unos acantilados en los que se rompía, con furia, el oleaje. Subió por un camino difícil, bordeando un precipicio en cuyo fondo las olas se revolvían, blancas y verdes, hasta llegar a una plazoleta que el monasterio encuadraba: espumosas, rotas, salpicaban sus cimientos, saltaban por encima del parapeto y mojaban las piedras del camino. Más allá, solo la mar.

Dejó el carricoche y llamó a la puerta. Un lego le escuchó y le hizo entrar. Otro, pasado un rato, le invitó a seguirle. Atravesó un claustro, subió unas escaleras, recorrió un pasillo largo. El lego empujó una puerta y le hizo pasar a una celda grande, de esquina, con ventanas abiertas sobre la mar en dos de sus paredes: entraba por ellas un resplandor verde y movido, que se reflejaba en el techo. Pero no parecía celda de monje, sino taller bohemio de pintor, en desorden. Al fondo, frente a un caballete, fray Eugenio, vestido sobre el hábito una especie de mandil, pintaba furiosamente; y cerca de él, indiferente a la

furia, un novicio pulía pan de oro.

Fray Eugenio, al entrar Carlos, arrojó el pincel a cualquier parte.

—¡Carlos, querido Carlos!

Corrió hacia él, le abrazó. Pero, de pronto, se volvió al monje joven y le pidió que saliera y esperase fuera.

—Siéntese. Aquí tiene este escabel. No creo que esté sucio. Siéntese. Me alegro mucho de que haya venido.

Hablaba de prisa, un poco atropelladamente, como si le hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso. No se sentó: de pie, vuelto hacia Carlos, tapaba con su cuerpo el caballete en que había estado pintando. Había cuadros por todas partes, grandes y chicos, terminados y por terminar, en que se repetían, con escasa variante, Cristos y Vírgenes insulsos, casi industriales. Pero si la mirada de Carlos resbalaba hacia los cuadros, fray Eugenio hablaba más fuerte, como para atraerla. Le llevó a las ventanas, le mostró la mar, el Finisterre lejano —«que a veces, en mañanas claras, se veía»—, y cuando ya no hubo nada que ver, le sacó del taller para enseñarle el monasterio y sus curiosidades. En el claustro pareció más tranquilo; dejó a Carlos que hablase y preguntase, y Carlos, advertido ya de que el fraile no quería tratar de sus pinturas, por lo que fuese, se limitó a preguntas baladíes, a palabras de compromiso.

Cuando explicó lo que le llevaba al monasterio, fray Eugenio dijo que él sabía poco de achaques arqueológicos, pero que fray Ossorio era muy versado; y fueron a la celda de fray Ossorio, al otro extremo. Fray Ossorio era un monje joven, fornido; debía parecer, a las mujeres, varonilmente guapo. Le sorprendieron hundido entre libracos, sobre la traducción de un texto alemán. Saludó a Carlos con alegría mesurada, y, por algo que dijo, dejó traslucir que también él le esperaba. Carlos, más que escucharle, le observó, y pretendía hallar las razones del encanto ejercido sobre algunas mujeres. Comparado con fray Eugenio, fray Ossorio pudiera parecer algo tosco en sus rasgos, pero la tosquedad aparecía dulcificada por una intensa vida espiritual, quizá también por dura ascesis. La conversación tomó en seguida un giro intelectual. Por lo pronto, el conocimiento del alemán establecía entre ellos una relación distinta, de la que fray Eugenio quedaba tácitamente excluido. El haber vivido ambos en Alemania reforzó la comunidad, y si fray Ossorio manifestó interés por los

estudios de Carlos, cuyas materias no ignoraba, Carlos, un poco por cortesía, le interrogó sobre la teología que había estudiado. Quedaron en prestarse libros, cuando Carlos abriese los cajones en que guardaba los suyos.

Fray Eugenio, reducido a mera condición de auditorio, halló medio de intervenir recordando a Carlos el deseo de doña Mariana; y Carlos lo expuso a fray Ossorio.

—Es muy sencillo restaurar la iglesia. Basta con desnudarla de adornos y requilorios, y reducirla a su ser primitivo. Si le parece, la veremos juntos una mañana y explicaré al maestro de obras lo que debe hacer. Aunque no sé si una vez restaurada quedará a gusto del cura.

—Me temo que doña Mariana no cuenta con él para nada. La verdad es que ella misma no sabe lo que quiere. Por eso me envió aquí.

Fray Ossorio empezó a explicar cómo debía ser la ornamentación de una iglesia románica, y en esto estaban, cuando llamaron a la puerta de la celda, y entró un fraile de edad madura, bajo, de pelo entrecano y cara astuta. Los otros dos se acercaron a él y le besaron el escapulario; luego lo presentaron a Carlos como el prior, fray Fulgencio.

—Sabía que estaba usted en el monasterio; por eso vine a saludarle.

Ante el prior, los dos frailes habían callado, y permanecían un poco atrás, sin mirarse y sin mirarle. El prior se sentó en el asiento que antes fray Ossorio había ocupado.

—¿Cómo va el trabajo, padre Ossorio?

—He terminado las veinte hojas que me dio Vuestra Paternidad.

—No cuento más que quince.

—Las cinco las he roto. Equivocaciones.

—Procure no equivocarse. Son cinco hojas, y nosotros muy pobres. No puede tirarse el papel, padre Ossorio.

—Sí, reverendo padre.

El prior, entonces, indicó a Carlos un asiento.

—Le extrañará que cuente a un fraile el papel que le doy para su trabajo, pero no puedo hacerlo de otra manera. El monasterio es muy pobre; comemos mal, comemos de manera insuficiente, y dos de nuestros muchachos están tuberculosos. Es una tristeza, créame, para quien los tiene a su cargo y ha de responder de ellos.

Sonrió.

—Usted no lo sospecharía, ¿verdad? Por ahí se dice que la Iglesia atesora las riquezas de la nación. Pues le aseguro que a este monasterio le ha cabido muy poco en el reparto. Vivimos, debo decirlo, gracias al trabajo de fray Eugenio y de fray Ossorio. No son nuestros únicos ingresos, pero son los más considerables. En los últimos tiempos, la verdad, han bajado un poco.

Fray Eugenio había inclinado la cabeza, escondida ahora, casi tapada por la capilla.

—Ellos no tienen la culpa. Desde que vino la República, la gente se ha apartado de nosotros.

Preguntó a Carlos si había visto las telas que fray Eugenio pintaba. Carlos negó.

—¿Es posible que no se haya fijado? ¿No le llevaron a usted al taller directamente?

—Sí, pero permanecemos allí muy poco tiempo.

—Tiene usted que verlas.

Intervino fray Eugenio con timidez:

—Otro día. Hoy no hay nada que valga la pena.

—Debe saber, don Carlos, que a fray Eugenio le da vergüenza de pintar lo que pinta. Es un romántico. A él le hubiera gustado organizar un taller en gran escala, un taller como los de la Edad Media, y pintar magníficos retablos que no compraría nadie.

—Pretendo solamente orientar el gusto de los fieles hacia otra clase de representaciones.

—¡Hermosa idea, sí, señor! Pero ¿qué haríamos mientras tanto? Suele decirse que la Iglesia no tiene prisa, pero un monasterio pobre puede tenerla. Hay que vender los cuadros, fray Eugenio; hay que pintar lo que quiere la gente. Si no, moriremos de hambre.

Se volvió hacia Carlos.

—¿Ha visto, al menos, el monasterio?

Le respondió que sí; que fray Eugenio se lo había enseñado.

—Me gustaría verle a menudo por aquí y que se considere como en su casa, porque... —vaciló, sonrió, miró a los frailes—, porque en cierto modo lo es. ¿Sabe que este monasterio perteneció a su familia, y que si esta

Comunidad se disolviese, el monasterio volvería a su propiedad?

Carlos abrió los ojos desmesuradamente.

—No lo sabía.

—Busque en los papeles de su padre y hallará la copia de la escritura de cesión. Fue redactada por mi antecesor en el priorato cuando se restauró la orden, y su padre de usted no hizo más que aceptarla. ¿Tampoco sabe usted cómo fue restaurada la orden y por qué vinimos a dar a este monasterio? ¿No se lo ha contado todavía fray Eugenio?

Carlos negó.

—Ya se lo contará —continuó el prior—. Pero, después que lo sepa, hable conmigo. Es una hermosa historia que conviene conocer desde todos los puntos de vista.

Fray Eugenio, como avergonzado, miraba hacia la mar, y el padre Ossorio hurgaba en unos libros.

—De un modo o de otro, usted tiene, además, ciertos derechos sobre el monasterio: de una celda y comida gratis, si quiere vivir aquí. Debo advertirle que el privilegio no es de su exclusiva propiedad, sino que viene de antiguo y alcanza a todos los Churruchaos.

Miró a fray Eugenio.

—Así vino fray Eugenio, y así se quedó.

—No tengo pensado hacerme monje.

—¿Qué sabe uno? Aunque, si algún día lo pretende, no se olvide de dejar fuera lo que ahora es; si ha leído alguna vez a san Pablo, recordará lo del hombre viejo y el hombre nuevo. Aquí no debe entrar más que el hombre nuevo.

Volvió a mirar a fray Eugenio.

—Traer consigo al hombre viejo no es más que fuente de dolores.

Se levantó y tendió la mano a Carlos. Este vaciló: no sabía si besársela o limitarse a estrecharla. El prior le sacó del embarazo con un apretón fuerte.

—Me alegro de conocerle, don Carlos.

Al salir, dijo al padre Ossorio:

—Pásese después por mi celda. Le daré más papel.

Los dos frailes esperaron a que saliese, inclinados. Cuando la puerta se cerró, parecieron respirar con alivio.

Pero, a partir de aquel momento, perdieron la naturalidad. Apenas hablaron, se miraban entre sí, y fray Ossorio dijo algo acerca de la hora de comer. Carlos se apresuró a despedirse, y fray Eugenio le acompañó, silencioso. En la puerta le dijo:

—Vuelva usted. Tenemos mucho de qué hablar... Vuelva mañana.

No fue Carlos directamente al pueblo, sino a su casa. Abandonó el caballo y el carricoche bajo la lluvia incipiente y subió de tres en tres las escaleras, corrió a la torre y repasó los papeles del armario. Halló, efectivamente, la copia de la escritura a que el prior se había referido, acompañada de un paquete de cartas que leyó ávidamente. Estaban escritas en francés, unas, y en español, otras, y enviadas desde Santiago, desde París y desde Roma. Las firmaba un clérigo francés, de nombre Hugo, y se referían todas a la restauración de una orden extinguida cuando la desamortización — una orden española fundada en el siglo XV y que nunca había traspasado las fronteras del reino de Castilla—. Las más antiguas se referían al encuentro, en Santiago, entre el padre Hugo y don Fernando Deza, y a las conversaciones habidas entre los dos. El abate Hugo buscaba un monasterio abandonado para repetir la hazaña de Dom Guéranger en Solesmes, pero de otra manera; no vinculándose a la disciplina de una institución ya existente, sino con la libertad de una fundación nueva. No pretendía, sin embargo, crear una orden ni lo creía necesario: le bastaba con restaurar una orden extinguida, una orden con tradición intelectual, cuya regla le permitiese hacer del monasterio un centro de espiritualidad moderna. Buscaba, al mismo tiempo, que el monasterio se hallase emplazado cerca de algún santuario donde se mantuviese viva la piedad popular: por eso había venido a Compostela, y por eso había elegido el monasterio de San Andrés, a cuya capilla, batida de las olas, acudían peregrinos desde los primeros siglos del Cristianismo. «Lo que yo quiero —escribía— no puede fundarse sobre la arena: necesita alimentarse de la religiosidad viva del pueblo, por corrompida que esté. Nosotros la purificaremos, pero ella nos mantendrá a nosotros dentro de la realidad, nos impedirá convertirnos en intelectuales solitarios ajenos a este mundo».

En las cartas escritas desde Roma contaba al detalle sus gestiones: las contaba sin desesperación, con alegría y sentido del humor. Su pluma describía a las personas con las que tenía que tratar y a las que necesitaba

convencer; las describía con caridad alegre y enorme penetración. Una vez decía: «Si tuviera que tratar con ángeles, esto carecería de valor. Son hombres los que discuten conmigo, los que a veces se ríen de mí, los que levantan dificultades como montañas. Son rutinarios y débiles en su fe. Su mayor argumento es: “Pero ¿para qué?” Y cuando se lo explico, no lo entienden». Así un año, dos, tres, sin desfallecer. Por fin, decía en la última carta: «Lo he conseguido. Jamás condiciones más duras se le habrán brindado a nadie. Me dan cinco años de plazo para crear una comunidad de veinte frailes, y en el momento en que baje de ese número habrá que disolverse. Espero que cinco años sean suficientes. Ahora me voy a Francia, donde tengo que vender mis bienes. Hay dos o tres sacerdotes que me acompañarán. Pronto estaremos cerca de usted...».

Eran unas cartas atractivas, apasionantes. Se traslucía en ellas una enorme, recia personalidad. Con ellas en la mano, vagando la mirada sobre los montes y la ría, recordó Carlos a Rancé, abad de la Trapa. El abate Hugo, luego prior de San Andrés, tenía que haber sido un hombre así: un hombre de mundo traspasado por la fe. Todo lo contrario que el padre Fulgencio.

Esperaba a Carlos una carta de Cayetano en que le pedía, puesto que no podían verse en casa de doña Mariana, que acudiese al casino para tratar de algo que importaba a los dos. Dio la carta a doña Mariana. Ella la leyó por encima y se la devolvió.

—No puedo imaginar qué te quiere, pero ve allá. No vaya a pensar que le tienes miedo.

La entrada de Carlos en el casino, inesperada, suspendió las partidas de tresillo, acalló el ruido de los jugadores de chameo y arrancó del sillón en que casi dormitaba a don Baldomero Piñeiro. Se levantó, corrió hacia Carlos y le saludó de manera ostensible, como para que a los demás no cupiesen dudas acerca de su amistad. Luego le presentó a los jugadores.

Cayetano llegó en seguida y se apartó con él a un rincón, cerca de la radiogramola, en que sonaba un tango.

—¿Cuánto pides por la casa y las tierras que el Galán te lleva en arriendo? Me refiero a la Granja de Freame.

Al principio, Carlos no caía en la cuenta.

—No te hagas el desentendido. El Galán es el padre de Rosario, mi querida.

—¡Ah!

—Quiero comprarte la finca.

—No se me había ocurrido venderla.

—Eso no importa. Te ofrezco por ella cinco mil duros. Bien vendida, no creo que valga arriba de sesenta mil reales. No encontrarás a nadie que te dé un cuarto más. Te advierto que haces un negocio redondo. Te pagan de renta catorce duros anuales. Los cinco mil duros, puestos en el banco al tres por ciento, te dan diez veces más.

Carlos se encogió de hombros.

—Ni las setenta pesetas que me dan ahora, ni las setecientas que pudieran darme, me sacarán de pobre.

—Eso no es una razón ni una respuesta.

—Quiero decir que no me interesa vender nada.

—¿Y un cambio? Tenemos algunas fincas colindantes. Puedes redondear un predio.

—Tampoco.

Cayetano no respondió. Sacó tabaco, lio un pitillo, sin ofrecer, y lo encendió.

—Tengo mis motivos para querer esa finca. Supongo que se te alcanzarán.

—No.

—Están bien claros. Rosario vive en ella, y tú eres el propietario.

—Rosario vive en ella desde que nació, y no se te ha ocurrido hasta ahora comprarla.

—Supón que quiero regalársela.

—Por lo que me has dicho, habrá otras mejores por el mismo dinero.

—Yo quiero esa.

Carlos, con la misma lentitud, y en silencio, sacó de su tabaco, lio y encendió.

—No venderé nada que haya sido de mis padres.

—¡Eso es una estupidez! Tendrás que hacerlo si no quieres morir de hambre. Sabes de sobra que tus rentas no te darán para vivir.

—¿Has echado la cuenta?

Al céntimo. Pagadas las contribuciones, te quedan libres unos sesenta duros al mes.

—Me propongo, justamente, vivir con ese dinero. Llamémoslo... una experiencia.

—¿De miseria?

—De libertad.

—No lo entiendo.

—Si acomodo mi vida a esos ingresos, puedo hacer lo que me dé la gana, o no hacer nada.

—¿Y llamas a eso libertad?

—Lo es.

Cayetano bajó la cabeza, como si meditase.

—También tú eres un anarquista. Las gentes como tú están de más en el mundo. Pronto no quedarán ya ni como mal ejemplo.

—¿Y las que son como tú?

Cayetano le miró con furia orgullosa.

—Yo me levanto cada mañana a las siete, y a las ocho estoy en mi puesto. Hago funcionar mi empresa y doy de comer a varios cientos de familias. Después de ocho horas de trabajo soy libre, pero he conquistado mi libertad.

Carlos se encogió de hombros.

—No me interesa conquistar nada. Me basta con mantener lo que tengo.

—¿Tus propiedades?

—Hablábamos de la libertad.

—¿Es por eso por lo que el otro día rechazaste mi ofrecimiento?

—No. Entonces no sabía aún a qué atenerme sobre lo que iba a hacer. Ahora ya lo sé. Si repitieras la oferta, la rechazaría otra vez, porque, aceptándola, dejaría de ser libre.

—Según tú, los mendigos son libres.

—Indiscutiblemente.

—No os entiendo. Pero me alegro de que ya no mandéis en el mundo. Las gentes como yo haremos más felices a los hombres.

Sacudió la mano como para alejar ideas inoportunas.

—Pero no te he traído aquí para teorizar, sino para pedirte un favor. Creí

que te agradaría hacérmelo, incluso que te complacería. Has podido comprobar mi buena disposición hacia ti. Y debo advertirte que no suelo pedir favores, pero que cualquiera de esos saltaría de alegría si yo, yo, le pidiese algo.

Se levantó.

—Creo que te pesará.

—Escucha un momento.

Carlos se levantó también.

—Quiero que sepas que no deseo verme mezclado en vuestros líos. O, si prefieres que te lo diga de otra manera, no estoy dispuesto a que me consideres como uno de esos, algo así como súbdito tuyo, ni tampoco como enemigo. Deseo permanecer al margen; ya lo sabes. Acabo de hablarte de mi libertad.

Cayetano rio.

—Eso no puede ser. Aquí no hay nadie libre; aquí no hay más que amigos o enemigos. Y el que quiere estar conmigo..., ya sabe.

—Tiene que obedecerte, ¿no?

—Llámalo como quieras. Pero el que no me obedece es mi enemigo.

—Bien. Habrás visto que no te obedezco.

—Quiero pensar que no te has dado cuenta de la realidad, o que te engaña tu amistad con doña Mariana. Quizá cambies de manera de ver las cosas. Salvo si te vas del pueblo, naturalmente.

—Me quedo porque me apetece.

—Estás un poco en Babia, Carlos.

Se sentó en el brazo del sillón, sonriente.

—He oído decir que todos los sabios están un poco en Babia. ¿No te has dado cuenta de que, si quiero, puedo hacerte la vida imposible? Sin ir más allá: ayer he comprado unas tierras que lindan con tu pazo. Esta mañana fui a verlas; tus árboles les dan sombra y no dejan crecer la mies. Te llevaré al Juzgado y te haré cortar los árboles.

—No lo harás.

—¿Vas a impedírmelo por la fuerza?

—No pienso. Pero vendré al casino todas las tardes, después de comer, y explicaré a tus súbditos, con todo lujo de detalles, con todos los términos

técnicos que hagan falta, que eres un pobre enfermo, un neurótico aquejado del complejo de Edipo.

—¿Qué?

—¿No sabes lo que es? Está muy de moda. Cualquier médico de La Coruña podrá explicártelo. Posiblemente tus súbditos, después de saberlo, no te obedezcan como ahora, y hasta es probable que te compadezcan.

Cayetano, de un movimiento rápido, le agarró por la muñeca; y los jugadores del tresillo, y los del chamelo, que observaban, dejaron de jugar, se incorporaron y se hizo el silencio.

—Vas a decirme ahora mismo qué es eso.

—No.

Los jugadores se habían levantado; don Baldomero, más arriesgado, avanzó unos pasos y se metió entre los dos.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Cayetano soltó rápidamente a Carlos.

—¡Métase donde le llamen, coño! ¿Quién le da vela...?

—No pasa nada, don Baldomero.

Carlos miró tranquilamente a los tresillistas y a los chamelistas.

—No pasa nada, señores. No puede pasar nada. Unas tierras que no quiero vender.

Dijo «Buenas tardes», y salió. Se esperaba, quizá, de Cayetano que saltase sobre él y le aporrease las costillas, o que, vuelto a los testigos, les arrojase una tras otra las sillas del salón hasta aplastar su conato de independencia. Durante unos segundos, los tresillistas, los chamelistas, los mirones y don Baldomero se estremecieron de pavor ante lo inevitable, y al mismo tiempo se alegraron de que el choque se hubiese producido. Pero Cayetano se limitó a volverse. Fue hacia el bar.

—Coñac, chico.

Apoyada la espalda en el mostrador, bebió la copa en silencio, mirando a los jugadores; después sacó del bolsillo una tagarnina, la mordió en un extremo, la encendió con fría parsimonia, y les miraba: la mirada pareció obligarles. Permanecían levantados, y fueron sentándose uno a uno, y sin chistar, los tresillistas, los chamelistas, los mirones, don Baldomero. Se sentaban y dejaban de mirar a Cayetano. Don Lino barajó.

—Corte.

Dio cartas.

—Juego.

—Más.

—Usted.

En la mesa del chameo renacía el estrépito de las fichas al chocar contra el mármol sucio.

—El as.

—Me doblo.

Les temblaba la voz.

Cayetano arrojó la tagarnina que acababa de encender y salió. Solo cuando se oyó el ruido de la puerta al cerrarse con estrépito, don Baldomero se atrevió a hablar:

—Bien mirado, señores, somos un hatajo de cabrones, ¿no les parece?

Carlos contó el suceso a doña Mariana, y cuando llegó a lo del complejo de Edipo hubo de explicarle, muy por encima, su consistencia. A doña Mariana le hizo gracia.

—¿Y tú crees en eso?

—Ni creo ni dejo de creer. Según mis maestros, es algo que está en el alma de todos. En el caso de Cayetano, lo cierto es que siente por su madre un amor morboso. Le hubiese gustado que fuese la mujer más respetada del pueblo, la más importante, quizá también la más buena; pero existe usted.

—¿Vas a decirme que tengo la culpa?

—Por lo menos, es usted la causa. Si usted no existiese, o si, por lo menos, el padre de Cayetano no hubiera sentido por usted ese amor que todo el mundo conoce, Cayetano habría amado a su madre de una manera natural, con más o menos pasión, pero sin que la sombra de la honestidad ajena manchase la idea que tiene de su madre. Acaso se hubiese ya casado. Pero él no acepta, ni siquiera como posibilidad, que otra mujer pueda ser virtuosa o respetable, ni aun su propia mujer. Es un hombre que, en vida de su madre, solo se casará a condición de que su mujer se le entregue antes del matrimonio, de que vaya al matrimonio embarazada, de modo que tenga que entrar en su casa con la vista

baja y como de favor. Esto, al menos, me parece.

—¿Y piensas que tu amenaza servirá de algo?

Carlos se encogió de hombros.

—No lo sé. Se me ocurrió como defensa en un momento en que la disputa podía acabar a golpes. Cayetano es más fuerte que yo, y yo no quería ser apaleado delante de aquella gente. Así, al menos, he traído las cosas a mi terreno.

—Aquí podría empezar la derrota de Cayetano y el fin de su imperio.

Eso mismo pensaba mucha gente en el pueblo, después de que los testigos fueron interrogados y exprimidos, y cada uno explicó a su manera el incidente. Los hogares más románticos se conmovieron con vagas esperanzas de libertad. En otros, más realistas, se pensó que Carlos no era rico, y que, por tanto, no podía ser poderoso, pues el poder que pudiera salir de la ciencia no se les alcanzaba. Algunas mujeres lo sintieron de veras, porque Cayetano era más guapo que Carlos, y otras dieron por sentado que en lo sucesivo sería Carlos el seductor, aunque no barruntaban qué compensación podría dar a las seducidas. Doña Lucía pasó la noche en vela, y cuando, al fin, se durmió, soñó que el Tentador, tan parecido de cara a Cayetano, peleaba con un ángel de rostro feo, como el de Carlos, y que el ángel vencía y tomaba honesta posesión de su alma, y el ser entero de Lucía se inundaba de dicha.

Pero, de momento, no sucedió nada más. Se supo que Cayetano, la tarde misma del incidente, había ido en coche a Compostela; y que, de regreso, había llevado el coche personalmente, a velocidad rabiosa, por las carreteras frías y lunadas, y que se había metido en su cuarto sin hablar a nadie. Al día siguiente apareció en el astillero a la hora acostumbrada, algo ceñudo, pero nada más. Si su poder había sido derrotado, los indicios no aparecían por ninguna parte.

Carlos, muy de mañana, cogió el carricoche y fue al monasterio. Se cruzó por el camino con el grupo de devotas; pretendía pasar de largo, pero Lucía se empeñó en detenerle y en comentar el suceso del casino. Y aunque Carlos insistió en quitarle importancia, ella lo exaltaba como verdadera heroicidad y casi abraza a Carlos por su gallardía. Un poco en segundo término, Inés, silenciosa, les escuchaba.

—No veo a Juan hace días —le dijo Carlos—. ¿Quieres decirle que me

busque?

—Ha estado en cama con catarro.

—En ese caso, mañana o pasado me llegaré a vuestra casa, y así, de paso, visitaré a tu madre.

Le esperaban, ya dispuestos, fray Eugenio y fray Ossorio. El pintor llevaba consigo un cartapacio grande. Dieron un rodeo para no atravesar el pueblo por las calles bajas, a aquellas horas llenas de gente, y llegaron a la iglesia cuando ya las misas habían concluido.

No había nadie en ella, sino el monago en la sacristía, que les abrió la puerta.

Fray Ossorio recorrió las naves, lo miró todo. Carlos y fray Eugenio esperaban en el crucero.

—Aquí hay dos cosas que hacer —dijo el monje joven—. Una, es de albañiles: derribar esa parte agrietada y reconstruirla sin cambiar de sitio una sola piedra. Es posible que también sea necesario reforzar las otras paredes: ellos lo sabrán. En cuanto a restaurar la pureza litúrgica y artística, lo primero que hace falta es suprimir todos los altares, absolutamente todos, que son puros pegotes, y librar las paredes de la cal, dejando al aire la piedra. Luego, en el presbiterio, pondremos un altar exento...

Se dirigió a fray Eugenio:

—¿Quiere usted hacer el dibujo, padre?

Pero fray Eugenio se había anticipado, y con mano rápida trazaba líneas, creaba sombras y volúmenes. Le dejaron con su menester. Fray Ossorio explicó a Carlos cómo debía ser el altar de una iglesia románica.

—Una simple mesa de piedra sobre cuatro columnitas, y el mantel blanco, sin retablo, ni floreros, ni requilorios de ninguna clase.

—¿Así? —preguntó fray Eugenio.

Les mostró el dibujo. Fray Ossorio se limitó a asentir, pero Carlos lo contempló con sorpresa. Las líneas de la iglesia eran las mismas, pero el conjunto ganaba en pureza, profundidad y misterio. Había, sin embargo, una novedad, a la que fray Ossorio no se había referido: las paredes del ábside aparecían cubiertas de pinturas: una figura de Cristo, una Virgen, ángeles y símbolos. El Cristo ocupaba la parte superior en toda su anchura, y los brazos parecían extenderse para abrazar. En su conjunto, el dibujo era algo más que

un esquema o un anteproyecto. Valía por sí solo, y valía mucho. No parecía trazado por la mano que pintaba ciertas Vírgenes y ciertos santos.

Fray Eugenio, sin esperar comentarios, se había vuelto de espaldas, y desde el presbiterio dibujaba lo largo de la nave; y después fue al fondo y siguió dibujando. Volvió con tres o cuatro dibujos más, todos de la misma calidad, en los que Santa María de la Plata aparecía transfigurada.

—Lléveselos a doña Mariana. Así podrá hacerse una idea.

Les devolvió al monasterio y quedó en volver otro día, en cuanto desempaquetase los libros, a llevar algunos que a fray Ossorio parecían interesarle. No habían mencionado al padre Fulgencio, y Carlos refrenó sus deseos de preguntarles por el padre Hugo. Temía que sus preguntas pudieran lastimarles.

—Si lo prefiere, iré a su casa —dijo el fraile—; no será difícil que el padre prior me dé permiso.

—Mi casa está todavía inhabitable.

—Nunca peor que nuestro monasterio —intervino fray Eugenio—. Pero, personalmente, prefiero que venga usted por aquí. Con un poco de suerte, podremos charlar libremente. Le enseñaré algunas cosas.

«Sus dibujos secretos», pensó Carlos. Era indudable que los que llevaba para enseñar a doña Mariana querían decir: «No se deje usted engañar por lo que ha visto. Soy un artista, y ahí tiene la prueba».

Doña Mariana los contempló con gusto.

—Quedará muy bonita la iglesia; pero de esas pinturas no habíamos hablado.

—Tampoco fray Eugenio habló; se limitó a trazarlas.

—Quizá quiera pintarlas él.

—¿Qué sabe usted de fray Eugenio? —preguntó Carlos de sopetón.

—Casi nada. Estuvo algunos años fuera de Pueblanueva, y regresó al empezar la guerra europea. Se dijo entonces que venía de París. Habían muerto todos los de su familia, y él vivió solo en su casa durante unos meses; hacía una vida rara: salía a pintar, pasaba días en el campo o en el monte, volvía sucio y barbudo y se encerraba luego, sin relacionarse con nadie. Una vez quiso pintar a una moza desnuda, y se armó un escándalo. Yo no le hablé nunca, porque su familia y yo estábamos peleados, y él pareció ignorarme;

pero me preocupaban sus andanzas. Empezó a vender las tierras que le quedaban, y unos predios que tenía cerca del monasterio se los compró el prior, no este, el anterior, que era un hombre de otra clase, un caballero. Se hicieron amigos. Eugenio lo vendió, por fin, todo, y se fue al monasterio. Vivió allí una temporada, como huésped; de pronto se metió fraile, y dejé de verle durante unos años. Por fin, supe que había cantado misa. Un día vino a visitarme el prior; me pidió que influyese para que fray Eugenio predicase todos los domingos en la misa mayor. Hablé al cura, y así se hizo, pero fray Eugenio no me dirigió jamás la palabra, como si me tuviera miedo.

—¿Sabe usted que fue amigo, en París, de Gonzalo Sarmiento?

—No. No lo sabía.

—El único retrato que conserva Gonzalo de su mujer fue pintado por fray Eugenio.

—¿Supones algo?

—No. Nada. He visto el retrato, en París, y por eso me sorprendieron los cuadros que ahora pinta.

—No sabía que siguiese pintando. Cuando ayer me lo dijiste, me chocó. Quizá sea cosa de este prior, que es muy interesado. Creí que le habían destinado exclusivamente a la predicación. Más aún: algunas veces me pareció que predica solo para convertirme. He tenido la impresión de que sus palabras se dirigían a mí, y de que solo yo le entendía de cuantos estaban en la iglesia.

Vino en esto el chico del casino con el recado de que algunos señores rogaban a don Carlos que fuese a tomar café con ellos. Preguntó quiénes eran. El chico respondió que don Cayetano, y don Baldomero, y don Lino, y otros más.

—Iré en seguida.

Se puso el impermeable y salió. Junto al arco de la Virgen, como emboscado, esperaba don Baldomero.

—Vaya con cuidado. Se trata de una broma, pero algo hay por debajo. Me parece que va usted a jugarse su reputación. Cayetano no le perdonará jamás lo de ayer.

Carlos pidió explicaciones.

—No le digo más. Si le ven conmigo, se estropeará todo. Pero vaya con

cuidado.

Se escurrió, prometiendo que después le buscaría.

Carlos entró en el casino. Había diez o doce caballeros de varia catadura, incluidos los indianos de la localidad que Carlos nunca había visto juntos. Formaban círculo con las sillas, y, en el centro, también sentado, con la pajilla y el bastón sobre los muslos y una copa en la mano —baja la cabeza, como abrumado—, estaba Paquito el Relojero. Cayetano se adelantó, sonriente.

—Hombre, te agradezco que hayas venido. Ya conoces a Paquito, ¿verdad?

Todos se habían levantado, menos el loco. Miraba de refilón, inquietos sus ojillos bizcos.

—A los demás también los conoces.

Dos o tres le eran desconocidos. Fue presentado como el *doctor* Carlos Deza, y le sentaron luego entre don Lino y Cayetano.

—¡Trae café a don Carlos y lo que quiera de beber!

Le pusieron al lado una mesilla frágil con el servicio. Paquito no dejaba de mirarle.

—Le tienes miedo, ¿eh?

Cayetano se volvió hacia Carlos:

—Tiene miedo de que le cures.

—¡Es que tengo derecho a ser loco! —gritó Paquito, descompuesto—. ¿No es así, caballero?

Don Lino terció, solemne:

—No conseguimos hacerle comprender que la sociedad está obligada a curarle.

—Paquito —continuó Cayetano, sin hacer caso a don Lino— es un gran mecánico. ¿Verdad que lo eres?

—¡Ya lo creo!

—Enseña el pájaro a don Carlos.

Con una sonrisa de felicidad, Paquito hurgó en un bolsillo y sacó una cajita envuelta en papel de seda. Se levantó corriendo y la mostró a Carlos.

—¡Mire, mire! Desenvuélvala con cuidado...

Pero no se la entregó, sino que él mismo quitó el papel, y antes de enseñarla se volvió y dio cuerda al mecanismo.

—¡Véala! ¡La hice yo!

Un pajarillo de plumas metálicas se había levantado del interior de la caja, aleteaba y se movía al compás de una musiquilla tenue.

—¡La hice yo! —repitió Paquito con orgullo.

—Si se cura, le daré empleo en el astillero.

—¡Eso no! ¡No quiero curarme! ¡Tengo derecho a ser loco!

—¡La sociedad lo exige, Paco!

—¡Un cuerno para la sociedad!

—¡Te daré cinco duros diarios de sueldo!

—¡No los quiero!

—Lo que tú quieres es vivir de parásito.

—Tengo derecho.

Guardó la caja, medroso. Volvió a la silla.

—Con permiso.

Se sentó.

—Don Carlos —dijo don Lino—, se trata de saber si es tonto o loco.

—¡Soy loco! ¿No te fastidia el cornudo?

—¡Te voy a romper la crisma!

—¡Rómpala, pero no mienta!

Cayetano puso paz:

—La cosa está mal planteada. Se trata de saber si se puede curar o no.

Paquito esperaba alerta la respuesta.

—No lo sé —dijo Carlos.

—Paquito estuvo seis meses en el manicomio, hace algunos años. Hubo que traerlo porque se moría, pero el médico dijo que se le podía curar.

—Yo no me atrevo a decirlo sin haberle observado antes.

—Ahí lo tiene.

—Observarle quiere decir verle y oírle cada día, estudiar su conducta, someterle a ciertas pruebas. Solo así puede darse un diagnóstico serio.

—Estoy dispuesto a pagar lo que cueste todo eso.

—¿No dices que se moría en el manicomio?

—Por eso pretendo que le cures fuera de él.

—¿Aquí, en el casino?

Rieron algunos.

—¡No estaría mal! Sería cosa de pasarse aquí el día.

Carlos se acercó a Paquito, le arrebató la copa, la olió y la arrojó a un rincón.

—Lo primero, nada de beber. Después...

Se detuvo un instante. Le escuchaban con atención maliciosa.

—... después es necesario que todos ustedes se olviden de que Paquito es loco y le traten como a una persona normal. Ustedes y todo el pueblo. Si me dan su palabra, si me garantizan que nadie se acordará de que este hombre está ligeramente perturbado, yo, a mi vez, me comprometo a dar un diagnóstico y a intentar curarle.

—¡No, don Carlos, no! —gritó, implorante, Paquito.

Se puso en pie, se encasquetó el sombrero y señaló con el bastón a todos los presentes.

—¿A que no son capaces de prometer lo que usted pide?

—Ellos dirán.

Paquito se quitó de nuevo el sombrero, lo apretó contra el pecho y recorrió el círculo expectante.

—¿Qué vais a hacer sin mí? ¿A quién vais a pegar cuando tenéis ganas de pegar? Y a usted, Cayetano, ¿quién le va a llevar los recados a sus queridas? ¿Y quién va a componeros los relojes por dos cuartos? ¿Y quién os dirá los discursos de Azaña de memoria? ¡Los niños no tendrán a quién apedrear cuando estoy borracho! ¡Y cuando alguien rompa un vidrio, no habrá a quién echar la culpa! ¡Por favor, caballero, soy un loco necesario! ¡Que no me curen!

Lloraba con un llanto agudo que parecía risa.

—¡Don Carlos, usted es un hombre de corazón!... ¡Diga que no puede curarme!

Se replegó a la pared. Cerró los ojos.

—Si quieren curarme, tomaré el arsénico.

Quedó quieto, envarado, inmóvil. De pronto abrió los brazos y los ojos.

Adelantó un paso hacia Carlos.

—Escuche el último discurso del diputado Azaña en las Cortes de la República: «Señores diputados...».

Recitó de carrerilla, con voz metálica, sin cambiar de postura. Solo movía el brazo derecho, cogido el bastón por su mitad —contra el aire, contra el

pecho, marcando el ritmo del discurso—. El muchacho del bar rio desde su rincón, y los otros también rieron. Voló un cojín, seguido de otros: golpeaban el rostro de Paquito y caían a sus pies. Él los apartaba y seguía recitando.

—¡Viva la República, Paquito!

—¡Mierda!

—¡Viva la revolución social!

—¡Soy un loco de derechas! ¡Viva el rey!

—¡Paquito, viva Gil Robles!

—¡Paquito, que viene la primavera!

Se le encogió el rostro de dolor, como si le hubieran clavado algo. Todos gritaron a coro:

—¡La primavera, Paquito, la primavera!

—¡Me cago en la madre que os parió a todos!

Un cojín, lanzado con fuerza, le golpeó la cabeza contra la pared. Otro derribó la pajilla. Paquito se agachó, la recogió y salió corriendo hacia la puerta. Cayeron sobre su espalda los últimos cojines.

—Comprenderás que la vida de pueblo es aburrida, y que locos de estos los hay en todas partes. Nos divertimos a su cuenta, pero él come y bebe a la nuestra. Yo, por ejemplo, le doy cobijo en el astillero. Allí dispone de un cuchitril donde duerme y donde trabaja en sus relojes. Lo que gana, para él.

—Reconozco —intervino el maestro— que la institución de los bufones está periclitada, como diría Ortega; pero en este pueblo sobreviven muchas otras que han desaparecido ya del mundo.

—En cualquier caso, te estamos agradecidos por tu intervención. Se ve que en seguida comprendiste de qué se trataba.

—Naturalmente, todo fue pura broma. Ya sabemos que es incurable.

—¿Por qué le irritó especialmente la mención de la primavera? —preguntó Carlos.

Rieron a carcajadas. Cayetano explicó:

—¿No lo sabes? Paquito tiene una loca en una aldea de Bergantiños. Cuando llega la primavera, se pone cachondo y va a ver a su loca cargado de regalos. Pasan juntos quince días, y él regresa luego, apaciguado para todo el

verano.

Don Baldomero esperaba en el portal de doña Mariana. Parecía inquieto. Carlos le tranquilizó.

—¿Qué te querían en el casino? —preguntó doña Mariana.

—Desacreditarme en público. Cayetano tiene miedo de que explique a alguien su complejo de Edipo, y procura curarse en salud.

X

—He pensado —dijo Carlos— en desempaquetar los libros y buscarles un acomodo en la habitación de la torre. Es el único sitio de mi casa donde se puede trabajar.

—¿En tu casa? ¿Por qué no en la mía?

—No voy a convertirme en su huésped para siempre.

—Me gustaría que lo fueses.

Carlos movió la cabeza, sonriendo.

—No está bien.

—Me había acostumbrado a tu compañía.

—Que viva en mi casa no supone abandono.

Le cogió una mano y se la acarició.

—Hay entre nosotros tantas cosas comunes, que ya no podremos prescindir el uno del otro. Si fuera posible —añadió bromeando—, acabaríamos por enamorarnos.

—Eso estaría bien, ya ves; pero, ya que no es posible, espero, a menos, que acabes por enamorarte de alguien parecido a mí.

El recuerdo de Inés Aldán pasó por la mente de Carlos.

—No se parece a usted tanto como piensa.

—¿A quién te refieres?

—A la hermana de Juan.

—Yo pensaba en mi sobrina. ¿Es que la hermana de Juan te gusta?

—Es la única persona que se parece a usted; pero no, no me gusta. La creo, sin embargo, interesante. Cualquiera día sabremos que Cayetano empieza a perseguirla.

Volvieron al tema de la torre.

—Habrá que hacer algunas obras, si quieres que aquello esté un poco habitable.

—¿No basta con barrer y limpiar?

—Sí; y, después, encalar la habitación, tapizar los muebles y ver el modo de calentarla.

—Hay un brasero.

—Eso no sirve de nada. Se me ocurre que puedes hacer una chimenea. En tu casa hay seis o siete que, donde están, no te servirán de nada. Fuera de la del salón, que es muy grande, cualquiera de las otras puedes instalarla en la torre. En total, una semana de obras. Claro está que también habrá que echar una mano al dormitorio.

Doña Mariana se encargaría de avisar al maestro que tomase a su cargo el tapizado de los muebles. Carlos pidió un martillo y una trencha, y marchó a su casa en el carricoche; doña Mariana había mandado prepararle un cesto con merienda y vino, por lo del frío.

No había vuelto por su casa desde la llegada de los libros, que se amontonaban, encajados, en un pasillo. Empezó a sacarlos y buscó un sitio donde pudiera acomodarlos sin deterioro. Lo halló en la gran mesa del salón, y allí los fue dejando, en montoncitos, con los lomos para fuera, por si necesitaba alguno. Cuando terminó, mientras descansaba, pensó que el piano le sería necesario, y que haría falta traer un afinador que lo dejase en buen estado. Fue después a la torre, abrió los armarios y sacó de ellos los papeles y libros de su padre. Le dieron ganas de leer alguno de los legajos —aquel, tan atractivo, en que se contaba la vida de Mariana Quiroga—; pero decidió dejarlo para cuando estuviese instalado. Lo trasladó todo al salón, y en este trabajo estaba cuando oyó que le llamaban desde el jardín. Reconoció la voz de Aldán.

—¡Sube! Estoy aquí.

Traía puesto Aldán un abrigo largo, raído, y envolvía el cuello con una bufanda gruesa. Tosía.

—Pensaba ir mañana a verte. Ya te lo habrá dicho Inés.

—Ya no hace falta. Estoy bien. Me queda un poco de tos...

—De todos modos, un día de estos iré a tu casa, a saludar a tu madre.

—No te apures. Con ella estás cumplido. Además, no será fácil que la

encuentres: siempre anda por la huerta o por el monte.

Disimulaba con bastante torpeza el deseo de que Carlos no visitase a su madre; y Carlos, como sin darse cuenta, insistió y llegó a proponer que fueran en seguida, aquella misma tarde.

—Están los caminos muy malos.

—Tengo ahí el coche de doña Mariana.

Juan se había sentado enfrente. No le miraba: parecía interesado en las ilustraciones de unos libros alemanes, pero, la verdad, su mirada resbalaba por las páginas sin enterarse de lo que veía. Venía dispuesto a hablar con Carlos largamente; venía dispuesto a *darse a conocer*, no del todo, claro, sino parcialmente. Más que decirle cómo era, pensaba darle a entender que su personalidad aparente enmascaraba otra, y que su verdadero drama residía en la escondida. Pero la conversación no empezaba bien. Tenía que descubrirle algo que reservaba para más adelante.

—Mira, Carlos: te pido que no vayas a mi casa. Ni ahora ni nunca.

—¿Por qué?

—¿No te basta con mi ruego?

—Sí; pero pensaré que no deseas ninguna relación entre tus hermanas y yo.

Juan sonrió, con sonrisa un poco triste.

—No, no es eso. No es nada de eso. Por el contrario, estoy muy contento de que hayas conocido a Inés. ¡Ella puede decírtelo! Es por mi madre.

Se interrumpió, miró a Carlos. («¡Oh, Carlos no parecía satisfecho, Carlos esperaba una explicación!») Continuó:

—No quiero que la veas. Las razones te las dirán cualquier día, si no te las han dicho ya. Mi madre es borracha. Está borracha todo el día y no puede dejar de estarlo. Para nosotros es un espectáculo triste, pero nos hemos habituado. Los demás, los del pueblo, lo saben, pero no la ven.

—¿Quién le da el vino?

—Clara.

—Lo siento. No sabía nada de eso ni lo sospechaba. Sabía que erais pobres, pero la pobreza no significa necesariamente miseria y vicio.

(«Aquella respuesta de Carlos, bien manejada, podía servir para que la conversación derivase hacia la materia apetecida. Por lo pronto, llevaba previsto algo sobre la miseria.»).

—Te equivocas. La pobreza es algo de lo que hay que huir. Trae consigo la miseria moral, si el pobre no es, a la vez, heroico. Mi madre se emborracha porque no puede hacer otra cosa, y Clara acepta la miseria y se encenaga en ella. Solo Inés, que es un alma delicada, la resiste, pero acabará huyendo. El otro día me dijo que piensa meterse a monja.

—¿Te desagrada?

—El monjío, en sí, me parece una bobada, pero comprendo que, en el caso de Inés, es la única salida. Yo preferiría que se casase...

Hizo una pausa. Carlos se había agachado a recoger unos libros.

—Inés tiene una moral recia —continuó Juan—. Es noble y fuerte. Clara, en cambio, solo espera a que Cayetano le diga cuatro cosas para irse con él.

—¿Por qué estableces entre tus hermanas esa diferencia tan cruel?

—Nos la han dado hecha. Inés y yo somos hijos adulterinos.

Le salió sin pensarlo, sin medir las consecuencias y, sobre todo, antes de tiempo. («Aquella declaración debía de haberla hecho más tarde no como algo que necesita ser explicado, sino como explicación y remate de una serie de hechos descritos minuciosamente. Ahora, ya estaba... Quizá fuera posible remediarlo, si la respuesta de Carlos, como la de antes, le daba pie. Pero Carlos no le miraba ni decía palabra.»). Se hizo el silencio y duró unos instantes largos, duró peligrosamente.

—¿No dices nada?

Carlos se levantó y fue hacia él. Le miraba a los ojos, y Juan no pudo reprimir el parpadeo. («No es que la mirada de Carlos fuese especialmente penetrante, ni que lo pareciese; ni tampoco que él se sintiera desamparado o transparente, sino más bien que su conocimiento de la profesión de Carlos le llevaba a atribuir una gran perspicacia a la mirada más vulgar.»)

—No puedo decir nada, pero te escucharé si lo deseas.

—¡Eso sí, eso es lo que deseo! Comprenderás que necesito hablar con alguien de todo esto, y no he hallado jamás a nadie con quien hacerlo.

—Sin embargo, te ruego que no seas cruel con tus hermanas. Con Clara, quiero decir...

—¡Oh, no conoces a Clara! Por causa de ella tendré que matar a Cayetano.

Era otro error. Pretendió corregirlo con un: «¡Bueno no exactamente!...» que no llegó a concluir, porque lo que debía seguirle le pareció falso y, sobre

todo, inverosímil. La mirada de Carlos, que continuaba, lo desbarataba todo. Pero, al mismo tiempo, parecía prestar claridad y agudeza a la suya. Traía cuidadosamente estudiada la explicación fundamental, las razones reales por las que pensaba matar a Cayetano, la necesidad de hacerlo él, porque era su destino, y patatín y patatán; y también aquel prodigio táctico, en virtud del cual la gente pensaría que le había matado por vengar una ofensa, porque se había acostado con Clara, por... Había pasado la noche estudiando hasta las palabras, hasta las pausas, y ahora, mirado por Carlos, mirado de aquel modo profundo y un poco compasivo —eso, al menos, le parecía—, el plan perfecto, el plan meticuloso lo hallaba él mismo ilógico, ridículo, aunque fuese la verdad, aunque, efectivamente, él considerase, en el fondo de su corazón, que su destino era dar muerte a Cayetano, y que lo de Clara no fuese más que un episodio inteligentemente aprovechado.

—Supongo que en Pueblanueva hay doscientas personas que desean lo mismo. Alguno de ellos lo hará.

—Sí, claro. Pero yo...

(«Tampoco podía volver a su historia personal, a aquella tremenda historia que había empezado por desilusionarse de su padre y había acabado por no creer en Dios. Es como una columna interior que nos sostiene. A mí me falló la base, porque mi padre era un farsante... Y, después, no podía perdonarlo, y Dios me obligaba. Tuve que prescindir también de Dios, y edificar una nueva columna apoyada en mí mismo: Un par de años atrás, lo había escrito en verso. Era la misma idea, con palabras distintas. En verso estaba mejor, claro...»).

—Dime, ¿por qué no te vas de aquí? —le preguntó Carlos—. España es grande, y América es más grande todavía. Yo podría ayudarte.

—No. Estoy prisionero de mí mismo; también de mis esperanzas. Esto tiene que acabar.

—¿Lo tuyo?

—Me refiero a la revolución.

Esta palabra, al menos, llevaba las cosas a otro plano. Juan se sintió más libre.

—¿No la deseas también, o, al menos, no la esperas?

—Soy un hombre bastante anticuado. No es que crea que el mundo marcha

bien, pero no espero que marche mejor.

—Siempre creí que en el extranjero... En fin, temí que fueses comunista. Por ahí todo el mundo lo es, y yo mismo lo fui algún tiempo. Ya no lo soy.

—¿Por qué?

—Está claro. Si triunfasen los comunistas, seguiría mandando aquí Cayetano.

Carlos se echó a reír.

—Te obsesiona.

—Es mi enemigo.

—¿Lo es ya o lo será? Me refiero a eso que dices de tu hermana.

—No me has entendido bien, Carlos.

Juan había sacado un paquete de cigarrillos medio vacío, y ofreció uno a Carlos. Mientras liaban, Juan permaneció con la cabeza baja, atento al quehacer, y Carlos le miraba. Encendieron.

—No me has entendido bien, y tengo el mayor interés en que, al menos tú, no te equivoques respecto a mí. Yo no soy enemigo de Cayetano por razones personales. Tampoco puedo montar una enemistad radical sobre lo que ha de suceder, aunque sea tan fatal como será lo de Clara. Yo soy enemigo de Cayetano porque él lo es del pueblo. El pueblo es cobarde, y yo, no. El pueblo no se atreve a levantar la voz; yo la levanto en su nombre.

—El pueblo, a pesar de todo, considera a Cayetano su bienhechor. De eso estoy seguro.

—Nosotros no podemos sentir como el pueblo. Nosotros sabemos que la economía es un pretexto, y que la felicidad popular es otro pretexto, y que el verdadero propósito de Cayetano es mandar y aniquilar toda libertad. Quizá exista una clase de poder que se ejerce libremente sobre hombres libres, pero esa clase de poder no es la que le gusta a Cayetano. Lo que él quiere es reducirnos a la esclavitud; que todos marchemos como piezas de una máquina que echa a andar todas las mañanas a toque de sirena. Y eso es compatible con el comunismo, porque el comunismo es también eso. Cuando lo descubrí, dejé de ser comunista.

Hizo una pausa y miró a Carlos. («Era el momento propicio para una de las revelaciones previstas, una de las que debían quedar hechas, bien sentadas, aclaradas. Hacía falta que Carlos le escuchase seriamente, que no apareciese

en su mirada ningún destello burlón.»).

—Hubo también razones de orden privado. Yo soy poeta —Carlos se sorprendió, pero no sonrió; más bien pareció agradarle la revelación. Hasta es posible que la nueva expresión de su rostro fuese una expresión admirativa—. Soy poeta de una manera que no es compatible con el comunismo, porque el comunismo es una doctrina optimista, y mi poesía es desesperada. Parte de una experiencia dolorosa, de un desencanto radical. Cuando descubrí que no hay Dios, sentí que debía haberlo, y que no haberlo es una enorme injusticia. Mi poesía protesta contra la Gran Injusticia.

Se había embalado. Podía continuar. Carlos le escuchaba con interés. Probablemente, *aquello* no lo esperaba.

—Estoy escribiendo un poema cosmogónico en que describo la autoformación del universo como resultado de un azar. En la segunda parte cuento el primer suicidio de un hombre cuando descubre que el Cielo está vacío, y cómo los demás hombres deciden llenar el Cielo de mentiras para salvar a la Humanidad.

Otra pausa, surgida de una súbita duda, de un temor súbito de que también aquello pudiera ser pueril, o de que pudiera parecerse a Carlos.

—¿Te interesa esto?

—Naturalmente —Carlos se volvió hacia los montones de libros y los señaló—. Ahí hay muchos tomos de poesía. Y también de teología, y libros de arte...

—Pero... ¿no eres psiquiatra?

Carlos rio.

—Teóricamente, sí. Pero, la verdad, soy un mal médico. Desde el punto de vista de la ciencia, he perdido el tiempo. Alguno de mis maestros desesperó de mí, porque no lograba interesarme realmente por la ciencia. Pero yo no tuve la culpa. La poesía, la teología, el arte, son materiales que estudia el psicoanálisis. A mí me interesaron por sí mismos, me siguen interesando. Sospecho que, en el fondo, se encierra en ellos más verdad que en la ciencia que los estudia, pero esto no podía decirlo, ¿sabes? La ciencia también tiene sus compromisos.

—Entonces, ¿no eres un sabio, un gran psicoanalista? Quiero decir, un hombre que, con solo mirar, desnuda el alma de los otros.

—Te aseguro que mis ojos no ven más que otros ojos cualesquiera —Juan abrió los suyos desmesuradamente, abrió también la boca y alzó una mano—. ¿Te decepciona?

—Sinceramente, sí.

—Es curioso...

Volvieron a mirarse: Carlos, sonriente, Juan, ya sin pizca de temor, aunque con vergüenza del temor pasado, con vergüenza de una fe puesta en miradas que eran como las suyas. Ensayó, en la respuesta, un tono de superioridad, casi de orden:

—Hacía falta que lo fueras.

—¿A ti? ¿Te hacía falta a ti?

—También a mí, pero, ante todo, al pueblo. Hay mucha gente que esperaba de ti que el sabio desbancase al rico. ¿Comprendes lo hermoso que sería? Carlos y no Cayetano. Fíjate bien...

Carlos se aproximó y le golpeó la espalda.

—Es curioso —repitió—. Tu punto de vista y el de doña Mariana son exactamente iguales. Por motivos distintos, pero coincidís. Y a mí no me interesa. Ni tampoco me va. En cuanto a ser un sabio...

Juan le interrumpió:

—¿Es necesario que la gente sepa que no lo eres, que lo vayas pregonando?

—¿Por qué?

—Porque entre la gente cuento a Cayetano, y él todavía te tiene miedo. Ya sé que te ofreció un empleo, y que tú no lo aceptaste. Eso estuvo bien, y la gente lo comentó. Pero si Cayetano supiese... En fin, que se crecería, que sería mucho más tirano.

—Quieres decirme que tengo la obligación de llevar adelante una farsa por razones de política local.

—Una farsa, no. Callarte, nada más. ¿Qué te importa que te tengan por lo que no eres?

Tendió la mano a Carlos.

—Hazlo.

Estaba todo dicho. Carlos vaciló, luego rio, se encogió de hombros y le apretó la mano.

—Tengo ahí algo que comer. Espera.

Cuando volvió con el paquete de la merienda, todavía le preguntó Juan:

—¿Por qué has venido aquí? ¿Porque has fracasado?

—No.

—¿Entonces?

—Algo me ha fallado, y algo he descubierto. En todo caso, porque fuera de aquí no tengo nada que hacer. Y aquí viviré muy bien. Estoy arreglando la casa.

—¿Quieres que vengan una tarde mis hermanas a ayudarte? Así verás — bajó la vista— que me parece bien que las conozcas y seas su amigo.

Merendaron. Juan, con voz tranquila y remotamente superior, explicó las ventajas del anarcosindicalismo sobre cualquier clase de marxismo no solo en orden a la justicia social, sino a la creación de una nueva mentalidad humana. «El anarcosindicalismo hará felices a los hombres, a pesar del desencanto de Dios, y quizá por eso». Luego marchó. Carlos le despidió a la puerta del jardín.

En la taberna del Cubano, Juan contó que había pasado la tarde en casa del doctor Deza; que le había ayudado a arreglar los libros; que le había escuchado. «Nada más que mirarle a uno —dijo—, y ya sabe lo que sucede en el alma». Carmiña le respondió que, cierta vez, ella había visto un hombre así, en la feria; pero no miraba a los ojos, sino que preguntaba desde lejos a una mujer con ellos vendados. «Pero me pareció un desgraciado», añadió la moza.

Fue a su casa a cenar. Estuvo silencioso. Al retirarse, advirtió a sus hermanas que Carlos Deza no se marchaba del pueblo tan pronto como había pensado.

—Allí hace falta una mujer para arreglar las cosas, y le he dicho que vosotras podríais hacerlo en un par de tardes.

En casa de doña Mariana, sentado en la cocina y de charla con las criadas, esperaba el padre de Rosario: ojillos vivos y azules, sonrisa cazarra, expresión tarda y revuelta, que nada decía sin toda clase de cautelas. Venía a comunicarle que, al término del mes, dejaría la finca libre, y Carlos le respondió que estaba bien, y que si podía servirle en algo más. El Galán le respondió que no, pero que sí. Acabó, por fin, proponiendo que no alquilase la casa hasta la recolección de la próxima cosecha, porque, al fin y al cabo, él la

había plantado con su dinero y con su trabajo, y parecía justo que la recogiese. Carlos no sabía qué hacer. Le respondió que ya tomaría una decisión, y que pasaría a comunicársela; pero, a esto, el Galán opuso una serie de dificultades, por las que se traslucía su deseo de que Carlos no volviera a la casa ni hablase con nadie de ella, salvo con el propio Galán, que bien podía volver, el día que el señor dijera, a recoger la respuesta. Con esto marchó.

—Celos de Cayetano —dijo doña Mariana—. ¿Qué tratos te traes con la Rosario?

—Le he hablado aquí, cuando vino a traer el regalo, y en su casa, cuando le devolví la visita. No he vuelto a verla.

—Algo diría ella que puso a Cayetano en ascuas, o con algún cuento le fueron.

Carlos no fue al monasterio, como había pensado, a llevar los libros deseados por fray Ossorio, sino a su casa, con el pretexto de orientar sobre el terreno al maestro de obras, que aquel mismo día, por diligencia de doña Mariana, las empezaba. Mandó recado de que le esperase. Salió en el carricoche con tiempo sobrado, pasó por la plaza y fue luego por el camino por donde Rosario tenía que pasar a la hora de llevar las comidas al astillero. Fingió un accidente en el coche, detuvo al caballejo y empezó a hurgar en los ejes, como si algo se hubiera roto. Las gentes que pasaban decían «Buenos días» y continuaban de largo. Vio venir a Rosario, ya tarde, y muy apurada. Al verle, ella apretó el paso y saludó, casi sin mirarle.

—Rosario.

Ella se detuvo, como frenada, y la cesta que llevaba en la cabeza se tambaleó.

—Dígame, señor —respondió sin volverse.

—¿Qué te sucede?

—Nada, señor.

—¿Por qué te vas de mi casa?

Se apartó del coche y fue hacia ella. La miró de frente, y Rosario bajó los ojos.

—¿Te lo mandan?

—Sí, señor.

—¿Hubieras preferido que se la vendiera?

Rosario sostuvo la cesta con una mano, y miró a Carlos con mirada firme.

—No lo haga, señor.

—Puedo hacerlo por ti.

—No me haría un bien. ¿No comprende que Cayetano me dejará cualquier día, y que quedaría atada a él para siempre? Es mejor así: vamos para otra casa arrendada.

—Lo siento. No creí...

—El señor no tiene por qué preocuparse. Pero no haga caso de mi padre. Ellos tienen mucha culpa. Por los jornales que ganan en el astillero me dejarían ir en cueros por la calle.

Se mordió los labios y añadió:

—Una está para eso.

Apartó a Carlos suavemente y marchó sin mirarle. Había dado unos pasos y se volvió.

—Iré una de estas tardes a devolverle su regalo. Cuando sepa que está en su casa. A la de la señora no quiero volver.

Caminaba con paso seguro y armonioso. La cesta oscilaba rítmicamente sobre su cabeza, y toda ella era ritmo sosegado y profundo, que marcaba la trenza rubia al bailar sobre la espalda, golpeándola. Carlos esperó, sin dejar de mirarla, hasta que Rosario se perdió en la revuelta del camino. Luego subió al coche y fue, sin prisa, hacia su casa. Los albañiles se habían juntado en el zaguán y hacían su yantar. El maestro de obras esperaba fuera. Subieron juntos a la torre y Carlos repitió, más o menos, las instrucciones dadas por doña Mariana.

—Con unos miles de duros, esta casa quedaba como un palacio —dijo el maestro de obras.

—Sí.

Escogió los libros para fray Ossorio y los juntó a los dibujos de fray Eugenio.

—¿Qué le digo? ¿Que está usted conforme con el proyecto?

—Claro. Si es necesario, exagera un poco y di que estoy entusiasmada; aunque la verdad, me trae sin cuidado.

—Pasaré allá la mañana.

Estaba ya cerca del monasterio cuando vio venir al prior en compañía de un lego. Llevaba el padre Fulgencio la teja puesta y un maletín negro en la mano. El lego cargaba con una maleta de cartón.

Se detuvieron. El prior dijo que iba a coger el coche de línea para Santiago.

—Si quiere, puedo llevarle. No tengo prisa.

—Acepto. No por mí, que puedo caminar, sino por este hermano, que tiene que hacer en el monasterio y puede volverse.

Subió al carricoche y acomodó el equipaje. El lego le besó la mano.

—¿Iba usted a ver a fray Eugenio?

—Le llevo unos dibujos que hizo de la iglesia, ya sabrá usted, y, de paso, unos libros al otro monje.

—¡Buena pareja de locos! Bien es verdad que frailes así nunca faltan, para nuestro tormento. Aunque, la verdad, yo no tengo la culpa. Son la herencia que me dejó el difunto prior, fray Hugo, que era un santo, Dios lo tenga en su gloria, pero que no vivía en la realidad. A él se debe la ocurrencia de restaurar este monasterio, ¿en este Fin del Mundo!

Dio a Carlos unas palmadas en el hombro.

—Le agradeceré que no les caliente los cascos más de lo que los tienen.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Hace tiempo que le esperan, don Carlos, uno y otro: desde que se dijo que iba usted a volver. Se conoce que ya no tienen qué decirse, y le necesitan a usted como tercero en discordia. Pero usted será, supongo, una persona sensata.

Carlos sonrió.

—No tengo una gran idea de mí mismo.

—Puede ser humildad, que es lo que a ellos les falta.

—Debo decirle, sinceramente, que uno y otro me han hecho buena impresión. Fray Ossorio me parece muy inteligente, y fray Eugenio es, por lo menos, un estupendo dibujante.

Echó mano a los dibujos y se los enseñó.

—Vea.

El prior los colocó sobre las rodillas y los fue viendo con cuidado. Retuvo

luego el del presbiterio.

—Ahí tiene los sueños de esa pareja. ¿Usted piensa que la gente de hoy puede rezar en una iglesia como esa?

—Le confieso que no entiendo gran cosa.

—Mire: este fray Ossorio era un chico de por aquí, que entró en el monasterio como todos, no por vocación, sino por huir del arado. No lo digo por censurarlo: más o menos, casi todos entramos en religión por razones parecidas. Pero fray Ossorio era muy listo, y fray Eugenio se fijó en él, y convenció a fray Hugo de que le mandase a estudiar al extranjero.

Dejó junto a los otros el último dibujo.

—Usted sabe que, de vez en cuando, corren por la Iglesia vientos de reforma. La historia de las órdenes religiosas es la de otros tantos reformadores, disconformes con la realidad, que quieren realizar sus ideales. Mi antecesor, que Dios tenga en su gloria, quiso ser uno de estos. Se propuso, aparentemente, restaurar una orden extinguida, pero, en el fondo, aspiraba a reformar la Cristiandad entera. Le reconozco, de buena gana, todas sus virtudes. Era rico, y gastó su fortuna en reconstruir el monasterio y en sostenerlo mientras le duró el dinero. Pero, a la vista de los resultados, ¿no hay que preguntarse si valió la pena?

El caballero trotaba pausadamente. Carlos, flojas las riendas, miraba hacia delante. Al callarse el prior, le rogó que continuase.

—Llevo veinte años en el monasterio. De ellos, dieciocho los pasé al lado de fray Hugo. Yo era cura de la parroquia de Pueblanueva y tenía por delante una gran carrera: hubiera sido muy pronto canónigo de Santiago, quizá más. Fray Hugo empezó a hacerme la rosca: necesitaba un hombre práctico, un administrador. Me hizo la rosca y me convenció, porque su palabra era seductora. Dejé la parroquia y profesé. El entusiasmo me duró poco tiempo. Me preguntaba para qué me había traído fray Hugo, si no me hacía caso. Yo administraba, pero gobernaba él y no tenía en cuenta mis consejos. Yo le decía que la pobreza no nos permitía seguir adelante; él me respondía que con oración, trabajo y esperanza se alcanzaba todo. ¿Qué podía responderle? Pero la comunidad seguía pobre y no adelantábamos en el propósito de fray Hugo. Aunque, la verdad, todavía no sé cuáles fueron sus propósitos.

Hizo una nueva pausa y preguntó a Carlos si le interesaba. Carlos

respondió que sí.

—Cuando apareció por aquí fray Eugenio le convenció, como a mí, de que entrase en la orden, e hizo de él su confidente. Entre los dos concibieron que fray Ossorio, debidamente educado, llevaría adelante la reforma, porque fray Hugo era viejo y fray Eugenio fue siempre un incapaz. Por eso enviaron a fray Ossorio a Alemania. ¡Qué disparate! Un monasterio pobre, miserable, se sacrificó durante años para que el mocito estudiase teología y comprase libros. ¿Sabe usted qué me encargó fray Hugo antes de morir? «¡Haga usted lo necesario, padre, para mantener el monasterio con más de veinte monjes! Ya sabe usted que si baja de esa cifra, la comunidad se disuelve». Había que mantener la comunidad hasta que fray Ossorio estuviese en condiciones de transformarla por obra de su sabiduría. «¡No me toque usted a fray Ossorio!». Y fray Ossorio, cuando volvió, no traía en la cabeza más que ideas vagas, romanticismos. ¿Sabe usted qué le dije? «Haga lo que quiera, padre, pero de mí no espere la menor ayuda. En cambio, el monasterio necesita de usted, porque he prometido a fray Hugo mantener la comunidad en pie, y usted también tiene que ayudar a mantenerla».

Rio con risa breve y metálica.

—La reforma quedó en ese grupo de beatas que vienen todas las mañanas al monasterio a oír misa en la cripta: un verdadero grupo de chifladas.

—¿Chifladas? —repitió Carlos con sorpresa.

—Sí, en cierto modo. Chifladas y presumidas. Vienen aquí por separarse de las otras, de las Marías de los Sagrarios, de las Hijas de María, etc. Se creen superiores y distintas porque fray Ossorio les dice misa de cara a ellas y ellas responden en latín palabras que no entienden. Y cuando el fraile les predica, le escuchan extasiadas como si le comprendieran. Debo decirle —añadió— que me he tomado el trabajo de escuchar al padre Ossorio, y el contenido de su predicación es irreprochable. Llego incluso a concederle que el catolicismo deba ser como él lo explica, pero no por eso ellas dejan de ser unas locas.

Carlos no sabía qué responderle, y pasó un rato en silencio.

—Desconfío de todas estas novedades y purezas —continuó el prior—. Soy viejo, he visto mucho y me he llevado muchas desilusiones. Por lo pronto, el padre Ossorio no tiene licencias para confesar, y le he prohibido todo

contacto con sus parroquianas que no sea desde el presbiterio. Que predique lo que quiera, que diga la misa de cara al pueblo, pero manteniendo las distancias. Tengo demasiadas preocupaciones y no quiero líos de beatas apasionadas. ¿Sabe usted a dónde voy? A conseguir que metan en un sanatorio a esos dos frailes jóvenes, que están tuberculosos. Esa es la realidad: dos muchachos que aún no han hecho el servicio y que ya están reventados para toda la vida. Si se murieran habría que disolver la comunidad, y quizá usted no comprenda lo que eso supone. Porque los que están ordenados podrían acomodarse en cualquier parroquia o capellanía: no lo pasarían peor que aquí. Pero ¿y los otros? ¿Puedo dejar abandonados en el mundo a diez muchachos sin medios de ganarse la vida?

El coche se había metido por las calles y llegaba a la Plaza de Abajo: estaba como el día de la llegada de Carlos, bulliciosa. Mujeres de pañuelos amarillos, hombres de boina y traje de pana, iban y venían, afanados en el mercado, bajo la lluvia fina. En un rincón de la calle, cargaban la baca del autobús.

—Le agradezco mucho que me haya traído, don Carlos; y recuerde lo dicho. ¡No me caliente más los cascos a ese par de insensatos!

Avisados del lego, que contó el encuentro en la carretera y el favor de Carlos al prior, fray Eugenio y fray Ossorio le esperaban, paseantes, delante del monasterio por la parte del pretil que daba sobre la mar, en calma ahora, y gris, sin más que una pequeña rompiente blanca sobre los acantilados. Corrieron al coche. Se les veía libres y jubilosos, y sus voces, al dar la bienvenida, parecían traspasadas de alegría. Llevaron en seguida a Carlos al taller de fray Eugenio, de donde habían desaparecido, arrinconados, todos los cuadros. Juntaron escabeles; Carlos dio tabaco a fray Eugenio —fray Ossorio no fumaba—, entregó los libros y devolvió los dibujos. Exageró, según lo convenido, la complacencia de doña Mariana.

—De las pinturas, ¿ha dicho algo? —preguntó fray Eugenio.

—Nada en particular. Se refirió al conjunto.

—Las pinturas del ábside son fundamentales en una iglesia románica. Y no cualesquiera, sino precisamente estas.

—¿Quiere usted decir unas pinturas románicas falsificadas?

Fray Eugenio le miró asustado.

—¿Es eso lo que parecen?

—No. Lo que usted ha pintado son esquemas demasiado simples. Un Cristo, una Virgen, unos ángeles. Pero no sé exactamente la clase de pinturas que usted pondría en una iglesia cuya pureza románica se quiere restaurar.

Fray Ossorio hojeaba los libros. Cerró el que tenía entre manos.

—¿Me deja meter baza, don Carlos?

—Naturalmente.

—Hay dos modos, a mi ver, de concebir la pureza de una restauración. Una, buscando el mayor parecido con la iglesia primitiva, que no sabemos cómo fue, en este caso cabe el pastiche. Otra, aprovechando la belleza de la iglesia y su disposición arquitectónica para lograr otra clase de pureza, más intemporal y, por tanto, más actual. Me refiero, claro está, a la pureza litúrgica.

—Sin embargo, por lo que sé de arte, ese Cristo y esa Virgen quieren ser bastante románicos.

Fray Ossorio sonrió.

—Quizá porque el estilo románico haya creado arquetipos que no debieron abandonarse y formas de piedad cuya vigencia debe volver.

—De la piedad no puedo hablar, porque no entiendo; pero ¿cree usted posible que una forma de arte de otro tiempo pueda volver a la vigencia? O nada entiendo de arte, o eso no es posible más que aproximadamente. El Renacimiento quiso hacerlo y no lo consiguió.

—Digo como usted: de arte no puedo hablar, porque no entiendo. Pero el padre Eugenio quizá pueda responderle.

El padre Eugenio hizo un gesto que quería decir: «¿A qué hablar de eso ahora?». Fray Ossorio insistió:

—Hágalo, padre.

Y añadió en seguida:

—Desde hace algunos años, se han hecho muchas experiencias para devolver al arte religioso su verdadera significación y su puesto en la piedad. Es posible que usted conozca algunas, pero la de fray Eugenio no la conoce nadie más que yo.

Fue a un rincón del taller y arrastró un montón de cartapacios pesados.

—Aquí está la obra de mucho tiempo. ¿Quiere usted verla?

Fray Eugenio se interpuso.

—No, no. Todavía no. Antes de verla tiene usted que saber algo.

Se sentó encima de los cartapacios, quizá para proteger su secreto.

—Es una historia curiosa, el modo cómo aquí, tan lejos del mundo, se ha intentado una restauración del arte religioso.

Miró a Carlos interrogativamente. Carlos sonrió.

—Tengo verdaderos deseos de conocerla, aunque sospecho que se relacione con el otro prior.

—¿Lo sabe ya?

—He dicho que lo sospecho.

—El padre Hugo fue un hombre extraordinario —hablaba fray Ossorio—. Si le digo que fue un santo no me parece suficiente, porque hay muchas clases de santos, y él pertenecía a una clase especial, poco común.

—¿Un reformador?

Fray Ossorio le miró con sorpresa y calló. Intervino fray Eugenio.

—¿Cómo lo sabe?

—Algo de eso me dijo el padre Fulgencio esta mañana.

Los monjes se miraron.

—Era de esperar —murmuró fray Ossorio.

—No me dijo en qué consistió su reforma.

—Ni se lo dirá jamás.

Fray Ossorio miró de nuevo a fray Eugenio; era una mirada interrogante. Fray Eugenio bajó la cabeza.

—¿Por qué no le enseña sus bocetos?

—Acaban ustedes de referirse a una historia que conviene conocer previamente.

—Señor Deza —fray Ossorio se levantó y habló con voz abstracta, de matices duros—, somos religiosos y nos obliga la obediencia. Quizá lo que le dijésemos no estuviera de acuerdo con lo que el padre prior le ha dicho esta mañana.

Fray Eugenio había abierto uno de los cartapacios y empezó a sacar cartones. Fray Ossorio los fue colocando apoyados en la pared, en un lugar de buena luz. Eran apuntes, bocetos, dibujados con mano diestra, al carbón y a la sanguina; algunos, manchados de color. Parecía como si en ellos se

persiguiese la perfección de un tipo (figuras de Jesús y de la Virgen, ángeles y símbolos).

Los ojos de fray Eugenio, escondidos en la penumbra de la capilla, espiaban el rostro de Carlos, registraban los mínimos destellos de su mirada.

—¿Le gustan?

—Sí, pero no sé lo que usted pretendía.

—Yo tampoco.

—Eso ya me sorprende más.

—Lo entenderá fácilmente. La mano que pintaba era la mía; la inspiración, del padre Hugo. Decía, por ejemplo, que, para pintar a Cristo, necesitábamos una nueva intuición de Cristo que solo podía obtenerse de la experiencia religiosa, de modo que me hablaba de Cristo, pretendía llenarme de Él y luego me decía: «A ver si consigue usted pintar eso que acabo de describirle». Yo lo intentaba. «No es eso, no lo es todavía». Y seguía hablando de Cristo. Murió hablando de Cristo, pero sin haber logrado que sus intuiciones fuesen más para siempre.

Añadió con desaliento:

—Ahora estoy vacío.

El padre Ossorio había permanecido aparte y un poco vuelto hacia la ventana. Giró rápidamente sobre sí mismo.

—¿Sabe usted que la palabra del prior permanece entre nosotros, pero encerrada? ¿Sabe usted que lo que fray Eugenio necesita, lo que necesito yo para llenarnos otra vez de Cristo, está aquí escrito, y que el padre Fulgencio nos lo oculta?

Había hablado rápidamente, con furia; fray Eugenio le miró con sorpresa, con miedo. Fray Ossorio pareció temblar. Dijo con voz tímida, arrepentida:

—¿He hecho mal en decirlo, padre?

Fray Eugenio abrió los brazos, pero no dijo nada. Se volvió a Carlos y le sonrió:

—Don Carlos Deza es de confianza y le guardará el secreto.

Fue hacia Carlos con solemnidad y le puso las manos sobre los hombros.

—Hace dos años que el padre Ossorio y yo...

Vaciló y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Perdóneme. Otro día, tal vez. Estamos desobedeciendo.

Al padre Ossorio le interesaba, sobre todo, la historia de las religiones, la interpretación científica de los mitos. Decía que muchas de sus conclusiones podía tenerlas en cuenta, y aceptarlas, la teología. Como fray Eugenio no entendía del tema, les dejó solos en el claustro.

Cuando se cansó de pasear, Carlos se sentó en un poyete, mirando al jardín, que ya no lo era, sino huerto de berzas y patatas. Fray Ossorio permaneció de pie, junto a él.

—¿Por qué no plantan flores? Parece que estas piedras las piden: mirtos, rosas y algún ciprés.

—Lo exige la economía del monasterio.

—¿Y esa fuente? ¿Por qué no da agua?

Tres sirenas de piedra, enlazadas por las colas, se miraban en el estanque vacío.

Fray Ossorio sonrió y se encogió de hombros.

—El murmullo del agua quizá perturbe el trabajo. Es bueno, en cambio, para la oración —añadió con una pizca de ironía.

—Pero los pechos de las sirenas, tan eminentes, pueden alterar la paz de las conciencias.

—Eso es asunto de cada cual.

De repente, preguntó Carlos:

—¿Usted cree en la Providencia, padre?

—Claro.

—¿Y la entiende?

—No.

—¿Admite usted, sin embargo, que eso que llamamos azares puede ser aplicado sin meter a Dios por medio?

—¿A qué lo pregunta?

—Yo estoy en este pueblo, según he creído hasta hace poco, a causa de un hecho concreto, cuyas causas psicológicas podría explicarme fácilmente, quizá solo con una sencilla introspección. Algo, sin embargo, que sucedió al mismo tiempo y que he conocido más tarde, me hace suponer que la explicación racional no vale.

—Sin embargo, hay que agotarla.

—Suponga que está hecho.

—Aun así, es peligroso buscar razones excepcionales.

—¿Por qué no dice sobrenaturales?

—No puedo hacerlo todavía.

—¿Quiere escuchar un relato? Entienda bien que no es una confesión.

—Hable.

Carlos refirió, con pormenores, los motivos de su regreso, y el conflicto espiritual en que le habían metido la hora y las circunstancias en que su padre muriera.

—Ahora tengo la sensación de estar aquí para algo ajeno a mí, aunque no se me alcanza qué pueda ser. Me siento conducido. Mi decisión de permanecer en Pueblanueva no obedece a un acto de voluntad activa, sino a la aceptación de lo que viene dado y que mi abulia no sabe o no puede rechazar. No es el resultado de determinaciones libres, sino un quedarse porque no puede hacerse otra cosa. Sin embargo, presiento que todo esto tiene un sentido, o acaso una finalidad. Me quedo, me dejo meter en una situación con la que no había contado y de la que muy bien pudiera evadirme, pero pienso que, si huyo, traiciono a alguien que hasta hace poco no me había importado. Tengo, además, desde hace unos días, la sensación de ser como una pantalla de cine, en la que a cada minuto entran gentes inesperadas, gentes que lógicamente nada tienen que ver conmigo y con las cuales, sin embargo, estoy relacionado, desde antes de mi llegada, por una esperanza o por un deseo; desde antes de conocerlas o de sospechar su existencia. ¡Hasta el loco del pueblo parece tener relación conmigo! Es como si, de pronto, fuese yo el nudo de muchos hombres o mujeres que me estuviesen esperando. Sin embargo, las vidas de esas gentes no parecen cambiar porque yo haya venido y las haya conocido. ¿Por qué y para qué? Me hablan de sí mismos, de hechos que ignoro y en los que no tuve arte ni parte.

—Usted, ¿qué sabe?

—Hasta ahora, nadie ha hecho más de lo que hizo usted: hablar.

—¿Le parece poco? Fray Eugenio y yo le esperábamos para eso: para hablar.

—¿Admite que me esperaban?

—Desde luego, hace mucho tiempo. Fray Eugenio decía: «¡Si viniese

Carlos Deza...!»). Y un día se supo que, por fin, vendría usted.

—¿Para qué me esperaban?

Fray Ossorio no respondió. Desparramó la mirada por encima del patatal, la detuvo en la fuente.

—Dígalo, por favor.

—Hablar es una forma de liberación, usted lo sabe. Y a usted, por su profesión, le es dado entender a los hombres y a sus pasiones. Tiene nombres y explicaciones de actos que, para nosotros, no son más que pecado.

—Sin embargo, hasta ahora...

—Hasta ahora, ninguno de nosotros dos ha intentado liberarse.

Añadió en seguida, bajando la mirada:

—Hacerlo, quizá sea pecado.

Se volvió, súbitamente acongojado, hacia Carlos; le tomó fuertemente de los brazos.

—Sin embargo, también lo es callar. Estamos muy lejos de la santidad por algo que no hemos hecho ni logramos entender. Son dos años dándole vueltas un día y otro, una noche y otra noche, en soledad o juntos. Muchas veces, después de maitines, fray Eugenio y yo nos buscamos, nos escondemos y hablamos, nos preguntamos y preguntamos a Dios, le pedimos una explicación, una claridad que nos oriente. Interpretamos hechos anodinos, pedimos con angustia una señal de que nuestra conducta es la recta, o bien de lo contrario.

—Pero ¿por qué?

—Porque tampoco nosotros entendemos a la Providencia. Porque nos preguntamos el para qué de algo que nos parece contrario a Dios y que, sin embargo, Dios ha provocado. Porque, de pronto, también nosotros nos hemos visto lanzados a una situación en la que permanecemos perplejos.

Sonó la campana llamando al coro. Fray Ossorio se estremeció, y refrenó en seguida el estremecimiento.

—¿Tiene usted que irse, padre?

—No. Hoy no —y añadió—: Al quedar usted a mi cuidado, quedo implícitamente libre del rezo en común; mientras que esté usted aquí, se entiende.

Se oían pasos rápidos por los claustros. Dos filas de monjes con capa parda sobre los hábitos salieron de una puerta y fueron, silenciosamente

lentos, hacia la iglesia; el último de ellos, desemparejado, fray Eugenio. Miró al pasar y sonrió.

—Me gustaría oírles cantar —dijo Carlos.

—¿Para qué?

—Es muy hermoso el canto de ustedes.

—Era hermoso en este monasterio, en otro tiempo: era la verdadera oración de una comunidad viva. También entonces había rosas en el claustro. Ahora, no vale la pena que escuche. Le irritaría, como a mí. Véngase a mi celda. Desde allí no oiremos nada.

Le cogió del brazo, como empujándole. Carlos saltó del poyete y le siguió.

La celda de fray Ossorio daba sobre la mar: grande y desolada: una cama de hierro con una manta vieja de listas azules, un aguamanil, un estante con muchos libros y una mesa con pápeles amontonados. Entre ellos, una Virgencita esbelta y blanca, casi oculta por los papeles y los libros, y una lámpara de arcilla. Carlos la cogió y la miró.

—Muy bonita.

En el asa había pintadas en blanco y rojo, sobre un relieve, unas palabras griegas.

—¿Qué quiere decir esto?

—*Phos zoe*; Luz y Vida. «Yo soy luz del mundo. Quien me sigue, no vivirá en tinieblas, sino que tendrá Luz de Vida».

—Pero no vendrá usted a buscarlas a este monasterio, ¿verdad? —dijo, con exasperación repentina, aparentemente injustificada, fray Ossorio. Y añadió con voz sombríamente dramática—: Sin embargo, están aquí escondidas, hurtadas.

Carlos, de pie, con la lámpara en la mano, un poco asustado por la súbita pasión, no se atrevía a mirarle.

—Siéntese, si quiere escucharme. Allí, detrás de la mesa, en mi silla. Piense que también yo soy una de esas personas que han entrado en su vida sin que usted lo esperase. Voy a consultarle como médico. Voy a preguntarle si el prior está loco.

—No me lo ha parecido en absoluto. ¡Oh, todo lo contrario! Me pareció demasiado cuerdo.

—Espere hasta escucharme, pero tenga en cuenta que se halla en la

obligación de decirme la verdad. Si el padre Fulgencio es un enfermo, yo puedo escribir una carta, pedir que un visitador haga un viaje al monasterio y nos escuche. Esta comunidad puede desbaratarse cualquier día. Y tenga en cuenta que quizá dependa de su dictamen la salvación de algunos de nosotros, quizá de todos.

Se llevó al pecho los dos puños cerrados.

—La mía, por ejemplo.

—¿Piensa usted que puedo, en conciencia, por lo que usted me cuente...?

—Pienso que bastará un barrunto para que me decida.

Carlos se acomodó en la silla. Sus manos acariciaban la superficie suave de la lámpara. Sonrió a fray Ossorio e hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias —le respondió el monje.

Buscó, con la mirada, un asiento que no había. Vaciló. Dio unos pasos atrás y se apoyó en la pared.

—No sé quién había sido el padre Hugo en el mundo, pero sí que entró tardíamente en el monacato. Es probable que a través de grandes sufrimientos: tenía la cara llena de dolor antiguo, de dolor vencido y superado. Cuando le conocí, había hallado la paz.

Se adelantó un paso hacia Carlos.

—He oído contar a un monje viejo, ahora muerto, que, cuando vinieron a este monasterio hace unos treinta años, el padre Hugo ayudaba en los trabajos de reconstrucción. Trabajaba, con los otros monjes, de albañil, y como no sabía hacerlo, porque era débil y torpe, acarreaba materiales livianos, preparaba la argamasa o la cal, sin dejar de canturrear salmos. Era humilde. Lo fue siempre, hasta su muerte, humilde y sabio. Tenía el don de la sabiduría, su mirada entraba en el corazón, sus palabras daban sosiego al alma. Cuando yo era adolescente y vivía perseguido por el terror de mis pecados (ya sabe usted, los pecados de un adolescente encerrado en el monasterio), me llamaba junto a sí y me consolaba. No me rechazaba como pecador, no me amenazaba con la condenación eterna; me prometía alcanzar la gloria del Padre a través del dolor, de la impureza y del arrepentimiento. Yo estaba aquí, como tantos, por necesidad; él creó dentro de mí la vocación, la alimentó, la hizo crecer, pacientemente, un día y otro, sin cerrar ninguna puerta a mi libertad. Perdóneme, pero llegué a creer que me había escogido, quizá porque yo fuese

el más pecador de todos, el más desventurado. Me dejó el alma limpia. ¡No sabe usted con qué alegría pasé el año de noviciado, ese terrible año anterior a la ordenación, lleno siempre de vacilaciones angustiosas! Se piensa en un posible error, pero se piensa también en la vida que nos espera si renunciamos, inútiles para el mundo, sin una profesión... Yo me había decidido desde mucho antes. Fui sacerdote alegremente, me sentí poseído por Dios, lleno de Él hasta la sangre. Los cuatro años siguientes a mi ordenación, los que pasé en Alemania, permanecí impecable. Si Dios me hubiera matado entonces, estaría junto a Él. Sin embargo, ni deseé la muerte ni pensé en ella, porque creía ya que me esperaba una misión.

Empezó a pasear, como si los recuerdos le inquietasen. Llegó hasta la puerta en silencio; volvió sobre sí.

—Usted oyó el otro día las quejas del padre prior por nuestra pobreza. Bajo el padre Hugo éramos más pobres todavía, sin darle importancia. El prior está preocupado por la tuberculosis de dos novicios. Nosotros no temíamos a la muerte; la esperábamos con alegría. He visto morir sonriente a un compañero mío, intentando cantar con nosotros el oficio de difuntos. Había pasado un año en la cama, vomitando la vida sin una queja. El padre Hugo venía todas las tardes junto a él y le hablaba. Le infundía santidad, ¿comprende?

Sonrió y se detuvo frente a Carlos, mirándole.

—Usted pensará, quizá, que le había sugestionado.

—¿Por qué lo dice?

—Es la explicación científica. No importa. El prior actual prefiere mandar a los enfermos a un sanatorio. ¿Imagina usted su muerte, solitarios, en una sala, separados de sus hermanos?

—Pienso también que allí pueden curarse.

—Eso no debe importarnos. Hemos aceptado la muerte como vengá.

—¿Y si el padre Fulgencio no se siente capaz de sugestionarlos, o, si usted lo prefiere, de infundirles santidad? ¿Si teme que mueran desesperados? ¿No es mejor que procure curarlos?

—Es posible que sea así, pero, en ese caso, ¿por qué quiso que le eligiesen prior si no estaba a la altura de sus obligaciones? Porque la secreta ambición de su vida fue siempre llegar a prior, para deshacer lo que, según él,

estaba mal en la obra del padre Hugo. Pero esta es otra cuestión.

Paseó otra vez. Desde la ventana, de espaldas a la luz, dijo:

—El padre Hugo me mandó a Alemania a estudiar teología en una universidad. Lo mismo que quería hacer de fray Eugenio el maestro de una escuela monacal de pintura, quiso hacer de mí un maestro de teología bien informado. En todo ese largo tiempo, ni un solo domingo dejó de escribirme, largas cartas en las que, aparentemente, comentaba la liturgia de la semana; en realidad, cartas de apretada sabiduría mística y teológica. Como si presintiera mis estudios, me decía lo necesario para entenderlos, para hacerlos como la carne mía: era como meterme en la sangre su sabiduría. Entiéndame bien, no una sabiduría temporal, sino la palabra de Dios.

Carlos había dejado de contemplar la lamparita, atraída su atención por una especie de patetismo sordo que hacía vibrar las palabras de fray Ossorio, que se crispaba en sus dedos, pero que no lograba triunfar de una aparente mesura, ni descomponer el gesto más allá de un instante. Pasaba como una ráfaga, inmediatamente reprimida; como un resplandor súbito en el mirar, algo así como una angustia que aflorase y se recogiese luego, dominada, a la intimidad.

—¿Es a esas cartas a lo que antes se referían fray Eugenio y usted?

—Sí. El padre Hugo las enviaba al convento de... en que yo me alojaba. Habrá usted oído nombrarlo: un centro intelectual abierto a todos, no solo a frailes, no solo a católicos. Su superior era un hombre de mente poderosa. Todas las semanas me llamaba: «Aquí tiene usted la carta del padre Hugo». Pero una vez me preguntó si las conservaba. Le respondí que sí. «Tráigamelas todas. Quiero leerlas.» Se las llevé. Unos días después me llamó de nuevo. Le acompañaban dos eclesiásticos y un seglar. «¿Sabe usted, me dijo, que posee el mayor tesoro de espiritualidad de los tiempos modernos?» No supe responderle. «Todo lo que nosotros hemos hecho en cincuenta años, y mucho más, lo ha superado un fraile desconocido de un convento remoto.» El seglar me preguntó si las había entendido; le dije que sí, o al menos eso me parecía. «Explíquenos cómo es; háblenos de él.» Hablé con cierta elocuencia, como si el padre Hugo me soplase las palabras. El superior me entregó las cartas. «Tiene usted la obligación de no perderlas.» Desde entonces, cada semana, al entregarme la nueva carta, me hacía quedar, me preguntaba. Yo tenía la

sensación de ser examinado, como si él quisiera comprobar por mis respuestas la eficacia de las cartas sobre mi espíritu. Un día me dijo: «La Iglesia guarda la Verdad del Señor, la Verdad intacta. Podemos llegar a ella, conocerla, estudiarla, pero con frecuencia olvidamos el modo de vivirla. Es como si, cada siglo, tuviera que sernos explicada de nuevo con palabras que van más allá de nuestra inteligencia, quizá porque cada siglo necesita que el Señor nos sea de nuevo revelado en forma viva y con palabras nuevas. San Benito, san Bernardo, san Francisco, san Ignacio, muchos más, dieron a la Palabra de Dios el tono apetecido, necesitado por su tiempo. Aquí, en estas cartas, se encierra ese modo de entender la vida religiosa que el mundo actual requiere para ser sacudido y llevado otra vez a la Iglesia. Es necesario que sean conocidas.» Pocos meses después, el padre Hugo me anunció, en la más hermosa de sus cartas, que estaba próximo a morir. Aquella carta nos fue leída, no solo a los frailes y eclesiásticos, sino a las personas ajenas al convento que paraban en él. Entonces, habíamos leído ya a Heidegger, y nos preocupaba: la carta del padre Hugo era una respuesta cristiana, una explicación conmovedora del *ser para la Vida* frente al *ser para la muerte*, en forma de comentario a la liturgia de difuntos. Cuando murió, el superior me dijo: «A partir de este momento, no hará usted otro trabajo que preparar esas cartas para su publicación». «Tendrá que ser con el permiso del nuevo prior.» «Naturalmente, pero puede usted contar con él. Una vez terminado su trabajo, habrá que enviarlo a Roma.» Trabajé con entusiasmo. Cada día descubría un nuevo sentido, un nuevo matiz de doctrina, una nueva palabra cargada de vida y de verdad. Habíamos convenido ya el título del libro: *El Señor llega*, porque la Parusía del Señor para cada hombre, en cada instante, y para la Iglesia en todo momento, la actividad divina en el interior de los espíritus, desde su presencia, y a través de los Sacramentos y de la oración, era el punto de partida de aquella doctrina. Mi labor consistía en buscar los fundamentos de cada carta, acumular textos, razonar puntos parciales, esclarecer otros, y le aseguro que lo hacía como si el padre Hugo se hubiese instalado en mi interior, y sus palabras saliesen de mí, cargadas de razón. Hasta que un día, inesperadamente, recibí del padre Fulgencio orden de abandonar Alemania y regresar aquí. Daba, como explicación, la necesidad que nuestro monasterio tenía de mi presencia. Era, en cierto modo, normal esta llamada, y aunque a mí

no me lo pareciera, así me lo hicieron ver: «Ha venido usted por cuatro años, y pasan ya en bastantes meses». Antes de partir, sin embargo, mi trabajo fue revisado, corregido en algún punto; y se me dieron instrucciones de cómo debía terminarlo, y de lo que debía hacer después. Marché melancólico, pero lleno de esperanza: llevaba en mi bolsillo una carta para el padre Fulgencio que, previamente, me habían leído. «Cualesquiera que sean las obligaciones del padre Ossorio, consideramos del mayor interés que, ante todo, concluya el trabajo que lleva de aquí, muy adelantado por cierto». Añadía un párrafo sobre la importancia de las cartas que el padre Hugo me había escrito: «Creemos firmemente que, aunque en apariencia sean cartas dirigidas a un fraile, su verdadero destinatario es la Cristiandad». Yo también lo creía, y todavía lo creo.

Hizo una nueva pausa. Parecía cansado. Acercó un taburete a la mesa, empujándolo con el pie, se sentó; y, durante un espacio permaneció en silencio, con la cara escondida entre las manos.

—¿Le interesa lo que le estoy contando? —preguntó de pronto.

—Desde luego. Le ruego que continúe.

—A veces pienso si daré a todo esto demasiada importancia, si habré hecho un mar de lo que solo es un charquito. Hay momentos en que pierdo la fe en las personas más amadas y admiradas. ¿No serán, efectivamente, vulgares comentarios a la liturgia las cartas del padre Hugo? Y todo el entusiasmo mostrado por el abad alemán, ¿no habrá sido una pequeña farsa, si no un gran error? Fíjese bien, querido amigo, que para llegar a esta conclusión, necesito pensar del padre Hugo que era un bobo, y que el hombre de quien, durante cuatro años, escuché palabras profundas y recibí dirección intelectual, no era más que un mentecato. ¿Es lícito que lo piense? Pues bien: eso es lo que se me exigió desde la llegada a este monasterio. No de manera expresa, claro. Se me permite decir que el uno fue un santo y que el otro es un hombre muy listo, pero las cartas del padre Hugo no tienen importancia, y yo estoy mejor empleado en traducir el alemán que en terminar el trabajo de mi vida. Entiéndame bien, por favor: no es que me niegue a sostener el monasterio con mi trabajo diario, aunque sea un trabajo tan impersonal como traducir. No me importa. Tampoco me importa que los coristas aprendan teología como quien aprende una lección de carrerilla, cuando a mí se me había destinado a ser su

maestro. Reconozco que el prior tiene autoridad para dilatarlo, si me considera demasiado joven. Pero ¿por qué, a mi llegada, me arrebató las cartas del padre Hugo?

Carlos hizo un gesto de sorpresa.

—Exactamente. Me las quitó. La misma tarde de mi llegada, cuando aún no me había limpiado el polvo del camino. En la cámara prioral, él sentado, yo de pie. Leyó la carta que le traía, y sonrió. «A ver esos papeles, mocito». Se los di, temblando de entusiasmo, y mientras los repasaba, esperaba su aprobación, y también algo así como un poco de aliento para seguir trabajando. Pero no sucedió nada de eso. Leyó por encima, sin dejar de sonreír. «¡Vaya con el padre Hugo!», dijo dos o tres veces; y luego: «Está bien. Ya leeré estos papeles con calma y ya hablaremos de eso». Me destinó a una celda. Entré en la vida de la comunidad como un fraile más. ¡Todo era tan distinto! Pronto advertí que muchas cosas fundamentales habían cambiado o habían desaparecido. La vida espiritual que el padre Hugo había creado, año a año y día a día, languidecía. En el monasterio no se pensaba más que en trabajar para salir de la pobreza. Me di cuenta el día en que acompañé a fray Eugenio a su taller. «Pero ¿qué pinta usted, padre?», le pregunté asombrado. Porque yo recordaba sus trabajos bajo el gobierno de fray Hugo, y aunque entonces no los entendiera, mis años de Alemania me habían ilustrado mucho sobre el arte religioso, y estaba capacitado ya para entender lo que se había intentado. Ahora me encontraba delante de Vírgenes con caras bobaliconas, de angelitos cursis, de santos almibarados y ridículos. Fray Eugenio me respondió: «Por cada uno de estos cuadros una casa de Barcelona paga al monasterio quinientas pesetas. Puedo pintar cuatro al mes, a veces, cinco». «Pero, padre, ¿qué ha pasado aquí?». Fray Eugenio se encogió de hombros. Siguió pintando. Solo algún tiempo después se atrevió a franquearse conmigo. Pero ya entonces sabía yo a qué atenerme. El prior me había respondido con evasivas cada vez que intentaba recobrar mis papeles, y, por mi cuenta, había descubierto que, de manera implacable, procuraba borrar todo recuerdo del padre Hugo. ¡Hasta el lugar donde está enterrado! Porque un día quise conocerlo, para rezar en él, y no me respondieron; lo pregunté al padre Fulgencio, y me dijo que, por deseo expreso del padre Hugo, su tumba carecía de lápida. Me fijé, sin embargo, en que cuando los frailes pasaban por el

claustro, evitaban pisar determinadas piedras. El corazón me dijo que el padre Hugo estaba allí. Entonces, desde aquel día, todas las mañanas dejaba sobre aquel lugar una flor, si la había, o una ramita de árbol con unas hojas. Cuando el prior se dio cuenta, mandó talar el jardín y plantarlo de patatas y cebollas.

Rio con risa breve, aguda.

—Había en el jardín un ciprés tan viejo como el cenobio. Yo arrancaba ramitas del ciprés. También lo mandó cortar. Bien es cierto que vendió por buenos dineros el tronco. Por fortuna, las sirenas de bronce no pueden ofrecerse como homenaje al recuerdo de nadie. Si no, habría mandado destruir la fuente.

Se levantó del escabel, fue a la ventana y permaneció —otra vez— un rato en ella, silencioso, mirando hacia fuera. Carlos, esperando, tableteaba con los dedos sobre la mesa.

—Hasta ahora —dijo— nada revela locura.

Fray Ossorio se volvió bruscamente; casi se revolvió.

—¡Es perseguir su recuerdo! ¡Es pretender borrarlo! ¡Es querer que nunca hubiera existido!

Corrió hacia la mesa, medio doblado sobre sí mismo, las manos anhelantes.

—Cada domingo, el prior nos habla. Sus pláticas siguen paso a paso las cartas del padre Hugo, pero dicen todo lo contrario. El prior es fiel al texto de la regla, ¡ya lo creo!, es un ordenancista implacable; pero su modo de entender la piedad no es el nuestro. Hay en él jesuitismo, franciscanismo, ¡de todo!, pero sin elevación, sin vibración. Parece como si la palabra de Cristo fuese solo un código inflexible. Quizá menos todavía: un sistema moral, que solo se diferencia de otros sistemas morales en que Dios lo ha dictado. Toda religiosidad se desvanece en sus manos. ¡Dios mío! Los otros frailes no lo perciben, pero yo veo cómo cada día, con cada palabra, pretende aniquilar lo que todavía permanezca entre nosotros del espíritu del padre Hugo.

Tendió hacia Carlos las manos con las palmas abiertas.

—¿Qué dice usted?

—Lo que se adivina por sus palabras, padre, tiene, quizá, el nombre de un pecado, no el de una enfermedad. Lo siento.

Fray Ossorio dejó caer los brazos, desalentado.

—No lo entiendo.

Levantó el tono de la voz hasta la exasperación.

—¡No lo entiendo! ¡Llevo dos años torturándome la cabeza! No tiene sentido. Esas cartas... ¿Cómo es posible que el Señor permita...? ¿No comprende usted que si esas cartas se publicasen, la supervivencia, la continuidad de este monasterio estaba asegurada? ¡Podíamos incluso ser ricos, que es lo que apetece el prior! Pero lo apetece por otros medios. Y, con ellos, bien sabe Dios que nos hundiremos, que del hermoso sueño de nuestro restaurador no quedará más que el recuerdo. Y entonces, cuando esto se desbarate, ¿qué será de nosotros?

De pronto quedó rígido, con la mirada clavada en los ojos de Carlos.

—¿Es usted cristiano?

Carlos se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Eso no es respuesta. Se está con Cristo o contra él.

—Hay también la indiferencia y la indecisión. Yo más bien soy un indeciso. He sido creyente, he prescindido de la creencia; quizá nunca haya dejado de creer, y quizá en alguna parte de mí ser crea todavía; pero, si es así, esa parte creyente cuenta poco en mi vida.

—Si usted leyese las cartas del padre Hugo, *creería*. Usted me dijo antes que, a veces, se sentía conducido. Lo cierto es que ha llegado usted aquí, y aquí está su remedio. Yo debería ofrecérselo, y no puedo. Si usted fuera junto al prior y le dijese: «En esos papeles está, acaso, mi salvación», el prior se reiría un poco, le diría que no exagerase y, todo lo más, le mandaría leer las *Cartas a un escéptico en materia de religión*. El prior no alcanzaría a comprender que, para usted, *también* el Señor ha llegado, y que hay que ayudarle a usted a conocerlo.

Carlos se levantó de la mesa. Se acercó a fray Ossorio y quedó frente a frente.

—Quizá, en lo que a mí respecta, exagere usted un poco. No creo que el Señor haya llegado todavía. Pero si hubiese llegado ya, ¿por qué usted, que conoce la doctrina del padre Hugo, no me la comunica?

—No puedo hacerlo.

—¿Se lo han prohibido?

—No. La he olvidado. O quizá sea que el diablo pasó una esponja sobre la faz de mi alma y borró de ella todo lo que pudiera consolarme.

—Siempre queda el Evangelio. Vamos, es lo que se me ocurre.

—No lo entiendo ya. Hay una gran oscuridad en mi corazón.

Carlos había dejado la lámpara de arcilla en un lugar visible. El monje la cogió con mano amorosa, como si cogiese una flor, y sonrió con ternura.

—Luz y Vida. No sabe usted lo que significó para mí esta pobre lámpara de arcilla durante algunos años. Era el símbolo de todo. Ahora es para mí como la rosa de un recuerdo para un enamorado que ha dejado de amar. Llévela, se la regalo.

Se la tendió a Carlos.

Después de comer, mientras doña Mariana descansaba, Carlos se metió en su habitación.

Habían hablado de la necesidad en que Carlos se vería de tomar una sirvienta; y él se había defendido con el pretexto de que buscaba soledad, y de que una mujer en su casa le estorbaría. Pero doña Mariana no se había dejado convencer.

—Al menos, una asistente. Ya me encargaré yo de eso.

Días antes, quizá el mismo día, había dicho lo mismo, y a Carlos no le había molestado; pero ahora se sentía de nuevo conducido, aunque no por ninguna potencia celestial, sino simplemente por la voluntad de doña Mariana, y si bien reconocía que hablaba con razón, algo en su interior se rebelaba.

Sobre su mesa estaba la lamparita, regalo de fray Ossorio. La puso sobre la palma de la mano y se deleitó al mirarla: era esbelta, de línea casi femenina. Aplicó una cerilla a la mecha y ardió con suave luz azul.

«Luz, Vida».

—¿Si será un amuleto?

La dejó sobre la mesa, riendo. Pero la idea de que pudiera estar embrujada le divirtió. ¿Embrujada? No era, precisamente, la palabra. Quizá estuviera bendita. En todo caso, llevaba consigo una virtud especial, como la medalla que había llevado al cuello: de niño, por convicción, y, más tarde, por costumbre, hasta que una vez Zarah se la había arrancado. Zarah le había

llamado también amuleto. Existía, sin embargo, una diferencia. Cuando él creía en la virtud de la medalla, se sentía protegido por ella y, a veces, avergonzado. Pero la lámpara no representaba protección. Era más bien un objeto portador de una virtud de otra clase, o de la misma virtud usada de otra manera, usada —lo pensó riendo— como cuña metida en su vida, como rendija que abriese paso a lo sobrenatural, o más bien como una rotura en la cáscara de su alma, por la que se colase todo lo que en su inconsciente permanecía ingobernado y acaso ingobernable.

Aquella sensación fugaz de ser conducido partía también del inconsciente, y era anterior al regalo de la lámpara. Y también era anterior la pretensión —cortés, eso sí— de doña Mariana de meterse en su vida y guiarla a su manera. Doña Mariana era atea. ¿Cómo todos aquellos ingredientes tan dispares podrían caber en el mismo fenómeno? ¿La virtud de la lamparita y la voluntad conductora de doña Mariana le empujaban al mismo fin?

Volvió a reír.

—Estoy armando una buena novela —dijo en voz alta.

Y, de repente, salió del cuarto, bajó corriendo las escaleras y montó en el cochecillo. Arreó al caballejo, restalló la fusta sobre sus orejas. El carricoche partió. Lo guio hacia la carretera.

No pensaba en lo que hacía. Se sentía conducido, fuertemente empujado, pero por otra fuerza, una fuerza nueva, quizá por su propia voluntad, que había estallado de pronto, que se había revuelto con furia burlona y que llevaba a donde ni doña Mariana ni ninguna potencia celestial podría desear que fuese.

Llegó frente a casa de Rosario. Estaba cerrada la parte inferior de la puerta. Saltó del coche, brincó sobre la cancela, entró corriendo.

—¡Rosario!

Quizá el modo de llamar fuese excesivo. Hubiera debido llegar con pausa, como quien va de paseo y recuerda algo de poca importancia.

Rosario estaba sentada en su silla baja, en medio de la cocina. Tenía al lado una cesta de panochas, cuyas espigas desgranaba en el regazo. Alzó los ojos.

—¡Señor!

Su madre estaba más al fondo, junto al llar. Le miró con sorpresa y desagrado. Rosario iba a levantarse, pero la madre se adelantó, la sujetó por

un hombro y fue, renqueando, hacia la puerta.

—Le dijo mi marido que no viniese.

Carlos permanecía fuera, apoyado sobre la media puerta. No le mandaron pasar.

—Tengo que hablar a Rosario.

—Rosario tiene padres.

—Entonces, con sus padres.

—Espere.

Se asomó y dio un grito, llamando a su marido. Lo repitió en seguida, urgente. El padre de Rosario asomó tras el pajar. Vino corriendo, pero entró por la puerta de la cuadra y no se quitó la boina. Carlos seguía fuera.

—El señor quiere hablarte.

—Ya le pedí al señor que no viniera por aquí. Si algo se le ofrece, con mandarme llamar...

—Se refiere a Rosario.

—¿Algo del señor?

Carlos no respondió. Sacó tabaco, ofreció, y hasta que encendieron no dijo palabra. La madre se había retirado un paso, pero esperaba.

—El señor dirá.

—Voy a quedarme en el pueblo, en mi casa. Necesitaba una persona que se encargase de aquello...

—¿Una criada? —terció la madre de Rosario, bruscamente, como ofendida.

—No. Una criada, no. Un ama de llaves. Criada, se buscaría.

Rosario no había vuelto a mirarle. Desgranaba maíz tranquilamente, sin un solo temblor en los dedos.

—Pensé si, a lo mejor, Rosario... En fin, si ustedes quieren. Le daría un sueldo, claro. Sin regateos.

—¿El señor no sabe que Rosario es costurera?

—Sí.

—Rosario no necesita servir. En su casa no sirvió nadie.

—Y aunque hubieran servido —añadió la madre—, Rosario tiene buenas manos para ganarse la vida, si su padre o sus hermanos le faltasen. Ahora, gracias a Dios, tenemos un jornal en el astillero.

—Me gustaría saber qué piensa ella —se atrevió a decir Carlos.

—Ella no tiene nada que decir. Está en casa de sus padres, y obedece.

Miró a Rosario por encima del hombro del viejo; desgranaba maíz todavía, la cabeza un poco baja, los dedos rápidos.

—Obedece —repitió la madre.

Carlos se sintió en el aire. No sabía cómo marcharse, y, al mismo tiempo, necesitaba hacerlo. Los viejos habían enmudecido, y esperaban. En los ojos de la vieja saltaban chispas de orgullo.

¡Dios, qué hubiera dicho doña Mariana, si fuese testigo! Pero él no se sintió capaz de responder con la ofensa o el desdén. Se encogió de hombros y arrojó la punta del cigarro.

—Bueno. Ya encontraré a quien me convenga.

Hizo con los dedos señal de despedida.

—Que usted lo pase bien —respondió la vieja.

El viejo, ni eso.

Carlos se alejó. Subió al coche sin volverse. Sentía, sin embargo, sobre su espalda, la mirada aguda, maligna, del tío Galán, y el orgullo victorioso de su mujer.

Pensó que había cometido un error. Aquella misma noche, Cayetano sería informado, y, al día siguiente, lo contaría en el casino, entre grandes carcajadas. Y la primera vez que se encontrasen, se reiría en su cara, si no le buscaba adrede para reírse.

Encaminó el coche al pazo. Necesitaba esconderse hasta que la pesadumbre hubiera pasado, hasta sentirse otra vez dueño de sí, capaz de disimular ante doña Mariana, capaz —acaso— de reírse también.

Hacía frío. Venían de la ría ráfagas húmedas.

«Va a cambiar el tiempo», pensó.

XI

—Ahí está la criada del boticario, y trajo esto —anunció la Rucha hija: ofrecía a Carlos un sobrecillo dirigido a su nombre, con letra remilgada.

Contenía una tarjeta estrecha, larga, fileteada e impresa en oro, en que Lucía Abraldes de Piñeiro «rogaba a don Carlos que, si aquella tarde no tenía mejor ocupación, le hiciese el honor de merendar con ella y con unas amigas, a eso de las cinco».

Carlos, después de consultarlo a doña Mariana; respondió con unas letras en que aceptaba la invitación.

Faltaban más de dos horas. Tocó el piano un rato: de los vales favoritos de doña Mariana pasó, sin proponérselo, a piezas de más empeño, y comprobó que cada vez tocaba peor.

—Pues a mí me suena bien —dijo la vieja.

Pasaba de las cuatro cuando llegó un nuevo recado, esta vez del boticario: que esperaba abajo a don Carlos, y que si quería dar un paseo. Doña Mariana hizo un comentario burlón sobre el interés que, cada uno por su parte, mostraban don Baldomero y su mujer. Carlos, al marchar, los defendió de las burlas.

Don Baldomero le saludó cariacontecido, le cogió del brazo con energía dramática y se lo llevó a la calle.

—¿Sucede algo?

—Quiero prevenirle —respondió con misterio—. ¿Va a ir usted a mi casa?

—He aceptado una invitación de su mujer.

—Ándese con pies de plomo. Es una trampa. Lucía quiere casarle con una de esas beatas. No puedo decirle con cuál, pero es indudable que ha echado el ojo a una de ellas para usted.

Soplaba el viento con furia, empujaba los cuerpos contra las paredes, pero el boticario no parecía enterarse. Se detuvo en medio de la calle y miró a Carlos trágicamente.

—Hágame caso y vaya con cuidado. Se juega su libertad.

—No creo que eso que usted llama trampa...

—Mire, don Carlos: usted es soltero, y aunque por ahí empieza a hablarse de si le gusta o no cierta moza, la verdad es que, hasta ahora, no se le conocen apaños. Es una mala situación: no hay nada más fácil que enganchar a un hombre casto. ¡Si lo sabré yo! Le pasan por delante una muchacha con buenas pantorrillas, boquita de piñón y ojos inocentes, y usted cae como un pardillo, y después de caer, ya no tiene remedio.

Carlos le respondió que tomaría sus precauciones.

—No basta con que las tome esta tarde. Hágase a la idea de que, si a mi mujer se le mete en la cabeza, le van a perseguir, y usted no sabe lo que es un pueblo para estos tejemanejes. Primero, le insinúan que fulana es bonita, y que si su madre tiene cuartos; luego, dan por sentado que a usted le gusta; después, que si ella está por usted, y así, sin darse cuenta, un día se encuentra convertido en novio formal. Entonces ya no hay remedio, porque, si da el pescantazo, no le dejarán vivir.

—Me cuesta trabajo que pueda parecer a alguien un buen partido.

—¡Qué ingenuo es usted! Llamarse Deza y tener casa con torre, ¿le parece poco?

—No olvide que, en el mundo de donde vengo, eso ya no cuenta.

—En este en que ha caído, cuenta todavía. Aparte de que usted no es pobre, sino un rico mal gobernado. Cualquiera de esas beatas que van con mi mujer a la misa del monasterio, y que se pasan la vida hablando del breviario, y del canto gregoriano, y de no sé cuántas zarandajas, si se casara con usted, le administraría la hacienda al céntimo.

—Empiezo a pensar que, si es así, vale la pena de que me case.

Don Baldomero volvió a detenerse.

—No haga ese disparate. Arréglese como pueda, pero no se case.

De pronto se santiguó.

—Dios me perdone si digo una herejía. Ya sé que el matrimonio es santo, y que la Iglesia lo recomienda contra la concupiscencia. Pero usted, que me

conoce, sabe que a mí no me remedió nada.

—Eso no descarta la posibilidad de que a mí me remedie.

—¿Habla usted en serio?

—Totalmente.

Don Baldomero echó atrás la gorra de visera y se pasó la mano por la frente, como si sudase.

—Hágame caso, que tengo experiencia. El matrimonio, en teoría, es una gran cosa. En la práctica, una de dos, o engaño a mi mujer, que es gran pecado, o pienso en las mujeres que me gustan, cada vez que me toca acostarme con la propia, lo que es pecado también. No hay opción, y, pecado por pecado, el de la simple fornicación en soltería es mucho menor. Además...

Volvió a limpiarse el sudor.

—... además, al casarse se renuncia a todo lo que hay de excitante en las mujeres. A la de uno se la trata con miramientos, y si ella es remilgada, como la mía, puede usted despedirse para el resto de su vida de todo lo que no sea tocarla por encima del camisón. En cambio, de soltero...

Le brillaban los ojos de lujuria.

—Mire: si yo lo estuviera, a estas horas habría montado ya un puticomio para mi uso privado. Y si fuese rico, me haría construir un carro como los carros de los emperadores romanos, y me haría pasear tirado por veinte bacantes. ¿Se lo imagina, don Carlos? ¡Uno, tan ricamente sentado, y ellas tirando, y un látigo de rosas para golpearlas!...

Miró al aire con expresión placentera, en seguida deshecha por una mueca y un gemido.

—¡No puede ser! En cuanto uno se distrae, el pecado. ¿No podría usted librarme de esta obsesión, don Carlos?

Le acompañó hasta la puerta de la botica, pero renunció a subir.

—¡Allá usted! ¡Compóngaselas como pueda! Yo me voy al casino.

La criada pasó a Carlos a un comedor mezclado de sala de recibo, con una lámpara adornada de abalorios verdes y prismas de colores.

Doña Lucía vino en seguida. Rizado el pelo, empolvada, de punta en blanco, pero disculpando la sencillez de su atuendo. Carlos, por respuesta,

señaló sus ropas gastadas.

—¡Bah! —le respondió ella—. En los hombres no importa, y menos en un sabio como usted.

Le hizo sentarse en el sofá, a su lado, y le agradeció que hubiese aceptado la invitación.

—Tengo que confesarle que empezaba a preocuparme por usted. Un hombre joven... Ya se sabe... La soledad no es buena, y en este pueblo hay mucha lagarta. Un hombre como usted necesita conocer muchachas...

Bajó la voz y se acercó al oído de Carlos.

—Tengo aquí a dos amiguitas. Ya verá... Ahora están en la cocina; se empeñaron en hacer unas tartas, para obsequiarle... Son muy buenas y muy guapas. Ya verá.

Rula Doval, Julia Mariño; entraron poco después, endomingadas, modosas. Se habían pintado los labios, aconsejadas —seguramente— por doña Lucía, pero no sabían llevarlo. Rula era rubia; Julia, morena —como escogidas—; Rula, tierna en el mirar; Julita, ardiente. Coincidían en lo robustas, en lo bien alimentadas. Los trajes, si decentes, ponían de relieve los atractivos descritos por don Baldomero. Se sentaron en las butacas, una a cada lado del sofá, y respondían con monosílabos cada vez que doña Lucía o Carlos les hablaban.

—Están un poco azoradas. ¡Imagínese, delante de usted, que habrá conocido por esos mundos a tantas clases de mujeres!

El repertorio femenino de Carlos no era variado, pero fantaseó un rato y describió con detalle más lo imaginado que lo visto. Rula y Julita, cuando no se sabían miradas, escuchaban con atención apasionada.

—¿Y en París? ¿También estuvo usted en París? ¡Oh, no nos hable de París! Dicen que aquello es Sodoma, Gomorra y Babilonia juntas.

Pero Carlos habló de París.

Otra vez junto a su oreja, doña Lucía se atrevió a preguntar:

—¿Es cierto que los novios se besan en público?

—Nunca me he fijado.

—Hizo usted bien. En ciertas cosas más vale no fijarse. ¡Y cómo va el mundo! Un día tiene que caer fuego del cielo y abrasar esas ciudades en que tanto se ofende a Dios.

Rula y Julita pusieron la mesa, y marcharon a buscar el chocolate y las golosinas. En su ausencia, doña Lucía elogió sus virtudes:

—Créame, amigo mío: si quiere usted una mujer pura, no la busque por esos mundos entregados a Satán. Una mujer pura, lo que se dice pura, solo se encuentra en España.

Discretamente, Carlos aludió a Cayetano.

—¡No me miente usted al diablo! Él, y otros como él, quieren traer la inmoralidad del extranjero, pero entre nosotras no triunfarán, se lo aseguro. Ya sabe usted lo que dice el Señor: que las puertas del infierno no prevalecerán. Con estas almas escogidas, el diablo no tiene que hacer nada. ¡Los esfuerzos que me ha costado! Pero ya que en mi vida privada no hallo la felicidad, me compensa, al menos, la satisfacción de oponerme al mal con mis pocas energías.

Se atrevió a coger la mano de Carlos, mientras sus ojos imploraban:

—Ayúdeme. Entre estas criaturas, hay algunas que sienten vocación religiosa, y de esas no me preocupo; pero otras no han sentido la llamada del Señor. Son chicas alegres y esperan, naturalmente, un marido...

El chocolate estaba bueno, y los pestiños, churros, picatostes, almendrados, bizcochos y tarta, si tentaban por su aspecto, amedrentaban por su abundancia. Carlos hubo de probar de todo, y repetir, y ponderar su sabor.

—¡Son unos cielos estas criaturas! ¡Tienen manos de monja!

Las criaturas, después de la merienda, cantaron unos motetes, porque de canciones profanas no sabían, pero escucharon con buena cara las que Carlos quiso cantar. En mitad de la canción dio la tos a doña Lucía, y se marchó a su cuarto, y las toses resonaban en toda la casa. Rulita dijo:

—¡La pobre!

Y Julita respondió:

—¡La pobre!

No dijeron más, y Carlos siguió cantando a media voz. Hasta que regresó doña Lucía, pálida bajo el afeitado.

A las ocho menos cuarto, Carlos puso el pretexto de que Aldán le esperaba.

—No es mal muchacho —dijo doña Lucía, al despedirle—. Pero anda descarriado y necesita de una mano que le guíe.

—¿Una de sus amigas, quizá Rulita?

—¡Dios lo haga mejor! Rulita es plato para otra boca. Pero, de todas maneras, me preocupa Juanito Aldán. ¡A lo que llega una familia cristiana y distinguida, cuando hacen presa en ella las malas costumbres y la incredulidad!

Parecía dispuesta a contar, en el descansillo de la escalera, la vida y milagros de los Aldán desde cuatro siglos antes. Carlos, para abreviar la despedida, les prometió que, cuando se hubiera instalado en el pazo, las acompañaría alguna mañana a la misa del monasterio.

—¡Adiós, don Carlos!

Esperó hasta que los pasos de Carlos resonaron sobre las losas de la acera. Entonces regresó al comedor y se sentó, silenciosa, entre las muchachas.

—¿Hemos estado bien?

—¿Le hemos gustado?

—¿Qué le dijo?

Preguntaban atolondradas, una de cada lado, pisándose las preguntas.

—Y a vosotras, ¿os gustó?

Julia no respondió. Rulita dijo:

—Como feo, lo es de una vez.

—¿Qué importa eso? Es distinguido.

Julia dijo entonces:

—Es más guapo que Cayetano.

Lucía pateó la alfombra con furia.

—¡Cayetano, Cayetano! ¡Ya estáis con Cayetano! Parece como si no hubiese otro hombre en el mundo. No debías decir eso, Julia. Cayetano no va a casarse contigo.

—Tampoco este.

—¿Tú qué sabes?

—Y si se casa conmigo, no se casará con Rula.

—También es cierto...

—Lo que nos hace falta es un muchacho para cada una.

—Lo que yo no entiendo —dijo Rula— es por qué tenemos que casarnos. Si es por tener hijos...

—¡Cállate! Ya dirás alguna animalada.

—Lo que digo es que no me hace falta don Carlos ni ningún otro.

—¡Qué sabrás tú!

Lucía entornó los ojos. Repentinamente cariñosa, puso la mano sobre la cabeza de Rula y la acarició.

—Eres muy joven, criatura, y todavía el demonio no se ha fijado en ti.

—¿Quiere decir Cayetano? —preguntó Julia.

—Quiero decir el demonio, un demonio que nos rasga las entrañas y nos saca a la cara toda la vergüenza del deseo...

—¿De qué?

Lucía indicó su copa, llena de jerez. Julia se le acercó.

—¿Se siente mal?

—No. Un poco de sed nada más.

Bebió un sorbo.

—¿Os habéis fijado alguna vez en Clara, la de Aldán? ¿Habéis visto cómo mira a los hombres? ¿No os habéis preguntado por qué es tan distinta de Inés, de nuestra Inés?

—Es que Inés es santa —atajó Julia.

—Es que Inés, por gracia especial del Señor, tiene cerradas al demonio las puertas de su cuerpo; pero pocas mujeres gozan de esa gracia. A todas nos llega, temprano o tarde; a todas nos domina, y es entonces cuando necesitamos que un hombre venga a librarnos, un marido, quiero decir. Recordad el Libro de Tobías. Toda mujer es como Sara y necesita ser rescatada del fuego que lleva dentro; y, cuando no halla quien la rescate, anda, como Clara, con el pecado en el rostro. Fijaos bien en el ejemplo que os pongo: Clara. Antes de ser como ella, antes de andar como ella...

Julia Mariño interrumpió:

—Pero yo no quiero ser como Inés. Inés no va a casarse, y yo quiero un marido.

—¿Es que tienes ya el demonio en el cuerpo, criatura? —Lucía la abrazó con pasión—. ¡Pobrecita! Carlos Deza podría rescatarte de su poder. Carlos Deza será un buen marido, es un hombre fino y de muy buena cuna.

—No me gusta —repitió Julia.

—¿Qué sabes lo que dices? Si yo fuese joven y soltera, como tú...

—Usted, sí; pero usted es de otra manera.

—Yo soy una mujer desgraciada, que solo quiere haceros felices. Yo soy la que puede decirlos lo que os conviene, porque conozco la vida, y porque, desde que estoy en este pueblo, he visto perderse a varias jovencitas como vosotras. Las mujeres llevamos la perdición en la sangre, y ahora Dios nos envía un san Jorge para librarnos del dragón; nos envía al Tobías que vencerá a Asmodeo; nos envía...

Julia Mariño se dejó caer en la butaca, se rio con risa poderosa y sacudió las piernas.

—Sí, sí, doña Lucía; todo está muy bien. Pero la que no se case con don Carlos, ¿qué hace?

—Le queda Cayetano —dijo Rulita ingenuamente—. Oí decir muchas veces que es el demonio. Y a usted misma se lo oí, doña Lucía.

Había vuelto a llover. Una oscura masa gris se cernía sobre las aguas de la ría, sobre los tejados de las casas. El Cubano comentaba que la bonanza de enero había sido corta.

—Menos mal que no viene con sudoeste. Las parejas tendrán buen viaje.

Habían partido los últimos barcos de la flotilla. La taberna estaba casi vacía. De vez en cuando entraba una mujeruca, y llevaba al fiado, un cuartillo de vino. El Cubano apuntaba el gasto en un libro mugriento.

—Pues, a esta hora, Aldán ya no vendrá. A lo mejor sigue con el catarro.

Carmiña retiró la taza de tinto que, durante la espera, Carlos había bebido.

—Con la familia que tiene, bien puede curarse.

—Ya le dije que se viniera aquí.

—Bueno es él para recibir favores de nadie.

—No lo hacía por favor.

—Mírese como se mire, padre, es una caridad.

El Cubano torció el morro.

—Me has oído decir mil veces que la caridad ofende al que la recibe.

—Sí, mi padre. Ya sé que dice muchas tonterías.

Carmiña salió por la puerta del fondo. Quedaron solos el tabernero y Carlos.

—Pues si quiere esperar...

Llevaba allí una hora. Había intentado anudar una conversación que el

Cubano esquivaba por timidez. Quería, sin embargo, retenerle, como si su presencia diese brillo a la taberna, un brillo del que nadie era testigo.

—Lo digo por si se aburre, porque yo, ¿qué más quiero que tenerle aquí? Con el tiempo que hace...

—Es tarde ya. Voy a irme.

Se levantó y echó sobre el mostrador una peseta. El Cubano vaciló entre rechazarla o cobrar el gasto. Le dio, por fin, unas monedas de cobre.

—Comprendo que, sin la gente, esto no está entretenido. Si quiere, mando a casa de Aldán a preguntar cómo va del catarro.

—No. Hoy ya no.

—Mañana, entonces.

Se abrió la puerta de la calle, empujada desde fuera. Una muchacha, cobijada bajo un paraguas de hombre, miró al interior.

—Ya no hace falta. Esta...

La muchacha entró y cerró el paraguas.

—Buenas noches.

Avanzó hacia el mostrador con una botella blanca en la mano. Vio a Carlos y la retiró en seguida. Se detuvo, como perpleja. Miraba a Carlos y al Cubano alternativamente.

—Es la hermana de Aldán —dijo el Cubano.

Ella se acercó a Carlos, con sonrisa forzada. Parecía molesta, y, al mismo tiempo, contenta. Vestía con humildad: un abrigo raído, medias de algodón, zuecos. Era alta, robusta.

—Carlos, primo Carlos. Soy Clara.

Le tendió la mano, áspera, fuerte.

Distinta de Inés, y, sin embargo, igual; parecía como si cuerpos idénticos fuesen trabajados desde dentro por pasiones contradictorias. Los ojos y la boca, sensuales; el labio superior, un poco cínicamente levantado, un poco amargamente cínico. Y unos ojos grandes, vivos, apasionados, como los de Inés.

—Vengo a buscar vino para Juan. Está con su catarro. Toma vino caliente con azúcar.

Alargó la mano y dejó la botella sobre el mostrador.

—Me alegro de encontrarte. Mañana, Inés y yo pensábamos ir a tu casa. Ya

sabes, a arreglar aquello. Juan nos dijo que vas a vivir allí.

El Cubano llenó la botella. Clara le dio unas perras.

—¿Por qué no vienes conmigo? Digo, si no tienes nada que hacer.

—Precisamente iba a salir.

—He de ir todavía a la lonja.

—No importa.

—¿Sabe si hay pescado? —preguntó Clara al Cubano.

—Algo siempre viene.

Salieron. Clara abrió el paraguas.

—Si me dejas que te coja del brazo, nos taparemos mejor.

—No faltaba más.

Preguntó por Aldán.

—No he ido a verle porque...

—No me lo expliques. No le gusta que nadie nos vea en nuestro cubil. En el fondo, hace bien.

En la lonja compró unos pescados baratos; los envolvió en una berza y en un papel mojado. La vendedora miraba a Carlos. Estaba la lonja casi solitaria, alumbrada por una sola bombilla gastada. En un rincón, dos mujeres peleaban a gritos.

—Mañana le pagaré —dijo Clara sin embarazo.

—¿Mañana? ¿Lo de ayer también?

—Sí, mujer; y lo de mañana.

—Yo llevo dinero —dijo Carlos.

—No te molestes.

—Si el señor lleva dinero... Con lo de ayer son catorce reales.

Carlos le dio el dinero. Un duro de plata. La pescadora lo batió contra el suelo.

—No tengo vuelta —dijo—. Si quiere, puede llevarse otra cosa.

—Es igual. Queda para mañana.

—No, no —dijo Clara—. ¿Cuánto vale ese besugo?

—Se lo daré en los seis reales.

—Venga.

Lo metió en el paquete y arrastró a Carlos.

—Hace más de un año que no pruebo el besugo —dijo, mientras abría otra

vez el paraguas—. Es para mí sola, ¿no?

—Como quieras.

—Después que cenén todos, me haré un guiso.

Volvió la cabeza y miró a Carlos.

—Pensaré en ti mientras lo como. Pero no digas nada del duro, ¿eh? Juan me mataría a palos si llega a enterarse. Él no debe saber nada.

Habían llegado a las primeras casas. Clara se detuvo.

—Para él, es mejor quedar a deber que pedir nada a nadie. Como si no fuera un modo de pedir.

Soltó el brazo de Carlos.

—Bueno. Hasta mañana.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, no.

—A estas horas... Tu casa está fuera del pueblo.

—Bajo sola todas las noches.

—Pienso si, con este tiempo, no os será incómodo, mañana...

—¿Qué más da?

—Puedo ir a buscaros, a la hora que digas, con el coche de doña Mariana.

—Eso está bien, pero no a casa. Acércate, a eso de las cuatro. Espéranos junto al camino del cementerio.

Le tendió la mano.

—Me alegro de haberte encontrado.

Echó calle arriba, rápidamente. Al pasar bajo un farol, la luz iluminó un instante su figura recia y esbelta, armoniosamente movida. Luego se perdió en las sombras y en la lluvia.

—Buenas noches, señor.

Paquito el Relojero, pajilla en mano, saludaba a Carlos desde la esquina.

Esperó donde el camino del cementerio se aparta. Había escampado, pero las nubes oscuras permanecían sobre el pueblo y ocultaban las cimas.

Encendió la pipa. El humo ascendía hacia la capota del coche, resbalaba hasta el borde y se perdía en el aire.

Inés y Clara llegaron puntuales. Las vio, de lejos, metidas bajo el

paraguas, con zuecas blancas y un saco cubriéndoles los hombros.

Cuando estuvieron más cerca pudo compararlas. Había de común — además— el ritmo. Caminaban como dos reclutas, hombro con hombro; el choclear de las zuecas sobre el suelo descarnado sonaba como un tambor redoblado.

Clara se soltó del paraguas y del saco y corrió hacia el coche.

—¿Qué hay, primo? No hemos tardado.

Inés, sosegadamente, le sonrió.

—Hola, Carlos.

Clara le dio la mano; Inés, no.

—Una de vosotras tiene que ir detrás.

—Tú, Inés. Cuelga ahí el paraguas.

Se acomodaron. El asiento era capaz, pero Clara, al cubrir las piernas con la manta, se arrimó a Carlos.

—También tú tienes que taparte.

—¿Y Juan?

—A ese no hay rayo que lo parta. Hoy tose menos.

—Está mejor —dijo Inés, desde la sombra.

Llegaron en seguida. Dejaron las zuecas en el zaguán; calzaban, sobre las medias, escarpines de paño; los de Clara, ribeteados de rojo.

—Subid.

Clara fue delante y subió rápidamente. Inés dejó pasar a Carlos y le siguió silenciosa. Carlos les enseñó los armarios y les dio las llaves.

—De la ropa, que se encargue Inés. Habrá que fregar el suelo. ¿Hay un cubo por ahí? —dijo Clara.

—Pero ¿vas a fregar tú?

—¿Por qué no? Lo hago todos los días en mi casa.

—No en la mía.

—¡Bah! No andes con remilgos.

Miró a su alrededor.

—Esto hay que fregarlo. Barrerlo, al menos. ¿No tienes una escoba?

Sí. Había una escoba vieja en la cocina. Clara se ató un pañuelo a la cabeza.

—Déjanos solas.

—No intentarás barrerlo todo. Los albañiles estarán unos días más.

—No pases cuidado.

Carlos fue junto a los albañiles. La chimenea estaba ya instalada. Ahora enjalbegaban.

Fumó con ellos un pitillo, comentó la inoportunidad de la lluvia para la siembra. Luego marchó al salón, hizo lumbre y se sentó a leer, pero pronto cerró el libro. La leña crujía en el hogar, y fuera se oía el rumor de la lluvia, que recomenzaba. Abrió la ventana y miró al jardín. El agua resbalaba por las piedras negruzcas de la pared, por las copas de los árboles. Allá abajo, Pueblanueva, como sumergida, perdía los contornos. Las torres de Santa María se clavaban en las nubes negras.

Se preguntaba si también Inés y Clara habrían entrado en su vida como los otros; si también le esperaban. Recordó sus rostros, iguales y diferentes. Inés había sublimado sus instintos; Clara parecía vivir metida en ellos, quizá dominada por ellos. Juan había dicho de ella que «esperaba a Cayetano», y este, a su vez, había amenazado con acostarse cualquier día con la hermana de Juan; con Inés, no con Clara.

—Bueno, primo. Esto ya está.

Clara, plantada en medio de la puerta abierta, los brazos en la cintura, le miraba.

Se acercó a ella.

—He traído un cestillo con merienda. Lo preparó doña Mariana. Está en el coche.

—Ya será veneno, si viene de la vieja.

No esperó. Salió corriendo por el pasillo y desapareció escaleras abajo. Carlos fue al cuarto de los armarios. Inés había sacado las sábanas y las mantas, las había sacudido y ventilado. Ahora limpiaba los armarios por dentro.

—Merendar vosotros. Yo iré luego.

—¿No estás cansada?

—No.

Hablaba sin mirarle. Se movía con gracia digna, con una elegancia que tenía algo raro, que Carlos no pudo identificar ni definir.

—Tienes mucha ropa, pero algunas mantas están picadas. Las dejaré fuera.

Las sábanas tampoco pueden guardarse hoy. Necesitan aire.

Se arrodilló frente a un armario.

—Iré luego.

Clara llamaba desde el pasillo. Salió.

—Ven. Quiero que veas lo que hice.

Le llevó a la sala que había sido de su madre, al dormitorio de su madre.

—Lo limpié todo y tienes la cama hecha. Puedes venir cuando quieras.

Señaló el armario.

—Hay mucha ropa antigua.

Lo abrió y lo mostró.

—Mira. Ropa interior, enaguas, trajes. Hay uno muy bonito, de seda negra.

Tu madre debió de casarse con él.

Cerró la puerta de un golpe.

—Es una pena. Se va a picar.

Llevaba el canastillo de la merienda colgado del brazo. Lo dejó sobre un velador.

—Podemos merendar aquí, si quieres.

—¿Por qué no en el salón?

—Aquí está más limpio.

—Justamente por eso. Además, en el salón hay fuego.

Clara cogió otra vez el canastillo.

—Vamos.

Comía brusca, toscamente; hablaba con la boca llena de comida. Al terminar se quitó el abrigo, lo echó sobre los libros de la mesa y se sentó junto a la chimenea, en el borde de la piedra.

—Nosotros también tenemos chimenea, pero nunca la vi encendida.

Quedó en silencio, mirando hacia las llamas. Carlos, un poco atrás, estudiaba su rostro oscurecido. En la penumbra se desvanecía toda sensualidad. Quedaban la frente noble, el perfil puro —la nariz levemente curvada— y el mentón resuelto; solo en los labios se alteraba la pureza: los labios gordos, salientes, entreabiertos, el superior más avanzado. No eran feos —más bien atractivos—, pero interrumpían el ritmo suave del contorno, como una pincelada de mano ajena.

Había cruzado los brazos por debajo de los senos, respiraba lenta,

profundamente. El resplandor de las llamas sacaba a sus cabellos castaños reflejos cobrizos; lo único en común con él y con los otros, aquellos reflejos del cabello, que Carlos ahora descubría.

—¿Tienes una vela?

Clara no se movió, pero Carlos volvió la cabeza bruscamente hacia la puerta. Inés había entrado; parecía una sombra ligera.

—Sí. Ahí, en el piano, hay dos o tres.

Se levantó. Inés había cogido un cabo de vela y se lo tendía. Carlos lo encendió.

—Puedes merendar ahora. Nosotros ya lo hemos hecho.

—No. Más tarde. Quiero terminar antes.

Salió en silencio y cerró la puerta tras sí.

—No vendrá —dijo Clara—. A lo mejor hoy es ayuno. Y aunque no lo sea, no vendrá. Cuando termine se pondrá a rezar.

Inclinó la cabeza hacia el regazo y ocultó el rostro. Carlos volvió a sentarse.

—Nosotros le importamos un comino. ¿No sabes que es santa?

Irguió el busto, estiró las piernas y los brazos. Se levantó.

—Bueno, ¿qué? Ya me has mirado bastante. ¿Qué te parezco?

Inesperado, fuera de lugar. Carlos se estremeció.

—¿Por qué dices eso?

—Pareces tonto, primo. Todos los hombres sois tontos.

Se dejó caer en una silla, frente a él, cara a la luz de la chimenea. Algo había cambiado en ella. Le miraba agresiva, casi con rabia.

—¿No sabes que Juan nos mandó aquí para ver si yo te gustaba? Es decir, supongo que no habrás pensado en Inés, sino solo en mí. A Inés ya la conocías; no parece haberle hecho efecto. Además, ella no le da quebraderos de cabeza: va a meterse monja, que es una buena solución. Pero a mí hay que casarme antes de que ocurra una catástrofe.

Rio de modo inconveniente.

—¡Di algo, hombre, no quedes ahí pasmado! ¿O quieres verme mejor?

Se levantó, fue al centro del salón, dio unos pasos cómicos, un par de vueltas sobre sí misma, moviendo las caderas con exceso. De pronto quedó quieta y erguida.

—Enciende una vela. No puedo hablar contigo sin verte la cara.

Carlos obedeció. El salón se iluminó levemente.

—¡Vamos, di si te gusto!

Carlos se llegó hasta ella, con la vela en la mano, y le alumbró la cara. A Clara le brillaban los ojos y le temblaba el labio superior. Carlos temió no poder disimular la pena súbita que aquello le causaba. Pena e incomprensión —aunque algo le advirtiera, allá dentro, que no era absurdo sino en apariencia — que obedecían a causas reales, aunque desconocidas. No era más absurdo que lo de doña Mariana, que lo de fray Ossorio, que lo de Piñeiro. Era, también, algo que estaba esperando su llegada para suceder. Pero Clara no se confesaba, sino que desafiaba. Sus ojos desafiaban como si él la hubiera ofendido. Sintió necesidad de dominarla con un efecto teatral.

—No. No me gustas.

Clara parpadeó fugazmente, como si vacilase. Se recobró en seguida.

—Estoy muy buena: es lo que me dicen cuando voy a la lonja a comprar pescado. Lo dicen con la mirada; a veces me dan un azote o me tiran un pellizco, que quiere decir lo mismo.

—Eres una desvergonzada.

Clara se encogió de hombros.

—¿Y qué? Es mejor que lo sepas. He fingido, desde ayer, ser una chica como las otras, no sé por qué. Es decir...

Calló y bajó los ojos.

—Lo sé, pero no te lo digo. Así nos entendemos mejor. Tú, tonto; yo, sinvergüenza.

—No quiero entenderme contigo. Si no fueras hermana de mi amigo...

—¿Me hubieras echado a patadas?

—A patadas, no. Te hubiera pedido que te fueras. Te lo pido. No creo haber dado pie a esta escena tan violenta.

—¿Violenta? Para ti. Yo he pensado todo el día en ella. Pensaba si engañarte, como hasta ahora, o poner las cosas en claro. Es mejor así; no tengo bastante educación para ser hipócrita con éxito.

—¿Qué te propones?

—Nada más que enterarte de cómo soy, para que no caigas en la trampa.

—¿Pretendes sugerirme que tu hermano quiere hacerme caer en una

trampa?

—¡Oh no, nada de eso! Juan es incapaz. Juan solo piensa: «Carlos está soltero y necesita una mujer, si va a quedarse aquí. A lo mejor le gusta Clara y me quita un peso de encima». Pero yo soy una trampa, Gusto a los hombres. Si hubiera permanecido silenciosa, y te hubiera seguido el aire, después de haber trabajado para arreglar tu casa y hacer tu cama, te habría gustado. Y... ¿Quién sabe?

Levantó la mirada hacia él: iracunda todavía, pero implorante ya.

—No me mandes marchar. No quiero ir junto a Inés. Quiero estar aquí hasta que ella se vaya y hablar contigo.

—Me es igual.

—A mí, no. Lo más desagradable ya lo he dicho.

Fue hacia la silla; sin volverse, añadió:

—Si hace falta, te pido perdón.

Se detuvo un momento, antes de sentarse.

—¿Me dejas que me siente otra vez junto a la chimenea? Tengo frío.

—Haz lo que quieras.

—También puedes apagar la vela. Ahora ya no me importa la oscuridad.

Se sentó como antes; se dobló sobre sí misma y ocultó el rostro entre los brazos. Carlos cargó la pipa, la encendió, se sentó al piano y tocó unas escalas. Sonaba a demonios, pero siguió tocando, y su ánimo irritado halló placer en las disonancias creadas por sus manos. De repente cerró el piano.

—¡No había necesidad de esto! —gritó.

El grito sacudió el cuerpo de Clara como un sobresalto.

—No te incomodes. ¿Por qué no lo tomas a broma?

—Eres la hermana de un amigo y casi me obligas a insultarte.

—En el fondo, me he portado bien.

Se levantó lentamente y quedó apoyada en la chimenea.

—Pude haberte gustado. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Eres pobre, pero no tanto como nosotros. Tienes una casa hermosa y te portas como un caballero. Ayer me diste un duro, y hoy me llevaste a tu lado en el coche, y te preocupaste de taparme; fue un gesto muy delicado, que me conmovió, porque lo hiciste limpiamente, sin tocarme. Hace un momento, cuando estábamos aquí, en silencio, antes de que viniese Inés, yo me dejaba tentar. Era cosa de seguir

disimulando, si conseguía gustarte. A lo mejor te casabas conmigo. Yo, por huir de mi casa, me casaría con el diablo, y si el diablo no me quiere para casarse, es igual: acabaré huyendo con él. Tú lo evitabas.

—El diablo, ¿es Cayetano Salgado?

—¿Por qué lo sabes?

—No conozco a nadie que se le parezca más.

Clara le miró, con una leve sonrisa en los labios.

—¿Ya no estás incomodado? Entonces siéntate. Mientras estás de pie parece que esperas a que me vaya.

Carlos dejó la vela sobre la repisa de la chimenea y se sentó.

—Ya no estoy tan incomodado.

Ella volvió a sonreír.

—¿Y quieres que siga hablando?

—Sí.

—¿Sin mentirte?

—Para mentirme no valía la pena lo de hace un momento.

—Empiezas a comprender que ha sido mejor.

—Quizá.

La pipa se le había apagado. La encendió de nuevo.

—¿Por qué hablas de escaparte con Cayetano como cosa inevitable? ¿Por qué tu hermano lo teme?

—¿Qué quieres que haga?

—¿Estás enamorada de él, acaso?

Clara hizo un gesto de asco.

—¡No! Pero... Cayetano es rico. Cuando me lleve a La Coruña le diré que me compre mil pesetas de ropa interior y que me aloje en un hotel donde pueda bañarme entera con agua caliente —se le iluminó el rostro—. Después, que haga de mí lo que quiera. Yo no volveré más a Pueblanueva.

—¿Esa es toda la razón: mil pesetas de ropa interior y un baño caliente?

—Y no volver.

—Puedes marcharte sin nada de eso.

—Sí. A vivir arrastrada, sin un momento de gloria. Puedo marcharme ahora, claro. Sola o con cualquier viajante de comercio. Me han hecho proposiciones, ¿sabes?, pero ninguno de ellos me ofrece nada de sustancia,

sino mentiras: «¡Te querré siempre! ¡Te tendré como a una reina!». ¡Imbéciles! El otro, al menos, no engaña. Paga lo que toma y lo paga bien —hizo un gesto obsceno con la mano—. ¡Son una mierda los hombres! El peluquero de la plaza me espera, a veces, de noche, cuando regreso de comprar el pescado. Es un buen muchacho y tiene novia, pero le gusto. Me espera en la carretera, y tengo que defenderme a golpes. Un día le di una patada y cayó al suelo, dando gritos y retorciéndose. Me dio pena. Pensé que no estaba bien hacer daño a un hombre porque quiera tocarle a una los pechos, pero me fui y lo dejé tirado. Hay otro que también me espera, a veces: el de la mercería. Ese es tímido. Viene conmigo y no se atreve a decir nada ni a hacerlo, y yo lo provoco, y cuando me parece que va a atreverse, escapo. ¿Sabes por qué? Porque me gustan, y si me quedo con ellos un poco más, caigo. Y no puedo caer si quiero que Cayetano me dé las mil pesetas.

—¿Es la tarifa?

—¡Ah, no sé! Pero como no tengo hermanos que emplear en el astillero...

Se le ensombreció el rostro.

—Juan es muy orgulloso, ¿sabes?, y no baja la cabeza. ¡Muy cómodo! Un hombre de verdad se guarda el orgullo y trae un sueldo a casa. Entonces puede exigir. Pero Juan come de nuestro sudor, y si yo me deslizo, me rompe una costilla. ¡Que se vaya al demonio! Por eso, cuando me largue, no volveré. Si quiere matar a Cayetano, allá él.

—No puedes juzgar así a tu hermano. ¿Piensas que no le duele su situación y la vuestra? No sabes con qué vergüenza, aquí mismo, me pidió que no fuese a vuestra casa, por tu madre.

—¿Qué le importa mi madre? Vergüenza, sí; la que él pase o pueda pasar. Tiene mucho honor el caballero. Pero no recuerdo que Juan haya ganado jamás una peseta.

Le brillaban los ojos de llanto refrenado. Las últimas palabras las había dicho sobre el hipo de un sollozo. Carlos no se movió, y ella quedó callada unos instantes.

—Ya ves —dijo luego— el trabajo que me costó no engañarte. Si te casaras conmigo, o me trajeses a tu casa de querida, todo se arreglaría. Ya sé que no tendríamos mucho dinero, y que trabajaría como una bestia, pero estoy acostumbrada. Yo, además, no te costaría mucho. Con lo viejo de tu madre me

haría ropa interior para diez años.

—Te obsesiona la ropa interior.

—Es que no tengo —respondió con sencillez casi candorosa—. Si me quitase este traje, quedaría en cueros. Unas bragas y una camisa, cosidas y remendadas, ese es todo mi ajuar. Cuando las lavo y tardan en secar, como hoy, hay que aguantar sin ellas, y dormir vestida. Me da asco. Por eso sueño con ropa nueva y limpia. Ya ves a lo que estoy dispuesta.

—Me gustaría arreglarte algo. Puedo darte dinero.

—¿Para qué? ¿Para que mi hermano me pegue pensando que se lo saqué a otro?

—Se le dice.

—Antes se dejaría matar que admitir nada de nadie.

—¿Y a Inés?

—¿Inés?

—Juan no pensará de ella que se lo ha sacado a Cayetano. Inés es buena.

Algo así como un relámpago de rabia estremeció el rostro de Clara.

—También tú te has dejado embaucar por esa beatona.

—A ella no la esperan los mozos en el camino, como a ti.

—Inés tiene el problema resuelto. Está enamorada de un fraile.

Carlos dio un salto en el asiento; demasiado visible. Clara rio.

—¡Sí, no te asustes! Ella no se da cuenta, pero solo piensa en él y vive para él.

—¿Sabes que no se han hablado nunca, y que él no la conoce?

—¿Qué importa eso? Está enamorada de él. Un amor de esos románticos, por ahora.

—Tienes algo malo dentro, Clara.

—Ya lo sé.

Volvió a quedar en silencio, entristecida.

—Perdóname —dijo Carlos.

—¿Por qué? Has dicho la verdad: soy mala de corazón. Pensarás que podía, como Inés, enamorarme de un ser lejano, en vez de esperar a que alguien se acueste conmigo por dinero. Pero lo malo no me nació aquí dentro, sino que vino de fuera y se metió en mí. Lo malo estaba en la calle, cuando vivíamos en Madrid y yo tenía que ir a la tienda, a pedir fiado, porque ya no

teníamos dinero. No se preocupaban de por qué me daban el kilo de patatas o el real de huesos para hacer un poco de caldo. ¡Como yo era simpática!... Sí. Yo era simpática, y a los catorce años tenía caderas de mujer. Me daban las patatas y los huesos y, de propina, un azote, o me achuchaban contra un montón de sacos. Como ahora. Si no llevo el pescado, no hay que comer; pero yo voy a la lonja porque soy deslenguada y sé pelear con las vendedoras, y sacarles unos jureles al fiado cuando no hay dinero. Y cuando hay traiña o xeito, voy a la playa y me dan el pescado más barato, porque mis caderas les gustan a los pescadores, y yo, como lo sé, las meneo. Esos no me tocan, porque respetan a Juan; que es su dios, pero me desean. Yo me aprovecho. Pero cuando uno de los otros me espera en el camino, y tengo que defenderme sin que Inés ni Juan se preocupen de mí, al acostarme lo recuerdo y no puedo hacer otra cosa, porque contra el recuerdo y el deseo no valen patadas ni puñetazos.

—¿Crees que Inés no los tendrá también?

—¡Bah! Ella no sintió jamás el aliento de un hombre buscándole la boca. El que tuvo más cerca fue Cayetano, que la esperó algunas veces, pero que no se atrevió a propasarse porque iba yo con ellos. O porque Inés le da miedo, vaya usted a saber. Pero yo no doy miedo a nadie. Yo gusto, y me lo dicen. Les contesto una grosería, pero en el fondo lo agradezco. ¿Qué quieres que haga?

—¿Nunca has tenido un novio?

—¿Aquí? Mira: no hay cosa que más desee que ir al cine. Estoy tan cansada que sueño con meterme allí y ver cómo otros viven y sufren. No sé por qué eso descansa tanto, y queda una tranquila. Una vez, de recién llegados, un muchacho me invitó, y me dejé llevar, pero, en cuanto apagaron, quiso meterme mano. Es para eso para lo que me quieren. ¿Cómo voy a tener novio? Además, me da vergüenza que me vean de día. No bajo al pueblo nunca hasta el anochecido. Todas las muchachas me desprecian por la ropa que llevo y por la fama que tengo. ¡Oh! Me pegarían y me dejarían en cueros delante de todo el mundo. La novia del peluquero quiso pegarme cuando le di la patada a su novio. A poco la mato. ¡Como si yo lo hubiera llamado! Lo que ella no sabe es que él volvió a esperarme; y que volverá otras veces.

Se encogió de hombros e hizo una muequecilla descarada:

—Esto es todo.

Recogió el abrigo.

—Ayúdame a poner eso. No te dé reparos. Está limpio.

—Espera, no te vayas aún.

Ayudó a Clara a ponerse el abrigo, y ella se estremeció y echó a correr. Parecía como si un temor súbito la hubiera acobardado. Con una mano sujetaba el abrigo sobre el vientre: la otra, saliente por la abertura, no se cerraba, como si esperase algo que rechazar.

—Quiero preguntarte algo —dijo Carlos—. Si tienes frío, puedo traer una manta.

—No, no te molestes. No tengo frío.

—Entonces, siéntate. Como antes, junto al fuego. ¿No estabas bien ahí?

Clara se sentó. Le estorbaba el abrigo. Lo dejó caer y Carlos lo recogió en seguida.

—Lo primero, ¿por qué me has tenido miedo?

—No lo sé.

—¿Has visto en mí algún movimiento, o he dicho alguna palabra que te hiciera temer?

—No, pero... estoy indefensa, después de lo que acabo de decirte.

—Lo has dicho por tu voluntad.

—Sí. Pero eso no quita que esté indefensa.

—Con solo gritar, vendría Inés.

—Antes que deberle nada, me dejaría violar aquí mismo.

—¿Piensas que soy capaz de hacerlo?

—No fue pensamiento. Fue un miedo que me vino de pronto. No estaba contigo, sino con un hombre. Cualquiera otro me hubiera abrazado.

Levantó la cabeza con un movimiento brusco, con un resplandor de odio en los ojos.

—¿Qué piensas tú que cree Inés ahora?

—Nada, desde luego; nos ha olvidado. En cualquier caso, nos oye hablar.

—Bueno. Pregunta lo que quieras.

No era fácil. Le entró el escrúpulo de parecerle, de pronto, vanidoso o necio. Se detuvo, buscando una manera indirecta.

—Dime, ¿por qué me has contado esas cosas?

—¡Oh, no sé! Creí que estaba bien.

—¿Cuándo lo decidiste?

—No lo decidí. Salió solo.

—Has dicho antes que habías estado pensando, que te habías dejado tentar.

—Sí, pero no se me había ocurrido que pudiera llegar a hacerte confidencias. Nunca se las hice a nadie.

—¿Hay alguien a quien pudieras haberlas hecho?

—No tengo amigas.

—¿Necesitabas hacerlas? Quiero decir: después de haberme hablado, ¿te sientes mejor, te ves más buena ante ti misma?

Clara rio.

—Tú no eres el cura.

—Respóndeme ahora a esto, pero sin mentiras...

—Yo no miento, Carlos —interrumpió ella con energía.

—Ya lo sé. Pero pudiera ser que lo que yo te pregunte, esto u otra cosa, te obligue a mentir por primera vez.

—No te lo perdonaría nunca.

—¿Cuándo pensaste que casándote conmigo resolverías tu vida?

—¿Y es por esa pregunta por lo que temes que te mienta?

Rio otra vez, con alegría, como si jugase a un juego inocente.

—Comprendí lo que pensaba Juan y pensé que no estaría mal.

—¿Y antes?

—Antes, ¿cuándo?

—Antes de venir yo.

—Hijo, antes de venir tú, no sabía de tu existencia. Juan no habló jamás de ti hasta que llegaste. Fue una noche, por Navidad. Llegó a casa muy contento y, en vez de encerrarse, nos acompañó. No se incomodó, como de costumbre, por la borrachera de mamá. Estuvo amable con nosotras. Ahora recuerdo que le habían dado una pedrada y que venía vendado. Le pregunté con quién se había peleado. «¡Con unos del astillero!»; y en seguida contó que tú le habías curado, y que le habías reconocido y tratado como amigo de la infancia. Le pregunté quién eras, y me dijo que algo muy importante. «Y si es eso tan importante, ¿va a quedarse aquí?» «No, no. Viene a pasar una temporada.» Por eso me sorprendí mucho cuando, el otro día, dijo que te quedabas. Fue la primera vez que habló de parentesco, quizá por si Inés ponía algún reparo en venir. Entre parientes...

Le miró de reojo y con sorna.

—¿Somos parientes? Yo te trato de primo. No te habrá parecido mal.

—Sí, lo somos.

—Entonces también te alcanza mi desvergüenza —dijo con voz sombría.

Escondió la cabeza entre las manos.

—Lo siento, Carlos, pero jamás sospeché que existieras; ni, aunque lo sospechase, hubiera podido hacer nada por evitarlo. Las cosas son como son y como vienen, y si una nace desvergonzada, o se hace sin quererlo, ya no hay quien lo arregle. No lo he sentido nunca más que por mí, porque mi madre no se entera, mi hermano no merece que lo respete, y mi hermana... ¡bah! Pero tú me pareces decente, y, ahora que lo sabes todo, te molestará saludarme en la calle. Es natural.

—Si es así, ¿por qué ayer me dejaste que te acompañara y me pediste que te cogiera del brazo?

—Ayer estaba en plena tentación.

—¿No exageras un poco el alcance de las cosas? Después de todo, ¿en qué consiste tu desvergüenza? ¿En aceptar como una fatalidad que un día hayas de escaparte con Cayetano? En primer lugar, eso, si no estoy mal informado, lo esperan bastantes chicas del pueblo y muchas lo desean. En segundo lugar, no lo sabe nadie más que tú. De lo demás, no tienes la culpa. Harto haces con defenderte de tus...

Buscó una palabra sin gravedad.

—... de tus admiradores.

—Mira, Carlos...

Clara se levantó. Volvió a temblarle el labio, y su mirada temblaba también, como si quisiera apartarla, y, al mismo tiempo, mantenerla fija en Carlos.

—... te he contado algunas cosas con facilidad, porque vinieron rodadas, y no he pasado vergüenza al contarlas. Tampoco la pasaría si hubiera de decirte que me acosté con este y con aquel: más difícil que decirlo después de hecho es dar por sentado que un día lo haré. Sin embargo, algo he callado. Es lo que me da vergüenza y lo que más caro me cuesta no callar. ¡No digas nada! Acabas de disculparme, te lo agradezco, pero no vuelvas a hacerlo. Yo tengo mis vicios.

A pesar de la voz, del gesto dramático, Carlos rio.

—¿Juegas a la brisca? ¿Fumas y bebes anís a escondidas?

Se acercó a Clara y le puso una mano en un hombro, dulcemente. Ella le apartó con brusquedad.

—No es para reír. Mis vicios no son para que nadie se ría.

—¿Es que los conoce alguien?

—Ahora, tú; antes, Inés. Inés no se rio. Inés me pidió, con la mayor dulzura, que no volviese a dormir en su cama. Antes, dormíamos juntas porque en casa solo hay tres camas y pocas mantas. Me dijo que no volviese a dormir en su cama, y comprendí que me había descubierto y que sentía asco de mí.

Adelantó dos pasos, la cabeza inclinada, mirando un poco en el vacío.

—La odio. Tenía que haberme reñido, que haberme golpeado. Tenía que llamarme cochina. O bien perdonarme y decirme que no lo hiciera. Claro que es muy fácil decir «No lo hagas» cuando una llega a casa con la cabeza llena de ideas místicas y está románticamente enamorada de un hombre cuyo sudor no ha oído nunca. Pero a mí los hombres me tocan y, además, me gustan.

Levantó la cabeza, como esperando respuesta, o quizá juicio. Carlos le sonreía. Estuvieron así un instante. Clara abrió los brazos con desaliento.

—Tenemos un jergón de paja. Me fui a dormir allí, pero hacía frío. Me acostaba vestida y con abrigo, pero no podía dormir, y era peor. Una noche entré en el cuarto de mi madre y me metí en su cama. Ni se enteró. Nadie sabe que duermo con ella. Ahora, en invierno, puede pasar. Pero en verano, como no se lava, huele mal, y no puedo estar a su lado aunque la quiera mucho y me dé mucha pena. Me escaparé en cuanto llegue el verano.

Le subió un sollozo a la garganta, pero lo reprimió como si no le perteneciese.

—Vámonos cuando quieras —concluyó con firmeza.

Llovía, la lluvia golpeaba la capota del coche, rebotaba sobre las guijas del camino. El farolillo del carricoche apenas alumbraba. Inés se había instalado en el asiento interior. Clara, junto a Carlos, tapadas las piernas de ambos por la misma manta, ponía especial cuidado en no tocarle. Si el coche daba un tumbo, ella procuraba inclinarse hacia fuera. Estuvo a punto de caer.

Rodearon el pueblo. Al llegar al cruce del cementerio, Clara quiso apearse y seguir solas, pero Carlos insistió en llevarlas hasta su misma casa. No se veía la fachada, negra en la oscuridad: solo una luz temblona y pobre.

—Adiós, Carlos. Volveré siempre que te haga falta.

Inés saltó del coche, se echó el saco sobre la cabeza y atravesó la era, chapoteando. Clara tardó en ponerse las zuecas. Abrió el paraguas, pero quedó quieta, mirando a Carlos, queriendo decir algo que no sabía. Escondía los ojos bajo la sombra del paraguas, pero Carlos veía brillar sus luces indecisas.

—Bueno, Carlos —dijo, al fin, Clara—, adiós.

Le tendió la mano.

—¿Qué hago si quiero verte? —preguntó Carlos.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Somos amigos desde hoy.

—¡Deja eso! No puedo ser amiga de nadie.

—Sin embargo, algún día querré charlar un rato contigo.

—Allá tú. Bajo a comprar el pescado a eso de las ocho.

—Adiós, pues.

Esperó a que desapareciera en medio de la lluvia, y regresó. Doña Mariana le esperaba en el comedor, un poco inquieta. Carlos contó los sucesos de la tarde, y la conversación con Clara en líneas generales... Doña Mariana la ignoraba. Sabía vagamente que Juan tenía una hermana pequeña.

—De todas las personas que conocí hasta ahora, es la única que no me esperaba.

—¿Eso te la hace simpática?

—¿Por qué voy a ocultarlo? Me impresiona, además, la frialdad con que acepta su destino. «Me escaparé en cuanto llegue el verano», con Cayetano, por supuesto.

—¿No será eso, precisamente, lo que desea?

—En todo caso, es un deseo circunscrito a lo posible. El número de opciones de que esta chica dispone es muy escaso: entregarse al barbero, o al tímido, o a cualquier otro de su calaña, o reservarse para Cayetano. Esto es lo mejor. Que lo haya elegido, o aceptado, es, en cierto modo, normal.

Habían cenado ya y tomaban café. Al terminar, Carlos fue al piano y tocó

durante un rato, la misma melodía que aquella tarde había disonado en el piano de su casa. Seguía pensando en Clara, y la melodía puso música al pensamiento.

—Es una presa que irá a manos de Cayetano sin que él se esfuerce por conseguirla. Él prefiere a Inés, naturalmente. Inés parece envuelta en una especie de misterio que no responde, estoy seguro, a nada real, pero que la hace extrañamente atractiva. Es tan bonita como Clara, tiene parecidos encantos y, sin embargo, uno no puede prestarles atención, como si toda atracción física muriese antes de nacer. El hombre corriente se inhibe, pero Cayetano no es un hombre corriente. Para que Inés fuera su conquista suprema, su máxima venganza, bastaría con que fuese hija de usted. No siéndolo, le queda, sin embargo, la aureola de santidad. No me refiero a la fama que pueda tener, sino a una verdadera aureola, a algo que emana de ella constantemente, cuando trabaja, cuando está en silencio, cuando camina. Recuerde usted que, en la vida de don Juan, hay siempre una monja; y esta pretende serlo. Sin embargo, no creo que Cayetano consiga nada de Inés, como no sea por la violencia, y aun esto es difícil. El día que lo comprenda, se dará cuenta de que Clara es una compensación apetitosa: mucho más sencilla, y sus encantos son de efecto inmediato. No creo que Cayetano la rechace cuando se le ofrezca, y ella lo hará en cuanto llegue el verano. ¡Por mil pesetas de ropa interior y un baño caliente!

Abandonó el piano y se sentó en el sofá, junto a doña Mariana. Permaneció en silencio mientras liaba un cigarrillo. Doña Mariana, de vez en cuando, le miraba de reojo; le miraba y sonreía.

—Sin embargo, es algo nuestro. Cierto que no se nos parece como Juan; pero, cuando la tenga en la cama, Cayetano no dejará de pensar que ha obtenido una victoria personal sobre los Churruchaos.

—Y, ante todo, sobre ti.

—¿Por qué sobre mí, y ante todo?

—Suponte que Clara le cuenta que una tarde de lluvia estuvo en tu casa a tu merced. Y que tú la rechazaste.

—Si lo cuenta así, no será verdad, y Clara no miente.

—Si lo cuenta así, será una verdad como una casa, porque eso es lo que ha pasado hoy.

—Bien, ¿y qué? Usted misma dice que la rechazé. Otra cosa sería si yo la hubiera buscado.

—Quizá. Pero, desde su punto de vista, Cayetano se llevará algo que ha sido tuyo.

—Que ha podido serlo.

—Llámale hache. Si tuvieras instinto de propiedad no hablarías ahora de Clara Aldán, y de lo que llamas su destino, con esa tranquilidad.

—Le aseguro que le tengo la mayor simpatía.

—Será verdad, pero no se te nota. Eres médico. Clara Aldán, para ti, es un caso más.

—¿Qué pretende usted que haga? ¿Que me case con ella?

—¡No, hijo, nada de eso! No creo que puedas hacer nada, salvo darle dinero. Pero, en tu situación, yo sentiría algo parecido a rabia, que es lo que sienten los hombres ante lo inevitable.

—Hay otra manera de enfocar la cuestión.

—¿Cuál?

—Una cierta obligación moral. Pero no la siento. Debería sentirla. Juan es mi amigo, y empiezo a tenerle afecto. En conjunto, les tengo afecto a todos, incluso a Clara. Me gustaría arreglarle el asunto, sí; pero, como usted, pienso principalmente en birlarle a Cayetano una conquista.

—¿Eso es también una obligación moral?

—En mi caso, no. Recuerde que no me parezco a Cayetano.

—Tienes que ofrecer dinero a esa chica. Es decir, si con dinero se evita lo que tú llamas su destino.

—Temo que si le doy veinte duros se considere comprada, y yo no puedo comprar a la hermana de un amigo; ni sé tampoco si me sentaría bien considerarme propietario de una mujer.

—Pues tienes hasta el verano para encontrar una solución.

Aquella noche Carlos pensó largamente en Clara. Repasó los recuerdos, y en el recuerdo destacaba, aislado, su enorme atractivo sexual, como si de todo lo que Clara era y de todo lo que en ella había, solo aquello le importase seleccionar. Al darse cuenta, se inquietó. Casi un mes antes había escrito a Zarah: «¿Es posible que tú, tan perspicaz, no hayas adivinado lo poco que me importa el placer?». Ahora resultaba que una parte de sí mismo, cuyo dominio

no había ensayado, se orientaba decididamente hacia el placer, o quizá guiaba sus actos sin que él mismo lo advirtiese. ¿Había verdaderamente invitado a Rosario a ser su criada solo por fastidiar a Cayetano, o porque le gustaba? Se sintió indefenso. Si Clara, en vez de ser una muchacha instintiva y fundamentalmente honrada, tuviese un átomo de picardía, a la vuelta de un mes de familiaridad, que no hubiera podido rechazar, se encontraría cualquier mañana convertido en seductor de la hermana de su amigo. La palabra «seductor» le hizo reírse de sí mismo, pero en el fondo de su corazón sintió gratitud hacia Clara.

Vinieron a avisarle, por la mañana, de que la sillería estaba ya tapizada. Dijo que la llevasen directamente a su casa. Doña Mariana consideró que le hacía falta una alfombra, y mandó que bajasen de la bujarda las que tenía retiradas, para que Carlos viera entre ellas si alguna le iba bien a la tapicería. Sugirió también la conveniencia de adornar con unas porcelanas la repisa de la chimenea, pero Carlos rechazó el ofrecimiento como una frivolidad.

—Llévate, entonces, algún cuadro, o algún grabado. No hay nada más inhóspito que una pared desnuda.

Pero Carlos había visto en su casa cuadros y grabados en buen estado, y se refirió a una serie que, de niño, le gustaba, y que pensaba ahora trasladar a la torre. Doña Mariana se conformó con el regalo de la alfombra.

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Cualquier día. Quizá mañana.

—No pensarás guisarte tú mismo.

—¿Por qué no?

Doña Mariana se echó a reír.

—Vives en la luna. No creo que sepas freír un par de huevos a derechas. Si haces esa vida, te convertirás en un salvaje.

—¿Por qué un salvaje y no un asceta?

—Para mí es igual. No me opongo a que te vayas, si lo necesitas; pero exijo que vengas a comer conmigo diariamente, y que uses de mi casa para no perder ciertos hábitos civiles, como bañarse. Estás en situación de comprender la importancia moral de un baño caliente. Y ya que salió esto,

reclamo también el cuidado de tus camisas. No creo que nada de esto coarte en lo más mínimo tu libertad.

—¿Por qué piensa usted en ella?

—Porque es lo que te preocupa, hijo; eso salta a la vista. Y no es que me parezca mal, porque estás en edad de ser libre. Lo que me choca es que hayas elegido este agujero.

Aquella tarde, después de comer, Carlos subió al pazo. Los albañiles se habían despedido al mediodía, encaladas ya las paredes. La sillería y la alfombra debían estar en el zaguán. Allí estaban, pero, junto a ellos, vio un par de zuecas blancas. Subió de unas zancadas, fue al cuarto de los armarios. La puerta estaba abierta. Clara, de espaldas, ordenaba un montón de sábanas. Se volvió al oírle. Dijo tranquilamente:

—Me pidió Inés que viniese a guardar esto. Ayer quedaron a ventilar. Ya casi he terminado.

—Yo lo hubiera hecho.

—No es cosa de hombres.

Siguió doblando sábanas y guardándolas. Eran de las pequeñas. Cuando llegó el turno a las grandes, pidió ayuda a Carlos.

—Has hecho bien en venir —dijo él—. Sin ti, me hubiera visto negro para doblarlas.

—¿Ves? Fue una buena idea. En seguida terminaré y te dejaré solo. Juan está mejor, ¿sabes? Esta mañana bajó al pueblo.

Le hizo algunas recomendaciones de orden doméstico: la conveniencia de dejar abiertos los armarios durante una temporada, y de guardar en ellos, en cuanto fuera posible, manzanas o membrillos, para que la ropa perdiese el olor a cerrada.

—Por cierto, hay que abrir también tu ropero. Está lleno.

Lleno de ropa femenina, anticuada. Clara miró con envidia los trajes, la ropa blanca. Adelantó la mano y acarició unos encajes.

—¿Por qué no te lo llevas? Yo no lo necesito.

Fue una idea repentina, pero comprendió que debía habersele ocurrido antes. Lo dijo, sin embargo, con voz indiferente.

—¿Yo? ¿Todo esto?

—Sí. A mí me estorbará.

—Pero ¡si vale lo menos cien duros!

—Siento que no valga mil pesetas.

Clara cerró el armario de un golpe.

—Gracias. No lo quiero.

«Soy de una torpeza incalculable», pensó Carlos. Tenía que arreglarlo, aunque fuese trayendo la conversación al terreno que hubiera querido evitar. Aunque tuviese que mentir.

Clara, sin mirarle, se ponía el abrigo.

—Espera. No te vayas todavía.

Ella alzó la cabeza, le miró con rencor.

—¿Qué me quieres?

—He pensado en ti mucho tiempo. Venía dispuesto a llevar a tu casa lo que acabo de ofrecerte.

—No quiero limosnas.

Se acercó a ella. Clara retrocedió otro tanto, hasta quedar acorralada contra el hueco de una ventana.

—Por favor, Clara. Ayer reprochabas a tu hermano su orgullo.

—Tengo el mismo derecho, ¿no?

—Tienes el mismo derecho a equivocarte, ¿quién lo duda? Pero ayer obrabas de otra manera.

—Ayer no sentía por ti lo que siento ahora.

Carlos se apartó. Así, de cerca, Clara olía a piel limpia y saludable. Buscó una silla, pero no se sentó.

—He pensado en ti, y he comprendido que, desde ayer, tengo contigo algo parecido a una obligación. Entiéndeme bien, no una obligación que exija nada de ti, gratitud y otra cosa, sino el deber de evitar eso que, según me dijiste ayer, esperas como inevitable. Y no porque seas hermana de Juan, ni porque seas tú. Tendría el mismo deber con cualquier otra muchacha.

A Clara le dio un súbito y breve ataque de risa.

—¡Estás listo! Más de cien esperan lo que yo, o algo parecido. Menos mal que son muchas, y que un hombre solo no da para tanto; pero ten la seguridad de que unas cuantas lo van a conseguir. ¿Qué pretendes? ¿Ir una por una, a ver si lo remedias?

—Ninguna de ellas esperó de mí el remedio. Tú, sí, al menos unos

instantes. Tú, además, me has dicho lo suficiente para saber que no lo has buscado, que no lo deseas, y que no será tu felicidad.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿por qué rechazas lo que te ofrezco? ¿Porque es pobre y poco?

—¡No seas imbécil! Ayer he llorado de envidia delante de este armario.

—Pero no me has dicho: dámelo.

—No sé pedir. Yo no sé más que comprar al fiado. ¿Querías que te dijese: me llevo esto y ya te lo pagaré? ¿Con qué? Yo no puedo pagar más que de una manera.

—Estás sacando las cosas de quicio. Nadie habló de comprar ni de pagar. Tampoco de limosnas.

—¿Cómo le llamas entonces?

Carlos dio una patada en el suelo. Retumbó el entarimado, tintinearón las figurillas de una consola.

—Te empeñas en ponerlo difícil.

—¿Yo? ¡Cuando dijiste «llévate esto», a poco te abrazo! No pensaba entonces en compra ni en limosna. Me parecía natural que me lo diceses y que yo lo aceptase. Simplemente, era mucho. Te hubiera dicho: no todo, sino esto y esto, que me basta. Eres tú quien lo estropeó.

—Vuelvo a pedirte que te lo lleves, sin pensar si es mucho o poco. Te ruego, además, que aceptes una cama con todas sus ropas.

—¿Una cama? ¿Para qué?

—Tienes derecho al secreto de tus pecados.

—¡Oh, Carlos!

Le volvió la espalda y apoyó la frente contra el vidrio de la ventana. Carlos no se movió: se limitó a esperar el resultado. Clara lloraba. Podía ser de indignación, pero lo más probable era que el golpe teatral hubiese hecho su efecto.

Pasaron unos minutos. Clara se restregó los ojos con el dorso de las manos, pero permaneció todavía apoyada la frente en la ventana.

—Bien. ¿Me ayudas a vaciar el armario?

—Deja. Yo lo haré. Pero vete ahora.

Carlos se entretuvo en subir la sillería del zaguán a la habitación de la

torre. Pasó unas cuantas veces por delante de la puerta abierta de la sala. Clara permanecía en el hueco de la ventana; pero, a la tercera o cuarta vez, la vio arrodillada delante del armario, y, junto a ella, la ropa en montones. «¡Me hará falta un paño grande para hacer el lío!», dijo; y Carlos le respondió que ya aparecería. Ensayó la colocación del sofá, acomodó la alfombra, distribuyó butacas y sillas. La habitación cobraba un aire civilizado, casi mundano. Fue en busca de Clara.

—¿Quieres ver cómo ha quedado mi cuarto de trabajo?

Se la llevó con ese pretexto. La hizo merendar consigo de lo que doña Mariana mandaba poner en el cestillo cada vez que subía al pazo. Recorrieron, por fin, las alcobas, en busca de una cama. Adrede dejó Carlos para el final la que había sido su cama de niño, estrecha, de hierro pintado de verde, perillas de bronce y unas placas, a los pies y a la cabecera, con guirnaldas y angelotes juguetones.

—¡Es preciosa! —dijo Clara.

La desarmaron, la transportaron al zaguán con su jergón y su colchón. Había que cargarla en el coche con todo lo demás.

—No quiero que lo sepa nadie, Carlos.

Convinieron en llevarlo de noche, hacia las nueve, cuando todavía Juan no hubiera regresado.

—Hay una habitación vacía junto a la escalera. Lo guardaré todo allí.

Y en seguida:

—También puedo quedarme allí. Nadie se preocupa de dónde duermo. En cuanto llegue a casa, vaciaré esa habitación y la limpiaré. Es pequeña, pero tiene una ventana que da a la era.

Se marchó al atardecer. En el zaguán, mientras se ponía las zuecas, Carlos le dijo:

—¿Quieres ir conmigo al cine mañana por la tarde?

Clara, sorprendida, quedó con una zueca en la mano.

—Sí. Quiero que nos vean juntos. También te llevaré a casa alguna noche, cuando bajes a comprar el pescado. Así, el peluquero dejará de esperarte en el camino.

—Pero ¿por qué, Carlos?

—Todo por lo mismo: ese deber de que te hablé.

—¿Tanto odias a Cayetano?

—¿No concibes que pueda hacerlo por sentido del deber?

—No entiendo de eso. Las cosas se hacen porque se quiere o porque se odia. Tú no puedes sentir por mí más que desprecio; todo lo más, compasión.

—En cualquier caso, ¿lo aceptas?

—¡No, mañana, no! —interrumpió Clara—. Espera al domingo. Entonces habré arreglado el abrigo de tu madre y podrás ir conmigo sin avergonzarte.

Cuando Clara marchó, Carlos permaneció arrimado al quicio de la puerta. Ella se volvió una vez y dijo adiós con la mano. Se perdió en el camino. Anochecía. Carlos subió a su cuarto, se asomó a la ventana y miró al pueblo hundido en el valle. Se encendían, una a una, las luces. El aire, bajo las nubes, estaba claro, y las gotas de lluvia caían gruesas y espaciadas. Llegaba, de la mar, el viento del oeste: silbaba en la esquina de la torre, meneaba las hiedras y los árboles. Encendió un pitillo y buscó algo en qué pensar, algo que distrajese su fantasía del recuerdo de Clara, que borrara aquella sensación que le había dominado y que ahora estallaba y le encendía la sangre. Como la noche anterior, le venían del fondo de su ser clamores de deseo, y tenía que protegerse contra ellos.

«En menudo lío me he metido» —ya estaba hecho, ya estaba comprometido. La llevaría al cine, y, algunas noches, iría con ella por la carretera, hasta el portal de la era, portal sin puerta, dos columnas medio caídas—, y sentiría el olor de su piel limpia.

Bajó al zaguán y trató de acomodar en el carricoche la cama, el colchón y el atadizo de ropa. No fue fácil. Lo consiguió, finalmente; sudaba. Enganchó el caballo y, antes de marchar, recogió el cestillo de la merienda y echó un trago de vino.

Fue dando un rodeo —sin prisas, era temprano—. El viento sacudía la capota del coche, la lluvia golpeaba las ancas del caballo con espaciado rumor; sonaban juntos los cascabeles y los cascos contra el camino. Poco a poco, los ritmos se acordaron —los cascabeles, el viento, la lluvia y los golpes de su corazón— hasta hacerse un solo ritmo, como si alguien, desde el infinito, ordenase el compás, como si entrase en su sangre y la dominase y la hiciese subir al cerebro y oscurecerlo. Perdió la conciencia de sí mismo, se sintió uno con el viento y la lluvia, y con los cascabeles y el caballo, y,

como ellos, conducido. Fue un instante fugaz: hubiese durado, y oiría la voz que le ordenaba como él ordenaba al caballo. Pero el pensamiento se hizo repentinamente lúcido. El viento, la lluvia, los cascabeles y su propio corazón recobraron el ritmo singular: fueron viento, lluvia y cascabeles, distintos de él mismo, cada uno con su ley. Supo lo que había pasado y le entró comezón de analizarlo, de despedazarlo, para convencerse de que no era más que una ilusión musical, de que nadie le conducía desde una distancia infinita. En todo caso, de que podía detenerse y dar la vuelta y decir no a la voz lejana que no había podido escuchar. Tiró de las riendas, y el coche se paró. Pero rio en seguida y restalló la fusta en el aire.

—¡Arre, *Bonito!*

«Tengo que pensar sosegadamente en mi situación. Aunque haya de aceptar la idea de la casualidad, necesito desprenderme de este sentimiento sumiso. Estoy tan acostumbrado a que me manden, que, cuando nadie lo hace, cuando empiezo a obrar libremente, mi espíritu crea mitos». Clara esperaba ahora, cobijada bajo un paraguas de hombre, o acaso cubierta con un saco. Él estaba allí en virtud de razones concretas, unas que aceptaba, otras no; unas que conocía, otras adivinadas. Pero los movimientos de su voluntad eran independientes.

—¡Eh, Carlos!

Clara se había cobijado en el tronco hueco de un castaño. Saltó al coche y se sentó a su lado.

—No está más que Inés, y no se entera.

—Puede llegar Juan.

—No te preocupes. Descargaremos en seguida.

Se detuvieron. Indiferente a la lluvia, Clara descargó el coche y metió el regalo bajo un alpendre.

—Ahora vete.

Estaba de pie, junto al coche. La lluvia le mojaba el rostro y los cabellos. Sonreía.

Carlos le tendió la mano.

—Adiós, Clara.

Adiós, Carlos.

Se echó un poco atrás para que el coche pasara.

—Eres bueno, Carlos.

Juan llegó temprano. Bebió una taza de leche y se acostó.

Inés desgranaba habichuelas. Clara, junto al llar, cuidaba un puchero de patatas sin mondar; lucía, en la pared, un candil de aceite.

—Tengo que decirte algo.

Inés no contestó.

—Carlos Deza me ha regalado toda la ropa de su madre.

Inés levantó la cabeza y clavó su mirada en los ojos de Clara.

—¿Por qué?

—Dice que le estorba, y pensó que nosotras podemos darle algún destino.

—¿Te la dio para los pobres?

—No, entiéndeme. No me la dio para nadie, pero yo le dije que quizá alguna de aquellas piezas nos sirvieran, y que si podíamos quedarnos con ellas. Él, entonces, me dijo que me las había regalado *a mí* para que hiciese de ellas lo que me pareciera.

—Hay mucha gente a quien socorrer.

—Sí, pero yo estoy desnuda.

Señaló la camisa y las bragas puestas a secar en una cuerda cerca del fuego.

—No tengo más que eso.

—Bueno.

Inés volvió a sus habichuelas.

—Tengo que pedirte algo, Inés.

—Di.

Clara corrió hacia ella, se arrodilló a su lado, le cogió las manos.

—Hay un abrigo negro, muy bueno, y un traje de seda antiguo. ¡Si tú quisieras arreglarlos para mí! Basta que los cortes. Yo los coseré, aunque tenga que quedarme hasta las tres de la mañana. ¡Compréndeme, Inés! Yo no voy a ser monja. Quiero tener ropa decente, y no andar huida y avergonzada.

—Lo haré.

—¡Oh, Inés, cuánto te quiero!

Le besó las manos. Inés la apartó suavemente.

—No, Clara.

—¿Por qué no me dejas que sea tu hermana?

—Lo eres, pero no más que otra cualquiera.

—Los otros también besan la mano que les hace favor.

—Las mías no te lo hacen.

Clara permanecía en cuclillas frente a ella; imploró, todavía, una sonrisa o una mirada de amor, pero los ojos de Inés parecían buscar algo inefable más allá de las sombras. Se levantó con desaliento y volvió junto al llar.

—¿Cuándo te vas al convento?

—Cuando Dios lo disponga.

—¿Tienes ya reunida la dote?

—No.

—Voy a vender algunas de esas ropas, y te devolveré cinco duros que te he robado... hace tiempo.

Las manos de Inés se detuvieron, pero no alzó la cabeza, ni miró a su hermana, ni respondió. Clara puso la sartén sobre las trébedes, frió unos pescados y los repartió en tres platos, con las patatas. Cortó tres rebanadas de pan.

—Aquí tienes tu cena.

Cogió otro de los platos y salió. Al fondo del pasillo entró en una habitación apenas alumbrada por una mariposa.

—Mamá.

La vieja olía a anís. Dormitaba en un sofá, medio tapada con un abrigo. Abrió los ojos.

—La cena, mamá.

Se sentó junto a ella, la irguió y le dio la cena como a un niño pequeño: un trozo de pescado, un trozo de patata, un poco de pan. La vieja abrió los ojos y la miraba como a una desconocida. De vez en cuando canturreaba.

—Ven a acostarte.

La llevó hasta la cama, la desnudó —una cama revuelta y sucia—. La dejó bien arropada; recogió el plato y el cubierto.

—Hoy no dormiré contigo —dijo en voz alta.

La madre respondió con un gruñido.

Al regresar a la cocina, Inés había marchado. Clara cenó, fregó la loza y se lavó las manos, una y otra vez, y se las frotó con piedra pómez, hasta que desapareció el olor a pescado, hasta borrar el último resto del tizne de las

ollas. Dejó la loza lavada en el fregadero; salió, y volvió, a poco, cargada con una máquina de coser; trajo también un quinqué, lo puso sobre la mesa, junto a la máquina. Por última vez salió, y, al regresar, cerró con una tranca la puerta de la cocina. Echó sobre la mesa unas piezas blancas, eligió una, la deshizo, cortó de los retazos unas bragas, las cosió a máquina. A ratos cantaba. Se sentía empujada por una alegría inmensa, que la hacía cantar, que, sin canciones, hubiera estallado en sollozos. Tuvo hambre; cortó una rebanada de pan y la untó de aceite y sal. Comía un bocado y la dejaba sobre la mesa. Hurgó en la ropa, buscó de dónde sacar unas puntillas y las pegó a los bordes de las bragas. Cuando hubo concluido, las alzó bien alumbradas y las contempló largo rato, estremecida de contento; las hubiera besado. Sentía que su piel las apetecía, que necesitaba de ellas, encerrarse en ellas, acaso protegerse; se acercó al llar y se desnudó junto al rescoldo, se vistió las bragas y un camisón antiguo, corto y ancho, con muchos encajes, largo de mangas y oliendo a viejo. Con el quinqué en la mano paseó la cocina, tiritando, sin dejar de sonreír; miraba su sombra en la pared, único espejo, y en la sombra se encontraba airosa; pero se miró también adentro, y se halló distinta, como que algo tan importante como su destino había cambiado: porque ahora, por virtud de aquellas bragas limpias que oprimían suavemente sus caderas, ya no sentía necesidad de venderse a Cayetano. Lo recogió todo, atravesó el pasillo sin hacer ruido y salió a la escalera. Había una puerta con la llave puesta. La abrió y se cerró por dentro.

Había armado en un rincón la cama verde, de angelotes pintados. La contempló, la rodeó, corrigió su postura sin dejar de cantar. Por fin apagó el quinqué y se metió en la cama.

Sonó, lejano, el reloj de Santa María.

—¡Las dos, caray! No va a haber quien me levante.

Recogió las piernas dentro del camisón y se persignó. Estaba fría la cama, pero las mantas pesaban dulcemente. Metió la cara dentro del embozo. ¡Qué delicia! Sola, en una cama limpia, con sábanas bordadas, de lino moreno. Un encaje le rozaba la oreja; se restregó contra el encaje por el gusto de sentirlo.

Carlos era bueno.

Tenía frías las rodillas y los pies. No podría dormirse si no se calentaba en seguida. Hacía falta echarse algo sobre las piernas: el abrigo que Carlos le

había dado, porque la otra manta estaba en el rincón con el resto de la ropa. Pero le dio pereza incorporarse, destapar los hombros calientes. Se arrebujó más. El calor salía del pecho, alcanzaba a los brazos y al vientre. Esperando un poco, llegaría a las rodillas. Frotó un pie contra otro, la planta fría contra el empeine, menos frío.

Carlos no era tan feo —fijándose bien— como a primera vista parecía.

Un pie contra otro; las cálidas palmas de las manos contra las rodillas. Un estremecimiento subía por los brazos y se desvanecía cerca del hombro, pero temblaba todo el cuerpo. Las rodillas y los pies parecían ajenos, separados, pero el resto del cuerpo lo sentía suyo, su sangre lo paseaba y lo calentaba. Todo, menos los pies y las rodillas, participaba de aquella felicidad de sentirse sola, caliente y limpia. Si recogía la manga del camisón, una cosa suave rozaba la piel, y la suavidad le recorría el cuerpo entero, como el olor que entraba por sus narices y parecía llegar al fondo de las entrañas.

Sí; Carlos había estado un poco estúpido.

¡Qué pesadez, los pies fríos! Las piernas, cansadas, querían estirarse y quedar quietas. La cama estaba más fría por allá abajo. Sacó el brazo y alcanzó el abrigo. Se tapó con él desde la cintura. Pesaba: cuando se hubiera calentado, lo quitaría. Pesaba y daba calor a las caderas, pero podía estirar las piernas, ponerse de lado, acostarse sobre el pecho y el vientre, aunque el camisón —tan corto— se arrollase por encima de los muslos. Metió los brazos debajo de la almohada, tocó con los dedos los hierros de la cama. Los retiró en seguida.

La habían conmovido aquellas palabras de Carlos: «Porque tienes derecho al secreto de tus pecados».

En medio del cuerpo caliente, algo golpeó con golpe suave —*tus pecados*—. Y del lugar golpeado salieron olas lentas de deseo, súbitas oleadas que invadieron el cuerpo, poco a poco, hasta las rodillas, hasta los pies remotos. Dobló los brazos bajo el pecho, escuchó el rumor de la sangre.

Carlos.

—No. Esta vez, no.

Esta vez, no; pero la marea lenta no le obedecía. Subía hasta los pechos, hasta la garganta, hasta los labios. Movía los brazos, tiraba de ellos hacia abajo. Era como si un dragón enorme y oscuro se hubiese metido en ella, como

si sus garras la recorriesen por dentro y le apartasen las rodillas.

—¡No, no! —Y otra vez—: ¡No, no! —pero ya no mandaba en sus manos —. ¡Carlos! —gritó como un sollozo; y pensó en él como si fuese un san Jorge que viniese a librarla del dragón. Pero Carlos no estaba, y el dragón la aprisionaba, le mordía ya en las entrañas.

XII

La Rucha vieja despertó a Carlos con el desayuno. Mientras se lo servía, explicó que doña Mariana había marchado, muy temprano, de viaje, y que probablemente no volvería hasta el día siguiente, porque había llevado consigo a la Rucha moza.

—Dijo que no se despidió por no despertarle, y que le dispense.

Tenía por delante todo un día sin obligaciones, todo un día de libertad. Hizo la maleta y la trasladó, con todo lo suyo, al carricoche.

—¿Es que se va el señor? —le preguntó la Rucha, amilagrada.

—Cambio de casa solamente.

—La señora lo va a sentir mucho. Ya se había encariñado.

Bajo un alpendre, en la playa, una mujeres cosían redes y hablaban a gritos. Unos críos descalzos jugaban bajo la lluvia. Al pasar el coche, uno de ellos, atrevido, le preguntó si le llevaba un rato. Carlos le dejó subir y lo condujo hasta la cuesta, entre la mirada sorprendida de los otros rapaces.

—¡Hala! Ahora, vuélvete.

El crío agradeció el viaje con un guiño; saltó a la carretera.

Más adelante se tropezó con la madre de Rosario, que hizo como que no le veía y pasó sin saludar. Por la hora, y por el cestillo que llevaba, debía de ir al astillero con las comidas.

Pasó el resto de la mañana acomodando su ropa en el armario. Se tumbó después en la cama y se demoró un rato en ella. Analizaba las manchas de la pared como test de psicoanálisis.

Bajó a comer temprano, y lo hizo en silencio.

—¿No me han traído ningún recado? —preguntó a la Rucha.

—Nadie vino, señor.

Habían pasado dos, quizá tres días, desde su visita a Rosario. El encuentro con Clara le había hecho olvidarlo, pero ahora se le recordaba. Rechazó el café que le servía la Rucha.

—Gracias. Iré al casino. Si viene la señora, mándeme recado.

—¡Ah, no se preocupe! La señora no vendrá. Cuando lleva a mi hija, es que piensa dormir fuera.

En el casino habían empezado las partidas. Saludó y se sentó junto a una mesa de tresillo. No parecía que hubiese sucedido nada de particular. ¿Sería posible que Rosario hubiese ocultado a Cayetano la visita, o era Cayetano quien lo callaba?

Hablaban, de una mesa a otra, don Baldomero y un sujeto llamado Cubeiro, que llevaba en arriendo la bomba de gasolina. Se concertaban para una merienda, aquella misma tarde; se desafiaba a quién comería, a quién bebería más.

—¿Por qué no viene con nosotros, don Carlos? —le propuso don Baldomero.

—¡Una gran idea, ya lo creo! —añadió Cubeiro—. Véngase con nosotros, con los grandes *kulaks*.

Debía de hacerle gracia su propia frase, porque rio ruidosamente.

—¡Los grandes *kulaks*! ¡Ya lo creo! El juez, el boticario, el mandamás del pueblo, y aquí, don Lino, si se digna acompañarnos.

—Conmigo cuenten, si hay langosta.

—¡Mariscos y ribeiro, por un tubo! ¡No tiene más que pedir, don Lino! ¡Somos los grandes *kulaks* de Pueblanueva!

Le bailaban los ojos, rojizos y malignos, con una chispa de burla.

—Anímese, don Carlos. Las langostas las pone el juez, que se las regalaron por fallar una cuestión con injusticia. ¡Ya lo creo! Cosa de fincas. El demandante tenía razón, pero no se le ocurrió anticiparse con las langostas.

El juez municipal dejó las cartas sobre el tapete y miró a Cubeiro con severidad.

—Como sigas diciendo tonterías, te meteré en el calabozo.

—¡En el calabozo! ¡Vaya! ¿No somos iguales, o qué? Yo robo en la gasolina; tú, en el Juzgado, y aquí, don Baldomero, en el bicarbonato. Los que no pueden robar, como don Lino y don Carlos, vienen de invitados. ¡Ya lo

creo! Grandes *kulaks* honorarios.

La merienda empezó después de terminadas las partidas, hacia las seis y media, en una taberna de las afueras. Cayetano mandó aviso de que se retrasaría, y que fuesen merendando.

—Ya ve, don Carlos, si hay igualdad. Cayetano es el amo. Nos puede matar a todos de hambre y, sin embargo, con la mayor cortesía, nos permite ir comiendo. ¡Así da gusto! Pero yo doy gracias a Dios de que mis hijas sean feas, porque si fueran guapas se acostaría con ellas con la mayor cortesía. Claro que, mientras tanto, mi señora y yo podíamos ir comiendo.

—Podrías callarte, si estás borracho.

Cubeiro bebió, de un trago, una gran taza blanca llena de vino turbio.

—¡Vivan los grandes *kulaks*! Va la segunda taza a la salud de Cayetano, dueño y señor, con derecho de pernada reconocido por las autoridades de la República.

Le arrojaron a la cabeza una pata de lubricante. Empezó a chillar. Poco después roncaba en el suelo, con la cabeza apoyada en un banquillo. Los demás cantaban, a tres voces, una copla gallega. A la mitad se pusieron a disputar porque alguien desafinaba.

—Usted, don Carlos, que toca el piano, ¿no es verdad que don Aquí canta la segunda voz en vez de la primera?

Cantaron de nuevo, para probarlo, pero la llegada de Cayetano interrumpió la copla.

—¡Hombre, Carlos, estás aquí!

No parecía enterado de la visita a Rosario. Le palmoteó la espalda afectuosamente y se sentó frontero. Sus ojos brillaban, alegres, a la vista del enorme centollo que le habían reservado.

A las nueve y media habían terminado los mariscos, las tortillas de patatas y una inmensa fuente de bistés con salsa. Trajeron flanes.

El juez hizo temblar el suyo, con sonrisa pícaro.

—Siempre que como flan me hago la idea de que muerdo a una mujer.

Lo que siguió de conversación versó sobre mujeres. Don Baldomero, medio borracho, contaba chistes verdes. Cubeiro, en su media lengua oscura, intentaba que el boticario revelase la verdad sobre si cierta dama de la localidad se rellenaba o no el buche de algodón en rama, como decían las

malas lenguas; pero don Baldomero se hacía el sueco. Por desviar la conversación, interrogó a Cayetano:

—Oiga, por cierto, ¿está enferma la Galana? Porque esta mañana vi que su madre llevaba las comidas, y no ella, como siempre.

Cayetano no se había enterado, pero la pregunta del boticario le dio pie para cantar las excelencias de Rosario.

—Al principio se rebelaba, la puñetera, pero ahora, ¡canela fina!

—Te dura más que otras —comentó el juez—. Si no cuento mal, va para tres meses.

—Y otros tantos no hay quien se los quite. Digo, si no se tercia algo nuevo que merezca la pena. Por cierto que el otro día, en el mercado...

Describió una moza desconocida, por si alguien le ayudaba a identificarla.

—Debe de ser alguna aldeana.

—Pues habrá que enviar agentes a las aldeas.

Volvió al tema de Rosario. Estaba terminando para ella una de las casas baratas, y, antes de una semana, la trasladaría.

—Como me gusta guardar las formas, hubo que arrancar la reja a la ventana. Yo, señores, jamás entro por la puerta.

—¡Ya lo creo! —rio Cubeiro—. ¡Entras por la ventana, como los ladrones!

—¿Y piensas cobrarle renta? —preguntó, malicioso, el juez.

—Naturalmente. Una cosa no tiene que ver con la otra. La renta se la descontarán al padre de los jornales. ¡No faltaba más! Bajo el gobierno de la República, señores, han desaparecido los privilegios.

—Pues a ver si pasan pronto esos tres meses —dijo don Baldomero—, porque ya tengo ganas de meterle mano a la Rosario.

—Y yo de romperle a usted la cara si lo hace.

—¡Hombre, no se ponga así! Lo que se acaba, se acaba, y los bienes dejados en el arroyo son del primero que pasa.

—En este caso concreto, la ternera lleva el hierro de la casa, y aunque ande suelta, tiene amo.

Cubeiro arrastró ruidosamente su taburete y se arrimó a Cayetano.

—Pues mira lo que te digo, Cayetano: eso ya no está bien. ¡Ya lo creo que no está bien! A mí me parece que no hay derecho, ¡qué caray! Porque, lo que

yo digo, si uno pesca una sardina, y se la come, comida está; pero si la manosea y la vuelve al agua, es del primero que llegue con el arte.

El juez golpeó la mesa con los nudillos.

—Con cuidado. La comparación no es justa. Recuerden cuando varó en la playa de San Andrés aquella ballena. Traía un arpón clavado, y los dueños del arpón vinieron y la llevaron.

—¡Es que, según eso, nos quedamos sin mujeres!

Don Baldomero concedió la palabra a don Lino.

—Pienso —dijo el maestro— que es cuestión de mentalidad. En una sociedad racional, el amor es libre; pero ya saben ustedes que ahora está de moda considerar decadentes a las sociedades civilizadas. La mentalidad patriarcal funciona de otro modo. Ahí tienen ustedes a los moros.

—¿Es que va usted a comparar a Cayetano con Abd-el-Krim?

—No, precisamente, pero sí con la figura sociológica del patriarca. El patriarca es dueño no solo de las mujeres, sino de las riquezas. Impone la ley y se sienta bajo una higuera a dictar justicia según su leal saber y entender.

—Ya lo sabes, Cayetano —Cubeiro se espabilaba por momentos, o quizá las ganas de encizañar lo espabilasen—. Al juez lo mandamos a paseo. Te sientas bajo una higuera, y don Baldomero comparece con Rosario de la mano: «Señor patriarca, esta mujer la encontré en la calle y dice que no puedo meterla mano». «¡Ah, desvergonzado! ¿No sabes que esa mujer es mía?... ¡Treinta azotes, y, si reincide, a castrarlo!»

—¡Hombre, castrarme, no! La pena de castración se ha suprimido por bárbara.

—Y usted, Carlos, ¿no dice nada?

Carlos se encogió de hombros.

—Yo no estudié sociología.

—Pero, desde su punto de vista, algo pensará. Suponga que le gusta una chica, y que, cuando se acerca a ella, ve que tiene el hierro de la casa...

—¡Eso, eso! ¿Qué haría usted?

—Ustedes sienten curiosidad de saber qué haría yo en el caso de que me gustara una chica que hubiera sido amante de Cayetano, ¿no es eso?

El juez, don Lino, Cubeiro, don Baldomero, echaron atrás las cabezas; solo se adelantó la de Cayetano.

—¿No es eso, digan?

—¡Hombre, no! —La voz de don Lino temblaba un poco—. Se había planteado una cuestión abstracta, una cuestión puramente teórica, que el juez explicó desde su punto de vista, y yo desde el mío. En fin, lo que se pedía de usted era una respuesta teórica. Porque usted tiene que haber estudiado el caso, o yo estoy mal informado. ¿A qué obedece el sentido de propiedad de la mujer poseída? He ahí la cuestión. Los sociólogos modernos están de acuerdo en que la relación entre los sexos es libre, y que ni antes ni después se establece ninguna dependencia. Pero, sin duda alguna, hay pueblos y personas que piensan lo contrario. ¿Por qué? ¿Qué dice, a este respecto, el psicoanálisis? Porque algo tiene que decir... La cuestión, como usted comprenderá, es de capital importancia para los pedagogos. Tenemos que inculcar a las generaciones jóvenes el sentido del respeto por los individuos del otro sexo, y enseñarles que todo sentimiento de propiedad sexual no es más que el residuo de prejuicios ancestrales. Ahora bien: sí, como antes dije, la civilización racionalizada es una etapa decadente...

Siguió hablando, sin dejar un hueco por donde Carlos pudiera responderle. Hablaba de prisa; la perorata desvió en seguida el rumbo hacia problemas todavía más abstractos: que si la pedagogía estaba en un momento de crisis; que si intelectuales distinguidos, como Spengler, habían invertido los valores; que si esto y que si aquello. En seguida don Baldomero cuchicheó con Cubeiro, y el juez con don Baldomero; y pidieron otro jarro de vino. Hasta que alguien mandó callar al maestro.

—Otro día hablaremos. Reconozco que la conversación no es apropiada para una merienda.

Tenía, sin embargo, los ojos alegres, como el que ha triunfado.

Salieron de la taberna con algarabía de voces y cantares, cogidos del brazo, en parejas. A la entrada del pueblo se separaron. Al «¡Hasta mañana!» de alguien, Cayetano respondió:

—Hasta mañana, no. Mañana tengo que ir a La Coruña, y estaré fuera un par de días.

Carlos no advirtió que, mientras decía esto, le miraba.

—¿Va usted a casa de la vieja? —preguntó don Baldomero.

—También va de viaje. Hoy dormiré en la mía.

—Entonces, si le parece, voy con usted. De paso le taparé con mi paraguas.

Rodearon el pueblo, en silencio, entre huertos y tapias, hasta la carretera.

—Hizo usted mal, don Carlos —dijo de pronto el boticario—. ¿No sabe usted que a Cubeiro le gusta meter a la gente en danza? Es un mala leche. ¡Lo que la hubiera gozado si usted y Cayetano llegan a pelearse!

—¿Qué quería usted que hiciese? ¿Callar?

—Callar, no, claro. Lo irían contando.

—¿Entonces...?

—Es difícil. Pero ándese con ojo. No pararán hasta enredarlos en una bronca. ¿Sabe usted qué decía el otro día Cubeiro en el casino? «Bueno, pero ¿quién manda ahora en el pueblo? ¿Cayetano o el mediquillo ese recién llegado?»

—Las cuestiones del pueblo me traen sin cuidado.

—Es lo que yo le dije, y debo confesar que don Lino era de mi opinión. Pero lo que ellos no entienden es que alguien pueda permanecer al margen. Si usted no obedece a Cayetano es porque quiere mandar: ese es su razonamiento. Y, claro, mientras no consigan saber cuál de los dos se impone, no estarán tranquilos.

Se despidieron a la puerta del pazo. Carlos encendió una cerilla, buscó un cabo de vela que había dejado en el zaguán y subió a su dormitorio. Se oían, en el silencio, los menudos rumores de la casa y el de la lluvia sobre los árboles del jardín. Hacía frío. Se metió rápidamente en la cama, y mientras no se consumía el cabo de vela, se entretuvo de nuevo en el examen de las manchas y desconchados de la pared. La luz temblorosa creaba nuevas sombras: donde había visto una batalla veía ahora un rebaño de borregos, y donde peleaban dos felinos parecía más bien que se abrazaban un hombre y una mujer.

Se durmió. Quizá todavía la luz no se hubiera apagado. En todo caso, su espíritu se había entregado a los rumores, había buscado en ellos como una canción que lo arrullase. Al principio parecían una confusa sinfonía, pero, en medio de la mezcolanza, los fue recordando: la roldana del pozo, la ventana alta de la torre, la puerta de un cobertizo que no se cerraba nunca y el viento batía siempre; ruidos viejos, que le hicieron presentes los rincones de la casa,

que era como tenerla entera, o como si levantase entera en el recuerdo. ¡La había llevado dentro tantos años, ignorándolo! Era suya; lo eran también, con propiedad exclusiva, los rumores. Dormido, siguió escuchándolos, los incorporó al sueño en toda su realidad sonora, pero acompañados ya de imágenes distintas. Venía del pueblo, subía por las escalerillas de la roca; el agua se deslizaba por los peldaños gastados, por las piedras de la tapia, por los surcos de las sementeras. Y la escalera no terminaba nunca; su fin se perdía en la oscuridad nocturna. Hizo un esfuerzo por remontarla, y de pronto se encontró en el jardín. Había cesado de llover, y una luna, emborronada de nubes sucias, apenas iluminaba las veredas. Pasó junto a los árboles vecinos del cenador, junto a los tejos de la plazoleta; arrimado a uno de ellos había un hombre extrañamente quieto, cuyo rostro, cuyas manos se veían perfectamente, quietas también, y, sin embargo, móviles, porque, en la superficie de “la piel, millones de células visibles nacían y morían a cada instante. Era el diablo.

Se despertó asustado, con trémulo corazón. Buscó a tientas las cerillas y quiso encender la vela, pero solo halló la cera derretida y dura sobre la superficie fría. Tuvo miedo y se rio de su miedo, pero la risa no lo ahuyentó. Recordó lo que, en el simbolismo freudiano, significaban las escaleras y el diablo, pero tampoco se tranquilizó. La habitación estaba oscura, rodeada de ruidos, próximos y lejanos: en la cocina, o en la torre, una ventana batía; crujían las maderas del suelo en el pasillo, y las vigas sobre su cabeza; colado por algún agujero silbaba el viento, y el rápido corretear de los ratones llegaba hasta él, agrandado como pasos de gigante. Muchas veces, de niño, se había despertado y había escuchado los ruidos nocturnos. Los reconocía todos, pero cuando el viento traía un ruido nuevo tenía miedo. Entonces sacaba la mano y tanteaba en la cama próxima el cuerpo de su madre dormida. Ahora estaba solo. Solo, con el recuerdo del diablo metido en su imaginación y con miedo creciente. En el salón había velas: podía llegarse hasta él y coger una. ¡Hacía tanto frío! Se levantó, y de un salto rápido llegó a la puerta y echó el cerrojo. Antes de acostarse se rio de su acción. Encendió una cerilla, y, mientras duró su luz, la mantuvo por encima de la cabeza. Cerrar la puerta contra el diablo era una precaución inútil, y tener miedo de un diablo visto en sueños, una estupidez. Volvió a la cama, se tapó la cabeza, pero el sueño había huido. Poco a poco se le fue partiendo el alma: la zona más oscura creía en lo

que había soñado; la más clara analizaba el sueño y bombardeaba con razones la zona crédula, la rodeaba, la sitiaba, la atacaba, creaba en ella la angustia de lo absurdo, la empujaba hasta los últimos repliegues de la conciencia, pero no lograba destruirla, como si se hubiera encastillado en los límites, allí donde la razón perdía su poder. Entonces dejó de atacar y se replegó hacia la parte más lúcida, allí donde podía pensar con más clarividencia; echó mano de todo su saber para explicarse la razón del sueño, por qué había aparecido en él el diablo, por qué precisamente aquella noche, primera de soledad. Sí, la imagen del diablo pertenecía a su inconsciente, como la imagen de la escalera, y quizá significaban otra cosa que lo explicado por Freud; quizá lo significasen de añadidura y no fuesen solo símbolos, sino mitos, y se correspondiesen con una realidad.

Y, de pronto, comprendió que el movimiento de su alma se había invertido, y que aquella mínima zona iluminada que discurría y explicaba se hallaba cercada ahora por las sombras del miedo, y que, desde ellas, se le atacaba con razones nuevas, con razones que no lo eran, que le ordenaban santiguarse o saltar de la cama y tocar la lámpara bendita que el padre Ossorio le había regalado; razones mágicas que explicaban que el diablo había podido penetrar en él porque no se hallaba suficientemente protegido desde aquella vez en que, años atrás, Zarah le había arrancado con violencia la medallita del cuello.

Permaneció despierto, batallando, testigo de sus propias contradicciones, hasta que el alba clareó en las rendijas de la ventana. Solo entonces pudo dormir.

Le despertaron unos golpes en la puerta del dormitorio, y las voces que daba, desde el pasillo, doña Mariana.

Se echó el abrigo y abrió la puerta.

—Espere. Abriré las maderas. No vaya a romperse la crisma.

Volvió al lecho. Entonces entró la dama. Vestía de viaje, con abrigo y sombrero.

—¡Menudo haragán estás hecho! ¿Sabes qué hora es?

Se sentó junto a él y le contó que acababa de llegar de La Coruña y que había pasado a verle antes de ir a su casa.

—Por cierto, ¿desde cuándo la gente duerme con las puertas abiertas?

—No creo que nadie venga a robarme.

—Pueden venir a asesinarte. Hazme el favor de tener cuidado; si no, te obligaré a que vengas a mi casa.

Salió con el pretexto de prepararle un desayuno, mientras Carlos se vestía. Cuando él bajó la halló en la cocina, con su doncella. Había paquetes por todas partes. La doncella acomodaba las cosas en los anaqueles, mientras doña Mariana colocaba en una bandeja nueva el café recién hecho.

—Pero ¿y todo esto?

Un hornillo de gasolina, una lámpara de carburo, dos quinqués de petróleo, peroles de aluminio, botellas, café, té, una caja de galletas, azúcar, botes de mermelada...

—Comprenderás, hijo mío, que tu plan de vivir como un asceta no me hace mucha gracia. Que al menos puedas prepararte una taza de té o beber una copa, si te parece.

Desayunaron en el comedor. Mientras, doña Mariana explicó que su viaje a La Coruña había obedecido a la necesidad de girar, como lo hacía todos los meses, una cantidad a Gonzalo Sarmiento.

—Por cierto que la carta que le escribí me salió destemplada; pero ese bellaco no me ha mandado noticias desde tu llegada.

¿Y si le contase que había soñado con el diablo, que había tenido miedo, y que, desde que había despertado, notaba como una presencia extraña en el alma, algo que le causaba desasosiego?

—No me extrañaría que estuviera enfermo. Me dio la sensación de hombre decrepito.

—Razón de más. Solo tiene a su hija para cuidarle.

—Usted, ni eso.

—¡Bah! Yo soy dura. No tengo miedo ni a la enfermedad ni a la muerte. Cuando llegue, llegará, y a morirse. Pero la suerte de esa criatura me preocupa. A ti ya te tengo a mano, pero ella se me escapa. ¿Qué se le perderá en París?

Carlos sorbió el café y mordió una galleta.

—Probablemente, su vida está allí. Es algo que usted debe comprender.

—No lo comprendo. Para mí, su vida está aquí.

—¿A su lado?

—Sí, pero no para cuidarme, ni siquiera para acompañarme, sino para aprender a sustituirme.

Se le ensombreció la frente y miró a Carlos con ojos tristes.

—Me temo que no sepa hacerlo. Y me temo que tú no seas el llamado a ayudarla. ¡Cómo me falláis todos, vaya por Dios!

Bajaron juntos al pueblo. Antes de comer, Carlos se dio una vuelta por la taberna, donde encontró a Aldán.

—Ya sé que ayer a poco te peleas con Cayetano. Lo que no sabía es que te gustase Rosario.

Quitó importancia al incidente y negó que Rosario le gustara.

—Se hablaba de eso esta mañana en el mercado. La noticia la trajo mi hermana Clara. Por cierto que...

Le llevó, con un pretexto, fuera de la taberna.

—Hay algo que quiero explicarte, pero me cuesta trabajo. Tengo entendido que el otro día diste a mis hermanas ropas antiguas para que las vendiesen.

—Más bien se las di para que hiciesen de ellas lo que les pareciera.

—Clara las recibió como un regalo personal.

—Me parece muy bien.

—Es que... las va a usar ella misma.

Carlos le tomó del brazo.

—Mira, Juan, ¿por qué te atormentas en justificar lo que ya lo está de antemano? Regalé a tus hermanas las ropas de mi madre con un pretexto, pero, en realidad, lo hice porque comprendí que a Clara le vendrían bien. No he creído obrar mal, ni menos ofenderte. Es algo tan sencillo que no necesita comentario. Y tú no debieras haberte enterado, si no tuvieras la manía de hurgar en las cosas de tus hermanas.

Aldán no respondió, pero se soltó del brazo de Carlos. Caminaron un rato en silencio.

—¿Me juzgas mal por no haber aceptado el trabajo que Cayetano me ofreció? ¿Crees, como todo el mundo, que yo debiera someterme, solo por llevar a mi casa un dinero y sacar a mis hermanas de la pobreza?

—No seas bobo. Si mi juicio te importa, tranquilízate. Comprendo perfectamente tus razones y las comparto. En realidad, yo he hecho lo mismo

que tú.

—Tú eres solo.

—¿Y qué? ¿Altera acaso los términos?

—Naturalmente. Eres libre de aceptar y rechazar; pero yo tengo un deber...

Agarró a Carlos del brazo y le detuvo.

—Vamos al muelle. Allí podemos hablar con libertad.

Se acogieron al socaire del faro.

—A mí me importa un bledo que la gente me tenga por un vago, y, en cuanto a la opinión de mi hermana, no me preocupa, porque si bien es cierto que lo que hago lo hago por ellas, ellas no lo entenderían. El Cubano y los pescadores del sindicato son mis amigos y estamos de acuerdo, pero las verdaderas razones de mi conducta no se les alcanzan. Les parece bien que no me haya sometido a Cayetano, y me admiran porque soporto la miseria. Más aún: no tienen de mis hermanas, sobre todo de Clara, buena opinión, porque las mujeres de ellos trabajan y ayudan a llevar la casa sin protestas, como cosa natural, en tanto que mi hermana no lo hace así. Bueno, reconozco que Clara trabaja, pero su trabajo no se ve o no se aprecia.

Hizo una pausa.

—Además —continuó—, todo el mundo sabe que es ella la que compra el anís para mi madre, muchas veces sin dinero, y que soy yo quien tiene que pagarlo, siempre con vergüenza.

—También Clara puede tener sus razones.

—Quizá, pero no son justas.

—¿Lo son las tuyas?

—Eso creo, al menos. Y tú conoces el pueblo lo suficiente para comprenderlas. Porque en otro lugar no habría razón para que yo no trabajase. Y aquí mismo intenté hacerlo, poco después de nuestra llegada. Pretendí dar clases, una especie de escuela nocturna para muchachos. Pero un día se me presentó don Lino y me explicó que si no despedía inmediatamente a mis alumnos mandaría a mi casa a la Guardia Civil. Resulta que, según la ley, no puedo enseñar. Claro que, en otras circunstancias, don Lino no se hubiera metido en nada. Lo hizo obligado por Cayetano. Él supuso que acabaría por aceptar el empleo que me ofrecía y que, al aceptarlo, renunciaría a mi

dignidad, como todos han renunciado. Es decir, que el día que le llegase el turno a cualquiera de mis hermanas, yo haría lo que los demás: no darme por enterado.

—El otro día aceptabas como una fatalidad el que Clara acabaría por entregarse a Cayetano.

—Sí; pero también dije que lo mataría. Esta es la razón principal: la libertad de poder matarlo me cuesta soportar la miseria.

—Pues mira —dijo doña Mariana—, eso me hace más simpático a Juan.

—Reconozca, sin embargo, que nuestra simpatía no le resuelve nada.

—Si lo aceptase, yo podría inventar un empleo para él. Llevarme las cuentas, por ejemplo.

—No olvide que usted es la dueña de los barcos, es decir, que pertenece a la clase patronal.

—No sé que Aldán se haya metido nunca conmigo.

—Sin embargo, su papel de líder le impediría aceptar un empleo de usted.

—Eso sería un pretexto. La verdadera causa es el orgullo.

—Es probable. En cualquier caso, no me atrevería a servir de intermediario.

—¿También por orgullo?

—No precisamente, sino más bien... ¡Qué sé yo! Aldán es muy picajoso y más complicado de lo que parece. ¿Habría nada más fácil que callar lo del regalo de Clara y no venirme con explicaciones?

Doña Mariana mandó que preparasen a Carlos una merienda fuerte.

—No quiero que vayas tarde a casa.

Le obligó también a que llevase el coche.

—Tienes de sobra dónde encerrarlo. Mandaré que metan en él un saco de pienso, para que *Bonito* no te dé preocupaciones.

Carlos acomodó el caballo en una bodega cuya puerta abría al zaguán. La luz de carburo le permitía moverse fácilmente en aquellas tenebrosidades. Iba a cerrar cuando vio sobre un banco un papel, sujeto con una piedra. Casi se le cayó la lámpara, de sorpresa. Era un sobre cerrado, con su nombre y apellidos escritos a pluma. Lo abrió rápidamente.

Sr. D. Carlos Deza.

Don Carlos: Una servidora irá esta noche a devolverle el pañuelo.

Haga el favor de no cerrar la puerta, para que una servidora pueda entrar, y no pase cuidado, porque una servidora esta noche está libre. Servidora de usted, que le saluda,

Rosario Vieites

Letra grande y firme, aunque tosca; la ortografía, mala, y la firma, apoyada en una rúbrica retorcida.

Quedó perplejo, en medio del zaguán, y solo se le ocurrió prender fuego a la carta y esperar a que se quemase. Miró la hora: pasaba un poco de las ocho. «Esta noche» era un término muy vago. Podía llegar en seguida o tardar dos horas. Corrió a la cocina, cargó de petróleo un quinqué de los traídos por doña Mariana, lo encendió y lo colocó detrás de la ventana grande del salón; luego salió al jardín, sin cuidarse de la lluvia, y comprobó que se veía la luz desde la entrada del pazo, y más allá, desde la carretera. El camino era un puro lodazal, pero Rosario estaba habituada y traería, seguramente, zuecas.

¿Dónde la recibiría? ¿En el salón o en el cuarto de la torre? Haría frío. Subió de dos zancadas y encendió la chimenea. Debía invitarla: ella lo había hecho también el día de su primera visita. Preparó la cafetera napolitana, tazas, azúcar, cucharillas, y lo puso en la bandeja traída por doña Mariana. Había sido muy oportuno el regalo. También había coñac. ¿Le gustaría a Rosario? Quizá mejor jerez y unas galletas. Lo llevó todo a la torre; dejó una luz prendida y la puerta abierta; bajó al zaguán y esperó. No pasaba de las ocho y media.

Estaba mal que le sorprendiese agitado. Debía recibirla con tranquilidad, o mejor aún, con frialdad; días antes, mientras los viejos Galanes le ofendían, ella no podía interpretarlo como hostilidad, menos aún como indiferencia. No tenía por qué devolverle el pañuelo; pero, determinada a hacerlo, le hubiera bastado con dejarlo en el banco donde él se sentaba ahora, sujeto por la misma piedra que había sujetado el sobre. Hacerlo personalmente, y a cencerros tapados, significaba amistad, quizá respeto, quizá algo más.

Por la puerta abierta entraba el viento helado, y se le envaraban las piernas. Tuvo que echarse al colete un trago de coñac, y, en vez de sentarse,

pasear. «Esta noche» querría decir a las nueve. Los padres de Rosario se acostarían temprano, y, acostados, ella saldría por la ventana, y vendría sola por el camino, arrimada a los setos de zarzas para no ser notada. Como llovía, vendría envuelta en su mantón azul oscuro, y al llegar, antes de sacudirlo, las gotas de agua brillarían a la luz.

—Buenas noches.

Estaba en el umbral, vacilante.

—Entra. Buenas noches.

Fue hacia ella y le tendió la mano. Rosario, sin mirarle, buscaba algo bajo el mantón, quizá en el pecho. Sacó el pañuelo y se lo ofreció.

—Ahí lo tiene.

—¿Por qué me lo devuelves?

Rosario le miró fijamente.

—¡Señor! Tiene que ser.

—Como quieras.

Cogió el pañuelo y lo guardó.

—Bien. Entra.

—¿Para qué, señor?

—Estás mojada. Vamos, entra.

La empujó suavemente por los hombros. Rosario permanecía envuelta, casi embozado el rostro en el mantón, y las manos ocultas. Quedó en medio del zaguán.

—Creo —dijo Carlos— que la costumbre es dejar las zuecas aquí.

—¿Es que... voy a subir?

—Si quieres...

No respondió, pero dejó las zuecas debajo del banco y empezó a subir las escaleras. Carlos cogió la lámpara y la siguió. El mantón cubría casi por entero el cuerpo de Rosario; sus flecos excedían el borde de la falda, llegaban al tobillo.

Al cabo de la escalera, Rosario se detuvo. Intentó que Carlos pasara delante, y él hubo de empujar de nuevo.

—¿No cierra la puerta, señor?

—¿Para qué?

—¡Ciérrela! —gritó ella con un terror súbito; y antes de que él lo hiciera,

corrió el gran cerrojo—. No debe dejar la puerta abierta —agregó.

—No pases cuidado. Aquí no vendrá nadie.

El aire estaba tibio en el salón de la torre, y las llamas se enroscaban y perseguían en el hogar. Rosario volvió a detenerse; miró alrededor.

—Acércate al fuego y caliéntate. Haré un poco de café. Ahí tienes galletas, si te gustan. Dame el mantón; lo pondremos a secar.

Fue a quitárselo. Ella no se había movido. No se movió. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabellera rubia le caía por los hombros.

—Estás muy guapa así, despeinada.

—Me deshago las trenzas en la cocina, antes de retirarnos, delante de todos. No me dio tiempo a hacérmelas después.

—Siéntate. ¿No te habrás mojado las medias? Puedes ponerlas a secar junto al mantón.

Lo colgó él mismo, frente a la chimenea, en el respaldo de una silla. Con el pretexto de preparar el café, volvió la espalda a Rosario. Ella se sentó, se quitó las medias y acercó al fuego los pies desnudos.

—Señor...

—¿Quieres algo? ¡Ah, te has descalzado! Espera. Traeré una manta para que te abrigues.

Ella protestó, pero él ya había salido. Regresó en seguida con la manta.

—Deja. No te muevas. Yo lo haré.

Se arrodilló y le envolvió las piernas y el cuerpo hasta la cintura. Ella no dijo nada: le miraba. Y Carlos, al sorprender la mirada, adivinó lo que iba a pasar, aunque no sabía cómo.

Estaba tranquilo. Podía moverse sin prisa, hablar de bagatelas, escucharla.

—Ibas a decir algo.

—Pedir perdón.

—¿Por qué?

—El otro día, cuando el señor volvió a mi casa...

—¡Ah, el otro día! Fueron tus padres, no tú.

—Yo no podía decir nada. Quiero que el señor lo comprenda.

—Claro que lo comprendo.

—Yo hubiera dicho que sí de muy buena gana. Le estoy muy agradecida al señor de que se haya acordado de mí —sonrió—. Yo cerraré la puerta todas

las noches.

En la cafetera napolitana silbaba un chorro de vapor. Carlos apagó el alcohol y esperó a que el café se colase. Luego lo sirvió y acercó las tazas.

—No está bien que el señor haga eso.

—¿Por qué?

—¿Tengo que decir por qué?

—No. ¿Te gusta con mucho azúcar?

Rosario estaba un poco embarazada. Alargó una mano hacia la taza.

—Así. Está bien ya, señor; gracias.

—¡Espera! ¡No lo bebas aún!

Pero Rosario ya se había quemado. Carlos rio, y ella rio también. Después quedaron serios, mirándose.

—¿Cómo te has atrevido a venir?

—Él no está esta noche.

—Pero venir sola, a estas horas...

—Nadie tiene por qué saberlo ni por qué hacerme mal.

—¿Querías solo entregarme el pañuelo?

Rosario le devolvió en silencio la taza vacía.

—También quería contar algunas cosas, si el señor puede escucharme. No quiero que el señor piense mal de mí.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Es natural que lo haga.

—Hay muchas más mujeres en Pueblanueva que han sido queridas de Cayetano.

—No me importan las otras; de quien tengo que dar razón es de mí.

—¿Y por qué a mí?

Rosario esquivó la respuesta y contó que, un día, su padre había dicho: «Están metiendo mucha gente en el astillero», y la Galana vieja había respondido: «Sí, mucha gente. A los peones les dan un duro de jornal». Días después lo habían repetido, y habían calculado los ingresos si el padre y los dos hermanos se empleaban. «Tres pesos diarios, que hacen dieciocho a la semana.» «¿Y por qué no se lo pides a Cayetano?» «¿Yo, mujer? Eso no es cosa de hombres.» Acordaron que iría la Galana. Otro día, de mañana, mandó a Rosario que dejase la labor. «Vas a venir conmigo.» Le aconsejó ponerse la

ropa del domingo y cintas en la trenza, y fueron al astillero. Cayetano las encontró a la puerta de la oficina, les preguntó quiénes eran y qué querían. «¡Ah, sí, los Galanes!» Las mandó pasar y escuchó a la vieja, mientras miraba a la joven. «Algo habrá, algo habrá.» «¿Quiere que mande a mi marido?» «No, ya iré yo una de estas noches a llevar la respuesta.» «El señor no tiene por qué molestarse.» «No es molestia. Después de la cena, siempre doy un paseo. Y esta moza, ¿cómo se llama?» Rosario no respondió. «Contéstale, mujer. ¿O es que no sabes hablar?» Dos noches después, Cayetano apareció en casa de Rosario, habló con los hombres y quedó en que irían al trabajo a partir del lunes. Se hacía tarde. «Si al señor no le parece mal, nosotros nos retiramos. Rosario puede hacerle compañía hasta que el señor quiera.» Cuando los viejos y dos hermanos se marcharon, Cayetano preguntó a Rosario dónde estaba su cuarto.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué iba a hacer? Era el trato. Lo sabía desde que mi madre me llevó con ella.

—¿Has llegado a quererlo?

—¿Yo, señor? ¡Así lo parta una centella delante de mí, la hija de mi madre ni llorará una lágrima! Una aguanta todo lo que él quiere hacer, que ya es bastante. Y no por una, que de una patada le hundo las costillas, sino por la casa y los viejos.

—¿Tan mal lo pasabais sin el jornal del astillero?

—¡No, señor! ¡Qué íbamos a pasar! En mi casa, gracias a Dios y a las manos de todos, se comió siempre, y no faltaron cien duros ahorrados para comprar una vaca. Fue la codicia. Ya veremos ahora lo que van a hacer, en esa casa adonde vamos, sin un pedazo de huerta, sin más que un patio para tener unas gallinas. ¡Ya echarán de menos, ya, la casa del señor, y la finca, y el ganado! Quince duros al año, y se quejaban. Ahora vamos pagando seis al mes. ¡Por un cuchitril lleno de humedad! Pero lo manda el amo.

—¿Y cuando él te deje...?

—Eso es lo que no piensan los viejos. Antes, por el aquel de la finca, no había de faltarme un marido. Ahora me sobrarán moscones.

—Yo sé que Cayetano, aunque te deje, no piensa permitir que nadie ande contigo. Dijo que ya tenías el hierro, como una vaca.

Rosario se estremeció, y un relámpago de ira alumbró sus ojos; pero fue un solo instante. Sonrió con dulzura. Alzó las manos en un gesto que concedía.

—Y una, ¿qué va a hacer? Si una tuviese hombres en su casa...

Se levantó repentinamente. Sacudió la manta y quedó descalza sobre el entarimado.

—Es tarde, y esa ropa estará seca.

Sus pies eran menudos y blancos.

Carlos cogió las medias y las palpó.

—Sí. Ya están secas, y también el mantón.

—¿Me las da, si hace el favor...?

Esperó con ellas en la mano hasta que Carlos dio la vuelta, solo entonces se las calzó.

—El mantón. ¿Quiere ayudarme a ponerlo?

Vuelta de espaldas, con las manos alzadas, recogió el mantón por el borde y lo cerró lentamente sobre su cuerpo. Pero Carlos no lo había soltado. Sus brazos se cerraron también sobre el cuerpo quieto de Rosario, y ella no se movió.

—¡Dios mío! ¡Qué tarde tiene que ser! —dijo Rosario.

—Pasa de las doce.

Estaba transfigurada. Le bailaba en los ojos, le temblaba en las palabras una alegría entera, expresada en locuacidad y movimiento. Pero Carlos sabía que no era de amor, ni siquiera de las sensaciones que —según había confesado— experimentara aquella noche por vez primera, sino por la satisfacción de haber engañado a Cayetano, de haberse burlado de sus padres. Los había mentado con rabia triunfante, y había deseado que la vieran en los brazos de Carlos; que la viera todo el pueblo.

—Iré contigo hasta tu casa.

—¡No lo haga, señor! ¿Para qué va a venir? Sé el camino y no me pierdo.

—No sé qué me da dejarte ir sola a estas horas.

—Nada me ha de pasar.

Cogió el mantón y se lo ofreció a Carlos.

—Póngamelo otra vez, como antes.

Envuelta en él, se acercó.

—Mándemelo el señor, y me quedaré aquí para siempre.

—¿Estás segura de no arrepentirte?

—El señor no tiene más que mandarme.

Esperaba una respuesta, con la cara levantada y los grandes ojos azules quietos como aguas profundas.

—Piénsalo mejor, y si lo acuerdas así...

—Como el señor lo mande.

Descorrió el cerrojo.

—Cierre siempre la puerta, señor.

—Pero ¿por qué ese miedo?

—Al señor hay quien no le quiere bien.

Carlos alumbraba con la luz en alto. Llegaron al zaguán.

—¡Mis zuecas! ¿Dónde están mis zuecas?

Se abrazó a él y le miró. Había en sus ojos sorpresa y miedo real, inmediato.

—Las dejé aquí, junto al banco. ¿Lo recuerda el señor?

—Míralas. Están junto al portón.

Alguien las ha cambiado de lugar.

—¿Alguien?

Se las calzó sobre los escarpines; resonó el taconeo sobre las piedras del zaguán.

—¡Váyase, señor! ¡Suba y cierre la puerta! ¡Alguien estuvo aquí esta noche!

Se acercó a él y le besó.

—Me daría mucho dolor que lo matasen.

Huyó corriendo; se perdió su sombra en el fondo de la vereda, envuelta en lluvia violenta.

—¡Espera, Rosario! ¡Voy contigo!

—¡No salga, por Dios! —respondió la voz lejana de Rosario, y con ella, el chirrido metálico del portón exterior al cerrarse.

Carlos entró en la bodega, por si hubieran robado a *Bonito*; pero el jaco permanecía en su rincón, bien trabado por la cuerda. Le palmeó y salió. Dejó abierto el zaguán, pero echó el cerrojo a la puerta de la escalera.

Quedaban en la chimenea unas brasas. Hurgó en ellas un rato, hasta avivarlas. Luego preparó café y bebió un largo trago de coñac. Pensó en acostarse, pero se había desvelado. Buscó unos leños y se sentó junto al fuego, en la misma silla que Rosario había ocupado.

Estaba un poco triste. Podía precisar con exactitud el momento en que la tristeza había nacido, tímidamente, en su corazón, y el esfuerzo por apagarla o, al menos, por disimularla, mientras Rosario estaba en su compañía, mientras su alegría tremenda resplandecía en sus palabras. Una alegría, sin embargo, intransferible, no de carne exaltada, ni de amor cumplido, sino de triunfo, y él se sabía instrumento: dócil, casi inactivo, bastante ingenuo. Ella lo había decidido, lo había planeado, lo había ejecutado. Probablemente, días atrás, mientras él discutía, en retirada, con el viejo Galán, ella, sin alzar la cabeza, sin abandonar las espigas, se regocijaba en su corazón y se determinaba a devolverle el pañuelo la primera noche que pudiese hacerlo. Había sido juguete de Rosario. ¡Oh, claro está, sin mala intención! Quizá ella hubiera pensado que si por parte de él no había inconveniente, si había pensado llevarla a su casa, bastaba con acercarse —no importaba el pretexto— y dejarse abrazar. Había elegido el momento. Había alzado los brazos, muy cerca de él, vuelta de espaldas, indefensa, como diciendo: «Ahora». Y él la había abrazado; dócil, sí, y, sin embargo, su excitación no era tanta que no hubiera podido dominarse y soltar el mantón mientras ella se envolvía. Después había sido algo distinto. Rosario había hallado algo nuevo, y estaba conmovida.

Volvió a beber coñac. La victoria sobre Cayetano era lo de menos. Casi no le importaba, aunque llegase a enterarse, aunque las gentes de Pueblanueva le saludasen vencedor. No le importaba. La tristeza le nacía como de una humillación; pero había algo más que no lograba aislar ni podía definir; algo que venía mezclado a la tristeza, una sensación como si aquello le hubiese separado de alguien o de algo, o como si algo se hubiese roto y él se quedase solo, aislado, reducido a sí mismo.

Abrió la ventana y se asomó. Una rama de tejo se balanceaba sobre su cabeza, hasta rozarla, y sacudía sobre sus cabellos gotas frías de lluvia. Soplaban un viento furioso, desconcertado; su fragor llenaba el valle y ascendía por las laderas; lo llenaba todo, asumía en su seno todos los demás ruidos. Le

pareció que, en medio del estruendo, una flauta sonaba con música alegre, un sí es no es burlona; pero fue solo un instante. El frío de la noche sosegó su sangre. Sintió necesidad de entenderse, de ver con claridad, reducido a sistema riguroso de causas y efectos lo acontecido en las últimas horas; y junto al fuego pensó largamente, frenando la imaginación para que la razón discurriese, fría, como si lo que analizaba no le perteneciera. Y así estuvo mucho tiempo. Cuando se quedó dormido en la misma butaca en que Rosario había estado, envuelto en la misma manta que la había cobijado, creía saber a qué atenerse, al menos en relación con todos sus actos desde su llegada a Pueblanueva. Quedaba un punto oscuro, que su análisis no podía desentrañar, porque a medias no le pertenecía, o así, al menos, lo creía él. Y si este punto correspondía a la intervención directa de una Voluntad Trascendente —podía admitirse como hipótesis de trabajo—, ¿cómo lo sucedido después le había llevado, paso a paso, a los brazos de Rosario? Al llegar aquí, Carlos se rio de sí mismo, se preguntó en seguida por qué se reía, y halló que desde un par de horas antes se había convertido en espectador de su propia vida y se portaba frente a ella como un lector de novelas frente al personaje; y que su vida, vista desde fuera, resultaba cómica, como un gato que se persigue a sí mismo. Pero halló también que, en el ejercicio del análisis, había desmenuzado los hechos de tal manera que los había destruido, y ahora podía contemplar los restos —aquel montón de datos para un médico— como si jamás le hubieran pertenecido.

XIII

Cuando se despertó había entrado la mañana. Abrió la ventana y contempló el valle, el pueblo envuelto en la lluvia, las aguas revueltas de la ría. Su casa estaba en silencio, como si el viento, al callarse, hubiera dejado una oquedad en que las ramas del tejo caían como vencidas o muertas.

Mientras se mojaba la cara, recordó sus conclusiones de la noche anterior. Le parecía ahora que, lógicamente, deberían seguirse de una determinación práctica, en orden a su conducta con Rosario. Podía suceder que apareciese por la puerta con el petate al hombro, como le había insinuado; o bien que se quedara con su familia, pero que alguna noche volviese a visitarle. En ambos casos *podía* rechazarla y quizá *debía* hacerlo. Prescindió, de momento del *podía*, y se quedó con el *debía*. ¿Por qué *debía* rechazarla? ¿Para evitar una situación comprometida o una relación sentimental indeseada? Es decir, ¿por conservar la libertad? Tenía que reconocer que ninguna de estas razones le importaba, y que su libertad, después del análisis, se mantenía entera. ¿Por qué, entonces? ¿Por miedo a Cayetano?

Había un punto oscuro, que la noche anterior permaneciera oculto —razonablemente, porque la noche anterior se había atenido a los hechos, y ahora no los analizaba, sino que se proponía una conducta—: ¿era posible todavía evitar los juicios morales, reducir el deber a pura conveniencia? Mas para ello tendría que prescindir del punto oscuro, tan atractivo para su curiosidad: como si algo se le ofreciera, secreto, y con solo alzar la punta de un tapete quedase al aire, evidente. Solo que aquello podía descubrirse sin quererlo, por su misma fuerza, no como acto deliberado, sino como tantos otros —bien conocidos, aislados, y estudiados, por lo demás— que parecían provocados desde fuera.

Debajo del tapete yacía el recuerdo de Clara y una extraordinaria, imprevisible noción cuyo nombre concreto rechazó de momento, pero aceptó en seguida; seductor, cargado de dramatismo, perfectamente delimitado, pero sin relación aparente con Clara. ¿Por qué la recordaba al mismo tiempo que el nombre del pecado? ¿Por qué aparecían juntos, como dos huevos en el nido, juntos, pero sin rozarse?

«Dentro de cualquier ser humano —pensó— yace la historia del mundo. Si meto la mano en mi alma, puedo sacar, no ya este sentimiento de pecado, sino un hombre de Neanderthal, vivito y coleando, el mismo, probablemente, que se aterró cuando soñó con el Diablo y que sigue convencido de que el Diablo entró en mí y anda escondido por ahí dentro, haciendo de las suyas». Pero el hombre de Neanderthal, de momento, no le importaba, y el sentimiento de pecado sí, considerado en sí mismo y en su relación con Clara; le importaba singularmente, y también el hecho indiscutible de que toda su trabajosa construcción nocturna, todo su exquisito sistema de causas y efectos quedase, de momento, alterado, quizá inservible. Sin embargo el sentimiento, casi la sensación del pecado, no le había invadido ni conmocionado, sino que permanecía distinto, casi aislado, casi en el aire, más como noción intelectual de un sentimiento que como sentimiento vivo. Algo así como una pieza que hubiera olvidado y que, aparecida, le obligaba a destruirla y a rehacerla.

Lo que sabía del pecado servía de poco. Para reconstruir su análisis, necesitaba un conocimiento teológico, aunque fuese somero —que ahora no poseía— no porque fuese a creer en él, sino porque no podía lícitamente atenerse solo a unos efectos psicológicos interpretados por una ciencia en la que tampoco tenía fe. ¡Menudo galimatías! Mientras tomaba el café, pensó que acaso el padre Ossorio pudiera informarle. El padre Ossorio era, sin duda, un pecador experimentado y sabio. Iría a verle, en seguida, aquella misma mañana, antes de que cualquier acontecimiento le distrajese, o de que el examen de sí mismo comenzase a aburrirle. Estaba, por lo menos, tranquilo, y su propio problema se había reducido a términos estrictamente intelectuales, sin que nada sentimental se mezclase, sin que nada turbio viniese a perturbar la fría meticulosidad de su análisis. Clara y el pecado. ¿Por qué Clara? La había deseado, quizá, un momento. Contaba poco en su vida —menos, desde luego, que Rosario.

Bajó las escaleras silbando.

—Buenos días, don Carlos.

Paquito el Relojero se hallaba en el zaguán, sentado en el banco, y con una especie de mesilla delante, llena de menudas herramientas. Tenía en las manos una maquinaria diminuta, que no soltó al levantarse. A su lado, sobre el banco, había un bulto grande, como de ropa, estaban también el bastón, la flauta y la pajilla.

Sonreía y parpadeaba. Sus ojos bizcos se movían rápidamente, como inquietos.

Carlos fue hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—¡Ya ve! Me he cambiado de casa.

—¿Quieres decir que te has cambiado a la mía?

—Sí, señor.

Carlos rio.

—Bienvenido. ¿Es que quieres curarte?

Paquito retrocedió con aspavientos de susto.

—¡Ah, eso, no, señor! La primera condición es que no ha de intentar curarme.

—La primera condición del contrato de arrendamiento, ¿no es así?

—Bueno. Será eso.

Carlos se sentó a su lado, en el banquillo. Le dio un par de palmadas en el hombro; Paquito bajó la cabeza y dejó sobre la mesita el reloj en que trabajaba.

—¿Te han desahuciado?

—¿A quién? ¿A mí? ¡No, señor! Me he mudado de casa por mi voluntad.

—No lo entiendo.

Paquito le miró de soslayo, entre pícaro y temeroso.

—¿Tiene un pitillo? Le advierto que no vengo dispuesto a fumar a su cuenta; es que, como salí temprano del pueblo, no tuve ocasión de comprar tabaco.

Cogió el cigarrillo que Carlos le ofrecía y lo encendió rápidamente, sin mudarle el papel.

—Cayetano —dijo— me tenía disgustado hace tiempo, por la cuestión de

ser unas veces criado y otras esclavo. Yo pasaba por todo: que se riera de mí y que me diese de patadas. Hay hombres que hemos nacido para que nos muelan a palos, y cuando es así, no hay qué hacer. Pero otras cosas no se aguantan.

Dio una chupada corta al cigarrillo, y luego otra. Miró a Carlos, esta vez de frente.

—Paso también por la cuestión de que me use de correveidile. Que si hoy iré a las ocho. Que si hoy no iré. Pero la cuestión de tenerlo a uno bajo la lluvia horas y horas, en una noche de invierno, no se le hace a un cristiano.

Hizo una pausa, como esperando respuesta o, al menos, una señal de comprensión; pero Carlos no se movió ni dijo nada.

—Usted no sabe lo que es una noche de invierno, lloviendo a chuzos, por esas correoiras, y bien alerta, para cumplir con la cuestión del mandato sin que escape detalle. Y si hay que correr, correr; y si hay que esperar, esperar.

—No obstante, te quedan huelgos para tocar la flauta —respondió Carlos, con sonrisa avisada.

El rostro de Paquito resplandeció de alegría.

—¡Naturalmente! Usted la oyó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y entendió lo que quería decirle?

—No.

—Si hubiera prestado atención a la cuestión de la flauta, no harían falta ahora estas explicaciones. La flauta decía bastante.

—Con el viento, no se oía bien.

—Eso debía de ser: la cuestión del viento. ¡Condernado ciclón! Entonces ya no hace falta explicar más.

—Creo que sí. No olvides que apenas oí la flauta.

Paquito se rascó la cabeza.

—Mire: no sé si me saldrá bien la cuestión de explicarlo. Pero la verdad es que, a eso de las nueve y media estaba yo sentado ahí fuera, debajo del alpendre, porque llovía, y empecé a pensar: si sigo con Cayetano, es cuestión de irle con el cuento. Pero, la verdad, no me parecía bien. Yo seré un loco, pero hay cuestiones en que la cosa está clara. Ir con el cuento, por esta vez, no era de hombre cabal. Y, entonces, empecé a dar vueltas a la cabeza; venga a

llover y yo venga a pensar. Salí de aquí, dejé a la moza en su casa, y seguía pensando. Hasta que, por fin; se me ocurrió el arreglo. Por eso volví y toqué la flauta, para que usted se enterase. Si yo venía a vivir con usted, estaba obligado a usted, no al otro, y podía callarme. Me fui al astillero, puse la ropa a secar, y, en cuanto tocó la sirena, cogí el petate y me cambié de casa. Y aquí estoy. No tengo que contar nada a nadie. Es cuestión, en cambio, de guardar un secreto. ¡Ah! Y cuestión de una puerta. Usted tiene la mala costumbre de dejarlo todo abierto, eso no está bien, si no hay quien guarde la casa. Su padre, que en gloria esté, hacía igual.

—¿Le has conocido? —preguntó Carlos son sobresalto.

—Voy a cumplir cincuenta años para San Salvador: su padre se marchó del pueblo el diez de agosto de mil novecientos uno. Tenía yo dieciséis años, y ya estaba loco, pero sabía distinguir entre un hombre de bien y un hijo de zorra.

Puso una mano sobre el hombro de Carlos y le miró con afecto.

—Usted se parece a él. Cuando llegó al pueblo, lo dije: es igual a su padre. Le doy mi palabra de que no me alegré, porque los hombres de bien no prosperan, y, en este pueblo, menos. Ya me ve a mí: con más palos en el cuerpo que una estera.

Volvió a fumar profundamente.

—Buen tabaco. Ya ve: Cayetano, para dárselas de demócrata, lleva tabaco de este en la petaca, y es el que ofrece; pero él fuma de macillo. A mí nunca me dio de los buenos.

Hizo con la mano libre un signo grosero.

—Ahora ya es cuestión de hablar mal de él.

—¿Sabe alguien que Rosario estuvo aquí anoche?

—Nosotros tres, y Dios. Se lo juro por las cenizas de mi madre.

Se levantó rápido, y se plantó delante de Carlos, con las manos juntas.

—A mí puede creerme, don Carlos. Si fuera a decirlo a alguien, me hubiera quedado en el astillero. Pero ¡qué caray!, uno tiene derecho a ser persona decente.

Se puso, cómicamente, de rodillas.

—Le juro que no lo diré a nadie aunque me eche de aquí.

—Puedes quedarte.

Paquito dio a su voz entonación solemne, gravedad a su ademán.

—En ese caso, tenemos que tratar de la cuestión. Usted pone sus condiciones, y yo, las mías.

Señaló con un gesto el piso superior.

—Tiene arriba seis relojes antiguos, de buena marca. Todos están parados. Es cuestión de arreglarlos.

—¿Cómo sabes que los tengo?

—Ya le dije que dejar la puerta abierta es malo. Pero yo no robé nada. Yo no robo nunca. A mí, lo único que pueden echarme en cara es que una vez, hace años, fue cuestión de violar a una criatura. Está mal, dicen, y debe de ser así, a juzgar por los palos que me dieron y por los seis meses que pasé en el manicomio. También me emborraché muchas veces, pero de eso tienen la culpa los que quieren verme borracho. Nunca robé. Estuve aquí, di una vuelta por la casa, y dije: seis relojes mudos, ¡qué gusto oírlos, cuando estén compuestos, dar las campanadas a las doce, uno detrás de otro! ¡Tin, tin! ¡Tan, tan! Uno tiene carillón.

El de la consola grande. Cuando Carlos era niño, escuchaba las campanitas atraído por su son delicado.

—Otra condición es que no se preocupe de mí para nada. Soy un hombre libre. Como cuando tengo hambre, y duermo poco. Cuestión de cama no necesito. Ahí, en ese cuartucho, pondré mi tenderete. Unas veces trabajo y otras no: nadie tiene derecho a obligarme: y, cuando llega la primavera, me marcho. Al que no me deje marchar, lo mataré.

—¿Por qué?

Paquito quedó repentinamente serio.

—De eso ya hablaremos.

—¿Por qué no ahora? —y agregó Carlos, con gesto explicativo—: tengo derecho a informarme de mi inquilino.

Paquito pareció perplejo, pero solo un instante. Corrió al banco, tomó el bastón y lo ofreció a Carlos.

—Naturalmente que tiene derecho. Es cuestión de que se entere de todo. En este bastón están mis secretos. Cada una de esas anillas tiene su rosca, y se descompone. Aquí guardo mis ahorros. Veá. Pesetas de plata y billetes. Cuestión de unas trescientas, en total. Para la primavera habré llegado a cuatrocientas. Y, aquí, están los avíos de coser: agujas, hilo, dedal... ¡Un

hombre solo tiene que saber de todo! Cuando se me cae un botón, lo pego, y cuando se me hace un roto, lo coso.

Bajó la voz y miró alrededor, con precaución.

—Aquí tengo el retrato del rey y de la reina.

Sacó un recorte de revista ilustrada y lo mostró a Carlos.

—El rey y la reina. Don Alfonso XIII, que Dios guarde.

Rio y empezó a tararear la Marcha Real. De pronto, echó mano a la flauta y continuó la melodía, mientras recorría el zaguán con paso de soldado.

—Aún hay más. ¿Quiere desenroscar el puño?

Por seguirle la vena, Carlos lo hizo. Quedó en sus manos un frasquito de vidrio, lleno de un polvo blanco, cristalino.

—¿Qué es?

—El arsénico. Si mato a alguien, es cuestión de tomarlo y ya está.

—Pero ¿por qué has de matar a alguien? Eso es, justamente, lo que quiero saber.

Paquito se acercó desconfiado.

—Usted dijo una vez que podía curarme.

—Es cierto, pero no pienso hacerlo. Forma parte de tus condiciones.

—¿Me da su palabra?

Carlos tendió la mano. Paquito le miró, sorprendido, y tendió en seguida la suya, con regocijo.

—¡Esto ya es otra cosa, don Carlos! Usted me da la mano. ¿Sabe lo que quiere decir, entre hombres de bien? Yo lo sé. Secreto por secreto. Yo no diré a nadie que Rosario vino a verle esta noche, y usted no dirá a nadie... —se detuvo, e hizo sonar los dedos—. Lo sabe todo el mundo.

—Yo no lo sé.

—¿No sabe que tengo novia? La tengo. A mí me gustan las mujeres, pero ninguna se quiso casar conmigo. ¡Un loco! Pero soy un hombre, y una vez quise violar a una niña. Quedamos en que está mal, pero ¿no es uno un hombre? ¿No tiene derecho a una mujer, como cualquiera? ¡Un loco! Bueno. Una vez estaba en una romería, allá por Bergantiños, y fue cuestión de que me dieran vino para que les dijera un discurso de don Eduardo Barriobero. Me hicieron subir a una mesa, bajo un toldo, y les dije el discurso. Entero, con puntos y comas, bien dicho. Pero empezaron a reírse de mí, me tiraron botellas, me

maltrataron, y me dejaron tendido en la cuneta, con la cabeza rota. Mire. Aún tengo la cicatriz.

Apartó el pelo y mostró una raya roja, junto a la sien.

—Fue cuestión de morir allí tirado, como un can rabioso. ¡Mala centella los coma! Me dejaron en la cuneta, sin que un alma caritativa me echase un poco de aguardiente. ¿Usted cree que hay derecho? Estaba sin sentido. ¿Para qué sirve la Guardia Civil? Allí me dejaron tirado, hasta que ella me recogió. Cuando cambia el tiempo, me duele la cicatriz.

—¿Y eso es todo?

Paquito se sentó, dejó la flauta y empezó a recomponer el bastón.

—Todo el mundo sabe en el pueblo la cuestión de mi novia, Cuando llega la primavera, me voy a verla. Compró una tela grande, de muchas flores, que es como a ella le gusta, y una caja de galletas, y caramelos, y me voy, porque ella me espera. Entonces me preguntan: «Paquito, ¿cómo sabes cuándo te espera?». Y yo les contesto: «Sois unos ignorantes. ¿Cómo saben las golondrinas cuándo es cuestión de emigrar?». Yo vivo tan tranquilo durante el año; pero, un día de primavera, siento como un golpe en las entrañas, y entonces ya sé que, desde aquel momento, ella sale todos los días al camino. Hago mis compras, lío el petate y me voy. Me voy cantando y tocando la flauta, por los atajos del monte. Cuando llego a su aldea, ella me está esperando.

—Probablemente, siente también el golpe en las entrañas.

—No lo diga de broma, porque es así.

Miró a Carlos de una manera especial, como de quien va a descubrir el quid de la cuestión.

—Ella también es loca —y, entre compungido y apresurado, agregó—: por eso no quiero que me curen. Si no fuera por ella, sería cosa de pensarlo. Pero, si me curo, ¿cómo sabré después que ella me espera?

Dejó sobre el tenderete el bastón recompuesto.

—Otro día le seguiré explicando esta cuestión. Para hoy ya fue bastante. Ahora, póngame sus condiciones.

—Una sola: que no te metas en mi vida.

Paquito sonrió.

—Usted no sabe lo que dice. ¿Qué quiere? ¿Que le deje la puerta abierta?

¿Que no le cuente lo que sé? ¿Y que si alguien quiere matarlo, lo deje entrar? Hay, además, lo de las mujeres. A usted lo van a meter en muchos líos.

—Una sola mujer, y ya ha terminado.

El loco soltó una carcajada larga.

—Lo de esa acaba de empezar. ¡No sabe usted con qué lagarta ha tropezado!

Se acercó a Carlos hasta casi hablarle al oído.

—Mire: yo, en cuestión de mujeres, entiendo poco. Tengo a mi loca, y como los dos lo estamos, nos entendemos bien. Pero algunas cosas me dan en las narices, y cuando me dan en las narices, acierto. La Galana es de mucho cuidado; si no, al tiempo. En cambio, la otra...

—¿Quién es la otra?

—Clara.

—¡Ah, Clara! ¿Qué sabes de ella?

—Tiene buen corazón. Una vez vino al mercado, a mi garita. Me traía un reloj antiguo, a ver si se lo compraba. «Pero, mujer, yo no tengo dinero para pagártelo». «Por lo que sea». «Si quieres, déjamelos, y veré de venderlos». Me lo dejó. Valía lo menos mil pesetas; un gran reloj. Lo limpié, lo arreglé y fui a ver quién lo quería. Me ofrecieron veinte duros, y se lo vendí al de la gasolina por veinticinco. Cuando volvió Clara le dije: «Ahí tienes, esto me han dado, ni un real más». «Bueno. Toma para ti»; y me quería meter en la mano cinco duros. ¡Una pena de reloj! Está ahora en el comedor de Cubeiro. Lo hubiera comprado para mi novia, pero pensé que, en cuestión de relojes, no entiende, y que se lo robarían. Clara me quiso dar cinco duros de comisión. ¿No le parece de buena persona? Además —se apretó más todavía, habló más bajo— tiene mejor cuerpo que la Galana.

—¿También lo sabes?

Paquito rio con picardía.

—Las vi desnudas a las dos. Una vez Cayetano me mandó con un recado para Rosario, que se fuese acostando, y llamé a la ventana y se lo di. Me vinieron ganas de quedar y curiosear un poco, y por la rendija vi cómo se desnudaba y se miraba al espejo. Cayetano me cogió mirando, y me dio una mano de palos que me dejó baldado. Y yo le dije después: «Una mujer que se mira desnuda al espejo no es de buena ley». Estaba muy buena, esa es otra

cuestión, pero Clara no tiene nada que envidiarle.

Se detuvo, esperando a que Carlos le interrogase por Clara, pero Carlos se limitó a sonreír.

—Bueno. Un día por la tarde vine a ver los relojes. Había venido ya dos veces más, y andaba dando vueltas a la cuestión de arreglarlos sin que usted lo supiera, porque me daba pena que estuviesen parados. Entonces, sentí que venía alguien cantando por la escalera, y me escondí en una alcoba. Entró Clara y se puso a revolver en un armario, a sacar la ropa y mirarse al espejo con ella puesta por encima. De pronto empezó a desabrocharse. Yo me dije: «Va a quitarse la bata y ponerse otra», pero ¡caray!, se quitó la bata y quedó en cueros. Nadie podía suponer que fuese de aquella manera. Pero ya ve, tenía el armario abierto y no se le ocurrió mirarse, como a la otra.

—Después, llegué yo.

—Pero Clara se había vestido.

—¿Oíste lo que hablamos?

—Cuando gritaban, sí.

—Entonces, sabes también que no me acosté con ella.

—De esa cuestión ya no puedo hablar, porque, cuando merendaron, aproveché para escaparme.

—¿Lo crees bajo palabra?

—¿Para qué va a darme palabra, si no me importa? Yo saqué la cuestión porque Clara es mejor persona, y, de cuerpo, lo tiene más bonito. Puede hacerme caso, yo no tengo simpatía por su hermano, ni la tuve por su padre, que, en cuestión de política, era un traidor. ¡Un hombre de su cuna, con título de conde, acabar aliado con Cayetano! Tuvieron la culpa las mujeres.

Carlos se levantó, fue en silencio a la puerta y permaneció en el umbral unos instantes, mirando a la lluvia.

—Ven acá, Paco.

El Relojero se acercó tímidamente, con la flauta en la mano, sin sombrero. Le caían sobre la frente los cabellos mojados, y los ojos bizcos bailaban de inquietud.

—Dime, ¿eres un loco o un perillán?

Paquito rio con una risa afilada y humilde; llevó la flauta a los labios y tocó una escala.

—También puedo afinarle el piano.

—¿Eres un loco o un perillán?

—Mire, señor: todavía puede mandarme que me vaya, y me iré; pero si me pregunta si estoy loco, ¿yo qué voy a decirle? Llevo cerca de cincuenta años oyendo: «Estás más loco que un chivo». Los locos siempre se creen cuerdos. Cuando estuve en el manicomio, el único que se tenía por loco era yo, y ¡cuidado que allí había tipos como cencerros! De esas cuestiones, no entiendo; pero, si estoy loco, no quiero dejar de estarlo, y, si no lo estoy, me encuentro bien así. Cuando lo pienso, me digo: Paco, estás loco. Ahora que, en lo que cabe, soy una persona decente. Si es por eso por lo que me lo pregunta.

Carlos le sonrió y le palmoteó la espalda.

—Anda, sube y empieza a afinarme el piano. A ver cómo lo dejas.

Había olvidado la expedición al monasterio y la consulta teológica al padre Ossorio. Bajó al pueblo. Doña Mariana le preguntó por qué había tardado, y él dio una disculpa. No dijo nada de Paquito, pero preguntó, en cambio, noticias sobre los Aldán.

—¿Qué hacía su padre? ¿Cuál era su papel en el pueblo?

Doña Mariana le contó en pocas palabras lo que sabía de los matrimonios de Remigio Aldán y de la situación de sus hijos.

—Eso me aclara algunas cosas de Juan. Pero ¿y su madre?

—Cuando se volvió gorda, el marido no le hizo caso, y se divirtió con otras. Ella se dio a la bebida.

—¿Fue usted su amiga alguna vez?

—De Remigio, sí; llegó a hacerme el amor cuando estaba soltero, y, después de casado, su primera mujer me visitaba. Pero a la madre de Juan jamás la he visto. Cuando venían aquí, no salía de casa, como si tuviera vergüenza. A Juan no le hablé jamás, y a Clara no creo haberla visto nunca. A Inés, sí. Un día le hablé, pero no me fue simpática. Me fastidian las beatas.

—No creo que Inés sea una beata corriente.

Aquella tarde, cuando ya habían merendado, llegó un chiquillo con el recado de que la señorita Clara esperaba a don Carlos en la lonja. A doña Mariana le extrañó.

—Recuerde que le he prometido llevarla al cine el domingo, y que hoy es viernes. Querrá recordármelo.

Eso quería Clara, o, al menos, le sirvió de pretexto. Había hecho ya su compra de pescado, y esperaba arrimada a una columna, de espaldas a la luz y al griterío de las vendedoras.

—No se enojará la vieja porque te haya mandado a buscar.

—¿Por qué había de enojarse?

—¡Hijo! Te tiene a su lado como si fueras un novio. En toda la semana no te he visto.

Parecía contenta. Pidió a Carlos que la acompañase hasta su casa, y durante el camino rio. Al despedirse, recordó el trato.

—Espérame a las cinco, en la plaza.

—¿Ya tienes tu traje nuevo?

—Un traje estupendo. No te avergonzarás de ir conmigo.

Marchó corriendo, sin darle la mano. De regreso, Carlos pasó por el casino, y se acercó al rincón donde se jugaba al tresillo. Vio a Cayetano en la partida, y le saltó el corazón. Cayetano no le hizo mucho caso, ni los demás. Don Baldomero perdía doce duros, maldecía de las cartas, y se empeñaba en jugar todas las veces. Cubeiro, de mirón, bromeaba a su cuenta. Fue el único que, pasado un rato, atendió a Carlos. Lo llevó lejos de la partida, junto a la gramola, con el pretexto de que oyese unos discos recién comprados. Mientras sonaba el último tango, se sentó a su lado, y le preguntó qué tal le iba en el pueblo.

—Mire, aquí no hay más que dos soluciones: o conformarse, o hacer como si se estuviera conforme. Ahí tiene usted a don Baldomero: no puede ver a Cayetano, y por detrás lo pone verde, pero, cuando están juntos, parecen tan amigos, y se gastan bromas. A mí me pasa igual. Si ahora partiese un rayo al amo, bebería una buena copa a la salud de su alma; pero, entre tanto, hay que conformarse. El que se rebela es tonto o insensato. Esto aparte, le estoy agradecido, porque gracias a él, voy viviendo, y me sobra un duro para gastar en vino o en lo que se me antoje. Y, después de todo, nos quejamos de vicio. Cayetano exige lo que exigiría otro cualquiera en su lugar: que no se toque lo suyo y que se le obedezca, pero, fuera de eso, no se mete en nada. Si usted quiere robar, puede robar, con tal de que no le robe a él. Ahora, al que se mete en su vida, no se lo perdona.

—¿Me lo dice usted como consejo?

—Tómelo como quiera. Se lo digo porque, si es verdad que se queda aquí, como dicen, lo mejor será que sepa a qué atenerse. Pueden haberle engañado. Yo, que conozco el percal, le aseguro que, a Cayetano, el que se la hace, se la paga, tarde o temprano. Ahí donde lo ve tan campechano, tiene muy mala leche. Y uno piensa, con razón: ¿Qué se gana metiéndose con él? Cada uno a su vida. Tenga en cuenta, además, que no le molesta que hablen mal de él; casi le divierte. Nos da esa libertad, y no podemos quejarnos.

El tango había acabado. Cubeiro cambió el disco.

—Lo más difícil de aguantar es lo de las mujeres, lo comprendo; pero usted no tiene hermanas, ni esposa, ni hijas. ¿Qué más le da que se acueste con esta o con la otra? Por otra parte, a un hombre como usted no pueden gustarle las mujeres del pueblo. Digo para casarse, porque para lo otro cualquiera es buena, y lo mismo da que haya pasado antes por Cayetano. Lo que dijo el otro día de Rosario la Galana...

Espió el rostro de Carlos con mirada de través, como distraída. Carlos no pestañeó.

—... era un poco exagerado. Siempre dice lo mismo, pero es cosa de tener paciencia, porque, a los seis meses de dejarla, puede usted acostarse con ella, y yo también. Ha pasado siempre. Él sabe que, cuando anda con una moza, nos apetece a todos, y si dice lo que dice es por hacernos un poco la puñeta; pero no se sabe de ninguna mujer que haya vuelto con él después de plantarla. En estas condiciones, ¿qué necesidad hay de meterse en cuestiones? Es cosa de esperar.

Dio unas palmadas en la pierna de Carlos.

—Ya verá usted. Allá por el verano, llevaremos a Rosario de merienda.

En la partida, después de un rato de silencio, renacía el griterío. Don Baldomero aseguraba a voces que el tercero no sabía jugar, y que debía haber arrastrado. Cayetano le dijo que no sabía perder y abandonó la partida. Carlos le llamó.

—Oye, Cayetano.

Cayetano atravesó el salón y se sentó al lado de Cubeiro.

—¿Qué sucede?

—Tengo que decirte que, desde ayer, Paquito el Relojero vive conmigo.

Cayetano encendía un cigarrillo, pero, al oírle, detuvo la mano y le miró,

inmóvil.

—Iba yo para casa, en el coche de doña Mariana, y le encontré esperándome. Dijo que lo había pensado bien, y que quizá le conviniera curarse, pero que, antes, quería saber si yo le merecía confianza, y que, por eso, si no me importaba, se quedaría a vivir en mi casa. Me hizo gracia, y le dije que bueno. Esta mañana, muy temprano, salió y volvió con su tenderete y su equipaje.

Cayetano encendió el cigarrillo. La sonrisa había volado del rostro de Cubeiro, y, por un momento, había mirado a Carlos con terror.

—Bueno. No me importa —respondió Cayetano después de una bocanada—. Ya te cansarás de él.

—¿Y va usted a curarlo? —preguntó Cubeiro.

—Haré lo que pueda.

—¿Dices que esta noche ya durmió en tu casa?

—Creo que sí. Estuvo lo menos hasta la una liado con un reloj. Quiere arreglar todos los que tengo.

Cayetano se encogió de hombros.

—Si me lo permites, considéralo como un regalo. Supongo que un bufón puede también regalarse.

Cuando Carlos llegó a casa, halló al loco ante el piano destapado.

—Esto me va a dar trabajo —dijo—. Aún no he terminado de limpiarlo. ¡Y cómo suena! Debe de hacer veinte años que no lo tocan.

Carlos examinó el trabajo y felicitó a Paquito.

—Le he dicho a Cayetano —añadió, sin transición— que estás aquí desde ayer, y que vienes a que te cure. No me desmientas.

Paquito, de pie, quedó pensativo.

—¿Y si al pasar el tiempo ven que sigo tan loco?

—No te importe. No sabemos qué pasará, ni lo que convendrá entonces.

—Eso también es cierto. Lo hizo para que no sospeche, ¿verdad?

—Y también para evitarte la paliza de despedida.

Dio al loco un puñado de cigarrillos.

—Voy a leer un poco. Hasta mañana.

Paquito volvió a su faena, y, durante un rato, limpió cuerdas y las hizo sonar. De pronto, lo dejó todo y bajó al zaguán; se puso la pajilla, cerró la

puerta y guardó la llave en el bolsillo. Llovía, pero salió como si tal cosa, un poco apresurado, hasta que, fuera de la finca, miró la hora y sosegó el paso. Fue un trecho por el camino. Luego, saltó un seto y corrió por los sembrados, sabiendo donde ponía los pies, como por vereda familiar. Cerca de la casa de Rosario, volvió a la carretera, pero con precauciones, emboscándose en la oscuridad de los zarzales. Abrió la cancela y entró en el corral. Estaba franca la media puerta, y, en la cocina, la Galana vieja fregaba la loza. Paquito se metió en el hueco de un castaño: era su escondite habitual, sabía cómo colocarse allí para esperar cómodamente. Vino un perro, saltó, recibió unas caricias y desapareció. La Galana salió con una vela, protegida del viento con la mano, fue al gallinero, permaneció dentro unos minutos; al regresar a la casa cerró la puerta. Paquito, entonces, volvió a mirar la hora. Era temprano. En estos casos, para no aburrirse, recurría a los recuerdos. Prefería los buenos, los de la loca de Bergantiños. Así, apoyado el traste en una raíz del castaño que era como una misericordia, la había recordado muchas veces. Las paredes de la oquedad le aislaban, le separaban de todo. Se echaba la pajilla sobre los ojos y dejaba que las imágenes reapareciesen, ordenadas por la memoria implacable, sin una deformación, sin una novedad. Se veía a sí mismo, engalanado de flores el sombrero, rociada de vino la flauta, caminando por los montes; y a la loca, que le esperaba al pie de un crucero y que empezaba a gritar cuando le descubría; que corría hacia él, saltaba a su alrededor, reía, le abrazaba, y tiraba de él hacia la cueva del monte donde se escondían. Allí, la loca envolvía su cuerpo desnudo en las telas floreadas, se engalanaba el cabello con ramas de hinojo y flores de San José, comía galletas y reía, feliz, mientras él tocaba la flauta. A veces, los mozos de la aldea venían de noche. Querían burlarse, y una noche la habían violado, sin que Paquito, maniatado, pudiera evitarlo; pero al día siguiente, buscó un escondrijo secreto, como un cubil de fieras, y allí pasaban las noches, y desde allí oían los gritos de los mozos que les buscaban. La loca, entonces, se abrazaba a él.

Chirrió la cancela de la cerca, y los recuerdos se desvanecieron. La sombra de Cayetano atravesó tranquilamente el corral, hasta la ventana. Dio unos golpes en el cristal. Paquito se aplastó contra el fondo de la oquedad, y escondió la pajilla.

Cayetano repitió la llamada. Se abrió la ventana. La abrió Rosario,

vestida.

—¡Hola! —dijo Cayetano.

Apoyó las manos en el alféizar para saltar, pero Rosario lo detuvo.

—No entre.

—¿Porqué?

—Porque no me da la gana.

Paquito sacó la cabeza del escondrijo, y la retiró en seguida, temeroso. Pero no podía permanecer acurrucado, porque las palabras, envueltas en el rumor de la lluvia, llegaban confusas.

Cayetano se había sentado en la ventana, el rostro endurecido.

—Le dije que no entre. Si se mueve, le doy con la tranca.

Fue a cogerla a un rincón. Cayetano saltó, le agarró la mano y se la retorció hasta hacerla soltar el garrote. Rosario se revolvió, quería arañarle, le rasgó la gabardina, mordió la mano que sujetaba su muñeca.

—¡Putá!

De una patada la arrojó al suelo. Cayó sobre ella, la golpeó hasta cansarse. Rosario gritó, gimió luego. Los puños cerrados de Cayetano caían sobre su rostro, sobre su pecho; caían ciegos furiosos. Se abrió la ventana del piso y la vieja Galana gritó:

—¡Rosario!

Detrás se movía alguien que preguntaba. La ventana volvió a cerrarse. La Galana, medio desnuda, bajó la escalera y abrió la puerta del cuarto.

—¡Ay, señor!

Gritó, pero no socorrió a Rosario, no sujetó a Cayetano. El Galán miraba por encima del hombro de su mujer. Los dos hijos escuchaban desde la cocina, mudos.

—¡Ay, señor! ¿Qué le hizo?

Cayetano, de rodillas, empujó el cuerpo inerte de Rosario. Le había roto la falda y la blusa, le había desgarrado las bragas, quedaban al descubierto la espalda, los muslos, el sexo. Cayetano se secó el sudor y escupió sobre la carne golpeada; escupió con desprecio, con saña.

—¡Señor!

La Galana dio un paso. El marido se acercó también.

—Le sangra la cara, señor. ¿Quiere un poco de caña?

Uno de los hijos corrió al vasar y trajo una damajuana. La Galana la ofreció, destapada.

—¿Quién estuvo ayer con Rosario? —preguntó Cayetano.

—¡Nadie, señor! ¡No salió de casa en todo el día!

—¿Quién vino a verla?

—Nadie, señor. Créamelo por el alma de mis difuntiños, no vino nadie. Se acostó temprano, porque el señor no venía. ¿Qué le hizo?

Cayetano había vertido aguardiente en el cuenco de la mano y se restregaba la frente arañada.

—¡Aaaj!

Echó un trago. Sus pies tropezaron con la tranca. Se agachó a cogerla.

—¡Ay, señor! ¿Va a pegarle más?

No le pegó más. Fríamente rompió la luna del espejo, golpeó la cómoda hasta quebrarla, la cama hasta hundirla.

—¡Ay, señor!

Saltó la ventana y se perdió en la oscuridad. Rosario permanecía derribada y quieta. Sollozaba. La Galana cerró la vidriera, atrancó las maderas.

Los hombres se habían sentado en la cocina. Miraban al suelo, en silencio. La vieja quedó en la puerta, puesta en jarras, de espaldas a Rosario y un temblor furioso en los labios.

—Mañana no podremos ir al trabajo —dijo uno de los mozos.

—No —respondió el Galán.

La Galana se volvió con rencor, hacia el cuerpo de su hija.

—¿Qué le habrá hecho?

Los hombres no sabían responderle. Arrastrando la pierna reumática, la vieja Galana entró en la cocina y se dejó caer sobre una banqueta.

—Iréis, al menos, a cobrar. Mañana es sábado.

Paquito había abandonado el escondite, había saltado la cerca, corría por los vericuetos, desalado. Miró atrás varias veces, y creyó ver la sombra de Cayetano, que también corría. Llegó al pazo sin aliento, entró y cerró la puerta. Había dos troneras en el zaguán, como es costumbre, y por una de ellas

espió la vereda. Cayetano llegó corriendo, pasados unos minutos; llegó, se detuvo frente a la puerta, y permaneció así un rato, indeciso. Dos o tres veces alzó la mano hasta la aldaba, sin llamar. Después paseó, y, por fin, con paso lento, se perdió en la sombra.

Paquito dejó la pajilla sobre el banco del zaguán, encendió una cerilla y entró en el cuchitril. Tenía empapada de lluvia la chaqueta: se puso otra, remendada, y subió, descalzo.

Al fondo del pasillo lucía un resplandor. Fue hasta la torre y entró en el estudio, sin llamar. Carlos leía junto a la chimenea.

—¿Qué se te pierde?

Sin responderle, Paquito se acercó al fuego y se calentó un poco. Le miraba, de vez en cuando, y reía.

—¿De dónde vienes?

—Cayetano acaba de darle a Rosario una buena tunda. ¡Mi madriña querida, en mi vida vi más palos! Cuestión de patadas, puñetazos, ¡yo qué sé! Y ella le zumbó también, mientras pudo.

Señaló la botella de coñac.

—Si me da un poco de eso... Estoy como una sopa.

Bebió de un trago y volvió a reír.

—¿Qué tunda, mi madre! Ella quedó como muerta. Ni a mí me pegaron nunca tanto. ¿Me da más de eso?

Bebió de nuevo y carraspeó. Se le encendían las mejillas y el alcohol le bailaba en los ojos. Buscó tabaco en el chaleco.

—Después, Cayetano vino corriendo, y estuvo para llamar, pero no se atrevió. Aún debe andar cerca.

—Abre la puerta y búscalos.

—No sea loco. El nombre de usted no salió para nada. Fue ella, que le dio con la ventana en las narices. Es de mucho cuidado.

Carlos se levantó.

—Voy a verla.

—Yo no iría. Van a enterarse los viejos, y mañana lo sabrá Cayetano.

—¿A mí, qué?

—Yo no iría. Pero si va, no vaya solo, y lleve una escopeta. Es cuestión de defensa propia.

—No tengo escopeta.

—Lleve lo que sea, un cuchillo, unas tijeras. Y yo iré con usted.

—¿Para qué?

—Hay un perro que ladra. A mí me conoce: es cuestión de caricias. Los perros se llevan bien conmigo, ¿sabe? En general me llevo bien con todos los animales. Luego, viene la cuestión de la ventana: a usted no le abriré. Además, no debe ir por la carretera, y yo puedo enseñarle los atajos.

—Habíamos quedado en que no te meterías en mi vida.

—Este es caso de conveniencia. Si lo dejo ir solo, me quedo sin amo y sin casa.

Carlos paseó en silencio. Paquito, cerca del fuego, le miraba ir y venir. Tiritaba.

—Si me deja, bebo otro trago.

—Bueno.

—Estoy mojado hasta los huesos.

—¿No tienes con qué mudarte?

—Si vamos a salir...

—Espera.

Carlos salió, fue a su dormitorio y revolvió en sus maletas. Halló una linterna eléctrica y la probó. Volvió a la torre.

—Vamos.

—Póngase algo. Llueve mucho. Y lleve el cuchillo.

La boina y el impermeable, nada más. Nada más. Desechó la idea del cuchillo. Pero, ya en el zaguán, esperó a que Paquito explorase el jardín; y, fuera del pazo, le siguió por donde le llevaba, fuera de la carretera. El loco no permitió que encendiera la linterna; y cuando llegaron a casa de Rosario, volvió a esperar, hasta que Paquito hubo tranquilizado al perro; y saltó el seto por donde le dijo, y esperó junto a la ventana a que golpease el cristal con una piedra, suavemente. Una vez, dos.

—Déjalo ya. Debe estar dormida.

—Ya que estamos aquí...

Llamó de nuevo, y se escuchó el ruido de las maderas al abrirse. Carlos se alumbró el rostro con un destello de la linterna.

—Antes de salir, hágame una señal —dijo Paquito; y se refugió en el

huevo del castaño. Solo cuando vio que Carlos había entrado, y que la ventana se había vuelto a cerrar, echó mano de sus recuerdos.

Esquirlas de cristal cubrían el piso de la habitación; crujieron y se rompieron bajo los pies de Carlos. Quedó en el hueco de la ventana, retenido por Rosario, que sollozaba. Le había abrazado, sin decir palabra, y se apoyaba en su pecho. Olía toda ella a vinagre. Habló cuando Carlos encendió la linterna e intentó alumbrarla. Se cubrió la cara con las manos.

—¡Apague eso! ¡No quiero que me vea así!

Después le preguntó cómo había venido con Paquito. Y Carlos lo explicó.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó luego.

—Después de haber estado con el señor, no podía recibirlo.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor. Por una cosa que me venía de dentro. Sabía que me iba a pegar, y lo hice. Estoy contenta.

No le había soltado. Hablaba quedo, y sus labios, al moverse, rozaban como una caricia el cuello de Carlos.

—Mañana me pegaré con él.

—¡No lo haga, señor! —se apretó más—. Nadie tiene que saber que fue por usted. No quiero que Cayetano lo sepa. Que piense que fui capaz de echarlo sin ayuda de nadie. Déjeme ese gusto.

Rogó. También temía que Cayetano hiriese a Carlos a traición, o lo matase. Cayetano tenía mucha fuerza, y mucha gente dispuesta a ir a la cárcel por matar a un hombre si Cayetano lo mandaba.

—No quiero que le pase nada al señor. Tendría mucha pena.

—Entonces, vendrás a mi casa a quedarte.

—Tampoco, señor. Iré cuantas veces quiera, y pasaré allí la noche, si lo desea, pero sin que lo sepa nadie, como ayer.

—¿Vendrás mañana?

—Iré cuando me hayan pasado los golpes. Así no quiero que me vea. Tengo la cara hinchada y los pechos marcados de cardenales. Le mandaré recado por el Relojero cuando haya de ir. Ahora, váyase.

Abrió, con cuidado, la ventana; con la mano izquierda, mientras la diestra enlazaba a Carlos por la cintura. Carlos hizo la señal, y Paquito se acercó.

—No hay cuidado.

Saltó.

—Déjeme que lo bese.

Sangraban los labios de Rosario, y Carlos se sintió atraído, retenido, por el sabor salado. Quiso entrar de nuevo.

—No, señor. Hoy no.

Paquito tiraba ya de su chaqueta, y el can le olfateaba los zapatos.

—Tengo que ir al casino —dijo Carlos a doña Mariana.

Había permanecido silencioso y, a ratos, abstraído. Ella le había preguntado, dos o tres veces, si le sucedía algo. Se le notaba la preocupación. Dio una vuelta por el muelle, bajo la lluvia, para distraerse. Cuando llegó al casino, la partida había comenzado, pero Cayetano no estaba. Carlos se puso a mirar, y, a alguien que le preguntó, respondió que le convenía aprender el juego del tresillo, porque en algo había que matar el tiempo.

—Cuando quiera —le dijo don Baldomero—, viene usted a casa y le enseño. Lucía también sabe jugar.

Cayetano llegó un poco tarde. Parecía de buen humor, o, al menos, lo simulaba. No había puesto vacante, y se sentó al lado de Carlos.

—¿Qué? ¿Te acostumbras al pueblo? Esto no es como Viena.

Carlos tuvo la sensación de que, detrás de la sonrisa, la mirada de Cayetano buscaba algo, quizá una certeza. Hubo de admitir que la educación inglesa de Cayetano no había sido inútil.

Vinieron en busca de Cubeiro, que jugaba, y Cayetano quedó en su puesto defendiéndole unas pesetas.

Ganó rápidamente. Cubeiro, al volver, prefirió tocar unos discos a seguir jugando. Protestaron don Lino y don Baldomero, que perdían.

—Para usted, don Baldomero, tengo una compensación —dijo Cayetano sin dar importancia a las palabras—. Puede acostarse cuando quiera con la Galana.

Carlos haba permanecido sobre sí, a la espera de aquella o de otra manera de afrontar la cuestión. No se alteró. Los otros dejaron de jugar.

—¡Hombre! ¿Se ha peleado con ella?

—Le di anoche una paliza que la dejé baldada.

Don Lino jugaba un solo a favor, pero ni él ni los demás parecieron interesados.

—Cuenta, cuenta.

Cayetano rio. Dejó las cartas sobre el tapete, y sus manos empezaron a moverse, explicativas.

—Cuando uno pega a una mujer, es para hacer con ella lo que a uno se le ocurra. Y anoche tuve un capricho.

Acercó el rostro a don Lino y le habló al oído. Los ojos del maestro relampaguearon de lujuria.

—¡Qué bárbaro! ¿Lo hizo?

—Ella no quiso, y se me puso brava. Entonces, le di de palos.

—¿Y después, le dejó?

—Ya no me importaba. ¡El gusto que da pegar a una mujer desnuda! La verdad es que me arañó y me mordió. Miren...

Mostró la mano, amoratada en un lugar, y el arañazo de la frente.

—Pero, en lo gordo de la faena, las heridas no duelen. Le di de veras, hasta sudar; la dejé tirada y me dio asco. Se acabó Rosario. Y como la tengo pagada hasta fin de mes, he pensado...

Se volvió hacia el bar y gritó:

—¡Chico! Tráete unas cuartillas.

Corrió el chico del bar con lo pedido. Cayetano continuó, mientras escribía.

—... he pensado en extenderles unos vales, a los que quieran pasar con ella una noche. A usted, don Baldomero, desde luego. ¿Y usted, don Lino?

Agitaba la cuartilla escrita y la pasó por las narices estupefactas, abiertas de esperanza lujuriosa, del boticario y del maestro. Sonreía.

Dominaba la situación.

—¡Hombre, Cayetano...!

—¡Pero ella, a lo mejor...!

—¡Sin miedo! La tengo pagada hasta fin de mes, y si se niega le planto fuego a la casa. Es decir...

Se interrumpió.

—... bueno. Fuego a la casa, no, que tiene dueño.

—Otra paliza —sugirió Cubeiro—. Me extiendes otro vale, y se la pego.

No debe estar nada mal, darle fuerte en las nalgas, con la mano bien abierta.

Alzó la suya y golpeó en el aire un trasero imaginado, apetecido acaso.

—Y tú, Carlos, ¿no quieres también un vale? A ti no creo que intente rechazarte. Eres su casero.

Almibarado, cortés, como si ofreciera un polvo de rapé, Carlos pasó a su terreno.

—No estoy tan seguro.

—Son dos autoridades, la tuya y la mía.

—La mía, no la ejerzo. Además...

—¿Qué?

—El juego, así, no tiene gracia. ¿Qué se ventila?

—¡Caray, don Carlos! —intervino, voceras, don Baldomero—. ¿Qué se ventila? ¿Usted ha visto bien a la Galana?

—No muy bien, pero no es suficiente. Al menos, para mí. Como regalo, no me parece aceptable, quizá porque mis ideas sobre la esclavitud difieren de las de Cayetano. Y como broma de casino, la encuentro poco pesada. Una cosa de estas, se organiza para que el pueblo esté pendiente de ella mientras no se lleva a cabo, y para que se hable de ella durante cien años, después de realizada. De modo que, si ha de seguir el juego, les ruego que tengan en cuenta mi proposición, que es esta: dos de nosotros, Cayetano y yo, por ejemplo, nos comprometemos a algo grave; mi vida contra la de él, o sus bienes contra los míos. Gano si la Galana rechaza al que se presente en su casa con el vale, o si paso en su cuarto más de una hora; pierdo si me da con la puerta en las narices, o si admite en su cama al que vaya con el papelito. De lo contrario, sin riesgo, sin emoción, la aventura no me atrae.

—¡Qué bien habla! —susurró el maestro.

Cayetano había escuchado sin pestañear, pero también sin que una sola señal de interés o enojo hubiera alterado su rostro. Sonrió al final.

—No tienes sentido del humor, Carlos.

—O quizá lo tenga, aunque distinto del tuyo.

—Lo que no me explico —terció Cubeiro— es su manía de tomarlo todo por lo trágico, don Carlos. Es como si yo tuviese un par de langostas o una empanada de lampreas que me hubieran regalado, y les dijera: Señores, a disfrutarlas.

—No consigo entender la identidad entre las lampreas de la empanada y esa moza que Cayetano acaba de ofrecernos.

—¿La identidad? ¿Qué es eso?

—¡Eres una bestia, Cubeiro! Identidad quiere decir...

La mano de Cayetano, extendida hasta la boca del maestro, le hizo callar.

—Has dado en el clavo, Carlos. Tú y yo no nos entenderemos jamás, porque para mí, entre la Galana y una buena langosta no hallo diferencia. Es decir, hay una: el modo de deshacerse de ellas una vez disfrutadas.

—¡Enorme! ¡Enorme! —chilló Cubeiro, con grandes carcajadas—. ¿Y si fuera al revés?

—Si fuera al revés —le respondió Cayetano, calmoso, marcando bien las palabras—, te llenarías bien la boca con Rosario, hasta hartarte.

Cubeiro siguió riendo; rio más brutalmente todavía, pero, entre la risa, una leve mueca, un resplandor de odio fugaz, respondieron en vez de sus palabras.

—Hay que sacar ese solo; don Lino —dijo Cayetano, recogiendo sus cartas.

XIV

Planchar unas enaguas con tres palmos de encaje no es nada fácil. Plancharlas con el encaje encañonado, más difícil aún, sobre todo cuando se ha perdido el hábito de planchar con delicadeza, cuando las últimas prendas almidonadas —las camisas de Juan, en el tiempo en que Juan las usaba— se han planchado hace bastantes años.

La verdad es que ni los hombres llevan ya pecheras planchadas, ni las mujeres enaguas de volantes. Clara las había hallado entre las ropas de doña Matilde, le habían gustado, se había enamorado de ellas y quería ponérselas. Puro capricho personal. Carlos no lo sabría nunca, pero si tenía un poco de interés, podía averiguarlo con solo mirar: montada la pierna, el volante de encajes quedaría por debajo del borde de la falda, a media pantorrilla. No era un descoco, ni una postura indecente, ¡y hacía tan bonito!

Las tres de la madrugada, y le dolía la espalda de encorvarse y de cargar la fuerza del cuerpo sobre el brazo derecho. Había trasnochado toda la semana, se había quedado a coser, noche tras noche, en la cocina. Probablemente había adelgazado —bueno, eso no era muy grave—. Había terminado el abrigo y el traje; estaban ahora sobre su cama, doblados. Solo faltaban las enaguas. Un poco más, y estarían a punto. Un poco más: quizá un cuarto de hora —suponiendo que no se agotase el carbón, que no se enfriase la plancha—. Se acercó al llar y sopló con fuerza; por la chimenea de la plancha salieron algunas chispas, pocas, y mucha ceniza. Esto se acaba. ¡Qué digo, un cuarto de hora! Ni cinco minutos.

Carlos no supondría jamás que lo hacía por él.

Era solo una parte de lo que hacía, o más bien, de lo que pensaba hacer. Había proyectado muchas cosas, nada fáciles. En un principio, no. En un

principio le había parecido suficiente una prueba manifiesta de gratitud — cualquiera—. Por ejemplo, si él quería besarla, dejarse besar. No proponérselo, pero sí darle facilidades, o sacar la conversación a cuento de algo visto en el cine. «Bueno, sí, pero solo una vez, ¿eh?». Solo una vez: esto se dice muy fácilmente y puede hacerlo quien no lleva dentro enormes ganas de besar. Por lo pronto, ¿qué pasaría después? No mientras Carlos estaba junto a ella, y la abrazaba, sino más tarde, al quedarse sola y carecer de fuerzas para vencerse. Bien, pasaría lo de siempre. ¿Tendría que ser así, siempre así? ¿Tendría que ser así también con Carlos? Y él lo sabría, o, al menos, lo sospecharía.

Fue entonces cuando se le insinuaron los proyectos difíciles. No dejarse besar ni dar facilidades, ni hablar de eso. ¿Y si Carlos, en el cine, quería aprovecharse de la oscuridad? Al imaginarlo sintió repugnancia, no de sí misma, de Carlos. Podía pensar en él pidiendo un beso o besándola por sorpresa, pero no aprovechándose en el cine. Carlos tenía que ser de otra manera, y todo el interés que sentía por él nacía de esta seguridad. ¡Oh, si Carlos pretendiese lo mismo que los otros —lo mismo que el barbero, por ejemplo—, su simpatía se vendría abajo, y no volvería a mirarle a la cara! De modo que si estimaba a Carlos por su corrección —hubiera podido aprovecharse aquella tarde en que ella estaba inerme, y él lo sabía—, era justo que también ella fuese correcta. No solo en apariencia, claro.

Tenía que cambiar, para poder decirle un día: «Oye, Carlos: aquello que te confesé una vez ya no existe, ya ha desaparecido, ya...». ¿Cómo se diría con toda claridad, y, al mismo tiempo, sin mentarlo? «Ya no lo hago». O quizá mejor: «Mira, Carlos: ahora, cuando me acuesto, me duermo tranquilamente, ¿sabes?». Él comprendería.

No solo eso. Hablar mejor, pensar mejor. Lo de pensar resultaba más difícil, pero imprescindible: porque todo el mal venía de pensar; y el pensar, del desear. Pero ¿y si deseaba a Carlos? Esto iba a suceder necesariamente; más bien había sucedido ya. Sucedió incluso obsesivamente. Cuando le dijeron que «el médico del pazo andaba detrás de Rosario la Galana, y quería quitársela a Cayetano», le dolió el corazón. Después había pensado que Carlos era admirable, porque osaba lo que nadie había osado, quitarle una mujer al amo (en realidad, dos, porque también a ella se la había quitado);

pero la admiración no le evitaba las imaginaciones de cada día. Carlos detrás de la Galana, Carlos rondándole la casa o quizá acostado con ella —entonces no era ya la Galana, sino ella misma, la imaginada: se volvía hacia la ventana y esperaba que se abriese y saltase Carlos por ella.

También todo esto tenía que cambiar. Pero ¿cómo?

La plancha se había enfriado; faltaba por encañonar un tercio del encaje. Por suerte, era de la parte trasera. Se puso las enaguas como un delantal, y caminó unos pasos: daba gusto ver el donaire con que se meneaban.

Se detuvo en medio de la cocina. «¿Y si acompañase a su hermana al monasterio?», pensó.

Todas aquellas muchachas que iban a la misa matutina con Inés y con doña Lucía, estaban protegidas del pecado, lo había oído muchas veces. Se decía incluso que a toda mujer que no deseaba ser solicitada, un día u otro, por Cayetano, le bastaba con sumarse a ellas, ir a misa con ellas, rezar como ellas rezaban y hacer lo que hacían. A Clara no le eran simpáticas: las encontraba sosas, afectadas, hipócritas. Hacían dengues por nada y miraban a las demás orgullosamente, como si fueran de otra clase. Pero, a lo mejor, eran, en efecto, de una clase distinta —carecían de imaginación y dominaban el deseo, o quizá no lo sintiesen por estar también protegidas contra él—. Cómo podía ser, no se le alcanzaba, ni había sentido jamás curiosidad por averiguarlo, pero el hecho era cierto. Caminaban en grupo, muy de mañana, hacia el monasterio: parecían monjas, y la gente las miraba respetuosamente, como si lo fuesen. Cayetano no se había atrevido con ninguna —con Inés, meses atrás, y había perdido el tiempo.

Lo recordó. Inés no se había alborotado. De una manera sencilla, con palabras amables, había rogado a Cayetano que siguiese su camino, y Cayetano la había obedecido. Si esto podía hacerse con Cayetano, hombre de carne y hueso, resultaría más fácil hacerlo con una imaginación.

Pero ¿cómo decirle a Inés: «Quiero ir contigo»? Y si se atrevía, si Inés lo aceptaba, ¿cómo presentarse delante de las otras, que nunca la habían mirado bien? Sin embargo, tenía que intentarlo. Allá, en el monasterio, el padre Ossorio, que sería, seguramente, una especie de brujo, disponía de un poder especial para que las muchachas fuesen capaces de resistir a Cayetano. Las que querían resistirle, claro.

(A lo mejor, su hermana no estaba enamorada del padre Ossorio. Se puede probablemente sentir entusiasmo por un hombre sin amarle. O quizá, al decir aquí amor, se quisiera significar un sentimiento distinto.)

Podía, por ejemplo, levantarse con el alba, dejarlo todo arreglado, y salir antes que Inés, ir sola al monasterio; y esperar allí. La iglesia es un lugar público, de donde no se echa a nadie. Ella se sentaría detrás y regresaría sola: pasados algunos días se atrevería a juntarse a ellas, a regresar con ellas. El padre Ossorio no podía darse cuenta de que había una más, y, si daba alguna bendición especial, o si hacía un exorcismo, también a ella le alcanzaría.

Levantarse de madrugada: a las siete. Y eran más de las tres.

Salió de casa con miedo; todavía era de noche. Se echó sobre la cabeza el mantón de su madre, no solo porque llovía, sino porque, así, la confundirían con una aldeana de camino. Rodeó el pueblo hasta la carretera del monasterio: miró, de pasada, hacia la casa de Carlos, allá arriba, oscura, encaramada en lo alto de la enorme peña, medio oculta por los árboles sombríos. Le dieron ganas de subir, de golpear el portón y gritar a lo que iba y escapar luego, claro.

No fueron más que ganas. Sus piernas caminaban independientes, como si el cuerpo marchara sin relación con el pensamiento y la voluntad. Había veces que parecían cosas distintas, separadas. Siempre que trabajaba, el cuerpo hacía lo suyo, como desentendido de lo que pensaba o de lo que quería. Cuando las cosas venían de la mente, nunca llegaban al cuerpo, sino que quedaban como metidas en la cabeza, moviéndose allí, transformándose.

—A lo mejor, ahí es el alma.

En cambio, cuando surgían del cuerpo, cuando subían, ardientes, por el pecho y la garganta, lo encendían todo, lo trastornaban todo, también la cabeza, también el alma.

Si siempre fuese como ahora, no harían falta exorcismos ni bendiciones especiales. Pero lo de ahora solo era posible al trabajar o al caminar. Cuando se ama, hace falta el cuerpo.

Pudiera ser que el exorcismo del padre Ossorio mantuviese la separación, crease una especie de prisión al deseo, o le impidiese nacer. Encerrarlo, sí:

saber que está ahí, sentirlo vivo, esperar que un día pueda saltar y quemarlo todo, y que sobre fuego para dar. Pero matarlo, no.

—Yo no quiero ser monja.

Clareaba el alba por encima de los montes. Del fondo del camino llegaba el canto agrio de una carreta. Apuró el paso. La carreta surgió en una revuelta; el carretero hablaba con dos mujeres cargadas de cestas.

—Buenos días nos dé Dios.

—Buenos días.

Iba a preguntar si faltaba mucho para el monasterio, pero no se atrevió. Continuó de prisa. Había dejado de oírse la carreta cuando llegó a la playa. Las olas se estrellaban a un lado y a otro: veía sus crestas de espuma, alumbradas por la suave aurora, romperse y deshacerse sobre la arena; y, más allá, golpear con furia los acantilados y escalarlos. Las luces del monasterio brillaban por encima de la espuma.

Tuvo miedo otra vez, como si las olas de una y otra parte fueran a caer sobre ella, fueran a tragarla. Recordó la conseja de que, cierta vez, aquel camino entre la costa y el monasterio se había hundido, y que la mar había arrebatado a un tropel de peregrinos borrachos y pecadores: sus ánimas volvían, algunas noches, y cantaban su pena a lo largo de la playa.

Se quitó las zuecas y echó a correr, a riesgo de mojarse, hasta la cuesta que subía al monasterio; y, allí, siguió corriendo, como si algo la persiguiera. Llegó, jadeante, al atrio vacío. ¿Por qué tenía tanto miedo? Estaba sola, en la inmensa plaza de piedra, que, a la luz suave y cruda, parecía irreal. Dos o tres luces de las ventanas se reflejaban en las losas húmedas y era como si las perforasen y por el agujero saliesen llamas tenues, como de infierno lejano.

Le temblaban las piernas, le golpeaba el corazón. Dejó caer las zuecas y se santiguó.

—Esto solo nos pasa a los pecadores. Ellas no tendrán miedo.

Ellas aparecerían pronto, silenciosas. Clara no quería que la sorprendiesen ni que la vieses siquiera. Miró a su alrededor. Al fondo del atrio, la mole inmensa del monasterio —monótona e inmensa, sin más que una puerta cerrada e innumerables ventanas— no ofrecía rincón para esconderse; a un lado, la iglesia se había abierto, y salían de ella un resplandor difuso y el lejano rumor de los frailes que cantaban. Se puso las zuecas y corrió, otra vez:

corrió hasta la puerta de la iglesia, perseguida por el ruido de sus pasos. La iglesia estaba vacía, y algo la cerraba a la mitad: detrás cantaban los monjes, y el resplandor venía también de allí detrás. Se puso el velo, se arrimó a una columna y esperó mientras los frailes cantaban.

—¿Viene a oír misa?

Un fraile se había acercado, silencioso. Traía en una mano un libro y una vela encendida. Repitió la pregunta:

—¿Viene a oír misa, o quiere confesarse?

¡Qué raro! Se parecía a Juan. Juan, de viejo, sería así.

—Vengo a la misa, a esa misa...

—Entonces, baje a la cripta. Aquella puerta pequeña, a la derecha de la entrada.

—Gracias.

—Si quiere confesarse, yo estaré hasta las nueve.

Señaló un confesonario oscuro.

—Gracias.

La miró todavía con curiosidad, y luego se fue, se metió en el confesonario, y se puso a leer. Entonces Clara se dio cuenta de que los monjes ya no cantaban, y de que todo había quedado en silencio.

Bajó: con pasos cautelosos y lentos, con temblor en el corazón. Alumbraban la escalera dos candiles de aceite, tan altos y tenues que, más que alumbrar, creaban sombras a lo largo de las paredes húmedas y en los rincones polvorientos. A cada escalón, el golpe de la zueca resonaba, seco, bajo la bóveda, y escapaba, hacia abajo, como para anunciarla y precederla. Se descalzó las zuecas y descendió en puntillas los últimos escalones, y quedó sobre el umbral de la entrada, sobrecogida de la penumbra, de la soledad y del silencio. Sentía oscuramente que se hallaba delante de algo desconocido, quizá terrible, y todo su cuerpo se estremeció, y estuvo a punto de volver sobre sus pasos y escapar, escaleras arriba, fuera de la cripta y de la iglesia, lejos del monasterio, hacia lo que era suyo y no le daba temor: solo un esfuerzo la detuvo y la empujó hacia dentro, y la ayudó a dominarse cuando sus pies pisaron el suelo frío de la cripta y su mirada buscó dónde esconderse.

Era un lugar pequeño, abovedado, con unos bancos y un altar al fondo. Sobre el altar había una cruz delgada y unas velas encendidas: cortas y anchas,

metidas en unos cuencos como tazas; el libro, cerrado, no descansaba sobre el atril, sino sobre un cojín. Y nada más: ni santos, ni flores.

Se refugió en el rincón más lejano, se arrodilló sin saber por qué, y así estuvo como queriendo esconderse y anularse, como si algo demasiado misterioso y grande, que su presencia podía estorbar, fuese a acontecer delante de ella: porque, en aquel silencio casi espeluznante, en aquella penumbra casi dramática, tenía que haber algo más que una misa para beatas; algo que exigía la transfiguración de los asistentes, en tanto que ella permanecía igual, y en vez de felicidad, llevaba miedo en el corazón, un miedo nuevo, sin nombre.

Se oyeron en la escalera los pasos de las que bajaban, y también eran distintos: pasos quedos y rítmicos, pasos respetables, como de soldados que marchan sin algarabía de música en la noche sin luz, en una tierra sin casas — mirándolo bien, eran vulgares pasos de unas gentes que bajan de dos en dos—; pero su ritmo volvió a sobrecogerla, y le hizo esperar la aparición de unos ángeles. Entraron, emparejadas, doña Lucía e Inés, Julia Mariño y Sarita Couto, Pepa Ferreiro y Rula Doval..., hasta catorce. No se habían transfigurado. Pepa Ferreiro seguía gorda, y, a pesar de la compostura, movía las caderas y se le meneaban las faldas al andar, como a una vieja. Se arrodillaron, se santiguaron, pero lo hacían de manera especialmente recatada y compuesta. Clara intentó imitarlas, pero no supo.

Sonó una campanita y entró un monaguillo seguido de un cura que no vestía como los otros, sino que se envolvía en una como capa verde; y entraba con las manos recogidas y la cabeza inclinada. Hizo una reverencia, subió al altar, dejó algo sobre él y bajó de nuevo. El monaguillo no estaba a su lado, sino lejos.

—*Introibo ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui laetificat juventutem meam.*

Habían contestado todas en voz baja y unánime. Clara se estremeció. Nunca había visto una misa así; la novedad la sacó de sí misma y de sus pensamientos, le hizo escuchar y ver solamente.

—*Misereatur tui Omnipotens Deus...*

El cura ascendió a las gradas, rodeó el altar y se volvió hacia ellas.

—*Aufer a nobis...*

Y, de pronto, Inés empezó a cantar.

—*Kyrie eleison.*

Las otras le respondieron. Clara intentó cantar con ella —en voz muy baja, como un susurro, para no ser oída—; pero lo que ella sabía era distinto: la misma música (¡Dios mío, cuántos años y cuántas vueltas desde el colegio!), pero cantada de otra manera. Todo era de otra manera. Cerró los ojos, quisiera cerrar los oídos. ¡Qué bien cantaban, qué dulcemente! También el cura cantó:

—*Gloria in excelsis Deo.*

Después, el coro. Y, después, el cura solo. Por último, Inés: algo que Clara no había oído jamás, que no recordaba del colegio ni de parte alguna. Podía ser que, en los años que no iba a misa, las cosas hubieran cambiado.

—*Timebunt gentes numen tuum, Domine, et omnes reges terrae gloriam tuam.*

Aquello no le pertenecía. Tuvo la sensación creciente de robar algo, de que algo profanaba, y de que no le pertenecería nunca porque lo profanaba y lo robaba. Y también de que, aunque quisiera entrar, no podría, porque algo la retenía fuera y eso mismo se interponía como una valla que solo dejase mirar, y escuchar.

El cura, después de leer en alta voz, se había apartado hasta la esquina del altar, y empezaba a hablar en castellano.

—Se dice en el Evangelio de hoy que «el reino de los cielos es semejante al fermento que toma una mujer y lo esconde entre celemines de harina, hasta que la hace fermentar toda». Es una parábola. El mismo Evangelio explica que Jesús «no hablaba a las turbas sino en parábolas, para que se cumpliese lo dicho por el Profeta: Abriré mi boca en parábolas, diré cosas ocultas desde la creación del mundo».

Tenía hermosa voz el cura —¿sería fray Ossorio?—, pero ella no le entendía. Y las palabras del fraile, conforme iba explicando, llenaban la cripta, entraban —seguramente— en el corazón de aquellas mujeres silenciosas y recogidas, lo alumbraban y llenaban de alegría; pero a Clara no la alumbraban, ni siquiera entraban en ella, sino que permanecían fuera, y la empujaban, la apretaban contra la pared como si quisieran expulsarla. Se esforzó en escuchar; en meter, a la fuerza, las palabras en su cabeza. ¿Qué era aquello, escondido por una mujer, que lo transformaba todo? El fraile hablaba del reino de los cielos, pero Clara se sintió señalada, como si el fermento

fuese su pecado, e hiciese hervir todo su cuerpo y toda su alma en podredumbre. Esto le sucedía solo a ella: ninguna de las otras guardaba nada en su corazón que pudiera pudrirse; y si el fraile seguía hablando así, comprenderían que se refería a la intrusa, que la señalaba; volverían las cabezas, la descubrirían en su rincón, acosada y acusada. Le dio vergüenza de que pudieran descubrirla y reconocerla como pecadora. Se levantó y fue hacia la puerta, pegada a las sombras, y subió la escalera. La voz del fraile quedaba lejos: ya no era más que voz. En seguida, volvieron a cantar.

Subió rápidamente, con las zuecas en la mano, sin respirar, como si los versillos del *Credo* la golpeasen como látigos y fuesen a dejarla, desnuda y lastimada, sobre las escaleras de piedra. Entró en la iglesia y se sintió más tranquila. Había unas cuantas personas —aldeanas, envueltas en sus mantones, arrodilladas, con las cestas a su lado y las zuecas junto a las cestas—. No sabían, seguramente, cantar ni responder a los latines del cura; probablemente también tenían pecados. Eran como ella. Si les dijese: «Yo hago esto», le responderían: «Bueno, mujer; no haces daño a nadie». Se acercó, reconfortada. Una detrás de otra, esperaban el turno de la confesión. Avanzaban sin levantarse y arrastraban consigo las cestas, como temiendo que alguien metiese la mano bajo la cubierta y robase, quizá unos huevos, quizá uno de los pollos que alborotaban y que su dueña no conseguía hacer callar. Clara se arrodilló, última en la fila, y esperó también. El mismo movimiento de ánimo que le hizo sentirse igual a ellas, la empujó a hacer lo mismo que ellas. No tuvo que aguardar mucho, porque el fraile las despachaba rápidamente, con cortas penitencias que iban a cumplir junto a la columna más cercana, o frente al altar de la Dolorosa. Después, se colocaban las cestas en la cabeza, sobre un *molido* húmedo, y salían rápidas. El mercado empezaba hacia las nueve.

Hacía muchos años que Clara no se había confesado. Cinco, o quizá diez. Y no recordaba el rito previo. Hizo lo que había visto hacer a sus predecesoras: se arrodilló junto a la celosía, se santiguó en voz alta, para que el fraile la oyese. Y cuando le preguntó algo relativo al tiempo, no supo qué contestar. El fraile repitió la pregunta.

—No sé. Mucho.

—¿No eres de las que vienen a la cripta?

—Esa es mi hermana.

—Entonces, traerás sin hacer el examen de conciencia.

—¿Qué es eso?

Se arrepintió de haberlo preguntado. Quizá el fraile la mandase a paseo.

—Es traer el recuerdo de los pecados.

—¡Ah! Entonces, no hace falta. No tengo más que uno, y no lo olvido.

Lo dijo. Precisó, requerida por el fraile, frecuencias y circunstancias. Esperó luego a que el fraile la increpase, al menos que le riñese. Pero el fraile no dijo nada:

—¿Me ha entendido usted? —se atrevió a preguntar.

—Sí. Te he entendido perfectamente.

—Y... ¿no quiere saber también cómo empezó?

—Si quieres decirlo...

—Claro que sí. Hace bastante tiempo, cuando yo tenía catorce o quince años, me lo enseñó la hija de la portera, que era una niña escuchimizada que después murió tuberculosa. Entonces, no lo hice, porque no me importaba. Pero, después, era yo mayorcita, lo recordé. Desde entonces...

—Sí. Ya entiendo.

—¿Tengo que contarle más?

—No.

—Y, ¿no me riñe?

—¿Por qué he de riñerte? Estoy aquí para perdonarte en nombre del Señor. Tienes que arrepentirte. Entenderás lo que es eso: un dolor de haber ofendido a Dios y un deseo de no ofenderle más.

—Pero ¿Dios se preocupa de mí?

—Naturalmente.

—No lo he notado nunca, ni me atreví a pensarlo. Claro que se cuida de mi hermana, pero mi hermana es buena. Yo, no. Nunca creí que pudiera importarle a Dios ni tampoco que pudiera ofenderle gran cosa, ¿me entiende? Como si no supiese que existo.

—Si es así, ¿por qué has venido a confesarte?

—En realidad, no vine a confesarme. Eso se me ocurrió luego. Yo quería meterme en el grupo de las que oyen misa abajo, y ser como ellas: me levanté temprano, vine aquí, y esperé. Pero tuve miedo, allá abajo, y escapé.

—¿Por qué tuviste miedo?

—¡Oh! Aquello es una especie de misa para santas, y yo no lo soy. No sabe usted cómo rezan y cómo cantan: parecen ángeles. No tenía nada que hacer allí. Además, el cura se dio cuenta de que había una pecadora, y empezó a hablar de mí. Me dio vergüenza.

—Y, cuando te acercaste al confesonario, ¿qué esperabas?

—Que usted me riñese; pero, no sé por qué, nadie me riñe. Yo pienso que si contase a Jesucristo lo que le he contado a usted, me echaría de su presencia.

—Por el contrario, Jesucristo te perdonaría.

—Entonces, tampoco me sirve.

—¿Cómo dices eso?

—Es la verdad. Necesito que alguien me saque los colores. Si no, seguiré lo mismo.

—Hay algo que quiero saber. Si no piensas en el Señor, ¿para qué necesitas que te perdonen tus pecados? Lo que tú haces, solo es pecado delante del Señor.

Clara sonrió.

—Usted no entiende bien lo que me pasa. Hay un hombre, ¿sabe?, y quiero ser digna de él.

—Y, para eso, ¿vienes a buscar el perdón de Jesucristo?

—Así debe de ser.

—Tienes que desear ser digna de Jesucristo. Justamente lo que esperas de ese hombre podría ayudarte a ser grata a los ojos del Señor.

Clara no respondió. El fraile preguntó en seguida:

—¿Me entiendes?

—No muy bien. Lo otro, sí lo entiendo. Si usted me perdona, me siento mejor. Hoy, cuando me encuentre con él, iré bien vestida, y le pareceré bonita; pero, si además de eso, estoy perdonada... En fin: no sé explicarme. Él también sabe que hago eso; se lo dije yo misma. Claro que, cuando se lo dije, no me importaba que lo supiera.

—Y él, ¿no hizo nada por curarte?

Clara se estremeció.

—¿Sabe usted quién es?

—Lo sospecho.

—Y... ¿a mí, también me conoce?

—No, pero...

Clara se echó atrás.

—¿Qué te sucede?

—Tengo miedo. No le diré usted nada.

—No puedo hacerlo, ni lo haría aunque pudiera. ¿No lo comprendes? Todo lo que has dicho aquí, se lo has dicho a Dios. Pero...

—¿Qué?

—Me gustaría ayudarte.

—¿Por qué?

El fraile retrasó unos segundos la respuesta.

—Debes saber que el Señor Jesucristo nos redimió conjuntamente y nos unió en su Cuerpo, y esto nos hace hermanos.

—Eso lo oí muchas veces, pero, lo que se dice hermanos, no los tuve nunca, ni aun los hijos de mi madre. De Inés, se explica: es una santa y tiene otras cosas en qué ocuparse, pero, el otro, no es un santo, ni mucho menos y tampoco hizo jamás nada por mí. Ya ve usted: si me hubiese dado unas buenas bofetadas a tiempo...

—O si te hubiese escuchado con amor.

—¿Quién piensa en el amor! De eso se habla, pero de boquilla. A mí me dijeron muchas veces que me querían, pero las trazas no eran de quererme.

—¿Tampoco él?

—Él no me da importancia, y esto es lo malo: si yo le importase, me hubiera avergonzado, me hubiera insultado. Pero me escuchó sonriente, y ni siquiera se le ocurrió lo que a usted, perdonarme. Por eso, lo que tengo que hacer es cambiar.

—Yo podía ayudarte.

—¿A que él me quiera?

A ser digna de Dios —y, como Clara no respondiese, el fraile continuó—: Puedo ayudarte a ser como tu hermana.

—No me interesa.

—No sabes lo que dices.

—Pero sé lo que quiero, y si fuera como mi hermana, le perdería para

siempre.

Clara se levantó.

—Espera aún. No te he dado la absolución.

Pero Clara no le escuchaba. Caminaba ya, con paso firme, hacia la puerta.

El fraile asomó la cabeza, la miró con ojos angustiados. Cuando Clara salía, abandonó el confesonario y corrió tras ella. La alcanzó en el atrio.

—Escucha. Quiero ayudarte como sea. Soy... soy algo pariente tuyo.

Ella le miró con ojos entristecidos.

—No me fío de usted.

—¿Por qué?

Clara se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo? Una corazonada.

El fraile fue tras ella hasta el camino. Allí le dijo:

—Puedes volver cuando quieras.

Clara bajaba la cuesta, apresurada. No volvió la cabeza ni dijo adiós. Ya en la playa, pensó que había perdido la mañana, y que la ocurrencia de venir al monasterio había sido estúpida. Sin embargo, se sentía apenada. No sabía bien por qué, pero la pena estaba allí, en el corazón, le subía a la garganta, y le daba ganas de llorar.

Cuando llegó a casa, Juan se había alborotado: gritaba desde la cama que eran las nueve y media y que el café no estaba hecho. Silenciosamente, Clara fue a la cocina y encendió el fuego.

—¿A dónde has ido esta mañana? —le preguntó.

—Por ahí...

Clara abrió la puerta de la sala, y entró —la sala enorme, vacía, desolada: no había en ella más que una cómoda vieja, y unas sillas desvencijadas—. El espejo de la cómoda era demasiado pequeño y estaba demasiado sucio para mirarse en él, pero le servía de pretexto. Entró y fue derecha al rincón de la cómoda; Inés, sentada junto a la ventana, leía o rezaba. No se movió ni alzó los ojos.

—Voy a salir.

Se plantó delante del espejo. Solo veía en él un pedazo de su cuerpo que

parecía el pedazo de un fantasma. Y no valía de nada acercarse o retirarse, porque, aunque el pedazo de cuerpo variase, el espejo daba la misma versión borrosa.

Se decidió.

—¿Quieres ver qué tal me sienta el abrigo?

—Bien.

La mirada de Inés la había rozado apenas, y volvía al libro de rezos. No había nada que hacer.

Bien mirado, rezar era más importante, y ella no tenía derecho a estorbar, a interrumpir a su hermana; pero sentía necesidad de que alguien le dijera que estaba guapa, que el traje y el abrigo le sentaban bien y que no se notaba que fuese un arreglo. Una persona de sensibilidad añadiría que las telas eran ricas. ¡Oh, cómo crujía la seda del vestido, cómo se había deleitado en el crujido mientras la vestía! Metida en aquel traje se sentía distinta.

Y los guantes. Inés no se había fijado, seguramente, en los guantes. Los había comprado el día anterior, le habían costado siete pesetas con cincuenta céntimos. No los había mejores, ni más finos. Negros, con un respunte blanco. Le venían algo estrechos, pero la presión de su piel sobre los dedos ásperos le recordaba algo así como un triunfo.

Había comprado otro par más: pardos, bastos, baratos; y se los había puesto en la cocina, mientras hacía la comida, y, sin quitárselos, había fregado la loza. Ahora estaban junto al rescoldo, colgados de unas astillas, a secar. Por tres pesetas con tres reales protegía sus manos de la suciedad. Quizá llegase a tenerlas finas.

Y unas medias de seda. No se atreviera a mostrárselas a Inés, menos aún a enseñarle las piernas así calzadas. Pero, en su cuarto, se había mirado mucho tiempo, había puesto el espejito en un rincón, a ras del suelo, y había caminado hacia atrás y hacia delante. En el espejo se veían los tobillos y las piernas hasta media pantorrilla. Estaba todo bien. Las medias de seda, saliendo de los zapatos negros de tafilete, altos de tacón, hacían linda la pierna y mejoraban la figura. Los zapatos le habían costado cinco duros.

—¡Dios mío, cuánto dinero en estas pocas cosas! ¡Y, a lo mejor, la semana que viene no hay qué comer!

Horquillas, un peinecillo y una cinta de seda para el pelo. El gasto total

había ascendido a cincuenta y tres pesetas. Hay que decirlo todo: se había comprado también unos sostenes blancos, con entredós. Los había azules y rosa, pero le parecieron exagerados y, sobre todo, no iban bien con el resto de su ropa interior. Cuando se los puso y se miró, sintió un cierto desencanto, porque no mejoraban nada: comparaba, de memoria, el perfil de su pecho con lo visto en los anuncios de algunas revistas: tan perfecto, que parecía imposible.

Cincuenta y tres pesetas, un disparate. Por la ropa sobrante de doña Matilde le habían dado, en el mercado, veinte duros.

Salió al pasillo. En su madre no había que pensar. Dormiría la mona, como siempre, o, si no dormía, peor, porque se irritaba y chillaba. ¿Y si, por casualidad, prestaba atención un momento? Entró.

—Mamá, voy a salir.

La madre estaba sentada en el sofá, arropada de una manta. Miró con ojos turbios y dijo algo que Clara no entendió. Olía mal.

—Mamá, si quisieras entrar en la alcoba, se ventilaría esto.

No valía la pena insinuarlo. La madre se incorporó y señaló el vaso y la botella.

—Te vas a morir, mamá. Estás muy mal.

Sirvió, sin embargo, un dedo de aguardiente y lo alargó a la vieja. Vio cómo lo bebía y escuchó su ronquido casi animal.

A una persona así no se le puede preguntar si una está guapa y si le sienta bien un traje.

Quedaba Juan. No se había levantado todavía, y quizá no se levantase. A juzgar por su humor de la mañana no debía de tener ni una perra. Juan era muy pundonoroso: jamás aceptaba una invitación. Pagaba su vino, y si no tenía con qué pagarlo, no salía de casa. Si tenía pitillos, menos mal; pero si no los tenía, gritaba con cualquier pretexto.

Probablemente no tenía pitillos.

Sin embargo, se acercó a la puerta y escuchó, y después de unos instantes la empujó suavemente.

—¿Qué se te pierde aquí? —gritó Juan.

En pernetas, arrodillado, recogía del suelo colillas y las colocaba sobre un trozo de periódico. Al entrar Clara, saltó a la cama y se tapó: todas las

colillas cayeron.

—¿Ves? ¿Por qué no llamas al entrar?

—Perdona. Yo las recogeré.

Se agachó, pero no llegó a tocarlas.

—Huelen mal.

Juan la miró con desprecio.

—Date la vuelta mientras las cojo. Huelen mal, pero tengo que fumarlas.

¿A qué has venido?

¡Qué divertida cara, con el cabello alborotado, como una cresta roja!

—Voy a salir.

—¿Y qué? ¿O es que vas a pedirme permiso?

Clara, a pesar de todo, sonreía.

—Hijo, no encuentro a nadie de la casa que se fije en mí y me diga si voy bien.

—¿Y a mí qué me importa cómo vayas?

—Podía importarte. Voy a salir con tu amigo.

Entonces, Juan la miró con detenimiento.

—No te habrá dado también las medias y los zapatos, supongo. ¿Y los guantes? ¿Desde cuándo tienes guantes?

—Los he comprado con mi dinero. Son bonitos, ¿verdad?

Alzó los brazos y miró las manos, complacida.

—Acabará rompiéndote una costilla.

—¿Por qué? Dinerito honrado. Me dieron veinte duros en el mercado por unas piezas de ropa, y aún me sobró algo para darte.

Arrojó sobre la colcha un duro de plata, y se acodó a los hierros de la cama. Juan se echaba sobre los hombros una chaqueta vieja. No cogió el dinero.

—Anda, hombre, no seas orgulloso. Puedes comprar tabaco. Te lo doy sin rencor.

—¿Para qué sales con Carlos?

—Me ha invitado. Piensa llevarme al cine.

—¿Y tú?

—¡Ah! Yo voy muy contenta. Carlos es buen muchacho.

Se sentó en el borde de la cama, sonriendo.

—No puede parecerte mal que vaya con él.

—No me fio de ti.

—¿Qué puedo hacer? ¿Robarle?

Juan movió la cabeza tristemente.

—No es eso. Puedes comprometerle.

—¿Por salir con él?

—Yo me entiendo, y tú también me entiendes. Pero te advierto que en cualquier caso, estaré de la parte de Carlos, y será a ti a quien rompa las costillas. Después no digas que no estás avisada.

Sobre la cama, cerca de la almohada, había un montón de cuartillas y un lápiz. Juan los cogió y leyó un rato.

—Déjame en paz.

—Todavía no. Ya que has hablado de eso...

—Lo hice para advertirte. Es bastante.

—Y yo quiero decirte que me gusta Carlos y que haré lo posible por ser su novia, y que no me importa lo que pienses.

Juan se incorporó violentamente y la agarró por las solapas del abrigo. La miró a los ojos unos instantes y la soltó luego, empujándola.

—¡Desgraciada! ¿Qué va a hacer una mujer como tú junto a un hombre como Carlos? ¿Piensas que puede casarse contigo?

—¿Por qué no? También tú lo has pensado alguna vez. ¡No lo niegues! Me mandaste a su casa a ver si le gustaba.

—¿A ti? —Juan se echó a reír—. No fue a ti, sino a Inés. ¿Cómo pudo habérsete ocurrido?

Le siguió la risa, una risa venida de las entrañas; una risa asombrada, estupefacta y divertida.

—¡A ti! ¡Enviarte a ti!

Clara se sintió sacudida y despreciada, pero al mismo tiempo pensó que su hermano tenía razón, y que solo a ella podía habersele ocurrido —yendo Inés con ella, estando Inés allí, hermosa también y moralmente perfecta—. Ahogó la respuesta airada a la risa de Juan, y se encogió de hombros.

—El caso es que fui, y Carlos me gusta. Haberlo pensado antes. Es decir, si no prefieres que me haga la contradiza con Cayetano y le pida trabajo para ti en el astillero.

La mano de Juan se alzó para pegarle, pero Clara se la detuvo.

—No seas cobarde. Carlos no te estimaría por esto.

Puesta de pie soltó el brazo de Juan.

—Las cosas han cambiado. Hay algo que me interesa y quiero conseguirlo. No te pido permiso ni me importa tu opinión; pero si pretendes impedirlo, yo, a mi vez, haré un disparate. Verás lo que prefieres.

Fue hacia la puerta con pasos seguros. Antes de salir, se volvió a Juan.

—Y si necesito... eso, comprometer a Carlos, lo haré.

Salió al pasillo y cerró la puerta de golpe. Resonó el ruido en la casa vacía. Clara, taconeando, fue a su cuarto, se quitó los zapatos y los envolvió en un trozo de periódico. Se puso luego las zuecas y, con el paquete bajo el brazo, salió al corral. Lloviznaba. Pensó que apurando un poco el paso llegaría a la iglesia antes de que lloviese fuerte.

Pasó los grupos de mozas endomingadas que, como ella, iban al pueblo — al cine, también; quizá al baile—. Supuso que la miraban y que comentarían con sorpresa la novedad de sus ropas. No volvió la cabeza. Llegó a la plaza desierta junto a la puerta de la iglesia, una vieja vendía castañas. Se acercó y compró de las asadas.

La vieja la miró con estupor.

—Vas muy guapa hoy, Clariña.

—¿De veras?

—Ya lo creo.

Guiñó un ojo.

—¿Tenemos novio?

Clara, sonriente, alzó los hombros.

—¡Quién sabe! No es tan fácil.

—Ya te va siendo hora. Has de andar por los veinticinco.

—Para febrero.

—A esa edad hace falta un hombre. Malo si no se tiene.

Clara se quitó las zuecas y las envolvió.

—Guárdemelas. Ya las recogeré cuando me vaya a casa. Dígame ahora — añadió con timidez — si le gustan mis zapatos.

Carlos pasó por el casino para hacer tiempo. Esa explicación, al menos, se dio a sí mismo; y la aceptó sin gran convicción. Cuando entró y se acercó al grupo de tresillistas, un silencio forzado, algo así como un vacío con el que nadie cuenta y al que no sabe adaptarse, le advirtió que estaban hablando de él y que había interrumpido la conversación. Miradas furtivas y frases del juego echadas como para tapar algo.

Había un mirón nuevo, de cabello blanco y rostro joven —el mirar asustadizo— que nadie le presentó, pero que, desde su llegada, empezó a moverse con desasosiego, acercándose un poco a cada movimiento, hasta que se colocó al lado de Carlos. Le dio un suave codazo y le habló al oído.

—Venga un momento, por favor.

Fueron al otro extremo del salón.

—Soy Padilla, el médico. Permítame que me presente.

Le tendía la mano.

—¿Cómo está usted?

—Perdone si no me presenté antes, pero...

Le sonrió con risa ancha e ingenua, un poco temerosa.

—... como decían que usted era un sabio, no sabía si me recibiría bien. Ahora ya sé que es usted un hombre sencillo. No le parecerá mal que se lo diga, ¿verdad?

Carlos le disculpó y se disculpó asimismo por no haber pensado en su colega.

—Debemos de ser de una edad. ¿Dónde estudió usted?

—En Santiago.

—¡Ah, en Santiago! Yo estudié en Madrid. Viví allí desde niño. ¡Qué gran ciudad! Aunque, claro, para usted, que estuvo en Viena...

—También estuve en Madrid, y me gusta.

—Esto es el último rincón del mundo. ¡Ay, aquellos años! Lo que más echo de menos es el teatro. Yo era estrenista: iba siempre con entrada de claqué, y el día de *La ciudad alegre y confiada* llevé en hombros a don Jacinto. ¿Sabe a quién me refiero?

También aquella conversación parecía urdida para tapar algo, o quizá para

ganar tiempo.

—Comprendo que debí saludarle antes, sobre todo desde que supe que usted no pensaba ejercer aquí. Ya se habrá enterado: aquí se gana poco. Yo soy el forense, un sueldo de nada, y las iguales... A cuatro pesetas por familia. Menos mal que soy soltero.

Y nada de recetar específicos. Todo se resolvía con fórmulas magistrales —o no se resolvía.

—Ayer, sin ir más lejos, visité a una enferma. Usted quizá la conozca, una tal Rosario la Galana. Contusiones por todo el cuerpo. «Hay que darle unas friegas con embrocación.» «¡Ay, señor!, ¿no bastará con vinagre?» Que si eran pobres, que si la embrocación es muy cara. Todo lo más, algo que valiera seis reales.

—¿Por qué me lo cuenta a mí?

Padilla quedó parado.

—Se estaba hablando...

Miró a diestra y siniestra, y bajó la voz.

—Nadie cree que Cayetano le haya pegado por lo que dijo. Piensan que usted anda por medio y yo quería prevenirle.

—¿De qué?

—Por la cara no van a hacerle nada, pero debe andar con ojo. Un escopetazo en la oscuridad y, después... no me gustaría certificar su muerte.

Señaló a los tresillistas, silenciosos bajo la lámpara verde.

—Algunos de esos le tienen simpatía, pero ninguno se pondrá de su parte; por miedo. Yo mismo...

—¿También usted lo tiene?

—¿A ver? Le he contado esto por solidaridad profesional, aunque me pregunto cómo un hombre así se mete en estos líos. Es ponerse a nuestra altura. No debía venir al casino, ni dar conversación a ninguno de esos tipos. En estos pueblos no se puede ser campechano, en seguida le toman por un igual. Aquí me tiene usted: tengo un carácter apacible y soy incapaz de enfrentarme a nadie: pues al mes de estar aquí ya me miraban por encima del hombro. Y no digamos Cayetano... Ese...

Hizo un gesto con la mano que podía significar cualquier cosa.

—Hágame caso. Guarde las distancias y...

Hizo una pausa. Desde la mesa más próxima no le podían oír.

—... no ande de noche por las carreteras.

Le dio una palmada en el hombro y añadió en voz alta:

—Ya le digo: teatro como aquel no lo hay ahora. Ya habrá leído usted eso de *Bodas de sangre*. ¡Bah! Me gustaría verlo y comparar...

Le empujó suavemente hacia el centro del salón, y pasearon un rato. Padilla insistía en el recuerdo de *La ciudad alegre y confiada* y en la apoteosis de don Jacinto, como la de un torero.

Alguien comentó:

—Ya le está colocando el disco a don Carlos.

Venía de la mar un viento helado. Carlos se metió bajo los soportales, y ascendió hasta la plaza. Eran las cinco en punto de la tarde en el reloj de Santa María. Se detuvo. Al otro lado, bajo el pórtico de la iglesia, Clara esperaba. Le había visto ya; se había apartado de la castañera y retrocedía lentamente hacia el fondo oscuro, mientras Carlos atravesaba la plaza. La castañera hizo un comentario, algo así como «¡Buena moza lleva!». Clara se había apoyado en las columnitas de la archivolta: sus cabellos rozaban los pies de la santa descabezada. Carlos se detuvo y la miró y remiró en silencio, sonriendo. Ella esperaba, sin moverse, como si de Carlos fuese a venir la condenación o el indulto.

—Pareces otra mujer —dijo él.

Le tendió la mano, y Clara se la apretó con fuerza, sin soltarla.

—Es lo mejor que podías decirme.

Añadió en seguida, sin mirarle:

—Gracias.

Como si fuera a llorar. Carlos la cogió del brazo.

—Si es así, ¿por qué...?

No se atrevió a concluir la frase, porque Clara no lloraba.

—He pasado la semana viviendo para esto. He cosido hasta las cuatro de la mañana y esperaba que alguien me dijera: Estás bonita.

—Debí habértelo dicho, porque es cierto.

—¡Oh, me has dicho algo mejor! Algo que no me atrevía a desear.

¿Comprendes? Pareces otra mujer. Parecerlo, ya es algo: casi como serlo.

—¿Es que quieres ser otra?

—Con toda el alma.

Abandonaron el pórtico. La castañera dijo: «¡Que se diviertan!» y volvió a sonreír.

—Esa mujer me dijo que estaba bonita. Antes se lo había preguntado a Juan y a Inés: no me hicieron caso. No me parece mal, porque ellos tienen sus problemas, y yo soy impertinente, pero les hubiera agradecido unas palabras que me diesen seguridad. Bueno, si en casa hubiera un espejo, me pasaría sin su opinión.

—¿Por qué quieres ser otra?

—La única persona que no necesita hacerme esa pregunta eres tú.

—Admito la necesidad de algunos cambios. Por ejemplo, no me gusta tu modo de comer.

—¿Solo eso? —Clara rio y le apretó el brazo—. Es lo más fácil. Todavía recuerdo las buenas formas. Lo que pasa es que... me parecían inútiles.

Faltaba una hora para el cine. Carlos propuso meterse en alguna parte, y entraron en un medio bar, medio taberna, donde un grupo de obreros endomingados alborotaba alrededor de una timba de siete y media. Se sentaron lejos del bullicio, al extremo de una larga mesa de pino. Clara rechazó el ofrecimiento de tomar anís con el café.

—Es lo que bebe mamá, y me da asco.

Había una botella de benedictine que el tabernero destapó para ellos.

—Lleva en casa lo menos treinta años. Nadie pide de esto.

—Apártela para nosotros. Cada domingo tomaremos dos copas.

—¿Quieres decir que saldrás conmigo todos los domingos? —preguntó Clara después que el tabernero se hubo retirado.

—Era el trato.

—Dime, Carlos, ¿deseas de veras que cambie? ¿Lo deseas lo mismo que yo? —dijo con vehemencia.

—Lo deseo en la medida que tú lo desees, y solo porque tú lo desees.

Clara hizo un gesto de desaliento.

—No es eso lo que quería oír de ti.

—Entre nosotros, el trato es no mentirse.

—Por eso te confieso mi desilusión, en vez de ocultarla.

—¿Qué esperabas?

—¡Qué sé yo! Por lo pronto, que no te conformases con lo que has conseguido, que esperases algo más y quizá que me lo exigieses. Pero veo que lo que el otro día llamabas tu deber consiste solamente en evitar que me entregue a Cayetano. Bueno. Por ese lado ya no hay peligro.

Estaba evidentemente entristecida. Carlos se sintió un poco culpable.

—¿No se te ocurre pensar que te encuentre bien como eres?

—¡No digas eso! No puede parecer bien a nadie.

—Antes te dije: pequeños cambios. Creo que vendrán solos, sin proponértelos. Un traje bonito, como el que llevas, para que siente bien del todo requiere buenos modales, y no decir ciertas vulgaridades. Debo reconocer que hoy no has hecho todavía nada desagradable. Te estás portando de un modo encantador. Más aún: creo que te estás portando como la que verdaderamente eres. El saberte bien vestida te ha bastado para volver a ti misma, a la que fuiste antes.

—¿Antes?

—Sí; alguna vez, más o menos lejana. Si no fuese así, te sentirías embarazada; no sabrías ni llevar el traje.

Clara hizo un gesto con la mano.

—Bueno, Carlos. Me gusta que lo pienses, pero no es bastante.

Hizo una pausa, le miró con mirada rápida, y añadió:

—¿Qué te parece Inés? ¿Te gustaría que fuese como ella?

—Inés me parece bien, pero, si fueses como ella, no estaríamos ahora aquí, charlando de estas cosas.

—¿Y las chicas que van con ella?

Apenas las conozco.

—Son honestas y buenas. Ninguna de ellas...

Bajó los ojos.

—Ya me entiendes.

—Supongo que la diferencia entre ellas y tú consiste en que sus pecados los sabe solo el confesor, y los tuyos los conozco yo. Ahora bien: quiero hacerte comprender que, por esta única causa, no debes sentirte inferior a ellas, y menos aún a mí. Yo también tengo mis pecados. Acabaré por

contártelos para que nos sintamos iguales.

—Gracias, pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Si un día te casas, no te verás obligado a confesarte a tu mujer. Yo, en cambio, tendré que contar a mi marido...

Se interrumpió y añadió en seguida:

—No sé si podré hacerlo, porque me dará vergüenza. Por eso quisiera cambiar.

Sonaba el timbre del cine, anunciando la entrada, y, junto a la puerta, se agrupaba una clientela vociferante y confusa. Doña Lucía, emperifollada, y las muchachas que la acompañaban, desentonaban ligeramente del conjunto, y, sabiéndolo, se mantenían un poco aparte. También desentonaba Clara, y, además, sorprendía; la miraban con insistencia y cuchicheaban a su paso. Ella atravesó los grupos con la cabeza erguida, sin soltar el brazo de Carlos.

Había una cola delante de la taquilla. Carlos se sumó a ella.

—Deja —dijo Clara—. La taquillera es amiga mía y me dará las entradas sin esperar. Dame el dinero.

Entró por una puertecilla, y Carlos esperó. Doña Lucía le hizo, entonces, seña de que se acercara.

—¿Cómo está usted?

Ella se había apartado de sus compañeras. Le tendió la mano e hizo un gesto compungido.

—¡Ah, Carlos, Carlos! ¡Cómo me falla usted! —dijo en voz baja—. ¡Con qué mujeres se relaciona! Todo el mundo habla de la Galana, y ahora le veo muy amartelado con Clara.

—Está usted equivocada. Ni Clara ni...

—No se disculpe. Todos los hombres son iguales. ¡Y yo, que había elegido para usted una de mis amigas! Claro que son chicas de las que no van al cine solas con un hombre. ¡Aún si se hubiera fijado usted en Inés! ¡Pero, Clara!... No es que se sepa nada malo de ella. Sin embargo, para usted... ¡Tan vulgar! ¡Ande! ¡Váyase con ella! Ya le está esperando, y no parece haberle hecho mucha gracia verle conmigo.

El cine era una habitación larga y estrecha, con duras butacas de madera. Sobre la entrada, a todo lo ancho de la sala, una especie de palco avanzaba por encima del patio. Allí vio Carlos, acomodadas, a doña Lucía y a sus amigas.

—¿Por qué no has comprado entradas de palco? —preguntó a Clara.

—No quiero estar al lado de esas superferolíticas.

—Sin embargo, aquel es tu sitio.

—Otro día...

El público de las butacas alborotaba. Se tiraban cáscaras de cacahuetes, bolas de papel; se llamaban a voces; los niños de las filas delanteras disparaban flechas, se insultaban o se agredían. Un acomodador, vestido de mahón, daba gritos en vano. En medio del tumulto, se oía apenas la música de un disco.

Sosegaron al apagarse la luz. En la pantalla apareció Gary Cooper, oficial de lanceros bengalíes. Cuando mató, de un tiro, a una serpiente, todos exclamaron:

—¡Ooooooh!

Clara se había quitado el abrigo y lo mantenía doblado cuidadosamente sobre el regazo. Seguía la aventura de los lanceros con expresión apasionada, con ojos entornados y felices. También se admiró de que el protagonista matase a la serpiente, y se alegró de que Franchot Tone no muriese tan pronto.

—Los hombres ya no son así —dijo una vez, en voz baja, pero acercándose a Carlos, de modo que este sintió en la mejilla el hálito caliente de las palabras.

Fue su único comentario. Al encenderse las luces, parecía transfigurada y dichosa. Pero, al salir, pasaron junto a doña Lucía, y se sintió mirada; arrugó la frente.

—¿Qué le importará a esa imbécil si voy contigo o no?

—Será que le gusta tu abrigo.

—No miró el abrigo. Me miró a mí. Ya verá ella...

Se colgó del brazo de Carlos y se arrimó ostensiblemente.

—No te importa que haga esto, ¿verdad? Quiero darle en las narices, aunque vaya diciendo por ahí que me entiendo contigo.

Y, de repente:

—Oye, ¿si estará enamorada de ti?

—No digas disparates.

—No me explico entonces por qué me miró con odio.

Después del cine, la gente se paseaba por los soportales, si llovía, o por el centro de la plaza, si hacía bueno. Las señoritas, por la derecha; las de medio pelo, por un lado o por otro, según su gusto; las artesanas, por la izquierda.

Clara explicó a Carlos el rito del paseo, y le pidió que, si no la llevaba a casa todavía, marchasen a otra parte.

—¿Volvemos a la taberna?

—Bueno.

Había poca gente. Pidieron algo de beber. Carlos llevó la conversación a la infancia de Clara. Ella contó algunas cosas del colegio de monjas en que había estado, un buen colegio. De pronto, un día, su padre había dicho que aprendería más en un instituto, y la matriculó en él.

—Fue porque no tenía dinero para pagar el colegio, que era muy caro.

En el instituto, Clara había descubierto que gustaba a los hombres. Los chicos le decían palabras brutales; los bedeles, con cualquier pretexto, se acercaban a ella y la tocaban con disimulo. Algunos profesores la miraban como se mira a las mujeres.

—Había uno, muy joven, que nos enseñaba latín. Era muy tímido, yo le gustaba, y todas las chicas de clase lo sabían. No me preguntaba la lección jamás, ni me reñía por mucho que alborotase. Una vez que lo encontré en la calle, se atrevió a hablarme, solo para enterarse de dónde podía ver a mi padre. Le dije que fuese a la Gran Peña, porque papá no vivía con nosotros, sino que conservaba su piso de soltero, donde no estaba nunca. No sé lo que le diría el profesor de latín; el caso es que papá llegó a casa furioso, y me prohibió que fuese al instituto. Tiempo después supe que aquel sujeto tímido se había atrevido a reñirle porque me dejaba andar sola por Madrid, y que le había propuesto casarse conmigo. ¡Figúrate qué disparate! Yo no tenía más que quince años. De modo que no volví a estudiar.

Después había llegado la pobreza. El padre apenas daba dinero y se desentendía de la casa. Inés se pasaba el día en la iglesia, o en el antiguo colegio, donde las monjas la adoraban; muchas veces quedaba a comer allí, y aún pasaba semanas enteras, con cualquier pretexto.

—Yo la admiraba, porque era muy distinguida, y la envidiaba porque no tenía que trabajar, como yo, en la casa, desde que no teníamos criada. Sin embargo, yo encontraba natural que fuese yo misma la sacrificada. En cuanto a Juan, vivía como podía, y solo venía a casa a dormir, cuando venía. Andaba metido en jaleos de estudiantes, y alguna vez lo habían detenido. Tuvimos que alquilar una habitación sobrante. Vivíamos frente a un cuartel de caballería. La portera, cuando supo que admitíamos un huésped, nos mandó a un sargento de muy buena facha, que parecía un general, con su dolmán colorado y su gorro de húsar. Me gustó en seguida. Su habitación estaba junto a la mía, pared por medio, pero con las puertas muy separadas, porque yo, para entrar en mi cuarto, tenía que atravesar el dormitorio de mamá. El sargento, al poco tiempo, empezó a tirarme los tejos, a buscarme cuando estaba sola y a hablar conmigo con cualquier pretexto. Era casado y se había separado de su mujer, porque ella le engañaba. Un día me dijo que me quería, y yo lo mandé a paseo, y le amenacé con que le echaríamos de casa si volvía a decirme algo. La verdad es que me gustaba cada vez más y, de ser soltero, quizá me hubiera escapado con él, porque, casarnos, no nos lo permitirían por aquello de que él solo era sargento. Después del repeluzno que le di, dejó de perseguirme, y se estuvo callado una temporada larga. No hacía más que mirarme, cuando nos encontrábamos. Un día, recibí una carta, sin firma, muy amorosa. Supuse que era de él, y no le di importancia. Siguió escribiéndome: al principio, cartas muy sentimentales que parecían copiadas de esos libros que se venden para que los soldados escriban a sus novias: yo las leía a solas, me reía de ellas, pero, en el fondo, me gustaba recibirlas. Más tarde, las cartas cambiaron de tono: decían que me deseaba y que acabaría por ser suya. Describía lo que haríamos, cuando me decidiese a irme con él; lo describía con pelos y señales, y si en un principio me dio repugnancia, acabé por hacer de sus cartas mi placer, y las leía una vez y otra, como alucinada, y lo que decía en ellas me andaba por la cabeza todo el día, de modo que parecía tonta. Hasta que por fin dio en golpear la pared, quedamente, cada vez que me oía rebullir. Empezó a pedirme en las cartas que le respondiese del mismo modo; después, que hiciese lo que me indicaba, y yo estaba tan embaucada, que lo hacía, y de esto vino todo mi mal. No sé en qué hubiera terminado aquello, ni si, de durar, acabaría por volverme loca o por irme con él adonde quisiera llevarme, a

pesar de ser casado. Papá no se ocupaba de nosotros para nada. Inés y Juan no parecían de casa. Mamá empezaba a emborracharse, y todo el trajín caía sobre mí. Un día me decidí escribir al sargento, y lo hice: una carta muy larga, que no me atreví a darle inmediatamente, que conservé mucho tiempo, pensando cada noche que la entregaría al día siguiente. Hasta que por fin se la dejé sobre la almohada, y aún le añadí un párrafo diciéndole que me llevase consigo adónde quisiera, que me iría con él. Aquella noche, no golpeó la pared: fui yo quien lo hizo, sin respuesta. Al día siguiente, se marchó muy temprano, dejando sobre la mesa del comedor un sobre con la mensualidad corriente y el aviso de que mandaría a recoger su equipaje. Esperé, sin embargo, que volviese a buscarme; lo esperé durante algún tiempo, y engañaba la espera leyendo sus cartas, hasta que un día las quemé todas y no volví a pensar en él. Pero el daño hecho ya no tenía remedio. Esto era ya cerca de la República. Andábamos, entonces, de cabeza, porque Juan se había marchado con unos estudiantes al Pirineo, no sé con qué pretexto, y se supo luego que se había sublevado y que había tenido que huir a Francia; gracias a esto no volví a pensar en el sargento. Papá también andaba metido en política: iba y venía a Galicia, y una vez nos mandó mil pesetas, que mamá quiso guardar para ella, pero que yo le obligué a emplear en el pago de los alquileres atrasados, que eran no sé cuántos, y en otras deudas, y lo que sobraba, para vivir. Tuvimos una trifulca horrible, pero mamá solo se quedó con parte del dinero, y supe después que había enviado una cantidad a Juan, que lo pasaba muy mal en Francia, hasta que vino la República y Juan volvió. Por aquellos días, papá venía a casa con frecuencia, nos traía a veces dinero, y aseguraba que pronto dejaríamos de pasar apuros, porque sus amigos eran ministros y le iban a dar el oro y el moro; y Juan también andaba muy contento, siempre metido en líos, y, cuando quemaron las iglesias, yo sé que estaba en el ajo. Pero, de pronto, una noche vinieron a avisarnos de que papá se había puesto muy enfermo, y que fuéramos a su casa. Mamá dijo que no iba, mis hermanos tampoco, y yo, sin explicarme por qué, tuve que ir sola, de noche, a ver cómo mi padre moría. Después me enteré de que yo era, de los tres, la única legítima, y que resultaba su heredera, porque lo que quedaba de su fortuna, la casa en que vivimos ahora, perteneció a su herencia, y mamá no tenía ningún derecho sobre ella, ni los otros tampoco.

Hizo una pausa, y miró a Carlos tristemente.

—Esos dos, Inés y Juan, nunca me han querido bien por esto. Como si yo tuviera la culpa.

Carlos afectaba no dar importancia a la historia. Comió algo y encendió un pitillo.

—No creo a Juan de mala condición. En cuanto a Inés, la tengo por persona caritativa y por encima de estas bobadas.

Clara sonrió.

—Sí, sí, bobadas.

Permaneció un momento silenciosa, y continuó:

—Lo mejor era marcharse de Madrid y veniros a Pueblanueva. Juan no quería, porque alguien le había prometido un destino; pero pasaban los días y no traía a casa más que esperanzas. En el barrio no había ya nadie que nos fiase, habíamos vendido todo lo vendible, y días hubo que pasamos con lentejas sin aceite. Inés lo aceptaba en silencio: jamás dijo una sola palabra más alta que otra, esta es la verdad; pero Juan armaba los grandes bochinches, y con quien se las entendía era conmigo, porque mamá no quería saber nada: se metía en su cuarto, y si tenía anís, mejor. Hasta que un día me impuse: no había más remedio que largarse. Pero no era tan fácil, por la portera, que no nos dejaría sacar los muebles. Tampoco teníamos dinero para los billetes. Fue Juan quien los consiguió, de favor, y yo quien convencí al sereno, que era gallego, para que nos permitiese salir de noche, con lo que pudiéramos llevarnos. Aquello fue una juerga: yo echaba, desde el balcón, los bultos de ropa, y el sereno los recogía en la calle. Cuando todo estuvo fuera, bajamos en silencio, recogimos el equipaje y salimos pitando para la estación. Quedaba la casa abierta, con los muebles dentro, y la llave en la puerta. El sereno me dijo que me daba un duro por un beso, y yo se lo di, pero no quise el duro. ¿Qué iba a hacer? Se había portado bien. Pasamos en la estación lo que faltaba de noche, y parte del día. Juan marchó, y trajo unas pesetas que alguien le había prestado, y con eso comimos durante el camino. Pero, antes de salir el tren, apareció la portera, y nos armó el gran escándalo, que escuchamos como quien oye llover, porque no era cosa ya de avergonzarse. Hasta que por fin salió el tren... Bueno. Llegamos a La Coruña, y, para pagar los billetes del autobús, fue otra odisea. Aquí me tocó otra vez el arreglo, porque me fui a casa de un

pariente de papá, y le dije lo que nos pasaba, y él, por evitar la vergüenza de que se supiera, según me dijo, me dio diez duros; pero la verdad es que, antes de dármelos, me preguntó mil inconveniencias, y me dijo que era bonita, y me dio a entender que podía venir a La Coruña cuando quisiera, que él me ayudaría.

Hizo un guiño y rio.

—¿Comprendes? Resulta que, delante de una chica guapa, no importaba el parentesco. ¡Hay cada sujeto por ahí suelto! Lo mismo dan marqueses que sargentos de caballería. Menos mal que, de este manejo, yo sabía lo mío; que si llego a ser inocente, y le hago caso, y me voy a La Coruña un día de esos en que una está harta, me hubiera lucido. ¡Había que ver cómo me acariciaba, al verme llorar! Me dio asco, por viejo sucio.

Hablaba sin rencor, como si todos aquellos recuerdos la divirtiesen.

—Todas mis desdichas me vienen de tener el cuerpo bonito, y ya sé que si algún día me sucede algo bueno en este mundo, será por lo mismo. No sé si alegrarme o echarme a llorar.

Clara había apoyado la barbilla sobre los puños cerrados, y miraba a Carlos con ojos en que temblaba la resignación; desde los que pedía ayuda. Repentinamente dejaron de temblar, dejaron de pedir. Se hicieron más grandes y más hondos, se aquietaron, se encendieron de una luz distinta y nueva que los transformó, que transformó todo el rostro de Clara, como si hubieran lavado las señales de la sensualidad y del cinismo. La curva, un poco levantada, del labio superior, se enderezó, y por los labios entreabiertos respiraba con regularidad profunda y sosegada. Así un cierto tiempo inmensurable en que Carlos tuvo que disimular su alteración, en que tuvo miedo. «Si ahora cogiese sus manos, aquí mismo acababa una historia, y empezaría otra nueva».

Considerada como paciente, Clara era perfecta: respondía a todas las preguntas, cualquiera que fuese su naturaleza, sin asomo de reserva o engaño. Como a Carlos le extrañase, ella le respondió:

—¿Por qué voy a ocultarte nada, si sabes lo principal?

A Carlos le importaba averiguar si la aventura del sargento había dejado alguna huella en el alma de Clara.

—Era un tío asqueroso —dijo ella—. Porque pensándolo bien, una se explica que cualquier hombre que está con una mujer, que la besa, haga una barbaridad; pero él no me había tocado jamás un pelo. Todo se lo inventaba, y luego me lo escribía para que yo lo imaginase también. ¿No te parece que un sujeto así no puede estar bien de la cabeza?

Odiaba su recuerdo. Comprendía que, por su influencia, algo se había torcido en su vida.

—Porque lo natural, creo yo, es que una chica piense en un hombre al que querer y con quien casarse, pero yo no lo pensé jamás. Los hombres siempre me han parecido una cosa necesaria, pero repugnante.

Dieron las nueve, y Carlos la acompañó a casa. Hicieron un alto junto a la iglesia: mientras Clara se ponía las zuecas, la castañera les preguntó qué tal lo habían pasado. Añadió, mirando a Carlos, que Clara era una buena chica.

—Porque ya ve, a pesar de ser hija de quien es, siempre trató a todo el mundo con llaneza.

Clara, riendo, le respondió que tenía menos dinero que todo el mundo.

—Otras hay —dijo la castañera— tan pobres como tú, y se creen marquesas.

Al llegar a la carretera, Clara se soltó de Carlos.

—Seguramente —dijo— nos vendrán siguiendo.

Caminaron, uno junto a otro, sin agarrarse. De vez en cuando, Clara miraba atrás.

—¿Ves? Ahí vienen dos.

Carlos miró también. Quizá dos sombras caminasen, efectivamente, a distancia y sin prisa. Carlos hizo un comentario; Clara no respondió.

Cuando casi habían llegado, Clara dijo:

—Has sido muy bueno conmigo, Carlos, pero...

—¿Hay un pero?

—Me hubiera gustado que me dijeras lo que debía hacer, para esforzarme en hacerlo.

No esperó la respuesta, y salió corriendo. Desde la puerta, vio a Carlos, inmóvil, que le decía adiós. Ella alzó la mano, y entró.

Halló que Inés había hecho la cena, y la había dejado junto al fuego: un guiso de pescado y café con leche. Clara sirvió a su madre y le dio de comer.

Después volvió a la cocina y comió también. Fregó los cacharros y marchó a su cuarto. No sabía si Juan estaba en casa o no.

Tardó en acostarse. Sentada en la cama, pensaba que su deseo de cambiar no había encontrado la ayuda apetecida. Estaba como unos días antes, abandonada a sí misma. Y pudiera suceder que su deseo fuese una impertinencia, que no importase a nadie, ni nadie lo agradeciese. Evidentemente, a Carlos no parecía importarle gran cosa. Estaba claro que ella no le interesaba, al menos del modo que le hubiera gustado interesarle. Sentiría, acaso, algo de amistad, o un poco de compasión. Mejor eso, compasión. Quizás solo porque era hermana de Juan. Carlos apreciaba a Juan, lo había defendido varias veces —los hombres siempre se entienden—. Lo que había hecho por ella se lo debía a Juan. Y también, probablemente, porque le divertían las cosas que le contaba.

Aun así, bien hubiera podido ayudarla. Darle un consejo, o acaso un remedio.

El fraile le había preguntado si Carlos no intentaba curarla; luego, lo que a ella le pasaba, o, más bien, lo que hacía, era como una enfermedad (lo había sospechado alguna vez). Y si era así, ¿por qué Carlos se mantenía indiferente? Quizás fuese porque siempre importa tener a mano a una muchacha que tiene una debilidad, por si se necesita de ella para un remedio.

Le costó caro aceptarlo. Razonaba en contra, diciéndose que Carlos era bueno, y que se había portado con ella como un caballero —«¿otra manera de indiferencia?»—, que era el primer hombre que la había tratado como un ser humano —«acaso el modo verdaderamente humano de tratarme fuese el otro»—. Pero sus razones no prevalecían. Y aunque Carlos jamás hubiese pensado en ella como posible conquista, ella se sentía dolida, lastimada, por su actitud. «Te encuentro bien como eres...». ¡Al diablo! Ella no se encontraba bien así; amaba la limpieza, pero algo en ella no era limpio.

Y, sin embargo, la tentación que le nacía, ahora mismo, en las entrañas, llevaba el nombre de Carlos. No tenía nada para luchar contra ella, más que su voluntad. ¿Y si hiciese una promesa? Ir descalza en romería, a San Andrés, subir la cuesta de rodillas...

Cuando Carlos dio la vuelta, Cubeiro y don Baldomero se aplastaron contra las zarzas del seto, para no ser vistos. Cubeiro apagó el pitillo.

Dejaron que Carlos se alejase, y después regresaron por atajos.

—¿Qué? —les preguntaron en el casino.

—Tenía yo razón —respondió, satisfecho, don Baldomero.

Cubeiro se sentó, desalentado, y pidió un vermut.

—Hay que rendirse a la evidencia, señores. No le tocó un pelo de la ropa.

—Entonces, ¿por qué la acompaña? —preguntó el juez.

—Eso me pregunto yo: ¿por qué la acompaña?

—Supongamos que le hace la corte para casarse con ella.

Un coro de risas gordas respondió a don Baldomero.

—¡No sea imbécil, hombre!

—¿Por qué soy imbécil, vamos a ver?

—En primer lugar, porque don Carlos no puede ignorar la clase de pájara que lleva al lado. A no ser que el imbécil sea él, claro.

—¿Qué se sabe, en concreto, de esa muchacha? ¿Hay alguien que se haya acostado con ella?

—Hombre, eso nunca puede decirse con seguridad...

—Quizá en otra parte lo haya hecho, no aquí. Porque, señores, entre nosotros, apenas hemos echado la vista encima a una rapaza, cuando damos por cierto lo que no pasa de suposición.

—¡Bueno! Como usted sabe, esa chica tiene gustos populares. Le da por los marineros, como al hermano. ¿No lo comprende? —el juez se rio de su propia ocurrencia—. Él y ella se dedican a consolarlos; Aldán les promete el reparto, y ella, mientras tanto, se reparte entre ellos. ¡Ja, ja, ja! Para salir de dudas, pregúntese al sindicato...

—¡Hombre, eso está bien!, pregúntese al sindicato. Propongo que el presidente del casino oficie a su colega de esta manera: «La junta directiva, reunida en sesión extraordinaria...». ¡Y le pondremos marco a la respuesta, para que no haya dudas!

Cayetano había permanecido silencioso y divertido. Fumaba y sonreía.

Cubeiro le interpeló.

—Tú, Cayetano, ¿no dices nada?

—A mí nadie me dio vela en este entierro.

—En materia de mujeres llevas la vela por derecho propio.

—Vamos, dé su opinión.

Cayetano arrojó la punta del cigarrillo y bebió un sorbo de vino.

—Solo puedo decirles lo siguiente: Clara Aldán es una mujer guapa, con un cuerpo bonito. ¿No están de acuerdo?

—¡Hombre, claro! ¡Un cuerpo pistonudo!

—Uno de los mejores cuerpos de la villa, sin duda. Ahora bien: es notorio que jamás me acerqué a ella.

—Jamás.

—Si lo reconocen, ¿cómo es que nadie se ha preguntado la razón?

Miró a su alrededor. Nadie le respondió.

—De donde se deduce que siempre andan ustedes por las ramas, sin ir al fondo de las cuestiones. ¿Piensan ustedes que hubiera dejado sin probar un bombón, sin más razones en contra?

—Siempre pensé que a las hermanas de Aldán, por ser quienes son, usted las respetaba —se atrevió a decir don Baldomero.

—¿Respetarlas? —Cayetano rio furiosamente—. ¿Por ser quienes son? Pero ¿imagina usted que me importa un pito quiénes son? ¡Dos hijas de puta, ni más ni menos! Usted es imbécil, don Baldomero.

El boticario bajó la cabeza.

—A Clara Aldán, señores, no le he puesto los puntos por la sencilla razón de que esta casa no trabaja con material averiado. ¿Está claro?

Y añadió, entre triunfal y dogmático:

—Por mi casa no pasan más que virgos. O casadas —añadió, después de una pausa muy breve, mirando a don Baldomero.

El boticario recibió la mirada como una sentencia.

Carlos fue a cenar a casa de doña Mariana. Lo hizo en silencio, preocupado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la vieja, a los postres.

Él tardó en explicarse, y lo hizo de manera retorcida, casi exasperante. No

estaba disgustado según lo que se entiende habitualmente por disgusto, pero lo estaba porque algo no le había gustado.

—No entiendo una palabra, Carlos.

—Las relaciones entre personas —respondió Carlos— son de naturaleza moral. Los efectos que causan son también morales. Ahora bien, lo que hoy me ha disgustado de Clara no pertenece al orden moral, sino al estético. Es una chica que me impresiona patéticamente, pero con un patetismo melodramático. ¿Me entiende?

—No.

—Será que yo mismo no lo entiendo bien. Sin embargo, lo de *patetismo melodramático* no está mal buscado. Quiere decir que los motivos que me conmueven no son nobles y de calidad, sino vulgares. Compare usted la piedad que se siente por un mendigo y la causada por una gran desgracia irreparable. La primera tiene remedio, la otra no. Da usted dinero al mendigo, y deja de sentir piedad. ¿Me entiende ahora?

Doña Mariana afirmó, sonriente, y, mientras Carlos seguía hablando, no dejó de mirarle.

—Usted sabe de Clara lo bastante para comprender que todos sus problemas se resolverían con dinero; que si tuviese unas pesetas sería una chica como otra cualquiera, más o menos atractiva, y que usted y yo nos sentiríamos obligados hacia ella.

—Yo no siento ninguna obligación.

—Yo, sí.

—La que tú quieras inventarte.

Carlos hizo una pausa, antes de responder.

—Esto es más difícil de explicar y de entender, pero es real. Me siento obligado hacia Clara porque creo, a mi pesar, que yo estoy aquí, que yo he venido aquí precisamente para remediar su vida.

—¡Estás loco, hijo mío! —le respondió, riendo, doña Mariana.

—Si acepto que he sido conducido (y esto no me lo quita nadie de la cabeza), una de dos: o estoy aquí para hacer de Rosario la Galana mi manceba, lo cual, si Dios me ha conducido, resulta chocante, o para casarme con Clara. Son las dos posibilidades más inmediatas, y, al mismo tiempo, las únicas que he hallado. ¿Prefiere usted la primera?

Doña Mariana dejó de reír.

—Estás loco —repitió.

—Mi razonamiento es irreprochable. Tengo, sin embargo, que agradecer a la Providencia el que haya respetado mi libertad; porque, efectivamente, puedo desentenderme de Clara y quedarme con Rosario.

Hablaba seriamente, casi con gravedad. Doña Mariana sosegó la inquietud que le causaba, y siguió escuchándole.

—No crea usted que esta última elección sería caprichosa, y si me pongo a buscarle razones, la hallaría en seguida. Porque, ¿quién le dice a usted que esa chica, Rosario, no sea tan grata a los ojos de la Providencia que me haya elegido a mí para sacarla de su estado y llevarla por un camino más honorable? Ser mi querida es más honorable que serlo de Cayetano. En esto estará de acuerdo.

Doña Mariana respiró profundamente, como quien ve alejarse un peligro.

—Creí que hablabas en serio y me diste miedo.

—Pues no hablo en broma. Lo que sucede es que mi situación es bastante cómica, o que yo, con mi manía de analizarlo todo, saco a relucir lo que de cómico hay en la situación. Sin embargo, vea usted: si aceptamos que la Providencia me ha traído...

—Pero ¿por qué insistes en eso? ¡No hay Providencia ni niños muertos! Has venido porque te dio la gana, y tus obligaciones, si las tienes, van por otro camino.

—Usted no cree en Dios, doña Mariana, pero yo, sí. Y, si no creyese, no estaría tranquilo. Dios explica muchas cosas que, sin Él, serían inexplicables.

—¿No será que te lo inventas, precisamente, para explicártelas?

—Le aseguro que no. He examinado todas las hipótesis, y ninguna me satisface. O aceptamos a Dios, o al destino. Prefiero a Dios, que al menos, si me zarandea, me da a elegir. El destino no da lugar a elección. El destino diría: vuelve a tu pueblo para casarte con Clara. Y, en tal caso, ¿qué haría yo, si no deseo, no quiero o no puedo casarme con Clara? ¿Apencar con ella, aunque Rosario me gustase más? ¿Casarme con ella y tener a Rosario de querida? Sería feo, y muy gravoso para mi hacienda. No, no. O la una, o la otra. ¿A usted, qué le parece?

La dama se sirvió una copa de licor de café y la bebió de un sorbo.

—Perdona, hijo; pero, para escucharte con tranquilidad, tengo que tomar un trago.

—Écheme otro.

Bebió también Carlos y después rio.

—Tome a broma lo que digo, pero es la pura verdad. Rosario y Clara. O la una o la otra. La señora del boticario hubiera preferido meter entre las dos una de sus amiguitas, pero no espero que lo consiga. No me gustan. Son unas chicas muy hacendosas, muy modosas y muy puras, pero sin el menor atractivo.

—No olvides que también yo tengo mi candidata para ese tercer puesto.

—¡Su candidata, la linda, la delicada Germaine! Un fantasma es poca cosa para competir con dos mujeres de carne y hueso.

Carlos se levantó y cogió el marco de plata en que se guardaba la fotografía de Germaine. La miró un instante.

—Si el alma de mi padre vive en mí, o si heredé de él algo más que el nombre y estas narices, yo debería enamorarme de esta muchacha, como mi padre se enamoró de usted. Pero esta muchacha no existe. Es una oportunidad que la Providencia no ha querido darme.

—Puede forzarse a la Providencia —dijo doña Mariana con extremada energía.

—¿Qué quiere usted decir?

—Solo eso, Carlos, solo eso: que frente a la Providencia, y aun contra ella, está nuestra voluntad.

Carlos se acercó, se sentó en el brazo del sofá y le acarició los cabellos.

—¿Por qué me quiere usted tanto?

Doña Mariana no le respondió. Se dejó acariciar y cambió de conversación. Pero aquella noche tardó en dormirse. Pensaba en Clara, pensaba en que Carlos pudiera comprometerse con ella, quizá casarse. No por amor, naturalmente, sino por compasión, o por creer que fuera su deber... Podía metérsele en la cabeza, y, entonces, no tendría remedio.

Doña Lucía esperaba a su marido con la sopa servida.

—¿Vienes borracho? —le preguntó.

Él la miró, y se sentó sin responderle. Probó la sopa, y se quemó los labios.

—¡Siempre me pones la sopa hirviendo! —protestó; y ella le respondió:

—Vienes borracho.

Él revolvía la sopa con la cuchara, soplaba su contenido antes de sorberlo, y todo esto mantenía su mirada fija en el plato, como si verdaderamente le incomodase la temperatura de la sopa. Doña Lucía dejó de mirarle y se ensimismó también, atenta, no a la sopa, que no había probado, sino al vaso vacío que sus dedos hacían girar.

—Tu amigo Carlos es como todos. Le gustan las mujeres ordinarias.

—Sí.

No era más que una tísica. ¿Podía una tísica gustar a Cayetano solo por el hecho de ser casada? Años atrás había sido bonita; ahora estaba demasiado pálida, demasiado delgada. Se le contaban las costillas.

—No me explico cómo un hombre así, de carrera, puede acompañarse de una mujer como Clara.

—Le gustará.

Para que una mujer guste tiene que haber un mínimo de carne; el gusto entra por los ojos, pero también por los dedos. Sus dedos se habían defraudado hacía mucho tiempo. A no ser que una tísica faltase en la cuenta y en la experiencia de Cayetano.

—En eso, en que le gusta, muestra su ordinariez: ¡un montón de carne con ojos! Como si el alma no contase.

¡El alma! Podía estar seguro de que el alma de Lucía no había atraído a Cayetano. Pero, entonces, ¿qué? ¿Si su mujer tendría encantos ignorados por él?

Apartó el plato y miró a su mujer con atención.

—Los que no buscan más que el cochino placer, como tu amigo Carlos...

—¿Qué sabes tú lo que busca?

Ni examinada con lupa vería en ella nada que no hubiera visto ya: un rostro fatigado, unos ojos febriles, un cuerpo flaco. Sí, y un alma; pero el alma no se toca, ni se ve, ni le encalabrina a uno, ni da ganas de saltar y de morder furiosamente. Cuando una mujer habla del alma es que lo demás se acaba.

—Tú, además, no tienes por qué meterte en eso. Y, por si no lo sabes, te

diré que unos del casino los han ido siguiendo, y Carlos no le ha tocado un pelo de la ropa.

—¿Es posible?

—Como lo oyes. Lo que se dice ni tocarla.

—A saber lo que hicieron antes. Por lo pronto, la llevó al cine.

—¿Y qué?

Entró la criada con una fuente de pescado al horno, y la dejó sobre la mesa.

—Trae el plato, que te sirva.

—¿Y tú?

—No tengo gana de comer. No me encuentro bien. Tomaré un poco de café con leche antes de acostarme.

—Tendrías que ir a la montaña una temporada.

—Lo que quieres es deshacerte de mí.

Don Baldomero se encogió de hombros y atacó el besugo. Al segundo bocado le brillaba, de grasa, la barbilla.

—Allá tú. Pero, al menos, ve a Santiago, a que te vean por rayos.

Hacia la recomendación por mero sentido del deber, para que su conciencia no le acusase de que se desentendía de Lucía; por lo demás, su muerte la consideraba, desde tiempo atrás, como la única solución: una solución remota y demorada que quizá llegase tarde.

Quedaba ella revolviendo el azúcar del café, parsimoniosamente, cuando don Baldomero se levantó de la mesa.

—Hasta luego. Estoy en el casino, si me busca alguien.

Pero no fue al casino. Entró en la rebotica, a recoger dinero para el tresillo, y recordó que las cuentas de la semana estaban por echar. Llamó a la criada.

—Tráeme una taza de café.

Tomó también un trago del aguardiente guardado tras los libros. Revolvió la ceniza del brasero, para reanimarlo. Encogido en el sillón, con las piernas bajo las faldas de la camilla, el pitillo en los labios, echó mano de los recuerdos, mientras sumaba: recuerdos de la vida secreta matrimonial, a los que recurría cada noche de domingo, a los que se agarraba como a un clavo ardiente, para no defraudar a Lucía si se ponía cariñosa. Lucía había sido

atractiva: lo había sido a pesar del fraude aquel de los burujos de algodón. Y, alguna vez, perdiera la cabeza, y se había dejado desnudar. «¡No, por Dios, me da vergüenza! ¡Por Dios, Baldomero! ¡Apaga la luz al menos!» Podían pasar por recuerdos excitantes. Los retenía, los repasaba en todos los detalles, los mantenía vivos, a pesar del tiempo.

Había consultado con su amigo, el penitenciario de Santiago, la licitud del procedimiento; había discutido toda una tarde, con los textos de Teología Moral sobre la mesa, abiertos por el tratado *De Matrimonio*.

—Es lícito.

—Como comprenderás, hay que llevar un poco de alegría a esa criatura triste, condenada a muerte. Y ya que no puedo darle otra...

—Habría que ver si, de verdad, no puedes darle otra.

—Como poder... Pero, ya sabes, cuando uno está prisionero de sus malos hábitos...

—¿Vas a decirme que no eres libre de enmendarte?

—Voy a decirte, sencillamente, que no me apetece hacerlo.

—No me explico, entonces, tu preocupación de si eso es pecado o no.

—Que lo es, lo que hago fuera de casa, lo tengo bien sabido; pero el lecho conyugal es sagrado.

Muchas veces había pensado que el sacrificio de las noches dominicales era un acto de caridad que Dios le tendría en cuenta. Lo contaba entre sus deberes más difíciles y estaba dispuesto a todo por no faltar.

—... aunque, a veces, los recuerdos no bastan, porque, si bien es cierto que causan ilusión, la ilusión se desvanece al palpar la realidad. Entonces, créeme, hace falta un verdadero esfuerzo de voluntad, y hay que recordar a otras mujeres para no dar la vuelta y dormirse.

—¡Eso sí que es pecado! El recordar a otras...

—¿Y la intención? ¿Es que no vale de nada la intención?

También ahora los recuerdos traídos a la fuerza resultaban insuficientes. Don Baldomero pretendía fijarlos en las márgenes de la libreta: desnudos escuetos que se ensanchaban, se metamorfoseaban en opulentos por la virtud de una línea: torsos, caderas, senos, que su mirada recorría golosamente.

—¡La intención! El infierno está lleno de buenas intenciones.

Los recuerdos pasaban como ráfagas de luz y se desvanecían, a pesar de

los garabatos. En cambio, la disputa con el penitenciario se empeñaba en persistir.

—La verdadera razón de por qué eso es pecado no daréis nunca con ella. Siempre he creído que los moralistas han enfocado mal la cuestión.

—¿Vas a decirme que san Alfonso María de Liguorio...?

El café y el aguardiente se habían terminado, y el segundo pitillo agonizaba. Miró, con desaliento, la hora. ¿Estaría despierta todavía? Había visto, al pasar por delante del cine, que el protagonista era Gary Cooper. A lo mejor, no le gustaba a Lucía.

—Señor, perdóname mis pecados, pero ayúdame. Es una pobre mujer, y Tú ya sabes que, si el domingo es un poquito feliz, pasa de mejor humor la semana.

Pero a veces el Señor no escucha las plegarias: hay un sistema de causas segundas que lo estropea todo.

Todavía fumó otro pitillo antes de subir. Tiró la colilla. Al entrar, la habitación estaba a oscuras, pero Lucía rebullía.

—No enciendas, por favor. Me duele la cabeza.

Se desnudó en silencio y se metió en la cama. Sus pies buscaron los pies helados de Lucía.

—Apártate, por favor.

—¡Estás tiritando!

—Mucho te importa a ti.

—Intento calentarte.

—¡Déjame en paz!

No había sucedido nunca. Se sorprendió y se sintió humillado, aunque, pensándolo bien, quizá fuese el modo como el Señor respondía a su plegaria. Pero, aun así, se sentía ofendido.

—¡Te digo que me dejes! ¿Lo estás oyendo?

—Pero ¿te das cuenta de lo que haces?

—Perfectamente.

Don Baldomero se sentó en la cama y encendió la luz.

—¿Para qué enciendes?

—Quiero verte la cara. No puedo creer que esto sea en serio.

—¡Completamente en serio!

Lucía se escondía debajo de la sábana.

—¡Lucía!

La sacudió, dejó al descubierto el hombro escuálido, y Lucía gritó, como si la hubiera lastimado. Volvió el rostro frío: guiñaba los ojos a la luz.

—No me da la gana, ¿entiendes? ¿O piensas que una mujer es una esclava? ¡Pues tengo derecho a gobernar mi cuerpo!

—Tu cuerpo no es de tu propiedad.

—¿Y el tuyo? ¿Es acaso de la mía?

—La moral dice con toda precisión que la esposa solicitada no puede negarse al marido, salvo en caso de enfermedad muy grave, que no es el tuyo.

—Pues yo me niego. Ya está.

—Es un pecado.

Se echó, con calma, fuera de la cama, y metió los pies en las zapatillas forradas que Lucía le había regalado. Al sentir la tibia lana, se enterneció. No tenía por qué armarle un alboroto, sino amonestarla suavemente, pero con precisión, de modo que todos los aspectos del caso quedasen claros.

—Es el pecado más grave que puede cometer una casada. Peor todavía que ponerme los cuernos.

Lucía se sentó en el lecho, rápidamente. Le miraban con fijeza sus ojos febriles.

—Sí, el peor pecado. Hay, además, la humillación. ¿O es que no te das cuenta de que acabas de humillarme? Otro marido hubiese...

Empezó a vestirse. No sabía por qué, pero se vestía. Lucía no le miraba, ni escuchaba la continuación de su perorata, con citas del P. Lugo, S. J., y declaraciones sobre la esencia del matrimonio y sus fines primarios y secundarios.

—Porque san Pablo lo dice claramente, y después de san Pablo...

Avisó que se marchaba al casino, y, antes de salir, puntualizó por última vez:

—Te hago moralmente responsable de mi conducta, si insistes en tu negativa.

Se alejó por el pasillo con pasos fuertes; pero, al llegar a la escalera, le pareció que la escena quedaba manca, que algo importante, o, al menos, oportuno, faltaba por decir.

Volvió a la habitación, se detuvo ante la puerta y escuchó: le pareció que Lucía sollozaba, y se sintió victorioso, con ganas de remachar la victoria.

—Si te queda alguna duda, pregúntalo al confesor —dijo; y volvió a escuchar, por si Lucía respondía, o le daba pie para entrar y quedarse. Pero Lucía no respondió: ni aun con sollozos. «Es una terca».

—¡Ah! —añadió, entreabriendo la puerta—. Comprenderás que, en estas circunstancias, están de más las misas en el convento. No puedes comulgar en gracia de Dios, ni nada de lo que reces vale mientras no cambies de propósito. ¡Anda, que te lo explique más claramente fray Ossorio!

Esto lo oyó Lucía, lo recogió en el corazón, lo situó al lado de las palabras que la acusaban de pecado peor que el adulterio. Sin un temblor, sin que el ánimo se le encogiese aterrado, sino con gran paz. Peor que el adulterio, lo peor de todo. Y no le daba miedo, sino sosiego. Dejó de mirar la pared frontera para mirarse adentro, porque la tranquilidad le sorprendía: hubiera esperado lucha, arrepentimiento, dolor de corazón, propósito de enmienda, quizá salir al pasillo y llamar a Baldomero, para cambiar en seguida de opinión, rechazarle de nuevo, encastillarse en la negativa, decir que no porque le salía de dentro, cuando el miedo del infierno la empujase a aceptar. Pero aquella paz le brotaba como una luz de la conciencia de pecado, y la inundaba toda; y aquella convicción de que cualquier cosa que hiciera sería menos pecaminosa: como si sus posibilidades de pecar hubiesen hecho la más alta diana.

—Peor que el adulterio.

Se dejó escurrir entre las sábanas con el cuerpo estremecido de alegría y no cerró los ojos en la oscuridad. Su voluntad anhelaba que, aquella noche, se abriese una puerta al diablo que, con la cara de Cayetano, la visitaba en sueños. Un diablo corpóreo, de manos rudas y fuertes, de mirar aprisionante, por cuyos brazos deseaba ser estrujada.

XV

En el recodo de los álamos, allí donde el río se ensanchaba, donde se remansaba el agua, alguien había colocado unas piedras y levantado un alpendre: mucho tiempo atrás, porque las piedras estaban gastadas, y el alpendre medio caído. El Ayuntamiento republicano había construido un lavadero de cemento, cerca de la playa, bien guardado de la lluvia, con un funcionario que concedía turnos y los cobraba a real la hora; allí hacía menos frío, pero estaba lejos, y las mujeres que acudían a él, o peleaban, o murmuraban. El viejo lavadero del recodo había perdido clientela; solo bajaban a él Clara y la Chasca, porque les quedaba cerca y porque eran enemigas del tumulto.

A Clara, además, le gustaba la Chasca por verdadera y limpia. Lo demás que se sabía de ella le traía sin cuidado.

Llegó con la ropa metida en un balde de zinc. La Chasca debía de llevar allí un par de horas: un montón de sábanas lavadas rebasaba el borde de la cesta.

—Ya te vi ayer con el médico.

—Me vio todo el mundo.

—¿Cómo te fue?

—¡Psch! ...

—Pues por guapa no sería, que lo ibas bien.

Clara sacó del balde la ropa blanca, y se la tendió a la Chasca con una sonrisa.

—¿A ver? —dijo la Chasca.

La examinó, acarició el tejido y las puntillas.

—¡Buena tela! ¿De dónde te vino?

—Un regalo.

—¡Ah!

Clara se puso los guantes.

—¿Y eso?

—Es para no estropear las manos.

—¡Lo que se hace por un hombre!

—¡Bah! Total, para nada.

Empezó a lavar. La Chasca golpeaba en la piedra una enorme sábana remendada.

—Pues, mira lo que te digo: cuando a una le gusta un hombre, no hay que dejarlo escapar.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo meta en mi cama a la fuerza?

—Eso no es lo que más resultado da.

Tendió, sin palabras, la sábana a Clara, y entre las dos la retorcieron.

—Una piensa que un hijo es lo que más ata a un hombre, y yo también lo pensé; y cuando le dije que estaba embarazada, me respondió que bueno, que marcharía a Cuba para ganar dinero, y que luego volvería a casarse. Se fue, pero no supe más de él.

—Todos no son iguales.

—Con el segundo, hice lo mismo; pero, aquel, ni hablar de Cuba. Por ahí anda, tan campante, con tres o cuatro hijos de otras tantas mujeres. De modo que cuando se presentó el tercero, ni pensar en el asunto. Tomé mis precauciones y me casé con él.

—¿Cómo?

—Le hice el *meigallo*.

Clara sonrió.

—¿Te ríes? Si lo hubiera metido en cama, tendría otro hijo, y él andaría por ahí adelante. Así, no tuve hijo, pero él es mi marido.

Clara recordó que, además de marido de la Chasca, el Chasco era medio tonto.

—El caso está en que valga la pena.

—Si lo que quieres es casarte...

—Claro; pero si, además, me quiere.

—¡Bah! Un hombre hace falta para trabajar y para despigarla a una,

mientras se es moza. Lo demás son bobadas.

Metió otra sábana en el agua; la restregó luego contra la piedra con brazos poderosos.

—Bobadas. En el mundo no hay más que trabajar para comer y comer para trabajar. Si no fuera por lo que es, los hombres no hacían puñetera falta. De modo que, ya sabes: si te decides, yo sé de una que, por pocos cuartos, te echaría una mano.

—No, no. Si él lo quiere, bien; pero eso de obligarlo, no sé, no me parece decente.

—Allá tú.

Por la orilla del río, mirando bien dónde ponía los pies para no embarrar los zapatos relucientes, llegaba la Rucha hija: el delantal blanco bajo el abrigo, y la cofia rizada como una corona. Clara dejó de lavar, sorprendida; le temblaban las manos.

—¿Qué querrá esa aquí? —preguntó la Chasca.

—Viene por mí.

—¿No estáis reñidos con la vieja?

La Rucha, al otro lado del río, se había detenido. Hizo unos dengues y se quejó del camino.

—Mi señora me mandó al pazo de Aldán, a preguntar por una tal señorita Clara, y me dicen que estará aquí. ¡Qué horror! ¿A eso le llaman pazo?

Hablaba con retintín, se sonrió al decir *señorita Clara*, mientras daba vueltas al paraguas abierto.

—¿Y qué? —preguntó Clara, sin mirarla.

—Dice mi señora que vaya a hablar con ella.

—Está bien.

—Antes de la hora de comer.

—Está bien.

—¿A qué hora come tu ama? —preguntó la Chasca.

—Todo el mundo come a la misma hora.

—Será todo el mundo que no trabaja, porque nosotros comemos cuando Dios quiere.

—Es que vosotras no sois todo el mundo.

La Chasca quedó en jarras, agresiva.

—Si para ser todo el mundo hay que poner la cosa esa en la cabeza y llamar a la vieja mi señora, Dios me mantenga muchos años fuera del mundo, amén.

Clara le rogó en voz baja que la dejase.

—Iré en seguida, en cuanto haya lavado esta ropa.

La Rucha hizo un mohín desdeñoso y marchó sin despedirse, con pasito menudo, lleno de cautelas.

—¡Mira bien dónde pisas, no sea que des con los perifollos en el río! —le gritó la Chasca.

Cuando la Rucha hubo desaparecido, dijo Clara:

—Lávame esto, si puedes. Voy a ir allá.

Vestida, calzada y enguantada, Clara no tenía donde verse entera. Dio una patada al espejillo que solo le devolvía la imagen de media pierna, y salió. Se metió en el pueblo, en vez de rodearlo, solo por mirarse en algún escaparate. Bullía la gente en el mercado: el coche de línea acababa de llegar. Un viajante que descargaba muestrarios de la baca le dijo un piropo, el mozo de la peluquería se quedó estupefacto al verla, y, más abajo, varias cabezas asomaron a la puerta de la tienda de comestibles. Un socio del casino la siguió de lejos, como quien no quiere la cosa, y, al verla entrar en casa de la vieja, regresó al corrillo con la noticia. Los presentes respondieron con tacos variados, y solo uno dijo en castellano claro que no lo entendía.

—A lo mejor fue doña Mariana quien le dio para la ropa nueva.

—Pero ¿por qué?

Clara no había hallado espejo ni vidriera de mercería donde contemplarse a gusto, y caminaba insegura. Los bronce relucientes del zaguán, la suave alfombra del vestíbulo, el rostro hostil y rudo de la Rucha —tan frágil y elegante vista de espaldas— la acoquinaron; pero vio el gran espejo de dorado marco, lo vio al fondo, como una tentación, y se acercó a él, y se miró, y halló que estaba bonita y que no desentonaba. Se sonrió a sí misma y dio gracias a Dios.

—Buenos días, Clara.

Doña Mariana había llegado silenciosamente, estaba cerca de ella,

erguida, y le sonreía. Clara respondió al saludo con timidez; dio un paso atrás, un pasito menudo y cobarde, como si se hubiera arrepentido y quisiera marchar. Pero se mantuvo, y se esforzó por sostener la mirada de la vieja. ¡Dios, qué fuerza tenía!

—Entra, no te quedes ahí. Dentro también hay espejo.

Clara vaciló.

—Es que... en mi casa...

—Quítate el abrigo. Aquí hace calor.

Y como Clara se embarazase, doña Mariana agregó:

—Te ayudaré.

Pero antes de que doña Mariana llegara, Clara ya se lo había quitado, y esperaba con él en la mano. Doña Mariana se volvió a la Rucha.

—Recoge el abrigo de la señorita. ¡Vamos, date prisa!

La criada recogió el abrigo, con la cabeza baja y un mirar asesino advertido por Clara. «Le sacaré los ojos cualquier día», pensó; y le volvió la espalda para no verle la mirada.

Doña Mariana la había cogido del brazo y la empujaba hacia una puerta. La nueva habitación estaba caliente, y la alfombra apagaba los pasos. Se detuvo.

—¡Qué bien vive usted! —dijo.

Haría cualquier cosa que la vieja le mandase, por el modo que tenía de hacerlo, por aquella seguridad y aquella riqueza. ¡Así cualquiera podía ser una dama, y permitirse el lujo de tener un hijo de soltera sin que la gente le faltase al respeto!

—Bueno, usted dirá.

Doña Mariana se había sentado en un sofá, y le señalaba un sillón enfrente, pero cerca. Un sillón ancho, grande, blando, que solo sentarse en él y sentir cómo se hundía era una gloria.

—¿Te gusta esto?

—¡A ver!

—Tu casa fue tan buena, lo menos, como la mía.

—Yo no me acuerdo. Y usted sabe...

Se detuvo, por miedo de soltar alguna inconveniencia, y repitió:

—Bueno. Usted dirá. Porque para algo me habrá llamado.

—Para conocerte.

—¿Nada más?

—¿Es que tú esperabas otra cosa?

—Sí, señora. Creí que me llamaba para decirme que no volviese a salir con Carlos.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Yo no tengo buena fama.

—Yo, tampoco.

—No es lo mismo. ¡Caray! Con una casa como esta, mucho me importaría a mí la mala fama.

—Exactamente lo que me importa a mí la mía.

—Eso.

—Pero a ti, como eres pobre, te preocupa la tuya.

—Verá. Es como si fuese una fea, y le gustase ser bonita. Como no tiene remedio...

Doña Mariana cogió una labor de ganchillo.

—¿A ti te gusta Carlos? —preguntó, de pronto.

—Sí, señora. Ya sabía que me lo preguntaría.

—¿Por qué?

—¿Para qué otra cosa iba a llamarme?

—Tienes razón. Sin embargo, ya lo sabía. No hace falta ser muy lista para eso. Y a él, ¿le gustas?

—¿Qué sabe una? Carlos es un tipo raro, un hombre de esos que no se adivina nunca lo que piensan. Yo creo que le gusto, pero no lo bastante para tomarme en serio. Así que no pase cuidado.

—¿Quién te dice que me preocupe?

—Usted es ahora como su madre, y le parece que yo no soy la nuera apetecida. Eso lo reconozco. Aunque, claro está, las madres quieren siempre para sus hijos mujeres que no les convienen.

Rio doña Mariana.

—¿Eso quiere decir que le convienes a Carlos?

—Para sacarlo de pobre, no. Soy dueña de mi casa, y de una poca tierra, pero eso no es nada. Claro que una mujer sirve para otras cosas, pienso yo.

—Pero, al parecer, no hay caso. Si no le gustas...

—No he dicho que no le guste, sino que no le gusto lo bastante para casarse conmigo.

—¿Y sin casarte?

—Ya me han ganado la delantera.

—¿La Galana?

—Eso dicen. No piense que vengo aquí a delatar a Carlos. Después de todo, es soltero.

—Pero a ti eso no puede gustarte.

—Yo, señora, he visto muchas veces a los hombres como perros junto a mí, y sé mejor que usted lo que tira una mujer. Claro que no me gusta, y que lo siento. Pero ¿qué quiere: que le invite a cambiarme por ella?

Se detuvo y miró a doña Mariana con susto súbito en el semblante.

—No me habrá usted llamado para proponérmelo.

—¿Me crees capaz de hacerlo?

Clara se echó hacia atrás en el sillón y no pudo contestar: doña Mariana había hablado en tono repentinamente duro, con el mismo tono usado con la Rucha, y ahora la miraba fríamente.

—Respóndeme.

Clara hizo un esfuerzo para hablar.

—Es que, si usted me lo mandase, lo haría.

Se sobrepuso, se levantó, se acercó a doña Mariana.

—Mire, señora: no sé si lo que digo está bien o mal. No estoy acostumbrada al trato de gente como usted, lo sabe perfectamente, y a los animales con que hablo cada día se les puede decir lo que se piensa sin que se ofendan, y si se ofenden, responden del mismo modo, y a otra cosa. Usted me ha traído aquí, me hizo decir lo que quería, y ahora se ofendió porque fui sincera. Bien. Yo no quise ofenderla. Lo dije porque, de pronto, me dio miedo que me hubiera llamado para eso, y más miedo me dio saber que, si me lo pidiera, estaba dispuesta a hacerlo, y también se lo dije. Pero, entiéndalo bien, lo haría a petición de usted, pero si usted no me lo pide, o no me lo pide él, no lo haré jamás. Quiero decir que no he premeditado cazar a Carlos, o, si lo pensé en algún momento, me he vuelto atrás. Después de todo, hace dos meses no sabía de su existencia. De modo que puede estar tranquila.

La vieja sonreía otra vez. Le había pasado el enojo y sonreía. Clara quedó

ante ella con las manos tendidas y sin palabras que decir.

—¿Te has desahogado ya?

Cogió el bastón y la empujó con él hacia el asiento.

—Siéntate, te digo. Me gustas. No eres cobarde, como lo fue tu padre y como lo es tu hermano. Y si ahora quieres llorar, llora. Yo, en tu lugar, lloraría.

—No.

—Mejor entonces. Así podremos hablar.

—Yo ya lo dije todo.

—Yo aún no he empezado.

Se levantó y tiró de la campanilla. Pidió a la Rucha dos copas de vino y algo de picar.

—Ahora, voy a decirte una cosa. Tengo un bajo vacío, cerca del mercado, y quiero montar allí un negocio, una quincalla.

Clara la miró asombrada.

—¿Usted?

—¿Por qué no? No quiero decir que vaya a ponerme al frente, y a vender metros de puntilla a las aldeanas. Necesito una persona de confianza, y tú me sirves. Te daré un sueldo...

—No te vayas, Juan. Tengo que hablaros —dijo Clara a su hermano.

—¿A mí?

—A ti y a ella.

Señaló, con la mano enguantada, los platos del fregadero:

—Cuando termine esto.

Juan se encogió de hombros y encendió un pitillo.

—No sé de qué vas a hablarme.

Marchó a la sala. Inés estaba allí, en el hueco de la ventana, sentada, con el libro de rezos abierto sobre el regazo. Juan se acercó y echó un vistazo al libro.

—No me dirás que ya entiendes el latín —le dijo, bromeando.

Inés alzó la cara y le sonrió, un instante.

—Clara quiere hablar con nosotros. ¿Te lo dijo?

—No.

—¿No supones qué será?

—Voy a marcharme.

—Si ella quiere hablarnos...

—Ya será alguna estupidez, o alguna marranada. Esperaré en mi cuarto.

Salió. Su cuarto no había sido ventilado, y la cama permanecía revuelta, como la había dejado al levantarse. Abrió la ventana y respiró el aire húmedo.

—¿Qué? ¿Vienes o no? —le gritó Clara desde la puerta.

Se levantó y fue a la sala. Al salir, se echó el abrigo por encima de los hombros. Hacía frío, un frío glacial y penetrante.

—Bueno, ¿qué pasa?

Inés cosía a mano las vueltas de un abrigo. Clara, arrimada a la chimenea sin lumbre, alzó una mano explicativa.

—Hoy estuve en casa de la vieja. Me llamó para ofrecerme un sueldo.

Juan, que se había acercado, indiferente, a la ventana, y miraba el huerto envuelto en lluvia, se volvió, como sacudido por algo interior y violento. Iba a apostrofar a Clara, iba a gritarle: «¿Qué tienes tú que hablar con ella?»; pero no lo hizo porque Inés sonreía y parecía alegre de la noticia. Se acogió, expectante, al rincón de la ventana.

—Quiere poner una tienda de quincalla, y dice que yo le sirvo. Es una suerte, porque por lo menos me dará cuarenta duros, y con ese dinero...

—¿Cómo dices? ¿Que te dará cuarenta duros?

—Eso, lo menos. A lo mejor, son cincuenta.

Juan abandonó el refugio de la ventana, adelantó unos pasos, miró a Clara, sonrió.

—¿Nada más?

—Ya me parece bastante.

—Por un trabajo, quizá sí. Por una venta, es muy barato. Yo no me vendo por tan poco.

Arrastró una silla y se sentó, cariñosamente, junto a Inés. Repitió:

—No me vendo por tan poco.

Clara les miraba con sorpresa: a Inés, que cosía, sin decir palabra, y a Juan, que le sonreía con burla.

—No te entiendo. Esto no tiene que ver contigo. Es a mí a quien ha

llamado.

—Pero es a mí a quien compra. Eso está claro. Como no se atreve a hacerlo directamente, porque es muy delicada, te lo ofrece a ti. Pero la maniobra es igual a la de Cayetano: atraparme por la miseria, comprarme.

Se volvió a Inés.

—Nuestra hermana es tan estúpida que se cree que le hacen un regalo por su cara bonita.

—No se habló de ti para nada, Juan. La vieja...

Juan alzó la mano.

—No sigas. ¿Para qué vamos a discutir?

—¡Es que se trata de un sueldo, Juan! ¡Un sueldo, un trabajo! ¡Dejar esta vida arrastrada y vivir como personas! ¿Te das cuenta de lo que podríamos hacer solo con cuarenta duros?

—Tú. Lo que podrías hacer tú.

—¡Son para todos!

—Para ti. Yo, si aceptas esa limosna, me iré de casa.

Inés se sobresaltó. Juan echó atrás la silla y se puso en pie.

—Entérate bien, Clara. Yo no puedo impedir que sirvas a la vieja, pero me iré de casa. No puedo comer un mendrugo de pan comprado con dinero de la vieja, o con dinero de Cayetano: es igual.

—Pero ¿por qué? ¿Quieres decirme por qué? ¿Es que te hago daño trabajando?

Juan se le acercó hasta casi rozarle la cara.

—No tienes moral. Imagínate que mañana los pescadores se ponen en huelga. Imagínate que piden aumento de salarios. ¿Con qué cara podría yo alentarlos, dirigirlos, ponerme al frente de ellos, exigir a la vieja, si comía de su pan?

Clara, empujada por las palabras, había retrocedido hasta la pared.

—¡Ah! ¡Es por eso!

Se volvió, implorando, a Inés.

—¿Y tú, Inés, qué dices?

Inés levantó los ojos de la labor.

—Yo, si Juan se va de casa, me marcharé con él.

—¡Iros al diablo!

Clara salió de la sala con paso recio. Batió la puerta y las paredes temblaron —en alguna parte cayó el yeso de un desconchado—. Cogió el paraguas y las zuecas y salió. Iba decidida a decir a doña Mariana que sí, que estaba de acuerdo.

A cada paso que daba por la carretera, bajo la lluvia fina, se le aplacaba la furia. Pensó que quizá Juan tuviese razón —desde su punto de vista, claro—. Pensó...

Al llegar al pueblo, entró en el estanco y compró un pliego de papel y un sobre, y, allí mismo, escribió una carta a doña Mariana. Le dijo la verdad. Y se la envió por un chico al que dio unos céntimos por el recado.

Volvió a su casa. Se oía, lejos, el ruido de la máquina de coser.

Buscó un rincón de la cocina, se sentó en una silla baja y lloró silenciosamente.

La noticia de que Carlos había salido, el domingo, con Clara, la oyó la vieja Galana en el mercado, el padre en el tajo, y, al atardecer, una vecina les vino con el cuento, por si Rosario no se había enterado, y a ver qué pasaba.

Rosario preparaba la cena. Los hombres regresarían pronto: aprovechando una escampada se habían ido al huerto. Toda la conversación con la vecina recayó en la madre. Rosario, ni se volvió, atenta al llar. La vecina, a cada detalle, la miraba inútilmente. Parecía que nada de lo pasado entre Carlos y Clara le importase.

Tampoco respondió a los comentarios de su madre, entre la marcha de la vecina y el regreso de los hombres; y como la madre insistiese, le gritó:

—¿Quiere callar de una vez? ¿O es que soy, acaso, la novia de don Carlos?

Llegó el padre, y, poco después, los hermanos. Rosario sirvió la mesa. Después se metió en su cuarto y se cambió de ropas.

—¿A dónde vas? —le preguntaron.

—A un recado.

Salió, envuelta en su mantón, sin explicar.

—Llevaba algo, ¿verdad?

—Llevaba algo.

La madre se asomó a la puerta y la vio alejarse por la carretera.

—No va al pazo. Parece que va al Outeiro.

Entonces, salió al camino uno de los hermanos.

—Sí. Va al Outeiro. Se metió por el atajo.

—¿A qué irá al Outeiro?

El atajo trepaba por el repecho de la colina, se metía entre setos y sembrados y, más arriba, entre pinares. Por el medio del atajo corría el agua de la lluvia. Rosario pisaba de una piedra en otra para no mojar las zuecas relucientes. Llegó frente a una casa blanca, más allá de una era. El día había caído. Al atravesar la era, ladró un perrillo. Una voz le mandó callar. Luego preguntaron:

—¿Quién es?

No respondió hasta pisar los umbrales.

—Buenas noches.

Había fuego en el llar, y una vela encendida. Una vieja gorda, de cara sonriente, mondaba patatas junto al hogar. Miró a Rosario.

—¿Quién eres?

—Rosario, la del Galán, la costurera.

—¡Ah!

—¿Puedo entrar?

—Entra.

Rosario dio unos pasos y se detuvo. La vieja la indicó, con el gesto, una banqueta.

—Rosario, la del Galán.

—Sí.

—La que está ahora con el señorito.

—Ya no.

—¿Ya no?

Rosario movió la cabeza.

—¿Y eso? —continuó la vieja.

—Ya ve.

Se quitó el mantón y lo dobló sobre el regazo. Encima puso un paquete que había traído oculto. La vieja miró el paquete y, luego, a Rosario.

—Una docena de huevos.

—Dios te lo pague. Como están los tiempos...

Rosario le alargó el paquete. La vieja lo abrió, se levantó y puso los huevos en un plato.

—Son buenos.

—Los había juntado para otra persona.

—Dios te lo pague.

La vieja dejó el plato sobre el vasar, y se volvió a Rosario.

—¿De modo que reñiste con Cayetano?

—Lo despaché.

La vieja la miró con sorpresa.

—¿Te atreviste?

—Sí.

—Cuenta...

—¿Para qué? Antes de que él me despachase a mí...

La vieja volvió a sentarse y sonrió.

—Habrás otro.

—Habrás.

—Tan rico como ese, no.

Rosario se encogió de hombros.

—Todo no es ser rico.

—Y, entonces, ¿a qué vienes?

—Me parece que soy machorra.

Por primera vez le tembló en las pupilas algo así como interés o pasión.

Añadió:

—¿Usted cree que tiene remedio?

—Todas las cosas tienen remedio, unas más y otras menos.

—Quería quedar preñada.

—¿Del otro?

—Sí.

El pañuelo que la vieja llevaba a la cabeza se había aflojado. Se lo anudó.

—Ya ves. Pasa de treinta años que vino a verme, una vez, doña Angustias.

—¿También era machorra?

—Peor. Se le malograban los hijos. La llevé al Puente del Perdido, estando preñada de Cayetano, una noche de luna llena; le bauticé el hijo en el

vientre, y se logró.

—Bien pudo haberlo bautizado mal.

—Ella me había traído una onza de oro. Todavía la tengo.

Rosario señaló los huevos.

—Le traeré más, y si empreño, le daré una pulsera de oro.

—Si piensas que lo vale...

—Lo vale.

—Espera un poco.

La vieja se acercó a la cocina, echó en la olla las patatas. Después recogió un poco de ceniza, la vertió en una taza, le mezcló aceite, sal, y se santiguó.

Se había puesto seria. Estaba frente al llar, y la luz de la llama le bailaba en el rostro. Rezaba por lo bajo, hacía cruces sobre la mixtura, canturreaba latines; con una cuchara de palo meneó el engrudo. Luego alzó la taza sobre la lumbre y cantó otra vez. Salían de su boca nombres de santos y de diablos en letanía.

—Ven adentro.

Cogió la vela, y Rosario la siguió. Entraron en una alcoba, pequeña, encalada, con una cama de hierro —la colcha, portuguesa—. Algunas sillas, y una mesa de pino junto a la cama.

—Échate.

Puso la taza sobre una silla mientras Rosario se acostaba. La vieja, sin soltar la vela, le alzó las faldas y le bajó las bragas. Quedó el vientre al descubierto.

—Buena ropa, ¿eh? Y buenas piernas. Así les gustan a los señoritos.

—Esto será seguro, ¿verdad?

—No hay seguro más que lo que Dios quiere.

—Le traeré la pulsera de oro.

—Cállate ahora, y cuando yo diga el *Gloria Patri*, tú respondes amén. Cierra también los ojos.

—¿No me irá a hacer mal?

—No te muevas.

La vieja dejó sobre la mesa la palmatoria, y, con el dedo untado en el mejunje, trazó cruces y redondeles sobre el vientre tembloroso de Rosario, mientras rezaba.

—Ahora, abre las piernas.

—¿También ahí?

—También.

Siguió rezando y ungiendo. La puerta había quedado abierta. Apareció en ella, silencioso, un mocetón, como una sombra en la que, de pronto, se encendieran los ojos como luces. Le vio la vieja y gritó:

—¡Vete de ahí!

El mozo tardó unos segundos. Rosario, sobresaltada, abrió los ojos, y le vio. Se bajó la falda, apurada, hasta tapar los muslos.

—¿Quién es?

—Mi hijo Ramón. No pases pena.

—Cierre la puerta.

La vieja cerró y pasó el pestillo.

—Hay que empezar otra vez.

—Bueno.

Repitió las unciones y los rezos hasta el amén de Rosario.

—¿Usted cree que me ha visto?

—¿Quién?

—Su hijo.

—¿Qué te importa? No va a hacerte nada.

—Tengo que ir sola por ahí abajo.

—Te digo que no va a hacerte nada. Es un buen hombre. No lo hay mejor para el campo en todo el pueblo. Gracias a Dios, acaba de llegar del servicio. No sé cómo pasé sin él estos dos años...

Salieron a la cocina. Ramón se había sentado en la piedra del llar y miraba la lumbre.

—Siéntate.

—Es tarde.

—Siéntate un poco. Ramón, tráele esa banqueta.

Ramón, calmamente, le acercó un escabel y volvió a su asiento del llar. No había dejado de mirarla; le brillaban los ojos como brasas en la oscuridad, y Rosario sentía su cuerpo recorrido, tocado, penetrado por la mirada.

—Tus hermanos trabajan en el astillero, ¿verdad?

—Trabajaban. También mi padre. Los echaron.

—¿Y ahora?

—La finca es buena. Da para todos.

—Pero no es vuestra.

—Como si lo fuera. Pagamos una miseria a don Carlos Deza.

—Sin embargo, un jornal...

—Eso dicen ellos.

—¿Y tú?

—Yo tengo buenas manos para ganar un duro diario, y mantenida.

—Algún día vendrás. Tengo unas sábanas que obrar.

—Cuando quiera.

Rosario se incorporó, pero la vieja le hizo señal de quedarse.

—No tienen prisa. Ya te avisaré, allá para el mes que viene.

La vieja insistió en preguntar sobre la finca, sobre lo que plantaban, sobre lo que recogían, sobre las vacas y los cerdos. Ramón no se había movido. Su mirada cosquilleaba en la boca de Rosario, en los pechos, a lo largo de las piernas. Cosquilleaba como una mano fuerte y áspera que acariciase suavemente, y ella se dejaba acariciar con agrado. Una vez volvió el rostro hacia la lumbre, y respondió con una larga sonrisa a la mirada de Ramón.

—Bueno, me voy.

—Como quieras.

—Ya vendré a decirle...

—¿No quieres que vaya Ramón contigo? Ya es de noche.

Ramón se estremeció y adelantó un poco el torso. Rosario tuvo miedo.

—No, no. Sé bien el camino.

—Alúmbrala, Ramón.

—Adiós.

Ramón cogió un quinqué y se acercó a la puerta. Alzó la luz por encima de la cabeza y se apartó un poco para que Rosario saliese. No se movió mientras ella cruzaba la era, y ella la cruzó tranquilamente, ceñido el mantón; pero, al llegar a las sombras, corrió por el atajo, sin cuidarse del agua que le entraba en las zuecas y le mojaba los escarpines. Corrió como si la mirada de Ramón le golpease las espaldas, como si la desnudase y quisiera acostarla en el prado húmedo. Le daba miedo aquel placer sentido al saberse deseada, aquel deseo al que respondía contra su voluntad, que le agitaba el pecho y le reseca la

garganta.

A la vista de su casa se arrimó a un castaño, a descansar. Llovía, y el agua le mojó el rostro y el cabello. Se sintió más tranquila y pensó en Carlos: pensó en sus abrazos, delicados, y en el modo de abrazar que tendría Ramón.

Pensó también que Carlos era un señorito y Ramón solo un labrador y que Carlos era el dueño de la granja de Freame: una casa, varios ferrados de labradío, con el río por medio; un poco de monte...

Los padres, los hermanos, esperaban en silencio sentados alrededor de la mesa. Rosario abrió la puerta y se detuvo en el umbral, a respirar. Se volvieron hacia ella, la miraron. La madre dijo:

—¿De dónde vienes?

—Vengo.

—¡Quiero saber de dónde vienes!

Calmosamente cerró y fue a su cuarto. La madre repitió:

—¡Quiero saber, te digo...!

—¡De donde me da la gana, y no se meta en mis cosas!

—¡Te voy a echar de casa!

—¡Atrévase!

Se encerró en su cuarto. La madre barafustaba fuera, increpaba al padre por su falta de autoridad, incitaba a los hermanos contra Rosario. Ella se había acostado, con los ojos cerrados, y oía vagamente los gritos, como si no fuesen con ella, y más tarde el ruido de los últimos quehaceres, hasta que todo quedó en silencio. No se había movido, no había abierto los ojos, pero su voluntad había borrado del recuerdo la mirada de Ramón y la había sustituido por las palabras, por las caricias de Carlos, y era lo que ahora apetecía, lo que había querido apetecer —lo que le mantenía vivo y ardiente el deseo en las entrañas—. Se levantó, de pronto, abrió el armario, buscó apresuradamente ropas interiores, se desnudó y se vistió. Se puso medias finas, y escarpines de paño.

Un ruido en el piso la detuvo. Alguien bajaba la escalera. Llamaron a su puerta.

—¡Rosario! —gritó la madre.

—¡Déjeme dormir en paz!

—Apaga, entonces, la vela, que se gasta.

Apagó, y esperó hasta que todo quedó, otra vez, tranquilo. Entonces, a

tientas, buscó un frasco de colonia, recordó los lugares donde Carlos la había besado y los perfumó. Después, bien embozada en el mantón y con las zuecas en la mano, saltó, por la ventana, a la era.

Llovía otra vez, pero sin viento. Sujetó, sin embargo, las ventanas para que no hiciesen ruido. Después rodeó la casa y salió a los sembrados. Por atajos llegó al pazo. Empujó la puerta con cuidado.

Paquito, en su cuchitril, enderezaba el volante de un reloj con menudo, cuidadoso martilleo. Oyó rechinar los goznes, y saltó al zaguán. Rosario ya estaba dentro.

—¿Qué quieres?

—Vengo a ver al señor.

—Si fuera yo, te echaría a patadas.

—Te digo que si fuera yo...

Rosario le empujó suavemente.

—No te metas en esto. Y cierra la puerta.

Empezó a subir las escaleras. A la mitad, se volvió a Paquito.

—¿Dónde está? ¿En su cuarto o en la torre?

—En el limbo. ¿No lo oyes tocar?

Se oía el piano, remoto. Rosario se guio por él. Golpeó la puerta. No entendió la respuesta, pero abrió. Carlos estaba sentado al piano, había dejado de tocar, y la miraba.

—¡Rosario!

—Buenas noches, señor.

Él se acercó. Ella dio un paso, sin cerrar.

—Entra, anda.

—Ayúdeme el señor a quitarme el mantón.

Respiraba agitada, le bailaba el deseo en los ojos, adelantaba los labios entreabiertos. Carlos, al besarla, la miró, buscó en ella algo más interior que el deseo, pero en las pupilas de Rosario, una luz juguetona se interponía, una luz como una red o una defensa. Se enmarañó en ella, se dejó arrastrar por el vértigo.

—*Meu rei!* —dijo Rosario.

XVI

La criada preguntó a doña Angustias si tomaría el café, y ella le respondió que no, que iba a comulgar.

Eran las ocho y media de la mañana. Por la ventana abierta llegaban los ruidos del astillero. Un barco, oscuro entre la niebla gris, se acercaba al muelle, pitando, y desde el muelle le respondían a gritos que abriese de proa y que arrojasen el cabo.

Cayetano salió de un cobertizo y corrió hacia el embarcadero. Un capataz se le acercó y le explicó algo relativo al barco que atracaba. Cayetano dio órdenes. Al volverse, vio a su madre y agitó los brazos.

—¡Buenos días, mamá!

Los capataces, los obreros, saludaron también. Lo hacían cada mañana, y a doña Angustias le complacía el acatamiento. Sonrió a un lado y otro, como una reina agasajada, mientras Cayetano se acercaba al pie de la ventana.

—¿Vas a salir?

—Voy a misa.

—¡Que te pongan el coche!

—No, hijo, que está ahí al lado.

—¡Mira que está fría la mañana!

—Voy abrigada.

—¡Mira que como te acatarres...!

Le echó un beso y volvió al astillero. Los capataces, los obreros, habían comprobado una vez más que la madre y el hijo se amaban. Doña Angustias le veía satisfecha. Era el más fuerte, el más poderoso. Aun así, vestido como todos, se destacaba por la figura y el ademán. Era, además, bueno, mejor de lo que decía la gente.

Tenía que rezar, sin embargo, por él. Lo hacía siempre, día y noche. Ofrecía al Señor sacrificios para que Cayetano no se descarriase del todo, y para que nunca le sucediese nada malo. Tenía muchas envidias.

Abandonó la ventana y se puso la mantilla. Metió en el bolso el dinero de la limosna, y algo más, por si lo había menester.

Salió al pasillo. Al pasar frente a la puerta del comedor, vio a don Jaime sentado a la mesa, con el desayuno delante, sin tocarlo. No la miró, ni seguramente miraba a ninguna parte. Empezaba a chochar, o, al menos, a estar un poco ido. Tenía prontos en que quedaba como alelado.

Doña Angustias pensaba que Dios empezaba a castigarle, y que, cuando el Señor lo hacía, tendría sus razones, y no había por qué meterse en las razones de Dios, ni importunarle con simplezas cuando empezaba su justicia.

Se santiguó antes de pisar la calle. La criada esperaba con el paraguas abierto.

—¡Cómo llueve! —dijo doña Angustias, por decir algo.

Seguía pensando en su marido, y en la justicia de Dios. Dios la había escuchado. Nunca le había pedido venganza, sino justicia. Dios era, ante todo, justo.

En el camino emparejó con dos beatas que iban también a misa. Las saludó, les preguntó por los maridos ausentes. Hablaron de que en La Habana iban las cosas mal.

—Si los hombres no mandan ya dinero, ¿de qué vamos a vivir?

Ninguna de ellas tenía hijos que emplear en el astillero, sino hijas.

—Claro que aún son pequeñas —aclaró la más joven de las dos, con retintín; pero doña Angustias no recogió la alusión, ni pensó que lo fuese.

Se despidieron a la puerta de la iglesia. Doña Angustias repartió unas pesetas entre los pobres de pedir. Luego, entró. Las beatas retuvieron a la criada, que sacudía el agua del paraguas.

—¿Sabes si está enterada?

—¿De qué?

—De lo de Rosario la Galana.

—Yo no sé nada.

—¿No sabes que Cayetano le dio una tunda que la dejó baldada? Dicen que no se puede mover, pobriña, y que pasa la noche en un puro grito.

Dieron detalles. No estaban totalmente de acuerdo; más bien había contradicciones, pero la criada los recogió, sin discriminar. El último toque de campana las metió en la iglesia.

Al salir, doña Angustias preguntó a la criada por qué había tardado. Ella respondió de modo que doña Angustias entrase en sospechas, y solo cuando recibió orden de contar lo que sabía, con amenaza de despido si se callaba, lo contó. No en la calle, sino en el gabinete de doña Angustias, y a puerta cerrada.

—No se lo diga a nadie.

—Por mí, señora, no se ha de saber, pero todo el mundo está enterado.

—A pesar de eso, tú, ni palabra.

—No, señora.

Salió la criada, y doña Angustias apartó el café. Había perdido el apetito y sentía el corazón turbado, y algo que le entenebrece el alma. Empezó a llorar. No podía pensar; el sentimiento le oscurecía la mente, pero, desde su corazón, se elevaba una plegaria sencilla, reiterada: «¡Dios mío, Dios mío!». Quería decirlo todo. Pedía piedad para su hijo y piedad para ella misma.

Así estuvo mucho tiempo. Fuera seguían los ruidos, y a veces, entre ellos, llegaba la voz de Cayetano, ordenando o riñendo. Doña Angustias se sobresaltaba, intentaba formular un reproche, pero no podía. Era más fácil pedir piedad. Cayetano no la había ofendido, había ofendido a Dios. Ella se ponía de parte de su hijo, y pedía por él.

Se preguntaba, sin embargo, por qué Cayetano habría hecho aquello. Otras veces, muchas otras veces, había tenido queridas. No estaba bien, pero eran cosas de hombres, y lo pagaba con buenos regalos, y ninguna se había quejado. Dios tenía que considerarlo con benevolencia, porque, bien mirado, no hacía mal, sino bien, y sacaba a mucha gente de la pobreza. ¿Por qué, a esta, le había pegado? Tenía que haber razones, pero, a lo mejor, Dios no estaba conforme con ellas. ¡Si ella, al menos, las conociese! Podía preguntarlo, sí. Pero Cayetano le mentiría para tranquilizarla, y la Galana le mentiría también, para sacarle los cuartos.

De repente, se hizo la luz en su cerebro. Todo un sistema de causas trascendentes se le reveló con su entera, abrumadora evidencia, como si un ángel severo lo dictase al oído.

—Yo había prometido un altar a la Virgen de Lourdes, y no pudo ser, por causa de esa bruja.

Estaba claro. Dios y su Santa Madre la castigaban en lo que más quería, la hacían sufrir con el pecado de su hijo. Había hecho una promesa, se había comprometido ante la Santa Madre de Dios, y luego, ante el primer obstáculo, se había acobardado. La Señora de los Cielos le mostraba su enojo. Estaba claro: no era Cayetano el verdadero pecador, sino ella. ¡Pobre Cayetano! Le había creído capaz de una villanía, cuando, en realidad, no era más que el instrumento del castigo divino. Corrió a su alcoba, y se arrojó de rodillas, delante de la Virgen. Ya no pedía perdón por su hijo, sino por ella misma. «¡A él, no; a mí!», clamaba entre sollozos. «¿Qué debo hacer para que me perdones?». Escrutaba los ojos doloridos de Nuestra Señora de las Angustias, tan bonita y tan triste en su cromo de marco dorado, por si de ellos salía la respuesta. Los ojos no se movían, ni la miraban siquiera. Pero la respuesta le brotó del corazón, con la misma claridad con que antes había comprendido el castigo divino.

Corrió al tocador y se arregló la cara. Llamó a la criada.

—¿Se me nota que he llorado?

—No, señora.

—Busca al señorito, y dile que necesito el coche.

Vino Cayetano. Le dio un beso.

—¿Te pasa algo?

—No.

—Tú has tenido algún disgusto.

—¡Te digo que no!

—¿Fue papá?

—¡No lo he visto en toda la mañana!

—Pues tú has llorado.

—Sí, pero por nada. Cosas mías.

—¿A dónde vas a ir?

—Al monasterio.

—Te llevaré yo mismo.

—¡Te digo que no es nada importante!

—Sin embargo, te llevaré. Es la primera vez que vas al monasterio.

No preguntó más, y por el camino fueron silenciosos.

—Tú, espérame en el coche.

—¿A quién vas a hablar?

—Al prior.

Cayetano se encogió de hombros y abrió la portezuela.

—Como tardes, iré a buscarte dentro.

Doña Angustias ensayó, sin fortuna, una expresión severa.

—Tardaré lo que haga falta, y tú no te moverás.

El ruido del automóvil había atraído a un lego. Condujo a doña Angustias hasta un recibidor oscuro y húmedo como una mazmorra, amueblado de sofá, mecedoras y sillas de rejilla, medio desfondados los asientos. El suelo era de piedra resbaladiza, y la cal de las paredes se abría en grietas negras o caía a pedazos.

—Quiero ver al padre Fulgencio.

Salía el lego. Doña Angustias añadió:

—Que está la señora de Salgado.

Mientras esperaba, se arrimó a la ventana. El aire gris, las nubes revueltas, resultaban más alegres que aquella sala de recibir. Doña Angustias se sentía oprimida, y pensaba: «¡Cómo viven, los pobres!». Había sido buena la idea de venir, había sido mejor la ocurrencia de dar una buena limosna al monasterio. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor Dios había dispuesto las cosas de tal manera que, al final, resultasen los frailes beneficiados. ¡Qué extraños eran los designios de Dios! ¡Y por qué ignorados caminos conseguía su propósito! Había hecho falta el disgusto de la mañana, y, antes, la brutalidad de Cayetano con Rosario, y, aún antes, el orgullo de doña Mariana. ¿También el orgullo de doña Mariana formaba parte de los designios de Dios? Al pensarlo, le dio un vuelco el corazón. No, no. Doña Mariana había obrado contra Dios. Aquel era otro cantar. De su benevolencia, doña Angustias excluía a doña Mariana.

—Buenos días. ¿Contempla usted nuestra pobreza?

El prior sonreía y le tendía la mano. Doña Angustias se inclinó a besarla, pero él no se lo permitió.

—¿Qué frío pasarán ustedes aquí!

—El que hace. Claro está que siempre sobra de un año para otro. Tenemos frío en el cuerpo para lo que nos queda de vida.

—¡Vaya por Dios!

—Aunque, como es el frío que Él nos envía...

Indicó a doña Angustias el asiento menos averiado, y se sentó también. Había recogido las manos bajo el escapulario.

—De buena gana la llevaría a usted a otro lugar, pero el resto es clausura. ¿Viene usted abrigada? Sí, trae usted abrigo. Bien. Pues usted dirá.

Doña Angustias no sabía cómo empezar. La desasosegaba el rostro agudo del fraile, aquel rostro que parecía humilde y resultaba burlón, la mirada que parecía de vuelta, pero que en el viaje de ida le llegara hasta el alma.

Empezó a contar lo del altar de la Virgen de Lourdes y su fracaso. Cierta señora de la localidad, de no muy buena reputación, había tenido la culpa. En medio del relato hacía pausas, y el prior le respondía: «¡Ah!», o bien: «¡Oh!». Pero las interjecciones, aunque poco variadas, venían cargadas de asombro.

—... de modo que he pensado en levantar ese altarcito en la iglesia del monasterio. Aquí vendrá menos gente, pero Nuestra Señora queda igualmente honrada.

—Aunque lo levantara usted en el desierto.

—Culto no ha de faltarle, porque para eso están ustedes. Yo quería...

Se detuvo. El fraile la ayudó.

—Que se celebre una misa diaria en ese altar. A cambio, haré un buen regalo al monasterio. Un regalo importante. ¿Qué es lo que ustedes necesitan?

—¡Todo, señora!

Empezó la enumeración. Ahora, las interjecciones corrían a cargo de doña Angustias, acompañadas de delicados remilgos: «¿Es posible? ¡Y los cristianos sin saberlo!» «¡No nos perdonará Dios por dejarles morir de hambre!»

—Dios lo perdona todo, señora; y a los que ofrecen el remedio, suele premiarles.

Quedaron en que una visita posterior concretaría ofertas y peticiones.

Cayetano había fumado tres cigarrillos, y encendía el cuarto, cuando salió su madre. La acompañaba el prior, que se acercó al coche y saludó a Cayetano. Los bendijo, al arrancar el coche.

—Es un hombre simpático, y están en la miseria —dijo doña Angustias.

Cayetano reprimió un exabrupto anticlerical.

—¿Qué dinero necesitas? —preguntó con sorna.

—Ya hablaremos. Por ahora solo quise enterarme de sus necesidades.

Bajaba el coche la pendiente, y a ambos lados la mar golpeaba las peñas. Cerca del promontorio, media docena de *bous* peleaban contra las olas.

Fray Eugenio daba los últimos toques a un san Antonio de Padua muy bonito. Los daba con rabia y burla; toques de carmín, perfiles de sonrisa, reflejos nacarados de azucena, rosados de inocente carne. El prior entró en la celda silenciosamente, se llegó al cuadro, lo contempló. Fray Eugenio seguía con las últimas pinceladas, absorto en ellas.

—Bonito cuadro, ¿no le parece?

Fray Eugenio se volvió, murmuró un saludo y una excusa.

—Ya sé que el ejercicio del arte abstrae casi tanto como el delirio místico. No se disculpe.

—No, no. Es otra cosa. ¡Dios me libre de compararlos!

—Pero el cuadro es bonito. ¿Cuánto podemos pedir por él? Considerando, claro está, que la República ha abaratado el género.

Fray Eugenio imaginó una cifra alta.

—Pongamos mil pesetas.

—¡Mil pesetas! ¿Cuánto tiempo lleva usted con este san Antonio? ¿Dos meses? Pasará otro antes de que se seque. Después habrá que embalarlo para que no se estropee, y mandarlo a Barcelona. Otro mes más. Y lo que tarden en venderlo... En resumen: que dentro de cuatro meses lo pagarán. ¡Un mal asunto, fray Eugenio! Ya no se estima el arte. Unos cromos con marco y cristal son más baratos y hacen el mismo oficio.

—Lo siento, padre, pero no puedo trabajar más de prisa.

—Yo no se lo pido. Pero se me ocurre que hay otros trabajos...

Empujó al monje hacia el hueco de la ventana, y le dijo en voz baja, de modo casi misterioso:

—Tengo que hablarle. Acaban de hacerme una importante oferta.

Contó la entrevista con doña Angustias.

—¿Qué piensa usted que podré pedirle? ¿Cinco mil duros? ¿Diez mil?

—¡Es mucho dinero! —dijo fray Eugenio, medio asustado.

—Es poco dinero. Por discreción no pienso pasar de los diez, pero necesito justamente el doble. Veinte mil duros. Con veinte mil duros ya podemos empezar.

No se atrevió fray Eugenio a preguntarle qué era lo que podría empezarse con los veinte mil duros. Dejó que la mirada interrogase.

—De eso es de lo que quiero hablarle justamente de eso —respondió el prior, cauteloso.

Bajó la voz todavía más. Bajó la voz y detuvo con una mirada dura los ojos temerosos, huidizos, de fray Eugenio.

—Quiero poner un colegio en el monasterio.

—¡Pero, la regla! ...

—Por encima de la regla está la necesidad.

—¿Qué quiere usted? ¿Enriquecernos con un colegio de párvulos?

—No sea bobo, padre. Yo sé perfectamente lo que quiero.

Se retiró de la ventana y buscó un taburete en que sentarse.

—Fíjese bien en lo que voy a decirle: hay en Pueblanueva más de cuarenta estudiantes de bachillerato. Unos van a los maristas de Lugo y otros a los jesuitas de Vigo. Si nosotros montamos un internado, vendrán aquí. ¡No pretendo que vengan, de momento, los cuarenta! Con veinte me basta. Veinte somos nosotros. Cobrándoles como el más barato, sacaremos lo suficiente para que cada niño alimente a un monje. ¡Veinte niños, y se acabó el hambre! ¿Se da usted cuenta? ¡Veinte niños, a treinta duros cada niño! Pero necesito veinte camas, material para seis aulas, cuartos de baño, retretes nuevos, y todo eso que ahora quiere la gente para sus hijos. ¡Veinte mil duros de gastos! Si la señora de Salgado nos regala la mitad, hay que sacar los otros de donde sea. Para esto he venido a verle.

—¿Pretende usted que yo...?

—Cálmese.

Se levantó el prior, se acercó parsimoniosamente al monje, le cogió de los brazos.

—Le necesito a usted por dos razones. La primera, para que convenza al padre Ossorio de que no debe oponerse al proyecto. El padre Ossorio puede arrastrar, en el capítulo, a los jóvenes.

—Yo también me opondré.

—No me importa que usted se oponga, y casi me conviene que lo haga. A usted nadie le hace caso en el monasterio, más que el padre Ossorio. Pero le mando, fijese bien, *le mando* que convenza al padre Ossorio de que un colegio sería nuestra salvación.

—El padre Ossorio piensa por su cuenta.

—Esa es la pena. Pero usted tiene que convencerle.

Sonrió, ensayó un gesto halagüeño.

—Basta que usted le diga, por ejemplo, que, alguna vez, el padre Hugo lo había pensado.

—¡El padre Hugo se hubiera horrorizado de semejante proyecto!

El prior volvió a mirarle con dureza, volvió a sujetarle con fuerza, a acorralarle casi en el rincón de la ventana.

—Tengo razones de sobra para creer que el padre Hugo quiso montar un internado en el monasterio. Yo se lo aseguro, y usted tiene que creerlo. El internado era uno de sus muchos proyectos... Uno de los pocos razonables.

—Está bien —intentó que el prior se apartase—. ¡Está bien! —repitió.

—Hay otro asunto más. ¿Sabe usted algo de las pinturas de la iglesia?

—No he vuelto a saber nada.

—Esas pinturas, fray Eugenio, pueden ser su despedida triunfal del arte. Si las hace usted hermosas, grandiosas, como a usted le gusta, ¿qué menos que veinticinco mil pesetas le pagarán por ellas? No alcanzo la cifra del presupuesto, pero ya hay para empezar. Quince mil duros. Habrá algunas deficiencias...

Dio unas palmadas en el hombro del monje.

—Coja en seguida la mula y váyase a casa de don Carlos. Me parece, de momento, mejor hablarle a él que abordar directamente a doña Mariana.

Fray Eugenio cabalgó en la mula y salió del monasterio por la puerta de los corrales. El hermano lego le había dado un enorme paraguas, con el que se cubrió: chorreaba el agua por las varillas, y un hilillo brillante caía sobre la cabeza del animal, justo entre las dos orejas. Venía el viento de la mar, estruendoso; le golpeaba la espalda, empujaba la cabalgadura hacia la orilla de la carretera. Fray Eugenio tuvo miedo de que la mula se despeñase, de que

el viento pudiese más que el instinto de la mula, y la arrojase al fondo de la playa, donde las olas dejaban montones de algas.

Pasado el arenal pensó en la comisión que le sacaba del monasterio en tal día, y de aquella facha que imaginaba ridícula. «Debo de parecer un don Quijote con paraguas». Era lo de menos, y, bien considerado, su facha, con paraguas o sin él, cabalgando o a pie, tenía siempre algo de ridículo.

«Querido Carlos, vengo a verle para un asunto desagradable.» Buen modo de empezar, valiente y franco, aunque pudiera haberlos mejores. Después le contaría la conversación con el prior. «Necesito que usted me diga si doña Mariana piensa todavía en pintar la iglesia, y cuánto me pagará.» ¿Se atrevería a decirlo? Imaginó, otra vez, la escena; y a Carlos escuchándole sorprendido, quizá molesto; repitió las palabras, y sintió que el rostro húmedo se le enrojecía. Tenía que haber palabras más disimuladas, palabras insinuantes que le evitasen la vergüenza. ¿Cuáles? Imaginó otro modo de empezar, otro modo de saludar, incluso otro modo de llegar. «Pasaba casualmente, y se me ocurrió...» Tampoco. Recorridos los circunloquios, se llegaba necesariamente a la declaración vergonzosa, y la casualidad de la visita, con aquel día, no parecía verosímil, aunque Carlos, cortésmente, fingiese aceptarla.

Sin embargo, tenía que seguir adelante, por mandato del prior, presentarse ante Carlos, hablarle de las pinturas. Aquella coacción le empujaba con más fuerza que el viento por la carretera de guijarros descarnados. Así llegó a la cuesta. La mula dejó de trotar y se puso al paso, y aún se detuvo un par de veces antes de coronar el repecho. Llegó ante la verja del pazo.

—A lo mejor, no está.

Deseó ardientemente que Carlos se hubiera ausentado. Podría regresar al monasterio, y decírselo sencillamente al prior. «No estaba en casa, tendré que ir otro día más temprano.»

Los yerbajos y las ramas menudas arrancadas por el viento manchaban el sendero; el agua caída de los árboles sacudía la copa del paraguas. Frente al zaguán abierto, el fraile se detuvo, paralizado por la última vacilación. Podía regresar, podía inventar un pretexto, podía...

En el zaguán apareció Paquito. Miraba al fraile y se reía. Saludó, sin dejar de reír. En seguida se ocultó. Fray Eugenio sintió sus pasos en la escalera. Ya no había remedio. Carlos bajó en seguida. Fray Eugenio se había apeado y

esperaba en el umbral, con el paraguas abierto, en una mano, y las riendas de la mula, en la otra.

—Paz.

Se dejó arrebatarse las riendas y el paraguas; se dejó conducir a la torre. Allí bebió el café preparado por Carlos, se calentó junto a la lumbre y aceptó la invitación de un poco de coñac.

—Estoy verdaderamente helado. ¡Y qué bonita es su celda! Porque es lo que parece: la celda de un monje algo más mundano que nosotros.

Todo había sucedido de manera distinta. Lo difícil, ahora, era llevar la conversación al punto apetecido.

Tenía la impresión de haber llegado sin oportunidad, como si su presencia estorbaba algo, aunque no fuese más que una soledad apetecida: Carlos se portaba con amabilidad, pero no parecía contento.

—Pasaba, y se me ocurrió venir a verle. Marcho en seguida.

—¿Ahora, con esta lluvia? Me atrevo a invitarle a comer conmigo. Si lo permite el prior, naturalmente.

—El prior...

El prior le había enviado a un negocio: aceptar la invitación podía considerarse como necesario para que el negocio llegase a buen fin.

—Me gustaría quedarme, pero, si no recuerdo mal, usted suele almorzar con doña Mariana.

—Me aterra bajar al pueblo con esta lluvia, pero tengo a quien enviar para que nos manden la comida.

Despachó a Paquito, con el coche y un recado. Al regresar, parecía contento. Fray Eugenio se consideraba comprometido moralmente a plantear la cuestión de las pinturas, sin escapatoria; aunque, aceptada la invitación, le pareciese más indelicado todavía. Hizo un esfuerzo y cantó de plano:

—Verá usted, don Carlos. No estoy aquí por casualidad. Tampoco estoy por mi gusto. Me manda el padre Fulgencio.

Contó la entrevista de aquella mañana. Interpoló, en la narración, comentarios y disculpas. Carlos no dio importancia a la embajada: «Hablaré a doña Mariana, y ya veremos de sacar lo más posible»; pero, en cambio le preocupó lo del colegio y, sobre todo, la situación del padre Ossorio.

—Y el padre Ossorio, ¿por qué se opondrá?

—Pero ¿no comprende usted que nosotros no podemos, según la regla, dedicarnos a la enseñanza?

Para Carlos, el motivo último de la divergencia escapaba, por la sutileza, a su comprensión, pero escuchó los detalles internos de la oposición sorda planteada entre el prior y el padre Ossorio.

—Un día, esto acabará —concluyó el monje—, pero no acabará bien. El padre Ossorio es la parte más débil.

—¿Cómo no cambia de monasterio?

—No puede. Nuestra orden no tiene más casas que esta. Recuerde que *somos* un ensayo de restauración.

—Esta mañana, si no lloviese, hubiera ido a visitarles. Necesitaba de ustedes.

—¿De mí?

—Quizá también del padre Ossorio, o principalmente de él. Es teólogo, si no recuerdo mal.

—Sí.

—No estoy seguro de necesitar un teólogo, sino más bien un psicólogo que sepa teología. Deseo ciertas explicaciones sobre el sentimiento del pecado.

Añadió en seguida, antes de que fray Eugenio pudiera responderle:

—Explicaciones concretas sobre un caso personal, sobre el mío. Por dos veces he tenido la sensación de hallarme en pecado; la última de ellas, esta noche, ahora mismo. Y no lo entiendo bien, porque no estoy seguro de creer en el pecado. Casi puedo asegurarle que no creo. Se trata de una sensación, fíjese bien, no de una convicción.

Sonrió.

—Claro está que tampoco creo en el diablo, y, sin embargo, tengo también la sensación de que se me ha metido en el alma. No digo tampoco que lo crea, pero sí que lo siento, que lo experimento. Y puedo señalar el día y la hora en que entró y cómo lo hizo, aunque no por qué. Es un demonio apacible, no de los que hacen blasfemar y echar espumarajos por la boca. El demonio que me va bien: tranquilo, analítico, y nada apresurado. En el infierno deben saber lo que conviene a cada cual.

Reía, pero el fraile no. El fraile le escuchaba paralizado, y le miraba con ojos en que temblaba un espanto remoto o disimulado.

—¿Por qué bromea?

—¡Dios me libre de bromear! Pero no voy a rasgarme las vestiduras porque el infierno se haya dignado preocuparse de mí. Soy un hombre de ciencia, y la experiencia es nueva. Mi obligación es observarme. Insisto en que no creo en el diablo, pero es evidente que está dentro de mí. Luego, el sentimiento del pecado...

Recordó que a fray Eugenio le gustaba el tabaco, y le ofreció de fumar.

—Antes le dije que necesitaba un psicólogo que supiera teología. No es eso exactamente. Lo que necesito es un teólogo que tenga experiencia personal del pecado.

Fray Eugenio tembló y bajó los ojos.

—¿Quién no la tiene?

—No del pecado en general, sino de... —se detuvo y sonrió—. Bueno, la experiencia de la soberbia, por ejemplo, no me sirve. Lo mío es más modesto. Cosa del sexto. Ya sé que, según los teólogos, es el menos grave de los pecados. Sin embargo...

Fray Eugenio le interrumpió...

—Por favor, no hable usted de moral. Si lo llevamos al terreno moral, no aclararíamos nada. La moral pertenece al orden de las consecuencias, y el pecado al de las esencias. El bien y el mal son nociones morales: el Pecado y la Gracia son mucho más hondos, pertenecen a la experiencia religiosa. Usted no se ha referido al mal, sino al pecado.

—Exactamente. ¿Puede usted decirme algo?

Fray Eugenio evitaba mirarle. Había clavado la vista en el cigarrillo recién encendido, y le temblaba la mano. Carlos creyó que le respondería: «Sí. Puedo contarle a usted mi caso», e inmediatamente comprendió que también fray Eugenio tenía una historia, de la que solo conocía menudos detalles, como balizas de un pasado sumergido y tremendo. Recordó un instante el retrato de la madre de Germaine —solo un instante—. El fraile alzó la vista, y en el modo triste de mirarle había como un ruego. Carlos sonrió.

—No. Lo que usted pretende, no —le respondió fray Eugenio: y había en su voz una resonancia de falsedad.

—Seguramente tampoco el padre Ossorio podrá responderme. Es difícil hallar el consultor que necesito. Para entendernos, sería menester que, no solo

conociese entera mi intimidad, sino que yo conociese la suya. ¿De qué vale, por ejemplo, que le diga a usted que esta noche una mujer pasó conmigo unas horas, y que acepté su presencia porque en ella encuentro, además de una liberación, una garantía de libertad, y que, sin embargo, cuando marchó, tuve la sensación (la sensación, le repito; no algo intelectual o espiritual, sino físico) de estar en pecado y de tener el demonio dentro? Era de madrugada y ya no pude dormir. Del mismo modo que si usted se clava una espina en una mano la siente ajena y molesta hasta que se la arranca, así me sentía, y me siento, molesto por esa sensación que me parece venida de fuera, clavada desde fuera, como una espina. La siento, y siento que no me pertenece, que está ahí como si alguien la hubiese arrojado dentro de mí. Y yo, querido fray Eugenio, no solo necesito librarme de esa molestia, sino que necesito explicarme su presencia. Nada de lo que existe dentro de mi alma, ni lo delicado, ni lo más misterioso, me sirve para explicarme que un acto mío lo sienta como pecado.

—¿Y en su niñez? ¿No creyó usted alguna vez en el pecado?

—En mi niñez, yo llamaba pecado a la simple transgresión de la ley. Mis primeras nociones no fueron religiosas, sino morales: el corazón de mi madre, de quien las recibí, era un corazón de juez, y ese modo jurídico de entender el bien y el mal se continuó en el colegio, donde pudo haberse refinado mi conciencia moral, pero donde jamás tuve ninguna experiencia verdaderamente religiosa. Después, mi modo de entender el bien y el mal varió, y, según él, nada se ha conmovido, ni en mi vida, ni en la de ella, ni menos en el universo mundo, porque nos hayamos amado. No lo tengo por malo, aunque quizá no sea bueno; pero siento que es pecado. ¡Lo siento, ¿comprende usted?, lo siento, y perdone mi insistencia en marcar, una vez más, el carácter de sensación! Porque también eso es absurdo. El pecado, lógicamente, debe sentirse en el alma; debe ser el resultado de una comprensión súbita, de una operación intelectual, por rápida que sea, pero no un estado irracional que se siente en los nervios y en la sangre.

Había hablado de pie, sosegadamente, templando con el tono y la sonrisa el calor excesivo de sus palabras. Había un contraste demasiado evidente entre las palabras y el tono en que habían sido dichas. Se dio cuenta, y rio.

—¿Por qué se ríe?

—Porque todo esto es ridículo.

—No.

—¿Va usted a explicarme por qué no lo es? ¿Va usted a decirme que se me insinúa Dios desde fuera, que me tiene cogido, y que su manera de insinuarse, de decirme que está aquí, es esa sensación disparatada? ¿Es eso lo que va usted a hacer?

—No puedo explicárselo; no puedo explicarle nada. Pero que Dios anda en todo esto, me parece evidente.

—El padre Ossorio me dijo el otro día: también Dios ha llegado para usted, o algo parecido. No lo creo. Puesto a creer, más bien me inclinaría por el diablo. Ese, al menos, también lo siento. Lo siento y lo veo. Cuando cierro los ojos, cuando me duermo, si quiero, puedo verlo. Es un tipo fascinador.

—No bromeo.

—¿Es ese su consejo, solo ese?

—No puedo decirle más. Yo no soy...

Carlos le interrumpió.

—Entonces, todo lo hablado está de más. Fíjese en que, el otro día, el padre Ossorio había llegado a un punto semejante a este. Si no avanzo, si usted no me ayuda a avanzar, esta conversación no viene sino a repetir lo dicho, esta escena es inútil, yo doy vueltas sobre mí mismo sin sacar nada en limpio, y, mientras tanto...

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que yo he sentido lo mismo que usted, y que en mi caso no me sirvió de nada? ¿Quiere que le diga que el pecado me trajo al monasterio?

—No. No quiero que me diga nada personal.

—Es que si le sirviera de ayuda, se lo diría.

Evidentemente, esperaba con temor la palabra, el gesto, la mirada de Carlos que le obligase. El temor le temblaba en las manos y en la respiración. Carlos se limitó a decirle:

—¿Piensa usted que una historia pueda servir de ejemplo?

—Antes habló usted de intimidades...

—Intimidades, no historias ejemplares. Contactos esenciales entre dos personas, no parábolas. Su historia, seguramente, no me serviría.

Fray Eugenio se tranquilizó.

—Quisiera recordar —dijo—, con las mismas palabras con que lo oí, algo dicho hace tiempo por el padre Hugo. Pero, ya ve, ni el padre Ossorio ni yo logramos recordar más que ideas vagas, palabras sueltas. ¿Por qué sucede así? No solo usted, sino nosotros, hallaríamos solución.

—Seguimos sin avanzar un paso. También eso lo dijo el padre Ossorio.

—El padre Hugo se refería a la salvación del hombre por la mujer, y viceversa. Su modo de entender el amor y el matrimonio era sencillo y profundo, pero no puedo recordarlo, no puedo reconstruir ni una sola de sus ideas. Solo recuerdo eso, vagamente: la salvación mutua, recíproca; una relación entre el hombre y la mujer hecha del mismo amor con que Dios ama a los hombres, o algo así —se interrumpió, como buscando en los recuerdos—; una participación, más bien, en ese amor...; pero, así dicho, solo es una generalidad tópica. Había algo más.

—¿Y por qué no supone usted que puede servirme? No se trata ahora de salvación, ni hay mujer a la que tener en cuenta.

—Usted ha dicho...

—... que hay mujer, naturalmente; pero insisto en que no cuenta en este asunto. ¡Oh, por favor, no se asombre! Ya le dije antes que ella vino aquí libremente, y que yo la acepté porque garantizaba mi libertad; pero entre su vida y la mía no hay otras relaciones. Ella viene aquí porque le conviene, o, dicho de manera más brutal, se sirve de mí para conseguir algo que le interesa.

Doña Angustias estaba silenciosa y un poco triste. Cayetano le había sorprendido miradas de preocupación, miradas que se posaban sobre él, largas y tiernas, pero inquietas. Le miraba así cada vez que se enteraba de una nueva aventura, o de que una muchacha había sido abandonada, pero nunca con tal insistencia.

En el otro extremo de la mesa, don Jaime masticaba difícilmente una corteza de pan moreno. Estaba viejo, le caían los párpados sobre los ojos casi apagados, sobre los ojos cobardes y temerosos. Hacía treinta años que don Jaime no hablaba en la mesa, y desde que Cayetano era un hombre, no se atrevía a mirar. Cuando doña Angustias hablaba con su hijo, don Jaime parecía olvidado, arrinconado.

—¿No tomas café, mamá? —preguntó Cayetano.

—No, voy a acostarme.

—Espera, que te acompaño.

Rodeó la mesa y ayudó a su madre a levantarse. La cogió del brazo y salieron. Don Jaime levantó la cabeza un momento, hasta que cerraron la puerta; luego siguió masticando su corteza.

Doña Angustias quiso besar a Cayetano, al llegar a la puerta de su habitación.

—No, mamá; después. Acuéstate, que quiero hablar contigo.

—¿Para qué?

—Quiero hablar contigo. Esperaré fumando a que me llames.

La doncella había abierto la puerta, y la cerró al entrar doña Angustias. Cayetano encendió uno de sus cigarrillos ingleses y paseó frente a la puerta, hasta que la criada asomó.

—Ya puede entrar, señorito.

—Está bien. Vete.

La cama de doña Angustias era alta, de tres colchones. Cayetano había dormido en ella, de niño, muchas veces, y recordaba que su madre lloraba. Ahora se había puesto las gafas, y retenía en una mano un libro de oraciones.

Cayetano se acercó y le dio un beso.

—¿Qué te sucede? —dijo ella.

—A mí, nada; pero a ti...

—Estoy perfectamente, ya lo sabes. Ni siquiera siento el reuma.

Cayetano se sentó en el borde de la cama.

—Esta mañana creí que tu visita al monasterio obedecía a algún capricho, o a alguna petición que te hubieran hecho los frailes. Ahora creo que no es eso.

—¿Por qué? —doña Angustias vaciló antes de mentir—. Fue eso. El prior me hizo saber por don Julián...

—No, mamá.

—¡Te lo juro!

—No lo jures, que es pecado.

Rio Cayetano, y cogió la mano de su madre y la besó.

—Mi madre no peca nunca. Mi madre es la mejor mujer del mundo. Pero

esta vez quiere engañarme.

Hizo una pausa y la miró a los ojos.

—Dime, ¿qué cuento te han traído?

—¡Ninguno, te lo aseguro!

—No te dejaré dormir si no me lo cuentas. ¿Es algo de doña Mariana?

—¡No, no! Por esta vez, no.

—¿Entonces...?

Dejó de sonreír, y su madre vio trasparecer el rostro duro de su hijo cuando mandaba o cuando castigaba. Le dio miedo.

—No te pongas así. No es nada importante. Es... lo de esa Rosario.

—¿Qué te contaron?

—Que le pegaste. Y eso no está bien. Un hombre como tú no puede hacerlo. Es una cobardía.

Cayetano la miró rápidamente y bajó la cabeza.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó, sombrío.

—Eso no importa.

—Algún mala sangre, que quiere disgustarte.

—¿Por qué lo hiciste?

—No tuve la culpa. Fue...

Hizo un gesto violento y se puso en pie.

—¡No puedo explicártelo! Son cosas de hombres. Pero tú no debes disgustarte. No tiene nada que ver contigo.

—Todo lo tuyo es mío —dijo doña Angustias tristemente—. Y cuando haces daño, parece que Dios me castiga.

Atrajo a Cayetano, le obligó a sentarse de nuevo y le acarició el cabello.

—Ya sé que no tuviste la culpa. La culpa es mía.

—¡No digas estupideces, mamá! ¡No tienes nada que ver con esto!

—¿Qué sabes tú? ¡Cuántas veces son los padres responsables del mal que hacen los hijos! Y siempre, siempre, el mal de los hijos nos castiga.

—Pero ¿por qué hablas de castigo? ¿Quién va a castigarte a ti?

—Dios.

Cayetano se apartó de su madre y la miró duramente.

—Si Dios te castigase, tendría que vérselas conmigo.

—¡No digas blasfemias! —doña Angustias se tapó los ojos, horrorizada.

—Perdona. Pero...

Era difícil explicar con palabras, de modo que doña Angustias lo comprendiera, la razón de su blasfemia: tenía sus ideas, la hacían feliz, y no había por qué quitárselas. Prefirió, a explicar, besarla.

—Perdona, mamá. Es cierto que pegué a Rosario, y si hubiera sabido que iba a disgustarte, no lo habría hecho. Pero ya te dije que no tuve la culpa. Pasó algo, y... ¡en fin!, ella no vale la pena de que te duelas. Es una mala pécora.

—Es una criatura de Dios.

—Pero me hizo daño.

—¿A ti?

Miró a Cayetano con ternura súbita.

—¿Una mujer así? ¿Es que la querías?

—No. No fue esa clase de daño.

—¡Pobre hijo!

Volvió a acariciarle, y, en su corazón, creyó otra vez firmemente que Dios se había valido de Cayetano para advertirla, y como había pensado aquella mañana. ¿Por qué, después de la visita al monasterio, lo había dudado? ¿Por qué había vuelto a creer que Cayetano era culpable? Estaba claro que había sufrido; todavía sufría. Dios quería, además, castigarla en lo más delicado de su corazón. No podía ver cómo sufría Cayetano.

—Bueno, no te pongas así. Ya no estoy triste. Me basta saber que no has tenido la culpa.

—Pero deberías decirme quién te vino con el cuento.

—Eso no te importa a ti.

Cayetano cerró los puños, airado.

—Un día haré un escarmiento.

No le dolía el recuerdo de la paliza dada a Rosario, ni siquiera la humillación recibida cuando ella había querido echarle, sino el disgusto de su madre. Todavía insistió en preguntarle el nombre del que le había acusado.

—Es que tú no comprendes, mamá, que todos esos cuentos te los traen puras envidiosas para hacerte daño.

Prometió, sin embargo, que no volvería a recordar el asunto, y ella aseguró que la tristeza le había pasado, y sonrió al despedirse. Cayetano bajó a su despacho y se sirvió coñac. Le dieron ganas de romper la botella —cristal de

Bohemia— contra la pared, de salir con una fusta a la calle y golpear a quien encontrase. Todos eran igualmente culpables, porque todos le envidiaban por igual. A todos envolvía en el mismo desprecio.

—¡Pueblo de cabrones!

Los había tenido a raya, los había dominado, les había obligado a reconocer su fuerza. Se había permitido el lujo de mantener entre ellos enemigos declarados y disidentes, solo porque los demás viesan cómo, finalmente, los dominaría también. Aquel equilibrio era obra suya; mantenerlo estaba en su mano. Podía, cuando le apeteciese, arruinar al pueblo o expulsar a los disconformes. Cuando le diese la gana.

Sí. Eso había sido. Pero, indiscutiblemente, algo había cambiado. Lo había pensado alguna vez y había rechazado el pensamiento, por estúpido; el pensamiento volvía ahora, en la soledad opaca y confortable de su despacho, y no podía ni debía rechazarlo otra vez. Algo había cambiado. Y él empezaba a ser víctima del cambio; las cosas y las personas apuntaban una rebelión. ¿Cómo, si no, se hubiera atrevido la Rosario a rechazarle? *Indiscutiblemente*. Y él había cerrado los ojos a la evidencia. Se había dejado llevar por la pasión momentánea, por un movimiento del orgullo herido. ¿Cómo no habría pensado que su madre se sentiría dolida de que pudieran decir de su hijo que había golpeado a una mujer? —porque eso era—, y no el temor del castigo divino, lo que de verdad entristecía a su madre.

Algo había cambiado. Aparentemente, la única novedad del pueblo era una persona más. Y el resto, visto por encima, permanecía igual. Que unas cuenteras vinieran con chismes a su madre no era nuevo. El cambio estaba por debajo de las apariencias, era un cambio subterráneo. Las chismosas no eran nada nuevo, pero, ahora, añadían insolencia a la envidia. La causa se llamaba Carlos, y era un tipo imbécil y narigudo por quien había tenido que pegar a Rosario, por quien había tenido que vanagloriarse de haberle pegado, por quien doña Angustias había sufrido un día entero, se había atormentado, había llorado quizá. Como en el cuento que su madre le contaba de niño: «... *ferreiro a min chaves, chaves a-o hórreo, hórreo a min gra, gra a-a porca...*». Todas las cosas tenían su causa, todos los hechos su responsable; se encadenaban unos a otros: «... *vaca a min leite, leite a-o ferreiro, ferreiro a min chaves...*», y terminaban en Carlos.

—Voy a darle una buena paliza.

La ocurrencia le hizo saltar del asiento, le alisó la frente ceñuda, le alegró el rostro con una sonrisa. Dejó de razonar y, mientras subía de tres en tres los tramos de la escalera, imaginaba los golpes dados en el rostro de Carlos, aquel rostro de polichinela que parecía hecho para ser pegado. Se cambió rápidamente: traje, camisa, corbata. Se vio en el espejo, complacido: de punta en blanco, como si fuese a cenar con el presidente del Anglo South-American Bank en un hotel de Londres. Le hervía, sin embargo, la sangre en las venas, y golpeaba el aire con los puños científicamente cerrados. Al salir se puso un sombrero, y rechazó la ocurrencia de armarse.

Se lanzó por la calle desierta y mojada; el motor rugiente del coche alborotó el sosiego nocturno y sacó varias cabezas a las ventanas. «¿A dónde irá a estas horas Cayetano?» «Ahora que no tiene querida, se irá de niñas.» Llegó frente a la verja del pazo, descendió para abrirla —el terno azul se mojó un poco—. Se sentía sereno, dueño de sí: capaz de discutir y de reírse antes de golpear. Detuvo, por fin, el coche frente al zaguán, y encendió la cachimba. Hizo sonar el claxon, después de unas chupadas. Paquito entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

—¡Hombre, Paquito! —le dio un cachete—. ¡El tiempo que hace que no te echo la vista encima!

—Buenas noches.

—Vengo a ver a tu amo.

Empujó la puerta y entró. Los ojos asustados del loco parpadeaban.

—Yo no tengo amo —respondió con brío y un punto de enojo en la voz.

—¡Ah! ¿No? ¿Qué haces aquí entonces? ¿Curarte?

—Vivo aquí, pero no soy criado. Hago lo que me da la gana. Él puso sus condiciones y yo las mías. Eso es. Somos dos hombres libres.

Cayetano se echó a reír.

—¡Eso me gusta, mira! ¡Viva la libertad! —y añadió con seriedad irónica—: Si no eres criado, ¿quién le dirá a don Carlos que estoy aquí?

—Yo.

—Entonces, eres criado.

—¡No lo soy, leñe! ¿Es que usted no distingue entre una obligación y un favor a un amigo?

—¿A mí?

—No. A él.

—A mí no me hacías favores, me obedecías. Y cuando no lo hacías, te zurraba. De manera que ahora...

Se acercó unos pasos fingiendo amenaza. Paquito huyó a la escalera.

—Sin tocarme, ¿eh? Las palizas se acabaron. Yo no obedezco a nadie.

—Anda. Dile a tu amo que quiero verle. ¡Corriendo!

Paquito desapareció en lo alto de la escalera. Cayetano pensó que aquel todavía le tenía miedo, y que quizá su amo se lo tuviera también.

Se sentó a esperar en el último escalón, de espaldas a la puerta de la escalera, y echó al aire bocanadas de humo, indiferente.

—Está aquí —dijo Paquito, asustado, sin entrar en el cuarto de la torre.

—¿Quién?

—Él, Cayetano. Está abajo.

—¿Qué quiere?

—Dice que verle, pero yo pienso...

Entró y se acercó a Carlos.

—Le diré que está acostado. Es una mala persona, y a lo mejor viene a matarle.

Carlos sonrió.

—¿Qué pensarían de mí si no lo recibiera? Dímelo: ¿qué pensarían de mí en el casino? Y tú mismo, ¿qué pensarías?

Paquito bajó la cabeza.

—Bueno. Que entre, entonces; pero yo estaré detrás de la puerta con una tranca.

—No.

—¡Don Carlos, usted no le conoce! Hay que tenerle miedo.

—¿Y quién te dice que no lo tenga? Sin embargo, hablaré con él.

El loco se encogió de hombros.

—Allá usted, pero después no diga que no fue avisado.

—Si me mata, difícilmente podré decir nada.

Le empujó hacia la salida.

—Ve adelante. Yo saldré a recibirle.

Mientras recorría el pasillo, calmosamente, pensó Carlos que solo

disponía de un arma para defenderse, y que acaso no fuese eficaz contra Cayetano.

—Sin embargo, tanto como para venir a matarme...

Se irguió al llegar a la puerta de la escalera.

—Hola, Cayetano.

—Buenas noches, Carlos.

Seguía con la pipa en los dientes. Subió, y repitió el saludo al cruzar la puerta:

—Buenas noches.

Carlos cerró y echó la llave. Cayetano se volvió bruscamente.

—¿Por qué cierras?

—Desconozco todavía los hábitos del Relojero. Puede ser de los que escuchan.

Añadió:

—Iré delante para mostrarte el camino.

Al llegar a la torre se hizo a un lado y dejó pasar a Cayetano.

—Este es mi estudio. No tan lujoso como el tuyo, pero caliente. Siéntate.

Se acercó a un armario y sacó de beber.

—Tiene que ser coñac o nada. También hay café.

Cayetano aceptó. Mientras Carlos servía, examinó la habitación. Mientras bebía el coñac, la elogió. Carlos se había sentado también, frente a él, junto a la chimenea. Le escuchaba sonriente y se refería a los arreglos hechos y al estado de la habitación a su llegada. Empezó a contar cómo su madre la había mandado tapiar.

—Ya ves. Esta habitación tiene la culpa de que yo haya vuelto a Pueblanueva.

No parecía amedrentado. Hablaba de tonterías como la cosa más natural del mundo, y, sin embargo, nada a su alrededor podría valerle si él se levantaba y le decía: «Carlos, voy a romperte la cara». El asiento de Carlos quedaba más abajo que el suyo: bastaba con echarse encima y golpear. Pero así no tenía gracia, y, en el fondo, no estaba bien. Ni era tampoco lo que él pretendía, golpearle solamente, sin mediar palabra, sin que Carlos viese venir la agresión, sin que él se regocijase viéndole perder pie, titubear las palabras y —acaso disculpase y pedir perdón—. Porque Carlos no podría

responderle, ni casi defenderse. Todas las ventajas estaban de parte de Cayetano: era más fuerte, traía un propósito y podía elegir el momento, en tanto que Carlos solo podía sentir un miedo vago, o quizá ni eso. ¿Cómo seguía hablando con aquella tranquilidad, con aquella naturalidad, como si nada hubiese pasado entre ellos? —Dos o tres momentos difíciles, a punto de armar bronca, y lo de Rosario—. ¿Y si lo de Rosario no fuese más que una sospecha suya?

—Bien. Supongo que esta visita es de pura cortesía. Había olvidado, hasta que oí tu nombre, que me la debías.

—¿Debértela?

—Recuerda que estuve en el astillero. ¡Aquella sí que es una bonita habitación!

—También quería hablarte.

Cayetano dejó el coñac sobre la mesa. No sabía cómo empezar. ¡Con lo sencillo que le había parecido un cuarto de hora antes! Pero todo sucedía de manera distinta de lo previsto; sobre todo, aquella tranquilidad inocente de Carlos, aquel suponer que había venido a devolverle la visita. ¿Si sería imbécil, o solo farsante?

—Hay algo que quiero preguntarte, algo muy serio.

—Di.

Cayetano tardó unos instantes, y, hecha la pregunta, se arrepintió de cómo la había hecho.

—¿Te has acostado con Rosario?

Carlos rio, no ofensivamente, no galleando, no con esa risa que provoca el puñetazo, sino de cierto modo ingenuo y sorprendido.

—Pero, hombre, ¡qué pregunta! ¿No comprendes que no puedo contestarla?

—He venido a saber la verdad, y no marcharé hasta saberla. Te lo pregunto de hombre a hombre. Si tú lo eres...

Carlos permanecía sentado, y el tono de Cayetano no parecía inquietarle. Quizá no se hubiera dado cuenta de que las palabras amenazaban con toda claridad...

—¡La verdad! —Carlos le miró con fijeza, no con ira ni con miedo, solo con algo que parecía curiosidad—. ¡La verdad! Si no te la digo, no soy un

hombre: ese es tu punto de vista. ¡Es curioso! El mío es justamente el contrario.

—Puedo convencerte...

—¡Ahí está la dificultad! Convencerme. Tendríamos que discutir toda la noche, tendrías que echar abajo mis principios de conducta; en una palabra, tendrías que cambiarme en otro hombre, para que yo aceptase tu punto de vista. Tendrías que transformarme en alguien semejante a ti, y eso es imposible. Me temo que no te diré nunca la verdad.

Cayetano se adelantó un poco en su asiento. Reiteró el tono duro.

—Yo le llamo a eso cobardía.

—¿Y qué? Para mí, lo cobarde sería decirte la verdad. Sería como el que confiesa un delito por temor a una amenaza. O quizá fuera algo más complicado todavía. Por ejemplo: si yo fuese uno cualquiera de Pueblanueva, te diría: «No, don Cayetano, no me acosté con ella. ¿Cómo pudo ocurrírsele?»; y lo diría para congratularme contigo. O bien: «Sí, señor, me acosté con ella. ¿Y qué?». Y lo diría para presumir de haberte puesto los cuernos, lo cual, para un habitante de Pueblanueva, debe tener cierta importancia. Ahora bien, yo no me considero capaz de sentir como uno de esos, yo no necesito congratularme contigo ni presumir de haberte engañado. Para mí, la cuestión se plantea de otra manera; la cuestión consiste, ante todo, en que tú has pegado a Rosario creyendo que se había acostado conmigo, y después te has alabado de haberlo hecho. En estas condiciones, yo tengo que decirte que no; sea cual sea la verdad. Necesito hacerlo solo para que te quede el remordimiento de haber sido injusto.

—¿Y si no te creo?

—¡Ah, entonces la cosa se complica! Entonces sucede que no puedes soportar el remordimiento, que tienes conciencia de haber sido culpable, y que, para justificarte, atribuyes a Rosario un delito inexistente.

—¡Yo no he pensado nada de eso! —respondió Cayetano con brío.

—No se trata de lo que piensas, ni de lo que tu voluntad acepte conscientemente de tu pensamiento, sino de algo más oscuro, más profundo, más difícil de averiguar.

—No me interesa. ¿No comprendes que mi único deseo es que me respondas que te has acostado con Rosario para romperte la cabeza?

Carlos, sin dejar de sonreír, cogió el atizador de la chimenea y se lo ofreció.

—Toma. Rómpeme la cabeza, pero no esperes la respuesta que deseas.

Se levantó de un brinco sin soltar el atizador. Quedaba, de pronto, en situación ventajosa sobre Cayetano, y armado. Cayetano intentó reprimir un movimiento defensivo, un movimiento que quizá fuese solo un parpadeo. Pero Carlos no alzaba el hierro sobre su cabeza, ni parecía dispuesto a la agresión, sino que continuaba ofreciéndolo, tranquilo.

—Tendrás que matarme, si ese es tu propósito, sin saber la verdad. Y después, para justificarte ante ti mismo, tendrás que inventarme un delito en el que cada vez creerás menos. Y todavía después...

—¿Después, qué?

—Después no sabrías responder a derechas ante el tribunal que te juzgase. Cayetano se levantó también, y rio.

—¿Un tribunal? ¿Juzgarme a mí un tribunal? ¡No sabes quién soy ni lo que puedo!

Todavía Carlos mantenía en la mano el atizador; pero ya no lo sujetaba, sino que lo dejaba colgar. Se había arrimado a la repisa de la chimenea, y su mano libre había recobrado el coñac. Tomó un sorbo.

—¡Es curioso! —dijo luego—. Empiezo a creer que me he equivocado contigo.

Levantó la vista y miró a Cayetano como se mira a un bicho raro.

—Mi profesión consiste, entre otras cosas, en clasificar a las personas después de haberlas estudiado. Después de hablar contigo, pensé: «Cayetano es un *gentleman* a la inglesa; ha estado en Inglaterra, se ha educado allí, se porta como un perfecto inglés». No podía extrañarme: los ingleses poseen algo que atrae a cualquiera, la elegancia y el dominio de sí mismos. Un inglés es incapaz de llevar zapatos claros con chaqueta oscura y de permitir que nadie averigüe sus sentimientos por lo que él deje traslucir de ellos. Un inglés da siempre la cara...

—¡Yo estoy dando la cara! —le interrumpió Cayetano.

—Sí, pero le has pegado a Rosario y has presumido luego, delante de media docena de imbéciles, de haberlo hecho. Fue entonces cuando temí haberme equivocado. Era un hecho extraño, algo que desentonaba en el

conjunto. Entiéndeme: todos los actos de una persona responden a su carácter. El modo de ser de cada cual determina lo que puede hacer y lo que no podrá hacer jamás. Yo, por ejemplo, que soy un sabio, no puedo creer en ciertas cosas. Si de pronto te dijeren: «Don Carlos Deza ha soñado con el diablo y piensa que lo tiene metido en el cuerpo», ¿lo creerías? ¿No lo hallarías absurdo? Porque, razonablemente, un hombre como yo no puede creer en el diablo, ni menos tenerlo aposentado en la mitad del alma como en su propia casa. Yo tenía que creer que habías pegado a Rosario, porque era evidente, pero lo encontraba absurdo. Y, entonces, me hice un razonamiento: O no es un verdadero *gentleman*, o sufre una peligrosa duplicidad personal. En cualquiera de los casos, mi primer juicio era equivocado. Suponerte paciente de una doble personalidad no se me había ocurrido. ¡Sería divertidísimo! Es algo enormemente destructor e implacable. Actúa desde dentro, desintegra, separa, convierte al enfermo en un pelele. Bastaría que tus enemigos se sentasen a la puerta de sus casas y esperasen a que tú mismo te destruyeses poco a poco.

Había dejado de hablar sencillamente, y daba a sus palabras un tono de convicción profunda, un tono de seguridad cuyas razones Cayetano no lograba entender, pero que empezaban a afectarle.

—No creo que nada de eso sea cierto, ni tampoco de lo que me dijiste el otro día de un complejo. Consulté con un médico y es un disparate.

—Aún no he terminado —respondió Carlos.

Arrojó el atizador sobre los morillos, y encendió un pitillo.

—Me han dicho varias veces que intentarías matarme. Me lo han dicho varias personas: que me matarías de noche, o que mandarías a alguien que me matase. Yo, por orgullo, no podía creerlo. Cuanto más me lo decían, menos precauciones tomaba para defenderme. Regreso solo a mi casa y mi puerta está siempre abierta. Una sola preocupación sería confesarme que me había equivocado en mi diagnóstico. Porque, a pesar de lo que acabo de decirte, y de esas dudas que tengo sobre ti...

Dejó el coñac sobre la repisa y miró a Cayetano sonriendo.

—... te tengo por tan capaz de matarme como a mí mismo de creer en el diablo. A traición, quiero decir, o por medio de un esbirro —añadió mientras se sentaba.

—¿Y cara a cara, como estamos ahora?

—Hace unos minutos te he ofrecido el atizador...

Espió, con mirada rápida, el rostro de Cayetano, y añadió en el mismo tono:

—... y ahora te ofrezco más coñac. Tienes la copa vacía.

—¡Eres un tío desesperante! —respondió Cayetano.

Carlos se había levantado y servía coñac en ambas copas.

—Distinto de ti, solamente. Me dedico a analizar a los demás. Es muy entretenido.

Le tendió la copa llena de coñac.

—Pero, como entretenimiento, no está al alcance de cualquiera. Tú, por ejemplo, no podrías hacerlo. Para ti los hombres son como bloques que se conducen de una manera fija y que te permiten obrar. Si, de pronto, uno de ellos cambia de conducta, te molestas, porque tu conducta tiene que cambiar también. Concibes a las gentes como máquinas bien engrasadas, pero si una de ellas responde de manera inesperada, te sobresaltas y haces tonterías, pegas a Rosario y vienes a mi casa con la pretensión de que te confiese que me he acostado con ella. Yo, en cambio, prefiero averiguar las causas... Ahora, por ejemplo, intento saber por qué has venido a mi casa. ¡No espero que me lo digas, porque tú mismo lo ignoras! Pero esta noche la pasaré dándole vueltas a la cabeza, a ver si logro reconstruir el proceso que te ha traído aquí. No es muy fácil, palabra. Por lo pronto, necesito explicarme satisfactoriamente varias contradicciones en tu conducta. El motivo que te trajo no parece revelar una gran seguridad, y, sin embargo, desde tu llegada aquí, te has dominado como un *gentleman* lo haría. No lo entiendo.

Se echó atrás en el sillón y respiró fuerte.

—¡Qué felices son los hombres como tú! Si una mujer se porta de manera inesperada, con una paliza se resuelve. Yo, en cambio, me pasaría horas y horas intentando averiguar por qué Rosario...

—¡No hablemos más de Rosario! —replicó, exasperado, Cayetano.

—¡Como quieras! Creí que podría ayudarte a que la comprendieses.

Sobrevino el silencio. Cayetano daba vueltas a la copa; Carlos fumaba.

—Eres un tipo raro —dijo por fin Cayetano—. No tienes más que labia, pero sabes valerte de ella. Estoy convencido de que no tienes razón, de que no

has hecho más que envolverme con palabrería, pero la verdad es que me has envuelto. Ya ves que lo confieso. Tienes lo que a mí me falta.

—Bien poco, ¿no? Si tú tienes lo demás...

—Lo tengo, pero todo es necesario. Y un tipo como tú puede ser muy útil. Hay gente muy marrullera, lo mismo en la política que en los negocios, y para defenderme de esa gente, o para convencerla, me veo en la necesidad de romper por la calle del medio, y muchas veces, por eso mismo, no saco todo el partido posible. Me hacía falta un tipo como tú. Te sacaría diputado.

Carlos se echó a reír.

—¿Yo? ¿Diputado yo? Lo fue mi padre, y lo mandó a paseo.

—El otro día, cuando te ofrecí un puesto de médico, cometí un error. Ya ves que sigo confesando mis equivocaciones. Lo que ahora te ofrezco es una alianza. Los dos juntos haríamos grandes cosas.

—Quieres decir, más exactamente, que tú, con mi ayuda, harías grandes cosas.

—Sabría compensarte.

—¿Con qué?

—Dinero, poder.

—¿Es eso lo que quieres para ti?

—Ya lo tengo, pero necesito más. Ahora mando en Pueblanueva. Un día mandaré en toda la industria gallega, y otro día...

—No me interesa.

—Un día seré ministro. No tardará muchos años. Las próximas elecciones las ganaremos nosotros, y el país cambiará. Vamos hacia un estado socialista, y en él yo seré algo muy importante. Tendré más poder todavía y seré agradecido con los que me sirven.

—Pero ¿es de veras el poder lo que te interesa?

—Claro.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¿Me lo preguntas? Para lo que lo quiere todo el mundo. El poder es lo único que vale la pena.

—¿Más que el placer?

—¡Desde luego! —le brillaron los ojos y sonrió desde muy arriba—. El verdadero gusto que se saca de las mujeres es dominarlas, poder con ellas.

Para lo demás, no hacen puñetera falta.

Carlos se levantó, metió las manos en los bolsillos y fue hacia el fondo de la habitación. Se volvió de pronto. Había en su rostro una fingida expresión de asombro.

—¿Me permites que hable durante un rato? Sin interrumpirme, quiero decir, por raro que te parezca lo que diga. Y, sobre todo, sin tomarlo a mal. Yo soy médico, y al médico se le escucha siempre, aunque desagrade su diagnóstico.

Cayetano frunció los labios delgados, parpadeó.

—Di lo que quieras.

—No voy a diagnosticar, sin embargo, sino a describir. El poder es distinto para el que lo ejerce, para el que lo sufre y para el que lo contempla. Yo estoy en el último caso, y lo que veo del tuyo difiere de lo que ves, tanto, al menos, como difiere para tus queridas o para tus lacayos. Para mí, lo que llamas poder, tu poder, es un juego de ilusión y picardía entre el que manda y los que obedecen. Hay una especie de pacto tácito entre tus súbditos, en virtud del cual se dejan dominar para aprovecharse. No pongo en duda que te acuestes con la mujer que te dé la gana, pero tampoco creo que ella sea víctima de una seducción, sino, simplemente, una mujer que se entrega voluntariamente para sacarte algún beneficio. Todas ellas lo han sacado, y los hombres que te obedecen, lo mismo. Pero en cuanto una, o un grupo de ellas, se propone lo contrario, lo consigue. Ahí tienes las beatas que van al monasterio. No puedes nada contra ellas.

—¿Las beatas? ¿Esas cursis que van a misa con la boticaria? —reía Cayetano otra vez con risa altiva, ofensiva y segura—. ¡No me acuesto con ellas porque no quiero... —hizo una pausa, cambió de tono— y mientras no quiera!

—Eso hay que probarlo. Mientras tanto, existe el hecho evidente de que, ellas al menos, escapan a tu poder. Pero no es esto solo. Aun en el caso del hombre o la mujer a ti sumisos, ¿hasta dónde alcanza tu voluntad? ¿Qué es el número de actos sobre los que tú mandas, comparado con el de sus actos libres? Cuenta entre ellos el odio, la burla interior, el resentimiento contra ti por el solo hecho de obedecerte. Asomarse a la conciencia de un esclavo es aterrador, y asombra cómo la esclavitud favorece el ejercicio libre de la

maldad.

—Todo eso me regocija y me hace sentirme más poderoso. ¿Eres capaz de comprender la satisfacción que siento cuando uno que me mataría de buena gana me besa la mano? Lo prefiero a una buena hembra.

—Lo que no comprendo es que eso cause satisfacción.

—En el fondo no eres más que un moralista. Tú te pones ahora de parte de los esclavos, pero no olvides que tus abuelos mandaron aquí más o menos como mando yo. Hicieron lo que yo hago, y habrán sentido lo que siento. Condenándome a mí, los condenas a ellos.

—Es distinto. Ellos habían heredado el poder, era casi su obligación. Tú, en cambio, lo has ganado a pulso.

—Por eso me siento superior. ¿Qué mérito hay en el poder heredado?

—No me preocupa el mérito, sino otra cuestión. ¿Por qué un hombre siente necesidad del poder?

Miró interrogativamente a Cayetano, como brindándole la ocasión de responderle, y Cayetano se sintió empujado por la mirada.

—Todos los hombres desean mandar, pero unos lo consiguen y otros no.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hay en el alma de un hombre que necesita mandar? ¿Qué pasa en el alma de esos seres que son felices si mandan, y que solo así pueden ser felices? ¿Lo has pensado alguna vez?

—Es como si me preguntaras por qué, cuando pasa una mujer estupenda, tiene uno ganas de llevársela a la cama. Es lo natural.

Carlos meneó la cabeza negativamente.

—No es precisamente eso. Puede ser natural en ciertos hombres, pero del mismo modo que lo son las enfermedades. El apetito de mando es una enfermedad.

A Cayetano le dio la risa.

—Entonces todos estamos contagiados de ella.

—Es posible, pero no por eso deja de ser enfermedad.

Cayetano no respondió. Paseó un rato en silencio. Un par de veces pareció que iba a decir algo. Por fin volvió a la chimenea.

—No creo una palabra de lo que dices.

—No puedes creerlo, porque te obligaría a cambiar los fundamentos de tu vida.

—¿Estás, pues, convencido de que soy un hombre débil?

—Lo somos todos. La raza de los hombres fuertes desapareció hace mucho tiempo, para serlo, es necesario que un sentimiento superior haga de todas las partes del alma un bloque compacto sin una sola grieta, y, sobre todo, que la conciencia no se autoanalice, que halle al mal una justificación o, al menos, que acepte una forma de perdón. La conciencia de culpa es destructora. El que carece de ella, o el que admite la realidad del perdón objetivo se libra de sus efectos. Pero, en nuestro tiempo, esas formas de alma son escasas, o se dan solo en hombres primitivos e insignificantes. Sabemos demasiado, y no podemos escapar al saber de nosotros mismos, por mínimo que sea. En cualquier periódico halla el hombre vulgar la denuncia de sus defectos. Por otra parte, hemos perdido defensas contra el mal. Difícilmente un hombre puede hoy creer que sus manos solo hacen bien, porque el mal es evidente. Entonces, se acude a las justificaciones sonoras, en que no creen más que los imbéciles. Se hace mal en nombre de cosas sublimes, en nombre de la humanidad futura, en nombre del bienestar, de lo que sea; pero el que lo hace, cuanto más grande y poderoso sea, más necesita engañarse a sí mismo, convencerse de que cree en aquello que le sirve de justificación, porque en el momento en que deje de creer le comerán los monstruos de su propia alma. Quítales la acción, déjalos a solas consigo mismos, y verás cómo se destruyen.

Dejó caer los brazos, que habían acompañado, con sus movimientos, las palabras, y añadió:

—No hay opción: o engañarse, como tú, o hacer cara a la realidad y perder toda posibilidad de acción, que es lo que yo hago. Por eso no podemos aliarnos. No lograrías arrastrarme, y yo, en cambio, te predicaría a cada paso sermones como este, que acabarían contigo.

—No creo una palabra de lo que dices —repitió sordamente Cayetano—. Y no puedo discutirte, lo comprendo, porque me falta tu labia. Pero...

Se aproximó a Carlos, erguido, con un comienzo de sonrisa en los rincones de los labios, con un brillo nuevo en los ojos. Le puso la mano sobre el hombro y sonrió francamente hasta acabar en risa.

—... ¡Ya verás! Antes dijiste que soy un hombre de acción. Es cierto. No puedo demostrarte que estás equivocado más que así..., ¡y te lo demostraré!

Carlos inclinó levemente la cabeza.

—Equivocarse es lo peor que puede pasarle a un intelectual, pero, mi palabra, amo tanto la verdad, que la reconozco aunque haya de confesarme vencido. Solo pongo una condición: ¡que no me defraudes otra vez! Nada de palizas a Rosario. Juego limpio...

—Pero con mis armas.

Todavía bebieron la última copa. Volvió Carlos a alumbrarle el camino, le acompañó hasta la puerta, y esperó a que el coche arrancase. Entonces, Paquito se acercó a Carlos, por detrás, y le preguntó algo.

—¿Se han pegado?

Repitió la pregunta, una, dos veces. Carlos no le respondió. Con el quinqué en la mano, miraba al fondo de la vereda.

LIBRO II

DONDE DA LA VUELTA EL AIRE

A Josefina

... porque como un león rugiente, vuestro adversario el diablo os acecha, buscando a quién devorar.

(I. Pedro, X, 8-9)

Yo no estoy en pecado; soy pecado.

(Don Juan)

I

El episodio de las botellas rotas sorprendió por lo imprevisto —a nadie se le hubiera ocurrido jamás que Cayetano se metiera en semejante fregado—; pero, al mismo tiempo, la naturaleza del episodio, la diversidad de sus partes y sus consecuencias aparentes llenaron a la gente de confusión y de curiosidad legítima por conocer los trámites reales del suceso. Cayetano atravesó el pueblo, a media noche, con su automóvil; y salió por el sur, hacia la carretera de Pontevedra. Regresó sobre las siete y media de la mañana por la misma carretera, y alguno que le alcanzó a ver en el camino dijo que el coche venía echando chiribitas. Se duchó luego, desayunó, y a las ocho en punto, a toque de sirena, estaba a la puerta del astillero con la pipa en la boca, la boina puesta y las manos en los bolsillos, tan campante y como si nada. Después fue hacia las gradas, a dirigir el trabajo, hablando en inglés al capataz.

El Eco del Noroeste lo trajeron a las diez. Alguien, en la oficina, hizo un alto en el trabajo y leyó los titulares, como siempre. Pero aquella mañana, en vez de comentar en voz alta las noticias políticas, pasó el diario a un compañero, con secreto; y el compañero leyó tan solo el suelto titulado «También hay un señoritismo de izquierdas»: un suelto a doble unida, en negritas y con subtítulo: «Repugnante espectáculo dado en un café cantante por un millonario socialista». «¿Crees que es él?» «¡Toma! Verde y con asas.» Siguieron trabajando, pero el diario corrió por todas las mesas de la oficina y los comentarios se hicieron al oído. Aquella mañana esperaban con ansia el toque meridiano de la sirena para salir a la calle y desahogarse. Unos se metieron en la taberna, otros marcharon en grupo, y el jefe de contabilidad, Martínez Couto, buen empleado, aunque cornudo consentido —quizá una cosa a causa de la otra, o viceversa—, se coló en el casino a ver si alguien le

preguntaba algo. No iba nunca, solían tomarle el pelo; pero lo excepcional de la situación autorizaba la excepción. Nadie se sorprendió al verle entrar; más bien lo consideraron natural, e incluso necesario, y en seguida cayeron sobre él y lo asaron a preguntas. Pero Martínez Couto no sabía nada. En realidad, venía a comentar.

Por el temor de que Cayetano los cogiera con la palabra en la boca, se pusieron vigías en la puerta, turnados con sigilo cada cuarto de hora, para avisar cuando le viesan aparecer por el cabo de la calle; pero no apareció. Hacia las doce y media llegó don Lino, y un poco más tarde, el boticario. Hasta entonces se había llegado a la conclusión de que la rotura de ciento cincuenta botellas en un café cantante era una hazaña, pero todos consideraban la noticia insuficiente. Se apetecían detalles y, sobre todo, matices. Don Lino se negó a conceder al hecho cualquier carácter excepcional. Según su punto de vista, se trataba de una maniobra política de *El Eco del Noroeste*, repugnante libelo de derechas, que, sin duda, exageraba la verdad, un punto mínimo de verdad, la rotura de una sola botella, y aprovechaba el incidente para desacreditar a Cayetano ante la clase trabajadora. Don Baldomero, en cambio, sin saber por qué, se inclinaba a creer que la rotura de las botellas, en la cifra dada por *El Eco...*, hubiera constituido una diversión de Cayetano, y como don Lino le acosara exigiendo el fundamento razonable de su convicción, el boticario tuvo que declarar su fe absoluta en las aseveraciones de *El Eco del Noroeste*, que salía con censura episcopal casi directa, y que podía haber exagerado en los adjetivos, pero que era incapaz de mentir en la sustancia del hecho y, sobre todo, en la cuantía de las botellas rotas. La tesis de don Lino tuvo poco seguidores; ninguno la del boticario. A la hora de comer no habían llegado a un acuerdo. La cuestión quedaba en el aire. La discusión se aplazó para la hora del café.

Vino más gente que nunca. El chico de los recados se entretenía en colgar por las paredes guirnaldas de papel para un baile que se preparaba, y acabó mucho antes de lo pensado, porque todo el mundo le ayudó. El juez barajaba las cartas del tresillo; el médico hacía con las fichas del dominó efímeros castillos. Don Lino sostenía su tesis machaconamente, y el boticario la suya; pero nadie jugaba. Llegó Carreira, el dueño del cine, con un montón de fotografías en las que Jean Harlow, escasa de ropa, aparecía en posturas y

actitudes seductoras: corrieron de mano en mano sin despertar el habitual entusiasmo —salvo, si acaso, la exclamación irreprochablemente admirativa de don Baldomero—. En seguida se volvió al tema: hasta que el vigía entró corriendo y anunció que Cayetano subía ya la calle hacia el casino. Se improvisaron las partidas, para afectar normalidad. Solo don Baldomero quedó en su mecedora, impertinente, junto a Carreira, que insistía en dar más importancia a las piernas de Jean Harlow, siquiera fuese porque el número de personas preocupadas por ellas excedía bastante al de las que se cuidaban de las juergas de Cayetano; y porque Jean Harlow pertenecía al mundo entero, y Cayetano era apenas propiedad de Pueblanueva. El amo entró tranquilamente, preguntó al chico por qué colgaba guirnalda, dejó en el perchero la boina y el impermeable, y pidió café. Le saludaron como siempre, y si don Baldomero no interviene, la cosa se hubiera dilatado. Pero don Baldomero sacó la conversación, mentó el suelto de *El Eco*, y don Lino, por orden de Cayetano, tuvo que leerlo en voz alta, temblorosa y atropellada: a cada insulto levantaba la vista y pidió perdón a Cayetano, que sonreía. Cayetano no se irritó. Pidió una conferencia telefónica y se puso a hablar con el presidente de la entidad bancaria que sostenía económicamente *El Eco*. Le habló de tú a tú; le habló con altanería y seguridad. En resumen: que le amenazó con retirar del banco sus fondos y negociar con otro banco, si *El Eco* no completaba la noticia y enteraba a sus lectores de que «el millonario socialista, después de la aventura de las botellas, había pasado la noche con dos mujeres y las había dejado satisfechas». En este momento, don Baldomero dejó de sonreír, y en su rostro cuajó una mueca admirativa. Y los presentes dijeron todos lo mismo, en voz más o menos baja:

—¡Qué tío!

Indudablemente, con la segunda parte, la hazaña quedaba mucho más completa, y Cayetano la redondeó al asegurar que había regresado a una media de ochenta, que en la recta de Caldas había alcanzado los ciento veinte, y que no le habían fallado los reflejos ni una vez. Alguien rio... y tuvo que echar un pulso con Cayetano, que estaba dispuesto a contender con todos. Nadie aceptó el desafío.

Pero no por el hecho de quedar la aventura redondeada resultaba más clara. Emparejados a la salida del casino, el boticario y el maestro se

expusieron sus puntos de vista, que solo coincidían en reconocer un fondo de misterio —para el maestro, ni siquiera eso, sino solo un último dato incógnito—. Don Lino se negaba a aceptar que Cayetano, políticamente responsable, se jugase su reputación con un acto de señoritismo: «A mi razón, decía, no le bastan las apariencias. Mi razón exige poner en claro lo misterioso, porque lo misterioso no existe, no es más que el resultado de ignorar las causas de los efectos». El punto de vista de don Baldomero revelaba, no solo su resignación racional ante el misterio como entidad superior a la razón, sino el convencimiento de que ciertas formas de estupidez obedecían a causas misteriosas que nunca podrían ser dilucidadas; pero se cuidó de especificar que no toda la aventura de Cayetano le parecía estúpida, y que alguna de sus partes le despertaba una admiración molesta e involuntaria, pero indudable; «porque, amigo mío, ¿cuántos años hace que usted y yo somos incapaces de contentar a dos mujeres?». Cuando se separaron, el boticario se dirigió al pazo del Penedo. Tuvo que detenerse en dos tabernas y beber dos vasos de vino; pero, por fin, llegó. En el zaguán, Paquito el Relojero le tomó el pelo y le pidió un pitillo.

Carlos se hallaba en la habitación de la torre leyendo o acaso dormitando. Escuchó el relato con atención; hizo algunas preguntas y pidió algunas precisiones. Después dijo que la aventura de las botellas no era más que el resultado de la conversación que, la noche anterior, había tenido allí mismo con Cayetano: algo así como la pública respuesta a un desafío privado. Fue entonces don Baldomero quien preguntó, y Carlos hubo de referirle la entrevista, con todos sus detalles, y cómo había terminado. Con esto, y con la explicación médica que Carlos dio, la hazaña quedó despojada de misterio, pero no por eso don Baldomero sintió disminuida la admiración por Cayetano, sino más bien incrementada con un plus de temor, porque don Baldomero creía, contra la opinión de Carlos, que aquello no era más que un comienzo, y que el pueblo entero iba a asistir a una serie continuada de hazañas semejantes, o equivalentes, o simplemente extraordinarias; que iban a ser testigos de una exhibición de poder de la que muchos —¿quiénes, señor?— serían víctimas. Las razones de Carlos, que creía conclusa la aventura y liquidadas las consecuencias del desafío, no le parecieron válidas al boticario. «¡Hace muchos años que lo conozco, don Carlos! ¡Le vi nacer, le vi

crecer, y sé cómo las gasta!».

—Yo, en cambio, puedo decir que le trato hace dos meses escasos; no mucho, y le aseguro que sé su alma de memoria, y que puedo predecirle con un mínimo error lo que hará y lo que dejará de hacer. Vaya tranquilo, que esto se habrá acabado.

De regreso a Pueblanueva el boticario, todos los elementos del suceso desaparecieron de su imaginación y de su memoria, y quedó solo, hecha más de interrogantes que de certezas, la segunda de sus partes. Cayetano había dicho: «Pasé la noche con dos mujeres, Fulana y Zutana, que cantan en el café del Brasil, y las dejé satisfechas». No es que don Baldomero dudase de que fuera verdad; es que apetecía detalles con apetito famélico. Varias veces, a lo largo de aquella tarde, y por la noche, antes de dormir, intentó la reconstrucción de los hechos, pero su imaginación se reveló como instrumento insuficiente en materia pornográfica: sentía con toda claridad limitada su imaginación por su propia experiencia, incapaz de saltar a la experiencia ajena, porque él, durante toda su vida, no había pasado de satisfacer a una sola hembra, aunque esto lo hubiera hecho a conciencia. Casi entre sueños, se decidió a ir a Vigo al día siguiente. La idea del viaje le hizo despertar cada media hora: la idea del viaje, y la tos continua de su mujer, a la que recomendó una visita al médico. «Mañana voy a Vigo a comprar ciertas cosas. Si quieres vamos por Santiago, o te recojo a la vuelta». Pero doña Lucía prefería ir sola.

Cogió el primer autobús; consumió la mañana en visitas de negocios y, en seguida de comer, corrió al café del Brasil y ocupó una mesa de la primera fila. Estaba el café lleno de mozalbetes y, en el escenario, se movía una mujer. Nuria, la Catalana, era una furcia delgadita y movida, desvergonzada de cara, pero bonita, que cantaba con el aire más inocente del mundo cuplés francamente verdes. En uno de los números salía con una especie de pijama color salmón, cortitos los pantalones, hasta dejar los muslos descubiertos, y cantaba un estribillo que coreaba el público:

Si con el pijama
me meto en la cama,
¿qué me pasará?
Si mi maridito

se pone nervioso,
¿me lo romperá?
Y espero que ustedes
me den su opinión:
si debo o no deeebooo
llevar pantalón.

Se armaba un cisco de mil demonios. Cada cliente daba su consejo particular, y don Baldomero, en éxtasis cachondo, estuvo a punto de dar el suyo. Le contuvo solo una remota conciencia de respetabilidad. Salió después Nina de Meris, que cantaba tangos. El público, a quien Nuria había excitado, se ponía ahora sentimental, y coreaba:

... al mundo nada le importa.
Yira, Yira,
aunque te cueste la vida,
aunque te quiebre un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.

Bien. Don Baldomero se eximió de la psicosis colectiva porque cazó al vuelo a Nuria, la convidó a su mesa, y se gastó con ella varios duros en lo que Nuria pidió: dos o tres copas de Marie Brizard. Cuando la cupletista tuvo los cascotes calientes, le fue fácil sacarle los detalles que precisaba. Quedó bastante confuso: esperaba nutrir su apetencia de matices cualitativos y se halló ante un relato en que predominaba abrumadora la cantidad, pero que, por lo demás, era de una gran monotonía. Pensó que quizá Nina de Meris, la otra protagonista, fuese más sensible que Nuria para el detalle. Esperó a que el espectáculo terminase. La convidó a champán. Nina de Meris tenía, más bien, una idea de conjunto, en que cualidad y cantidad se mezclaban en una impresión general de exaltación, satisfacción y hastío. «Fíjate tú lo aburrida que quedé, que cuando él se marchó tuve que entendérmelas con esta, para dormir después tranquila». Don Baldomero no lo comprendió bien, pero no se atrevió a pedir explicaciones. Y aunque el recuerdo de Lesbos pasara por su mente, se resistió a aceptar su efímera resurrección en una ciudad industrial y lluviosa.

El viaje y los convites le salieron por cuarenta duros. Nina de Meris había

dicho que no tenía qué hacer de cinco a siete, y que la idea de pasar la tarde sola le asustaba; pero don Baldomero no recogió la invitación por miedo a que le pidiese mucho dinero. Marchó a las cinco y cuarto a coger, por los pelos, el autobús de las cinco y media. Iba a arrancar el coche, cuando se le ocurrió comprar *El Eco*... Se llevó una decepción. El órgano de las derechas, en una nota muy visible de la primera plana —doble recuadro—, recogía velas y culpaba a un falso informador. «La verdad de los hechos es que solo fue rota una botella, y como resultado de una apuesta inocente».

Fue de noche al casino. Le preguntaron dónde había estado. Respondió que en Vigo. Le preguntaron qué había hecho. Respondió que pasar un par de horas en el café cantante. Desapareció inmediatamente todo interés por las partidas en marcha.

—¿Qué fue lo de las botellas?

—Pues que compró las que había en el anaquel, más de ciento cincuenta; mandó que le apartasen la mitad, y dejasen la otra en los estantes. Una socia se las iba entregando, una a una; otra socia daba señal de disparar cada diez segundos por el reloj. Entonces, con la botella que le daban, rompía una de las que había en el anaquel. Y así hasta romperlas todas.

Don Lino comentó:

—Increíble.

—Todo lo increíble que usted quiera; pero cuarenta personas que había allí le aplaudían, y hasta hubo quien apostó si fallaría el tiro cuando estuviese cansado. Y no falló ni uno solo.

—Sigo juzgándolo increíble. Y, sobre todo, innecesario.

—Mi querido don Lino, no sabe usted cómo cambia el mundo cuando uno se mete en un antro de esos. Imagínese usted una fulana de unos veinticinco años, delgada, movida y sin pizca de vergüenza. Empiezan a tocar, y sale medio desnuda, y canta así.

Saltó al medio del salón, se recogió la chaqueta por la cintura, los pantalones por media pierna. Dio meneo a las caderas y a los brazos, y cantó con voz de tiple:

Si con el pijama
me meto en la cama...

Hicieron corro.

—¡A ver, a ver!

Remedó los movimientos de Nuria, terminó el estribillo.

—¡Y cincuenta sujetos pegando voces y diciéndole que se quitase los pantalones; y ella haciendo como que se los quita, pero sin llegar a quitárselos; y venga a bajarlos y a subirlos, y al bajarlos enseñaba el ombligo, y al subirlos se daba la vuelta y tiraba hacia arriba, para que viésemos el comienzo de las nalgas! ¡Y a todo esto, dale que tienes al solomillo, por un lado y otro, y moviendo las tetas, y moviéndose toda, como si ya estuviera en la cama con el marido!

Cerró los ojos.

—Todo por una setenta y cinco.

—Parece usted pagado por los curas para hacer la propaganda de los espectáculos sucios —dijo don Lino.

—Los curas no se meten en eso.

—Pero no me negará usted que defienden la prostitución.

—La prostitución se defiende sola.

Metió baza el juez.

—No se trataba ahora de eso, sino del café cantante.

Don Baldomero había quedado en medio del corro, con la chaqueta y los pantalones remangados. Guiñó un ojo.

—Había otro número en que la socia salta en camisón, y decía que se le había perdido una llave, y que a ver si alguno de los presentes le prestaba la suya.

—Habría voluntarios a repipi.

—Todos.

—¿También usted?

Don Baldomero se arregló el vestido.

—Uno ya peina canas, y sabe que ciertas cosas no pueden hacerse donde campan los mozalbetes.

—Pero usted de buena gana lo haría.

—¡A ver!

—Pues no estaría mal poner aquí un café de esos —opinó Carreira—. Una setenta y cinco las puede gastar cualquiera.

—¿Y habló usted con las socias? —preguntó alguien.

—Lo hubiera hecho, pero para sacarles algo habría que gastarse los cuartos, y yo, la verdad, no estaba dispuesto. Una botella de champán la venden por diez duros, y es lo menos que piden las artistas cuando alternan.

—De modo que habrá que fiarse de la palabra de Cayetano.

Hubo opinantes dispuestos a la fe; otros se resignaron al descreimiento o a la duda. Don Baldomero se limitó a escuchar. No se atrevía a revelar las confidencias de Nina de Meris, pero necesitaba contárselas a alguien. Era tarde para subir al pazo del Penedo. Lo dejó para el día siguiente, y marchó a casa. Doña Lucía se había acostado, y parecía dormir. De vez en cuando, tosía un poco. Don Baldomero no pudo evitar la comparación entre el cuerpo inerte de su mujer y el de Nuria, la Catalana.

Dejó recado en casa de doña Mariana de que si Carlos quería tomar café con él en la botica.

Hacía una tarde desnevada, de viento frío y nubes negras, que se perdían, veloces, detrás de las montañas. Graznaban las gaviotas, y los salseros verdosos golpeaban el pretil del muelle.

Doña Lucía dijo que iba a seguir el mal tiempo, y que el baile del casino iba a estar deslucido.

—Pero ¿vas a ir al baile?

—Tengo que cuidar de mis ovejitas.

—¡Buena estás tú con las ovejitas, y mucho vas a cuidarlas en cuanto un tío las apriete! Lo que tenías que hacer era ir al médico y meterte en la cama.

—¿Ya quieres desterrarme de la vida?

—Quiero que te cuides y no hagas disparates. No tenías que haberte levantado.

—Pues pienso ir al cine.

—¿También?

—Tengo que saber si mis ovejitas pueden ver esa película. Me han dicho que es muy fuerte.

—De antemano te digo que no pueden.

—Aun así, tengo que verla.

Le aterró la idea de meterse con ella en el cine, y pidió a Carlos que les acompañase. Carlos estaba aburrido, y de humor hosco. Dijo que bueno.

—¿Qué es lo que le sucede hoy, hombre? ¿Riñó con alguien?

—Quizá sea el tiempo.

—No me dijo lo que le pareció el cuento de Cayetano.

—Lo que usted averiguó ayer no altera en lo más mínimo mi punto de vista. Llegó a dudar de sí mismo, y necesitó convencerse de su fuerza. Nos dejará tranquilos una temporada.

—Insisto en que se equivoca.

Cuando doña Lucía supo que Carlos les acompañaría al cine, improvisó una merienda. Don Baldomero pretextó algo de la botica, y los dejó solos. A doña Lucía se le iluminó la cara.

—Tengo que hacerle una confidencia, Carlos. Esta mañana...

Se levantó, comprobó que la puerta estaba cerrada y que la criada trabajaba en la cocina.

Antes de sentarse dijo a Carlos:

—Usted es un caballero...

Y él le respondió con un gesto.

Doña Lucía se sentó a su lado. Estuvo a punto de cogerle una mano, pero no se atrevió. Tampoco osó mirarle. Bajó la cabeza, como para ocultar el rostro.

—Esta mañana, Cayetano me salió al paso.

—¿Cómo?

—¡Es indudable que me esperaba! Jamás le ha visto nadie, a las nueve, por la carretera del monasterio. Salíamos de misa, llovía fuerte, y tuvimos que abrigarnos... Entonces pasó con su coche y se detuvo.

Levantó la cabeza, con exagerada expresión de espanto; tomó a Carlos de un brazo.

—Fíjese bien. Íbamos todas. Las hay bonitas, como usted sabe. Chicas jóvenes, atractivas, Inés Aldán es una verdadera belleza y, además, ¡tan distinguida! No es como esa ordinariota de su hermana... Pues bien: nos invitó a subir al coche, y se las compuso para que yo me sentase a su lado...

—Parece natural. Es el lugar de honor.

—Y el de peligro. Por eso acepté. Me dio miedo que cualquiera de mis

ovejitas pudiera estar unos minutos al lado del demonio.

Hizo una pausa breve.

—Porque Cayetano es el verdadero demonio.

—En eso, al menos, está usted de acuerdo con su marido.

—Vinimos poco a poco, con el pretexto de que la carretera está mala, pero, en realidad, para alargar el tiempo.

—¿Y qué?

—Me dijo que mañana me sacaría a bailar.

Dio énfasis trágico a las palabras, y se quedó mirando a Carlos, sin soltarle el brazo.

—A mí. A una pobre mujer casada y enferma. ¡A una tuberculosa! Porque yo, don Carlos, estoy tuberculosa...

Le asomaron las lágrimas.

—¿Qué va a pasar mañana en el baile, don Carlos?

—Que Cayetano la sacará a bailar.

—¿Y mi marido? ¿No piensa usted en lo que hará mi marido?

—Nada, supongo. Todo lo más, mirar.

—¡Nada! ¡Qué mal conoce usted a Baldomero! Me tiene abandonada; pero si Cayetano intenta bailar conmigo, habrá un escándalo.

Se decidió, por fin, a cogerle las manos.

—Yo se lo imploro, Carlos. Contenga a mi marido, evite la tragedia.

—No pensaba ir al baile.

—¡Vaya usted, por favor! Baldomero le tiene mucho respeto. Si usted le dice que en los países civilizados una dama puede bailar honestamente con un caballero que no sea su marido, le hará caso. Incluso puede usted, si quiere...

Titubeó.

—... puede usted sacarme también a bailar. ¡Hágalo, se lo suplico! Así no llamará la atención de nadie que me saque después Cayetano.

Le soltó las manos y se apartó un poco sin mirarle.

—... en el caso de que usted quiera hacerme el honor de bailar conmigo y si mi enfermedad no le causa repugnancia...

Se tragó un sollozo. Carlos le aseguró que bailarían con ella.

Evidentemente había algo de gata en la cara de Jean Harlow, algo de gata encelada; pero Lucía no lo consideraba como razón suficiente para que Carlos mantuviese la vista clavada en la pantalla. Otra cosa era su marido, al que un palo con faldas bastaba para encandilar. Un palo con faldas. Bueno, no. Ella podía considerarse como un palo con faldas y ya no encandilaba a su marido. No pasaba de un decir. A su marido le gustaban las mujeres llenitas; le gustaba, desde luego, Jean Harlow. No había más que mirarlo de refilón: tenía los ojos saltones y alargaba hacia delante el labio superior, mientras clavaba los dedos en el brazo de la butaca. También eran ganas de engañarse: el brazo de la butaca es duro, y no puede de ninguna manera sustituir a las piernas, o a lo que sea, de Jean Harlow. Pero los hombres son así de ilusos. Van al cine dispuestos a creer que lo que ven es cierto...

Jean Harlow estaba casada y se llevaba mal con su marido. Quería divorciarse. ¡La muy pécora! Era de esas que piensan que lo acabado, acabado, y ahí queda eso, como si no hubiera moral; y, luego, vuelta a empezar. Se puso inmediatamente de parte del marido, y le duró la parcialidad unos minutos: hasta que Jean Harlow entró en un salón de té muy recatado y se sentó junto a un hombre guapo y viril, que la trataba con respeto y amor. Doña Lucía, contra su voluntad, comenzó a explicarse que a Jean Harlow le apeteciese cambiar de hombre. No estaba bien, pero había sus razones... El sujeto era guapo, tenía un mirar romántico, y trataba a Jean Harlow con ternura. Doña Lucía se conmovió. «¡Ternura! ¡Eso lo desconocen los hombres españoles! ¡No piensan más que en la carne, y una agradece el cariño mucho más que el placer!». La pareja salió del salón de té y entró en un automóvil. Era de noche, y las calles de Nueva York rutilaban. Sobrevino un atasco, el coche se detuvo y, ¡zas!, el hombre cogió a Jean Harlow por la cintura y la besó en la boca. ¡Dios mío con qué delicadeza! Jean Harlow estaba desprevenida; doña Lucía, también. El beso le sacudió los nervios hasta la punta de los pies y, de repente, se sintió invadida y arrebatada, sintió como si el cuerpo de Jean Harlow, todavía abrazada, todavía estremecida, se saliese de la pantalla y envolviese el suyo, lo asumiese y lo llevase consigo, incorporado al beso, al abrazo y a la ternura del galán. A partir de este

momento, doña Lucía vivió dentro del cuerpo de Jean Harlow y, poco a poco, fue sintiéndolo suyo, gozosamente ensanchada, como si el cuerpo nuevo fuese un molde que hubiese de llenar, hasta que las caderas, los pechos, los brazos y las piernas coincidiesen, hasta que los dos cuerpos, rotas las esclusas misteriosas de su ser, fuesen regados por la misma sangre y los animase la misma salud. Se recogió en sí misma y asistió a su propia transformación, a su propio arrebató. No estaba allí, convoyada por su marido y por el amigo de su marido, sino hecha luz en la pantalla. Sus ojos abiertos sorbían las imágenes que, en su interior, se trasmudaban en vida propia y la hacían reír, llorar, gemir o desvanecerse de dicha. Se olvidó de sí misma.

—¡Vamos, que ha terminado! —dijo don Baldomero, y la cogió del brazo.

—¡No me toques!

Se levantó con brusquedad y apartó la mano de su marido. La apartó como un niño hubiera apartado el alfiler que amenaza la superficie tersa del globo colorado. Se sentía metida en un cuerpo lleno y transido, y temía que algo la despojase, que la dejasen con su antiguo ser enteco y esmirriado.

Dejó que saliese antes para no ser estrujada en el pasillo y en las escaleras. En la calle echó a correr hacia su casa.

—Me encuentro mal, voy a acostarme. Por favor, no me despiertes.

Estaba la cama helada y húmeda. Pidió una botella caliente, se la puso a los pies, y creó, para su cuerpo nuevo, un cálido refugio, y allí lo guardó como un tesoro. Pensaba que con aquel cuerpo le gustaría a Cayetano bailar con ella, y hasta la mirarían con envidia. Sintió entonces haber comprometido a Carlos. Si bailaba antes con Carlos, se rompería el hechizo, y entregaría a Cayetano el viejo cuerpo encanijado. No bailarían con Carlos. No bailarían. Necesitaba conservar aquella sangre prestada que ahora regaba sus venas y que parecía querer salirse de ellas. Tosió.

—Seguramente que hoy vendrá Rosario.

—¿Qué quiere? ¿Que no me acueste?

—Que dejes el portón arrimado y una luz en el zaguán.

—Hasta mañana.

Paquito salió, pero volvió en seguida.

—¿Sucede algo?

—Un pitillo. Ando mal de tabaco.

Carlos le ofreció el paquete, y Paquito cogió uno.

—Coge más.

—No, gracias. Tengo que acostumbrarme. Estos días estoy ahorrativo, y ya me he quitado de comprar tabaco. Ya sabe para qué. Se acerca la primavera.

Sonrió y salió otra vez. Pisó fuerte por el pasillo. Batió con ruido la puerta de la escalera. Un poco más tarde se le oyó arrimar la del zaguán.

A Carlos se le había ocurrido que aquella noche Rosario tenía que venir. No sabía por qué, ni si era un presentimiento. Había preparado una bandeja con café y galletas y había encendido la chimenea de su dormitorio. Cuando supuso que Paquito ya no subiría, salió de la torre y fue a ver si los leños se habían encendido, si la habitación se calentaba. Llevaba en la mano el quinqué encendido. Tuvo que hacer fuego otra vez, y atizarlo, porque la leña estaba húmeda. Pasó algún tiempo antes de que la llama fuese satisfactoria y segura. Le dolían las rodillas y la espalda. Se incorporó y echó un vistazo. Realmente, la habitación estaba destartalada, había desconchados por todas partes y agujeros en el piso, por los que entraba el aire. Añadió una manta a la cama. Al hallar frías las sábanas, pensó que debiera haber traído unas botellas de agua para calentarlas, porque Rosario llegaría mojada y tiritando.

Era inexplicable lo de Rosario. Él era pobre, no había más que ver la casa en que vivía. Rosario se engancharía a su pobreza para siempre. Algún día tendría que regalarle algo, un traje, un mantón, unos zapatos, y eso costaba dinero, más de lo que él tenía. En cosas de oro no había ni que pensar. (Rosario, delicadamente, se había despojado de todos los regalos de Cayetano). Las mujeres no son fácilmente comprensibles.

Salió del dormitorio y volvió a la torre. Pasaba de las diez. Vendría, seguramente, en seguida. Apagó la luz y abrió las maderas de la ventana. La rama del tejo golpeaba los vidrios —como siempre—. Había que cortar aquella rama, tan monótona. Apenas se veía Pueblanueva, pero se oía llover. La casa de Cayetano estaba al fondo, donde la sombra se iluminaba un poco con el resplandor difuso de unos focos eléctricos.

¡Qué poca cosa era, bien pensado, Cayetano! Porque le habían birlado una mujer, cosa que puede sucederle a cualquiera, había armado aquel bochinche del café. Y ahora, seguramente, se pavoneaba con su triunfo, y, cuando levantaba una mano, mostraba el brazo que había disparado setenta y cinco botellas contra otras setenta y cinco, sin fallar una. Si ahora estuviera allí, como había estado unas noches antes, le analizaría el hecho, con todos sus detalles, lo desentrañaría hasta demostrar a Cayetano que, por haberlo hecho, era realmente inferior, y que no era aquel el camino para curarse.

—Porque, en el fondo, eres un neurótico. Esto no hay quien lo mueva.

Se sentía, en cierto modo, poderoso. Comprender a Cayetano era como dominarlo, quizá como poseer su libertad. De proponérselo, podría adivinar sus acciones, prevenirse si fuera necesario. En todo caso, podría imaginarlas con un margen escaso para lo imprevisible. Le parecía incluso que las abarcaba ya de una sola mirada, sin proponérselo, como se abarca la propiedad desde la ventana a que uno se asoma para tomar el aire; y lo que veía no le daba temor.

Las diez y media. Atravesó la casa corriendo. Huyeron, espantados, los ratones. En el salón hacía un frío tremendo. Abrió las maderas y espizó las veredas del jardín, buscó entre los ruidos el de la verja metálica al chirriar. En el jardín se movían los árboles en la sombra, y el ruido de la lluvia era un poco más fuerte.

Quizá los padres de Rosario se hubieran acostado tarde, o los hermanos, y ella estuviese esperando todavía el silencio para saltar la ventana y echarse a los sembrados, como un fantasma. Tenía que agradecerle el sacrificio de venir sola, y de mojarse. Hubiera sido más cómodo para ella dejarle la ventana abierta y que entrase, como Cayetano. Aunque quizá a ella le gustase más así, por alguna razón ignorada.

Golpeaba el suelo con los pies helados, soplaba sobre las puntas de los dedos. El jardín era una masa negra y rumorosa, y en su rumor nada metálico surgía. Dieron las once en uno de los relojes arreglados por Paquito, y otros relojes repitieron la hora, cerca o lejos. Empezó a convencerse de que Rosario no vendría, de que algo le habría sucedido, y de que bien pudiera valerse de Paquito para traer y llevar recados y convenir las horas puntuales, aunque sus relaciones con Paquito no se habían planteado en el terreno del

celestineo contratado y voluntario, sino, todo lo más, en el del inevitable y gracioso, y no podían cambiarse las cosas sin correr el riesgo de aceptar, ante la conciencia del loco, el papel de sustituto de Cayetano. Marchó del salón, apagó las luces del cuarto de la torre, entró en su dormitorio, y aún se demoró un poco ante la chimenea, que ahora resplandecía y calentaba el aire a su alrededor. Desde la cama siguió mirando el baile de las llamas, desvelado, y con una molestia que no quería confesarse.

Llegó Rosario, sin embargo, ya dadas las doce; sintió sus pisadas leves por el pasillo, unos golpes en la puerta. Rosario entró. Dejó el mantón sobre una silla y se sentó en el borde de la cama.

—Me pegaron —dijo.

Desabrochó la blusa y mostró un cardenal cerca del hombro.

—Mire. Y dicen que van a echarme de casa.

Carlos la atrajo y la besó.

—¿Quieres quedar conmigo?

—Eso es lo que quieren, que me vaya.

—Bueno. Estarás mejor.

—Y ellos se reirán de mí. Y usted pasará por tener en su cama un plato de segunda mesa.

—¿Qué quieres entonces?

—Nada, señor. Ahora, estar con usted. Usted me quiere.

Se abrazó a Carlos con fuerza, sollozando. Carlos la abrazó también, y ella gimió:

—Aparte la mano. También ahí me duele.

Tenía solo dos trajes, los dos deteriorados. No podía presentarse dignamente en el baile. Se vistió, sin embargo, el mejor, y bajó al pueblo. Don Baldomero no estaba en la botica. Mandó recado a doña Lucía, y recibió respuesta de que subiese.

Doña Lucía, en bata y con bigudíes en el pelo, estaba pálida y un poco ausente. Dio la mano a Carlos sin levantarse. Le preguntó si quería café.

—Lo que quiero es que me mire usted bien. ¿Le parece que estoy vestido como para ir a un baile?

Doña Lucía le contempló con un alegre resplandor en la mirada.

—A ver, dé la vuelta.

Carlos, riendo, la obedeció, e interrogó luego con un movimiento de las manos.

—¡Don Carlos, por Dios! ¿No tiene usted otro traje?

—Es el mejor.

—Usted es un caballero, Carlos. Usted debe vestirse como quien es.

—Por esta vez me he descuidado. Pienso, además, que el hábito no hace al monje. De modo que si usted no le pone muchos defectos...

—¡No, Carlos, por favor! No vaya usted así al baile. Le tendrían compasión.

—¿Usted cree?

—¡No los conoce bien! Usted puede andar a diario como quiera, pero un día señalado... Todo el mundo se pone lo mejor que tiene.

—Eso es lo que yo hice.

—No debe usted ir así, don Carlos.

Él afectó disgusto.

—Lo siento.

—¡Oh! No crea que vaya a divertirse mucho. Ya sabe usted cómo son las diversiones del pueblo, vulgares y monótonas. ¡Con lo que usted habrá visto por el mundo en materia de bailes! También yo lo lamento. Había pensado en un vals... Usted, que estuvo en Viena, lo bailará muy bien.

Carlos negó con la cabeza.

—Carlos, si usted hubiera tenido un traje oscuro, aunque no fuese muy nuevo, me hubiera hecho feliz. Yo misma se lo hubiera planchado. Esperaba el vals con usted, un vals que he soñado bailar toda mi vida y que ya no bailaré jamás.

—¡Quizá Cayetano...!

—¡Por favor, no lo nombre! Un hombre así, tan tosco, solo puede bailar el fox-trot.

—Irá muy bien vestido.

—Por eso no quiero que usted vaya con ese traje. Las comparaciones, ¿comprende?, y las risas. Usted no debe humillarse. Si no va al baile, será como si los despreciase.

—Usted bien sabe que iba solamente por usted.

—¡Gracias! Sabe que se lo agradezco, y cómo lo deploro. Tendré que resignarme a lo que suceda.

Hizo una pausa y bajó la mirada.

—Quizá le diga a Cayetano que no. Estoy enferma.

Tendió la mano a Carlos, se la tendió alta y con el dorso hacia arriba, como había visto hacer en algunas películas; pero Carlos se limitó a estrecharla.

Le sonrió, oyó sus pasos alejarse y el ruido de la puerta. Entonces, involuntariamente, se palpó el cuerpo y comprobó que su envoltura irreal permanecía intacta. Cerró los ojos y vio su cuerpo levantarse, moverse al compás de una música que venía del corazón, y danzar solitario, en un salón enorme, de suelo muy encerado, un vals cortesano. Por una puerta inmensa y lejana entraba un hombre vestido de uniforme y se acercaba hacia ella, le pedía que bailase. Era, naturalmente, Cayetano.

A aquella hora, Clara bajaba a la lonja a comprar el pescado. Carlos la esperó paseando entre las vendedoras y su tumulto. Tenía que moverse con cuidado si no quería tropezar, resbalar y dar de bruces sobre una cesta reluciente de pescado fresco. No pudo, sin embargo, evitar que alguien le aconsejase, a gritos, la conveniencia de no estorbar e irse a pasear bajo la lluvia.

Halló a Clara inclinada sobre una cesta, escogiendo la mercancía. Traía recogido el cabello dentro de un pañuelo oscuro, y la cara húmeda.

Ella le dijo «Hola» y «Espera un poco». Luego discutió el precio y tardó en ponerse de acuerdo. Después metió el pescado en un capacho.

—Si quieres, acompáñame. Tengo que comprar otras cosas.

Fue con ella hasta una tienda y esperó a la puerta.

—Bueno, ya estoy libre. ¿Qué milagro?

Le miraba resuelta, sin alegría y sin pena.

—No me has hecho caso durante todos estos días.

—Tuve que hacer.

—Cortejar a la vieja, desde luego, y acompañar al cine a doña Lucía.

—Fue un compromiso.

—¿Si no te lo reprocho! No tienes obligación de andar conmigo, pero tampoco la tenías para ofrecérmelo cuando yo no te lo pedí. No me hubieras hecho esperarte.

—¿Lo hiciste?

—Todos los días. Algunos bajé a comprar pescado sin necesidad, solo por si se te ocurría venir.

Carlos inició una explicación falsa. Clara la cortó apenas iniciada.

—No tienes por qué justificarte, y menos con mentiras. Dejemos solamente las cosas claras: nos veremos cuando caiga, sin ninguna obligación.

—Hoy venía a proponerte que fuésemos al baile juntos.

—¿Al casino?

—Creo que se celebra allí.

Clara caminó en silencio unos instantes.

—Eres poco listo, Carlos. Deberías haber adivinado que yo no iré al casino nunca.

—¿Por qué? Ahora tienes un lindo traje.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué? Puede importarme tenerlo para ti; puede incluso gustarme que la gente me vea con él, pero nunca los del casino. ¿No lo comprendes? Los del casino son gentuza. Y más de una señora fingiría escandalizarse al verme.

—Yendo conmigo, puedes estar segura de que eso no sucedería.

—¿Y qué? Aunque viniese la junta en pleno a pedírmelo, no iría jamás a ese baile. Hay cosas por las que no paso.

Pasaban cerca de la taberna donde habían estado otras veces. Carlos la invitó a entrar.

—Bueno. Un ratito.

Un grupo de marineros jugaba a la brisca en una mesa cerca del mostrador. Se sentaron lo más lejos posible. Clara no quiso tomar nada.

—¿Qué cosas son esas por las que no pasas?

—Que los santos no quieran nada conmigo me parece natural; pero que esa colección de zorras que va al casino aparte la cabeza cuando paso, no lo tolero. Y, sin embargo...

Quedó en silencio y sonrió.

—Ya ves —continuó—. En eso, la vieja y yo estamos en la misma situación. Si fuésemos como ellas, ni lo de la vieja ni lo mío tendría importancia; otras han hecho cosas peores, como deshacer un niño, que yo sé quién lo hizo, y mucha más gente lo sabe, y por ahí anda ella, como si nada. Pero lo nuestro... —miró a Carlos e intercaló—: también lo tuyo..., se mide por otro rasero. Es algo de lo que tienen que acordarse siempre, como si olvidarlo fuese a causar un mal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así. Llevo años observándolo. Ni los disparates de mi padre, ni el hijo de doña Mariana, ni lo de Juan, ni lo mío, dejan de recordarse por esa gente, incluso de recordárnoslo, y si no se atreven a hacerlo francamente, lo hacen por alusiones. Parece como si les fuese necesario.

Jugaba con una miga de pan olvidada por alguien en la mesa. Disparó contra ella un dedo y la lanzó fuera.

—Si todos en el pueblo hiciesen lo mismo, no me importaría. Pero son solo los que van al casino. Con los de abajo me entiendo bien. Damos por supuesto que todos tenemos los mismos pecados, y a otra cosa.

Le resplandeció de pronto el rostro, y dio un golpe en la mesa.

—¡Ya está! Llévame al baile del Paraíso.

—¿Qué es eso?

—El lugar adonde van los marineros y toda esa gente.

Carlos se sintió cogido. Su mano recorrió las rodilleras del pantalón, sus ojos buscaron el borde rozado de la manga.

—¿Tú crees que para ir a ese baile estará bien este traje?

Clara abrió los ojos.

—¿No pensabas ir con él al casino?

—Es distinto. Allí puedo ir vestido de cualquier modo. Si se sienten despreciados, allá ellos; pero a los marineros no puedo despreciarlos. Ir peor vestido que ellos es, desde luego, ofenderlos.

Clara le miró largamente; le miró el tiempo necesario para obligar a Carlos a apartar de ella su mirada.

—Yo te explicaré de otra manera, Carlos. Si vas conmigo al Paraíso, lo más seguro es que mañana le vayan con el cuento a la Galana. Si no la encontramos allí...

Río.

—Tendría gracia, ¿verdad? Y mucho más si ella iba también con otro.

—Estás diciendo bobadas, Clara. ¿Por qué hablas de la Galana?

—¿Por qué hablan los demás? Nadie te ha visto con ella, ni rondar su casa. Sin embargo, me dejaría cortar la cabeza a que es tu querida, y cualquiera de esos lo mismo que yo. ¡No intentes negarlo, porque no soy nadie para meterme en eso, y allá tú y ella! Además, si necesitas dar a Cayetano en las narices y no encontraste mejor medio que quitarle la amiga, hiciste bien. Pero si es así, ¿por qué no prescindes de mí?

—Quieres decir por qué vine a buscarte.

—Sí. Quizá quiera decir eso y algo más.

—Dilo.

Clara bajó la cabeza. Los reflejos claros del cabello le brillaban y temblaron un momento.

—Me había hecho ilusiones, eso es todo. Aquí mismo, en esta mesa, aquel domingo. Creí que te gustaba y que habías venido para algo a Pueblanueva. Para algo que valiera la pena, no para liarte con la querida de Cayetano.

Carlos respondió con un matiz de ironía.

—Para algo que te valiera la pena, a ti, ante todo.

—Naturalmente. Reconozco, sin embargo, que me hice ilusiones sin que me dieras pie. Seguramente el deseo de dejar de estar sola me hizo creer que tú habías venido para acompañarme.

Cogió el capacho de la compra e hizo ademán de levantarse.

—Bueno. Es igual.

Carlos alargó el brazo y la retuvo.

—Espera.

—¿Para qué?

—Siento algo así como necesidad de que también me escuches.

—No. Me convencerías de cualquier cosa, de que he sido una estúpida, y no quiero que tú me convenzas.

Se levantó.

—Además, no me dirías la verdad. Y, sobre todo, me ocultarías algo de lo que estoy convencida. De que en algún momento te gusté.

Se colgó el capacho al brazo. Carlos quiso levantarse, pero ella le indicó

que permaneciese sentado.

—No vengas. Puedes creerme que siento no haber aprovechado ese momento. Y, sin embargo, quizá sea la primera cosa buena que hice en mi vida.

Salió con paso tranquilo y, desde la puerta, se volvió y sonrió. Había en su rostro una gran nobleza resignada.

Rosario vio la sombra de un hombre junto a la cancela del corral; un hombre vestido de oscuro, como una mancha alargada que se destacaba sobre el pilar encalado del hórreo.

Se detuvo apenas un instante y continuó tranquila. Agarró, sin embargo, por el asa, el canastillo que llevaba; lo agarró con fuerza para golpear con él si fuese necesario.

El hombre llevó la mano al borde de la boina.

—Rosario.

—¿Quién eres?

—Ramón. ¿No te acuerdas?

Rosario titubeó.

—Estuviste en mi casa. Fuiste a ver a mi madre.

—Sí.

—Yo soy Ramón.

—Ya.

Se miraron en la oscuridad. Los ojos de Ramón relampagueaban.

—Pasaba... —dijo.

—¿Y qué?

—Pensé si querrías ir al baile.

Rosario rio.

—Sí. Al Paraíso. Ahí al lado.

—No.

—Tengo ropa nueva, ¿sabes?

—No es por eso. Los viejos no me dejan ir.

—Podía hablarles.

—No, no. No me dejan. No te conocen.

—¿Es que no quieres?

—Es que no me dejarían.

—Ya.

Otro silencio.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —preguntó ella.

—No.

—Tenías que habérselo dicho.

—A ella le parece bien.

—¿Ya habéis hablado?

—El otro día, cuando estuviste.

—¿Y qué?

—Le parece bien.

—¿Y a ti?

—Yo puedo venir todas las noches un rato.

Rosario adelantó un paso, casi hasta rozarle. Él quedó quieto, envarado.

—¿Sabes lo de Cayetano?

—Sí.

—¿No te importa?

Ramón se encogió de hombros.

—Vuelve mañana —añadió Rosario—. Hablaré a mi madre.

—¿No quieres venir al baile?

—No, no. No puedo. De veras.

Abrió la cancela y entró en el corral.

—Pero vuelve mañana.

El perro se le acercó y le hoció las piernas.

—¡Quieto, *Carraza!*

El perro ladró a Ramón.

—¿Quién anda ahí? —preguntó desde el interior la vieja Galana.

—Soy yo, mi madre.

Alumbrada por la luz de la cocina, se volvió a medias y dijo adiós con la mano.

—¿Había alguien? —le preguntó su madre.

Rosario vació sobre la mesa el contenido del canastillo.

—Ramón.

—¿Quién es?

Rosario lo explicó.

—¿Qué quería?

—Me pidió la palabra.

La madre no respondió. Atizó unos leños y la miró.

—Es un buen muchacho, muy buen labrador. Ya hizo el servicio. Su madre está bien. Tienen la casa y unas tierras. No son más hermanos.

—¿Le mandaste volver?

—Sí, mañana.

La orquesta se componía, de piano, violín, saxofón, batería y fuelle. Los músicos vestían de gauchos convencionales, y en la cara exterior del bombo habían pintado el título criollo de la agrupación. El del acordeón y el de la batería cantaban cuando era menester; tangos con acento regional y fox-trots en fingido americano. Su gauchismo era solo una apariencia: vivían en el pueblo de enfrente.

Cuando la orquesta descansaba, ponían discos en la gramola.

Doña Lucía entró, con cuatro de sus ovejitas, pasadas las once y media. Treinta parejas bailaban un charlestón anticuado. En tres o cuatro cotarros de señoras se comentó la llegada. Al exagerar el maquillaje, doña Lucía había recordado a la Dama de las Camelias, y sabía que su entrada en el baile sería como la entrada en la ópera de Margarita Gautier. Llevaba preso en el traje un ramillete de camelias blancas, cuyo simbolismo no entendería nadie, seguramente.

Esperó junto a la puerta el silencio de la orquesta. Atravesó entonces el salón, seguida de sus ovejas, las cuales, sin embargo, no llegaron al rincón al que se dirigían, solicitadas en el camino por algunos mozalbetes. Doña Lucía se sentó y, con ojos entornados, examinó la gente de los grupos. No estaba Cayetano. Tampoco estaba su marido. Pero, tras los cristales de un mamparo, resplandecía la luz verde del tresillo. Cayetano estaría allí.

Llamó al botones.

—Ven, guapo. ¿Está por ahí dentro mi marido?

El chico le respondió que sí.

—Dile de mi parte que he llegado.

Se alejó el botones hacia el reservado de los jugadores. Vio doña Lucía, por la puerta abierta, sombras quietas, difícilmente identificables. Salió en seguida el botones y se acercó a ella.

—Dice que bueno.

—Oye, guapo... ¿Y está...?

—¿Quién?

—Nadie, nadie. Gracias. Tráeme un refresco.

Se abstrajo del baile, y acomodó el asiento de modo que viese la salida del reservado sin torcer la cabeza. Cada vez que una sombra se movía o que alguien salía, le saltaba el corazón.

—No ha venido. Se ha burlado de mí.

Sin embargo, el día anterior, por la mañana, le había dicho claramente que bailarían con ella. Se lo había dicho al despedirse, secretamente, mientras las ovejitas descendían del coche; y, antes, había arrimado la pierna hasta la suya y la había dejado quieta. Y cuando ella le había dicho, muy por lo bajo: «¡Es usted el diablo, Cayetano!», él había sonreído.

—Bueno. Después de todo...

En el acordeón empezaron a sonar unas escalas muy altas y muy lánguidas, perseguidas de cerca por el piano. Entró en seguida el violín, y solo al final del preludio esbozó la caja un repique suave, como un trueno lejano y prolongado. La voz del tenor empezó a cantar:

Se arrastran los compases compadrones
de un tango que se encoge
y que se estira.
Su música doliente pareciera
sentir que una nostalgia se aproxima.

El bandoneón se encogía y estiraba como un tango; pero doña Lucía había cerrado los ojos, sellados por la palabra nostalgia, inmediatamente aislada de las otras, inmediatamente robada y apropiada. Llenó con ella el corazón, y decidió en seguida que era una nostálgica, y que en su imaginación se guardaban, como recuerdos, imágenes de algo que solo en sueños había vivido y que ahora añoraba.

—¡Dios mío! Recuerdos de ensueños, solo eso.

De ensueños y de esperanzas, que era lo mismo, porque la mayor parte de sus esperanzas las había hecho de la materia de los ensueños, tan imposibles como ellos.

—¡Para qué habré pensado que vendría!

Una voz de barítono se sumó el cantante, en contraste con la entrada simultánea del saxofón.

Te invito a penetrar en este templo
donde todo el amor lo purifica...

¡Si fuera cierto! ¡Si el amor lo purificase todo, si no fuera pecado! Pero sin el pecado, ¿sería de verdad amor? Ella desconocía el amor virtuoso. No había podido, al menos, experimentarlo. Porque con su marido, ¿había sido feliz? ¿Lo había amado verdaderamente?

Una mano se posó en su hombro. Abrió los ojos sobresaltada, como si aquella mano la hubiera lastimado.

—¿Qué haces, Lucía?

Era la señora de Cubeiro, embutido en seda prieta su cuerpo grande y fofo. Seda rosa, con adornos de terciopelo azul y un collar grande de perlas falsas.

—¿Dormías? ¡O es que te encuentras mal!

—Sí. Me encuentro mal. No debía venir al baile.

—¿Para qué vienes?

—Mis ovejitas. Es necesario que me cuide de ellas.

La señora de Cubeiro guiñó un ojo y se sentó a la derecha de doña Lucía.

—Pues no te duermas, porque una al menos de tus ovejitas se está dando un verde morrocotudo con mi sobrino.

—¡Dios mío!

En un rincón, al otro lado, el cuerpo de un muchacho casi tapaba el de Julita Mariño. Estaban de pie. El muchacho manoteaba.

—Es un escándalo. La juventud de ahora carece de vergüenza.

Doña Lucía, sin embargo, sonrió.

—Si es tu sobrino, no importa. A los muchachos no hay que temerlos. Todo se les va en palabras.

—Pues que se descuiden los padres de Julita y verán si mi sobrino...

La señora de Cubeiro hablaba con voz picada y gesto de convicción; pero,

de repente, doña Lucía había dejado de hacerle caso.

—El peligroso es ese. El gavilán.

Cayetano, con la gabardina al brazo, miraba al salón, y poco a poco, todas las que bailaban y las que en los asientos esperaban ser sacadas a bailar, y las madres de todas, le fueron mirando. Vestía un traje oscuro, que, por contraste, recordó a doña Lucía el raído, el arrugado de Carlos.

—¡Ya quisiera Julia Mariño que Cayetano se fijase en ella! ¡Ya quisiera su padre! El almacén les va mal, y me han dicho que andan detrás de un préstamo de Cayetano. Si la niña se metiese por medio...

—¡Qué pueblo repugnante!

—¡Pues mira! ¡Parece que Cayetano...!

Había entrado y avanzaba pausadamente hacia el rincón donde Julia Mariño se divertía.

—¿Será capaz de quitársela a mi sobrino?

—Pero ¡no a mí!

Doña Lucía recogió el chal y atravesó el salón atropellando a las parejas. Llegó junto a Julita antes que Cayetano. Llegó a tiempo para decirle:

—Estoy asombrada, Julia. Tu conducta con ese jovencito está siendo muy comentada.

El muchacho se sacó el pitillo de la boca.

—Señora, yo...

—Vete inmediatamente.

Julia se había aplastado a la pared, pero no escuchaba a doña Lucía: miraba a Cayetano que se acercaba, que la comía con los ojos. Julia Mariño, temblorosa, se arregló el cabello.

Doña Lucía leyó en su cara o vio su temblor. Giró sobre sí misma, cubrió con el suyo el cuerpo de la muchacha y miró a Cayetano con furia.

—Gavilán. No tiene nada que hacer aquí. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Cayetano soltó una carcajada amable, al tiempo que le tendía la mano. Ella cedió la suya, y Cayetano se la besó.

—Vengo a bailar con usted —dijo como un susurro.

A doña Lucía le temblaron las piernas, y en sus ojos renació la luz.

—¡Por Dios, Cayetano, no sea atrevido! ¿Qué va a decir la gente... y mi

marido?

—¿Su marido? ¿Por qué va a decir nada? Además, con pedirle permiso...

—¿Usted? ¿Pedirle permiso usted?

—¿Por qué no? Ahora mismo.

Fue hacia el reservado de los jugadores. Doña Lucía se volvió a Julia decepcionada.

—¡Ya ves mi sacrificio por guardar tu pureza, hija mía!

—Sí. Ya lo veo.

Don Baldomero arrastraba de as. Quería sacar una puesta. Cubeiro, a su lado, discutía la oportunidad del arrastre.

—Si están las cartas donde deben, la puesta es mía.

—¿Y si no están?

—¡Caray, leñe! ¡Es usted un aguafiestas!

Cubeiro, entonces, levantó la cabeza y miró por encima del boticario. Respondió simplemente:

—Yo, no.

Cayetano puso una mano sobre el hombro de don Baldomero. El boticario se sobresaltó, dejó caer las cartas, miró al rostro de los que jugaban y, por fin, a Cayetano.

—¿Sucede algo?

—¡No pasa nada, hombre, no sé asuste! ¿O es que me tiene miedo?

—¡Como llegó usted de esa manera...!

—Prudentemente, como quien no quiere estorbar.

El boticario echó atrás la silla y se torció hacia Cayetano.

—Bueno, ¿qué quiere? ¿El sitio? Déjeme sacar la puesta y se lo cedo. Cabalmente tengo ganas de dormir.

—No quiero el sitio. Quiero rogarle que me permita bailar con su señora.

—¿Cómo?

Don Baldomero se sorprendió. Se sorprendió Cubeiro. Se sorprendieron los jugadores y los curiosos. Miraron a Cayetano, miraron al boticario. Cayetano estaba amable, sonriente. Tenía en la mano la petaca e iba a ofrecer. Pero don Baldomero le miraba con espanto. Todos se echaron a reír.

—¿Bailar con mi señora? ¿Para qué? ¿O es que es la moda?

Cayetano le puso entre los labios un puro corto y delgado y se apresuró a

acercarle fuego.

—Ande, fume y no se asuste. Si quiero bailar con su señora es porque la tiene usted abandonada en un rincón. Y como yo quiero bailar, no me parece correcto hacerlo sin invitarla antes a ella, que es la más distinguida del casino.

Guiñó un ojo; lo guiñó encogiéndose un poco para que le quedase el rostro en la zona de la luz, a la vista de todos.

—En fin, esto es lo que se hace en los países civilizados.

—¡Ah!

—Claro está que si usted no lo permite...

Don Baldomero se levantó. Llevaba el puro entre los dientes, las manos en los bolsillos; la chaqueta abierta dejaba paso al vientre y a la cadena del reloj.

—Las señoras de los presentes son tan distinguidas como la mía.

Seis o siete voces respondieron que no: a coro y con risotadas.

—Doña Lucía es de lo más fino de Santiago —resumió el juez.

—¿Ve usted?

Cubeiro se levantó también.

—Nos pasamos la vida pidiendo que haya paz en este pueblo, y cuando el amo nos la brinda, no la queremos.

—Entonces, ¿por qué no baila el amo con tu mujer?

—Por mí no hay inconveniente.

Cayetano se situó entre los dos, les cogió de los hombros y los aproximó.

—Voy a bailar, si lo permiten, con las señoras de todos ustedes. Pero ya que por ella empezó la cosa, reclamo que doña Lucía sea la primera. Sin que eso —añadió— lo tomen por desdoro de las otras.

—¡Eso, eso! ¡Abajo las costumbres anticuadas!

Don Baldomero se encogió de hombros.

—Allá usted. Y por mí que no quede. He visto caprichos más raros.

Se sentó y recogió las cartas.

—Pero que sea pronto. En cuanto saque la puesta me voy a casa. Estoy muerto de sueño.

Los puntos y los mirones volvieron a la mesa. Las cartas no estaban donde debían estar, pero, a pesar de eso, don Baldomero sacó la puesta: los otros habían jugado mal. Había jugado mal don Lino, desastrosamente: parecía temeroso de algo. Se distraía.

—¿No va a ver cómo baila su señora? —preguntó al boticario.

—Sí. Y después le tocará a usted ver cómo baila la suya.

—¡Qué suerte que la mía sea gorda y vieja! —casi gritó Cubeiro—. No tengo por qué preocuparme, aunque baile con Cayetano toda la noche.

—No sea imbécil —cortó, seco, don Lino.

Don Baldomero se levantó. Bailaban las parejas. En el centro habían dejado un espacio libre, en el que Cayetano trazaba, con el cuerpo delgado de doña Lucía, figuras complicadas de tango reo.

—¡Es usted un exagerado, Cayetano! —murmuró ella, desfallecida.

—Respóndame. ¿Quiere verse conmigo?

—¡Soy una mujer casada!

El bandoneón trepaba por una escala de notas sentimentales; doña Lucía seguía difícilmente al bailarín.

—La espero mañana en Santiago. Cuando salga del médico.

—¡No me espere! No iré.

—A la hora del café, en el hotel Compostela. Es un sitio elegante donde pueden entrar las damas sin dar que hablar.

—¡No me espere!

—¡A la hora del café!

El tango terminaba. Doña Lucía fue devuelta a su marido. La orquesta inició un pasodoble y Cayetano se dirigió al rincón donde, esponjada como una pava, esperaba la señora de Cubeiro.

—Vámonos —dijo doña Lucía—. No puedo más.

Se apoyó en su marido. Nadie se fijó en ella, porque la señora de Cubeiro, gorda, brillante y saltarina, atraía la atención de todos. Su marido reía.

—¡Mira cómo la goza!

—Es usted un insensato —susurró don Lino a su oído.

—¿Por qué?

—¿No le parece que hay algo raro en esto? ¿No le da miedo?

Cubeiro se encogió de hombros.

—¡A mí, plin! Mi mujer está pasada de calores, y no tengo hijas.

Se volvió hacia el maestro y le empujó hacia lo oscuro de la sala de juego.

—Yo, en su lugar, no me preocuparía. Me parece que la cosa no va con nosotros.

—¿Por qué lo dice?

—Es algo que me da en las narices. O yo no conozco a Cayetano...

—¿O qué?

—Nada, nada. Pero no se preocupe.

Había mandado a Rosario sentarse a sus pies, junto al fuego. Apoyaba en sus piernas la espalda, y la cabeza en las rodillas. Le había destrenzado el cabello y jugaba con él. Lo extendía, por encima de los hombros y la espalda, y miraba los reflejos del fuego.

—Señor —dijo Rosario.

—¿Qué?

—¿Y si quedo embarazada?

—Me caso contigo.

Ella volvió la cara y le miró.

—No lo piense, señor.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije más veces.

—Bien. Si no quieres casarte, te vienes a vivir al pazo.

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Habría que pensar en un marido.

Rosario sintió que el cuerpo de Carlos se sacudía.

—Es lo que se hace, señor —continuó—. No habría de faltar quien lo quisiera.

Hizo una pausa leve.

—La Granja de Freame es una tentación para muchos.

—Pero la llevan tus padres...

—Sí, claro. Pero ellos han de morir, y mis hermanos... Uno quiere irse a Cuba.

Dio una vuelta y quedó arrodillada frente a Carlos.

—Hay un mozo que anda detrás de mí, un tal Ramón. Es labrador y viene por la granja. Si el señor quisiera...

—¿Qué?

—No es más que dejarle que venga un rato, después de cenar, a hablar por la ventana. También puede venir antes de cenar, y los domingos por la tarde.

Abrazó las rodillas de Carlos y hundió la cara en su regazo.

—Así el señor estaría más tranquilo...

—Rosario, tú no entiendes las razones por las que no puedo hacer eso.

—Si el señor no lo quiere... Pero es lo mejor. Es una tranquilidad. También por mis padres. Dejarían de pegarme.

Le miró con ojos fijos, enternecidos.

—Es una inquisición, señor. No sabe qué mal me tratan. Todo porque, por mi culpa...

Carlos la cogió por los hombros y la alzó hasta sentarla en las rodillas.

—La culpa es mía. No vuelvas a hablarme de eso.

—Señor, si yo no hubiera querido...

Acercó la boca al oído de Carlos. Habló con voz queda.

—El señor sabe que yo le busqué. Desde aquel día, cuando el señor vino, que viajamos juntos en el autobús.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Yo qué sé? Estaba en mi suerte.

Le dio un beso y arrimó el rostro hasta acariciar el de Carlos.

—Pero nunca pensé en casarme con el señor.

—Piensas casarte con otro. Ese Ramón...

—Un día el señor se cansará de mi cuerpo. Y a mí, en mi casa, no me quieren. Así el señor es libre. También querrá casarse alguna vez y podrá, sin que yo le dé preocupaciones.

Doña Lucía se abrochó parsimoniosamente la blusa, mientras el médico encendía las luces y devolvía brillos a niqueles y porcelanas. Todo era blanco, frío, estremecedor. Sobre el esmalte de la pared brillaba la humedad rezumante. En algunas partes corrían menudas gotas. Cesó, de pronto, el ruido de los rayos X.

—¿Qué? —preguntó ella después de un silencio.

—Mucho reposo. ¿Puede pasar una temporada en la montaña?

—Sí, supongo...

—Váyase en seguida.

—Pero ¿tan mal me encuentra?

—No la encuentro bien.

Doña Lucía buscó en el bolso un pañuelito y se limpió una lágrima.

—Dígame cómo estoy.

El médico tenía en la mano el abrigo de doña Lucía y le ayudó a ponérselo.

—Ya le escribiré a su marido. Mejor que venga a hablar conmigo.

—No puedo curarme, ¿verdad? —dijo ella con un trémolo dramático.

—Sí, puede curarse, pero tiene que cuidarse mucho.

—Ya sé que estoy moribunda.

El médico la empujó suavemente hacia la puerta.

—No exagere y no haga tonterías. Váyase a la montaña por unos meses.

—¿Y mi marido? ¿Quién me lo cuidará?

El médico rio.

—No se preocupe. Sabe cuidarse solo.

Doña Lucía bajó los ojos. La tembló la voz.

—Hay otros deberes de esposa...

—Ande, ande. Piense en usted. Ya escribiré a su marido. Mejor que me telefónee.

En la calle se sintió cansada. Miró el reloj: pasaba un poco de las dos. ¡Cuatro horas, todavía, hasta la salida del autobús! Llovía. El aire estaba frío, era sucio el blanco de las paredes, negra la piedra de las esquinas. Los zuecos de las aldeanas chapoteaban en los charcos de la calle: aldeanas con cestas cargadas, inverosímilmente equilibradas sobre la cabeza. Las miró, envidiosa. Aldeanas rubias, rollizas, coloradas; algunas, con los vientres hinchados de la maternidad. Hablaban a gritos de cómo les había ido en el mercado. Una de ellas la miró, y al verse mirada sintió vergüenza de su palidez. Se metió en lo oscuro del portal, pero volvió a salir. Con el paraguas abierto, arrastrando los pies, llegó al restaurante.

—Cualquier cosa...

Tuvo que precisar. Citando el mozo se alejaba, le llamó otra vez y encargó vino. Empezó a jugar con el panecillo: le recortó los cabos y las esquinas, hasta darle forma de ataúd.

—¿Le pasa algo, señora?

—No, nada. Gracias.

Un sorbo de caldo, unos trozos de pescado. No tenía ganas. Bebió un vaso de vino. Se sirvió inmediatamente otro, pero pensó que, con el estómago casi vacío, podría emborracharla. Comió un poco más. Al segundo vaso se sintió más fuerte.

—Café. Tráigame también café.

Eran las tres menos cuarto.

—¿Queda muy lejos de aquí el Compostela?

—No, señora. Ahí, a la vuelta. Ya sabe, en la misma plaza de donde salen los autobuses.

«Le diré a Cayetano que estoy muriendo, para que comprenda todo el horror de su seducción. Le diré que mis besos podrían emponzoñarle, y que abrazarme sería como abrazar a las Parcas».

Le vino, de momento, la duda de si la Parca sería lo que pensaba, un esqueleto descarnado con guadaña, o si sería otra cosa. Lo fue pensando por el camino y la duda la distrajo. Frente a la puerta del hotel se recobró. Por un momento dejó que el cuerpo se apoyase, fatigado, en el paraguas cerrado; pero antes de subir las escaleras se irguió repentinamente, se miró en el espejo del bolso, echó unos polvos a la nariz.

—Moribunda, sí; pero fea, ¿por qué?

Un botones vestido de azul le abrió la puerta. No quiso preguntar nada. Vio, al fondo, las columnas del patio, los colores de la alfombra.

—Gracias. Voy allí.

Todavía vaciló entre entrar erguida o desmayada. Se encontró con que Cayetano le salía al encuentro.

—Empezaba a impacientarme. ¿Cómo está usted?

—Casi muerta. Ayúdeme.

Cayetano la empujó por la cintura hasta el sillón, la sostuvo mientras se sentaba.

—Voy a morir pronto, Cayetano. Pida usted para mí algo que me dé fuerzas.

—¿Coñac?

—Lo que usted quiera. No me hará toser, ¿verdad? Sería horrible.

Cerró los ojos.

—Estoy cansada, muy cansada —murmuró—. Tendrá usted que perdonarme.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, mantuvo los ojos cerrados sobre una sonrisa triste. Cayetano intentó cogerle una mano.

—¡No! Aquí me conoce todo el mundo.

Con los ojos abiertos ya, añadió dulcemente:

—Repórtese.

Cayetano encendió la pipa.

—¿Viene usted del médico?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Que me quedan tres meses de vida. Cuatro a todo tirar. El médico me leyó mi sentencia de muerte.

—Eso es para meterle miedo.

—No, Cayetano. La verdad es que me voy a morir. La verdad es que me iré pronto, tan sola y triste como he vivido. Porque, ¿qué llevo de la vida? Pena, dolor, aburrimiento. Eso, aburrimiento. Me he aburrido siempre.

Llegaba el camarero con lo pedido.

—Será mejor que eche el coñac en el café.

—¿Usted cree que no me hará toser?

—Así, no. Y en seguida nos iremos.

—¿Adónde?

—Puedo llevarla a dar un paseo en coche.

—¡Me conoce todo el mundo!

—Un paseo es algo inocente; además, bien puedo llevarla a usted a Pueblanueva. Es lo que se le ocurrirá a cualquiera.

Doña Lucía sorbió el café.

—Me he aburrido siempre —repitió—. Un aburrimiento mortal, sin esperanza. Y ahora voy a morirme.

Entró en el automóvil disimulando el rostro bajo el paraguas. Salieron a una carretera. Cayetano iba en silencio. Habían pasado las últimas casas cuando ella preguntó:

—¿Adónde me lleva?

—A pasear.

—Me da usted miedo. O...

—¿O qué?

—... me doy miedo a mí misma.

Cayetano detuvo el coche de un frenazo fuerte. Se volvió hacia ella.

—Eso, ya ve, no lo entiendo.

—¡Es que usted no lleva la muerte encima! Si la llevara, como yo, sentiría una rebelión.

Entornó los ojos.

—Algo así como las ganas de ser feliz.

Cayetano puso en marcha el coche. Atravesaban un pinar oscuro, con guedejas de niebla enredadas en las copas. Salieron pronto al valle, ancho, verde, apagado. Bajo la lluvia, algunas mujeres trabajaban en la siembra.

—Esas pobres esclavas —dijo doña Lucía— tienen momentos de dicha. Son madres, no se aburren, acaso amen a su manera.

—Y usted, ¿se aburre ahora?

Lo preguntó como un escopetazo. Doña Lucía vaciló, y dijo luego:

—No. Ahora no. ¿Cómo voy a aburrirme? Estoy triste, y siento dolor en el alma. Pero no soy feliz.

—¿Quiere serlo?

—¿Cómo?

—Le pregunto si quiere ser feliz ahora mismo.

—¡Cayetano!

—Respóndame.

—¿Qué es lo que me propone?

—Respetuosamente la invito a acompañarme.

—¿Para qué?

—Lo sabe usted de sobra.

—Cayetano, ¿se da usted cuenta...?

—Sí.

—Soy una mujer honrada, soy una buena esposa.

—Pero se aburre y no es feliz.

—Lo que usted me propone es un pecado.

—En eso, no me meto.

—¡Voy a morir y perderé mi alma!

—Vea si le compensa.

—¡Cayetano, es usted un monstruo!

—Alabado sea Dios.

—Si cedo a la tentación me matará el remordimiento.

—¿Qué más le da, si va a morir de todos modos?

—Es usted cruel.

—Le ofrezco ser feliz. En lo demás no me meto.

Doña Lucía bajó en silencio la cabeza.

—¿Qué me responde?

—Que responda por mí el destino.

Cayetano frenó. Detuvo el coche y le dio la vuelta.

—¿Adónde vamos?

—No pregunte.

Arrancó, y a poco se metió por una carreterilla afluyente. El coche saltó en un bache y se detuvo en seguida frente a una casa solitaria, encalada, con las ventanas y las puertas pintadas de verde. En el costado y sobre la puerta principal se anunciaban vinos y comidas.

Asomó por encima de la media puerta una vieja enlutada, arrugada, y esperó a que bajase Cayetano, a que ayudase a bajar a doña Lucía. Entonces, la vieja franqueó el postigo.

—Buenas tardes, don Cayetano y la acompaña.

Cayetano le golpeó un hombro.

—¿Qué hay? ¿Estás sola?

—Los hombres están en el lugar.

—La señora viene cansada y quería echarse un poco.

—Ya sabe dónde es. ¿Les sirvo algo?

—Te avisaré.

De la taberna arrancaba una escalera muy limpia. Subieron. Cayetano guio por un pasillo iluminado por una ventana, abrió una puerta y empujó a doña Lucía dentro de un comedorcito con suelo de madera muy blanca y enarenada. En un costado, una cortina de encaje de bolillos medio ocultaba la alcoba.

Doña Lucía se detuvo en el umbral.

—¿Este es su antro, Cayetano?

—Un antro claro y limpio, como ve.

—¡Si las paredes hablasen!

—Pero no hablan.

—¡Cayetano, esto es como la antesala del infierno para mi alma!

—Está a tiempo de arrepentirse.

Lucía atravesó el umbral.

—Hace frío.

—Por algún lado hay una estufa. Espere, que la enciendo.

—¡Todo lo tiene preparado!

Cayetano entró en la alcoba y sacó una estufa de petróleo. Mientras la encendía, ella se sentó junto a la mesa y escondió la cara entre los brazos cruzados.

—El hambre de felicidad me arrastra hacia el abismo. Me siento descender. Me siento a la altura de Rosario la Galana y de tantas otras mujeres que usted ha seducido y engañado. ¿Cómo podré mirar a las mujeres honradas?

—No hay mujeres honradas.

—¡Yo lo he sido hasta hoy!

Ardió la llama en la estufa. Cayetano la aproximó a la mesa. Ella no se movió. Cayetano empezó a quitarle el abrigo. Sin hacer resistencia, preguntó ella, mimosa:

—¿Qué haces?

—Vas a tener calor con esto encima.

Le dejó hacer. El abrigo voló hasta quedar encima de una silla. Cayetano la cogió por la barbilla y le levantó la cara.

—¿Vas a besarme?

—Claro.

—No me beses en la boca. Mis labios son venenosos.

Los tendió, sin embargo. Pero Cayetano no la besó. La cogió en brazos y la llevó a la alcoba. Quedó doña Lucía tendida sobre la colcha, mientras Cayetano traía la estufa. Se sentó luego en el borde de la cama y empezó a desabrocharle la blusa. Doña Lucía, con los ojos cerrados otra vez, sonreía entre feliz y amarga; feliz, con una muequecilla de amargura, con un pequeño rictus. «Te doy todo a cambio de tu ternura», murmuró. Dejaba que la

despojases. Empezaba a sentir sobre la piel el calor cercano de la estufa. De pronto:

—¡No! ¡Eso no!

Las manos de Cayetano se detuvieron en los hombros, donde intentaba desabrochar algo.

—¿Cómo no?

—¡No, Cayetano, eso no! ¡Por piedad, eso no!

Cayetano la cogió por los brazos, pero ella se desasíó y saltó de la cama.

—¡No, por piedad, no, Cayetano!

Acogida al rincón, protegía el pecho con las manos.

—Sé razonable.

—¡Respetar mi pudor!

—¡Con pudor no hay felicidad posible!

—¡Cayetano, soy una dama indefensa!

La mano del hombre se levantaba y avanzaba hacia ella. La vio con horror, poderosa, los dedos fuertes que empezaban a crisparse. Cayetano no sonreía. Miraba con seriedad, con dura sequedad.

—Vamos, no seas niña.

—¡Cayetano!

Cayetano apartó, implacable, los brazos de Lucía, los brazos débiles, delgados, cruzados contra el pecho, y dio un tirón. Le quedaron en la mano los burujos de algodón que hinchaban la seda rosa, un poco ajada.

—¡Caye... tano!

Ella cerró los ojos y resbaló hasta el suelo. Sus brazos ya no intentaban proteger el pecho liso, de impúber. Caían inertes como los brazos de un muñeco.

Cayetano apretó con rabia el armatoste de seda y algodón.

—¡Puñetera loca! ¡Mira tú...! ¡Y ahora se me desmaya!

La recogió, la acostó bien tapada; echó encima de la colcha la seda rellena.

—¡La puñetera loca!

Le dieron ganas de reír. Salió, riendo, del comedor; bajó, riendo, las escaleras.

La vieja se había sentado en un banco, junto a la puerta, y desgranaba

mazorcas doradas de maíz. Al sentirle alzó la vista:

—¿Quiere algo?

—La señora se ha puesto mala. Sube a ayudarle y lleva un poco de aguardiente. Con cuidado, que está tísica.

—¿Se queda aquí?

—Mandaré en seguida un automóvil a recogerla. No la dejes sola.

Le dio un billete. Al subir al coche volvió a reír.

El autobús de Santiago llegó a las siete y media. Había cerrado la noche y llovía menudo, sin fuerza. Las luces de la calle se velaban suavemente con la lluvia. A la puerta de la central de autobuses esperaban hasta seis mujeres, de las que llevan maletas, y otros tantos muchachos desharrapados. Los muchachos fumaban en corro un pitillo que se pasaban de boca en boca. De vez en cuando, uno de ellos se asomaba a la plaza, fuera de los soportales; decía: «Aún no viene», y volvía al turno de chupadas. Una de las mujeres les llamó «Cochinos» y empezaron los insultos; pero antes de que se enzarzasen, llegó el autobús. Corrieron a las portezuelas, se ofrecieron para llevar lo que fuese. Doña Lucía se asomó a una ventanilla y llamó a uno de ellos:

—¡Toma! —le dio una moneda—. Vete a mi casa y di que venga alguien.

—Si hay que llevar alguna maleta...

—No, no. Que venga mi marido, si está; si no, la criada.

Por encima del rostro de doña Lucía asomó una cabeza aldeana.

—¡De prisa! Que la señora viene mala.

—¿Adónde he de ir? —preguntó el rapaz.

—¡A la botica! ¿Es que no la conoces?

El rapaz salió pitando bajo la lluvia azul. La gente había descendido del autobús. Doña Lucía, renqueante, quejumbrosa, bajó la última, ayudada de su compañera. Se había quitado la pintura y venía demacrada. Le temblaba la mano al agarrarse; se crispaba, convulsa, en el brazo de la aldeana.

—Espere aquí. Arrímese. Le traeré una silla.

Se dejó conducir, esperó arrimada a una columna, se dejó sentar. Suspiraba; gemía de vez en cuando.

—¿Viene enferma?

—Viene muy mala, la pobre. No dejó de llorar todo el camino.

—Nunca tuvo buena cara. ¿Y de qué es?

—Será de tisis. No hay más que verla.

—De lo que mueren todos. Mi pobre hijo Romualdo, que en gloria esté...

La criada apareció corriendo, al cabo de los soportales, con un paraguas. Doña Lucía había cerrado los ojos. La criada preguntó qué pasaba.

Se lo explicaron.

—¿Y el marido? ¿No estaba en casa el marido?

La criada no respondió. Se acercó a doña Lucía.

—Ande, levántese. Yo la ayudaré.

—¡No puedo más!

—¡Si no hiciera locuras...!

La levantó sin esfuerzo.

—¿Quiere que la lleve en brazos?

—¡Mujer...!

Se fueron caminado bajo el paraguas. Doña Lucía escuchó los comentarios de las que quedaban, las condolencias. Al salir de la plaza apuró el paso.

—¿Qué prisa tiene?

—Quiero llegar a casa. Voy a morirme.

—Ande, que no será aún.

Al llegar a su dormitorio se dejó caer en un sillón.

—Vete al casino y que venga mi marido. Es decir, si el juego o las mujeres no le retienen.

—¡Ande, calle y no se meta con él! Ahora se lo traeré.

Se oyó un portazo al cabo de la escalera. Doña Lucía se levantó, encendió todas las luces y abrió la puerta del armario. Se miró en el espejo.

—Soy una mujer bella —dijo en voz alta—. Soy la mujer más bella de Pueblanueva, aunque esté tísica.

Cerró el armario y se quedó un rato arrimada a él, llorando.

—No merezco ese desprecio.

Volvió a abrir el armario, buscó un camisón rosa y empezó a desnudarse. Antes de ponerse el camisón se contempló de nuevo.

—Mi cuerpo es casi espíritu, pero los hombres solo quieren la carne. Son unos cerdos. Jean Harlow: eso es lo que les gusta.

Apagó todas las luces, menos la lámpara nocturna, y se metió en la cama. Sintió en seguida ruido en el portal, reconoció los pasos de su marido en la escalera y en el pasillo. Don Baldomero subió disparado.

—¡Lucía! ¿Qué te pasa?

Ella le hizo señal de que se acercase.

—Muy pronto te verás libre de mí.

Él se sentó en el borde de la cama.

—Vamos, cuenta.

—¿Para qué? Ya te escribiré el médico. Yo, a lo mejor, exagero.

—Tienes muy mala cara.

—La de siempre. Solo que tú no te fijas.

Don Baldomero sacó la petaca, pero ella le detuvo.

—No fumes, te lo suplico.

—Pero ¿tan mal te encuentras?

—Estoy muriendo.

Empezó a llorar. Él le cogió la mano e intentó consolarla.

—No será tanto, mujer. ¡Si me hubieras hecho caso! Vengo diciéndote hace un siglo que fueras a Santiago. Un neumotórax a tiempo...

—¿Para qué? Solo me hubiera curado la felicidad, y esa..., ¿dónde encontrarla?

Don Baldomero le soltó la mano.

—Algo te habrá dicho el médico.

—Que me vaya a la montaña. Y yo digo: ¿para qué? ¿Para morirme sola y despreciada como he vivido?

—No puedo abandonar la farmacia, pero iré de cuando en cuando. Y ya verás cómo mejoras.

Ella dejó caer los brazos desmayadamente sobre el embozo.

—A estas alturas, ni la felicidad puede curarme ya. Estoy tocada de muerte y, aunque resignada, me da pena de mí misma. Aún soy joven, y ¡llevo tan poco de la vida! Dolor y desprecio.

Le dio la tos. Don Baldomero corrió a la cómoda y trajo una medicina.

—Toma esto y no hables.

Esperó, con la píldora y el vaso de agua en las manos, hasta que pasó el arrechucho.

—¡Gracias! Déjame sola. Y, por favor, no duermas conmigo. Manda que te preparen la otra cama.

—Como quieras.

—Marcharé a la montaña en cuanto me sienta con fuerzas para el viaje. Y no te aflijas por mí, ni sientas remordimiento. No somos responsables de nuestro destino. El tuyo fue hacerme desdichada, y el mío...

Volvió a llorar. Don Baldomero permaneció de pie unos minutos; luego salió al pasillo. Bajó corriendo las escaleras y entró en la rebotica. Se sentó cerca de la camilla, lio un cigarrillo y, de pronto, empezó a sollozar.

Estaba oscura la mañana, oscura y lluviosa. Iban a ser las ocho y todavía no clareaba. La lluvia golpeaba las vidrieras y, a veces, una pequeña ráfaga de viento las sacudía. Inés entró en la cocina. Arrodillada ante el llar, Clara soplaba furiosamente sobre unos leños, tercos en no encenderse. Inés preguntó por el paraguas.

—¿Vas a salir con esta mañana?

—Como siempre.

—¡También son ganas de mojarse!

Clara fue a un rincón, donde el paraguas, abierto, se secaba. Lo cerró y se lo entregó a Inés. Esta le preguntó si lo necesitaría pronto.

—No pases cuidado. Si tengo que bajar, con un saco me arreglo.

—Hasta luego.

Inés salió al corral, lo atravesó. En la carretera, un grupo de mujeres cargadas de cestos iba al mercado. Saludó y pasó adelante. Lucían todavía las bombillas gastadas del alumbrado público; a su resplandor se veían las gotas de lluvia como un velo.

Al llegar a las primeras casas cerró el paraguas y se acogió a la protección de los aleros.

En el portal de Rula esperaban ya tres o cuatro muchachas. Se saludaron en voz baja y caminaron, dos delante, dos detrás, una en el medio. En casa de Julia esperaban otras cuatro.

—Yo no iría a casa de la boticaria. Me han dicho que ayer llegó muy enferma de Santiago.

—Hay que ir.

En casa de doña Lucía bajó la criada.

—Dice que está muy mal y que no cuenten con ella. Dice que ya no podrá volver más, y, si hacen el favor, que vengan a visitarla cuando regresen.

Para algunas fue una lata; para otras, una pena.

—Sin una señora que autorice, no está bien que vayamos solas todos los días. Un día o dos no importa. Pero siempre...

—Figuraos que nos sale otra vez al paso Cayetano.

—¡Qué horror!

—Y tú, ¿no dices nada, Inés?

—Yo siento que nuestra hermana esté enferma, pero no creo necesaria la autoridad de nadie para poder ir tranquilamente a la iglesia.

—Mujer, eso ya se sabe. Pero a estas horas y tan lejos... Aún si fuera en el verano.

—Figúrate si sale Cayetano...

—Si tanto teméis a un hombre, ¿qué será del diablo?

—Lucía dice que Cayetano es el diablo. ¿Tú lo crees?

Inés sonrió en la oscuridad.

—Hacer la señal de la cruz, y si escapa...

—Dejemos a Cayetano en paz. Lo que yo digo es que mi madre no me dejará venir si no nos acompaña una persona que autorice.

—Yo puedo autorizaros —dijo Inés.

—Sí, claro, es cierto. Tú vas a meterte monja y, además, eres mayor.

—Yo, simplemente, no tengo miedo.

Habían salido del pueblo y caminaban por la carretera, junto a la mar. Quedaban lejos las últimas luces de Pueblanueva, dormida.

—Pues yo no las tengo todas conmigo. Mira que si nos sale al paso Cayetano...

—¿Lo temes o lo deseas?

—¡Ay, mujer, no te pongas así! ¿Cómo voy a desearlo?

—Pues si lo temes, reza y no aparecerá.

Quedaron en silencio. Al llegar al monasterio clareaba el día por encima de los montes, pero, sobre la mar, el cielo estaba oscuro y hosco. Una bandada de gaviotas graznaba en el aire.

—Va a seguir el mal tiempo —comentó alguien.

—Si llueve, nos chafarán el carnaval —dijo en voz baja Julia Mariño.

Su compañera le dio un codazo.

—Que no te oiga esa. Ya sabes cómo es. ¿Vas a ir al baile?

—Ya veré si puedo. Mi madre dice... Estoy preparando el disfraz, por si acaso...

Entraron en la cripta. Inés ocupó el asiento de doña Lucía.

—Mírala. Ya empieza a autorizarnos.

Hubo una risa leve. Salía el padre Ossorio, ya revestido. Empezó la misa. En seguida cantaron.

Inés se abstraía. Cantaba, o respondía, mecánicamente. Estaba de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho y el velo muy echado sobre el rostro para que no la viesan. Sus ojos se habían clavado en el oficiante, seguían sus movimientos, y el alma interpretaba su significación. Cuando alzaba las manos para orar, o cuando las recogía y juntaba. Cualquiera de las otras podían hacer lo mismo, todas habían sido instruidas; pero ella las sabía dispersas, aburridas quizá. Las otras se habían quedado atrás en el camino del espíritu; solo ella había recogido la semilla.

Terminado el Evangelio, el preste les habló:

—Hoy conmemora la Iglesia a su hijo Simeón, mártir y obispo. Estamos celebrando, como habéis visto, la misa «Statuit», en cuyo evangelio, según san Mateo, cuenta el Señor la parábola del rico que, teniendo que ausentarse, entregó los bienes a sus siervos.

Se apoyó ligeramente en el cuerno del altar, movía la mano diestra y miraba al fondo de la cripta, como si su auditorio se escondiese en las últimas sombras. El rico había entregado a un siervo cinco talentos, dos a otro. El tercero, que había recibido uno solo, corrió a esconderlo bajo tierra. Y todo lo demás. ¿Qué es lo que pretendía el Señor explicar con la parábola? Hay una interpretación vulgar, que dice... Pero nosotros estamos obligados a escudriñar la palabra de Dios y extraerle el sentido. El siervo que enterró su dinero puede ser como el cristiano que recibe de Dios la libertad, y no sabiendo qué hacer con ella...

Poco a poco las palabras se hacían más delgadas. Como todos los días. Empezaba sencillamente, luego se remontaban, y era difícil seguirle. Inés

pensó que, si miraba atrás, sorprendería el sueño en los ojos de sus compañeras. Sorprendería, al menos, la incomprensión y el tedio. También como todos los días. Cuando el padre Ossorio abandonaba la sencillez, ella se sabía seleccionada, arrancada a las otras, porque solo ella podía seguirle y entenderle. En realidad, el padre Ossorio, sin saberlo, solo hablaba... para ella. Las palabras del padre Ossorio eran como el puente tendido cada mañana entre el alma de Inés y la Divinidad, como la escala por la que ascendía, por la que se alejaba, por la que se perdía en la dicha, pero envuelta por ellas siempre, en ellas apoyada. Sabía que, de cesar, ella descendería inmediatamente. Cuando acababa la homilía y el padre Ossorio volvía al centro y entonaba el credo, el alma de Inés regresaba de la altura, se metía en su almario, se alejaba del Señor. Hasta el día siguiente.

Una de las muchachas se había dormido, efectivamente. Despertada a codazos, incorporó su voz al coro que cantaba el credo. Otra de las muchachas cuchicheó; Inés volvió la cabeza, ordenó silencio con un gesto.

«Cuando me marche al convento, ninguna de ellas volverá aquí». Para el «Orate» ya se habían sosegado y respondieron correctamente. «Pero ¿me marcharé algún día? ¿Lo deseo de veras, lo necesito, o es algo que deseé alguna vez, algo en que sigo pensando por rutina? Si el padre Ossorio pudiera confesarme, seguramente me diría qué debo hacer. Nunca nos ha aconsejado la vida monástica. Su predicación nos orienta hacia la vida, nos enseña cómo hemos de vivir, cristianamente, en el mundo. Sin embargo, yo me he consagrado a Dios en mi corazón, yo ya he votado por Dios...». La interrumpió el «Sanctus»; durante el canon se esforzó por no pensar en sí misma, por entregarse a las palabras del misal, por hacerlas único habitante de su alma. Después de la elevación, insensiblemente, siguió leyendo, pero, en su interior, dialogaba consigo misma. «El convento es un accidente. Puedo seguir así un año y otro, hasta que Dios disponga de mí. Vivo en caridad y con sacrificio. En el convento estaré mejor. Quizá Dios me ordene quedar, precisamente porque mi vida aquí es muy trabajosa, y quizá por eso me regale cada mañana esta felicidad de sentirme cerca de Él. En el convento no la tendría, seguramente...». *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*. «Me la da porque la necesito para no desfallecer». Dos o tres chicas se habían acercado al comulgatorio. Las otras, de pie, iban a seguirlas. Fue ella también. Al

arrodillarse dejó de pensar en sí misma, dejó de sentirse ella misma. Sus compañeras esperaban en silencio, con las cabezas inclinadas. Desde el altar, el padre Ossorio las bendecía.

—Pues mira, parece que va a mejorar el tiempo. Ya no hay gaviotas.

—Falta hace. Está una harta de tanta lluvia. Todo el mundo anda acatarrado.

—¿Iremos a casa de doña Lucía?

—¿Ahora? ¿No será muy temprano?

—Lo bueno sería ir todas juntas.

—Ya me diréis para qué nos quiere a todas. Conque vayamos dos o tres, le basta.

—¿Tú puedes ir, Inés?

—Inés debe ir. Al fin y al cabo ella...

Decidieron, finalmente, que iría Inés con Julita y Rula.

—¿Qué vamos a hacer nueve mujeres en la habitación de una enferma? Es mejor así. Vosotras sois sus amigas particulares.

Se deshizo el grupo al llegar al pueblo. Inés no había dicho nada, no había asentido siquiera, pero se unió a Julita y Rula. Iba delante de ellas, bajo el paraguas enorme. Rula y Julita habían iniciado, bajo el suyo, un cuchicheo.

—Mamá quiere que vaya al baile con ella, pero a mí me gustaría ir sola.

—¿Te atreves?

—Ya lo creo. Casi lo prefiero.

—Si me llevaras contigo...

—Bueno, con tal de que nadie lo sepa. Porque ya sabes luego cómo se ponen y lo que dicen. Y como una no va a hacer nada malo... —calló un momento—. ¿De qué es tu disfraz?

—¿Y el tuyo?

Julita arrimó los labios al oído de Rula. Esta se estremeció.

—¡Qué horror!

—¡Si vieras qué bien me sienta! Lo encontré revolviendo en el desván, en unos baúles viejos. Tuvo que ser de mamá. Está un poco picado, pero lo zurciré.

—Yo no sé aún de qué podré disfrazarme. De destrozona...

—Lo mejor será que te vengas a mi casa con lo que tengas, y allí nos vestimos y salimos juntas por la puerta del jardín.

—Sí, pero no tiene que saberlo nadie. ¡Si se entera doña Lucía!

—O esa... —indicó a Inés con un movimiento de la cara.

Las mandaron pasar en seguida. Doña Lucía se había atado los cabellos con un pañuelo. La luz de la mañana la hacía más pálida.

—¡Hijas mías, mis ovejitas! ¡Ya veis lo que Dios me envía!

Se echó a llorar. Julita y Rula corrieron a su lado, pero ella las detuvo.

—No os acerquéis. Contamino.

Retrocedieron. La mano alzada, el brazo escuálido de doña Lucía, les parecía una advertencia aterradora.

—Sentaos lejos. Ahora os traerán el desayuno. ¡Estaréis hambrientas, ovejitas mías! Gracias por haber venido. ¿Y las demás?

—Por no molestarla... Acordamos venir nosotras.

—¡Qué delicadeza! Dios os bendiga. He pensado en vosotras toda la noche.

La criada asomó la jeta por la puerta entreabierta.

—¿No son más que estas tres?

Se retiró sin esperar respuesta.

—He pensado, sobre todo, en ti, Inés. Por tu edad y por tu perfección espiritual pareces destinada a sustituirme. Pero ¿podrás hacerlo todo el tiempo necesario? Si te vas al convento, ¿qué será de estas criaturas? ¡No lo quiero pensar, solas, sin pastor, y ese lobo que las ronda!

—Me iré al convento cuando Dios lo disponga, no antes.

—De todas maneras... —se removió en el lecho—. ¿Quieres ponerme bien las almohadas, Inés? Dios te lo pague. De todas maneras, cuidarte de estas niñas no será fácil. Ya sé, ya sé que estás más cerca de Dios que yo, y que por ese camino eres la mejor guía. ¡Mucho mejor que yo, ya lo creo! Pero no es eso solo. Además de guiar, hay que guardar; y para guardar hay que conocer los peligros del camino. Yo los conozco mejor que tú, Inés, precisamente por estar en el mundo.

Suspiró profundamente y añadió:

—Por ser una pobre pecadora a la que pronto Dios llamará a su juicio.

Entró la criada con el servicio de café y una bandeja de bollos.

—¿Usted no va a tomar nada, señora?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Pues siga así, ya verá adónde llega.

—Ponme un poco de café. Si Dios me ayuda a tomarlo... ¡Pobre de mí!

Julita se acercó con la taza y se la ofreció. Doña Lucía tomó un sorbo y rechazó la taza.

—No puedo. Solo tengo ganas de morir.

—Ande, otro sorbito.

Olvidada de la contaminación, Rula se había sentado en la cama y sostenía ahora la taza.

—¡Hija mía! ¡Qué buena eres!

Tomó por fin el café. La ayudaron a sentarse, le rellenaron de almohadones el espacio entre espalda y cabecera. Entornaron las maderas de la ventana, porque la luz empezaba a molestarle.

—Estoy un poco más confortada. Y voy a preveniros, por lo pronto, contra los actos que se anuncian de una misión. Empezarán con un rosario de penitencia el Miércoles de Ceniza. ¡Mucho cuidado! A eso solo va la gentuza. Lo toman como pretexto para reírse y juerguearse. A vosotras os ha escogido Dios para un cristianismo de selección. Tenéis la obligación de dar ejemplo. Nada de mezclarse con esos que hacen una diversión de los actos del culto.

Se tragó una tosecilla y respiró hondo.

—Ya veréis cómo el diablo estará al acecho. El diablo está ahora vacante, ¿y qué mejor que el rosario de la aurora para pasar revista a sus futuras víctimas?

Miró a Inés con ternura.

—Inesita, ya sé que para ti no hay peligro; pero estas criaturas, jóvenes y fuertes, sentirán pronto la llamada de la naturaleza. Tienen que casarse, y tienen que llegar vírgenes al matrimonio.

Julia Mariño tosió; a Rula le dio la risa.

—¡Ay señora, de qué nos habla!

—En eso manifestaréis vuestra victoria contra el diablo. Por ahí empezará la regeneración de este pueblo. Se entrega al amo la que quiere; pero donde hay virtud y fortaleza, el amo no puede nada. Mi último ruego es que resistáis

el cerco que ha de ponerlos, pero...

Se interrumpió y las miró —a Julita y a Rula— con tristeza.

—... pero si alguna de vosotras cae, os suplico que aguardéis a mi muerte. No quisiera irme del mundo con ese dolor.

—Bueno, señora, ¿quién piensa ahora en morirse?

—Yo. Estoy muy enferma. Dentro de unos días me llevarán a la montaña con el pretexto de curarme. No voy a curar, pero estaré lejos, y mi agonía no perturbará ninguna conciencia. Voy a estar sola, y lo agradezco: tengo mucho que pensar en mi alma y muchas cosas que poner en orden antes de morir. El Señor fue despreciado, y me mandó también el desprecio para darme ocasión de imitarle. ¡Cuánto voy a sufrir, hijitas mías, y qué soledad! Espero que vosotras, desde aquí, me ayudaréis con vuestras oraciones.

Rula se había compungido; Julita hipaba en un rincón; Inés, de pie junto a la cama, contemplaba a la enferma serenamente.

Llamaron a la puerta. Entró un ordenanza con la gorra en la mano.

—Ahí fuera está Mauricio, el de Xoane. Dice que usted le mandó venir.

—Sí. Que pase.

Cayetano se levantó de la mesa de escritorio y esperó. Mauricio apareció en la puerta. Daba vueltas en las manos a una boina chica y mojada. Allí quedó.

—Pasa, hombre.

—Con permiso.

Cayetano le tendió la mano. Mauricio, el de Xoane, le miró con mirada temblorosa, miró la mano tendida; luego alargó la suya y la retiró en seguida.

—Siéntate.

—¿Quién, yo?

—¡Siéntate, hombre! Y no tiembles, que no como a nadie. ¿Quieres echar un vaso?

Mauricio se sentó en el borde del sofá y aceptó con un movimiento de cabeza. Cayetano fue a una mesilla y sirvió dos vasos.

—Tinto, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y un pitillo también?

—Bueno.

—Ahora dime, ¿cómo va la comparsa de este año?

Mauricio dio un respingo.

—¿Le han venido con cuentos? No nos metemos con usted. Le doy mi palabra.

Cayetano, riendo, dejó la butaca y se sentó en el sofá, junto a Mauricio. Le echó la mano por el hombro.

—Ni me han venido con cuentos, ni tenías por qué meterte conmigo. De otra manera, no te hubiera llamado.

—¡Ah!

—De modo que dime cómo va.

—Tenemos el cartel a medio pintar, y la música hecha. Estamos con la letra.

—¿Lo hacéis vosotros todo?

—El cartel lo pintan fuera. Yo doy la idea, y lo tengo que pagar. La letra, este año, la hace un seminarista de Muxía que colgó la sotana. Un tío muy listo.

—¿Y cuánto te cuesta todo?

—Unos cuarenta duros. Veinte por el cartel y veinte por la letra.

—De modo que lo que se dice hecho, solo tienes la música.

—Esa la hago yo.

—Y aún faltan unos doce días para el domingo de Carnaval.

—Aún.

—Lo primero, la letra, porque tendréis que ensayarla. El cartel con que esté aquí el día antes...

—Claro.

Cayetano dio una palmada en la rodilla de Mauricio.

—Tienes que hacerme un favor.

—¿Yo?

—Voy a darte una historia —cogió un papel escrito de encima de la mesa—. Aquí está. Hoy mismo te vas a Muxía y se la das al seminarista, y que haga una letra nueva. Después que te pinten el cartel con lo que aquí se cuenta. La música puede servir la misma.

—¿Puedo... leerlo?

—¡Claro!

Mauricio sacó del bolsillo unas gafas con armazón de acero, se las caló y empezó a leer.

—¡Ji, ji! ¡Ji! ¡Ji, ji, ji! ¿Fue cierto esto?

—¿Qué más da?

—¡Ji, ji! Claro que fue cierto. Pueden salir unas buenas coplas.

—Es lo que importa. Buenas coplas y buen cartel. Para eso, pagarás doble al seminarista y al pintor. Y con lo que sobre...

Tendió a Mauricio unos billetes.

—¿Para... nosotros?

—Con lo que sobre, de momento, merendáis. Corro con todos los gastos, y esto no es más que el anticipo.

Mauricio no se atrevía a tender la mano. Cayetano dejó el dinero encima del sofá, se levantó y dio unos pasos.

—Que esté bien ensayado. Si alguno tiene que dejar de trabajar, correré con sus jornales; y si alguno trabaja en el astillero, queda desde ahora mismo dispensado de venir.

—Sí, señor. Juan, el de Balbina, y Manolo el Pico.

—Que vengan a hablar conmigo.

Se detuvo frente a Mauricio y le miró severamente.

—Ahora bien: esto no lo sabemos más que nosotros, ¿entiendes? Tú y yo. La historia la oíste contar. El dinero te vino caído del cielo. Inventa lo que quieras. A la primera sospecha de que te has ido de la lengua, te hundo.

Mauricio, puesto de pie, bajó la cabeza.

—Sí..., señor.

—No te dejes ahí el dinero y lárgate ahora mismo a Muxía. Será mejor que alquiles un coche para llegar antes.

Buscó en el bolsillo y tendió un par de billetes más.

—Para el coche.

Dejó salir a Mauricio, dio unas vueltas, después, por la oficina. Cuando sonó la sirena, se adelantó a la salida de los obreros y marchó al casino. Se le emparejó, a poco, Cubeiro. Entraron juntos. El juez escuchaba unos discos.

—¿Hay partida?

—¿Solo de tres?

—Alguien más vendrá.

Llegó en seguida don Lino. Armaron la partida. A eso de las doce y media apareció don Baldomero y se sentó a mirar. Cayetano poco más hizo que responderle al saludo: parecía muy metido en el juego. Se discutió una jugada: Cayetano no llevaba razón y arrojó las cartas.

—Allá ustedes. Dejo el puesto al boticario. Sí está de humor para jugar...

—¿Por qué no he de estarlo?

—Me dijeron que su señora llegó ayer muy enferma. Por cierto, ¿qué le sucede?

Don Baldomero ocupó el puesto que Cayetano dejaba vacante.

—¿Qué va a pasarle? Lo que a la gente que no se cuida. Tiene dos cavernas en los pulmones que le caben dos puños. Me lo dijo el médico por teléfono esta mañana. ¡Todo por no ir a tiempo a hacerse las neumotórax! Fue a Santiago y volvió medio muerta de miedo. Ahora tiene que ir una temporada a la montaña, pero de poco le servirá.

—¡Vaya por Dios! Y usted quedará triste.

—¿Quién? ¿Este? —intervino Cubeiro—. ¡Ya verá qué triste queda! El buey suelto bien se lame.

—Me refería al motivo —dijo Cayetano—. ¿Y cuándo marcha?

—¡Vaya usted a saber! Está en la cama y anda muy preocupada por esas chicas que van con ella al monasterio. Le da pena dejarlas solas.

—Su señora es una santa... Si necesita usted el coche para el viaje, lo pongo a su disposición.

Don Baldomero dejó caer las cartas que acababan de servirle.

—¿Lo dice de veras?

—En casos como este, querido don Baldomero, se olvidan las rivalidades políticas. Si usted quiere mi coche, dígamelo, y podrá disponer de él, con chófer, todo el tiempo que quiera. Bastará que me avise un par de días antes.

Cayetano se levantó y cogió el impermeable.

—Salude a su señora de mi parte y dígame cuánto lo siento...

Salió de prisa. Llevaba las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Al llegar a la playa fue bordeando el malecón, lentamente, sin mirar a nadie, sin contestar a los saludos. Pasaban los trabajadores hacia el astillero, le

miraban ensimismado, hablaban entre sí. Llegó al final del muelle, se arrimó a la farola, y así se estuvo un rato. A veces sonreía.

Cambió luego de rumbo, cruzó las calles bajas y subió al mercado. Empezaba a vaciarse de gente; pero Paquito el Relojero estaba todavía en su caseta, con un reloj en la mano y una lente en el ojo derecho. Al verle la dejó caer.

—¿Qué me quiere? Ya no tenemos que ver nada.

—No te pongas así, hombre. Es un recado para tu amo.

—No tengo amo, ya se lo dije otro día.

—Para tu casero, entonces. Le dices que, si no prefiere que vaya yo a su casa, que esta noche le espero a tomar café en la mía. Si no recibo aviso, le esperaré a las diez.

Paquito se colocó la lente.

—Está bien.

—Y este año, ¿no vas junto a tu novia?

Paquito respondió secamente:

—Aún no llegó la primavera.

Cayetano bajó al astillero. Hizo que buscasen a su chófer.

—Te vas a casa de Mauricio, el de Xoane, y si no lo encuentras, averiguas el coche que cogió para ir a Muxía y sales a la carretera a buscarlo. Corre lo que haga falta y cógelo antes de que llegue. Le dices que no hay nada de lo dicho, que me traiga personalmente el papel y que el dinero que le di lo considere como regalo.

Encendió un cigarrillo y bebió un trago. Una campana avisó la hora de comer. Fue a buscar a su madre y la llevó del brazo hasta el comedor. Don Jaime esperaba de pie, junto a su silla, y no se sentó hasta que doña Angustias lo hubo hecho. Cayetano le miró con rencor.

—Será mejor que te llegues a casa de Rosario y le digas que esta noche no venga, no sea el diablo que me tenga que quedar abajo, y ella me espere en balde.

Paquito le miró sin hablar. Se puso la pajilla y salió en silencio.

—Llévate un paraguas.

—No llueve.

Se perdían en el corredor los pasos del Relojero, cuando Carlos le llamó:

—Oye. Te pido perdón por haberte mandado a casa de Rosario. En realidad, debía de pedírtelo de favor. Yo no puedo ir, y tú eres el único que está en el secreto. Te ruego que lo hagas.

Paquito se echó a reír, saludó con el sombrero y se fue corriendo.

Carlos cambió de traje, se miró al espejo, meneó la cabeza y volvió a ponerse el que tenía. Cogió la boina en el perchero, se puso la gabardina y salió al jardín. Un viento frío barría las nubes y sacaba ruido a las copas de los árboles. A veces se descubría la luna y llenaba el jardín de sombras negras. Bajó la escalerilla, siguió por el camino de la playa hasta la calle del malecón. Empezaban a cerrarse las puertas, y la calle estaba desierta. Salía de alguna taberna la música de una canción tocada en el gramófono y coreada por la clientela. Pasó de largo por la casa de doña Mariana, cerrada también, oscuras las ventanas. Al llegar a la taberna del Cubano se detuvo. Dentro sonaban voces varoniles y, por encima de todas, la de Juanito Aldán. Estaba explicando el fracaso de la República por no haber realizado un programa social.

—No es cuestión de salarios altos. Salarios altos y carestía se persiguen uno a otro como el gato y el ratón, y quien pierde es el obrero. Es cuestión de propiedad de los bienes productivos, pero no por el Estado, como quieren los comunistas. El comunismo hace también política de salarios, como que el Estado es el único capitalista. El comunismo...

El murmullo apagó la perorata. Alguien objetaba:

—A mí que me doblen el jornal, y ya verán.

—A ti que te hagan propietario de los barcos a través del sindicato, y entonces ya veremos tú y yo.

—Los barcos son de la vieja.

—¿Pensáis que lo serán eternamente?

Carlos dejó de escuchar. Se deslizó por la acera, pegado a las paredes.

Más adelante, la calle, oscurecida, se iluminó: los faros del astillero alumbraban desde los postes altos, y en algún lugar un canalón movido por el viento hacía estridentes ruidos. Llegó a casa de Cayetano. Un guarda del astillero le salió al paso.

—Por aquí, señor.

Iba delante y alumbraba el suelo con una linterna eléctrica. Le llevó hasta la puerta del despacho privado y llamó. Abrió en seguida y dijo:

—Ya está aquí el señor que esperaba.

Se hizo a un lado. Carlos entró, y el guarda cerró la puerta sin ruido. Cayetano, de pie, le sonreía.

—Dame eso, lo pondremos en cualquier parte —dejó la gabardina y la boina de Carlos en una silla—. Has sido puntual. ¿Quieres sentarte?

Le señaló un sillón, y él se sentó en el de enfrente. Quedaba entre los dos el largo sofá vacío.

—Debía haberte enviado el coche. Perdóname que no lo haya hecho. No puedo explicarte por qué lo olvidé.

Carlos le dio las gracias. Dijo que un paseo nocturno, de vez en cuando, no le venía mal.

Estaba encendida la chimenea, y, cerca de los asientos, lucían dos estufas eléctricas. Encima de la mesilla había una bandeja con el servicio de café. Cayetano prendió la llama del infernillo.

—He preferido hacerlo yo mismo para que no nos molesten.

—Es muy buena esa cafetera. Doña Mariana me ha regalado una igual. Hace un café excelente.

Cayetano le miró con fijeza inquisitiva.

—¿La quieres mucho? —preguntó.

—¿A quién? ¿A la vieja?

—¿La quieres como a tu madre, Carlos?

—La quiero, simplemente.

—¿Recuerdas a tu madre? ¿Recuerdas, al menos, cómo la querías?

—¿A qué viene esto?

Cayetano sirvió el coñac y le ofreció una copa.

—Estás aquí por causa de mi madre. Entiéndeme, no porque ella me haya mandado traerte, sino porque...

Se interrumpió.

—Bueno, ya lo entenderás. Tendrás que entenderlo, aunque no quieras, porque voy a permitirme el lujo de ser totalmente sincero. Puedo hacerlo porque soy el vencedor.

Carlos llevó la copa a los labios.

—Brindemos por tu victoria. Ciento cincuenta botellas rotas y dos putas satisfechas.

—Esa no es mi victoria.

La respuesta fue brusca, casi grosera. Carlos apartó la copa de los labios.

—Es, al menos, lo que yo conozco.

—Pues vas a enterarte de lo que no puedes saber a menos que yo lo diga. Anteayer llevé a la cama a la mujer del boticario.

Carlos dejó la copa sobre la mesa. Hizo una pausa; luego, una mueca de desdén.

—¡Una tuberculosa medio histérica!

—Yo no creía lo de la tuberculosis. Debo decirte también que, aunque la llevé a la cama, no me acosté con ella, porque se me desmayó al descubrir que tiene las tetas postizas, y yo no abuso de una mujer desmayada.

Rieron los dos al mismo tiempo.

—Yo ya sabía lo del postizo —dijo Carlos—; te lo hubiera dicho, de habérmelo preguntado.

—Yo solamente lo sospechaba, y te confieso que la curiosidad ayudó a vencer la repugnancia. Pero eso no importa. La llevé a la cama. Recuerda que me dijiste, el otro día, que nada podría contra las beatas del monasterio. Pues la capitana está en el bote, al menos moralmente. Dentro de pocos días me acostaré con alguna de las chicas. Ya lo sabrás por la gente, porque no pienso ocultarlo.

Echó el café. Carlos bebió un sorbo del suyo y ponderó el sabor.

—Lo de Lucía me iba a servir, de paso, para bajarle los humos al marido. Te aseguro que siento de veras que no pueda enterarse de que lleva unos buenos cuernos. Pero no debe saberlo.

—¿Misericordia? En un hombre como tú, la misericordia es debilidad.

—Pensaba que lo supiese todo el mundo; pensaba armar una burla de las que se recuerdan durante siglos; lo hubiera hecho como lo tenía pensado. Pero esta mañana me enteré de que Lucía tiene los pulmones agujereados y que le queda poco tiempo de vida.

—Misericordia —repitió Carlos.

—He dicho que no.

—No lo entiendo, entonces.

—Suponte que el boticario le da una buena soba al enterarse y que ella se muere de las resultas. Es lo probable. Lo sabría todo el mundo, y lo sabría mi madre.

—¿Tu madre es para ti la medida del bien y del mal?

—Exactamente.

—No pensabas en ella cuando pegaste a Rosario.

—No, y por eso hubiera hundido el mundo cuando mi madre lo supo.

Carlos alzó las cejas y cogió su tacilla de café. Intentó sonreír, le salió una muequecilla, rápidamente borrada. Tosió.

—Espero que tu madre no apruebe que te acuestes con ninguna de las beatas. Son muchachitas jóvenes, probablemente vírgenes. Seducir a una de ellas es una mala faena.

—Eso no tiene importancia.

—Quizá tu madre, que es muy religiosa, según tengo entendido, piense de otra manera.

—En todo caso, son cuentos a los que está más acostumbrada. Lo resuelve rezando por mí.

Carlos bebió de un sorbo el café y se levantó. Se acercó al Reynolds y miró. Cayetano encendió la lámpara grande. Quedó el despacho alumbrado y reluciente.

—Así lo verás mejor.

—Gracias.

Cayetano volvió a su butaca mientras que Carlos permanecía inmóvil frente al cuadro. Cayetano golpeaba con los dedos el brazo del asiento, la alfombra con un pie. Carlos no se movía.

—¿Tanto te interesa el cuadro *ahora*?

Carlos regresó al asiento calmosamente.

—*Ahora* no me interesa nada.

—Esperaba que reconocieses que te he vencido.

—Yo buscaba la mejor manera de decirte que el haberme llamado para esto es *también* señal de debilidad.

Cayetano echó hacia delante el torso, con un movimiento violento.

—Recuerda que te di a elegir entre tu casa y la mía. En todo caso, la

debilidad es la tuya por haber venido. En mi casa...

Carlos alzó la mano.

—Perdona. Tu invitación fue irreprochable, y he venido haciéndole honor. No me refiero a eso.

Río, sacó la petaca y ofreció un pitillo. Cayetano lo cogió y sacó el encendedor.

—Andas buscando la manera de salir airoso a tu modo; es decir, de envolverme con palabrería.

—Las palabras son mi terreno.

Se levantó y se sentó en el sofá, próximo a Cayetano. Echó una bocanada larga y pidió más café.

—Escúchame. Tu determinación de dejar en secreto lo de la boticaria, cualesquiera que sean las causas, es el acto de un hombre que está seguro de sí mismo. Ya ves que no digo un acto misericordioso. Pero hacerme venir para que lo sepa lo ha estropeado.

—Cuento con tu discreción. En eso estoy seguro de ti.

—Gracias, pero los tiros van por otro lado. Me lo has contado porque necesitas que yo lo sepa, que yo te juzgue al saberlo.

—Es natural. Mediaba un desafío.

Carlos sonrió.

—Todo el que necesita del juicio de otro es porque lo considera superior. Haciéndome venir, contándome lo sucedido con doña Lucía, reconoces en mí una superioridad...

Se interrumpió, bebió el café y miró a Cayetano de refilón.

—... que no he buscado. Insisto en esto: nunca he pretendido que me tengas por superior, a condición de que no me tengas por inferior. Alguna vez te dije que no quería entrar en este juego, y si estoy en él, es porque lo has querido. Bien. En el juego, cada cual usa sus armas, y ya conoces las mías. Puedo añadirte que cuando rompes ciento cincuenta botellas y tranquilizas a dos putas para que lo sepa el pueblo, es porque consideras necesaria la admiración del pueblo. Esto es elemental... Pero, lo mires como lo mires, es señal de...

—No sigas.

Carlos se encogió de hombros.

—Te estoy diciendo el evangelio.

—El evangelio son patrañas, como todo lo que dices.

—Otra señal de debilidad es negarte a reconocer la evidencia.

Cayetano pegó un salto.

—¡Coño! ¿No comprendes que me estás pinchando y que me obligarás...

—... a una exhibición constante de poder? ¡Allá tú! El poder verdadero no se exhibe. Al poderoso le basta su conciencia, no el reconocimiento ajeno.

—¡Mierda!

Se acercó a Carlos con el rostro descompuesto.

—Vas a ser el causante de que haga muchas cosas que no pensaba. ¿Eres de los que creen que me gusta el daño por el daño? Pues siempre que lo hago, alguien tiene la culpa. ¿Por qué no vienes afuera, a un lugar donde estemos solos, y te lías conmigo a sopapos?

Carlos se levantó.

—Si solo me vencieras, nada se habría resuelto. Te seguiría preocupando mi juicio, porque sabes que no es en el terreno de los sopapos donde yo reconozco la superioridad. Tendrías que matarme, o tendría que marcharme. Tú verás si estás dispuesto a matarme. De momento, pienso quedarme aquí.

Cayetano, quieto, apretó los puños. Sonrió luego, fue al sillón y se arrimó al respaldo.

—Me queda, al menos, la satisfacción de saber que soy el más valiente.

—Solo más fuerte.

—No es cosa de fuerza, Carlos. Quizá llegue un día en que te ofrezca una pistola cargada y a ver quién mata a quién.

Fue hasta la chimenea. Se estuvo unos instantes de espalda. Dijo en voz baja:

—Debía ser hoy mismo, ahora mismo.

En voz lo suficientemente baja para que Carlos no pudiera oírlo.

—Un terreno común, ¿comprendes? —dijo, volviéndose bruscamente—.

Donde seamos iguales. Esto de hablar y hablar no conduce a nada.

Carlos se aproximó a la silla donde había dejado su gabardina.

—Te agradezco el coñac y el café. Estaban realmente buenos.

Cayetano se le acercó con paso lento y sonrisa reticente.

—¿Serías capaz de permitirme que te llevase en mi coche?

Carlos pestañeó.

—Naturalmente.

—¿No tienes miedo?

—No —hizo una ligera inclinación—. Yo también sé hasta qué punto puedo confiar en ti.

—Vamos.

Salieron. Carlos se sentó en el asiento delantero. Cayetano condujo el coche a velocidad, con pulso seguro.

Fueron en silencio. Ante el portal de Carlos, Cayetano dijo:

—A veces me ciega la sangre. No olvides que pegué a Rosario.

—Gracias por haberme traído.

Esperó a que el coche arrancase y, con paso corto, caminó hacia la entrada. Paquito esperaba tras el portón.

—Le sentí llegar. Arriba está esa.

—Te dije que no viniera.

—Se empeñó cuando supo que usted iba a verse con Cayetano.

Rosario, sentada frente a la chimenea, miraba al fuego mortecino. Se levantó al sentir la puerta. Vio a Carlos, corrió hacia él, le abrazó y le besó en la boca.

—¡Señor, señor!

Siguió besándole. Le miraba con los ojos muy abiertos. No lloraba.

—Señor, pasé mucho miedo.

Entró, sin llamar, un lego y se acercó al padre Eugenio. El fraile joven que bruñía pan de oro sobre una tabla levantó la cabeza, miró un momento y siguió dale que tienes a la piedra de ágata.

—Le llama Su Reverencia. Que vaya en seguida.

—Gracias.

Salió el lego. Fray Eugenio se quitó el mandil y se echó el escapulario.

—¿Volverá antes de la hora de comer?

—No lo sé. Cuando suene la campana, deja el trabajo.

Salió al claustro. Hacía frío, y volvió al taller a recoger la capa. En el claustro se tropezó con un hombre de paisano, figura de menestral, que parecía

venir de la celda del prior. Le miró y saludó, se volvió dos o tres veces para mirarle. No le había visto nunca, menos aún en el monasterio. Era un hombre fuerte y tosco, que le había devuelto el saludo con una sonrisa ancha.

Llegó a la celda del prior, golpeó en la puerta.

—Adelante.

Abrió y quedó en el umbral. El prior le hizo seña de que se acercase y le tendió la cruz para besarla.

—Siéntese, padre.

En la celda del prior hacía menos frío. La chimenea estaba apagada, pero había un braserillo junto a la mesa. Además, estaba orientada al sur.

—Quítese la capa. Déjela ahí, en cualquier parte. Mire esto.

Le tendió unos papeles. Fray Eugenio los cogió, les echó un vistazo: números y números.

—¿Qué es?

—El presupuesto de las obras. ¿No recuerda? ¡Lo del colegio...!

Fray Eugenio le devolvió los papeles.

—Comprendo.

—Vea la cifra total. Yo me había equivocado en muy poco. ¿Le dije quince mil duros? Hay un buen hombre que lo hace por setenta mil pesetas, mobiliario incluido.

Dejó el presupuesto sobre la mesa y sonrió.

—No es caro. Faltan las ropas, es cierto; pero me he informado de que, en muchos internados, los chicos llevan sus colchones y sus sábanas. De todas maneras, hay que comprar ropa.

Se acercó a su cama y levantó la colcha que la cubría.

—Vea. Mis sábanas están remendadas, como las de usted, y mi única manta, agujereada y raída. Me muero de frío, igual que usted y que todos los demás. ¿Recuerda si el padre Hugo nos prescribió el frío obligatorio?

Sorprendido, fray Eugenio volvió la cabeza rápidamente.

—No. No sé. No me acuerdo.

—La regla no nos obliga a pasar frío. La regla es humana: nos permite comer carne, beber un vaso de vino en las comidas y usar una o dos mantas, según el clima. La regla fue escrita por hombres normales, no por locos. Este monasterio de acatarrados, de bronquíticos y de tísicos es una ofensa a Dios.

Tenemos que comprar ropa.

Se sentó.

—Padre Eugenio, es de suponer que su amigo, el señor Deza, habrá hablado ya a doña Mariana Sarmiento. Las pinturas de la iglesia, recuerde. Váyase al pueblo y vea de hablar a esa señora. Las cosas, si se dejan dormir, se olvidan.

—Sí, reverendo padre.

—¿Cuánto le parece que tardará?

—¿En ir y volver?

—No. En pintar la iglesia.

—Unos meses. Seis, ocho. Depende de la prisa que se den los albañiles en la restauración. Mientras, puedo preparar los cartones.

—Tendrá usted que trabajar con ayudantes.

—Los mismos chicos que me ayudan ahora.

—Hable las cosas de modo que pueda aprovechar el verano. Así los chicos no perderán estudios.

—Sí, reverendo padre.

El prior buscó entre los papeles de la mesa y cogió uno.

—Ahora, lea eso.

Era una carta. Fray Eugenio la leyó. Al devolverla miraba al prior con los ojos muy abiertos y una de sus manos había quedado en el aire.

—Sí, padre Eugenio. Me ofrecen una mitra. Es la segunda vez, ¿comprende?, y yo no puedo aceptarla por...

Guardó la carta con un movimiento brusco.

—Bueno. Usted ya sabe por qué no puedo aceptarla. Váyase ya.

Fray Eugenio cerró la puerta suavemente, se detuvo un instante en el claustro y luego corrió a las cuadras a buscar la mula. Cuando salió, había cesado la lluvia y clareaba por encima de la mar, hacia el oeste. El aire estaba frío y transparente, como recién lavado, y, bajo las nubes, se apagaban los verdes de los prados. Por el camino no hizo más que mirar, buscar colores en las cosas, pensar cómo podría pintarlos luego. Todavía llovió un poco; pero cuando llegó al pozo del Penedo, había clareado definitivamente y un viento alto empujaba las nubes.

Le recibió Paquito el Relojero.

—No está el señor. Bajó al pueblo esta mañana. Seguramente podrá encontrarlo en casa de la vieja.

Sonrió.

—Quiero decir de doña Mariana, ya sabe.

—Gracias.

—Si quiere un pienso para la mula, aquí tenemos.

—Gracias.

—¿No quiere nada? Arriba hay vino, y con este frío...

Fray Eugenio sonrió.

—Téngame el estribo. Eso sí que se lo agradeceré.

Cabalgó. El Relojero permaneció en la puerta hasta que el fraile se perdió de vista.

Al llegar al cruce de la carretera, fray Eugenio vaciló. Tomó luego por el camino del monasterio, pero unos pasos más allá volvió la cabalgadura y la encaminó al pueblo. Dejó la mula donde acostumbraba hacerlo los domingos y, a pie, se acercó a casa de doña Mariana. Vaciló otra vez al levantar la mano para asir el llamador; se decidió: tres golpes rápidos. Esperó un poco. Bajó la criada.

Al ver al fraile abrió los ojos y sonrió.

—¿Está don Carlos Deza?

—No sé. Voy a ver.

Cerró la puerta con brusquedad. Fray Eugenio quedó en el portal. Le dieron ganas de marcharse. Iba a salir, cuando volvió a abrirse la puerta, y la criada dijo:

—Que pase.

—¿Está don Carlos?

—No sé. Dice la señora que pase.

—Es que yo... es a don Carlos a quien quiero ver.

La criada se encogió de hombros.

—Usted verá. Pase o cierro.

Entró. Estaba caliente el aire, y dejó la capa en el perchero. Al colgarla se vio entero en el espejo, sorprendido. Hacía bastantes años que no se había visto en un espejo, sino en aquel pedacito, resto de otro mayor, en que se miraba para afeitarse y en que su cara entera no cabía. Se encontró viejo,

cargado de hombros, abrumado.

—Venga. Haga el favor.

Se dejó llevar hasta el salón. Entornaba los ojos para no ver las cosas, para que no se le recordase el tiempo en que había vivido entre objetos como aquellos, en una casa caliente y con alfombras.

—Espere. Puede sentarse.

La criada cerró la puerta, y se sintió cogido, sin escapatoria. Las ventanas del salón estaban entornadas, semicorridas las cortinas; una luz suave iluminaba los verdes y los oros de las paredes, el rojo cálido de la alfombra, el marfil de las sillas. Avanzó un paso, los cuadros le solicitaron. Lanzó una mirada circular y corrió al fondo, adonde estaba la chimenea. Abrió del todo una ventana para ver bien el Sorolla. Pero solo un instante consideró la calidad de la pintura: doña Mariana, casi joven, dominaba el mundo desde el cuadro, y le dominaba a él. Se quedó quieto, sin apartar los ojos. Pensaba: «Buen retrato». Lo dijo en voz alta: «Buen retrato, muy buen retrato».

Se volvió al oír la puerta al abrirse. Doña Mariana entraba: tranquila y sonriente. Le tendió la mano.

—¡Por fin! Diez años viéndonos cada domingo y sin hablarnos. Ya iba siendo hora, ¿no te parece?

Fray Eugenio inclinó la cabeza y estrechó la mano que se le tendía.

—Buenos días, señora.

—Déjate de remilgos y tutéame. Debes andar por los cincuenta, ¿no? Ya casi eres un viejo.

Le miró fijamente. Recorrió, de arriba abajo, su figura. Fray Eugenio esperó con la cabeza baja y las manos temblorosas.

—No te pareces a tu padre. Él era más gordo y, en los últimos años, más tosco. ¡Claro! Se pasaba el día en las tabernas, con gentuza, y las noches...

Fray Eugenio alzó una mano.

—No me haga recordar a mi padre. Le aseguro que lo he olvidado hace tiempo.

—Has hecho bien. No merecía que nadie lo recordase. Pero yo, ¡ya ves!, tengo buena memoria. ¿Te gusta el cuadro?

—Sorolla fue un gran retratista.

—Tú entiendes de eso, ¿verdad?

—Hace años quizá. Ahora...

Doña Mariana le cogió de un brazo. A fray Eugenio le sacudió la sorpresa, pero no se apartó.

—Vamos allá. Aquí hace algún frío.

Le empujó hacia la entrada.

—Yo venía... Yo buscaba a don Carlos Deza.

—Sí, ya me lo dijeron. Vendrá a comer dentro de un rato. Mientras tanto, hablaremos.

Cerró tras de sí, y añadió, ya en el pasillo:

—Porque tenemos que hablar, ¿no crees? Tenemos que hablar desde hace veinte años. Tenemos una conversación aplazada desde que regresaste de París, y me gustaría que alguna vez...

—Aquello ya está muerto.

Entraron en el saloncito de doña Mariana. Ella le indicó el sillón frente a la chimenea. Fray Eugenio, al sentarse, sintió en sus manos la superficie suave del terciopelo y se estremeció. Un tumulto de recuerdos fue suscitado por aquella sensual blandura. Cerró los ojos con fuerza, cerró los puños, apartó su piel de todo contacto.

—Aquí estarás mejor. ¡Qué cara de frío tienes! ¿No quieres tomar nada? Vamos, quiero decir una copa, si es que lo de ser fraile te lo permite.

Se había sentado mientras hablaba y le sonreía. El tono de sus palabras era cordial.

—Puedo beber algún vino, pero estoy casi en ayunas.

Doña Mariana rio y pidió que, con el vino, trajesen algo de picar. Buscó tabaco del que Carlos solía olvidar sobre los muebles y ofreció un cigarrillo al fraile. «Podrás fumar, ¿verdad?». Luego se sentó frente a él.

—Tú dirás.

El fraile tardó en responderle.

—Venía en busca de don Carlos; pero, en realidad, era a usted a quien tenía que hablar —la miró y añadió apresuradamente—: Por mandato del prior.

—¿Lo de la iglesia?

—Sí. Las pinturas, recuerde. Habían hablado usted y don Carlos...

—Bien. Eso está acordado desde entonces. Cuando quieras empiezas.

—El prior va a meterse en obras. Quiere organizar un internado...

—Yo pagaré lo que pidas.

—Entiéndame. Personalmente, me considero pagado con la ocasión de pintar —vaciló de nuevo—, algo que llevo dentro como un deseo y que nunca podría pintar sin usted. Pero el prior...

—Lo comprendo. Si trabajas en la iglesia, dejas de trabajar en el monasterio. Es justo.

—El otro día, doña Angustias hizo una oferta... Dinero a cambio de un altar de la Virgen de Lourdes...

—¡El famoso altar! Mira por dónde tengo yo la culpa de que vayáis a estropear el monasterio con un altarcito de cemento.

Fray Eugenio bajó la cabeza.

—La culpa la tengo yo.

—Has hecho lo que debías, y te lo agradezco. ¿Cuánto quiere el prior?

—Veinticinco mil pesetas.

—Y doña Angustias ¿cuánto ofrece?

—El prior piensa pedirle cincuenta mil.

—¡El doble, justamente! Hace bien. Es más rica que yo. Además, lo hace por su alma, y yo no lo hago por la mía.

—Quiéralo o no, también se beneficiará su alma.

Doña Mariana negó con la cabeza.

—Está feo que te diga... Bueno, dejemos eso. Yo no lo hago por mi alma. Lo hago para que pintes eso que tienes ganas de pintar, que será muy hermoso, y también un poco por fastidiar a la gente. Habrá algo, al menos, por lo que tendrán que respetarte y recordarte en este pueblo.

Fray Eugenio no la miraba. Movía los ojos, los enviaba de una cosa en otra. Los detuvo —de pronto— en la fotografía de Germaine. La señaló.

—¿Es usted?

—¿Yo? ¡En mi vida fui tan guapa!

Alargó la mano a la repisa de la chimenea y cogió el portarretratos.

—Es Germaine, mi sobrina; la hija de mi sobrino Gonzalo...

—¿La hija de...?

Se había sobresaltado el fraile. Una ansiedad súbita le transformaba el rostro. Sin pedir permiso, cogió, de manos de doña Mariana, el retrato y lo

miró ávidamente. El sobresalto duró un instante. Devolvió el retrato.

—Yo era amigo de sus padres. Yo la he visto casi recién nacida. Se parece mucho a usted.

—Tienes más suerte que yo, porque no la he visto nunca. Ni tampoco Carlos, a quien encargué especialmente que la visitase. Parece como si se empeñasen...

Hizo una pausa, sin terminar la frase.

—¿Recuerdas bien a mi sobrino?

—Hace veinte años. Se cambia mucho en tanto tiempo.

—¿Cómo era entonces?

—Bueno, un buen hombre, aunque un poco ridículo. Le gustaba parecer lo que no era. Entiéndame bien: vivía entre nosotros, los artistas, y quería que se le tuviese por uno de ellos. Me atrevería a decir que se disfrazaba de artista y que esto le hacía feliz. Pero tenía un gran corazón.

—Si hace veinte años hubieras venido a verme, te hubiera preguntado detalles. Ahora lo habrás olvidado todo.

—Casi todo.

—¿Quién era su mujer?

Fray Eugenio se sintió espiado, sintió que a la mirada de la vieja no escapaba un solo movimiento de su rostro, un solo resplandor de sus ojos. Recogió las manos en las mangas y se inclinó un poco, bajo el mirar.

—Una chica de provincias. Estudiaba en París música y canto; tenía una hermosa voz, pero quedó afónica de una enfermedad, y entonces se casó.

—Tú la conocías mucho, claro.

—Le hice un retrato como regalo de boda. Quizá Carlos se lo haya dicho. Gonzalo lo conserva.

—¿Recuerdas su muerte?

—Yo estaba, entonces, en Italia. Lo supe por una carta de Gonzalo. La última vez que la vi todavía no había nacido la niña: como usted sabe, ella murió de parto. Cuando volví a París, la niña tenía unos meses.

Doña Mariana cogió el retrato y se lo tendió.

—¿Recuerdas la cara de su madre? ¿Se parece Germaine a ella?

—Muy poco. La boca y la barbilla. Se parece más a usted.

—Nuestra sangre es fuerte —dijo doña Mariana—. Puede más que las

mezclas y que los sujetos débiles. ¡La de años que hace que nuestras familias no emparentan! Y, sin embargo, nos parecemos. Y Carlos me contó que, al verle Gonzalo, le tomó por hermano tuyo.

Le había mirado fijamente, le había aprisionado el rostro con la mirada. El fraile resistió y no apartó sus ojos.

—Es distinto. Entre esa chica y usted hay algo más que el aire de los Churruchaos. ¿Me permite?

Cogió el retrato y se lo mostró sin apartar la vista.

—Vea. Los ojos, la frente, los pómulos, la nariz... El mismo dibujo que los de usted. Aquí hay algo más que pelo rojo y piel pecosa. Hay un parentesco próximo, inmediato.

Doña Mariana apartó el retrato.

—Tienes razón. No debe extrañarte, porque su padre es mi primo carnal —sonrió. Fray Eugenio sonrió también.

—En realidad, de quien quería saber algo es de su madre. Claro que si no te acuerdas...

—Era lo que nosotros llamamos una señorita de provincias. Bonita, honesta y con una manía musical quizá excesiva, acaso un poco cursi. Se sintió muy desdichada cuando perdió la voz.

—¿Piensas que por eso se casó con mi primo?

—¡Qué sé yo! Pero puedo asegurarle que, sin su desgracia, Gonzalo no se hubiera nunca atrevido a proponerle el matrimonio; ella esperaba llegar a gran diva, y eso la alejaba de Gonzalo. Acaso él estuviera ya enamorado, pero, oficialmente, se limitaba a acompañarla y a admirarla. La llevaba al Conservatorio, la esperaba a la salida. Si le salía ocasión de cantar en público, él le buscaba el público. Era algo así como un padre enamorado de la carrera de su hija. Cuando ella enfermó, él se portó casi heroicamente. No solo hizo de padre, sino un poco de madre, de enfermera, de amiga. Fue entonces cuando la conocí.

—¿Antes no?

—Antes, Gonzalo me hablaba de ella, me había llevado a escucharla, pero no me la había presentado. Sospecho que, sin darme cuenta, serví para facilitar el matrimonio.

—¿Por qué sin darte cuenta?

El fraile se encogió de hombros.

—Hay cosas que se saben y que no se ha pensado nunca en ellas. Están ahí, quietas.

—¿Por qué lo dices?

—Esta es una de ellas. Y no sé si acertaré. Ya le dije que Gonzalo andaba como disfrazado de lo que no era, y yo era eso; es decir, un artista. Tengo la impresión de que me usó como refuerzo.

A doña Mariana le dio la risa.

—Siempre tuve a Gonzalo por un mentecato.

—Era un hombre excelente. Y aquello fue, si usted quiere, una argucia de enamorado.

—Una argucia estúpida.

—Es posible. Él la creyó necesaria.

—Y tú, entonces, ¿pensabas ya en meterte a fraile?

—No.

—¿Cómo te vino la idea?

—¡Qué sé yo! Hace ya tanto tiempo... Esas cosas se olvidan.

—Sobre todo, cuando se quiere olvidar —doña Mariana sirvió vino—. Ya tarda Carlos. Voy a mandarle recado para que venga a comer. Te quedarás con nosotros, ¿verdad? Vamos, si no te está prohibido.

—El prior está en todo y contó con esto. Me ha autorizado a aceptar la invitación.

Fray Eugenio marchó a eso de las cuatro. Quedaba puntualizado lo referente a las obras de la iglesia, la fecha en que, aproximadamente, fray Eugenio podría empezar a pintar y la forma de pago. Llevaba consigo un cheque de cinco mil pesetas como anticipo, para tranquilidad del prior.

Carlos le acompañó hasta donde había dejado la mula. Regresó después a casa de doña Mariana.

—¿Tienes mucha confianza con el fraile? —le preguntó ella.

—Solo relativa.

—Cuando empiece a pintar, tendrás ocasión de hablarle todos los días. Quiero que ganes su confianza.

—¿Por qué?

—Hay algo en su pasado que me gustaría saber. Me pareció adivinarlo esta mañana, al hablar con él; pero se dio cuenta y escurrió el bulto con habilidad.

—Un hombre como fray Eugenio tiene necesariamente un pasado. No es corriente que un pintor se meta a fraile.

—Lo que yo creí, durante unos minutos, es que Germaine es su hija.

—¡No!

—No, efectivamente; no lo es. Sin embargo, Eugenio Quiroga tiene que ver con mi sobrino Gonzalo más de lo que nosotros sabemos y más de lo que él mismo dice. O poco conozco a las personas.

II

La señora de Mariño se encerró con su marido en el despacho del almacén cosa de media hora. Se les oyó discutir, se oyó gritar a la señora de Mariño. Cuando salió, pasaba de las cinco. A su hora, Julita se había sentado en el mirador, en una sillita baja, de asiento pajizo, y hacía que bordaba sus iniciales en el embozo de una sábana de hilo destinada a su ajuar; en realidad, leía una novela. De vez en cuando, sin levantar apenas la cabeza, miraba a través de una rendija de la cortinilla: se veía toda la calle, hasta abajo, cerca del muelle: los que iban, los que venían y los que se paraban a charlar.

—Julia, arréglate, que vas a venir conmigo.

—¿Adónde, mamá?

—De visita.

—¡De visita! ¡Qué aburrimiento!

Dejó el bastidor en el suelo, ocultó el libro y se levantó.

—¿Qué me pongo?

—El traje y el abrigo nuevos. Arréglate bien. Quiero que vayas guapa.

Julia subió a su cuarto, abrió el armario y empezó a desvestirse. Se mudó de arriba abajo, sin prisas, quitándose todo delante del espejo y viendo cómo le caía cada prenda. Revolvió luego en los trajes colgados, eligió uno y se lo puso. Cambió también los zapatos por unos de gran tacón. Echó después el último vistazo y sonrió. Volvió a mirarse y remirarse, sin sonreír. Se arregló el pelo y se pintó los labios. Cerró en seguida el armario, pero lo abrió de nuevo: hurgó en su fondo y sacó un envoltijo encarnado con algo negro. Lo acarició y cerró los ojos. Estuvo así unos instantes.

—¡Julia, que se nos hace tarde!

Rápidamente devolvió a su escondite el envoltorio, cerró con llave y la

ocultó debajo del colchón.

—Voy, mamá.

La señora de Mariño bajaba ya la escalera. Julia corrió hasta alcanzarla. El señor Mariño esperaba en el portal.

—¿También viene papá? —preguntó Julia.

—No. Papá se queda —evidentemente, la señora de Mariño estaba de mal humor: llevaba en la cara el gesto de las grandes decisiones.

El señor Mariño le dijo algo en voz baja.

—¡No pases cuidado, hombre! ¡Yo sé cómo hacer las cosas!

La señora de Mariño se abrochó el abrigo hasta arriba.

—Si lo hubieras dejado de mi mano, ya estaría arreglado. ¡Vamos, niña! ¡Y tápate el escote, que hace frío!

La señora de Mariño era alta y huesuda. Tenía la mandíbula fuerte y los ojos vivaces. El señor Mariño, algo más bajo que ella, un poco gordo, no se parecía a su hija, aunque la gente dijera cuando los veía juntos: «No puedes negar que es hija tuya». Al señor Mariño no le gustaba la observación, pero sonreía y acariciaba a Julia. Cuando se casó, se había dicho que su mujer iba preñada de otro. Hacía de esto mucho tiempo, y no habían tenido más hijos. ¡Vaya usted a saber de quién iba embarazada! Sin embargo, la boca del señor Mariño y la de Julita eran por un estilo: de labios gruesos y pequeños, bien dibujados, de color encendido. Los de su esposa eran delgados, alargados, y las comisuras le caían un poco. Julia quería más a su padre que a su madre.

—No te sueltes de mi brazo y no mires a nadie.

—¡Ni que fueran a comerme!

Bajaron hasta el muelle.

—¿Adónde vamos?

—A casa de doña Angustias.

Julia se estremeció.

—¿A casa de Cayetano?

—No. A casa de doña Angustias.

—Pero... viven en la misma casa.

—¿Y qué?

A la entrada del astillero el guarda saludó. La señora de Mariño le preguntó si doña Angustias estaba en casa. El guarda creía que sí, pero, para

cerciorarse, preguntó por el teléfono interior.

—Diga usted que está aquí la señora de Mariño. Que si puede recibirme.

Al cabo de un rato el guarda trajo la respuesta y las acompañó hasta la puerta de la casa. Allí esperaba una criada, que las llevó a la sala.

—Que se sienten un momento. La señora vendrá en seguida.

La sillería tenía puestas fundas blancas, y el espejo estaba velado con una gasa azul. Julita empezó a fisgar.

—Mira, mamá. Damasco amarillo. De seda.

—¿De qué querías que fuese? ¿De algodón? ¡Si ellos no tienen damascos...!

Julia se acercó a una vitrina. Descubrió el interruptor de la luz y lo encendió.

—¡Mira, mamá, qué abanicos! ¡Y cuántas cosas chinas! ¡Y de oro! ¡Qué riqueza!

—Hay una mujer en el mundo que será dueña de todo esto —dijo la señora de Mariño con voz dura y solemne—. No sabemos quién será, pero puede ser cualquiera. Incluso tú.

—¿Yo, mamá? ¡Qué risa! ¡Qué tonta eres!

Se abrió la puerta. Entró, sonriente, doña Angustias. Saludó a la señora de Mariño, besó a Julia, le dijo que estaba muy guapa y muy crecida, y las invitó a pasar a otro cuarto, el cuarto en que ella solía sentarse a coser, porque había brasero y se estaba mejor. La señora de Mariño pidió permiso para que, mientras hablaban, su hija esperase en el balcón, mirando cómo trabajaban en el astillero, porque tenía que decir a doña Angustias algo confidencial. Julia se quitó el abrigo y se acercó al mirador. Nunca había visto el astillero por dentro, y lo encontró feo, con tantos montones de chatarra y tanto barro en las veredas. Estaba la tarde de un gris azul, y las aguas de la mar parecían negras. Había un vaporcito atracado junto a la pequeña dársena, y de la chimenea salía un humillo blanco. Chirriaban los chigres y la grúa sacaba de la bodega una viga de hierro: desde el barco en construcción, Cayetano dirigía la maniobra. Parecía un obrero como los otros, con el mono azul y la boina calada hasta las cejas.

La señora de Mariño iba a pedir a doña Angustias que influyese cerca de Cayetano para sacar de un apuro el negocio de los Mariño. El negocio de los

Mariño iba muy mal. Había letras impagadas y amenaza de embargo. El día anterior había venido un señor de Vigo y había dado un plazo. La señora de Mariño intentaba hablar en voz baja, pero Julia podía escucharla sin gran esfuerzo. ¡Era de aquello de lo que sus padres cuchicheaban desde algún tiempo atrás! ¡Era por eso por lo que su madre gritaba a veces y decía al señor Mariño que no sabía vivir!

—Mi marido no se hubiera atrevido nunca a venir. ¡Como es el presidente de las derechas, y Cayetano dicen que es socialista! Pero yo le dije: doña Angustias es una buena cristiana, es la señora más señora del pueblo y ella, si puede, nos ayudará. Por eso vine yo y no él. Mi marido no se hubiera atrevido. ¡Todo por la política, que separa a los hombres!

Doña Angustias sonrió y le tomó la mano.

—Tiene razón. La política separa a los hombres, pero a nosotras nos une el Señor. ¡Qué sería de los hombres si no rezásemos por ellos!

—¡Y que lo diga! ¡Lo que llevo rezado yo por causa de este asunto! Y si he venido a molestarla, a la Santísima Virgen se lo debo. Ella me inspiró la idea. ¡Si usted supiera con cuánta devoción le pedí ayuda! Sin ir más allá, esta mañana llevé una vela a la Milagrosa para que moviese el corazón de usted, y el de su hijo.

Doña Angustias sonrió.

—A la Virgen de Lourdes, no a la Milagrosa. Llévele una vela a la Virgen de Lourdes. Lo concede todo. El Señor no sabe negar nada de lo que la Virgen de Lourdes le pida.

La grúa había aflojado los cables, la viga quedó en su sitio. Se escuchó el tableteo de martillos y taladradoras. Cayetano repartió cigarrillos y encendió el suyo... Oscurecía. De repente sonó la sirena: un pitido largo, grave. Los obreros descendieron del casco en construcción. Cayetano se descolgó por un cable, ágilmente, y llegó el primero al suelo. Julia pensó que vendría a saludar a su madre. Sacó del bolsillo un estuchito, y dio un toque de rojo al perfil de sus labios. Su cara no cabía en el espejo: se miró por partes.

—Créame usted, señora: de mi hijo cuentan muchas calumnias. Es la envidia. Porque yo no le digo que sea un santo, y sus pecados bien que me hacen sufrir, pero son pecados de hombres, pecados como los de los demás hombres, de los que ninguno está libre. ¿Y sabe usted por qué lo calumnian?

Por envidia. Como si lo que tiene lo hubiera robado. Pues yo le digo que lo que tiene se lo debe a su trabajo, que mientras otros están en el casino, ahí lo tiene usted a él, trabajando como cualquier obrero.

—Tiene razón. La gente es muy envidiosa. Y, en este pueblo, no digamos.

—Y quien no lo calumnia por envidia lo calumnia por otras razones. Sin ir más allá, ¿por qué la boticaria habla tan mal de mi hijo? Dios la perdone, porque está muy enferma; pero nadie me quita de la cabeza que esa tuberculosis que le vino es la justicia de Dios omnipotente, el que castiga sin palo ni piedra. ¿Sabe usted que dice de mi hijo que es el diablo, y que las chicas que quieran guardarse de él no tienen más que acompañarla a ese cisma del monasterio?

—¡No me diga! ¡Me deja de una pieza! —la señora de Mariño puso cara de asombro. Abría y cerraba el bolso rítmicamente, más despacio o más de prisa, según los nervios.

—Como lo oye. Mi hijo es el demonio. Esa es la especie que levantó la boticaria. Y ya me dirá usted por qué.

La señora de Mariño se levantó enérgicamente.

—¡Julita!

—Dime, mamá.

Doña Angustias le advirtió en voz baja:

—Su hija no debe oír estas cosas.

—¿Que no debe oírlas? ¡Ven acá, Julia! ¿No sabe usted que es de las que van al monasterio? ¡Por algo nunca lo vi con buenos ojos!

Doña Angustias la miró con extrañeza. Julia, de pie ante ellas, esperaba. La señora de Mariño volvió a sentarse.

—Julia, vas a decir la verdad de lo que te pregunte como si estuvieras delante del confesor.

—¡Ay, mamá!

Todavía terció doña Angustias:

—Déjela. La pobre niña...

—Perdóneme, señora, pero esto lo quiero aclarar. Vamos a ver: ¿os habló doña Lucía alguna vez de Cayetano?

Julita enrojció.

—Mamá...

—¡Vamos, dílo en seguida! La verdad, ¿eh? Sin titubeos.

Julia tartamudeó.

—Bueno... Sí... Alguna vez...

—¡Sé más clara!

—Muchas veces. La última, el otro día. Cayetano nos encontró en el camino, cuando veníamos, y nos metió a todas en el coche. Doña Lucía...

Se interrumpió y miró dulcemente a doña Angustias. Esta la animó:

—Sigue, bonita. No te importe.

—Nos dijo, nos dijo...

Hizo un puchero.

—... nos dijo que Cayetano era el diablo que venía para hacernos desgraciadas.

—¿Lo ve usted?

Bajo la mirada amilagrada de doña Angustias, la señora de Mariño se santiguó lentamente.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Lo veo y no lo creo. ¿Y qué más?

—No hace falta más, bonita. ¡Déjela ya!

La señora de Mariño cerró el bolso de un golpe fuerte.

—Pues ya lo sabes: se acabaron las misas del monasterio y la amistad con doña Lucía. En lo sucesivo, conmigo a misa de doce.

Julia no se movió. Miró a su madre, miró a doña Angustias.

—Yo no sabía que fuera cierto.

—¿El qué?

—Eso de que Cayetano...

La señora de Mariño palideció.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Acudió al quite doña Angustias.

—¡La pobrecita! ¡Ella qué sabe! Anda, bonita, vuelve al mirador. Y no creas lo que te digan de mi hijo. Es un hombre como todos, ni más bueno ni más malo que los otros.

—No, señora.

Regresó al mirador. Se había juntado un corro casi debajo, y en el centro Cayetano hablaba. No se oían sus palabras, sino solo un murmullo. Julia le

miró fijamente, con una sonrisa débil, apenas insinuada, en los labios. Pensó que, si no era el diablo, podía ser seducido por el diablo, como otro hombre cualquiera.

—¡Nada, nada, doña Angustias! Ahora mismo, cuando salga de aquí, veré a las madres de todas esas niñas, y les diré la clase de pájara que es doña Lucía. ¡Pues no faltaba más! Le aseguro que el cisma del monasterio se acabó para siempre.

Doña Angustias despidió a la visita en la puerta del jardín, y regresó a la camilla. La criada había servido el café. Entró Cayetano.

—Hola, mamá.

La besó en la frente y se sentó a su lado. Doña Angustias le acercó el tazón.

—¿A qué vinieron esas? —preguntó Cayetano.

—¿Esas?

—Las de Mariño.

Doña Angustias le miró severamente y le puso el azúcar.

—«Esas», hijo mío, son una gente cristiana y respetable.

—Yo sé lo que me digo, mamá. ¿A qué vinieron?

—A pedirme un favor.

—No.

Mojó un pedazo de bollo en el café.

—Aún no sabes de qué se trata.

—De lo que sea. Desde luego, no. ¡Pues no faltaba más! ¡Un favor a Mariño! Así lo vea entre la Guardia Civil...

—Tienes que oírme primero.

Cayetano apartó el tazón y se volvió hacia su madre.

—Mira, mamá, ese Mariño es un sinvergüenza y un hipócrita, un chupacirios que se da golpes de pecho y me pone verde porque no soy como él, pero que se gasta los cuartos con una querida que tiene en Santiago de tapadillo y que le come un riñón. Por eso le va mal el almacén. A mí me importa un bledo lo que haga y en qué se gasta los cuartos, pero no aguanto la hipocresía, y menos que me llame ladrón y me eche la culpa de todas las

desgracias del pueblo, empezando por las suyas. Si se hubiera callado la boca, yo habría seguido comprando en su almacén cosas que puedo comprar en otra parte. Pero ¡a un tío santurrón, cacique, hipocritón, darle yo un céntimo! Ni una peseta, mamá.

—No se trata de dar, sino de prestar en condiciones. Tienen alguna finca de garantía, que, si no le ayudas, se verán obligados a vender, y es lo único que pueden dejar a su hija. Además, ¿quién te dice a ti que son verdad esos cuentos? Si te levantan calumnias, ¿por qué no han de levantárselas a otros? Los Mariño son una gente dignísima.

—Por eso, cuando vienen a pedir, echan por delante a la niña —sonrió—. Que no está nada mal, por cierto.

Doña Angustias se santiguó.

—¡Qué horror, hijo mío! ¡Qué cosas se te ocurren! Una muchachita inocente..., ¿cómo puedes pensar...?

—La he estado viendo en el balcón, mamá. Media hora sin quitarme los ojos de encima, y haciendo todo lo posible para que yo me fijase en ella.

—Habrás estado mirando el astillero. Es una criatura virtuosa, y sus padres, por mucho que me digas...

—Bueno, mamá. Ya está bien. Ni con niña ni sin niña soltaré un céntimo. Y la niña, que se ande con cuidado...

—¡Cayetano!

Le miró duramente. Cayetano se sintió rechazado y bajó la cabeza.

—Bueno...

—Sí hicieras algo a esa niña me darías el disgusto más grande del mundo. ¡Fíjate bien! Te obligaría a casarte con ella.

—Mamá...

—¡No hay mamá que valga, Cayetano! Esas cosas no se dicen. Después te quejas de que la gente...

Cayetano la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Dame un beso, mamá. Se acabó. Pero bien entendido que no daré un céntimo a Mariño. ¡Estaba listo, si fuese a sacar de apuros a todos los que vengan a embaucarte!

Doña Angustias se dejaba besar. Había desaparecido la dureza de sus ojos.

—De eso, ya hablaremos...

—Ahí están las chicas esas. ¿Qué hago? ¿Las paso aquí?

Doña Lucía entreabrió los ojos en la penumbra y movió un poco la cabeza.

—¡Llévalas a la sala!

—¿Es que se va a levantar? ¡No está para esas bromas!

—Hoy me encuentro algo mejor —suspiró—. De aquí a allí podré ir, aunque me ayudes un poco. Ábreme las maderas.

El dormitorio se iluminó con una luz gris y triste.

—El tresillo de la sala tiene las fundas puestas.

—¡No importa, mujer! ¡Son de confianza!

La criada salió.

—¡Van a ponerlo todo perdido! —dijo, mientras salía.

Se la oyó hablar. Sonó en el corredor un ruido de pasos quedo, rumor de medias palabras. También una risita.

Doña Lucía se incorporó. Sentada en el borde de la cama buscó las zapatillas. Vio cómo sus pies se movían, los vio como si fuesen ajenos. Alzó uno de ellos y lo acarició.

—Son los pies de una reina —dijo, y suspiró profundamente.

Volvió la criada.

—¿Dice algo?

—Nada. Ayúdame.

La criada le acercó el salto de cama: rosa, con lazos y volantes. La ayudó a salir del lecho, la vistió, le dio el brazo. Doña Lucía se detuvo ante el espejo del tocador y dio un toque de polvos a la nariz. Arrastrando los pies llegó a la sala.

—¡Hijas mías queridas! Pero ¿solo vosotras?

Estaban, con Inés, Sarita Couto, Pepa Ferreiro y Rula Doval. Se pusieron de pie al entrar doña Lucía. Sarita Couto rio. «¡Qué camisón!», y Pepa Ferreiro le dio un codazo: «No es un camisón; es un salto de cama».

—¿Solo vosotras? ¿Y las demás? ¿Dónde está Julia?

Se dejó caer en la butaca más próxima a la puerta. Las chicas se sentaron.

—Su madre no la dejó venir —dijo Rula.

—¿A mi casa? ¿No la dejó venir a mi casa?

—No, señora. Al monasterio. Ya no irá más.

Doña Lucía se volvió a Inés.

—Pero ¿por qué? ¿Ha sucedido algo?

—Nada. No ha sucedido nada.

—La madre de Julia dice que ya está bien de madrugar, y que no hacemos nada solas por esas carreteras, y que si queremos ir a misa que vayamos a Santa María, que está más cerca —explicó Rula—. Me lo dijo ella misma, esta mañana, cuando fui a buscar a Julia. Y que hablará a mi madre para que no me deje volver al monasterio.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué?

Doña Lucía se tapó la cara con las manos. Las chicas se miraban y cuchicheaban.

—Va a llorar —murmuró Rula.

—¡Qué fracaso, Dios mío! ¿Cómo podré presentarme ahora delante del Señor? ¡Mi obra de dos años deshecha como un castillo de arena!

La criada había salido, y volvía ahora, con una toquilla.

—Tome. Póngase esto. Si no se hubiera preocupado de ellas no habría cogido tantos catarros y no estaría ahora como está.

Desde la puerta añadió:

—Mejor le hubiera sido cuidar a su marido.

El portazo de la criada creó un silencio.

—¡Decid algo, os lo pido, algo que me consuele! ¡Tú, Inés! ¿También tú me abandonas?

—Yo iré, como siempre, al monasterio.

—Eres la que menos lo necesita. Gracias a Dios estás libre de toda tentación. Pero estas otras... ¿Qué va a ser de ellas si cunde la desbandada? —tosió un poco—. ¡Dios mío, os veo ya perdidas! ¿Será que Dios me exige un sacrificio hasta el final? ¿Tendré que ir arrastrándome por esas carreteras hasta morirme un día por salvaros?

Le temblaba la voz, tendía los brazos y las manos hacia el sofá en que Rula, Pepa y Sarita se habían sentado. Los brazos, en el aire, componían dos interrogaciones acuciantes y escuálidas.

—No, señora, no. Nosotras...

—¡Y yo, que os había llamado para aconsejaros un retiro durante el carnaval! ¡Yo, que pensaba en vosotras para que vuestras oraciones compensasen a Dios de las ofensas que van a hacersele estos días!

Pepa Ferreiro sonrió.

—Para eso ya están ahí los misioneros. El miércoles empiezan.

—Y tú, ¿vas a ir?

—Eso dijo mi madre.

—Y la mía.

—¡También la tuya, Sara! ¡Dios bendito!

—Y tampoco me deja volver al monasterio. Hoy es el último día.

La boticaria pareció desmayarse. Inés se levantó y se acercó a ella.

—Doña Lucía... No se ponga así... al fin y al cabo...

La boticaria cogió la mano de Inés y la apretó.

—Gracias, gracias. Tú me eres fiel. ¿Quieres llamar a la criada? ¡Que me traiga café!

Inés salió. Las otras quedaron en silencio. No se atrevían a mirarse ni a mirar a doña Lucía.

Bebió doña Lucía su café. De vez en cuando, se detenía y suspiraba.

—Ya me encuentro mejor. De todos modos...

Se enderezó en el sillón.

—... os ofrezco mi casa por si queréis pasar aquí la tarde de hoy. Podéis ver la comparsa desde los miradores. Ya que no en la iglesia, al menos en mi casa estaréis seguras.

—¿Puede pasarnos algo? —preguntó Pepa con voz pueril.

Rula rio. «No seas pasmada», dijo en voz baja.

—El pecado andará suelto. Os acechará el diablo como un león rugiente. ¿Y aún preguntas si puede pasarnos algo? ¡El carnaval es el triunfo del infierno sobre el pudor y la vergüenza! El bien se hace cara a cara, pero el mal busca la máscara. Ya sé que vosotras no vais a disfrazaros. Pero, aun así, el aire de la calle contamina —hizo una pausa—. Os lo aseguro: la contaminación de la calle es peor que mi aliento, porque es el alma la que se envenena.

Intentó incorporarse. Inés acudió otra vez.

—Gracias.

Apoyada al sillón, dejó caer el brazo libre con desmayo.

—No tengo fuerzas. Es el último consejo que os doy, la última vez que me atrevo a hablaros en nombre de la religión y la moral. El Señor os aparta de mí: Él sabrá por qué lo hace. No han de faltaros nunca mis oraciones en esta vida ni mis súplicas en la otra. Pero no sé si os bastarán. Hay que cooperar con la Gracia y seguir el buen consejo. Vuestra salvación, hijas mías, queda ahora en vuestras manos. ¡Mis ovejitas!

Le dio un sollozo, volvió la cabeza y escondió las lágrimas. Salió de la sala.

—Vámonos —dijo Inés, pasados unos instantes.

En la calle, Inés quedó sola. Las otras iban en dirección contraria. Clareaba la mañana y las losas mojadas reflejaban un solecillo tímido. Corrían, calle abajo, chiquillos con caretas de cartón. Más arriba, en la plaza, unas máscaras madrugadoras chillaban en el ámbito vacío. Una de ellas se acercó a Inés; pero, al mirarla, dio la vuelta y se fue.

Cuando entró en la cocina, Clara le dijo:

—El café debe de estar frío. ¿Cómo has tardado tanto?

—Nos llamó a su casa doña Lucía.

Clara empezó a cubrir la mesa.

—Me dijeron que está enferma.

—Sí.

—¿Ya no va a misa con vosotras?

Inés negó con la cabeza. «No puede moverse». Clara la miró. Puso luego tres tazas y tres cucharas y sirvió el café.

—Voy a avisar a Juan.

Desde la puerta del pasillo dio unas voces.

—¡Eh, Juan, el café!

Juan apareció vestido, afeitado, casi pulcro. Dejó la gabardina encima de una banqueta.

—¿Vas a salir tan temprano?

—Sí. Y quizá no venga a comer.

—No irás al baile.

—¡Al baile! ¿A qué baile?

—Hoy es domingo de Carnaval.

—¡Ah!

Juan tomó un sorbo de café.

—Hoy es un día importante —dijo—. Puede ser el gran día.

—¿Para ti?

—Para el pueblo. Es decir, para los pescadores.

Echó en la taza unos trozos de pan, y los remojó con la cuchara.

—Vamos a discutir una idea mía. Si prospera...

—¿Vamos a ser ricos?

Juan rio.

—Yo nunca seré rico, ni lo deseo. Pero quizá nos alcance también el beneficio.

Inés había dejado de comer y escuchaba. Clara la señaló con un movimiento de la mano.

—Para decir medias palabras, más vale que no digas nada.

Juan extendió los brazos sobre la mesa, las palmas de las manos hacia arriba.

—Se trata de conseguir de la vieja que ceda los barcos al sindicato para su explotación colectiva.

Cerró los puños bruscamente.

—¿Os dais cuenta de lo que eso significa? ¿Lo comprendes, Inés?

—Pero ¿cederlos cómo? ¿Alquilados? —interrogó Clara.

—No. Gratuitamente.

Clara se echó a reír.

—¡Estáis locos! Eso es como regalaros los barcos.

—Mi idea es que los ceda al sindicato durante un plazo, pongamos cinco años, y que después el sindicato los compre a un precio razonable. Naturalmente —añadió Juan— esto último es una cláusula teórica. Dentro de cinco años las cosas habrán cambiado y no habrá que pagarlos.

—¿Y si la vieja no quiere? Que no querrá...

—Entonces iremos a la huelga.

Clara volvió a reír.

—¡Iremos! ¡Cómo si tú fueses uno de ellos! ¡Cómo si tú...!

Se interrumpió. Inés seguía mirando a Juan; lo miraba con amoroso entusiasmo. Clara pensó que si acababa la frase la paz de aquel domingo se rompería.

—Bueno. Que tengas suerte. ¿Y vas a ser tú quien le hables a la vieja?

—He pensado que Carlos.

Clara torció la boca.

—¿Ese...? Aunque si solo es cosa de hablar quizá lo haga. Es para lo único que sirve.

A Juan le brillaba la mirada. No se quejó de que el café estuviera frío, ni del pan duro, ni de que el azúcar fuese poco. Lio un cigarrillo, fue al llar, lo encendió en una brasa y se puso la gabardina. Tarareaba. Antes de salir acarició a Inés, y dio a Clara un cachete en la mejilla.

—Carlos nos ayudará, ya lo verás. Es el único amigo de la vieja, y a nosotros nos quiere.

La casa de la Chasca estaba un poco más arriba, pasado el soto. Se llegaba hasta ella por un camino angosto y pino, entre setos de zarza, bajo las ramas desnudas de los castaños. Los zapatos de Clara resbalaban en las guijas, se le enganchaban los tacones en el barro arenoso.

La Chasca freía pestiños. Le ofreció. Le dio, con ellos, vino.

—¿Qué te trae?

—Venía a ver si tienes alguna ropa negra. Algo que sirva para un disfraz de viuda.

La Chasca rio con risa ancha, sensual.

—¿Para un disfraz? ¿Es que vas al baile?

—No. No es eso.

La Chasca apartó la sartén de la lumbre y puso en jarras los brazos.

—No te veo de máscara por la plaza, como cualquiera.

Clara se encogió de hombros.

—A veces...

—Veré si tengo algo. El luto de mi madre debe andar por el arca.

Salió. Clara se sentó en la esquina del llar, hurgó en los leños encendidos. Entró el marido de la Chasca, dijo «Buenas tardes» y marchó en seguida. De un leño salió disparado un haz de chispas. Al olor del aceite se mezclaba el de la miel de un frasco.

En realidad, pensaba buscar a Carlos y decirle algo. La Chasca regresó

con un atadizo bajo el brazo.

—Ahí lo tienes. Va también el pañuelo para la cabeza.

—Te lo devolveré de noche.

—¿Vas a ir por la carretera disfrazada?

—Ya buscaré donde cambiarme.

—Yo que tú no iría sola.

—Ya veré.

Se levantó para salir. La Chasca la retuvo por un brazo.

—¿Va mal eso?

—¿Eso, qué?

—Lo del novio.

—No va.

La Chasca le soltó el brazo.

—Con el cuerpo que tienes no me diera Dios más trabajo que enganchar a un señorito.

—¿Quién te dijo que es un señorito?

—¡Vaya! Ahora con secretos. Si no es el largo ese del pazo del Penedo, que es más feo que pegarle a Dios, me dejo cortar un brazo.

Quería buscar a Carlos, pero Carlos, a lo mejor, no bajaba al pueblo aquella tarde. Quería, si lo encontraba, provocarlo. Empezaría burlándose de él.

Llegó a las cuatro en punto. Hacia la plaza, al final de la calle se veía un tumulto de gente. Preguntó a la castañera qué pasaba.

—Los de la comparsa. ¿No vas?

Clara le mostró el atadizo.

—Quería ponerme esto. Si me dejas la llave...

—Bueno.

La castañera se remangó la saya y hurgó en la faltriquera. Sacó una llave de hierro grande.

—En seguida te la traigo.

—No hace falta. La escondes en cualquier parte y, cuando quieras volver a vestirte, ya sabes dónde está. Después me la traes; yo me iré tarde.

Señaló un puchero de barro.

—La cena la tengo aquí. Con calentarla...

Salió de la plaza, bajó por una calleja. La castañera vivía en una casita baja, chica, sin más hueco que una puerta pintada de verde. Entró. No había más que una habitación, cocina y dormitorio a la vez. Cerró la puerta por dentro, echó la llave. Aquello estaba oscuro. Buscó a tientas en el vasar y halló cerillas. Encendió luego una vela.

Se quitó el traje, dejó sus ropas encima de la cama y se puso las de la Chasca. Le venían cortas y anchas. No había espejo donde mirarse. Las cintas del mandil, apretadas, sirvieron de ceñidor.

Del bolso sacó un antifaz. Al salir, agarró una escoba usada y se la echó al hombro.

En vez de esconder la llave se la enganchó en la cintura.

La comparsa seguía junto al malecón. La rodeaban dos o tres filas de máscaras, chiquillos, mujeres: caretas de cartón, narigudas o chatas, lúbricas, diabólicas o bobaliconas. Los hombres escuchaban algo más lejos. Clara se abrió paso hasta quedar en la segunda fila.

Los de la comparsa se habían puesto en corro. Uno, en el medio, aguantaba una especie de estandarte donde estaban pintadas las escenas de una historia. Otro, director del cotarro, las señalaba con un puntero, conforme cantaban. Iban vestidos de pantalones blancos, chaqués cortos y chisteras de cartón charolado; en vez de antifaces llevaban narices y bigotes postizos: narices largas, gruesas, coloradas, y grandes bigotes rectos o caídos.

Galiña negra
ten un traballo
que solo ela
pode aturar:
galos por riba,
galos por baixo,
todos a mira
de galear.

«Galiña negra», según ilustraba el cartel, era una jamona rolliza, abundante de tufos. Mientras se solazaba con uno de los galanes —el director mostraba un lecho grande bajo cuyas ropas algo enorme se escondía—, junto a la puerta, en el corral, en el tejado, en el camino, otros galanes, impacientes, esperaban el turno. Se veía, en otro cuadro del cartel, al marido de «Galiña

negra» con grandes cuernos cabríos, timonel de un pesquero en mares tormentosos.

—¡Vamos, vamos, a cantar! ¡A real la copla! ¡A cantar todos!

Detrás de Clara, alguien dijo el nombre verdadero de la llamada. «Galiña negra».

«¡Esa zorra había de ser!». La gente empezó a cantar. Al terminar, estallaron las risas.

—¡Y ahora, sanseacabó! ¡Al astillero, muchachos!

Marcharon en columna de a dos. Delante, el director hacía cabriolas. Le seguía el del estandarte. Con platillos, tambor y bombo, marcaban el ritmo de la marcha.

Clara se dejó arrastrar por el gentío. Agarrada a la escoba caminaba al compás de los chiquillos. Una máscara, vestida de labriego, le tiró un viaje al pecho. Ella le respondió con un escobazo, que derribó la careta y la montera del atrevido. Quedaron al descubierto una cara imberbe y rubia, unos ojillos azules, asustados.

—¡Mira quién es!

Unas mujeres rieron. La máscara recogió la careta y quedó con ella en la mano, indecisa; luego, escapó. Clara siguió corriendo tras la comparsa. Al llegar al astillero volvió a formarse el corro, y el director se acercó al guarda jurado de la puerta y le habló unas palabras.

—Atención ahora, muchachos, a ver qué bien os sale.

Levantó la batuta. El corro era más holgado, y la chiquillería esperaba en silencio. A veces cruzaba el aire una serpentina o se escuchaba el estampido de un buscapié. Cuando Cayetano asomó por la puerta del astillero, el director hizo una pirueta de saludo y dio la señal.

Cayetano se metió entre la gente y le hicieron sitio en la primera fila. Reía. Clara se fue acercando hasta quedar junto a él. Le miró. Cayetano seguía riendo con ojos alegres. Tenía el sombrero echado atrás y la pipa colgando de los dientes.

—Es guapo —pensó Clara—. Y no parece tan malo como otras veces.

Repentinamente se apartó, salió del corro y echó a correr. Quedó lejos la música de la comparsa. Clara corría. Al llegar junto a la taberna del Cubano se detuvo a tomar aliento. Dentro, la voz de Juan sobresalía de otras voces. Le

dieron ganas de entrar. Empujó la puerta suavemente, asomó la cabeza. La taberna estaba llena. Olía a vino, a hombres, a aceite de sardinas. Sentados o de pie, los pescadores escuchaban, y Juan hablaba, apoyado en la pared del fondo, bajo el calendario brillante con la estampa de la República. Le caía sobre la frente un mechón rojo, movía la mano con calma, con resolución, y todo él resplandecía. Clara no entendió el concepto de sus palabras.

—¡Largo! No se puede entrar.

Le cerraron la puerta. La escoba le cayó al suelo. Se agachó a recogerla, pero olvidó echarla al hombro. Con ella a rastras, se acercó a la ventana de la taberna y miró a través del vidrio turbio. En aquel momento Juan escuchaba. Tomó otra vez la palabra, movió la mano con energía, se apartó de la pared y se acercó al concurso, como queriendo convencerles uno por uno. Carmiña, la hija del Cubano, le trajo vino, que Juan bebió de un trago, sin mirarla, y siguió hablando.

Clara se alejó, sin prisa. Le sofocaba el antifaz, y lo alzó un poco. Unos mozos se metieron con ella:

—¡Destrozona! ¡Máscara del polvo!

Juan parecía otro.

—¡Vente conmigo, viuda, ya verás si te consuelo!

Se halló junto al casino. Un gaitero tocaba, y una pareja de niños disfrazados bailaba una muñeira frenética. Se arrimó para mirar. El juez, el boticario y el dueño del cine jaleaban a la pareja. Don Baldomero hizo un guiño a sus compinches.

—¡Fíjense en la viuda! ¡Vaya caderas!

—¡Eh, tú, preciosa! ¿Se te perdió el marido? ¡Ven para aquí, que lo tenemos guardado!

—¡Anímate, prenda, y baila también un poco!

Don Baldomero dijo al juez por lo bajo:

—Ándese con cuidado, no vaya a ser la señora de alguno de nosotros que venga a espiar.

—La suya no puede ser, y la mía no tiene esas hechuras. ¡Si las tuviera...!

Arrojó a Clara una serpentina azul. El boticario y el dueño del cine le imitaron. Un mozalbete volcó sobre el pañuelo negro una bolsa de confeti, y un niño le aplastó en el pecho la cáscara de un huevo llena de harina. Clara

escapó calle arriba, envuelta por las serpentinas. Las voces la persiguieron.

La gente llenaba la plaza. Una charanga tocaba un fox-trot, y bailaban a su son labriegos, aldeanas, destrozonas, caras en que la estupidez o la lubricidad se habían inmovilizado; bocas, narices enormes; voces broncas o en falsete. Se halló en mitad de un corro de danzantes, gritones, estrepitosos. Un marino oliendo a tinto la agarró de la cintura y la obligó a bailar: daba vueltas sobre sí mismo, y la llevaba en volandas, sin dejarle pisar el suelo. Empezó a marearse.

—Déjame ya.

Quiso soltarse, pero se sintió más fuertemente estrechada, las piernas por el aire. Cerró los ojos. El corro se había apretado y empujaban. El marinero tropezó y cayeron al suelo. Las máscaras del corro rieron, se echaron encima. Sintió una mano hurgándole en las piernas, y una voz que decía: «Es señorita. Lleva las medias finas». Dio una patada a ciegas. Alguien gritó. Pudo ponerse en pie y pretendió escapar. La agarraron. No sabía quién. Estaba en medio de un tumulto en que todo el mundo chillaba, cantaba, manoteaba. La empujaban, la abrazaban. Intentó abrirse paso a puñetazos: le devolvían risas y sofaldeos. No se reían de ella ni la acariciaban a ella, sino a cualquiera que se pusiese a tiro: manos impersonales buscaban carne impersonal, enmascarada. Le dieron ganas de llorar, pero, súbitamente, se abandonó, y fue otra vez empujada, manoseada. Oleadas de harapientos la trataban y llevaban al compás de una música de la que solo se oían el bombo y los platillos: chin-chin-pum; chin-chin-pum; chip-chin-pum..., o algo así, que se le había metido en la cabeza y gobernaba el ritmo de la mascarada. Hasta que, sin saber cómo, se encontró aislada, en una esquina de la plaza, cerca de un grupo de señores que contemplaban la juerga, reían y jaleaban. El boticario, el juez, el dueño del cine, el de la gasolinera, Carlos. Carlos reía como los otros. Sintió un odio súbito, violento. Buscó a su alrededor y halló un montón de serpentinas sucias, pisoteadas; las recogió, hizo una pelota y la envió al rostro de Carlos. Pasó rozándole la nariz, y Carlos se volvió y la miró. Clara escapó, calle abajo, hasta la casa de la castañera. Se arrojó encima de la cama, fatigada, y lloró de rabia, de tristeza. Le dolían, además, los huesos. Después, quedó dormida.

La despertaron unos golpes en la puerta y voces que daba la castañera. Corrió a abrir.

—¿Estabas dentro?

—Quedé dormida.

Cambió de ropas. La castañera le ofreció algo de comer.

—No. Debe de ser muy tarde. Gracias.

Salió corriendo. Una pareja de máscaras rezagadas cantaban en un extremo de la plaza. El suelo estaba sucio, el aire olía a sudor y a muchedumbre. Apuró el paso.

Inés esperaba en la cocina, ante el hogar encendido.

—Como tardabas me puse a hacer la cena.

—¿Y Juan?

—Acaba de llegar.

Clara se sentó en un escabel, junto a su hermana.

—Hoy le he visto en la taberna.

—¿Y qué?

—¡Habías de ver cómo le escuchaban todos y cómo hablaba!

Inés volvió hacia ella la cabeza y la miró con simpatía.

—Vino contento.

—¿Te contó?

—No, pero se le notaba. Dijo que estaba cansado y que le llevara la cena a la cama.

Clara se levantó.

—Anda. Deja eso. Yo lo acabaré.

Cuando estuvo la cena preparó la de Juan y se la llevó ella misma. Llamó a la puerta y entró. Juan, sentado en la cama, escribía. Clara se sentó junto a él.

—¿Qué? ¿Contento? ¿Fue bien la cosa?

—Mejor de lo que esperaba, aunque no del todo bien.

Apartó los papeles y requirió el plato.

—Hay algo que no les cabe en la cabeza. Quieren que el mundo sea de otra manera, pero no saben cómo tiene que ser, y cuando se les ofrece una solución, les da miedo o fantasean.

—Te estuve viendo por la ventana. Me gustó cómo hablabas.

Juan la miró con extrañeza.

—¿Tú?

—Sí. Un momento nada más.

Juan se llevó el tenedor a la boca, mascó un rato en silencio.

—Son duros de pelar, pero los convenceré. Y entonces...

No dijo más. Se distrajo, mirando al frente, como si ya estuviese contemplando el futuro. Clara se levantó y salió. Desde la puerta dijo:

—Anda, cena, que se te va a enfriar.

Rula Doval llegó después de cenar a casa de Julia Mariño. Venía vestida de oscuro, y traía el misal y el libro de oraciones. La mandaron pasar al comedor.

—¿Tampoco vas al baile tú? —le preguntó el padre de Julia.

—¿Yo, señor? ¿A un baile de máscaras? ¡Dios lo haga mejor!

—Pues seguid así y ya veréis cómo os quedáis solteras —dijo la señora de Mariño—. ¿Hay que llevarte a casa?

—No, señora. Vendrá a buscarme mi madre cuando salga del baile.

—Entonces vendremos juntas, porque nosotros también vamos. No os quedaréis dormidas...

—¿Dormidas? ¡Mamá, vamos a pasar el tiempo rezando!

—Por eso os lo digo.

El cuarto de Julia estaba en el piso superior; al pasar por la escalera, Rula recogió un paquete que había dejado en la sombra.

—¿Qué traes? —preguntó Julia.

—Lo que encontré.

Echaron el pasador a la puerta, por si acaso. Cerraron las ventanas, corrieron las cortinas.

—Podíamos poner un disco mientras se van —dijo Rula.

—¡Eres tonta! ¡Para que nos oigan!

Se sentaron en la alfombra, cuchichearon. El rumor parecía de rezos. Pasado un rato, alguien golpeó en la puerta.

—Nos vamos. Si queréis algo, la criada queda en casa.

Julia corrió al mirador y apartó un poco la cortina. Sus padres se alejaban: ella, de prisa, y él, un poco remolón.

—A papá le gustaría más quedarse en casa. Ya no está para bailes. —

Encendió todas las luces. Rula, a su lado, respiraba con ansiedad.

—Anda, enséñame eso.

—Lo tengo en el armario.

Buscó debajo de la almohada un manojito de llaves, abrió el armario y hurgó en su fondo. Fue sacando piezas y entregándolas a Rula.

—Toma, coge. Esa es la capa... Eso, una especie de pantalones... Y esto...

Alzó las manos y mostró, cogidas de las puntas, unas mallas enterizas de color rojo fuego.

—Hay también una chaqueta.

Rula le arrebató las mallas y las palpó.

—Son finas... ¿Te vas a poner esto?

—Claro. Es el disfraz. Me está de rechupete.

—Pero... ¡es como ir desnuda!

—Bueno.

Rula la miró con asombro y severidad. Julia corrigió, baja la mirada:

—Se pone una la capa, ¿comprendes?, y va bien envuelta. Además... — señaló los calzones: unos greguescos negros, acuchillados de rojo— también me pondré eso.

Echó el disfraz sobre la cama.

—Enséñame lo tuyo.

—¿Lo mío? ¡Bah! Un traje de colombina, ajado. ¡Voy a pasar más frío de aquí al casino...!

Julia empezó a desvestirse.

—Frío, también lo pasaré yo, porque esto no debe de ser de mucho abrigo.

Fue dejando caer sobre la alfombra sus prendas interiores conforme se las quitaba. Rula, sentada, las recogía y las miraba.

—Tienes cosas bonitas.

—Le voy sacando a mi padre lo que puedo.

Al ver que también se quitaba las bragas, Rula reprimió un grito de espanto.

—Pero ¿vas a ir desnuda?

—¡Claro! Debajo no se puede llevar nada, ni siquiera sostén.

Torció el torso y enseñó a Rula los pechos, como para demostrar que el

sostén no hacía falta. Después, así desnuda, se miró al espejo, y tuvo la sensación de que aquella mujer que desde el espejo la miraba emitía un poder extraño y turbador, un poder que sujetaba sus ojos a la imagen del cuerpo desnudo. Hizo un esfuerzo y se volvió.

—¡Si por cualquier casualidad se entera tu madre!

—El disfraz lo tenía ella entre sus ropas de soltera: de modo que si alguna vez se lo puso...

—¡Qué escándalo!

Julia, desnuda, se demoró todavía como buscando algo, y volvió a mirarse.

—¡Ay, mujer, vístete ya! ¡No tienes vergüenza!

Parsimoniosamente, Julia se puso las mallas y obligó a Rula a que le abrochase los botones de la espalda; botoncitos menudos, como de sotana, aunque rojos. Terminaban justamente en el arranque del rabo, corto y erecto.

—Pero... ¡también rabo!

—Es un disfraz de demonio.

—Pero ¡Julia!

Julia Mariño, metida en las mallas rojas, con el rabo en la mano, se volvió enérgica.

—¡Bueno! ¿Te atreves o no te atreves?

Dio unos pasos hacia Rula, acoquinada.

—Sí, sí..., claro..., pero...

La mirada de Rula la recorrió, entre asombrada y envidiosa. Julia Mariño sonrió y fue al armario. Dentro de las mallas el cuerpo conservaba todo su poder. Parecía incluso haberlo aumentado.

—¡Ay, hija! ¡No mires así! ¡Pareces el demonio!

—Anda. Ponte tu traje mientras termino.

—Mi traje..., sí... Es una porquería. Lo limpié un poco, pero resulta deslucido.

—También yo tuve que zurcir eso. Estaba picado. Mira.

Los gregüescos puestos parecieron tranquilizar a Rula, y hasta rio cuando hubo de ayudar a Julia a meter el rabo por un agujero. El rabo no le gustaba.

—Porque, claro, con eso ahí, la capa no caerá bien.

Se la puso. Efectivamente, el rabo hacía bulto. Rula le sugirió que se lo sujetase al cinturón si no quería cortarlo.

—Gracias a Dios que se te ocurre algo práctico.

Con el rabo sujeto la cosa quedaba mejor.

—Ahora, el gorrito con sus cuernos... ¿Los ves? ¡Mira qué monos! ¡Parecen los de una mariposa! Y la capa, y ya está. ¡Ah! Había también un collar...

Lo buscó y se lo puso. Un enorme medallón dorado con una cabeza de diablo, que le quedaba entre los pechos.

—Pero ¿y la chaqueta?

Rula, puesta la capa, se embozó en ella.

—Tiene más gracia así.

—Vas verdaderamente escandalosa. Ir así al baile debe de ser pecado.

La falda de colombina le venía larga a Rula. Tuvieron que acortarla.

—Y ahora, ¿cómo voy así por la calle?

—Te echas el abrigo por encima.

—Sí, y que nos conozcan todos.

Julia salió y volvió con una capa azul.

—Toma. Te pones eso. Es mi capa de cuando iba al colegio.

Le tendió, además, un antifaz.

—Quítate los zapatos para no despertar a la criada. Agárrate bien a mí y, por Dios, que no tropieces.

Bajaron las escaleras; salieron —silenciosas— al jardín. Se calzaron.

—No te sueltes.

—Tengo miedo.

—¡Vamos! A buena hora... Cuidado, no vayas a resbalar.

Un vientecillo húmedo meneaba las ramas desnudas de los frutales y el resplandor de la luna hacía el huerto más sombrío. Entre las sombras, Julia parecía un diablo verdadero, y el jardín, un rincón desolado del infierno. Rula se santiguó.

—¿No hay perro?

—¡Eres tonta!

Rula se arrimó a la pared.

—Yo no voy.

—Pues te quedas en el jardín toda la noche vestida de colombina, porque en mi casa no entras.

Corrió a la puerta, entró y cerró.

—¡Abre, Julia! ¡Abre, mujer, no te pongas así! —susurró Rula.

—Como despiertes a la criada te luces.

—¡Abre, por Dios!

Julia entreabrió la puerta.

—¿Qué demonios te pasa?

Se oyó un sollozo.

—Es que... me da vergüenza ir junto a ti con este traje tan sucio.

—Pues al llegar al baile nos separamos, y cada cual por un lado.

Atravesaron el huerto. Julia arrancó unas camelias.

—Toma. Para que te adornes.

Ya en la calle se puso los guantes que había colgado del cinturón.

—Ahora tan tranquilas. Con estas capas nadie nos va a conocer.

Echó a andar, taconeando fuerte. Rula la siguió dando saltitos.

—Julia, mujer, no corras tanto...

A la puerta del casino el conserje quiso verles la cara.

—Descúbrete tú.

—No. Descúbrete tú.

Llegaba hasta el portal la barahúnda del baile. Al conserje le habían encasquetado un gorrito de papel.

—Mire —dijo Julia—. Entre un momento y diga al señor Doval que salga.

El conserje marchó.

—¿Por qué a mi padre y no al tuyo?

—¡No seas imbécil y entra ahora! ¡Escóndete en la escalera!

Se acercaban unas señoras con unas muchachitas disfrazadas. Julia entró y se escondió en la caja de la escalera. Perdió de vista a Rula.

—¡Conserje, que esta se cuela!

—¡Eh, conserje! ¿En dónde está el conserje?

—¡Eh, conserje!

Rula corrió escaleras arriba. Una señora comentó que aquello no podía ser, y que si entraba todo el mundo en los bailes del casino iba a resultar un escándalo.

Julia se escurrió en el cuarto del conserje, y salió por otra puerta al pasillo de los servicios. Después entró en el salón bien embozada. Vio a su madre,

junto a la orquesta, cotorreando y moviendo las manos con violencia. Buscó un rincón alejado y se acogió a él.

—No, no bailo. No, no bailo.

—Este diablo parece tonto.

Temía que su madre reconociese el disfraz.

Quieta, en postura tímida, sus ojos escrutaban el salón, inspeccionaban una a una las parejas. La golpeaban las serpentinas, la sofocaba el polvo, la capa le estorbaba. Había una silla a su lado y pensó en subirse a ella para mirar mejor, pero desistió por miedo a ser reconocida. Aislada del tumulto, su disfraz resultaría llamativo.

Un grupo de parejas, cogidos todos de la mano, intentaba envolver a los que bailaban. Vio a Rula metida en danza. Rula también la vio. Rompió la cadena y se le acercó.

—¿Pudiste entrar?

—¡Vete, no me hables! ¡Van a reconocernos!

La empujó hacia el barullo. Rula perdió un zapato. En tanto lo buscaban, Julia se metió entre los bailarines.

Había descubierto a Cayetano, asediado de una mora y de un vulgar capuchón. Se abrió paso a codazos. La mora acusaba a Cayetano de haberse dejado soplar a la Galana. El capuchón, con voz grave, insistía en el episodio de las botellas rotas.

Julia se agarró al brazo de la mora, y cuando vio que Cayetano la miraba, dejó caer el embozo de la capa, hasta descubrir el pecho, para taparlo en seguida y huir.

—¡Eh, tú, diablillo, espera! —le gritó Cayetano.

Volvió la cabeza y vio que Cayetano, libre del capuchón y de la mora, intentaba seguirla. Se abrió paso hasta la puerta, ganó el pasillo y corrió a la salida. El conserje alargó el brazo para detenerla; lo esquivó y salió a la calle. Cayetano seguía detrás.

—¡Espera! ¡Espera!

Fue calle arriba. Le estorbaban los zapatos y los abandonó. Al volver la esquina vio que Cayetano también corría. Hizo un esfuerzo por alcanzar la puerta del jardín, el necesario para no caer rendida hasta alcanzarla.

Cayetano se inclinó a recogerla. Traía en la mano los zapatos

abandonados.

—¡Déjeme! ¡Por favor, déjeme!

—¡Dime quién eres!

—¡Déjeme o grito!

—Antes ponte los zapatos, que te vas a acatarrar. ¿En dónde vives?

—Eso a usted no le importa.

Cayetano la tenía cogida por los hombros. Intentó apartar la capa.

—¡Quieto!

Se arrancó bruscamente de los brazos de Cayetano, pero perdió la capa. Pudo empujar la puerta del jardín, entrar y cerrarla rápidamente. Quedó arrimada a ella, escuchando.

—Óyeme, Julia —dijo la voz queda de Cayetano—. Si no me abres llevaré a tu padre la capa.

—¡Váyase!

—No sin que me abras. Vas a coger una pulmonía.

—¡Eche la capa por encima de la tapia!

—Quiero dártela a ti.

—¿Y se marcha?

—Si eres buena, sí.

—¿Y qué es ser buena?

Descorrió suavemente el cerrojo, entreabrió la puerta y sacó la mano.

—Deme la capa.

Cayetano empujó, entró, cerró tras sí. Julia, arrimada al muro, tenía la cabeza baja y sollozaba.

—¡Váyase!

—Me voy si me das un beso.

La cogió por la cintura, suavemente, y la besó. Ella no hizo resistencia.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

La apartó bruscamente. Julia, arrojada contra la pared, estaba atractiva, alumbrada por la luna. Le temblaba el medallón entre los pechos, temblaba todo su cuerpo.

—Dime la verdad. ¿Tu padre sabe algo de esto?

—¿Mi padre? Si se entera me mata.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Tuvo la culpa Rula Duval. Me trajo este disfraz y me convenció para que fuésemos al baile sin que lo supiera nadie. Ella está allí.

Le temblaba también la voz. Cayetano le puso la capa.

—Anda. Vete a la cama.

—¿No dirá nada?

Cayetano no respondió. La miró fijamente y salió a la calle. Encendió un pitillo y permaneció junto a la puerta cerrada. Estaba seguro de que detrás, Julia Mariño esperaba todavía. ¡Tenía la carne dura y los ojos brillantes y grandes! Lo de no saber besar se arreglaba en unos días.

Arrojó el cigarrillo y encendió otro. Se le recordaron, de repente, las palabras de su madre, palabras que le ataban como cadenas las piernas, las manos y la voluntad. Pero, al otro lado de la puerta, la respiración queda, anhelante, de Julia, le empujaba, le atraía; podía más que el amor a doña Angustias; o, al menos, podía tanto, y le hacía tambalearse entre el deseo de entrar y el de volver al casino tranquilamente.

—Le voy a dar un buen par de bofetadas a la mocosa esta. Va a saber lo que es andar provocando a los hombres. Y a su padre también le diré unas palabras en cuanto le eche la vista encima.

Todavía esperó, y pensó que le gustaría que Carlos estuviese allí y pudiera escuchar, como él, la respiración de Julia, y verle entrar y oír cómo la mandaba acostarse.

Empujó la puerta y se oyó un gritito ahogado. Entró a tiempo de asir a Julia por la muñeca. La atrajo de un tirón.

—¡Mira! ¡O te vas a la cama o te hago un hijo aquí mismo! ¡Largo!

Julia Mariño no se movió. Dejó caer la capa y levantó el rostro. Sonreía.

Todas las puertas estaban cerradas, nadie esperaba en ellas. La de Julia, la de Pepa Ferreiro, la de Sarita Couto. Inés cerró el paraguas y siguió sola. Estaban las calles desiertas, era de noche todavía.

Arriba, en el barrio que trepaba por la ladera del monte, algunas ventanas se veían iluminadas. Una de las últimas puertas del pueblo se abrió y se cerró en seguida. Más allá, todo oscuro. Se había levantado viento...

Se detuvo a la salida del pueblo. La carretera clareaba suavemente entre murallas de sombras; la mar batía en alguna parte, batía fuerte, y las gaviotas empezaban a graznar.

Era así todas las mañanas, y ella iba también sola, otra clase de soledad. Iba sola porque no escuchaba la charla inacabable de doña Lucía, ni los cuchicheos de Julita y Rula, ni risas, ni comentarios, ni advertencias. Iba sola; pero delante y detrás de ella caminaban sus compañeras. Nunca se le había ocurrido tener miedo, nunca las sombras y los ruidos del camino la habían hecho temblar. Ahora temblaba. Se le encogía el corazón y una cosa le subía a la garganta.

Volvió sobre sus pasos, atravesó el pueblo casi corriendo. Oyó voces dentro de alguna casa; unos marineros pasaron cargados de redes. Una taberna estaba abierta. Pero la oscuridad envolvía al pueblo, lo tragaba. Llegó corriendo a su casa, jadeante.

Clara estaba en la cocina.

—¿Y tú? ¿Te pasa algo?

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—No sé. No me atrevo a ir sola.

—¿Sola?

Clara dejó la vela encima de la mesa y empezó a prender una piña.

—Las demás ya no van.

La piña empezó a arder. Clara la llevó al fogón y puso encima unos leños.

—Como la boticaria está enferma...

—Pues el fraile se queda sin clientes.

—Tengo que ir.

Lo dijo con pasión. Clara se la quedó mirando.

—¿Por qué no vienes conmigo? —añadió en seguida Inés.

—¿Al monasterio? Y la casa, ¿quién la hace?

—Volveremos temprano.

—Supón que a Juan le da por madrugar... Y mamá, que hay que lavarla.

Inés tendió las manos.

—Te lo ruego. Diré a Juan que espere. Yo no puedo faltar, ¿no lo comprendes?

—¿Y mañana?

—Vendrás también... Hasta que busque otras amigas. No puedo faltar un solo día. Sería terrible.

—No creo que vaya a morir el fraile.

—Pero ¿no te das cuenta de que si no va nadie dejarán de decir *esa* misa?
¿No te das cuenta?

Clara se acercó al llar y empezó a apagar los tizones ardientes.

—Avisa a Juan. Terminaré en seguida.

—Gracias. Gracias de veras.

Inés salió.

—Tráeme el abrigo de paso que vienes.

Todavía no clareaba cuando salieron, pero, pasado el pueblo, alboreaba por encima de los montes. Venía el viento del oeste y el cielo estaba hosco.

—Va a llover para mañana —comentó Clara.

—¿Y qué?

—Es martes de Carnaval. Y por la tarde empieza la misión. Tendrán que hacerla dentro de la iglesia.

—¿Es que vas a ir?

—¿Qué se me pierde a mí? Además, si voy contigo cada mañana...

Inés se había cogido del brazo de Clara. No respondió. Se fue ensimismando. Clara la miró un par de veces y dejó de preocuparse de ella. Al llegar al monasterio era de día. La iglesia estaba abierta.

—Si quieres puedes esperarme ahí dentro. Hay bancos para sentarse. Abajo...

—Sí... Esperaré, no te preocupes.

—Puedes oír misa en la iglesia. Es un misa corriente. La que se dice abajo...

—Ya sé. Es especial para santas...

—Claro que si quieres venir...

Clara empujó a su hermana hacia la puerta de la cripta.

—Yo no soy santa, Inés. Ya veré lo que hago.

Inés bajó las escaleras apresuradamente. Al entrar en la capilla salía el padre Ossorio, revestido, y saludaba ante el altar. Inés se arrodilló, y solo entonces se dio cuenta de que la cripta estaba solitaria, de que faltaban sus

compañeras, de que nadie bisbiseaba detrás, de que solo ella cantarí. Juntó las manos e inclinó la cabeza.

—Te doy gracias, Señor, por haberme escogido entre todas y por haberme preservado de la cobardía. Señor, tu sierva Inés está presente en el sacrificio. Señor...

Los latines del oficiante la interrumpieron. Respondió en voz baja, pero distinta. El diálogo resonaba, creaba pequeños ecos... El oficiante se interrumpió, hizo una seña al acólito y le preguntó algo. Volvió la cabeza y miró a Inés un instante. Inés se sintió colmada de alegría, no pudo evitar que le temblase la voz.

Cuando el padre Ossorio dio la vuelta al altar y quedó frente a ella, Inés alzó el rostro y lo miró. Estaba en la penumbra, casi no podía leer en el misal, pero sabía que, entre las sombras, el oficiante oiría su voz, no una voz entre otras o un conjunto de voces. Y cuando hablase, le hablaría a ella.

Cantó quedamente el ofertorio, el gradual... Se levantó para el evangelio; se sentó para la plática. Pero el padre Ossorio no interrumpió la misa, no se apoyó en el cuerno del altar, como todos los días, para decir: «El evangelio de hoy...». Inés sintió romperse el encanto creado por la soledad. Se preguntó por qué no le hablaba a ella sola, se metió en un barullo de preguntas, de conjeturas. Cantó mecánicamente las respuestas... Continuaba sentada o de rodillas, pero su alma no participaba en la misa. Su alma quería averiguar por qué el padre Ossorio no había comprendido la razón por la que ella estaba sola en la misa y por la que seguiría viniendo sola.

No podía ser el rumor de las mujeres que iban al mercado. Era todavía de noche, y por la rendija de una cortina entreabierta entraba luz tenue del alumbrado público, no resplandores de aurora. El rumor venía de lejos y se acercaba. Doña Lucía se tapó la cabeza e intentó seguir durmiendo. Quiso hacer del rumor canción que la ayudase a dormir, y acomodó a él el ritmo de su espíritu, porque el rumor era rítmico. Hasta que, súbitamente, comprendió: ¡El rosario de la aurora! Quedó, de pronto, espabilada. Se sentó en el borde de la cama y escuchó. Era rumor de rezos, alternados con cánticos.

Se envolvió en una bata y salió al mirador. Por la ventana del costado

pudo ver, bajo la lluvia fina, dos largas filas de velas encendidas, dos largas filas de fieles cobijados bajo paraguas abiertos. Estaban ya cerca. Por el medio de la calle, la sobrepelliz de un sacerdote iba y venía, dirigiendo el rezo, ordenando las filas. Llevaba en la mano un cirio apagado que le servía de batuta y bastón de mando: lo movía con furia, con energía, con autoridad. Decía a voz en grito el «Ave María», y los fieles respondían sordamente.

Las primeras de las filas alcanzaron la altura de su casa. Intentó reconocerlas: gentes de poco pelo, viejas envueltas en mantones, algún varón perdido entre mujeres. Unas protegían del aire la llama de la vela con cucuruchos de papel; otras, con la mano ahuecada. Algunas las llevaban apagadas. Y todas parecían cansadas, forzadas.

El cura empezó a cantar, con voz desgañitada:

¡Avé, avé, avé María!
¡Avé, avé, avé María!

Le respondieron las más cercanas, pero las de atrás no cantaban, o lo hacían en voz tan baja que no se les oía. El cura retrocedió a grandes pasos y alzó los brazos.

—¡Vamos, canten todas! ¡No rompan las filas! ¡Más de prisa, señoras! «Avé, avé, avé María».

Se aproximó a una acera y arregló una disputa entre dos mujeres. Corrió hacia delante. «¡No tan de prisa, señoras, no tan de prisa!».

Las que iban al principio se detuvieron para que la fila, rota en alguna parte, se reintegrara. El cura movía las manos, frenaba, animaba, cantaba. Se veía ahora, al final, otro cura, bajito, que llevaba la vela encendida y no parecía moverse.

Doña Lucía sonrió en la sombra y siguió mirando las que pasaban cerca. Fulana, Zutana, Perengana. Rula Doval, con su madre: se le sobresaltó el corazón. Y un poco más atrás, Pepa Ferreiro, Sara Couto y todas, todas sus ovejitas, soñolientas, aburridas, con sus velas y con sus madres. Cruzó las manos sobre el pecho y sintió que dos lagrimones resbalaban por su cara.

—¡Dios, mi fracaso, mi castigo!

Alzó hacia el cielo oscuro los ojos húmedos; por encima de las nubes resplandecía el alba, pero su luz no llegaba a la calle. Las velas, temblando en el aire azul, no desvanecían la oscuridad. Los faroles del alumbrado se habían

apagado. Era una procesión de sombras; rezaban, cantaban como sombras, sin entusiasmo, sin piedad. ¿Podía aquello compararse con lo que ella había hecho, con lo que había creado? Se sumió en los recuerdos más hermosos y vio la cripta del monasterio y oyó el cantar sereno, tranquilo, de sus ovejitas y la voz grave, pastosa, del padre Ossorio, entonando el prefacio. ¡Aquello sí que era hermoso, y no el desmayo de estas voces arrastradas y los gritos metálicos del cura en medio de la calle!

¡Avé, avé, avé María!
¡Avé, avé, avé María!

—¡Vamos, señoras, vamos! ¡Dense prisa y canten más alto!

¡Avé, avé, avé María!
¡Avé, avé!

Sintió de pronto necesidad de gritar, de decir que no estaba conforme; pero frenó el impulso, pensando en su reputación. Después de todo, ¿para qué? Estaba a punto de marcharse; quizá ya no volviera más. Y su obra estaba destruida... De todos modos, tenía que hacer algo, enterar a la gente de que ella no iba en la procesión, de que ella no arrastraba avemarías y piernas por las calles mojadas de Pueblanueva, al compás marcado por el cirio de un sacerdote gritón. Abrió la ventana de golpe y se asomó. El cura se volvió al ruido y miró hacia arriba, Dejó, de pronto, de cantar. La apuntó con el cirio, y gritó:

—¡Un padrenuestro por el alma de esa pecadora! «Padrenuestro, que estás en los cielos...».

Veinte, treinta, cien caras se levantaron y la miraron. Le temblaron las piernas, le subió la sangre al rostro. Cerró la ventana y retrocedió. Tuvo que apoyarse en la pared, respirar hondo. En la calle se terminaba el padrenuestro y el cura invitaba a continuar, como si nada. «¡Vamos, a cantar todas! ¡Avé, avé...!».

Doña Lucía avanzó en las sombras, pero las piernas se le doblaron. Dio una gran voz.

—¡Baldomero!

Y cayó en la alfombra.

El boticario llegó en seguida, en camiseta y calzoncillos. Encendió la luz.

—¿Qué sucede?

Vio a su esposa en el suelo, vio revueltas las ropas del lecho. Se arrodilló.

—¡Lucía, Lucía! ¡Óyeme, Lucía!

Ella no respondió. Don Baldomero corrió al armario, buscó algo entre las medicinas, no lo halló, y salió corriendo a la escalera. Volvió sobre sus pasos, cogió una llave y descendió de nuevo. En el anaquel de la rebotica alcanzó un frasco y subió, sin cuidarse de la puerta abierta ni de la luz encendida.

—¡Lucía, Lucía! ¡Vamos, Lucía!

La incorporó y le hizo tragar un poco de aguardiente. Ella tosió y abrió los ojos.

—Déjame, voy a morir.

Dio un suspiro profundo y quedó mirando a su marido con ojos espantados.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Por qué estás en el suelo?

Doña Lucía indicó la calle con un gesto vago.

—¿No los oyes? ¡Me acaban de insultar!

—¿Cómo?

—Me han llamado... ¡pecadora!

Don Baldomero corrió al mirador y vio las filas de orantes perderse por la calle abajo. La luz de la mañana hacía ya palidecer las velas, y allá abajo, la brisa marina las apagaba.

—Llévame a la cama.

La cogió en brazos y la acostó. Ella permaneció un momento con los ojos cerrados. Los abrió de repente, como asustada.

—¡Baldomero! ¡El Señor me ha abandonado! ¡No me abandones tú!
¡Baldomero!

Él se sentó a su lado.

—Vaya, vaya. No te pongas así.

—Voy a morir.

Hizo un esfuerzo para incorporarse. Él la ayudó.

—Voy a morir, pero antes quiero hacerte una confesión. El perdón de Dios no me basta. Necesito también el tuyo. ¡Baldomero!

Le agarró las manos y le miró fijamente.

—Soy una mujer infame.

Se desplomó en las almohadas y empezó a sollozar.

—¡Infame, infame! —decía entre jipidos—. ¡Te he deshonrado, esposo mío, te he engañado con otro!

Don Baldomero la escuchaba nervioso. Por la abertura de la camiseta asomaba la pelambarrera hirsuta y cana, agitada por la respiración trémula. Movía las manos torpemente; las tendía hacia el cuello de su mujer, las retiraba.

—¿Con quién? ¡Dilo en seguida! ¿Con quién? —estalló su voz.

Ella hundió el rostro en la almohada.

—Con tu peor enemigo, con Cayetano. ¡Perdóname, esposo mío! ¡Perdóname, aunque me mates!

Empezó a toser furiosamente; una tos honda, recia. Manchó de rosa la almohada y el embozo de la sábana. Sentada en la cama, siguió tosiendo, tensas las cuerdas de la garganta, los músculos de la cara. Y las manos, agarradas a las rodillas, crispadas sobre la colcha. Don Baldomero mantenía los puños cerrados, en el aire. Se le había petrificado el rostro, se le había fijado en un gesto de dolor. Los calzoncillos, medio caídos, dejaban ver una franja del vientre, una franja estrecha de carne velluda.

—¡Lucía! —dijo con voz desgarrada, y tendió nuevamente hacia el cuello traslúcido las manos engarabitadas.

De pronto se aflojó y empezó a llorar. Le dio un hipo agudo, que le convulsionaba el tórax, que le estremecía las piernas desnudas, y del hipo salía algo así como un silbido ronco, rematado en estertor.

—¡Lu... cí... a...!

Salió corriendo. Quedó abierta la puerta del corredor. Un ruido de toses llenó la casa.

A poco llegó la criada, acabando de vestirse.

—¡Vaya, señora, vaya! ¡A ver, que le doy algo!

Don Baldomero subió la cuesta del Penedo con el pecho doblado, las manos cruzadas a la espalda. Miraba, sin verla, a la tierra. Recibía la lluvia sin sentirla. El cerebro le daba vueltas alrededor de una sola idea, de una sola frase, cada vez más grande, cada vez más recia. La leía en las piedras del

camino, la escuchaba en el ruido del aire.

Empujó la verja, recorrió la vereda, llegó ante el portón abierto. Antes de entrar levantó al cielo los ojos enrojecidos.

—No lo merezco, Señor —dijo en voz alta; e inmediatamente se corrigió—. Sí, lo merezco. Soy un pecador furioso, impenitente. Soy malo.

Carlos estaba afeitándose. Mandó a Paquito que llevase al boticario al cuarto de la torre, y que cargase la cafetera con agua para dos. Se dio prisa en terminar. Halló a don Baldomero derribado en el sofá, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué le sucede?

Don Baldomero, puesto de pie, alzó una mano.

—Si no lo sabe, es que el cielo aún no me ha castigado bastante. Pero si sospecha lo que me pueda pasar, dígamelo, don Carlos.

Carlos negó con la cabeza.

—Entonces —respondió don Baldomero, con voz abrumada—, me falta todavía la parte más dolorosa de mi tragedia, la vergüenza pública.

Se dejó caer en el sofá.

—Mi mujer me ha engañado.

—¿Cómo?

—Ella misma me lo confesó no hace todavía un par de horas. Espontáneamente, creyendo que iba a morir.

Hizo una pausa y tendió hacia Carlos las manos implorantes.

—¡Con Cayetano! ¡Con mi peor enemigo!

—No.

—¿Cómo que no? ¿Es que puede dudarse de las palabras de un moribundo?

Carlos se sentó, sonriente.

—No puedo creerlo, don Baldomero. Aunque lo haya jurado por todos los santos celestiales. Su mujer no le ha engañado.

El boticario le puso una mano en el hombro.

—Don Carlos, si esas palabras las dicta una intención de amigo, se las agradezco. Pero es inútil que siga por ese camino, Mi mujer no mintió. Esperaba que la matase, y hasta no sé si me pidió que lo hiciera. No lo recuerdo bien. Pero decía la verdad.

Volvió a interrumpirse. Juntó las manos y las alzó crispadas.

—¿Se da usted cuenta, don Carlos, de mi situación? Cómo usted habrá adivinado, no fui capaz de matarla.

Volvió a ponerse de pie, dio unos pasos sobre la alfombra, echó aliento a las puntas de los dedos y se frotó las manos.

—No fui capaz, don Carlos. Ella tosía. Soy un cobarde, un puñetero sentimental. Me dio pena, ¿comprende? Pudo la pena más que mi honor mancillado. Además, lloré.

En silencio miró a Carlos.

—¿No le da risa?

—¿El qué?

—El que haya llorado.

—Es lo natural. Usted, en el fondo, quiere a su esposa. No ha dejado de quererla.

—Y, aunque eso sea así, llorar es una cobardía, y yo, un ridículo cabrón. ¡No me mire de ese modo, don Carlos! ¡Soy un cabrón! ¡Yo, un carlista de Vázquez de Mella! ¡Soy tan cabrón como cualquiera, como don Lino, como Martínez Couto, como cualquiera de los *joíos* padres y maridos de las mujeres seducidas por Cayetano! ¡Ya tengo por derecho propio un puesto de honor en la popular cofradía del Cuerno!

Su mano abierta trazó en el aire una raya tajante.

—Se acabó la cabeza erguida, se acabó el mirar cara a cara a Cayetano, se acabó el orgullo. ¡Si al menos la hubiera matado! Pero no la maté, no. El Cielo se cebó en mí. Dios no me ha permitido cumplir con mi obligación. Detuvo mi mano, como la mano de Abraham, y me hizo llorar como un nene. ¿Y sabe usted por qué? Porque entre Dios y yo están pendientes muchas cuestiones, porque llevo varios años haciéndole jugadas gordas y porque hasta ahora logré permanecer impune. Pero el Señor esperaba. El Señor conocía el corazón de mi mujer y podía esperar. Quería castigarme con lo que más me había de doler.

Carlos le interrumpió.

—¿Por qué complica a Dios en estas cosas?

—Dios está en todo. No se mueve una hoja sin su Santa Voluntad. Por otra parte, el cornudo es siempre un personaje con derecho a hacerse oír del Cielo,

y en todo adulterio anda metido directamente Dios. El matrimonio es un sacramento. Violarlo es herir a Dios en su corazón.

—Supongo que ese principio se lo puede aplicar, ante todo, a usted mismo.

—¿Quién lo duda? Mis adulterios personales son una de las cuestiones a que acabo de referirme, son la causa de que Dios esperase su ocasión. Pero el caso es más complicado de lo que parece a primera vista. Anda por el medio la reputación personal, y, entre nosotros, un hombre vale, como usted sabe, en razón directa del número de mujeres con las que se ha acostado, y deja de valer en razón directa de los cuernos que le han puesto. Esto es así y no hay quien lo mueva. De modo que, o renuncia usted a su buen nombre, o fornicar a calzón quitado y tiñe los cuernos de sangre, si se los ponen. Unos cuernos sangrientos pueden llegar a ser timbre de gloria.

Carlos, escuchándole, sonreía. Sonriendo, le animó a que siguiera.

—Sangre, ante todo, de la adúltera. Hay en esto, al parecer injusto, cierta justicia oculta. Un hombre está siempre dispuesto a acostarse con la mujer de otro y, a ser posible, que se sepa. Es, en cierto modo, un acto heroico, puesto que se juega la vida por la reputación; y aunque el marido burlado insulte al burlador, reconoce en el fondo que él, en su caso, hubiera hecho lo mismo. Por eso no es esencial matar al seductor, sino a la adúltera. Claro está que el que mata a los dos queda enteramente reivindicado; pero la muerte de ella se considera suficiente para vengar el deshonor. En todo adulterio, la pecadora fundamental es ella. Y ahí está lo terrible de mi caso. Yo no me siento capaz de hacérsela pagar a mi mujer. Si estuviera sana y fuerte, la habría estrangulado; pero ¿cómo voy a poner la mano encima a una mujer que tose y escupe sangre?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y contuvo un sollozo.

—Siéntese —le dijo Carlos—. Tome un café conmigo. Coñac también, si quiere.

—No —fue hacia la ventana y se mantuvo de espaldas a Carlos durante un rato—. Café, sí lo quiero. Se le agradece.

Se enjugó las lágrimas con los dedos y cogió la taza que Carlos, sin mirarle, le tendía.

—Don Carlos, hay que hacer algo. No he venido junto a usted solo a desahogarme, sino a pedir consejo.

—Vuelva a su casa, tranquilícese y piense que doña Lucía, por lo que sea, le mintió.

—Eso no puedo pensarlo. Y tampoco volver a casa y vivir bajo el mismo techo. ¿No lo comprende? Ya está decidido. No puedo permitir que nadie se ría de mí.

—Nadie se reirá de usted, porque de este asunto nadie sabe una sola palabra.

—Esto habrá que averiguarlo.

—¿En Pueblanueva?

—En cualquier caso, hay alguien que lo sabe, y para ese alguien tengo que hacer algo. Mi vida, desde ahora, está pendiente de ese alguien. Para él, soy cabrón.

Dejó sobre una mesa la tacilla vacía y se sentó.

—Por lo pronto, de aquí marcharé a cualquier parte. A Santiago, a Vigo. Estaré algún tiempo fuera. Y usted me hará el favor de visitar a Lucía y pedirle que se vaya. Hace días que está todo arreglado, y solo esperábamos una ligera mejoría para mandarla a la montaña. Que alquile un coche y que se lleve a la criada. El dinero, lo tiene, y yo le mandaré más tarde lo que haga falta. En cuanto a Cayetano...

Lanzó al aire los puños amenazantes.

—¡Cayetano! ¡Esa es otra! ¡La Providencia se ha burlado de mí hasta el punto de arrebatarme la única justificación moral de mi venganza! Porque, si no la mato a ella, ¿cómo voy a matarlo a él, aunque los niños me apedreen por la calle y me llamen boticario cabrón?

Le sudaba la frente. Pasó por ella la mano diestra. Quizá sin darse cuenta, se tentó las sienes.

—El Señor es implacable. No me deja una sola salida. Estoy hundido, deshonrado para siempre.

III

Hacía frío en la iglesia. Las piedras rezumaban humedad, y la cal de las bóvedas verdeaba en las aristas y en los ángulos. El viento que entraba por la rotura de un rosetón helaba el aire del coro. Bajo las capas, los frailes tiritaban. Alguno se había embozado, y solo destapaba la boca para el canto, cuando le correspondía.

No lo hacían muy bien. Entre los jóvenes, había dos o tres rebeldes a la disciplina gregoriana. Tenían buena voz y no renunciaban a lucirla. En cualquier momento sacaban de la garganta un chorro de gorgoritos y estropeaban la limpieza melódica. Fray Ossorio se lo había hecho ver, varias veces, al prior. «¡Déjelos, padre, que canten a su modo! Pasan hambre, pasan frío. Si les quita usted el gusto de cantar, ¿qué les queda?». Así no se podía organizar un coro. Así...

El viento apagó una vela del altar. El sacristán se cuidó de encenderla: cansino, parando a cada paso para soplar los dedos. El organista se los soplaba también, una mano después de otra, para no interrumpirse. Faltaba poco para terminar las vísperas. El himno «Magna Deus potentiae» había salido desastroso, a causa de los gorgoritos.

Sonó, seco, sobre la madera, el martillo del prior, y los frailes fueron saliendo de dos en dos, inclinados y silenciosos. El prior, de pie, esperaba. Al paso del padre Ossorio le hizo señal de que se detuviese.

—Aguárdeme, padre, en mi celda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora.

Al romperse las filas, fray Ossorio cruzó los claustros. El viento racheado azotaba las columnas, silbaba en las esquinas de las pilastras, arremolinaba el

hábito y la capa hasta embarazarle el paso. Llegó a la celda del prior y llamó, quedamente. No le respondieron. Abrió y asomó la cabeza. Estaba, todavía, a oscuras. Volvió a cerrar y esperó, paseando apurado, desde la puerta del prior hasta la esquina más próxima. Golpeaba los pies contra las losas mojadas, daba grandes zancadas, pero las piernas y los brazos seguían ateridos. En el fondo de su corazón, sin atreverse a confesárselo, añoraba unas medias de lana.

Se oyeron, pronto, los pasos del prior: menudos, quedos, rápidos. Solía poner a las sandalias suelas de goma. Gustaba de acercarse sin ser oído, pero todos los frailes sabían descubrir, en el silencio o entre los rumores de la noche, el suave, cauteloso caminar, el roce alternado de la goma al despegar del suelo o los crujidos rítmicos de la madera.

—Hace frío, ¿eh? ¡Vaya mes de marzo que se nos echa encima!

Abrió la puerta.

—Pasaré yo delante para encender. Cierre en seguida. Aquí dentro también hace frío, pero no está helado, como el claustro.

Frotó una cerilla y encendió un quinqué de carburo.

—¡Ah, la luz eléctrica, la luz eléctrica! ¿Cuándo la lograremos, padre Ossorio? Tengo, hace más de un año, el presupuesto del tendido y de la instalación como quien tiene una esperanza. A ver si ahora, con eso del colegio, nos libramos del carburo y del petróleo —encaró al padre Ossorio—. Le supongo enterado de que vamos a poner un colegio. Ya sé que necesito autorización del capítulo, pero cuento con ella por anticipado. No creo que haya discrepantes. Todo lo más, uno.

Le miró a las pupilas.

—¿Usted qué piensa?

—Obedezco, padre.

—¡Ah! Eso está bien. Y me gusta oírsele, mire. No esperaba de usted tan rápida, tan absoluta sumisión. Es una pena que haya sido aquí, en privado.

El padre Ossorio desvió la mirada.

—Porque usted es un fraile díscolo —continuó el prior—. Un verdadero revoltoso. Si no fuera por usted, hace tiempo que el monasterio sería otra cosa.

El padre Ossorio levantó la cabeza lentamente. Hizo ademán de replicar,

pero el prior le detuvo con un gesto.

—Después. Usted hablará después. Ahora me toca a mí. Y de lo que vamos a hablar no es del colegio, sino de la famosa misa de la cripta, de esa que llaman en el pueblo la misa republicana. ¿Se ha dado cuenta de que, desde hace algunos días, solo viene a oírla una persona?

—Sí.

—¿La conoce?

—No.

—Es la señorita Inés Aldán. Viene acompañada de su hermana, pero su hermana no desciende a la cripta. Queda en la iglesia o pasea junto al pretil, según llueva o no.

—No conozco a ninguna de las dos.

—La señorita Inés Aldán goza de excelente reputación. Dicen que piensa meterse monja.

—También lo ignoro.

—Entonces, ignorará usted la causa por la que, desde el domingo de Carnaval, se ha quedado usted sin clientela.

—Totalmente, padre prior. He advertido la disminución de las fieles, he visto a una sola, me ha sorprendido, pero nada le pregunté, porque usted me tiene prohibido todo trato directo con ellas, y en todo momento he obedecido la prohibición.

El prior acercó las manos a la lámpara y las frotó luego.

—Seguramente, padre Ossorio, que ignora también la verdadera razón por la que doce o catorce señoritas de la buena sociedad local, y una señora, se pegaban todos los días el madrugón y venían al monasterio, con viento o con lluvia, sin faltar un solo día. Usted pensará que eran adeptas a ese catolicismo aristocrático que importó usted de Alemania. Por mi parte, bien creí que lo hacían por prurito de distinción o por llevar la contraria a alguien. Pues bien: estábamos los dos equivocados. Esas señoritas venían a *su misa*, padre Ossorio, porque la señora que las acompañaba las había convencido de que, asistiendo a ella, estaban mágicamente a cubierto de las acechanzas de cierto conquistador local. ¿Sabía usted algo de esto?

El padre Ossorio tenía los ojos abiertos, asombrados.

—No.

—Pues se ha descubierto, y ninguna de sus catecúmenas volverá, salvo esa señorita Aldán, que, si insiste, será por sus razones. Quizá siga teniendo miedo a la acechanza del tenorio, y quizá crea que una misa dicha del revés, como en las catacumbas, es el *meigallo* adecuado para no caer en la tentación.

Se puso en pie, metió las manos debajo del escapulario y miró al padre Ossorio duramente.

—En fin: que ha perdido usted el tiempo, que ha predicado a los vientos su catolicismo aristocrático, que nos ha puesto en ridículo. En dos años, lo más que ha conseguido usted fue congregar a doce o catorce locas, a un grupo de beatas, tan beatas como las de cualquier otra congregación. ¡Ni un solo hombre, padre Ossorio, le hizo caso! Ni siquiera su amigo el doctor Deza, que es otro tal. Y usted sabe, como yo, que la Iglesia puede resignarse a tener una clientela de mujeres, pero que solo cuando los hombres acuden a escuchar la palabra de Dios habrá esperanzas de un renacimiento. Y usted sabe también que, por esto, ha fracasado. No necesito añadirle que mañana no se abrirá la cripta.

—Si usted lo ordena, padre...

El prior dio unos pasos hacia el fondo sombrío de la celda y dijo desde allí:

—Naturalmente. Lo he ordenado ya.

El padre Ossorio hizo ademán de marchar.

—Está bien. Ya me señalará la misa que debo decir y en qué altar.

—¡Espere! ¡No se vaya todavía! Aún no hemos empezado.

Se acercó lentamente a la mesa y levantó un poco el quinqué. El padre Ossorio quedó enteramente iluminado.

—He estado haciendo la distribución del trabajo en el colegio que vamos a abrir este año, en septiembre. Usted será el director de estudios y, además, enseñará francés, literatura, filosofía y latín.

—¿Y mis versiones?

—A partir de octubre no serán necesarias.

El padre Ossorio dijo titubeante:

—También... hago algunos artículos. De teología, claro —miró al prior de soslayo y agregó con tono especialmente convincente—: Puedo publicarlos, si los termino y si vuestra paternidad lo autoriza, en revistas alemanas. Los

pagan bien.

El prior le escuchaba con sonrisa esbozada y mirar burlón. El padre Ossorio hizo un esfuerzo por seguir hablando.

—No son gran cosa. Me faltan libros y me falta, sobre todo...

Se detuvo y alzó las manos implorantes.

—¿Qué más le falta, padre?

—Las cartas del padre Hugo. Si pudiera tenerlas tres meses, dos meses nada más... Mientras no abrimos el colegio. Tengo tiempo de sobra. Y no abandonaré las versiones, créame.

El padre prior meneó la cabeza.

—No, padre Ossorio. Lo siento.

—¿Por qué?

—No tengo que darle explicaciones. Puede retirarse. Vaya con Dios.

El padre Ossorio inclinó la cabeza y se encaminó a la puerta. Dio unos pasos, posó la mano sobre el picaporte, lo levantó: con la puerta entreabierta, se volvió bruscamente.

—¿Se da cuenta, padre prior, de que así se frustra mi carrera?

El padre prior dio unas zancadas, casi saltos, hasta acorralarlo en el hueco de la puerta donde había permanecido.

—¿Su carrera? ¿Es que tiene usted otra carrera que la de fraile?

Se cruzó de brazos ante él. Le clavó —otra vez— la mirada en las pupilas. El padre Ossorio parpadeó.

—Responda.

—Me he expresado mal —la voz del padre Ossorio era apenas un hilo tembloroso—. Quería decir mis aptitudes. La regla dice claramente que cada fraile, dentro de la vida común, debe ser utilizado según sus aptitudes.

—Y las de usted, ¿cuáles son? ¿Teólogo?

—Eso creo. Eso han creído también... mis maestros.

—Está usted equivocado, y ellos también lo estaban. Usted no sirve para nada más que para perturbar el buen orden del monasterio. Usted es un fraile díscolo, ya se lo dije antes. Un soñador, ya se lo dije más veces. Un verdadero estorbo, le añado ahora. Pero eso se acabó. Hará usted lo que le mande solo porque yo lo mando, sin levantar la cabeza, sin rechistar, sin comentarlo con otros frailes. *Obedientia perinde ac cadaver*. ¿Entendido?

—Yo no soy jesuita.

—¿Y qué? ¡Es usted fraile y ha hecho voto de obediencia!

—Efectivamente: a mis superiores en cuanto interpretan la regla. Hay una ley a la que deben acomodarse todas las voluntades, incluso la de usted. Yo obedezco a la ley a través de las órdenes de mis superiores, no a la voluntad individual, acaso caprichosa, de nadie.

Iba a responder el prior, pero el padre Ossorio le pisó las palabras.

—Por esta causa, cuando su paternidad reúna el capítulo para tratar lo del colegio, me opondré. Va contra la regla.

El prior fue hacia su mesa con pasos tranquilos, se sentó, extendió los brazos y las manos sobre el tapete.

—Acérquese, padre Ossorio. Más. Lléguese hasta aquí.

El padre Ossorio quedó, de pie, al otro extremo de la mesa. Erguía la cabeza, pero no miraba a los ojos del prior.

—¿Sabe usted que puedo expulsarle del monasterio por lo que acaba de decir?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no lo hago?

—No.

—No le expulso del monasterio, padre Ossorio, porque, fuera de él, se moriría usted de hambre. Pero le castigaré. Públicamente. Relataré esta escena en el capítulo.

El padre Ossorio se inclinó, apoyó en el borde de la mesa las manos crispadas.

—No, padre prior. No es por piedad por lo que no me expulsa, sino por gozarse en el castigo. Usted es un fanático de su autoridad. Usted cree que es bueno todo lo que se le ocurre, y malo lo que se les ocurre a los demás y no se le ocurre a usted. Usted es un hombre listo y llegará a obispo, pero es muy poco inteligente, y no concibe que la fe, y la vida en un monasterio, incluso la vida cristiana en general, puedan ser distintas de como usted las imagina, Usted envidia el recuerdo del padre Hugo, y detesta su memoria, y guarda sus cartas encerradas porque usted jamás las hubiera pensado ni las hubiera escrito: le faltan el saber, la humanidad y la caridad. Usted, por último, no imagina que pueda marcharme del monasterio, aunque usted no me expulse.

—Y usted es un soberbio, padre Ossorio. Le perderá su soberbia.

Se aflojaron los músculos del padre Ossorio. Retiró las manos de la mesa y las cruzó sobre el pecho. Vaciló unos instantes y se arrodilló. Antes de que pudiera hablar, el prior le gritó, descompuesto:

—¡Levántese! ¡Yo no le he mandado arrodillarse!

El padre Ossorio obedeció. Ya de pie, con los brazos cruzados, miró al prior.

—Hable ahora.

—Es posible que sea un soberbio, pero soy capaz de humillarme: usted acaba de verlo. Le pediré perdón por haberle insultado. Me acusaré delante de la Comunidad. Cumpliré el castigo que usted me imponga a condición de...

—¿De qué?

—De que me devuelva las cartas del padre Hugo.

El prior se rio. Se irguió de un salto, fue a una alacena y la abrió. Revolvió entre unos legajos y sacó un paquete.

—¡Las famosas cartas del padre Hugo!

El padre Ossorio corrió hacia él con las manos tendidas.

—¿Me las dará? ¿Me las prestará siquiera?

—Apártese.

Se sentó nuevamente.

—Aquí están las cartas. Le prohíbo tocarlas. Las destruiré, pero antes quiero decirle lo que pienso de ellas. Escúcheme bien. Las cartas del padre Hugo serán su perdición. Le han envanecido a usted. No se da cuenta de que usted, más que su destinatario, ha sido el pretexto para escribirlas. Desde que las recibió se cree usted un cristiano de excepción y está equivocado. Es usted un mal cristiano, un pecador público, un extravagante, un imbécil. Le he tolerado sus ocurrencias, sus desobediencias, durante más de dos años, con la esperanza de que se desengañase o de que, a fuerza de paciencia, pudiese hacer algo bueno de usted. Pero usted ha sido como una muralla opuesta a mi voluntad. Usted ha sido el escollo en que he tropezado constantemente. Usted ha arrastrado a su bando a ese ingenuo padre Eugenio y se ha valido de su antigüedad para perturbar la disciplina del convento. Lo he aguantado mientras he podido, pero ya se acabó.

Hizo una pausa breve y cubrió con las manos el paquete de cartas.

—En cuanto a esto..., Roma lo prohibirá, porque es dañino. Yo no soy un teólogo, como usted, pero tengo sentido común y comprendo el mal que harían estas cartas. Son teología subversiva. Son puro protestantismo. Propugnan una Iglesia mística en la que la jerarquía se convierte en algo puramente fantasmal y donde la autoridad desaparece. ¿Qué es un obispo para el padre Hugo? El que puede ordenar sacerdotes. ¿Qué es el obispo de Roma? Poco más que un obispo distinguido. En la Iglesia soñada por el padre Hugo no hay curia, ni cánones, ni congregaciones. No hay más que amor y liturgia.

—En el Evangelio, padre prior, no hay otra cosa.

El prior golpeó la mesa furiosamente.

—Pero ¡la Iglesia se defendió a fuerza de cánones! ¡La Iglesia existe porque supo crear un derecho inflexible y una moral invariable! ¡La Iglesia existe porque es, ante todo, autoridad efectiva, autoridad operante!

—La Iglesia existe porque el Señor le prometió que el infierno no prevalecería contra ella.

—Y, en vista de eso, ¿qué quiere usted? ¿Que nos echemos a la bartola? ¿Que sea la Iglesia como este monasterio, un barco a la deriva?

El padre Ossorio se encogió de hombros.

—Yo no voy a arreglar...

—¡Cállese! La Iglesia está en pie y marcha porque, ante todo, ha sabido desentenderse de los tipos como usted, que todos son iguales y todos dicen lo mismo. En grande o en pequeño, esta escena se repite cada año o cada decenio. Solo se diferencia en la decisión final. Unos se someten; otros no quieren someterse. Entonces, la Iglesia los arroja de su seno.

Se puso solemnemente de pie.

—Dígame, padre Ossorio: usted, ¿a cuál de los grupos pertenece? Le anticiparé cuál va a ser su castigo: cinco años en una cartuja, el silencio y el trabajo hasta que hayan domado su soberbia.

Al padre Ossorio le tembló la voz.

—Padre prior...

—Ni un día menos, padre Ossorio.

—Entonces... —el padre Ossorio se detuvo, miró a todas partes, se limpió una lágrima—, me marcharé.

Se miraron unos instantes. El padre Ossorio parpadeaba. Cerró los puños

y los movió en el aire.

—¡Bueno! ¡No me mire más! ¡Usted no es Jesucristo! ¡Y no olvide que juntos seremos juzgados!

El prior, tranquilo, cogió un libro pequeño, antiguo, encuadernado en pellejo de carnero, y lo hojeó.

—Escuche. La regla dice: cuando un fraile quiera salirse del monasterio, el prior le entregará, como viático, una cantidad prudencial, suficiente para que no carezca de alimentos al menos durante una semana.

Cerró el libro de golpe.

—Puedo darle treinta duros.

—No los quiero.

El padre Ossorio corrió hacia la puerta, salió y cerró de golpe. El portazo resonó en los claustros vacíos; el viento apagó el ruido de sus pisadas. Entró en su celda, recogió algunas cosas, las metió en un pañuelo, hizo un atadizo. Se movía de prisa, con furia, con miedo. Levantaba la vista a cada paso y miraba la puerta. Otra vez en el claustro, corrió hacia la salida, abrió el postigo y se halló en el atrio solitario, barrido del viento. Una racha le sacudió violentamente contra la pared. Caminó contra el vendaval, inclinado, hasta torcer la esquina; le empujó, entonces, por la espalda, hacia la carretera desnuda y solitaria. Sentía teclear en la capa las gruesas gotas de la lluvia, se sentía impelido, arrojado por el viento. El mar bramaba a su izquierda, rebasaba la playa: los salseros mojaban sus sandalias. Frente a él se alzaba el monte oscuro. Corrió hasta alejarse del mar, coronó un repecho. El viento bruaba en las copas de los pinos. Buscó, jadeante, el tronco hueco de un castaño, donde, jugando de muchacho, se había escondido muchas veces, y se refugió en él.

—¿Sabe usted que fray Ossorio se ha marchado?

El prior no le miraba. Espetó la pregunta a fray Eugenio como sin darle importancia, mientras ordenaba unos papeles. Había encendido la lámpara de carburo pendiente del techo: la llama se movía, crecía, menguaba y hacía un ruidito sibilante, un ruidito tenue como un soplido. La calva del prior, justo debajo de la lámpara, brillaba más o menos; llegaba, en algunos momentos, a

ser resplandeciente como un halo.

—Sí, lo sabía. Es decir...

—Es decir, ¿qué?

—Lo he supuesto.

—¿Le ha visto antes de marchar? ¿Han hablado?

El viento batía las ventanas, silbaba en los aleros. La mole enorme del convento parecía temblar y conmoverse al empuje estruendoso del huracán. Por alguna rendija se colaba un cuchillo de aire que agitaba los papeles.

—Le busqué en su celda. No estaba. Por algo que vi...

—¿Qué vio?

—Desorden. Y también eché en falta algunas cosas.

El prior se desinteresó repentinamente de los papeles y encaró a fray Eugenio. El resplandor del carburo se reflejó entonces en su frente, en la punta de la nariz.

—Se ha marchado. Ha abandonado el convento.

—¿Por qué?

—¡Vaya usted a saber por qué hacen las cosas estos tipos! De todos modos, si alguien puede saberlo, es usted.

—Yo no sé nada.

—Pero no le extraña. Bien, Tampoco me extraña a mí.

Se levantó, se acercó a fray Eugenio y le puso una mano en el hombro. Su cara quedó en la sombra.

—Si quiere que sea sincero, añadiré que me alegro. Me alegra que se haya marchado y me alegra que lo haya hecho así, sin escándalo. Tiene a su favor, al menos, el no haber dado mal ejemplo.

Dejó caer el brazo, buscó la mirada esquiva, avergonzada, de fray Eugenio.

—¿Qué le parece?

—No sé lo que ha pasado. No puedo opinar.

—Yo le diré lo que pasó. Se rebeló, aquí mismo, contra mí. Le castigué. Marchó por no cumplir el castigo. Un acto de soberbia.

Señaló con la mano los billetes, aún encima del tapete.

—Le ofrecí un viático, y lo rechazó. Ha marchado sin un céntimo.

Rodeó la mesa y volvió a sentarse. En aquel momento osciló la llama,

pareció que iba a apagarse. El prior se incorporó, dio un golpe enérgico a la lámpara, y la llama volvió a brillar.

—Tiene usted que buscarle y llevarle ese dinero. Quizá le dé unos duros más. Sí, unas pesetas más. Doscientas en total. Con doscientas pesetas tiene para gobernarse unos días y procurarse acomodo.

—¿Buscarlo? ¿Sabe dónde está?

El prior rio con una muequecilla forzada.

—Los locos se buscan entre sí. ¿Adónde iría usted si se le ocurriese escaparse? Pues al mismo sitio habrá ido él. Coja ese dinero y vaya ahora mismo. Espere. Ahí van cincuenta pesetas más.

Abrió el cajón y sacó otro billete.

—¡Cuarenta duros! ¡Está el convento para perder cuarenta duros por el capricho de un mequetrefe!

Fray Eugenio recogió el dinero sin guardarlo y no se movió.

—¿Espera usted algo? Ya sabe adónde ir: a casa de don Carlos.

—Quería preguntarle si...

Vaciló.

—... si puedo invitarle a regresar al convento... En el caso de que vuestra paternidad esté dispuesto a admitirlo.

—¡Ah! Eso como usted quiera. No es cosa mía. Yo no le expulsé, ¿comprende?

—Pero ¿y el castigo?

—¿El castigo?

—Sí. En aquel momento quizá fuese indispensable como amenaza. Pero ha pasado algún tiempo. Vuestra paternidad está más tranquila, y él se habrá arrepentido. Puedo decirle que vuestra paternidad le perdona. O que le perdonará con ciertas condiciones.

El prior sonrió.

—La culpa está perdonada. Queda solo el reto.

Volvió a levantarse, se acercó a fray Eugenio, calmosamente.

—Y queda el hecho en sí, con independenciam de los autores. El hecho es grave: desobediencia a la autoridad, desobediencia consciente, desacato, insulto... ¡Qué sé yo! Eso puedo perdonarlo, pero no dejarlo impune.

Calló unos instantes, esperó respuesta. Fray Eugenio se limitó a mirarle

con mirada triste, implorante.

—No, fray Eugenio, Un convento es como un barco. Si le quitase el castigo, faltaría a mi deber, y yo mismo habría de ser castigado.

—¿No será peor lo que suceda..., si no vuelve?

—Y a mí, ¿qué? De lo que fray Ossorio haga fuera del monasterio no soy responsable. Mi responsabilidad es tan limitada como mi autoridad. Pero mi autoridad no puede ser discutida, aunque lo sea mi persona.

—La caridad está por encima de todas esas consideraciones.

—Por caridad impuse a fray Ossorio el retiro a una cartuja durante cinco años.

Fray Eugenio se estremeció.

—¡Cinco años!

—¿También a usted le asusta? ¡Cinco años de penitencia y silencio, cinco años de ejercitarse en la humildad! No me parece mucho. No estoy seguro de que fray Ossorio se corrigiese en ese tiempo.

—Pero, después de cinco años..., ¿qué puede hacer ya? ¿Qué quedará de él?

—¿Va usted a decirme *también* que se frustrará su carrera? ¿Es eso lo que quiere usted decirme? ¿Piensa que palabras como esas tienen sentido entre hombres que han renunciado al mundo y a sí mismos?

Fray Eugenio había retrocedido hasta la zona sombría de la celda. En medio, de pie, vuelto hacia él, le apuntaba el prior con dedo enérgico.

—Contésteme, padre. ¿Es eso lo que quiere decirme?

—Yo había hablado... de caridad —dijo fray Eugenio con voz tenue.

—¿Caridad? ¿Llama usted caridad a dejar que la planta crezca viciosa? ¿A permitir indefinidamente que el cisma y la rebeldía y la conspiración revuelvan el convento?

—Hay otros procedimientos.

—¡Usted es un blando, fray Eugenio! ¡Usted permitiría la corrupción del mundo entero, no ya del monasterio, solo por no violentar al corruptor, solo por no hacerle daño! Pero yo entiendo la caridad de otra manera.

Dio unos pasos hacia donde fray Eugenio estaba. Fray Eugenio reculó hasta la pared. El dedo magro del prior le acorralaba.

—A usted le dan miedo cinco años de cartuja. Usted piensa que cinco años

de silencio y penitencia aniquilan a un hombre. ¡Pues bien! Yo paso de los sesenta, y desde que tengo uso de razón no he hecho otra cosa que dominar mi voluntad y castigar mis apetitos. ¿Y qué? ¿Me he destruido, acaso? Pues óigame, con todo eso, no estoy seguro de mi salvación, no creo haberme castigado bastante.

Rio.

—¡Cinco años de penitencia y silencio! Los cambiaría de buena gana por este suplicio y esta responsabilidad de pelear con ustedes. No creo que en la cartuja haga más frío que aquí; ¿y habrá tranquilidad mayor que no escuchar a necios? ¡Ojalá fuese yo el castigado!

—Usted es libre de marchar a una cartuja, si le parece mejor que esto.

—Pero yo no deserto, ¿se entera? Yo no soy un cobarde. Aguantaré hasta el final, aunque Dios me mande cada día...

Caminó hacia atrás, sin volverse. Quedó apoyado a la mesa, alumbrada otra vez su cabeza por la lámpara.

—... me mande cada día la tentación de olvidarlo todo y emprenderla a bofetadas con ustedes...

Juntó las manos y bajó la cabeza. La tonsura, grande, redonda, iluminada, parecía flotar sobre la frente en sombra.

—... a bofetadas...

Así estuvo un minuto largo, inmóvil, silencioso.

—Váyase ya, padre. Hemos hablado bastante —sin embargo, le hizo señal de que esperase—. Lleve al padre Ossorio ese dinero y el traje de paisano que usaba en Alemania. No están los tiempos para andar por ahí de fraile, y, además, sus hábitos nos harán falta para cualquiera. Recomiéndele que se quite la tonsura.

Vuelto de espaldas, fue hacia su dormitorio, pasó la puerta y la cerró de golpe.

En la esquina oscura del claustro, el viento se arremolinaba. Se había apagado la mariposa de la Virgen, y la lluvia gruesa golpeaba la tierra del patatal. Por encima de todos los estruendos llegaba el de las olas, rotas contra las rocas del acantilado. Fray Eugenio pensó en los navegantes y se santiguó. Tardó poco en recoger las ropas civiles del padre Ossorio; hizo de ellas un paquete, lo ató con una cuerda y se lo colgó al hombro. Bajó a las cuadras;

aparejó la mula sin ayuda de lego; cabalgó. Iba inclinado sobre el cuello de la bestia, agarrado a él. Sintió miedo al recorrer la carretera de la playa, volvió a sentirlo al hundirse en el soto.

Ante la puerta del pazo batió palmas. No salió nadie. Probó a empujarla y la halló abierta. Paquito el Relojero le miraba desde la entrada de su chiscón; reía silenciosamente.

—¿Está don Carlos?

El Relojero volvió a reír.

—¿Es que tenemos concilio? —preguntó.

Siguió riendo; fray Eugenio subió al piso, recorrió el pasillo. Le guiaban las rendijas iluminadas de la puerta de la torre.

—Don Carlos —llamó, y repitió en seguida, en voz más alta—: don Carlos.

Fray Ossorio estaba tendido en el sofá, envuelto en una manta. El hábito y sus ropas interiores colgaban frente a la llama de la chimenea. Carlos aguantó la puerta mientras entraba fray Eugenio.

—No habrá usted huido también.

Fray Eugenio no respondió. Corrió al sofá, se puso de rodillas.

—¿Qué ha hecho, padre Ossorio? ¿Sabe usted lo que ha hecho?

Carlos cerró la puerta y se acercó.

—Padre Eugenio, la escena no se representa necesariamente de rodillas. Siéntese y séquese, que buena falta le hace.

Mientras fray Eugenio se levantaba, Carlos le quitó la capa y la puso a secar junto a las ropas del padre Ossorio.

—¿Está usted enfermo, padre? —fray Eugenio volvió a Carlos la mirada—. ¿Está enfermo?

—No lo creo. Mojado nada más. ¿Quiere usted un trago?

Vertió aguardiente en una copa y se la ofreció.

—Bébase eso y, si lo necesita, coma algo también. Ya pasaré al prior la cuenta de los gastos —añadió riendo.

—¿A qué viene usted, padre? —preguntó fray Ossorio—. No pienso volver.

—Ya lo sé.

—¿No ve usted que también el padre Eugenio se ha escapado? —dijo,

riendo, Carlos—. Trae, incluso, el equipaje.

—¡No, no! Yo, no. Esto es... —tendió el paquete al padre Ossorio— su ropa de paisano. El prior me encargó...

—Gracias. El prior está en todo. El prior no incurre en un olvido ni en un desliz. Es desesperadamente irreprochable. También le habrá dado dinero.

—Cuarenta duros.

—¡Vaya! Hace tres horas no fue tan generoso. No los quiero.

Fray Eugenio buscó los billetes y los dejó encima de la mesa.

—No haga bobadas, padre. Es un dinero al que tiene usted derecho; no es un regalo ni una limosna.

Acercó una silla al sofá y se sentó. Carlos lo hizo también. Habían quedado al descubierto los pies desnudos del padre Ossorio. Carlos se los tapó.

—No se mueva. También aquí hace frío.

Ofreció cigarrillos, los encendieron; quedaron en silencio. Fray Ossorio miraba a algún lugar del techo; fray Eugenio, al suelo. Carlos, a fray Eugenio.

—Si quieren, puedo tocar el piano —dijo Carlos de pronto—. Claro que está en el salón y que en el salón hace mucho más frío que aquí. Pero puedo tocarlo...

Sacudió la ceniza del cigarrillo.

—... si, para hablar, necesitan que me vaya.

—¡No, no! ¡No lo haga!

Fray Ossorio incorporó el torso desnudo, oscurecido de un vello espeso.

—No se destape, padre.

—Don Carlos, ayúdenos a hablar. ¿No comprende...?

—Padre Ossorio —dijo dulcemente fray Eugenio—, no he venido a interrogarle, sino solo a despedirle. Tampoco voy a juzgarle. ¡Dios me libre! Pero quiero decirle, para su tranquilidad, que usted ha hecho lo que yo nunca me he atrevido a hacer, ni me atreveré jamás, aunque lo haya pensado o deseado muchas veces.

—Gracias.

—Yo no debo aprobar lo que usted hace y, sin embargo, lo apruebo.

—Gracias.

—... aun sabiendo que me espera, sin usted, la soledad. Ahora, sin

esperanza. Porque artes, cuando usted estaba en Alemania, me entretenía haciendo proyectos para cuando usted volviese.

Fray Ossorio sonrió.

—Ya ve usted...

—Sí.

—Todo se vino abajo. El prior pondrá su colegio, y se comerá mejor.

—Sí.

—Se me recordará como enemigo del bienestar de la comunidad.

—Sí.

Fray Eugenio ahogó un sollozo leve.

—¿Por qué no vuelve? —dijo de pronto—. ¿Por qué no lo intentamos otra vez?

—¿Cómo? ¿Desde mi prisión? ¿Le parece a usted el lugar adecuado para llevar a cabo el proyecto del padre Hugo? El prior debe pensarlo así. La prisión es el lugar por donde todos los reformadores tienen forzosamente que pasar para templar el alma en el sufrimiento. Santa Teresa, san Juan de la Cruz... Mandándome cinco años a una cartuja, el prior mantiene intacto el principio de autoridad y, además, colabora indirectamente, pero a sabiendas, en nuestra gran obra de reforma. No estoy maduro para la acción, y él me recluye para que, cuando regrese al monasterio, mi alma, ya madura, no titubee. Pero no soy un santo. Yo estoy enteramente en manos del demonio.

Fray Eugenio le miró asustado. Sus dedos trazaron en el aire una cruz imperceptible. Carlos rio.

—Le doy la enhorabuena, padre Ossorio. Mis relaciones con el diablo se parecen a las suyas. Téngame como su compañero.

—¿Por qué bromea, don Carlos? ¿No comprende que, para nosotros, no es cosa de broma?

—No bromeo, pero no puedo considerar la situación del mismo modo que ustedes. Me preocupa el porvenir del padre Ossorio, pero desde un punto de vista completamente mundano. Se lo decía cuando usted llegó, padre Eugenio. ¿Qué va a hacer? ¿De qué va a vivir?

—Supongo que se presentará cuanto antes al ordinario y arreglará su situación. Casos como el del padre Ossorio están previstos. Hay un modo legal de remediarlos.

—Pero yo no acudiré al ordinario.

—¿Por qué?

La pregunta había sido hecha mecánicamente. No había temblado la voz del padre Eugenio ni su rostro se había alterado. Pero, después de hecha, la repitió con súbita angustia.

—¿Por qué? ¿Ha perdido la fe?

—Si la hubiera perdido, no estaría luchando ahora contra ella. ¿No lo comprende? Sin fe, la cosa sería más fácil —fray Ossorio miró a Carlos—. Se reduciría a los términos más vulgares: un hombre de treinta años sin oficio para ganarse la vida. Pero soy un sacerdote.

Carlos detuvo la respuesta del padre Eugenio.

—¿Dejará por eso de ser un hombre? ¿Cree usted que lo sucedido con el prior se mantiene dentro de los límites específicos de lo religioso o es, por el contrario, un conflicto humano, ampliamente humano y, si me apura usted, exclusivamente humano? Si ustedes se empeñan en entenderlo religiosamente, ¿no lo deformarán, quizá, hasta falsearlo?

—Y usted, don Carlos, ¿no hará lo mismo al entenderlo como conflicto exclusivamente humano?

—Evidentemente, el prior y el padre Ossorio son hombres. Por supuesto, el prior es un caso típico de poder, un hombre que desea aniquilar la voluntad de los demás y sustituirla por la suya. Que lo haga con un pretexto religioso es lo de menos.

Se acercó a la ventana; se arrimó al antepecho, de espaldas a la luz.

—Para mí —continuó— no hay más que eso. Todo lo demás es... ¿Cómo lo llamaríamos? —sonrió—. Lo demás es sobreestructura. Para usted, padre Eugenio, conservará su validez porque usted ya no puede considerar las cosas más que desde un punto de vista religioso. Pero el padre Ossorio se apartará de él necesariamente, aunque sea contra su voluntad. Llegará un día en que, para sí mismo, no será más que un hombre.

El padre Eugenio se levantó y fue lentamente hacia Carlos.

—Dígame, don Carlos: ¿cree usted en lo que dice?

Le puso la mano en el hombro y le miró a los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué me lo pregunta?

—Me importa mucho saberlo.

—Creo... relativamente. En este momento lo creo todo con toda sinceridad; pero bien pudiera ser que mis palabras extremasen una posición solo para compensar la de ustedes, tan extremada como la mía.

—Pero así, de una manera absoluta, ¿cree usted o no cree en lo que dice?

—Ya no creo en nada de una manera absoluta.

—¿Por qué? ¿Por qué unas veces cree y otras no?

—Porque nunca creo ni dejo de creer. Porque la fe no me sale del alma, y mi cabeza halla razones válidas para el pro y el contra. Porque de nada vale que quiera creer en algo razonablemente, si no tengo ganas de creerlo.

—¿También en lo referente a Dios?

—Sobre todo en lo referente a Dios. Comprenderá usted que si se cree en Dios, ya no hay razones para dudar de nada.

Fray Eugenio volvió a su asiento, aparentemente desatendido de Carlos.

—Padre Ossorio, quiero que me escuche. Muchas veces llegué a temer que usted pudiera perder la fe, y entonces aparenté que la mía era sólida, incommovible. No lo es, pero tampoco es lo de don Carlos. Tampoco es...

Se interrumpió. Ocultó la cara entre las manos. Carlos fue hacia la chimenea y dio la vuelta a las ropas que se estaban secando.

—Entiéndame. No es una duda racional, no es ninguna clase de duda. Es como si cada día amaneciese vacío de Dios y hubiera de reconquistarlo después hora tras hora, hasta sentirme de nuevo lleno de Él. A veces no he deseado reconquistarlo. A veces no lo he logrado; a veces he permanecido días enteros en la mayor desolación, pero gozándome de mi vacío como de un triunfo. Entonces, no me atrevía a consagrar.

Carlos volvió rápidamente el torso inclinado.

—¿Por qué? Al no creer, la consagración era una fórmula vacía. Daba lo mismo.

Fray Eugenio se levantó, enderezó la espalda, alzó las manos hasta la altura del pecho.

—Las palabras sagradas nunca dan lo mismo. Si no son de Dios, son infernales. Son la Verdad o la más repugnante mentira. Y yo...

De pronto se quebró su palabra, sonó a hueca, perdió la solemnidad. Se encogió de nuevo y dejó caer las manos. Miró al padre Ossorio y a Carlos.

—Perdónenme. Estoy haciendo el ridículo.

Se dejó caer en el asiento, repentina, inexplicablemente abrumado. Vio los ojos del padre Ossorio clavados en él y escondió la mirada. Su mano tentó la mesa hasta hallar la copa, bebió el último sorbo y la tendió a Carlos para que le sirviese más.

—¿Qué le ha pasado, padre?

—Nada. Creo que me he portado indiscretamente. Yo he venido aquí con un encargo. Una vez cumplido, ¿por qué he de quedarme? Y, sobre todo, ¿por qué no he de limitarme a obedecer? —se volvió al padre Ossorio—. Tengo que llevar sus hábitos. El prior piensa que debe usted ir de paisano y que los hábitos pueden servir para otro. Haré un paquete. ¡Don Carlos, no importa que esas prendas estén mojadas! En el monasterio secarán.

Las recogió, las envolvió, las ató. Carlos le ayudó a poner su propia capa.

—Padre Ossorio, le deseo suerte. Soy un viejo indiscreto, pero le tengo un gran afecto, le quiero como si fuera usted hijo de mi carne. Perdóneme si le hice algún daño.

Le tendió la mano. Se le habían tensado los músculos de la cara, sus ojos miraban a la pared.

—Voy con usted, padre Eugenio —dijo Carlos.

Salieron de la torre, recorrieron en silencio el pasillo. En el zaguán, Paquito abría el postigo del portón.

—Buenas noches, padre. No está la noche como para ir de viaje.

Miraba a Carlos con un brillo burlón en las pupilas.

—Está bien. Retírate.

—La noche está como para morirse, ¿eh? Confesor no había de faltar.

—Retírate.

El padre Eugenio había requerido la mula. Carlos acudió a tenerle el estribo.

—Dígame, padre: ¿también hace un momento se sintió usted vacío de Dios? Ya sabe cuándo le digo.

Fray Eugenio no respondió. Palmoteó el cuello de la caballería y se hundió en las sombras del jardín. El viento, furioso, arremolinó los vuelos de la capa en el aire oscuro.

Carlos echó los cerrojos al postigo.

—Si viene Rosario, explícale —dijo al Relojero.

—Bueno.

—Y si ves que pasa tiempo y no viene, acuéstate.

Cuando llegó al cuarto de la torre, fray Ossorio se había casi vestido las ropas de paisano. Intentaba anudarse una corbata negra, arrugada.

—Eso se hace ante un espejo, padre. Cuando no se tiene práctica, claro.

—Antes sabía.

Fracasado, dejó la corbata en el brazo del sillón.

—Total, ahora no me hace falta.

Carlos le señaló la tonsura.

—Habrá que quitarse eso.

—Sí, claro... Con afeitarse la cabeza...

—¿Tiene usted boina? ¿O sombrero?

El padre Ossorio movió la cabeza.

—No. No se me había ocurrido.

—Yo le daré una que tengo por ahí. No me hace falta. Siéntese. Es temprano para acostarse.

—¿Le dijo algo... fray Eugenio?

—Nada.

Miró al aire y sonrió.

—Tiene gracia. De pronto, se dio cuenta de que estaba diciendo cosas en las que no creía. Y no pudo continuar. Es un buen hombre. Puede engañarse, pero no mentir. A mí me pareció terrible lo que estaba diciendo. Yo he tenido dudas, vacilaciones; me he sentido en pecado. Pero eso, ese vacío... Me hubiera gustado oírle hasta el final.

—¿Para qué? ¿Para vaciarse también?

—No. Yo...

—Ese vacío está dentro de todos, y lo hallará a poco que escarbe en su alma. Lo va a hallar, aunque no quiera, y, en la situación en que se encuentra, quizá sea mejor. Al menos no sufrirá.

—Pero ¿no comprende que si algo me sostiene ahora mismo es la fe?

—No sé qué voy a hacer ni qué va a ser de mí. Pero confío en que Dios no me abandone.

Carlos se levantó, fue al anaquel, cogió un libro y volvió a dejarlo en su sitio.

—¿Está arrepentido de lo que hizo?

—No. Eso, no. Lo volvería a hacer. No podía aguantar más.

—Entonces, renuncie a la esperanza. Por lo menos, a esa clase de esperanza. No le digo que deje de creer, porque eso depende de algo que está por encima de la voluntad; pero, si puede, olvide también la fe, déjela dormir y apagarse. No le conviene nada meterse ahora en un conflicto espiritual, cuando tiene que buscarse el pan de cada día. Los dramas de conciencia requieren, para que resulten bonitos, tener la pitanza asegurada. Y a usted, esos cuarenta duros, después de pagar el viaje, le van a durar exactamente ocho días. Si tiene suerte, habrá de trabajar muchas horas diarias, y los dramas de conciencia son incompatibles con el trabajo. Son absorbentes, monopolizan el ser entero del hombre. Y, a la postre, no sirven de nada.

Fray Ossorio había inclinado la cabeza y dejaba que sus manos reposasen sobre las rodillas, pero movía los dedos nerviosamente y frotaba uno contra otro los pies desnudos.

—¿Por qué habla usted así, don Carlos? Me da la impresión de que no siente lo que dice. Es como si diera un consejo en el que no cree.

—Pero es razonable, ¿sí o no?

—No lo sé aún.

—Lo sabrá, y pronto. Y comprenderá en seguida que no hay nada más aniquilador que un drama excesivamente duradero. Entonces, tendrá que elegir entre volver a la Iglesia, al sacerdocio, con todas sus consecuencias, o darle la espalda y entregarse al mundo...

Hizo una pausa... Fray Ossorio seguía sin mirarle.

—... al demonio y a la carne. Incluso debe usted casarse.

Fray Ossorio pegó un salto en el asiento.

—¿Qué dice? ¿Casarme yo? ¡Siento la repugnancia más absoluta por las mujeres y considero su compañía incompatible con una vocación intelectual! No sé a qué extremos podré llegar, pero jamás tendré relaciones con mujeres, estoy seguro.

Miraba con una especie de temor y vergüenza mezclados, y como si Carlos, al suponerle capaz de casarse, le hubiera ofendido.

—Quiero vivir en paz —agregó.

Carlos rio.

—No se asuste. La paz, lo que se dice la paz, solo se halla en Dios o en el demonio. El que fluctúa pierde el tiempo, se pierde a sí mismo y, a la postre, supongo que lo mandarán al limbo, que no es a donde van los inocentes, sino los imbéciles.

Sacó del bolsillo la pipa y empezó a cargarla.

—Créame a mí, que soy uno de ellos.

En el hogar crepitó un leño, y un haz de chispas salió disparado por la chimenea. Carlos estuvo a punto de decir: «¡Ahí va el diablo, chimenea arriba!». Pero no se atrevió. Fray Ossorio parecía absorto y, con el ceño fruncido, miraba sus pies, ahora quietos. Carlos esperó.

—¿Sabe qué estoy pensando, don Carlos? Que también tendrá usted que darme unos calcetines. El padre Eugenio olvidó ese detalle. O, a lo mejor, es que no los hay en el convento.

—Es orden del prior. La cripta no volverá a abrirse.

—Pero ¿y la misa?

El lego movió la cabeza.

—Orden del prior.

—Quiero hablar al padre Ossorio —dijo Inés con firmeza.

—El padre Ossorio se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿Cómo? ¿Adónde?

El lego se encogió de hombros.

—No sé. No puedo decirle nada.

Clara había permanecido aparte, guarecida en la puerta de la iglesia. Se acercó.

—¿Quiere usted llamar al padre Eugenio?

—Estará en el confesonario.

—No voy a ir yo a buscarlo...

El lego entró en la iglesia. Inés dijo:

—¿Le conoces?

—Alguna vez le hablé. Seguramente nos dirá lo que pasa.

—No entiendo...

El rostro de Inés se había contraído. Parecía mirar hacia dentro. Apretaba

los dientes, y los dedos, morados del frío, se crispaban sobre el misal.

—No será nada, mujer. Habrá ido a predicar a alguna aldea.

—Al padre Ossorio no lo entienden en las aldeas.

—Ya sabes que ellos tienen que obedecer...

Cogió a Inés del brazo y la metió en el portal de la iglesia.

—Vamos a ponernos como sopas. ¡Qué tiempo!

Sacudió el paraguas. Inés, arrimada al postigo, no parecía verla ni oírla.

—No es posible.

Apareció el padre Eugenio. Se detuvo al verlas, sonrió, se acercó en seguida. Inés le miró anhelante. Clara le tendió la mano.

—Buenos días, padre. ¿Me recuerda?

—Sí, claro. Buenos días.

—Esta es mi hermana Inés. Ya sabe. De las que venían a la cripta.

—Sí, sí. La he visto algunas veces. Con las otras, claro; con...

Inés le interrumpió.

—¿Qué sucede? ¿Por qué han cerrado la cripta? ¿Por qué no está el padre Ossorio?

Fray Eugenio la miró en silencio. Le puso luego la mano encima del brazo y movió la cabeza.

—Eso se acabó. El padre Ossorio se ha ido.

—Pero ¿adónde? ¿Cuándo volverá?

—No sé adónde ha ido ni creo que vuelva nunca.

—¡No! —la propia Inés se sorprendió de su grito. Cohibida, se tapó el rostro con la mano, como si pretendiera arreglar el velo—. Quiero decir que no es posible. El padre Ossorio no puede abandonarnos.

—Piense usted que antes él fue abandonado. Desde el domingo, solo ustedes vienen a la misa de la cripta. Es decir, solo usted, porque su hermana no suele bajar.

—¿Y qué? Yo no he faltado un solo día. Yo no podía faltar, ¿comprende? Yo... —miró a fray Eugenio desesperada—. ¡Usted no puede comprenderme!

Clara intervino.

—Mi hermana quiere ser monja, y el padre Ossorio era algo así como su director espiritual. Tiene que sentirse abandonada.

—Al padre Ossorio le estaba prohibida toda dirección espiritual. Y no

creo que haya desobedecido, ni aun en el caso de su hermana.

—No lo entiende usted. No lo entenderá nadie, pero necesito que el padre Ossorio lo entienda y lo sepa. ¡Ahora no puede abandonarme!

Clara y el padre Eugenio se miraron.

—Inés, ¿quiere usted que la escuche en confesión?

—¿Por qué? ¿Para qué? ¡Estoy en gracia de Dios; ayer, todavía ayer, he comulgado! Y no recuerdo haber pecado desde entonces.

Volvió el rostro hacia Clara, furtiva, rápidamente.

—No. No he pecado. Usted no entiende...

—En el confesonario, con sosiego, intentaría entenderla.

—No es un secreto, no es nada que tenga que ocultar. Yo he escuchado al padre Ossorio durante dos años. Él ha conducido mi alma hacia Dios, pero mi camino no ha terminado. Todavía necesito su ayuda. Dios está lejos.

Bajó la cabeza y añadió con voz tenue:

—Lo estará para siempre si él no vuelve.

—Si ha escuchado atentamente al padre Ossorio, habrá usted aprendido que no se llega a Dios por las palabras de un hombre, sino por los sacramentos de la Iglesia. Seguramente era eso lo que usted necesitaba saber, y el Señor puso al padre Ossorio en su camino solo por ser él, y no otro sacerdote, quien podía enseñárselo. Pero ahora que ya lo sabe, ahora que usted sola puede recorrer lo que le queda del camino, el Señor lo ha apartado de usted, acaso porque, en alguna otra parte, es necesario a alguna otra persona.

Inés le había escuchado moviendo suavemente la cabeza.

—No —dijo en seguida—; si fuera así, el Señor no mandarían a sus santos, porque sus santos serían innecesarios. Pero Dios manda a sus santos para que en sus palabras se escuche la voz del Señor.

La mirada del padre Eugenio se retiró de las pupilas, se escondió en la hondura de los ojos.

—El padre Ossorio no es un santo —dijo con voz grave.

—¿Qué sabe usted?

—Señorita, no dudo que usted habrá escuchado la voz de Dios en las palabras del padre Ossorio; pero debe saber que ha marchado del convento después de un acto de rebeldía. Más exactamente, después de un acto de

soberbia.

—¿Contra usted?

—¡Oh, no, de ninguna manera! No lo piense. El padre Ossorio fue siempre mi amigo y mi compañero; nunca fui su superior.

—Da igual contra quien sea. El padre Ossorio solo puede haberse rebelado contra el demonio. Esto me tranquiliza.

Desapareció la tensión de su cara, le brillaron los ojos, sonrió.

—Me tranquiliza y empiezo a entenderlo. No es que me haya abandonado; es que... Usted se reirá, claro. Pero los actos de los santos a veces no se comprenden fácilmente. Tiene usted que haber leído muchas cosas semejantes.

—Sí, naturalmente. Santa Teresa...

—Perdóneme, pero lo único que me interesa ya es saber si escribiré a alguien, si le escribiré a usted. Necesito averiguar cuanto antes dónde está. Él no me conoce, no sabe de mí. Ignora hasta qué punto me ha dirigido a mí, exclusivamente a mí, por medio de las palabras que dirigía a las otras...

Se interrumpió; frunció levemente el ceño.

—A todas esas desertoras. Tengo que escribirle y hacérselo saber.

—Acaso don Carlos Deza...

—¿Deza? ¿Nuestro primo Deza? —interrumpió Clara—. ¿También anda metido en esto?

—El padre Ossorio pasó la noche en su casa. Don Carlos fue tan amable que le dio cobijo.

—Pues si el padre Ossorio tenía alguna pena o alguna dificultad, ya habrá encontrado ayuda en Carlos Deza. Una gran ayuda... Usted también es amigo de él, ¿verdad?

—Sí.

—Un gran tipo. Inteligente, valiente y, sobre todo, caritativo —se volvió a Inés. En su tono se mezclaban la burla y la indignación contenidas—. Podemos pasar por su casa. Si hay alguien que sepa adónde fue el padre Ossorio, tiene que ser Carlos. No hay otro como él para sacar a la gente lo que piensa... y dejarla luego en la estacada.

Tendió la mano al padre Eugenio.

—Muchas gracias, padre. Se acabaron las visitas al convento.

—¿No volverá usted?

—Por mí, no hubiera venido nunca. Si estoy aquí es porque esta no venga sola, tan de mañana y con este tiempo.

Inés, serena, sonreía.

—Adiós, padre. Esté seguro de que el padre Ossorio se rebeló contra el diablo y que, donde esté, crecerá en santidad.

Fray Eugenio alzó la mano y la bendijo.

—Que Dios la oiga, hija mía.

Permaneció a la puerta de la iglesia hasta que Inés y Clara se hubieron alejado. Regresó luego al confesonario e hizo seña a una aldeana que esperaba.

—Este fraile es simpático y parece buena persona —dijo Clara a su hermana; pero Inés no le respondió—. Tiene que ser algo pariente nuestro. Hasta se parece un poco a Juan —insistió Clara.

—¿Cómo? ¿Decías algo?

—No. Nada. Solo que el mal tiempo va a durar.

Caminaban cogidas del brazo. Clara llevaba el paraguas, pero Inés iba más de prisa, como tirando de su hermana. Le había caído el velo, y el viento le alborotaba los cabellos. «¡Qué bonita es!» —pensó Clara. Le dio un escalofrío de miedo por Inés. Le apretó el brazo. Inés volvió la cara suavemente.

—¿Quieres algo?

—Pensaba que es una pena que una mujer como tú vaya a enterrarse en un convento.

—¡Tú qué sabes!

—Si yo fuera como tú, tan religiosa, creería que todo esto del padre Ossorio es cosa mandada por Dios y vería algo así como una señal para cambiar de propósito. En tu lugar, me casaría. Cualquier hombre podría ser feliz contigo.

—No he venido al mundo para eso.

—Pues, a mi ver, es de tanto mérito como pasarse el día rezando y, a veces, de mucho más sacrificio.

—Calla, te lo ruego.

—Es que a veces temo que estés equivocada.

—Calla.

A la vista de Pueblanueva cesó de llover, pero creció el viento.

—Será mejor que subas tú sola a ver a Carlos. Ya sabes: le preguntas si el padre Ossorio quedó en escribirle y le dices que, en cuanto sepa su dirección, nos avise.

—Que te avise a ti.

—Bueno; es igual.

—Pero ¿por qué no vamos juntas?

—Juan se habrá despertado...

—Otros días ha esperado más y está conforme en esperar si yo te acompaño.

—Pero hoy no es necesario que espere. Llévate el paraguas. Yo ahora no lo necesito.

Se soltó del brazo de Clara sin esperar su conformidad y se alejó. Había caminado unos pasos y volvió.

—No cuentes nada a Carlos.

Por la larga escalera del pazo bajaba un torrente de agua. Clara subió con cuidado. El agua arrastraba arena, ramas menudas arrancadas de cuajo por el viento. Al llegar al jardín empezó otra vez la lluvia. Corrió al zaguán. Paquito manipulaba en un reloj con su instrumental diminuto.

—¡Clara!

Se le cayó algo de las manos. Al levantarse derribó la banqueta. Corrió hacia ella y se quedó parado, con una mueca alegre en el hocico y un brillo de luces en los ojillos bizcos.

—¿Qué te sucede, hombre? ¿Te da miedo verme?

—Me da alegría. ¿Quieres sentarte a mi lado?

—¿Para que me tires un pellizco? Lo más cerca, a diez varas y con pared por medio.

Retrocedió el Relojero, la miró al través, puso cara inocente y levantó las manos, pacíficas y explicativas.

—Uno no tiene la culpa de su reputación.

—Por si acaso... —sacudió el paraguas—. ¿Puedo dejar esto en un rincón?

—Trae. No lo abras, que es de mal agüero. Lo pondré a escurrir —llevó el paraguas a una esquina—. No vendrás a ver a don Carlos. Está durmiendo.

—Esperaré a que se despierte.

—Entonces, siéntate.

La agarró de una muñeca. Clara protestó, pero se dejó llevar hasta un banco.

—Eres un poco tonta y te ganaron la partida.

—No sé de qué me hablas.

—La otra fue más espabilada: vino y se metió en la cama del señor. Lo tiene cogido. Vuelve casi todas las noches, ¡con el tiempo que hace!, y si alguna vez se retrasa, él anda como loco, espiando por las ventanas.

—Bueno.

—Pero eso no durará. Ella está en relaciones con un labrador. Habla con él todas las tardes antes de cenar, y piensan casarse.

—¿Te lo contó ella?

—Estoy acostumbrado a escuchar. A veces me tiene costado algunos palos, pero no hay otra manera de saber la verdad, porque la gente no la dice nunca.

Se quitó la pajilla y la echó al aire. La recogió en la contera del bastón y la hizo girar. Así un rato, sin mirar a Clara.

—A don Carlos se le engaña como a un niño.

—No me gusta engañar a nadie.

—No se trata de engañar —la pajilla se le escurrió y fue a dar contra la pared—. Yo, en tu caso, le quitaría el hombre a la otra haciendo lo mismo que ella.

—Eres un sinvergüenza.

—Te doy un buen consejo. Conozco a don Carlos. Un clavo quita otro clavo. Contigo se casaría, porque le tiene respeto a Juan.

—Pues que se case con Juan.

El Relojero alzó los hombros y los mantuvo en alto, hundida entre ellos la cabeza.

—Si le toma cariño a esa, sabe Dios lo que hará cuando ella lo deje plantado. A lo mejor es cuestión de darse luego a la bebida, o de desaparecer, como su padre.

—Allá él —Clara se puso en pie—. Tengo que decirle unas palabras. Avísale de que estoy aquí.

—Si sabe que te dejé sola en el zaguán me tirará un zapato. Vamos arriba.

La empujó hacia la escalera. Estaba oscuro el pasillo y la casa en silencio. Paquito dijo en voz muy baja:

—Tuvo visita y se acostó muy tarde.

—¿La Galana?

—¡No! —Paquito rio—. Primero, un fraile; después, otro. La Galana vino y se fue sin verlo. Y el primer fraile durmió aquí y se largó esta mañana, de paisano. Daba risa. Le tuve que rapar la cabeza antes de marcharse. Va hecho un Cristo.

Entraron en la habitación de la torre. Estaban cerradas las maderas. En medio de la penumbra resplandecían las llamas de la chimenea.

—¿Dejáis el fuego encendido toda la noche?

Paquito abrió las maderas de la ventana.

—Lo enciendo yo cada mañana, antes de ponerme a trabajar. También le traigo esa bandeja, para que se haga el café, y le voy por medio cuartillo de leche, que está ahí, en ese puchero, y que él pone luego a hervir en la lumbre.

—Estás de criada para todo.

—Porque me da la gana.

—No lo dije por ofenderte.

Clara se sentó junto al fuego, y acercó a la llama los pies mojados.

—Hago esto —dijo el Relojero— para que no eche de menos una mujer y se traiga a la Galana para casa.

—¿Es lo que busca ella?

—Yo qué sé. A las mujeres no hay dios que las entienda. Por eso busqué una loca.

Cogió el puchero de la leche y se acercó a la chimenea.

—Deja —dijo Clara—. Hoy lo haré por ti.

—Entonces, puedes hacer también el café y tomarlo con él. Estarás en ayunas.

—A estas horas...

Paquito salió. Clara puso la leche a hervir y encendió el alcohol de la cafetera. Después volvió a sentarse junto al fuego.

—Dice que vendrá en seguida, que le esperes —Paquito habló desde al puerta, sin entrar, y desapareció; pero regresó pronto con una taza y una cuchara.

—Para ti.

—Gracias.

—Ahora me voy a trabajar, y no subiré a escuchar, te lo juro. A ti te tengo respeto.

—¿Por qué?

—¿Qué sabe uno? Te daría algún consejo si no fueras tan cabezona. ¿Te has fijado si hay violetas en los balados?

—No. ¿Por qué?

—Con este mal tiempo se retrasan. Otros años, por estas fechas ya me había marchado.

Se sentó en el brazo de una butaca y miró al aire, vagamente.

—Empiezo a echar de menos a mi novia, pero aún no he sentido esa cosa aquí... Ya sabes, esa cosa... Ella no me espera todavía, y lo que me digo: ¿qué voy a hacer yo solo en Coristanco? Para solo, ya lo estoy aquí.

Echó a andar hacia la puerta.

Salió. Se le oyó hablar en el pasillo. Luego, sus pasos se perdieron en el fondo de la casa.

Estaba caliente el aire en la habitación de la torre. Clara se quitó el abrigo y lo dejó encima de una silla. En la bandeja había rebanadas de pan, mermelada, mantequilla y miel. Lo destapó todo, olisqueó. Untó de miel un pedazo de pan y lo comió golosamente. Luego, otro.

—No se da mala vida este. Así cualquiera es pobre.

Apartó la leche del fuego y la vertió en una jarra vacía. La cafetera despedía un chorro ruidoso, violento, de vapor. No sabía qué hacer con ella. Se acercó a la puerta del pasillo.

—¡Carlos, Carlos! ¡Que no entiendo la cafetera!

Carlos dijo «¡Hola!» y «¡Ya voy!» desde algún lugar lejano. Clara sopló, con miedo, la llama del alcohol. Temió que aquello estallase, y se apartó. Carlos entró riendo. Traía un pañuelo atado al cuello, y una gota de agua le resbalaba por la mejilla. No se había afeitado.

Clara señaló la cafetera.

—Me da miedo eso.

—Con apagar...

—Ya lo hice.

—Pues no hay cuidado.

Quedaron frente a frente, mirándose. Clara bajó los ojos.

—Perdona la hora.

—Te lo agradezco. Hubiera dormido hasta las tantas.

—Aproveché que venía del monasterio.

—¿También tú? —afectó sorpresa.

—Por acompañar a Inés. Las otras ya no van.

Carlos la empujó suavemente hacia un sillón.

—Siéntate. Vamos a tomar café.

—Deja que te lo sirva.

Le temblaban un poco las manos. Sirvió a Carlos y se sirvió.

—El pan... Bueno, tú sabrás cómo lo quieres. Yo ya he tomado.

—¿A qué has venido?

Clara se entristeció repentinamente; Carlos agregó:

—El padre Ossorio se marchó hace una hora.

—Pero ¿sabes adónde fue?

—Sí. A Madrid. Pensaba ir a Santiago, pero le convencí de que en Madrid se desenvolverá mejor. Tiene un aire de cura que no lo puede remediar, pero en Madrid pasará inadvertido y le será más fácil encontrar trabajo.

—¿Trabajo? ¿Es que...?

—Sí. Ha colgado los hábitos definitivamente.

Clara echó azúcar al café y revolvió con parsimonia.

—¿Te disgusta? —preguntó Carlos.

—Personalmente me trae sin cuidado, pero...

Levantó hacia Carlos el rostro apenado.

—Inés. Va a ser horrible. ¡Si la hubieras visto esta mañana!

—No hay remedio. El fraile es de los que no hacen las cosas a medias — untó de mantequilla un trozo de pan y se lo ofreció a Clara—. Tu hermana no puede hacer nada: el fraile la ignora por completo.

—¿Te lo ha dicho?

—Se lo saqué discretamente. No dejé de pensar en Inés desde que el fraile apareció por esa puerta.

Carlos mordió sin ganas el pan y lo dejó a un lado.

—Carlos, también Inés tiene el demonio dentro. Fue solo un momento, esta

mañana, cuando el padre Eugenio nos dijo que el otro se había largado y que no volvería. Inés pegó un grito y le salió fuego por los ojos, y aunque se dominó en el momento, quedó como salida de un ataque.

—¿Por qué has dicho también?

—Porque, a pesar de todo, llegué a creer que Inés era la única de nosotros, te incluyo a ti, que estaba libre de tentaciones. Estos últimos tiempos fue cariñosa conmigo. Pensé que me había equivocado. Parecía un ángel.

—Un día me dijiste que estaba enamorada del padre Ossorio.

—Fue un desahogo.

—Y ahora, ¿lo vuelves a creer?

—¡Qué sé yo! A lo mejor no es enamoramiento, sino otra cosa.

Se echó hacia atrás en el asiento, cerró los ojos; después se pasó las manos por la frente.

—Me dejaría cortar la mano derecha a que jamás sintió un mal deseo ni tuvo un mal pensamiento. Si el amor es eso, ella no está enamorada. Pero si el amor es necesidad de otra persona para seguir viviendo...

—¿Es eso el amor para ti?

—Yo no cuento, Carlos. Soy de madera peor. Pero, por lo visto, la polilla entra en todas las maderas.

—¿Sabes algo de lo que piensa hacer Inés?

—Me ha mandado aquí para que te pregunte si conoces la dirección del fraile. Pensará escribirle. Iba a venir ella, pero se volvió atrás.

—¿Por qué?

—Habría tenido miedo.

—¿De mí?

—¿Quién sabe? ¡Como tú miras de ese modo!

Carlos sorbió el resto de su café. Se levantó, metió las manos en los bolsillos y dio unos pasos hacia la ventana, primero; hacia la chimenea, después. Hurgó con el atizador.

—Está bonito el fuego, ¿verdad?

Clara quedaba de espaldas. No respondió ni se movió. Carlos permaneció unos instantes sacando chispas a los leños.

—Si tiene miedo es porque ha llegado a saber algo de sí misma que teme que los demás descubran.

—Nunca será lo que tú piensas.

—¿Por qué no? Esa noticia súbita, ese grito, pueden significar que, de pronto, comprendió lo que hasta entonces había estado oculto, o simplemente enmascarado.

Clara se levantó también y se acercó a Carlos. Llevaba en la mano su tacilla de café, vacía.

—Tú sabrás mucho, Carlos; pero a mi hermana la conozco mejor que tú. Es inocente. No estoy segura de que sepa con claridad lo que pasa entre hombres y mujeres. El demonio de mi hermana no se parece al mío. Ella es orgullosa. Si escribe al padre Ossorio, y él le contesta, y se pasan así la vida, Inés llegará a vieja sin problemas.

—¿Y si él no le escribe?

—Bien. Entonces no sé qué hará.

Dejó la tacilla en la repisa de la chimenea.

—De todas maneras, si tienes noticias del fraile, y sabes su dirección, me la das.

—Puedo dártela ahora mismo. El fraile estaba desorientado y yo le di una carta para mi antigua patrona.

Escribió unas líneas en un trozo de papel y se lo tendió a Clara.

—Ahí tienes.

—También me da miedo Juan —dijo Clara.

—¿Sabe algo de esto? ¿Lo sospecha siquiera?

—Por eso. Le cogerá de sorpresa. Y aunque no pase nada, solo con ver a Inés triste o preocupada no habrá quién lo aguante. No sabes cómo la quiere.

Cogió el abrigo.

—Anda. Ayúdame a poner esto.

—¿Te vas ya?

—Me espera la cocina, he de hacer la compra, y hoy no puedo contar con Inés para nada.

Puesto el abrigo fue hacia la puerta.

—Espera, que te acompaño.

Al abrir la puerta oyeron voces lejanas, apagadas. Las interrumpía una risa estridente —la risa del Relojero—, pero en tono mayor, como forzada.

Clara se detuvo y Carlos dijo:

—Es un aviso. El Relojero es mi ángel guardián. Iré a ver.

—¿No será tu amiga? —dijo Clara, con naturalidad.

—¿Mi amiga?

—La Galana. Hay quien la ha visto salir de noche de su casa y venir aquí.

—Habladurías. Entra en la sala y espera.

Carlos se asomó a la escalera. En el zaguán, Paquito y Juan discutían. Juan tenía puesto un impermeable de hule, raído, y traía mojado el cabello rojizo. El Relojero le cerraba el paso. Al asomar Carlos a lo alto de la escalera los dos volvieron la cabeza y Paquito se apartó.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no subes?

—Estábamos discutiendo de política —respondió el Relojero—. Creí que usted aún no se había levantado.

Se quitó la pajilla y la mantuvo en alto mientras Juan subía los primeros escalones.

Juan dejó el impermeable en el perchero.

—Tengo que hablar contigo —dijo a Carlos.

—Bueno. En la torre estaremos más calientes.

La puerta de la sala quedaba entreabierta. Clara, desde la oscuridad, les vio pasar. Se perdieron en el fondo del pasillo.

—Si quieres tomar café te lo preparo.

—Te lo agradezco. Hace mucho frío y hoy salí de casa antes de que llegasen mis hermanas. Al pasar, tomé un poco de aguardiente en una tasca. Pero tengo hambre.

—Ve comiendo algo mientras. Ahora traeré una taza limpia. ¿Quieres pasarme esa que está detrás de ti?

Juan cogió de la repisa la taza que había dejado Clara.

—¿Has tenido invitados?

—El Relojero desayuna conmigo todas las mañanas. Somos grandes amigos.

—¡Ah, claro!

Carlos cargó y encendió la cafetera. Salió y volvió con otra taza. Juan mordía un trozo de pan seco.

—¿No te gusta nada de eso?

—Gracias. No estoy acostumbrado.

Fue a la mesa de Carlos y hurgó entre los papeles.

—¿Haces algo?

—Sí. Quiero escribir un libro sobre Pueblanueva. Estoy preparando las notas. Se me ha ocurrido hace pocos días. Algo hay que hacer. ¿No te parece interesante? Puede salir un gran libro, y, aunque no lo publique, nos reiremos tú y yo.

—Claro.

—Y tú, ¿qué haces ahora?

Juan se sobresaltó.

—¿Yo? Nada. Como siempre.

—Llevamos muchos días sin vernos.

Juan vaciló antes de decir:

—Traigo un asunto entre manos. De él vengo a hablarte.

—¿A mí?

—Sí. Puedes ayudarnos. Se trata...

—Espera. Toma el café antes.

Le indicó un asiento. Mientras Carlos le servía el café, Juan pareció entretenerse con las llamas. Cogió la taza sin volverse del todo.

—¿Azúcar?

—Sí, un poco.

—Yo tomaré otra taza. Me apetece.

Se sentó frente a Juan. Bebieron el café en silencio. Antes de terminar, Juan sacó tabaco y ofreció a Carlos.

—Se trata, naturalmente, de los pescadores. Su situación es penosa. Pasan hambre y carecen de lo indispensable. Sus casas son tugurios infectos, hay muchos niños tuberculosos. Dentro de pocos días estarán peor, porque llevan quince sin salir a la mar y no parece que el tiempo vaya a arreglarse. Cierto que la vieja les adelanta dinero, pero luego tienen que reintegrarlo, que viene a ser quedarse otra vez sin él. Hay que buscar un arreglo...

Hizo una pausa, mientras encendía el cigarrillo en una brasa.

—... y yo tengo el mismo interés que si fuera cosa propia. En cierto modo lo es. Bueno: no sé si la ocurrencia fue exactamente mía, pero el proyecto y todo lo demás lo he madurado yo. De acuerdo con ellos, naturalmente. Llevamos muchas tardes discutiendo y escuchando todas las opiniones. Una

cosa así no puede intentarse sin el consentimiento de la mayoría.

—¿Qué cosa?

—La explotación de la pesca por el sindicato.

Acercó el sillón al sofá, y él mismo quedó casi rozando con las suyas las rodillas de Carlos. El cigarrillo, olvidado, se quemaba en el borde de la mesa.

—Parece un disparate, pero puede ser la salvación de los pescadores. Su pobreza es intolerable y, como están las cosas en América, no les queda ni la esperanza de emigrar.

Sacó del bolsillo unos papeles llenos de números.

—Mira. Cifras cantan. La pesca, racionalmente explotada, puede sostener con dignidad a los pescadores. Compara, por ejemplo, el volumen de ventas de Pueblanueva con las de Vigo, las de Bueu, las de Villagarcía... No me refiero a cifras absolutas, sino relativas. Están sacadas las proporciones: son esas. Como verás, vamos por debajo de todos. Nuestra flotilla pesca menos, vende menos y pierde más. La cabeza de la vieja no está para negocios. Además, ella no entiende. Hay que introducir innovaciones, contratar algún personal técnico, un buen patrón de pesca, al menos. Ahora, nadie pesca al tun-tun; hay técnicos especializados que saben dónde y cuándo hay que echar las redes. Y hay que vender en otras plazas. El consumo local es insuficiente, y los pescaderos, aquí, imponen precio o dejan que se pudra la mercancía. En fin, lo entiendes, ¿no?

—No lo entiendo, pero es igual. Si la pesca es negocio en otras partes y aquí no, a algo obedece.

—La vieja está anticuada, y nuestros pescadores también. Con esos barcos, que son bastante buenos, deberían ir a los grandes bancos, pescar el bacalao, si hace falta. Los barcos tienen que ir provistos de radio, porque las ventas se contratan antes de que el barco arribe, y hay que conocer el volumen de las calas.

—Y esas radios, ¿quieres que las instale yo?

Juan sonrió con timidez súbita y se retiró un poco.

—Estoy hablando en serio, Carlos.

—Lo supongo, pero no se me alcanza lo que tenga que ver con todo eso.

—Directamente, nada.

Se hundió en el fondo del sillón y acudió al cigarrillo, que se había

apagado. Carlos le acercó el suyo.

—En todo esto...

Se interrumpió, dio un par de chupadas y volvió a dejar el cigarrillo en el borde de la mesa.

—... en todo esto hay una dificultad inicial: el sindicato no es propietario de los barcos. Y no hay que pensar que pueda serlo en mucho tiempo. De esta república burguesa de la puñeta que nos ha caído en suerte, no es de esperar que socialice los medios de producción; y, en el caso de que se hiciera algo en ese sentido, predominaría el criterio marxista, no el sindicalista. Pero lo que nosotros queremos es la explotación por el sindicato propietario de los barcos, y digo propietario, no en el sentido capitalista, sino...

—Entiendo.

—¿Entiendes? ¿Te das cuenta de lo que pretendo y de lo que quiero de ti?

Carlos le miró, sonriendo.

—¿Piensas que yo puedo convencer a la vieja de que regale los barcos al sindicato?

—No aspiramos a eso, de momento, ni pretendo que tú la convenzas. Quiero solamente que le hables y la prevengas de que un día de estos irá a verla una comisión.

—Los va a echar con cajas destempladas...

—Para evitarlo es para lo que te necesito. No iremos a pedirle que nos regale los barcos, sino que nos los alquile mediante una renta razonable. Aunque no se la pagásemos ganaría dinero. El año pasado perdió más de treinta mil pesetas.

Carlos se levantó y cogió una botella.

—¿Quieres coñac?

—Bueno.

Llenó dos copas y acercó una de ellas a Juan.

—Hace mucho frío en este maldito caserón. No sé cómo podía vivir la gente aquí.

Le sonaba la voz a falso. Juan le miró con inquietud. Sorbió, sin ganas, un poco de coñac.

—¿Vas a hacerme ese favor? ¡No sabes lo que significa para mí!

—Le hablaré a la vieja.

—Necesito que lo hagas con el mismo entusiasmo que si se te hubiera ocurrido el proyecto y te fuese en él la vida. Tienes que convencer a la vieja de que saldrá ganando. Nosotros, naturalmente, pagaremos los impuestos por nuestra cuenta.

—¿Y si perdéis?

—¡No podemos perder, Carlos! ¡Las cifras cantan! ¡Te aseguro que, en un año, la vida de esa pobre gente habrá cambiado!

Carlos, con la copa en la mano, se le acercó. Sonreía.

—Dime, Juan, ¿lo haces por caridad, por convicción ideológica o por alguna otra causa?

—Por todas ellas, aunque yo llame solidaridad a lo que tú llamas caridad.

—Si a la vieja le dijese que con esto ibas a levantar una bandera contra Cayetano y vencerlo, es posible que accediese de buena gana.

Juan le miró con gravedad. Le temblaba en las pupilas una luz anhelante.

—No me mueven razones personales. No voy a beneficiarme en nada de todo esto. Me comprometo a un trabajo que no me sacará de pobre; de eso puedes estar seguro. Actúo desinteresadamente.

—Eso es lo malo para la vieja. Ella no lo comprenderá jamás. Si se lo explicases se reiría de ti. Pero si le dijeses: soy capaz de convertir la pesca en un negocio con el que pueda hacer frente a Salgado, creo que, encima, os daría dinero para empezar.

De espaldas a Juan, dejó la copa en la mesa, y añadió.

—Puedo enfocar el asunto de esa manera.

—No. Sería mentir. Cayetano no pinta nada en todo esto.

—Entonces no te garantizo el éxito.

Se volvió rápidamente y cogió a Juan por los hombros.

—¿Pretendes ocultarme a mí que detrás de todos tus proyectos no está el odio a Cayetano? ¡Nadie se mueve en Pueblanueva sino por eso, y tú no eres una excepción! Y, si es así, ¿por qué no enseñas las cartas, al menos a la vieja? Ella juega limpio y, además, es el único juego que entiende.

Juan retiró de sus hombros, pausadamente, las manos de Carlos.

—Me importa un bledo Cayetano. Aunque no existiese yo haría lo que hago.

—Como quieras. Hablaré a la vieja, pero no te aseguro nada.

—Que sepa, al menos, que irán a verla.

—¿Irán? ¿Sin ti? ¿Quién va a hablarle? ¿O es que quieres convencerla con la tosca ingenuidad de los pescadores?

—Le presentarán un escrito... hecho por mí. Ya está casi redactado. Confío en que tú... harás que lo lea, y hasta que se lo expliques si no lo entiende.

—No sé si desearte suerte. Vas a meterte en el lío más gordo de tu vida. Te juegas tu reputación. Si fracasas, nadie te hará caso, y hasta se reirán de ti.

—¿Y si resulta?

Carlos le miraba sonriente. En el rostro de Juan resplandecía la esperanza; pero la sonrisa de Carlos apagó el resplandor.

—Se debe ser muy desgraciado cuando no se tiene fe en nada —dijo Juan.

Carlos metió las manos en los bolsillos, le miró un instante y bajó la cabeza.

—Ni siquiera desgraciado.

Doña Mariana no se encontraba muy bien. Había estornudado y sentía escalofríos. Estaba en la cama, envuelta en una toquilla, y con la bandeja del desayuno en el regazo. Carlos le contó la escapatoria de fray Ossorio, la visita del padre Eugenio, la de Clara, la de Juan.

—Mi casa parecía un jubileo. El Relojero empezó a reír anoche cuando llegó el primer fraile; siguió riendo con el segundo, y esta mañana, al marcharme, me dijo: «¿Y las visitas? ¿Las mando esperar o que vuelvan?». Y me soltó una carcajada. No me tiene pizca de respeto.

De momento, pareció importarle más a doña Mariana la falta de respeto del Relojero que el lío del monasterio. Pero prestó atención cuando Carlos se refirió a Inés.

—La situación puede ser interesante si Inés tiene, como sus hermanos, sentido artístico. Porque es evidente que los Aldán poseen una especie de genialidad mal orientada o desorientada. En todo caso, enmascarada. La religiosidad de Inés se corresponde con la preocupación moral de Clara, incluso con su manía de limpieza; en cuanto a Juan, está claro que cuando escribe su poema cosmogónico pone en juego las mismas facultades artísticas

que cuando describe a los pescadores el paraíso anarquista. Pero, en estos días, Clara ha pasado a segundo término. La situación actual de Inés es mucho más interesante, y, con un poco de suerte, será mucho más fértil. Pretende escribir al fraile. Lo hará. Y el fraile recibirá la carta en un momento oportuno, en un momento de desaliento, porque sus primeros pasos en Madrid serán desalentadores. Lo más probable es que, a los pocos días, se le venga el mundo encima, se sienta hundido, fracasado y sin salida posible. ¿Imagina con qué alegría comprobará entonces que hay alguien en el mundo preocupado de él, alguien a quien es necesario? Quizá, si más tarde encuentra un empleo satisfactorio, la cosa se frustre; pero si no lo encuentra, que es lo probable, si se siente desesperado y necesitado de consuelo, atenderá a Inés, seguirá escribiéndole, y como lo que ella exige es correspondencia espiritual, se convertirá, sin darse cuenta, en una especie de Francisco de Sales para la ilustre señora de Chantal. ¡Lo que daría yo por estar al tanto de esas cartas! Las de Inés podrán ser maravillosas a poco que él excite su imaginación.

Doña Mariana dio un tironcito al cordón de la campanilla.

—Estás haciendo una novela.

—Estoy profetizando lo que va a suceder, lo cual no tiene ningún mérito porque parto de datos reales y desarrollo lógicamente unos supuestos. El padre Ossorio e Inés son dos personas interesantes, pero no misteriosas. No son de los que dan sorpresas. ¿Qué quiere usted? Me atrevería a asegurar que, pasado algún tiempo, el fraile se pondrá a bien con la iglesia solo porque la imagen que Inés tiene de él carece de lugar en el mundo. Para ella no es un hombre, sino un fraile, o, al menos, un sacerdote; como a sacerdote se dirigirá a él, y apetecerá palabras de sacerdote, no de hombre. Esto es evidente. Bueno. Quizá me engañe acerca de la calidad de su correspondencia; quizá no pase de una serie de vulgaridades más o menos apasionadas.

Entró la criada a recoger la bandeja del desayuno. Doña Mariana le advirtió que Carlos comería con ella.

—Después está Juan. La obra de arte de Juan tropieza con un grave inconveniente: el respeto a usted. Lo natural sería que Juan acabase por lanzar a los pescadores contra su patrono, por organizar una huelga heroica; pero, en este caso, el patrono es usted, de quien los pescadores no tienen queja, y a quien Juan, en el fondo, admira. La situación de Juan no es fácil: lleva un

cierto tiempo hablando a los pescadores, les ha creado una ilusión, pero no pasa de ahí. Llegará un día en que los pescadores se cansen y dejen de escucharle. Quizá haya empezado a suceder, porque últimamente hubo algunas deserciones, y quienes buscaron empleo en el astillero. Juan lo sabe. Necesita mantenerse donde está, necesita conservar la fe de sus amigos. ¿Qué hace entonces? Intenta hallar una salida airosa. Como no parece probable que la República llegue a reformar profundamente la economía, él desvía la esperanza de los pescadores de la revolución inmediata y la conduce al resultado incierto de una experiencia (lo de incierto lo añadido yo). Vamos a explotar sindicalmente la pesca. Con lo cual pueden pasar dos cosas: que la experiencia fracase, y entonces ya se verá a quién echar la culpa; pero, en cualquier caso, todo el mundo habrá visto cómo Juan se partía desinteresadamente el pecho para sacar el asunto adelante; o bien, que la experiencia tenga éxito, y entonces Juan será algo más que el héroe de Pueblanueva: será el descubridor de un modo de explotación de la pesca que hace innecesarios a la vez la revolución y el patrono.

—Pero ¿y los barcos? ¿De dónde sacarán los barcos para eso?

—Los barcos están anclados ahí enfrente. Son los suyos.

A doña Mariana le dio un ataque de risa rematado en tos.

—No irás a decirme que Aldán piensa quitarme los barcos.

—Jamás lo ha pensado. Lo que él pretende es alquilarlos. Verá usted.

Repitió más o menos lo que Juan le había dicho. A cada momento intercalaba un elogio a la inteligencia, a la clarividencia de Juan.

—¿Quién duda que es un proyecto legal, respetuoso, irreprochable? Usted mantiene la propiedad de los barcos, deja de perder en el negocio y solo más adelante, si la cosa marcha, puede pensarse en una venta. Con lo cual, además, Juan, sin sospecharlo, le da a usted resuelto un problema. Porque usted me tiene dicho que mantiene el negocio de la pesca solo por llevar la contraria a Cayetano. ¿Qué sucederá el día en que usted muera? Usted teme que su sobrina no sea capaz de continuar una lucha que no le va ni le viene, porque ni Cayetano la odia a ella, ni ella odia a Cayetano...

—Le hubiera enseñado lo que tenía que hacer si viviera conmigo — interrumpió doña Mariana y había dureza en el tono de sus palabras.

—Pero ella no ha venido, y yo, ya ve usted, no sirvo para tomar en serio

esas rivalidades, al menos con las armas de usted. Pero ahí está Juan dispuesto a sucederla en la rivalidad, en el odio, hasta la muerte.

—Yo no odio a Cayetano, ¿eh? Quizá lo desprecie, sencillamente.

—Pues Juan no lo desprecia, sino que le tiene odio, que es una pasión mucho más violenta, y, sobre todo, mucho más tenaz. Si no existiera Cayetano, Juan no sería líder anarquista de Pueblanueva, sino poeta en lengua vernácula. Por causa de Cayetano nos quedamos sin un hermoso poema pesimista acerca del origen de las cosas, y ganamos un líder; pero, eso sí, un líder con gran sentido artístico. Porque esa ocurrencia de la explotación sindical es perfectamente artística. Es la síntesis que absorbe en sí misma y concilia sin aniquilarlos los contrarios. Es una verdadera genialidad.

Doña Mariana acomodó las almohadas y se recostó.

—Sois un puñado de locos, ellos y tú. Pero tú bastante más que ellos, porque te entusiasmas con algo que no te va ni te viene, y te engañas a ti mismo pensando que va a salir bien ese disparate.

Las manos de Carlos se levantaron en señal de protesta.

—Yo no digo que vaya a salir bien, ¿eh? Admito el pro y el contra. Lo que digo es que, de una manera o de la otra, Juan habrá mantenido su reputación, y usted no perderá nada.

—¿Y quieres que porque Juan conserve la admiración de los pescadores ponga en peligro una parte de mi patrimonio? ¿Qué me importa a mí la reputación de Juan?

Carlos se levantó, arrimó la espalda a la pared y estuvo un instante pensativo.

—¿Qué pensaría usted si en vez de ser Juan el autor del proyecto y el que pretende realizarlo fuese yo?

—Pensaría lo mismo: que estabas loco.

—Pero ¿me alquilaría los barcos, sí o no?

—Quizá te los alquilase, pero por otras razones.

—Sin embargo, usted sabe que soy incapaz de hacer nada práctico, aunque sea lo más sencillo del mundo; cuanto más algo tan complicado como la explotación colectiva de un negocio.

—Pues, a pesar de eso, por ti lo haría. Aunque supiese que iba a quedarme sin los barcos. No estoy segura de que, metido en el jaleo, no intentases luego

sacarlo a flote.

Carlos se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de doña Mariana.

—Juan lo hará con toda la pasión, con toda la inteligencia, con toda la tenacidad de que es capaz un fanático. Le va en ello algo más importante que la vida.

Doña Mariana no contestó. La mano de Carlos permanecía entre la suya. La acarició. Se miraron, y Carlos sonrió.

—Que vengan a verme, pero conste que no prometo nada. Llevaré el asunto a mi abogado para que lo estudie y, después, ya veré lo que hago.

Carlos se levantó de un salto.

—Voy corriendo a la taberna. Juan espera allí.

—¡No prometas nada, que yo tampoco prometo!

—¿No le parece bastante decirles que usted les escuchará?

Se puso la gabardina y salió corriendo. El viento le batía en el rostro y los goterones de lluvia le lastimaban. Tuvo que volver atrás y meterse en el carricoche. Lo dejó luego en una calleja resguardada y entró en la tasca del Cubano.

Estaba oscuro el interior y habían encendido velas. Juan y algunos más, hasta doce, se habían sentado alrededor de unas mesas. Carmiña atendía a la parroquia.

Al entrar Carlos todos callaron, todos se volvieron hacia él, todos le miraron. Había en sus rostros ansiedad y un poco de temor.

El Cubano se levantó.

—Venga para aquí. Siéntese aquí, don Carlos.

—Buenos días a todos.

Se levantaron también los demás, y algunos se quitaron las boinas. Carlos se sentó junto a Aldán. Le trajeron en seguida una taza de tinto, y Carmiña pidió a voces «unos calamares para el señor Deza, que estén bien calientes».

—Espere. Traeré una vela. Con este tiempo parece de noche.

Vertió esperma en la tabla de la mesa y afianzó en ella una vela nueva. Nadie había hablado. Un soplo de aire, venido de alguna puerta abierta, apagó la llama, y Juan dijo algo sobre el mal tiempo. Un pescador respondió, con voz honda, que así llevaban dos semanas y que no había qué comer.

—A mí se me están acabando las existencias, y como nadie puede

pagarme, no tengo dinero para reponer lo gastado —comentó el Cubano.

—Porque usted no sabe lo que hace en una casa de pobres tener el pescado gratis. Con un puerco que se cría, y perdone, y el jornal, da para vivir. Pero a estas alturas, el cerdo ya va comido y hay que comprarle todo, y con un mal caldo de patatas y berzas el cuerpo no queda contento.

—Y que siempre hace falta ropa y con el frío los rapaces no pueden andar descalzos.

Una mujer que esperaba junto al mostrador se acercó al grupo.

—Y vosotros, condenados, que no podéis pasar sin el vino, que Dios confunda.

—Con algo hay que calentarse.

—Pues quedaros en cama, como se quedan otros que son tan buenos como vosotros y también gustan de echar un párrafo con los amigos.

Carmiña trajo un plato de calamares fritos y lo puso delante de Carlos.

—Ya ve —dijo el Cubano—. Con dos reales, un plato de calamares fritos debía estar bien pagado. Pues como los traen de fuera, y a mí ya me cuestan seis. Luego ponga el aceite, y el trabajo, y algo que uno tiene que ganar. Salen en dos pesetas, la tercera parte del jornal de un marinero.

Estaban doradas, calientes, fragantes, las ruedas de calamar.

—Pues con eso, y un pedazo de pan, come un hombre al mediodía —dijo la mujer que había hablado antes, y se volvió al mostrador. Desde allí añadió —: Donde hay cinco son diez pesetas.

—Esto será para todos, ¿verdad? —preguntó Carlos un poco avergonzado.

—La casa quiere convidarle. No lo despreciará —dijo Carmiña desde el mostrador.

—Pero la casa no me prohibirá que yo convide, a mi vez, a estos amigos. Es decir, no yo, sino doña Mariana. Vengo de parte de ella.

—¿Qué te dijo? —Juan intentaba dominar la ansiedad, pero sus manos, escuálidas, temblaban al coger la tacilla del vino.

—Doña Mariana quiere a los pescadores. Eso lo saben ustedes. Los barcos son un mal negocio, y otra persona se hubiera deshecho de ellos. Porque no es lo mismo perder un año y ganar otro, que perder cinco años seguidos. Es evidente que doña Mariana lo sostiene por no dejar en la calle a sesenta o setenta familias.

—Bueno. Pero de lo otro, de lo nuestro...

—Admite entrar en conversaciones. Es decir, que hablará con ustedes, que estudiará el proyecto. Necesita garantías.

—No se trata de que pierda la propiedad de los barcos. Creo que eso te lo he explicado bien.

—Me refiero a garantías de otra naturaleza. Por precaria que sea su situación, los pescadores cuentan con unos ingresos mínimos seguros; necesita saber que, en cualquier caso, no saldrán perjudicados. La propiedad de los barcos no le preocupa.

—Entonces cosa hecha. ¿Cómo van a perjudicarse a sí mismos los pescadores? —al Cubano le temblaba la voz de júbilo—. Se trata precisamente de que se encarguen ellos de sus propios intereses. Ya le habrá explicado el señor Aldán que se formará un comité con los patrones de cada barco y un diputado por la tripulación. Se pagarán jornales y se hará un reparto equitativo de las ganancias, después de deducir los gastos y de constituir un fondo de reserva. Yo entiendo algo de eso; en Cuba trabajé en régimen de cooperativa, que es algo parecido a lo que nosotros queremos.

—Pero ¿y si no hay ganancias? ¿Si se sigue perdiendo como hasta ahora? ¿Cómo cubrirán el déficit?

Juan adelantó hacia el plato de los calamares, que empezaba a vaciarse, una mano tajante, afirmativa.

—Se está enfocando mal la cuestión. Los pescadores agradecen a doña Mariana su interés, pero ahora no se trata de paternalismos, sino de reconocer a un grupo de trabajadores capacidad para administrarse. Para mí es algo que, si se pone en duda, atenta contra la dignidad del proletariado. En todo caso, reconocida la buena voluntad de doña Mariana, también se la puede acusar de mala administración o, más bien, de torpeza en el enfoque del negocio y, por tanto, de perjudicar a sus asalariados. Claro está —añadió en seguida cerrando la mano y retirándola— que ella no puede comprender que los intereses de los trabajadores jueguen en este asunto con el mismo derecho que los suyos propios. Sería pedir peras al olmo que una mente capitalista se superase a sí misma y alcanzase el sentido de la solidaridad humana necesario para llegar a semejante comprensión. Nosotros no hemos planteado jamás el problema en esos términos. Nosotros...

—Ustedes, de momento, tienen suficiente con saber que doña Mariana se aviene a hablar sobre el asunto —Carlos se dirigió al Cubano—. ¿No es así?

El Cubano miraba a Juan y parecía esperar que continuase. Pero Juan no respondió.

—Así será —dijo, pasado un instante de espera, el Cubano.

—Vivimos en un estado capitalista y, quiéranlo o no, tendrán que moverse y trabajar dentro del sistema capitalista. Por dentro, pueden ustedes organizarse como quieran. Para los demás, el sindicato será el arrendatario de unos barcos...

—De momento —dijo Juan.

—De momento, claro. Mañana, ¿qué sabemos?

Carlos apuró el vino y se levantó.

—He terminado mi embajada y tengo que irme. Si quieres —se dirigió a Juan— te llevo a casa. Tengo ahí el carricoche.

—Bueno.

—Para celebrarlo, doña Mariana convida.

El Cubano rechazó el dinero, pero Carlos le rogó que lo aceptase. Salió con Juan, se metieron en el carricoche. Pasaron, en silencio, dos o tres manzanas.

Juan iba metido en sí, puestos los ojos en las orejas de *Bonito* o, más bien, en el cascabel que las coronaba. A Carlos le había salido una sonrisa artificial, prolongada demasiado tiempo. Hasta que dijo:

—¿No estás contento?

Juan le miró sin contestarle.

—Todo salió a pedir de boca —continuó Carlos—. No quiero decirte con esto que a la vieja la haya hecho feliz el asunto, pero lo ha tomado con mucho mejor ánimo de lo que yo esperaba. Yo lo daría por hecho.

—Como generosidad de la vieja, ¿no? Como un regalo o una limosna.

—Llámalo como quieras. ¿Qué más da? Si la explotación colectiva de la pesca va a resolver el hambre de los pescadores, se acabó el hambre.

—¿Y la justicia? ¿Es que no te importa nada la justicia?

—Es algo de lo que esta mañana no hemos tratado en absoluto.

—Es algo que quizá no hayamos mentado, pero que iba implícito en mis palabras. Porque aquí hay dos cuestiones, y me extraña que tú, tan analista, no

lo hayas advertido. El hambre de los pescadores, aparente consecuencia de un negocio mal llevado, lo es, en realidad, de una injusticia. No se restituye la justicia dando de comer a los hambrientos, sino que el hambre tiene que desaparecer por haberse restituido la justicia. ¿Entiendes? Si el asunto se resuelve por el camino que lleva, permanecerá la injusticia.

—¿Es eso lo que piensas decir a doña Mariana cuando reciba al famoso comité? «Señora, según las leyes vigentes usted es propietaria de los barcos. Aparentemente, con el pago de unos salarios, usted cumple. Ahora bien: las leyes vigentes fueron hechas por propietarios para defensa de la propiedad; las leyes amparan al robo. Si usted quiere ser justa reconozca que, al detentar la propiedad de los barcos, la usurpa a los verdaderos propietarios, a los propietarios en justicia, que son los trabajadores. Mientras no lo reconozca así, por mucha que sea su buena voluntad, por grande que sea su generosidad, tendremos que considerarla como una explotadora, como una sanguijuela de sangre humana, como una...».

Juan se revolvió contra él.

—¿Bien? ¿Y qué? ¿Qué sucedería si lo dijese?

—Sucedería que doña Mariana os mandaría a paseo y las cosas seguirían como están o peor.

—Pero en alguna parte se habría oído la voz de la verdad y de la justicia.

—¿Quién lo duda? Y los hambrientos te llamarían imbécil por haberlo hecho. A los pescadores les importa un bledo la justicia. Lo que quieren es comer mejor, y como tú los has convencido de que la explotación colectiva de la pesca mejorará su suerte, están ilusionados con eso. Tú no eres un fanático, Juan, sino un hombre inteligente, y sabes que detrás de las grandes palabras que les diriges, y de las que solo perciben el ruido, solo entienden una cosa: vivir con desahogo. El régimen no les importa. La monarquía, la república burguesa o la libertaria son buenas o malas según les vaya a ellos. Y eso me parece lógico. Pero de todo eso se deduce una verdad que te empeñas en no reconocer: ninguno de ellos es verdaderamente revolucionario, ninguno apetece un cambio radical de la sociedad. Solo tú lo eres.

—¿Y no basta?

—Quizá a ti te baste. Pero si tu conducta se apoya en una falsedad, tu situación será bastante precaria.

—He insistido esta mañana en que yo no cuento para nada en este asunto. Soy un mero instrumento, solo por el hecho de que sé escribir y de que entiendo un poco más que ellos de ciertos asuntos. Quiero que no lo olvides.

—Descuida. No lo olvidaré. Pero, por ti mismo, me gustaría te considerases como algo más que instrumento. Quizá en un mundo distinto, en un mundo que todavía no existe, un hombre pueda satisfacerse no siendo más que eso, instrumento; pero en el nuestro, al que perteneces lo mismo que yo, todo hombre es un fin.

Juan buscaba algo en los bolsillos.

—No te entiendo. Tenemos distinta mentalidad.

Salían del pueblo y se acercaban a la casa de Juan. Había escampado, pero el viento sacudía la lona del coche y lo empujaba hacia el centro de la carretera.

—Es una suerte —dijo Juan— que no haya ningún barco en la mar. Esto puede acabar en galerna.

El coche se detuvo. Juan levantó el cuello del impermeable y saltó.

—Bueno. De todas maneras, gracias por todo. Ya te avisaré cuando hayamos de visitar a la vieja.

Atravesó, de cuatro zancadas, el fangal de la era y se coló por una puertecilla. Carlos le gritó que diese recuerdos a sus hermanas.

Juan se había metido en su cuarto nada más llegar; Inés no había salido del suyo en toda la mañana. Puesta la mesa, Clara fue a llamarlo. Juan, de rodillas junto a la cama, envueltas las piernas en una manta raída, escribía: una tabla vieja le servía de mesa. Había en ella papeles y un par de libros.

—Id comiendo, que ahora mismo voy.

Llamó a la puerta de Inés y abrió. También Inés escribía algo que escondió rápidamente.

—Sí. En seguida. Id comiendo.

Clara regresó a la cocina, volvió la sopa a la olla y se sentó a esperar en una silla baja. Quedaban sus piernas cerca de la lumbre, pero las acercó un poco más. Tenía sueño, le hubiera gustado dormir un poco allí cerca del fuego, pero una vez que lo había hecho se le quemaron las medias nuevas.

De la olla salía un vaho apetitoso a sopas de ajo. Había dejado a deber el aceite y el pan. Tampoco había pagado en la carnicería. Hacía tres días que no tenía dinero. Inés le había dicho: «Mañana te daré», pero no parecía decidirse a cobrar el importe de un traje. Seguramente que lo había olvidado. Y Clara no se había atrevido a recordárselo.

Con el tío del pan y del aceite había sido fácil. Estaba la tienda sola; el tendero la piropeó. Ella se dejó querer. El tendero insinuó la posibilidad de encontrarse alguna vez en un lugar oscuro: ella le respondió que quizá. El tendero la barbilleó y ella se limitó a decir: «Que a lo mejor te está viendo tu mujer». Y salió con el pan bajo el brazo y la botella del aceite —un cuarto de litro— en la mano.

El carnicero, en cambio, había salido, y su mujer le dijo que si ya volvíamos a las andadas, y que si aquello no podía ser, y que si patatán, y que si patatán. Y que a ver cuándo buscaba un hombre que la mantuviese.

Juan llegó el primero. Preguntó por Inés.

—Dijo que fuésemos comiendo, que ella vendría en seguida.

Sirvió la sopa de ajo.

—Estamos sin un céntimo, Juan. He mirado en el hórreo; no hay un mal ferrado de maíz para vender.

Juan levantó la cabeza, la miró, no contestó.

—Inés tampoco tiene.

Sirvió su plato. Iba a empezar cuando entró Inés, silenciosa, abstraída. Empezó a comer sin decir palabra, sin mirar a nadie.

—¿Estás disgustado, Juan? —preguntó Clara.

—¡Ese Carlos...!

—¿Te ha hecho algo?

—Hablar, hablar. Envolverle a uno con palabras que no son nada, que no dicen nada.

—Es un imbécil.

Juan dejó de comer y la miró.

—Antes no pensabas así.

—Tampoco tú.

—Pero lo que yo trato con él es de importancia.

—¿Te echó a perder lo de los barcos?

—No. Lo bueno es que lo arregló. Es el modo lo que me fastidia, Me gustaría saber qué pretende con hablar tanto.

—Nada, eso es lo malo: que no pretende nada.

Juan volvió a mirarla, largamente.

—¿Te ha hecho algo a ti?

—¿No te digo que no pretende nada?

Juan calló de nuevo. Terminó de comer y marchó a su cuarto, sin decir palabra. Pero Inés no se movió. Se estuvo allí, con la cabeza gacha, mientras Clara retiró los platos y el mantel, mientras fregó el ajuar. Hacía frío. Clara le dijo:

—Te vas a helar ahí quieta. En la cocina estarás mejor.

Avivó el rescoldo y preparó la silla.

—Anda. Siéntate ahí.

Inés se dejó llevar. Arrimada a la pared oscura, su mirada seguía el humillo ascendente. Un resplandor tenue, vacilante, le iluminaba el rostro.

Clara terminó y se sentó en el borde del llar.

—Yo también he sufrido, y entonces me hubiera gustado tener a mano alguien a quien hablar. Es malo tragárselo todo. Es como una comida fuerte. Hace daño.

Inés bajó un poco la cabeza, sin mirarla.

—¿Tú qué sabes?

—Más bien nada; pero escuchar todavía sé.

Inés movió la cabeza.

—Mis cosas son mías.

—No te digo que me las cuentes; pero a Juan...

Inés se estremeció.

—¿A Juan? ¡No tiene que saber nada de esto, pase lo que pase! ¿Lo entiendes?

—Como quieras. Pero yo pienso que ya que te quiere tanto...

—Por eso.

Se levantó y saltó del llar.

—Voy a mi cuarto.

—Espera. ¿Sabes que no tenemos dinero?

Inés se detuvo y la miró como extrañada.

—¿Dinero?

—Sí. Las cochinas pesetas. Hoy me han tenido que fiar, y ayer también. Y tú dijiste...

—Sí. Hay que cobrar una hechura. ¿Por qué no vas tú?

—¿Yo? Ya sabes que no merezco confianza.

—Mira. Llevas unos retales que sobraron y la cuenta. Es en casa del Pirigallo, veinte pesetas. Espera un momento.

Volvió en seguida, con un atadajo de retales y un papel escrito.

—Toma. Llévelo tú. Di que no estoy bien.

—Si me pagan, ¿puedo pagar también?

—Sí, claro. Haz lo que quieras.

Mientras Clara se ponía el abrigo, Inés regresó a su cuarto. Había oscurecido un poco más. Encendió una vela, se sentó y cogió unos papeles a medio escribir. Leyó uno, otro, otro. Los apretó con furia. No era aquello lo que deseaba decir, lo que tenía que decir.

Danzaban por su cabeza palabras hermosas, palabras justas, palabras convincentes, pero se le escapaban cuando quería escribirlas. Ni siquiera había acertado en el encabezamiento. «Querido padre Ossorio...» «Respetado padre...» «Hermano mío en Jesucristo...» Sonaba a falso, a convencional. Necesitaba un comienzo que fuese como la puerta abierta a una habitación luminosa, una palabra que obligase a leer las otras, algo que revelase desde el comienzo que aquella carta la escribía un semejante...

Se irritó contra sí misma. «Semejante» tampoco era la palabra. No quería decir nada, salvo si se explicaba largamente, y ella no podía ponerse a explicar. Eso había hecho en una de las cartas: «Es posible que ignore que, durante dos años, sus palabras han ido edificando mi alma...»; y *edificar* tampoco la había satisfecho, porque significaba una cosa distinta, y lo que ella quería expresar no tenía nada que ver con *edificante*, sino con *edificación*. Como si el padre Ossorio hubiera hecho su alma como se hace una casa.

Se había enredado en las palabras, le disgustaban las palabras, eran palabras lo que sobraba y lo que necesitaba. Había hurgado en los evangelios; pero las palabras evangélicas le parecían también gastadas: «No puede usted abandonar su oveja», así hubiera escrito doña Lucía. «Soy una ramita insignificante de la gran vid de la Iglesia...». Daba risa.

Y, además, no sabía qué decir. «Me ha dejado usted sola». «Tiene usted que volver». Sí, eso era, pero no bastaba, y no atinaba con el razonamiento intermedio, con las razones que podrían enterarle de que la había dejado sola y las que podían convencerle de que tenía que volver.

Se sentía cada vez más confusa. Abrió al azar las Sagradas Escrituras y salió la historia de Jezabel; la leyó, buscó en la lectura un consejo, una guía; pero la historia no le decía nada, ni aun se sentía capaz de imaginarla.

Hacía mucho frío. Tenía las piernas heladas hasta más arriba de las rodillas. Se echó en la cama y se tapó con una manta. Sus ojos, muy abiertos, miraban las sombras del techo, las sombras conocidas, repetidas.

La casa estaba en silencio, era como un agujero de silencio en medio del vendaval ruidoso. Fuera de la casa silbaba el viento en los pinos, en las esquinas, en los agujeros. Pero el silencio interior se notaba, y ella estaba en el centro del silencio. Podía oír su corazón.

Vivir era una partida jugada entre la propia voluntad y la voluntad de Dios. Dios ponía un límite al esfuerzo. Decía: «Hasta aquí. Más allá es mi terreno». Pero nunca se sabía dónde estaba el terreno de Dios, donde la voluntad de los hombres nada puede, donde se pide al hombre que se someta ciegamente, sin preguntar... Y ella había llegado, con su esfuerzo, al límite de su voluntad. Y preguntaba.

Era evidente que Dios no quería que escribiese aquella carta. Pero ¿qué es lo que Dios quería? ¿Cómo podía averiguarlo?

Su corazón latía tranquilamente, su sangre iba y venía con sosiego. Todo estaba en paz en su cuerpo y en su alma, todo estaba en silencio fuera de ella, como si Dios lo enviase para que pudiera decidir con claridad.

—Irme al convento.

Sintió inmediatamente inquietud y disgusto. El convento había sido su destino, aceptado desde la adolescencia. ¿Por qué ahora, algo que ella ignoraba, pero que gobernaba su voluntad, lo repelía? Le vino a la memoria el recuerdo del colegio, se vio a sí misma vestida de blanco para la comunión. Ya no era muy niña —once años—; sus padres se habían descuidado. Una monja le dio un beso y la metió en la fila de comulgantes. Otra prendió luz a la vela que llevaba en la mano derecha. Las niñas empezaron a cantar:

¡Oh, qué dicha y qué alegría,
venir Dios a visitarme!
¡Querer en persona honrarme!
¡Qué dignación, qué bondad!

Pero ella no cantaba. Se había resistido a aprender la canción porque le era antipática. Después de la misa, una monja le preguntó por qué no había cantado con sus compañeras, y ella respondió: «Porque no entiendo lo que dice». «¡Eso no importa, niña! ¡Ya entenderás cuando seas mayor!». Entonces el capellán se había acercado y había dicho: «¡Deje, madre, que no cante! Si no entiende la canción, hace bien». «¿Por qué no se la explica?». «Sería inútil. No es cuestión de entendimiento, sino de buen gusto». El capellán la acarició y ella quedó agradecida. Las monjas llegaron a quererla porque era buena y dócil, y le metieron en la cabeza lo de consagrarse al Señor, porque les parecía un pecado que una niña tan bonita como ella se perdiese en el mundo; pero siempre había habido algo que no entendía, algo que, más tarde, llegó a entender, pero no compartió. Hasta escuchar al padre Ossorio.

Nunca había dudado que un día marcharía al convento. No importaba demorar la fecha, esperar a que las cosas se arreglasen, a que Juan no la necesitase. El padre Ossorio se había referido alguna vez a un monasterio benedictino, donde las monjas vivían una perfecta vida cristiana, una vida litúrgica profunda, guiadas por un monje famoso. El convento estaba en Alemania, y en él, unas cuantas mujeres habían aprendido a renunciar a su vida personal para vivir la vida de Cristo viviendo la vida de la Iglesia. Ella había esperado, había deseado ir allá algún día y perderse en aquella perfección. Guardaba dinero en una caja de lata escondida en un agujero de la pared — ahorros difíciles, día a día, duro a duro— con el pretexto de la dote, pero, en realidad, para pagarse el viaje. Pero no sabía dónde estaba el convento ni cómo ir. Y no era tiempo todavía, no se juzgaba suficientemente preparada. Los otros conventos, los que estaban a mano, no le apetecían. Uno de clarisas, sin salir de Galicia, de vida muy sacrificada: hambre, frío. Doña Lucía había hablado mucho de él, se lo había aconsejado. «Es el sitio mejor para que escondas tu belleza y la ofrezcas a Dios». Bueno, también ella pasaba hambre y frío sin salir de su casa y lo ofrecía al Señor, como las monjas clarisas.

La vela se iba consumiendo, las sombras del techo se hacían grandes y

temblorosas. El pabilo, flotante en la esperma derretida, se inclinó, dio un gran resplandor y se apagó. Inés cerró los ojos y se dejó dormir. Cuando Clara llamó a la puerta el viento se había calmado. Clara dijo:

—Inés, la cena.

Inés abrió los ojos y no respondió. Clara entreabrió la puerta y repitió la advertencia. Inés no se movió. Oyó los pasos de Clara, su voz en la cocina, la voz de Juan. También ella estaba en calma, como el viento, pero la cintura y las ligas le oprimían la carne. Se aflojó la falda, se quitó las medias, y poco a poco volvió a dormirse, sin inquietud, sin respuesta, pero con una gran confianza en el corazón tranquilo, porque renunciaba a querer, a entender y a preguntar, y se ponía en manos de Dios. Entró en su sueño el silencio, que pronto se llenó de luz, y en medio de la luz vio la figura del padre Ossorio, al que una sombra empujaba contra un abismo de sombras. Reconoció su cuerpo robusto, y sus manos, tendidas hacia algo, hacia alguien, como pidiendo ayuda. Ella le hubiera gritado, se hubiera acercado, pero no se atrevió, y las sombras envolvieron, arrastraron al fraile fuera de la luz, hacia el centro de las sombras. Ya no se veían más que sus manos, como las manos de un náufrago, tendidas hacia ella.

Corrió, gritó. Era un mar de sombras, un mar revuelto, horrible, y las manos del fraile, crispadas, empezaban a desaparecer, desaparecieron. Volvió a gritar.

—¿Para qué gritas? —dijo Clara, que estaba junto a ella—. Se ha ahogado.

—Eso no es la mar —respondió Inés, y miró a Clara, y se sorprendió de su ignorancia. Porque era evidente que aquel mar de sombras no era la mar, y que el padre Ossorio no se había ahogado.

—¿Qué importa? Lo has dejado perderse. Eres una cobarde.

¡Con qué desprecio la había mirado Clara! Sintió una punzada en el corazón y despertó. Silbaba otra vez el viento, más furioso que nunca, y la casa temblaba.

—¡Dios mío!

No sentía el cuerpo, ni las ropas, ni la cama en que yacía. Se creyó, un instante, flotando también en el mar de las sombras, también perdida. Braceó, y sus manos se enredaron en la manta. Palpó, entonces, su cuerpo y las ropas

del lecho. Se hizo, al mismo tiempo, una luz viva en su alma, donde todavía resonaba el insulto de Clara. Comprendió en seguida. De un salto se arrodilló y dio gracias al Señor desde su corazón. Estuvo arrodillada, alumbrada el alma por la íntima luz, hasta que sintió frío. Un reloj dio entonces las cinco. Bajó de la cama, buscó los zapatos en la oscuridad, y las cerillas encima de la mesa. Encendió una: no quedaba de la vela más que goterones de esperma fría. Fue en puntillas a la cocina, encendió el candil y regresó a su habitación. Buscó sus ropas, todas sus ropas, las dobló e hizo con ellas, con sus libros y un gran pañuelo negro un atadizo. Fue después al escondite del dinero, sacó la caja de lata y contó los billetes. Cien, doscientas..., mil, dos mil... ¡Dos mil setecientas treinta y cuatro pesetas! Aquello debía de ser una fortuna. Y recordó inmediatamente que Clara había tenido que comprar al fiado.

Echó agua en una palangana, se lavó un poco la cara, se peinó. El reloj dio la media. Una hora, todavía. Abrió su armario, vio lo que quedaba, cogió el paquete y salió. Llegó a la habitación de su madre, entró calladamente, alzó el candil por encima de la cabeza; su madre dormía entre un revoltijo de ropas sucias, despedía un hedor repugnante. Se sintió repelida, sintió frío en su corazón y asco en su garganta. Con un gran esfuerzo se aproximó y le dio un beso en la frente.

Se detuvo ante la habitación de Juan un minuto, dos minutos largos. Le vinieron lágrimas a los ojos, pero se apartó de la puerta y llegó hasta la de Clara. La golpeó sin miedo, porque estaba lejos, y nadie oiría. Volvió a golpear. Clara preguntó desde dentro, con voz oscura, quién era.

—Soy yo.

—Empuja. Está abierto.

Clara, sentada en la cama, la miró con extrañeza.

—¿Qué quieres? ¿Qué hora es?

Y antes de que Inés respondiese, añadió:

—¿Adónde vas?

Inés dejó el candil encima de la mesa y se sentó en el borde de la cama.

Clara buscaba algo con que envolverse.

—Me voy.

—Dame de ahí ese abrigo.

Se lo echó por encima de los hombros y se arrebujó.

—¿Estás loca?

—Me voy. Tengo la obligación de irme.

—Allá tú.

Inés buscaba en el rostro de Clara aquella mirada acusadora del sueño, aquella mirada que la había lastimado el alma, y en su voz, el tono de desprecio. Pero Clara, apenas espabilada, parecía triste, y su voz era dulce, un poco dolorida.

—Haz lo que quieras, pero en la casa nada ha cambiado para que te sientas obligada a irte.

—Es una obligación que me llama desde fuera. Tú no lo entenderías.

—¡Ah!

—Me voy ahora mismo, en el autobús.

—¿Adónde?

Inés no respondió.

—Nos harás saber, al menos, dónde estás. Juan...

Inés le cogió las manos.

—Espera a que sea tarde para contárselo. Lo harás, ¿verdad? No me siento con fuerzas para decirle adiós. Sé que no me perdonará.

—¿Por qué no? Esto era de esperar, un día u otro.

—Pero no así.

—¿Qué más da el modo?

Inés hurgaba en un bolso negro.

—Voy a dejaros algún dinero. Tengo más del que yo pensaba.

—Todo te hará falta. Ya nos arreglaremos.

—No, no. Toma. Para ti. Y para Juan. Repártelo entre los dos.

Contó cinco billetes y se los ofreció a Clara.

—Cien duros.

—¿Tanto?

—Tengo mucho, más de dos mil pesetas.

Clara metió los billetes debajo de la almohada.

—Tengo que llevar el paraguas —dijo Inés—, pero te lo dejaré en la estación de autobuses.

—No. Iré contigo.

Se echó fuera de la cama, se vistió el abrigo por encima del camión y se

puso unas zapatillas.

—Voy a calentarte el café. No vas a ir por ahí muerta de hambre.

—No, no. Deja.

—No es más que un segundo. Con una piña se calienta.

Cogió una caja de cerillas y salió. Inés quedó sentada en la cama. Las sábanas olían a limpias, pero estaban remendadas. Y aquella cama verde, tan bonita, no la había visto nunca.

Clara regresó en seguida.

—Ya está. Voy a vestirme mientras se calienta.

Se despojó del abrigo y del camisón y quedó, un momento, desnuda. A medio vestir, se chapuzó la cara en una palangana y se pasó un peine. Inés pensó que jamás se hubiera desnudado delante de su hermana, pero no sintió repugnancia. También el cuerpo de Clara olía a limpio.

—Ya estoy. Coge lo tuyo.

Había dos tazas y un azucarero encima de la mesa de la cocina. Clara fue al fogón, cogió el puchero y sirvió el café.

—Si quieres pan, quedó un poco de ayer.

Se sentó y bebió unos sorbos.

—Me da mucha pena que te vayas.

—No hables de eso.

—A lo mejor no vuelvo a verte. Me gustaría que no llevases mala idea de mí. Claro que no es posible, pero me gustaría.

Inés la miraba en silencio, como si no tuviera nada que responder.

—Ahora que te vas quiero decirte una cosa: ¿te acuerdas de cuando me echaste de tu cama? Tenías razón. Aquello me sirvió para sentir vergüenza de mí misma. Y no es que sea ya como es debido, porque las cosas no son fáciles; pero lo seré. Estoy segura. Quiero que te vayas convencida de eso...

Apuró el café, se limpió los labios con el dorso de la mano.

—... y de que me gustaría ser como tú. Pero eso ya sé que no es posible.

Se levantó.

—Vamos cuando quieras.

Inés llevaba el paquete; Clara, el paraguas. Atravesaron la era cogidas del brazo y en silencio. El viento las empujaba por la espalda, los zuecos chapoteaban en los charcos del camino. Cerca del pueblo, Clara dijo:

—¿Sabes? Me olvidé de que te ibas, y por un momento pensé que era una mañana como esas otras.

Sintió estremecerse el brazo de Inés.

Había gente bajo los soportales. Unos mozos cubrían de una lona la baca del autobús. Mientras Inés sacaba el billete, Clara esperó con el atadijo y el paraguas.

—Bueno. Adiós.

—Dame un beso.

La abrazó. Inés volvió la cabeza.

—Anda, no llores. Estarás mejor que en casa.

Inés se descalzó las zuecas.

—Llévate también eso. No me hará falta.

Sacó del atadijo unos zapatos y se los puso. Subió en seguida al autobús y se sentó en un asiento lejano.

—Vete ya —dijo.

—Adiós.

Clara se metió bajo los soportales, buscó una sombra y esperó. Dos hombres hablaban cerca de ella.

—Pues a mí me gusta más la beata.

—¡Ca! No hay en toda Pueblanueva hembra como la otra.

—No, no... La beata...

Añadió una grosería. Clara se apartó, se fue al extremo de la plaza. El chófer del autobús hacía sonar la bocina. Llegaron unas aldeanas retardadas.

—¡Vamos, coño! ¿O es que se os pegaron las sábanas al culo?

Se encendieron los faros e iluminaron la lluvia gruesa, pertinaz. Todo un lado de la plaza quedó brillante. Pasaban y repasaban sombras apresuradas. El coche arrancó y empezó a moverse. Los faros recorrieron las fachadas, alumbraron las piedras renegridas de la iglesia. El coche pasó por delante de Clara y dio la vuelta. Inés iba en medio de dos aldeanas, con la cabeza baja.

La estación quedaba en una gris penumbra sucia de humo y ruidosa; silbaba una locomotora y pasaban veloces los carros de los equipajes; voceaban los viajeros, los mozos, los que esperaban; y todos, al apresurarse,

la empujaban. Venía un viento helado y húmedo, un viento penetrante y sutil que la hacía temblar. Inés buscó la salida y quedó deslumbrada por la claridad.

—¿Un hotel, señorita?

—Un hotel.

—¿Taxi? ¿Quiere taxi?

—¡Ómnibus! ¡Viajeros y equipajes!

—Pensión de familia. Cinco pesetas.

—¡Apártese! ¡Parece boba!

Se apartó del barullo, de los empujones. Sentía frío y halló cobijo en un rincón soleado. Esperó. La miraba la gente, sobre todo los hombres. Alguno sonreía y volvía a mirarla.

—Oiga, por favor. ¿Dónde puedo tomar un poco de café?

El guardia la repasó con la mirada, una vez, otra: una mirada curiosa, benévola.

—Siga por ahí. Al final. Donde pone «restaurante».

—Gracias.

Se alejó. El guardia la llamó.

—Oiga, señorita.

—¿Qué? ¿Voy mal?

—Ande con cuidado.

Se acercó a ella y le habló en voz baja.

—Ponga otra cara, como las demás mujeres. Si se dan cuenta de que es una monja de paisano, se meterán con usted.

—No soy monja.

El guardia sonrió y llevó la mano a la gorra. Inés se apresuró a llegar al restaurante. Eligió una mesa apartada, pidió un café.

—Oiga.

—¿Diga? —también el camarero la había mirado con curiosidad sonriente, un sí es no es burlona.

—¿Dónde podía lavarme?

El camarero le señaló una puerta.

—Allí. Pida la llave a la cajera.

Pagó el café, lo tomó. Se sintió confortada, pero insegura. Había un espejo

cerca. Se miró discretamente y no vio nada extraño en su rostro: el pelo tirante, recogido en un moño; cansancio, sueño.

La cajera le dio la llave, pero ella no se movió.

—¿Quiere algo más?

—Sí. Quería...

Se aproximó, tímida, hasta hablarle casi al oído.

—¿Tiene usted unas tijeras? Unas tijeras grandes, que sirvan...

Miró a un lado y a otro; se acercó más.

—Voy a cortarme el pelo.

La cajera rio, pero no con maldad: parecía hacerle gracia. Inés dudó un momento sin confiarse a ella.

—Mire. Acaban de decirme que parezco una monja de paisano y que podían meterse conmigo. No soy monja. Por eso quiero quitarme el moño.

—Espere.

La cajera se levantó e hizo seña a uno del mostrador.

—¡Eh, tú! Atiende la caja. Voy a tardar un poco.

—Pues ¡sí que tiene gracia! —respondió el otro—. Cada uno está a lo suyo.

La cajera no hacía caso. Revolvía en un bolso, sacó unas tijeras y las metió en el bolsillo del delantal.

—Venga. Le ayudaré.

Abrió la puerta del lavabo, entraron, cerró por dentro.

—Así no nos molestarán. Lávese un poco la cara y siéntese ahí. ¿Cómo lo quiere? ¿Muy corto?

—No sé...

—Da pena, con ese pelo...

Le había deshecho el moño; el cabello la caía por los hombros y la espalda.

—¿No lleva otra toalla? Una que esté seca. Bueno, es igual: le pondré mi mandil. ¡Qué pelo, Dios! Y usted es muy bonita. No vendrá a Madrid a nada malo.

Inés se estremeció y bajó los ojos.

—No sé qué quiere decir.

—Perdone. ¿De dónde es? ¿Gallega?

Inés sintió el ruido de las tijeras. Ras, ras. Unas guedejas cortas le cayeron sobre el pecho, y un deseo repentino de llorar le acometió al verlas. Había guardado su cabello para ofrecerlo, en sacrificio alegre, ante un obispo y una madre abadesa, entre cánticos e incienso y con un anillo en el dedo. Había esperado llorar otras lágrimas, no aquellas tristes que se limpiaba disimuladamente, que temía verter, como si también fuesen objeto de burla.

—No. Soy de aquí, pero estuve fuera mucho tiempo.

—Ya se nota.

Ras, ras, ras. Sacudió la cabeza, más ligera.

—Tome. Guárdelo, que, en un caso de apuro, lo puede vender para una Virgen. ¡Vaya trenza que sale de ahí!

Contemplaba la mata de pelo sacrificada.

—¿Ya está?

—No como una artista, pero puede pasar.

—Gracias.

—Yo que usted, me cortaría también el flequillo. Traiga, no se mueva.

Inés cerró los ojos; la cajera volvió a cortar; esta vez con cuidado, igualando las puntas.

—Ahora, con un poco de carmín en los labios, a nadie se le ocurrirá pensar que es usted una monja.

—¡No, no! ¡Carmín, no! No tengo.

—Con mi barra. Un toquecito nada más. ¡Está preciosa! Ahora mírese.

La acercó al espejo. Inés se miró, temblando, y halló a Clara al otro lado del cristal; una Clara asustada, sorprendida.

—¿Qué? ¿No le gusta?

—Sí, sí...

Seguía mirándose. Nunca había sospechado que se pareciese tanto a su hermana, que sus miradas fueran tan iguales. Le daba miedo.

—No tiemble, mujer. Póngase más derecha. Y, en cuanto pueda, cómprese otra ropa y unas medias más finas. ¡Con lo repreciosa que es usted y el buen cuerpo que tiene! Ya me gustaría para mí, ya.

La cajera era rubia y un poco gorda. Llevaba las cejas depiladas y colorete en las mejillas. También las uñas eran de color fuerte. Y los tacones, muy altos.

—¿Tiene familia aquí?

—No.

—Pues ándese con cuidado, porque usted es de las que gustan a los hombres. No se fíe de nadie.

—¿Le... tengo que pagar algo?

La cajera le dio una palmada en la espalda.

—¡Ande, mujer! Hoy por usted y mañana por mí. Estamos en el mundo para ayudarnos.

—Gracias.

—Y si se ve en algún apuro, venga a buscarme. En casa somos muchos, pero... ¿Sabe hacer algo?

—Modista. Pero no hará falta. No... creo.

—No vuelva al café. Salga por esa puerta.

Inés buscó en un bolsillo. Tendió un papel a la cajera.

—¿Quiere decirme dónde está esto?

La cajera leyó: «Pensión Herminia, Corredera Baja, 27».

—Lo mejor será que coja el metro hasta Santo Domingo y que pregunte allí. Queda cerca. ¿Sabe ir en metro?

—Sí, creo que sí.

—Pregunte a un guardia, ¿eh?

Quedó en la puerta, viendo cómo Inés se alejaba.

—Podía ser la reina de Madrid...

Inés se metió en el metro. Iba casi vacío. Cambió en Ópera; se confundió y cogió el tren descendente en vez del ascendente. Tuvo que volver atrás. Los hombres la miraban, pero sin sonreír. La miraban con curiosidad y codicia.

En Santo Domingo se dirigió al guardia, escuchó la información.

—¿Se equivocará?

—No, no. Ya estoy segura.

—En todo caso, vuelva a preguntar en la Gran Vía.

Llegó a la Corredera Baja, 27. La Pensión Herminia, dijo la portera, estaba en el segundo izquierda y tenía un anejo en el 29, cuarto. A lo mejor, la persona por quien preguntaba vivía en el anejo.

—¿No lo ha visto usted entrar o salir? Un hombre alto, joven...

—¿Cómo viste?

—No sé...

—¡Entra y sale tanta gente...! Suba y pregunte.

Los peldaños de la escalera eran bajos, de baldosa roja, muy desvaída, y terminaban en rebordes de madera gastada. Olía a guiso.

—¿La Pensión Herminia?

—Eso es en el segundo.

—Pero...

—Este es el principal, señorita. Dos pisos más arriba.

Le cerraron la puerta de golpe. Siguió subiendo. En el segundo izquierda había un rótulo de porcelana, roto, en que se leía:

NSIÓN HERM

Llamó. Abrió una criada vieja, desgredada.

—Quería una habitación.

La criada la miró y remiró.

—Espere.

Desapareció en el fondo de un pasillo oscuro. Inés buscó dónde sentarse; no había sillas. Se arrimó a una esquina, junto a un perchero con espejo. La criada no regresaba. Se miró, ensayó ante el espejo una sonrisa. Olía a coles cocidas y, en el fondo de la casa, unos niños armaban jarana.

Se oyeron pasos. Inés se irguió, sonrió. Los pasos se alejaron. Volvió a esperar, a encogerse. En la pared del pasillo había un cuadro, y más allá, otro. El pasillo estaba cubierto por una estera de cáñamo, roída por los bordes, y en el vestíbulo había otra estera, cuadrada, algo más nueva. Sus pies estaban mitad dentro, mitad fuera. El tacón del pie derecho caía encima de una baldosa rota, que se movía según se movía ella.

—¿Qué deseaba?

La señora había aparecido por la izquierda, silenciosamente, quizá levantando una cortina que, hasta entonces, no había visto: una cortina de tela amarilla y roja, como la de los colchones, pero con algo brillante bordado en las franjas coloradas.

—Una habitación. Me envía...

—¿Quién la envía?

—Don Carlos Deza. Es mi primo.

—¿También a usted? ¿Trae una carta?

—No. No traigo ninguna carta. Pero me dio la dirección. Véala. Escrita por él.

La señora cogió el papel y, para leerlo, encendió una bombilla eléctrica. Se encogió de hombros.

—No tengo habitación. Además, no quiero líos.

—¿Líos? ¿Qué quiere decir?

—Usted me entiende. Ayer, un cura; hoy, una monja. Porque usted es monja, no hay más que verla, aunque se pinte los labios. Estamos en la República. Si ustedes no están conformes, allá ustedes; pero en mi casa no quiero líos. Váyase. Nunca he tenido cuentas con la Policía.

—Señora, yo... —le temblaba la voz.

—No me diga nada. Hay muchas pensiones en Madrid. Apunte, si gusta, el teléfono, y si quiere hablar al cura, llámelo. Pero, en mi casa, conciliábulos, no. Perdóneme.

Abrió la puerta y empujó a Inés hacia la salida.

—Perdóneme, hermana —repitió—: pero todos tenemos que vivir.

Cerró la puerta. Inés sintió el ruido de la mirilla al correrse y adivinó unos ojos que la contemplaban. Bajó las escaleras y volvió a la portería.

—¿Qué? ¿No es ahí?

—No sé. ¿Quiere usted...?

La portera la miraba con desconfianza.

—¿En qué puedo servirla?

—Este paquete. ¿Quiere usted guardármelo? Tiene ropa, mírelo: nada más que ropa, y un par de libros, y cosas de esas. Mírelo, hágame el favor.

Deshizo el nudo del pañuelo y lo abrió. Cayeron al suelo las Sagradas Escrituras. La portera recogió el libro y leyó el lomo.

—¡Ah! ¿Es usted protestante? ¿De las que venden esto?

—Sí, sí, señora. Pero ahora no vendo nada. No hago daño a nadie.

—Quiero que usted me lo guarde hasta que encuentre posada.

La portera le ayudó a atar el pañuelo.

—Bueno. Lo pondré ahí.

Inés sacó del bolsillo dos pesetas de plata.

—Tome.

—Gracias.

La portera sonrió y señaló al bolsillo.

—Si lleva ahí el dinero, la dejarán sin un céntimo. Ande con ojo.

Salió a la calle y se metió en el primer café que encontró. Pidió un vaso de leche. Desde la ventana se veía, un poco de refilón, el portal del 27. Preguntó la hora al camarero.

—Las once y media.

El camarero la miraba con descaro: fue al mostrador y comentó algo con otro camarero. Inés volvió la cabeza, fingió interesarse en algo de la calle, pero se sabía mirada.

—¡Cerillas! ¿Quiere cerillas?

La mujer gorda, basta, le ofrecía algo de una cajita. Después vino un limpiabotas, y luego, un chino que vendía collares y chucherías. Dijo que no, pero lo llamó.

—Sí. Deme un collar de esos. Y unos pendientes. ¿Lleva también pendientes?

Eligió unos, pequeños, discretos, con una perla falsa, y un collarcito. Se los puso, pagó la consumición y salió a la calle. Se orientó en Callao. Un poco más abajo —recordaba— había una tienda de ropas hechas. La encontró fácilmente. Un dependiente le preguntó qué deseaba, y ella respondió con firmeza:

—Prefiero entenderme con una señorita.

—Perdone. En el primer piso. Suba por allí.

Las señoritas del primer piso cuchichearon al verla. Se dirigió a una de ellas.

—Quiero alguna ropa. Una falda y una chaqueta de punto. Quizá algo más.

Rechazó lo primero que le trajeron. Explicó claramente lo que deseaba y la calidad. La dependienta volvió con un montón de cajas: sacó faldas y chaquetas. Inés escogió una falda negra y una chaqueta encarnada, de botones.

—Y una blusa camiseta, blanca, de batista.

—Muy bien.

La blusa que escogió Inés era cerrada. La dependienta dijo:

—También las hay escotadas.

—No. La quiero así. ¿Podría ponerme esto?

—Sí. Acompáñeme.

La metió en un probador, con espejos en todas las paredes.

—La ayudaré, ¿verdad?

—Sí. Gracias.

Dejó el abrigo en una percha. Al quitarse el traje, la dependienta se echó a reír.

—¿Cómo puede usted llevar eso? —tocó la ropa interior de Inés—. Lastima la piel. Parece ropa de monja. ¡Mírese!

Reía con ganas, con maldad. Su dedo índice señalaba, en el espejo, las bragas de Inés, largas hasta la rodilla.

—No puede usted andar con eso. Es ridículo. ¿Quiere que le traiga ropa interior?

Salió sin esperar respuesta. Inés se puso el abrigo y se sentó temblando. No se atrevía a mirarse y no entendía por qué la dependienta se había reído.

—Ahí tiene de todo. Es de buena calidad. Mírelo. También le traje medias. ¡Vamos, quítese eso!

Le daba reparo pedirle que saliese, que no se atrevía a desnudarse en su presencia.

—También necesitaré guantes. Los quiero negros, de cabritilla.

—Sí.

Inés echó el cerrojo a la puerta. Oyó, fuera, las carcajadas de las dependientas. Empezó a desnudarse velozmente, sin mirar a los espejos donde su cuerpo, fuertemente iluminado, se multiplicaba. Cuando la dependienta regresó, la halló vestida.

—Muy bien. Es usted otra.

Había quedado una prenda extraña, color de rosa, encima de la silla.

—¿Y esto? ¿No lo quiere?

—No. No me hace falta.

—Ya se la hará, descuide. Los pechos no están duros eternamente.

—Si me hiciera usted un paquete con esas cosas...

Mientras Inés se ponía el abrigo, la dependienta recogió la ropa desechada y abrió la puerta.

—Son ciento setenta y siete pesetas. Allí, en la caja.

Al darle el paquete le dijo:

—No hace falta que lo quemé. Cuando pase por un solar, échelo por encima de la valla.

«No soy yo, es Clara», pensaba; y no se atrevía a mirarse en ningún escaparate por miedo a encontrar la imagen de su hermana. Se sentía como metida en un disfraz. Y hasta su cuerpo, envuelto en aquellas suavidades, le parecía nuevo, se removía sin su voluntad y aun contra ella, buscaba la caricia suave de la seda.

Entró en la Telefónica, buscó en la guía el número de la Pensión Herminia, preguntó por don Ossorio.

—¿Cómo?

—Don Ossorio.

—Aquí no hay nadie que se llame así.

—¡Un señor que parece un cura!

—¡Ah! Sí. Espere.

Al cabo de un rato:

—No está. Llame usted más tarde, a la hora de comer.

Iba a ser la una. Volvió a la Corredera, a la misma ventana del mismo café. Se sentó de frente a la vidriera, de modo que veía a cualquiera que pasara, a cualquiera que entrase en el portal del 27. El camarero le preguntó, chungón, si quería otro vaso de leche, y ella respondió que sí.

—También tenemos vino, cerveza, gambas al ajillo, riñones, boquerones fritos y en vinagre...

—¿Es usted imbécil?

Se sorprendió de la salida, estuvo a punto de pedir perdón al camarero, que se había puesto serio y que pedía, ahora, en voz alta, un vaso de leche caliente. Y pensó en seguida que así se hubiera portado Clara. Al recordarla se cerró el abrigo, lo apretó bien contra el cuello para ocultarse la blusa de batista y el collar de perlas falsas. Enrojeció al sentirse otra vez mirada, inspeccionada, por el camarero. Escondió, como pudo, las piernas bajo la falda. Las piernas, con aquellas medias color carne, que tampoco le parecían suyas. El camarero, sin chistar, dejó la leche encima de la mesa, recogió el dinero y le dio la vuelta. Ella se la guardó entera, y el camarero entonces dijo:

—Está prohibida la propina.

Supuso que la seguirían mirando, que algunas de aquellas risas sofocadas o descaradas eran por ella y que alguna mujer a quien no veía se reía también. Bueno. Llegó a desentenderse, a olvidarse. Su mirada buscaba entre los transeúntes una figura, no sabía cuál. Y recordaba a Clara, insistentemente, temerosamente, como si, al parecerse a ella, temiese ser poseída por ella, obligada a portarse como ella.

Pasó mucho tiempo. Empezaba a fatigarse, se le cerraban los ojos de sueño. Un desfallecimiento interior le nacía en el corazón, un deseo cobarde de renunciar, de abandonarse, de regresar a su casa, de esconderse. Clara le diría:

—¿Te has cortado el pelo? ¿Es que piensas casarte?

Sin embargo, en su lugar, Clara no renunciaría. Clara no temía las miradas de los hombres, sabría hacerles frente con desvergüenza. Tenía siempre en los labios palabras atrevidas. No se recogía, cobarde, en sí misma. Atacaba. Y ella, ahora, se parecía a Clara. Vestía como ella, tenía el mismo rostro, y los pechos le abultaban, bajo la blusa, como los pechos de Clara.

Volvió a sentir vergüenza, a acobardarse.

—¡Dios mío!

Renunciar, volver atrás, era pecado. Dios no le allanaba el camino, le ofrecía dificultades para que las superase, para que su voluntad se templase en la victoria. Tenía que hacer un esfuerzo, recobrar su decisión, su energía. Jamás había sido débil. ¿Por qué temblaba ahora? La cobardía no venía de Dios, sino del diablo. Era el diablo quien nutría su alma de escrúpulos, de timideces.

Llevó la mano al pecho, se hizo una cruz encima del corazón y salió del café, anduvo un rato por la calle y se metió en un portal frente al 27. No apareció portera que interrogase. Al poco rato vio venir a un hombre alto, de boina y gabardina, con la cabeza baja, que se movía con torpeza. No le veía bien la cara, pero atravesó la calle y se paró junto al portal del 27. El hombre se acercó, sin mirarla. Iba metido en sí, parecía triste.

—Padre Ossorio.

Lo dijo susurrando, como un suspiro. El padre Ossorio levantó la cabeza y la miró extrañado, confuso.

—Padre Ossorio, siga usted, no entre en su casa. Yo iré detrás. Tengo que

hablarle.

—Pero ¿quién es usted?

—Siga, se lo ruego. Métase en el primer bar. Yo entraré detrás de usted. O, si no, yo iré delante.

Echó a andar, sin volver la cabeza, segura de que el fraile la seguía; más tranquila, porque sabía que la mirada del fraile era de otra naturaleza.

Entró en un bar, fue derecha a una mesa arrinconada y se sentó. Vio al fraile en la puerta, indeciso. Dudó si hacerle una seña. El fraile entró y la buscó con la mirada. Se acercó a la mesa, se inclinó.

—¿Qué me quiere? ¿Quién es usted? No puedo sentarme. No tengo dinero.

—No importa. Lo tengo yo. Y no desconfíe: no soy lo que parezco.

El fraile vacilaba.

—Siéntese. Es necesario.

Todos sus temores habían desaparecido. Al saberse mirada por el padre Ossorio, se sentía rescatada del parecido con Clara y reintegrada a sí misma. Inclina la cabeza y miraba con humildad.

Se quitó los guantes. Pidió al camarero dos cervezas.

—Por Dios, esté usted natural. En la pensión saben que es usted sacerdote, y a mí me han tomado por una monja. Por eso me he disfrazado.

Alzó la cabeza. El fraile se había quitado la boina, había descubierto la cabeza rapada, desaliñada. Inés hizo un esfuerzo para imaginar la tonsura, olvidar el traje negro, la corbata torpemente anudada, el aire vencido del padre Ossorio.

—¿No imagina quién soy?

—Sí. Ahora empiezo a darme cuenta. ¿Por qué ha venido?

—Tengo que rescatarle.

El padre Ossorio movió la cabeza.

—Váyase.

Les colocaron delante las cervezas. Inés bebió un sorbo. Le repugnó. El fraile apuró la suya.

—Estoy decidido a no volver. ¿No lo comprende? He salido del monasterio para siempre. Es inútil cuanto diga.

—No puede usted abandonarme.

—¿A usted? ¿Por qué a usted? No la conozco, no hemos hablado nunca. No

tiene usted derecho...

Inés sonrió.

—Perdóneme si le traté con brusquedad. Tenemos que hablar largamente.

Y aquí...

Miró alrededor; luego levantó los ojos hasta él, interrogantes.

—No puedo llevarla a mi pensión. Usted misma ha dicho que saben que soy cura.

—Pues vístase de cura y escúcheme en un confesonario.

—Jamás.

—Tiene usted que atenderme. ¿No comprende que también yo he huido de mi casa para esto?

—Eso es cosa suya.

—Usted es responsable de mí delante del Señor.

—¿Yo? ¿Por qué? No tengo nada que ver en esto. Váyase. He dejado de ser sacerdote.

Inés puso las manos sobre la mesa, las enlazó sosegadamente.

—... *in aeternum*, usted lo sabe como yo, mejor que yo. Y usted sabe también que está peleando contra el diablo. Yo vengo en su ayuda, le venceremos.

Al padre Ossorio se le endureció el rostro y la miró con ira.

—Pero ¿no comprende que no quiero?

—No puedo discutirle aquí, en este lugar. Usted llama la atención así vestido. Tiene que hacer lo que yo hice: disfrazarse más todavía, parecer un hombre de esos. Está ridículo con ese traje raquíptico y con ese pelo cortado a tijeretazos.

—Ya le dije que no tengo dinero.

—Yo lo tengo, mucho.

Sacó del bolso trescientas pesetas.

—Ahí tiene. No lo rechace. Es necesario. Y, ahora, váyase. Volveremos a vernos esta tarde...

—No. No pierda el tiempo. Quédese con su dinero.

Inés cerró los puños y apretó los dientes.

—Pero ¿no ve que el diablo le domina? ¡Ayúdeme usted contra el diablo!

Empujó hacia él los billetes.

—Hay una iglesia aquí cerca, en la calle del Carmen. Le espero a las siete en la puerta. Rezaré para que Dios nos ayude.

Se levantó y se inclinó un poco, sonriente.

—Perdone mi dureza. No va contra usted. Usted es mi hermano en Jesucristo, y le amo en caridad.

El comedor de la Pensión Herminia tenía, de lado, quince losetas rojas y otras quince blancas. Cada loseta medía veinte centímetros. Las rojas blanqueaban ya, y las blancas negreaban. En el centro de la habitación colgaba una lámpara de varillaje dorado, sucio de las moscas, con una pantalla central flecada de abalorios, y cuatro tulipas verdes orientadas a las cuatro esquinas, a las cuatro mesas del comedor y a los cuatropuntos cardinales. Uno de los testers se adornaba de un cromo de tamaño medio, con marco: el cromo representaba una mujer bonita de mirada turbadora, moño derribado sobre el cogote y una copa de jerez en la mano. Poniéndose debajo de la lámpara y mirando al cromo, la puerta de la derecha conducía al pasillo, y la de la izquierda, a la cocina. Frente al cromo, en la pared opuesta, una ventana con visillos y cortinas de cretona abría a un patio interior sus hojas desvencijadas.

El padre Ossorio se sentó a comer en la mesa de la derecha del cromo. La patrona le había señalado aquel sitio por ser el único teóricamente vacante. Todos los demás los ocupaban alumnos de diversas Facultades, si no es el opuesto al del padre Ossorio, que era el de honor y se lo reservaba la patrona para sí, cuando comía con sus pupilos, o para algún huésped transitorio venido de su pueblo. Como solía estar vacío, los estudiantes decían a la criada:

—Matilde, pon vino al comendador —aunque en la Pensión Herminia no se bebiese vino.

El estudiante de la corbata de lazo era siempre el último en llegar, y mientras no llegaba la cosa se mantenía en relativa paz. El estudiante de la corbata de lazo era un tipo larguirucho, ligeramente picado de viruelas, con unos ojillos saltones. Cursaba el doctorado de medicina y se llamaba Páez.

El padre Ossorio vino tarde, aunque no tanto que hubiera llegado ya el de la corbata de lazo. Pidió perdón a la criada, y esta le preguntó que por qué le pedía perdón. Le sirvieron un plato de judías pintas con chorizo. Estaba

terminándolas cuando entró el de la corbata de lazo. Dijo en voz alta: «¡Salud y República!», o algo así, y miró con sorna al fraile. El fraile inclinó la cabeza y se aplicó a rebanar su plato. El estudiante de la corbata de lazo ocupó su puesto y dijo a la criada que estaba guapa aquella mañana.

—La relativa libertad de prensa de que gozamos en esta República de carcas —dijo— tiene sus puertas falsas. Acabo de encontrar un precioso folleto, probablemente clandestino, que ofrezco a la curiosidad de ustedes.

Lo arrojó al aire, dirigido a la mesa del padre Ossorio. Quedó entre el jarro del agua y un trozo de pan. El estudiante que comía a la derecha, y que preparaba notariás, lo cogió y leyó en voz alta el título:

—«El presbítero. Su vida, costumbres y modo de cazarlo».

Todos rieron.

—Es un folleto muy útil, cuya adquisición les recomiendo —continuó el de la corbata de lazo—. Gil Robles será derrotado en las próximas elecciones, y entonces tendremos ocasión de entregarnos a nuestro deporte nacional favorito sin que lo estorbe la Policía. Porque, señores —volvía la cabeza para mirar al padre Ossorio—, nuestro deporte nacional es, desde hace un siglo, la caza del presbítero. Quien lo dude que consulte la historia, y se enterará de que el pueblo caza curas desde que los curas traicionaron al pueblo y se pasaron a las clases pudientes.

Alguien le preguntó si constituía una especialidad de los españoles o si algún otro país la practicaba.

—En esto pasa como con los toros. Los toros son nuestra fiesta nacional, pero en algunos puntos de Europa y de América nos han salido imitadores. La caza del presbítero no es de invención española, sino que, como muchas otras cosas castizas, fue descubierta en Francia y practicada en gran escala durante la Revolución francesa, si bien aquellos caballeros lo hicieron por razones ideológicas, no por instinto de justicia; pero hoy día puede decirse que constituye un monopolio español y de algunos países hispanoamericanos.

—¿Y Rusia? ¿No se practica en Rusia?

—En Rusia el presbítero es una especie a extinguir. Las grandes hambres que siguieron a la Revolución obligaron al consumo de carne humana, y se prefirió la del presbítero y similares por su delicadeza y sabor dulce. Claro está que en los museos quedan algunos disecados. Y hay sospechas de que en

ciertos lugares del Cáucaso se esconden los últimos ejemplares vivos, como la cabra hispánica en la Sierra de Gredos.

La criada empezó a servir un guiso de bacalao y dijo al estudiante de la corbata de lazo que por qué no se callaba.

—¿Y la libertad de expresión, Matilde? ¿Qué hacemos de ella? Hay que ejercer los derechos fundamentales, si no queremos que caigan en desuso y nos los arrebaten por anticuados.

—Pues no se meta con nadie.

El estudiante se puso en pie.

—¿Me meto yo con alguien? ¿Alguno de los presentes se siente aludido por mis palabras? ¿Te has sentido aludido tú, Salazar, que has estudiado para cura?

—No —respondió Salazar.

—El señor Salazar no se siente aludido, aunque estuvo en un seminario; es decir, en un vivero de presbíteros. Y usted, señor, ¿se siente aludido?

Miraba al padre Ossorio. Todos volvieron la cara hacia él. El padre Ossorio hizo un esfuerzo y aguantó las miradas.

—No.

—¿Lo ve, Matilde? Aquí no hay presbíteros. Ni siquiera ese señor es presbítero. Luego, no me he metido con nadie de los presentes. Ahora bien: si la conversación no le divierte, podemos cambiar de tema. ¿Habéis visto las putas nuevas llegadas al palacio de madame Petit? Ya sabéis dónde digo, en la calle de San Marcos... Una de ellas, Marcelle, que confiesa veintiséis años a efectos policíacos, pero que, para mí, no ha cumplido los veinte, es de lo más perfecto que ha producido Francia en ese ramo de la industria. Anoche fundí en su consoladora compañía el dinero del mes, y os aseguro que no he gastado en mi vida dinero mejor gozado.

Empezó a describir las excelencias y artimañas de Marcelle. El padre Ossorio enrojeció, hubiera querido cerrar los oídos. Le daba miedo levantarse antes de terminar: lo había hecho la noche anterior y le habían despedido con chacotas. Pero las palabras del estudiante le entraban en el alma, la removían, suscitaban en ella imágenes inciertas, desconocidas, turbadoras, que le avergonzaban y le asqueaban.

El estudiante de la izquierda vio el temblor de sus manos, que no atinaban

con el trozo de bacalao; se levantó, habló al oído al de la corbata de lazo. Siguieron risas, cuchicheos; pero las hazañas de Marcelle pasaron a ser relatadas en voz apenas perceptible.

El padre Ossorio osó mirar a su vecino y darle las gracias con la mirada.

No quiso la mandarina que le traían de postre. Se levantó, dijo «¡Buenas tardes!» y «¡Buen provecho!» y se metió en su cuarto. Desde él pudo oír la discusión alborotada de los estudiantes.

—¡Te digo que no hay derecho!

—Pues si le da vergüenza, ¡que se vaya!

—Estamos en un país libre. ¿No lo dices todos los días?

—¡Libre, pero sin curas!

—¡Aunque solo sea por buena educación! Y te lo digo yo, que no soy sospechoso.

El padre Ossorio se sentó en el borde de la cama. Poco a poco bajaron de tono los estudiantes. Se les oyó salir del comedor y meterse en sus cuartos.

Aquella rabia de su corazón, aquel deseo furioso de abofetearlos, de patearles las costillas, aquel dolor de no poder hacerlo, de no atreverse, le habían encendido la sangre; el sentimiento de su impotencia le hacía llorar. Se veía a sí mismo abofeteado y pateado, se sentía insultado y escarnecido, y se avergonzaba de su paciencia, de su resignación aparente. Hubiera estrujado entre sus brazos al de la corbata de lazo; lo hubiera hecho fácilmente, porque era más hombre que él; hubiera hecho frente a todo... ¿Por qué no se había atrevido? ¿Por qué no se atrevería jamás a hacerlo? Su condición le ataba, le oprimía. Bastaba una sonrisa, bastaba la sospecha de que le hubiesen reconocido para acobardarse, para achicarse. «¡Eres cura, cura, cura!».

Cuando estuvo la casa en silencio, marchó a la calle. Hacía frío. Se subió el cuello de la gabardina y fue hacia la Gran Vía. Era temprano, las tiendas no habían abierto. Pasó frente a una iglesia y sintió disgusto de mirarla. En la Puerta del Sol compró un periódico y se metió en un café. Durante más de media hora se disimuló tras el periódico.

Guardaba en el bolsillo las trescientas pesetas de Inés. Había decidido devolvérselas. Pero, al entrar en el café, se miró en un espejo con ojos nuevos y le dio lástima de sí mismo. No solo era ridículo en aspecto, sino penoso: el de un hombre frustrado, vencido.

La tienda de ropas hechas quedaba cerca, y un peluquero lo encontraría en cualquier parte.

Tenía que ir aquella tarde a una editorial. A otra editorial más. Había recorrido cuatro o cinco. Ninguna necesitaba traductores de alemán.

—También sé ruso. Conozco el ruso moderno y el antiguo.

Entonces le habían dicho que en tal parte quizá pudiera interesar. Y al decírselo se habían reído.

—Se ríen porque me toman por un traidor que se avergüenza de lo que es. Si vistiera mis hábitos, acaso me despreciasen, pero no se reirían.

Un hombre que estaba a su lado le preguntó:

—¿Decía algo?

—No, nada.

—Perdone. Creí que decía algo. ¿Quiere un pitillo?

No se atrevió a rechazarlo.

El hombre le dio también fuego y empezó a contarle que estaba en Madrid porque tenía un pleito con un vecino por las lindes de unas tierras, y que el otro lo había perdido en la Territorial y ahora lo traía al Supremo.

—Y usted, ¿qué hace aquí?

—Busco trabajo.

—¡Ah, trabajo! Eso está muy mal ahora.

En el campo, claro; en la ciudad no sabía, aunque, a juzgar por lo que se movía la gente, todo el mundo debía trabajar.

El padre Ossorio se encontraba más tranquilo junto a aquel paleta que no le había mirado con desconfianza o burla, que no se había sonreído, que no aludía para nada al clero.

—Deje, no se preocupe. Yo pagaré el café. Y si quiere venir mañana, estaré aquí. Mi pensión está muy cerca.

—¿Es muy cara?

—Cinco pesetas. Vino aparte.

—¿Usted cree que encontraré habitación? No estoy contento en la mía.

—No sé. Puede ir a preguntar. Carretas, siete. Diga que va de mi parte, de parte de Vicente Serrano. Vicente Serrano es un servidor.

—Iré. Seguramente iré. Gracias por todo.

Buscó una peluquería y se afeitó. El peluquero le aconsejó rapar la cabeza,

porque de otra manera no se podía remediar aquel desastre. Pelado y rasurado, se vio al espejo que le ofrecían, y halló en su rostro, en su cabeza, algo de oriental, de mongólico. Resaltaban los pómulos anchos, la forma triangular del rostro. En Alemania, en la universidad, había conocido a un ucraniano con la cara así, un sujeto siempre rapado, que no usaba camisa, sino un jersey de cuello alto, y que vestía todo de negro, sin tener por ello aspecto clerical, sino más bien militar, con algo de diabólico. Era un hombre silencioso, al que todos respetaban no sabían por qué. Claro está que el ucraniano solía llevar un vidrio en el ojo derecho y andaba muy erguido, sacando el pecho.

Halló fácilmente la tienda de ropas hechas. El dependiente le escuchó con amabilidad, le llevó al probador, le aconsejó este traje, y no otro; este jersey, esta trinchera. Mientras le ayudaba, le preguntó si era extranjero, y el padre Ossorio le dijo que no, pero que había pasado en Alemania mucho tiempo.

—¿Piensa usted seguir llevando sandalias? Hace bastante frío.

—No se preocupe. Estoy acostumbrado.

—Bueno. Mírese usted.

¡Lo que podía un traje nuevo, planchado! No era el mismo, aunque todavía le faltase mucho para conseguir el aire del ucraniano, pero eso era seguramente cosa de la mirada.

—Bien. Está bien.

—Escúcheme. Aquí la boina se pone un poco de lado.

Era asombroso cómo, con solo inclinar la boina sobre la oreja, perdía el rostro la expresión bobalicona, aldeana, y adquiría, al menos, una cierta listeza.

—Gracias por todo.

Llevaba las ropas viejas en un paquete bien hecho. Podía dejarlo en cualquier parte. Entró en el café de la Puerta del Sol y pidió que se lo guardasen. Vicente Serrano continuaba en el mismo sitio y había pegado la hebra con una mujer opulenta. Pasó delante de él y no fue reconocido. O acaso se hallase demasiado entretenido con la morena.

—¿Calle de Víctor Hugo? Sí. Vaya usted...

Había ascensor. La editorial estaba en el último piso. Le recibió una señorita, le hizo pasar a un salón algo destartado, con chimenea, varias

mesas, muchos papeles, muchos periódicos, muchos libros, todo revuelto. No había nadie.

—¿A quién quiere hablar?

—Me han dicho que aquí necesitan traductores de ruso.

—Espere.

Le indicó un asiento y salió. El padre Ossorio hojeó algunos periódicos. Los había austriacos, franceses y alguno en alemán, publicado fuera de Alemania. Se aplicó a leerlo, porque, en la primera página, se acusaba al nazismo, en grandes titulares, de asesinar judíos. Recordó que en Alemania había oído hablar de los nazis; no recordaba bien lo que eran.

Se abrió una puerta, y entró un señor vestido de gris, de mediana edad, de mirada fría y profunda. Le indicó con un gesto que no se levantase y le tendió la mano.

—¿Conque sabe usted ruso?

—Sí. Ruso antiguo y moderno.

—¿Filólogo?

—No. Filosofía...

—¡Ah! Filosofía. ¿Estudió aquí?

—En Alemania.

—¿Y viene ahora de allí?

—Estoy en España hace dos años.

—¿Aquí, en Madrid?

—En Galicia. Un sitio que se llama Pueblanueva.

—¿Es usted comunista?

—No.

—¿Socialista, al menos?

—No.

—¿Conoce la naturaleza de esta editorial?

—No.

El hombre se levantó, se acercó a un armario, lo abrió y revolvió entre unos papeles. Sacó un folleto y se lo tendió al padre Ossorio.

—¿Es usted capaz de traducir eso? Quiero decir ahora mismo, de viva voz.

—No sé.

—Pruebe. Ábralo al azar.

Lo hizo. Empezó a traducir. Primero, con lentitud; luego, con normalidad, conforme leía.

—Aquí hay una palabra que desconozco.

—No importa. Siga.

Le escuchó un par de minutos más. Mientras le escuchaba, examinó con interés calmoso su cabeza, sus manos.

—Basta. Veo que conoce el ruso moderno perfectamente. ¿Se ha dado cuenta del contenido de ese folleto?

—Propaganda atea. ¿Tengo que traducirlo?

—¡No! Al menos de momento. El Gobierno español no ve con buenos ojos esa clase de publicaciones, y los señores que nos suministran el papel, tampoco. Los señores que nos suministran el papel, no digo gratis, pero sí con grandes facilidades de pago, son partidarios del Gobierno y buenos cristianos, pero necesitan dar salida al papel, y las editoriales pías o neutras no dan abasto. Su condición de negociantes les permite proteger a una editorial que publica novelas, digamos de la Rusia actual, pero nos retirarían toda protección si nos atreviésemos a publicar un solo libro de teoría comunista, y no digamos de propaganda atea. Quizá más adelante, si las circunstancias políticas cambian, cambien también las exigencias morales de su conciencia y se hagan más tolerantes con el ateísmo; pero, de momento, hay que atenerse a la realidad. *Nosotros* somos realistas.

Hizo una pausa, dejó el folleto encima de una mesa.

—¿Cómo se llama usted?

—Rafael Salgueiro.

—¿Ha hecho estudios de filosofía? ¿Dónde?

—En Bonn y en Berlín.

—Entonces hablará bien el alemán.

—Y el francés. Conozco también el latín y el griego.

El hombre volvió a mirarle fijamente. Sonrió.

—Lo que se dice una formación eclesiástica.

El padre Ossorio aguantó la mirada.

—Exactamente.

—¿Cura o fraile?

—Fraile.

—¿Y ha abandonado la Iglesia?

—Sí.

—¿Una mujer?

—No.

—Mejor. La pasión amorosa es algo condenado a apaciguarse, a morir, y suele dejar un vacío que ocupan en seguida los remordimientos. Las razones ideológicas son mucho más firmes. Una discrepancia teológica o disciplinaria suele ser de gran utilidad. Entre nosotros pasa lo mismo.

Le tendió la mano.

—Me llamo García. Venga a verme la semana próxima. Seguramente encontraré algo para usted.

El padre Ossorio dijo con voz anhelante:

—Necesito trabajar.

—¡Trabjará, hombre, no pase cuidado! Hay pocos españoles que sepan bien el ruso, y usted lo sabe estupendamente. Vuelva a verme. Mientras tanto —añadió— voy a darle un consejo: si le detiene la Policía, diga usted la verdad: quién es, de dónde viene, cuándo ha llegado. De lo contrario, podría verse en un lío.

—¿La Policía? ¿Por qué?

—¡Tiene usted todo el aire de un anarquista profesional! —rio francamente—. ¿Ha leído a Bakunin?

—No.

—Pues si quiere vivir a cuenta de la FAI, váyase al Ateneo, lea a los clásicos del anarquismo e invéntese una historia de perseguido internacional. Lo pasará en grande.

Volvió a reír y dio al padre Ossorio unas palmadas en el hombro.

—Pero ya debe saberlo: el anarquismo es cosa muerta. ¡El porvenir es nuestro!

Entrar en un bar de la Gran Vía, sentarse en una mesa céntrica, pedir café y tomarlo sin prisa, y demorarse después un largo rato, mirándolo todo y no asombrándose de nada, constituyó la última prueba a que, voluntariamente, se

había sometido Inés. De la anterior, entrar en un restaurante y almorzar en él sin llamar la atención de nadie, había salido relativamente airosa, porque no había podido evitar que unos estudiantes la piropeasen, y, en vez de portarse con naturalidad, había enrojecido, había apresurado el paso, había tropezado y provocado la risa de los piropeantes. Pero sacó, al menos, la enseñanza de que en cualquier momento podrían repetirse los piropos, de que debía estar apercebida y aprender a escucharlos con indiferencia.

Nadie le dijo nada en el café. Algunos hombres la miraron, insistentes, como miraban a otras mujeres. Se atrevió a quitarse el abrigo, y entonces advirtió que sus pechos, desceñidos, se movían. Lamentó haber rechazado, aquella mañana, los sostenes y se prometió a sí misma comprar unos en la primera ocasión, si su estancia en Madrid se dilataba y se veía obligada a callejear. Cuando pagó el café, preguntó al camarero si era costumbre dar propina y cuánto. El camarero le dijo que diez o quince céntimos. Se los dio.

Eran las cuatro. Todavía hubo de esperar unos minutos a la puerta de la sacristía del Carmen a que el sacristán abriese, y un rato más a que llegase un cura. Hacía frío en aquella vasta penumbra, donde el sacristán renqueaba y hablaba solo, y ni siquiera la invitaba a sentarse. Descubrió, en un rincón, un brasero, y allí se estuvo hasta que vino el cura y la mandó acercarse. Le preguntó si venía a confesarse o si quería otra cosa. Ella dijo que había llegado aquella mañana de Galicia, que carecía de alojamiento y que deseaba que la encaminasen a una pensión decente que no fuese muy cara. El cura, entonces, la miró con desconfianza y empezó a hacerle preguntas: que a qué venía a Madrid, que quién era, que si traía dinero. Ella respondió que venía a buscar a un hermano suyo que se hallaba en un mal trance; que su padre era el conde de X, ya fallecido, y que traía dinero suficiente. El cura pareció más tranquilo; la invitó a sentarse y le dijo que vería de ayudarla, y que esperase mientras él hacía algunas diligencias urgentes. Se sentó ante una mesa, hizo que escribía y, mientras lo hacía, siguió hablando con Inés y haciéndole preguntas indirectas. Inés se dio cuenta de que la confianza del cura era solo aparente o de que, al menos, no era completa. Volvió a sentirse cohibida, le dio miedo perder en un momento la desenvoltura y la decisión tan trabajosamente adquiridas y se determinó a hacer frente al cura. Se levantó, fue hasta la mesa y se detuvo ante ella. El cura, sorprendido, quedó con la

pluma en alto.

—Mire, padre...

—¿Qué desea? ¿Le sucede algo?

—No. Me doy cuenta de que usted no cree lo que le estoy diciendo o lo cree a medias. Quizá sea porque me ve vestida de esta manera y porque llevo los labios un poco pintados. Escúcheme: no visto habitualmente así. Soy una mujer religiosa y estoy a punto de ingresar en un convento. Pero esta mañana he llegado a Madrid, de donde faltó hace tres años, y la gente se ha reído de mí y me ha tomado por una monja vestida de paisano. He tenido que disfrazarme. Le aseguro que estoy aquí a causa de un hermano mío descarriado. Si no me cree, dígamelo, y buscaré a alguien con más caridad que me ayude.

El cura dejó la pluma, cruzó las manos, sonrió.

—¿Por qué me supone sin caridad? ¿Se da cuenta de que eso es ofenderme?

—Ni más ni menos que usted a mí con su desconfianza.

—Yo soy un sacerdote, un miembro de la Iglesia.

—No más que yo.

El sacerdote la miró largamente antes de preguntarle:

—¿Por qué dice eso?

—Porque no ignoro que ambos pertenecemos a la Iglesia en la misma medida, es decir, en cuerpo y alma, y que su condición de sacerdote no le hace ser más de la Iglesia que yo. Si lo que usted quiso decirme es que pertenece a la jerarquía, lo acepto.

—Es usted una sabihonda, señorita; ahora lo comprendo —se levantó y alargó hacia ella una mano acusadora, severa—; es usted una de esas cristianas a la moda, con opinión propia, que quieren saber más que la Iglesia. Compadezco al capellán del convento al que usted vaya, hermana.

—Y yo le compadezco a usted por su falta de caridad.

Dio media vuelta y fue hacia la salida con paso fuerte. El sacristán la contempló con estupor.

—¡Espere! —le gritó el cura.

Inés se detuvo, sin volverse, y el cura llegó hasta ella.

—Acuérdese de que, cuando se confiese, tendrá que acusarse de soberbia.

—Y usted de haberla provocado.

Irguió la cabeza y salió, altiva, sin mirar al cura. Al llegar a la puerta de la calle le acometió una flaqueza de corazón y empezó a sollozar. Pasaba gente por la calle; alguien la miró, y, al sentirse mirada, le dio vergüenza de su congoja. Se limpió las lágrimas, se esforzó por dominarse y, más tranquila, se echó a la calle. Caminó unos minutos abstraída; no supo luego dónde se encontraba y tardó en reconocer el sitio. Al pasar por la Gran Vía compró en un almacén una maleta pequeña. Metió en ella el paquete de su ropa, que no había abandonado, y volvió al de la Corredera Baja. La portera le entregó el atadajo.

—Ya parece usted otra, ¿eh?

—Ya ve...

Guardó sus cosas en la maleta.

—Si usted pudiera aconsejarme una pensión... Estoy desorientada.

—Una pensión. ¿Cómo? ¿Barata?

—Decente. No importa el precio. Voy a estar poco tiempo en Madrid.

La portera se disculpó y entró en la portería. Pasó un rato y volvió acompañada de una niña.

—Mi hija irá con usted. Está algo lejos. Sería mejor que cogiera un taxi, por la maleta.

El taxi la condujo a la calle del Arenal, frente a San Ginés. Allí la niña subió a un piso y regresó luego diciendo que sí, que había habitación. La acompañó, no se despegó hasta que Inés comprendió que esperaba propina, y le dio unas pesetas. La llevaron a una habitación espaciosa, fragante, con un balcón a la calle y macetas en el balcón.

—Le costará diez pesetas diarias, pensión completa. Si la quiere interior, es una peseta menos.

No. Le gustaba aquella. La criada trajo toallas y le dijo que se cenaba a partir de las nueve. Al quedar sola se lavó un poco e intentó peinar sus guedejas cortadas, pero no sabía qué hacer con ellas; se limitó a alisarlas y a dejar que cayesen a su modo.

Salió a la calle dadas las cinco. Compró un bolso negro y, en una perfumería, una barra de carmín, cuyo color le aconsejó la dependienta. Se dio unos toques ligeros. Luego marchó a la iglesia.

Estaba vacía y a oscuras. La encontró tétrica y triste. Necesitaba, sin embargo, recogerse y meditar. Buscó un reclinatorio y lo llevó al rincón más lejano, al más tenebroso; rezó un poco y luego se sentó. Llegaba hasta ella el rumor de la calle vecina, llegaban los menudos ruidos interiores, el crujido de una madera o el eco de un mueble caído en la sacristía. Esperó a que los ruidos no entrasen en su alma, a que la rodeasen y pasasen de largo; poco a poco se le fue llenando de imágenes, de recuerdos inmediatos. Pasó revista a lo que había hecho durante el día y lo halló bueno.

El cura la había acusado de soberbia. ¿Lo había sido, verdaderamente? Recordó la escena de la sacristía, las palabras dichas. Había pedido ayuda con modestia, con humildad, con naturalidad; pero el cura la había juzgado mal, la había tomado por una mentirosa o por cualquier cosa mala. Y ella lo había aguantado, lo hubiera aguantado hasta el final de no temer la pérdida de su fortaleza, de su resolución. Solo por eso había respondido al cura. Y no lo había hecho con injusticia, sino con la verdad... Clara hubiera hecho lo mismo, hubiera respondido las mismas palabras. ¿Cómo se parecía a la de Clara su conducta! Se parecía, solo se parecía. El cura se había equivocado al juzgar una apariencia. Lo que cuenta no son los actos, sino los motivos; no las palabras, sino los sentimientos.

Sin embargo, no estaba tranquila. Necesitaba convencerse de que no había actuado con altanería, necesitaba absolverse, perdonarse. Solo así podría recobrar la seguridad interior, tan difícilmente alcanzada. Pero ¿no sería esta pretensión, en sí misma, otro acto de soberbia?

Decidió confesarse, recibir el perdón de otra persona, de Dios mismo. Era temprano. Tardarían en acudir los confesores, tenía por delante algún tiempo para examinar su conciencia. Repasó, entonces, su vida durante los últimos días —los actos, las palabras, los pensamientos, los deseos—. ¿Había pecado alguna vez? ¿Qué debería contar, de qué debería acusarse y arrepentirse? ¿Tendría que decir al cura por qué había venido a Madrid y para qué?

Se sintió repentinamente angustiada y perpleja. El cura, cualquier cura, no aprobaría seguramente el motivo de su viaje y le mandaría desistir de su propósito, renunciar al rescate del padre Ossorio. Y cuanto más explicase sus razones, más insistiría el cura. Le parecía oír ya las palabras conminatorias: «Le doy la absolución condicionada a que no vuelva usted a ver a ese

desdichado sacerdote, a que regresa usted a su casa mañana mismo». Ni siquiera los curas podían entender a las almas verdaderamente cristianas. La caridad heroica les daba miedo. Sin embargo, estaba escrito: «Solo quien pierda su alma podrá salvarla».

No estaba obligada a contarlo. Tampoco a consultarlo. Tenía que arrodillarse y hacer mención de *sus pecados*, de los actos que creía pecaminosos y de aquellos sobre cuya materia tuviese dudas. Por ejemplo, lo sucedido en la sacristía con el cura. Y nada más.

—Y dígame, hija mía, ¿no tuvo usted malos pensamientos, malos deseos?

—No, padre.

—¿Conversaciones ligeras o livianas? ¿Murmuraciones?

—No, padre.

—¿Es usted casta, hija mía?

—Sí, padre.

—Y en su vida pasada, ¿lo ha sido siempre?

—Sí, padre.

—¿Es posible que nunca se haya abandonado a un pensamiento sensual, que nunca se haya entregado, aunque solo fuera un instante, a las incitaciones de la carne?

—Jamás, padre.

—Me da usted miedo, hija mía.

—¿Por qué, padre?

—Porque son las almas como usted las que el demonio asedia con artificios más perfectos, aquellas en cuya perdición emplea mayor sabiduría.

—Espero, padre, que la gracia del Señor me ayude a combatirlo.

—Así sea.

Inclinó la cabeza y recibió la absolución.

La iglesia se había llenado de gentes que rezaban el rosario. Volvió por un pasillo lateral a su rincón, rezó la penitencia. Pero estaba distraída. Por primera vez un confesor le había hablado de la posibilidad de su condenación.

¿Por qué?

Otra vez se sintió angustiada y perpleja. El Señor le enviaba dificultades

superiores a sus fuerzas. Sin embargo, la misericordia de Dios cooperaba siempre con gracia suficiente. Aunque, en aquel caso, lo que ella necesitase fuese entender, entender... Llevaba días así, haciendo frente a situaciones que no entendía.

De nada valía insistir, emplear las propias fuerzas, intentar la explicación de lo incomprensible. Tenía que abandonarse otra vez, dejar que su alma se vaciase, entregarse blandamente a la voluntad del Señor. Sabía que al final se llenaría su alma de luz.

Hacía frío en la iglesia.

Junto a la puerta de la iglesia del Carmen un ciego leía en voz alta párrafos de un *Quijote* impreso en caracteres Braille. De los bares vecinos llegaban vaharadas de olor acre. Se cerraban las tiendas, la gente caminaba de prisa. El padre Ossorio subió los escalones y esperó. Le hubiera gustado fumar un cigarrillo: era la primera vez que le sucedía desde su marcha de Pueblanueva. Bajó a la acera y preguntó al ciego dónde había un estanco.

—Aquí al lado. En la segunda casa después de la iglesia.

Pidió una cajetilla y cerillas. Preguntó si los pitillos estaban hechos. Le dijeron que no.

—¿No tiene de los otros? No sé liarlos.

Le dieron un paquete de canarios. Encendió uno al salir y tosió, pero siguió fumando. Inés le esperaba ya. Llegó hasta ella, se miraron largamente. Inés dijo:

—Ya estamos los dos disfrazados, es decir, protegidos. Ahora...

El padre Ossorio le interrumpió.

—Venía a decirle que es inútil. No pienso volver al monasterio. He gastado de su dinero porque no tuve más remedio, pero pienso devolvérselo pronto.

Inés seguía mirándole, con una mirada que parecía venir de muy lejos, como la mirada de García, el de la editorial, al recibirle.

—¿Se niega a hablar conmigo?

—No... Pero no tenemos nada que decirnos.

—No importa. Lléveme usted a un café. Tengo hambre.

El padre Ossorio puso cara de extrañeza.

—¿A un café?

—No se sorprenda. Es corriente y hasta decente. Tiene usted que irse acostumbrando, si piensa permanecer en el mundo.

La llevó al café de la Puerta del Sol. Había poca gente. Un trío de violín, violonchelo y piano tocaba una pieza lenta y solemne, a la que nadie parecía hacer caso. Los clientes eran parejas de poco pelo. Los camareros, sin respeto a la música, hacían sus pedidos en voz alta.

—¡Dos con leche, una cerveza, dos medias tostadas!

El padre Ossorio quiso sentarse cerca de la puerta, donde había más gente, pero ella prefirió un rincón. Permaneció en silencio hasta que el camarero sirvió dos cafés y dos bollos.

El padre Ossorio se había sentado enfrente, con la silla apartada de la mesa. Metidas las manos en los bolsillos, miraba el techo.

—Acérquese. ¿Por qué se ha disfrazado de hombre malo?

Él arrastró la silla, se acodó en la mesa, pero no la miró.

—Quiero —dijo— que en este caso el hábito deshaga al monje.

—No lo entiendo.

—Si empiezo por parecer malo acabaré siéndolo.

—¿Lo desea?

—Lo necesito. Me he dado cuenta de que el mundo es malo, y tengo que defenderme.

Se decidió, por fin, a mirarla.

—¿Sabe usted? Estoy harto de servir de burla a los imbéciles. Ayer noche y esta mañana, en el comedor de la pensión, un puñado de mocosos me ha zaherido, me ha humillado, solo por mi aspecto. No encuentro razones suficientes para aguantarlo. En cambio, esta tarde, un hombre indudablemente malo, un comunista, me ha tratado con amabilidad sabiendo que soy sacerdote y me ha prometido trabajo.

—El diablo es amable y favorece a los que quiere perder.

—Bien. Yo necesito amabilidad y favores.

—¿Y está usted dispuesto a pecar para conseguirlos?

—También necesito pecar. Es mi única garantía. ¿No lo comprende? Ahora es usted quien me persigue. ¿Qué sé yo con quién me tropezaré mañana, que

busque lo mismo que usted? Usted y todos los que vienen o vengán con el mismo propósito me ofrecerán la vuelta a la gracia; solo el compromiso con el pecado asegura mi libertad.

—¿Y cree usted que el pecado podrá más que Jesucristo?

—Algunas veces puede más.

Inés se echó atrás en el asiento, bajó la cabeza, cerró los ojos. La blasfemia la había hecho temblar. Después preguntó:

—¿Quiere usted escucharme?

El padre Ossorio se encogió de hombros.

—¡Con tal de que no insista...!

—No. No insistiré, pero yo también necesito, como usted...

Se interrumpió, levantó la cabeza.

—Me basta hablar, contarle algo que no sabe. Voy a cumplir treinta años, y ya no recuerdo desde cuándo estoy decidida a profesar en un convento. Por varias razones sucesivas: primero, porque me lo aconsejaban las monjas; después, porque descubrí una irregularidad en mi nacimiento y me sentí excluida de la sociedad normal; más tarde, porque un hermano mío, la única persona a quien quiero en el mundo, se apartó de Dios, y me creí en el deber de sacrificarme por su salvación. Pero siempre había algo que estorbaba mi última decisión, algo que hacía valer las otras razones que podían impedirme profesar como me hubiera gustado. Cuando comprendí lo que era me desilusioné, estuve a punto de naufragar: no me gustaba la religión tal y como la veía en los otros; encontraba vacías las ceremonias e hipócritas a los fieles. Llegó a parecerme todo falso, llegué a pensar que mi fe no era más que un refugio contra mi infelicidad personal. Fue entonces cuando usted vino a Pueblanueva, cuando un grupo de muchachas empezamos a asistir a la misa de la cripta. La primera vez que usted nos habló...

El padre Ossorio se inquietaba visiblemente.

—¿Por qué me recuerda ahora eso?

—Porque es necesario. Y usted no puede negarse a oírlo. No es justo que ignore lo que han significado para mí sus palabras, y hasta qué punto me han rescatado de la indiferencia y de la vacilación, y me han devuelto a la comunidad de los santos.

Se interrumpió y extendió las manos abiertas.

—No me han devuelto a ella, sino que me la descubrieron. Yo he aprendido de usted lo que es vivir en Cristo; sus palabras, día tras día, me han conducido, me han iluminado. Usted me ha revelado la realidad de la vida sacramental y me ha hecho penetrar en ella. No ha sembrado sus palabras en un pedregal, como pudiera pensar al ver que nuestro grupo se desmoronó en pocos días, porque, al menos, en mí, han dado fruto.

—¿Y no le basta con eso? ¿Por qué no continúa ahora sola y se desentiende de mí?

—Porque no puedo. Hace tres días, al saber que usted se había marchado, me sentí abandonada; más tarde, a fuerza de pensar y de esperar de Dios una respuesta, comprendí que su marcha me imponía la obligación caritativa de rescatarle. Esta tarde, en la iglesia, me he convencido de que el rescate de usted es la condición de mi salvación.

—¡No diga usted disparates!

—No podrá usted convencerme de que el Señor me engaña.

—Pero ¿no comprende que mi salvación depende exclusivamente de mi libertad?

—¿Y por qué no de mi tenacidad, de mi oración, de mi sacrificio? —Pero sin que su propia salvación se comprometa.

—Es que si yo llegase a dudar de su salvación...

—¿Qué?

—Me creería engañada *por usted*.

Se levantó bruscamente y añadió:

—Eso es lo que quiero que sepa: que mi fe en Jesucristo depende de mi fe en usted. Solo creeré en la verdad de lo que usted me enseñó si veo que es eficaz ante todo para usted mismo. Y ahora que lo sabe, vea si me importa rescatarle del diablo: es como rescatarme a mí misma.

Recogió del asiento el abrigo y el bolso.

—¿Qué hace? ¿Por qué se va *ahora*?

—Porque no tengo prisa de que me responda. No puedo exigir, además, que Dios haga un milagro. Mañana volveremos a vernos. Aquí mismo, a esta hora. Piense entretanto y, si puede, rece.

Se echó el abrigo por los hombros, se puso los guantes y añadió:

—¿Tiene dinero todavía o necesita más?

—¿Por qué insiste en ofrecerme dinero? ¿Piensa que así puede comprarme?

—Mejor es que recibirlo del diablo.

En la calle de Carretas, número 7, le ofrecieron una habitación interior, pequeña, oscura, limpia. Pagó una semana adelantada —treinta y cinco pesetas y el diez por ciento—, y tuvo que cubrir una hoja para la Policía. En el lavabo de la habitación había una pastilla de jabón muy gastada, y, en la pared, junto a la puerta, un espejito oscuro, suficiente: cabía en él la cara del padre Ossorio, el cuello y el arranque del jersey. La única bombilla se encendía desde la entrada y se apagaba desde la cama, y viceversa. Había también una alfombra, un perchero y una mesa de noche de castaño y mármol rojizo. Paredes pintadas de verde, que, al arrimarse, manchaban. Una ventana de vidrios con papeles de periódico pegados metía en la habitación el aire del pasillo. La puerta tenía llave; la cama, una colcha rosa.

Se echó en la cama a esperar la hora de la cena.

—Esa mujer es una loca.

Le obsesionaba el recuerdo de Inés, de su mirada profunda, de la firmeza de sus palabras. Le parecía hallarse envuelto en una red con cuya salida no atinaba: como si se hubiera descuidado, como si se hubiera dejado coger en una trampa.

A la sorpresa del encuentro había sucedido la satisfacción de no saberse solo. Aunque en ningún momento había pensado hacerle caso, le halagaba que alguien se cuidase de él hasta el extremo de seguirle. Inés no era una mujer vulgar. Hablaba, sí, con las palabras que él había usado durante dos años enteros de predicación; era como si sus propias palabras rebotasen y le fuesen devueltas. No eran, sin embargo, las tranquilas, serenas palabras de un predicador, sino palabras apasionadas, urgentes. Quería cazarle en la red de sus propias palabras, y se las devolvía cargadas de pasión.

Repitió que era una loca, e inmediatamente se dijo que intentaba engañarse a sí mismo. Inés no era una loca: era su obra. No lo había sospechado nunca; había creído al prior cuando insistía: «Pierde usted el tiempo, padre Ossorio. Esas mujeres son una colección de bobas». Y al final, los hechos parecían

haber dado la razón al prior. Pero no se había preguntado después por qué, de todas ellas, una al menos había persistido. El prior le había dado una explicación estúpida, y a él le había bastado. Sin embargo, ya entonces existía Inés, y era su obra.

No había fracasado. En una, al menos, de aquellas personas, habían prendido sus palabras hasta el riesgo, hasta el frenesí. ¿Y si volviese al monasterio, si volviese con ella y dijese al padre prior: «He aquí mi obra», qué pasaría? Se estremeció, porque oyó la risa del prior, una risa prudente, que casi no parecía risa, pero que lo deshacía todo; una risa fría que aniquilaba. El prior diría a Inés: «¿De modo, señorita, que se ha dejado usted embaucar por este imbécil? Ande, búsquese un confesor discreto y cuénteles sus ideas acerca de la religión, ya verá lo que le dice». Y, sin embargo, lo que Inés pretendía era devolverle al prior.

—¡Si hubiera venido el prior en persona! Eso sería poner las cosas en su punto. Entonces, volvería al monasterio, pero antes tendría que oírme.

Se había portado como un niño, se había dejado llevar por el miedo y el halago. Y se había dejado conducir al terreno que ella quería, allí donde, más que los conceptos y las razones, pesaban los movimientos de las manos, los matices de la voz, el calor o la frialdad de las miradas. Nunca había tratado de cerca a una mujer. Las mujeres eran patéticas, aunque tratasen de religión, aunque hablasen de religión con palabras por él enseñadas. Las sucesivas victorias de Inés eran victorias poéticas, artísticas. Pensó que a Carlos Deza le hubiera divertido analizarlas. «Padre Ossorio, aunque le hable en nombre de Dios, es la misma serpiente que engañó a Adán. Defiéndase con la inteligencia, con la razón. Usted es un intelectual. Y desde esta mañana hasta ahora han cambiado mucho las cosas. Ya no se ríen de usted, y hasta le admiran. ¿No recuerda aquellas muchachas que pasaron por su lado en la calle de Preciados? Usted oyó perfectamente que una decía a la otra: “¡Fíjate qué hombre más guapo! Qué hombre, no qué cura. Las cosas han cambiado, y los estudiantes ya no se reirían de usted. Ese disfraz ha devuelto la libertad a su espíritu”».

Pero Carlos Deza solo tenía la mitad de la razón. La libertad de su espíritu no era libertad entera, sino solo libertad del espíritu. Un hombre es algo más. La razón le entra por los oídos, con las palabras, pero los ojos ven, las manos

tocan, las narices huelen al ser que está delante. Y puede ser que el espíritu sepa vencer razones con razones, mientras por los ojos, por las narices, entre la victoria del otro. Podía llevar a Inés a su terreno, vencerla con razones; pero Inés era también pasión, voluntad, decisión. Las manos, la mirada, el tono de la voz *también* obraban, al margen de la razón y contra ella. De Inés emanaba un olor suave y saludable. De todo eso tenía que defenderse, y desconocía las armas.

—La cena, señor, cuando quiera.

Una voz metálica, de mujer, le habló desde el pasillo. Golpearon suavemente la puerta.

—La cena.

—Ya voy. Gracias.

Encendió la luz y se incorporó. ¡Qué diferente voz la de Inés! Ahora recordaba haberla escuchado con placer cuando, entre aquellas mujeres, una de ellas cantaba el gradual, el aleluya y el tracto. Su estilo era perfecto. Después se perdía entre las otras voces, se anulaba. ¡Si los jóvenes del monasterio hubiesen sido capaces de aquella disciplina!

Entró en el comedor. Vicente Serrano acababa de sentarse. Le llamó desde un rincón.

—¡Oiga! Siéntese conmigo. No hay sitios fijos.

Celebró que hubiese hallado habitación.

—No se come mal, no se meten en lo que uno hace, y si quiere usted traer una mujer, le dejan, con tal que no arme escándalo.

Añadió que, en los pueblos, había mucha menos libertad.

—Y no lo digo por mí, que ya pasé de esos apuros.

A Vicente Serrano le parecía que la República había traído algunas cosas buenas, y que los curas habían abusado mucho —el padre Ossorio se estremeció y le tembló la cuchara de la sopa—. Aunque en la mayor parte de los pueblos seguían mandando.

—Y su pleito, ¿qué tal va?

A Vicente Serrano el pleito no le preocupaba. Estaba seguro de ganarlo. Pero le había servido de pretexto para pasar una temporada en Madrid y gastarse algunos duros.

—Con mucho cuidado, ¿eh? No tiro el dinero, porque me cuesta mucho

trabajo. Ya ve. Podía estar en una pensión de diez pesetas, y estoy en una de cinco. Paso un rato en el café, doy unas vueltas, veo lo que hay, y, a la noche, al teatro o a un café cantante. Lo paso bien. ¿Y usted? ¿Qué hace por las noches?

—Yo tengo menos dinero que usted, y no puedo tirarlo.

—Pero un día es un día. Lo que gusta de Madrid es que no hay que acostarse pronto o meterse en el casino a sacar una garrafina. ¿Por qué no viene conmigo?

Le dijo que no, pero sin demasiada energía. Vicente Serrano, después de aclarar que él convidaría, siguió exponiendo razones. El padre Ossorio le escuchaba como un rumor remoto. Aquella invitación casual, anodina en apariencia, le ponía en trance de elegir, de decidirse. *Iba a pecar*. Y unas horas antes había afirmado que necesitaba comprometerse con el pecado como defensa de su libertad. Pero no había pensado en aquel pecado vulgar, que no podía imaginar, pero cuya naturaleza, teóricamente al menos, conocía.

—Bueno. Supongo que la cosa no pasará de espectáculo.

—¡Naturalmente! Siempre hay un par de furcias que se llegan a alternar y sacan unas copas, pero no es obligatorio ir con ellas. Ya le dije que pasé hace tiempo de esos calores; pero ver siempre gusta.

Le hubiera apetecido algo de más envergadura, no el regodeo vulgar de la imaginación y la mirada; algo en que jugase su inteligencia, algo en que su voluntad manifestase más clara y violenta rebeldía.

—Vamos, entonces.

El cafetín estaba en la calle de la Aduana. Un grupo de hombres y mujeres hablaban en voz baja, ante la puerta. Vicente Serrano entró delante, con aire de superioridad, como cliente asiduo. Repartió saludos y sonrisas, y fue derecho a una mesa delantera, casi debajo del escenario.

—Desde aquí no se pierde ripio. No se quite la trinchera, que, mientras no se llena esto, hace frío.

La camarera vestía de negro, con faldita corta hasta medio muslo y un escote enorme. Barbilleó a Serrano y le llamó *tío salao*; Serrano le azotó las nalgas y le dijo que él y su amigo tomarían coñac. La camarera se volvió al padre Ossorio y le dijo:

—¿Cómo te llamas, guapo?

Morena, opulenta, descocada. Acarició la mejilla del padre Ossorio.

—Contéstame, hijo. ¿O es que eres virgo?

Al padre Ossorio le cerraba el asco la garganta, le empujaba a levantarse e irse. Pero se dominó. Tragó saliva.

—Rafael.

Inés cerró el breviario, se santiguó, y pensó que en aquel momento el padre Ossorio habría también rezado los mismos salmos, las mismas antífonas, y que en la universalidad de la Iglesia, millones de elegidos habrían dirigido al Señor idénticas palabras. Pero aquella noche, en aquella hora, su oración y la del padre Ossorio no serían la oración de la Iglesia, sino la plegaria particular de dos almas acongojadas, necesitadas de gracias excepcionales. En el Cuerpo del Señor, ella y él se habían singularizado, se habían —en cierto modo— apartado. Al padre Ossorio, la voluntad pecaminosa —la victoria momentánea del diablo— le llevaba hasta el mismo límite del Cuerpo, y ella había asumido el deseo inexpresado de la Iglesia, de devolverlo al interior del Cuerpo, al riego fecundo de la Gracia; se sentía delegada, distinguida, como un soldado que se aparta del ejército para llevar a cabo una misión heroica. Y, como el soldado, necesitaba de armas especiales. Pero el soldado que marcha en busca del desertor pertenece al ejército, aunque por el apodo de esconderse, por su soledad precavida, pueda también parecer fugitivo.

Había dejado la maleta cerrada con llave, de miedo que la criada curioseara en sus ropas. La abrió, buscó el camión, apagó la luz y se desvistió. La tela del camión, áspera, rozó su cuerpo, habituado ya a la seda suave. Se acostó. Acarició las prendas interiores que había dejado al alcance de su mano. Sonrió en la oscuridad. No era pecado usarlas. Había exagerado al llevar durante años telas ordinarias, bastas. Aquellos fáciles sacrificios formaban parte de un sistema de ascesis superflua... Teresa de Lisieux, en su lecho de muerte, había suplicado que añadiesen una manta más al ajuar de las monjas carmelitas. El Señor no había puesto el pasar frío —ni el sentir sobre la carne la aspereza del lienzo— como condiciones de la salvación. En algunos monasterios alemanes de vida muy perfecta, las monjas disponían de

duchas, alfombras y calefacción central. Y no era malo sentirse caliente, poder sacar el brazo fuera del embozo, sin aterirse. En aquella alcoba de una pensión decente madrileña había alfombra y calefacción.

Necesitaba paciencia. Aquella tarde había estado indiscreta, se había precipitado —en el fondo tenía prisa por marchar de Madrid, le daba miedo la ciudad—. No era posible que el padre Ossorio, con solo dos razones, se volviese atrás, se arrepintiese; mucho menos que regresase al monasterio. Tenía que admitir, incluso, la idea de que, convencido, arrepentido, no regresase jamás, y se entendiese con un obispo, incorporado al clero secular. No importaba. Bastaba que volviera a la Iglesia y que le permitiese continuar aquella relación espiritual, tan dolorosamente interrumpida. Tampoco ella tenía por qué regresar a Pueblanueva. Podía quedarse en Madrid, perderle el miedo. No estaba escrito que, en Madrid, fuese imposible la santidad. Buscaría un convento de monjas en que quisieran alojarla. Trabajaría. Si el padre Ossorio se reconciliaba con la Iglesia, el confesonario era el lugar apropiado para sus coloquios. ¡Y de qué modo podía hablarla, con qué seguridad y sabiduría podría encaminarla, después de aquel trance! Había santos desconocedores del pecado. Otros habían regresado del infierno cargados de experiencia y, gracias a ella, habían llegado a campeones de la santidad.

Había estado indiscreta, había provocado una respuesta violenta, por pura torpeza. No debía haber personalizado, sino acudido a razones generales. Decir: «¡Me ha abandonado usted!» era, indudablemente, prematuro. Tenía que haber dicho: «¡Ha abandonado usted a la Iglesia, a Jesucristo! ¡Y yo vengo a decirle que la Iglesia y Jesucristo le esperan!»). Lo personal tenía que reservarlo como última razón. No volvería a hablarle de eso. Tendría que empezar de nuevo, por el principio.

De repente recordó al sacerdote con el que se había confesado aquella tarde, y le dio un vuelco el corazón. Jamás había pensado en la posibilidad de condenarse, nunca había creído que el diablo sintiese por ella más afición que por cualquier otra persona. Le reconocía en las menudas tentaciones de cada día, y se apartaba de él sonriente, tranquila. No hacía más que unos minutos le había sugerido la idea de que se era mucho más perfecta sometiendo el cuerpo a la molestia de unas ropas ásperas que vistiéndolo de ropas indiferentes o

suaves, y había rechazado la idea. El anzuelo del diablo estaba cebado de pequeñeces.

El sacerdote la había interrogado sobre su castidad, y solo después le había dicho que le daba miedo. ¿Por qué? No le había parecido hombre ligero, sino prudente. Sin embargo, temía precisamente a causa de su castidad.

Resultaba difícil entenderlo. Quizá perteneciera al orden de las muchas cosas cuyo entendimiento le estaba vedado, pero no podía abandonarse a la ignorancia. Había sido casta sin lucha, sin violencia. Había sido casta por gracia. Dios le había regalado la castidad, y estaba dicho que la virginidad grata a Dios era un don. Y ella sabía bien que la virginidad del alma era todavía más importante que la del cuerpo. Dios le había preservado el alma preservándole el cuerpo.

Aquella vez había descubierto que Clara no era casta. Se había encontrado ante un hecho incomprensible, había tardado tiempo en comprenderlo: solo entonces rogó a Clara que durmiera en otra parte. Caritativamente, sin avergonzarla, sin reconvénirla. Y aquello no la había turbado, como no la turbaban las miradas voraces de los hombres, los elogios picantes a su belleza. Dios la había ayudado siempre.

El riesgo no podría estar por ese lado. Y precisamente en la castidad encontraba su fortaleza. Sabía que los pecados de la carne no son los más graves, pero sí puerta abierta a los otros.

Contra los otros pecados —¿cuáles, Dios mío?— levantaba la puerta sellada de su cuerpo y de su alma vírgenes...

Un dobladillo, demasiado grueso, del camisón, se le clavaba en la espalda. Hurtó el cuerpo a la costura.

Hacía calor en la habitación. De la calle ascendía un rumor confuso: voces, bocinas, motores en marcha. Una campana próxima sonaba por encima de su cabeza.

Llegó premeditadamente al café media hora antes de lo tratado. Había poca gente y pudo escoger una mesa de esquina, de las que cogen el ángulo del diván rojo oscuro. Se sentó en la cabecera y pidió «un café con leche y un bollo de esos...». Traía un periódico de la tarde, pero no llegó a abrirlo,

porque los recuerdos de la noche anterior le entretenían.

Había pasado casi tres horas en el café cantante. Había visto bailarinas desnudas y bailarinas vestidas. Había soportado la compañía de una furcia joven, repentinamente encaprichada de él. Había contemplado el rostro de Vicente Serrano y el de otros clientes. Y había sacado la conclusión de que existía en la mujer un elemento repugnante, contagioso, más o menos disimulado, encubierto o vencido, pero siempre latente. Los Padres de la Iglesia lo habían detectado con precisión. Cómo lo habían dominado las santas y las grandes mujeres, lo ignoraba. Quizá hubieran logrado transformar sus efectos. Era igual.

Había salido de casa dispuesto a correr un riesgo, había regresado con buena provisión de sensaciones que reforzaban su indiferencia sexual. Sensaciones, no ideas. Imágenes y olores, sobre todo. Sonreía recordando las crisis de su adolescencia, las angustias pasadas por la carencia de aquello que, ahora, le repugnaba. (Aunque bien mirado, como podía mirarlo ahora, aquellas crisis no pudiesen considerarse como provocadas por la falta de una mujer). El padre Hugo había extremado la benevolencia al juzgar la sensualidad. «Los ascetas se han equivocado al despreciarla. Tiene un gran valor; por eso es meritorio renunciar a ella. Si fuera despreciable, el Señor no hubiera prometido a la virginidad la corona excepcional». Ahora se sentía en desacuerdo con el padre Hugo y conforme con los ascetas. El padre Hugo no había visto de cerca, no había olido a las mujeres. No había comprobado el extremo de su degradación, ni sus efectos en los hombres. Le obsesionaba el recuerdo de Vicente Serrano —ya pasado de calores—: su blanda mirada, su belfo caído, sus manos temblorosas. Si con la cima de su alma el hombre tocaba al ángel, la base de su cuerpo le aproximaba al perro. Y él sentía necesidad de huir del can.

Tres horas escasas en el café cantante le habían beneficiado. Se sentía seguro, capaz de fortaleza ante el pecado fácil. Le parecía que su mirada se había lavado y que podía resbalar sin turbación, sin flaqueza, por el cuerpo de una mujer.

Había madrugado para experimentar con Inés sus nuevas armas, para verla llegar y examinarla a gusto, para tenerla vencida con la mirada antes de que ella pudiese mirarle. La vio titubear ante la puerta giratoria, que siempre

parecía darle miedo; la vio entrar, levantar la cabeza y buscar, hasta hallarle. Fue entonces derecha al rincón, derecha y calmosa, hasta que estuvo cerca. Entonces vaciló un instante, pareció no saber dónde sentarse, si en el diván o en una silla.

—Buenas tardes, padre.

Se decidió por el diván; junto a él, en ángulo con él, de modo que las miradas se cruzaran sin encontrarse. Pero antes se despejó, con el bolso, en la rejilla.

—Le agradezco que haya venido. Temí...

—¿Qué temió?

Le salió bien el tono, seguro e indiferente.

—Que fuera usted cobarde.

—Ya no. Han pasado cosas...

Inés volvió la cabeza con brusquedad.

—¿Se ha decidido?

—Eso no importa ahora.

—¡Es lo único que importa! —hablaba todavía con autoridad, como una madre al niño.

Se acercó el camarero. Inés pidió café con leche. El padre Ossorio, cuando ya el camarero se alejaba, lo llamó y le encargó un coñac. Advirtió la mirada rápida, sorprendida, de Inés, y el nerviosismo súbito de sus manos.

—Escúcheme, señorita: mi salida de la Iglesia o mi vuelta a ella es un problema personal. Le ruego que no hablemos ahora de eso.

—¿Entonces?

—He venido, la he esperado y estoy con usted para hablar de usted, de lo que le concierne, no de mí.

—Pero, padre, ¡yo no importo! ¡Yo no existo! Olvídese de mí, no vea en mí más que el instrumento casual de que se vale la Iglesia para hacerle llegar su voz.

—No un instrumento, sino una persona en peligro.

—Como usted.

—No. Yo ya lo he pasado.

Inés aproximó las manos anhelantes.

—¿Por fin? ¿Vuelve usted al monasterio?

No le respondió; se la quedó mirando con frialdad, y el entusiasmo repentino de Inés se enfrió con la mirada.

—¿Por qué me mira así, padre?

—Insisto en que no volvamos a hablar de mí.

Inés bajó la cabeza, dejó caer los brazos, escondió las manos.

—Como usted quiera.

Le cayó la melena sobre el rostro hasta ocultarlo. El padre Ossorio temió que se echase a llorar, que fuese vista llorando.

—Le suplico, además, que no pierda la serenidad. Es usted una mujer valerosa, y lo que tengo que decirle es razonable y bueno. En cierto modo —el recuerdo le estremeció la voz—, es una continuación de ese magisterio que, sin saberlo, ejercí cerca de usted durante dos años. Escúcheme como entonces. No le será difícil, ¿verdad?

Inés sacudió la cabeza, dejó la cara al descubierto y le sonrió.

—Sí. Lo haré.

—Tenga paciencia. Cuando no entienda lo que le digo adviértamelo.

El camarero trajo el café de Inés y el coñac. El padre Ossorio bebió un trago grande, casi la mitad de la copa.

—¿Por qué bebe, padre?

Vaciló al responderle.

—Por... Tengo frío. Estoy algo destemplado.

—¡Dios sabe cómo está usted viviendo! ¿Ha comido usted? ¿Tiene usted frío en la pensión? ¡Aquella mujer no me parece...!

—No pase cuidado. He cambiado de alojamiento. En el de ahora se come mejor y nadie sabe quién soy ni lo que soy.

Hizo una pausa. Inés revolvía, con mano trémula, el azúcar del café.

—Ayer me dijo usted algo que me dejó preocupado.

Inés dejó bruscamente la cucharilla y se volvió hacia él.

—Olvide lo que dije ayer. Fue una indiscreción. No sabía lo que pensaba.

—Pero ¿quién duda que revela una situación de la que me siento responsable? En cierto modo constituye la prueba de mi fracaso, porque yo no me he constituido jamás en fundamento de la fe de nadie, ni podía haberseme ocurrido: va contra la esencia misma de la fe y de la Iglesia.

—¿Y no se le ocurre pensar que yo pueda haber razonado en mi corazón:

es cierto lo que dice porque él lo cree?

—Él, ¿quién?

—Usted.

—¡Eso es monstruoso, señorita!

—Pues yo he creído siempre así, porque creía mi madre, porque creían mis monjas, porque creían unos sacerdotes o unas personas en las que tenía confianza. Y si alguna vez vacilé fue porque ellos vacilaron o porque su vida no estaba conforme con la fe.

Apoyó la frente en la mano y dijo en voz muy baja:

—Así cree casi todo el mundo, porque nos lo dice alguien en quien creemos. Yo no soy una excepción.

El padre Ossorio murmuró entre dientes:

—Es ridículo...

Pero ella no se movió. Miraba al café intacto, y su mano izquierda se había cerrado y golpeaba el mármol de la mesa.

—Escúcheme. Tiene usted que comprender que lo que dice no es razonable. Vale tanto como hacer de mí su prisionero.

Inés se irguió rápidamente.

—¿Y qué? ¿No me ha hecho usted antes su prisionera? Alguna vez nos ha explicado usted que la caridad...

—¡No disparete! Eso no es caridad.

—¿Qué es entonces?

Miró fijamente al fraile, y su mano avanzó como si fuese a agarrarle del brazo. El padre Ossorio se apartó.

—¿Qué es entonces? —repitió Inés.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Desconozco sus sentimientos. No puedo responderle.

—Podrá al menos...

Le temblaba la voz. Hizo un esfuerzo, bebió un sorbo de café.

—Dígame, padre: ¿cree usted verdaderamente en Dios? ¿Cree usted en la Iglesia y en Jesucristo?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si usted cree, tendrá que volver a la Iglesia, porque no podrá permanecer fuera de ella sin vivir en pecado; porque la angustia del pecado le

atormentará hasta hacerle la vida imposible; pero si no vuelve...

La interrumpió:

—Mi determinación no tiene que ver con mi fe.

—Si usted cree, comprenderá que el demonio le ha tentado y le ha vencido. Y si lo comprende intentará restituirse a la gracia de Dios. Pero si persiste es porque usted no cree. Y, en ese caso, *tampoco creeré yo*; me desprenderé del recuerdo de Dios fácilmente, porque es en usted en quien creo.

El padre Ossorio apartó las manos, desalentadas.

—Bien. ¿Qué culpa tengo? Me siento ya absolutamente libre de ella. He intentado explicarle que su fe tiene que ser independiente de mi persona. Incluso de mi fe, y no digamos de mi conducta. Si su cabeza funciona disparatadamente, no tengo qué hacerle. Allá usted.

Hizo ademán de levantarse; pero ella, con un movimiento rápido, le detuvo.

—¿Qué va a hacer?

—Marcharme, señorita.

Inés no le había soltado. Ahora sintió el padre Ossorio la presión fuerte de la mano en su brazo.

—No puede usted abandonarme.

Él se soltó bruscamente. Pero la mano de ella se trabó en la suya.

—No se vaya. He pensado siempre que nos salvaríamos juntos, pero ahora empiezo a sentir...

Se interrumpió y apretó más fuerte.

—... a desear que nos perdamos juntos.

Levantó la mirada. El padre Ossorio sintió un estremecimiento, sintió el despertar, en el fondo de su alma, de todos los temores. El rostro de Inés se tendía hacia él, anhelante. No era un rostro lúbrico, como el de la furcia del café cantante; no era un rostro sensual. Era un rostro hermoso y puro, aunque apasionado. Pero ¿qué se escondería tras aquellos ojos cuyo mensaje no sabía leer? Entre una furcia y una señorita bien educada tenía que haber diferencias; pero, en el fondo, eran lo mismo, deseaban lo mismo. De una, como de otra, saldrían en seguida los largos tentáculos de la sensualidad que le abrazarían, que le atenazarían, hasta devolverle a la inquietud —tan lejana, tan repugnante

en el recuerdo— de la adolescencia.

—¡Usted está loca, señorita! ¿Qué es lo que pretende? ¡Vamos, suélteme!

—¡No me...!

El padre Ossorio corría hacia la salida. Ella quedó clavada en el asiento, con la vista perdida. Estuvo así unos minutos, inmóvil. El trío tocaba una pieza alegre. El camarero, apoyado a una columna, miraba a Inés. Esperó un poco. Se acercó.

—Son tres setenta y cinco, señorita.

Ella le miró sin verle.

—Tres con setenta y cinco —repitió el camarero.

—Sí.

—Los hombres, ya se sabe...

Sonrió e inclinó la cabeza hacia la puerta.

—A lo mejor es casado.

Inés buscaba el bolso. El camarero se lo alcanzó de la rejilla.

—Gracias.

—Tres con setenta y cinco.

Inés dejó un duro encima de la mesa. El camarero había cogido también el abrigo, y esperaba con él dispuesto a ayudarle. Inés se lo puso, murmuró algo y salió. El camarero echó mano al duro, lo miró, y dijo en voz no muy alta:

—Sobra una veinticinco...

Inés se había alejado. Se detuvo, como siempre, ante la puerta giratoria, dejó pasar a un cliente que salía y salió también. El aire de la calle estaba fresco. Voceaban periódicos, pasaban tranvías y automóviles, la gente se empujaba en las aceras. Echó a andar con el alma oscura.

—¡Mire por dónde anda, señorita! ¡A poco me tira el niño!

IV

«Mi querido y respetado amigo: Le escribo estas líneas no para darle cuenta de mi vida, que bien quisiera que fuesen buenas noticias, sino para un asunto con el que no contaba al abandonar Pueblanueva y que en este momento pesa en mi conciencia, aunque no como culpable. De mí le diré que estoy a la espera de un trabajo de traducción, bien pagado, y que cuento con obtenerlo dentro de pocos días. No es, a mi juicio, una esperanza vana, sino que está en manos de persona seria y que parece interesada por mí. Una vez conseguido, y acomodado en Madrid de modo estable, procuraré orientarme en el sentido que usted conoce.

»De lo otro, le diré que se trata de una señorita de esa, de la familia Aldán, algo pariente de usted y creo que también del padre Eugenio Quiroga. La razón de estos parentescos es lo que me obliga a escribirle, pues usted y el padre Eugenio son dos personas a las que estoy agradecido y por las que siento respeto y amistad. Dicha señorita se me presentó, el otro día, con la pretensión de que regresase al monasterio. Pensé desde el primer momento que se trataba de una perturbada, pero por consideración a su sexo y principalmente a ustedes la atendí, y aun hablé con ella, siempre de lo mismo, tres o cuatro veces más. Esta misma tarde me entrevisté con ella, dispuesto a convencerla de que se volviese sola a su casa y me dejase con mis problemas y la responsabilidad de mi decisión. Pues bien: cuando se hubo percatado de mi firmeza, cambió repentinamente de propósito, y con un descaro (perdone la palabra) que yo no hubiera esperado jamás de una señorita bien educada y cristiana, un descaro que hubiera estado bien en mujer de otra calaña, me propuso que nos fuéramos a vivir juntos. Le aseguro, querido don Carlos, que no se trata de una falsa interpretación, pues no puede darse otra a las palabras

que salieron de sus labios. “Si no quiere usted que nos salvemos juntos, perdámonos juntos”, o algo muy parecido, en que no cabe otra interpretación que la que le doy. No necesito decirle que entonces comprendí que no me había equivocado en mi opinión inicial y que se trata, en efecto, de una perturbada. De modo que inmediatamente decidí escribir estas líneas para que usted advierta a la familia de la interesada y que venga alguien a buscarla, aunque yo no pueda darles sus señas, pues no sé dónde vive ni con quién. Pero algo podrá averiguarse, pienso yo, ya que en todas las pensiones de Madrid hay que dar nombre y señas para la Policía, y ella habrá tenido también que darlas. No necesito añadirle que me encuentro a disposición de quien sea si en algo vale mi ayuda...».

—Lo demás —dijo Carlos— es el acostumbrado «queda de usted suyo affmo...».

Clara había escuchado desde el hueco de la ventana, en sombra su cuerpo contra la luz. Había escuchado quieta y silenciosa; no se movió ni dijo nada al concluir Carlos la lectura.

—Es la carta de un aldeano —añadió él—. Ni la teología ni el andar por el mundo parecen haber cambiado gran cosa en el interior del padre Ossorio. Sus ideas acerca de la moral femenina deben de ser, en el fondo, las que heredó de su madre. Y su madre, claro, llevaría siete refajos...

—Tenemos la negra —dijo entonces Clara, y suspiró hondamente.

—No te niego que, en este caso, la mala suerte influya bastante más que la voluntad humana. Influye hasta el punto de proporcionar un desenlace ilógico al caso peregrino de Inés Aldán. Lo natural sería que el fraile viese el cielo abierto, o el infierno —que para el caso es igual—, al escuchar esas palabras, tan teatrales, de tu hermana. Es bonito ese «Perdámonos juntos»; es bonito, sobre todo, por lo que revela. Pero a ese tarugo solo se le ocurre, ante el estallido de la pasión, pensar que Inés es una loca descarada.

—Es un mierda —murmuró Clara—. Un hombre, aunque sea fraile, hace frente a la situación de otra manera.

—Nunca he creído que la castidad del padre Ossorio fuese incommovible. Temí, más bien, que al tropezarse con la primera mujer perdiese los estribos. Pero ya ves: ni una persona tan bella como tu hermana, tan interesante, tan atractiva, le saca otra cosa que un comentario de paleta. A no ser que...

—¿Qué?

—Que lo haya hecho por miedo al hambre. Cargar con otro, en su situación, exige un amor que él no puede haber sentido tan de repente.

—Da lo mismo por lo que haya sido —dijo Clara con desaliento—. El caso es que la pobre Inés andará perdida y desesperada.

—No olvides que tiene fe.

Clara abandonó el hueco de la ventana y se dejó caer en un sillón. Quedaba ahora iluminado su rostro, patéticamente serio.

—¡La fe! ¿Crees que le habrá quedado mucha para hacer lo que hizo?

—En cualquier caso ella tiene buen sentido.

Clara le miró con una chispa de desdén en los ojos.

—¿Qué poco sabes de mujeres, Carlos!

—¿Quieres decirme que Inés hará un disparate?

—Quiero decirte que no sé lo que hará; pero que ninguna mujer, y menos Inés, después de ese fracaso, hace un lío con sus cosas y vuelve arrepentida al hogar de sus honrados padres. Inés es orgullosa, te lo dije el otro día. Más que loca de amor debe sentirse en estos momentos despreciada, humillada.

Se puso en pie y apoyó la espalda en la chimenea.

—No pienses que temo que Inés se eche a la mala vida ni nada semejante. En primer lugar, lleva dinero para aguantar una temporada sin necesidades; en segundo lugar, ella no es de esas...

Se interrumpió y bajó los ojos.

—... no es como yo. Pero, precisamente por eso, sufrirá más que yo. Daría cualquier cosa por verme en su pellejo; yo sabría arreglármelas, y lo primero, le bajaría las ínfulas a ese tipo, que por muy fraile que sea se ha largado del convento, lo cual no debe de ser muy virtuoso. Luego, ya vería.

Hablaba con rabia. Le brillaban los ojos, le habían enrojecido las mejillas morenas.

—Tendrás que ir a buscarla.

—¿Yo?

—Parece lo natural. Eres su hermana. Si alguien puede hacer algo...

—Me asombra, Carlos —interrumpió Clara—. Yo soy la última persona a quien desea ver Inés. ¿No lo comprendes? Mi presencia la humillaría más.

Carlos se encogió de hombros y empezó a liar un pitillo.

—Naturalmente, no estoy en todos los matices de vuestra intimidad, pero pienso que Juan no es el indicado. Además, no está ahora en condiciones de hacer un viaje. Lo del alquiler de los barcos por el sindicato está maduro, y Juan no abandonará el asunto fácilmente, no debe abandonarlo. Puede ser su éxito, su gran éxito, eso que busca y espera hace más de dos años. Por mucho que quiera a Inés, no irá a buscarla, al menos de momento.

—De todas maneras, y aunque me resulte difícil, tengo que decirle lo que pasa.

Sonrió.

—Me va a dar de bofetadas. Voy a pagarlas yo, como si fuera la culpable. Ya casi me pega cuando le dije que Inés se había ido, y eso que creyó que marchaba al convento.

Se llevó las manos al rostro.

—No sé si me da más pena él que ella.

Carlos dobló la carta y se la tendió. Clara la apretó con rabia.

—Había de echarle yo la vista encima al fraile ese...

—¿Qué querías? ¿Que se liara con Inés? ¿No era ese, precisamente, tu temor cuando ella marchó?

—Una nunca sabe qué es mejor ni peor...

Guardó la carta en el bolsillo del abrigo.

—... una nunca sabe de qué se trata en este pijotero mundo. Te hablan de honradez y de decencia, y si eres decente puedes tener por seguro que eres desgraciada. Te hablan de Dios, y, cuando lo necesitas, no lo encuentras en ninguna parte. Pero si dejas de ser honrada tampoco eres feliz, y si le vuelves la espalda a Dios, Dios te está llamando a todas horas.

—¿Tú le oyes?

—¡Sí, hijo, sí; en mi propia vergüenza! Y supongo que si Inés no quiere oírlo, tendrá que taparse bien las orejas. Y aun así...

Hizo con la mano un movimiento vago, resumidor, y bajó la cabeza.

—A veces crees ver una salida, y corres como una loca, para darte, al final, de narices contra el muro. No hay tal salida. No hay más que aguantar y seguir adelante, aunque sea volviendo atrás. Y todo porque nadie puede arreglárselas solo.

Dirigió a Carlos una mirada rápida.

—Ni tú. Y cuidado que eres egoísta. Cuidado que sabes defenderte de la vida a fuerza de palabras. Pero, aun así, a pesar de tu castillo, y de tu torre, y de esa ventana desde la que nos miras a todos, necesitas un bufón, una querida y la amistad de una vieja loca. Y no eres feliz.

La mano de Carlos protestó.

—¡Un momento! No me propongo serlo. Sé lo bastante de la vida para no hacerme ilusiones, ni pretender imposibles.

Clara movió la cabeza, sonriendo.

—De libros quizá sepas mucho, porque supongo que habrás leído todos estos; pero de la vida no sabes gran cosa. A pesar de tus años me pareces a veces un niño de esos que presumen de saberlo todo porque son muy estudiosos, pero que se llevan todas las tortas que se pierden en el colegio.

Carlos estaba sentado, y el cigarrillo se consumía entre sus dedos. No dejaba de sonreír, pero su sonrisa parecía forzada, falsa. Y miraba a Clara desde la penumbra, como enmascarado o protegido en ella.

Clara se acercó.

—No has sufrido nunca. Es para lo que te reconozco talento, para escurrir el bulto. Pero no te confíes, porque, tarde o temprano, a todos nos coge el toro, y a ti va a cogerte desprevenido.

En el auditorio figuraban los patrones de todos los pesqueros y dos hombres por cada tripulación. Frente a la tasca del Cubano, al socaire de los secaderos, esperaban grupos de hombres silenciosos. Saltaba, a veces, la chispa de un encendedor; un hombre soplaba la mecha, encendía el pitillo y la pasaba a los otros del corro. Si alguien decía: «Tardan», le respondían «Tardan», y continuaba el silencio. O bien: «Si sigue el viento, nos vamos a morir de hambre». «Pues el viento va a seguir».

El viento venía del sudoeste, en rachas violentas, y empujaba las nubes oscuras. Ellos miraban a las nubes, cuando no miraban a la puerta de la taberna o a la luz del interior. Las miraban atravesar el cielo y perderse en la tierra del Nordés, por encima de los montes renegridos.

—El diecisiete, por esta época, fue la galerna. Se murió mucha gente.

Uno arrojó el cigarrillo con violencia.

—Voy a ver qué pasa.

—Dijeron que no entrase nadie.

—Yo voy...

Atravesó la calle, abrió la puerta con precaución. Aldán, en el fondo de la tasca, leía unos papeles. Levantó la cabeza al sentir la puerta, esperó, siguió leyendo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Aquello no lo entendía nadie, pero sonaba bien. El Cubano interrumpió una vez, para precisar una palabra. Juan la tachó y escribió otra.

—Es para que quede claro —explicó el Cubano, y miró a todas partes, como buscando aprobación.

—De acuerdo.

Juan terminó la lectura. Dobló los papeles y puso la mano encima.

—Entonces, todos conformes. Hay que buscar ahora quien nos ponga esto a máquina.

—¿Para qué?

—Es la costumbre. Hay que hacer varias copias. Nosotros nos quedaremos con una.

Bebió un trago del vaso que tenía delante.

—Ahora, que salga alguien para que sepan todos que estáis conformes.

Se abrió la puerta, salieron cuatro o cinco; una racha de aire sacudió la llama de las velas.

—Como siga el viento va a dar lo mismo —dijo un marinero joven, y marchó.

Juan se levantó y entregó los papeles al Cubano.

—Dáselos al oficial del Ayuntamiento. Que haga tres copias.

—Hará cuatro —sonrió el Cubano—; una para Salgado.

—¿Y qué? No tramamos nada a espaldas de nadie. Cuanto antes lo sepa...

La tasca iba quedando vacía. Carmiña preguntó a Juan si quería comer algo.

—No. Estoy cansado y voy a acostarme pronto. Dame, en cambio, otro tinto.

El Cubano preguntó:

—Entonces, ¿cuándo es la visita a la vieja?

—Si mañana tenemos las copias, pasado mañana.

Temblaron las ventanas, sacudidas por una ráfaga violenta.

—Menos mal que no hay barcos en la mar —dijo Carmiña al servir el tinto.

Y el Cubano:

—Te vas a poner como una sopa de aquí a tu casa. Podías quedarte.

—No, no...

Tomó el vino, se puso el impermeable y salió. Las calles estaban barridas, el viento las llenaba de estruendo. Juan subió la cuesta, atravesó el pueblo y salió a la carretera. Tuvo que refugiarse bajo un alpendre en un momento en que la lluvia arreciaba.

Clara esperaba en la cocina, junto al fuego. Juan dijo «¡Hola!», y pasó de largo.

—Juan.

Se detuvo.

—Estoy cansado. Llévame la cena a la cama.

—Aguarda un poco. Tengo que hablarte.

—Estoy cansado.

Clara se levantó, cogió la palmatoria y atravesó la cocina. Al llegar frente a Juan, alzó la luz y le iluminó el rostro.

—Siento que estés cansado, Juan. Se te nota en la cara.

—¿Qué sucede? ¿Algo de mamá?

—No.

Sacó del bolsillo la carta del padre Ossorio y se la tendió. Juan miró la carta, sorprendido; la miró a ella, interrogante.

—Lee.

Clara se apartó un poco, pero alargó el brazo para que la luz alumbrase el papel.

—Es para Carlos. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¡Lee, Juan, y no me preguntes!

Se arrimó al quicio de la puerta y espió el rostro de Juan. Le vio contraerse, arrugarse, aterrarse. Juan se pasó la mano por la cabeza y por la frente, terminó la lectura, apretó el papel y fue hasta una silla. Se dejó caer,

con la cabeza hundida entre las manos, silencioso. Clara dejó la palmatoria encima de una silla y permaneció en la puerta del pasillo, donde empezaba la oscuridad: quieta, con la vista fija en su hermano, durante un espacio muy largo. El caldo hervía en el fogón, y, fuera, el viento continuaba su zarabanda ruidosa. Juan no se había quitado el impermeable: el agua de la lluvia, al escurrir, formaba charquitos alrededor de sus pies. Por algún agujero entró un pájaro asustado, tropezó, en su vuelo, con las vigas del techo, fue y vino de una pared a otra, y salió por la chimenea. El líquido del caldo hirviente se derramó sobre las ascuas. Clara se llegó hasta el fogón y retiró el puchero.

—Juan.

Él se levantó, y, sin decir nada, huyó por el pasillo. Sonó, lejano, el ruido de su puerta al batirse. Clara, de puntillas, fue hasta ella, y escuchó. Creyó oír, entre el ruido del viento, unos sollozos. Puso la mano en el picaporte, pero la retiró y volvió a la cocina. Sirvió un plato de caldo, y con la palmatoria en la mano buscó a su madre.

—A ver, mamá. Aguántate un poco, que no tengo más que dos manos.

Resbalaba el caldo por las esquinas de la boca, delgada, gris, hasta la barba; continuaba luego, empapaba el cuello de la blusa.

—A ver, que te limpie. Espera.

Su madre la miraba con ojos turbios, sin vida; gruñía y apretaba los dientes.

—Anda, un poco más. Luego te daré un trago.

—... Sé buena. Una cucharada más. Si no comes vas a morirte de hambre.

—... Vamos. Ya no falta más que un fondito. Abre la boca.

Dejó en el suelo el plato y respiró, fatigada. Salió y volvió en seguida con el anís. Al olor, su madre se removió, gruñó, empezó a lloriquear.

—Toma. Tranquilízate. Bueno, ya basta. ¡Dije que hasta!

La acomodó en el sillón, le limpió la cara y el cuello y la tapó.

—Ahora, duérmela. ¡Te haría Dios mil favores si te llevase!

Al regresar a la cocina se encontró a Juan, sentado en la piedra del llar, mirando al fuego. Juan volvió la cabeza. Clara sintió que sus ojos se le clavaron en la cara, los ojos que no podía ver, pero que adivinaba rencorosos. Se esforzó por aparentar serenidad.

—Mamá es un cuerpo sin alma —dijo.

Dejó el plato vacío en el fregadero y se sentó delante de Juan.

—¿Qué vas a hacer?

Él no respondió. Dejó de mirarla y se volvió hacia el fuego.

—Hay que hacer algo, Juan. La pena no remedia nada.

—¿Qué harías tú?

—Ir a buscarla. Hubiera ido sin decirte nada, pero pensé que no me lo perdonarías. Sin embargo, créeme, me hubiera gustado evitarte el disgusto.

—¿Disgusto?

Sujetó una rodilla con las manos e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Sí. Antes creí que se me venía el mundo encima, pero fue solo el primer momento. Ahora pienso...

Se levantó.

—Había algo que nos apartaba a Inés y a mí. Eso, ahora, habrá desaparecido. Cuando me mire y me sonría, no querrá ya decirme que Dios nos separa, que Dios nos estorba.

—¿Qué sabes tú?

—Tiene que ser así, y si no lo es, la ayudaré a sacarse del corazón lo poco que le quede de Dios en él.

Clara movió la cabeza y sonrió tristemente.

—¿Qué poco entendéis a las mujeres!

—¿Quiénes?

—Vosotros. Carlos y tú.

—¡Ah, Carlos! ¿Qué dijo?

—Tonterías, teorías. Yo no creo que ahora sea cuestión de Dios, ¿entiendes? A Inés hay que ayudarle consolándola. Es una mujer abandonada...

—Abandonada, no. De esa carta se desprende...

—¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! ¡No pasó nada! Pero hay muchas maneras de sentir el abandono... y el desprecio. Basta un minuto; a veces, basta una mirada para lastimar un corazón. Inés, seguramente, lo ha pasado.

Dejó caer la cabeza y añadió sordamente:

—Y yo también.

—¿Tú?

—Tampoco sucedió nada. Hay hombres que andan como perros detrás de

una, pero esos hombres no nos gustan. Y cuando una encuentra un hombre con el que desearía pasar el resto de su vida, o es un fraile, o se llama Carlos Deza.

Se levantó, cogió la palmatoria y la dejó encima de la mesa. Sacó del cajón los cubiertos y los colocó.

—¡Tenemos mala suerte tus hermanas! Y a Inés aún le quedas tú, que es algo. Pero yo no tengo más que el cuerpo sin alma de mamá, y mamá no es una ayuda, ni siquiera una compañía. Mamá no es más que una pena.

Sirvió el caldo de los platos.

—Siéntate. Está caliente.

Juan se sentó y empezó a comer.

—Debes marcharte a Madrid. Me da el corazón que encontrarás a Inés. Podéis volver en seguida.

—¿Volver?

—Bien, esto no lo sabe nadie. Y no ha pasado nada. Y aunque hubiera pasado... No hay que dar a las cosas más importancia que la que tienen.

Juan dejó la cuchara en el plato y la miró con dureza.

—No volveremos nunca. Tú no entiendes...

—Está bien. No entiendo y, sobre todo, no soy nada para vosotros. No me quejo. Hubo un tiempo en que me parecía injusto, pero he aprendido a tomar las cosas como vienen. Ve a buscarla, quédate con ella, y que todo os salga bien. En el fondo me alegro por vosotros. Fuera de aquí podrás trabajar y ella casarse. Esto de ahora, por mucho que le haya dolido, le pasará, y es lo que habrá ganado, no porque vaya a quererte más, sino porque, al importarle menos las cosas del otro mundo, aprenderá a andar con más cuidado por este.

Recogió los platos y volvió al fogón.

—Hay unos huevos. ¿Quieres?

Juan tardó en responderle. Lo hizo con desgana.

—Bueno.

Clara puso la sartén sobre las trébedes, cascó los huevos en una taza y les echó sal.

—Y eso del sindicato, ¿cómo va? —dijo sin volverse y como sin darle importancia.

Juan se sobresaltó.

—¿Del sindicato?

—Sí, lo de los barcos; según Carlos es cosa hecha.

—Así parece.

Humeaba el aceite. Clara echó los huevos en la sartén. Juan empezó a liar un cigarrillo.

—Pues ya iba siendo hora de que algo resultase. No sabes cómo me alegro. Vas a quedar muy bien con tus amigos.

—¡Cállate! —se le rompió el papel del cigarrillo y arrojó el tabaco al suelo, con rabia—. No te metas en eso.

Clara se asustó. Los huevos resbalaron de la espumadera y cayeron, de nuevo, en la sartén.

—No es meterme, hijo; es alegrarme de que tengas un éxito.

—Pero ¿no comprendes que marcharé mañana, que lo abandonaré todo?

Clara dejó caer la espumadera. Los huevos chisporroteaban en la sartén; empezaban a quemarse. Olvidada de ellos se acercó a su hermano.

—¿Vas a dejar a tus amigos en la estacada? ¿Eres capaz?

Juan respondió con dureza:

—Dejaría hundirse el mundo.

Y añadió con voz oscurecida:

—Por eso no volveremos. Me iré mañana en el primer autobús, como un traidor, y tú no dirás a nadie a dónde fui ni por qué.

—¡Dios mío, Juan! ¡No os entiendo!

Juan alzó las manos hasta la mitad del pecho; inició un ademán expresivo, inmediatamente cortado.

—¡Bah! No te hace falta entender. Nada de esto va contigo.

Empezó a oler a quemado.

—¡Vaya por Dios! Se me han chamuscado los huevos.

Corrió al llar y retiró la sartén. Dijo que esperase, que freiría otros, y que ella se comería aquellos. Juan volvió a sentarse.

—¿Te queda algún dinero?

—Claro, hijo. No iba a gastar cincuenta duros en cuatro días.

—Puedes darme algo...

—Te lo daré todo. Yo ya me arreglaré. Tengo cierta práctica.

—No necesito todo. Ya me entiendes. Unos cuantos duros. No sabemos lo

que nos puede pasar. Inés...

—Sí, hombre, sí. No hace falta que te justifiques.

—Es que...

Levantó la cabeza y la miró francamente.

—¡Desembucha! —dijo alto.

—Habría que vender la casa. Podrían dar por ella veinte mil duros. La huerta es grande y buena. Hay muchos pinos en el monte. Veinte mil duros es un buen precio. Los repartiríamos.

Clara frío el segundo par de huevos sin decir nada; los sirvió y puso también los suyos, requemados, en la mesa. Se sentó frente a Juan.

—De acuerdo. La mitad para vosotros, la otra mitad, para mamá y para mí. Mamá también entra a la parte. Si muere, repartiremos también lo suyo.

—Lo he estado pensando. Esta casa es demasiado grande. Podrías buscarte un piso en el pueblo.

—Yo sé lo que he de hacer —hizo una mueca de asco—. ¡Esto no hay quien lo coma!

Apartó el plato con disgusto.

—Si tú no estás, podré hablar a doña Mariana de aquello de la quincalla.

—Me da igual. Habla con ella o con quien quieras. Carlos podrá también ayudarte. Lo de vender la casa traerá enredos. Pero tienes que hacerlo pronto: ya te escribiré a dónde has de mandar el dinero.

Se levantó y encendió en la llama de la vela un nuevo cigarrillo.

—Hasta mañana.

Se fue de prisa por el pasillo oscuro. Clara cruzó los brazos sobre la mesa y contempló, largo rato, la llama bailarina. Después se levantó y se puso a fregar.

No había podido dormir. Llevaba horas revolviéndose en la cama sin encontrar la postura. Si empezaba a transirse, la espabilaba el temor de que Juan se marchase sin decir nada. O bien las imaginaciones le espantaban el sueño. Le dolía una cosa en la cabeza, hacia las sienes; tenía el cerebro fatigado de darle vueltas. Pero, contra su voluntad, las ideas iban y venían y dejaban en su corazón rastros de temor o de esperanza, como si fuesen

realidades. A veces conseguía apoderarse de una, retenerla, estudiarla, tomar una determinación; por fin, se le escapaba, era sustituida por otra y, cuando volvía, tomaba la resolución contraria.

Le hubiera gustado limitarse a pensar en sí misma y en su nueva situación, pero el no saber qué hacer le disparaba las ideas. Había dicho a su hermano, un poco a la ligera, que vería a doña Mariana, que le propondría hacerse cargo de la tienda. Ahora le disgustaba la idea de pedir de favor lo que antes le habían ofrecido. Y, sin embargo, no le quedaba otra salida.

Vendida la casa, tendría un dinero. Le daba miedo imaginarse dueña de una fortuna. Las ideas que la habían desvelado, que le habían cansado el cerebro, partían de aquellos diez mil duros que podía tener en seguida, que probablemente tendría pronto. Servían —habían servido— de trampolín a su imaginación para llevar a cabo todos los deseos frustrados por la pobreza. Algunos, al recordarlos, la apenaban. «¿Es posible que haya alguna vez querido esto?». Lo había querido, lo había acariciado, hubiera hecho cualquier cosa por realizarlo, y ahora le avergonzaba. «¡He cambiado mucho, no sé por qué!».

Los diez mil duros podían cambiarla del todo. Tenía que aconsejarse de alguien, ver de darles un empleo razonable y seguro. Diez mil duros no eran moco de pavo. Si alcanzaban para que Inés y Juan empezasen una vida, también alcanzarían para que ella y su madre subsistiesen.

¡Cómo había soplado el viento toda la noche! Seguramente habría arrancado tejas y descuajado algún árbol. Tendría que recorrer los pinos en cuanto se hiciese el día. Si alguno hallaba derribado lo vendería. Y si era de los nuevos haría leña. El viento tenía que haber dañado también las tierras y los montes. Viento como aquel no lo recordaba. Había llegado a tener miedo, arrebujada en la cama; miedo de que las paredes cayesen, de que el techo entero volase. El viento parecía una cabalgata de demonios ululantes. Hacia las cuatro se había calmado un poco. Ahora volvía a arreciar.

Le pareció oír ruido en la cocina. Saltó de la cama, se puso las zapatillas y el abrigo, y arrimó el oído a la puerta. Sintió el rumor suave de unos goznes, y el corazón le saltó en el pecho. Juan se iba: sin decir nada. Más que irse, huía.

Corrió a la ventana y entornó las maderas. El corral estaba oscuro. Se batía la puerta de la bodega y, en algún lugar remoto, algo que golpeaba un

caldero le sacaba ruidos de campana. Negreaba el fango del corral, pero, a la entrada, clareaba la carretera. Fijó allí la mirada, donde empezaba el claro, y esperó. La sombra de Juan tardó unos minutos en pasar. Nada más que la sombra, delgada y rápida. Podía, quizá, llevar un bulto en la mano; pero acaso fuese sin equipaje.

La carretera se borraba en seguida. La sombra de Juan se perdió también en la oscuridad. Clara lloraba, hipaba fuerte, acongojada. Se arrojó en la cama, escondió el rostro en la almohada, hasta que el llanto le pasó. Entonces encendió la luz y salió de su habitación. Estaba helado el aire en los pasillos, y el viento penetraba por todas las rendijas. Fue a la habitación de Juan: la cama estaba sin deshacer, el armario abierto y vacío. Había en el suelo papeles rotos, colillas, unos zapatos viejos. Volvió a darle la congoja, pero se dominó. Cerró la puerta y abrió la del cuarto de su madre: oyó un ronquido, medio estertor. Alzó la vela, y vio a su madre dormida. La manta le había caído, las faldas se le habían remangado, un brazo le colgaba fuera del sillón.

Le salió una mueca como una sonrisa.

—Esto es lo que me queda, y, después de esto, nada.

Tapó a su madre y marchó. Volvió a acostarse, pero no apagó la luz. Se le había ido, definitivamente, el sueño.

«Y también podía vender los bártulos, meter a mamá en un asilo —en una habitación de pago, naturalmente— y largarme con ese dinero. Podía marcharme a la Argentina. Dicen que por allí las cosas no van bien, pero me da el corazón que encontraría trabajo, y quizá con quien casarme. No es imposible que llegue a gustarle a un buen hombre. No cometería el error de contarle nada. Fui una estúpida con Carlos...».

Pero el recuerdo de Carlos le hizo olvidar inmediatamente el proyecto de emigrar. Entonces pensó que no tenía por qué moverse de Pueblanueva, porque allí estaba todo lo que le apetecía en el mundo, y que lo mismo hallaría trabajo.

Imaginó una tiendecita pequeña, muy limpia, con los anaqueles muy ordenados y un felpudo en el umbral para que las aldeanas se limpiasen las zuecas y no le manchasen el piso. A lo mejor, su dinero y el de su madre, juntos, alcanzaban para comprarla.

—Tendré que consultarlo con Carlos.

Se oyó cantar a un gallo. El largo pabito de la vela se dobló y chisporroteó en la esperma derretida.

—Ahora Juan estará en el autobús. ¡Y no me ha pedido el dinero!

Saltó de la cama, se vistió sin lavarse, se puso un pañuelo a la cabeza y salió corriendo de la casa. Llevaba, en una mano, unos billetes bien apretados. El viento le daba de cara, frenaba su carrera. Dio una hora en el reloj de Santa María, pero no contó las campanadas. Entró en el pueblo, siguió hasta la plaza. Esperaba, todavía, el autobús, y los viajeros eran escasos. Buscó a Juan bajo los soportales; luego, en el interior del coche. La pareció adivinarlo en un rincón del fondo. Se acercó. Juan dormía, o se hacía el dormido, con la cara vuelta hacia la esquina oscura y apoyada en un brazo.

—Juan, Juan.

Se sentó a su lado, jadeante. Juan levantó un poco la cabeza.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

—Sigue durmiendo. Te meto ese dinero en el bolsillo.

Carlos dejó el carricoche arrimado a la pared del monasterio, cerca de la puerta de la iglesia, donde no soplaban el viento. Un fraile que le había visto llegar llevó el recado al padre Eugenio. Tardaron con la respuesta: Carlos empezaba a helarse en el zaguán, y lo recorría de un ángulo a otro, se soplaban los dedos, pisaba fuerte. Por la puerta abierta llegaba el rumor del viento, orquestado por los arcos y las bóvedas. Apareció el fraile y le dijo que pasara; le precedió, por los claustros y las escaleras, hasta el estudio del padre Eugenio.

—Pase, haga el favor.

Fray Eugenio se hallaba sentado en un taburete alto, ante un tablero grande, de dibujo. Se volvió al oír la puerta.

—Pase, haga el favor, don Carlos.

El fraile quedó esperando. El padre Eugenio añadió:

—Advierta a Su Reverencia que está aquí el doctor Deza.

Saltó entonces del taburete y fue hacia Carlos, con las manos tendidas.

—Venga, venga. Me alegro de su visita. Pensaba mandarle recado dentro de un par de días.

Señaló un cartón que había encima del tablero.

—El padre prior me ha autorizado a empezar en serio el trabajo de Santa María de la Plata. Llevo con él cuatro días. ¿Quiere usted mirarlo?

Carlos se acercó y contempló los bocetos.

—Es de evidente inspiración bizantina, sobre todo en la concepción de las figuras y en la composición. No así en la ejecución, porque carezco de modelos próximos. Esto no lo he copiado de ninguna parte; he tenido que desenterrar mis recuerdos.

Le miró de soslayo:

—Le habré contado ya mi viaje a Sicilia, ¿verdad?

—No. No recuerdo.

—Creí habérselo contado —se le veló la voz un instante—. Algún día lo haré, porque es cuento largo. Y muy importante, créame. Se lo contaré algún día. Entonces descubrí el arte bizantino, y me impresionó. Pero los dibujos hechos durante el viaje Dios sabe dónde fueron a parar, y en nuestra biblioteca no tenemos nada que me sirva. Por eso...

Indicó unas partes del boceto.

—Vea. Esa es la pintura del ábside. Un Pantocrátor, la Virgen y los Cuatro Evangelistas. No es lugar donde estos últimos acostumbraran a pintarse, pero, al no tener cúpula la iglesia, no dispongo de sitio adecuado. He tenido, pues, que variar en algo la composición, pero el estilo se conserva, ¿verdad? O, más bien, la inspiración.

Trazó un círculo con la mano, un círculo que abarcaba las figuras señaladas.

—Ahora estoy estudiando el color. Aquí las variaciones serán mayores. Al ser románica la iglesia me gustaría usar los colores acostumbrados por los fresquistas de Occidente. Diferían bastante de los bizantinos. ¡Si pudiera hacer un viaje a Cataluña...! Allí...

Carlos se había debruzado sobre el tablero y estudiaba las figuras de cerca, con aparente interés. Fray Eugenio dejó de hablar y le espío el rostro. Parpadeaba con inquietud.

—¿Le parece bien?

Carlos se enderezó.

—Sí. Me parece bien. Me gustan.

—El boceto no da más que una idea aproximada. Ya sabe usted que la magnitud es, en el arte bizantino, un elemento estético de gran fuerza. Según mis cálculos, el Pantocrátor medirá tres metros largos. No es mucho para una iglesia oriental; para la nuestra es suficiente. Está proporcionado.

Rebuscó un papel y se lo enseñó a Carlos.

—Estas son las medidas exactas de la iglesia. El Pantocrátor guardará relación. ¿Sabe usted que se cumple en todas ellas la sección áurea? Lo he comprobado...

—Echará mucho de menos al padre Ossorio, ¿verdad? Le hubiera sido de gran ayuda.

Fray Eugenio guardó el papel de los cálculos y revolvió nerviosamente en un montón de lápices.

—Relativamente. Las ideas del padre Ossorio me han ayudado mucho en la concepción, pero ahora no me ayudarían en lo más mínimo. Me encuentro ya dentro de lo específicamente pictórico. Ahora todo consistirá en que recobre mi destreza y recuerde mi oficio. Tengo un gran entusiasmo. En cuanto termine los bocetos, en cuanto los aprueben el padre prior y doña Mariana, me ejercitaré unos días en la pintura al fresco. Tengo que buscar entre mis ayudantes un par de ellos que no sientan mareos de trabajar encaramados a un andamio, y les enseñaré la técnica. Bueno. Se la enseñaré y de paso recordaré lo olvidado.

Carlos se sentó en el taburete, de espaldas a la ventana y al tablero. Ofreció un pitillo al padre Eugenio.

—He recibido carta del padre Ossorio.

—¿Usted?

—Sí. Ayer. No puedo dársela porque no la tengo ya, pero puedo contarle lo que decía.

Fray Eugenio había dejado de estar alegre. Le miraba con desencanto, con tristeza.

—No, no. ¿Para qué? Serán cosas de ustedes dos.

—No. Son cosas del padre Ossorio. Solo suyas. Si me ha escrito ha sido por ciertas razones...

Se interrumpió para encender los cigarrillos.

—... y creo que usted debe saberlo. Se trata de Inés Aldán.

—¿Inés Aldán? ¿Cuál de ellas es Inés? ¿La más joven? —le temblaba la voz, sobresaltada; le temblaba el cigarrillo entre los dedos; preguntaba con rostro ansioso, con mirar de angustia.

—No. La otra. La que vino al monasterio durante dos años. Marchó al día siguiente del padre Ossorio. No dijo a dónde, pero suponíamos que tras él. Como la carta no es muy explícita, solo puedo repetirle lo que dice: que quiso convencer al padre Ossorio de que regresase al monasterio, y que, al comprender que no lo haría nunca, le propuso que se fuesen juntos. El padre Ossorio la mandó a paseo.

El padre Eugenio sacudió la ceniza y quedó mirando al suelo.

—¿No le alegra? —preguntó Carlos.

Fray Eugenio levantó la mirada unos instantes.

—No lo sé.

—Evidentemente, ha triunfado la virtud.

—¿Está usted seguro?

Carlos soltó una carcajada.

—¡Claro que no, padre, claro que no lo estoy! Y me alegro que tampoco usted lo esté.

—... aunque quizá por distintos motivos.

—Es lo de menos.

Carlos había cogido un lápiz y trazaba rayas en una hoja suelta de papel.

—Le confieso que me fastidió el resultado de la aventura por lo que tiene de fracaso personal. No solo había pensado que el padre Ossorio caería muy pronto en manos de una mujer, sino que, al saber que Inés le había seguido, supuse que sería ella.

Arrojó el lápiz con rabia.

—Pero el frailecico nos ha salido casto, ¿comprende? Y le dio con la puerta en las narices a Inés y me escribió diciéndome que estaba loca y que fueran a buscarla.

—Pero él no regresa al monasterio.

—Naturalmente que no. No lo hará nunca. Me dijo con toda franqueza que no lo haría. Al padre Ossorio le interesaba el monasterio en tanto que le sirviese de refugio para entregarse a una tarea intelectual. Al convencerse de que no sería así, marchó a buscar refugio en otra parte —sonrió

desdeñosamente—. No me atrevo a apostar un real por su éxito: su carta es de una gran torpeza. El padre Ossorio no es un alma delicada.

—A mí me apena la situación por otras razones.

Levantó la cabeza rápidamente y clavó los ojos en los de Carlos.

—¿No lo comprende? El padre Ossorio ha desdeñado una ocasión de salvarse, ha dado un paso en su condenación.

—No lo entiendo, o no ha entendido usted lo que le dije. El padre Ossorio dice claramente que Inés le ofreció irse a vivir juntos..., como hombre y mujer; su frase fue «perdámonos juntos».

—Le había entendido perfectamente.

—¿Entonces?

Fray Eugenio sostuvo la mirada burlona de Carlos.

—Alguna vez me ha oído quejarme de no entender a la Providencia, pero no siempre Dios es ininteligible. Cuando un hombre como el padre Ossorio marcha derecho al pecado, la Providencia le da a elegir. Está claro que lo ha hecho en este caso; el padre Ossorio es un soberbio...

Se interrumpió, y añadió en seguida con voz medrosa:

—... todos los somos. Usted también, y yo. Pero al padre Ossorio la Providencia le ofreció la última oportunidad. Si se hubiera quedado con Inés, si hubieran vivido maritalmente, por mucho que intentase apagar la conciencia de pecado no lo conseguiría del todo, no lo conseguiría nunca. Un día se arrepentiría, acaso en el último minuto de su muerte. Pero así...

Volvió a interrumpirse.

—¿Le canso? —preguntó.

—No. Siga.

—El soberbio carece de conciencia de culpa, porque suele tener razón y no reconoce que haya algo más alto que su razón. El padre Ossorio la tiene, y piensa que ha hecho bien. Y carece de humildad, y nada de lo que haga le llevará a ella. Nunca será un pobre pecador. Lo hubiera sido, en cambio, de la otra manera. Se avergonzaría de sí mismo, llegaría a sentirse humillado por su propia debilidad y acabaría siendo humilde. ¿No está de acuerdo?

Carlos se encogió de hombros y arrojó la colilla a un rincón alejado.

—No sé. Además, el padre Ossorio no me importa. Le he perdido toda simpatía.

Las oficinas del Ayuntamiento las abrían a las nueve y media. Clara se asomó a la ventanilla y llamó al oficial.

—Quiero vender mi casa —le dijo.

Le informaron de lo que debía hacer para que se anunciase la pública subasta, y, en resolverlo, consumió buena parte de la mañana. Fue piropeada. Un escribiente de mano larga recibió un sopapo y la advertencia de que la interesada no admitía bromas. Preguntó entonces si habían cambiado las cosas, y Clara respondió que sí.

—No será que vas a casarte con el médico nuevo.

—Será por lo que sea, pero las manos en los bolsillos.

—¿Y es por eso por lo que vendes la casa?

—La vendo porque me apetece.

—Te hará falta poder de tus hermanos y de tu madre.

—La casa es mía. En el registro está a mi nombre y no necesito poder de nadie.

De todas suertes la cosa no era fácil. Tenía que sacar determinados papeles, pagar ciertas pólizas y derechos. No le alcanzaba el dinero para todo. Le dijeron que no había prisa, pero que los pagos tenían que hacerse antes de formalizar la subasta.

—Para anunciarla, basta con el timbre móvil.

No tenía nada a mano que vender. Le habían dado un papel con la cuenta de los gastos. No era mucho, y le concedían un plazo. Pero no se le ocurría de dónde podría sacar los cuartos.

Abrió el paraguas y marchó, calle abajo, hacia la lonja; recordó entonces que los barcos no salían a la mar, que los pescadores pasaban hambre, y volvió sobre sus pasos. Husmeó en el mercado, a ver si encontraba algo barato con que guisar un compango para ella y para su madre. Halló unos hígados de cerdo.

Después buscó al Relojero, que tenía el tenderete a medio cerrar y que desaparecía tras un montón de paquetes.

—¿Te vas de viaje?

El Relojero hizo un guiño.

—Fue cuestión de recibir *el aviso*. Me voy un día de estos.

—¿Con este tiempo?

—Cuando pase. Lo peor aún no llegó. Es como en el diecisiete. Entonces fue cuestión de terminar en galerna y de ahogarse mucha gente. Cogió a los barcos en la mar.

—¿Sabes dónde anda don Carlos?

—A estas horas de vuelta. Esta mañana le dio por ir al monasterio.

—¿Es que va a meterse fraile?

—Allí no querrán a la Galana.

—Tenía que hablar con él.

—Estará al llegar a casa de la vieja.

—¿Por qué no vas a avisarlo de mi parte?

El Relojero echó mano a un paquete muy voluminoso.

—¿Quieres ver esto?

Era una larga tira de cretona floreada de rojo: diez metros de flores.

—¿Para tu novia?

—Cada año le llevo un traje.

—¿Sin hacer?

—En cuanto llego la desnudo, la envuelvo la tela al cuerpo, y con imperdibles y una cuerda para la cintura, listo.

—Estará guapa.

—A mí me gusta.

—Es bonito. Anda, ve junto a don Carlos. Dile que traiga el carricoche: no tengo ganas de mojarme más.

—¿Me cuidas el puesto?

—Bueno.

Tardó poco en regresar.

—Que lo esperes en los soportales, que llega en seguida.

Se metió en el cuchitril.

—La vieja está acatarrada, ¿sabes?

—No pases pena, que a esa no hay rayo que la parta.

Clara esperó, paseando bajo los soportales. Todavía compró unas cebollas a una vendedora que se retiraba y quería deshacerse de la mercancía sobrante.

De pronto se dio cuenta de que el carricoche estaba parado cerca de ella, y de que Carlos la contemplaba, riendo.

—Pues no es para ponerse así, hijo. No están las cosas para risas.

—¿Te pasó algo con Juan?

—Ayúdame a subir y te contaré. Puedes llevarme a casa.

Le contó por encima lo sucedido la noche anterior y aquella misma mañana. Carlos pareció preocupado.

—Hizo mal tu hermano en marchar tan pronto. Es abandonar a los pescadores.

—Eso le dije yo.

—Y con él fuera, la vieja no creo que acceda a nada. ¿Cuándo vuelve?

—No volverá.

Carlos soltó las riendas y el carricoche se detuvo.

—No lo entiendo.

—Me dijo también que vendiera la casa. Quedé de mandarles la mitad de lo que den por ella.

—Pero ¿vas a quedarte en la calle?

—Ya me arreglaré. Claro que... necesito alguna ayuda.

Pasó a Carlos el papel con la cuenta de gastos.

—En el Ayuntamiento me dieron eso. Y yo no tengo un real. Di a Juan todo lo que había en casa. En cuanto venda, pagaré.

Carlos se guardó el papel.

—Aquí el único que puede comprar es Cayetano.

—La finca es buena, Carlos. Tiene setenta ferrados de monte y veinte de regadío. Bien trabajada da dinero. Puede convenirle a cualquiera.

—Sí, pero nadie dispone de cuenta corriente para imprevistos.

Recogió las riendas y arreó al caballo.

—A no ser que pienses vendérselo a la vieja. Ella también puede comprarla. Le hablaré, si quieres.

—De ninguna manera. Podría pensar que vendo... para obligarla a ella a comprar.

—De todos modos, cuando se entere querrá hacerlo. Cayetano está empeñado en quedarse con todos los bienes de los Churruchaos, y ella en impedirselo.

—Pero no tiene por qué enterarse. Está enferma, y tú no le dirás nada.

—Como quieras.

—Puedes, en cambio, preguntarle si está dispuesta a alquilarme el bajo que tiene vacío en una casa de la plaza. Ya sabes, donde quería poner una tienda y encargarme a mí de ella.

—¿Para qué te interesa?

—Si vendo la casa puedo abrir yo la tienda. El sitio es muy bueno.

—No te imagino vendiendo metros de puntillas a las aldeanas.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Cada uno tiene su destino, y el tuyo no es ese.

Se volvió hacia ella, riendo, y le dio una palmada en el hombro.

—Tú eres una mujer dramática, Clara. Luchando contra tus hermanos, contra la pobreza, contra el pecado, estás en tu salsa, eres tú misma. Pero detrás de un mostrador pierdes la mitad del interés. Doña Mariana tuvo que darse cuenta cuando te ofreció el empleo.

—No, hijo, no. Lo que doña Mariana pensó es que, a lo mejor, te compadecías de mí y te casabas conmigo por lástima.

—Da igual. A su modo, ella sabía que eres una mujer interesante y, también a su modo, pretendía que dejases de serlo. Pero ahora eres tú la que te conviertes en tu propia enemiga.

—¡Vaya! ¿Llamas enemistad a intentar salir de apuros de una vez?

Carlos sacó un pitillo, lo lio rápidamente y lo encendió.

—Un gran poeta dijo: «Sé fiel a ti mismo». Tu obligación es mantenerte en tu casa, luchar contra la miseria, contra ti misma, contra tu propio demonio, y aguantar la lucha hasta el final.

—¿Y cuál será el final?

—¿Quién puede saberlo? —Carlos se echó a reír—. A lo mejor ocupar la plaza que deja vacante tu hermano. Una mujer como tú sería un gran caudillo anarquista. ¡Piénsalo, Clara! Si mañana te presentas a la vieja al frente de la comisión de los pescadores a exigirle lo que Juan tenía que pedir, la vieja se asombrará y, a lo mejor, te regala los barcos.

—No dices más que tonterías, Carlos. Pero, además, las haces, porque todo eso que acabas de aconsejarme, supongo que en broma, es lo que vienes haciendo desde que llegaste al pueblo. Solo que a ti te visita una mujer todas las noches y yo duermo sola.

Le agarró de un brazo y lo sacudió.

—Y estoy harta, ¿sabes?, y, además, tengo miedo. Como pueda poner la tienda la pondré, aunque a ti no te guste; y si no quieres ayudarme, allá tú. Y si está en mi mano haré todo lo contrario de lo que dices: dejaré de ser pobre, me respetarán los hombres y me casaré con el primer tío decente que me lo pida. Me importa un pito dejar de ser una mujer interesante; lo que quiero es ser un poco feliz.

—¿Y por qué me lo dices con esa ira?

Clara le soltó el brazo, lo miró largamente y no respondió. Estaban llegando al pazo de Aldán.

—Bueno —dijo Carlos—, veré de conseguirte ese dinero y le hablaré a la vieja.

Las zuecas de Clara chapotearon en el fangal de la corraliza al atravesarlo. Subió al patinillo y, desde él, se volvió. Carlos le hizo una seña y dio la vuelta al coche. Con el viento y el agua de cara tuvo que taparse las piernas. Dio un rodeo al pueblo, subió al Penedo. Paquito, el Relojero, no había vuelto aún. Carlos subió al cuarto de la torre y miró cuánto dinero tenía: no llegaba a trescientas pesetas, menos de lo que Clara necesitaba. Se lo echó al bolsillo, escribió una nota para que el Relojero pasase por casa de la vieja después de comer, se la dejó en el zaguán, en lugar bien visible, y regresó.

Doña Mariana se había levantado, y le esperaba, envuelta en mantas y cerca de la chimenea, con la mesa puesta. Carlos explicó su retraso.

—Creí que Clara había logrado raptarte.

La Rucha sirvió la sopa. Mientras comían, Carlos contó las novedades.

—Juan se ha llevado todo el dinero que había en casa, yo tampoco tengo y Clara está necesitada. Habrá que hacerle un préstamo.

—Querrás decir un regalo.

—Un préstamo. ¿Sabe usted que se ha decidido a poner una tienda? Me encargó que le preguntase si está usted dispuesta a alquilarle no sé qué bajo.

—¿Poner una tienda ella? ¿Con qué dinero?

—Va a vender el pazo, pero me encargó que le guardase el secreto. No quiere que usted lo sepa.

A doña Mariana le hizo gracia la decisión de Clara.

—Esta chica es la única que tiene arrestos de todos vosotros. Me gustaría que fuese mi sobrina.

—Puede usted adoptarla.

—No creo en falsos lazos de sangre. Además, está Germaine. Y yo quiero que se case contigo.

Carlos dejó caer la cuchara y la miró con estupefacción fingida.

—¿Tan mal la quiere?

—Este verano haremos un viaje a París.

—¿Haremos?

—No pretenderás que vaya sola. Y quiero averiguar el misterio de mi sobrino Gonzalo y de su hija, y traérmelos. No es que me haga gracia Gonzalo; pero tengo ciertos deberes con Germaine.

—Y de los barcos, ¿qué?

—Si Juan no está, no hay nada de lo dicho. Es un favor que hacía a Juan.

—Juan diría...

—Juan diría tonterías, como tú. Ya puedes llegarte a la taberna del Cubano, esta tarde, y explicarles que las cosas seguirán como hasta aquí.

—Tendré que dar unas razones.

—Las inventas.

Cuando estaban tomando el café, llegó el Relojero. Carlos pidió a doña Mariana doscientas pesetas, las metió en un sobre con sus trescientas, y las envió a Clara.

—Llévate el coche —dijo a Paquito— y regresa en seguida. Tengo que salir.

A la caída de la tarde, el viento se hizo más fuerte. *Bonito* arrastraba el coche con dificultad; la capota parecía volar.

Carlos volvió el coche a la cochera y el caballo a la cuadra.

—¿Vas a ir así, con esta lluvia?

Pero a Carlos, de pronto, le había entrado comezón de hablar con el Cubano y con los pescadores. Se envolvió en una bufanda. Hizo cara al vendaval.

Algunos marineros, metidos en sus ropas de agua, contemplaban, desde el pretil del malecón, los barcos anclados. Al pasar, oyó Carlos algo acerca de las amarras.

Frente a la tasca, un grupo discutía si sería mejor encender fuegos y sacar los pesqueros al medio de la ría. Cuando vieron llegar a Carlos, quedaron silenciosos. Carlos les saludó y entró en la tasca.

Carmiña estaba en el mostrador. Dijo en seguida que su padre andaba por dentro, pero que le avisaría. Mientras, podía tomar algo.

—Tráeme un tinto.

Dos mujeres que compraban algo le miraron y cuchichearon. Entraron dos marineros de los que estaban fuera y volvieron a salir. Por los vidrios empañados de la ventana se adivinaron sombras curiosas.

El Cubano llegó corriendo.

—¿Sucede algo, don Carlos?

Se sentó a su lado. Carmiña regresó al mostrador y chilló a las compradoras.

—¡Vamos, idos ya! No os importa nada.

Salieron las mujeres. Carlos dijo que no era necesario.

—Pero ¿sucede algo?

—Sabrá usted que Aldán se marchó esta mañana.

—¿Que se marchó? ¿Adónde?

—A Madrid.

—Pero, marcharse, ¿cómo? ¿Por qué? —sacó tabaco, lo dejó en la mesa sin liarlo—. Tenía que haber venido, pero con este tiempo pensé que estaría en su casa. Habíamos quedado en que mañana...

—Por eso vengo.

—Es que Juan, ¿no regresará? —súbitamente asustado, cogió a Carlos por la muñeca—. ¿Es eso, don Carlos? ¿Que no regresará?

Carlos se encogió de hombros.

—Personalmente, no me ha dicho nada, pero no creo que regrese. Pasan cosas...

El Cubano había bajado la cabeza y jugueteaba con el cigarrillo.

—Me pareció mejor hablar con usted antes de que la gente se entere. Ya sé que será difícil convencerles de que no los ha abandonado; pero usted, al menos, puede comprender que existan unas razones. Usted es distinto de los demás; conoce a Juan y ha andado por el mundo.

El Cubano seguía con la cabeza baja. El cigarrillo se había roto entre sus

dedos, y recogía en un montoncito el tabaco desparramado.

—¡Unas razones!

Dio, de pronto, un puñetazo fuerte en la mesa y miró a Carlos con ira.

—¡Unas razones! ¿Cree usted que hay razones bastantes para dejar plantados a los que confiaban en él? Dígalo, don Carlos: ¿hay razones bastantes? ¿Puede haberlas?

—Algo de las hermanas... Algo grave, quizá.

—¿Acaso sus hermanas valen más que esa gente? —volvió a golpear la mesa—. ¡No son cuatro gatos, don Carlos! ¡Son sesenta familias que estaban pendientes de él! ¡Son sesenta hombres que le escucharon y se fiaron de su palabra durante años! Y toda esa gente tiene hambre y empieza a hartarse de tenerla.

Dejó caer las manos desalentadas.

—En cuanto lo sepan, más de diez irán a pedir trabajo al astillero. Y el otro jugará con ellos hasta saber que no pueden más, hasta que les haya hecho perder la dignidad y les dé la limosna de un empleo.

Se levantó y dio un paseo hasta la esquina opuesta. Se detuvo, regresó en silencio. Había, en medio, un taburete. Lo golpeó con la pata de palo, furioso.

—¡Lo que sucede —dijo, tendiendo hacia Carlos los puños cerrados— es que no puede uno fiarse más que de los de su clase!

—Usted tiene familia y no la abandona.

—También la tenía en octubre del treinta y cuatro y fui a la cárcel.

Se acercó al mostrador.

—¡Dame una copa!

Carriña, tranquila, se la sirvió. El Cubano la bebió de un trago, carraspeó y marchó hacia la puerta. Iba a abrirla y se volvió.

—Con usted no va nada, don Carlos. Pero usted comprenderá que eso tiene un nombre, y que el señor de Aldán lo ha perdido todo con nosotros.

Con la puerta entreabierta añadió:

—¡El señor de Aldán! ¡Al fin y al cabo, un señorito!

Cerró con fuerza. Carriña abandonó el mostrador y se acercó a Carlos.

—¿Me dice a mí lo que pasó?

Le brillaban los ojos y le temblaba la voz.

—Inés está en Madrid, en mala situación, y él tuvo que ir allá.

—¿Y no va a volver? ¿De veras que no va a volver?

—¿Qué sé yo?

—Siempre estaba triste por las hermanas.

Vio la taza de Carlos vacía.

—¿Quiere más vino?

—No.

—¿Y usted cree que, sin él, eso de los barcos...?

—A ti puedo decirte que era un favor de la vieja a Juan. Al no estar Juan, no hay favor.

Carmiña sonrió tristemente.

—Nunca creí otra cosa. La gente no se desprende de lo suyo así como así.

—Pero iba a desprenderse, y nadie hubiera sabido por qué lo hacía.

—Eso sí.

Recogió las manos bajo la cruz de la toquilla.

—Mi padre dirá lo que diga, pero Juan es un buen hombre. Si le escribe, mándele recuerdos de mi parte.

Dio la vuelta, se metió detrás del mostrador y empezó a lavar las tazas sucias.

Fuera, el viento no apagaba las voces, cada vez más fuertes, más violentas, de los pescadores. Se habían juntado veinte, treinta. El Cubano, en medio del corro, les hablaba. Vestían todos ropas de aguas y algunos llevaban faroles.

Como a las nueve de la mañana, Paquito el Relojero entró en el cuarto de Carlos. Traía, en una bandeja, el desayuno. Carlos le preguntó por qué lo despertaba tan temprano. *El Relojero*, sin contestarle, dejó la bandeja encima de la cómoda y abrió las maderas de la ventana.

—Mire. Escuche. Pasa de treinta años que no se ve un viento igual.

Los árboles del jardín se sacudían desesperadamente, y toda la casa parecía abrazada por el estruendo del huracán. Carlos se desperezó.

—El viento no se ve; se oye.

—Pero los árboles tronzados se ven, y las olas como montañas. No se levante, que está la galerna encima.

Se batió la puerta del zaguán.

—¿No volaremos?

—La casa aguanta; pero alguna ventana o alguna chimenea ya se la llevará el viento. Quédese en cama.

Carlos, incorporado, se cubría los hombros y la espalda con un abrigo. El Relojero le acercó la bandeja.

—Como tengo que salir, pensé que valdría más que me metiera yo en esta cuestión del desayuno. Si quiere, le traigo la comida de casa de la vieja.

Carlos volvió a mirar los árboles, el cielo oscuro. Torció el gesto.

—Además —añadió Paquito—, hace frío.

—Bueno. Puedes llevarte el coche.

—¿Para qué? ¿Para salir volando? Voy mejor a pie. Será cuestión de caminar a sotavento.

Salió sin decir adiós. En el chiscón recogió un paquete, se puso la zamarra y ató la pajilla a la cabeza con un pañuelo de mujer.

—Rediós con la galerna.

El viento lo sacudió contra la pared de la casa. Ganó el cobijo de la tapia, salió a la carretera. El viento y la lluvia arrancaban la arena y dejaban el morrillo desnudo. Cayó dos o tres veces. Al dar la vuelta la carretera, le vino el viento de espaldas, y pudo correr. Pero en el pueblo era difícil atravesar las bocacalles.

Vio, sin embargo, un grupo de marineros que corría hacia el muelle. Les dejó pasar; luego, corrió tras ellos.

Frente a la tasca del Cubano se había juntado un grupo de treinta o cuarenta marineros y algunas mujeres. Miraban a la mar. Paquito miró también: las olas rompían contra la escollera del malecón, y los barcos fondeados danzaban, tan pronto hundidos, tan pronto levantados, por la cresta de las olas.

—¿Sucede algo?

—El *Mariana Tercera* perdió el ancla de popa.

La otra ancla no tardaría mucho en romperse, y, entonces, el barco iría contra la escollera.

Los marineros lo miraban en silencio. Alguno chupaba la cachimba apagada.

—Voy a tomar un vaso —dijo Paquito, y entró en la tasca.

Allí había otro grupo, alrededor del Cubano. Discutían en voz alta. Al ver a Paquito, uno le preguntó si traía algún recado.

—¿Un recado? ¿De quién?

—De don Carlos.

—Queda en la cama. Con este temporal...

—Pero ¿creéis que le importa lo nuestro? El hambre de los pobres no les llega.

Paquito se arrimó al mostrador y pidió el vino. Tuvo que pedirlo por segunda vez, porque también Carmiña parecía atareada.

—Pero ¿qué es lo que pasa aquí?

—Se va a perder un barco. Es el pan de muchas familias.

—Pues con media docena de hombres bragados no se perdía.

El Cubano golpeó el suelo con la pata de palo.

—Aquí no se mueve un dedo para salvar el *Mariana*. No es de nuestra incumbencia.

Paquito apuró el tinto y se acercó al corro.

—Cuando vino la galerna el diecisiete, se perdieron dos parejas con sus tripulaciones. Aquello sí que fue catástrofe.

Señaló con el dedo a un marinero rubio, imberbe.

—Tu padre murió allí.

El marinero bajó la cabeza.

—Los tiempos cambian —sentenció el Cubano—. Los hombres ya no se juegan la vida por el caudal de los ricos. Aún si los barcos fuesen nuestros...

Entró un grupo de marineros. Chorreaban agua los trajes amarillos. Uno de ellos, maduro, entristecido, dijo:

—No doy media hora de vida al *Mariana*.

Se quitó el sueste y lo arrojó a un rincón.

—¿No te da pena?

—Pena me da. Fui su patrón durante doce años.

Se sentó en un escabel y quedó en silencio, con la cabeza agachada y la boina entre las manos. Alguien le ofreció un pitillo.

—Pues ya puedes pedir a Cayetano que te dé el mando de una barcaza.

—Yo soy un patrón de altura —respondió con orgullo amargo.

Paquito se sentó enfrente. No se dirigía a nadie ni nadie le miraba. Todos

habían callado. El Cubano parecía inquieto.

—Los hombres de antes eran mejores —dijo Paquito, como hablando consigo mismo—. No se dejaba perder un barco así como así.

—¿Te han comisionado para reventarnos? —le gritó el Cubano—. Los hombres de antes eran esclavos resignados. A nosotros ni nos va ni nos viene que el barco se pierda. Allá la vieja. Como lo tiene asegurado, le importará un pito. Ella, a cobrar su dinero, y la tripulación, a quedar sin trabajo. Ya veréis cómo no compra otro.

—Los hombres de antes tenían más pelotas, y en estos casos no se metía la cuestión social.

La frase de Paquito quedó en el aire. Sacó del bolsillo unas raras de tabaco y se puso a liarlo en un papel pedido al que estaba más cerca.

El Cubano, esforzándose, habló con voz tranquila.

—Es un problema de dignidad. ¿Quién se atreve a decir que la vieja no nos ha ofendido? Porque, si tuviese a sus obreros el debido respeto, ¿le habría importado que Aldán se marchase o no? Vamos a ver, ¿le habría importado? Lo sucedido fue cosa entre ellos, y nosotros, de víctimas. El hambre de los pobres les trae sin cuidado. La dignidad del obrero les parece una novedad peligrosa. Son, en el fondo, señores feudales.

—Pamemas.

Paquito miraba a un lugar indeterminado del aire. El Cubano renunció a hablar tranquilo. Gritó y tendió las manos.

—Pero ¿por qué hablas tú ni quién te dio vela en este entierro? Tú eres un puñetero lacayo de los ricos. Antes, de Cayetano; ahora, de don Carlos.

El Relojero se volvió con rapidez.

—¿Por qué le llamas don Carlos? ¡Ahí, ahí! ¿Por qué le llamas don Carlos, y no le llamas al otro don Cayetano?

—Es un modo de hablar.

Los marineros se habían desentendido de la disputa. Agrupados ante la ventana y ante la puerta vidriera, miraban silenciosamente a la mar.

—No sé cómo aguanta.

—El ancla es buena, y la cadena, de primera.

—En una de esas...

El Relojero se levantó y fue a sentarse junto al Cubano.

—Desengáñate. Es cuestión de pelotas. Todo lo demás son pamemas. Lo que pasa es que nadie se atreve a meterse en una gamela y sacar al barco del apuro.

El patrón de altura salió de su silencio. Alzó la cabeza y miró al Cubano.

—Si hubiera cuatro que viniesen conmigo...

—Cuatro tíos con pelotas, eso es.

—¿Te quieres callar de una *joía* vez? —el Cubano le dio un empujón. Paquito cayó rodando al suelo.

—Déjalo —dijo el patrón de altura.

—No le ha llamado nadie ni tiene por qué meterse en esto.

—A su modo, no le falta razón.

—¡Y a vosotros no hay quien os saque de esclavos! ¡Lo lleváis en la masa de la sangre!

—Ahora no se trata de eso...

Paquito el Relojero se rascaba la rabadilla.

—Así me trataba Cayetano.

Se acercó, renqueando, al grupo de marineros.

—Me voy. Quedamos en que en Pueblanueva ya no hay riñones. Os han hecho maricas a todos.

—¡Eh, que no has pagado el vino! —le gritó Carmiña desde el mostrador.

Paquito hurgó en el bolsillo, sacó unas monedas y las arrojó por el aire. En seguida abrió la puerta y salió. Le vieron atravesar la calle y dirigirse a los que, desde el pretil, contemplaban la mar enfurecida, negra, y al barco zarandeado por las olas.

El patrón de altura se sentó frente al Cubano.

—Yo no pido trabajo en el astillero.

—¿Prefieres jugarte la vida por un barco que no es tuyo?

—Ahora no se trata de eso.

—¡Se trata de que os han tomado el pelo con promesas, y a la hora de la verdad, nada!

—Eso es cierto, y te juro que, si tuviese a Aldán ahí sentado, lo iba a moler a palos.

—Entonces...

—Pero el barco es otra cosa.

El patrón de altura extendió la mano en un ademán convincente.

—En cierto modo, es como si el barco fuese mío. Porque, como yo digo...

—Eres un parvo, Miguel; estás engañándote a ti mismo.

—Pero, vamos a ver: si no hubiera pasado lo de Aldán, ¿no encontrarías razonable que intentásemos salvar el barco?

—¿Jugándose la vida?

—La vida nos la jugamos igual cada vez que salimos a la mar.

—Haz lo que quieras, Miguel.

—Lo que quiero es razonar contigo.

Uno de los marineros que estaba en la ventana se volvió y dijo:

—Le están dando de palos al Relojero.

—Que no se meta en camisa de once varas.

El patrón de altura golpeó afablemente el brazo del Cubano.

—Has dado un cambio...

—Es que faenas como esta... Tiene uno un amigo, confía en él, y luego te hace traición. Te digo que me dolió de veras. Porque tú sabes que Aldán era mi amigo.

Tenía los ojos húmedos.

—De acuerdo.

—Y esto me llegó a lo vivo, ya lo creo. Lo siento más que si hubiera sido mi hijo —tosió y se limpió los labios—. De todos modos, haced lo que os parezca. Yo no me meto más.

El Cubano se levantó bruscamente y marchó. Se oyeron los golpes furiosos de su pata de palo contra el pavimento hasta perderse en el interior de la casa. El patrón de altura llamó a Carmiña.

—Trae aguardiente.

—¿Para usted solo?

—Para mi tripulación.

Carmiña puso en la mesa un caneco de barro. El patrón se sirvió un vaso y lo apuró de un trago. Hizo seña a los marineros.

—Si hubiese cuatro que quisieran venir conmigo...

Echó otra copa de aguardiente, pero no bebió.

—Tienen que ser cuatro sin mujer ni hijos. Uno de ellos, mecánico.

Los marineros se aproximaron. Silenciosos, serios.

—Se trata —continuó el patrón— de dar una lección a la vieja y de demostrar a ese mierda del Relojero que tenemos pelotas... Claro está que nos jugamos la vida.

Un marinero de tez morena sonrió.

—Deme esa copa.

Xirome, el patrón de pesca, llegó corriendo a casa de doña Mariana, y pidió verla. Le dijeron que estaba en la cama, con fiebre. Respondió que era igual.

—Quítate, al menos, la ropa de aguas —le dijo la Rucha, y mientras Xirome se despojaba, pasó el recado.

Volvió en seguida con la respuesta.

—Que qué pasa.

—Que va a haber una desgracia.

Entró en el dormitorio. Doña Mariana se había incorporado y se envolvía el torso en una toquilla.

—Se les metió en la cabeza sacar de apuros al *Mariana Tercera*, que tiene rota un ancla y garrea. Van cinco hombres allá.

—Pero ¿por qué lo hicieron?

—Cosas de ellos, señora.

—Están locos. ¿No comprenden que el barco no vale la vida de un hombre?

—Si se pierde, son muchos los que se quedan sin trabajo.

La Rucha hija esperaba junto a la puerta. Doña Mariana la mandó acercarse.

—Tráeme la bata. Y tú, Xirome, sal un momento y espera en el pasillo.

Salió Xirome. Doña Mariana saltó de la cama, se puso las zapatillas y la bata.

—Descórreme esas cortinas.

—Se verá mejor desde el salón, señora.

—Tráeme, entonces, los prismáticos.

Salió al pasillo. Xirome la siguió. La Rucha hija llegó con unos gemelos grandes.

—Vamos a ver.

Desde la ventana del costado se veía entero el malecón y parte de la pequeña dársena.

Xirome señaló:

—El barco es aquel, señora. No sé cómo no se estrelló hace mucho rato. La cadena no puede tardar en romperse.

—¿Y ellos?

—No se les ve.

Cuerpos inmóviles de mujeres y hombres iban llenando el pretil del malecón. Se tendían hacia fuera, como anhelantes. La lluvia borraba el perfil de sus siluetas.

—Pero ¿podrán llegar al barco?

—Señora, buenos marineros lo son, pero abordar en esas condiciones es peligroso. Se puede estrellar la buceta.

—Voy a ir allá.

—¡Señora?

—Tú sube al pazo del Penedo y di a don Carlos que venga.

—Señora, ¿no sabe el huracán que sopla!

—Haz lo que te digo.

—Pero, señora, ¿qué va a hacer en el muelle?

—Mirar, como las otras. Soy tan buena como ellas.

A la Rucha madre no le pareció razonable. Trajo la ropa, las botas fuertes, el abrigo grueso, sin dejar de rezongar.

—Total, ¿qué pito va a tocar allá? ¿O es que por estar usted mirando se va a salvar el barco?

—Cállate y tráeme coñac.

Lo bebió de un sorbo y salió a la calle. Caminó a grandes pasos, cara al viento y a la lluvia. La Rucha hija casi no podía seguirla. Llegaron al malecón y se unieron a los que miraban. De momento, nadie advirtió su presencia: les atraía la lucha de la buceta contra las olas. Estaba cerca del barco. Al subir la cresta, se veía el cuerpo de Miguel, aferrado a la caña, y los cuatro remeros, bregando con el agua embravecida. Luego se hundían en el seno negruzco.

—Pero ¿cómo van a subir al barco?

El que estaba a la derecha de doña Mariana volvió la cabeza, la miró

largamente, sorprendido, y dijo algo a su vecino. Varias caras se volvieron, igualmente silenciosas.

—Señora, no podrán subir.

—Entonces, ¿por qué no dan la vuelta?

—Tampoco podrán.

—¿Es que están locos?

La buceta distaba unas brazas del barco. Llegaron a confundirse las siluetas. Dos marineros abandonaron los remos. Uno de ellos agarró un cabo y se lo ató a la cintura. Hizo un lazo en el extremo y se colocó en la proa de la buceta; el otro lo aguantaba por la cintura.

Viró, bruscamente, el barco y ocultó la buceta. Pasaron unos minutos. Cuando volvió a descubrirse, solo había a bordo cuatro hombres: uno de ellos también se ataba. Agarrado a la cuerda tensa, se empinó en la borda, dio un empujón al bote con los pies y quedó en el aire. El vaivén lo zambulló en el agua. Surgió chorreando. Desde la borda del *Mariana*, el primer marinero cobraba el cabo. Un murmullo de alegría recorrió el malecón.

—Señora, ya hay dos a bordo.

La buceta se apartó. Desde el pesquero arrojaron un rollo grande de cuerda, que cayó al agua. Un segundo rollo golpeó la borda y fue agarrado antes de naufragar. Los remeros abandonaron los remos y empezaron a atarse. Miguel continuaba al timón. Desde el pesquero empezaron a cobrar. Se zambulló un hombre; logró subir. Se zambulló el segundo, y también subió. Miguel, atado por la cintura, se arrojó al mar, y pronto fue izado. La buceta, abandonada, saltó sobre las olas, dio unos tumbos y se hundió.

En el malecón empezaron a formarse grupos. Una mujer invitó a doña Mariana a refugiarse bajo el alpendre del almacén, donde pegaba menos el viento.

—Si es que la señora no quiere volverse a casa.

Las mujeres se habían juntado allí. Un marinero viejo contaba que su barco había encallado, con temporal, en los bajos de Corcubión, y que a la tripulación la habían salvado, hombre a hombre, con un andarivel, desde un cañonero. Cuando llegó doña Mariana, se interrumpió y pidió permiso para seguir contando; luego, empezó por el principio.

—La señora debía marchar a su casa. Está empapada.

—No. Esperaré a que esos hombres lleguen a tierra.

—La señora debía tomar una copa de caña...

Los que quedaban en el pretil del malecón empezaron, de pronto, a gritar. Una mujer fue a ver qué pasaba. Regresó corriendo.

—¡Se les rompió la cadena del ancla antes de encender el motor! ¡Que Dios nos valga a todos!

El alpendre del cobertizo quedó desierto. La Rucha aprovechó la ocasión.

—Ahora deberíamos irnos.

—¿Ahora?

Todo el mundo se había juntado en un extremo del muelle, frente al cual el *Mariana* intentaba poner proa al viento. Las mujeres lloraban a gritos.

Un marinero se acercó a doña Mariana.

—Si no viene el remolcador del astillero...

Otro marinero añadió:

—Tendría que ser de prisa.

No rogaban. Había en sus miradas algo así como una acusación o una orden.

—Pero no hay quien se atreva a pedirlo. El señor Salgado no es amigo de los marineros.

—Y si tuviera voluntad de ayudarnos, ya lo hubiera mandado.

—¿Y qué queréis? ¿Que se lo pida yo, que soy su amiga?

Ellos no respondieron, pero tampoco escurrieron la mirada. Doña Mariana veía la mar por encima de sus hombros. El barco estaba de las escolleras cincuenta o sesenta brazas. El viento traía pedazos de gritos que daban los cinco hombres de a bordo.

—Piden el remolcador.

—Si no viene el remolcador, se mueren.

—Está bien.

Salió del cobertizo y echó a andar, resuelta. Caminó sola unos pasos. De pronto, una mujeruca corrió a unírsele, y otra siguió su ejemplo, y otra más.

—Póngase este mantón, señora. Va a empaparse.

Doña Mariana caminaba de prisa, con la cabeza levantada. La lluvia le golpeaba el rostro, le mojaba el cuello. Le echaron un mantón negro por encima de los hombros.

Diez, doce mujeres, se habían agregado. Iban detrás, cogidas del brazo, silenciosas. Sus zuecos golpeaban el suelo desnudo; el tamborileo se perdía en el estruendo del vendaval.

Quedaron a la puerta del astillero, cobijadas al amparo de la cerca. Doña Mariana entró sola. El guarda jurado le salió al paso.

—Vengo a ver a Cayetano.

El guarda se quitó la gorra y se apartó. Doña Mariana entró en las oficinas. Cesaron las conversaciones, cesó el repiqueteo de las máquinas de escribir. Martínez Couto, con una sonrisa, le preguntó a quién buscaba. Fue delante de ella, la condujo hasta el despacho de Cayetano y entró el primero, a anunciarla; pero doña Mariana no esperó. Empujó la puerta y se plantó dentro.

El viento la había despeinado. Las guedejas blancas, empapadas, caían por los hombros.

Quedó junto a la puerta. Cayetano, al verla, se levantó. Se miraron. Martínez Couto, después de una vacilación, salió y cerró tras sí.

—Cinco hombres están a punto de ahogarse. Solo el remolcador puede salvarlos.

Cayetano apartó su silla, rodeó la mesa y se acercó a doña Mariana con parsimonia.

—¿Viene usted a pedírmelo?

—Vengo a recordarte que tu obligación es mandarlo sin que yo lo pida.

—¿Y si no lo mando?

—Entonces, yo misma me pondré al frente de los marineros que vengan a arrastrarte.

Cayetano inició una sonrisa.

—¿No exagera?

—Si exagero, es cosa mía. No he venido a discutir.

—Tendrá, al menos, que convencerme. El remolcador es mío, y, hasta ahora, la autoridad no me ha mandado acudir al salvamento. Puedo esperar — se arrimó al respaldo de un sillón—. O puede telefonar al comandante de Marina de Villagarcía. Si él me lo ordena...

—Allá tú. Yo he cumplido. De lo que suceda, serás el responsable. No pienso hablar a nadie ni telefonar a nadie.

Respiraba con fatiga, le golpeaba la sangre en las sienas, y el frío le

ascendía por las piernas hasta las rodillas. El agua escurrida del abrigo caía en el *parquet* encerado, brillante. Cayetano miraba con sorna las botas embarradas, la figura penosa, ridícula.

—Pero si esos hombres se ahogan, te consideraré, además, como asesino.

Doña Mariana se volvió hacia la puerta, pero Cayetano la detuvo.

—Espere, hágame el favor.

Descolgó el teléfono.

—Que esté listo el remolcador antes de cinco minutos. Que lleven mi ropa de aguas. Voy a dirigir personalmente un salvamento.

Colgó y la miró con sorna.

—A valiente no me gana, señora. Y a generoso, tampoco.

—Haces bien.

—Hasta me siento capaz de ofrecerle una copa. Va usted a coger una pulmonía.

No esperó respuesta. Sirvió la copa y se la ofreció.

—Tome. Bébala tranquila. No es una copa de paz.

Doña Mariana se había apoyado en la pared. Alargó el brazo, cogió la copa y la bebió. Estaba pálida y le temblaban las manos.

—Mejor será que se vaya a casa y se meta en la cama. Las cosas que sigan su curso. Puede llevarla mi coche...

—Gracias. Ahí fuera esperan unas mujeres, y no creo que quepan todas.

—Allá usted.

Cayetano hizo un gesto de incompreensión y salió. Había pasado ya la puerta, cuando doña Mariana le llamó.

—Entiéndelo bien. Quiero que se salven los hombres. El barco me importa un pito.

Se oyó la carrera de Cayetano por el pasillo; luego, el batir de una puerta y voces fuera. Doña Mariana se acercó al ventanal, pero no había un resquicio claro en los vidrios opacos. Salió del despacho. Martínez Couto llegaba sonriente.

—Venga. La acompañaré al coche.

—He dicho que no lo quiero.

—Señora, está usted mojada, y le va a hacer daño. Llueve mucho.

—¿Y qué?

Martínez Couto sonrió humilde.

—Bueno.

Abrió la puerta y esperó con ella abierta a que saliese doña Mariana. La siguió, con un paraguas, hasta donde esperaban las mujeres. Se oyó la queja larga, bronca, de una sirena.

—Es el remolcador.

—Vuelva a su oficina. Gracias.

Las mujeres, mudas, esperaban a que Martínez Couto se retirase. Miraban con ojos de esperanza.

—Señora, Dios la bendiga.

—Dejad en paz a Dios, y vamos al muelle.

—La señora no tiene por qué ir. Puede coger una pulmonía.

—¿Pensáis que soy menos que vuestros hombres?

Las mujeres bajaron los ojos. Marcharon —como antes— detrás de doña Mariana: más de prisa. Poco a poco fueron alzando las cabezas. Una de ellas gritó:

—¡Mirad! ¡Ya está ahí el remolcador!

Aquel que iba a proa, de sueste más nuevo y limpio, era, seguramente, Cayetano. Llevaba en la mano un cabo grueso. Se inclinaba contra el aire, como un felino que fuese a saltar.

Al pasar frente a la tasca del Cubano, unos marineros se acercaron a doña Mariana.

—Señora, no se moje más. Señora, ya están salvados.

Le echaron encima una chaqueta de aguas y le obligaron a meterse la capucha. La escoltaron hasta su casa. Entraba en ella, cuando el remolcador dio unas pitadas.

—Eso quiere decir que ya consiguieron echar el cabo. Ahora es coser y cantar.

Doña Mariana les devolvió la chaqueta de aguas y el mantón.

—¿Mi criada? ¿Dónde está mi criada?

La Rucha hija se había perdido. O quizá estuviese ya en casa. No las acompañara al astillero.

—Métase en cama, señora. Que le pongan botellas de agua caliente.

—Que le den friegas de alcohol alcanforado.

—Que le preparen vino tinto con azúcar.

—Señora, que venga el médico a verla.

Carlos miró el termómetro a la luz de la ventana.

—Treinta y ocho y medio. Ha hecho usted una locura.

—Yo sé cuál es mi deber, Carlos.

—Todo se hubiera arreglado por teléfono.

Doña Mariana tosió un poco y sonrió.

—Hay que verse las caras, y el teléfono no sirve para eso.

—En el fondo, es usted un gallo de pelea, como Cayetano.

—En el fondo, no, hijo, sino bien a las claras.

—¿Y qué saca usted en limpio?

—La conciencia tranquila. Ya ves: si no salgo de esta, podré morir en paz.

He dado una lección a los pescadores y otra a Cayetano.

Carlos se sentó en el borde de la cama.

—El médico vendrá en seguida. ¿Le duele algo?

—El costado. No me deja respirar.

—Entonces, estése callada.

—¿Y si me queda poco tiempo de hablar contigo?

—Haga lo que quiera. Pero, de momento, escúcheme. Xirome me contó que no fueron a salvar el barco por hacerle un favor a usted, sino porque el Relojero les dijo que no tenían riñones para hacerlo.

—Y yo no fui al muelle para darles las gracias, sino para que viesen que tenía tantos riñones como ellos.

Carlos hizo un mohín de desaliento.

—¿Qué puede esperarse de un país donde las cosas se hacen por riñones?

—Del país, a lo mejor, nada; pero de mí, que, cuando la gente me recuerde, lo haga con respeto. En cuanto a los pescadores, ¿qué quieres?, me resultan simpáticos. Después de que se vaya el médico y nos diga de qué voy a morir, irás a casa del Cubano y encargarás, de mi parte, que vengan a verme los que fueron al barco.

—¿Va usted a gratificarlos?

—Voy a darles la mano, por lo menos.

Volvió a toser. Hizo una mueca dolorida y se apretó un costado.

—¿Duele?

—Un pinchazo.

—No se mueva y no hable. Puede ser serio.

—¿Y qué?

Tenía la cara fatigada, hundidos los ojos; pero en el fondo de las pupilas resplandecía una luz enérgica, un poco burlona.

—Si me ha llegado la hora, bien venida sea. Pensaba durar unos años más, pero no temo a la muerte.

—Cállese.

Carlos se acercó a la ventana y levantó los visillos. Seguía lloviendo; el viento levantaba olas enormes, pero en el muelle no había nadie. Se detuvo ante la puerta un automóvil pequeño, sucio. Descendió el médico. Carlos salió al pasillo a recibirle.

—¿Qué sucede?

—Creo que es importante. Quizá pulmonía.

El médico torció el morro.

—A esa edad...

Entraron. El médico manipuló sus gomas, echó teatro al examen. A cada golpecito en el tórax de doña Mariana miraba a Carlos y, con la mirada, confirmaba el diagnóstico.

—Tome. Escuche usted.

—He olvidado lo más elemental...

—Sin embargo, escuche, escuche... El lado izquierdo, sobre todo. Ruidos, ruidos.

Devolvió el auscultador. Doña Mariana preguntó:

—¿Pulmonía?

—Hizo usted una locura, señora. Tenía usted una gripe.

—Le he preguntado si es pulmonía.

El médico miró a Carlos. Este le respondió:

—Dígaselo.

—Sí, señora. Una fuerte pulmonía.

—Bien. Así nos entenderemos.

El médico recetó, aconsejó, aseguró que vendría cada hora y media, y que

si antes era necesario, que le dejasen aviso en su casa. Carlos le acompañó hasta el portal.

—Es grave, ¿comprende? Y tratándose de una persona de edad...

—Doña Mariana es muy fuerte.

—La fortaleza, a veces, falla.

Entró en el automóvil y lo puso en marcha.

—Avíseme. Yo paso por mi casa a cada momento.

Antes de entrar en el dormitorio, Carlos envió a la criada por las medicinas.

—Entérate, también, de si ha regresado don Baldomero.

Doña Mariana se había amodorrado. Carlos esperó el regreso de la Rucha. La vieja se despertó con el ruido de la puerta. Tomó el piramidón recetado. Había que ponerle, además, unas inyecciones y aplicarle unas ventosas. Carlos se ofreció a hacerlo. A cada movimiento, doña Mariana tosía. Gimió brevemente al ser pinchada. Se adormiló de nuevo, y solo se espabiló un poco cuando le trajeron de comer. Pidió café y coñac. Parecía encontrarse mejor.

—Mañana, Carlos, te vas, temprano, a La Coruña. Tengo mucho dinero en cuenta corriente y quiero que lo pongas a tu nombre. De lo contrario, la Hacienda se llevará su parte, y yo no quiero que el Estado se enriquezca a mi costa. Además, hay que arreglar el asunto de mi sepultura. El arzobispo ha reconocido mi derecho a enterrarme en Santa María, y en el Gobierno Civil existe un expediente para conseguir el permiso del Estado. No estoy dispuesta a que me entierren en otra parte, de modo que lo resuelves como sea. Siempre hay un empleado que admite dinero o un gobernador que se deja convencer por un donativo a las escuelas nocturnas. Me da lo mismo. Lo que quiero es ser enterrada en mi iglesia.

Se interrumpió y pidió agua.

—La fiebre me da sed. Cuando yo era niña, a los que tenían fiebre no les dejaban beber agua.

Señaló un cajón de una cómoda.

—Ahí están mis llaves. Hazte cargo de ellas y de todo. En el escritorio encontrarás dinero. En fin, revuelve lo que te parezca y vete enterando.

Sonrió, se estiró en la cama, hizo una muequecilla de dolor.

—Pero no me dejes sola más que lo indispensable. Me gusta hablar

contigo y tengo que aprovechar el tiempo que me quede.

El Cubano parecía más satisfecho que el día anterior, aunque pretendiese disimular la satisfacción con frialdad fingida y parquedad de palabras. Dijo que Miguel, el patrón, y los cuatro marineros que le acompañaran estarían en la cama, porque se habían mojado mucho mientras bregaban de lo lindo; que les pasaría recado y que, cuando pudiesen, irían a ver «a la propietaria del barco». Después, como sin darle importancia, preguntó a Carlos si se sabía algo de Aldán, y Carlos le respondió que aún era pronto y que no escribiría hasta tener resuelto lo que le llevaba a Madrid. Como el Cubano no respondiera con ningún denuesto contra Aldán, Carlos aprovechó el momento y la soledad de la taberna para contar al Cubano algo de lo que había sacado a Juan de sus casillas hasta apartarle de su deber. No mencionó para nada al padre Ossorio: dijo que Inés había escapado para entrar en un convento y que se había vuelto atrás, pero que no se atrevía a regresar a casa, y que por eso Juan, como de más autoridad, había ido a buscarla.

—La República tenía que haber terminado con todo eso de las monjas y de los frailes, pero no se atrevieron. Mientras haya gente de esa, el país no tendrá arreglo —comentó el Cubano.

Siguió una corta perorata anticlerical, con referencias a los brazos inactivos, al poder opresor de la Iglesia y a las riquezas de los jesuitas. Carlos la escuchó con atención y le vinieron ganas de confundir un poco al Cubano y hacerle perder la seguridad con que hablaba. Esperó a que terminase.

—Luego, ¿no cree usted en Dios?

—¿En Dios? ¿Cómo voy a creer? Supongo que usted, que es un hombre de estudios, tampoco creerá.

—Ya me gustaría no creer, porque Dios siempre estorba, pero no tengo más remedio que rendirme a la evidencia. Dios está ahí fuera, en esa galerna, y también lo encuentro muchas veces, contra mi voluntad, en el fondo de mi conciencia.

—Será así. Usted tiene más letras y más motivos para estar enterado. Pero ¿sabe lo que le digo? Que si hay Dios, deben llamarlo de otra manera, porque el nombre que lleva ahora se lo han estropeado.

Estaba sentado en un taburete, con las piernas abiertas. La de palo hurgaba en el suelo de tierra. También sus manos se movían pausadamente encima de la panza.

—Luego, ¿piensa usted que solo es cuestión de nombre?

—También de quien lo usa. Porque, hasta ahora, parece cosa de ricos, propiedad suya, para amolarnos a los pobres en su nombre. Deme usted un nombre nuevo, que sirva, y, a lo mejor, lo usamos luego nosotros para amolar a los tiranos.

Implicada en la disputa la lucha de clases, el Cubano no perdía puntos, y el intranquilo era Carlos. Dio salida al toro, se despidió hasta pronto y marchó al casino. Se había citado en él con don Baldomero, de vuelta ya en Pueblanueva.

Había poca gente: el juez municipal y Cubeiro. Al abrir Carlos la puerta se volvieron hacia él con la esperanza de que fuese un jugador de tresillo. Carlos no sabía jugar. Se sentó cerca de la estufa. Los otros reanudaron la conversación sobre el mal tiempo y los destrozos de la galerna. Poco después llegó don Baldomero. Antes de que saludase, Cubeiro buscó un disco y lo puso en la gramola. Gardel, o alguien así, empezó a cantar:

¡Victoria! ¡Araca, victoria!
¡Estoy en la gloria! ¡Se fue mi mujer!

El boticario, a medio salón, se detuvo. Después hizo a Cubeiro un corte de mangas y se sentó tranquilamente.

—Es mi modo de darle la enhorabuena, no se ponga así. Ahora, sin nadie en casa, campará por sus respetos. Ande, vamos a jugar una partida. ¿Por dónde anduvo estos días?

Don Baldomero dijo que venía a hablar con Carlos y que esperasen a otro para jugar; pero como Carlos disponía de poco tiempo, porque tenía que acompañar a doña Mariana, el boticario se decidió por el tresillo y empezó a contar que había estado en La Coruña y lo que había visto en materia de cafés cantantes y bailarinas.

—Eso. Usted, divirtiéndose, y su señora, a la montaña, la pobre. La vi entrar en el coche y no doy un patacón por su vida.

—Bien podía usted callarse.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que la encontré de buen color? Usted sabe

que no es cierto. Pero, ya ve: si estuviera en mi mano salvar su vida o la de doña Mariana, que también está para espicharla, la salvaría a ella.

Cubeiro levantó la visera verde y miró a Carlos.

—Con perdón de usted, don Carlos, que ya sé que es su amigo. Pero en este pueblo no le tenemos mucha simpatía. No hace más que pinchar constantemente al amo, y el amo, por causa de ella, anda de mal humor. Y es lo que yo digo: si no hay otro remedio que aguantar a un amo, pues que sea uno solo y que viva contento para que estemos tranquilos los demás. He llegado a esta conclusión después de mucho pensarlo.

El juez repartía cartas. Don Baldomero abatió las suyas con rabia.

—¡Qué naípe, Dios!

—No se queje. Mala suerte en el juego, pronto se quedará viudo.

Hacía frío, a pesar de la estufa. Carlos apalabró una entrevista con don Baldomero para dos o tres días después y regresó a casa de doña Mariana. Seguía amodorrada. Había estado el médico y la había encontrado igual.

—Dice que volverá después de cenar.

Entró en el cuarto de estar, encendió un cigarrillo y se sentó junto al fuego. El viento sacudía las ventanas, y el estruendo de las olas, reiterado, tremendo, envolvía la casa, imponía su ritmo al pensamiento.

Corrió las cortinas y volvió a sentarse. Unas horas antes daba por seguro que doña Mariana se curaría. Ahora, sin haberlo vuelto a pensar, contaba con su muerte. La idea le saltó en la conciencia, y allí permaneció, solitaria, quieta. Pasó unos minutos sin pensar en otra cosa, dándole vueltas o, más bien, dando vueltas a su alrededor, hasta que sintió miedo de quedarse solo.

—Si muere, me marcharé. No se me pierda nada en Pueblanueva.

Recordó, entonces, a Rosario. De Rosario se desharía rápidamente. Rosario no le diría: «Lléveme con usted», ni le pediría nada: se limitaría a asentir, a aceptar, a resignarse.

De repente, se levantó y fue al cuarto de doña Mariana. Una sola luz, muy débil, en un rincón, lucía en la penumbra. Acercó una silla a la cama y se sentó. Doña Mariana respiraba con fatiga; el aire sacaba a los bronquios ruidos destemplados, sibilantes o roncós. A veces, doña Mariana se agitaba o gemía y, entonces, llevaba al costado izquierdo una mano y se tocaba.

Carlos se dio cuenta de que seguía fumando. Aplastó el cigarrillo contra el

fondo de un cenicero y sopló en el aire para alejar el humo de la enferma. Entonces, sonrió y se dijo que quería a doña Mariana, no sabía cómo, no sabía bien por qué, y le entró deseo de analizar sus sentimientos y curiosidad de conocer el resultado. Pero su mente funcionaba perezosamente, y algo le prevenía contra el error, algo que, al mismo tiempo, le acusaba de haberse equivocado últimamente, de no haber acertado en uno solo de sus análisis y de sus pronósticos. Reconoció que carecían de objetividad, que su mente había perdido la independencia y funcionaba prisionera de su persona. Tendría, ante todo, que psicoanalizarse y despojarse de todas las oscuridades de su ánimo, si quería ver claro a su alrededor y dentro de sí mismo.

—A lo mejor, este deseo mío de marcharme, si ella muere, no es más que miedo. Toda mi conducta, durante estos meses, ha estado regida por el miedo.

¿Miedo como el del niño que pierde la protección del padre, que se encuentra indefenso cuando el padre ha marchado y le deja solo frente a lo temeroso? ¿Es que doña Mariana representaba para él la protección del padre? ¿Tenía que admitir que había galleado frente a Cayetano solo porque se sabía protegido por ella o porque se sentía metido en todo aquello que doña Mariana defendía contra Cayetano? Se rio de sí mismo, pero no pudo evitar considerarse como un niño que, asido a la mano de su padre, insulta al fuerte de la escuela. Y el fuerte le guiñaba un ojo, como diciendo: «Cuando no esté tu padre, nos veremos». Cubeiro había acertado: muerta doña Mariana, Cayetano sería señor absoluto.

—Se lo va a llevar todo la trampa.

Y él, si se quedaba, acabaría vencido sin pelear, sumiso al yugo, envilecido día a día. No se sentía con fuerza para la brega. Jugaría al tresillo, como don Baldomero, y, como Cubeiro, se vengaría de la esclavitud burlándose del prójimo.

¡Victoria! ¡Araca, victoria!
¡Estoy en la gloria! ¡Se fue mi mujer!

No dejaba de tener gracia. A don Baldomero, el tango le había sentado como una patada en la boca del estómago.

Doña Mariana despertó y le llamó débilmente.

—Tienes que acostarte pronto. Necesito que mañana vayas a La Coruña,

aunque yo esté muriendo. Aprovecharé tu ausencia para traer al notario. Se me han ocurrido algunas modificaciones en mi testamento.

Le dio una taza de café con leche y la acompañó hasta dormirse. Las Ruchas la velarían durante la noche. Marchó a su habitación, la misma en que había dormido los días de su llegada a Pueblanueva. Los recordó, mientras se desvestía, y se preguntó para qué había venido y lo que había sacado en limpio con el viaje.

—Decididamente, marcharé. Marcharé para siempre.

Pensó que, desde La Coruña, podría escribir algunas cartas y buscarse un modo de vivir en cualquier parte. Mejor, fuera de España, en una gran ciudad donde pudiera perderse, pasar inadvertido. Quizá París. París le recordó a Germaine, y procuró alejar el recuerdo.

El Packard de Cayetano se detuvo en el borde mismo del corral, allí donde empezaba el fango. Hizo sonar la bocina y esperó. Después descendió del coche.

—¡Clara!

Sacó la pipa del bolsillo y empezó a cargarla. Clara asomó a la puerta de la cocina. Traía puesto un mandil y se envolvía la cabeza en un pañuelo rojo. Al ver a Cayetano se santiguó.

—¡El demonio!

—¿Puedo entrar?

Clara se encogió de hombros. Miraba a Cayetano sin sonreír. Él encendió la pipa y atravesó el corral por los lugares donde el barro era menos profundo. A su paso se espantaron unas gallinas cobijadas bajo el alero.

—¿Qué sucede? —dijo Clara.

—Tengo que hablarte, y no te quejarás de mí, porque te hago el honor de venir a tu cueva.

Miró, desdeñoso, alrededor.

—¡Qué asco!

—El demonio viene aquí con frecuencia y lo encuentra limpio.

Clara, puesta en jarras, esperaba en la puerta. Cayetano subió las escaleras del patinillo hasta quedar frente a ella.

—Me mandarás pasar, ¿no? Está lloviendo.

—Te haré el honor de mandarte entrar a la cocina. No tengo sitio mejor.

—Tienes tu alcoba.

—Esa, por ahora, está reservada. Para ti, desde luego, cerrada a cal y canto. Pero al resto de la casa puedes pasar.

Hizo una pausa y dejó la puerta franca.

—No me das miedo.

—Es una prueba de confianza. Ya sé que no hay hombres que te guarden. Es decir, hombres, lo que se dice hombres, no los hubo aquí nunca.

—Si vienes a insultarnos, mejor será que no entres.

Cayetano sacó la pipa de la boca y penetró en la cocina.

—Comprenderás que solo para eso no hubiera venido.

—Bueno.

Clara le señaló una banqueta. Luego cerró la puerta. Él se sentó en la esquina de la mesa y apoyó un pie en el asiento. Se miraron largamente. Clara se había arrimado al llar. Él llevó —de nuevo— la pipa a los labios.

—Vengo a hablarte de esta casa.

—¿Quieres comprarla?

—Compro todo lo que fue de Churruchos. Un capricho, ¿comprendes? Los Churruchos, antes; los Salgados, ahora. Pero lo que fue de unos tiene que ser de los otros. Se me ha metido en la cabeza, y todo el mundo lo sabe. Es inútil sacar la casa a subasta. Nadie se atrevería a pujar contra mí.

—Haz una oferta.

—¿Cuánto pides?

Clara parpadeó un instante.

—Treinta mil duros.

—¡Estás loca! Te doy la mitad.

—No.

—Quince mil duros es el precio máximo y está bien pagado. La próxima vez te ofreceré doce solamente, como es corriente en estos casos. Si eres un poco lista, aprovéchate. Hoy estoy de buen humor.

—La finca vale más. Tiene monte, pinar y unos buenos ferrados de regadío. Y la casa, aunque está destartada, es antigua y buena.

Cayetano echó una bocanada de humo y se guardó la pipa en un bolsillo de

la cazadora.

—La finca no vale más que lo que yo quiera dar por ella.

—Entonces, no la venderé.

Clara le indicó, con un gesto, la puerta. Él sonrió y permaneció sentado.

—No hemos terminado aún.

—Por mi parte, sí.

—¿Te he dicho ya que te has puesto muy guapa?

—Todavía me queda en la casa algún espejo. Cuando los haya vendido todos, me miraré en los escaparates.

—O en los ojos de Carlos Deza. Tiene muchas clientes esta temporada.

Clara hizo una mueca de fastidio. Tuvo en los labios el nombre de Rosario. Se contuvo.

—¿Por qué no te vas ya?

—Vine a comprarte la finca. Y a advertirte; por si lo has olvidado, que solo yo la compraré.

—No la vendo.

—Te hago la oferta máxima, lo que cualquiera te daría por ella. Y si añadí un piropo, fue por pura cortesía. Personalmente, no me interesas. Los Churruchaos estáis muertos y enterrados. Ni el propio Carlos existe. En cuanto a tu hermano...

Se levantó y se acercó a ella.

—¿Dónde está?

Clara aguantó la mirada dura de Cayetano.

—No lo sé.

—Le venía muy ancho eso de la revolución. Le venía muy ancho... El día que vuelva a Pueblanueva, si vuelve, lo correrán a pedradas sus propios compinches.

—¿Por qué no te vas?

Cayetano volvió a sacar la pipa.

—Me hizo mucha gracia cuando me lo contaron. Y, ya ves, Juan fracasó sin que yo tuviera arte ni parte en el asunto. Te juro que no me metí en nada, aunque me divertían sus ideas. Cayó por su propio peso, como caen todos los imbéciles —rio—. ¡A quién se le ocurre, la explotación sindical de la pesca! Dile a tu hermano que haga versos y que no se meta en lo que no entiende.

Marchó hacia la salida tranquilamente.

—La vieja está muriendo —dijo sin volverse—. Cuando la espiche, se acabó la pesca en Pueblanueva, y aquí no se hará más que lo que yo mande. Y toda esa gente lo va a pasar muy mal antes de que yo les dé trabajo.

—Pero con la vieja no has podido: tienes que esperar a que se muera.

Cayetano se volvió rápidamente.

—Con ella pudo mi padre. Le hizo un hijo, lo sabes perfectamente. Ahora, cuando ella muera, me entenderé con mi hermanito. Debe de ser un buen muchacho y se avendrá a razones. Como no quiere a su madre, me querrá a mí. Puedo, incluso, obligar a mi padre a que lo reconozca. No estaría mal, ¿verdad?, y todo quedaría en casa. «Salgado Hermanos, S. A». Bonito.

Abrió la puerta.

—Vosotros habéis terminado ya. Os ha comido el tiempo, sois una puñetera decadencia. Lo mejor que puedes hacer es venderme la casa y largarte con tus hermanos. A una mujer como tú le va mejor la ciudad. Bien vestida resultarás vistosa.

La miró de arriba abajo, sonriente.

—Podrías hacer una gran carrera fuera de este agujero. Aún te quedan unos años de bonita.

Salió, cerró la parte inferior de la puerta y se asomó a ella.

—Voy a veces a Madrid. Si alguna vez te encuentro...

—¿Qué?

—Me harás una rebaja por acostarme contigo.

Clara le dio un bofetón. Saltó la pipa de los labios y rodó por las escaleras del patinillo. Cayetano se llevó la mano a la cara, sonriente.

—Perdona. Me acostaré contigo sin darte dinero. No me daba cuenta de que, entre paisanos, las cosas cambian mucho.

Bajó las escaleras, se agachó para recoger la pipa y atravesó el fango sin cuidarse en dónde ponía los pies. Al llegar al coche se volvió e hizo un saludo. Clara había cerrado la puerta.

—¡Acuérdate! ¡La próxima vez serán doce mil duros!

Se metió en el coche y arrancó. Seguía lloviendo, pero el viento amainaba. Hacia el sudoeste, el cielo empezaba a clarear.

—La señora está ahora con el notario. No puede recibirte.

—Esperaré.

—Es que, después, vendrá el practicante a ponerle unas ventosas.

—Esperaré a que se vaya el practicante.

—Por mí, espera hasta mañana.

La Rucha hija, intentó cerrar la puerta, pero Clara se interpuso.

—No pretenderás que me quede en el portal.

—Pues yo no meto a nadie en casa sin que lo mande la señora.

Clara le echó mano a la muñeca.

—Un día te arrancaré los pelos. No estoy dispuesta a aguardar en la calle, como una criada. Conque, adelante.

Dejó las zuecas en un rincón y empezó a subir las escaleras, agarrada al brazo de la Rucha, empujándola delante.

—Me llevas a la sala o a la cocina, me da igual. Y le dices a la señora que estoy aquí y que quiero verla.

La soltó. La Rucha se retiró unos pasos.

—Diré a la señora que entraste a la fuerza.

—Dile lo que quieras.

—A la sala no te paso. ¡Pues no faltaba más! Ahí te quedas.

Marchó corriendo. Clara se quitó el mantón y lo dejó colgado en el perchero. Después se acercó al espejo y se miró. Se le había endurecido el gesto y miraba rabiosamente.

—¡Ese hijo de gran zorra!

Sacó del bolsillo una polverita y se dio unos toques en los párpados enrojecidos. Sentía deseos de romper algo. Le dolían, en el fondo del alma, las palabras de Cayetano. Le quemaban el corazón desde que las había escuchado. Ante el espejo cerró los puños y repitió el insulto.

—En una cosa tiene razón: en mi casa no hay hombres. Ni fuera de ella, tampoco.

Recordó a Carlos: «¡Otro bueno! —pensó—. Es tan despreciable como cualquiera y más cobarde que todos».

Entró la Rucha madre.

—La señora lleva una hora encerrada con el notario.

—Ya dije que esperaré.

—Como quiera. Pero con mi hija no tiene por qué meterse. Siéntese.

«Bueno. Y ahora a cantar la palinodia a la vieja y a pedirle que me compre la casa. Y, si no me la compra, mi gozo, en un pozo, y todas mis esperanzas, a paseo».

La casa estaba silenciosa. El aire era tibio. Se sentía fatigada y con ganas de dormir. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Se oyó, lejano, un timbre. La Rucha hija pasó corriendo, de puntillas; abrió y cerró una puerta sin ruido. Salió en seguida. Tras ella, el notario y su escribano. Dijeron: «¡Buenos días!», y bajaron las escaleras.

—Ahora diré a la señora que estás aquí.

Sonó, otra vez, el timbre. La Rucha hija salió corriendo. Después pasó la Rucha madre. Cerraron la puerta, la abrieron. Entraron y salieron en el cuarto de baño. Las oyó protestar a media voz. La Rucha madre, salió de la cocina con un sahumero. Dejó el pasillo oliendo a espliego quemado.

Un rato después, la Rucha hija regresó.

—Que pases.

La acompañó hasta una puerta abierta. Clara entró y se detuvo. Estaban entornadas las maderas, y en un rincón humeaba el espliego. Al fondo, en la alcoba, había una luz muy tenue. Atravesó la habitación y se asomó a la alcoba. Doña Mariana respiraba fatigosamente. Parecía mucho más vieja, pero su rostro conservaba la fuerza. Clara se sintió enternecida. Alargó el brazo y le acarició una mano. Doña Mariana abrió los ojos.

—¿Qué me quieres?

Clara retrocedió. Un escalofrío le sacudió la espalda; una repentina cobardía frenó sus palabras.

—Supe que estaba usted enferma...

—Sí, hija. En las últimas.

—Ya me contaron lo del muelle. No debió hacerlo.

—Fue una hombrada, ¿sabes? Como en nuestra familia no hay hombres, las hombradas tenemos que hacerlas las mujeres.

—Que lo diga.

—¿Quieres arreglarme estas almohadas? Estoy cansada. Este notario es bastante burro. Me ha sacado una semana de vida. Gracias. Dame también un poco de coñac. Ahí, en esa mesa...

Bebió un par de tragos. Pidió que apartase la luz para que no le diera en los ojos. Después sonrió.

—Bueno. ¿Y qué?

—Puedo echarle una mano, si quiere. Ese par de bestias que tiene usted de criadas no me parecen muy listas para cuidarla y, además, lo hacen de mala gana. Yo estoy acostumbrada. No me da reparo nada. Ya sabe, mi madre... Es un cuerpo muerto.

—¿Era a eso a lo que venías?

—No. Se me ocurrió ahora. Venía solo a verla.

Bajó los ojos. Doña Mariana respiraba con la boca abierta: la respiración era como un ronquido sibilante, entrecortado. Tosió un poco.

—Estoy muy mal.

—Si quiere, me voy.

—No. Espera. Siéntate ahí y espera.

Hizo una seña vaga con la mano y la dejó caer sobre el embozo. Clara se sentó y cruzó los brazos.

—¿Cómo van tus cosas?

—Como siempre.

—Es una pena que no podamos marchar de acuerdo, pero tus intereses y los míos no van por el mismo camino. Lo siento. Lo siento de veras, porque te tengo simpatía. Eres la única persona de la familia que vale para algo.

—Gracias.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo. Carlos está conmigo. Hoy lo he mandado a La Coruña, pero me acompañará hasta que me muera. Lo quiero mucho, ¿sabes?

—Yo también.

—Por eso no me conviene que estés a su lado. Una mujer, incluso una mujer leal como tú, tiene muchos recursos. Y yo debo evitar que te cases con Carlos. Me hace falta para otras cosas.

Volvió hacia Clara la cabeza y la miró fijamente.

—Tú, naturalmente, no estarás de acuerdo conmigo. Te será difícil comprenderme. Para ti, todo está perdido; pero yo no me resigno a que se pierda todo.

—¿Y espera que Carlos le salve algo?

—Estoy segura de que lo conseguiré. Ya he tomado mis medidas. Y quizá consiga de muerta lo que no conseguí de viva.

Clara se levantó.

—Pues ya pasaré por aquí a ver cómo se encuentra, y si en algo puedo ayudarla...

—Y yo, ¿puedo hacer algo por ti?

—No, señora. Gracias.

—¿Es cierto que vendes tu casa? Algo de eso me dijo Carlos, en secreto, claro. No me descubras.

—Lo he pensado mejor. Mientras mi madre viva...

Acarició otra vez la mano de doña Mariana.

—Lo que sí le agradeceré es que diga a su criada que no me trate como a una mendiga. Hoy, a poco le rompo el alma. No lo hice por respeto a usted.

Salió rápidamente, sin volver la cabeza. Cogió al paso el mantón, bajó las escaleras, se puso las zuecas. Una pareja de golondrinas se había metido en el portal y se perseguían chillando. Fuera había escampado. Clara se embozó en el mantón y marchó de prisa. Entró en el estanco, compró un pliego de papel, un sobre y un sello. Pidió prestada una pluma y escribió: «Cayetano: te vendo la casa en el precio que quieras, pero, por favor, no lo trates conmigo. Mándame a quien sea. Clara Aldán». Fue, luego, al correo y echó la carta. La plaza empezaba a despoblarse de vendedoras. Paquito el Relojero cerraba su puesto.

—¡Clara, mañana me marcho! —le gritó alegremente.

Clara atravesó la plaza y entró en Santa María. La iglesia estaba vacía; el ruido de los zuecos, al llenarla, se agrandaba.

Se santiguó, buscó un rincón. Hacía frío y, al fondo, la lámpara del altar brillaba en la penumbra. No sentía deseos de rezar, ni de pedir ayuda a Dios, sino solo de desahogar la rabia, la pena y la vergüenza, de gritar acaso. Entró en la capilla de los Churruchaos, se sentó encima de un sepulcro y empezó a llorar.

El médico llegó a las diez. Doña Mariana se había amodorrado. Gemía a ratos, o tosía. Carlos le dio algo de comer, y unas pastillas para que se

durmiera. El médico anunció que a las doce, cuando saliera del casino, vendría a echar un vistazo a la enferma. Pronosticó empeoramiento. Carlos le preguntó si sería oportuno traer de Santiago algún primer espada.

—Como usted quiera, pero va a ser igual.

Paquito el Relojero bromeaba en la cocina con las Ruchas. Carlos le hizo venir al cuarto de estar. Le preguntó si había cenado y si se encontraba bien.

—Quiero pedirte que vayas a casa de Rosario y le digas que a las once en punto la esperaré en el cruce. Llevaré el carricoche.

Paquito salió a dar el recado y regresó antes de media hora.

—Que bueno.

—Quédate a dormir aquí. Pero no te acuestes antes de que regrese. Si la vieja empeora vas corriendo a avisarme. No me moveré del cruce.

Encomendó a la Rucha que vigilase a la enferma. Salió a las once menos diez. Rosario esperaba. Se desprendió de las sombras, subió al carricoche silenciosa, cogió a Carlos del brazo.

—¡Señor, ya me tardaba!

Se abrazó a él y le besó en la boca.

—¿Vamos a quedar aquí parados? ¿Por qué me hizo venir aquí y no a su casa?

Carlos explicó la enfermedad de doña Mariana y la obligación que tenía de acompañarla.

—Entonces, mientras ella está enferma, ¿no vamos a vernos?

—Como ahora.

—¡Ay, señor!

Volvió a abrazarle y sollozó unos instantes.

—Ya no puedo pasarme sin la compañía del señor. Ayer noche, cuando Paquito me dijo que no estaba, creía que me daba algo. Fui a verle con el viento y la lluvia.

—Ya lo sé.

Le cogía las manos, las apretaba con faena. Se las besó.

—Señor, no sé qué haría si usted me faltase.

Carlos hizo un esfuerzo para decir:

—Si doña Mariana muere tendré que marchar de Pueblanueva.

—¿Para siempre?

—Por una temporada. Unos meses. Ya sabes: ella tiene parientes en Francia...

—¿Y qué va a ser de mí?

—No son más que unos meses.

Bonito parecía inquieto. Pataleaba, quería arrancar. Carlos tuvo que sujetar las riendas con fuerza.

—El señor tendrá el tiempo contado para estar conmigo.

—Puedo esperar un poco.

—¡Qué pena me da todo! ¡Estoy tan desamparada...! Y en mi casa que me tratan cada vez peor.

Se abrazó fuertemente a Carlos.

—Si el señor tiene que marcharse, como dice, sería mejor que dejase arreglado lo del alquiler de la finca. Ponerlo a mi nombre. Mientras sean mis padres los que la llevan, no me dejarán vivir.

—Pero ¿cómo quieres que haga eso? Son caseros desde hace muchos años.

—El señor es el dueño y puede hacerlo si quiere.

Suspiró hondamente.

—Así me dejará protegida.

Había muchas maneras de plantear la cuestión: llegar, una mañana, a la granja, hablar con el Galán y exigir más renta. El Galán se quejaría: que no podía pagar, que la tierra no daba lo bastante. Mentiras todo. Entonces, ella intervendría para decir que pagaría la renta nueva con el producto de su trabajo, a condición de ser ella la casera, y entonces Carlos...

—Iré un día de estos.

—El señor no tiene por qué apurarse. Cuando sepa el día del viaje...

Convinieron que, al día siguiente, se verían del mismo modo y a la misma hora, y que si Carlos tardaba Rosario se marcharía.

—Pero haga el señor por venir, aunque la señora se muera...

Le echó los brazos al cuello y le besó furiosamente.

—Señor, haga por estar conmigo, aunque no sea más que un ratito. Yo subiré al pazo a la hora que sea. No me importa que me vea la gente...

Saltó del coche y se abrazó a sus piernas.

—Voy a llorar mucho, señor.

Apretó el abrazo y se metió en las sombras. Carlos arreó el caballo.

—Hasta mañana.

Se sentía confuso. «Me quiere y cometo una felonía al abandonarla». O bien: «No es más que una mujer lista que comprendió a tiempo que de mí sacaría más que de Cayetano». «Le he descubierto el amor». O «No soy más que un imbécil».

Doña Mariana no se había despertado. Carlos dispuso que trajeran almohadas y una manta, y mandó a las Ruchas que se acostasen. «Si me hacéis falta os llamaré». A las doce, pasadas, llegó el médico, escuchó la respiración de doña Mariana, le tomó el pulso, le palpó el hígado y los tobillos. «Esto se complica inesperadamente. Habrá que deshidratarla, y no sé si lo resistirá. Tiene muy pocas carnes y el corazón está muy fatigado». Levantó un poco las ropas y enseñó a Carlos los tobillos hinchados. Carlos se encogió de hombros. «No olvide que no sé una palabra de medicina». El médico se lo llevó a la salita y empezó a explicarle algo de la respiración, del corazón, del hígado y del agua acumulada. «Volveré mañana a primera hora. Dele el piramidón y que le pongan las ventosas y el cardiazol, cada tanto tiempo...».

Al quedarse solo sintió Carlos deseos de tocar el piano. Descubrió entonces que, durante todo el día, una melodía le había andado por el recuerdo. Fue al salón, cerró las puertas, corrió las cortinas y tocó suavemente. Se interrumpía a ratos, escuchaba y volvía a tocar, hasta que sintió frío y regresó a la salita. Doña Mariana dormía y él no tenía sueño, sino frío. Se acostó en el sofá y encogió las piernas. El ruido de las olas al golpear el pretil llegaba como un rumor suave y repetido. «Como quedaría bien sería regalándole a Rosario la granja. Si me voy, se casará con ese labrador, y la granja podría ser mi regalo de boda. Es un modo de pagarle...».

«... y si le pago de alguna manera, la envilezco, la prostituyo. Su entrega deja de ser amor. Me pongo a la altura de Cayetano...».

«... pero Cayetano da el tono moral al pueblo. Arrebata o compra. En el fondo todo el mundo cree que lo que él hace es lo que está bien, y Rosario también lo cree...».

«... no volveré más. Tendré que venderlo todo, antes, y nadie lo podrá comprar si Cayetano se empeña. Él pondrá el precio. —¿Y la Granja de Freame? —Esa la he regalado a Rosario la Galana. Va a casarse, ¿sabes? Si Cayetano llegase a ser su dueño se vengaría de Rosario; yo mismo pondría en

su mano el modo y la ocasión de vengarse...»

«... y después de todo, lo que puede valer no es mucho, ni me hará más rico, y quedaré bien...».

Recordó la llegada de Rosario la primera noche. Había despertado en su interior la serpiente dormida. Se había hecho el centro, el nudo de su vida en Pueblanueva, al menos en apariencia. Sin embargo, al pensar en marcharse, podía recordarla como algo concluido, pasado, lejano ya.

«En realidad, quien me retuvo aquí fue doña Mariana. No entiendo por qué. Me habló de mi padre. ¿Será posible que haya hecho de ella un símbolo paterno? —rio en la oscuridad—. Con un poco de ingenio podría concluir que en el fondo de mi alma existe un elemento homosexual enmascarado...».

Volvió a darle la risa. Doña Mariana tosió. Apartó las mantas y corrió a la alcoba. Doña Mariana no había despertado. Por la frente le corrían gotas de sudor.

Rosario hacía la vainica de una sábana. Junto a ella, una moza rubia preparaba dobladillos. Iba a casarse dentro de quince días y la ropa le corría prisa; por eso ayudaba.

—Pues en cuanto toque la sirena tengo que ir a un recado.

—¡Ay, mujer!

—No es muy lejos, pero faltará cosa de media hora.

—Te llamamos para todo el día.

—Con descontarme dos reales...

—Es que la ropa tiene prisa.

—El tiempo que pierda ahora lo recobro después...

—Nunca es lo mismo.

—... además del descuento.

Rosario abandonó la labor al oírse la sirena. Volvió a disculparse y salió corriendo. El Outeiro estaba cerca. Se metió por una *corredoira* embarrada, se le engancharon las zuecas en el fango dos o tres veces. La madre de Ramón partía leña en la era.

—Venía a hablar con usted.

La vieja dejó el hacha y le indicó la puerta.

—Pasa.

—Tengo que marchar corriendo.

—Pasa y siéntate. Vienes echando el hígado.

—En la casa donde estoy cosiendo no les gusta.

—Entra y siéntate.

En el hogar humeaba una olla. La vieja sirvió vino en un vaso de vidrio grueso y lo ofreció a Rosario. Ella lo cogió.

—Dios se lo pague. Ya sabe que aquello no sirvió de nada.

—¿Aquello?

—Sí. De cuando estuve la otra vez. No quedé embarazada.

—Ya.

Rosario tomó un sorbo de vino. El resplandor de las llamas lamía la cara de la vieja por un lado y dejaba el otro en sombra. Rosario veía solo medio rostro, de color trémulo, y, del otro medio, el brillar del ojo ensombrecido, como un tizón en la oscuridad.

La voz de la vieja era tranquila, cariñosa.

—Puedo darte también algo de comer si lo quieres.

—No. Pues Ramón va a verme todas las tardes, después del trabajo.

—Ya.

—Y quiere casarse conmigo.

—Ya.

—A mí me parece...

Dejó el vaso encima de la mesa y recogió las manos en el regazo. Miró a la vieja y, luego, bajó los ojos.

—Podíamos trabajar la Granja de Freame.

—¿Y tus padres?

—De eso no se cuide.

—Yo me iría con vosotros.

—¿Y esta casa?

—No falta quien me dé por ella buena renta.

—Tendría que hablar a mis padres. Sin mentar la Granja. Ellos no saben nada.

—¿Y después?

—Déjeme a mí... Ramón tampoco lo sabe.

—No tiene por qué saberlo.

—Pensé que las cosas las arreglaríamos entre usted y yo.

—Claro.

Rosario apuró el vino y se levantó.

—Me estarán esperando.

—Ven con Ramón el domingo...

Ramón regresaba del huerto, con la azada al hombro. Vio salir a Rosario y la llamó.

—¡Vine a hablar con tu madre, ya te contará ella! ¡Tengo prisa...!

Ramón se detuvo junto a la cerca, apoyó la azada en el suelo y las manos en la azada. Su madre esperaba en la puerta. Rosario volvió la cabeza y dijo adiós con la mano.

El médico miró el termómetro y torció el gesto. Se lo pasó a Carlos. Doña Mariana hizo un esfuerzo por sonreír.

—No hable, se lo ruego.

—¿Estoy peor?

—Está muy mal.

Se agarró a la mano de Carlos.

—Aunque me muera antes, ¿no hay ninguna medicina que me conserve la lucidez? —tosió—. No me importa morir, pero necesito decir algunas cosas todavía.

—No hable.

El médico preparó un potingue y se lo dio a beber.

—Esto la hará dormir un poco. Después se encontrará mejor.

—Pero ¿no comprende que quiero estar despierta?

Le salía ronca la voz; hablaba con dificultad.

—Señora, cumplo con mi deber de médico. Tengo que prolongarle la vida hasta donde sea posible.

—Su deber es obedecerme. ¡Carlos...!

Carlos se acercó y se arrodilló a su lado. Doña Mariana le acarició la mano y cerró los ojos.

—¡Imbéciles! —murmuró.

Carlos esperó, sin moverse, a que doña Mariana se durmiera. El médico se había retirado a la sala y miraba la mar desde la ventana.

—Habrás que traer al cura.

—¿Al cura?

—No confío en que la señora pase de mañana. Si quiere, yo mismo dejo recado en la parroquia.

—No, no. En la parroquia no. Me encargaré de hacerlo.

Cuando marchó el médico, Carlos fue a la cocina. Paquito hacía paquetes extraños, adornados con lazos y flores secas.

—Mañana me voy junto a mi loca. Ya está ahí la primavera.

Sacó la flauta del bolsillo y tocó una escala.

—¿Pase lo que pase?

El Relojero le miró con desconfianza.

—¿Qué puede pasar?

—La señora va a morir.

La Rucha madre se llevó el mandil a los ojos, y su hija empezó a lloriquear.

—Necesito que ahora mismo dejes eso y te llegues al monasterio. Que venga contigo el padre Eugenio. Le dices lo que pasa.

—Deme un pitillo.

—Coge el coche y ve de prisa. Te lo pido de favor.

—Ahora deme fuego. Es cuestión de ir fumando para no aburrirse por el camino.

Doña Mariana continuaba durmiendo. Le saltaba el corazón, y, a veces, un movimiento convulso le agitaba las manos. Carlos le limpió el sudor y se sentó al lado de la cama. Parecía como si se le hubiese vaciado el pensamiento para llenarse solo de la imagen de la vieja, escuálida, vencida. Había adelgazado tanto que apenas hacía bulto bajo las ropas. Le había recogido el cabello con un pañuelo blanco; sin su ornato, el rostro resultaba viril, endurecido en sus perfiles. El grueso vello del labio superior negreaba sobre la piel traslúcida.

Recordó —otra vez— a su padre. Muerto allá lejos, solitario, habría estado así; su rostro habría sido como el de doña Mariana ahora: quizá más débil, menos duros los contornos. Su padre había sido también blando de

carácter. Había huido, como él pensaba huir. Había desertado de la obligación que doña Mariana le impusiera, había roto el compromiso con su mujer y su hijo.

Se enterneció. Comprendía a su padre. Imaginaba que las razones para marchar eran las mismas. Quizá no razones, sino temor, o, acaso, el hallarse en la vida sin saber para qué y sin ganas de inventarse el para qué. Su mismo caso.

Era una suerte que doña Mariana no pudiera hablarle. Temía sus últimas órdenes, temía no atreverse a desobedecerlas después de la muerte. El silencio de doña Mariana le liberaba, le dejaba entregado a la pura efusión sentimental, a la pura emoción de verla morir. Podía, incluso, llorarla. La lloraría alguna vez, muchas veces —pero lejos ya—. Amaba a doña Mariana y, sin embargo, aquellos meses pasados junto a ella empezaban a parecerle una pesadilla.

—Antes de marchar, mandaré que cierren como estaba la puerta de la torre, y arrojaré a la mar la llave. Así...

Fray Eugenio subió las escaleras apresuradamente. Ante la puerta de doña Mariana contuvo el ímpetu y llamó con los nudillos. Carlos abrió, le hizo señal de que no hablase, y salió al pasillo. La Rucha hija se retiraba. Carlos le chistó.

—Entra y espera mientras nosotros hablamos.

Se llevó al fraile al cuarto de estar.

—Está muy grave. Puede morir en cualquier momento.

—Traigo permiso del prior para permanecer aquí todo el tiempo que sea necesario. Al prior le preocupa mucho doña Mariana. Se llevó un verdadero disgusto, y me dijo: «¿Cómo es que no se ha enterado usted, padre Eugenio? Si hay una persona indicada para acompañarla en sus últimos instantes, esa persona es usted. Váyase en seguida». Dios me perdone si pienso mal, pero me dio la impresión de que ponía a mi cargo la custodia de nuestros intereses.

Sonrió.

—Sería catastrófico que fracasase lo de las pinturas.

—Yo no puedo ocuparme ahora de eso, padre Eugenio.

—Tampoco yo. Pero ¿puedo pensar verdaderamente en lo que debo? Usted me ha llamado para que confiese a doña Mariana, ¿no es así? Y yo le respondo: antes de confesar a doña Mariana es menester convencerla de que debe confesarse.

Echó una mirada alrededor y añadió:

—¿Quién le pone el cascabel al gato? ¿Usted?

Carlos le indicó un sillón.

—Padre Eugenio, la cosa parece más de su oficio.

—A primera vista, solo a primera vista. Declaro honestamente que no nos hemos cuidado del alma de doña Mariana, pero también declaro que soy el menos apto para ese menester. Otra clase de frailes hubieran previsto hace tiempo que la vieja tenía que morir y hubieran destacado al más hábil, al más inteligente o al más humilde para que hiciese la tertulia a la vieja todos los días, o, al menos, todos los domingos. Pero en nuestro monasterio, desde que murió el padre Hugo, existe un drama, y como usted decía una vez, el drama no permite dedicarse a otra cosa más que al drama mismo. En cuanto a mí...

Levantó la vista y miró a Carlos.

—... tengo miedo a doña Mariana. Soy cobarde. No me atrevería a proponerle una confesión.

—¿Quiere usted que llame al párroco? Quizá él...

—¡No, no lo haga usted! Si doña Mariana rechaza el sacramento, el párroco se verá en la obligación de negarle sepultura sagrada.

—Doña Mariana tiene derecho a enterrarse en la iglesia. Ayer estuve en La Coruña arreglando la cuestión.

—Si muere inconfesa, lo perderá.

Apoyó la frente en la mano y estuvo en silencio.

—Yo no puedo mentir, don Carlos. No puedo decir que se confesó sin haberlo hecho, ni aun quedando el secreto entre los dos. Pero puedo permanecer al lado de doña Mariana hasta su muerte. Puedo estudiar su cara, su mirada, sus movimientos, espiar las señales de su conciencia ante la muerte. Puedo darle a besar una cruz en su agonía, y, si se mueven sus labios, ponerle la Extremaunción.

—Todo, menos pedirle por derecho que se confiese.

—A eso no me atrevo. Me diría que no y...

Dejó caer los brazos largos, las manos huesudas.

—No soy un santo, ni un hombre virtuoso, ni siquiera un fraile convencional. Otro soportaría la negativa e insistiría; yo, no.

Recogió súbitamente las manos, y le brillaron los ojos.

—¿Por qué no lo hace usted? Usted es su amigo.

Carlos bajó la cabeza. Abrió los brazos y los alzó un poco.

—Tampoco me atrevo.

Se levantó y llamó al timbre. Entró la Rucha vieja.

—El padre Quiroga comerá conmigo y se quedará aquí mientras la señora esté grave. Prepárenle lo necesario.

—¿Va a dormir también?

—Si puedo —contestó el fraile.

Clara compró unas fanecas para freír y el aceite que pudo con las perras que le quedaban. Había dejado al fuego una tartera con patatas y la leña suficiente para que se cocieran sin quemarse. La lonja estaba casi desierta. No encontró a nadie con quien hablar y se volvió para casa. Al atravesar la plaza la llamaron. Desde los soportales el cartero le hacía señas.

—¡Vaya! ¡Los ausentes se acuerdan de ti! Toma. Carta de tu hermano.

—¿Y cómo sabes que es de mi hermano?

El cartero enrojeció.

—Por la letra.

Clara cogió la carta y la guardó en el pecho.

—Ya habrás sacado copia de ella para entregársela al amo. Haces bien. Así te luce. El que no tiene hijas, contenta al señor con otros servicios. ¿Cuánto te paga?

El cartero se alejaba sin hacerle caso. Clara se llegó a un lugar iluminado y leyó la carta. Era muy breve. Decía Juan que había encontrado a Inés, que vivían juntos en la misma pensión y que no había otras novedades. «Inés empieza a recobrase y espero que llegue a estar mejor que nunca». Daba la dirección y urgía la venta de la casa. «Ni un céntimo menos de veinte mil duros. Necesitamos nuestra parte cuanto antes. Abrazos y recuerdos».

Maquinalmente se encaminó a casa de doña Mariana. Estaba la calle

solitaria, y en la ría pitaba la sirena de un vaporcito; «... y si les digo que Cayetano se metió por medio y que me pagó lo que quiso, me llamarán imbécil y reclamarán sus diez mil duros enteritos, y yo me quedaré sin casa y sin dinero. También podría decir a Juan que viniese él a venderla, pero eso sería una faena sucia...».

La Rucha hija le abrió la puerta y le mandó pasar. Seria, pero cortés.

—Haga el favor de sentarse. Diré que está usted aquí.

—Vengo a ver a don Carlos.

—Sí, sí. En seguida.

Trajo luz al cuarto. Clara se sentó junto a la chimenea, acercó los pies húmedos a la llama, se frotó las manos. «Esta casa me da siempre ganas de dormir, de quedarme en ella a dormir para siempre». Llegó Carlos sin hacer ruido.

—Hola, Clara.

Ella se sobresaltó. Le tendió la mano.

—¿Cómo está la vieja?

—En las últimas.

—¡Qué suerte tiene! No hay como morir a tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada.

Sacó del bolsillo la carta de Juan.

—Acabo de recibir esto.

Se la tendió, riendo.

—Última entrega del folletín.

Carlos leyó. Plegó la carta, pero la conservó en la mano.

—Todos felices.

—Menos yo —atajó Clara—. Porque ha estado a verme Cayetano, me ofreció por la casa lo que le dio la gana, me dijo que no permitirá que nadie la compre, y que cuando quiera venderla me dará menos. Y como esos reclamarán sus diez mil duros...

Cogió la carta de manos de Carlos.

—Me dan ganas de mandarlos al cuerno. Es muy cómodo valerse de los demás para salir de aprietos.

Golpeó con el zapato los morrillos.

—La cosa ya no tiene remedio. Hoy escribí una carta a Cayetano diciéndole que venderé por lo que quiera.

—¿Has hecho eso?

—Estaba desesperada. Y ahora...

Carlos, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, se sentó en el brazo del sofá.

—La vieja está prácticamente sin sentido. Ni puedo decirle que te compre la casa ni creo en la legalidad de una venta así.

Clara se encogió de hombros.

—No venía a eso. Pero, a veces, necesita una contar sus penas a alguien.

Se levantó y se acercó a la ventana. La luz del faro le iluminaba el rostro: un destello blanco, uno rojo, uno blanco.

—Estoy fastidiada. Nunca me he visto en peor situación. Me voy a quedar sin casa y con dos mil duros por todo caudal para mi madre y para mí. ¡Y yo que pensaba poner una tiendecita...!

Tecléo con los dedos en el cristal. Carlos liaba un cigarrillo, sin mirarla. Ella regresó al asiento, miró de nuevo las llamas.

—A no ser que piense otra vez en Cayetano.

Carlos arrojó furiosa, súbitamente, el cigarro medio hecho.

—¡No seas bestia!

—Es el amo, Carlos. Hay que rendirse a la evidencia. Después de unos meses volvemos al punto de partida, aunque hayan variado mis condiciones. Puedo pedirle mi tiendecita...

Dio una patada a un leño. Se quebró la brasa, subieron las chispas por la chimenea.

—¡No me queda ni eso! Cayetano me desprecia y no daría por mí un real.

Se levantó.

—Bueno. Ya me he desahogado. Me vuelvo a mi fogón y a mi madre. Y a todo lo que es mío.

Había dejado el mantón encima de una silla. Carlos le ayudó a ponérselo. Quedaron juntos, muy cerca, frente a frente.

—Hay otra cosa que quisiera decirte, Carlos.

Él sonrió.

—Es curioso, y acabo de recordarlo no sé por qué... Es decir, sí lo sé.

Desde que empezaron todos estos líos, y ando con la cabeza llena de ideas y con disgustos y con preocupaciones...

Se detuvo y bajó la cabeza.

—Bueno. Quiero decirte que *aquello* ya no pasa.

Salió de la habitación. En el pasillo, Carlos intentó contarle que el padre Eugenio esperaba ocasión de confesar a doña Mariana, y que había perdido la esperanza. Clara no parecía hacerle caso. Al bajar la escalera, le ofreció volver, si hacía falta para algo.

Dieron las once en el reloj de Santa María: las trajo el viento, que rolaba al nordés. Clara había arreglado a su madre y terminaba de fregar. Secó los platos, barrió el suelo, mató con agua las brasas vivas del fogón. Se sentía cansada y entristecida. Colgaba de una cuerda su ropa blanca lavada: tentó si estaba seca, y no sintió deseos de ponerse a plancharla. Al día siguiente era domingo. ¿Y qué? No tenía para quién acicalarse. Recogió la ropa, hizo un montón y la dejó en el fondo de un canasto.

Encima de la mesa estaba la carta de Juan. La había releído, había intentado imaginar el encuentro con Inés, inútilmente, porque no alcanzaba a suponer las palabras que se habrían dicho. «A mí, Juan me habría largado un bofetón, y yo le hubiera respondido: “Bueno, ¿y qué?”; pero Inés no soy yo. Inés se ha marchado de casa por motivos sublimes». Buscó papel y un tintero, y se puso a escribir: «Querido Juan: me alegro de que estéis juntos y alegres. Mamá sigue lo mismo y yo ando a palos con la vida. Lo de la casa marcha mal. Cayetano vino a verme, dice que no permitirá que nadie la compre, y que me dará lo que quiera, de modo que los veinte mil duros se reducirán a la mitad, o poco más. Haced vuestras cuentas sobre eso y no sobre lo antes pensado. Si no estáis de acuerdo escribidme a vuelta de correo. Os quiere, Clara. P. D.—La vieja está muriendo. Si Juan pensaba que ella nos compraría la casa en los veinte mil duros, que no se haga ilusiones. Recuerdos de Carlos Deza». No encontró sobre.

Había pasado media hora. Sonó, otra vez, el reloj y le pareció que las campanadas la empujaban a su cuarto. Dejó las cartas en la mesa y un tazón encima para que no las llevase el viento. En el cajón había cabos de velas:

escogió uno, mediano, y lo encajó en la palmatoria: tuvo que envolverlo en un papel para que no bailase.

—Mañana puedo vender en la feria el traje de seda que me dio Carlos. Bien vale cinco duros.

El traje de seda estaba colgado en la pared de su cuarto, cubierto con una sábana vieja. Lo destapó y lo acarició. Sus dedos ásperos casi arañaban la seda: un roce que daba dentera. Pero lo acarició un rato.

—Total, ya no me sirve de nada. También es mala suerte.

Con cinco duros, bien administrados, podían comer, ella y su madre, más de una semana, y, en este tiempo, vendería la casa o tomaría una determinación.

—Pedir más dinero a Carlos no debo hacerlo.

Se sentó en el borde de la cama y empezó a desvestirse. Primero, las medias, zurcidas por la punta. Las dobló y las dejó sobre una silla. En cuanto llegase el buen tiempo podía andar sin ellas y era un ahorro. Aunque, sin medias, las piernas no estaban tan bonitas.

Desnuda, se puso el camisón y se metió en la cama. El frío de las sábanas la hizo chillar, encogerse. Poco a poco fue ganando terreno al frío, hasta quedar estirada, quieta. Recordó, entonces, lo que había dicho a Carlos sobre *aquello*. Lo recordó tranquilamente, sin turbación, sin deseo: «Pues sí que son extrañas estas cosas. ¡Quién había de decírmelo, no hace más de quince días...!» No se había esforzado ni desesperado como otras veces. No había peleado contra sí misma, hasta quedar vencida, estremecida de placer y repugnancia. Las cosas habían sucedido como si alguien le hubiese ayudado; como si de pronto alguien hubiese soplado en su imaginación y la hubiese dejado desierta; como si, además, se hubieran roto los puentes entre la imaginación y el cuerpo. ¡Qué tranquilidad en el cuerpo y en el alma!

Alargó el brazo, acercó la vela y la apagó. Dobló las rodillas y cruzó los brazos bajo el pecho. En una esquina del techo una polilla hacía un ruidito. Llegaban crujidos lejanos de la madera, alguna voz remota, la caricia del viento en los árboles. Se sintió sosegada. «Yo debía rezar algo». Pensó que si alguien le había ayudado tenía que sentirse agradecida y decírselo. Murmuró: «Gracias». Cerró los ojos, y repitió: «Gracias». Los pies empezaban a calentarse, le subía el calor por las pantorrillas. Aquello estaba bien y era

agradable. Lo que pasaba por su alma empezó a ser confuso.

Una mala postura, quizá una pesadilla o un sueño ingrato, despertó a Carlos bruscamente. Pensó que había dormido mucho y que la Rucha se habría dormido también en su turno de vela. Saltó de la cama, se puso encima la bata y fue a la alcoba de doña Mariana. La Rucha cabeceaba. Le rogó que esperase unos minutos más, que él la sustituiría. Buscó espabilarse bajo el agua de la ducha, se afeitó y se vistió de prisa. Cuando salió del cuarto de baño clareaba.

—Tráeme las cosas del desayuno en una bandeja. Yo me lo prepararé. Luego, acuéstate.

—Sí, señor.

—A tu madre, cuando se levante, que venga a hablar conmigo.

—Sí, señor.

—Y pon un servicio más. El padre desayunará también.

—El padre salió hace un rato, dijo que iba a decir misa a Santa María, y que vendrá en cuanto termine.

Doña Mariana dormía. Le tomó el pulso y la temperatura. Ella abrió un momento los ojos, sonrió y siguió durmiendo. Estaba agitada, respiraba con angustia, gemía o decía palabras oscuras, inconexas. Carlos bebió el café y abrió un poco la ventana. El aire venía fresco y húmedo; el cielo estaba gris plateado y lloviznaba. Había calmado el viento. Se oían los primeros rumores matinales: un grito lejano, un carretón que pasaba, voces en una casa vecina, el golpe de las olas.

Había soñado insistentemente con Clara. Se había despertado y había vuelto a soñar. Ahora le preocupaba lo soñado.

«Si doy por cierto que el sueño me revela una realidad que he querido ocultarme, desde que conozco a Clara no he hecho más que huirle. Rosario y doña Mariana han favorecido mi huida. Y ahora, al perder a doña Mariana, al comprender que Rosario sola no me basta, decido marcharme para siempre. Sin embargo, no estoy enamorado de Clara. Ni siquiera llegó a obsesionarme sexualmente, ni a atraerme más allá de lo natural.»

Unos niños descalzos se acercaron a una buceta, varada al cobijo del pretil, e intentaron botarla. Alguien que Carlos no veía les gritó. Los

chiquillos salieron corriendo. Carlos cerró la ventana y volvió a la alcoba. Doña Mariana había sacado los brazos fuera del embozo y golpeaba la sábana con los puños cerrados. La tapó.

«Puedo llegar a la conclusión, poco halagadora para mí, de que la temo por ser más mujer que las otras, por exigir de mí una conducta viril, una decisión a la que no me siento dispuesto. Pero no estoy seguro de que sea esta la causa, y no otra. No estoy seguro de nada. Hoy pienso en Clara; ayer, en Mariana; la otra noche, en Rosario. Sucesivamente he creído huir de las tres. ¿Sé, en verdad, de qué huyo? Decididamente tendré que psicoanalizarme si quiero andar por el mundo sin tropezar en todas las esquinas y tomar el rábano por las hojas.»

Llamaron a la puerta y entró el padre Eugenio.

—Ahí tiene su café —dijo Carlos—. Espero que no se le habrá enfriado.

—¿Cómo está ella?

—Temperatura, la normal a estas horas en quien ha llegado ayer a los cuarenta. El pulso, más débil.

—¿Cree usted que recobrará la lucidez?

—No lo sé.

Fray Eugenio se sirvió el café y preparó una rebanada de pan.

—Estuve hablando con el cura. Le dije la verdad: que yo me había instalado aquí, y que administraría los Sacramentos si había lugar.

Señaló una cajita que había dejado encima de la consola.

—He traído los Santos Óleos y una Forma consagrada. El cura insistió en que lo hiciera.

Levantó hacia Carlos los ojos muy abiertos.

—No le daré la comunión a no ser que... En fin, que ella la pida.

—Usted sabrá.

—Don Carlos, creo en la realidad de los Santos Sacramentos. No puedo, a sabiendas, permitir que se cometa un sacrilegio.

Carlos le sonrió y le golpeó la espalda.

—Ande, desayune tranquilo.

Pareció que doña Mariana hablaba. Carlos corrió a la alcoba. Doña Mariana tenía abiertos los ojos. Carlos se acercó.

—¿Cómo se encuentra?

—Fastidiada. ¿Con quién hablabas?

—Está ahí el padre Eugenio. Se enteró de que estaba usted enferma.

—¡Ah, sí! El padre Eugenio...

—No hable. Voy a darle un poco de café.

—No te vayas de mi lado.

Carlos encargó el café. Hizo seña al padre Eugenio de que esperase. Los dedos de doña Mariana tentaban en el aire, buscando algo. Carlos le cogió la mano y ella cerró los ojos.

—No te vayas.

Al traer el café preguntó si podrían echarle un poco de coñac.

—Carlos, quiero que me entierren en mi iglesia.

—Sí.

—Tendré que confesarme. Si no...

—Como usted quiera.

—El padre Eugenio...

—Sí, sí. No hable más de lo necesario.

—Dame algo que me espabile.

Tomó el café dificultosamente. Empezó a sudar.

—Arréglame las almohadas, Carlos. Dile a ese...

Carlos llamó al padre Eugenio.

—Las cosas marchan.

—¿Lo ha pedido ella? —los ojos del padre Eugenio brillaron de júbilo.

—Sí, pero no se haga ilusiones. No ha dicho que crea en Dios, sino que quiere confesarse.

Empujó al padre Eugenio hacia la alcoba. Doña Mariana había vuelto a cerrar los ojos y su mano insistía en buscar otra mano.

—Aquí está el padre Eugenio.

La mano de doña Mariana halló la de Carlos y la agarró fuertemente.

—No quiero que te vayas.

—El padre Eugenio viene a confesarla.

—Que se siente.

—Yo no puedo estar aquí mientras la confiesa.

Doña Mariana abrió los ojos, asustados.

—¿No? —miró a un lado y a otro—. ¿Dónde estás, Eugenio? —empezó a

sonreír—. Ya. Estás ahí. Tan feo...

Soltó la mano de Carlos.

—No te alejes mucho. Ven en seguida.

Fray Eugenio esperó a que Carlos saliese. Besó las cruces de una estola, se la puso, se santiguó.

—Eugenio, estoy muy cansada.

—¿Quiere usted que coja su mano y le vaya diciendo los mandamientos? Bastará que me apriete cada vez que...

—Eugenio, acúsame de mis pecados. Yo diré que sí.

—Señora, yo...

Doña Mariana volvió a abrir los ojos. Sacó de alguna parte donde morían un destello de burla y energía. Ordenó:

—Sé valiente.

Fray Eugenio se levantó, hizo un esfuerzo, alzó los brazos.

—Mariana Sarmiento, sierva del Señor, te acuso de soberbia.

Ella sonrió y dijo un «sí» como un suspiro.

—Vas a morir a esta vida. Pronto nacerás a la vida eterna. Allí, tú misma serás tu juez. Tu propio movimiento te llevará a los pies del Señor, que padeció por rescatarte del pecado y de la muerte, o te alejará de Él para siempre. Si estás arrepentida, por amor o por temor...

Dejó caer el brazo izquierdo y alzó el derecho todavía más.

—*Ego te absolvo ab peccatis tuis...*

El brazo descendió y trazó en el aire la cruz.

—... *in Nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amén.*

—Gracias, Eugenio. Que venga Carlos.

El fraile recogió bruscamente la mano que acababa de dar la bendición y quedó quieto, asombrado, con un punto de espanto en el mirar. Doña Mariana había vuelto la cabeza hacia la pared y repetía:

—Que venga Carlos.

Salió el fraile. Carlos esperaba en el pasillo. Fumaba y paseaba.

—¿Ya?

—Don Carlos, ¿cree usted en el diablo?

El padre Eugenio, al hacerle la pregunta, le agarró por los hombros y le miró con ojos empavorecidos.

—Creo, al menos, en el mío. Alguna vez le hablé de él, ¿no lo recuerda?

—El corazón de doña Mariana tiene un demonio enroscado, un demonio que la ata a la tierra. Nosotros también lo tenemos. Usted, yo, todos, todos. ¿Por qué? ¿Sabe usted por qué?

—Antes creía saber algo del mío. Ahora, ni eso.

Se acercó a la puerta de doña Mariana.

—¿Qué hace?

—Le llama.

Carlos abrió la puerta.

—Aunque el demonio la posea..., perdóneme. Tengo que atenderla. ¿Se va usted?

—No. Esperaré. No he perdido la esperanza.

Entró con Carlos y añadió en voz baja:

—La mía no es la oración de un santo, pero es también una oración.

Cogió el breviario y salió. Carlos entró en la alcoba. Doña Mariana permanecía vuelta hacia la pared.

—Carlos. Esa luz. Apágala. Así. Carlos...

Carlos se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano.

—Sí.

—En mi escritorio... Busca. Hay unas instrucciones para mi entierro.

—Sí.

—No puedo más. Carlos. No puedo respirar. Me duele todo. Dame una de esas pastillas que me atontan.

—Ahora vendrá el médico.

—Que me deje morir en paz. No vale la pena seguir haciéndome daño.

El sobre venía dirigido a Cayetano y no traía sello sino simplemente matasellos. Los sobres así no se detenían en secretaría, sino que pasaban directamente al despacho privado del jefe. Cayetano lo abrió y leyó la copia de la carta que Juan Aldán escribía a Clara y la de la carta que Clara escribía a Juan. Encima de la mesa estaba la carta escrita por Clara a Cayetano —los sobres con letra de mujer tampoco hacían estación en secretaría.

Descolgó el teléfono interior.

—Que se enteren cuanto antes del estado de doña Mariana Sarmiento.

Colgó y releyó las cartas. Después se sentó en un sillón y cerró los ojos. Sonó el teléfono. Alguien le dijo que doña Mariana Sarmiento estaba muriendo.

—Bien. Gracias. Que venga Martínez Couto.

El empleado llegó rápidamente; llamó quedo y entró sin esperar.

—Mire usted: se va ahora mismo al pazo de los Aldán, habla con Clara y le dice que le compro la finca en los quince mil duros. Que si está conforme, la avisaré cuando venga el notario. Que tenga los papeles preparados. Los derechos reales y demás gastos, de su cuenta. Explíqueme lo que son los derechos reales. Para que no monte mucho haremos la escritura por la mitad. Explíquese todo claramente.

—Sí, señor.

Martínez Couto había permanecido de pie, con los zapatos en ángulo de cuarenta y cinco grados, el torso un poco inclinado, la cabeza baja y en la boca una sonrisa.

—Puede marcharse. Dese prisa.

—Sí, señor.

Salió.

Frente al cuadro de Reynolds, el revestimiento de madera traída de un castillo inglés disimulaba una puerta que no se abría desde muchos años atrás; una puerta que no había vuelto a abrirse desde que fuera instalada y probada. Cayetano buscó en un cajón una llavecita y la abrió. Al otro lado del hueco de la pared había otra puerta y estaba cerrada con un cerrojo. Cayetano lo corrió y abrió la segunda puerta. Don Jaime, sentado ante la mesa de su despacho, hacía pajaritas: treinta, cuarenta, cincuenta pajaritas blancas, todas iguales, formaban en pelotón sobre la mesa; a su frente figuraban pajaritas mayores, cabos, sargentos, capitanes de aquel ejército. En el cesto de los papeles había pajaritas rotas, pajaritas estrujadas, pajaritas inconclusas.

Don Jaime Salgado se sobresaltó al oír el ruido. La puerta estaba detrás de su mesa, detrás de su espalda. Quizá la hubiera olvidado. Dio un grito, se levantó y corrió a refugiarse tras la mesa. Buena parte del ejército quedó derribado.

Cayetano entró y cerró.

—Buenos días, papá.

Don Jaime retrocedía. Tropezó con una butaca y se tambaleó.

—¿Qué quieres?

—Verte. Siéntate. Quiero hablar contigo.

Atravesó el despacho hasta el sofá y señaló a su padre un sillón. Don Jaime se sentó. Le miraba con extrañeza, con miedo.

—Vengo a hablarte de negocios.

Don Jaime mantenía los ojos muy abiertos. Le temblaban las manos y los párpados. Respondió algo ininteligible.

—Tú eres el jefe, papá, el dueño de la firma. Yo no soy más que tu apoderado general —cambió de tono—. ¿Sabes que está muriendo doña Mariana?

—¿Cómo?

Algo así como el residuo de una emoción, o su eco, le conmovió un instante.

—¿Doña Mariana? ¿Muriendo?

—Sí. De una pulmonía que cogió por desafiarme. Está muriendo y debo recordarte que posee un buen paquete de acciones de nuestra empresa. Vendidas por ti hace treinta años o más.

—Sí...

—Era un gran momento aquel, ¿verdad? Dinero fresco para ampliar el negocio. Entonces eras joven y veías claro. Un buen paquete de acciones, pero el negocio fue arriba. Hiciste bien.

—Sí...

Don Jaime no había entrado en la situación. Le erraba el mirar, desconfiado, incierto.

—Ahora esas acciones irán a parar a manos de sus herederos. ¿Tú sabes quiénes son?

—¿Yo? ¿Sus herederos? No sé...

—Durante muchos años fuiste el confidente y el guía de doña Mariana en sus negocios. Tienes que saber algo.

—No sé. No me acuerdo.

—Algo de su hijo. ¿No recuerdas? Doña Mariana es soltera, pero tiene un hijo. Doña Mariana es una zorra mala: Tiene un hijo de soltera. Está en la

Argentina, y supongo que la heredará. El hijo de doña Mariana pasará a ser el propietario de ese paquete de acciones.

—Sí...

—Y he pensado que es una buena ocasión para que los astilleros sean enteramente de nuestra propiedad. Voy a escribir al hijo de doña Mariana para que venga y comprarle esas acciones.

—Bueno.

—A no ser que exista alguna razón por la que hayamos de respetar la propiedad y el propietario.

—¿Razones? ¿Cuáles? No sé...

Cayetano cogió violentamente un pliego de papel y se lo entregó a su padre.

—Toma. Haz pajaritas y deja de temblar. Me refiero a razones de conciencia.

Don Jaime miró el papel y quedó con él en la mano.

—¿De conciencia? ¿Por qué?

Plegó el papel y lo cortó en dos. Empezó a cuadrricular el primer trozo; torpemente, con prisa.

—¿Por qué? Yo ya no entiendo de eso. Haz tú...

Cayetano se corrió un poco en el sofá, hasta quedar al lado de su padre, rodilla contra rodilla.

—Todo el mundo sabe en Pueblanueva que fuiste amante de doña Mariana, y todo el mundo cree, incluso yo, que su hijo es mi hermano.

El viejo dio un salto en el sillón, se echó atrás, soltó el papel, alzó las manos.

—¿Tu hermano? ¡No! Yo no he sido su amante.

Cayetano le palmoteó las rodillas.

—Bueno, papá, lo pasado, pasado. Lo hecho ya no tiene remedio. No me importa que me confieses lo que sé hace mucho tiempo.

Se le ensombreció la voz; las palabras le temblaron en la garganta.

—Cuando lo supe, sí me importó. Me lo dijo mi madre, y te hubiera matado. Pero ahora...

Recobró el tono jovial, la sonrisa abierta. Añadió a la sonrisa y al tono un punto de picardía.

—Incluso soy comprensivo. Tengo mi historia de hombre y sé lo que le pasa a un hombre cuando pierde la cabeza. Y tú, indudablemente, la perdiste en aquella ocasión.

Don Jaime había inclinado la frente, y sus manos caían, desmayadas, ya sin temblor.

—¿Me has odiado por eso siempre?

—Por el daño que hiciste a mi madre.

Don Jaime hizo un gran esfuerzo y cogió la mano de su hijo. Buscó sus ojos con mirada sincera, dolorida, implorante. Le asomó una lágrima.

—No he sido nunca el amante de doña Mariana; no soy el padre de su hijo.

Cayetano le apartó de un empujón violento que dejó al viejo aplastado contra el sillón, anonadado.

—¿Qué dices?

Se levantó. Apretaba los puños y los dientes, miraba con furia, con desprecio, con enojo.

—¡Repítelo! ¡Dilo otra vez!

—¡Yo no fui nunca...!

La escribanía de don Jaime figuraba un transatlántico de plata: servían de tinteros las chimeneas, y las plumas nunca usadas se apoyaban en los mástiles. La escribanía de don Jaime pesaba su buen medio kilo. Cayetano la agarró y alzó por encima de su cabeza: la tinta roja y la tirita azul, mezcladas, le resbalaron por la mano y la muñeca, salpicaron la alfombra y los cabellos blancos de don Jaime, y mancharon la pared.

¡Repítelo!

Don Jaime, acoquinado en el sillón, miraba la escribanía que amenazaba su cabeza. Sus manos se levantaron, se juntaron, se enlazaron.

—Perdón.

—¡Imbécil! ¿Es que no sabes mentir?

La escribanía salió disparada contra la vidriera, rompió los cristales y cayó en un montón de chatarra herrumbrosa. Un rayo de sol hizo relucir la plata. Al estrépito de cristales quebrados algunos trabajadores miraron y se preguntaron con la mirada qué había sucedido.

Cayetano dio dos portazos sucesivos, entró en su despacho y se dejó caer en un sillón, la frente apoyada en los puños crispados. Uno de sus pies

golpeaba furiosamente la alfombra. Se le había alborotado el pelo, y la tinta de su mano le embadurnaba el rostro.

—¡Imbécil, imbécil, imbécil!

No sabía ya si insultaba a su padre o se insultaba a sí mismo. Sentía el alma aplastada, y que el suelo pisado, hasta entonces firme, se hundía bajo sus pies. Estaba colorado de vergüenza, de rabia, hasta la raíz del pelo. Le parecía que todo Pueblanueva se reiría de él, que una carcajada unánime se levantaba para ofenderlo, que en aquella carcajada todos los hombres y las mujeres de Pueblanueva expresaban su burla y su venganza. Oía los cuchicheos del casino, las medias risas cobardes que cesaban al entrar él, las frases comunicadas al oído, regocijadas, cortantes. «Pues ahora resulta que don Jaime nunca...» «... Y ya se sabe que el hijo no es hermano...». «Y tanto presumir de que su padre...». No le cabía en la cabeza el que, durante casi treinta años, don Jaime hubiera adorado en silencio a doña Mariana, la hubiera obedecido y servido, mientras doña Angustias suspiraba y lloraba en su confortable soledad. Ahora Carlos Deza se reiría también, se reiría con motivo; quizá no se lo dijera a nadie y lo guardase como un as de trampa escondido en el puño, esperando la jugada; pero seguramente lo diría, lo contaría en el casino, si en los papeles de doña Mariana aparecía algún indicio de quién había sido su amante, de quién era el padre de su hijo. Aunque solo se limitase a mirarle con mirada de estar en el secreto, de estar efectivamente por encima, le tendría en sus manos. Cayetano se sentiría privado de libertad.

Al pensarlo, se le revolvió la sangre, se le sublevó la conciencia y sintió necesidad inmediata de superar el trance, de apartar de sí la amenaza; de no admitir, ni aun imaginativamente, que él, el único hombre libre de Pueblanueva, pudiera dejar de serlo.

Se sirvió un coñac y lo bebió de un solo trago. «¡Bah! Estoy desbarrando. La estupidez del viejo me ha sacado de quicio, me hace pensar disparates. No basta saber: hay que tener pruebas, y, ¿quién me dice que Carlos las tenga o llegue a tenerlas? Haría falta mucho para convencer al pueblo de que no es cierto lo que se viene creyendo como el evangelio. Y la gente no creerá a Carlos, por mucho que asegure, si no presenta pruebas. En el fondo, todo el mundo está contento de que mi padre se haya acostado con la vieja, porque mi

padre fue uno de ellos, aunque con más suerte.»

Vio sus manos manchadas, se levantó y buscó donde mirarse la cara. Se rio y salió del despacho, pero a la mitad de la escalera su razonamiento había caído por tierra, derribado por el temor de que, a pesar de todo, la cosa llegara a saberse. «¡Y pensar que esta misma mañana fui generoso con esa puta de Clara!». Entró en el cuarto de baño y se lavó. Al mirarse en el espejo, sorprendió algo nuevo en su mirada, algo débil, inseguro, y volvió a sentir rabia. Todo el rencor acumulado contra su padre renacía y le culpaba. «¡Hizo sufrir a mi madre para eso...!». Y su padre estaba allí, en el espejo, en su propio rostro, tan escasamente parecido a doña Angustias, tan «Salgado»: el rostro de su padre, metido dentro del suyo y que cada día le ganaba una milésima de milímetro, que inexorablemente se apoderaría de él.

Bajó a la oficina. Antes de entrar se recompuso, se dominó. Martínez Couto estaba ya ante su mesa y trabajaba. Lo llamó.

—¿Qué le dijo esa?

—Que bueno.

—Esperaba que no la hubiera encontrado.

Se le escapó, contra su voluntad, un «¡Lo deseaba!» mascullado.

—¿Por qué? ¿Se ha vuelto atrás?

—Quizá.

—Pues vuélvase. No hay nada escrito.

—Hay mi palabra, ¿no? Mi palabra vale por todos los notarios.

—Fue mi palabra, no la de usted.

Martínez Couto sonreía con sonrisa de ratón; ofrecía sus espaldas para dar una salida.

—Piénselo. Yo fui el que hablé y puedo desdecirme. Mi palabra no es como la suya...

Cayetano salió de la oficina y marchó al casino. Cubeiro paseaba de un extremo a otro, a grandes zancadas mientras en la gramola sonaba un vals: «Las tres de la madrugada».

—Me estoy calentando, ¿sabe? Me cogió el frío en la gasolinera. Ya hay que andarse con cuidado con los resfriados. Uno ya no está para gaitas.

—¿Qué sabe de la vieja?

—¡Bah! ¿Quién piensa en ella? Si no la diñó, está para diñarla de un

momento a otro. Prácticamente, muerta.

Cayetano se sentó, y Cubeiro se plantó frente a él.

—¿Irá usted al entierro?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Hay lazos de sangre...

Cayetano agarró la muñeca de Cubeiro y lo sentó de un tirón violento.

—¿Usted cree, de veras, que mi padre y la vieja...?

—Pero ¡hombre! ¡Con qué cosas me sale ahora! Lo saben hasta los niños de teta.

—Yo nunca estuve muy seguro.

—¡Así lo estuviera yo de que me iba a tocar la lotería! De modo que prepárese. Muerta la vieja, el hijo vendrá a hacerse cargo de todo. Y a ver si sabemos de una vez quién manda en este pueblo y si tenemos paz.

Entró don Baldomero, con el cuello del abrigo subido.

—Ha vuelto a enfriar el tiempo. ¡Qué primavera tenemos! Buenos días.

Miró a Cayetano con desconfianza. Cubeiro se levantó, fue hacia la gramola y quitó el vals.

—¿Tiene noticias de su señora? —preguntó Cayetano—. ¿Se encuentra mejor en la montaña?

Don Baldomero alzó la mano y miró a Cayetano de manera misteriosa.

—La montaña es el lugar donde el Señor se manifiesta. El Señor dio su ley en la montaña, y en la montaña se cumple su justicia. ¡Ay de los que la burlaron!

—Pero ¿qué dice?

Cubeiro había cambiado de disco. Se oyó la voz tangosa de Gardel:

¡Victoria! ¡Araca, victoria!

¡Estoy en la gloria! ¡Se fue mi mujer!

Habían instalado un balón de oxígeno cerca de doña Mariana. Don Baldomero no disponía de repuestos suficientes; un camión saliera de madrugada a traer, de La Coruña, el armatoste completo, con oxígeno de sobra. Respirarlo aliviaba un poco la disnea de la enferma. Cuando se fatigaba de aguantar la boquilla, Carlos la sostenía. Estaba sentada en la cama, apoyada en almohadones: escasa ya de carne, sin más que el pellejo agarrado

al hueso. Los ojos se le habían agrandado, y los cuatro pelos del bigote le negreaban cada vez más. Las cuerdas de la garganta, tensas sobre cavernas oscuras, se perdían en el pecho despellejado por cataplasmas y ventosas. Los brazos y las manos eran puro hueso casi inerte. Y toda la color blanca, exangüe.

—No puedo más.

—Vamos, ánimo, respire.

Aspiraba fatigosamente el oxígeno de la boquilla, roncaba, se le dilataban las narices, ansiosas; las cuerdas del pescuezo se tendían, pero apenas se levantaba el pecho. Repetía:

—Carlos, no puedo más. Carlos, ayúdame a morir.

Y fray Eugenio asomaba la nariz por el quicio y esperaba, con la cruz en la mano, un «¡Dios mío!» o algo semejante que le permitiera acercarse, hablarle, darle a besar la cruz.

Entró la Rucha hija de puntillas y se acercó a Carlos. Le habló al oído. Carlos puso cara de extrañeza.

—Yo iré. Aguanta esto. No se lo apartes de la boca.

Carlos salió al pasillo, y la Rucha hija se sentó donde Carlos estaba. En el vestíbulo esperaba don Jaime Salgado, vestido de oscuro, con bastón y el sombrero en la mano. Delgado, encorvado, trémulo. Titubeó ante Carlos, le ofreció la mano.

—¿Puedo verla? —preguntó.

—Como usted quiera. Pero no le hable. Venga.

Don Jaime fue, cansino, detrás; llegó a la habitación, miró alrededor sin atreverse a entrar.

—Siga, siga.

Carlos le tomó del brazo y le llevó hasta la puerta de la alcoba. Don Jaime se detuvo y quedó mirando a doña Mariana. Estuvo un momento así, inmóviles los ojos, de mirar cobarde, clavados en ella. Después se volvió hacia Carlos, hacia fray Eugenio. No dijo nada.

—A esa distancia no le reconoce. Puede acercarse más.

—No, gracias, gracias.

Se retiró de la alcoba sin apartar la vista de la enferma, y buscó el arrimo de la pared. Carlos acudió a sostenerle.

—No dirá usted a nadie que estuve aquí, ¿verdad? No quiero que lo sepa mi hijo. Pero lo dirán las criadas. No debí venir. Es una locura...

—No se preocupe. Procuraré que sean discretas.

—Hágalo por mí. Gracias. Dígale a ella que estuve a verla.

—Se lo diré.

Carlos le acompañó hasta el vestíbulo.

—Quiero a mi hijo, ¿sabe? —dijo don Jaime—; pero mi hijo no me quiere. A ella la odió siempre. Y yo... Bueno, en fin, tampoco soy malo.

Se volvió con lentitud hacia la salida, adelantó un pie, tanteó en el aire. Carlos le cogió otra vez del brazo y le ayudó a bajar las escaleras. Don Jaime abría los labios para hablar, pero no hablaba. Marchó, calle adelante, con andar torpe y lento. Diez pasos andados, dio un tropezón, se inclinó, se enderezó, siguió andando.

Carlos regresó a la alcoba. Fray Eugenio, en el hueco de la ventana, leía en el breviario. La respiración de doña Mariana se había hecho convulsa; le sacudían temblores, el cuerpo caído.

—Don Carlos —dijo la Rucha—, estas son las boqueadas.

—Todavía no, pero vete corriendo a buscar al médico.

Doña Mariana se perdía en los almohadones. La levantó un poco, la sostuvo por los hombros, le aplicó la boquilla del oxígeno.

—Respire, fuerte, fuerte.

—Carlos.

Abrió los ojos.

—¿Qué quería ese?

—¿Le vio usted?

—Sí.

—Nada más que verla.

—Ayúdame a morir. No puedo más. No me dejes.

—Respire. No hable. Ahora vendrá el médico.

La mano de doña Mariana acarició la de Carlos. Le miró e intentó sonreír. Cerró los ojos.

—Padre Eugenio —llamó Carlos, quedamente.

El padre Eugenio entró en la alcoba.

—¿Qué?

—Esto se acaba. Casi no tiene pulso.

—¡Dios mío!

Salió y volvió en seguida con los Santos Óleos.

—¿Se atreve usted? —preguntó Carlos.

—Condicionalmente. Es legítimo.

Destapó la cajita. Hurgaron sus dedos y sacaron unos algodones.

—Carlos; ¿se acuerda usted del Padrenuestro?

Carlos sonrió.

—Entonces rece usted por ella.

Puesta la estola, fray Eugenio comenzó latines y unciones: en la frente, en el pecho, en las manos, en los pies. Bisbiseaba los latines e indicaba a Carlos cuándo debía destapar. En esto, llegó el médico. No dijo nada. Mientras fray Eugenio terminaba, preparó el aceite alcanforado y lo inyectó.

—Es prolongar una agonía.

Del pecho de doña Mariana salía una queja larga sibilante. El poco ánimo que le dio el aceite le permitió abrir los ojos una vez más y mirarlo todo. Fray Eugenio, apresurado, huidizo, concluyó el rito. Carlos tenía cogidas las manos de doña Mariana. El médico aplicaba el oxígeno.

—Carlos...

Quiso adelantar la cabeza. Carlos acercó su cara y doña Mariana movió un poco la suya, hacia arriba, hacia abajo, buscando una caricia: de repente, el rostro se le crispó; se vidriaron los ojos, se agarrotaron las manos, y de su garganta salió un ruido entrecortado. El médico retiró la boquilla de oxígeno y fray Eugenio le acercó el crucifijo a los labios. Se arrodilló y empezó a rezar. El cuerpo de doña Mariana quedó envarado. Carlos lo dejó reposando en los almohadones y salió de la alcoba. El médico cerró los ojos de la muerta, le compuso las manos y se encogió de hombros.

—Allá va la vieja.

Por la puerta del pasillo asomaban, compungidas, las caras de las Ruchas, madre e hija. En el hueco de la ventana, Carlos arrimaba la frente al cristal. De rodillas, en voz alta, solemne, fray Eugenio recitaba el Salmo: *De profundis clamavi ad Te, Domine...*

La Chasca, plantada en medio del corral, daba voces. Acababa de oírse el toque de oración. El aire del crepúsculo era tibio y transparente.

—¡Eh, Clara, Clariña! ¡Clara, sal un momento!

Traía una gran cesta de ropa blanca, llevada a la cabeza: una mano en el borde del canasto y otra en la cintura.

—¡Eh, Clara, Clara! ¿Me oyes?

Clara asomó a la puerta del patinillo y preguntó qué se le había roto para gritar tanto.

—Acaba de morir la vieja y pensé que no estarías enterada.

—Pues no lo estaba.

—¿Vas a ir allá?

—¿Y qué hago de mi madre?

—Si esperas a que lleve esta ropa a casa y dé la cena a mi marido puedo dormir aquí.

—Mi madre da mucho trabajo.

—La mía estuvo encamada y sin sentido años.

—Entonces, te lo agradecería. Si no te das mucha prisa puedo dejarla cenada y cenar yo de paso.

—Cosa de una hora.

Marchó la Chasca, erguida y ágil bajo el peso del canasto, y Clara se metió en la cocina. Encendió la lumbre, puso un puchero de agua al fuego y con unas rebanadas de pan seco preparó unas sopas de ajo. Buscó a su madre, le dio de comer y la acostó. Después cenó ella misma, fregó la loza y la dejó en el vasar. La Chasca la llamó desde fuera y apareció en la puerta.

—Ya estoy aquí. Mi marido, encantado. Se irá a jugar a la taberna. A los hombres conviene de vez en cuando dejarlos sueltos.

—La cama de Inés tiene un buen colchón. Ahora te daré ropas. Cuando quieras te acuestas.

Trajo las sábanas, acompañó a la Chasca con una vela y la dejó haciendo la cama. En su cuarto se vistió.

La Chasca había regresado a la cocina.

—Si tienes algo de coser puedo hacértelo. No tengo sueño.

—Ahí, en esa cestilla. Aguja e hilos, en el cajón de la mesa.

—¿No vendrás esta noche?

—Según cómo me reciban.

La noche estaba oscura y venía del norte un vientecillo fresco. Clara se arrebujó en el mantón y salió al camino. Lo halló desierto. Lo estaban también las calles. Al pasar frente al casino oyó voces y música en la gramola.

La recibió la Rucha y la pasó a la sala sin decirle palabra. Vino en seguida Carlos.

—Pensé que podía hacerte falta. Amortajar a la vieja, y eso.

—Ya lo hicieron las Ruchas.

—Entonces...

Hizo ademán de irse, pero Carlos la detuvo.

—No. Quédate, si quieres. No hay mucha gente para velarla. Fray Eugenio y yo, hasta ahora; pero estamos cansados.

—Poca más gente ha de haber.

—Ven, si quieres. Deja ahí el mantón.

Carlos estaba pálido y con aire decaído. La cogió del brazo y la llevó al salón. Habían colocado allí el ataúd. Fray Eugenio, en un rincón, rezaba. Se levantó al llegar Clara, le dio la mano y volvió a sus rezos. Clara se arrodilló y rezó también un instante.

—Podemos turnarnos —dijo a Carlos—. Tú, acuéstate. Tienes mala cara.

—Todavía no. Ven.

Volvieron a la sala, y Carlos mandó que trajeran café y coñac. Se sentaron junto a la chimenea y estuvieron en silencio hasta que entró la Rucha hija con el servicio. Carlos había echado hacia atrás la cabeza, había cerrado los ojos. Clara, desde la penumbra, le miraba.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —le preguntó cuando salió la Rucha.

—Me marcharé de Pueblanueva.

—¿Muy pronto?

—Cuando esto haya terminado.

Clara tomó el café y dejó la taza encima de la mesa.

—Haces bien. Yo haría lo mismo, si pudiera.

—Fue un error venir aquí. Fue, más bien, un capricho. Aquí no se me ha perdido nada.

—¿Ya sabes adónde irás?

—No. Lo único que sé, y lo que deseo, es marchar. Quizá me vaya a París.

—Allí está la sobrina de la vieja.

—Pero vendrá, supongo. Quizá tenga que esperar a que ella venga. Ya lo veré.

Carlos hablaba con desgana. Y Clara tenía ganas de hacerle hablar. Espió su silencio, vio que volvía a cerrar los ojos y a desentenderse de ella.

—¿Sabes que, por fin, voy a vender la casa? Hoy vino a verme un empleado de Cayetano. Me da los quince mil duros.

—Sí...

—Cayetano no es tan malo como pensamos. En el fondo, es como cualquiera, pero se cree en la obligación de parecer peor. Pudo haberme dado dos cuartos por la casa o no comprármela ni dejar a nadie que me la comprase, y ya ves, me paga lo que me ofreció.

—Sí...

—Aunque haya muerto doña Mariana, tú podrás arrendarme el bajo ese de la tienda.

—¿Yo?

—Con darme las llaves... El que venga luego no sabrá nunca si fue cosa tuya o de la vieja. Yo pagaré una renta razonable. No quiero perder esta ocasión.

—Pero yo...

—Tú puedes hacerme este favor, Carlos. No sabes hasta qué punto lo necesito. Me permitirá rehabilitarme en el pueblo y respetarme a mí misma.

Le sonrió tristemente. Carlos dijo que bueno y volvió a cerrar los ojos. Entró la Rucha a decir que acababa de llegar el boticario y que quería ver al señor. Clara se levantó.

—Quédate con él. Voy a velar a la vieja. El padre Eugenio podrá acostarse.

Don Baldomero traía unas copas, pero se mantenía firme. Cantó de plano al entrar:

—Le acepto el café y se lo agradezco; pero bebidas alcohólicas, ni hablar. Ya estoy medio borracho.

Ocupó el sillón donde había estado Clara.

—Mire, don Carlos: hasta ahora, he bebido por vicio, y usted lo sabe; pero las circunstancias por las que atravieso son tan graves que tengo que ayudarme con el aguardiente. Si no, no sé lo que haría.

A Carlos se le cerraban los ojos. Se sirvió más café y dispuso el ánimo para aguantar al boticario.

—Comprendo que mi estado no es para hacer visitas, pero, a la salida del casino, pensé que mi deber me traía aquí, a su lado. Yo soy su amigo, don Carlos. No me apena la muerte de la vieja, pero comparto el dolor de usted, que la quería; lo comparto de buena gana, porque sé que también usted comparte el mío.

Carlos liaba un pitillo y sonreía.

—¿Por qué no cree usted que sufro, don Carlos? Necesito que lo crea, se lo aseguro. Usted es la única persona del pueblo que merece mi confianza.

—Yo creo simplemente que exagera.

—Sufro mucho, don Carlos. Me atormento. Tengo que hacerme una gran violencia para salir a la calle como si nada. Tenía usted razón cuando me dijo que lo de mi mujer no lo sabía nadie. Si lo supieran, ya me habría enterado. Pero, aun así, me da vergüenza. Soy un juez implacable de mí mismo.

Se aflojó la cintura y, sin dar explicaciones, se sirvió él mismo coñac y lo bebió. Carraspeó luego fuertemente.

—Buen coñac, sí, señor. La vieja no se privaba de nada. ¿Quiere usted creer que no deseo que Dios la haya perdonado? Pues tampoco deseo que perdone a mi mujer.

—No mienta.

—¡No miento, se lo juro por mis muertos! Lucía tiene que ser castigada, si hay justicia. Y como yo no puedo hacerlo...

Se detuvo de pronto, y la cara se le oscureció.

—No puedo castigarla, pero puedo fingir que la castigo. ¿Me entiende?

—No.

—Esta noche, en el casino, casualmente, tuve ocasión de decir que sí, que moriría pronto, pero no de su tuberculosis... Lo dejé caer, así, como si nada. Y otro día insinuaré otra cosa... Poco a poco haré creer a la gente que la estoy envenenando con arsénico, con la complicidad de la criada, que está con ella. Sin decirlo, pero dándolo a entender para que la gente lo sospeche.

—¡Don Baldomero!

Carlos rio estrepitosamente.

—¿Por qué hace usted esas tonterías?

—Tengo mis razones, mis graves razones. Lo he pensado mucho, don Carlos, y estoy decidido. Y también castigaré a Cayetano. En secreto, ¿comprende? La fórmula, ya la conoce usted: *a secreto agravio, secreta venganza*.

Se levantó y adoptó un aire solemne. Le flaqueaban las piernas y se arrimó a la pared, pero no perdió la compostura. Empezó a hablar; su mano, tajante, subrayaba las palabras.

—Escuche lo que le digo. Esta mañana escribí un anónimo a Cayetano. Le amenazaba con las penas del infierno. Mañana le escribiré otro. Un anónimo cada día. Ya sé que se reirá al principio, pero acabará por no reírse. Aunque se trate de mi venganza personal, quiero que Cayetano llegue a temer la venganza de todo el pueblo. ¿Lo imagina usted, don Carlos? La venganza de tantos padres y maridos ultrajados, de tantas doncellas deshonradas... Un levantamiento general del pueblo contra el tirano, como en *Fuenteovejuna*.

Dejó la mano en el aire, suspensa, y luego trazó con ella una lenta señal interrogante.

—¿No le parece, don Carlos, que eso no hay quien lo soporte? Si a mí me sucediera, acabaría por arrojarme a la mar.

La mano se cerró bruscamente, y el puño golpeó el espacio.

—Pues eso hará Cayetano. Si no, al tiempo.

Paquito el Relojero no asistió al entierro de doña Mariana. Se limitó a presenciar su salida. Eran las cinco de la tarde, y, frente a la casa, junto al pretil, esperaban grupos de marineros, de mujeres enlutadas, de curiosos. Paquito se mezcló entre ellos, fue de uno en otro. Cuando llegó el cura, se instaló en primera fila. Cuatro marineros jóvenes sacaron el ataúd. Carlos iba en el duelo, con Clara y el padre Eugenio. «Es todo lo que queda de los Churruchaos: un fraile, un loco y una zorra», dijo alguien; y Paquito le mentó a la madre. Los marineros y las mujeres siguieron al cortejo: ellos, serios; ellas, llorosas. «¡Bah! No es de pena. Las mujeres lloran siempre en estos casos».

Había gente en puertas y ventanas. Miraban, pero no se santiguaban. Muchos hombres, por no sacar la gorra, se escondían, al paso del entierro, en los portales.

Las Ruchas también acompañaban a su ama: serias, enlutadas, dignas. La casa había quedado sola. Paquito entró en la cocina y se metió en el cuarto en que aquellos días había dormido. Empezó a sacar paquetes escondidos bajo la cama y flores secas. Ató los paquetes unos a otros, y los espacios intermedios los adornó con flores. Decoró, también, el sombrero con guirnaldas de papel, y un último adorno lo ató como pudo a la flauta. La campana de Santa María tocaba a muerto, y Paquito la remedó: «Din-don; din-don». Serían como las cinco y media. El tiempo estaba claro, y la mar, tranquila. Con su carga, Paquito salió a la calle. Permanecían junto al pretil algunos rezagados. Paquito les saludó con un solo de flauta, y ellos le miraron, se rieron, se metieron con él: «¡Paquito, que tu loca está preñada de otro!». «¡Paquito, que ya estás viejo para estos trotes!». «¡Paquito, no vayas por el monte, que se te van a enganchar los cuernos en algún pino!». El Relojero, sin dejar de sonreír, terminó su tocata y echó a andar por el medio de la calle. Cada tantos pasos llevaba la flauta a la boca y ejecutaba una escala ternísima o unas enérgicas notas sueltas. Los chiquillos le seguían, se reían de él, le arrojaban guijarros. Al llegar al arco de Santa María se detuvo y, en medio de un corro de niños, castañeras, pescadoras y paseantes, anunció un concierto de despedida. Se hizo el silencio, y Paquito empezó a tocar y a bailar al son de su propia música: saltaba, se contoneaba, se mecía, de prisa o despacio; o se detenía ante un espectador y floreaba unas notas por la zona de los agudos, si era niño, o de los graves, si era adulto. De pronto, y sin dejar de tocar, se abrió paso y empezó a subir la calle: iba de una acera a otra, contoneándose, con los paquetes enguirnaldados a rastras, y la melodía saltaba también de lo dulce a lo burlón, de lo estridente a lo acordado. Le detuvieron en el casino, donde se le obsequió con una copa y se le deseó toda clase de venturas. En la plaza, las gentes del entierro esperaban ante la iglesia, y las campanas seguían doblando. Paquito se guardó la flauta, atravesó la plaza de una carrera, y solo al entrar en otra calle reanudó la música. Los chiquillos le habían abandonado. Las gentes que se asomaban a mirarle eran ya escasas. La calle se perdía en el campo, y Paquito desapareció entre los setos de los huertos, donde olía a primavera. Se

oyó la flauta todavía durante un rato, cada vez más tenue y lejana. Por fin, dejó de oírse. También callaron las campanas, y la gente del entierro se dispersó tranquilamente.

V

La visita de Rosario y sus padres había durado justamente media hora. Venían enlutados, con caras de circunstancias. No habían querido sentarse: «¡De ninguna manera, señor! ¿Cómo vamos a sentarnos delante del señor?». La Galana llevaba la voz cantante. Su marido, en segundo término, asentía sin mirar de frente, mientras daba vueltas a la gorra. Rosario, arrimada a la pared, en la penumbra, no había levantado los ojos del suelo. A pesar del buen tiempo, se envolvía en un mantón largo, negro, como su madre.

Media hora de requilorios, de lamentaciones, de letanías. La finada, Dios la tuviera en gloria, había sido la madre de los pobres. El Señor sabría por qué se la había llevado, pero su falta ya se notaría. Tan señora, tan airosa. Siempre había parecido una reina. Tenía que estar en el cielo; por el mucho bien que había hecho en este mundo.

—¿No quieren tomar algo? Unos vasos de vino.

Al Galán le brillaron los ojos, pero su mujer dijo que no y que ya era tarde. Y aunque Carlos insistió en invitarles, marcharon sin catar el tinto. Rosario, delante, sin otra despedida que un «Adiós, señor; que usted lo pase bien», dicho entre dientes y con timidez. La Galana cerró la marcha: murmuraba las últimas bendiciones, los homenajes póstumos a la finada. Carlos les acompañó hasta la puerta, esperó a que bajasen las escaleras. Al llegar al portal, Rosario se detuvo, dijo que se dejaba algo arriba y subió rápidamente. Carlos no se movió. Al pasar junto a él, murmuró Rosario: «Esta noche, señor, en su casa. Hágame el favor». Entró, recogió un bulto oscuro abandonado en un rincón y volvió a salir. La Galana repitió las despedidas y rogó a Carlos que se retirase.

Acababan de dar las siete, y anochecía. Carlos se asomó a una ventana

abierta y vio a los tres bultos negros alejarse por la acera; el de Rosario, detrás. Unos chiquillos gritaban en medio de la calle. Sentadas en el pretil del malecón, las ataderas cosían sus redes.

—Ahora bajará Clara.

Fue a una alacena y hurgó entre un montón de llaves, cada una con su marbete colgante. Cogió una, grande, de hierro gastado, y la guardó en el bolsillo.

—¿El señor vendrá a cenar?

—Sí.

—Espere que le alumbre.

La Rucha hija trajo corriendo una vela encendida.

—Ahora bien podía poner bombillas. Esto de las velas era capricho de la señora, que gloria haya.

Carlos se miró, al pasar, en el espejo. La chaqueta de pana estaba deslucida, vieja. Tendría que comprarse alguna ropa. Pero antes había que buscar el dinero.

—Vendré temprano. He de salir después.

La Rucha hija dijo que estaba bien y le sonrió. Desde hacía dos días, la Rucha hija le sonreía abiertamente. Aquella mañana le había pedido permiso para cambiarse de habitación, «porque estaba cansada de dormir en la misma cama que su madre».

Clara le esperaba junto al arco de Santa María.

—No habrás olvidado las llaves.

Subieron, silenciosos, la calle. Al pasar frente al casino, alguien les miró. Hubo cuchicheos. Dos o tres cabezas se asomaron a la ventana abierta.

—¿Sabes que pronto tendré el dinero? —dijo Clara—. Hoy me ha mandado Cayetano a un sujeto con unos papeles, para que firmase. Me da también un mes de plazo para desalojar la casa, sin cobrarme renta.

—Cayetano es un ángel.

En la plaza vacía resonaron las campanadas de un cuarto.

—Es allí —señaló Clara.

Se acercaron a una de las casas fronteras a la iglesia. De tres plantas, con soportal, y tres luces cada planta. Las de abajo estaban cerradas, menos el portal. Entraron y se detuvieron al fondo, ante una puertecilla pintada de

amarillo viejo y chocolate. Carlos abrió y empujó.

—¿Quieres entrar?

—Claro. Para eso hemos venido. Tengo que ver cómo es.

—Está oscuro.

—Traje cerillas y un cabo de vela.

—Eres muy precavida.

Clara sacó una caja del bolsillo y encendió la vela. La llamita hizo las sombras más oscuras. Alzó el brazo y se adelantó por la habitación vacía.

Montones de cascote, roturas en el piso, vidrieras sin cristales, telarañas. Abrió las maderas, y el viento hizo temblar la llama de la vela. Cerró. Con el brazo levantado, recorrió las habitaciones, inspeccionó la cocina, abrió una puerta trasera y echó un vistazo al patio, donde crecía un limonero alto, más alto que las tapias. Todo estaba sucio, oscuro, ingrato, pero espacioso. Clara se arrimó a un quicio, bajó el brazo. La vela iluminó su rostro contento, esperanzado. A lo largo del recorrido había hecho comentarios. Añadió:

—Pero, en cuanto se arregle y se le den dos manos de cal, quedará precioso. Aquí puedo poner mi cama, y la de mi madre, en esa otra habitación, la que da al patio, para que esté bien aireada. Aquí, el comedor, y aún queda este otro cuarto para almacén. Blanco, limpio y con luz eléctrica, dará gusto. Y, en el patio, junto al pozo, pondré unas cuantas macetas.

—Estás contenta —dijo Carlos.

—Sí. Con el tiempo, tantos males serán para bien.

Desde el fregadero, un ratoncillo les miraba con ojos brillantes. Clara lo espantó.

—¿Te da miedo?

—En mi casa los hay como caballos.

Salieron a la calle. Había anochecido, y lucían los faroles en las cuatro esquinas de la plaza. Bajo los soportales paseaban unas parejas.

—Ahora —dijo Clara— tenemos que tratar de los arreglos. Si van por mi cuenta o por la de doña Mariana.

—¿Qué más da?

—¡Ya lo creo que da! Si los hago yo, la renta tiene que ser más baja. Pero prefiero pagar un par de duros más y no cargar con los arreglos. Cuando mande a mis hermanos lo suyo, voy a quedarme con lo justo.

—Entonces, ¿tengo que pagarlos yo?

—¡Tú, no, hijo! Doña Mariana.

Carlos no respondió. Llegaron, en silencio, hasta el extremo de la plaza.

—Y eso, ¿me obligará a tratar con albañiles y demás?

—Claro.

—No me conviene meterme en nada que pueda retenerme aquí. Quiero marchar cuanto antes.

—¿Lo tienes decidido?

—Sí.

—Y de lo de la vieja, ¿quién se hará cargo?

—Supongo que vendrá su sobrina. Ya le ha escrito el padre Eugenio. En cuanto llegue y le entregue todo, marcharé.

—¿Y lo tuyo?

—Quizá venda, también.

—¿Todo?

—El pazo, no. Pero me desharé del resto, que yo mismo no sé qué es ni dónde está. Doña Mariana se cuidaba de administrarlo.

Clara sonrió.

—Te lo han dado todo hecho, como a un niño. Ya veremos cómo te las compones cuando tengas que vivir de tu trabajo.

Carlos se volvió con brusquedad.

—¿Me crees incapaz?

—Creo que te falta la práctica que ya debería tener un hombre de tus años. Como a Juan. Cuando se le acabe el dinero, Inés tendrá que trabajar para los dos.

Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y miró hacia el fondo de la calle, a la ría oscura, allá abajo, confundida con los montes y el cielo en la misma oscuridad.

—Habéis nacido para ricos.

Descendieron sin decir palabra. Al llegar al muelle, Clara preguntó:

—Y a esa sobrina de doña Mariana, ¿la conoces?

—No.

—Pues va a ser un buen partido.

—No olvides que doña Mariana tenía un hijo.

—Era mujer capaz de dejarlo sin un céntimo. De modo que si todo va a parar a la sobrina...

Carlos se acodó en el pretil y contempló la mar. Una leve resaca golpeaba las piedras de la escollera y se rompía en espumas de un verde luminoso. Clara se acodó también y le cogió del brazo.

—¿En qué piensas?

—En mí mismo.

—Y eso, ¿te distrae? —dijo ella, riendo.

—Me preocupa.

Volvió la cabeza hacia Clara.

—Está claro que debo marcharme y que lo deseo. Pero ¿adónde y a qué? Eso ya no está tan claro. Vine a Pueblanueva huyendo; ahora huyo de Pueblanueva, y temo que mi vida será siempre eso, una huida. Pero no sé por qué ni para qué.

La mirada de Clara se perdía en la mar. Había soltado el brazo de Carlos y apoyaba la barbilla en las manos enlazadas.

—Por qué escapas, al menos, yo lo sé. Un hombre está en el mundo para tener un trabajo, una mujer y unos hijos. Pero vosotros, digo Juan y tú, que no queréis ser vulgares y que andáis no sé detrás de qué, a la postre acabaréis descubriendo que no andáis detrás de nada, pero os ha quedado la costumbre de andar, y no hay quien os detenga, porque nada os satisface.

—Yo he tenido una mujer y no me satisfizo. Vine aquí escapándole.

—A lo mejor te hubiera valido más quedarte.

—No.

Carlos encendió un cigarrillo. Al resplandor de la cerilla vio los ojos curiosos, interesados, de Clara.

—Era como un prisionero. Solo escapando pude ser libre.

—Y ahora, ¿no eres prisionero de nadie?

—De mí mismo, quizá.

Clara le miró y sonrió.

—Eso no lo entiendo. Nadie puede ser prisionero de sí mismo.

—Por el contrario, todos lo somos, en mayor o menor medida, con más o menos dolor. Nuestro modo de ser es nuestra mayor prisión. Tú misma...

Clara le interrumpió:

—En ese caso, yo, al menos, estoy a punto de escaparme y, con un poco de suerte, lo conseguiré.

—Más bien te evades de una prisión a otra.

—Si es de mi gusto... —dijo una palmada—. Ya verás cuando tenga mi tienda. ¡Lo que me va a importar a mí Pueblanueva del Conde!

—¿Te basta eso para ser feliz?

—Feliz, no. Pero, al menos, me sentiré digna... Si consigo lo que quiero, no tendré nada que reprocharme, y eso, a mí, me basta. Lo demás...

Tendió las manos hacia la mar, con las palmas hacia arriba, y luego las cerró suavemente.

—¿Qué mujer no ha sido tonta alguna vez? Sin embargo, tendré de ti un buen recuerdo. Si no hubieras venido, Dios sabe cómo acabaría. Me hiciste sentir vergüenza de mí y desear otras cosas, y, aunque no lo creas, me has ayudado mucho, y me sigues ayudando. A veces me dices tonterías que me irritan, como el otro día; pero sé que, en el fondo, apruebas lo que estoy haciendo, porque es bueno. Y como tú distingues lo que está bien de lo que está mal...

Carlos movió lentamente la cabeza.

—No lo distingo, o quizá empiece a no distinguirlo. No consigo poner de acuerdo lo que pienso con lo que veo. Te juro que estoy cada vez más confuso.

—Pues yo no.

—Por eso sabes lo que quieres. También lo sabía la vieja, y lo sabe Cayetano, y lo sabía tu hermana Inés hasta que su deseo se le desvaneció entre las manos. Yo, en cambio...

Hizo una pausa. Arrojó al mar la colilla.

—Antes dijiste que todo me lo dieron hecho. Pero eso no es lo malo, sino que han querido por mí y para mí, sin dejarme querer personalmente. Primero, mi madre; después, esa mujer de que te hablé antes; por último, la misma doña Mariana. Un día se me despertó el instinto de rebelión y escapé; pero mi instinto es débil. De doña Mariana hubiera escapado también, si no por rebeldía, por miedo. Pero, vuelvo a preguntarme: ¿para qué? Porque, el que hace su vida, descubre en lo que hace la verdad, o la mentira, lo bueno y lo malo. Pero, al dármele todo hecho, mi cabeza se fue por su lado, y me he acostumbrado a pensar aparte de la realidad y, lo que es peor, a desear. Te

aseguro que no quiero nada real, que no me importa nada real, que nada real me atrae lo suficiente como para hacer un esfuerzo continuado. Solo hay cosas que no me gustan, que me repugnan o que me aburren. Y lo malo es que sé por qué me pasa esto y, aunque a veces pienso que podría remediarlo, luego pierdo la fe en el remedio.

Clara le puso la mano en un hombro y le miró con ternura.

—Hoy estás distinto, Carlos.

—Sí.

Clara dejó resbalar la mano a lo largo del brazo, hasta encontrar la de Carlos. Se la apretó.

—¡Cómo me hubiera gustado ser el remedio! Pero ahora comprendo que las cosas son mejor así. Equivocarse dos es un infierno.

Soltó la mano de Carlos y dejó caer su brazo.

—Me voy a comprar un poco de pescado. Ya me dirás si la obra del piso la hacemos por mi cuenta o por la de doña Mariana. Por lo pronto, mañana hablaré con el maestro de obras y te tendré al corriente. Dame la llave.

Carlos la buscó en el bolsillo y se la tendió.

—Hasta mañana, Carlos.

Marchó hacia la lonja, contra la luz. Carlos la contempló hasta que su figura se perdió en la sombra de una esquina. Luego, con las manos en los bolsillos, fue hacia la casa de doña Mariana.

El fuego de la chimenea empezaba a extinguirse. Carlos había abierto la ventana, y entraba el aire fresco, salobre, de la noche. Rosario, acurrucada en el sofá, le miraba ir y venir. Encima de la mesa lucía un quinqué. Carlos amortiguó la llama y lo llevó lejos. La habitación quedó en penumbra. Llegaba el rumor lejano de un motor jadeante.

—¿Quieres que cierre?

—Si el señor siente frío...

Carlos se sentó en una butaca y dejó las piernas reposar en el asiento de una silla. Ella rio.

—¿De qué te ríes?

—¿Está cansado el señor?

Saltó del sofá, cogió un mantón y tapó las piernas de Carlos.

—Así estará mejor.

Volvió a su rincón. Recogió las piernas y las tapó con la falda. Quedaban al descubierto, descalzos, los pies menudos.

—Ahora —dijo Carlos—, cuéntame cómo van tus cosas.

—¿Cuáles, señor?

—Las de tu casa.

—Como siempre —suspiró largo y entornó los ojos.

—Estoy decidido, ya te lo dije...

Rosario le interrumpió:

—¿El señor se marcha? ¿Está acordado ya?

—No iba a hablarte de eso.

—Pero yo quiero saberlo.

—El otro día te lo dije.

—Podía haber cambiado de pensamiento.

—No.

—Entonces, es que ya está cansado de una servidora.

—No es eso. Es que...

—¿Qué?

—No puedo estar aquí eternamente. Tengo una carrera, ¿comprendes?, y he de ganarme la vida.

—Comprendo que este pueblo no es para el señor, ni yo tampoco. Eso lo supe siempre. Pero si el señor quiere llevarme consigo, yo lo dejo todo y me voy. El señor necesitará una criada.

Carlos sacudió el mantón que le embarazaba las piernas y acercó el asiento al sofá. Rosario no se movió. Carlos le acarició los pies.

—¿Sabes que no tengo dinero para mantenerme yo mismo? Va a ser muy duro.

—Si el señor vende lo que tiene, sacará para empezar. Por la Granja de Freame bien le dan los cuatro mil duros.

—Esa es para ti.

Rosario se sobresaltó, pero frenó inmediatamente el sobresalto. Miró a Carlos con dulzura.

—No entiendo lo que quiere decir. A no ser que... Si piensa poner el

arriendo a mi nombre, pudo haberlo tratado esta tarde, cuando habló con mis padres.

—Voy a regalártela.

—¿Por qué, señor? —Rosario abrió los ojos, y en las pupilas le centelleó una rápida luz alegre.

—Porque me voy, y tú vas a casarte, y quiero que seas dueña de tu casa. Es mi regalo de boda.

A Rosario se le entristeció el rostro; pero los ojos, vivos, espiaban los de Carlos.

—Al señor le ofende que me case. Pero ya le dije que, si me quiere a su lado, me voy con usted. No me importa que sea pobre. Claro que si le estorbo... En ese caso, hace bien en no llevarme. Pero tampoco es para regalarme la granja. No porque la desprecie, sino que me parece demasiado. Además, ¿qué van a decir de mí?

—¿Qué hubieran dicho si fuese Cayetano el que te la regalase?

—¡Ay, señor, no es lo mismo!

—¿Por qué?

—No sé decir el porqué, pero el señor me comprende.

Carlos se levantó y paseó en silencio, del sofá a la ventana y de la ventana al sofá. Las manos en los bolsillos, la cabeza agachada.

—No le parecerá mal lo que le dije —susurró Rosario.

Él tardó un rato en responderle.

—Mañana iré a La Coruña; tengo que arreglar asuntos de doña Mariana, y lo aprovecharé para hacerte la cesión de la granja ante notario. Y si vas a casarte, arregla los papeles para pronto, porque quiero ser tu padrino.

—¡Ay, señor!

Rosario saltó del sofá, corrió descalza hasta él y se colgó de su cuello. Buscó la boca esquiva de Carlos y la besó hasta borrarle el ceño y hacerle sonreír.

Cayetano hizo sonar el timbre. Acudió un ordenanza.

—Dígale al señor Martínez Couto que venga.

Esperó unos minutos. Martínez Couto entró y quedó junto a la puerta

abierta, sonriendo.

—Mande.

—Váyase al coche de línea, y si viene en él don Carlos Deza, dígame de mi parte que a las siete pasaré a verle. Telefonéeme con la respuesta...

—Sí, señor. ¿Manda algo más?

Cayetano no respondió. Martínez Couto mantuvo unos instantes la sonrisa y luego se retiró y cerró la puerta silenciosamente.

Sobre la mesa de Cayetano había unos pliegos de papel, escritos con letra menuda, igual, de leguleyo. Los cogió y se puso a leerlos. De vez en cuando anotaba algo y volvía a la lectura. Se levantó un par de veces, consultó un grueso libro que guardaba en la caja de caudales. Parecía contento y silbaba por lo bajo. A alguien que le telefoneó con alguna consulta, respondió: «Que lo arregle mañana el capataz». Se sirvió un vaso de whisky.

La última luz de la tarde se iba debilitando. Oscurecía la madera de las paredes, y el oro de los cuadros perdía brillo. Sin dejar de leer, Cayetano encendió la lámpara de sobremesa. Dejó de silbar, rio. Sonó otra vez el teléfono; respondió secamente: «Está bien»; y luego: «Sí, puede quedarse». Entonces guardó los papeles en un cajón, salió del despacho y cerró la puerta con llave.

Doña Angustias esperaba en el cuarto de estar. Se había adormilado. La merienda estaba en la camilla. Al entrar Cayetano, abrió los ojos, sobresaltada; sonrió y le preguntó por qué se había retrasado aquella tarde.

—Ya hace rato que salieron los obreros.

—Unos papeles importantes. Tuve que leerlos.

Cayetano sirvió el café.

—¿Estás de buen humor, mamá?

—¿Por qué lo dices?

—Ando buscando la ocasión, desde hace días, de decirte algo.

—¿Algo malo? —doña Angustias se estremeció y le miró acongojada—. Si es algo malo, no me lo digas, hijo mío. Bastantes disgustos me dan los demás.

Cayetano abandonó la silla en que se había sentado y se dejó caer al lado de su madre, en el sofá. Abrió las faldas de la camilla, introdujo las piernas y las retiró en seguida.

—No pases cuidado. No es nada malo, ni siquiera nuevo.

Ella suspiró aliviada.

—Me habías dado un susto.

—¿Sabes que el hijo de doña Mariana... no es mi hermano?

—¿Qué dices?

Cayetano le cogió una mano y se la acarició.

—Estoy convencido..., casi tengo las pruebas. Más aún: papá me lo aseguró y no mentía.

Doña Angustias le devolvió la caricia sin mirarle. Se le llenaban los ojos de lágrimas y volvió la cabeza.

—Pero ¿por qué le has hablado de eso? Y él, ¿qué va a decir?

—Muerta la vieja, es algo que había que aclarar. Hay por medio mucho dinero, ¿comprendes?

—A mí eso del dinero no me importa.

Mojaba, con la mano libre, un pedazo de bollo en el café. La mano temblorosa no atinaba. Naufragó la sopa, y ella buscó la cucharilla para recogerla. Cayetano se adelantó. Acercó a la boca de su madre la cucharilla cargada de masa chorreante. Entonces le vio los ojos húmedos. Doña Angustias empezó a llorar.

—Bueno, no te pongas así. Si lo sé, no te lo digo.

Entre hipos, doña Angustias tragó el pedazo de bollo.

—Ahora tendré que perdonar a tu padre.

—¡Eso no, mamá! —se apartó bruscamente y derribó con el brazo la taza de café. Doña Angustias acudió con la servilleta a limpiarle los pantalones—. ¡Aunque no sea el padre de ese sujeto, eso no quita que te haya tenido humillada por la vieja!

Abandonó el sofá, pero su madre le agarró y le atrajo hacia sí. Cayetano volvió a sentarse.

—Compréndelo, mamá. Ni yo puedo perdonarle nunca, ni tú tampoco. Fueron muchos los días que te vi llorar, un año y otro... ¿O es que ya no te acuerdas?

Doña Angustias suspiró y se limpió una lágrima.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—Entonces, no volvamos a hablar de perdón. No te lo dije para eso, sino

para que estuvieras tranquila. Desde que enfermó la vieja me he atormentado temiendo que el hijo de mi padre llegase a compartir con nosotros la propiedad del negocio. Ahora me he sacado la espina. El hijo de quién sea me importa menos.

Dio a su madre un cachete en la mejilla y se levantó.

—Además, van a cambiar las cosas. Pronto no habrá en la empresa más dinero que el nuestro.

Añadió que vendría a cenar y que, si se retrasaba un poco, lo esperasen. Doña Angustias le vio marchar enternecida. Luego se echó a llorar. El llanto le duró unos minutos. Secas las lágrimas, se levantó y fue al teléfono. Pidió que le pusieran con el capellán de Santa María.

—Ahora mismo le mando el coche. Necesito confesarme y no me encuentro en estado de salir.

El cura le preguntó si estaba enferma, pero ella le respondió que solo preocupada.

La Rucha hija, de traje y delantal negros y cofia planchada, le abrió la puerta.

—Pase, don Cayetano. Por aquí.

Le condujo hasta el salón y añadió que don Carlos vendría en seguida. Cayetano no se sentó. Estaban encendidas todas las velas de los candelabros y las de la araña central. Había fuego en la chimenea, un fuego reciente, que aún no calentaba. Cayetano dio una vuelta alrededor del salón y se detuvo ante el retrato de doña Mariana. Oyó abrirse la puerta, oyó los pasos apagados de Carlos, que se acercaban, pero no se movió. Cuando Carlos estuvo a su lado, dijo sin volverse:

—Buen retrato, ¿eh? Y no estaba nada mal la vieja en sus años verdes. ¡Cualquiera lo diría!

—¿Quieres sentarte?

Señaló el sofá. Cayetano sonrió.

—Me da reparo sentarme ahí. ¿No mancharé el tapizado?

—Puedes quedar de pie, si te acomoda.

Cayetano se sentó cuidadosamente. Arregló los pantalones.

—Estos muebles tan bonitos piden señores de frac, no un trabajador como yo en ropas de faena. ¿Y estas velas? ¿Las has encendido en mi honor?

—Sí.

—Si me lo hubieras advertido...

Carlos acercó una silla y se sentó también.

—Bueno. ¿De qué se trata hoy?

—El pésame. Vengo a darte el pésame por la muerte de mi enemiga. No eres su pariente, pero sí su gran amigo. Mentiría si te dijera que lo siento, pero comprendo que lo sientas tú.

—Gracias.

—Ya sé que el entierro fue una importante manifestación de duelo democrático. Todos los pescadores como un solo hombre. ¡Los últimos siervos de Pueblanueva se despiden llorando de la señora feudal! Y ahora, ¿qué?

Carlos se removió, inquieto, en el asiento.

—¿Qué de qué?

—¿Qué van a hacer ellos? Y tú, ¿qué vas a hacer? Me han dicho que te marchas.

—En cuanto pueda. Unas semanas, todo lo más.

—Me dejas el campo libre. Perfecto. Pero ¿y esos pobres pescadores? ¿Vas a permitir que caigan bajo mi tiranía?

—No está en mis manos evitarlo.

—¿Estás seguro?

Carlos le miró largamente; Cayetano aguantó la mirada sin dejar de sonreír. Carlos dijo:

—Siempre hemos jugado con cartas a la vista, pero esta vez sospecho que ocultas algún as. ¿Es de triunfo?

—Según.

Cayetano sacó la petaca calmosamente, la abrió, ofreció a Carlos un cigarrillo.

—Hoy hablaremos largo, y no me encuentro cómodo en este sitio. Es demasiado elegante, y, además, me siento atraído por el retrato de la vieja. Me mira, y esto me molesta, porque no me gusta que me miren los muertos. Allá, en tu torre, me encontraba mejor.

Carlos se levantó.

—Ven.

Le llevó al cuarto de estar, encendió los quinqués y señaló a Cayetano una butaca. Puso una botella y vasos encima de la camilla y sirvió vino.

—La vieja vivía como una duquesa, ¿eh? ¿Es este sillón el que ocupaba ella?

—No. Este otro.

—Como una duquesa, con su vinillo y todo —probó un sorbo—. Del bueno. ¡Ya lo creo! Un excelente rioja.

Apuró el vaso y lo dejó sobre la mesa. Carlos se sentó.

—¿Y ese as?

—¿Conoces el testamento de la vieja? —Carlos movió la cabeza, negando—. Yo, sí. Lo he leído, lo he estudiado esta tarde. Es el testamento de una loca.

—¿Vas a decirme que también tienes al notario a sueldo?

Cayetano rio.

—Nunca serías un buen político, Carlos. Al juez, al notario, al cura, no se les debe comprar, habiendo chupatintas, secretarios y sacristanes. Un oficial de la notaría me manda copia de los documentos que necesito. En este caso, la del testamento de la vieja. Por cierto que incompleto, porque hay un codicilo en sobre lacrado que mi... colaborador no ha podido abrir. Pero, de momento, no tiene importancia.

Se repantigó en la butaca; echó una bocanada lenta, larga, de humo. Miraba de frente, con la cabeza levantada, con una sonrisa que se acentuaba o menguaba, pero sin desaparecer. Y el tono de su voz era un poco insolente.

—Ese es mi as.

—Me has ganado solo por unos días. El notario vendrá la semana próxima a Pueblanueva.

—Y tú, naturalmente, no te marcharás hasta que el notario haya venido. Pero yo puedo anunciarte que, a lo mejor, no te vas. De modo que, si de verdad quieres irte, no esperes al notario.

—Me iría aunque la vieja me hubiera constituido en su heredero universal. Pero ella no ha hecho eso, estoy seguro.

—No, no lo ha hecho. Dejártelo todo a ti sería, en cierto modo, razonable,

porque fuiste su único amigo en el mundo, y ya te dije que es el testamento de una loca. No te deja nada. Es decir, te lega su retrato y te autoriza a escoger lo que quieras entre sus alhajas y objetos de uso. Lo que se dice un recuerdo sentimental, como cumple a personas desinteresadas que se han amado mucho.

Le dio la risa repentinamente. Carlos le preguntó de qué reía.

—El testamento de una loca. Doña Mariana no tenía ni idea de lo que es un capital, a pesar de ser el suyo tan grande y de haberlo sabido conservar y acrecentar. Porque un capital, amigo mío, es algo que no debe dividirse, caiga quien caiga. Vuestras familias se arruinaron desde que tuvieron que repartir los bienes entre todos los hijos. Y si la de doña Mariana no se arruinó, fue porque ella era hija única de hijo único. Pues ya ves: ahora cornete el error de repartir su fortuna; de repartirla, además, de una manera absurda. Deja esta casa, y todas las fincas rústicas y urbanas, a su sobrina; en cuanto a las acciones del astillero, que son un buen pico —¡si lo sabré yo!—, manda que se vendan —¿entiendes?, ¡que se vendan!— y que se divida el dinero, a partes iguales, entre la sobrina y mi hermano.

—¿Tu hermano?

Cayetano sonrió sencillamente.

—Sí, ya sabes, el hijo de la vieja, ese que está en la Argentina.

—No es tu hermano —Carlos afirmó tajante, seco, y quedó erguido, mirando a Cayetano; este no dejó de sonreír.

—Lo sabe todo el mundo.

—*Lo dice* todo el mundo, que no es lo mismo. Lo dice todo el mundo, porque necesitan que sea cierto. Tú mismo lo necesitas, pero no es verdad.

—¿Puedes probarlo?

Carlos vaciló.

—No sé... Yo conozco la historia; me la contó ella misma. Fue un militar ruso, agregado a la Embajada de Madrid, hace unos treinta y seis años. Era casado.

Cayetano se levantó, dio un paseo corto y se arrimó a la consola.

—Una bonita novela, pero falsa. No hubo tal ruso. La inventó la vieja para hacerte creer que no había sido la amante de mi padre. Es natural. Mi padre era un hombre inferior, un sujeto que se enriquecía con su trabajo, no un señorito; pero también un hombre fuerte y guapo, ¿comprendes?

Carlos dijo:

—No.

—Sabes poco de mujeres. Ni siquiera la vieja, con toda su soberbia, sería capaz de confesar que se habla entregado al nieto de sus antiguos siervos porque le gustaba. Un militar ruso viste más. Pero... —interrumpió a Carlos, que iba a hablar— ¿qué nos importa ahora eso? Estábamos tratando del testamento.

—A mí me importa más que el testamento. Lo último que voy a hacer en Pueblanueva es desbaratar la leyenda de doña Mariana. Voy a dejar al casino sin su cotilleo predilecto. Será mi último acto de fidelidad.

—Y nadie te creerá.

—Encontraré pruebas —golpeó el bolsillo y algo tintineó en el interior—. Como es natural, tengo todas las llaves. Habrá cartas...

—Si las encuentras, me gustaría conocerlas. ¡No pongas esa cara, Carlos! Ese asunto es la tragedia de mi familia, y estoy reñido con mi padre hace veinte años a causa de él. Imagina qué cargo de conciencia para mí si al cabo del tiempo descubriera que he sido injusto.

Carlos quedó en silencio. Cayetano encendió otro cigarrillo y volvió a sentarse. Miraba con una especie de seriedad burlona, de seriedad destruida por la burla de los ojos. Hizo un gesto a Carlos, como pidiéndole permiso, y se sirvió vino.

—Bueno. Aún no he terminado con lo del testamento.

Carlos se encogió de hombros.

—¿Qué me importa lo que la vieja haya hecho con sus bienes?

—Más de lo que crees. Por lo pronto, te nombra su administrador universal hasta que su sobrina haya cumplido veinticinco años.

Carlos intentó reír. Apenas dijo:

—No, no es posible...

—De modo que la venta de las acciones del astillero tienes que tratarla tú... ¡conmigo! ¿Te das cuenta? ¡Porque yo soy el gerente del astillero, con plenos poderes, y mi padre ya no pinta nada!

Esta vez fue Carlos quien se levantó. Apoyó las manos en la camilla y miró a Cayetano, como si fuera a responderle; pero, de pronto, bajó la cabeza, dio la vuelta y se acercó a la ventana. Cayetano dejó de sonreír: había

resplandores de triunfo en sus pupilas.

Carlos, de espaldas, con las manos en los bolsillos, parecía contemplar la calle. En el pretil del malecón cantaban unos marineros, y un poco más allá un grupo de mozas cuchicheaba, reía. Había salido la luna, y el aire limpio de la noche resplandecía.

—Aún hay más, Carlos. Aún queda el asunto de los barcos.

Carlos se volvió bruscamente.

—No quiero saber más. Estoy resuelto a marcharme.

—¿Quién te dice que te quedes? ¿La vieja, desde el otro mundo? Pero lo de los barcos es bonito, francamente bonito. Los entrega al sindicato de pescadores para su explotación colectiva..., ¡a condición de que durante los cinco primeros años seas tú el gerente de la empresa! —soltó una carcajada grande, divertida—. ¡El gerente, Carlos! ¿Es que has estudiado alguna vez economía de empresa aplicada a la explotación sindical de la pesca?

Se levantó y se acercó a la ventana.

—Hay que estar como una verdadera cabra, hay que tener la cabeza de chorlito, para tomar en serio a ese pobre imbécil de Aldán y creer que su proyecto es viable. Porque yo no niego que se pueda explotar la pesca con un sentido moderno y hacer de ella un buen negocio: lo están haciendo en Vigo con bastante éxito. Incluso admito que la explote el propio gremio de pescadores. Soy socialista, Carlos; pero no por llevar la contraria a don Baldomero, sino por convicción. Estuve bastantes años en Inglaterra, conozco el mundo del trabajo, estudié mucho y sé que tarde o temprano desembocaremos en el socialismo o nos hundiremos; y como a mí no me coge nada de sorpresa... Pero en el estado actual de las cosas, para una empresa así hace falta un capital de resistencia, un capital muy fuerte. Nada más que para empezar y poner las cosas en marcha necesitan cincuenta o sesenta mil duros. Después, mientras el negocio no sea rentable, ¿cómo vas a pagar a los pescadores lo que necesitan para vivir? Porque, de momento, se entusiasmarán con la idea y hasta serán capaces de sacrificarse; pero cuando pasen unos meses y vean que el pescado se vende y que el reparto de los beneficios no llega, porque no puede llegar, porque todavía no los hay, empezarán a protestar y a decir que si tal y que si cual... ¿Comprendes? ¡Un capital de resistencia para hacer frente a los compromisos durante dos o tres años, que es

lo que yo calculo que tardará el negocio en ser productivo! Pues bien: doña Mariana ha ignorado estos detalles. Y te entrega el embolado para que lo torees...

Puso la mano en el hombro de Carlos.

—Haces bien en marcharte. Estas cosas no son para ti. En cuanto a la sobrina...

Rio otra vez.

—Hasta los veinticinco años no entrará en posesión de la herencia; pero durante ese tiempo *tiene que vivir en Pueblanueva*. ¿Te haces cargo, Carlos? ¡Una muchacha acostumbrada a París, la mete en este agujero durante cinco años! ¿Para qué? Lo más probable es que acabe siendo mi amante. Y no porque a mí me interese, sino porque se aburriría mucho, y como tú te marchas...

Carlos miró furtivamente el retrato de Germaine. Se apartó del hueco de la ventana y se acercó a la consola hasta cubrir con su cuerpo el marco de plata.

—Reconozco que esta vez tu as era de triunfo —dijo con voz apagada.

—Pues aún no lo he jugado del todo.

—¿Para qué? Por mí, tienes ganada la partida. Insisto en que me marcharé en cuanto pueda. Antes quizá de lo que tenía pensado.

Cayetano se acercó a la camilla y, de espaldas, se sirvió el último vaso de vino. Carlos le miró con inquietud, mientras ocultaba el retrato de Germaine. Sin volverse, Cayetano dijo:

—Me interesa mucho el asunto de las cartas. Avísame si encuentras algo. Ya ves: estoy dispuesto a agradecértelo y hasta quedar tan amigo tuyo como antes...

VI

Había muchos papeles en casa de doña Mariana. Los había en una especie de archivo: testamentos, contratos, vejestorios en seguida descartados; cartas y minutas de cartas: en el secreter, en el escritorio, en una cómoda, en otra, dos cajones de cómoda atestados, cuarenta años de vida epistolar reunidos en paquetitos con balduque, pero sin marbetes. La primera inspección descorazonó a Carlos, porque las cartas estaban atadas sin orden. Eligió un montón y fue pasando pliegos amarillentos.

Le interrumpió un recado de Clara, que le esperaba en la casa de la plaza con el maestro de obras. Dejó la inspección para más tarde y fue allá. Clara había franqueado puertas y ventanas, la luz entraba en todas las habitaciones, un rayo de sol iluminaba el polvo denso del aire. También había barrido lo gordo de las basuras, y ahora daba instrucciones al maestro para que tapasen bien todos los agujeros por donde pudieran venir ratones.

—Conmigo ya está de acuerdo —dijo a Carlos—. Ahora falta que te arregles con él.

El maestro de obras tardó unos minutos en ir al grano. Por fin, dijo que doña Mariana le había llamado una vez para hablar de unos arreglos de la iglesia, y que él le había llevado el presupuesto, y que como doña Mariana había muerto...

—También el cura me mandó llamar por dos veces, a ver cuándo se empezaba; pero como la señora estaba enferma... Y ahora pienso que, al venir el buen tiempo, se podrían aprovechar los días para andar en el tejado. Hay muchas goteras, y eso es peligroso, porque pueden salir grietas a las bóvedas.

Enseñó a Carlos un papel con la copia del presupuesto. Carlos lo leyó por cumplido y le respondió que empezarían en seguida, en cuanto lo tratase con el

cura y con otras personas interesadas. Por lo que al arreglo del bajo se refería, podía comenzar cuanto antes, de acuerdo con la señorita.

—Es decir, mañana mismo —intervino Clara—. Mañana a las nueve quiero ver aquí a media docena de albañiles.

El maestro de obras respondió que tres bastaban y se despidió.

—Esto le importa menos que la iglesia —dijo Clara—, porque es menos dinero; pero no le dejaré en paz hasta que lo haya terminado.

Empezó a cerrar puertas y maderas.

—Ya me he enterado de que vas a ser rico —dijo, vuelta de espaldas—. ¡Y tú te lo tenías bien callado!

Carlos se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes?

—No se habla de otra cosa desde ayer. La vieja lo dejó todo de tal manera que eres prácticamente el dueño. O, al menos, eso dicen. ¡Mira por dónde vas a ser mi casero!

—Las cosas no son así y, además, no las aceptaré. Sigo pensando en marcharme.

—Pues eres bien idiota, hijo. Te dan la vida resuelta y la rechazas.

Esperó a que Carlos saliera y cerró la puerta.

—Y los pescadores no te lo van a agradecer. Porque también se sabe...

Se interrumpió. Carlos había puesto la cara de vinagre.

—¿Te pasa algo?

—Me molesta que Cayetano haya ido contando lo que no es más que conjetura. El testamento de la vieja aún está sin abrir.

—Pues por algo lo dicen.

Se despidieron. Sonó la sirena del astillero, y las campanas de la iglesia tocaron al ángelus. Unas viejas del mercado se santiguaron. Carlos pasó, metido en sí, entre el bullicio de vendedores. Al llegar frente al casino cambió de rumbo y entró. No había nadie. Atravesó la calle y se llegó a la botica.

Don Baldomero, con la visera puesta y las gafas en la nariz, intentaba traducir una receta magistral.

—¡Este condenado médico! ¿Por qué no recetará específicos? Ganas de darme trabajo...

Pasó el papel al mozo e invitó a Carlos a que entrase con él en la

trastienda. Tenía, sobre la mesa, un libro abierto y una copa mediada de aguardiente de yerbas. La apuró de un trago y ofreció a Carlos servirle otra.

—Bueno.

—¿Sabe que tengo noticias? De Lucía. Está peor. No creo que pase de este otoño. ¿Quiere que le lea la carta?

—Le ruego que no lo haga. Será una carta íntima.

—¿Y qué? Usted está al tanto de mis intimidades.

—Aun así...

—Como quiera. No voy a forzarle... Pero habría de interesarle.

Sirvió, por fin, el aguardiente y pasó la copa a Carlos.

—Anoche se habló de usted en el casino. Claro que yo no creo una palabra de lo que dijeron. Según Cayetano, usted rechaza el testamento de la vieja y se marcha.

—Sí.

—Pues, mire, lo voy a sentir. Porque si usted se va, ¿a quién voy a contar mis cosas? Además...

Le temblaron las palabras y miró a Carlos de soslayo.

—... es la gran ocasión para hacerse el amo. Anoche, Cayetano hablaba de usted con respeto. Y hasta dijo que, si a usted le diera por quedarse, no sería difícil que llegasen a un acuerdo; que a quien él quería mal era a la vieja, pero que contra usted no tiene nada.

Le nació, bajo el bigote, una sonrisa cazurra.

—Ya ve. Todo por el dinero.

Carlos probó el aguardiente. Sacó tabaco y se sentó.

—Mire, don Baldomero. Vamos a suponer que todo ese bulo sea cierto, que yo todavía no lo sé, porque no he visto el testamento. ¿Piensa que debo quedarme? ¿No se da cuenta de que, si lo hago, me traiciono a mí mismo? No he pasado veinticinco años estudiando para acabar de administrador de una herencia, por mucho poder que esto me diera. Usted, que me conoce mejor que nadie, sabe que lo único que me interesa es el conocimiento de los hombres, no el mando sobre ellos. Me dedico a la ciencia, no a la política; como tal, hasta ahora, no he hecho más que acumular saberes. No le niego que estos meses que llevo en Pueblanueva me han servido de mucho, quizá sin proponérmelo. En las ciudades, los hombres son de otra manera. Aquí he visto

muchas cosas claras y por lo menudo, como al microscopio. Pero ya va siendo hora de que todo esto dé algún fruto, ¿no le parece? Tengo que escribir un libro. ¡Sobre Pueblanueva, sí, no ponga esa cara! Un libro que a usted le gustará; no una novela, sino un tratado sobre una sociedad en la que he experimentado en vivo lo que solo conocía por los libros. Ustedes me han visto entrar y salir, escuchar, discutir a veces. Han podido creer que poco a poco me iba metiendo en la vida del pueblo. Se equivocaron. Desde que estoy aquí no he hecho otra cosa que trabajar. Y a usted puedo decirle cuál es el resultado de mi trabajo, lo que voy a describir en este libro: una sociedad en pecado. El pecado es un concepto religioso. Yo voy a hacer de él una categoría científica. Mis predecesores han intentado descomponer en sus factores psicológicos la situación del que está en pecado, con lo cual lo reducen a mera ilusión subjetiva. Yo reconozco la entidad del pecado, su radical realidad, y esto, que a usted le parecerá vulgar, porque estudió teología, en el campo de la medicina psicológica es una revelación.

Don Baldomero le había escuchado sin pestañear.

—¡Claro! Si es así...

—Naturalmente, yo no diría esto en el casino. ¿Qué es para ellos un hombre que escribe libros? Los puntos del tresillo no suelen ver más allá de sus narices, y el propio Cayetano ha limitado sus aspiraciones al dinero y a acostarse con muchas mujeres. Pero yo soy de otra manera. Tengo una ambición y una vocación. No me dejo llevar por la vida, sino que mi vida la llevo yo. ¿Comprende lo que esto quiere decir? No el poder sobre los demás, que es un engorro y una mentira, sino el poder sobre mí mismo, que es una realidad.

—Comprendo.

—Usted dirá que para todo esto se necesita dinero y que soy pobre. Yo le respondo que no hace falta tanto y que con lo que tengo me sobra. Porque si más necesitase..., doña Mariana me lo hubiera dejado.

Don Baldomero golpeó la mesa con la palma de la mano abierta.

—Mire, eso ya lo decía yo ayer. Porque lo que no está claro es que le haya nombrado administrador con plenos poderes, sin obligación de rendir cuentas...

Carlos alzó las cejas, interrogantes. Don Baldomero añadió:

—¿No lo sabía? ¡Sin rendir cuentas! Para eso, con dejarlo heredero de todo... Por eso digo que no está claro.

—No olvide que la heredera de doña Mariana no tiene más que veinte años.

—¿Usted la conoce?

—No.

Don Baldomero entornó los ojos y sonrió.

—¡Una francesa de veinte años! ¡La que se va a armar cuando aparezca!

Se enderezó en el asiento.

—¿Sabe usted cuándo viene?

—No.

—Pero no podrá tardar. ¡Y estamos en primavera...! ¿Sabe, al menos, si es bonita?

Carlos afirmó con la cabeza.

—Mucho.

—¡Dios nos coja confesados! ¡Y tiene que pasarse aquí cinco años...!

—Si de mí depende, se marchará en seguida. Obligarla a permanecer aquí todo ese tiempo me parece una mala faena. ¿No está de acuerdo?

Don Baldomero guiñó un ojo.

—Según Cayetano, la vieja dispuso así las cosas para que usted y esa señorita acaben casándose. Y a usted no le vendría mal. Porque, aunque para escribir no haga falta ser rico, no me negará que una buena fortuna no estorba en ningún caso. ¡Hasta para ser santo hace falta dinero, como van los tiempos! Y, además, una mujer bonita siempre gusta.

Carlos hizo un gesto de indiferencia.

—Lo que tengo que hacer en el mundo no es compatible con el matrimonio. Usted, que sabe tanto, no puede ignorar que la ciencia es ocupación de solteros. Los hombres de ciencia deberíamos formar una especie de monacato, como en la Edad Media.

A don Baldomero le dio la risa; una risa alegre y picarona, de estar en el secreto.

—¡El monacato! ¡Pues buenos estaban los monjes! Como usted sabe, eso del voto de castidad...

—No me refiero a la castidad, sino a la familia. Lo que el hombre de

ciencia debe evitar son las obligaciones familiares.

—Ya. Como Menéndez Pelayo, que nunca se casó, pero que fue toda la vida un borrachín —hizo una mueca y añadió—: A los curas no les gusta que se diga esto de Menéndez Pelayo, pero es la pura verdad.

—A mí el punto de vista de los curas no me preocupa tanto. Mis ideas sobre la vida sexual son científicas, no morales.

—En ese caso, ¿por qué no se lleva a la Galana consigo? La verdadera solución no está en casarse, sino en tener una criada para todo, usted me entiende. ¡Si yo lo hubiera sabido a tiempo! Porque un hombre necesita siempre una mujer que le sirva, además de dormir con ella. La Galana es una real hembra y, según dicen, machorra. Es lo que a usted le conviene.

—¿No sabe usted que la Galana va a casarse?

Don Baldomero dejó caer el cigarrillo.

—¡No me diga!

—Estuvo con sus padres en mi casa a darme el pésame y me lo comunicó. Voy a ser el padrino.

—¡El padrino!

Le dio otra vez la risa, mezclada de hipo. Riendo, se acercó a un rincón y bebió un vaso de agua.

—¡El padrino! Pues sí que tiene gracia. ¿Y quién es el marido?

No esperó a la respuesta. El mancebo le llamaba. Estuvo ausente unos minutos. Al regresar había olvidado la Galana y la boda.

—Ya deben estar en el casino los del tresillo. ¿Vamos allá?

—Perdóneme, pero no tengo ganas de interrogatorios.

—Pues me gustaría que viniese para ver cómo han cambiado las cosas.

Metió dinero en el bolsillo.

—Y antes de irse tenemos que hablar largo. Esto de mi mujer... Y las cartas que le he escrito diariamente a Cayetano. ¿Sabe usted que no debe sospechar de mí? Porque no he notado nada... Me trata como siempre. Un día de estos le amenazaré de muerte.

Se separaron en la puerta. Don Baldomero entró en el casino. Le estaban esperando. El juez le gritó si se había dormido.

Don Baldomero ocupó un sitio vacante.

—Me retrasé por una visita. Y tengo noticias de las buenas.

Recogió las cartas que Cayetano le servía. Miró la pinta.

—Por lo pronto, señores, la sobrina de doña Mariana es una belleza, una verdadera belleza. He visto su retrato.

Llevó a los labios los dedos apiñados y los soltó con un beso.

—¡Opípara! Una de esas francesas de revista pornográfica...

—¿Estaba desnuda en el retrato? —preguntó Cayetano con voz indiferente, sin levantar los ojos de las cartas.

—No sea bestia, hombre.

—Creí...

—Pero don Carlos Deza dice que, si de él depende, podrá regresar a su tierra cuando guste; que él no piensa retenerla aquí los cinco años. Y él también se marcha.

Cayetano echó una carta.

—Me tiene miedo.

Don Baldomero triunfó y recogió la baza.

—Usted no concibe que nadie pueda obrar más que por miedo a usted. Si el doctor Deza se va, es porque le tiene miedo. ¿Y si se queda? ¿También por miedo?

Cayetano contó triunfos.

—Naturalmente. Todo lo que haga el doctor Deza, irse o quedarse, lo hará por miedo. Si renuncia a los cuartos de la vieja o si los acepta. En cuanto a la sobrina, no dudo que la mande marchar, pero también será por miedo a que me acueste con ella. Arrastro.

El juez dejó caer, lánguidamente, un triunfo; don Baldomero vaciló. Cubeiro, desde su puesto de mirón, le advirtió:

—O toma y arrastra, o le dan codillo, don Baldomero.

—Como me lo darán de todos modos...

Tomó el basto y arrastró de espada. Cayó la mala. Don Baldomero dio un puñetazo en la mesa.

—¿Lo ve usted? —se dirigió a Cayetano—. Acabará convenciéndonos de que todos le tenemos miedo. Bien creí que tenía usted la mala... Pero ya lo ve. He sacado el juego. Lo mismo puede sacarlo el doctor Deza.

Contó las fichas y empezó a barajar. Cayetano sonreía.

—¿Saben lo que me ha dicho? Que va a escribir un libro sobre nosotros.

—¿Una novela? —preguntó Cubeiro.

—Un libro científico. El doctor Deza es un hombre de ciencia.

—¿Con nuestros nombres?

—Eso ya no lo creo.

—No escribiré el libro tampoco —Cayetano recogió, tranquilamente, sus cartas—. El doctor Deza nunca hará nada más que hablar. Y, a pesar de todo lo que dice, no creo que se marche.

—¿Por qué está usted tan seguro?

Cayetano examinó las cartas.

—Porque yo no quiero que se marche —sonrió y miró a los circunstantes—. Le he tomado cariño, ¿saben?

Echó las cartas sobre la mesa. Tenía un solo servido.

—Juego. Es decir...

Carlos y el padre Eugenio entraron en la iglesia por la sacristía. No había nadie. El padre Eugenio se coló por una puerta. Se oyó el resonar de sus pasos bajo las bóvedas y, un poco después, su voz. Carlos se sentó. Regresó el padre Eugenio con el cura. Venían discutiendo.

—No se trata de un arreglo de goteras ni de unas manos de cal. Está bien claro que el compromiso de doña Mariana fue de un arreglo a fondo, de devolver la iglesia a su pureza.

—¿Y de qué me sirve a mí la iglesia en su pureza? Dígamelo, padre Eugenio, ¿de qué me sirve?

El padre Eugenio se encogió de hombros.

—Pregúnteselo al arzobispo. Con él fue el trato y de él partió la idea.

El cura se sentó junto a Carlos.

—Total, por una bobada, van a dejarme la iglesia inservible. A esto no hay derecho.

—No olvide usted —intervino Carlos— que la iglesia es de propiedad particular y que usted está en ella de prestado.

—Sí. Y por eso me pregunto: ¿cómo puede una iglesia ser de propiedad particular? —cambió repentinamente de actitud—. En fin, hagan lo que quieran y carguen ustedes con la responsabilidad —miraba fijamente al fraile

—. A mí, con que me avisen cuándo van a empezar las obras...

—El lunes, lo más tarde.

—Bueno. Pues el domingo quedará vacía. Aprovecharé la tarde, si hace bueno, para llevar el Santísimo en procesión a la iglesia de la playa. Será cosa de un mes, ¿no?

Carlos miró al padre Eugenio. Este bajó la vista.

—Más, más. Algo más. No olvide que, después de los albañiles, vendrán los pintores.

—¿Los pintores? ¿Es que también va a pintarse la iglesia? —el cura se echó las manos a la cabeza—. ¿No lo digo yo? ¡Ni en el verano lo terminan...!

No fue difícil desembarazarse del cura. Les dejó las llaves, marchó; repitió, rezongando, las protestas, mientras marchaba.

Fray Eugenio recorrió la iglesia en silencio. Carlos le seguía, miraba adonde miraba el fraile, y esperaba sus palabras. Pero el fraile permaneció mudo. Por fin, dijo:

—Mándeme al maestro de obras. Con un poco de suerte todo quedará listo para la Navidad.

—¿También sus pinturas?

—A ellas me refiero. Las obras tardarán solo un par de meses.

—¿Me enviará usted las fotografías del conjunto?

—¿Cómo dice? ¿Es que no va a venir a verlo?

—¿Dónde estaré yo para la Nochebuena? No cuente conmigo. Ya le dije que quedaría usted encargado de todo y con plenos poderes. Yo no pienso volver... en mucho tiempo; años quizá.

Al fraile le salió el fuego a las pupilas.

—Entonces, ¿para quién voy a pintar la iglesia? Porque no pensará usted que pinto para el gusto del cura y de doña Angustias.

Había hablado con ira contenida, con brusquedad. Agarró a Carlos del brazo y lo sacudió. A Carlos le dio la risa.

—Pero, padre Eugenio, nunca pude suponer que pintase usted para mí — sintió que la mano del fraile aflojaba la presión, y vio que la mirada se calmaba, después de una vacilación—. Pensé que pintaba usted para el Señor...

—Sí, claro...

El fraile soltó el brazo y caminó unos pasos, como huyendo. Se detuvo y se encaró a Carlos.

—Para el Señor, claro. Una oración. Sin embargo, uno busca la aprobación de Dios en el entendimiento de sus criaturas. Y yo no puedo esperar la de nadie más que la de usted, porque de nadie espero el entendimiento.

—¿Quiere hacerme creer que, en materia de pintura, me considera como enviado de Dios?

—Aunque le parezca raro... —golpeó el suelo con el zapato—. Pero ¡don Carlos! ¿Cómo se las compone usted para sacar las cosas de quicio? ¡Deje a Dios en el cielo! Comprenda usted que, en otra parte, mi obra podría esperar un beneplácito público, o, al menos, el de los eclesiásticos. Pero aquí... ¿Piensa usted que el prior alabará mis pinturas? ¡De sobra sabe que, en el fondo, se ríe de mí! Tampoco el cura, ni un solo feligrés... Doña Mariana, al menos, diría que eran buenas por ser mías. Pero doña Mariana ya está en el otro mundo...

—Precisamente debajo de usted —le interrumpió Carlos. Y señaló, con el dedo, la gran losa, a los pies del presbiterio, con la inscripción:

MARIANA SARMIENTO DE MOSCOSO
1860-1935

Fray Eugenio se hizo a un lado de un salto brusco.

—Perdón. No me había dado cuenta...

—Pero no se aparte. Písela, más bien, y, si le apetece, pisotéela. Si ella eligió este sitio, sabiendo que sería pisoteada por todos, lo haría por razones de humildad.

—¡No sea usted blasfemo!

Carlos se sentó en la esquina del primer banco.

—Tiene usted razón. No lo hizo por humildad. Lo hizo para que alguno de los que la pisoteen con ganas llegue a darse cuenta de que, al hacerlo, es un imbécil. Es el truco de que se valió para seguir despreciando a la gente después de muerta...

—Pero... ¿cree usted de veras que doña Mariana tenía el alma tan

retorcida?

—Creo que quiso enterrarse aquí para continuar presente en el recuerdo de todos; para que nadie pueda descansar de ella, para que los que la obedecían en vida, la obedezcan; y los que la temían, la teman, y la odien los que la odiaban. Es una forma de seguir viviendo y que los demás hagan su voluntad. No hay nada que revele más deseo de vivir, más apego a la vida, que un testamento; y el de doña Mariana contiene muchas más cláusulas que las escritas en el papel. La primera y principal dice: «¿Piensan ustedes que me he ido? Pues no. Mientras vivan las generaciones que me conocieron estaré entre ellas». Usted mismo, padre Eugenio, está aquí ahora mismo por obediencia a doña Mariana. Y yo voy a marcharme de Pueblanueva, y entregarme al cultivo de una ciencia que me importa un comino, y a brillar en ella, quizá, y hasta a ser catedrático de una universidad de provincias, si vienen muy mal las cosas, porque este era el deseo de doña Mariana, y yo no puedo menos que someterme a su mandato. La única realidad de este mundo es que hay fuertes y débiles, y que los débiles se someten a los fuertes, como usted se somete al prior y yo a doña Mariana. Sus voluntades nos aprisionan. No tienen en cuenta para nada nuestras voluntades particulares. La de usted sería que yo me quedase para ver, día a día, cómo iba surgiendo en ese ábside la Faz de Cristo: y la mía sería quedarme y ver cómo la Faz de Cristo aparecía en la pared de la iglesia y quizá en la de mi alma. Porque, ¿quién le dice a usted que su pintura y su fe no harían el milagro de convertirme? Sería un delicioso y ejemplar episodio romántico. Hace unos meses hablábamos algo de esto; ahora, las cosas de la tierra nos han hecho olvidarnos de Dios, a mí, al menos. ¿Y sabe por qué? Porque la voluntad de doña Mariana tira de nosotros hacia lo terreno. A ella no le importaba que yo resolviese o no esas dudas que tengo, ni que echase de mí al demonio que me habita o lo dejase convivir conmigo. Lo que ella quería es que yo fuese un hombre de ciencia, no ignorado, sino reconocido de todos, para mayor lustre del linaje. Le importaba un pito mi felicidad, porque jamás creyó en la felicidad. Ella no creía más que en obligaciones. Y ahí tiene usted: me tengo que marchar porque es mi deber. Pero si me quedase, ¿quién le dice a usted que no hallaría mi felicidad aquí mismo, junto a esa muchachita cuya madre usted conoció y que doña Mariana creyó por un momento que era hija de usted y no de Gonzalo Sarmiento?

El fraile ahogó un grito y se tambaleó.

—¿Eso creía?

—Un momento, nada más. Y usted lo sabe. Ella me lo contó con detalle. Sin mentar para nada el asunto, usted la sacó de su error...

El fraile bajó los ojos.

—Sí.

—¿Y era un error?

El fraile se sentó en la esquina del banco frontero a Carlos, en el sitio que doña Angustias solía ocupar. Se sentó con los pies hacia el pasillo, de modo que le quedaron otra vez encima de la lápida. Dejó caer las manos sobre las rodillas, y preguntó en voz baja:

—¿Es que no lo cree?

—Es que me gustaría que Germaine fuera su hija, padre Eugenio. Es lo que falta para que el guiso esté sabrosamente condimentado; es lo que perfecciona el folletín en que nos metió a todos doña Mariana. Por lo que a usted respecta, el ser padre de Germaine aclararía muchos misterios.

—No lo soy.

—Pero ¿pudo haberlo sido?

El fraile no respondió. Bajó la cabeza, y la presión de las manos sobre las rodillas se relajó lentamente. Había poca luz en la iglesia. Carlos quisiera que un rayo de luz iluminase al fraile en plena cara, que no dejase arruga sin relieve, ni temblor que se pudiera disimular. En aquella penumbra no estaba seguro de si los ojos del fraile se escondían o miraban desde lo oscuro. Pero, repentinamente, sintió como si hubiese tocado un cuerpo sin piel, un cuerpo llagado, y sintió un escalofrío.

—Es una pregunta tonta. Perdóneme por haberla hecho.

El fraile se levantó.

—Es una pregunta que tiene su respuesta, aunque demasiado larga. ¿Me permite que la aplase? Solo podré responderle satisfactoriamente cuando haya pintado la iglesia.

Se volvió hacia el altar.

—Ahí encima, cubriendo la piedra desnuda. Tengo que pintar, ¿comprende?, y después contarle a usted por qué lo necesito.

VII

El sindicato local de pescadores, filial de la CNT, se había reunido en Junta General Extraordinaria. A falta de otro lugar capaz para todos los afiliados, servía la taberna del Cubano. Habían echado los cierres. Por una puerta lateral, Carmiña atendía a la clientela.

El presidente y los dos vocales ocupaban la parte larga de una mesa. El Cubano, como asesor, se sentaba en la cabecera. Los afiliados, de pie o sentados, se apretaban en la estancia. Olía a tabaco, a salmuera. La casa pagaba el vino.

El Cubano dijo que ya podían empezar, y entonces el presidente abrió la sesión. Echó un trago de vino y se limpió los labios con el dorso de la mano. Miró alrededor. La lámpara de carburo instalada en la mesa presidencial le alumbraba el rostro con luz cruda. La apartó a un lado y se quitó la boina.

—Bueno. Ya sabéis...

Levantó la cabeza, las manos le quedaron en el aire, con las palmas hacia arriba.

—Ya lo sabéis todo, y estamos aquí para ver qué se hace.

Dejó caer las manos y se dirigió al Cubano.

—¿Por qué no hablas tú? A mí no me sale, y tú tienes más costumbre.

El Cubano se ladeó en el asiento y estiró la pata de palo.

—Dame un pitillo.

Tres o cuatro paquetes se le ofrecieron. Un cigarrillo llegó por el aire hasta su regazo. Lo encendió.

—Las cosas no van como debían ir, pero van. La difunta lo arregló todo a su gusto. Tenía buena voluntad. No hay derecho a quejarnos.

Alguien dijo desde el fondo:

—Nadie se queja.

—Claro que nadie se queja. Pero eso no quiere decir que esté el asunto resuelto. La difunta tenía su modo de ver las cosas. Su falta de confianza en los trabajadores parece, a primera vista, ofensiva; pero no debe tomársele a mal, porque era una burguesa, y no se le puede exigir que piense como nosotros. Ella no comprendería nunca nuestros derechos. Nos hace un regalo. Es lo más que hay que esperar de una persona así. Claro que nosotros podemos darnos por ofendidos; pero yo le di varias vueltas a la idea y no la encontré razonable. Lo malo son las condiciones.

—Eso. Las condiciones. ¿Qué sabrá don Carlos de pesca?

El Cubano miró con dureza al que había interrumpido.

—¡Calla! Una persona de sus letras tardará una semana en ponerse al corriente. No es ese el problema.

Retiró el pitillo de los labios y clavó la vista en la punta humeante. No levantó la cabeza. En la penumbra, otros cigarrillos brillaban un momento, alumbraban los rostros expectantes, estirados, los ojos fijos, y se apagaban.

—El problema es el si nosotros tenemos derecho a pedir a don Carlos que se sacrifique.

Se irguió de repente y miró a todas partes.

—¿Lo entendéis? El problema es ese. ¿Tenemos derecho? Porque yo he oído decir que don Carlos se va de Pueblanueva. Fijaos bien en que no es hombre de vivir aquí ni de abandonar sus estudios por nuestra causa.

—Eso debió pensarlo la difunta.

—Pero no lo pensó.

—Sus razones tendría para hacerlo como lo hizo.

El Cubano golpeó el suelo con la pata de palo.

—¿Qué nos importan ahora sus razones? Se fueron con ella al otro mundo.

—¿Entonces?

—Entonces... Bueno, para arreglarlo nos hemos reunido.

—Pues ya dirás qué podemos arreglar nosotros.

—Eso...

El Cubano se levantó. El semicírculo entre la mesa presidencial y la concurrencia daba espacio para tres o cuatro zancadas. El Cubano se apoyó en la mesa, de espaldas al presidente y a la luz. Su ancha figura quedaba en la

penumbra.

—Ahora sí que nos hacía falta Aldán para arreglar esto. Porque hay algo que teníais que entender...

Se volvió hacia el presidente.

—En fin... ¿Tú serías capaz de ir junto a don Carlos y pedirle que se quede en Pueblanueva y se haga cargo de los barcos?

El presidente se encogió de hombros. Entonces, el Cubano se dirigió a los demás.

—¿Vosotros? ¿Hay alguno que sea capaz?

—Habría que saber hablar —dijo alguien desde el fondo.

—Eso. Habría que saber hablar para poder convencerle. Pero vuelvo a mi pregunta de antes. ¿Tenemos derecho?

El segundo vocal pidió la palabra. Era un marinero delgado, alto, de ojos azules, de mejillas coloradas. Un marinero joven, nervioso.

—A mí me parece que si él sabe..., si él sabe que nos moriremos de hambre... Porque la cosa está así: que nos moriremos todos de hambre si el asunto no se arregla. Somos sesenta familias, eso es lo que hay que decirle.

El Cubano, medio vuelto hacia el vocal segundo, le respondió:

—Muy bien. Hasta ahí, de acuerdo. Pero ¿tenemos derecho? Fíjate bien lo que digo. ¿Tenemos derecho? Es lo que vengo pensando desde que supe lo del testamento. Porque don Carlos Deza es un intelectual y no tiene nada que ver con nosotros. No es propietario ni patrono —tartajó—. Es un intelectual, ya sabéis, un hombre de libros. Y yo me digo: ¿hay derecho a pedirle que deje de serlo por nosotros?

—Por el pan de sesenta familias.

—Por el pan de todo el pueblo, aunque sea. Nosotros somos libertarios. Cada cual debe ser libre y trabajar en lo que quiera. ¿Y no queremos nosotros obligar a don Carlos...?

—Obligarle, no.

—¿Entonces?

—Pedírselo.

—¡Pedírselo, pedírselo! ¿Se lo pedirás tú?

—¡Hombre, yo...!

—Naturalmente. Tú, no. Ni yo, ni nadie. Hay que tener mucha cara para ir

a un hombre y decirle... Decirle, ¿qué? Porque esa es la otra cuestión. ¿Qué hay que decirle?

Del fondo de la estancia surgieron rumores.

—Aquí hay uno que quiere hablar —dijo alguien.

Un marinero bajo, achaparrado, de faz rojiza, oscura, se abrió paso hasta el semicírculo libre. Tenía la voz dura, urgente. No vacilaba.

—Yo digo: ¿por qué no mandamos una comisión a Vigo, a hablar con el sindicato de allá? Ellos tienen abogado.

—Nosotros somos autónomos.

—Pero no tenemos abogado.

—Bien. Y un abogado, ¿qué podría hacer?

—Por lo pronto, hablarle a don Carlos.

—¿Y qué? La cosa está donde estaba. ¿Tenemos derecho o no lo tenemos?

—El abogado dirá si lo tenemos. Para eso está.

El Cubano se rascó la cabeza.

—Cuidado que sois bestias. No se trata de esa clase de derechos. No hay ninguna ley que obligue a don Carlos a aceptar. Es cosa de conciencia. De él y nuestra, fijaos bien.

El marinero achaparrado retrocedió hasta mezclarse con los espectadores.

—Pues si es cosa de conciencia, los barcos quedarán amarrados y moriremos de hambre.

El Cubano se plantó de un salto frente a él y lo agarró de la camisa.

—No tienes derecho a decir eso. Don Carlos es una persona decente.

—Sí. Y nosotros unas bestias. Por eso digo: ¿por qué no vamos con el cuento a alguien que no lo sea?

—No tiene por qué ser un abogado.

—Entonces, ya dirás quién.

—Algún amigo de don Carlos. Alguien que, por lo menos, le pregunte qué piensa hacer. Con buenos modos. Tiene que ser con buenos modos, sin exigencias, porque don Carlos no es un explotador de los trabajadores. Es un intelectual, ya os lo dije.

Una voz zumbona gritó desde un rincón:

—¡Rosario la Galana! Que se lo encarguen a Rosario la Galana.

El Cubano echó mano a un jarro vacío. Hubo risas y protestas. El Cubano

dejó el jarro en su sitio e impuso silencio.

—Propongo que se nos comisione al presidente y a mí para tratar con alguien que pueda hablarle a don Carlos con toda confianza.

El achaparrado respondió:

—Bueno.

—Propongo que se apruebe por aclamación.

—Bueno.

—Porque lo primero, digo yo, es conocer sus intenciones, y que él conozca las nuestras.

—Lo que tiene que saber es que somos sesenta familias...

—Eso, por supuesto.

—Y que también tenemos un derecho.

—Sí, claro.

—Y que es el derecho de sesenta familias contra el de uno solo.

El achaparrado se iba metiendo en el espacio libre y acorralaba al Cubano contra la mesa. El Cubano alzó las manos, con las palmas levantadas, y las opuso al pecho del achaparrado.

—Eso es lo que hay que aclarar, naturalmente.

El semicírculo se reducía. El carburo alumbraba rostros hasta entonces en penumbra: morenos, curtidos, anhelantes.

—Por eso digo que una persona de su amistad..., quiero decir, alguien que sea amigo suyo... He pensado que Clara Aldán..., si os parece...

De pronto, el achaparrado dijo:

—¿No será que te estás rajando?

—¿Quién, yo? ¿Yo?

Miró a las caras próximas; miró al fondo, a las que permanecían oscurecidas. Sintió todos los ojos encima de su figura, como si quisieran inmovilizarlo. Dio una sacudida a su cuerpo y encaró al achaparrado.

—¿Piensas eso de mí? ¿Hay quien piense eso de mí?

Volvió a mirar. Se le había airado el rostro, había enrojecido. Con los puños cerrados se golpeó el pecho.

—El año pasado estuve en la cárcel por vosotros, y esta pierna la perdí por la libertad de los trabajadores. ¿Hay quien pueda decir otro tanto?

Se volvió al presidente.

—Porque si hay quien piense eso de mí, ahora mismo lo mando todo a la mierda. Y el que lo piense, que lo diga a la cara.

Agarró al marinero achaparrado de un brazo, lo zarandeó, lo empujó contra la mesa.

—Ya has oído.

El otro bajó la vista.

—Lo que yo digo es que no veo claro.

—¿Y qué me importa que veas o no veas? Pero aquel que se atreva a dudar de mi honradez...

Volvió a crispar los puños. Las caras anhelantes se retiraban a la sombra. El semicírculo se abrió, y quedó solo el Cubano, apoyado en la pata de palo, amenazador. El presidente abandonó su sitio y pasó a su lado. Le palmoteó la espalda.

—Vamos, no te pongas así. Esto es una parvada.

Se volvió a los demás.

—Quedamos en que el Cubano y yo haremos las gestiones, y en que se os convocará para comunicaros lo que haya.

Ramón llegó al anochecer. Había lloviznado y estaba el aire fresco.

Rosario esperaba junto al castaño y miraba al suelo oscuro. Ramón se le acercó.

—Hola.

—Hola.

Rosario se hizo a un lado, para que también Ramón pudiese apoyar la espalda. Una raya de luz que salía de la cocina partía en dos la penumbra del corral.

—¿Están los viejos ahí?

—Están.

—Entonces, ¿tengo que entrar a hablarles?

—Entra.

—¿Y tú?

—Yo esperaré aquí.

—Me da reparo.

—Tienes que hacerlo.

Ramón la miró largamente.

—Me puse el traje nuevo.

—Ya veo.

—Y cuando me pregunten si vengo para aquí, o si tú vas a mi casa, ¿qué les digo?

—Nada.

—Bueno.

Ramón adelantó un paso. Rosario le detuvo.

—Entretenlos. Yo voy a hablar con tu madre.

—¿Para qué?

—Tengo que hablarle.

Dejó a Ramón y salió al camino. Ramón vaciló; luego fue lentamente hacia el resplandor de la cocina.

Entonces, Rosario echó a correr, tomó el atajo y llegó, jadeante, a la casa de Ramón. La puerta estaba abierta y una sombra se movía en el fondo de la cocina. Rosario descansó unos instantes, apoyada en la cerca de piedra del corral. El perrillo se le acercó, saltando, y le lamió las piernas. Rosario le acarició la cabeza.

—Vamos.

Quedó de pie en el umbral y dijo: «Buenas noches». La vieja atizaba unos leños. Alzó la cabeza y miró a Rosario.

—¿Y Ramón?

—Con los viejos.

—¿Por qué no vino?

—Quería que hablásemos nosotras.

—¡Ah!

La vieja siguió atizando. Rosario llegó hasta el hogar y se sentó en una esquina.

—Tengo un papel.

—¿A ver?

Rosario sacó del seno un pliego doblado y se lo tendió.

—¿Sabe leer?

—Un poco.

—Ese papel dice que la Granja de Freame es mía. Es un papel ante notario.

—¿Estás segura?

—¡Claro!

—Yo iría con él al secretario del Juzgado.

—Nadie tiene por qué enterarse.

—De todos modos.

—El papel es legal.

—Si tú lo dices.

Devolvió el pliego. Rosario lo recogió, lo guardó y dijo:

—De modo que, por mi parte, todo está arreglado.

—¿Y ahora?

—Usted dirá.

La vieja acercó una silla baja y se sentó.

—Yo digo que me voy con vosotros y esta casa la arrendamos.

—¿Está conforme Ramón?

La vieja sonrió.

—A Ramón no hay que pedirle conformidad.

—Es que, a lo mejor, le gustará mandar en su casa.

—Mal va la casa en que mandan los hombres.

—O me gusta mandar a mí.

—Eso, allá tú y tu madre.

—Mi madre, aquí, no cuenta.

La vieja alzó la cabeza y miró a Rosario.

—¿Qué es lo que quieres?

—Yo pongo la granja con la casa; usted, ¿qué pone?

—A Ramón.

—Eso se pone él.

—Llevará alguna ropa.

—¿Nada más?

—Dinero no tengo.

—Si Ramón va a ser el hombre de su casa, no va a llegar a ella con la chaqueta.

—Yo me quedo sin él.

—Usted bien vive.

—Un hombre en una casa siempre hace falta.

—En la mía, sobran dos.

—Entonces, ¿para qué quieres otro?

—Yo me entiendo.

El resplandor del hogar iluminaba el cabello, la oreja, la mejilla de Rosario, pero quedaban sus ojos en penumbra. La vieja dejó de mirarla.

—Bueno, pide.

—Usted puede arrendar las tierras, porque no tendrá ya quién las trabaje.

—Sí.

—Nos dará los aperos. Tampoco le hará falta el carro.

—De todo eso tiene tu padre.

—Ya le dije que no cuenta. Y cuando necesitemos la vaca, nos la podrá prestar también, hasta que tengamos una.

—Os la arriendo.

Rosario asintió con un gesto.

—Ramón me dijo que usted le tiene dinero guardado.

—¡Bah! Cosa de nada.

—Más de cien duros. Se los da.

—Ese dinero lo tengo empleado.

—Podrá recobrarlo.

La vieja se irguió, enérgica.

—Ramón lo ganó cuando era mío.

—Lo ganó para él, no para usted.

—Yo soy su madre. El dinero no lo doy.

Sostuvo la mirada de Rosario, sin pestañear, sin mover la cara. Rosario se encogió de hombros.

—Allá usted y él; pero él me dijo que teníamos ese dinero.

Se levantó.

—El domingo iremos a la iglesia. Lo del cura tiene que pagarlo él. De lo demás...

Se interrumpió, aguantó unos instantes la inquisición de la vieja.

—Bueno. Él me estará esperando.

Salió, tranquilamente. El perro fue tras ella. La vieja siguió mirándola,

hasta que se borró en las sombras.

Clara había acarreado hasta la cocina los muebles que no se usaban: los de Juan, los de Inés, y lo que todavía quedaba en la sala porque nadie lo había comprado. Cuando los tuvo juntos, empezó a trasladarlos al cobertizo del corral.

Hacía una mañana fresca y luminosa. Se veía, allá abajo, el mar azul, y en la otra banda de la ría, las playitas rubias y alguna barca inmóvil. Lejos, en alguna caleta aún no alcanzada por el sol, se demoraban jirones de niebla. Por encima de los montes, el cielo estaba claro.

Cuando llegaron el Cubano y otros dos, el presidente y el vocal del sindicato, Clara bajaba con dificultad un enorme jergón metálico, de mallas oxidadas. Ellos quedaron de pie en la entrada y el Cubano le gritó:

—¿Qué? ¿Te echamos una mano?

Clara se limpió el sudor de la frente y les sonrió.

—No me vendría mal.

—Anda. Ve tú y ayúdala —dijo el Cubano al presidente.

El presidente se quitó la boina y la dejó encima de un poyete. Atravesó el corral y quedó al pie de la escalera.

—Buenos días.

—Hola.

—¿Cómo está usted?

—Pues ya ves: sudando.

El presidente no sabía cómo seguir. La miró y bajó la cabeza.

—Anda. Sube y coge el jergón por abajo.

Entre los dos lo llevaron en volandas y lo dejaron bajo el alpendre.

—¿Estás de mudanza? —le preguntó el Cubano.

Clara explicó que había vendido la casa y que se mudaría a un bajo de la plaza. Añadió que iba a abrir una tienda.

—No sé si tendré algo que daros. Subid a la cocina.

Entraron y quedaron en pie, cerca de la puerta. Clara buscó vasos y trajo una frasca con restos de aguardiente.

—Hay eso. Ahí tenéis banquetas. Sentaos.

Se sentaron. Los marineros bebieron; el Cubano rechazó el aguardiente y pidió un sorbo de agua. Clara estaba junto a ellos, las manos en las caderas.

—Bueno. Vosotros diréis...

Ellos se miraron. Clara rio. «Vamos, que se decida uno».

—Habla tú —dijo el Cubano al presidente.

—No. Habla tú.

—Bueno...

—Si venís a preguntarme por mi hermano no sé nada de él. Dónde vive, sí.

—No. No es eso.

—Como tú conoces a don Carlos...

—¡Ah! —Clara volvió a reír—. ¿Tenéis que hablarle y os da miedo?

—Miedo, no; reparo.

—Y pensáis que yo...

—Eso.

—Bueno. Pues hablad.

—Queremos que le preguntes qué piensa hacer con eso de los barcos.

—Se lo preguntaré.

—Que si va a marcharse o va a quedarse.

—Que es el pan de sesenta familias —intervino el presidente—. Pero que nosotros no queremos obligarle. Esto, sobre todo, que quede claro.

—¿Y no sería mejor que le hablaseis vosotros?

—Acabo de decir...

—Sí, lo comprendo. Y yo le diré todo esto; pero después debéis hablarle.

—Después, sí, si él quiere.

—¿Cómo no va a querer? Es su obligación.

—Nosotros no decimos tanto. Pero, claro, será necesario que nos escuche. Tú puedes explicárselo. Tú nos conoces bien. Sabes cómo vivimos; bueno, cómo viven estos y todos los demás que andan a la mar. Además, alguna vez habrás oído a Juan... Va la vida de todos en lo que se haga con los barcos.

Siguió el Cubano, pero Clara había dejado de escucharle. Recordó aquella vez que había visto y oído a Juan hablar a los pescadores en la taberna. Cerró los ojos. ¡Qué bien lo hacía Juan, y qué pasión ponía en sus palabras! ¡Y cómo le escuchaban todos, como a un apóstol!

Acompañó a la comisión hasta la salida del corral.

—Ahora mismo buscaré a don Carlos. Id tranquilos, que lo que yo pueda hacer...

Les tendió la mano. El presidente, al estrechársela, señaló los muebles del alpendre:

—No tiene por qué cargarlo usted. Con que nos avise, venimos dos o tres y, en un momento, hecho.

—Gracias.

—Pero mire que lo haga.

—Lo haré.

Se alejaron. Dos o tres veces volvieron la cabeza y se quitaron las boinas.

Clara subió las escaleras rápidamente, fue al cuarto de su madre, la lavó, la mudó y la dejó sentada frente a la ventana abierta, por donde entraba el sol. Después se arregló ella misma, con el traje y el abrigo negros, las medias finas y los zapatos de tacón. Dejó la casa cerrada, marchó de prisa por la carretera. Al llegar a la plaza se desvió y entró bajo los soportales. Cuatro obreros trabajaban en el arreglo del piso. Habían levantado los suelos, habían picado las paredes por alguna parte. Todo estaba lleno de polvo. Clara les habló desde la puerta:

—¿No estáis más que cuatro? ¿Es que el maestro piensa que voy a esperar un año?

Pero le satisfizo ver arrancada la cochambre. Al fondo, la puerta del patio, abierta, dejaba pasar la luz. Clara lo imaginó todo nuevecito, los anaqueles cargados de mercancías, un mostrador suave y brillante.

—Bueno, ya volveré. Si todo queda a mi gusto a lo mejor os hago un regalo.

Por la calle empinada, Clara taconeó y descendió erguida, sin hacer caso a los que, de un lado y de otro, la miraban. Alcanzó a oír algún cuchicheo, algún piropo por lo bajo. Llegó a la playa, compró una perra de castañas y las fue comiendo hasta llegar a la casa de doña Mariana. Esperó a terminarlas en el portal, se sacudió el abrigo y llamó. La Rucha hija la hizo pasar sin apenas mirarla. Clara esperó en la salita de estar, sin sentarse. Carlos llegó en seguida. Venía sin chaqueta, con un jersey y la camisa abierta.

—Estaba en el jardín, ¿sabes? Como está bueno el tiempo.

—Desde que murió la vieja te das la gran vida.

—Poco me queda.

—Ya...

Le contó la visita del Cubano y de los pescadores. Carlos la escuchó sin interrumpirla. Luego dijo:

—Eso no tiene arreglo. Ya te dije que voy a marcharme. Además, el asunto en sí es un disparate. Aunque regalase los barcos al sindicato, no podrían hacer nada. Para que el negocio sea rentable, para no perder al menos, hace falta un capital, un dinero con que empezar. De momento, unos cincuenta mil duros.

—Pero con eso ya contarán ellos.

—No lo sé, pero no lo creo. Esperarán que doña Mariana haya dispuesto también de ese dinero para arrancar. Pero a doña Mariana se le olvidó el detalle. Vamos, supongo, porque todavía no conozco el testamento.

Clara quedó pensativa unos instantes.

—Me gustaría que esto se arreglase, ante todo, por Juan, porque él fue quien lo inventó. Pero, además, porque los pescadores son la mejor gente de Pueblanueva y merecen otra vida. Tú no sabes cómo lo pasan. Cuando hay pescado, van tirando, y son alegres y generosos. Cuando no hay pescado fresco, se alimentan de sardinas secas al sol. Pero, con pescado o sin él, sus casas son sucias y miserables. Ellos, sin embargo, nunca son malos. Aguantan y callan. Fíjate qué va a ser de ellos si se venden los barcos. Hasta que a Cayetano le dé la gana de emplearlos...

Se levantó.

—¿Sabes que voy ahora mismo a cobrar el dinero de mi casa?

Carlos la miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Te has puesto tan guapa por eso?

—Sí, pero no por Cayetano. A él no le veré, me entiendo con Martínez. Hoy me esperan a las doce en el astillero, a firmar la escritura y a recoger la pasta.

—Enhorabuena.

Clara se acercó.

—Tengo miedo de llevar a casa tanto dinero. Alguien se enterará, y a lo mejor van de noche a robarme. ¿Me lo guardarás tú?

—Bueno.

—Entonces volveré cuando haya terminado.

Salió. Carlos fue al mirador, levantó una cortina y la vio alejarse taconeando, con aire altivo. Cerca de la lonja, Clara se detuvo, habló a una mujer, acarició a un chiquillo. Luego se perdió.

—Esta también piensa que mi obligación es quedarme y echarme a cuestras la redención de los pescadores.

Carlos volvió al jardín, se sentó, cogió un libro, pero no pudo leer. Bajó la Rucha hija a preguntarle, de parte de su madre, si iba a comer solo. Carlos le dijo que sí. Al cabo de un rato, la Rucha hija volvió a decirle que Clara le estaba esperando. Carlos paseó por su habitación, se puso la corbata y la chaqueta. Se miró al espejo y vio los codos gastados, las bocamangas raídas. Hizo una mueca de disgusto.

Clara se había quitado el abrigo y esperaba sentada en el brazo de una butaca. La falda, subida, dejaba al aire las rodillas. Tenía en la mano un papelito alargado y verdoso.

—Me han dado esto.

Tendió a Carlos un cheque. Setenta y cinco mil pesetas.

—Como si te hubieran dado el dinero.

—Pero tendré que ir a cobrarlo a Santiago.

—Eso no será difícil.

—¿Por qué no me acompañas? Hazte cuenta. Nunca me vi con tanto dinero junto, ni metida en este lío. Además, aprovecharé para mandar su parte a mis hermanos. Si vas conmigo, me podrás ayudar.

Carlos cogió el cheque.

—Ven. Vamos a guardarlo.

La llevó al salón. Abrió las maderas de una ventana y apartó un cuadro que ocultaba una pequeña caja fuerte empotrada en el muro.

—¿Es aquí donde escondía la vieja sus tesoros? —preguntó Clara.

—Una parte al menos.

Carlos abrió la caja, metió la mano y sacó unos cuantos estuches, pequeños, medianos y grandes.

—Mira.

Abrió uno de ellos. Clara se acercó.

—Puedes cogerlo.

Era un collar de esmeraldas, el mismo con que Sorolla había pintado a doña Mariana. Lo tuvo en el aire unos instantes.

—Muy bonito. Pero me da miedo.

Carlos balanceó el collar.

—¿Por qué?

—Me parece que es un pecado llevar esto mientras hay tanta gente pobre.

—¿No te gustaría que fuese tuyo?

—No.

—¿Por qué no te lo pones?

—No me tientes.

—Anda, pónitelo.

Carlos dejó los estuches encima de una silla y desabrochó el collar. Clara se volvió de espaldas y dejó que se lo colgase. Le echó las manos, palpó las piedras; luego se acercó al espejo.

—Abre una ventana. No me veo bien.

Carlos abrió las maderas del balcón; luego, las vidrieras. Entró la luz meridiana, dio de lleno en el cuerpo de Clara, le alumbró el rostro, sacó resplandores del collar. Clara se miró.

—Si me casara contigo esto sería mío, ¿verdad?

—Podría serlo. Según dicen, doña Mariana me autoriza a escoger de sus cosas, como recuerdo, lo que más me guste. Podría ser el collar.

—Quítamelo.

—Si lo quieres, te lo regalo.

—Está mal que bromees conmigo, Carlos.

Echó las manos al cuello y forcejeó para abrir el broche.

—Quieta. Yo lo haré.

—Ya ves —dijo Clara—; creo que está mal tener eso y, sin embargo, si fuera mío...

—Va a ser de Germaine.

Carlos guardó el collar en su estuche; lo metió todo en la caja fuerte, metió también el cheque y cerró.

—¿Tú sabes para qué armó la vieja todo ese lío de los barcos y de los pescadores? Pues para amarrarme a Pueblanueva todo el tiempo que esté aquí su sobrina y para que me case con ella. Le parecía que estando juntos y

viéndonos cada día... Por eso lo puso todo en mis manos, ¿comprendes? Es un plan bien pensado. Pero yo se lo voy a desbaratar. Nadie puede exigir a Germaine que pase aquí cinco años más que yo, y yo le daré facilidades para que se vaya, ¿comprendes? Así también podré irme.

—¿Detrás de ella?

—¿Por qué lo piensas?

—Porque sería lo razonable. A lo mejor llegarías a ser feliz.

—A doña Mariana no le importaba mi felicidad ni la de nadie. Lo que ella quería es que todo esto, sus cosas, sus bienes, ese collar de esmeraldas, quedasen en manos de su sobrina y no saliesen de ellas. Y entonces se le ocurrió que, casándome con ella, fuese el guardián. ¡Y, ya ves, en otras condiciones no me importaría! Les he cobrado amor a esta casa, a estos muebles, a todo lo que hay aquí, porque son todo lo que queda de la vieja. De buena gana haría que todo permaneciese igual, como en un museo, y entonces sí que sería su guardián. ¡Pero sin la sobrina!

—¿Es fea ella?

—No. Muy guapa.

La llevó a la sala de estar y le enseñó la fotografía de Germaine. Clara la miró curiosamente.

—Sí. Es guapa, pero yo valgo más. Esta chica, con esta cara, no me parece capaz de tener un hijo.

Devolvió el retrato a Carlos.

—Claro que yo no tendré nunca ese collar de esmeraldas...

Clara encargó a la Chasca que se cuidara de su madre. Le dio las llaves de la casa.

—Si la oyes gritar y hace bueno la bajas a la huerta, pero cuida que la tapa del pozo tenga el candado puesto. Si no ando alerta, un día se me cae y se me ahoga.

El coche esperaba ya ante la puerta de doña Mariana. Estaba la calle desierta. Un oleaje manso golpeaba las piedras del muelle y un vientecillo menudo rizaba la sobrehoz de la mar.

El chófer saludó a Clara:

—Don Carlos está esperando.

Pero Carlos no tenía prisa. Se empeñó en que Clara le acompañase a desayunar. Parecía especialmente amable aquella mañana. Le ayudó a quitarse el abrigo, le dijo que estaba muy guapa y mandó que sacasen para ella los tesoros de mermeladas guardadas por la vieja.

Clara comió con ganas y elogió el desayuno. Carlos llamó a la Rucha, le dio algunas órdenes y mandó a la hija que, a media mañana, fuese a llevar un recado a Rosario.

Ya en el coche, Clara le dijo:

—Oí que se casa la Galana.

—Sí. Yo seré el padrino.

Clara le miró y Carlos sintió como si la mirada le acusase de sinvergüenza. Empezó a liar un cigarrillo.

Quedaron callados un buen rato. Carlos fumó pitillo tras pitillo; Clara se adormiló. Cerca de Santiago se pinchó una rueda. Clara se despertó. Mientras cambiaban el neumático, pasaron en silencio.

En Santiago fueron directamente al banco. El cheque era nominal; Clara tenía que presentar algún documento, o dos firmas, al menos, de comerciantes en plaza. Ni traía consigo la cédula, ni conocían a nadie del comercio. A Carlos se le ocurrió telefonar a La Coruña, al banco de doña Mariana, donde le conocían. Después de algunos trámites, pudo garantizar a Clara.

Allí mismo hicieron el giro a Juan. Treinta y siete mil quinientas pesetas. De la otra mitad, Clara se guardó cinco mil y con el resto abrió una cuenta corriente. De pronto, todo eran facilidades. Un empleado muy oficioso se lo dio resuelto. Después de media hora, Clara tuvo en el bolsillo el talonario de cheques.

—Ya soy rica.

Quiso devolver a Carlos el dinero que este le había prestado en un par de ocasiones, pero Carlos lo rechazó.

—Era de doña Mariana.

—Pues no te vendría mal que lo aceptases. Podrías, al menos, hacerte un traje. Da pena verte con esa chaqueta y esos pantalones. Y tampoco te sobraría una gabardina.

—¿Para qué, si voy a marcharme?

—Pues para eso. No vas a andar por el mundo como un pordiosero. Además, sí vas a la boda de Rosario tienes que ponerte guapo. No le gustará que se le rían del padrino.

Le convenció. Fueron a una tienda de ropas hechas, pero Carlos no encontró nada a su gusto.

—Aquí, en Santiago, había muy buenas sastrerías.

Entraron en un bajo oscuro: «Pozas e Hijos. Sastrería eclesiástica y civil». Clara, nada más entrar, se detuvo ante una sotana nuevecita, puesta en un maniquí. Una sotana con treinta y tres botones colorados y un cordoncillo de lo mismo. La acarició.

Carlos se dirigió a un hombre que llevaba colgada al cuello una cinta métrica. El hombre cortaba unos paños oscuros, siguiendo unas líneas trazadas con jaboncillo azul. Le dijo que quería un pantalón gris, de estambre, y una chaqueta de pana.

—Como estos que llevo puestos.

Se quitó la gabardina, para que el sastre los viese. El sastre lo miró con un punto de desprecio. Alargó los dedos y tentó la tela. Luego quedó con la mano en el aire.

—En esta sastrería...

Clara se había acercado. Interrumpió:

—No sé por qué te empeñas en andar siempre vestido de sabio —dijo a Carlos.

—Quizá porque no sepa vestir de otra manera.

Carlos se volvió al sastre:

—Mire usted: hace muchos años que visto así y no quiero cambiar. Pero no me opongo a que la calidad de los tejidos sea mejor y el corte excelente. Usted tiene fama de buen sastre.

El sastre sonrió, halagado.

—Gracias a Dios, esta casa trabaja para la mitra desde hace casi un siglo. Ya mi abuelo, que en gloria esté, vestía a los señores arzobispos de su tiempo y, desde entonces, ni uno ha dejado de hacerse la ropa aquí. Menos el actual, si he de ser fiel a la verdad. Como es andaluz... Pero, en cambio, vestimos a las dignidades del cabildo.

—Yo, en realidad, no quiero una sotana.

—Ya, ya, comprendo. Pero también vestimos al señorío y a muchos catedráticos. Aquí, en Santiago, la gente se precia de vestir bien.

—Entonces me hará usted la chaqueta de pana.

—En el caso de que se encuentre en plaza tejido de buena calidad. Solo en ese caso. Nuestras confecciones son siempre de los mejores tejidos.

—Es que, además, tendría usted que probarme hoy. No vivo en Santiago y esta noche regresaré...

—¿A dónde?

—A Pueblanueva.

—¡Ah, sí, Pueblanueva del Conde! Allí tengo un buen amigo y correligionario, el presidente de la Comución Tradicionalista. Don Baldomero Piñeiro, boticario.

—¡Ah, el boticario! —dijo Clara.

—¡Ah, don Baldomero! —dijo Carlos.

En la sastrería eclesiástica y civil de «Pozas e Hijos» —más propiamente hablando, nietos— surgieron las facilidades. Resultó que en aquella sastrería se había vestido también el padre de Carlos. Mientras tomaba medidas, se refirió el sastre a un canónigo muy culto, don Ceferino Tafur, que, visto en ropas menores, parecía enteramente un escarabajo, pero que, con la sotana y el manteo allí confeccionados, resultaba elegante. «Le hago traer las telas de la misma Roma, y las medias escarlata. Lleva además hebillas de plata en los zapatos, como Dios manda».

—¿No será para él esta sotana? —preguntó Clara, y señaló la del maniquí.

—¡Oh, no! —dijo el sastre—. Don Ceferino cabe dos veces en ella... Y venga usted a última hora, hacia las ocho, y le haré la prueba...

Entonces, Clara anunció que también ella tenía que hacer sus compras, y metió a Carlos en una mercería y empezó a revolver en cajas de ropa interior, y a escoger y a rechazar, y a pedir consejo a Carlos sobre bragas, sostenes y otras cosas menudas y fascinantes, hasta que eligió cuatro o cinco juegos interiores, y una faja, y dos pares de medias. Lo pagó todo y mandó que se lo enviasen a tal sitio. Después preguntó a la mercera dónde se podían comprar aquellas cosas por junto.

La mercera le respondió que en el almacén, en tal calle y tal número, pero que el almacén no vendía más que a comerciantes establecidos.

—Es que yo voy a poner una tienda.

Llevó a Carlos al almacén. Les recibió un caballero de mediana edad, a quien las piernas de Clara encandilaron inmediatamente. Clara lo advirtió y no bajó la falda. El caballero le informó del modo de comprar, de la forma de pago: «Efectos a noventa días», y Clara preguntó que qué era aquello. El caballero le enseñó una letra de cambio y le dio una sucinta idea de la legislación mercantil acerca de las letras de cambio, y del tanto por ciento en que había que incrementar el precio de las mercancías para obtener ganancias, y... Hablaba mucho, con una mezcla de sorna y de entusiasmo, siempre con la cabeza baja, con la mirada fija en las rodillas de Clara. Le enviaría un viajante de la casa, al que podría hacer el pedido: un hombre con experiencia, que la aconsejaría bien.

—Si usted va a poner una mercería, no estaría de más que, antes, hiciese alguna práctica comercial. Nosotros no tendríamos inconveniente en admitirla aquí una corta temporada, pongamos quince días, y enseñarla.

—Gracias. Pero no puedo abandonar a mi marido y a los niños. Usted no se hace una idea de lo que es una casa sin la madre.

Miró a Carlos cariñosamente.

—Sobre todo a mi marido. Sin mí no sabría ni ponerse los calcetines.

El notario llegó puntual. Le pasaron al salón, y Carlos acudió en seguida. El notario le saludó con familiaridad exagerada. Carlos pensó que, en el fondo, se burlaba. El notario traía consigo una cartera negra, grande, abultada. Carlos temió que el testamento de doña Mariana alcanzase aquel volumen. Pero lo que el notario sacó de la cartera y se dispuso a leer era de dimensiones normales: no pasaba de diez folios, mecanografiados a tres espacios, copias aparte.

El notario era bajo, redondo, barrigudo; de voz chillona y marcado acento regional. Dejó el testamento sobre la mesa e hizo un preámbulo largo acerca de sus relaciones con doña Mariana; pasaba de treinta años que la conocía y había sido su amigo y el depositario de sus secretos. Al decir esto sonrió:

—Usted ya sabe...

Le había aconsejado como jurista ducho. Pero doña Mariana admitía

consejos hasta cierto punto.

—El testamento que le voy a leer es un puro dislate, un capricho, casi una niñería, y perdóneme usted que me exprese en estos términos, aparentemente irrespetuosos. ¿Había entrado mi dilecta amiga en el período de senilidad, en esa segunda infancia que los médicos atribuyen a la arterioesclerosis cerebral? Me lo temo, porque este testamento lo hizo poco antes de morir, después de anular el anterior, que era más razonable. Existe, además, un codicilo cuyo contenido ignoro, y que seguramente será más disparatado todavía. ¡Y cuidado que yo le advertí y aconsejé debidamente! Pero mi conciencia está tranquila. Le aseguro que no tengo la culpa de que las cosas hayan sido así. Usted sabe que su voluntad nadie fue capaz de torcerla.

Empezó a leer:

—Por lo pronto, faltan las habituales disposiciones de carácter religioso. ¡Y cuidado que le insistí: encargue usted funerales, doña Mariana, funerales de lujo, como a su posición corresponde! Y ella me respondió: «¿Para qué, si no creo en Dios?». «Entonces, ¿por qué ese empeño de que la entierren en la iglesia?». «Porque la iglesia es mía y porque tengo mis razones».

La información de Cayetano era excelente. El texto del testamento coincidía con lo que le había contado a Carlos. Había algunas cosas más, de las menudas: mandas para las sirvientas; condonaciones de rentas, donativos.

—Pero ¿y si no acepto ese encargo de administrar los bienes?

—Espere hasta el final, no sea apresurado.

En el caso de que la señorita Germaine Sarmiento no aceptase las condiciones estipuladas para que se la considere heredera de doña Mariana, o en el caso de que el señor Carlos Deza rechazase el encargo que se le hacía, el testamento se consideraría nulo y, en su lugar, todos habrían de atenerse al codicilo.

—Pues ya puede usted ir abriéndolo, porque yo no acepto.

—¿Por qué se precipita?

El notario apartó unas copias del testamento y guardó el original.

—Una de estas copias es para usted. La otra deberá enviársela a la señorita Germaine Sarmiento, que vive en París, plaza del Tertre, 2. Sería conveniente que le escribiese y le advirtiera que el testamento difícilmente puede impugnarse. La partida más disparatada, la de los barcos, aparte de que

no sería conveniente litigar sobre ellos, porque los obreros armarían la de San Quintín, y ganarían, tal como van las cosas en este país, es perfectamente legal, porque el valor de los barcos apenas roza el tercio del total. En cuanto a usted... Su caso tiene dos aspectos: el primero, el de administrador, no creo que le dé muchas molestias. ¡A nadie se le entregó una fortuna con más libertad, amigo mío! Puede usted hacer y deshacer durante cinco años sin que nadie tenga derecho a exigirle cuentas. Tampoco estoy seguro de que un abogado lograra anular esta disposición. El segundo es más pesado, pero tiene muchas escapatorias para un hombre inteligente. ¿Ha pensado usted, por ejemplo, en que como administrador y gerente tiene perfecto derecho a nombrar un apoderado? Y un apoderado, amigo mío, le libraría a usted de todos los engorros. Si consideramos que los barcos son cosa perdida, es lo mejor que puede hacer. Mi consejo es que se ponga al habla con los pescadores y que ellos elijan una persona de confianza. Usted le da plenos poderes, y allá ellos. Si roban, que roben; si fracasan, que fracasen. Usted se lava las manos. Lo que usted no puede hacer, lo comprendo, es echarse encima esa responsabilidad y ser blanco de las iras del populacho si las cosas terminan mal.

Abrochó la cartera, pero no hizo ademán de levantarse.

—Hay un punto..., un aspecto secundario, sobre el que también me gustaría aconsejarle. Las acciones del astillero. Tiene usted que venderlas. ¿Ha pensado algo de esto?

—No.

—El señor Salgado las querrá comprar. Es natural. Pero tengo entendido que alguna firma importante de Vigo está también interesada en el asunto. Aparte de que podría usted obtener una comisión considerable, estoy seguro de que le pagarían por ellas una buena cantidad. Son acciones muy valiosas, todo el mundo lo sabe. Y los astilleros son un negocio que va para arriba; una de las industrias más potentes de todo el litoral gallego. De modo que, cuando usted haya tratado con el señor Salgado, hable conmigo.

—Supongo que el señor Salgado está ya al tanto de esto. ¿No sabe usted que hace más de una semana que tiene en su poder una copia de ese testamento?

—¡No me diga!

—Una copia puntual. Lo que usted acaba de leer coincide con lo que él me anunció en esta misma habitación.

El notario, puesto en pie, llevó la mano al pecho.

—¡Le doy mi palabra de honor...!

—No hace falta. Pero ¿sabe usted lo que me dijo? «Al juez, al notario y al cura no se les debe comprar, habiendo secretarios, chupatintas y sacristanes».

—¡Chupatintas! ¡Hay tres en mi notaría!

—Uno de ellos puede estar enterado de que una firma de Vigo codicia las acciones que doña Mariana poseía de los astilleros Salgado. Puede usted estar seguro.

—En cualquier caso, eso a usted no le afecta.

—No. Pero Cayetano ya habrá tomado sus precauciones. Yo, en su caso, haría igual. Por otra parte, la comisión a que usted se refiere no me interesa gran cosa, y el dinero de la señorita Sarmiento y del otro beneficiario, otro tanto. No venderé tirado, por conciencia, pero no me romperé la crisma con nadie por lograr un buen precio.

—¿Debo inferir de lo que usted dice que acepta la administración de los bienes que fueron de la difunta señora Sarmiento?

—Al menos en este punto... Es un acto de cortesía con unas personas que no conozco.

El notario guiñó un ojo.

—Una chica muy hermosa, ¿no? Y con una dote excelente.

El notario aceptó una copa de vino y se marchó. Sus últimas palabras fueron de amenaza para el chupatintas traidor. «Pero ¿cuál de los tres será?». Inmediatamente, Carlos mandó recado al Cubano de que aquella misma noche, a las ocho, iría a hablar con él. «Sería conveniente que estuviera presente la directiva del sindicato», añadía la nota. Después cogió el carricoche y se fue a casa de Clara. La llamó desde el corral. Tuvo que repetir la llamada. Por fin, ella apareció. Venía del pinar, con una carga de leña a la cabeza. Vio a Carlos, dejó caer la leña y corrió al carricoche.

—¡Carlos!

Estaba colorada y un poco despeinada. Se echó atrás las guedejas.

—Ya ves, hijo. Trabajo como una mula; pero esto se acabará pronto.

Carlos le contó la visita del notario.

—Me ha dado una gran idea. Puedo nombrar un apoderado y descargar en él lo de los barcos.

—¿Y eso te parece justo?

—Sí, porque el apoderado puede ser Juan. Vengo a pedirte su dirección.

A Clara le tembló una tristeza súbita en los ojos. Se apartó del carricoche y se arrimó a la cerca. Carlos saltó al camino y la siguió.

—¿No te alegra?

—No. ¿Qué quieres? Empezaba a arreglármelas sin ellos y mis planes no los tienen en cuenta para nada.

—Me parece leal ofrecer a Juan esta oportunidad.

—Debes hacerlo.

—Sin embargo, no me gustaría dejarte al marchar el regalo de una situación incómoda, solo porque sea más fácil para mí.

—¡Oh, no te preocupes! Por lo pronto, ni Inés ni Juan caben en la casa de la plaza. De modo que, si vienen, tendrán que buscarse un piso para ellos dos. Pero el miedo no me viene por ese lado. Me iba haciendo a la idea de ser independiente, ¿comprendes?, y lo más probable es que ellos me estorben de alguna manera. Ya haré algo que a Juan no le guste... En cuanto a Inés...

Quedó un momento silenciosa.

—Inés no puede ser la misma —continuó—. A lo mejor no quiere volver. Pero, si vuelve, ¿crees que seguirá como antes? Yo no podré verla entristecida, metida siempre en casa. En fin, que me entristeceré con ella, cuando lo que yo deseo es un poco de alegría. Además...

Cogió la mano de Carlos y le miró de frente.

—... sabes tantas cosas más que también puedes saber esta. Inés me hizo mucho daño. Sin quererlo ella, claro; pero me lo hizo. Parecía como si me acusase constantemente, que me llamase sucia cada vez que me miraba. Y yo sentía necesidad de llevarle la contraria, de hacer lo que ella, sin hablar, me reprochaba. Cuando se fue, a pesar de la pena que me dio, se me quitó un peso de encima. Es horrible eso de tener siempre el juez delante.

El viento le jugaba con el cabello. No había soltado la mano de Carlos y le miraba con mirada franca.

—Aunque es cierto que, desde hace algún tiempo, no tengo nada de qué acusarme.

Apretó fuertemente la mano de Carlos y la soltó en seguida.

—También te lo debo a ti.

Bajó los ojos y se apartó corriendo del carricoche.

Empezaba a anochecer. Carlos dijo que no cenaría, y salió. A lo largo del pretil, grupos de mujeres remendaban las redes puestas a secar. Más allá, en la lonja del pescado, las vendedoras armaban su barullo.

—Por aquí estará Clara, quizá.

Se detuvo unos instantes en el malecón, a ver el agua estrellarse contra las piedras de la escollera. Después atravesó la calle, caminó arrimado a las casas, hasta el barrio de los pescadores. Se oía una canción cantada a coro por muchos hombres; no muy lejos, acaso bajo los mismos soportales. Cantaban a media voz, lentamente, solo hombres, jóvenes y maduros. Supuso que los pescadores excluidos de la entrevista esperaban ahora su llegada, esperarían luego sus decisiones. Se hizo el silencio; luego, volvieron a cantar. La voz común le llegaba por encima de la pequeña dársena, donde media flotilla de pesca estaba amarrada desde la muerte de la vieja. Las luces de las casas se reflejaban en las aguas tranquilas; una barca cruzó el espacio rizado, espejeante, con rumor rítmico de remos. Los hombres quizá esperasen sentados en el pretil, o mirasen las aguas mientras cantaban.

Carlos volvió la esquina, se metió en los soportales. Los pescadores estaban frente a la casa del Cubano: un grupo compacto. Arrimados a la pared, sentados en el suelo. Le vieron llegar y enmudecieron repentinamente. Carlos saludó y entró en la taberna.

El presidente y los vocales, sentados junto a la mesa del fondo, se levantaron. El Cubano abandonó el mostrador y se acercó a Carlos, la mano tendida. Con la izquierda se quitó de la boca la colilla apagada. Tardó en decir «Buenas noches», como si no supiese decir otra cosa, o como si no pudiese decir lo que quería.

La directiva del sindicato se adelantó también: dijeron lo mismo, hicieron lo mismo que el Cubano. Luego, el presidente acercó una silla a la mesa y pidió a Carlos que se sentase. Vino Carmiña y puso un mantel, un jarro de vino, pescado frito, pan. Después se retiró.

Fuera, los marineros no habían vuelto a cantar.

—Le agradecemos que haya venido. Nosotros no nos atrevíamos... Ya le habrá dicho Clara..., la señorita Clara...

—Era mi obligación, ¿no les parece? No lo hice antes porque desconocía el testamento de doña Mariana; pero esta mañana vino el notario... Voy a leerles lo que les atañe.

El Cubano acercó una lámpara. La mantuvo un poco en alto, mientras Carlos leía. Los directivos adelantaban y retiraban las cabezas, silenciosos, serios. Carlos leyó lentamente; si salía en el texto una palabra abstrusa, la explicaba.

—Esto es todo. Como pueden ver, eran ciertos los rumores. Doña Mariana quiso resolverles a ustedes la papeleta. No puedo decirles que sea, jurídicamente, una donación; pero, prácticamente, lo es.

—¿Y usted? ¿También acepta usted...?

La respuesta de Carlos parecía causarles más ansiedad que la lectura del testamento.

—Yo no puedo oponerme.

—Entonces, ¿usted... va a llevar el negocio?

Carlos agarró del brazo al Cubano.

—¿Cree usted que lo llevaría bien?

—No sé. Claro que sí. Usted sabe más que nosotros.

—De estos achaques, menos que nadie. Estoy seguro de que si yo dirigiese el negocio, les arruinaría. El dinero y yo no nos llevamos bien. Y, como comprenderán, no puedo ni debo arriesgar el pan de tantas familias.

Se echó atrás en la silla y les miró.

—No hay ningún precepto en el testamento que me impida nombrar un apoderado, alguien que entienda de pesca y que sea amigo de ustedes. Quiero decir, alguien que les merezca confianza. Esa persona me sustituirá, y las cosas irán mejor.

Calló, guardó la copia del testamento en el bolsillo.

—Una persona que, al mismo tiempo, merezca también mi confianza. He pensado en Aldán.

El Cubano, los directivos del sindicato, le miraron. El presidente bajó la cabeza. Uno de los vocales cogió un trozo de pan y lo metió en el vino de su

taza. El otro vocal empezó a golpear la mesa con los nudillos. El Cubano no se movió ni apartó la mirada.

—¿Qué? ¿No les gusta?

El Cubano meneó la cabeza.

—Compréndalo, don Carlos. Hizo traición. Nos dejó en la estacada.

—Admito que les haya dejado en la estacada, pero no que sea un traidor.

—Será lo mismo.

—No es lo mismo. Son muchos los motivos que puede tener un hombre para hacer algo aparentemente malo, y de los motivos depende que el hecho sea malo o no. Es evidente que Aldán les abandonó a ustedes en un momento en que le necesitaban. Pero ¿por qué? Yo sé por qué, y les aseguro que cualquiera de ustedes, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—A Juan ya no le quiere la gente —dijo el presidente.

—A Juan le han querido. Yo he estado alguna vez con él entre ustedes, y he visto lo que Juan era y lo que Juan podía.

—Bueno, pero ya se acabó.

—Puede volver a empezar.

El Cubano alzó la palma de la mano y la mantuvo en el aire.

—Mire, don Carlos. Déjeme hablar un poco. No sé si diré tonterías, pero tengo que hablar. Le aseguro que la gente tendría mucha más confianza en la empresa si le viera a usted al frente que si vuelve Juan. Ya ve que se lo digo con franqueza, y lo mismo le digo que nunca esperé que usted fuese a sacrificarse por nosotros, y a estos les he explicado muchas veces que no tenemos derecho a pedírselo. Las cosas, como son. Encuentro razonable que usted se desentienda de todo y nombre un apoderado. Pero ¿por qué Aldán? Las partes son aquí dos. Juan, a usted, le merece confianza; a nosotros, no.

—Yo soy amigo de Juan y lo conozco. Les aseguro que no hay nadie capaz de entregarse a ustedes como él, y de trabajar para ustedes con el desinterés con que él lo haría, de romperse la cara con el lucero del alba por ustedes, y de perder la vida si hace falta. Por eso, porque sé todo esto, y a pesar de la desconfianza de ustedes, insisto en pensar que Juan es el único que puede llevar adelante el asunto.

—Si usted lo manda...

—No nos queda más remedio que hacer lo que usted quiera —dijo el

presidente.

—Pero yo no pretendo hacer nada contra la voluntad de ustedes. Yo no mando, ¡Dios me libre! Solo deseo que lleguen a comprender mi punto de vista y a ponernos de acuerdo.

—Nosotros no podemos decidir nada sin contar con la gente. Somos unos mandados.

—La gente está ahí fuera.

—¿Por qué no les habla usted?

—Yo no debo hacerlo. Son ustedes los que tienen que discutirlo. Vayan, hablesenles. Yo esperaré.

—¿Y si no quieren?

—Entonces buscaremos otra solución, es decir, otra persona.

Los directivos del sindicato se levantaron.

—Me quedaré —dijo el Cubano—. No vamos a dejar solo a don Carlos.

—No importa. Si usted cree que debe salir...

—No, no. Basta que hablen estos.

Salieron los directivos. El Cubano se sentó frente a Carlos.

—Oiga, don Carlos. Yo soy hombre callado. Aunque me maten, no revelaré jamás un secreto. Y a usted le tengo por cabal. Cuando usted insiste tiene que haber una razón...

Se echó atrás la gorra de visera y se rascó la frente.

—Puede usted creerme si le digo que en la vida me llevé un disgusto mayor que cuando Juan nos abandonó. Le quería bien y tenía fe en él. Si usted me contase... Me gustaría volver a quererlo, ¿sabe? No se lo diré a nadie. Claro que si no puede saberse...

Extendió las manos encima de la mesa, con las palmas abiertas.

—Juan era mi amigo. Hubiera hecho por él cualquier cosa. Estuvimos juntos en la cárcel, y allí se conoce bien a las personas. Cuando se fue de aquella manera, sin explicarse, sin justificarse, tuve más disgusto que cuando perdí la pierna.

Cerró los puños.

—Me gustaría que Juan llevase el asunto, claro; él lo haría mejor que nadie. Me gustaría, si fuese el mismo de antes, es decir, si se demostrara que no nos traicionó.

Carlos inclinó la cabeza y se mantuvo así unos instantes.

—Usted sabe que Juan quería mucho a su hermana Inés.

—Sí.

—Escúcheme.

Habló un par de minutos. El Cubano no dejó de mirarle. Carlos habló del padre Ossorio, de Inés, de la escapada a Madrid, de la carta del fraile. El Cubano solo interrumpió una vez, para exclamar: «¡Claro! Si los dejaran casar, no pasarían esas cosas». Y volvió a su silencio.

—Juan no podía, en estas condiciones, dejar sola a su hermana. Me consta que marchó con dolor, a sabiendas de que sería mal juzgado y de que se tendría por traición lo que era, en realidad, un deber penoso e ineludible. Pero él no podía convocarles a ustedes y contarles el mal paso que había dado su hermana. Esto es todo.

El Cubano se levantó, atravesó la estancia y abrió la puerta. Los marineros discutían con el presidente del sindicato. La luz de la taberna iluminaba débilmente a través de la ventana sus rostros airados, decepcionados.

—Callarse un momento —dijo el Cubano.

—¿Pasa algo?

—Sí, pasa —cerró la cristalera y apoyó en ella la espalda—: No quiero meterme en vuestra deliberación. Pero os aseguro que si volviese Aldán sería para mí el de siempre. Y no tengo por qué explicarlo.

Vaciló, le tembló la voz:

—Ahora, allá vosotros.

Entró en la taberna. Carlos, medio vuelto hacia él, le sonreía.

Había tardado mucho tiempo en escribir la carta; había ensayado estilos, desde el irónico y juguetón al dramático y acuciante; la había encabezado de mil maneras —hasta quedar con el «Querido Juan», por el que había empezado—; había iniciado el texto con rodeos y había ido directamente al toro. El primer borrador ocupaba las cuatro carillas de dos folios; el definitivo apenas pasó de cien palabras. Puso la carta en limpio, escribió el sobre, la cerró y selló. Como no valía la pena mandar a aquella hora a la Rucha al correo, la carta quedó encima de una consola. «Mañana, a primera

hora, llevarás esta carta». Cogió un libro y se puso a leer. Le trajeron la cena y siguió leyendo mientras cenaba. La Rucha le preguntó si iba a salir, y dijo que no sabía. Se sentó junto a la chimenea apagada —el hogar limpio y barrido, relucientes los cobres de los trebejos— y dejó el libro a mano, con una señal. Cerró los ojos. Hasta que llamaron a la puerta.

—Está ahí el señorito Cayetano —dijo la Rucha.

Carlos se sobresaltó.

—Lo hice pasar. Espera en el salón.

—Que venga aquí.

Salió la Rucha. Carlos se anudó la corbata, guardó rápidamente lo escrito y retiró el retrato de Germaine. La Rucha abrió la puerta y dejó paso al señorito Cayetano. Vestía de azul mahón y traía la cachimba entre los dientes. Sonreía. Carlos le sonrió también, y Cayetano retiró la pipa de la boca y se la guardó en el bolsillo.

Carlos le preguntó:

—¿Tomarás café?

—Bueno. Si me lo ofreces.

Carlos hizo una señal a la Rucha. Indicó a Cayetano un sillón, pero Cayetano no se sentó. Palmoteó, riendo, el hombro de Carlos.

—Estás completamente loco; estáis todos locos.

—¿Ha funcionado ya tu servicio de espionaje?

—No fue necesario. Todo el pueblo lo sabe. ¡Qué disparate! Nos habíamos librado de Aldán y ahora se te ocurre traerlo justamente del modo en que más daño puede hacer. No a mí, claro, sino a los demás. Ante todo, a los propios pescadores. Te apuesto lo que quieras a que ese negocio de los barcos no dura un año.

—Si te empeñas en que no dure, es posible.

—¿Yo? ¿Empeñarme yo? ¿Para qué? El pandero va a estar en manos de toda garantía.

—¿Y es para decirme esto para lo que has venido?

—No. No valdría la pena. La visita de hoy estaba prevista. El notario estuvo aquí esta mañana...

—Sí.

Cayetano puso las manos en los hombros de Carlos y le miró a los ojos.

—En este momento, Carlos, eres para mí la persona más importante del mundo. Vengo a tratar contigo en la mejor disposición. No quiero que riñamos, y estoy dispuesto a esforzarme por comprender tus puntos de vista. ¿Entendido?

—Menos mal.

Carlos se sentó. Cayetano se arrimó a la chimenea, cogió una figurita de porcelana y la examinó atentamente.

—Es bonito esto, ¿eh? Ya ves. En mi casa tenemos alguna de estas chucherías, pero metidas en una vitrina, para que se puedan ver sin romperlas. Vosotros, en cambio, las usáis a diario.

—Quizá eso solo baste para establecer una diferencia.

—Ya lo creo —replicó Cayetano vivamente—. La diferencia que hay entre los que destruyen lo que no les costó ningún trabajo adquirir, porque lo han heredado, y los que sabemos el valor de las cosas porque las hemos ganado con nuestro trabajo.

—Mejor dirías el precio.

—Y el valor. No sé lo que se puede pagar por esto, pero sé lo que vale. Y sé también que un día cualquiera, al limpiarlo, se le caerá a la criada y se hará mil pedazos. Pero si yo tengo hijos algún día, les enseñaré a respetar lo que tiene valor y a conservarlo.

—En una palabra: si algún día tienes hijos, los educarás de manera que no puedan hacer un disparate equivalente a la cesión de los barcos al sindicato.

Cayetano se encogió de hombros.

—Eso no lo harán jamás mis hijos, aunque no los eduque. Eso no lo hace nadie con sentido de la responsabilidad, Carlos. Yo tengo un negocio, un gran negocio. Me da dinero, me da la satisfacción de ser el amo del pueblo; pero eso mismo, ser el amo, me hace sentirme responsable. Sé que una mala dirección, una mala administración, me arruinarían a mí y arruinarían a todos. En Pueblanueva se come porque yo trabajo más que nadie. Eso lo saben mis amigos y mis enemigos, y ya tenías tiempo de haberte enterado.

Carlos se irguió en el asiento.

—¿Quieres hacerme creer que eres un filántropo?

Cayetano dio un paso en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Luego dijo:

—Hay muchas cosas que no entenderás jamás. Y, sin embargo, el único que podía entenderlas eres tú —sacó la pipa y jugueteó con ella—. No sé si una vez te conté que, cuando niños, cuando yo ya era quien soy y vosotros os acercabais a la ruina, cuando yo tenía un balandro mío y vosotros andabais detrás de mí para que os dejase tripularlo, una vez se nos ocurrió subir a las ruinas del castillo, y no me dejasteis ir porque yo no era un Churruchao. ¿Lo recuerdas? Pues bien: ahora ya os he vencido, y el único a quien no vencí está muerto, y puedo, si quiero, ir a bailar encima de su sepultura. Hace dos días que he comprado el pazo de Aldán, ya lo sabes. No me hace falta ninguna. Lo voy a derribar y a construir allí un sanatorio antituberculoso para mis obreros.

Dio una fuerte patada en el suelo.

—Y esta casa, y estas chucherías, y todo lo que fue de la vieja, también será mío. Inevitablemente —silabeó—. Ya no queda nadie que me haga frente.

—¿Piensas casarte con Germaine? —dijo Carlos, riendo.

—No. —Cayetano apretó los puños y miró al aire con dureza—. Eso, no.

La Rucha entró con el café. Dejó la bandeja en la mesa y salió silenciosa; Carlos sirvió las tazas.

—¿Echas azúcar? ¿Quieres también un poco de coñac?

—Sí. Azúcar y coñac.

Cayetano se sentó. Estuvo silencioso y hosco mientras Carlos buscaba en el armario botella y copas. Tomó un sorbo de café; cogió el coñac, pero no bebió. Balanceaba la copa hasta hacer que el líquido llegase al borde. Una de las veces se derramaron unas gotas sobre la alfombra.

—Perdona.

—No importa.

Dejó la copa encima de la mesa y se alisó el cabello.

—Me gustaría que esa muchacha no viniese nunca a Pueblanueva. Te lo digo francamente. Será difícil que no haya líos por su causa, y yo no los deseo.

—Líos, ¿con quién? Porque yo, ya lo sabes, no estaré aquí. O estaré solo el tiempo indispensable para liquidar la herencia de la vieja.

Cayetano respondió distraído:

—No pensaba ahora en ti, ni siquiera en la francesa.

Calló un instante, miró después a Carlos fijamente. De pronto, sin transiciones, se le había dulcificado la expresión.

—Si no te hubieras puesto de parte de la vieja, hubiéramos podido ser buenos amigos. Pero, te lo aseguro, tu conducta, al llegar, me sorprendió. Te suponía otra clase de hombre, un hombre moderno.

—Lo soy... fuera de Pueblanueva. Intento volver a serlo. Por eso marcharé.

—De todos modos, a ti no te odio. He aprendido a respetar a los hombres como tú. Sé que sois necesarios para cambiar el mundo. Ya ves: sí, cuando viniste, hubieras aceptado mi ofrecimiento...

Carlos intentó interrumpirle, pero Cayetano alzó la mano y le detuvo.

—No digas nada. No pretendía comprarte, como quizá hayas pensado. Después, sí. Pero al principio, no. Quería que comprendieses lo que hice por el pueblo y que me ayudaras.

—¿Te refieres a las muchachas con las que te has acostado?

Cayetano golpeó la mesa con el puño. Tambalearon las copas de coñac.

—¡No seas imbécil, Carlos! ¡Si alguien puede entender por qué lo hice, eres tú!

Se levantó y se acercó a la ventana.

—Doña Mariana tuvo la culpa, pero ya está muerta. Estoy dispuesto a hacer las paces contigo.

Carlos sonrió fríamente.

—¿No influye para nada en tu actitud el hecho de que yo tenga que vender unas acciones que te interesan?

—Es lógico que pretenda que mi negocio sea solo mío.

—¿Nada más que por eso? ¿No existe, además, cierta firma importante que quiere comprar esas acciones?

—Te pagaré el diez por ciento más que ellos. Y te prometo, por mi madre, no estorbar el asunto de los barcos ni ocuparme para nada de tu prima, cuando venga.

—Acabas de decir que por nada del mundo te casarías con ella.

—Casarme, no. Pero ¿te imaginas con qué gusto la metería en mi cama? Os he ido destruyendo, y ese sería el final de la destrucción. Pero renuncio, porque mis astilleros me importan mucho más. Necesito ser su dueño absoluto.

Carlos volvió a reír.

—Esas palabras cuadran muy mal a un socialista.

—Estoy dispuesto a aceptarlo enteramente cuando el socialismo sea una realidad; pero, mientras tanto, mientras los bienes de producción sean de propiedad privada, ¿por qué no he de sentirme dueño de lo mío, de lo que yo he engrandecido con mi esfuerzo?

Se sentó y bebió un poco de coñac. Parecía cansado y abatido.

—Es algo que nunca podrás comprender, porque no tienes nada verdaderamente tuyo, que hayas creado tú, que sostengas con tu esfuerzo diario.

—Tengo una casa que amo. No sabes cómo. Una casa destartalada que me retiene aquí contra mi voluntad; tengo el recuerdo de mi padre, qué me sujeta y, al mismo tiempo, me empuja a marcharme. Y Pueblanueva. También quiero a Pueblanueva, tanto como puedas quererla tú, aunque de otra manera. Porque a mí me gustaría que estos hombres fuesen libres.

Cayetano movió las manos con ademán de desesperación.

—Eres un soñador. Los dejarías ser libres, aunque se muriesen de hambre. Cuando hablas así, cuánto te pareces a Aldán...

—¿Me odias también?

—Te compadezco, porque te empeñas en aferrarte a un mundo que ya no existe. La libertad se ha terminado. La gente quiere vivir mejor, y para eso tiene que renunciar a hacer su real gana, tiene que obedecer. Lenin ya dijo que la libertad era un mito burgués.

Apuró el coñac y se levantó. Carlos jugueteaba con la cucharilla y miraba su copa, intacta.

—Lo dicho, Carlos. El diez por ciento más que esa gente, y la paz entre nosotros. Vete a Vigo y háblales, y elige. Pero no olvides que la ley me da derecho preferente en igualdad de condiciones.

—Entonces, ese diez por ciento, ¿es un regalo?

—No, porque sé que no te lo guardarás, y a los otros no tengo por qué regalarles nada.

Carlos soltó una carcajada.

—¿Has olvidado ya que, según tú, uno de los que van a beneficiarse de ese dinero es tu hermano?

Cayetano frunció los ojos y apretó los puños contra los muslos.

—Sabes que no lo es; y yo también lo sé; pero el secreto quedará entre

nosotros. Es, óyeme bien, la condición de nuestra paz.

VIII

Por la ventana abierta entraba un olor acre de gambas a la plancha, rumor de conversaciones, voces agrias de vendedores y pregoneros. Un sol caliente, crudo, iluminaba las filas de baldosines, rojos y amarillentos, hasta el pie mismo de la casa.

Juan acabó de afeitarse, se puso la corbata y se asomó. Ante las ventanillas de la reventa se habían formado largas colas. Los carteles anunciadores de la primera novillada rompían con sus colores calientes la monotonía ocre de las fachadas.

—¡Tendidos bajos, barreras, andanadas!

Entre la masa oscura brillaban algunos sombreros de paja, prematuros.

—¡Un trece mil!

Juan cerró la ventana, se puso la chaqueta y salió. La criada de la pensión barría el pasillo. Le preguntó por Inés.

—La señorita se ha marchado a eso de las diez.

En el descansillo, Juan sacó tabaco y encendió. La portera, sentada junto a la calle, zurcía un calcetín. A su lado, en el suelo, un crío sucio jugaba con una caja de cartón. La portera, sin levantarse, le dijo:

—Tiene usted carta.

Revolvió en el bolsillo del mandil. Juan recogió el sobre y dio unas perras a la portera.

—También hubo para su hermana. Se la di cuando marchó.

Tuvo que abrirse paso, calle abajo, entre el gentío. Bajó por la carrera de San Jerónimo, por la calle de Sevilla, hasta Alcalá. Llevaba el sobre en la mano, doblado. Compró un periódico en la esquina y lo fue leyendo. Más abajo entró en el café; casi vacío a aquellas horas, dulcemente penumbroso. El

camarero estaba a la puerta. Saludó a Juan.

—¿Lo de siempre?

—Sí.

Juan se sentó junto a una ventana y rasgó el sobre. La carta era de Carlos. La leyó, la releyó, la guardó en el bolsillo, quedó pensativo. El camarero trajo un café con leche y media tostada.

—¿Ha visto usted el discurso de Gil Robles?

—Todavía no.

—Esto va a durar poco. Tienen los días contados.

El café estaba oscuro. Por la puerta del fondo se veía, reluciente, el patio. Venían del piso alto ruido de billares, voces de jugadores. En la calle, frente al café, grupos de gente que discutía y gesticulaba, paseantes estacionados en el borde de la acera, de espaldas a la calzada, prestos al piropo y a la mirada procaz. Una gitana con el churumbel a la cintura vendía décimos de lotería. Por el medio de la calle, entre los automóviles, pasaba un coche de caballos con auriga *à la grande daumont*. Un tranvía renqueante pedía paso con timbrazos fuertes.

—Lo que le digo. Tienen los días contados. Ayer, en el turno de la noche, don Perengano decía...

Don Perengano era un escritor recientemente ingresado en el Partido Comunista. Presidía una peña nocturna en el patio, a la derecha. Juan prefería el café por la mañana, cuando no había gente conocida, cuando se podía entrar y ocupar una mesa sin que, en veinte lugares, veinte personas se preguntasen quién era el pelirrojo de la nariz larga.

—No me importa lo que diga —respondió Juan—. Su solución no nos sirve. La nuestra es el anarquismo.

El camarero movió la cabeza.

—No lo crea. Un socialismo bien administrado sería lo mejor. Yo soy de la UGT.

—Ya.

El camarero se refirió a Prieto y a Largo Caballero, repitió frases y consignas, y empezaba a trazar las líneas generales de su personal utopía, cuando entró Paco Gay en el café. Hizo con la mano visera de los ojos y miró hacia el lugar donde Juan se había sentado. Paco Gay era también gallego y

profesor auxiliar de la universidad.

—¿Qué hay, Juan?

—Lo de siempre.

Gay se acercó y se sentó.

—Un café, Pedro. Con leche, en vaso.

Traía una cartera de cuero, usaba gafas de concha oscura, se cortaba el pelo al rape. Tenía la cabeza grande, dollicocéfala, y los pómulos anchos. Tampoco se atrevía a venir de noche al café, aunque le hubiera gustado que todos le conocieran y poder sentarse aquí y allá, y escuchar a don Fulano y a don Zutano, y contarlo al día siguiente a los chicos, en clase.

—La universidad anda otra vez revuelta. Hoy no entraron.

—¿Y vosotros?

—Los chicos tienen razón, y el día está excelente. En la universidad hace frío, ¿comprendes? Hemos marchado todos.

Paco Gay llevaba tiempo en Madrid y se había acostumbrado a usar el pretérito perfecto en vez del indefinido.

—¿Sabes algo de la tierra?

—También allí hace buen tiempo.

—No me faltan ganas de ir; pero hasta el verano... Y quizá tampoco en el verano. Si me dan esa Lectoría en Francfort, me marcharé.

—Yo podría irme en seguida. Me ofrecen un cargo interesante. Algo que, hace tres meses, me hubiera hecho feliz.

—¿Ahora no?

—No sé.

Contó a Gay lo que le proponía Deza. Describió la situación en Pueblanueva y, por encima, su propia actuación.

—¿Quién es ese Deza?

—Uno de allá. Algo pariente mío. —Juan engoló la voz y dio gravedad al movimiento de sus manos—. Es psiquiatra y estudió en Viena con Freud. Un tipo estupendo, ¿sabes? Entiende de literatura y de filosofía, lo que se dice un hombre culto y agudo.

Gay le escuchaba estupefacto.

—¿Con Freud! ¿Y está en Pueblanueva?

—Ya ves. Lleva unos meses y sin trazas de marcharse. Quizá haya tenido

un lío sentimental.

—A nosotros, si nos coge la tierra, nos deshace. ¡Y esas mujeres! Con una mujer por medio no hay quien arranque.

—Por eso me da miedo aceptar. Lo de los barcos fue cosa mía. Eran de una vieja rica que no entendía el negocio. La gente pasa hambre. Se me ocurrió hacer una experiencia de explotación sindical.

—¿Y has tenido que marchar?

—Sí.

—En esta situación, la Guardia Civil estaría de parte del capital.

—Aquello no es nada claro socialmente. El mayor propietario, el amo del pueblo, el verdadero tirano, es socialista.

Gay entornó los ojos y sonrió.

—Esas cosas solo pasan en España.

El camarero trajo el café con leche, en vaso. Llegaron dos contertulios más: un periodista, que venía de las Cortes, y un sujeto gordo, ordinario, que vendía libros y colaboraba en *Claridad*. El periodista empezó a contar lo que había oído en los corrillos. El de los libros dijo:

—La mayor responsabilidad de este Gobierno estúpido se refiere al incremento del fascismo. Mucho decir Gil Robles que él no lo es, pero, a su capa, el fascismo prospera. Tengo noticias de Valladolid.

A Juan, aquella mañana, no le interesaba la política. Parecía escuchar, pero por su memoria andaban los recuerdos de Pueblanueva.

—Únicamente se sacará algo en limpio si las izquierdas dejan a un lado sus diferencias y se unen contra el enemigo común. El defecto de los españoles es su falta de unidad. Todos queremos ser cabezas, nadie acepta una disciplina. Los únicos con sentido político son los comunistas, y eso porque los dirigen desde fuera.

—Eso se viene diciendo hace lo menos un siglo.

—Pues habrá que repetirlo hasta que nos demos cuenta de que es la única verdad que importa.

A aquellas horas, con buen tiempo, en Pueblanueva resplandecería el aire. En las mañanas claras de primavera, las casas se reflejaban en el agua, temblaban rítmicamente sus imágenes, movidas por las olas mansas. A veces, restos de la niebla nocturna, jirones blanquísimos, se demoraban sobre las

olas y velaban los reflejos. Era hermoso, y en alguna ocasión había intentado ponerlo en verso.

—Pues los fascistas nos dan ejemplo de unión y disciplina.

—¡Quiá! También andan a la greña. Todos quieren ser jefes.

Inés llegó pasado el mediodía. Vestía una falda gris, una camisa blanca y, sobre los hombros, llevaba una chaquetilla negra. Estaba muy bonita, y la gravedad, la sonrisa contenida, la quietud de sus manos, ayudaban a componer una imagen elegante y tranquila. Solía recoger a Juan en el café. Cuando llegaba, se sosegaban las conversaciones y dejaban de oírse los tacos con que el vendedor de libros y colaborador de *Claridad* reforzaba la energía de sus afirmaciones. Se levantaron todos.

—Aquí, Inés.

—Siéntate aquí.

Ella les sonrió.

—No puedo. Tenemos prisa. ¿Verdad, Juan?

Juan asintió.

—¿Por qué no tomas un vermut? —le dijo Gay—. Yo te convido.

—No, gracias. Tenemos prisa.

Juan pagaba ya su café. Los otros se sentaron, menos Gay.

—Ya sé que, a lo mejor, os vais. Juan me ha leído una carta.

Inés se encogió de hombros.

—Me gustaría que os quedaseis. Al menos, tú.

—Yo no tengo que hacer en este mundo más que ir a donde vaya mi hermano.

—¿Es que no tienes derecho a tu vida propia?

—De momento, mi vida es esa.

Juan se puso la gabardina y el sombrero.

—Vámonos ya. Hasta la noche, Paco.

—Tráete a Inés contigo.

Salieron. Juan la cogió del brazo y se abrieron paso entre la gente de los corrillos. El sol empezaba a iluminar el borde de la acera.

A la altura del Ministerio de Instrucción Pública, Juan dijo:

—Tuve carta de Carlos.

—Yo, de Clara.

—¿Te dice lo de los barcos?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Lo que tú quieras.

—¿Para hablar de esto tenías tanta prisa?

—Para saber lo que decides.

—Por ahora, nada.

—Tendrás que pensarlo bien.

—Hay muchas razones para marchar, pero también para quedarse. Con el dinero que nos tocó de la casa podemos vivir un par de años.

Después de comer, Inés dijo que fuesen a su habitación, pero Juan prefirió marchar a un café.

Se metieron en uno, cerca de la Puerta del Sol, donde nadie les conocía. Había mucha gente. En una parte alta, contra la barandilla de una tarima, se apoyaba, enfundado, un violonchelo, y el piano se cubría de una tela azul ribeteada de blanco. Los camareros hacían sus pedidos en voz baja, y nadie metía ruido. Debían de ser clientes habituales y acostumbrados al silencio de los conciertos cafeteriles. Inés, al sentarse, arrastró una silla, y la miraron, airados, de tres o cuatro lugares.

Se sentó junto a su hermano en el diván.

—Esta mañana estuve viendo pisos —dijo—. Encontré uno de tres habitaciones, muy arreglado.

—¿En el centro?

—En Alberto Aguilera. Interior, con muy buena luz. No queda lejos y está bien comunicado. También fui a una casa de muebles. Con mil pesetas podremos comprar lo indispensable. La ropa, aparte, claro, y lo de la cocina. Unos cien duros más.

—¿No te parece bien lo de Pueblanueva?

—Eso depende de ti. Ya te lo dije.

—Pero ¿no me aconsejas?

—No entiendo de eso.

Juan sirvió un vaso de agua y lo bebió. Se acercó el camarero; Juan

encargó dos cafés y una copa de coñac.

—A ti te pretende Gay, ¿verdad?

—Sí.

—Es un excelente muchacho y será catedrático de universidad, seguramente.

—Eso no me importa.

—¿Te gusta?

—No más que cualquier otro.

—Es que, si te gusta Gay, no se vuelve a hablar de lo de Pueblanueva.

—Nunca he pensado en separarme de ti.

Habían llegado los músicos. Dos hombres, gordo uno de ellos, y una mujer. Subidos a la tarima, desenfundaban los instrumentos. El flaco bebía el café traído por un mozo.

—Te habrás fijado en que Carlos dice que nadie comentó tu marcha. Suponen que te fuiste al convento.

—Ahora podrían suponer que el convento no me sentaba y que salí.

—Es decir, que por tu parte...

Inés le cogió la mano.

—¿Tú quieres irte, Juan? Porque si quieres irte...

—Lo bueno del caso es que no estoy seguro.

—Lo de los barcos fue tu ilusión.

—Ya no lo es tanto.

El músico templaba el violonchelo; la mujer, con el violín en la mano, miraba a Inés con insistencia. Había cesado todo rumor. Juan bajó la voz y habló muy cerca del oído de su hermana:

—No me tengas por veleidoso. Estábamos en Pueblanueva, la gente nos era hostil, había que pelear. Conseguir aquello hubiera sido definitivo, pero conseguido por mí. Yo sabía que la vieja no había de ceder tan fácilmente. Hubiéramos planteado una huelga, la hubiéramos ganado. Ahora se ha logrado sin esfuerzo.

—Y ya no estamos en Pueblanueva.

—Eso.

El pianista empezó a tocar los primeros compases de una obertura, *La viuda alegre*, arreglada para piano, violín y chelo; entró el violín y, en

seguida, el violonchelo. La violinista miraba a Inés de vez en cuando. Alguien hablaba en alto. Le chistaron desde un rincón:

—¡Silencio!

Juan dijo:

—Aquí, en Madrid, tengo con quién hablar. Los del café me respetan y me escuchan. Leo libros, estoy al corriente de lo que pasa en el mundo y no pienso para nada en Cayetano Salgado. Me gusta Pueblanueva, pero la gente... Aunque, claro, ahora no sería lo mismo. Tenemos dinero, y allí nos duraría más que aquí.

—Te darían un sueldo.

—¿Un sueldo? ¡De ninguna manera! Trabajaría gratis, ¡no faltaba más! ¡Para que luego dijiesen en el casino que chupábamos la sangre de los trabajadores!

—Aquí también puedes encontrar empleo.

—También. Pero sin prisas. Si nos quedamos aquí...

Inés le interrumpió:

—¿No has pensado nunca en el extranjero?

—No.

—Yo lo he pensado muchas veces. A la Argentina, por ejemplo. Allí las modistas están muy bien pagadas.

—¿A la Argentina?

Se acercó el camarero con los cafés y el coñac, y lo dejó todo sobre la mesa, silenciosamente. La orquesta había llegado al vals, y un centenar de cabezas llevaba el ritmo balanceándose. Inés rompió el papel del azúcar, puso un terrón a Juan, dos a ella. Juan se sacudió de la solapa un poco de ceniza y acercó su taza.

—Me gusta más París. Ahora que todo lo de Pueblanueva se ha olvidado, solo recuerdo que, en un tiempo, quise ser escritor. Anoche, cuando llegué a casa, estaba desvelado y me puse a leer papeles viejos, los que escribía allá. No están mal, ¿sabes? Yo tengo talento. Debo ponerme a escribir, pero en castellano, no en gallego. Gay me dijo el otro día que escribir en gallego es condenarse al anonimato. Un año en París, poniéndose al día, y volver después y escribir en los periódicos. Podría también hacerlo ahora... Me han hablado de colaborar en la *Solidaridad* de Barcelona. Ellos necesitan gente de un nivel

superior al de los obreros, gente culta. No he dicho que sí todavía... Tendría que prepararme antes...

—¿Fue Gay el que te lo ofreció?

—No. Gay es socialista. Cuando le hablo del anarquismo se ríe.

—¿Gay tampoco cree en Dios?

Juan se encogió de hombros.

—No sé. Quizá no.

Quedaron callados. El trío remató la obertura. Le aplaudieron. La violinista, con el instrumento bajo el brazo y el arco en la mano, inclinaba la cabeza.

—De todos modos, no hay que precipitarse —dijo Juan.

Inés cerró los ojos.

—El piso de Alberto Aguilera es muy bonito. Interior, pero le da el sol. Tiene un balcón a un patio. Creo que me sería fácil encontrar clientela entre la vecindad.

Cesaron los aplausos. El pianista descendió de la tarima y ayudó a la violinista a que bajase. El del violonchelo quedó arriba, sentado, liando un cigarrillo. Sujetaba el instrumento entre las rodillas y el arco bajo el sobaco. Era un hombrecillo calvo, bonachón.

Después de cenar, Juan dijo que no le apetecía salir. Se metió en su cuarto y entreabrió la ventana. La calle estaba silenciosa. Permaneció unos minutos acodado, mirando a un gato que jugaba en el portal de enfrente; un gato negro, gordo, aristocrático, de movimientos lentos y seguros. Jugaba con un burujo de papel. Hasta que una mujer salió a cerrar el portal. Llamó al gato, y el gato entró tranquilamente. Quedó el burujo al borde de la acera, junto a un montón de desperdicios. Entró la portera y salió a poco con el cajón del polvo: lo volcó y golpeó luego contra el suelo. Juan, entonces, cerró la ventana. Se sentó ante la mesa y empezó a leer sus cuartillas.

Al poco tiempo entró la criada a decirle que el señor Gay le esperaba.

—Que pase aquí.

Gay traía una gabardina puesta y sonreía.

—Iba a dar una vuelta y se me ocurrió pasar a recogeros.

—No me encuentro muy bien. Además, tenía ganas de escribir.

Gay se sentó al borde de la cama y sacó tabaco.

—¿Cuándo vas a leerme algo? —tendió a Juan el paquete de cigarrillos. Juan, sin levantarse, alargó la mano y cogió uno.

—Está en gallego, ya lo sabes —dijo Juan.

—Lo entiendo...

—De todos modos...

Juan le pasó un montón de cuartillas manuscritas y encendió el pitillo.

—Es el poema cosmogónico del que te hablé. Quiero contar la formación del mundo sin participación de Dios. En este pasaje —arrebato a Gay las cuartillas que acababa de entregarle— describo la oquedad del cielo, el vacío del infinito. Las energías dispersas, ante la urgencia de la creación, se preguntan si necesitan un Creador, y lo buscan, lo llaman, pero el Creador no responde porque no existe. Entonces, ellas se deciden a ser creadoras. Es un pasaje largo.

Tendió a Gay unas cuartillas escogidas. Gay empezó a leer.

—Es bonito esto.

Mientras Gay leía, Juan espiaba su rostro, sus ojos.

—Lucrecio, al menos, cantó a Venus creadora —dijo Gay al devolvérselas.

—Yo, ni eso.

—Es una clase de poesía que ahora no se usa.

—Por falta de alientos. Yo mismo no sé si los tendré para acabar el poema; los tuve, pero las cosas vinieron mal. Ahora puedo recobrarlos. Por eso me pregunto si haré más servicio a la humanidad con mi poesía o dedicándome a la política. Ya ves: la humanidad necesita de vez en cuando que se le diga la verdad en verso, que se le diga con pasión y poesía. Pero esta es una verdad terrible, y Dios, en cambio, es una mentira esperanzadora. A veces pienso que los hombres no están maduros para el ateísmo y que decirles la verdad es hacerles daño. Mi poema lo hará, indudablemente, a algunos, pero si me hago cargo de ese asunto de Pueblanueva, puedo hacer mucho bien. Estoy perplejo.

—Un comunista te diría: acepta lo de Pueblanueva, porque el mundo hay que modificarlo por la acción, no por la poesía.

—Pero tú no eres comunista.

—No.

Juan ordenó las cuartillas y las volvió a la carpeta.

—Dime, Gay: tú, ¿qué eres?

Gay se encogió de hombros.

—Un poco de todo y nada en concreto. En eso de Dios, tampoco estoy seguro, pero no me preocupo. Si existe, ya me valdrá lo mucho que mi madre reza por mí.

—Pero hay que tomar una decisión. En los tiempos que corren es una exigencia moral. Hace cuatro años cuando vino la República, se puso de moda una frase: «Hay que definirse». No sé si sigue o no de moda, pero no ha perdido vigencia.

Gay rectificó su postura en el borde de la cama; se echó un poco adentro; cruzó las piernas y buscó apoyo para la espalda.

—Yo no sería capaz de plantearme ese problema que tú te planteas, si serviré mejor a la humanidad dedicándome a la política o ganando unas oposiciones a cátedras. Por las dudas, voy a ver si gano las oposiciones.

—Pero eres republicano.

—Eso lo es todo el mundo.

—Los intelectuales —dijo Juan con cierta solemnidad— tenemos una obligación...

Le interrumpió una llamada en la puerta. Entró la criada.

—La señorita dice que, si no se ha acostado, que vaya a verla.

A Gay le resplandecieron los ojos. Arrojó el cigarrillo a un rincón.

—¿Está en casa Inés? Yo creí...

—Dígale que está aquí el señor Gay y que si podemos ir los dos.

Gay saltó de la cama.

—A lo mejor, le gustaría salir un poco conmigo.

—Díselo —le echó una mano por el hombro y lo empujó hacia la puerta. Luego repitió—: Díselo. Probablemente le gustará dar un paseo.

Habían llegado hasta el convento de la Encarnación. Estaba oscuro y silencioso. Inés se detuvo.

—¿Por qué me traes aquí?

—Es una parte muy bonita de Madrid, que quizá no conozcas.

—Me da miedo. Vámonos.

—La plaza de Oriente queda aquí mismo, a un paso. Podemos llegar hasta allí.

—No importa.

Parecía inquieta. Gay la cogió del brazo y se volvieron. Pasó un coche de caballos, una berlina cerrada, de alquiler, con el letrero de «Libre» levantado. Gay sintió la tentación de detenerla, de meterse en ella con Inés, pero no se atrevió. Atravesaron la plaza de la ópera y entraron en un café frente al teatro. Gay ayudó a Inés a quitarse el abrigo.

—Perdona, pero tenía ganas de estar a solas contigo.

—¿Para qué?

Gay vaciló.

—Para hablar.

Se sentaron juntos. Inés recogió las manos y las cruzó sobre el regazo.

—Aquí podemos hacerlo.

—No es lo mismo. Hay gente, y soy bastante tímido. Ya lo habrás notado.

—¿Qué quieres decirme?

—Que si te parece bien salir conmigo... algunas veces. Ir al cine, o a merendar, o a dar un paseo, como hoy. Aunque trabajo mucho, tengo a veces un rato libre y me gustaría pasarlo contigo.

—¿Para qué? Te aburrirás. Soy de pocas palabras, ya lo sabes.

—Eso no importa. Yo, cuando tengo confianza, hablo bastante. Y estoy solo en Madrid, sin nadie a quien contar mis cosas. Porque también tengo problemas.

—¿También?

—No como los de tu hermano, claro. Soy de otra manera. Pero no todo marcha, y a mí me gustaría que alguien se interesase...

—¿Por qué yo?

—Inés, porque...

Gay bajó la cabeza.

—Estoy bien contigo. Me da la impresión de que eres buena, y...

—No soy buena.

Gay la miró bruscamente, asustado. Se apartó un poco.

—Hay alguien a quien mataría, si pudiera —continuó Inés—. Supongo que eso no es ser buena.

Gay se echó a reír.

—Creí que tu maldad era de otra clase. Todos mataríamos a alguien, estoy seguro. Al que más y al que menos nos han hecho daño. Mira: hay un punto en la universidad, uno de derechas, que desde hace dos años me viene haciendo la sombra. Me birló el premio extraordinario de doctorado, me ganó unas oposiciones a auxiliar de la Facultad. Y no es que valga más que yo, sino que es más hábil. Cuando se encuentra conmigo, me mira con tal aire de superioridad y me sonrío con tal impertinencia que le echaría las manos al cuello hasta estrangularlo.

—He aguantado muchas sonrisas así en la vida.

Gay la miró con simpatía, se acercó un poco a ella, aproximó una mano a la de Inés, pero la retiró en seguida.

—Inés, ¿a ti te engañó algún hombre?

Se apartó. Inés le miraba a los ojos con frialdad.

—Más bien me engañé yo.

—Pero ¿te abandonó? Quiero decir..., ya me entiendes.

Inés movió la cabeza, sin dejar de mirarle fijamente. Gay esquivó la mirada.

—¿Le quieres... todavía?

—No.

—Entonces, podrás querer a otro. Digo yo...

Inés se encogió de hombros.

—¿No te has dado cuenta de que vivo para mi hermano? Es lo único que me importa en el mundo. Y no quiero que vuelva a Pueblanueva. Aquí es más feliz.

—Y porque lo sea, ¿te sientes capaz de sacrificar tu vida?

—Naturalmente. Pero no me cuesta sacrificio.

—No lo entiendo. Una mujer de tu edad y tan bonita como tú... —Gay enrojeció—, lo natural es que... En fin..., ya me entiendes.

—Sí; pero tú a nosotros, no. Tendrías que saber muchas cosas. No estaré nunca tan unida a nadie como a mi hermano, y no deseo estarlo.

Hablaba con dureza tajante, sin mirar a Gay. Él intentó otra vez aproximarse un poco y habló suave, dulcemente:

—Me gustaría casarme contigo, Inés. A pesar de todo.

—No pienses en eso.

—Tengo la impresión de que a tu hermano no le disgustaría. Cuando esta noche le pregunté si podría salir contigo, sonrió y me dio facilidades. A lo mejor se siente un poco prisionero en tu compañía, se siente obligado a ti. Si te casaras, sería mejor para él.

—Aun así...

—Conozco muchos hombres que se han frustrado, humanamente quiero decir, por una madre o una hermana a las que querían demasiado. Un hombre necesita, en ciertas ocasiones, ser absolutamente libre. Y Juan también lo necesitará, más que otro, probablemente. Sabes que Juan es anarquista. Cualquiera día de estos se armará una gorda en España, y a Juan le tocará actuar. No es lo mismo hacer poesías que pegar tiros. ¿Y cómo va a hacerlo, si es la única persona que tienes en el mundo?

—Juan me necesita —dijo Inés con calor, con la vista perdida en el fondo del café—. Tengo que trabajar para él, ¿comprendes? Juan no sabe vivir, no supo nunca. Esta mañana, al hablar de lo de Pueblanueva, le pregunté si le darían un sueldo, y él me respondió que no lo aceptaría. Después le pregunté si pensaba buscar algún empleo en Madrid; me dijo que sí, pero sin prisa. Fue una disculpa. Él no sabe pedir. En cuanto a eso que dices, yo no le estorbaré jamás. Sé defenderme sola.

Gay metió las manos en los bolsillos, bajó la cabeza, hundió los hombros.

—Es monstruoso —susurró—. Y, sin embargo, ya ves, tu hermano me es simpático y lo quiero bien. Pero yo sería incapaz de permitir que una mujer trabajase para mí. No sé, no me atrevería a salir a la calle.

—De momento, nadie trabaja para Juan. Vivimos de nuestro dinero.

—¿Sois ricos?

—Hemos vendido la casa que teníamos, un pazo.

Gay se sobresaltó.

—¿Sois gente de pazo? Ahora empiezo a comprender...

Levantó la cabeza lentamente. Miró a Inés a hurtadillas, con interés, con algo de admiración.

—... que quieras matar a un hombre y todo lo demás. Y comprendo también a tu hermano.

—Tienes que ayudarme a convencerle, ¿comprendes? Saldré contigo cuando quieras. Porque si él se va, me iré yo también, y así...

Se interrumpió, volvió el rostro hacia Gay y, repentinamente, le cogió una mano.

—Dime: ¿crees en Dios?

—¿Por qué?

—Porque de los que creen en Dios no me fio.

La pensión estaba silenciosa. Inés avanzó a tientas por el pasillo. Al abrir su habitación vio una rendija de luz bajo la puerta de Juan. Se acercó y llamó:

—Soy yo, Juan.

Entró. Juan estaba sentado ante la mesa, vuelto a medias hacia la puerta. Tenía ante sí un montón de papeles y un lápiz. Se había quitado la corbata, y el pelo revuelto le caía sobre la frente.

—Hola.

Llegó hasta él, le acarició la cabeza, le arregló el pelo.

—¿Qué tal lo has pasado con Gay?

—Bien.

—Yo he intentado trabajar. ¡Hace tanto tiempo que tengo esto abandonado! Encontrar, al cabo de dos años, una obra incompleta es como tropezarse con una persona a la que no se ve hace tiempo. Siempre da sorpresas.

—¿Serás capaz de seguir?

—Creo que sí.

Inés se apoyó en la mesa, muy cerca de su hermano.

—Juan, Gay me dijo que le gustaría casarse conmigo.

—¿Y tú?

Inés cerró los ojos.

—¿Quién sabe?

Juan le cogió las manos.

—¡Esto me alegra, caramba! ¡No sabes cómo me alegra!

—¿Por qué, Juan?

Juan dejó de sonreír.

—Es lo natural. Siempre pensé que deberías casarte. Es el destino natural de una mujer. Recuerda, hace meses, cuando llegó Carlos a Pueblanueva. Claro que entonces tenías otros proyectos.

Inés se apartó de la mesa, dio unos pasos hacia el rincón y habló de espaldas.

—¿No piensas que sería un estorbo para ti? ¿Que acabaría por hacerte daño si sigo soltera? Hay hombres que fracasan por una madre o una hermana a la que quieren demasiado... o que le quieren a él demasiado.

Juan se levantó y fue hacia ella. Se arrimó a la pared y atrajo a Inés hacia sí. Inés le echó los brazos, cruzó las manos detrás de la nuca de Juan. Este dijo:

—Nunca lo he pensado. Tú no me estorbarías nunca. Y no quiero que lo pienses. Pero si Gay te gusta, sal con él, y cuando quieras, te casas. Por cierto que... —apartó la mirada— tu dinero. Hay que guardar para ti la mitad del dinero. Te hará falta para el ajuar y esas cosas... Con el mío podremos arreglarnos, ¿verdad? Tendré que buscarme algo por ahí, aceptar esas colaboraciones para ayudarnos. No será difícil.

—¿Renuncias a lo de Pueblanueva?

Juan sonrió, se soltó de ella y volvió a la mesa.

—¡Claro! Si tú y Gay... Y aunque no fuese así. Lo he estado pensando. Es mejor que se encargue a otra persona sin compromisos. Yo, a lo mejor, acabaría por perjudicar a los propios interesados. Pensándolo bien, entender de negocios de pesca, lo que se dice entender, no entiendo. Quizá de una manera teórica. Pero una cosa es planear y otra llevar los planes a cabo. ¿No lo encuentras razonable?

Inés se acercó y volvió a acariciarle la cabeza.

—Me voy a dormir. Piénsalo y no te decidas hasta mañana.

Le dio un beso en la frente y salió. Abrió silenciosamente la puerta de su habitación, encendió la luz. El armario estaba entreabierto. Lo cerró, se arrimó a la cómoda y se miró al espejo de tres lunas: un espejo pequeño, con marcos de caoba; se miró a los ojos con el gesto sombrío y decidido. Después empezó a desnudarse.

«Querido Carlos: ¿Qué quieres que te diga? A pesar de todas tus seguridades, ni Inés ni yo creemos conveniente volver a Pueblanueva. Ella no es demasiado explícita en sus razones, pero la comprendo y espero que tú la comprenderás también. En cuanto a mí, me daría mucha vergüenza comparecer ante esos camaradas por los que tanto trabajé, pero a los que abandoné en un momento decisivo. Nunca me creería perdonado, porque, en el fondo, creo que no deben perdonarme. Sin embargo, aquí sigo peleando por ellos, pero en otro frente. Un día de estos empezaré a escribir en la *Solidaridad*, que, como sabes, es el diario de la CNT en Barcelona. Si llega ahí, ya veréis mi firma. También tengo a la vista colaboraciones y trabajos de la misma índole, que probablemente me permitirán algún día presentarme con la frente alta ante mis antiguos compañeros de lucha, los pescadores de Pueblanueva, a los que desde aquí saludo.

»Me doy cuenta de que mi negativa te traerá, momentáneamente, dificultades, pero quizá yo mismo pueda ayudarte a resolverlas. ¿No has pensado que el Cubano sería el mejor apoderado de esa empresa con la que tantas veces soñé? A su honradez, a su entusiasmo por la causa de los oprimidos, une una serie de excelentes cualidades, como la práctica de su negocio, la confianza de los pescadores, la reputación en el pueblo. Habla con él.

»Inés está muy bien. Dentro de pocos días nos mudaremos de la pensión a un piso que vamos a alquilar. Ya te mandaré la dirección.

Aldán.

»P. D. He vuelto a trabajar en mi poema cosmogónico. Poco a poco vuelvo a ser el que fui, como si saliera de un largo sueño. Me han convencido de que lo escriba en castellano. ¡No sabes lo difícil que resulta esta especie de traducción de mí mismo en que estoy metido! Pero, créeme, mis versos castellanos resultan excepcionalmente musicales. Estoy contento.»

—Por mí me alegro —dijo Clara—; pero por ellos, no. A Juan le vendría muy bien acostumbrarse a trabajar todos los días.

Se habían ido los albañiles. Las paredes ya estaban encaladas, y los pisos, puestos. Faltaban el arreglo de la cocina y algún trabajo de carpintería.

Carlos y Clara, arrimados a los quicios de la puerta, miraban la plaza. El sol iluminaba las torres de Santa María, que parecían de oro viejo. En la plaza unos chiquillos se perseguían, saltaban por encima de las tablas y los tablones puestos allí para levantar un andamiaje, gritaban, corrían.

—Quizá sea mejor así —dijo Carlos—. Me disgustaría mucho el fracaso de Juan.

—¿Tan seguro estás de que fracasaría?

—No; pero no me gustaría que se hundiese el negocio en mis manos o en las tuyas.

—En el fondo, estás convencido de que es un disparate.

—Quizá.

—En cualquier caso, tú quedas bien. Juan te estará agradecido.

Los chiquillos, en sus juegos, se metieron en los soportales. Uno de ellos llegó corriendo, tropezó con Clara, rio y se alejó.

—Bueno, voy a echar un vistazo a esto. ¿Verdad que queda bonito? Estoy decidida a mudarme. Me han dicho que el lunes. Porque los carpinteros no me estorbarán.

Sacudió un cascote que había quedado en el suelo.

—Esta mañana estuvo a verme un viajante. De parte de aquel tipo de Santiago que tanto me miraba las piernas. Ya le hice el pedido. Pasa de veinte mil pesetas. Me dijo que lo mejor sería pagar la mitad al recibir los géneros y la otra mitad a plazos. En letras, ya sabes. De todas maneras, tendrás que ayudarme.

—Si estoy aquí.

—¿Cuándo viene la francesa?

Carlos tardó en responderle.

—Le escribí hace días, le mandé la copia del testamento. Espero que vendrá en seguida.

—Tengo ganas de verla —miró a Carlos—. ¿Y tú?

Carlos hizo un gesto de indiferencia.

—Me es igual. Lo que deseo es despacharlo todo pronto. Me viene demasiado ancha y demasiado pesada esa carga de administrar la herencia.

—Y la Galana, ¿cuándo se casa?

—Dentro de quince días.

—Iré a la boda, ¿sabes? Siento verdadera curiosidad por ver la cara que pones de padrino.

Se oyeron, lejanos, los bocinazos de un coche y el ruido de un motor. De las tabernas, de las tiendas, salieron mujeres, mozalbetes. Formaron grupo ante la estación del autobús, hablaban a voces. Los bocinazos se repitieron más cerca, y el autobús pasó ante la iglesia.

—Me estoy acordando de mi llegada a Pueblanueva —dijo Carlos—. Fue por la mañana, un día de mercado. Llovía mucho. La Galana y su madre venían a mi lado, y Rosario me tapó con su mantón.

Clara no le escuchaba. Se había alejado unos pasos y hablaba con una mujer.

—Espera un momento, Carlos.

El autobús se detuvo. Clara cogió del brazo a la mujer y la metió en la casa. Empezó a explicarle cómo iba a ser la tienda. Después la mujer se fue.

—Conviene que se vayan enterando —dijo Clara—. ¿Sabes qué me preguntó? Que cómo una señorita de mi clase iba a poner una tienda. Entonces le respondí si encontraba mejor que me muriese de hambre. Se tuvo que callar.

Unos mozos empezaron a descargar el autobús. Pasó el cartero, cargado del saco de la correspondencia. Dijo: «Buenas tardes». Detrás de él llegó un chico con un paquete: una caja bastante grande, achatada.

—Don Carlos, que traen esto para usted.

Entregó el paquete y quedó esperando. Carlos le dio unas perras.

—Es tu traje, Carlos. Tu traje nuevo. ¿O es que ya lo habías olvidado? Mira, en la caja tiene la marca del sastre:

POZAS E HIJOS

Sastrería eclesiástica y civil

—Anda. Vete a casa y pónelo. Tengo ya ganas de verte con él. Yo, mientras, cerraré esto. Ve a buscarme a la lonja.

Carlos se sintió alegre. Corrió, calle abajo, con el paquete bajo el brazo. A la puerta del casino estaba don Baldomero.

—Don Carlos, ¡que no se le ve el pelo hace unos días! Ya creí que se había marchado sin despedirse.

—Luego vendré por aquí.

—Tenemos que hablar, don Carlos. No deje de venir.

El portal de la casa de doña Mariana estaba oscuro; pero Carlos advirtió en un rincón el bulto de alguien sentado, quizá dormido. Se acercó y reconoció a Paquito el Relojero. Le alzó la cabeza. El Relojero entreabrió lo ojos y los volvió a cerrar. Olía a aguardiente.

La Rucha hija le explicó:

—Llegó nada más marcharse usted. Quería entrar en la casa, pero yo no lo permití sin permiso del señor. Entonces se fue a la taberna y no volvió hasta que tuvo la mona cogida.

—Llévalo a una cama y acostadlo.

La Rucha hizo aspavientos.

—¡Ay, señor! ¿Cómo vamos a acostarlo nosotras? Ni mi madre ni yo podemos con su cuerpo.

—Buscad quien os ayude. No vamos a dejarlo ahí toda la noche.

Subió a su cuarto y se cambió. Halló, en el espejo, su facha transformada, casi atractiva. Hizo un esfuerzo por no mirarse, sino solo por mirar a aquel sujeto que aparecía en el espejo; dictaminó que la figura, así vestida, y con camisa y corbata nueva, tenía clase, aquello mismo que había descubierto en la de doña Mariana, nada más verla, el día de su llegada.

—Le hubiera gustado así, tan elegante.

Se quitó la chaqueta, pero cambió de opinión y volvió a ponérsela. En el fondo de la casa se oían voces agudas, chillonas: los insultos de las Ruchas al cuerpo inerte del Relojero. Con la gabardina al hombro Carlos se echó a la calle. Encontró a Clara junto a la lonja. Traía en la mano un paquete pequeño.

—A ver, quítate la gabardina. ¡Pareces otro!

Acarició la pana de la chaqueta.

—Ya verás cómo la Galana presume más de padrino que de marido. Y a propósito: acaban de decirme en la lonja que has regalado a la Galana la casa donde vive.

Carlos miró hacia el fondo de la ría.

—Sí.

—Pues sí que pagas bien a tus queridas, hijo. Ni Cayetano es tan rumboso.

—Las mujeres no entenderéis jamás por qué los hombres hacemos esas cosas.

—Ya.

De pronto, Clara echó a correr, sin decir adiós, sin volver la cabeza. Se perdió, calle arriba, en la sombra. Carlos quedó quieto, sorprendido. La siguió con la mirada, y cuando ella desapareció, siguió mirando.

El jolgorio de la lonja se apagaba. Las últimas pescadoras recogían sus cestos. Empezó a rugir un motor, y un camión colorado pasó, con los faros encendidos, por su lado. Carlos se apartó y, sin prisa, se dirigió al casino. Entró sin quitarse la gabardina. El salón estaba vacío, pero se oían voces en la sala de juego.

Dejó la gabardina en el perchero y se acercó a la mesa del tresillo. Don Baldomero y el juez discutían a gritos una jugada. Carlos dijo: «Buenas noches», y nadie le contestó. Solo Cubeiro, que acababa de ganar gracias a la torpeza del juez, le hizo señal de saludo con una mano y le sonrió.

Buscó un asiento y esperó a que se calmase la trifulca.

—Pues si está dormido, váyase a la cama.

El rostro de don Baldomero se había puesto colorado. El juez recogía cartas y seguía disculpándose.

—Como usted comprenderá, nadie puede averiguar...

—Con la disputa —dijo Cubeiro— no han echado de ver que don Carlos se ha hecho un traje.

Se volvieron hacia él.

—¡Hombre, don Carlos, ya iba siendo hora! ¡A ver, póngase en pie!

Fue examinado a conciencia. Tuvo que enseñar el marbete del sastre. Don Baldomero garantizó que era el mejor de Santiago y, probablemente, de Galicia.

—Lo que yo no me explico —dijo Cubeiro— es cómo se ha gastado los cuartos en una chaqueta de pana. Son ganas de llamar la atención, ¿eh?

—Es el traje de los sabios —explicó, zumbón, el juez.

—Se equivoca —dijo Carlos—. La pana dura; por eso la prefiero. Tengan en cuenta que lo menos en tres años no podré hacerme otra.

—¿Tan mal anda de cuartos?

—Ahora tendrá de sobra quien le preste: Los bienes de doña Mariana son buena garantía.

—Los bienes de doña Mariana tienen dueño.

Cubeiro le palmoteó la espalda.

—¡Que todo se sabe, don Carlos! El verdadero dueño es usted.

—¿No saben que marcharé dentro de unos días?

—Unos dicen que sí, otros dicen que no. Anteayer se hicieron apuestas.

—Pues ganarán los que apostaron que sí.

Don Baldomero dio un brinco.

—¡No me deje perder, don Carlos! ¡Puse diez duros a que no se iría!

Había acabado la partida cuando llegó Cayetano.

—¡Ahí tiene a don Carlos, que se nos va! ¡Y se hizo un traje nuevo para el viaje!

—Pues sentiré que te vayas, Carlos, porque no podrás asistir a mi entierro.

Quedaron en silencio repentinamente, como sobrecogidos. Cubeiro se incorporó en el asiento y preguntó anhelante:

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

Cayetano sacó un papel del bolsillo.

—Desde hace algún tiempo vengo recibiendo anónimos, en que me pronostican la muerte; pero el de hoy dice que moriré asesinado. Será un gran día para Pueblanueva.

Arrojó el papel encima del tapete verde. Nadie alargó las manos para cogerlo.

—Léanlo, léanlo. Es para echarse a temblar.

El juez cogió el papel con manos vacilantes y empezó a leer:

«Si tiene usted la Biblia, busque en el capítulo treinta y uno, versículo dos, de Isaías, y encontrará su condenación: “Se levantará contra la casa de los malvados, contra el socorro de los que obran en la iniquidad”. Y más adelante: “Asur caerá a la espada —que no es espada de hombre— herido por espada que no es de un mortal.”».

Levantó los ojos, extrañado:

—¿Qué quiere decir esto?

Cayetano recobró el papel y lo guardó. Acercó una silla a la mesa, hincó en ella una rodilla y apoyó los brazos en el respaldo. Quedaba un poco más

alto que los jugadores, la cara en penumbra. Alargó hacia la luz una mano abierta, explícita.

—Está bien claro: que cualquier día de estos bajará un ángel del cielo y me apuñalará por la espalda.

—Eso lo habrá escrito algún loco.

—O un protestante —dijo don Baldomero con tranquilidad—. Seguramente algún protestante que anda por ahí. Va habiendo muchos. Los protestantes leen siempre la Biblia.

—Ya lo sabe, juez, para cuando me maten. Entre mis papeles encontrará muchos como este. Servirán de testimonio.

Hablaba Cayetano con voz burlescamente solemne, con fingido gesto de temor. El juez, oficioso, se le acercó.

—¿Por qué no me presenta una denuncia? Se harían averiguaciones.

—¿Para qué? Sé lo que tengo que saber, y entre esos papeles hay uno en que declaro el nombre de quien me manda los anónimos.

Don Baldomero jugaba con las cartas: las barajaba diestramente. De vez en cuando levantaba la vista, miraba de frente a Cayetano, escuchaba con atención.

—Claro que, a lo mejor, me lo cargo yo a él antes de que baje el ángel a asesinar me —continuó Cayetano—. No me costará trabajo.

—Yo no haría caso —intervino Cubeiro—. Esto de los anónimos, ya se sabe, viene por rachas. Hace años hubo una temporada en que los recibía todo el mundo, hasta que se descubrió el autor, aquella pobre loca, tía de Sarita Couto. Ya lo recordarán ustedes.

Cayetano se dirigió a Carlos:

—No te vayas, Carlos, si quieres acompañarme a la última morada. Y, por cierto, ¿cuándo vendrá Aldán? A ese tampoco le disgustaría verme con los pies para adelante.

—No vendrá.

—¿Has cambiado de opinión?

—Es él quien no quiere venir. No le interesa ya lo de los barcos. Le va muy bien en Madrid. ¿Saben ustedes? Escribe en la prensa.

—¿En la prensa... de Madrid? —Cubeiro ponía ojos de incredulidad—. ¿En periódicos de esos que se venden por la calle?

—En la *Solidaridad* de Barcelona.

—¡Bah! —dijo Cubeiro—. Yo, mientras no escriba en el *ABC*...

Cayetano dio la vuelta a la silla y se sentó.

—Para que te fies de los amigos, Carlos. Ahora no encontrarás quien te saque del atolladero —ofreció tabaco al concurso—. ¡Acabarás teniendo que llevar personalmente un negocio del que no entiendes una palabra! Si no, al tiempo.

Sacó un mechero nuevo y lo pasó al más próximo.

—Encienda. Estos caballeros son testigos de que te ofrezco ayuda, si no tienes a mal recibirla. Y sin el menor interés. Ese negocio, como cualquier otro, solo yo podría sacarlo adelante.

Todos miraban a Carlos. Parecían exigir, con sus miradas, una respuesta. Carlos se echó un poco atrás en el asiento, como si quisiera esconder la cabeza en la zona de sombra, y respondió:

—Ya veremos.

Acompañó al boticario hasta su casa y hubo de esperar un rato hasta escuchar el parte facultativo de la salud de doña Lucía: don Baldomero había tenido carta y, con ella, la enumeración y casi la descripción de fiebres, desmayos y hasta vómitos.

—Me escribe una vez por semana y siempre me dice que morirá al día siguiente. Y es lo que yo me pregunto: si está tan enferma, ¿de dónde saca las fuerzas para escribir tanto? Y si está tan arrepentida, ¿a qué viene eso de contarme sus males tan por lo menudo? ¡Como si uno no tuviese bastante penitencia con lo de aquí!

Le dio, de pronto, la risa.

—¿Se ha fijado en Cayetano? ¿Lo ha escuchado bien? ¡Mis cartas empiezan a hacer efecto!

—Yo dejaría de escribirlas.

—¿Tiene miedo de que me descubra? ¡Ni lo piense! Quizá sospeche, pero una sospecha no es una certidumbre. Nunca podrá probar que soy yo. Desfiguro la letra, y el papel no es del que se vende aquí. ¡Y, ya ve, las amenazas no caen en saco roto! Hace como que se burla, pero, en el fondo,

está preocupado.

Quedaron para el día siguiente en el casino. Carlos dio un rodeo y, por unas callejas, bajó al barrio de los pescadores. Era cerca de medianoche cuando llegó al muelle desierto. Olía a marea baja y a pescado puesto a secar. Antes de entrar en la casa del Cubano se acercó al pretil y estuvo un rato allí, acodado, mirando las aguas oscuras.

En la taberna, cuatro marineros jugaban al tute en un rincón. Respondieron al saludo de Carlos, le miraron unos instantes y cuchichearon. Carlos pidió a Carmiña que avisase a su padre, si no se había acostado.

—Pues no lo sé. Espere. Tome algo mientras.

Carlos se sentó y bebió un sorbo de tinto que le sirvió Carmiña. Los marineros habían vuelto al tute, pero con menos brío. No levantaban la voz ni arrojaban las cartas con ira, entre denuestos.

El Cubano tardó unos minutos: se apretaba el cinturón y traía los cabellos revueltos.

—Tiene que perdonarme. Ya me había acostado.

—Le dije a Carmiña que en ese caso...

—¡No faltaba más! Aunque fuesen las cuatro de la mañana.

Carlos sacó del bolsillo la carta de Juan.

—Vine para que lea esto. Ha llegado hoy.

El Cubano cogió la carta y miró, anhelante, a Carlos.

—¿Es de Aldán? ¿Acepta?

—Lea.

—En este caso... —señaló con un gesto a los jugadores de tute—, será mejor que entremos.

Se apartó y dejó paso a Carlos. Se metieron en un comedor chiquito, con sillas de rejilla. El Cubano esperó a que Carlos se sentase. Entonces sacó unas gafas, se las puso en medio de la nariz y empezó a leer. Dos o tres veces levantó la vista de la carta, miró a Carlos por encima de las gafas y siguió leyendo. Luego dobló el pliego, lo metió en el sobre, lo devolvió a Carlos y se sentó.

—Pensándolo bien —dijo—, cualquiera haría lo mismo. Pero yo lo siento, ¡qué caray!, le tengo ley a Aldán y hemos hablado mucho, aquí mismo, en este comedor, y hasta hemos arreglado el mundo en nuestras discusiones. Porque

discutíamos, ¿sabe? Los dos somos anarquistas, pero cada cual a su manera. Yo no tengo tantas lecturas.

Indicó el breve anaquel en el que yacían unos cuantos libros desgualdramillados.

—El difunto Nakens y unos números de la *Revista Blanca*. Cosas que ahora ya no lee nadie. Lo demás lo aprendí por el mundo. Aldán sabía más, pero le faltaba experiencia. Aunque ya tiene mérito que un hombre como él se haya puesto de nuestro lado. Eso de escribir en los periódicos, claro, le irá mejor.

Quedó como pensativo. Después abrió las manos.

—¡Bueno! Pues usted dirá.

—Yo sigo el consejo de Aldán y le ofrezco el cargo de apoderado. Confieso que no se me había ocurrido antes, pero tengo en usted la misma confianza que en él.

Dejó caer el brazo, con la mano abierta, sobre el mantel de hule, floreado de rosa y azul. Abrió la mano, larga y estrecha, de dedos un poco torcidos.

—Supongo que el sindicato no tendrá nada que oponer y que usted estará conforme.

El Cubano recogió los brazos y miró a Carlos con mirada franca, sincera.

—Yo lo comunicaré al sindicato y me someteré al acuerdo de la mayoría.

—Podemos dar por sentado que aceptarán. Y, en ese caso, es conveniente que vaya prevenido. Los pescadores tienen que ser conscientes de lo que van a emprender y de las condiciones en que lo emprenden. Doña Mariana Sarmiento, según el testamento que ustedes conocen, cede sus barcos; pero para llevar adelante el negocio hace falta dinero, y ni ustedes lo tienen ni yo puedo disponer de él, al menos en la cantidad necesaria para constituir un fondo de reserva. Supongo que habrá que empezar por una hipoteca.

El Cubano abrió mucho los ojos.

—¿Una hipoteca?

—Un barco. Quizá dos. Además, la cesión habrá de hacerse de modo legal, mediante un documento. Corre de mi cuenta, pero es menester que lo sepan y que los responsables se dispongan a firmar. En cuanto a usted, el poder le dejará las manos libres para hacer y deshacer según lo necesite.

El Cubano se rascaba la cabeza y entornaba los ojos.

—Sí, sí... Pero una hipoteca... ¿No le parece que es un mal modo de empezar?

—Evidentemente; pero no conozco otro medio de allegar fondos. Como usted sabe, en los últimos tiempos doña Mariana perdía unas treinta mil pesetas anuales; pero ella podía perderlas.

—Es que si nosotros perdemos eso, estamos arruinados.

—La idea de Aldán era, si no recuerdo mal, que los barcos, explotados con un criterio moderno, no darían pérdida, sino ganancia. Pero no inmediatamente, supongo.

—Sí. Eso pensaba Aldán, y todos con él.

Carlos se inclinó sobre la mesa.

—¿Era una buena idea o un disparate? ¿Cree usted honradamente que es una buena idea o una quimera?

El Cubano se levantó, apoyó las manos en la mesa y aguantó la mirada de Carlos.

—Le doy mi palabra de hombre honrado de que la creo una buena idea, una idea salvadora. Si no lo creyera así, no aceptaría...

Carlos se levantó también y le palmoteó el hombro.

—Entonces, no hay más que hablar. Yo no puedo dar mi opinión porque no entiendo, pero confío en usted... En ustedes, en todos los pescadores. Prácticamente son ya propietarios de los barcos.

—Pero..., ¿nos abandonará?

—¿Qué quiere decir?

El Cubano parecía embarazado y le temblaba algo en la mirada. Sacó un pañuelo y se limpió las narices.

—Don Carlos, usted sabe que desde que empezó este asunto mi preocupación fue no estorbarle. Pero ahora...

Le echó las manos a los hombros y le apretó fuertemente.

—... comprendo que nos hará usted falta. Al principio... No sé... Tendrá que echarnos una mano. Ya sé que usted quiere irse de Pueblanueva. Pero ¿no podría esperar un poco, al menos hasta que esto marche?

Bajó los ojos y, lentamente, dejó caer los brazos.

—Yo soy un analfabeto. Y usted tiene que darse cuenta de que esto no lo ha hecho nadie ni sabe cómo se hace. Y habrá que equivocarse hasta dar con el

quid... Y si Cayetano se mete por medio y nos lo estorba...

Carlos volvió a sentarse. El Cubano, de pie, un poco doblado hacia delante, le tendió una mano. Carlos no le miraba. Dijo:

—Algún tiempo, no mucho... Sí, el que haga falta. Pero yo...

Levantó la mirada. El Cubano sonreía.

IX

El Relojero esperaba en el cuarto de estar: sentado, metido en sí, con las manos cruzadas sobre el cayado de su bastón y la vista clavada en las sortijas. Se levantó cuando llegó Carlos y se quitó la pajilla.

—Ya estoy de vuelta —dijo—. Las Ruchas son unas putas: me tratan mal.

Carlos le ofreció la mano; el Relojero dejó el bastón y la pajilla en el suelo y, antes de tomar la mano que Carlos le ofrecía, restregó la suya contra la chaqueta.

—Me alegra verte otra vez por aquí. Lo de las Ruchas lo arreglaremos.

—Si a usted no le importa puedo seguir en el zaguán del pazo. Nuestro trato no fue de que yo viviera aquí.

—Hemos quedado en que eres libre.

—Gracias.

—Y ahora, si no lo tienes a mal, desayuna conmigo.

El Relojero echó un vistazo a la mesa puesta. Se acercó y acarició la cafetera. Retiró la mano rápidamente y se sopló los dedos.

—¿Es de plata esto?

—Sí.

—¡Rediós!

Carlos se había sentado y le señalaba un sillón.

—Usted hace mal, don Carlos. Usted no debe acostumbrarse a esta vida de rico. En el pazo ya no queda plata. Después cuesta caro acomodarse a la pobreza.

Se sentó y colocó sobre el regazo el bastón y la pajilla.

—Toma el café y cuéntame cómo te fue con tu novia.

—Se lo digo por su bien, y porque viviendo pobre le tengo más respeto.

Me recuerda a su padre.

Carlos quedó en silencio. Desvió la mirada del Relojero a la ventana. Estaba claro el día y se veía un cuadro de cielo azul ligeramente velado.

—¿Sabes que voy a marcharme?

—¿Quién? ¿Usted? —al Relojero le dio la risa—. ¿Marcharse de Pueblanueva?

—Sí. Voy a marcharme, quizá pronto, pero no pienso por eso desahuciarte. Podrás vivir en el pazo hasta que te mueras.

El Relojero hizo una higa y en sus ojillos apareció una sombra de terror.

—¡Fuera brujas! De la muerte, ni hablar. Pero usted no se irá.

—Lo tengo todo preparado. No falta más que...

Interrumpió el Relojero:

—De la cuestión de mi novia le diré que allá quedó. A las mujeres no hay quién las entienda. Lo pasábamos tan bien, y de pronto, una mañana, cuando me desperté, no estaba. La esperé todo el día y toda la noche y no volvió. Entonces fue cuestión de coger mis bártulos y venirme. Pienso si ya se estará cansando.

—¿Por eso te emborrachaste ayer, a la llegada?

Paquito negó con la cabeza, seria, solemnemente, y apoyó la negativa con movimientos pausados del bastón.

—Unos me invitaron y me pusieron el aguardiente a tiro. Estaban muy contentos de verme y querían tirarme de la lengua, ¿sabe? Que les contara lo que hice con mi novia —cerró los ojos y frunció el ceño—. Las Ruchas son unas zorras. No me dejaron entrar.

Cogió con remilgos la taza de café, bebió un sorbo y la dejó sobre la mesa.

—A mí, esto del café con leche... Donde esté un pedazo de pan con ajo y una copa de aguardiente.

Se oyó el ruido de un automóvil. El Relojero abrió mucho los ojos. Se le movieron las orejas y las aletas de la nariz.

—Ese es el coche de Cayetano —dijo—. Lo conozco a un kilómetro.

Corrió a la ventana y fisgó.

—Viene aquí, viene a visitarle.

—En estos últimos tiempos lo ha hecho con frecuencia.

—¿Ya son amigos?

—No.

—Si no le importa, prefiero que no me vea.

Carlos se levantó. De pie, vació la taza y mordió un trozo de pan.

—Toma tranquilo tu café. Le recibiré en otra parte.

—Marcharé en seguida.

—Cuando quieras.

—Iré a dormir al pazo.

—Eres libre.

—Gracias.

Le sonrió. Carlos salió. Se encontró a Cayetano en el pasillo, con la Rucha. Le invitó a pasar al salón. Cayetano venía de tiros largos.

—No. No me siento. Tenemos prisa.

—¿Tenemos?

—Vengo a buscarte para que me acompañes a Vigo —Carlos alzó las cejas y arrugó la frente—. Sí. A Vigo. Quiero que arreglemos eso de las acciones.

—Ya te dije que no hay prisa.

—Puedo tenerla yo.

—Pero este es un asunto entre dos.

—Te equivocas. Es un asunto entre tres, y precisamente por eso te pido que me acompañes. Fíjate bien: te lo pido. Y, como estoy dispuesto a jugar limpio, puedo decirte que alguien tiene el proyecto de visitarte mañana, para comprarlas, y yo quiero adelantarme.

Carlos se arrimó a la pared. No miraba a Cayetano, sino a la alfombra, las manos en los bolsillos del pantalón y los hombros derribados.

—¿No has pensado en que quizá yo tenga interés en escuchar al visitante?

—Justamente es a él a quien vamos a ver.

—¿Para qué?

—Para ganarle por la mano.

Río.

—Las cosas pueden plantearse de muchas maneras, cada cual tiene su estilo, y yo tengo el mío, que es ir al toro. Debo recordarte, por si lo has olvidado, que me asiste el derecho de retracto sobre tus acciones, que puedo comprarlas al precio que te ofrezcan. De lo que ahora se trata es de evitar que alguien haga el imbécil.

Metió los pulgares en la sisa del suéter y miró a Carlos de frente.

—Y si me apuras, de cuidar tus intereses. Voy a pagarte por las acciones lo que valen y un poco más, pero no demasiado, sino lo razonable. La intervención de un tercero podría complicar las cosas.

—¿Temes que me ofrezcan más de lo que valen?

—Eso no lo harán nunca. Son gente estrecha, ¿comprendes? Lo haría yo si estuviera en su lugar, y a la larga no perdería dinero.

—Entonces, no te entiendo.

—Pueden engañarte, o intentarlo al menos.

—Supongo que habrá un modo de conocer el valor real de esos papeles.

—Sí. Yo te lo diría honradamente. Pero no es esa la clase de engaño que preparan. Conozco aproximadamente su propuesta: una cantidad muy inferior a la que te daré yo, o quizá igual, y un regalo particular de cierta importancia a condición de que aceptes firmar un falso contrato de venta estipulado en una cifra que, según calculan, yo no podría pagar. ¿Te das cuenta? Hacer un buen negocio y eliminarme a mí. Una maniobra muy burda. Piensan que somos enemigos y que te prestarás.

—¿Y si me presto?

Cayetano dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Es una amenaza?

—Solo una hipótesis.

—En ese caso, no hay que tomarla en consideración.

—¿Por qué?

—Porque entre nosotros cierta clase de armas sucias no se han usado nunca y no te creo capaz de faltar a ese... pacto —sonrió—. Advierte, además, que el que impuso las armas fuiste tú y que yo lo acepté. Si ahora te metieses en una maniobra asquerosa y pueril por unas pesetas, te despreciaría.

Carlos no respondió. Empezó a buscar el tabaco en los bolsillos. Cayetano sacó rápidamente la petaca y le ofreció el suyo. Carlos lo tomó y fue a encenderlo junto a la ventana. Cayetano, después de una vacilación, le siguió.

—No todo el mundo puede hacerlo todo, e incluso yo, que tengo fama de inmoral, sé dónde debo detenerme. Tú pudiste haberme birlado una mujer, pero una cerdada de esta clase no la harás nunca. Aquello, después de todo, tenía una explicación. La chica se te dio y era mi querida. Soplármela era algo

así como imponerte a mí mismo y a los demás, como decir a la gente que no me tenías miedo. En el fondo, si lo miramos bien, era mía la culpa, aunque no te niego que me dolió y que la primera vez que fui a tu casa iba dispuesto a matarte. Pero ya pasó. Ninguno de los dos la quería. Me hiciste que te respetase, porque me habías ganado en un terreno en que creí que nadie podría ganarme. Y no te portaste mal, no fuiste por ahí alabándote de tu conquista. Por eso, probablemente, estoy ahora aquí, una vez más con las cartas boca arriba. Y no podrás quejarte de mí. Si lo haces, eres injusto.

Mostró las palmas de las manos. Carlos bajó la vista.

—Bueno. Vámonos a Vigo.

Habían almorzado en un restaurante de lujo. Al terminar, Cayetano sacó una petaca grande y de ella puros con su nombre en la sortija: Hoyos de Monterrey, cortos, de color pálido.

—No se fuma nada mejor en España.

Le dio uno a Carlos, cortado ya. Como Carlos fuera a encenderlo con una cerilla, se lo arrebató de las manos.

—Eso le estropeará el gusto. Espera.

Pidió una lámpara de alcohol y encendieron en ella los cigarros: Carlos, torpemente; Cayetano, con calma, con cuidado, casi con regodeo. Después dio una chupada.

—¡Qué aroma!

Acercó las narices al humo azulado, denso, y lo sorbió. Cerró los ojos.

—¡Qué aroma! ¿No notas la diferencia?

Carlos cogió el puro sin garbo, con torpeza.

—Si vamos a ver a esos señores, ¿no será incorrecto presentarse fumando? —le preguntó Carlos.

—Quizá, pero no es gente con la que haya que gastar cumplidos.

—Entiendo que el cumplido es, ante todo, respeto a uno mismo.

—Y la falta de cumplido, desprecio a los demás —se puso en pie, riendo—. Recordarás que siempre te he tratado con toda clase de cumplidos.

—¿Vamos?

Lo llevó en su coche hasta una calle no muy apartada que bajaba en cuesta

hasta el muelle. La mirada se detenía, allá abajo, en la mole negruzca de un barco cuyas grúas se movían cargadas de fardos. Dejaron el coche allí mismo, arrimado al bordillo, bien echados los frenos.

La casa era grande, de piedra gris. La escalera, ancha. Llegaron ante una puerta pintada de oscuro, con un Corazón de Jesús estampado en hojalata. Una doncella de cofia les mandó pasar. Muchos cuadros en el vestíbulo y en el pasillo oscuro. En el salón, cortinajes de terciopelo, tresillo tapizado de cuero rojo, jarrones de cristal, alfombra gruesa, paisajes regionales en las paredes. En un rincón, un gato negro inmóvil. La doncella abrió las maderas.

—Los señores vendrán en seguida.

Se sentaron. La doncella salió. Carlos miró al gato. Distraídamente, primero; después, intencionada, fijamente.

—Bonito bicho.

—Capital sólido —dijo Cayetano—, pero sin porvenir. Cuando gobernemos nosotros, los barreremos.

—¿Vosotros?

—Sí. Los socialistas.

La ceniza gris, blanquecina, se mantenía al cabo del puro. Cayetano la sacudió en el cenicero.

—Pero si se retrasa, los barreré yo solo.

Se oyeron pasos. El gato seguía inmóvil, los ojos brillantes, dorados, clavados en Carlos. Alguien abrió la puerta. El gato no se movió. Entró el dueño de la casa con un señor bajo, rechoncho, y un joven alto, estirado. Sonreían los tres, a Cayetano, a Carlos, al aire. Sonreían e inclinaban las cabezas, uno tras otro.

Cayetano les presentó a Carlos.

—El doctor Deza. Y estos señores son el Estado Mayor de Astilleros Masquelet: don Jorge Masquelet, don Francisco Baró, su cuñado, y Alejandro Baró, su sobrino. Alejandro es a los Astilleros Masquelet lo que yo a los míos. ¿No es así, Alejandro?

Mientras Carlos les daba la mano, Cayetano aclaró:

—Gente importante, gente seria, muchos millones detrás.

—Es usted muy amable —le respondió Masquelet, y señaló los asientos—. Nos traerán café.

Todavía se demoraron unos segundos: el joven Baró alargaba el cuello y la cabeza de pájaro mojado: parecía empeñado en que los demás se sentaran antes que él, y el señor Masquelet insistía en ser el último en sentarse. Carlos, sonriente, dudaba. Se dejó empujar por el joven Baró, que, inmediatamente, se sentó a su lado. Cayetano se había dejado caer en un sillón y contemplaba a los demás a través del humo del cigarro. Don Jorge Masquelet se estiraba la chaqueta a cuadros, ribeteada de cordoncillo; don Francisco Baró componía el gesto de su cabeza enérgica: sacaba y metía la mandíbula inferior, como ensayando. Llevaba bigote recortado y dentadura postiza.

—¿Ustedes fuman? —preguntó Cayetano—. He traído conmigo unos vegueros.

Los repartió. Baró, el joven, no fumaba.

—Gracias, gracias. Cuido mucho mis pulmones.

—Es tu cabeza lo que tienes que cuidar, Alejandro. El porvenir de la industria naval está encerrado en ella.

Alejandro Baró sonreía y daba las gracias con gesto tímido.

—No tanto, no tanto. El verdadero talento, como todo el mundo sabe...

La bandeja en que trajeron el café era grande, ancha, pesada, de plata oscura. La cubría un mantelillo de encaje. El coñac venía en un frasco de cristal blanco, tallado, irisado en las aristas. La doncella, silenciosa, encendió una lamparilla y calentó unas copas. Mientras, Alejandro sirvió el café. Tenía manos largas, cuidadas, llevaba una alianza y, en el mismo dedo, una sortija de brillantes. Cada vez que centelleaban, Carlos cerraba los ojos. También centelleaban los ojos del gato, como si estuviese iluminado por una luz interior, una luz cambiante: dorada, verdosa, gris. Carlos apartó la mirada de los brillantes y la fijó en los ojos del gato.

—Son unos puros estupendos. Me los preparan especialmente.

Don Jorge Masquelet cortó con precisión la cabeza del cigarro.

—También este coñac me lo preparan especialmente. Ya lo verán ustedes: un verdadero coñac francés. Me aficioné a él cuando joven, y no puedo prescindir de una copita a la hora del café. Una copita nada más. Entona. Sin abusar, el coñac es muy sano para el organismo.

—El coñac bueno —le interrumpió Alejandro: las luces de sus brillantes cambiaron de orientación, pero Cayetano no paró mientes en ellas.

—Claro. El bueno, por supuesto. Por algo es bueno. También el café...

—El café no es bueno —dijo Cayetano, después de probarlo; y don Jorge Masquelet alzó violentamente la cabeza—. Es extraordinario.

Don Jorge sonrió y se tranquilizó su rostro, prematuramente alarmado.

—Excepcional. ¿Dónde lo compra, don Jorge? Yo no consigo un café así.

—Mi señora. Es un secreto de mi señora. Ella lo mezcla: caracolillo, Moka, Puerto Rico... Todo consiste en las proporciones. Y en el tueste, claro, o, más bien, en el retueste, según tengo entendido. Para tratar de negocios no hay como un buen coñac y un buen café. Lo facilita todo, creo yo. Si le gusta, tendré mucho gusto en obsequiarlo con un paquetito.

Cayetano acercó la taza a las narices.

—¡Qué aroma! —la apuró y la tendió a Alejandro, para que le sirviese otra.

Carlos dejó de mirar al gato: miraba a Cayetano; luego, a don Jorge, y otra vez a Cayetano.

—Sí, un buen café —dijo—. Pero —se dirigió a don Jorge— perdóneme la pregunta. Ese gato, ¿es de verdad?

Señaló el rincón, y todos volvieron la cabeza.

—Sí, claro, naturalmente. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que... ¡está tan quieto! Desde aquí, parece de porcelana.

Alejandro alargó el brazo y acarició el lomo del bicho.

—¡Pobrecito! Es muy discreto. ¿Le molesta, señor Deza?

—¡No, no! Al contrario. Me gusta verlo. ¡Tan quieto ahí, como una porcelana...!

La doncella sirvió el coñac y marchó en silencio. El gato movió la cabeza, hacia arriba, hacia abajo. Don Jorge cogió su copa. La levantó.

—En fin... Para que nuestra conversación...

Alejandro alzó también la suya.

—Eso. Para que nuestra conversación sea amistosa y fructífera.

La copa de Cayetano permanecía junto a la taza del café. Don Francisco Baró, con la suya también alzada, le preguntó:

—Y usted, ¿no brinda?

—¿Yo? ¿Para qué? Si ustedes ganan, yo pierdo, y viceversa. No podemos brindar juntos.

—Siempre habrá una manera de acomodar intereses —don Jorge, sin esperar a los demás, bebió el coñac—. Después de todo, hasta ahora no somos precisamente enemigos.

Lentamente, disimuladamente, Carlos volvió la cabeza, y un poco los hombros, hacia el gato.

—Es usted muy amable, don Jorge. O quizá sea que considera tan alta su posición en la construcción naval que no se digna concederme categoría de enemigo...

—¡No, no, señor Salgado; eso, no! ¿Cómo vamos a ignorar que sus astilleros, dentro de poco tiempo, serán una empresa de importancia regional?

—Lo son ya —interrumpió, seco, Cayetano—. Mi próxima quilla será de un barco de quinientas toneladas. Y, en lo sucesivo, no los construiré menores.

La mirada de don Jorge se dirigió a su cuñado; luego, a su sobrino: dos miradas rotundas, como señales.

—Como nosotros —dijo Alejandro.

—De momento. El año que viene, más que ustedes.

Don Jorge dejó el coñac encima de la mesa y alzó las cejas.

—Bien. Razón de más, entonces, para que nos entendamos. Incluso... —vaciló— para que colaboremos.

Carlos, con la cabeza francamente vuelta, parecía atraído por el gato. Alejandro le enviaba miradas cortas, inquietas.

—Vamos a suponer que los Astilleros Baró y Masquelet, Sociedad Anónima, adquieren esas acciones... Y que ofrecemos a usted una participación en nuestro negocio por un capital equivalente.

—¿Para qué?

—Está claro. Puede ser el primer paso para una fusión posterior de Astilleros Salgado y...

Cayetano empezó a reír.

—Pero, don Jorge, ¿es que ha encontrado usted manera de mezclar el agua y el aceite?

Se levantó bruscamente. El gato dio un salto, asustado; quedó en medio del salón, arqueado el lomo, la cola en alto; en seguida, volvió a su sitio, bajó el rabo y recobró la postura inmóvil.

—A ustedes puede interesarles asociarse conmigo, pero a mí no me

interesa la sociedad de nadie, ni siquiera la de ustedes, con todos los respetos.

—Es usted muy soberbio, Cayetano —advirtió, enérgicamente, el señor Baró padre.

—Quizá, pero soy mejor hombre de negocios que ustedes. Mi astillero va viento en popa porque mis métodos son buenos. ¿Por qué voy a asociarme con ustedes, cuyos procedimientos están anticuados?

Alejandro se levantó también, con la cabeza erguida.

—No querrás decir con eso que soy un mal ingeniero.

Cayetano le empujó hacia el asiento.

—No pensaba en ti, Alejandro. Ya sé que eres un ingeniero estupendo. El primero de nuestra promoción y el asombro de los mejores de Southampton, cuando estuvimos allá. Pero yo me refería a otros métodos.

Bebió un poco de coñac y se sentó en el brazo de la butaca.

—Actualmente —sus manos se movieron con calma— puede calcularse qué el precio de coste por tonelada en mis astilleros es un doce setenta y cinco más barato que el de ustedes. El año próximo espero alcanzar el quince, y quizá pronto el veinte por ciento. En cuanto a la calidad técnica..., estás invitado, Alejandrino, a visitar mi factoría y a repasar mis barcos plancha por plancha y remache por remache. Puedes examinar lo que quieras, los libros inclusive.

—¿Para qué?

—Para comprobar que mis métodos son mejores.

Don Jorge extendió el brazo y la mano abierta.

—Aceptado. Por lo tanto, se explicará usted nuestro interés en una colaboración. Admitida en principio, discutiríamos más tarde las condiciones. Le adelanto que estamos dispuestos...

—¿A pagar a los obreros como yo les pago? —interrumpió Salgado—. ¿A darles los beneficios que les doy? ¿A construirles casas higiénicas y asegurarles una vida decente?

La mano de don Jorge descendió. Había cerrado el puño y ahora lo abría. Cayetano se dejó resbalar hasta el fondo de la butaca y rio.

—Creo que hemos llegado al fondo de la cuestión, señores. Por lo pronto, puedo asegurarles que no soy mejor ingeniero que Alejandro, pero sí que entiendo el negocio mejor que ustedes. Mis obreros trabajan ocho horas

diarias; los de ustedes, no. Mis obreros trabajan contentos; los de ustedes, desesperados. En mi astillero se construye más pronto y más barato porque la gente trabaja con alegría. Ese es mi método.

—Su gente —dijo sordamente don Jorge— será una fuerza al servicio de la revolución.

—Es posible, pero no tengo la culpa. Por otra parte, no me perjudica.

—¡Usted es un socialista, Salgado! —gritó don Jorge, fuera de sí.

—Lo sabe todo el mundo y no lo he ocultado jamás. Con lo cual se prueba que tengo más vista que ustedes. El mundo será socialista, tarde o temprano, pero no tan tarde que nosotros no lo veamos. Y entonces, todo lo que depende de la propiedad privada se irá a paseo.

Don Francisco Baró se levantó, solemne.

—Está usted en un error, Salgado. Nadie podrá destruir las sagradas instituciones de la patria, de la familia, y, como usted sabe, la propiedad es la base de la familia y de la patria. Dios está con nosotros, el diablo con ustedes, y Dios vence siempre en la última batalla.

Don Francisco Baró había hablado con tranquilidad, con ponderación. Sus manos empezaron a moverse.

—¿Para qué meter a Dios en esto? —Cayetano rio—. Si Él no se mete, resulta sospechoso que lo metamos nosotros. En Europa hay ya países prácticamente socialistas, y Dios no parece haberse interpuesto en su camino. Ahí tienen ustedes a Rusia...

—Es usted joven, ha visto en el extranjero cosas que no son aplicables a nuestro país, cosas que nuestro país, gracias a Dios, rechaza, y, acaso, acaso, las malas lecturas le han llevado a esos errores. Pero es usted propietario como nosotros, y un día u otro tendrá que convencerse de que la razón está de nuestra parte. ¿Por qué no ha de ser hoy ese día? Me gustaría que me escuchase. Podría demostrarle el enorme daño que hace usted con esas innovaciones peligrosas. De momento, tiene usted éxito. ¿Y qué? ¿De qué le serviría eso que llama sus métodos si el día de mañana sus obreros se presentaran en la factoría y se apoderasen de ella pura y simplemente? Porque a eso es a lo que conducen sus procedimientos. El obrero es peligroso. No cree en Dios ni obedece a la autoridad legítima. De nada vale mimarle, porque se encarama en el hombro del que lo mima. Hay que tenerlo a raya, aunque sea

con el látigo: Y el que se descuida paga su equivocación, como el domador distraído. Ya ve usted las cosas que hemos pasado en octubre del treinta y cuatro, y las que pasaremos, quizá, si Dios no nos ayuda. ¿Por qué? Porque una serie de gobernantes débiles han tolerado, han permitido e incluso han alentado las asociaciones obreras. ¿Habrán disparate mayor? Fue permitir al enemigo que se hiciera fuerte. Y ahora, nosotros, ante esa fuerza, ¿qué podemos hacer sino imitarlos? Contra la fuerza de los obreros desmandados no hay más que la de los patronos unidos. Pero usted se opone a esa unión, usted se porta como un muchacho díscolo, y, con sus originalidades, da alas a los trabajadores. Cuando nos hacen frente, le citan a usted como modelo de patronos progresistas. Y a usted le consta que sus excentricidades en materia de salarios fueron la causa de los últimos conflictos. Nos hemos visto precisados a subir los jornales por su culpa. ¡Mi querido señor Salgado, la situación de la industria no puede soportar jornales elevados! Usted lo sabe perfectamente.

—La mía los soporta, señor Baró.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Piensa que esa alegría va a durar mucho?

—Por lo pronto, todo el que yo dure. No aspiro a cambiar de método, sino a perfeccionarlo. ¿Han pensado ustedes alguna vez en asociar a los obreros a su empresa? Pues yo los asociaré a la mía si las cosas marchan, que marcharán.

Don Francisco se santiguó solemnemente. El gato alargó la cabeza y se estiró.

—Es usted peligroso, Salgado. Es usted un aliado de los enemigos de la sociedad. Y nosotros lo comprenderíamos si hubiera usted surgido de la nada. Pero usted se crio en pañales muy finos, y fue alumno de los jesuitas, como mi hijo, y estudió con él la carrera... Entonces era usted otra clase de muchacho. ¿Qué le ha sucedido para dar ese cambiazó?

Cayetano respondió con toda seriedad:

—Que soy inteligente. Que las veo venir y me anticipo. Y, aunque ustedes no lo crean, que tengo cierto sentido de la justicia. En la cuestión social estoy de parte de los obreros.

—¿No será para tiranizarlos mejor, Salgado? Porque todo el mundo sabe que en Pueblanueva es usted una mezcla de señor feudal y de sultán —sonrió

—. Sobre todo, sultán.

Cayetano sonrió también.

—¿Me tiene usted envidia? ¿O es su hijo el que me la tiene? Porque don Jorge ha pasado ya de esos calores...

Don Jorge Masquelet miró a su cuñado y a su sobrino; don Francisco Baró, a su cuñado y a su hijo; Alejandro Baró, a su padre y a su tío. El gato miraba al aire y Carlos miraba al gato.

—Supongo —a don Francisco le temblaba la voz— que bromea usted, ¿verdad? Porque ni mi cuñado, ni mi hijo, ni yo...

Cayetano alzó las manos con las palmas extendidas.

—Perdón. No siga. Hemos llegado a hablar claro en lo concerniente al negocio. ¿Tienen mucho interés en que hablemos claro también en este asunto? Personalmente, me da igual: no escondo a mis queridas. Las tengo a la luz del día, todo el mundo las conoce, y lo que gasto con ellas es mío.

Dejó caer las manos sobre los brazos del sofá.

—Pero como me gusta saber el terreno que piso procuro estar al tanto de los trapicheos ocultos de quien los tiene. Conozco la vida secreta de todos los miembros de la patronal —pasó la mirada alrededor—. De todos.

Don Jorge Masquelet sacó el reloj y miró la hora. Don Francisco Baró cogió, con mano temblorosa, un terrón de azúcar y lo mojó en el coñac. Alejandrito se distrajo acariciando su copa, en cuyo interior curioseaba.

El gato dio un salto y atravesó la habitación. Fue un salto inesperado, sin preparación. A Carlos le cogió de sorpresa.

—¿Les parece, pues, que tratemos de lo que nos trae aquí? Una parte de las acciones de mi astillero están en venta. Ustedes quieren adquirirlas, no por interés que tengan en mi negocio, sino porque, poseyendo esas acciones, esperan poder controlarme. No está mal pensado. Ahora bien: las leyes me conceden un derecho preferente, si me avengo a pagar la misma cantidad que ustedes ofrezcan al vendedor.

Dio un golpe en la mesa.

—¡Por la madre de Dios, Carlos! ¿Quieres estar atento y dejar de mirar al gato?

Carlos se sobresaltó.

—Perdón. Me tiene obsesionado. ¿Han visto ustedes...?

Cayetano le interrumpió:

—Estos señores van a hacerte una oferta.

—Nosotros... —don Jorge hizo una seña a don Francisco.

—Nosotros preferiríamos tener antes una conversación privada con el señor Deza. Espero que no le parezca mal, Cayetano. Es incluso normal que así sea.

—De acuerdo. Me voy a esa habitación a donde ha entrado el gato. Pero les advierto, para que no pierdan el tiempo, que conozco sus intenciones, y el señor Deza conoce las mías, y entre él y yo todo está claro. El señor Deza no se avendrá a firmar ninguna supuesta venta por cantidades superiores a la real, ni tampoco aceptará el regalo personal que ustedes pretenden ofrecerle.

Don Jorge se levantó bruscamente.

—¿Cómo se atreve...?

Cayetano se levantó también, pero tranquilo.

—Cálmese. En la patronal hay quien trabaja para mí y me tiene al tanto. Es lo lógico, ¿no les parece? Ustedes pretenden ganarme la partida, y yo me defiendo como puedo.

Dio unos pasos hacia el centro de la habitación y se volvió.

—Mi capital personal asciende a dos millones de pesetas. Las acciones pueden valer entre ochocientas mil y un millón. Sepan ustedes que estoy dispuesto a quedarme sin un céntimo para adquirirlas. De modo que ofrezcan de dos millones para arriba.

—¡Usted está loco, Cayetano! —la voz de don Jorge era un chillido.

—No. Defiendo la obra de mi padre y la mía. Defiendo mi independencia y defiendo también, aunque ustedes no lo crean, el bienestar de mis obreros.

—¡De sus esclavos! ¡Sus obreros no son libres ni para declararse en huelga!

—Bueno. Eso es cuenta mía.

Se dirigió a la puerta por donde había desaparecido el gato. No llegó hasta ella. Don Francisco Baró dijo a Carlos:

—Lo sentimos mucho, señor. No podemos gastar dos millones en un capricho. Somos gente seria y sabemos lo que vale el dinero. Pero le confieso que no esperábamos de usted este comportamiento. Hemos creído que estaría de nuestra parte y que guardaría lealtad a la difunta señora de Sarmiento...

—Señorita —interrumpió, desde el fondo, Cayetano.

—Es igual. Era una señora. Pero se equivocó al elegir a este caballero como administrador.

Hizo una pausa. Miró a Carlos con dureza.

—En el mundo hay planteada una batalla, y usted se pone de parte de los enemigos de Dios y del orden. Allá usted con su conciencia. En cuanto a su modo incorrecto de asistir a una reunión de negocios...

Vaciló. Su cuñado y su sobrino le animaron con un gesto.

—... mis parientes y yo nos sentimos ofendidos de que nos haya hecho menos caso que al gato.

—No es un gato —respondió Carlos con ingenuidad—. Estoy convencido de que es el mismo demonio.

Cayetano se había repantigado en el sillón del bar. Jugaba con la pipa y, a ratos, bebía un sorbo de cóctel. Carlos no había tocado el suyo.

—Me atrajo en cuanto lo vi, me tuvo fascinado. Su inmovilidad, su brillo, el resplandor de sus ojos, no parecían naturales o, al menos, normales. Por eso pregunté si era de porcelana. Se me ocurrió que fuese un juguete trucado, y que aquella luz cambiante de los ojos procediese de algún sistema de iluminación, y que el gato estuviera allí adrede, para llamar la atención, una de esas cosas con las que se enorgullecen los dueños de la casa y que hay que alabar. Pensaba hacerlo. Cuando me dijeron que se trataba de un verdadero gato, no sé por qué me sorprendí, me sentí engañado y, ¿cómo te lo diría?, en peligro. Tuve miedo. No aceptaba la idea de que fuese un gato inofensivo, un gato sociable, que puede estar en visita y que se deja acariciar por los visitantes. Prevalecía la primera impresión, la de ser una apariencia de gato. Empecé a observarlo. No estaba verdaderamente inmóvil, sino que se movía imperceptiblemente, con unos movimientos suaves y lentos. A veces, el movimiento me pasaba inadvertido, porque estaba de frente cuando acababa de estar de perfil, porque me miraba en vez de mirarnos a nosotros. ¿Cómo era esto posible, si yo no le quitaba los ojos de encima? Pero es el caso de que no le había visto mover la cabeza y que me miraba. Al mirarme, sus ojos, por un lado, parecían humanizarse, y me recordaban los de alguien; por otra parte,

parecía mirada sobrehumana, no de animal, sino de espíritu. Como si tuviera alma y una inteligencia superior y burlona, una inteligencia por encima de las nuestras. Se me ocurrió la extraña idea de que fuese doña Mariana, de que el alma de doña Mariana hubiese encarnado en aquel gato, o que, al menos, se hubiera alojado allí. Y entonces el gato me dijo que no.

Cayetano soltó la pipa de los dientes y rio.

—¡No te rías! Meneó la cabeza como una persona, como tú o como yo podríamos menearla, y yo me quedé asustado. Porque comprendí que era el diablo. Y ahora, dime, ¿qué hacía allí? ¿A cuál de los dos bandos protegía? Estoy muy preocupado; no me importa que el diablo me ronde, pero no deseo para nada su protección. Los negocios en que el diablo anda metido acaban siempre mal.

Cayetano le palmoteó una rodilla.

—El nuestro terminará bien a pesar del diablo. Prácticamente, ya está terminado, porque tendremos listos los papeles dentro de una hora, y dentro de una hora y cinco minutos los astilleros serán enteramente míos, y tú tendrás en el bolsillo un cheque. ¿Qué harás con ese dinero?

—Repartirlo. La mitad, para Germaine; la otra mitad, para el hijo de doña Mariana. Ya lo sabes.

—Cometes un error. Quizá sea ahí donde interviene el diablo. Porque al no poder exportar el dinero tendrás que depositarlo en unas cuentas corrientes, es decir, inmovilizarlo. Y eso es, desde todos los puntos de vista, un disparate, y me atrevería a decir que una inmoralidad. Será un dinero del que se beneficie el banco. Dile que no al diablo y hazme caso, que también tengo algo de diablo, aunque pertenezca a otro bando. Empléalo. Puedo aconsejarte buenas inversiones...

Cayetano titubeó, dejó que sus ojos se enredasen en las decoraciones del techo. En la mesa de enfrente, una señorita rubia sorbía su cóctel por una paja y enseñaba las piernas, largas y finas.

—Hay un negocio que nadie ha visto todavía y que podríamos empezar. Una flota y una factoría para explotar el bacalao. Hace falta más dinero, pero lo encontraríamos. En Pueblanueva hay un excedente de trabajadores que mi astillero no puede todavía asimilar; son los que andan a la pesca. Mientras esa gente no se acomode, en Pueblanueva no habrá prosperidad. Y cuando el

famoso sindicato dé en quiebra, que la dará, ¿qué haremos de esa gente? Ellos piensan siempre que estoy yo detrás, y que cuando las cosas vayan mal les daré empleo en el astillero. Pero yo no sé si podré hacerlo. Es muy caro transformar a un pescador en obrero. En cambio, el que está acostumbrado a pescar sardinas lo mismo pescaría bacalaos. Tenemos las tripulaciones...

Carlos escuchaba inmóvil. Una orquesta había empezado a tocar y unos muchachos pasaron bulliciosamente hacia la barra. La chica de las piernas largas encendió un cigarrillo con un mechero de oro, dio dos chupaditas cortas y envió el humo hacia Carlos.

—Tenemos las tripulaciones y un dinero. Voy a estudiarlo, Carlos. Y si te decides a ser, por una vez en tu vida, inteligente...

—Ese dinero no es mío.

—Pero puedes administrarlo con entera libertad.

Acercó el sillón al de Carlos. Le habló en voz baja:

—Tienes la posibilidad de hacerte rico, de alcanzar una posición y una fuerza. ¡No me digas que no te interesa! Ya lo sé. Pero me pregunto y te pregunto: ¿por qué no te interesa? ¿Qué demonios te pasa que no te atrae lo que atrae al resto de los hombres?

Carlos bajó la cabeza y se encogió de hombros. La chica de las piernas largas sacó del bolso una revista y se puso a hojearla.

—Me gustaría saberlo, ya lo creo. Quizá sea una enfermedad...

Abrió los ojos y miró a Cayetano con sonrisa casi jubilosa.

—El diablo. Lo que me pasa es que el diablo me tiene cogido, ¿comprendes? No me deja hacer nada más que pensar...

Se levantó.

—Vamos, si quieres firmar esos papeles. Y como lo del sindicato ya está moralmente hecho, aconséjame un abogado que dé forma jurídica al asunto. Quizá sea, como piensas, un disparate, pero que sea al menos un disparate escrupuloso.

Cayetano hizo una seña al camarero.

—No tienes remedio, Carlos. Los Churruchos no tenéis remedio. Sois tercicos...

El padre Eugenio apareció un poco antes de las doce, con un gran cartapacio de dibujo bajo el brazo y una bolsa en la mano. Carlos revolvía papeles. En la mesa, el desayuno esperaba, a medio tomar. El padre Eugenio, riendo, le preguntó si buscaba el plano del tesoro.

—Y deme tabaco. Estos días el monasterio atraviesa una crisis económica grave. Comemos mal, y el prior no me da un solo cigarrillo. Aunque quizá sea que quiere castigarme.

Carlos le echó una cajetilla sin abrir.

—Quédesela.

—El cura me mandó recado de que la iglesia está lista para empezar los trabajos. Convendría que viniera usted también. El maestro de obras espera a las doce.

Carlos miró el reloj.

—Tenemos tiempo. Siéntese. ¿Quiere un poco de café?

—Hoy es viernes.

—¡Ah!

Carlos bebió el suyo y untó de mermelada un trozo de pan tostado.

—Desde que vivo aquí me doy buena vida. Doña Mariana era una golosa secreta, y en sus alacenas hallé el repertorio más variado de golosinas en lata que se pudiera imaginar. ¡Y qué calidad! Jamás he probado mermeladas como estas.

—¿Qué me dice de los planos del tesoro?

—Buscaba unas cartas y he encontrado otras —señaló varios montones—. Cualquiera día que me sobre tiempo escribiré la biografía de la vieja, como mi padre escribió la de Mariana Quiroga, tía tatarabuela de usted.

—Sí. Ya sé.

—Doña Mariana Sarmiento fue una amiga excepcional. ¿Sabe usted que los almirantes de las escuadras que combatieron en Skagerrak eran amigos suyos, y que por medio de ella se mandaban recuerdos? Los había conocido en Madrid, cuando eran agregados navales a sus embajadas respectivas. Se cartearon durante muchos años. Aquí hay retratos, mire...

En una fotografía apagada, doña Mariana, joven, con velos, sombrero y

sombrilla, paseaba entre dos oficiales de Marina.

—Ahí la tiene usted, con Jellicoe y Scheer. Jellicoe debe de ser este. Y mire.

Le mostró una esquila, fechada en Wilhelmshaven. Cuatro líneas en francés, la firma y una posdata: «Recuerdos a Jell».

—Es hermoso, ¿verdad?

El fraile empezó a hurgar en la faltriquera.

—También yo tengo una carta...

Sacó un sobre doblado y se lo tendió a Carlos.

—De Germaine. Lea.

—¿Viene?

—Léala, hágame el favor.

Carlos sacó el pliego, empezó a desdoblarlo, pero se detuvo. Juntó las cejas, dio vueltas al papel.

—No. No lo leo. Cuéntemelo que dice.

Dejó la carta sobre la mesa.

—También me escribirá a mí, supongo.

El fraile alargó la mano y recogió el sobre.

—Lamenta la muerte de su tía, a quien hubiera deseado conocer. Ha leído la copia del testamento; lo encuentra muy extraño. Y puesto que se le obliga a residir aquí, retrasará su venida hasta que termine sus estudios.

Carlos empezó a guardar los montones de papeles.

—Es lógico, en cierto modo.

—Añade que... anda mal de dinero. Y que de lo que va a heredar se le mande alguna cantidad. Tiene muchos gastos. Su padre está enfermo y no puede trabajar.

Movió la mano, con el sobre apretado entre los dedos.

—Es una petición razonable, ¿no le parece?

—¡Oh, sí, claro! ¡Pobrecita! Y usted no duerme pensando que pueda pasar hambre, ¿verdad? Ha sido una falta de precaución.

El fraile se levantó y se acercó a Carlos.

—Le mandará usted dinero, ¿verdad?

Carlos, sonriente, se levantó también.

—Le veo a usted muy dispuesto a darle la razón.

—Es natural. Hay un testamento, usted es el que manda, y si se interpreta muy a la letra...

—Vámonos a la iglesia.

—Pero le mandará el dinero.

—¡Sí, padre, sí, le mandaré el dinero! ¿Cómo voy a permitir que la princesa pase apuros? Sería un descrédito para la familia que llegase aquí desnutrida. Le mandaré todo lo que las leyes de la República me permitan enviar. Y se lo mandaré en seguida; además, por la vía más rápida.

Bajaron a las cuadras. El fraile ayudó a Carlos a enganchar el caballo.

—¿Sabe usted que ya he vendido a Cayetano las acciones del astillero? Interpretando el testamento a la letra, la mitad de ese dinero pertenece a Germaine. Sin embargo, no se lo mermaré. Hay otros fondos. Dispondré de ellos para estas pequeñeces.

Salieron a la calle. Estaba una mañana nublada y dulce, sin lluvia, casi sin viento. Subía de la mar baja un olor acre. Aquí y allá, pescadores solitarios, barcas dulcemente movidas por la mar gris, tranquila, espejeante.

—Y dígame al prior que, puesto que empiezan las obras de la iglesia, puedo pagarle ya el segundo plazo. Así no le privará a usted del tabaco.

—Anda metido en eso del colegio, y no hay dinero que le llegue. Y yo no lo veo claro.

—¿Se lo ha dicho usted así?

—Todavía no.

—No se lo diga. Ese monasterio ideal con que soñaban el padre Ossorio y usted no existirá jamás. Y un colegio les permitirá, al menos, comer decentemente y fumar unos pitillos al día.

El padre Eugenio suspiró hondamente. El carricoche enfilaba el arco de Santa María y la calle pisa. Alguien saludó desde el casino.

El maestro de obras esperaba a la puerta de la iglesia. Entraron. La iglesia estaba oscura y vacía. El maestro de obras se quitó la gorra.

—Puede seguir cubierto —le dijo el padre Eugenio—. Ahora, esto es como una casa cualquiera.

—Pues ya me dirá lo que hay que hacer aquí dentro. Porque del tejado y de eso ya sé...

Carlos se desentendió de las instrucciones que el fraile daba al maestro de

obras. Encendió un cigarrillo. El fraile hablaba en voz alta, señalaba altares, lienzos de pared encalada y sucia, adornos de oro apagados.

—Sí, todo, absolutamente todo. Tiene que quedar la iglesia desnuda, con la piedra al descubierto.

—¿Y de los santos? ¿Qué haremos de los santos?

Carlos dio una voz y les dijo que, mientras hablaban, él saldría un momento. Atravesó la plaza y entró en la tienda de Clara. La halló atareada en desembalar paquetes, en destapar cajones.

—Ya ves, hijo. Me lo han dejado todo aquí, amontonado. Tengo trabajo para tres días.

Brincó por encima de unos bultos y llegó hasta Carlos con la mano tendida. Se había atado a la cabeza un pañuelo rojo.

—Me parece mentira ¡Tener mi tienda! En cuanto acomode estas cosas me vendré a vivir aquí.

—¿Estás contenta?

—De cómo marcha esto, sí.

—De lo demás, ¿no?

—La procesión va por dentro. Pero como tengo trabajo, la olvido.

Carlos se sentó en un montón de paquetes, cogió un atadizo y empezó a desanudar la cuerda.

—La francesa no viene todavía.

—¿Y eso? ¿Te trastorna?

—No me parece honrado largarme y dejarlo todo como está, sin dueño ni nadie que lo vigile. Tengo una obligación mínima con doña Mariana. Además, están los barcos.

Clara, puesta en jarras, le miraba sonriente.

—En una palabra, que ya has encontrado pretexto para quedarte.

Dejó de sonreír, aflojó los brazos. Una ráfaga triste le tembló en los ojos.

—Me había hecho a la idea de perderte de vista.

—¡Oh! Eso tiene siempre arreglo.

En el cuadro luminoso de la puerta apareció una sombra: una vieja encorvada, enlutada, apoyada en un bastón, cantaba su saludo:

—¡Ave María Purísima!

Clara le dio unas perras. La mendiga le preguntó si iba a vivir allí, si iba a

abrir una tienda, si...

Cuando se fue, Carlos había desatado el paquete y tenía en las manos media docena de cajas.

—¿Dónde pongo esto?

—En cualquier parte. En el suelo.

—Si quieres, puedo ayudarte. No ahora, que me está esperando el padre Eugenio en la iglesia; pero después, o mañana.

—¿Es así como piensas perderme de vista?

Carlos se levantó.

—Un día me iré para siempre, lo sabes. Mientras tanto...

—Mientras tanto, hay veces en que necesitas hablar con alguien, o hablar conmigo, y Clara que se fastidie. Hasta que un día...

—¿Qué?

Clara levantó hacia él la cara, desafiante:

—Puedo tenderte una trampa.

—¿Piensas que caería en ella?

—Estás hecho de carne.

—Gracias, Clara. Eres la única persona que tiene fe en mí. Crees que soy capaz de algo, aunque solo sea de caer en una trampa. Yo no me creo capaz ni aun de eso.

—En la que tendió la Galana caíste como un mirlo. Y yo...

Adelantó un paso y miró a Carlos al fondo de los ojos.

—... yo valgo más que ella, y soy más bonita, y te quiero más. Y si te agarro no te permitiré que te deshagas de mí casándome con otro.

Le dio la risa.

—Y tengo un cómplice, ¿sabes? Alguien que me abriría de buena gana la puerta de tu casa.

Carlos se arrimó al mostrador vacío, lustroso; cruzó los brazos y movió la cabeza.

—¿Quién sabe? Sería quizá una solución, quiero decir una solución para mí. Pero tú no lo harás nunca...

—¿Por qué lo aseguras?

—Eres demasiado limpia, demasiado noble.

Clara crispó los puños y los levantó hasta la altura del pecho.

—Y si lo sabes, ¿por qué no te vas de una vez y me dejas que te olvide?
¿O es que te sientes más hombre sabiendo que sufro?

—No, Clara.

La cogió de las muñecas y la acercó a sí.

—Si hay una persona en el mundo cuya felicidad desee, eres tú.

Clara se soltó y se apartó bruscamente.

—Cuando oigo hablar de felicidad me da la impresión de que escucho mentiras. Yo no te quiero para ser feliz contigo. Nadie es feliz, y nosotros no lo seremos nunca, ni juntos ni separados. No se trata de eso...

Llevó la mano a la cabeza y se quitó el pañuelo. Carlos había quedado con las palmas abiertas y tendidas.

—Pero ya que hay que sufrir, mejor es sufrir con alguien y consolarse en compañía. Tampoco se puede ser bueno a solas. Ni tú ni yo lo somos ahora, pero estoy segura de que juntos... Y, además, cuando hay que defenderse...

Empezaba a temblarle la voz. Se detuvo y golpeó el suelo con el pie.

—¿Por qué no te largas junto a tu fraile de una vez? ¿O es que también te divierte sacarme el alma a la cara y verme acongojada?

Escondió el rostro en la sombra de la puerta.

—Anda, vete. Y ven esta tarde a ayudarme.

Carlos, al pasar, le puso la mano en un hombro y le habló, casi al oído:

—Me gustaría no ser perezoso y mendaz, puedes creérmelo. Me gustaría de veras.

Atravesó de prisa la plaza. Daba la hora y unos albañiles trepaban por los andamios. Entró. El padre Eugenio se había parado en medio de la iglesia y miraba a lo alto.

—¿Ya está usted ahí?

Carlos avanzó por la nave y contempló las bóvedas.

—¿Sucedé algo?

—Imaginaba esto renovado, restituido a su ser. Hágalo usted también. Limpie la iglesia de esos altares, de esas escayolas, de esos manchones de humedad. Vea desnuda la piedra de las columnas y de las pilastras, y esas bóvedas, sin cal, y también las paredes. ¿Recuerda los dibujos que hice la primera vez que estuvimos aquí? Algo así será la iglesia dentro de unos meses. Y los ábsides pintados, claro.

Empujó a Carlos hacia el fondo de la iglesia.

—Venga acá. Vamos a hacer un ensayo.

Entreabrió la puerta. Entró por la rendija una raya de luz violenta, que partió las sombras y las hizo más oscuras. Carlos se arrimó a la puerta, apoyó en ella la espalda y esperó.

—Vaya abriendo esto. Mientras, preparo las acuarelas.

El padre Eugenio le tendió el cartapacio y sacó de la bolsa los trebejos de pintar: pinceles y unos frasquitos de color. Los acomodó en la paleta y se situó de modo que la luz caía sobre el pliego de papel.

—Ahora aguante usted el tablero. Voy a intentar una visión de la iglesia dentro de seis meses. Con ocres, grises y un poco de azul.

Movía la mano ágilmente; alzaba la cabeza y lanzaba la mirada al espacio cerrado, o se inclinaba y miraba el papel. Carlos mantenía la cabeza apartada.

—Puede ver lo que hago; no hay misterio alguno. Es decir...

Carlos adelantó un poco la cabeza. En el dibujo esbozado aparecían claras las líneas arquitectónicas, como un esquema, dentro del cual los pinceles iban creando cuerpo y profundidad. Era la misma iglesia, pero en el dibujo aparecía como revelada, como si, en virtud de unas pinceladas, el verdadero ser apareciese en toda su evidencia. Carlos experimentaba la atracción de los pinceles en movimiento, de la mano enérgica y rápida. Veía surgir ante sí, como por sortilegio, una realidad que nunca había sospechado. Un toque de luz, la caricia de una pincelada blanca sobre un fondo oscuro, le estremeció.

—No hay misterio en mi trabajo, pero esto tiene alguna relación con el misterio. Porque la realidad última de un templo es misteriosa. Vea.

Le arrebató el cartapacio y lo apartó un poco, de modo que la luz le caía de lleno sobre el dibujo.

—La iglesia *fue alguna vez así*. Hace muchos siglos, claro. Entonces el arte era distinto, y la gente también. La gente, al entrar aquí, quedaba sobrecogida. El misterio se hacía presente. Si he acertado con mi acuarela, la impresión predominante debe ser de misterio. Esto es un lugar sagrado.

Cogió los pinceles y completó la acuarela. En los vacíos del fondo trazó unos garabatos de color.

—La iglesia, repito, fue alguna vez así, y también sus pinturas. No había en ella bancos, ni siquiera el banco del privilegio, ni altares laterales, ni retablo.

Fuera de la iglesia había señores y siervos; dentro, solo una comunidad cristiana. Sentían el mismo misterio del mismo modo, el misterio expresado por el lugar cerrado, por la forma especial de su espacio interior, por el color de las piedras, por la luz. Era un misterio concreto, pero sin determinación, el misterio divino que se determinaba luego en la mesa del sacrificio, en la Eucaristía. Participando en Él se sostenía la comunidad como tal, pero la forma material de la Eucaristía, las Especies Sacramentales, simbolizaban algo que había existido históricamente y que seguía existiendo de modo misterioso: la Humanidad de Jesús. La Humanidad de Cristo es la garantía del cristianismo y es el lugar en que la comunidad se realiza amorosa y metafísicamente. Aquellos cristianos necesitaban un símbolo visible. No un retrato, fijese bien, sino un símbolo, o toda una simbología. La pintura servía para eso.

Alejó el dibujo hasta dejarlo bien iluminado por la luz de la rendija.

—He aquí lo que quiero reconstruir: un sistema de formas plásticas que de doble manera expresen el misterio.

—¿Y para qué? La comunidad cristiana que asiste a esta iglesia ni es verdaderamente comunidad ni le importa el misterio. Lo que apetece, ya escuchó usted al cura a su debido tiempo, es una serie de imágenes sin misterio alguno. Algo, precisamente, que carezca de misterio. El misterio los desasosiega, y ellos buscan reposo, tranquilidad.

—Ya lo sé. Si usted deja de mirar mi dibujo y contempla la iglesia, verá cómo una serie de añadidos, desde los retablos hasta los asientos, recubren la estructura arquitectónica expresiva y rompen el significado de las líneas, del espacio, de la luz. Es que esa comunidad fue dejando de serlo al mismo tiempo que perdía sensibilidad para el misterio, en cuya fe y comunión la unidad se realizaba. Paralelamente, las significaciones se perdieron, las líneas, los colores y las figuras enmudecieron. Un día, el Cristo del ábside habrá parecido feo, y la iglesia, desnuda y pobre. Para cubrir su desnudez vinieron los pegotes. ¿Sabe usted que ese san Antonio tan guapo de la izquierda lo regaló mi madre? ¡A saber qué desolada soledad, o qué espantoso vacío, quiso llenar con él! Soledad y vacío físicos de la iglesia, pero también espirituales, de su propia alma. Pues bien: lo que yo pretendo al restituir la iglesia a su forma primitiva, al repetir los símbolos pictóricos, es situar al

pueblo, de pronto y sin trámites, ante el misterio.

—Sigo preguntándome para qué.

El padre Eugenio arrancó el dibujo del cartapacio y se lo ofreció.

—Quédese. Se lo regalo.

Cerró el cartapacio y guardó los útiles de pintar.

—¿Me cree capaz de sentir para mi pueblo alguna clase de amor, hasta el punto de desear redimirlo? Estoy convencido de que si todos estos hombres y mujeres, y hasta nosotros mismos, llegásemos a tener una clara conciencia de Cristo, dejaríamos de ser monstruos y seríamos hombres.

—Es curioso —dijo Carlos—. También Cayetano Salgado, a su modo, piensa convertirse en redentor de Pueblanueva.

El fraile le miró con inquietud.

—¿Eso piensa?

—En estos últimos tiempos he tenido que tratar bastante con él. Quizá su hambre de poder tenga alcances más amplios que compensar su complejo de inferioridad. Quizá desee sinceramente remediar la pobreza del pueblo.

—Yo no pienso en riquezas. Hablo de redimir por el amor.

—Cayetano no piensa en el amor —cogió al fraile del brazo y salió de la iglesia—. Y yo, tampoco. Porque también yo aliento secretamente mi utopía, también yo poseo mi panacea de felicidad.

Se detuvo y miró a la plaza. Estaba casi vacía. Allá, en un extremo, unas mujeres recogían sus tenderetes y, frente al Ayuntamiento, un grupo de hombres discutía.

—Imagínese que todos los habitantes de Pueblanueva, uno por uno, a razón de diez por día, van por mi casa con deseo de curarse, me escuchan, se acuestan en un diván y van contándome sus cosas. Calculando que cada uno de ellos necesitaría de cuarenta a cincuenta sesiones para hallarse totalmente libre de sus complejos, es decir, restituido a sus posibilidades teóricas de convivencia pacífica y razonablemente normal, serían indispensables..., ¿cuántos años? ¿Usted sabe multiplicar y echar cuenta cabal de cuántos años me harían falta para curar a toda Pueblanueva?

—Toda una vida, supongo. Lo que le queda a usted de vida.

—Tengo treinta y cinco. Pongamos otros tantos. Pero mientras curaba a los actualmente vivos, los que fuesen naciendo adquirirían también sus complejos

y necesitarían la misma terapéutica. El cuento de nunca acabar. De modo que renuncio. Mi fórmula no es viable más que individualmente, y eso no resuelve nada. En cuanto a la de usted...

—La mía tiene detrás a Jesucristo.

—¿Quién lo duda? No voy a discutirla. Pero... si consideramos algunos detalles técnicos... Porque, si le he comprendido, usted, después del fracaso de su predicación semanal durante un montón de años, se propone, primero, meter al pueblo entero, de rondón y sin previo aviso, en el seno del misterio, para lo cual piensa valerse de unos medios plásticos...

—... acreditados por varios siglos de uso.

—Exactamente. Por varios siglos muertos. Y, una vez convencido el pueblo creyente de que el misterio está ahí, de que Dios nos rodea...

—... recordarles que el mensaje de Cristo solo fue uno: amaos los unos a los otros.

—Es decir, y aplicándolo a varios casos concretos: que nadie debe odiar a Cayetano; que la señora de Mariño no debe quitar el pellejo a sus amigas; que el amigo Cubeiro no debe envidiar a todo bicho viviente; que don Baldomero no debe desear a más mujer que la suya... Y que Cayetano, en vez de dominarnos, debe amarnos a todos. Como un inmenso padre poderoso.

En la mirada del fraile había una inmensa desolación.

—¿Por qué se ríe usted del cristianismo?

—No me río, pero le presento a usted la realidad. Si la señora de Mariño, al confesarse, dijera al cura que es la peor lengua del pueblo (pongamos por caso: no sé si es la peor, y hasta me inclino a creer que todas son las peores), el cura le diría que, o dejaba de murmurar, o se condenaría. Y entonces la señora de Mariño se vería metida en un conflicto de conciencia insoportable; porque, si de una parte, tiene miedo real y verdadero al infierno, por otra es incapaz de no ejercer la murmuración, que es su forma auténtica de vida. Entonces, para evitarlo, no se confiesa murmuradora, no se acusa de falta de caridad. Y lo hace sinceramente, porque, antes, ha disfrazado de verdadera justicia su pecado, que no le parece tal, sino virtud. Si usted le pregunta si ama a su prójimo, le dirá que sí, que únicamente censura a los malos por el daño que hacen. Métala usted en la iglesia con ochocientas como ella, acúselas colectivamente de falta de caridad, ponga ante sus ojos la cólera divina en

forma de inmensos hornos llameantes. Le escuchará con atención, con aprobación, con entusiasmo, y a la salida cogerá del brazo a doña Angustias y le dirá: «¡Cuántas verdades dijo hoy el padre Eugenio! ¡Y cómo apuntaba a Fulana, y a Zutana, y a Perengana! Porque está claro que se refería a ellas». Y doña Angustias estará conforme, y convendrá con la señora de Mariño en que Fulana, Zutana y Perengana arden ya en las llamas del infierno, y que varios cientos de demonios feísimos las pinchan en las nalgas con sus enormes tridentes: «¡Bien merecido se lo tienen!», pensarán, con la mayor tranquilidad de conciencia. En tantos siglos de cristianismo, los fieles han aprendido muchos trucos para nadar y guardar la ropa.

—Es que, precisamente, lo que yo pretendo al ponerles enfrente del misterio...

—Al meterlos en él, más bien. ¿O me equivoco? Al bañarlos en la luz misteriosa de la iglesia, al rodearlos del misterio jeroglífico de sus líneas.

—No olvide usted las pinturas. Quiero ponerlos ante una imagen incómoda del Señor. Una imagen que acuse y que ofrezca una vía de perdón: la del amor.

—Estoy seguro de que su Cristo será verdaderamente incómodo. Los fieles de Pueblanueva lo rechazarán a causa de sus incomodidades. El Cristo que ellos toleran es el que parece aprobarles con su sonrisa de azúcar, o, al menos, hacer la vista gorda: un falso Jesucristo.

—¿Por qué me descorazona? —dijo el fraile, con voz angustiada.

—Solo quiero prevenirle y evitar que, sin querer, se aparte de la realidad. Pase lo que pase, habrá hecho usted una hazaña gigantesca: habrá dicho la verdad. Siempre más que yo, porque yo, ante la imposibilidad de tener paciencia y esperanza, renuncio de antemano a mi utopía y condeno de por vida a nuestros amigos al uso y abuso de sus complejos. Pero siempre menos que Cayetano. Cayetano nos ganará porque su fórmula consiste solo en dar de comer a todo el mundo, lo cual es compatible con seguir odiándose, con seguir envidiándose, con hacerse daño los unos a los otros, que es lo que verdaderamente apetecen. Usted quiere hacerlos buenos, yo me contentaría con que fuesen apacibles. Ni la paz ni el amor les interesa. Rechazarán a Cristo con la misma energía con que rechazarían a Freud. Pero no creo que rechacen un jornal suficiente, a menos si se ofrece a los demás sin merma del jornal propio. Porque, en ese caso...

Habían atravesado la plaza. Se oyó, súbita, ronca, sobrecogedora, la sirena del astillero.

—La hora de comer —dijo Carlos—. Muy tarde para que regrese al monasterio. ¿Quiere almorzar conmigo? Cambiaremos de conversación. Podemos hablar de nuestra bella princesa desconocida, que también es un misterio. ¿Cómo supone que será Germaine? Porque usted conoció a su madre, y si se parece a ella...

—Casi no la recuerdo.

X

Rosario, la Galana, dejó las zuecos en el último escalón. Sus pies, calzados de escarpines, pisaron silenciosamente el entarimado. Se detuvo a la puerta del cuarto de estar. La Rucha la franqueó y la invitó a pasar y a esperar, con un gesto. Rosario entró, miró alrededor y caminó hasta la ventana, volvió la espalda a la luz y quedó de pie. Carlos llegó en seguida. Iba a acercarse, pero Rosario le detuvo con un movimiento de la mano y un gesto. Carlos quedó en medio de la habitación, sonriente.

—Mañana es la boda, señor.

—Siéntate.

Señaló un sillón. Rosario adelantó un paso y bajó la cabeza.

—No me atrevo, señor. ¿Qué dirá esa, si me ve?

—Siéntate.

—Bueno, señor.

Se sentó, con las rodillas juntas y la falda baja.

—¿Quieres desayunar?

—Gracias, señor. Ya lo hice.

Levantó la cabeza. Carlos se había arrimado a la chimenea, con la taza del café en las manos.

—Mañana es la boda. A las siete.

—¿Por qué tan tarde?

—Pensé que sería mejor al anochecer. Aun así, habrá mirones.

—Iré a buscarte en un automóvil.

Rosario levantó las manos, implorante:

—¡Ay, señor, no haga eso! ¡No es propio de una mujer de mi clase!

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Que vayamos a pie por la calle, con todo el

pueblo detrás?

—Iré con mis padres y mis hermanos, y el señor me esperará en la iglesia. Ya sabe, en la parroquia. Ser padrino no le obliga a más. Habrá después cena para los invitados. Si el señor quiere, puede ir. Me gustaría que fuese y que llevase a algún amigo... Porque los que estarán allí no son para hablar con el señor.

Miraba la puerta entreabierta. Bajó la voz y se inclinó hacia delante, hasta acercarse a Carlos lo más posible.

—Esa está escuchando. Y tengo que decirle...

Carlos hizo sonar la campanilla. Rosario se incorporó rápidamente. Entró la Rucha, sofocada.

—Perdón, señor. Estaba en la cocina.

Carlos le entregó la taza vacía.

—Llévate esto. Pero antes abre la ventana.

—Va a haber corriente.

—Pues cierras la puerta.

—Sí, señor.

Cuando la puerta estuvo cerrada, Rosario se levantó y se acercó a Carlos.

—Señor, mañana ya seré de mi marido.

—Por tu voluntad.

—Sí, señor. Y me da mucha pena pensar que ya no podré volver a su casa... como antes. Al menos, de momento...

Le echó las manos al cuello. Tenía los ojos húmedos y le temblaba la voz.

—Esta noche, si el señor quiere...

—Ahora no vivo en mi casa, lo sabes. Sería sospechoso, después de haber estado tú aquí, que no viniese a dormir.

—El señor puede ir a la mía, aunque sea poco tiempo. Ramón se va a las once. A las doce duerme todo el mundo. Encerraré al perro, para que no ladre.

—No está bien, Rosario. Mañana es tu boda.

Ella le miró anhelante, pero su voz era como un mandato.

—Entrará por mi ventana. Si mi luz queda encendida, pasa de largo; pero si está apagada, entra...

Acercó los labios a los de Carlos, cerró los ojos.

—Tengo una cama nueva. Vendí todas las cosas de oro que tenía, y la

compré, con otros muebles. Es muy hermosa. Con sábanas finas.

Se apretó más todavía.

—Si el señor viene —susurró—, las que use esta noche no las volveré a usar.

Las manos de Carlos recorrieron los brazos de Rosario hasta la cintura, y la abrazó también.

—¿Y tus padres?

—Duermen arriba. No tenga miedo el señor. Cuando le digo que vaya...

Escondió la cara en el pecho de Carlos, quedó silenciosa y quieta unos instantes; luego le miró con los ojos húmedos.

—¿Irás?

—Sí. Quizá...

Rosario le dio un beso y se apartó.

—Ahora marchó. Recuérdelo bien: pasadas las doce. Y mañana lleve a un amigo.

Llegó a la puerta con pasos menudos, se volvió y sonrió.

—Gracias, señor.

Carlos se acercó a la ventana. La vio salir, tranquila, con la cabeza erguida, y atravesar airoso la calle. Alguien la saludó. Una mujer enlutada se paró con ella y hablaron unos instantes. Después, Rosario continuó su camino hasta perderse.

«Eres un indecente».

Marchó al salón, se sentó al piano, lo abrió y estuvo unos instantes con los dedos inmóviles sobre las teclas y la mirada perdida en las escayolas del techo. De pronto empezó a tocar, furiosamente; luego, con suavidad. Interrumpió la melodía, cerró el piano de golpe y salió a la calle. Pasó adelante del casino y, por la ventana abierta, miró al interior. No había nadie. Llegó a la plaza, la atravesó y entró en la iglesia.

—¡Padre Eugenio!

No le respondió nadie. Estaba a oscuras y, al fondo de la nave del Evangelio, se adivinaba una plataforma montada sobre postes de pino. Llegó hasta ella y trepó por la escalera de mano. Habían picado la cal del ábside y se veían las piedras desnudas y la argamasa de las juntas. Curioseó en un montón de papeles y cartones. Descendió, se arrimó a una pilastra y miró

hacia arriba y hacia abajo. Los restos del retablo central ocupaban el presbiterio: columnas, santos de palo, doseles dorados, todo en desorden, revuelto con cubos de cal, cubetas de argamasa, sacos de cemento. Un montón de cascote cubría la sepultura de doña Mariana.

Salió.

Pasó entre los puestos de las vendedoras con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Sintió que alguien le llamaba.

—¡Don Carlos!

Paquito, el Relojero, medio sacaba el cuerpo por el ventanuco de su tenderete. Llevaba puesto un extraño monóculo, montado en una especie de tubo corto de celuloide sucio.

—¿Va usted a ver a la señorita Clara?

—No. ¿Por qué?

—Hoy abrió la tienda. Y convida a un vaso a todo el que va allí.

Un aldeano cargado de harneros y canastos tropezó con Carlos. Iba a protestar, pero, al verle, inició las disculpas.

—Perdone el señor. No fue con intención de molestar.

Intentaba desprenderse de la carga para quitarse la gorra. Carlos lo tranquilizó. El aldeano repetía:

—No fue con intención...

El Relojero le tiró de la chaqueta. Carlos se volvió.

—Deme un pitillo antes de irse.

Le tendía la mano abierta. Carlos sacó unos pitillos.

—Le pedí uno.

—Los demás, para luego.

Siguió caminando entre las vendedoras. Una brisa suave agitaba las lonas de los puestos y acercaba el humo de un freidor de churros. Pregones de mercancías, disputas de precios y calidades.

—No deje de visitar a la señorita Clara... —gritó el Relojero.

En un extremo de la plaza, un truhan anunciaba la suerte del pajarito. Le rodeaban mozas y niñas; entre preocupadas y risueñas, entregaban las perras, asistían a las manipulaciones del canario con los papeles de colores y, recibido el destino, se escondían a leerlo. El truhan preguntó a Carlos si quería conocer su fortuna.

—No, gracias.

—El canario, a un precio especial, trabaja también para señores.

Carlos se alejó. Ya en los soportales, se arrimó a una pilastra y contempló la iglesia y el mercado. Por fin, se acercó a la tienda. Al lado de la puerta, un gran letrero anunciaba la apertura.

Clara vendía cinta elástica a una aldeana vieja. Carlos esperó a que saliera.

—Me dijo Paquito que hoy convidas a tus clientes.

—Solo a mis amigos.

—¿Me darás un vaso?

—Tengo que pensarlo.

Rio, echó mano a una frasca y la puso sobre el mostrador.

—Te traeré un vaso. Espera.

Desde dentro, Clara preguntó:

—¿Te gusta la tienda?

—No veo ninguna novedad. Las cosas permanecen tranquilas, donde yo las puse. Todavía no se han sublevado.

—Pero ya está todo limpio.

Apareció con el vaso en las manos y sirvió el vino.

—Bebe a mi salud.

Carlos levantó el vaso y miró a Clara a su través.

—Por tu felicidad.

—¡Déjate de eso!

—Entonces, por tu propiedad.

Apuró el vino y dejó el vaso en el mostrador. Clara lo cogió rápidamente, lo volvió a llenar y lo levantó.

—Ahora, yo brindo por...

Se interrumpió.

—¡Cualquiera sabe, tratándose de ti, por lo que vas a brindar!

—Por mi salud. Es lo más socorrido.

—Un día me dijiste que eras prisionero de ti mismo. Brindo por tu libertad.

Bebió un sorbo y abandonó el vaso. Se había arrugado la frente de Carlos, y su mirada quería desviarse.

—¿Te parece mal?

—No.

—Te has quedado serio y como triste.

Carlos se acercó una banqueta y se sentó.

—¿Sabes que mañana se casa la Galana?

—¿Y eso es lo que te entristece?

—No. Ya lo sabes. Pero...

Inclinó la cabeza. Clara, acodada en el mostrador, empujó hacia él el vaso de vino.

—Anda, bebe.

—No. No quiero más.

—¿Qué sucede ahora con la Galana?

—¿Te conté alguna vez lo que me pasó con la otra, con la judía?

—Viniste huyendo de ella. Al menos, eso dijiste. No recuerdo otra cosa.

Carlos cruzó los brazos y miró al aire de la plaza.

—Hay mujeres cuyo amor hace libre. Tú eres seguramente una de ellas. Enamorado de ti, tendría que ejercer mi voluntad, porque me pondrías constantemente en necesidad de hacerlo. Cuando llegué a Pueblanueva, había reconquistado mi libertad en peligro y deseaba mantenerla. Si entonces, precisamente entonces, te hubiera encontrado, me habrías ayudado mucho. Pero, cuando nos conocimos, doña Mariana, por un lado, y Rosario, por otro, se habían metido en mi vida. Desde un principio comprendí que doña Mariana pretendía gobernarme. Entonces hice de Rosario mi defensa: doña Mariana no aprobaría jamás mis relaciones con ella. Apoyado en Rosario, fui libre ante doña Mariana, pero, sin estar enamorado, dejé de serlo ante Rosario. ¿Cómo? Sería difícil de explicar, y yo mismo no he llegado a entenderlo. No hice la corte a Rosario, no fue tampoco el pretexto de que me he valido, como piensan por ahí, para ganar una baza a Cayetano. Todo me lo dio hecho. Fue a mi casa por su voluntad, deliberadamente, y, sin querer, hice lo que ella se había propuesto. Quedé desde entonces prisionero, no de ella, sino de la situación. Esto es, de la situación; de mil cosas y matices de cosas que no son Rosario, ni mucho menos amor, ni siquiera el gusto de acostarme con ella. ¿Cómo iba a rechazarla, si por mi culpa había sido golpeada? ¿Cómo iba a dejarla indefensa? Quizá yo entonces necesitase, sin saberlo, que alguien me quisiera,

y ella me quería. Me quería como se quiere a un objeto del que uno se apodera con riesgo, y construía a mi alrededor murallas de mimos y de compromisos que me protegieran para ella, murallas que pusieran en juego mi corazón y mi hombría. Era una criatura desvalida, y yo su única protección. ¿Entiendes?

Clara sonrió.

—¡Menuda lagarta está hecha! ¡La muy zorra!

—Un día me dijo que tenía que casarse, y otro hizo que le regalase la Granja de Freame. Pensé entonces que el asunto estaba liquidado y que, una vez casada, recobraría mi libertad. Pero esta mañana estuvo a verme y le he prometido ir a su casa y dormir con ella.

Clara se estremeció.

—¿Has sido capaz de eso?

Carlos se puso en pie y miró a Clara fijamente. Parecía esforzarse en mantener la frialdad de la voz y la impassibilidad del rostro.

—A ciencia y conciencia de que es una vileza y a sabiendas de que se repetirá siempre que Rosario quiera.

Apoyó el codo en el mostrador y la barbilla en la palma abierta de la mano. Empezó a sonreír...

—Te lo he contado para que me insultes.

—¡Pobre Carlos!

—¿No me insultas?

Ella movió la cabeza. Extendió hacia Carlos las manos, hasta casi tocarle. Luego las cerró fuertemente. Él la miró un instante.

—Bueno. Si no me insultas, será que no lo merezco. A lo mejor no es tan grave la cosa como pienso.

Sacó un cigarrillo y papel para liarlo. Clara empezaba a agitarse; respiraba fuerte y escondía las manos sin sosiego.

—Todo depende del punto de vista. ¿Existen el bien y el mal? Si no existen, ¿qué más da que Rosario duerma conmigo un número indefinido de veces, qué más da que tenga un marido o no, qué más da que yo sea libre o prisionero? Quizá el bien y el mal sean ideas que no se corresponden a ninguna realidad. Si el universo está vacío y mudo, que Rosario y yo durmamos juntos es tan indiferente como el choque de dos piedras. Y la libertad, otra ilusión. Las causas engendran los efectos, y lo que yo hago es el

resultado de un sistema de causas...

—¡Cállate!

—¿Por qué? No conozco otra manera de librarme de mis sentimientos que analizarlos. Ahora siento vergüenza de mí mismo; pero es un sentimiento espontáneo, incontrolado. Con poner las causas en claro, la vergüenza quedará reducida a simple efecto de esas causas. ¿Y por qué va uno a avergonzarse, a desesperarse de ser un efecto entre millones de efectos?

Buscó las cerillas, encendió una. Clara se había echado atrás y ahora se aproximaba.

—Si dejo que esta cerilla arda, me quemaré el dedo. Si soplo, la apagaré. Como sé que la llama me causará dolor, soplaré antes de que llegue a quemarme. El miedo al dolor será la causa...

Clara sopló sobre la cerilla y la apagó.

—Con esto no contabas —dijo con voz resuelta.

—¿Qué quieres decir?

—Esta es la última noche que duermo en mi casa. Mañana por la mañana, a las ocho, traeré los muebles y a mi madre.

Se irguió violentamente y agarró con fuerza el borde del mostrador.

—No cerraré la puerta y te esperaré. Te esperaré hasta las doce.

Bajó la cabeza, escondió la cara entre las guedejas revueltas. Carlos se habla quedado con las manos levantadas. En una, el cigarrillo sin encender; en la otra, la cerilla apagada.

—Y, si duermo, tampoco cerraré. Cuando vayas a casa de Rosario, recuerda que estoy esperándote. Cuando salgas, te esperaré todavía. Hasta el amanecer.

Levantó la mano y apretó el cabello.

—Pero si mañana no despiertas a mi lado, no vuelvas jamás junto a mí. Ni para que te escuche, ni para que te consuele, ni para que te insulte. No vuelvas más porque me harías daño. Y en ese caso...

Le agarró con fuerza la muñeca. Carlos abrió la mano y dejó caer la cerilla.

—... vete de Pueblanueva. Escapa otra vez, como de la judía. Cualquier cosa menos quedarte aquí, envilecido. No dejaría de quererte, pero te perdería el respeto. Y eso sería horrible.

Trajeron una carta en la que el abogado le comunicaba la solución del asunto del sindicato, «a falta de algunas firmas». Señalaba el primer martes como el mejor día para que Carlos se trasladase a La Coruña, con el apoderado y con la junta directiva, para dar estado legal a la situación.

Carlos se metió la carta en el bolsillo y marchó al barrio de los pescadores. Halló al Cubano en la taberna, le dio la carta y convinieron el viaje.

—¿Puedo decírselo a todos? —preguntó el Cubano.

—Debe decirlo cuanto antes. Después de tanta espera merecen esta alegría.

El Cubano intentaba prolongar la conversación, pero Carlos le escuchaba distraído y acabó por marcharse. Buscó a don Baldomero en el casino. Le dijeron que se había marchado de mal humor. Fue a la botica. Don Baldomero, medio borracho, leía un libro de Vázquez de Mella sobre la Eucaristía.

—Sublime —dijo—. Sencillamente sublime. ¡Y qué prosa, amigo mío, qué admirable retórica! Esto es escribir, y no lo que hacen ahora. ¡Si yo fuera capaz...!

—¿De qué?

—De escribir un libro sobre el matrimonio cristiano. Un libro, también sublime, como este. Tengo grandes ideas, créame, pero me da pereza ponerme.

Cerró el libro y se levantó. Dejó dos copas sobre la mesa y el aguardiente de hierbas.

—Sírvase. ¿Qué le trae por aquí?

Carlos escanció el aguardiente verde y lo miró al trasluz.

—Hermoso color, ¿no le parece?

—El color no emborracha, don Carlos. ¿Qué le trae?

—Vengo a invitarle a una boda.

—¿A la suya?

—A la de Rosario la Galana. Voy de padrino, ya sabe. Y como después hay convite...

A don Baldomero le dio la risa: ancha, sonora, regocijada. Le temblaron el vientre y la sotabarba, le bailaba en los ojillos una luz picaresca.

—¡Buen pirandón está hecho! ¿Conque al fin la casa? ¿Y dónde van a

vivir?

—No les he preguntado, pero supongo que en la Granja de Freame. Es de ella.

—Mal hecho. Tenía usted que habérselos llevado al pazo. A él le daría igual, y usted, con ella en casa, estaría mejor servido.

Volvió a reír. Riendo, se dejó caer en la silla.

—¿Para qué preocuparse mientras haya cabrones en el mundo? El cabrón es cómodo y servicial, y debería ser más considerado en la sociedad. Aunque tengo entendido que en las altas clases sociales se les estima ya en lo justo. Aquí, en cambio...

Se echó al colete el contenido entero de la copa. Carraspeó y se limpió con el dorso de la mano el sudor de la frente.

—... Prescindo de mi caso particular. A veces, me estremezco al tocarme las sienes. Otras, las encuentro vírgenes de protuberancias. No sé si soy cabrón o no. De modo que dejemos aparte mi caso. Iba a decirle que en estas tierras al cabrón se le desprecia; pero tampoco crea usted que por mucho tiempo. Solo al comienzo, y lo suficiente para quedar bien, para que se vea que uno respeta los principios. Después, la costumbre... ¿Sabe usted que mañana le darán una cencerrada a la Galana? Lo oí decir en el casino.

—¿Una cencerrada?

—Es lo normal. Para que los novios trabajen con música. Pero, pasada una semana, se habrá olvidado. Si hubiera que recordar a los cabrones del pueblo que lo son, no llegarían las horas del día.

Dejó caer la mano pesadamente sobre el libro de Vázquez de Mella. Desapareció la alegría de sus ojos, quedó como melancólico y habló con voz profunda y rota, de borracho:

—Un libro sobre el matrimonio cristiano. ¿Se lo imagina usted? Un libro caritativo, pensado con el corazón. Un libro escrito exclusivamente para los cabrones de Pueblanueva, para que aprendieran a perdonar. Porque aquí, aunque no lo crea, todo el mundo está amargado por lo mismo. No hay confianza en las mujeres. Y a mí se me ocurre que en esto hay algo de exageración. Porque, por muy gallo que sea Cayetano, acostarse con todas, lo que se dice con todas..., ¿no le parece a usted que no es posible? De algunas se sabe, claro. Y porque se sabe de esas pensamos que las otras pueden hacer

lo mismo. Aquí, los hombres viven con la mosca tras de la oreja. Le repito que prescindo de mi caso, que es dudoso...

Enmudeció de repente y miró a Carlos con ojos vidriosos, con mirada desvaída.

—Porque mi caso es dudoso, ¿verdad?

—No, don Baldomero. No es dudoso en absoluto. Puede usted estar seguro de que doña Lucía le ha sido carnalmente fiel. Se lo he dicho otras veces.

Se animaron los ojos ebrios del boticario.

—Ya lo sé. Tengo una carta de ella en que me lo asegura, y una mujer que va a morir no miente. Es una carta escrita con sangre, una carta que no me deja dormir. Pero ¿será igualmente seguro para los demás? ¿No pensarán los del casino, cuando me ven entrar: «Ahí viene uno de los nuestros»?

—Lo pensarán, quizá, para que no haya excepciones.

—Eso. Para que no haya excepciones. Y como nadie será capaz de convencerles de lo contrario, hay que tenerlo en cuenta. Aunque sea falso, es una historia que requiere su remate. Tengo mi plan para cuando muera Lucía, un plan magnífico, bien madurado. Ya le contaré...

Quedó en silencio. Sus dedos jugaban con las hojas del libro y miraba al fondo de la habitación con una sonrisa debajo del bigote, entre pícara y feliz. De pronto:

—¿De modo que mañana? Iré, cuente conmigo. Y, si quiere, puedo servir de testigo. Habrá buena bebida, ¿verdad?

—No sé.

—¿Es que no la paga usted? ¡Está en la obligación de ser rumboso, don Carlos! Por padrino y por las otras razones que todos saben. Hasta el novio. Porque él no lo ignora. Sabe que la Rosario se acuesta con usted y que se acostó con Cayetano. No digo que no le guste también la moza. ¡Carajo! ¿A quién amarga un dulce? Pero si no estuviera usted detrás, no se hubiera casado. ¡Le sacarán los ojos, don Carlos! Es lo tradicional. Y, bien mirado, no es censurable. Ella pone el cuerpo sandunguero, y usted, la Granja de Freame, y luego tierras, y si se descuida, el pazo acabará siendo para ellos. Casos se vieron y se verán. Por eso le pregunté si no los llevaba a vivir consigo.

Se levantó pesadamente.

—Váyase. Voy a acostarme un poco. Esos hijos de puta del casino me han

sacado seis duros, y quise ahogar en vino el berrenchín. Me estoy cayendo.

Carlos se marchó a casa y se acostó también. No pudo dormir. Echó mano de un libro, leyó unas páginas, lo cerró. Empezaba a oscurecer, y las cosas iban desapareciendo en la penumbra. Le andaban por la cabeza Rosario y Clara, Clara y Rosario: como si cada una de ellas tirase y quisiera arrebatarlo y guardarlo para sí. Rosario y Clara, Clara y Rosario: insistentes, obsesivas, con sonrisa de miel o con mirada dramática; con palabras melosas o con palabras sollozantes. Se imaginó entre las dos, girando como un muñeco, con los brazos abiertos. ¿Era eso lo que hubiera hallado en el papel encarnado de la suerte del pajarito? Precio especial para señores. Hasta que se levantó, con la cabeza doliente, y salió al pasillo. Pidió una taza de té y se encerró en el salón. Paseó un rato. Después se sentó al piano. Le andaban ahora por la cabeza unos compases de Chopin: reconstruyó de memoria el vals entero, lo tocó, lo repitió, con ritmo rápido, con ritmo lento; alargando las frases o acortándolas. Así una hora o más. La Rucha vino una vez a preguntar si necesitaba algo y volvió después a enterarse de si el señor iba a cenar en casa.

—Sí, cenaré aquí.

—Pues cuando quiera.

Cenó poco, sin decir palabra. Pidió luego café y tomó dos tazas. También coñac. La Rucha le seguía el aire; pero en la cocina comentaba con su madre:

—No sé qué le pasa. Está como ido.

—A lo mejor es por la boda de la querida. No puede gustarle.

—Pues, si quisiera, las tendría mejores y más nuevas.

La Rucha hija se miró, al pasar, en el espejo del corredor.

—Seguramente saldré esta noche. Ustedes pueden acostarse —dijo Carlos.

Mandó apagar las luces, abrió la ventana y se sentó junto a la chimenea apagada. Fumó un pitillo, y otro, y otro. A las once salió a la calle. Pasó de largo frente al casino; pero unos metros más arriba se detuvo, retrocedió, escuchó. Se oían voces de una disputa: por encima de todas, la de don Lino. Hablaban de política. Don Lino peroraba en el centro de un corro.

—¿Que el pueblo quema iglesias? ¿Y cómo no va a quemarlas, si los curas han traicionado al pueblo? ¡Desengañese, don Baldomero! La quema de las iglesias es un acto de fe. Si el pueblo no creyera, ¿por qué iba a quemarlas? Y eso es lo que siento, que el pueblo tenga fe todavía. Hasta que curemos a los

españoles de todo atavismo, no podremos fundar una sociedad justa y pacífica. Entonces a nadie se le ocurrirá quemar iglesias. Verá en ellas lo que son, obras de arte, y no tendrá sentido la venganza, por el fuego, de la traición clerical...

Tenía el sombrero puesto, un poco echado sobre el cogote; la mano izquierda, apretada contra el pecho, y con la diestra accionaba ampliamente.

—¿Qué le trae por aquí a estas horas, don Carlos?

—Ya ve. Haciendo tiempo.

—¿Alguna cita?

—Falta de sueño.

—Pues si tiene alguna cita, procure llegar puntual. A las mujeres no les gusta esperar, aunque a veces den plantones.

Carlos se sentó en una mecedora.

—No quería interrumpirle, don Lino. Puede usted continuar.

—Es que, como va a haber elecciones, don Baldomero teme que vuelvan a quemar iglesias —explicó el juez.

—Le decía aquí, al boticario, que la quema de iglesias es un acto de religiosidad y justicia. Pero don Baldomero se empeña en que es cosa de ateos y masones. Y yo me pregunto: ¿qué sentido tiene para un ateo quemar un santo de palo, si no es más que una madera pintada? Se ha dicho muchas veces que solo el creyente blasfema.

Patatín, patatán... Carlos dejó de percibir los conceptos: solo le llegaba el ruido, solo veía la gesticulación ampulosa, el brazo enérgico que apuntaba alternativamente al techo y a las planchas del entarimado... Un ruido que hacía balancear las imágenes, que daba sueño.

—Bueno, señores. Parece que ya llegó el momento...

Salió. Los disputantes quedaron en silencio. El juez dijo:

—Sería cosa de seguirle...

—¿Para qué?

—¿Adónde va a estas horas?

—Pues a dormir. ¿No lo ha oído?

—No sé por qué me da mala espina. No estaba como otras noches. Así como preocupado. ¿No lo notaron?

Carlos subió la calle hasta la plaza, se metió bajo los soportales, paseó.

La plaza estaba vacía, las torres de la iglesia emergían del andamiaje y, en silencio, se agrandaban las voces y los ruidos. Clara se había olvidado de quitar el cartel: estaba allí, junto a la puerta cerrada. Lo cogió Carlos y estuvo tentado de escribir algo en él. Tuvo el lápiz en la mano, pero lo guardó y dejó el cartel en su sitio. Atravesó la plaza, llegó a la iglesia y se metió en las tinieblas del pórtico. Tropezaba en los cascotes, en los trozos de madera. Empujó la puerta y la halló abierta: en aquella negrura apenas se adivinaban las formas de las pilastras, más negras todavía. Crujían las maderas y, en algún rincón lejano, volaba un ave. Cerró la puerta y salió a la plaza. Dieron entonces, en el reloj, las doce menos cuarto. Arrimado a las paredes, por callejas, salió del pueblo, tomó la carretera que conducía a casa de Clara, entró en las sombras. Iba con paso sosegado, silencioso, por un lado de la carretera, bajo los árboles. Se oyó en el fondo del camino el rumor de unas esquilas; Carlos se escondió detrás de un tronco y esperó a que pasasen la sombra de un hombre, con ruido de zuecos contra el morrillo del camino, y el esquileo de unas cabras. Después continuó hasta llegar frente a la casa de Clara. Había luz en la puerta de la cocina y en una ventana: una luz débil, como remota y un poco temblorosa. Quedó junto a la puerta del corral, con la vista clavada en los rectángulos de luz. Vio aparecer una sombra, moverse, desaparecer. Entonces se apartó con sigilo, volvió a la carretera, se alejó unos pasos, silencioso, y luego echó a correr hasta llegar a un atajo. Se metió en él, se detuvo y encendió un cigarrillo. Alzó la cerilla hasta iluminarse el rostro y la apagó.

Por el atajo llegó a la otra carretera. Al pisarla acortó el paso. Asomaba la luna y, un poco más arriba, en una casa de la ladera, ladraba un perrillo.

Frente a la casa de Rosario volvió a detenerse y arrojó la colilla. Estaba todo oscuro y en silencio. Tentó la cancela y la halló abierta. Empujó, atravesó el corral, se arrimó a la ventana.

—Con cuidado, señor. Venga, deme una mano.

Las tendió abiertas. Rosario le agarró por las muñecas y tiró fuerte.

Había frito un huevo y unas patatas para cenar. Comió sin prisa, deteniéndose a cada bocado. Al terminar apartó el plato vacío, cruzó los

brazos sobre la mesa y escondió en ellos la cabeza. Las brasas del hogar amortecían; en la vela, el pabilo se doblaba y daba una llama larga, temblorosa: la esperma caía en chorretones, rebasaba la copa de la palmatoria, hasta la taza del pie; allí, las gotas se cuajaban, primero tiernas, luego duras; primero brillantes; luego opacas.

Cuando el cabo se consumió, el pabilo, acostado sobre la esperma líquida, empezó a chisporrotear. Clara levantó la cabeza y contempló la llama con ojos soñolientos y tristes. Abrió el cajón de la mesa, buscó otro cabo, lo encendió y lo hincó en la palmatoria. Saltó un chorro ardiente: unas gotas le salpicaron las manos. Se la llevó a la boca y chupó la quemadura.

—¡Caray!

Se restregó los ojos; luego estiró los brazos. Con ellos abiertos contempló, en la pared blanca, desnuda, la cruz de su sombra. Recogió los brazos rápidamente. Se levantó.

—Debe de ser muy tarde.

Sacudió la cabeza, se echó atrás el cabello. Dejó el plato y el cubierto en el fregadero y caminó despacio hasta el hogar. Sobre las trébedes se calentaba un puchero de agua. Lo destapó y volvió a taparlo. Quedó de pie, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el vientre, y así durante un rato. Las brasas se habían apagado y griseaban las cenizas.

Retiró el puchero, vertió el agua en un barreño, lo apoyó en la cadera y salió. La habitación de su madre estaba a oscuras. Buscó a tientas una silla, dejó en ella el barreño, trajo después una vela encendida.

Su madre estaba acostada de cualquier manera, entre un revoltijo maloliente. Se acercó, la alumbró con la vela. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta, y su respiración parecía un estertor. Al sentirse movida gimió y estiró los brazos.

—¡A ver, espabila!

La movió, con gesto de repugnancia, hasta dejarla encima de un trozo de hule. La vieja se removía y protestaba. Empezó a lavarla. La vieja le sujetó una mano con fuerza. Clara dio un chillido y chupó la sangre de un rasguño.

—¡Quieta, leche! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Bien podías morirte de una vez!

La vieja lloriqueaba, y de su boca sin dientes salía un hedor amargo.

Terminó de lavarla, la desnudó y la acostó. Recorrió luego la alcoba, contó los bultos de ropa recogidos en un rincón, abrió la ventana y respiró el aire fresco de la noche. Llegaba el perfume de una mata de madreselva; lo sorbió con calma, hondamente; alargó una mano, arrancó una rama y la acercó a las narices. Trasparecía la luna entre los pinos, y un alacrán cantaba al pie del muro; se mezcló a su canto el de la lechuza y, en seguida, otros cantos, próximos, lejanos, despertaron. Clara se inclinó fuera de la ventana, como escuchando. Después se retiró, dejó la ventana entornada. La vieja se había dormido: respiraba con un ronquido fuerte, gutural. Le arregló el embozo y la besó. Se apartó, con la vela en la mano, y cerró la puerta suavemente.

—¡Qué culpa tiene la pobre!

La luna entraba de lleno por la ventana del fregadero. Cerró las maderas y se puso a fregar. Después limpió la mesa y barrió el suelo. Un ratón acechaba las migas de pan, le golpeó con la escoba, el ratón huyó por un agujero y, en seguida, asomó el hociquillo.

—Anda, que ya te queda poco.

Se lavó las manos y echó un vistazo a la cocina: a los vasos vacíos, al canasto en que había guardado las ollas y los platos. Metió en él la loza que acababa de lavar y arrimó la mesa a la pared, junto a unos fardos.

—¡Y que una se esfuerce en ser decente para gustar a un hombre y que el hombre resulte imbécil!

Colgó de un clavo el delantal.

—También es mala suerte.

Se olió las manos y volvió a lavarlas. Enjugadas, las contempló a la luz de la vela, las levantó, las remiró. Hizo un mohín de indiferencia y salió al pasillo. La llama trémula alargaba las sombras. Empujó la puerta de su cuarto, bruscamente, con gesto torcido. La brisa marina entraba por la ventana abierta y meneó la llama. Cerró tras sí, quedó arrimada a la puerta, con la palmatoria en la mano. Por la ventana llegaban los rumores lejanos, los primeros rumores de Pueblanueva, y un suave resplandor.

—Y total, ¿para qué?

Dejó la vela encima de una silla, se acercó a la ventana y se acodó al antepecho. La luna alumbraba un trozo de camino, lo hacía blanquear entre las sombras inmensas. El camino estaba vacío y no se oían pasos. Del lado de la

playa llegó el silbido agudo de una sirena, seguido de otros, más roncós. Y después, el rugido lejano, jadeante, de un motor. Por encima del monte, el alba clareaba, y en el borde de la oscuridad del cielo temblaba una estrella. Clara levantó la cabeza hacia lo más alto y volvió a escrutar las sombras del camino. Los ruidos del pueblo crecían, espaciados, distintos; ahora, una voz de hombre llamaba: «¡María!», sin respuesta. Pero el camino seguía vacío y silencioso.

Se desabrochó la blusa, aflojó el cinturón. La vela, encima de la silla, enviaba al techo las sombras. Dejó caer las prendas en el suelo, una a una, conforme se las quitaba, hasta quedar desnuda. Lanzó las zapatillas a un rincón y se arrojó, de bruces, sobre la cama. Hipaba, y los sollozos le hacían temblar la espalda, como sacudidas, y resonaban en el silencio de la mañana. Poco a poco se aquietó.

Un ave nocturna cruzaba el espacio oscuro, con vuelo torcido. Tropezó en el cristal de la ventana abierta y cayó dentro de la habitación. Clara alzó la cabeza y miró al murciélago.

—¡Sus!...

El ave, deslumbrada, se arrastraba torpemente. Clara se levantó, la agarró por un ala y la arrojó a la oscuridad. Clara tenía los ojos húmedos, rojizos. Sintió, de repente, la desnudez; se llevó las manos al pecho y se lo apretó con fuerza. Luego se vistió el camisón y se sentó en el borde de la cama, los codos en las rodillas y la barbilla en las palmas de las manos. El murciélago seguía volando cerca de la ventana, rompía el silencio con su aleteo sordo. Clara miró al vacío un largo rato y después sonrió, cerró los ojos, echó el cuerpo atrás, se apoyó en las manos, dejó colgar la cabeza. Bruscamente empezó a santiguarse, pero no terminó la cruz.

—Da lo mismo.

Se acostó sobre la colcha, hecha un ovillo, la cara oculta. De repente se estiró, cruzó los brazos bajo la nuca y miró al techo. Se le entreabrían los labios, la sonrisa crecía, le arrugaba la nariz, ascendía hasta los ojos, los turbaba. El murciélago entró de nuevo, voló por encima de la cama, tropezó, salió rebotado, volvió a tropezar. Dio un chillido y se lanzó al suelo. Clara no se movió. Respiraba con anhelo creciente, se le agitaba el pecho, tentaban en el aire las manos temblorosas. Dobló las rodillas; una primero, luego otra. La

mano izquierda buscó el tobillo y lo acarició; la mano diestra tentó en el aire hasta encontrar la silla y la palmatoria. Acercó la vela a los labios, sin mirarla. Sopló y se extinguió la llama.

El murciélago, en la habitación oscura, cruzaba el aire. A veces gruñía. Fuera, lejos, se oían las primeras campanas.

De la parra en que apuntaban los pámpanos colgaban las bombillas. La mesa, en forma de C, ocupaba el fondo, y la mitad del patio quedaba libre, hasta un murete de piedra y losas en que se iban dejando las botellas vacías y los platos sucios. Rosario y Ramón, sentados en el centro de la parte más larga, vestían de oscuro; quietos, mudos, la vista siempre al frente, sin mirarse y sin mirar. Un mocetón peneque, con una flor en la oreja, le dio un cachete a Ramón.

—¡Vamos, hombre, ámate, que no es para estar serio! Mujer como esta...

Ramón hizo una mueca que pareció una sonrisa. La madre de Rosario comentó:

—Para los novios, más que una boda, parece un velatorio.

—Siempre es muy serio casarse —dijo la madre de Ramón.

Estaban juntas y habían hablado de tierras, de ganados, de dineros. En voz baja, sin que oyera el Galán.

La música era de gramófono, y en el medio del patio bailaban las parejas: mozos vestidos de pana negra, con las boinas muy hacia atrás o muy hacia delante y una vara en la mano, que no soltaban; y muchachas rollizas, grandonas, con trajes verdes, colorados. Una mujer madura, con los ojos encendidos de vino, se acercó a Carlos.

—¿Qué clase de padrino es este que no saca a bailar a la novia? Dispensando...

—No sé bailar.

—¿Y el boticario? ¿Tampoco sabe bailar el boticario?

—¡Eso! ¡El boticario! ¡Que baile el boticario!

Rodearon a don Baldomero. «Que baile también». «¡Que baile!». Le agarraron de la chaqueta y lo sacaron del asiento. Don Baldomero alzaba las manos.

—¡Bueno, bueno, bailaré!

Miró alrededor. Tres o cuatro mozas, riéndose, se agrupaban en un rincón. Don Baldomero se acercó a ellas, con las manos por delante.

—¡Váyase! ¡Mirad el viejo! ¡Busque pareja de sus años!

—No hay que fiarse de las apariencias, muchachas, porque yo...

Agarró del brazo a una de las mozas, rubia, de trenzas gruesas, y la arrastró al medio del patio.

—¡Déjeme! ¡Rayo de boticario...!

—Vamos a demostrar a esos que sabemos bailar y todo lo que pidan.

Se abrochó la chaqueta, enlazó a la moza por el talle y empezó a dar saltos. Los invitados reían.

—¡Y qué buena pareja hacen! ¡Puede casarse con ella cuando quede viudo!

—¡Y que tiene buenas tetas, don Baldomero! ¡Palpe, palpe! ¡Ahí hay dónde agarrarse!

Don Baldomero se detuvo y apartó un poco a la moza.

—De eso no puedo dar fe. Aquí hay algo que estorba, pero ¿quién me asegura que no son dos almohadillas?

—¡Dos almohadillas! ¡Meta la mano y vea! ¡Dos almohadillas!

Don Baldomero encaró a la moza. Ella le miraba con burla.

—Y tú, ¿qué dices?

—No digo nada, señor.

—Esos quieren que te meta la mano.

—Usted verá.

—Habría que pedir permiso a la novia.

—La novia manda en su cuerpo, y yo, en el mío.

—Entonces, ¿no me dejas?

—¡Atrévase!

Don Baldomero, consternado, se volvió a los invitados. Se aflojó el nudo de la corbata y tendió las manos.

—No me deja.

—¡Le tiene miedo!

Reían, abucheaban. Don Baldomero alzó los brazos.

—¡Haya silencio! Está en su derecho al no dejarse tocar; pero, si no fuesen almohadillas, se dejaría.

—¡Es que le tiene miedo! ¿Dónde están los pantalones?

El gramófono seguía tocando. Las parejas hacían corro a don Baldomero y a la moza. Otros invitados se levantaban, se acercaban: con risas anchas, con palabras de aliento y desafío.

—¡Ánimo, don Baldomero!

—Si usted fuera un hombre como Dios manda, se las tocaba a la fuerza.

—¡No te dejes, muchacha! ¡Que se toque las narices!

La moza miraba, siempre riendo; miraba alrededor.

—Lo dejaré si es capaz...

La boca ancha, los ojos grandes, desafiaban. Don Baldomero pasó la mano por los labios resecaos y pidió vino. Le alargaron un frasco y bebió un trago largo. La moza se había puesto en jarras y esperaba. Don Baldomero devolvió el frasco y fue hacia la moza lentamente. La miraba, y ella aguantó la mirada.

—Si es capaz...

Le empujaron. Sus manos buscaban el escote de la moza. Ella se las cogió, se las agarrotó.

—Dije que si es capaz...

El corro se había estrechado. Bocas abiertas, ojos encendidos. Don Baldomero se sintió apretado, arrojado encima de la moza.

—¡Ánimo, don Baldomero! ¡Al suelo con ella!

Los brazos de la moza le agarraron, le sujetaron; una pierna joven se metió entre las suyas, una pierna dura y poderosa, que le atenazaba la pantorrilla, que le hacía perder pie. Alrededor, jadeaban, gritaban, le animaban, le abucheaban. Se agarró donde pudo. Al caer arrastró a la moza consigo. Quedó debajo, aplastado. Las rodillas de la moza, en su vientre; los brazos, sujetos. Encima de su cara, otra cara, rojiza, sonriente, unos ojos azules que seguían burlándose y unas trenzas que le rozaban el cuello.

—Ya le dije que si podía... ¡Ande! ¡Métame mano!

Los otros reían, chillaban. Se empujaron, cayeron también. Dos, tres, cuatro mozas, todas encima de don Baldomero. Las trenzas y el pecho de la rubia le sofocaban, le ahogaban. Chilló, pero sus chillidos se perdían.

—¡Que me vais a matar!

También los viejos se habían acercado, también reían y gritaban ante el revoltijo de piernas al aire, de puntillas rotas, de faldas remangadas, de

muslos desnudos. Ramón y Rosario no habían sonreído ni parecían mirar. Carlos, sentado en una esquina, se sirvió un vaso de gaseosa con tinto y se aproximó al tumulto. Los mozos, de pie, cantaban. Una muchachito intentaba esconderse.

—¡A esa! ¡Esa también!

Empezaba a caer la luna hacia los montes del oeste. Desde lo alto del camino se veían sus brillos, amortiguados, en las aguas de la ría.

—¿Adónde quiere que vayamos, don Baldomero? —preguntó Carlos.

—Me da igual un sitio que otro, pero le confieso que me gustaría echar un trago.

—¿Más?

—¿Por qué no? Una vez empezado...

—Estamos cerca de mi casa. Algo habrá...

Don Baldomero se agarró al brazo de Carlos y se apoyó en su costado.

—Permítame. Empiezo a tambalearme.

Carlos rio.

—Yo también.

—¿Usted? ¿Borracho usted? ¡Por la Santa Madre de Dios, don Carlos! Es la primera vez...

—¿Qué más da?

Don Baldomero se detuvo, soltó el brazo de Carlos y se plantó delante. Espiaba su rostro a la luz de la luna.

—No será para olvidar...

—¿Para olvidar? —Carlos volvió a reír—. ¿Para olvidar qué? ¡No tengo nada que olvidar! No me gusta hacerlo. Los recuerdos olvidados hacen daño.

El boticario arrugó el ceño.

—Eso es cierto, ya ve. Lo reconozco. Pero ¡qué leñe! ¿No es verdad que hacen más daño cuando no se les olvida?

Carlos le agarró por los hombros y empezó a caminar.

—¿De qué recuerdos me habla, don Baldomero?

—No quiero ser indiscreto, pero hoy me he convencido de que está usted enamorado de la Galana.

—No. Se lo aseguro.

—¿Va a decirme que no fue su querida?

—Eso es otra cosa.

—¿Y no le duele que se haya casado con ese bestia?

—Yo se lo aconsejé. Le doy mi palabra.

—Lo creo. Pero ¿no está imaginando ahora a la Galana en la cama, con su marido encima, y no se pone triste?

—No tengo el menor interés en imaginarlo.

Llegaban al camino del pazo, estrecho y largo como una cinta clara en medio de oscuridades. Cantaba, en unos abedules, el ruiseñor. Don Baldomero tropezó en un guijarro. Carlos, al querer agarrarlo, se le echó encima. Cayeron al suelo. A don Baldomero le dio una risa aguda, alta. El ruiseñor quedó en silencio.

—Estamos como cubas, don Carlos.

—Todavía no.

—Écheme una mano, si puede.

Se ayudaron. Don Baldomero buscó otra vez el brazo de Carlos.

—Los recuerdos son una cosa jodida, créamelo. Ya ve. Bien pensé que al marcharse Lucía me quedaría tranquilo. Pues no... En cuanto estoy solo, empiezo a recordarla... Cuando éramos novios, cuando nos casamos. ¡Qué imbécil es uno, don Carlos! En mi caso, ¡qué imbéciles los dos! Lo teníamos todo para ser felices, y lo echamos a perder.

Estaban cerca de la verja. Carlos se adelantó a abrirla. Esperó a que pasara don Baldomero y volvió a cerrar.

—Bueno. Todo, no. Ya le dije una vez que mi mujer nunca tuvo tetas. Pero ¿es tan importante eso para destrozar un matrimonio? ¿No fui yo el primer imbécil? Porque echar a perder un matrimonio porque ella no tenga tetas...

Carlos empujó el postigo.

—Pero ¿tiene siempre esto abierto?

—¿Por qué no? No hay nada que robar.

El zaguán estaba oscuro. Don Baldomero empezó a andar a tientas. Tropezó con un banco y soltó un taco.

—Espere.

Carlos buscó cerillas, encendió una.

—Por aquí debe de haber un cabo de vela. Es el chiscón del Relojero.

Revolvió entre los cachivaches del loco. Paquito despertó con el ruido. Abrió los ojos, miró sin decir nada, los volvió a cerrar.

—Sí. Aquí está.

Subieron. En el cuarto de la torre, Carlos encendió un quinqué. Don Baldomero se dejó caer en el sofá.

—Ya tenía ganas de sentarme.

Cerró los ojos y quedó espatarrado. Carlos volvió con vasos y una botella. Don Baldomero parecía haberse dormido. Le sacudió por un hombro.

—¿Ha venido usted a beber o a dormir?

—Abra una ventana. Hace calor aquí.

Carlos abrió la ventana. Don Baldomero, apoyándose en las paredes, llegó hasta ella. Una luz de plata, mortecina, envolvía el pueblo y la ría.

—¡Qué hermosa vista!

Le dio otra vez la risa.

—Como le decía, tengo recuerdos. Y cuando Lucía muera, será peor. ¿Sabe usted...?

Se interrumpió y miró a Carlos con espanto.

—¿... sabe usted que he deseado la muerte de Lucía? ¿Sabe usted que la deseo? ¿No se lo he contado nunca?

Carlos no le contestó. Había llenado de vino dos vasos y ofrecía uno al boticario.

—Espere, porque, si caigo, no le podré decir esto.

Carlos echó un trago del suyo y los dejó en el antepecho de la ventana.

—En el caso de que no le moleste —añadió don Baldomero.

—No. Diga lo que quiera.

—Pues le deseo la muerte. Contra mi voluntad, ¿comprende? Estoy pensando y, de pronto, la veo entre cuatro velas, vestida con el hábito de san Francisco. O me veo a mí mismo regresando del cementerio, donde acabo de dejarla bien enterrada. ¿Le molesto?

—No. Siga.

—Esas cosas me ocurren desde hace mucho tiempo, desde antes que ella estuviera tan mala. Y se me ocurría también que, muerta ella, volvía a casarme.

—¿Con su criada?

—Con una chica de veinte años.

Echó mano al vaso y lo vació.

—Eso es desear su muerte, ¿verdad?

—Sí.

—Soy un miserable.

Tendió el vaso a Carlos.

—Deme un poco más.

—¿Está dispuesto a dormir aquí?

—¿Qué más da? Mal será que alguien se ponga a morir y necesite medicinas.

Empezaba a hablar con lengua gorda. Carlos le sirvió más vino.

—El mundo sería perfecto si no existiese Dios —dijo don Baldomero—. Dios lo estropea todo.

—Sí —dijo Carlos.

—¿A usted también?

—A mí como a todo el mundo.

—Pero ¿usted cree?

—Cuando estoy borracho, sí.

—Usted no está borracho nunca.

—Pero ahora lo estoy, y creo en Dios.

—Cómo nos la ha jugado, ¿eh? Porque sin Él, ¿qué me importaba a mí desear la muerte de Lucía? Y a usted...

—A mí, ¿qué?

—A usted también le hará la puñeta de alguna manera. Y si cree usted en Cristo, peor. Porque a mí se me ocurre que si fuese como antes, en tiempo de los judíos, la cosa sería más llevadera. Pero pensar que Cristo vino a sufrir por nosotros... para esto. Lo que a mí me remuerde la conciencia es hacer sufrir a Cristo. Y que no sirva de nada, al menos en mi caso, porque voy a condenarme...

—Ya está usted condenado.

Don Baldomero abrió los ojos con dificultad.

—¿Usted cree?

—Todos estamos ya condenados. Pueblanueva es el infierno y no podemos

salir de él. ¿No me ve a mí? Llevo dos meses diciendo que me voy mañana, que me voy pasado, y aquí estoy, y aquí me quedo. No puedo marcharme, no podré hacerlo nunca. A veces pienso si no habré muerto y si esto no será eterno.

—¿También usted piensa tonterías?

—Como cualquiera.

—¡Ah! Creí que usted no pensaba tonterías.

Con el vaso en la mano fue hacia el sofá. Tropezó, se le derramó el vino, tendió otra vez a Carlos el vaso vacío; pero Carlos había quedado en la ventana, miraba a la madrugada. Entonces se sentó en el sofá y cerró dulcemente los ojos.

—Personalmente, no me molesta que también sea usted, a veces, tonto. Un hombre que no es tonto alguna vez, no parece humano.

Carlos no se había movido. Permanecía de espaldas, acodado al antepecho.

—¿Me escucha, don Carlos?

Carlos no respondió. Don Baldomero se extendió en el sofá trabajosamente. Primero, una pierna; luego, la otra. Le quedó un brazo encima del vientre, y el otro colgando. Las puntas de los dedos rozaban el suelo. Abrió la boca y empezó a respirar: largo, fuerte, pausado. A veces se le escapaba un pequeño ronquido.

Se despedían los últimos convidados: dos mujeres de luto, un mozo pescador, un viejo. Ni Rosario ni Ramón se movieron: el cuidado de despedirles y acompañarles hasta la puerta quedó a cargo de la Galana y de la madre de Ramón.

—Bueno, ¿y ahora?

—Cada uno a su casa, y Dios a la de todos.

—Amén.

Marcharon en grupo: las dos madres, delante; el Galán y sus hijos, casi pegados a ellas; Rosario y Ramón, detrás, un poco alejados. Solo hablaban las madres. La de Ramón se despidió a su tiempo.

—Que la boda sea para bien.

—Dios la oiga.

Hablaban con tono lúgubre. Se besaron. La de Ramón besó también a Rosario. A Ramón le dijo:

—Ya irás mañana por casa.

—Iré.

Se alejó. Los hermanos de Rosario habían entrado. Los padres se dirigieron a la puerta. Rosario tomó de la mano a Ramón.

—Ven.

Se encendió una luz en la cocina. El Galán se sentó en una banqueta. La Galana vieja se dirigió al fregadero y sacó del barreño unos cacharros. Rosario y Ramón llegaron al umbral y quedaron en él, de pie.

—Y ahora, a dormir todos, que mañana hay que trabajar.

—Espere, madre.

Rosario soltó la mano de su marido y entró en la cocina.

—Levántese, padre, y saque las vacas y el carro. Y usted, madre, y mis hermanos vayan bajando las cosas. No guarde la loza, que no hará falta.

—¿Qué dices?

—Lo que oye, mi madre. Que ahora mismo se marchan de esta casa, y se llevan los muebles, y el cerdo, y las gallinas, y todo lo que no es mío. Ahora mismo.

La Galana vieja llevó las manos, lentamente, a los ijares. Encaró a su marido.

—Pero ¿tú oyes esto?

—Claro que lo oye, y no lo voy a repetir. Ya aguantaré bastante si les permito recoger la cosecha, que también es suya. ¡Andando! ¡Y no quiero verles más en la vida, ni han de pisar mi casa, aunque me coma una centella! ¡Por estas!

Tranquila, erguida, besó los dedos en cruz.

—Ya puede llamar a mis hermanos. Que no se acuesten.

La vieja apartó, de una patada, la banqueta en que el Galán había estado sentado.

—¡Claro que los llamo! ¡Pepe, Miguel, bajad en seguida! ¡A ver si con ellos te atreves...!

Le salía a los ojos una furia súbita, se le había endurecido el rostro y

levantaba al aire las manos oscuras, clavaba en el aire los dedos como garfios.

El Galán, junto al llar, blando, encogido, miraba sin entender: a Rosario, a Ramón, a su mujer.

—Pero, mi hija, la casa...

Tendía los brazos con las palmas abiertas.

Rosario se acercó a Ramón.

—Ramón, la tranca.

Cerró la puerta y cogió una barra de hierro.

—Toma. Tú, ahí, con eso. Y que te toquen. Yo voy a desnudarme.

Miró a sus padres duramente y entró en el dormitorio. Oyó los pasos de sus hermanos en la escalera, las voces de su madre, cada vez más altas. Imprecaciones, insultos. Siguieron llantos.

—¿Y vas a dejar que tu mujer eche a sus padres de casa? ¿Vas a dejarlo?

—¡Cría cuervos! ¡Tráela regalada veinticinco años! ¡Y todos trabajando para ella!

En calma, Rosario cerró la ventana y la contraventana. A su madre le había dado un patatús. Pero en el piso se oían golpes y arrastrar de muebles. Entreabrió la puerta y vio a Ramón, armado y erguido, delante de la cocina. Fuera, el Galán ajetreaba con el carro, y el perro ladraba. Empezó a desnudarse. Vestida a medias, abrió el armario y sacó un camisón, lo desdobló y lo dejó encima de la cama. Quedó desnuda, se miró al espejo del armario y se vistió el camisón. Después, quitó la colcha, la dobló con cuidado, la guardó. Deshizo el embozo, arregló las almohadas.

Había ruidos en la escalera. Una vaca mugía en el corral.

Abrió la puerta del dormitorio. La Galana, tirada en un rincón, gimoteaba. En el suelo se mezclaban las ollas con los platos, las sábanas con las bolsas de maíz.

Pepe y Miguel, fuera, hablaban en voz alta.

—¡Ponla encima! ¡Más atrás! Luego yo ato.

—No nos va a caber todo.

Entraron, pasaron sin mirarla, sacaron una cama. La Galana se incorporó penosamente.

—¡Permita Dios que te salga un cáncer en las entrañas, y te vea pidiendo

por los caminos, y que te escupan a la cara!

—Menos prosa, madre, y más espabilar, que estoy caliente y quiero dormir con mi marido.

A Ramón le brillaron los ojos. Apoyó la barra en la piedra del umbral y esperó en su lugar descanso.

Iba el Galán delante, tirando de las vacas, con la aguijada en una mano y en la otra un farol encendido. Pepe y Miguel, cargados de fardos, a los lados del carro. Detrás, la Galana, con una cesta a la cabeza, y en la cesta tapadas, las gallinas. El cerdo la seguía, gruñendo, atado de una soga.

La noche estaba clara, sin viento. La luna había alcanzado la mitad del cielo: pegaba por la izquierda y lanzaba contra el seto de zarzas las sombras trashumantes. El campaneo de las esquilas se mezclaba al chirrido del carro.

—¡Ay, *Marela!* ¡*Xubenca!*

La Galana lloriqueaba:

—¿Y adónde vamos a ir, pobriños de nosotros? ¿Quién será el alma cristiana que nos recoja en esta noche de lobos? ¡Todo por una hija sin alma, por una perra sin corazón!

—Calle, mi madre, que, llorando, se reirán de nosotros.

—¿Y qué voy a hacer más que llorar?

—Callar, mi madre. Hay que tener vergüenza.

En los bordes del cielo brillaban las estrellas, y allá abajo, en el fondo del valle, un resplandor plateado envolvía a Pueblanueva. De pronto, de las sombras, surgió un tropel de gente, hombres y mujeres con calderos de metal, con sartenes, ollas, cubos, almireces. Iban en silencio, de uno en fondo, por la cuneta, amparados en la sombra. Los grupos se cruzaron. Alguien dijo:

—¡Buenas noches nos dé Dios y la compañía!

—Buenas noches.

El tropel silencioso desapareció.

—¿Y adónde iban? —preguntó la Galana.

Nadie le contestó. Poco rato después se oyó un estrépito furioso.

—Es la cencerrada, mi madre.

—¡Y si le ponen fuego a la casa, con ellos dentro, harán justicia!

¡Desalmados!

Habían llegado al cruce de caminos y no sabían por dónde ir.

LIBRO III

LA PASCUA TRISTE

A María Fernanda

Durante la primavera llovió poco; en el verano, ni una gota. Los maíces están desmedrados, y las viñas, canijas. Cuando sopla el norte, el polvo invade a Pueblanueva, la envuelve en una nube, la oscurece. Parece, además, como si todas las moscas del mundo se hubieran juntado aquí. Moscas en la calle y en casa, moscas rabiosas, furiosas, que pican como avispas, que zumban todo el día, que ni siquiera en la noche se sosiegan. En el casino, los tresillistas acordaron elevar a la junta directiva una petición en regla para que comprase papeles engomados y los colgase aquí y allá, a ver si las moscas se iban. La junta lo tomó en consideración y se compraron papeles matamoscas al por mayor. Todas las mañanas, el chico del bar procede a descolgar las largas tiras amarillas donde las moscas muertas se apretujan; las lleva a quemar al patio y luego pone otras nuevas, que en seguida dejan de brillar, salpicadas de moscas que van cayendo, cientos y cientos: Sin embargo, en el aire, en las paredes, nuevas moscas ocupan el lugar de las muertas, como ejército inacabable al que las bajas no preocupan. Hay quien se pasa las horas siguiéndolas con la mirada y cuando quedan pegadas lanza un grito de triunfo y apunta: «¡Trescientas sesenta y ocho!». Las tiras engomadas dan al salón aspecto de verbena; pero como no bastan, se han traído unos recipientes de alambre, en forma de cono truncado con la parte estrecha para arriba. Se abren, se mete en el interior un terrón de azúcar y se dejan en los rincones; las moscas entran por un agujerito a comer lo dulce y ya no saben salir: se quedan allí dentro, se amontonan cada vez más bulliciosas y hacen un ruido sordo. Cuando el recipiente está lleno, el chico del bar lo recoge, le ata una cuerdecita y se lo lleva a la mar, donde ahoga a las moscas; después lo limpia, le repone el azúcar y a seguir almacenando insectos. Se dice que Cayetano ha traído de

Inglaterra un líquido que las mata solo con el olor y que en las oficinas del astillero gracias a eso no hay moscas y se puede trabajar tranquilamente.

Como todo no habían de ser males, la temporada de pesca fine superior. La sardina sobre todo se da que es una gloria: no hay más que echar el copo, y lleno. Vienen de fuera camiones a cargar la pesca; la meten en cajas con hielo y se la llevan, dicen que a Madrid. Pero como hay tanta, va barata, y el precio no cubre gastos. Lo mismo pasa en Vigo y en otros puertos pesqueros. Un día llegaron unos sujetos, se reunieron con el comité del sindicato y acordaron pescar menos para que la mercancía suba de precio. Cayetano dice que si en Pueblanueva hubiera una fábrica de conservas daría lo mismo que el pescado fuese tirado, porque al menos tendrían trabajo las mujeres. Pero a nadie se le ocurrió fundar en Pueblanueva una fábrica de conservas. Por esa razón, el sindicato no va boyante y Carlos Deza ha tenido que hacer uno o dos préstamos en metálico para pagar las facturas de la raba.

Porque don Carlos Deza no se marchó. Primero dijo que lo retrasaría un par de meses; luego ya no se habló más de eso. Se supone que espera la llegada de la francesa, que algún día vendrá, pero no sabemos cuándo. A veces se habla de ella en el casino, ya sin interés. La verdad es que en el casino se habla poco. Ni siquiera jugando: las partidas son sordas, enconadas. Muchas veces un jugador, de pronto, suelta un taco, da un puñetazo en la mesa y grita que con este calor no se puede y que entre el calor y las moscas no hay nervios que aguanten. Pero como no hay mejor cosa que hacer a esas horas de la siesta o al caer de la tarde, se sigue jugando.

A mediados de julio, don Carlos Deza apareció por el casino y dijo que ya se habían terminado las obras de la iglesia y que si queríamos ir a verlas porque tenían mucho mérito. Pegaba tan fuerte el sol que nadie tenía ganas de moverse; pero don Lino, por aquello de la cultura de que habla siempre, se levantó y se fue con don Carlos. Recorrieron la iglesia, ya libre de andamios por dentro y por fuera, y regresaron. Don Lino venía entusiasmado: durante más de una semana habló del estilo románico, de cómo se construía hace siete siglos y de que entonces los albañiles tenían sindicatos como ahora y que de aquellos sindicatos vienen los masones

actuales. Explicó el cómo, pero nadie lo entendió bien; hay quien asegura que todas las tardes, antes de ir al casino, leía en un libro lo que había de decir después y que de eso le venía su ilustración. La verdad es que el arte románico y los masones no le importan a nadie y que lo mismo da la iglesia de una manera que de otra. Es cosa que interesa a los curas; si acaso a don Julián, el de Santa María de la Plata: se le oyó protestar muchas veces de que las obras tardasen tanto, y cuando una vez terminadas el padre Quiroga se metió allí con otros dos frailes y empezó a pintar las paredes, el cura fue a verle y a decirle que con una mano de cal bastaba y que en la iglesia nunca había habido pinturas. Pero como la vieja mandó en su testamento que se pinten las paredes, el cura tuvo que callarse. Desde entonces el padre Eugenio con sus frailes trabaja todos los días y nadie sabe lo que hace porque no dejan entrar. Mandó poner en la puerta un cartelito: «Prohibido el paso». Allí solo entra don Carlos de los de fuera.

Clara Aldán casi no sale de su tienda. Abre las puertas antes que nadie, cuando todavía no han montado los tenderetes de la plaza, y ya está de pie detrás del mostrador. Su clientela se compone de aldeanas sobre todo: se entiende bien con ellas. Saca las mercancías a la puerta como todo el mundo, pero las arregla de modo que resulten más llamativas, y siempre hay un par de aldeanas remirando. Dicen que vende mucho. Alguien que la vio de cerca asegura que está un poco más delgada y más guapa. Ahora viste bien. Para el verano se hizo dos vestidos, uno blanco y otro colorado, cortos y con escote. Pero no da que hablar. Suele salir de noche y pasear por el malecón; sola siempre. Ni se ha visto a don Carlos en la tienda ni con ella. Deben de andar mal las amistades.

De don Carlos Deza se dice que estudia mucho y que también escribe. Sigue viviendo en casa de la vieja; pero cuando apretó el calor dejó a las Ruchas y se fue al pazo, que como está en alto es más fresco. Pasó allí todo el mes de agosto sin bajar a la villa ni siquiera para ver cómo pintaba el fraile. Durante parte del verano tuvo allá a los padres de la Galana y a sus hermanos, que allá se aposentaron cuando la hija los echó de casa, y don Carlos les dejó un alpendre para cobijarse y unas habitaciones en el bajo más tarde. Hasta que dispuso alquilarles unas tierras y una casa de la vieja, bastante lejos del pueblo, y allá se instalaron los Galanes con uno de sus

hijos, que el otro acordó emigrar y marchó a La Habana. El pasaje se lo pagó don Carlos. Al cabo del verano el más pequeño volvió al astillero, con seis pesetas diarias de jornal. Martínez Couto contó que don Carlos le había hablado por él a Cayetano y que por eso lo admitió.

A la Galana se la ve muy pocas veces y para eso temprano. Se le quemó un poco el cutis con el sol, pero sigue tan guapa y repolluda. Se lleva bien con el marido, que trabaja todo el día en la finca y aún necesita de un par de jornaleros para ayudarle. Rosario cose, como antes, ropa blanca, pero en su casa, salvo cuando hubo que arreglar las sábanas de Carlos, que entonces pasó los días en el pazo. A Paquito el Relojero le preguntan si esos días la Galana se acuesta con don Carlos; pero él responde con un gruñido que cada cual interpreta como quiere, sí o no. Es de suponer que sí, que se acuesten. Y que don Carlos inventó lo de pasar agosto en el pozo con el calor como pretexto para que la cosa fuese más fácil. De todas maneras la historia ya dejó de interesar, y el marido de la Galana pasa por la calle, cuando pasa, sin que lo miren.

Cayetano estuvo en Inglaterra cosa de quince días y, al regreso, en otras plazas con astilleros. Trajo máquinas nuevas, además del líquido matamoscas; mucho tabaco de pipa, que regaló en parte a los aficionados, y corbatas. A su madre, galletas y mermeladas. Contó en el casino lo que había visto, y cuando le preguntaron que qué tal estaba Inglaterra de mujeres, respondió que no había pensado en esas bobadas. Con lo cual todo el mundo abrió la boca y se miró, y Cubeiro soltó en voz alta: «Este no es mi Juan, que me lo han cambiado!». Cayetano, o no supo qué responder, o hizo como que no le oía. Sin embargo, la noche del baile del 15 de agosto apareció por el casino y bailó media docena de piezas con Julita Mariño. La gente no salía de su asombro y se cuchicheaba que, aunque tarde, venía a cobrarse del apoyo prestado al señor Mariño hace unos meses, cuando tuvo dificultades.

Todo el mundo parecía más tranquilo, como si se pensase que Cayetano volvía a ser el mismo y que así nos entenderíamos mejor. Pero al día siguiente, por mucho que Julita salió de su casa, recorrió las calles arriba y abajo y se hizo la visible, Cayetano no salió del astillero, y por la noche, que había verbena en la plaza, tampoco apareció, y la chica de Mariño no

se apartó de su madre y durante toda la noche estuvo desabrida y con la frente arrugada. Al día siguiente la mandaron a Santiago, a casa de unos parientes, y estuvo allí hasta bien entrado octubre. Cuando regresó, nadie recordaba el incidente. En cuanto a Julita, hablaba de política. En Santiago se había afiliado a la juventud de Acción Popular y traía la encomienda de fundarla en Pueblanueva. Con las antiguas clientes del padre Ossorio y algunas chicas más ha llegado a reunir una veintena. Ella es la presidenta.

En fin: la gran novedad es el café. Marcelino el Pirigallo tenía un café grande y destartalado al que no iba nadie. Murió su padre, heredó unos duros y lo reformó. Pero la gente seguía sin ir. Entonces tuvo una idea genial: mandó hacer un escenario, se compró un piano viejo y alquiló de pianista a uno que había salido del seminario y que no tenía dónde caerse muerto. Las cupletistas que van de La Coruña a Vigo y las que van de Vigo a La Coruña se desvían en Santiago y pasan una semana en Pueblanueva. Las hay de todas clases, desde las que salen en cueros a las recatadas y sentimentales. Una de estas fue la que vino a la inauguración; el Pirigallo invitó a todo el mundo; la artista fue muy aplaudida, y al día siguiente, después de comer, el café estaba de bote en bote. Da tres sesiones; la de la tarde, para familias, y en esta las artistas se portan comedidamente. Pero de noche sobre todo y cuando hay rumbas se descuelga en el café el mocerío de la localidad. Los curas predicán en el púlpito contra el café cantante. La Juventud Femenina de Acción Popular repartió octavillas dos domingos seguidos. Inútil. Ya nos hemos acostumbrado, nadie protesta y muchas veces sucede que se suspende la partida de tresillo del casino y los jugadores se trasladan al café del Pirigallo a ver las piernas de las bailarinas. El café vale una setenta y cinco.

I

Las primeras rachas fuertes vinieron al acabarse octubre. Siguió una lluvia gorda, incansable. Ennegrecían las piedras y se ensuciaba la cal de las paredes. Poco a poco enfrió el aire. Sobre la mancha oscura de los pinares amarilleaban castaños solitarios. Por San Martín había llegado el invierno.

El padre Eugenio dejó de hacer el viaje a pie, desde el monasterio, cada mañana. Cabalgaba la mula y le cobijaba el paraguas. La mula quedaba amarrada a una argolla en el corral de un tabernero que la cuidaba y le daba el pienso por cuenta de Carlos Deza.

El padre Eugenio subía apresurado la calle, bregando contra el viento. Se envolvía en la capa parda y daba grandes zancadas. Las tenderas le veían pasar y se santiguaban. Decía alguna:

—Tiene el demonio dentro. Dicen que le sale a los ojos.

El padre Eugenio entraba en la iglesia por la puerta lateral, se quitaba la capa y se remangaba los brazos. Carlos solía dejarle tabaco. Encendía un cigarrillo y preparaba la masa y los colores. Hacía tiempo que trabajaba solo. Fumaba el primer pitillo, daba un paseo, contemplaba las pinturas inacabadas. De pronto, arrebatado, trepaba por el andamio y empezaba a pintar furiosamente: paletadas nerviosas, pinceladas rápidas y largas. Le duraba la furia unos minutos, un cuarto de hora. Descendía después, paseaba, fumaba otra vez. Encendía o apagaba las luces, se retiraba al fondo de la iglesia, o a un ángulo, o subía al coro. Tomaba apuntes, rectificaba perfiles o los imaginaba.

A veces deshacía lo hecho: con calma, con cuidado, a conciencia, y pisoteaba los fragmentos coloreados hasta devolverlos a su condición de tierra. Entonces, desalentado, se sentaba en un banco, esperaba la llegada de

Carlos, hacia las once, que le traía un pisco labis y un poco de aguardiente para entrar en calor; el padre Fulgencio le había autorizado a comer entre horas y a beber, si el frío de la iglesia lo hacía necesario. Necesitaba escuchar a Carlos, mientras comía, para recobrar la fe en sí mismo.

Carlos daba su opinión, siempre elogiosa; a veces entusiasmada.

—Usted me engaña, don Carlos. Eso no está todavía bien. Lo alaba por no desanimarme.

Sin decir nada, volvía a trepar al andamio, pintaba, se olvidaba de que Carlos quedaba solo, allá abajo, aterido de frío. Para no helarse, Carlos recorría las naves a pasos rápidos, que resonaban, zas, zas, en el aire húmedo. Hasta que se cansaba.

—¡Bueno, padre, volveré a la hora de comer!

Carlos daba una vuelta por el casino, leía los periódicos, miraba jugar y regresaba en busca del fraile. Lo llevaba a casa de doña Mariana. La Rucha servía la comida. Tomaban café y el padre Eugenio se retiraba a hacer sus rezos. Hacia las tres volvía a la iglesia, se encerraba en ella, trabajaba hasta tarde. Después recogía la mula y marchaba al monasterio, ya de noche, en medio del viento y de la lluvia.

Si algunas mujeres lo encontraban en el camino se apartaban.

—Dicen que lleva el demonio dentro.

El padre Eugenio seguía adelante, peleaba con el viento y el paraguas.

El padre prior, a veces, le esperaba.

—¿Qué? ¿Progresas?

—Progresas.

—¿Estará para las Navidades?

—Eso espero. Un poco antes.

—Ya empieza a hablarse en el pueblo de esas pinturas.

—¿Y qué dicen?

—Cosas raras.

—No las ha visto nadie más que el doctor Deza, y al doctor Deza le gustan.

—Siempre se hacen conjeturas. O habrá mirado alguno por las rendijas.

El cura empujó la puertecilla y la halló abierta. Se coló sin hacer ruido y cerró tras sí. La iglesia estaba iluminada y silenciosa. El cura avanzó unos pasos, escuchó, alargó la cabeza para mirar: sobre el andamio no parecía haber nadie, ni en la iglesia bicho viviente. Se escondió tras una columna, espió la parte donde la luz no llegaba. Con precauciones echó a andar por la nave lateral, hacia el ábside.

—¿Quién anda ahí?

El vozarrón llegó del coro.

—Soy yo, padre Eugenio. Don Julián.

—¿Y quién le ha dado permiso para entrar?

El cura salió a la nave mayor. El padre Eugenio, con medio cuerpo fuera del balaustre y un brazo extendido hacia la puerta, le conminaba.

—Baje de ahí, padre —gritó don Julián.

—Digo que quién le ha dado permiso para entrar.

Se oyeron los pasos rápidos del fraile por la escalera de caracol. Su figura apresurada, desacompasada, avanzó pronto por el centro. Parecía furioso.

El cura le salió al paso, sonriendo. No se había quitado la teja, y por el embozo, algo caído, sacaba una mano explícita.

—No habrá nada malo en que venga a ver mi iglesia.

—¿Su iglesia? Usted sabe que esta iglesia no es suya.

—Así es, por desgracia, pero nunca creí que usted se pusiera al lado de esas leyes.

—He prohibido la entrada. La prohibición vale para todo el mundo, incluido usted. Hasta que la iglesia sea bendita, no tiene nada que hacer aquí. Y la bendición, ya lo sabe, la hará el prior. Consta la autorización escrita.

El cura seguía sonriendo.

—Curiosidad por ver esas pinturas. Se habla tanto de ellas...

El padre Eugenio pasó, rápido, por su lado. Subió al presbiterio y se metió tras una columna. Se oyó un chasquido y la iglesia quedó en penumbra.

—Algo ya pude ver... —dijo el cura con sorna—. Y no me gusta.

El padre Eugenio reapareció.

—¿Y qué?

—Voy a escribir al señor arzobispo. Esas figuras no son cristianas.

—El señor arzobispo ha visto a su debido tiempo los cartones y les dio su aprobación.

—A pesar de eso, voy a escribirle.

—Allá usted.

Empezó a subir al andamio. La voz del cura le detuvo.

—Espere, padre.

El cura avanzó hacia él.

—Aquí, la gente viene a rezarle a santa Rita, a la Virgen de los Dolores y al Corazón de Jesús. No los veo por ninguna parte.

—Ahí estará la Virgen: ya casi está. Y esa figura grande será la del Señor. ¿No lo adivina?

—¿El Señor? Lo que veo es un mamarracho gigantesco. Y la gente no vendrá a rezar a eso. De modo que, si no me pone los santos que le pido, presentaré la dimisión.

—Haga lo que quiera.

—Pero antes escribiré al señor arzobispo. Ya se lo dije.

El padre Eugenio ascendió a la plataforma y empezó a amasar la cal.

—Nunca me expliqué por qué se gastan tantos cuartos en estas bobadas. ¡Más de veinte mil duros, se dice por ahí, que cobra el monasterio por esto! Y las elecciones encima. Ya veremos si para las elecciones dan otro tanto.

El padre Eugenio se acercó al cuenco del ábside. Encendió una luz pequeña y quedó alumbrado un trozo desnudo de pared. La cubrió de argamasa, la alisó y empezó a pintar. El cura, sin hacer ruido, trepó al andamio. El padre Eugenio pintaba los contornos de un libro, el perfil de unos dedos que lo sujetaban, las letras de un texto:

Qui sequitur me non ambulat in...

—Ganas de complicar las cosas. La gente no lo entenderá.

—¿No está usted aquí para explicarlo?

—Aun así...

El padre Eugenio abandonó los pinceles.

—Váyase, se lo ruego. No puedo atenderle ni discutir con usted. Si se me seca la argamasa, tendré que deshacer lo hecho.

El cura retrocedió con cuidado.

—¡Para lo que iba a perderse...!

El padre Eugenio le miró con ira. El cura sonreía; descendió lentamente, trabajosamente, sin desembozarse. Dijo: «Buenos días», y desapareció. Sonaron sus pisadas; después, el ruido de la puerta.

El padre Eugenio retrocedió y alumbró la figura. Dejó la luz en el suelo, se sentó en una banqueta y ocultó la cabeza entre las manos.

Terminaron el almuerzo. El padre Eugenio había estado silencioso y hosco. Dijo que se retiraba a hacer sus rezos.

—Espere, padre. No le dije que hubo noticias de París.

El fraile se sobresaltó.

—¿Viene Germaine?

—Por fin se digna a venir.

Carlos buscó la carta en el bolsillo y se la ofreció al padre Eugenio.

—Léala.

—¿Para qué? Basta que usted me lo diga.

—Vendrá con su padre; no puede dejarlo solo.

—Es natural.

—Y pide dinero para el viaje. También es natural.

—Pero ¿viene para quedarse?

Carlos plegó la carta y la guardó.

—De eso no dice nada. Que viene, solamente; que estará aquí para las Navidades y que asistirá a la bendición de la iglesia.

El padre Eugenio jugueteaba con el cuchillo.

—Gonzalo Sarmiento tiene que estar hecho un viejo. Era mayor que doña Mariana.

—Más que viejo, fofo, blando. Me hizo mala impresión cuando le vi, hace ahora un año.

—¿Tendrá, por lo menos, buena memoria?

—Y a usted, ¿le preocupa?

El fraile apartó el cuchillo.

—No. ¿Por qué ha de preocuparme?

—Hay recuerdos molestos.

—Sí. ¿Quién lo duda? Lo son, sobre todo, cuando se quisieran olvidar y no se puede. Pero cuando se les tiene voluntariamente presentes, cuando son la vida actual, la forma de vida que se ha elegido, entonces nadie puede quejarse de ellos.

El fraile se levantó y cogió el breviario.

—Aunque no lo hubiera deseado, aunque hiciese lo imposible por evitarlos, al pintar otra vez tenían que volver los recuerdos. Han pasado veintitrés años. Mil novecientos trece, mil novecientos catorce... Eugenio Quiroga no sospechaba que pudiera meterse a fraile. Eugenio Quiroga era, en realidad, otro hombre, el hombre viejo que quise enterrar, según el consejo de san Pablo. Enterrado quedó, pero no muerto. Porque recordarlo es hacerlo vivir de nuevo.

Carlos se levantó también. Se acercó al padre Eugenio y le palmoteó la espalda.

—No olvide que la base de mi ciencia consiste en hacer recordar al paciente y procurar que cuente lo que recuerda.

—Como en el confesonario. Allí entregué mis recuerdos, hace ahora veinte años.

Carlos rio.

—No quedaron bien encerrados.

—Quien los escuchó está muerto.

—Pues por lo que veo, olvidó llevarse las llaves.

El padre Eugenio se encogió de hombros.

—Voy a rezar.

Se volvió desde la puerta.

—¿Tiene que hacer esta tarde? ¿Quiere subir conmigo a la iglesia?

—¿No le estorbaré?

—No. Venga conmigo.

Salió. Carlos metió las manos en los bolsillos y se acercó a la ventana. Una cortina de lluvia enturbiaba el aire, y en la mar, una dorna bregaba contra las olas. Estaba el cielo oscuro, cruzado de gaviotas. Pasó corriendo un marinero, inclinado contra la lluvia. Alguien gritaba en el muelle.

Entró la Rucha y empezó a retirar el servicio.

—Haz más café.

—Sí, señor.

—Y deja fuera el coñac.

—Sí, señor.

Carlos se sentó ante el escritorio, lo abrió y empezó a escribir.

«Srta. Germaine Sarmiento.

París.

»Mi querida amiga: He recibido su carta, y me alegro de que, por fin, se decida a venir. Empezaba a resultarme inexplicable su desinterés por unos asuntos que deben afectarle y de cuya guarda estoy encargado por una voluntad para mí más respetable que cualquier otra.

»Celebro también la elección de la fecha.

»Mañana mismo gestionaré el envío del dinero. Procuraré que la cantidad sea suficiente para que usted y su padre puedan hacer cómodamente el viaje.

»No ignora que estos envíos están limitados, y que es difícil burlar las disposiciones que los estorban. Me aproximaré todo lo posible a la cantidad que solicita.

»Hagan ustedes el viaje directamente hasta Madrid. Allí les esperaré y pondré a su disposición lo necesario para que pueda hacer las compras indispensables. Como usted puede suponer, las limitaciones legales no rigen para el interior del país.

»Podría también situarle una cantidad en un banco de Irún. Telegrafieme a este respecto. Y avíseme con tiempo la fecha exacta de su llegada a Madrid.

»Les saluda muy cordialmente,

Carlos Deza.»

Cerró el sobre, lo dirigió y lo lacró. Llamó a la Rucha.

—Vete a Correos y certifica esta carta.

—Sí, señor. ¿No quiere el café?

—Sí. Que lo traiga tu madre.

Examinó la carta, comprobó la firmeza del lacre. Hizo un gesto.

—De todas maneras, la abrirán...

El padre Eugenio encendió todas las luces. Quedó la iglesia resplandeciente, sin sombras, sin contrastes, como si la luz naciera dentro de las piedras o las abrazase.

—Quiero que vea primero los ábsides laterales. Sobre todo, el del Evangelio. En conjunto, es el que más me satisface.

Le tomó del brazo. Atravesaron las naves. El padre Eugenio se detuvo ante un altar cubierto de arpilleras. Alzó el brazo y apuntó a las pinturas con su dedo largo.

—Ya le expliqué en un principio que las dimensiones de la iglesia no permitían seguir la pauta bizantina. Por eso he pintado aquí a la Virgen. Sin embargo, hay precedentes. Véala. La Virgen y san Juan Bautista. Al otro lado van, como usted sabe, los cuatro Evangelistas. No pude evitar el recuerdo de Durero, al menos en el color; pero son otra cosa.

Señaló la figura de la Virgen: alargada, con manto azul, los brazos levantados y una estrella en la frente.

—¿Le gusta?

—Sabe que sí. Se lo he dicho veinte veces.

—Comprenderá que hoy necesito oírlo una vez más. Después de la visita del cura...

Señaló el cuenco del ábside.

—No quiero hablar ahora de su valor artístico. Pero, litúrgicamente, es una imagen irreprochable.

—Es, además, una figura bella. Tiene gracia y encanto.

El padre Eugenio dejó caer el brazo.

—Pero le falta misterio.

—Lo tendrá, quizá, para quien crea en él, como usted. No olvide que yo todavía estoy fuera.

El fraile no respondió. Empujó a Carlos hacia el ábside central.

—Suba al andamio.

—¿Me lo permite? —le preguntó Carlos, riendo—. ¿Levanta usted los vetos y las condenaciones?

—Hoy, sí.

—Pero ¿de veras me dejará verle pintar?

—No estoy seguro de hacerlo esta tarde. Pero ahí arriba estaremos mejor. Treparon a la plataforma. El fraile dejó la capa en una banqueta.

—Aléjese todo lo que pueda. Hace falta una mínima perspectiva.

—Lo comprendo.

—Cuidado. No vaya a caerse.

Carlos, al borde mismo del andamio, miró la figura del Señor. El fraile, un poco apartado, oscurecidos los ojos bajo la capilla, le contemplaba.

—¿Qué?

Carlos tardó en responder.

—No puedo decir nada. Sin el rostro, esa figura da la impresión de vacío. Si me apura, de un vacío espantoso. Como si la hubieran decapitado.

—Comprendo. Es lo que esperaba. Ahora, puede sentarse.

Señaló la figura.

—Cuando termine ese brazo y el libro que sostiene, me instalaré en la iglesia, dormiré aquí, no saldré para nada hasta concluir la cabeza y el rostro. Entonces, le agradeceré que no venga.

Carlos rio.

—Tendrá usted que comer, al menos.

—Me haré yo mismo la comida. Como hace veintitrés años. También entonces...

Se detuvo. Carlos alzó la mirada lentamente. La cara del fraile se había ensombrecido. Le brillaban los ojos, apretaba los labios, los puños cerrados se pegaban contra los muslos.

—Como usted habrá sospechado muchas veces, entonces fracasé. Llegué al convencimiento de que era un artista mediocre y mi orgullo no podía soportarlo.

—Conozco una pintura suya de aquella época. No es un cuadro mediocre.

El fraile se sentó. Extendió las manos sobre las rodillas, sacudió la cabeza, respiró hondo. Después miró a Carlos.

—Un cuadro ocioso, un cuadro como muchos miles de cuadros. Bien pintado, sí. Antes de los treinta años yo había alcanzado la maestría. Dominaba el oficio, pero eso no basta.

Volvió a suspirar, inclinó la cabeza, habló con voz queda, como consigo mismo.

—No basta saber el oficio, saberlo admirablemente. El arte moderno no tolera más que al artista genial, no necesita más que del genio. Puede pasarse sin el buen pintor, como sin el buen escritor. El arte moderno es voraz de hombres hasta la crueldad, hasta el satanismo. Cada recién llegado tiene que tomar el arte donde lo dejaron sus predecesores y adelantar por el mismo camino, si el camino no está andado, o lanzarse al vacío. El arte moderno es una historia trágica. Hace veinticinco años los pintores lo sabíamos ya. Unos, por su propia experiencia o su intuición personal; otros, porque lo oían decir. Yo fui de estos últimos. Mis maestros me habían comunicado los secretos de la técnica, y también los trucos, pero no me habían dicho que eso fuera solo un punto de partida, sino que era un punto de llegada y que solo había que ponerse a pintar tranquilamente, a ganar medallas y dinero. Pero yo no fui a Roma, sino a París, y descubrí otro mundo sin tranquilidad, brutalmente sincero: frenético, desorientado, pero vivo, quizá diabólicamente vivo. Estoy hablándole de hace veinticinco años.

Buscó los cigarrillos, ofreció uno a Carlos. Encendieron.

—Usted no puede, quizá, imaginar lo que significa en la vida de un hombre ya formado descubrir que tiene que empezar de nuevo y que todo lo hecho no sirve de nada. Fue mi caso y el de otros muchos. La primera impresión, la mía al menos, era de que todo el mundo se había vuelto loco. No entendía en absoluto lo que veía. Llegué a reírme y a pensar que aquellas gentes no sabían pintar y hacían mamarrachadas. Hasta que comprendí que sí, que sabían pintar, y que aquello, lo que yo no entendía, lo pintaban deliberadamente y que tenía su razón de ser, una razón de ser necesaria y profunda, la razón de la vida. Ellos eran la pintura viva y yo estaba muerto, con todo mi saber, con mis técnicas para las que no había problemas.

Se levantó, fue hasta el fondo del ábside, cogió un pincel y retocó una línea. Se rio.

—¿Ve usted? Esto que acabo de hacer no es legítimo tratándose de un fresco, pero Goya también lo hizo. Es un truco.

Dejó el pincel.

—Usted, y tantos otros, conocen el proceso desde fuera: un capítulo

extraño en la historia de la pintura. Sienten interés por algunos cuadros, por algunos pintores, leen libros, asisten a exposiciones. Después, juzgan. Pero en cada momento del proceso está la vida del hombre que logró dar un paso adelante, del que logró inventar y descubrir; está un corazón que sufre y espera, que se entusiasma y se desalienta, y los de muchos otros que se detuvieron. El camino del arte moderno es un camino de cadáveres, en el que solo unos cuantos se mantienen erguidos y en movimiento. Al artista antiguo no se le exigía la genialidad, sino la maestría. Aprendía a pintar, seguía pintando, mejoraba o no, añadía algo al arte o vivía de réditos.

—Pero también el arte antiguo es un proceso —le interrumpió Carlos—. Y sus etapas están también marcadas por los genios y por los cadáveres.

—¿Quién lo duda? Pero yo no me refiero al artista genial, sino al que solo sabe su oficio. Entonces, tenía algo que hacer, cumplía una misión noble; ahora, no. Estos son los cadáveres a que me refiero.

Sonrió.

—Se halla usted ante uno de ellos.

—En todo caso, usted será un cadáver que intenta resucitar.

—O que intenta engañarse con la verdad. ¿Qué sé yo? Quizá por segunda vez.

Regresó lentamente, volvió a sentarse, acercó el asiento al de Carlos y le palmeó la espalda.

—¿No siente frío?

—Le confieso que sí.

—Espere. Encenderé la estufa.

Lo hizo. Carlos acercó las manos al calor.

—Hay un momento —continuó el padre Eugenio— en que el hombre tiene que elegir entre la verdad y la mentira. Lo cómodo, lo tranquilo, es siempre la mentira, porque la verdad es solo una y las mentiras son muchas y puede escogerse la que más acomode. Alguna vez le dije que Gonzalo Sarmiento era, entonces, una mentira viviente. Quizá fuese su ejemplo el que me decidiese: elegí la verdad porque Sarmiento me daba asco y pena y me humillaba. Me propuse estudiar seriamente el arte moderno, descubrir su razón y su camino. Pude hacerlo sin grandes dificultades materiales: recibía unas pocas pesetas, las rentas de lo que había heredado, y con eso me defendía. Puedo asegurarle

que vivía mejor que muchos. La miseria no tuvo la culpa de mi fracaso. ¡Oh, si no hubiera sido así! Podría ahora hacer míos todos los tópicos del artista incomprendido, de la sociedad cruel, de la dura necesidad que obliga a la traición más alta. Pero no me sucedió nada de eso. Tampoco me condujo al fracaso mi vida viciosa. Yo era sano y saludable. Jamás me emborraché y las mujeres no me perturbaron más allá de lo normal —miró furtivamente a Carlos—. Vivía modestamente, trabajaba. Trabajaba mucho, con método, con rigor. Me atrevo a decir que con inteligencia y tesón.

—Se encerraba usted en su estudio, sin querer ver a nadie, y se hacía su comida —dijo Carlos, riendo.

—Eso fue después. Eso fue cuando empecé a sospechar que me faltaba talento.

Se levantó violentamente.

—¿Ha experimentado eso alguna vez, don Carlos? ¿Conoce usted la situación del hombre que llega a comprobar la estrechez de sus límites, cuando los hubiera deseado inmensos? ¿Sabe usted lo que es ir comprendiendo día a día, juzgando día a día atinadamente, y creerse que aquello puede hacerlo uno y superarlo, y comprobar de pronto la más absoluta impotencia?

—Sí. *Nosotros no tenemos talento creador*. Llegué a ser un buen técnico del psicoanálisis, pero me limitaba a aplicar métodos ajenos. Comprendía sus defectos, pero me sentía incapaz de corregirlos o mejorarlos. *Nosotros tenemos inteligencia crítica*.

—¿Y se ha resignado usted? ¿No aspiraba usted a otra cosa?

—Ya me ve.

—Yo no pude resignarme. Mi maestría me había hecho forjarme una idea exagerada de mí mismo. Era ambicioso y orgulloso.

—Yo también.

—Se me ocurrió que la culpa de mis limitaciones la tenía mi modo normal, más bien vulgar, de vivir; una vida regular, metódica, esforzada, que me había permitido asimilar en un año de estudio el esfuerzo de treinta maestros durante treinta años. Evidentemente, el talento de Van Gogh estaba estrechamente unido a su anormalidad personal. Sabíamos que muchas de las grandes conquistas del arte moderno se debían al vino, a las drogas, a cualquier procedimiento artificial que permitiese, que facilitase el salto a la locura. La

sensibilidad, en su estado normal, había dejado de ser útil. Había que forzarla, que tensorla, que romperla incluso. Yo elegí el vino.

—Dijo usted hace poco que jamás se había emborrachado.

—Es cierto, salvo en ese período de experiencias a que usted se refería antes. Me encerré en mi estudio, me emborraché. La primera vez excesivamente. No me sirvió de nada. Me desperté en el suelo, con dolor de cabeza y el estómago revuelto.

Le dio una gran risa, una risa oscura, cavernosa.

—¿Lo imagina usted, don Carlos? ¡Me harté de vino para descubrir el secreto de los amarillos, y amanecí a cuatro patas...! En el lienzo había unas cuantas manchas anodinas: no había pasado de ahí. Y en vez de reírme de mí mismo, decidí repetir la experiencia, pero con método, racionalizar la borrachera: beber lo suficiente para que mi espíritu rompiera sus propias fronteras, pero sin que la conciencia me abandonara —volvió a reír, pero con risa más queda y un poco entristecida—. El vino excitaba, efectivamente, mi imaginación. Se me ocurrían cosas nuevas y las pintaba. Pero ¿sabe usted?, no era la imaginación pictórica, sino la literaria la excitada. Inventaba asuntos. ¿No le da risa? Inventaba asuntos cuando ya la pintura se había liberado del asunto.

—Picasso no se ha liberado del asunto —le interrumpió Carlos.

—Dejemos a Picasso aparte. No sé lo que pinta ahora, ni cómo pinta. ¡Son veinte años apartado, don Carlos! La pintura habrá llegado a conclusiones que yo no pude sospechar. No sé si se ha destruido ya o si ha renacido de sí misma. En cualquier caso, es una historia en la que yo no he podido intervenir. A pesar de mis pinceles diestros y de mi conocimiento de los trucos. A pesar de aquel mes de borrachera sistematizada en que el vino había de servirme para la conquista de nuevos amarillos. A pesar de todo lo que pasó entonces.

Se detuvo bruscamente y estuvo un momento callado, con los ojos perdidos en el fondo de la iglesia. Se levantó luego, llegó a la pared del ábside y la golpeó por una parte seca.

—Pocas personas habrá capaces de pintar un fresco con la solidez con que está pintado este. Puedo garantizarle que antes caerá la iglesia... Y tardará siglos en cuartearse. Los fieles de Pueblanueva tienen pinturas para varias generaciones. De eso, al menos, estoy seguro. Y si consigo acertar con la

cabeza...

Se interrumpió.

—Pero esto ya no es un problema de pintura, sino de teología. Voy a pintarles el Cristo que les vengo predicando inútilmente hace años. Voy a meterles su Figura por los ojos, ya que no logré meterla en sus corazones. Para eso no hace falta ser un genio de la pintura. Con lo que sé, me sobra. Si acierto a traducir en formas y colores esta imagen que llevo dentro...

—Que no es una imagen.

—Eso es lo malo. Es una idea. Pero las ideas pueden traducirse. Los grandes Cristos de la pintura son ideas traducidas a imágenes.

Carlos se levantó y se acercó al padre Eugenio.

—No acabó usted de contarme cómo terminó su experiencia. Dejó la historia en el mejor momento.

El padre Eugenio apartó la cabeza, la levantó hacia el libro pintado a medias.

—¿No me ve usted aquí? La experiencia acabó metiéndome a fraile.

—Un fraile que no renunció jamás a la pintura.

—Cierto. Pero ya de otra manera. El padre Hugo me ayudó a resolver mi problema personal y me ofreció perspectivas nuevas. «Ya verá usted, padre. Fundaremos en el monasterio una gran escuela de pintura religiosa. Y para eso lo que necesita es saber teología». Pero el padre Hugo se murió y al padre Fulgencio la gran escuela de pintura religiosa no le ha interesado nunca. Usted sabe de sobra que si estoy pintando eso es porque supone una ganancia para el convento. Al padre Fulgencio no le importa si acierto o no. Le basta con cobrar.

Se alejó unos pasos y contempló el espacio vacío donde había de estar la cabeza de Cristo.

—El Señor es Justicia y Amor; es Belleza y Razón; es Fuerza y Mansedumbre. ¿Cómo expresar todo eso con unos ojos, unos labios, unos cabellos y una frente? El Señor es, sobre todo, Misterio Solo entrando en el Misterio puede uno acercarse un poco a la Realidad del Señor. Pero el misterio es impenetrable.

Se volvió bruscamente.

—Y luego hay que convencer a la gente de que el Señor es eso. Hay que

convencer al cura, que prefiere un Corazón de Jesús bonito. ¿Se da cuenta? A veces me desanimo y me dan ganas de tirarlo todo y dar unas manos de cal encima y que pongan lo que quieran.

—¿Es lo que hizo usted la otra vez? ¿Mandarlo todo a paseo?

—Ya le dije lo que hice: me metí a fraile.

Carlos anduvo unos pasos lentos, hasta quedar junto a él, muy cerca de él, casi pegado.

—Supongo que la necesidad de decir la verdad no se satisface con una parte de la verdad.

—¿Por qué lo dice?

Carlos se encogió de hombros.

—Alguna razón habrá tenido para contarme esa historia. Y la tendrá también para no contármela entera. Como amigo de usted, tengo que respetar su silencio.

El padre Eugenio apagó bruscamente las luces.

—Vámonos ya. Se hizo tarde. Otro día hablaremos.

Encendió la linterna y alumbró el camino.

—Con cuidado. La escalera está ahí. No vaya usted a caer.

La noticia de que Germaine vendría para las Navidades la llevó Cubeiro al casino. Lo había oído en la peluquería mientras se afeitaba, y en la peluquería los clientes se habían interesado y habían hecho conjeturas.

De todos los presentes, solo don Baldomero conocía su retrato.

—¡Vamos, hombre, díganos cómo es!

—Por una fotografía poco puede saberse.

—Con menos de una fotografía me las arreglaba yo cuando muchacho —a Cubeiro se le agrandaron los ojos—. Ya lo creo.

—Es una chica guapa, desde luego. Y muy bien puesta de pitones.

Se rieron. Cubeiro metió las manos bajo el jersey y remedó unos pechos.

—¿Redondos?

—Apuntados.

—¡Vaya! Eso es algo. ¿Y de ancas?

—La fotografía está de frente y sentada.

—¿Y de la cara? ¿No se saca nada por la cara?

—¿Nada de qué?

Cubeiro guiñó un ojo.

—Nada de sus costumbres.

—No querrá que la chica se retrate con un letrero al cuello diciendo lo que hace.

—Pues debía llevarlo. Aunque, como francesa...

Volvió a guiñar el ojo y a reír.

—Supongo que en Francia también habrá mujeres honradas —dijo, molesto, don Baldomero.

—Sí, pero no las exportan.

—No irá usted a decirme que aquí no tenemos putas.

—No es lo mismo.

—Ya me explicará la diferencia.

—Pues la hay, créamelo.

Don Baldomero golpeó la mesa.

—Mire, Cubeiro, aunque nos pese, esa fruta se da en todas partes, aquí como en La Habana, y sabe igual aquí que allá.

Cubeiro le miró con desdén.

—¿Cómo se nota que no estuvo nunca en La Habana! Porque hay cada mulata...

Entró en una explicación detallada de las virtudes, propiedades y buenos hábitos de las mulatas. De joven había estado en Cuba y conocía el paño. ¡Aquellos tiempos! Se habían ido a paseo con el desastre de Santiago de Cuba. Y era una pena, sobre todo para la juventud, que en Cuba tenía más libertad y más ocasiones. No con las blancas, naturalmente, pero sí con las mujeres de color, mulatas, zambas o cuarteronas.

—Porque disfrutar, lo que se dice disfrutar, nunca como con aquella criada de mi pensión, que después acabó bailando rumbas en el teatro. ¡Qué cuerpo, mi madre, y qué manera de moverse! Las de aquí, incluidas las francesas, son puras aficionadas.

—¿Es que también se acostó con francesas?

—¡Hombre! De todo hay que probar en esta vida.

—Usted no estuvo en Francia.

—¡Ah! Pero Francia está en todas partes. En Vigo, sin ir más lejos: calle de la Cruz Verde, siete. ¿No oyó usted hablar de Renée? Es una hembra de bandera y de lo mejor enseñado que hay por ahí. Por veinte duros...

Entró Cayetano con la pipa en los labios. Colgó en el perchero el impermeable y preguntó si no había partida.

—Estábamos de conversación. Don Baldomero trajo una buena noticia.

Don Baldomero protestó:

—No. La noticia la trajo usted.

—Es igual.

Cubeiro miró a Cayetano con los ojos achicados por la risa.

—¿No sabe que para Navidades tendremos aquí a la francesa?

—Ya lo sé. ¿Y qué?

—Pues nos habíamos echado a pensar cómo sería. Y hablando, hablando, llegamos a Renée, una puta de Vigo que también usted conocerá.

Cayetano se sentó y pidió barajas.

—¿Es que no tiene ganas de hablar?

—De bobadas, no.

Cubeiro seguía riendo.

—¡Bobadas, sí, sí! Que le diga aquí, don Baldomero, las tetas que tiene la francesa. Ya verá usted si son bobadas.

Se acercó al oído de Cayetano.

—Don Baldomero vio el retrato. Es una mujer estupenda. Y ahora que está usted vacante...

Cayetano le miró con desprecio. «Siéntese a jugar, si quiere —le dijo—, y no sea degenerado». Cubeiro se apartó como si le hubieran escupido.

—¡Degenerado! ¿No te jode el amo?

Don Lino, el director del grupo escolar, avanzaba por el salón con solemnidad. Se quitó el sombrero, lo arrojó sobre un diván y alzó una mano como para imponer silencio.

—Traigo dos noticias importantes, caballeros. Dos noticias de muy buena tinta, completamente garantizadas. La primera, que va a haber elecciones.

Cayetano barajaba las cartas parsimoniosamente. Levantó la mirada.

—¿Y la otra?

—Que para las Navidades vendrá la francesa. Y son dos cosas que ya

tenía ganas de que pasasen, qué caray. Porque ya está uno harto de las derechas y porque en este pueblo, desde que murió la vieja, no hay nada de que hablar. Antes, al menos, cuando usted tenía queridas, había un cuento cada dos meses. Pero desde que usted se nos hizo casto...

Se sentó y puso las manos sobre la mesa.

—Aparte de eso, juego, si hay partida.

Cayetano soltó la baraja y se dirigió al maestro:

—Dígame, don Lino: ¿Qué preferiría usted: salir diputado a Cortes o acostarse con la francesa?

Don Lino se desabrochó el chaleco y dejó suelto el vientre abultado. Vestía una camisa a rayas azules, sin corbata. Las rayas de la camisa se combaban siguiendo la curva del vientre. Al final, bajo la cintura, bailaba una leontina.

—Habría que pensarlo.

—Suponga usted que ambas cosas están en mi mano y que le doy a elegir.

—En tal caso, y viniendo de usted...

Se echó atrás en la silla, miró a los circunstantes, uno a uno.

—Aunque estos señores me tengan por imbécil, preferiría salir diputado. Porque, pensándolo bien, ¿qué saca uno de acostarse con una mujer, más que un poco de gusto? En cambio, ser diputado...

Aclaró bruscamente:

—De izquierdas, claro.

—Se supone.

—Ser diputado...

Se irguió, hinchó el pecho, cerró los ojos, adelantó los brazos y las manos abiertas.

—... es lo que uno ha soñado siempre sin atreverse a pensarlo.

Cayetano le dio un golpe en la barriga. Don Lino se encogió súbitamente.

—Cualquier ciudadano tiene derecho a serlo.

—Incluso usted. ¿Y quién sabe? No es muy probable que pueda ofrecerle a la francesa para pasar la noche; pero, a lo mejor, le regalo a usted un acta.

Don Lino miró a Cayetano con estupor. Sonrió. Volvió a erguirse, a hinchar el pecho. Adelantó la mano derecha y quedó con ella en alto.

—Pues yo —dijo Cubeiro— preferiría acostarme con la francesa. Porque

eso de diputado no trae más que disgustos.

—Usted es un degenerado —dijo Cayetano sin mirarle.

Después de cenar, don Lino se había quedado silencioso y distraído. Aurorita se acercó a darle un beso y las buenas noches. El chico estudiaba en un rincón y dijo que tardaría en acostarse.

—Buenas noches, hija mía.

Aurorita miró a su madre, que retiraba el servicio de la mesa. La madre le sonrió. Salieron juntas. Aurorita le dijo, en voz baja.

—¿Le hablarás hoy?

—Sí. Esta noche.

Don Lino fumaba un cigarrillo. El chico le preguntó qué quería decir «Sucre (a) Charcas, capital constitucional de Bolivia»; tardó unos minutos en darle la explicación. La madre seguía entrando y saliendo.

—¿Vas al casino o nos acostamos?

—No. Hoy no voy al casino. Hoy...

María había salido. Cuando regresó se fijó en ella. Seguía siendo bonita, pero las arrugas le estropeaban los ojos. Llevaba el gesto resignado y triste.

—Cuando quieras nos acostamos.

Sacó del chaleco un duro y lo echó sobre la mesa.

—Toma. Es lo que he ganado hoy. Bueno, la verdad es que gané seis veinticinco; pero la una veinticinco que falta la necesito.

María recogió el duro.

—Gracias. Me viene muy bien.

—El dinero siempre viene bien.

—¡Que lo digas!

—Pero no siempre para bien. De la mitad, al menos, de los males del mundo tiene la culpa el dinero. Es el veneno de las conciencias, la tentación de los justos, la defensa de los ruines, el castigo del rico y la desesperación del pobre. El dinero...

El chico levantó la cabeza del libro, miró un momento a su padre, sonrió y siguió estudiando. María limpiaba las migas de pan caídas en el mantel de hule.

—Puedes irte acostando. Yo terminaré en seguida.

—Ya.

Don Lino se levantó, dio un beso al chico y marchó por el pasillo. Antes de entrar en la alcoba adelantó una mano y encendió la luz. La cama estaba preparada. Se quitó la chaqueta y la dejó en una silla. En la alcoba vecina Aurorita tarareaba por lo bajo. Al sentir a su padre se calló.

Cuando llegó María, don Lino se metía en la cama. Por el escote de la camiseta le asomaba una pelambarrera gris, áspera, rizada.

—Tenía que hablarte de Aurorita —dijo María; y don Lino la miró con inquietud.

—¿Sucede algo a nuestra hija?

—Parece que tiene novio.

—¿Novio?

—Bueno. Un pretendiente. Tú lo conoces: estuvo contigo en la escuela. Ramiro, el hijo de Benito, el de los coches de alquiler.

—No es mal muchacho.

—La hija quiere que tú lo sepas.

—Eso es buena señal...

María, en camisa, se quitaba las medias. Conservaba la figura, aunque algo más gorda y blanda. Todavía atractiva.

—También yo tengo algo que decirte.

María levantó la cabeza, y sus manos —la media apenas baja— se detuvieron.

—¿Alguna mala noticia?

—Una noticia buena. Más que una noticia, una buena esperanza, una buena promesa y, quizá, una buena ilusión. Y no tengo a quién contarle más que a ti...

María escondió el rostro y acabó de quitarse la media.

—... a ti, que me has desilusionado, pero que sigues siendo mi compañera. Aunque no lo creas, cuando siento necesidad de contar a alguien mis alegrías todavía pienso en ti como en años más felices, como en años en que la confianza no se había destruido entre nosotros. Lo cual, rectamente interpretado, significa que sigo considerándote lo que has sido siempre y como si nada hubiera sucedido.

Oyó un sollozo de María y se incorporó.

—No era mi intención despertarte los malos recuerdos y te pido perdón. Solo quería explicarte...

Ella sacudió la cabeza, sin mirarle. Él retrocedió unos pasos, hasta quedar apoyado en la cama.

—Siempre hacen falta palabras previas, entrar en situación. El exordio. Porque yo quería contarte... ¿Me escuchas? Quería contarte que después de muchos años sin ilusiones unas palabras quizá vanas han hecho renacer las mías. ¿Sabes que...? —se acercó a María, la acarició—. ¿Sabes que me han propuesto presentarme a diputado?

María levantó la cabeza y le miró entre lágrimas.

—Diputado. ¿Te das cuenta? ¡Diputado a Cortes!

Ella se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—Y eso, ¿nos sacará de pobres?

Don Lino meneó la cabeza.

—Soy un hombre honrado y condenado a la modestia para toda la vida. Ser diputado no nos sacará de pobres, pero me dará dignidad. Y eso también vale.

María había vuelto a sollozar, aunque suavemente. Don Lino siguió hablando.

Clara iba a cerrar la puerta cuando apareció Carlos. Llovía fuerte y las losas bajo los soportales estaban húmedas, pisoteadas. Clara había baldeado un poco delante de la puerta y lo había barrido después, y brillaba. Le echaba un vistazo desde el mostrador, y la sombra de Carlos cegó los brillos. Clara reconoció la sombra y la vio vacilar. Ella misma vaciló. Carlos apareció en seguida, con una sonrisa tímida bajo el ala del sombrero. Quedó en medio de la puerta, indeciso.

—Vengo de ahí, de la iglesia, y como vi esto abierto...

—Entra.

Clara se acodó al mostrador y esperó a que Carlos subiese el escalón, a que buscase con la mirada donde sentarse: torpe de movimientos, más que de costumbre, y sin dejar de sonreír. Por fin, halló la banqueta y la arrastró, pero sin sentarse en ella.

—Seis meses, día por día, sin verte —dijo Clara—. Si no fuera por los cuentos que me traen de ti, te hubiera dado por muerto.

—¿Cuentos?

—¡Claro, hombre! Eres de las personas del pueblo de quienes se cuentan cosas.

—¿Y qué te contaron?

—Lo he olvidado.

Señaló la banqueta.

—Si no traes prisa, siéntate. Me alegro de verte. Y no te culpo de que no hayas venido; yo te lo pedí...

Carlos se quitó el sombrero y lo dejó encima del mostrador. Luego se sentó.

—¿Qué tal te va el negocio?

—¿No se me nota en la cara?

—Estás guapa, pero eso no es ninguna novedad.

—Gracias.

—¿Quieres decir que te va bien?

—Al menos, no me va mal. Trabajo todo el día y gano para vivir.

Carlos dejó de sonreír. Algo iba mal del cordón de su zapato. Se agachó y sus dedos tatearon el suelo.

—Me hace gracia oírte hablar así.

—Soy tendera y hablo como los tenderos. Todo se pega.

—Me alegro de tu éxito. ¿Y de Juan?

—Escribe a veces. Siempre cuenta que va a hacer cosas, pero nunca las hace.

—Tienes que darme su dirección.

—¿Vas a escribirle?

—Probablemente iré a verle. Un día de estos marchó a Madrid.

Clara veía la cabeza de Carlos, los cabellos rojos, recios, en punta, como los de un chiquillo despeinado. Alargó la mano hacia ellos, por encima del mostrador, la detuvo en el borde, la retiró.

—¿Para siempre?

—Ida por vuelta.

Carlos hizo, por fin, el nudo del zapato. Sin levantar la cabeza, añadió:

—Es que... Viene la sobrina de doña Mariana. Tengo que ir a esperarla.

—¡Por fin...!

Carlos se irguió lentamente y repitió:

—Por fin.

—¿Y después?

—Quizá pueda marcharme. Si ella se hace cargo de esto, claro.

—No será tan imbécil que vaya a tirar una fortuna.

—Eso espero.

—Aunque no me extrañaría nada que volviese a marchar. Y que se llevase el dinero de la vieja...

—El testamento...

—¿Qué importa el testamento? El testamento eres tú, y a ti te sacará lo que quiera, si se lo propone. Ahí tienes a la Galana.

Las manos de Carlos esbozaron en el aire un movimiento de protesta.

—No es lo mismo. A la Galana le di lo mío. Y tuve mis razones.

—Pues si a la francesa le das lo que no es tuyo, que se lo darás, no te faltarán razones para justificarte. Si no, al tiempo.

—También vendrá su padre.

Clara se echó a reír.

—¿Por qué me dices eso? ¿Para que esté tranquila?

—Porque forma parte de la noticia. Un viejo bastante chocho. Lo conozco.

—No creo que el viejo le estorbe para engatusarte. Al contrario. ¿Qué más puede querer para su hija, por muy bonita que sea? Incluso la aconsejará...

—¿Para qué va a hacerlo? Lo que deseo es verme libre cuanto antes de este asunto. Le daré facilidades.

Clara volvió a reír. Miró a Carlos de través y Carlos esquivó su mirada.

—Pero ¿sin que ella ponga nada de su parte?

—¿Qué quieres decir?

—¡Hombre! Tienes la sartén por el mango en ese asunto. Hay que darse a valer. Si desde el principio le pones las cosas fáciles...

—Se las pondré sobre ruedas.

Clara se sentó en el mostrador.

—Dime, Carlos: ¿no tienes un poco de miedo a esa chica?

—¿Por qué he de tenerlo?

—Me da la impresión de que te pone miedo cualquier mujer que no sea pan comido.

—Estás equivocada. No me da pizca de miedo. ¿Te haces una idea de los recursos que se pueden usar con una chica como esa? Por sus cartas, me parece bastante ingenua.

Se levantó, se acercó al mostrador, habló en voz baja.

—Es una chica de ciudad que ha vivido modestamente. Encuentro natural que le atraiga el dinero, pero yo debo intentar que se sienta también atraída por lo demás. Intentarlo, al menos, por lealtad a la vieja. Ella quería que su sobrina heredase, con los bienes, el espíritu; quería que llegase a amar sus cosas como ella las amó y vivir entre ellas como ella vivió. No va a serme fácil, pero es una tarea interesante. No me voy a aburrir.

—Se enamorará de ti.

—Eso ya no es tan seguro. Y no lo deseo.

Clara quedó pensativa. La luz recortaba su perfil sobre un fondo ordenado de cajas y paquetes. Carlos advirtió entonces que traía más corto el pelo, y que el jersey rojo que vestía era nuevo, y que le ceñía los pechos. Clara había cruzado las piernas hacia el interior de la tienda y sus manos reposaban en el regazo. Las tenía más blancas y más finas; en la muñeca izquierda, bajo la manga del jersey, asomaba una pulsera de fantasía. Carlos le cogió la mano y curioseó la pulsera. Clara le dejó hacer, sin volverse; luego dijo:

—¿Piensas presentármela?

—¿Por qué no? Espero incluso que seáis amigas.

Clara dio un repeluzno y Carlos la soltó. Ella se volvió bruscamente.

—Eso, no.

—¿Por qué? Es lo natural.

—No puedo quererla, ¿no lo comprendes? Y si no la quiero, no podré fingirle amistad. Le tendré envidia, ya se la tengo. Y me revienta que le den hecho lo que a mí me cuesta tanto trabajo tener.

Cogió a Carlos de un brazo y le miró a los ojos.

—Y si llegas a enamorarte de ella, la odiaré a muerte.

—Razón suficiente para que no me enamore.

Clara apartó el brazo, quedó en silencio y, silenciosamente, descendió del mostrador. Estuvo un momento de espaldas a Carlos. Después se llegó al

anaquel del fondo, recogió unas cajas, las metió en su sitio, arregló algo que se había caído, siempre de espaldas y sin volver la cabeza. Carlos buscaba con la pierna la banqueta; la encontró y se arrodilló en ella. En la plaza la lluvia caía más fuerte.

—Como comprenderás —dijo Clara, de repente—, yo ya no me hago ilusiones. El último día que estuviste aquí puse de mi parte todo lo que una mujer puede poner y no me sirvió de nada. Pero me gustaría que tú, al menos, resolvieses tu vida. Esa chica te conviene. Solo te pido que, si es posible, te la lleves de aquí. De lo contrario, marcharé yo.

Carlos puso cara de estupor.

—¿Serías capaz... ahora?

—¿Por qué no? Lo he pensado mucho este verano y lo sigo pensando.

Carlos movía la cabeza y sonreía.

—¿Por qué dices que no?

—Porque tú, como yo, estamos metidos en esto, y de aquí, si no nos saca el destino, no hay quien nos saque.

—¿Y quién te dice que el destino no es la francesa?

—Eso pretendió doña Mariana: hacer de su sobrina un destino gobernable desde la tumba a través de las cláusulas de su testamento. Pero no contó con ella ni conmigo, y ella tendrá su voluntad, y la mía, te lo juro, no se moverá para cambiar las cosas. Si la niña quiere quedarse, que se quede, que no se lo he de estorbar; pero si quiere marcharse, le pondré puente de plata. Que se lo lleve todo y que haga lo que quiera. Una situación parecida hizo a mi padre desgraciado, pero aquello no puede repetirse, porque ni yo soy mi padre ni Germaine será doña Mariana.

Se interrumpió, esperó respuesta de Clara.

—Antes —continuó— bromeaba cuando te dije que haría esto y lo otro. No pienso hacer nada.

Volvió a callar y a esperar respuesta. Entonces se dio cuenta de que Clara había escondido la cara.

Se oyeron unos golpes en la puerta de la celda. El padre Eugenio abrió.
Un hermano lego esperaba.

—De parte del padre prior, que vaya a verle antes de marchar.

—Iré en seguida.

Se retiró el lego. El padre Eugenio dejó la puerta abierta. Se puso la capa, se santiguó y salió.

Barrían el claustro ráfagas frías. Se asomó y miró al cielo: nubes oscuras volaban del sudoeste, retorcidas, furiosas.

—Volverá a llover.

Entró en la celda y cogió el paraguas. Con él colgado al brazo llegó a la celda del prior. Estaba abierta.

—Entre, padre, y espere unos instantes.

El prior daba instrucciones a un monje joven acerca de unas misas. Cuando terminó, le acompañó a la puerta y la cerró.

—Ya tenemos el lío armado, padre Eugenio.

Se sentó ante su mesa y mandó sentar al fraile.

—Ayer vino aquí el capellán de Santa María. ¡No sabe usted cómo estaba! Que si va a escribir al arzobispo, que si esas pinturas son intolerables...

—Ya lo sé. También estuvo a verme.

—Y usted, ¿qué piensa?

El padre Eugenio abrió las manos desanimadamente.

—¿Qué quiere que piense? Seguir adelante y Dios dirá. Pero a usted le consta que fueron aprobadas por el arzobispo. No he introducido variación alguna, y en cuanto al conjunto de la iglesia, toda modificación está de acuerdo con la memoria que acompañaba a los cartones. Usted la leyó.

El prior respondió distraídamente.

—Sí.

Miraba al cielo por la ventana abierta.

—Hace mal día, ¿verdad?

—Mucho viento. Lloverá.

—Sin embargo, tengo que ir a Pueblanueva a ver esas pinturas. Esta misma mañana. Es necesario, ¿sabe? El cura está hecho una furia y detrás del cura tiene que haber alguien atizando el fuego.

El padre Eugenio se puso en pie.

—Puedo cederle la mula.

—No, padre; no. La mula la necesita usted. Pero puede decir a su amigo el

doctor Deza que me mande el coche. Porque tiene un cochecillo, ¿verdad? Alguna vez me llevó en él. O si no...

Se levantó, sonriente, y se acercó a la ventana. El viento le alborotó el cabello.

—¿Qué le parece si le pidiéramos el automóvil a doña Angustias? Sería de gran efecto.

El padre Eugenio inclinó la cabeza.

—Como mejor le parezca a Su Paternidad.

—Decidido. Le gustará que se lo pida. En cuanto llegue a la iglesia, le telefona y le suplica, de mi parte, que me envíe el automóvil a eso de las once. No tiene por qué decir que es usted, sino un fraile cualquiera.

—Comprendo.

Puso la mano en el hombro de fray Eugenio.

—Así, si es ella la que mueve el laberinto, sabrá que la visita del cura no fue inútil y que me preocupo del asunto. En cuanto a usted, siga pintando.

El padre Eugenio le miró entristecido, saludó y fue hacia la puerta.

—No ponga esa cara, padre Eugenio. Sea usted un poco más vulgar. Le conviene. ¿Sabe que dicen en el pueblo que usted está endemoniado?

El padre Eugenio se volvió bruscamente.

—¿Eso dicen?

—Sí, y usted tiene la culpa. Un fraile no debe andar por el mundo con esa cara dramática que usted usa, sobre todo desde que empezó a pintar. Una cara así despierta la desconfianza del que la lleva y de lo que representa.

Se acercó lentamente al fraile, le apuntó con un dedo.

—Y usted representa a la Iglesia y la esperanza de salvación.

Carlos llegó corriendo, a las once menos cuarto. El padre Eugenio no había subido al andamio. Paseaba la nave de arriba abajo, con la cabeza agachada y las manos a la espalda.

La iglesia estaba apenas iluminada por la luz gris de la mañana. Carlos empujó la puerta. Sonaban al fondo secos, rápidos, los pasos del fraile.

—¡Padre Eugenio!

Fue hacia el fondo de la iglesia. El padre Eugenio ya venía a su encuentro.

—¿Sucede algo? —preguntó Carlos.

—Quizá. Quiero que esté usted aquí cuando venga el prior. Voy a necesitar su apoyo.

Contó en dos palabras la conversación de aquella mañana.

—¿Y usted cree que el prior se pondrá de parte del cura?

—¿Qué sé yo? Si no le gustan las pinturas, y lo más probable es que no le gusten...

—Pero usted está respaldado por el arzobispo.

—Sí. ¿Y qué? Si alguien protesta, en el arzobispado lo tendrán en cuenta.

—En todo caso, esta es una iglesia privada, y yo represento los derechos del propietario. Puedo hacer que mi opinión prevalezca.

—¿Quién lo duda? Pero la iglesia permanecerá vacía. Y yo no he pintado para que usted y yo vengamos de tarde en tarde a recrearnos en las pinturas y a lamentar que la gente no las entienda. Ayer le dije que quiero meter por los ojos de los fieles una cierta idea de Cristo que no conseguí inculcarles con la palabra...

Levantó los puños crispados.

—¡Se lo aseguro, don Carlos! ¡Estas pinturas no son una obra de arte, no quieren serlo, sino una oración de penitencia, un desagravio y al mismo tiempo una lección de teología...!

Se sentó desalentado en la esquina de un banco de enfrente. El fraile tenía hundida la cabeza y todo él parecía decaído, dismantelado.

—Lo que usted quiere que sean quizá no se me alcance, pero como obras de arte las entiendo y me gustan.

—Si el pueblo cristiano las rechaza pensaré que el Señor rechaza mi oración.

Carlos rio.

—Pero ¿por qué meten ustedes a Dios en todo? En este lío no alcanzo a verlo por ninguna parte, créamelo, y se lo digo sin la menor intención blasfematoria. El cura obra movido por alguien, es evidente; pero ¿por qué pensar que este alguien obra movido por Dios? ¿O es que Dios suele valerse de las beatas para expresar su opinión?

Se levantó.

—Ande. Déjese de elucubraciones, y vamos a poner esto bonito para que

haga buen efecto al prior.

Agarró al fraile de un brazo y le empujó a levantarse.

—Sin embargo..., empecé estas pinturas con el mismo ánimo con que en la Antigua Ley se ofrecía el Sacrificio y pedí al Señor una señal de si lo aceptaba o no.

—¿Y a quién se le ocurre poner a Dios en ese trance?

—Es que yo necesito saber que estoy perdonado.

Carlos volvió a reír.

—Perdonado ¿de qué? ¿De ese mes que pasó usted borracho allá en su juventud, buscando un nuevo amarillo?

El fraile le miró rápidamente, escondió la cabeza y corrió por la nave adelante. Se oyó un chasquido, y la iglesia quedó alumbrada.

—Retire usted esas arpilleras de los altares y limpie un poco. Yo arreglaré aquí arriba.

El fraile subió al andamio y se perdió en el fondo del ábside. Carlos desembarazó el altar de la Epístola y el del Evangelio y limpió las mesas.

—Pues por muy bruto que sea el prior, esto tiene que gustarle —gritó.

Oyó lejana la respuesta del padre Eugenio:

—El prior no es un bruto.

La llegada del prior fue precedida de un ruido de automóvil que se detuvo ante la fachada de la iglesia. Carlos arrojó una escoba con la que barría.

—¡Ya está ahí!

Corrió a la puerta lateral, la abrió y esperó. Había empezado a llover, y un gran chorro de agua salpicaba el umbral. El prior apareció en la esquina de la iglesia, corriendo, y le hizo un gesto de saludo. Carlos se adelantó a recibirlo. El prior traía abierto el paraguas y le cobijó.

—Tenía que haber supuesto que el padre Eugenio le metería en este laberinto. Es incorregible.

Tendió la mano a Carlos.

—Usted estará de acuerdo con él y contra el cura, me lo supongo.

—Es que, además, soy el primer interesado. Pienso que el padre Eugenio hizo bien en avisarme. Las pinturas fueron desde un principio negocio mío.

—Quizá, quizá...

Entraron. Carlos cerró la puerta y pasó el cerrojo. El paraguas del prior

quedó chorreando, en un rincón.

El prior había adelantado unos pasos y miraba a todos lados.

—Pues ya se habrán gastado ustedes dinero en la iluminación.

—No íbamos a dejar las pinturas en tinieblas.

—Es natural. Pero con tanta luz, ¿no cree que la iglesia pierde misterio? Yo iluminaría solamente los ábsides y dejaría el resto en penumbra.

No esperó respuesta. Descendió al fondo de la iglesia, apoyó la espalda a la puerta y miró. El padre Eugenio, al borde del andamio, esperaba, con los pinceles en la mano. El prior le gritó:

—¡Siga pintando, padre, no vaya a escapársele la inspiración! Ya subiré ahí.

Se volvió a Carlos.

—Esto está bien, ¿sabe? Me gusta.

Se le afilaba el rostro como un cuchillo, se le empequeñecían los ojos maliciosos. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y la capilla ligeramente echada sobre la frente ancha. Al mirar alzaba el rostro inmóvil, pálido, un poco oscurecido por la barba.

—Ya lo creo que está bien —dijo Carlos.

—Sí, pero no lo repita muchas veces. No hay que dar alas al padre Eugenio. En estos asuntos siempre hay que ceder para ganar, y él si se sabe apoyado no cederá.

Se acercó al ábside del Evangelio, contempló la pintura, pasó la mano por la piedra del altar. Atravesó luego la iglesia y se detuvo ante la losa de doña Mariana.

—¿Conque es aquí donde quiso enterrarse la señora? ¡Con lo bien que estaría en un nicho del cementerio!

Cogió a Carlos del brazo.

—Usted estará de acuerdo con ella probablemente, pero yo pienso que no hay por qué meter tanto barullo. ¿Por qué se le habrá antojado enterrarse aquí para que todos la pisen?

Ante el ábside de la Epístola soltó el brazo de Carlos y se alejó unos pasos.

—El cura es un paleta —dijo a media voz. Y añadió—: Vamos a ver qué hace el fraile. ¿Usted lo ha visto pintar?

—No le gusta.

—Pudor de artista, ¿verdad?

Hablaba con una sonrisita leve, con un tono de remota burla.

—A mí me parece que se puede pintar lo mismo sin echarle tanto teatro.

Fray Eugenio, subido a una banqueta, perfilaba el hombro de Cristo. Volvió a medias la cabeza.

—Le pido perdón, padre, pero no puedo dejar de pintar... Si se seca la masa...

El prior dio un codazo a Carlos y dijo en voz baja:

—¿Lo ve?

Estaba encendida la estufa. Se sentaron. El prior miraba al padre Eugenio, y Carlos miraba al prior.

—¿Usted fuma, padre?

—No, gracias. Es una costumbre que no puedo pagarme.

El padre Eugenio dejó caer el pincel. Descendió de la banqueta. Quería disimular la ansiedad. La luz le iluminaba de lleno.

El prior se levantó.

—¿Se puede mirar ya, padre?

El padre Eugenio afirmó con la cabeza.

—Pero esto está sin terminar. Le falta lo principal.

—Sí. Lo más difícil.

—¿Y qué piensa hacer?

—No puedo explicarlo.

—Comprendo. Pretende pintar lo inexplicable. Está bien.

Carlos pensó que sin aquel tono cazarro el prior podría ser simpático.

—Por primera vez estoy de acuerdo con usted, padre Eugenio. Me gusta esto. Y voy a defenderle, no se preocupe.

La cabeza, los hombros del padre Eugenio se irguieron, y el rostro resplandeció.

—¿De veras?

—¿Qué había pensado? ¿Que iba a dejarle en la estacada? Soy tan responsable como usted. Pero, además, esto me gusta. Y tiene que gustar a todo el mundo.

Carlos había quedado atrás. El prior le indicó que se acercara.

—¿Piensa usted hacer alguna fiesta cuando se bendiga la iglesia? Porque esto conviene que lo vean. Canónigos de Santiago, gente así. Hay muchas iglesias que pintar, y el padre Eugenio podría hacerlo, ya lo creo. Aunque...

Los cartones estaban a la vista, en unos atriles. El prior los examinó.

—Al padre Eugenio le costará un gran sacrificio hacer concesiones; pero yo, en su caso, las haría. La Virgen un poco más bonita, el Cristo muy bien peinado. Eso atrae a la gente. Y usted podría darse el gusto de llenar de figuras como estas los ábsides gallegos. ¡Ya lo creo! Le vendría muy bien al convento. Y usted sería feliz.

Empezó a reír.

—Esta mañana le dije al padre Eugenio que su cara es demasiado dramática. Quite al menos el drama de la cara de Cristo.

Cogió del brazo a Carlos y al padre Eugenio y los empujó hacia la escalerilla. Sonreía agradablemente.

—Mañana mismo iré a Santiago, al arzobispado. Hay que evitar que don Julián arme el barullo. Convendría que viniese alguien a ver esto, alguien de campanillas. ¿Estaría dispuesto, don Carlos, a sufragar los gastos?

Carlos se despertó temprano. Habían llamado a la puerta y habían gritado: «¡Son las siete, señor!». Y él había respondido: «¡Bien, en seguida!». Pero había vuelto a dormirse. A partir de las ocho la casa se llenó de ruidos: unas mujeres, contratadas por la Rucha madre —«de toda confianza»—, se encargaban de limpiar, de darle vuelta a todo, de dejarlo reluciente, sin que quedase objeto sin repaso ni alfombra sin sacudida. Cera nueva para los pisos, bujías nuevas en lámparas y palmatorias, repuesto de petróleo en los quinqués. A esto la Rucha hija había hecho objeciones.

—Pero, señor, ahora que viene la señorita, ¿por qué no aprovecha para instalar luz eléctrica? Nadie anda ya por el mundo con velas, y a ella le va a dar tristeza.

—¿Tú crees?

—Claro, señor. A los jóvenes no nos gusta andar ensombrecidos.

—En todo caso, ya lo dirá cuando venga.

—Claro. Cuando la casa sea suya hará lo que quiera en ella.

Llamó y mandó que le trajeran el desayuno. Fumaba un pitillo cuando la chica le trajo su ropa limpia y planchada y un montón de camisas.

—Tampoco estaría mal que se hiciese un traje como los que usa todo el mundo, porque con esta chaqueta no parece un señor.

Se levantó. Después de asearse recorrió la casa. Lo habían puesto todo patas arriba. En el salón, dos mujeres procedían a enrollar la alfombra. Otra sacaba brillo a los bronce y latones. Una muchachita muy espigada y desenvuelta lavaba los marcos de las puertas.

Mandó que bajasen su maletín al portal y que lo metieran en el coche en cuanto llegase.

—Pero ¿no lleva más que esto? ¿Y para eso pasé yo tantas horas planchándole camisas?

Decididamente no hacía nada al gusto de la Rucha hija. La invitó con un gesto a resignarse.

—Dile a tu madre que venga.

La Rucha vieja salió de la cocina secándose las manos en el mandil. Carlos le dio unos billetes.

—Arreglaréis dos habitaciones. La que fue de la señora, para la señorita, y la que yo ocupo ahora, para el señor.

—Luego, ¿usted ya no dormirá aquí?

—Probablemente, no.

La chispa de luz que saltó en los ojos de la Rucha vieja bien pudiera interpretarse como alegría.

—Lo vamos a sentir mucho, señorito. Ya nos habíamos acostumbrado a usted. ¡Dos personas nuevas...! ¡Y extranjeras! Cada uno con sus gustos.

—Pondré un telegrama con el día y la hora de llegada. Para que tengáis preparada la comida.

—¡Ya verá el señorito! Se chuparán los dedos...

El coche había llegado. Carlos dio una nueva vuelta por la casa, hizo alguna advertencia. Se había detenido ante el retrato de doña Mariana.

—Y ese cuadro, ¿lo mandaremos al pazo? Porque tengo entendido que es del señor.

—Todavía no. Hasta que busquemos otro para su sitio.

—Claro. Quedaría deslucida la chimenea sin ese cuadro.

Hacía frío. Mandó cerrar las ventanillas del coche. Ofreció tabaco al chófer. A la salida de Pueblanueva empezó a llover.

—¿Cree usted que llegaremos al exprés de Madrid?

—Con un poco de suerte, señor, ya lo creo que llegaremos.

II

Cosían en el cuarto grande, donde también se comía y se recibía a los amigos. Las sillas de las oficialas —cuatro, cinco a veces— rodeaban la ventana en semicírculo. Las mañanas de sol echaban las sillas un poco atrás para calentarse las piernas y los regazos sin molestia para los ojos.

Pili y Nati cantaban toda la mañana. Pili aprendía las canciones de moda —tenía radio— y se las enseñaba mientras cosían a Nati, que no tenía radio. Lola y Reme permanecían silenciosas: Lola pensaba en su novio, que estaba en África, y Reme también pensaba en su novio, que aún no estaba.

—A ver si sacas chico un día de estos, hija, para que te animes.

En el cuarto de al lado, que también tenía ventana al patio, se probaba. El diván, de noche, se convertía en cama, y en él dormía la maestra.

Antes de marcharse, por la tarde, las oficialas lo recogían todo y lo guardaban en dos armarios. Las sillas pasaban al cuarto de los trastos, y entonces el hermano de la maestra podía traer a sus amigos.

—Ahí donde lo tienes no te vendría mal. Te lleva quince años, pero está de buen ver.

—¡Calla, hija, con esas narices y esas pecas! Además, no quiero nada con anarquistas.

—Ya sé que a ti te tiran las derechas.

—Y a mucha honra.

—Pues ya verás la corrida en pelo que llevan para las elecciones.

Hablaban en voz baja. La maestra había salido a la compra, pero una no podía confiarse nunca por aquella su manera silenciosa de andar.

—Cuando menos lo piensas tienes encima esos ojos que parecen dos carbones.

—Pues no dirás que es mala.

—Pero rara, sí que lo es.

—Oí decir que venida a menos.

Sonó el timbre de la puerta. Ninguna de las cuatro levantó la cabeza.

—Abre tú, Reme, y deja en el pasillo los suspiros que puedas, que aquí ya tenemos bastantes con los de Lola.

Reme dejó a un lado la labor y se clavó la aguja en la solapa de la blusa.

—La tenéis a una de chica para todo...

Salió y abrió la puerta. La oyeron hablar con alguien. Regresó.

—Es uno que pregunta por la maestra o por su hermano. Debe de ser pariente.

—¿Y lo has dejado en la puerta? ¡Pareces de pueblo!

Pili se levantó diligente. Al pasar frente al espejo se arregló el pelo. La Reme dijo:

—Puede ser tu padre.

—Nunca está de más.

Avanzó por el pasillo contoneando las caderas. El tipo que esperaba en la puerta era un hombre alto, como el hermano de la maestra; pero así, al contraluz, no se veía bien. Hasta que estuvo junto a él.

—La maestra vendrá en seguida. Si quiere usted pasar...

—Bueno.

Carlos entró y esperó a que Pili cerrase.

—Venga. No le molestará estar con nosotras. ¿Es usted primo de la maestra?

—Algo así.

—Se es o no se es. Pero como se parece tanto al hermano...

Le indicó una silla cerca del corro de las oficialas.

—Siéntese y espere. No le molestará que cantemos, ¿verdad? Lo hacemos siempre.

Carlos le sonrió. Pili recabó la labor. Nati miraba de reojo y reía.

—¡Qué tío feo!

—Sin despreciar a nadie...

Pili se puso a cantar, pero Reme se pinchó un dedo. Estuvo en un tris de manchar la tela.

—¡Si pusieras los cinco sentidos en lo que haces...!

—¡Como si tú no te hubieras pinchado nunca...!

Carlos intentaba distraerse con una revista de modas. Inclino un poco el torso para que no le vieran reír.

Alguien gritó por el patio:

—¡Señorita Inés!...

—Ahí está esa otra vez —dijo Nati—. Querrá la blusa.

Pili se levantó y abrió la ventana. Dijo que la maestra vendría pronto y que la blusa estaba a falta de pegarle los botones.

—A primera hora de la tarde yo misma se la llevaré.

Se oyó abrir y cerrarse la puerta. Pero Inés no entró en el obrador.

—Habrá que decirle que está aquí el caballero...

—Hazlo tú, Reme.

Reme salió y volvió corriendo.

—Que nos vayamos todas y que vengamos puntuales. Y usted, señor, que espere.

Recogieron en un santiamén. Saludaron una a una.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—Usted lo pase bien.

Reían en el pasillo con risa contenida. La señora del patio llamó de nuevo a Inés y un momento más tarde a un niño que se llamaba Felipe.

—¡Felipe, Felipín!

Carlos seguía hojeando la revista. No advirtió la llegada de Inés hasta que oyó su voz.

—¡Carlos!

Derribó la silla al levantarse. Quedó corrido y un poco embarullado. Inés se agachó para recogerla. Luego le tendió la mano. Se miraron con las manos cogidas, sin decir nada. Carlos sonrió.

—Bueno. Aquí estoy...

—Me alegro mucho de verte... Me alegro de verdad. Estás más gordo.

—Y tú pareces otra —Inés le miró satisfecha—. Y tan bien vestida...

Se sentaron en sillas bajas, con las piernas al sol. Volvió a llamar la vecina. Inés no hizo caso.

—Háblame de Clara y de su tienda. ¿Es cierto que le va bien? ¿Y mi madre?

Carlos habló largamente, respondió a sus preguntas. Inés sentía curiosidad por todo. Escuchaba con entusiasmo de desterrada.

—¿Es cierto que han derribado nuestra casa? ¿Y que estás arreglando la iglesia de Santa María? ¡Cuéntame cómo murió la vieja...!

Clara en sus cartas contaba todo, pero sin detalles.

—Nos gusta saber lo que sucede allá, aunque no volveremos nunca. Porque no volveremos, ya lo sabes. Ni Juan, ni yo. Yo...

Levantó a medias una mano y se echó a reír.

—Yo voy a casarme. No se lo dije a Clara todavía.

Juan no solía comer en casa. Carlos propuso que salieran y buscaran una taberna. Inés prefirió quedarse: las oficialas regresarían pronto.

—Si no eres muy exigente preparo comida para los dos. Y hablamos. Es la primera vez que estamos solos y que hablamos tanto, ¿verdad? Sin embargo, me parece como si hubieras sido mi amigo toda la vida.

Mientras Inés guisaba, Carlos bajó a la calle y compró fruta y vino. Hacía una mañana resplandeciente y fría. Con el paquete en la mano, Carlos descendió hasta Rosales. ¡Qué distinto estaba todo desde sus años de estudiante!

Inés preparó la mesa. Durante la comida, Carlos explicó la razón de su viaje. Inés no pareció interesarse por Germaine.

—Y Juan, ¿qué hace?

Inés dejó de sonreír.

—¿Puede saberse alguna vez lo que hace Juan? Ni siquiera puede saberse lo que quiere.

—¿Trabaja?

—Todo el día, pero no gana un céntimo. Abogado, como siempre, de causas perdidas.

Hablaba con tono amargo. La mirada se le había entristecido.

—Tú le quieres mucho, ¿verdad? —dijo Carlos.

—Sí, pero... ya no soy la misma.

Estaba pelando una manzana. La cortó en trocitos.

—¿Cómo te lo diría? Hoy me encuentro más cerca de Clara que de mí misma. Estuve equivocada. Clara tenía razón muchas veces. Y yo, ahora que veo las cosas como son, la comprendo.

—Alguna vez he defendido a tu hermano de las acusaciones de Clara.

—No más que yo. Quizá en el fondo supiera que ella, y no yo, estaba en la verdad; pero entonces... Adoraba a Juan y no quería a Clara. Tú sabes por qué, naturalmente —Carlos asintió—. Ahora llevamos unos meses separados, yo no soy la misma —recalcó—. Por otra parte, allá, Juan y yo formábamos en un bando, contra Clara y contra todos; pero ahora no tenemos enemigos enfrente, nadie se ocupa de nosotros ni hay de quién defenderse. No estamos desunidos, y le quiero como siempre; pero ya no estoy ciega. Me doy cuenta de que Juan lleva varios años haciendo lo posible por disimular su incapacidad y hasta por convencerse de que no es un incapaz.

Pinchó con el tenedor un trocito de manzana y lo remiró.

—Hemos tomado esta casa, la hemos amueblado y hemos repartido el dinero restante. La casa la sostengo yo con mi trabajo y aún me sobra. Juan gasta de su dinero y lo tira innecesariamente, como si le estorbase. A veces me asombro al recordar la austeridad de su vida en Pueblanueva. ¿Cómo pueden unos miles de pesetas cambiar así a un hombre?

Masticó pausadamente la manzana. Sus dientes eran finos, menudos, su boca, grande y carnosa, como la de Clara. Ahora llevaba el pelo corto y bien peinado y se pintaba un poco. También se arreglaba las uñas. Ceñía discretamente los pechos, hasta cuyo arranque llegaba el escote agudo de la blusa.

—Me da miedo Juan. Ahora para poco en casa, anda con amigos, viste bien. Cuando se le acabe el dinero, ¿qué hará? ¿Encerrarse aquí, atormentarse y atormentarme solo de verle, aunque no se queja? No sé si has experimentado alguna vez el dolor de querer apasionadamente a una persona a la que ya no respetas.

Dejó caer las manos sobre el mantel y bajó la cabeza. La levantó de pronto, con brusquedad, y clavó en Carlos una mirada fogosa. Unas guedejas negras le cayeron sobre la frente.

—Yo ya no tengo resignación, ¿comprendes? Ya te dije que he cambiado

mucho; es como si antes fuese una niña y ahora una mujer de verdad. En la vida hay muchas cosas que valen la pena, y no veo la razón de renunciar a ellas por Juan. Aún puedo tener hijos.

Río, y Carlos se sorprendió.

—Te resulta raro, ¿verdad? Sin embargo, a mí me parece natural. Tenía un velo en los ojos, y un día se me cayó.

Empezó a amontonar los platos del postre.

—Esperemos que Juan no te acapare para lucirte por ahí y que tengas un momento para conocer a mi novio. Él ya sabe quién eres. ¿Cómo no va a saberlo? Juan no le habla más que de ti. Para Juan eres el genio de los Churruchaos.

Tenía la tarde vacante. Su equipaje —un maletín— lo había dejado en un café antes de echarse a buscar la casa de Juan. Ahora debía cuidarse del alojamiento. Intentó en vano recordar nombres de hoteles decentes: solo alguno de mucho lujo se le venía a las mientes.

Se metió en un café de la Puerta del Sol, pidió una copa de coñac. El café empezaba a vaciarse, y el camarero se mostró locuaz. Le remitió a un hotel de la calle de Echegaray.

Quedaba cerca. La tarde empezaba a entoldarse y venía un viento frío, afilado. Se subió el cuello de la gabardina.

—Tendré que comprar un abrigo.

Pidió en el hotel tres habitaciones: una para ocupar inmediatamente y dos reservadas para dos viajeros que llegarían de París al día siguiente, en el tren de la mañana. Un padre y una hija.

—¿Con baño?

—Sí.

El sujeto del hotel dijo: «Costarán tanto», y Carlos respondió que bueno. Pero se sintió mirado con desconfianza.

—Volveré luego a traer mi equipaje. Poca cosa, solo un maletín. Pero llevo encima algún dinero y me gustaría dejarlo en la caja del hotel.

El empleado le sonrió más amable.

Entregó dos mil pesetas en billetes y un cheque por quince mil. Cubrió un

papel para la policía, le firmaron un recibo.

—Cuando usted vuelva, doctor, tendrá la habitación arreglada y podrá ver las otras dos por si no son de su gusto.

Empezó a vagar por las calles. Sintió frío, entró en un almacén y compró un abrigo gris y una bufanda. Dijo que le mandaran al hotel la gabardina y dio su nombre y la dirección. Después siguió callejeando. Pensaba en Inés y le daba miedo encontrarse con Juan.

Hacia las seis recogió el maletín y regresó al hotel. Le habían dado una habitación grande, con balcones a la calle. Una cama enorme, muebles de caoba, espejos y alfombras gruesas. La de Germaine era más pequeña y lujosa.

Se lavó y afeitó, se cambió la camisa y volvió a salir. Eran cerca de las siete. Tomó un taxi y dio la dirección de Juan: Altamirano, 33. Al atravesar la Gran Vía el taxi estuvo detenido unos minutos: unos estudiantes peleaban con los guardias de asalto. Había gritos y carreras.

En un taxi vecino un señor grueso discutía con el taxista y aseguraba vociferando que a los estudiantes había que meterlos en cintura, y que él sabía cómo hacerlo, y que lo haría si le dejasen gobernar.

—Y a los que están detrás de los estudiantes, a los que los azuzan, a esos, a Guinea con ellos, sin piedad, sean fascistas o comunistas.

El taxista pensaba de otra manera. Cuando quedó franco el camino, la pelea parecía haberse reproducido dentro del taxi.

Le abrió la puerta Inés. Estaba arreglada ya y lista para salir. No pasó de la puerta.

—Vamos a un café aquí, en el barrio. Juan estuvo unos momentos en casa, le dije que habías llegado y acudirá allí. Se alegró mucho.

El café estaba cerca. Era un local grande, desangelado, con muchos espejos. Inés entró delante y le guio hasta una mesa del fondo.

—Es aquí donde solemos reunirnos. El café no es bonito, pero tiene buena calefacción.

Pidió un chocolate con picatostes y se lo recomendó a Carlos. Aún no los habían servido cuando llegó Gay, sonrió desde lejos y mientras daba la mano a Inés dijo:

—Usted tiene que ser el doctor Deza. No puede ser otro.

Se sentó al lado de Inés y la cogió del brazo.

—Estoy muy contento de conocerle. Me han hablado mucho de usted.
Soltó el brazo de Inés y sin levantarse empezó a quitarse el abrigo.

—Juan dice que conoció usted a Freud.

—Sí.

—¿Es posible? ¿Estudió usted con él?

—Directamente no. Le escuché muchas lecciones y conferencias y trabajé con discípulos suyos. Una vez me lo presentaron y me dio la mano.

Paco Gay miró respetuoso la mano diestra de Carlos.

—Yo voy a ir pronto a Alemania.

—¿Médico?

—No. ¿No le ha dicho Inés? Estudio filología románica. En cuanto nos casemos...

Repentinamente el rostro alegre de Paco Gay se ensombreció y volvió a coger el brazo de Inés.

—¿Sabes? Hoy tuve carta de mi madre. Dice que vendrá a la boda.

—Es lo natural.

—Pero... si mi madre viene... tendremos que casarnos por la Iglesia. Se llevaría un gran disgusto si supiera...

Parecía apurado. Explicó a Carlos:

—Es que pertenezco al partido socialista, y si nos casamos por la Iglesia tendré un conflicto. A Juan tampoco le gustará.

—Mi hermano no cuenta.

—Aunque transija...

—Pues con explicar a tus amigos lo que sucede...

—¿Y si les da por ponerme en un brete?

Volvió a mirar a Carlos.

—Mi madre tiene sesenta años y es muy religiosa. Se llevaría un disgusto de muerte.

—Su madre es una persona concreta, y el partido, una entidad abstracta.

Paco Gay abrió los ojos.

—Pues ¡mire! No se me había ocurrido. Quizá sea una razón.

—Depende de lo exigentes que sean las entidades abstractas.

Inés propuso:

—Siempre habrá manera de hacerlo discretamente. No tienen por qué

enterarse ni Prieto ni Largo Caballero. Tampoco creo que se preocupen de nosotros ni que hayan oído jamás nuestro nombre.

Gay volvió a reír.

—¡Claro! Ellos son los capitostes y no están en estas minucias. Pero lo malo son mis compañeros. ¿Sabe usted? Éramos cinco aspirantes a la beca y me la dieron a mí. Los otros cuatro están rabiosos, y dos de ellos son también socialistas.

—Tenía usted que haber pensado esto antes de ingresar en el partido.

—No crea que no lo he pensado. La beca me la dieron por ser socialista, y quizá me la dieran también si fuese de derechas. O con unos, o con otros, pero siempre con alguien si se quiere hacer carrera.

Gay había cogido la mano de Inés y se la acariciaba. Inés no parecía enterarse o al menos no le daba importancia.

Juan llegó un poco más tarde. Venía vestido de gris, un traje de buen paño y buen corte, pero sin corbata. Dio a Carlos un abrazo muy fuerte. Pidió cerveza, se sentó al lado de Carlos y se encaró a Gay.

—Aquí tienes al doctor Deza, el hombre que está enterrando en Pueblanueva del Conde su sabiduría. Un tipo que, además de gran médico, sabe de arte, entiende de literatura y está al tanto de lo que pasa por el mundo. Como otros muchos que yo conozco, Gay, y que tú conoces también, pintores y poetas, que no hacen más que vociferar su amargura por nuestras aldeas. Nuestra tierra se come a los hombres, los disuelve en el orvallo, les quita la voluntad. Al que se queda allí se le cierran todos los caminos menos el adocenamiento y la borrachera. Tienes que venirte a Madrid, Carlos. Esto es otra cosa. El aire frío espabila. Y hay que luchar día a día para mantenerse cada cual en su puesto, porque siempre andan diez detrás de ti dispuestos a quitártelo. Este es el país de la envidia y del olvido: si te descuidas te aplastan; si no produces, mañana nadie te recuerda. Es como vivir en guerra.

—Vendré en cuanto resuelva los asuntos de doña Mariana.

—¿Para qué te preocupas de eso? Los asuntos de doña Mariana se resolverán por sí solos; es decir, no necesitarán ser resueltos. Esto está a punto de cambiar. Se anuncian elecciones para pronto, y entonces el problema consistirá en si damos a España una estructura socialista o anarcosindicalista. Pero lo de la propiedad privada se resolverá de un modo u otro. No pierdas el

tiempo en testamentarías.

Golpeó nuevamente la espalda de Carlos.

—Necesitamos hombres como tú, gente libre de prejuicios que pueda colaborar en la edificación de una sociedad nueva. Tu puesto está aquí. En España está todo por hacer; pero nada se hará como no sea desde aquí, desde la cabeza. En eso estoy de acuerdo con los comunistas. El defecto del anarcosindicalismo es su sentido cantonal. Quizá haga falta una previa dictadura centralista antes de llegar a la verdadera organización libertaria. ¡Si mis camaradas no fuesen unos doctrinarios lo habrían comprendido! Pero el anarcosindicalismo no ha evolucionado. En eso se parecen a los carlistas. Viven en pleno siglo diecinueve.

Hablaba con calma, marcaba las pausas y movía la mano derecha con suavidad, frotando el índice contra el pulgar. Carlos lo recordó dirigiéndose a los pescadores en la taberna del Cubano. Como orador, había progresado.

—Eres un soñador, Juan —dijo Gay—. Tenemos sociedad burguesa para unos cuantos años. ¿Crees que va a ser muy fácil desmontar las fuerzas tradicionales, el clero, el ejército, los terratenientes? Una evolución lenta y trabajosa, dirigida por el partido socialista...

—¡No, no! Una revolución. España es un cuerpo enfermo al que hay que intervenir sin demora. Aunque sea cruelmente. En cuanto a los socialistas...

Rio retóricamente.

—... el mayor capitalista de mi pueblo, el verdadero opresor del proletariado, pertenece al partido socialista. ¿Cómo voy a tener confianza en un equipo que admite a semejantes tipos? Carlos puede decirte de quién se trata, aunque creo que alguna vez te lo expliqué. Por cierto, Carlos: ¿cómo van mis pescadores? Ya sé que gracias a ti los pesqueros de doña Mariana son prácticamente suyos.

—Tienen dificultades financieras. Ha habido que hipotecar un par de barcos, y aun así las dificultades siguen.

—Y Cayetano Salgado, que andará por el medio o detrás de la cortina para estorbarlo todo.

—Cayetano no se ha metido en nada. Hemos hecho un pacto.

—¿Es posible? ¡No te fíes de Cayetano! Si no se ha metido en nada será porque le conviene y mientras le convenga. Yo andaría con ojo.

Juntó las manos palma con palma y bajó la cabeza.

—A veces siento remordimiento de haberlos abandonado. Yo no hubiera pactado; hubiera seguido la lucha hasta el final...

—Y hubieras perdido —intervino Inés.

—Quizá. Es posible que lo político haya sido pactar. Es lo que me justifica ante mí mismo. Soy demasiado intransigente, y mi intransigencia habría perjudicado a un puñado de trabajadores indefensos. Los hombres como yo...

Miró furtivamente a Carlos: le tembló la mirada.

—... podemos ver claras las líneas generales de una política, pero nos estrellamos contra la realidad concreta. Mis divergencias con los anarcosindicalistas vienen de ahí. Ellos saben conducir una huelga o gobernar un sindicato, pero no comprenden que en eso no se agota la acción revolucionaria ni tampoco en la fidelidad a unas ideas anticuadas. El anarcosindicalismo tiene que evolucionar, tiene que considerar la realidad innegable del marxismo y de su revolución, que ahí está, aunque nos disguste.

Señaló a Gay.

—La verdad se reparte a medias entre vosotros y nosotros. Si nos ponemos de acuerdo y lo mantenemos, haremos frente a la revolución. De lo contrario...

Dejó caer la mano desalentada en el mármol de la mesa.

—... el porvenir de la revolución será una incógnita.

Inés y Gay se marcharon a cenar y al cine. Tomaron un taxi a la puerta del café. Carlos y Juan bajaron, sin prisa, por la calle de la Princesa. Carlos explicó la causa de su viaje.

—¿Conoces a esa chica? —preguntó Juan.

—Solo a su padre. Creo haberte hablado de él alguna vez.

—Me gustaría acompañarte mañana al tren. Pura curiosidad. Mi respeto por doña Mariana ha sido, tú lo sabes, una de mis debilidades. ¿Será capaz esta muchacha de aguantar el tipo en Pueblanueva como lo aguantó la vieja?

—Si, como dices, las cosas se resolverán por sí solas, ¿qué más da que lo sea o no? El día que se resuelvan tendrá que regresar a Francia. Si le dejáis

con qué pagarse el viaje.

—No será tan fácil ni tan rápido. Hablo así delante de Gay, que es socialista y que no entiende una palabra de política; pero en confianza te diré que no lo veo claro. En las próximas elecciones triunfarán las izquierdas; esto, descontado. Pero las izquierdas no son un grupo homogéneo. Van desde los burgueses de Azaña a los comunistas de la Pasionaria. Nosotros, los anarcosindicalistas, quedamos fuera, como los fascistas. Probablemente las derechas se agruparán alrededor de Gil Robles, pero no creo que Azaña logre lo mismo con las izquierdas. Están los comunistas y está Largo Caballero. De modo que hay propiedad privada para rato.

—En cualquier caso tendré que ayudar a Germaine, y esto me retendrá algunos meses en Pueblanueva.

—Eso, y que es hermoso vivir allí. Lo reconozco: es hermoso y enervante. A ti no puedo mentirte: muchas veces siento nostalgia. Daría todo lo presente por unas tazas de vino en la taberna del Cubano o por un paseo hasta el monasterio.

—Y lo presente, ¿qué es? ¿Escribes?

—No. No escribo.

Carlos tuvo la sensación de haber hecho una pregunta indiscreta. Caminaron unos pasos en silencio. De pronto Juan dijo:

—No es moral dedicarse a la poesía mientras hay hombres oprimidos. Ni aun a la poesía política. El otro día en el Ateneo alguien defendía a Alberti, que se hizo comunista y escribe poemas sociales. Es un truco. ¿Qué más da cantar a la revolución que a las rosas? La hora no es de cantar, sino de hacer. Yo he elegido la acción.

Volvió a callar y miró a Carlos; pero Carlos seguía caminando a buen paso, con la vista al frente y la bufanda muy subida.

—Trabajo entre los intelectuales. Trabajo, además, por mi cuenta. Soy un anarquista entre los anarquistas. Me separan de ellos puntos de vista divergentes sobre táctica política; pero en el fondo coincidimos, en lo esencial. No te niego que quizá ellos desconfíen de mí: me tienen por un señorito. Pero esa misma desconfianza me da una libertad de acción que de otra manera no tendría. También entre los anarquistas hay una ortodoxia y unos dogmas. El francotirador como yo puede permitirse el lujo de la herejía, que,

por otra parte, es necesaria en los medios en que me muevo. En el Ateneo, sobre todo al discutir con los estudiantes, hay que poseer una flexibilidad mental, una dialéctica amplia, incompatibles con cualquier dogmática.

Habían llegado al final de la calle de la Princesa. Carlos se detuvo.

—¿Adónde vamos?

—A una tasca, aquí cerca.

Le empujó.

—Por aquí.

Descendieron a la plaza de España, entraron en la Gran Vía.

—Es aquí, junto al mercado de los Mostenses. Recuerdas esto, ¿no?

Carlos lo recordaba vagamente. Olía a pescado, a hortalizas podridas. La calle estaba ocupada por camiones que cargaban o descargaban.

En la taberna Juan encargó la comida.

—Los comunistas me han enviado ya un par de recados, ¿sabes? Están necesitados de gente como yo. Pero rechacé la invitación. Primero, por no perder mi libertad; pero, además, por incompatibilidad moral. Los comunistas admiten a todo el mundo. ¡Hasta el fraile aquel de Pueblanueva trabaja para ellos!

—¿El padre Ossorio?

—Sí. Creo que se llamaba así.

Juan se sirvió un vaso de vino y lo bebió.

—Por ahí anda. Le veo a veces, y ya le hubiera partido el alma si no tuviera detrás a los comunistas. Se arrimó a ellos para protegerse. De eso estoy seguro.

—Me da la impresión de que Inés lo ha olvidado.

—Supongo que en el fondo hasta le estará agradecida. Gracias a aquel episodio no volvió a pensar en Dios ni en sus santos. Y ahora ahí la tienes: una muchacha fuerte que sabe hacer frente a la vida. De espíritu amplio y robusto. ¡Va a casarse con un socialista! ¿Quién reconocería en ella a la Inés de hace un año?

El chico de la taberna les sirvió unos calamares.

—Yo la he aconsejado, la he guiado. Incluso la he sacado al mundo. No es nada torpe, ¿sabes? Ahora lee libros y es capaz de discutir y de llevar una conversación. En cuanto a su matrimonio..., también es obra mía. No puedo

esperar ni desear que viva perpetuamente a mi lado. Llegará incluso a estorbarme. Porque el día en que la política exija de mí la acción directa, el peligro, ¿cómo voy a comprometerme si ella está en casa esperándome y angustiada por mí? La quiero demasiado, tú lo sabes. Y Gay es un buen muchacho que la adora, lo bastante listo para hacer carrera y lo bastante tonto para ser un buen marido. La dejo en las mejores manos.

Limpió con la servilleta los labios entintados.

—Bueno. Ahora dime algo de ti.

Carlos se encogió de hombros y miró al vacío.

—Yo sigo viendo vivir a los demás.

Terminaba de afeitarse cuando le avisaron de que le esperaba el señor Aldán. Levantó el visillo y miró al cielo: el sol no había salido, y una luz gris envolvía la calle.

Juan traía puesto un buen abrigo oscuro y un sombrero negro. Esperaba en el vestíbulo.

—Si te parece desayunamos antes. Hay tiempo.

Pasaron al comedor. Juan se quitó el abrigo. Llevaba corbata.

—¿Has visto la prensa?

—Todavía no.

—Esto se liquida.

Empezó a explicar la situación política, el fracaso de las derechas. Carlos miraba las volutas labradas en caoba de un aparador cercano. Un poco alejado, el camarero escuchaba a Juan con ganas de intervenir.

—Queda la incógnita de los militares.

Tomaron un taxi, que Juan se empeñó en pagar. El tren de Irún venía retrasado. Pasearon por el andén vacío, contra el aire helado y húmedo del Manzanares. De repente Juan dijo:

—Tú debías casarte con esa chica. Está justificado que un intelectual haga un matrimonio de interés. Estoy seguro, además, que ese sería el gusto de doña Mariana.

—Sí, pero doña Mariana no contó con la voluntad de la interesada ni con la mía.

—Los hombres como tú cometen un error quedando solteros.

—Esa es, más o menos, la opinión de tu hermana Clara.

Apareció la locomotora. Se detuvieron.

—Y ahora, ¿cómo la reconocerás?

—Se parece a la vieja y viene en coche-cama. En cualquier caso, conozco a su padre.

—¡Ah, su padre! Lo había olvidado. Un viejo fracasado, ¿no?

Les alcanzó el vapor de los frenos: un aire pegajoso y caliente. Pasaron dos o tres furgones, varias unidades. Carlos preguntó a un maletero dónde caía el coche-cama.

—Atrás, casi al final.

Anduvieron un rato. El tren se detuvo. Carlos examinaba los rostros asomados. Juan, un poco atrás, parecía no mirar.

Germaine no se había asomado, pero Carlos la descubrió pegada a la ventanilla. Vestía de luto y bajo el sombrerillo negro le asomaban unos mechones rojizos. Carlos le hizo una señal, y ella sonrió y le saludó con la mano. Entró en el departamento y salió a poco, acompañada de su padre. Indicó a Carlos, y don Gonzalo le saludó con una mano enguantada.

—Encárguese del equipaje de esos señores.

El mozo subió al vagón. Carlos esperó al pie de la portezuela. Juan no se había movido.

—Acércate. ¿La has visto ya? Es esa...

—Sí. Ya la veo. Guapa, ¿eh?

Germaine descendió casi de un salto, pero a su padre hubo que ayudarlo. Arrastraba las piernas y tosía.

—Ha sido una locura traerte, papá —le dijo Germaine en francés.

Y añadió en español:

—Bueno, ya estamos aquí.

Tendió la mano a Carlos mientras miraba a Juan. Carlos lo presentó.

—¿Otro Churruchao? —Germaine rio al ofrecerle la mano—. No hay confusión posible.

Vestía un abrigo grueso y llevaba en la mano una especie de bufanda de piel.

El padre le dijo:

—Abrígate la garganta, hija mía. El clima de Madrid es duro.

—Sí, papá.

Ella se envolvió el cuello, sacó del bolso un inhalador, lo acercó a la boca abierta y apretó varias veces la pera de goma: ¡Flash, flash, flash...! El viejo explicó:

—Un enfriamiento privó a su madre de su tesoro máspreciado, y es natural que me cuide de la garganta de su hija.

—También nosotros nos cuidamos, no crea. El aire de Madrid es un cuchillo.

—Pero ustedes quizá no tengan una garganta que cuidar como ella. Una garganta maravillosa. ¡Un verdadero tesoro!

Puso los ojos en blanco. Germaine le tomó de un brazo.

—Vamos, papá. A quien hay que cuidar es a ti. ¿Quiere cogerle del otro brazo?

Se dirigía a Juan, y Juan se apresuró a obedecerla. El mozo había cargado en un carrillo dos maletas grandes, nuevas. Carlos lo emparejó hasta la salida. De vez en cuando volvía la cabeza. Los otros tres quedaban cada vez más lejos. Juan movía mucho el brazo libre, y Germaine parecía reír.

Metieron a don Gonzalo en el ascensor, y Germaine entró con él.

—Es una mujer extraordinaria —dijo Juan.

Se había quedado mirando a la puerta de caoba con espejo que cerraba el ascensor. Carlos le agarró de la trabilla del abrigo y tiró.

—De acuerdo, pero ya se ha retirado. Vamos a sentarnos.

—Tengo que irme.

Pero siguió a Carlos y se sentó a su lado.

—Te envidio. Me gustaría ocupar junto a ella el lugar que vas a ocupar tú.

—¿El de coco?

Juan le miró con gravedad.

—Serás su amigo.

—Me gustaría serlo. Pero tengo la obligación de hacer que se respete la voluntad de doña Mariana. Y me va a costar trabajo.

—Pero ¿vas a pretender que esta mujer se entierre en Pueblanueva durante

cinco años? ¡Sería arruinar su carrera!

—Doña Mariana no tuvo en cuenta que su sobrina posee una hermosa voz de soprano probablemente porque lo ignoraba. Ni ella ni su padre dijeron jamás que estudiase en el conservatorio ni que aspirase a cantar ópera. A mí su padre me engañó, porque me dijo que estaba interna en un colegio de Normandía.

—Bien, pero ahora ya lo sabes.

—No puedo cambiar los términos del testamento.

—Puedes hacer lo que te dé la gana. Nadie va a protestar ni a meterte en pleito. Y tu obligación es ayudar a Germaine, está bien claro. Tiene un brillante porvenir. Puede, fíjate bien, puede presentarse en la ópera de París cantando *Carmen*. Ya la has oído.

—No. Yo no la he oído.

—Claro. ¿Cómo ibas a oírlo? Andabas liado con las maletas cuando lo dijo. ¡En la ópera de París, Carlos! ¡Solo necesita dinero!

—Yo creía que para eso solo se necesitaba voz.

Juan le ofreció un cigarrillo.

—No tomes en serio ese testamento, Carlos. ¿Qué más te da a ti si no ganas ni pierdes? En cambio, ella... ¡Si vieras el miedo que trae la pobre! El testamento le parece absurdo, y más absurdo todavía que la vieja lo haya puesto todo en tus manos. Claro está que yo le he dicho que eres el hombre más bueno del mundo.

Carlos jugaba con el cigarrillo sin encender. Lo llevó a la boca, lo retiró.

—Eso la habrá tranquilizado, ¿no?

Encendió, por fin. Juan se había puesto en pie y se calzaba los guantes.

—No puedo esperar más, pero volveré a buscarla. A las doce. Iremos al Museo del Prado. No te parecerá mal que la haya invitado, ¿verdad? Iremos los tres.

Se encasquetó el sombrero y envolvió la bufanda al cuello.

—Piensa en lo que te he dicho. Cantar *Carmen* en la ópera de París debe de ser para ella como para ti heredar la cátedra de Freud.

—No me ha interesado nunca, puedes creerlo.

Subió a su habitación, se tumbó en la cama y se tapó con una manta. El cigarrillo quedó abandonado en el borde de la mesilla de noche: lanzaba al

aire una columnita de humo azul, una columnita muy recta que al final se deshacía en volutas. Luego se apagó.

Carlos cerró los ojos. Tenía sueño y se quedó dormido. Le sobresaltaron unos golpes en la puerta: el botones venía a avisarle de que la señorita le esperaba. Miró el reloj: había pasado casi una hora. Se peinó un poco y bajó corriendo. Tuvo que volverse desde la mitad de la escalera, porque había olvidado algo.

Germaine traía puesto un abrigo de piel que todavía olía a tienda y llevaba en la mano el sombrero. Era alta como doña Mariana, casi tanto como él. Quizá de niña hubiera tenido pecas. El pelo rojo le llegaba hasta la espalda, y la nariz se curvaba ligeramente.

Mientras descendía los últimos escalones la contempló. Ella le esperaba arrimada al mostrador del *comptoir*, de charla con el empleado. Al verle le sonrió.

—Perdóneme. Me había quedado dormido.

—¿Le parece que nos hablemos de tú? Creo que en España es costumbre.

—Gracias.

Carlos recogió el cheque. El empleado atendía especialmente a Germaine. Le explicaba cosas de Madrid. Al marcharse ellos, la despidió muy amable. A Carlos ni mirarle.

—El banco está muy cerca. No necesitamos taxi.

Tardaron más de un cuarto de hora en cobrar. Cuando tuvo el dinero en las manos se lo entregó a Germaine.

—Quince mil pesetas.

—¡Mucho dinero!

Lo guardó en un bolso chiquito que llevaba.

—Me bastará para comprar ropa. ¡Ya lo creo! Y me sobrará mucho.

—¿Ropa? ¿Para qué?

—No traigo más que lo indispensable.

—No sé qué entenderás por indispensable, pero te advierto que Pueblanueva no es una ciudad ni siquiera un pueblo grande, donde necesites cambiar de traje. Allí lo indispensable es muy poca cosa.

—Creí que mi posición exigiría un equipo completo.

Salieron del banco.

—¿Quieres que entremos en un café?

Atravesaron la calle. Carlos dudó entre dos cafés vecinos. Eligió al azar. Entraron. Desde un rincón les saludó la voz de Aldán. Estaba con cuatro o cinco, y vociferaban.

Al fondo, en el patio, hallaron un rincón tranquilo.

—¿Qué idea te has formado de Pueblanueva?

—No sé. Papá me habló de ella muchas veces, pero tampoco la recuerda. Estuvo de niño.

—¿Y de tu posición allí?

—Una idea equivocada por lo que veo.

—Tu tía también la tenía equivocada de ti. ¿Por qué le habéis ocultado que estudiabas canto?

Germaine enrojeció.

—Se le ocurrió a papá. Yo no soy responsable.

—Tu padre sabía que ella no lo hubiera permitido.

—Sin embargo, no tenía derecho a estorbarlo.

—Quizá. Pero tengo entendido...

Se sintió repentinamente embarazado. Germaine sonrió.

—No sigas. Hace muchos años que mi padre y yo vivimos a su cuenta. Muy modestamente, ¿sabes? Nunca fue generosa.

—Sospecho que por eso siempre se sintió un poco dueña de ti y que jamás perdonó a tu padre el que te hubiera tenido alejada. Pensaba en ti como su heredera, y en cierto modo es natural que desease hacerte a su imagen y semejanza.

—Nosotros no pensábamos lo mismo. Por eso hubo que engañarla.

—No estoy seguro de que lo hayáis conseguido.

Germaine le miró con inquietud.

—¿Por qué lo dices?

—Las condiciones de su testamento son en realidad precauciones.

—El testamento es un disparate.

—Sí. Es la opinión más generalizada, y yo mismo la comparto. Sin embargo, desde el punto de vista de doña Mariana es razonable. No pensaba como nosotros. No creía que la riqueza estuviese a nuestro servicio, que sirviese para hacer o deshacer nuestro destino. Ni creía tampoco que el

destino fuese algo que se podría elegir, aceptar o rechazar, sino algo que nos venía dado, como un deber que tenemos que cumplir. Desde su punto de vista, yo soy un traidor a mi destino, y tú lo eres también. Y no digamos tu padre. Por tu padre no sentía la menor estimación. Le ayudó pensando en ti.

Germaine inclinó la cabeza. Revolvía con la cucharilla un resto de café.

—Creo que debo hablarte sin rodeos —añadió Carlos.

—Mi padre es lo que más quiero en el mundo.

—¿Sabes que tu tía tenía un hijo?

Germaine soltó la cucharilla, levantó la cabeza bruscamente. Miró a Carlos.

—Un hijo natural. Es una historia vieja que ya te contaré, y si no te la cuento te la contarán en Pueblanueva. Ese hijo vive. Está en América, tiene carrera y no creo que ande necesitado de dinero. Hace algunos años, tu tía le dio a elegir entre reconocerlo como hijo de soltera y ser hijo suyo con todas las consecuencias o conservar el nombre postizo que llevaba, la legalidad ficticia. Él prefirió seguir ocultando su condición y por ocultarla mejor marcharse a América. Tu tía no le negó su ayuda, pero desde entonces lo despreció, y no creo que sintiese por él ningún afecto. Es ese a quien deja en su testamento cierta cantidad de dinero.

—Mi tía era un monstruo —dijo Germaine.

—No. Era simplemente de otra manera. Quizá no fuese fácil quererla, pero era inevitable admirarla.

—Prefiero a mi padre. Fue un hombre débil, un fracasado si quieres, pero quiso a mi madre, me quiere a mí, fue para mí padre y madre. No supo hacer nada importante en este mundo, salvo querer, y por la persona a quien quería, primero por mi madre, luego por mí, fue capaz de todos los sacrificios y de todas las humillaciones. Yo sé que cuando nací, cuando murió mi madre, todavía mi padre no recibía un céntimo de doña Mariana. Nunca he logrado averiguar lo que entonces hizo para criarme: si alguna vez se lo pregunté me respondió que lo había olvidado, pero sospecho que fueron años terribles, en los que ejerció los oficios más bajos, quizá incluso degradantes. Y después...

—Sí. Cuando yo estuve en tu casa hace un año le sorprendí guisando...

—Ahora ya no puede hacerlo. Está enfermo, y hemos tenido que coger una sirvienta. En Francia es un lujo. Por eso necesitábamos más dinero.

Desvió la vista. Su mano ahora jugueteaba con los guantes.

—Hemos vivido siempre pobremente. Cuando estábamos apurados recordábamos a la tía Mariana. Entonces papá me contaba que vivía en un palacio y que era una especie de señora feudal. «Quieres que lo dejemos todo y nos vayamos allí?» A veces me sentía tan desanimada, tan sin esperanza, que estaba a punto de decirle: «Vámonos». Y mi padre lo comprendía y para animarme a resistir me recordaba que a tía Mariana no le gustaría que yo cantase ópera. Yo apretaba los dientes y aguantaba, porque la ilusión de mi padre era que yo cantase.

—Entonces tampoco has elegido tu destino, sino el que tu padre te señaló.

—No es lo mismo. A mí me gusta cantar. Sería muy desgraciada si no lo consiguiese, y nada del mundo me bastaría para compensarme.

—Es lo que tu padre te enseñó a amar desde niña. Como a mí. Solo que yo...

—¿Tú qué eres, Carlos?

—Una especie de médico de aldea.

Al llegar al hotel, Germaine subió a ver a su padre. Juan no había llegado todavía: quedaba en el café y dejó dicho que en seguida iría a buscarles. Carlos se sentó en el vestíbulo. Había un gato negro en un sofá: lo estuvo mirando un rato y de pronto se echó a reír. El gato volvió la cabeza solemnemente, saltó del sofá y marchó calmoso.

—Este no es doña Mariana.

Juan vino acompañado de un sujeto desaliñado con una cartera y un paraguas. Discutieron en la puerta durante unos minutos: Carlos contemplaba el manoteo convincente, elocuente, de Juan. Por fin, el otro se marchó.

Juan se sentó a su lado. No se quitó el abrigo. Asomaban en el bolsillo unos guantes amarillos. Los sacó y jugueteó con ellos.

—Está una mañana de perros. Va a caer una nevada.

Preguntó por Germaine.

—Vendrá ahora, supongo.

—¿Habéis arreglado algo?

—Hemos hablado simplemente.

—Tienes que considerar que aquí, en España, no tardará mucho en armarse una gorda. Las noticias no son buenas. Ese tipo con el que estaba hablando está muy al tanto de la situación. Lo más probable es que el ejército no acepte un eventual triunfo de las izquierdas. Sería imperdonable que por tu culpa esa chica se viese envuelta en una revolución.

—No seré yo quien la retenga.

—No puede volver a París con las manos vacías.

—Tú sabes, Juan, que está prohibida la exportación de dinero. Estoy seguro de que alguna vez has despotricado contra los burgueses que envían clandestinamente sus capitales a Suiza.

—No es lo mismo. En este caso el contrabando es justo. Germaine no es dueña de fábricas, no trafica con la sangre del proletariado. Es una artista. La estúpida organización de la sociedad le exige dinero si quiere triunfar.

—Pero ¿por qué ha de triunfar? Doña Mariana no la ha nombrado heredera para que pueda cantar en la ópera de París. Eso está bien claro. Es una herencia condicionada: te dejo esto si haces esto otro; si no quieres hacerlo, no hay herencia. Y después de todo las condiciones de doña Mariana son humanas. No le impone la lucha con Cayetano ni nada parecido, sino solo el respeto a un espíritu representado por ciertas cosas.

Juan clavó la mirada en los ojos de Carlos.

—¿Quieres que sea una fracasada como nosotros?

—No me importa. Es dueña, además, de aceptar o de mandar la herencia a paseo. Pero si la acepta, ¿no es justo que siga la suerte de lo que hereda?

A Juan le dio la risa.

—Sé que no eres cruel ni malo, Carlos. Sé que no tienes mentalidad de propietario. Por eso, lo que dices resulta cómico. Da la impresión de que es otro el que habla.

—Sí. Quizá doña Mariana, o su alma, que haya desalojado a la mía.

Río también.

—La verdad es que no reconozco esas ideas como mías. Pero eso no quiere decir que las rechace. Y, sin embargo, alguna vez he dicho que eran injustas.

Germaine bajaba la escalera con el abrigo al brazo y el sombrero en la mano. Carlos se levantó. Juan corrió a esperarla.

—Papá no se encuentra bien. Le he mandado quedarse en la cama todo el día.

Les cogió del brazo, les condujo hasta el sofá y se sentó en medio.

—Lo siento. Tendremos que dejar lo del museo para mañana.

Fue tal la cara de pena que puso Juan, que Carlos se prestó a acompañar a don Gonzalo.

—Después de todo, estoy bastante acostumbrado a hacer la tertulia a Churruchaos enfermos. Lo pasaré bien, y él quizá no se aburra conmigo.

Germaine le cogió la mano.

—Eres muy amable, Carlos, pero no puedo permitirlo. La compañía de mi padre es bastante pesada para quien no sea su hija. Os lo agradezco mucho. Aprovecharé para descansar un poco y —volvió la cabeza hacia Carlos y le sonrió— para pensar.

Se despidió hasta la tarde, o quizá hasta la noche.

—Mañana, mi padre estará mejor, y pasaré unas horas con vosotros. Os lo prometo.

La acompañaron hasta el ascensor.

—¿Y ahora? —preguntó Juan.

—Yo, a mi cuarto, y tú, a tus revoluciones.

—¿Por qué no vienes a comer conmigo?

—Porque pasarías el tiempo intentando convencerme de que venda a Cayetano Salgado los bienes de la vieja y entregue el dinero a Germaine.

—Te juro que no hablaré de eso.

—Entonces, me voy contigo; pero en cuanto menciones a Germaine, te dejo plantado.

—No. ¿Cómo no voy a hablar de Germaine? En realidad, lo que quiero es hablar de ella contigo; pero no es imprescindible mentar la herencia.

—¿Te gusta?

Juan no contestó.

Se fueron a comer a una taberna cerca de la glorieta de Bilbao. Había quince o veinte personas, de distintas cataduras. Juan explicó:

—Aquí no vienen más que albañiles e intelectuales. Los albañiles toman su cocido por cinco reales. A los intelectuales nos cuesta un poco más caro, porque no solemos tomar cocido, pero nunca pasa de tres pesetas.

—¿Y confraternizan?

—¿Quiénes?

—Los albañiles con los intelectuales.

—No.

Se acercó el mozo. Juan encargó dos platos de sopa y dos chuletas de cerdo con patatas.

—Y vino. Trae media botella de la casa.

El mozo cantó el pedido.

—La sociedad española desconfía radicalmente de los intelectuales. Ni siquiera nuestra República de catedráticos y magistrados ha logrado borrar esa desconfianza, sino que más bien la ha aumentado. Y los albañiles, aunque no lo parezca, forman parte de la sociedad española.

Se desabrochó el chaleco. El mozo sirvió el vino. En la mesa vecina, dos obreros discutían de jornales.

—¿Qué clase de mentira tiene que contar un hombre para que los demás confíen en él?

—Quizá si cuenta la verdad...

—En España, no. Tú no nos conoces bien. Los intelectuales somos impopulares porque, cada cual a su modo, decimos o intentamos decir la verdad. Ya a Quevedo lo metieron en la cárcel por eso, como más tarde a Jovellanos. Carecemos del valor moral necesario para hacer cara a la verdad y morir por ella si hace falta.

—¿Incluyes a los anarquistas?

—Esos mueren por la gran mentira de la Nada.

Los dos obreros habían levantado el tono de la voz. Alguien gritó: «Más bajo». Uno de los obreros respondió con un taco. El otro le pidió que callase.

—Nunca te he oído hablar de esa manera —dijo Carlos.

—Es que hoy me siento sincero, tengo necesidad de serlo, y contigo puedo serlo sin riesgo.

El mozo sirvió la sopa. Juan tomó tres o cuatro cucharadas seguidas. Después abandonó la cuchara en el plato y empezó a comer pan.

—Se pasa uno año tras año arreglándose con mentiras diversas, propias o ajenas, da igual, que permiten ir tirando. Pero, de pronto, todo eso se viene abajo, y no porque las analices y las rechaces, sino porque un hecho casual y

baladí las deja sin sentido, las deja inservibles.

No movía los brazos, ni hacía pausas estratégicas. Sus dedos, nerviosos, jugaban con lo más próximo: el cubierto, un trozo de pan.

—¿El hecho casual y baladí es la llegada de Germaine?

Antes de responder, Juan miró a Carlos largamente. Carlos bajó los ojos y tomó una cucharada de sopa.

—Sí.

—¿Te has enamorado de ella?

—No. Pero sé que me enamoraría si la viese media docena de veces más. Es una suerte que me haya marchado de Pueblanueva.

Bebió medio vaso de vino y apartó el plato. La pareja de obreros volvía a gritar.

—He estado pensando. Supongamos que me enamoro. Un hombre se enamora de una mujer para vivir con ella, casados o como sea, pero juntos. Y enamorarse, creo yo, es algo más que el deseo de dormir con una mujer; es, supongo, el haber hallado una persona junto a la cual uno puede ser verdadero. Porque buscar una mujer para espectadora de la mentira que has ido inventando es arriesgado: no hay mentira que soporte la convivencia. Pues bien, ¿qué clase de verdad podría yo ofrecer a una mujer como Germaine? He llegado a una conclusión desoladora.

—No más, quizá, que la de cualquier otro. Y los otros se casan, o al menos se enamoran, y cultivan su mentira con arte y perseverancia. A veces, toda una vida. Y se dan casos en que la mujer no la descubre, aunque la mayor parte de las veces la descubra y se resigne.

—Las mentiras de los otros no me sirven de consuelo si ese hecho elemental y humano de querer a una mujer y convivir con ella me está vedado. Soy todo mentira, y lo poco que en mí hay de verdad es tan pobre, tan miserable, que es más desconsolador todavía que seguir mintiendo. Me dan ganas de destruirlo.

El mozo se acercó con las chuletas de cerdo. Dejó los platos en la mesa y señaló la sopa de Juan, apenas tocada.

—¿Retiro esto, don Juan? Casi no la ha probado.

—Sí.

—¿Es que no le gusta?

—Está muy buena, Pepe, no te preocupes. Soy yo quien no tiene ganas.

Carlos cogió con la mano una patata frita y la mordió. El mozo se alejó con los platos de la sopa.

—Comprendo a los suicidas —continuó Juan—. Tienen que experimentar hasta la angustia ese deseo de destruirse, y tienen que experimentarlo como placer y como justicia. Anoche...

Se echó atrás en el asiento, apoyó la espalda en la pared. Los obreros vecinos echaban con el mozo la cuenta del gasto.

—... anoche tardé mucho en irme a casa. Estuve paseando hasta la madrugada solo, a pesar del frío. Al principio, me engañaba a mí mismo, pero no fue más que al principio. Poco a poco se impuso la verdad, y conforme veía claro, sentía nacer dentro de mí otro hombre que me acusaba, que me avergonzaba y me ordenaba matarme. Llegué a tener miedo.

—¿Tú también? —preguntó Carlos; y Juan quedó sorprendido y miró a Carlos con los ojos muy abiertos.

—Conozco ese sentimiento, Juan. Y por el hecho de haberlo analizado muchas veces y de entender su mecanismo, no me he librado de él. Forma parte de mí, espera agazapado en el olvido la ocasión de salir a la luz, de fascinar y aterrar. A veces pienso que toda mi vida presente está dominada, guiada por él. Porque, ¿qué hago, sino destruirme día a día? Tú, sales de ti mismo, encuentras mentiras que te satisfacen, te entregas a ellas y te destruyes ignorando que lo haces; porque, si no lo ignorases, no te vendrían las ganas de destruirte al hallarte ante su propia verdad. Es la diferencia entre nosotros. Tú, en un momento de sinceridad, sientes deseos de suicidarte. Yo veo claro hace mucho tiempo. Quizá también gracias a una mujer que no nos tolera las mentiras.

Juan dejó el cuchillo en la mesa.

—¿Que no *nos* tolera...? ¿A nosotros?

—Clara, tu hermana. Es la criatura más desgarradamente verdadera que he hallado en mi vida, es como un ácido que corroe la mentira. Con ella no valen subterfugios. Vive tan a lo vivo su dolorosa verdad, que, a su lado, la mentira ajena no subsiste.

Juan requirió el cuchillo, partió un trozo de chuleta y empezó a mascar. Miró a Carlos un par de veces y sonrió.

—Creí que ibas a referirte a la vieja.

—A la vieja era posible engañarla, porque también en ella había algo de mentira. Pero a Clara, no. Has pasado a su lado veinticinco años sin sospechar que era la única persona a quien no engañabas.

Juan inclinó la cabeza. Cortaba trocitos menudos de chuleta y los comía en silencio. Carlos prefería las patatas. Las había acabado, y la chuleta permanecía entera, solitaria, a un lado del plato.

Juan mandó traer más vino.

—¿Estás enamorado de Clara?

—Yo estoy más cansado que tú, Juan, y pienso que el amor es paz. Con Clara no la hallaría nunca. Porque, para mí, la paz no consiste en la verdad, sino en una mentira convincente y comfortable. No me siento capaz del menor heroísmo, ni siquiera del heroísmo intelectual de saber cómo soy. El problema consiste en hallar el modo de retardar la destrucción, incluso de olvidarte que te destruyes, y poner toda tu fe en algo estúpido y satisfactorio, la ciencia o el éxito profesional. Pero eso, con Clara, sería imposible.

El mozo trajo otra media botella de vino. Juan llenó los vasos.

—De acuerdo en lo de la mentira comfortable. A veces pienso que los hombres no estamos hechos para soportar la verdad, porque la verdad debe resultar insoportable a todo el mundo, como a mí la mía. Lo que sucede es que hay quien encuentra su mentira y sigue con ella toda la vida, y quien tiene menos suerte, como yo, y sabe que sus mentiras son poco duraderas. Por ejemplo, ahora tengo dinero. He despojado a Clara de su casa, porque legalmente era suya, y ni Inés ni yo teníamos derecho alguno sobre ella. Por primera vez en mi vida dispongo de unos miles de pesetas. Quizá no seas capaz de imaginar las humillaciones, los sufrimientos, el dolor que me ha causado la pobreza. En Pueblanueva, ¿lo recuerdas?, lo disfrazaba de austeridad. He pegado a Clara porque vendía el maíz para comprarse medias, cuando ella era la verdadera propietaria del maíz. He levantado una bandera contra Cayetano... ¿Sé acaso verdaderamente por qué? ¿No habrá sido porque él era rico y yo no? ¿No habré disfrazado de afán justiciero lo que era solo envidia? Porque hoy, que tengo dinero, no recuerdo a Cayetano. El dinero es una realidad, sirve para comprar cosas; pero sirve también para que, de pronto, puedas hacerte el rico y desquitarte de las humillaciones y de la

pobreza. Deja de ser una realidad, se transforma en mis manos en mentira, porque lo que compro con él no es real: es una ilusión de la que estaba necesitado, que no engaña a nadie más a que a mí mismo. Una ilusión a plazo fijo. Gasto mil pesetas cada mes, ya ves con qué poco me siento rico; me quedan ahora seis mil. El día treinta de junio de mil novecientos treinta y seis sacudiré mis bolsillos vacíos y diré adiós...

Se interrumpió y cerró fuertemente los puños...

—¿A qué diré adiós, Carlos? Quizá...

Extendió las palmas, las alzó a medias y sonrió.

—No sé. Quizá entonces haya algún general rebelde que matar y yo me preste voluntario.

—¿Deseas verdaderamente matar a un general rebelde, Juan?

—No.

—Entonces, también esa hazaña será mentira.

—Sí. Lo será. Pero después me matarán a mí, y tengo la esperanza de que mi muerte no sea una mentira.

Carlos empezó a liar un cigarrillo. Calmosamente. Buscó las cerillas, encendió una. Con ella en la mano, con el cigarrillo en la boca, dijo:

—¿Quién sabe? Yo me siento capaz de falsificar mi propia muerte.

Don Gonzalo Sarmiento dormitaba en un sillón, envuelto en una manta hasta la cintura, con una gorra de visera puesta y unos guantes de croché. Cabeceaba y respiraba fuerte. El aire, al entrar en los pulmones, hacía un ruido agudo, como un silbido, y, al salir, sacaba a la garganta ronquidos suaves. Tosía a veces, se despertaba con la tos, veía a Germaine sentada cerca de él, junto al hueco de la ventana, y volvía a dormir. Germaine leía unos papeles. De vez en cuando, levantaba la vista, contemplaba a su padre y volvía a leer. O acudía a arreglar la manta, que resbalaba y dejaba descubiertas las rodillas del viejo.

Terminó la lectura, dobló los papeles y los guardó en su bolso. Había oscurecido y, lejos de la ventana, la habitación estaba en penumbra. Se acercó a los cristales y miró hacia la calle. Llovía aguanieve; pasaba la gente apresurada, con paraguas, o con el cuello del abrigo levantado y la cabeza

inclinada contra la ventisca. Empujada por rachas intermitentes, la lluvia golpeaba los cristales y se escurría en hilillos delgados, temblorosos.

Fue hasta la mesilla de noche, descolgó el teléfono y pidió una merienda de té. Después, encendió la luz. La claridad despertó a don Gonzalo.

—¿Qué hora es? ¿Es muy tarde?

—Las seis. He pedido la merienda.

—Sí, claro. Las seis. ¿Has pedido el té?

—Sí.

—¿Te habrán entendido bien?

—Supongo que sí.

Don Gonzalo intentó incorporarse. Germaine acudió en su ayuda.

—Te lo digo porque aquí, en España, no hay costumbre de tomar té. A la tarde se toma chocolate, ¿sabes? Alguna vez te lo habré dicho. Y les sorprenderá que alguien pida té.

Se había puesto en pie y buscaba algo con la mirada.

—No, papá. Estamos en un hotel, y sabrán que los extranjeros no toman chocolate. ¿Buscas algo?

—Sí. Buscaba... No sé. Lo he olvidado. Yo hubiera insistido, sin embargo: un té como los ingleses. Ya sé lo que buscaba...

Se dirigió, renqueando, a la puerta del cuarto de baño. Germaine corrió a abrírsele y la cerró tras él. Después, arrimó al sillón una mesilla y trajo una silla ligera, en que se sentó. Tuvo que levantarse en seguida porque llamaron a la puerta. Una doncella traía la bandeja de la merienda.

—Póngala ahí, en la mesa.

—¿Está todo bien?

Germaine inspeccionó la bandeja. Había pan tostado, galletas, mermelada y mantequilla.

—Sí, gracias.

Se fue la doncella. Germaine sirvió el té y preparó unas tostadas. Don Gonzalo reapareció. No hizo comentario alguno. Comió y bebió lo que Germaine le ofrecía.

—Estuve releendo el testamento.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué?

—Sería oportuno que lo viese un abogado. Tiene que haber una solución o

una fórmula.

Don Gonzalo, con la taza del té en la mano, levantó hacia ella los ojillos azules, velados.

—Un abogado, claro. Sí. ¿Y después?

Germaine mordía una galleta. Miró a su padre con ternura.

—Un abogado nos dirá si se puede hacer algo. Tiene que ser un abogado de aquí, de Madrid, y habría que consultarlo sin que Carlos lo supiera.

—¿Por qué?

—¡Oh, papá, está bien claro! Carlos es nuestro enemigo.

Don Gonzalo alargó el brazo hasta la mesa y dejó la taza en ella.

—Carlos parece un buen muchacho. Es un Churruchao de cuerpo entero, ¿eh? Como el otro.

Se interrumpió.

—¿El otro? ¿Cómo se llama el otro?

—Aldán. Juan Aldán.

—Sí, Aldán. Su padre era conde. También tiene muy buena facha, facha de Churruchao. ¿Te das cuenta? Tú no me creías cuando te contaba que somos una raza, una verdadera raza. Desde hace cinco siglos, todos los Churruchaos son como nosotros. Tu tía también era así.

Germaine se levantó.

—Papá, no pierdas de vista que hemos venido a cobrar una herencia. Vamos a ser ricos. Yo podré cantar en la ópera cuando quiera. Tendremos todo lo que hemos soñado. Pero, para eso hay que anular el testamento.

Don Gonzalo alzó una mano y la dejó en el aire.

—Sí, sí. Tenemos que vivir como nos corresponde. Te lo he dicho siempre. Tú también eres Churruchao, no hay más que verte. Desde los doce años se vio... Antes eras menuda; pero, a los doce años, empezaste a estirar. La *concierge* me lo decía siempre: «*Monsieur*, la niña va a ser alta, como usted». Todavía éramos pobres, pero ahora se acabó la pobreza. La casa de mi prima es un verdadero palacio, también te lo dije. Su padre era muy rico. Vamos a vivir muy bien allí.

Germaine se acercó, se sentó en el brazo del sillón y acarició a don Gonzalo.

—No, papá. No vamos a vivir allí. Es lo que hay que evitar, ¿no

comprendes? Tendremos una casa en un lugar cálido y de mucho sol, con una terraza para ti. Pero no será un palacio, ¿no te acuerdas ya? Nosotros soñábamos con una casa pequeña, muy bonita, la casa de una cantante, adonde yo me retire a descansar después de las *tournées*, y donde tú esperarás.

Cogió las manos de su padre y le miró a los ojos.

—Escúchame, papá. Aldán me parece una buena persona. Me mira con simpatía. Voy a pedirle que me lleve, en secreto, junto a un buen abogado que estudie el testamento. En secreto. Que Carlos no lo sepa. Estoy segura de que Juan lo hará. Tengo dinero para pagar, me lo dio Carlos.

Don Gonzalo se había acostado y empezaba a dormirse. Juan, al pie de la cama, consultaba la guía de teléfonos.

—Es un gran abogado. Mi padre fue su amigo y espero que no lo habrá olvidado. Aunque, al final, mi padre dejó de ser monárquico...

Descolgó el teléfono y pidió comunicación. Germaine se había acercado a él. Juan preguntó por un señor, y dio su nombre. Añadió en seguida: «Soy el hijo del conde de Bañobre. El señor recordará...». Esperó. Germaine le sonreía, y él deseó por un momento que el teléfono no respondiese y que ella siguiera sonriendo. Se oyó un ruido al otro lado del teléfono, y una voz dijo: «¿El señor Aldán?». Germaine dejó de sonreír.

—Sí, sí, soy yo, Juan Aldán, hijo de don Remigio. ¿Lo recuerda? ¿Cómo está usted? Quería verle para una consulta jurídica, un testamento.

Germaine oía una voz remota, metálica, a la que Juan respondía con movimientos de cabeza y con «sí, sí, sí» espaciados; alguna vez, un «sí, señor» respetuoso y un «gracias» casi conmovido. Miraba a Germaine con cierta petulancia, como si solo él pudiera haber logrado la entrevista.

—Sí. Estaremos en punto —colgó el teléfono—. Mañana, a las cuatro, en su despacho. No será difícil despistar a Carlos.

Germaine adelantó la mano y la dejó caer sobre la mano de Juan.

—Eres un ángel. Ahora debiera pedirte que me llevases a alguna parte, al teatro o a cualquier otro sitio, pero estoy muy cansada. Perdóname.

Retiró la mano dulcemente. Juan dijo que no importaba y que también él tenía sueño.

El famoso abogado del Ilustre Colegio de Madrid leía la copia del testamento bajo la luz de una lámpara que imitaba un velón antiguo. Mientras leía, su mano acariciaba el marco de plata de una fotografía, con dedicatoria, del rey destronado. Leía a media voz y sin marcar las palabras, como un rezo habitual. La mesa, enorme, de roble o de castaño, estaba cubierta de papeles, de códigos, de objetos para escritorio en bronce y plata: una escribanía, una estatuilla de don Quijote, plegaderas, lapiceros, plumas estilográficas. El famoso abogado tenía una barba blanca y bien recortada, una barba de diputado a Cortes del Antiguo Régimen, y vestía de oscuro. Germaine, anhelante, seguía con la mirada sus gestos, el moverse de los ojos tras los cristales de las gafas, los síes y los noes de su cabeza. Aldán, sentado, en segundo término, examinaba las patas torneadas de la mesa, torneadas y figuradas, con cabezas de guerreros y de hipogrifos, que se repetían en las cornisas de los sillones, en el bargueño, en los armarios de libros... Un damasco rojo tapizaba las paredes. Los pies se hundían en una alfombra también roja, gruesa, suntuosa. Todo era macizo, costoso, abundante.

El famoso abogado levantó la cabeza.

—¿Y era muy rica esta señora?

Germaine dijo: «Sí», y trasladó la pregunta a Juan con una mirada. Juan explicó:

—Un capital antiguo, pero muy sano. No puedo decirle lo que valdrán las acciones de Astilleros Salgado; pero los barcos de pesca pueden calcularse en medio millón de pesetas, por lo bajo. Luego, algunas fincas urbanas, muchas tierras y casas de labor, y el palacio. El palacio tiene que valer mucho, quizá otro medio millón sin contar lo que tiene dentro, que es muy bueno, en muebles antiguos, plata, cuadros... ¿Me entiende? Y dinero en metálico que habrá en el banco.

El famoso abogado dobló la copia y se la alargó a Germaine. Después, se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—No he visto en mi vida disparate mayor ni más sólidamente fundamentado. Es un prodigio de redacción jurídica. No hay abogado en el mundo que pueda conseguir su anulación.

Recogió las gafas y empezó a limpiarlas con el pañuelo.

—Pero esta doña Mariana estaba loca, a no ser que...

Miró fijamente a Germaine, con ojos como puntas encendidas.

—¿Usted está soltera?

—Sí.

—Pues juraría que lo que esa señora pretendió con este testamento fue poner las cosas de tal manera que usted y ese señor Deza acaben por casarse.

—Pero ¡eso es absurdo! —gritó Germaine.

El abogado le sonrió.

—Lo es el testamento, a primera vista; pero, si admitimos esa hipótesis, deja de serlo. Es lo que se me ocurre.

Germaine había inclinado la cabeza y miraba atentamente a los guantes y al bolso. El abogado se levantó y se colocó ante la mesa: la chaqueta, desabrochada, dejaba paso a un vientre grande, ornado de blanco chaleco.

—¿Y no hay remedio? —preguntó Germaine.

—Si lo que usted pretende es que le sea entregada la totalidad de la herencia sin limitación ni condición alguna, tendrá que conseguirlo del señor Deza. Él puede hacer y deshacer sin la menor responsabilidad. No hay un tercero que pueda reclamar.

—¿Y el codicilo?

El abogado se rascó la cabeza.

—Dada la mentalidad caprichosa de la testadora, ¿qué sabe uno lo que habrá ahí? Lo mismo puede declararla a usted heredera universal, que sería lo lógico, ya que no hay otro pariente próximo, que legar sus bienes a un convento.

—Eso, no —interrumpió Juan—. Doña Mariana no era partidaria de los curas.

—Aun así... Mi consejo es que convenza usted al señor Deza, y solo en último extremo exija la apertura del codicilo. Pero solo en último extremo... Y, desde luego, nada de pleitos. Los tiene usted perdidos de antemano.

El famoso abogado del Ilustre Colegio de Madrid deseó mucha suerte a Germaine y le cobró doscientas cincuenta pesetas por la consulta, en atención a su amistad con el fallecido conde de Bañobre, «aquél mala cabeza».

—Porque usted, querido Aldán, no será republicano, ¿verdad? No habrá cometido el error de su padre.

—No. No soy republicano.

Les acompañó hasta la puerta, pidió para ellos el ascensor. Al darles la mano, guardó en el bolsillo del chaleco las pesetas.

—Ya lo sabe, señorita. Todo depende de que sepa usted pedir y convencer. Salvo si ese señor Deza es un guapo mozo y prefiere usted casarse...

No dijeron palabra hasta llegar al portal. Aldán, entonces, propuso meterse en un café, porque llovía y era todavía temprano. Pero el despacho del abogado estaba en la calle de Serrano, y Juan desconocía aquellos barrios. Se metieron en un taxi y regresaron al centro. Germaine seguía silenciosa, llevaba las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza baja y la mirada absorta. En la penumbra del taxi, Juan la contemplaba con embeleso, pero Germaine parecía ajena a la admiración de Juan.

—Será mejor que sigamos hasta la Gran Vía. En los cafés de Alcalá podemos encontrar a Carlos.

La llevó a un bar silencioso, en una calle lateral. Las mesas eran bajas, y los sillones, cómodos. Había poca gente, se hablaba susurrando y, en alguna parte, sonaba una música tenue. Hacía calor. Germaine se quitó el abrigo, hizo unas inhalaciones y pidió café. Juan le preguntó si se inhalaba por miedo a los catarros; Germaine le respondió que un catarro había dejado sin voz a su madre.

—Estoy muy preocupada. Temo que Carlos no se avenga a un arreglo. ¡Y si es cierto que quiere casarse conmigo...!

Juan la miraba a hurtadillas, estudiaba los gestos de su cara, los movimientos de sus manos.

—No lo creo de Carlos. Además...

Se inclinó hacia ella y bajó mucho la voz:

—Cuento con tu discreción, ¿eh? Carlos tiene un compromiso serio. Desde que llegó a Pueblanueva entró en relaciones íntimas con una mujer del pueblo. Un asunto penoso, pero de los que atan. Cuento con tu discreción...

Germaine volvió la cabeza bruscamente.

—¿Es rico Carlos?

—No. Tiene una casa buena, pero muy descuidada, y algunas tierras. No le dan para vivir.

—Y mi tía, ¿sabía lo de esa mujer?

Juan vaciló.

—No sé. No lo creo. Tu tía era muy mirada con esas cosas. De saberlo, no hubiera confiado en Carlos.

Germaine le cogió una mano y se la apretó fuertemente.

—Estoy perpleja, Juan. No sé qué hacer. ¿Piensas que Carlos me exigirá que viva cinco años en Pueblanueva? ¿Será posible que no comprenda el daño que eso me haría, o, si lo comprende, que me lo haga a sabiendas?

Llevó hasta el pecho la mano de Juan, y Juan tembloroso, tardó en responder unos segundos.

—Creo que debes exigir y no ceder. Claro que si se conocieran los verdaderos propósitos de Carlos... Sin embargo...

Titubeó. Germaine apartó, sin soltarla, la mano de su pecho.

—... sin embargo, siempre queda, en último término, una transacción. Que te entregue el dinero. Tiene que ser mucho.

—Lo quiero todo, no solo el dinero. La casa, los muebles, las tierras. Llevarme lo que pueda, y lo que no, venderlo.

Lo dijo con pasión, con decisión, y, al decirlo, soltó la mano de Juan. Él la dejó un momento reposar en el regazo de Germaine; después, la retiró poco a poco.

—Lo necesito todo. Y no quiero, entiéndelo bien, dejar nada detrás de mí. No quiero volver a España, ni saber que en España hay algo mío, abandonado...

—Claro. Te sentirás francesa.

—Tampoco. No lo he sido nunca, y Francia no me hizo feliz, ni tampoco a papá. Quiero irme a Italia con él, comprar una casa en una tierra de sol en que papá pueda esperar tranquilamente la muerte —apretó los labios y miró a Juan con firmeza—. Ha hecho tanto por mí, que es lo menos que puedo hacer por él. Esto me importa casi más que mi triunfo; pero, para conseguirlo, hace falta mucho dinero —abrió los ojos, grandes y claros, y Juan se sentía envuelto en la mirada, acariciado por ella.

—Sí. Es penoso reconocerlo, pero vivimos en un orden injusto, en que el talento, sin dinero, no puede abrirse camino.

—¡Oh, yo me abriría camino de todas maneras! Lo mismo que he luchado hasta ahora, podría seguir luchando, y estoy segura de triunfar al final. Pero es

por papá. Papá merece la felicidad y el descanso. Bueno, reconozco que, además, el dinero facilitará mi triunfo.

Sonrió y se le alegraron los ojos. Juan deploró la alegría, porque los ojos de Germaine dejaron de mirarle.

—Lo de Italia es el sueño de mi padre. Desde siempre. Si mi madre no hubiera muerto...

Se entristeció y su tristeza súbita se reflejó en el rostro de Juan, también súbitamente triste.

—Papá es muy viejo, no puede durar. Tengo miedo que muera sin haber sido feliz, ¿comprendes? Por eso tengo prisa, prisa de días. Personalmente, el dinero no me importa. Muerto papá, volvería a ser pobre sin pena, porque estoy segura de que algún día dejaré de serlo.

Juan hizo un esfuerzo para preguntarle:

—Y cuando tu padre muera, ¿qué piensas hacer? Porque una cantante no puede andar por el mundo sin un hombre. No quiero decir precisamente un marido, sino un secretario, alguien de confianza. Una persona noble y devota...

Los ojos de Germaine volvieron a abrirse mucho y los de Juan parpadearon y medio se cerraron.

—¿Quieres decir alguien como tú?

—No me señalaba a mí especialmente. ¿Cómo iba a atreverme?

Germaine volvió a cogerle la mano.

—¿Y por qué no, Juan? Tú eres bueno. Pero no puedes renunciar a tu carrera por seguir la mía. Sería injusto.

Él rio con una risita amarga.

—¿Mi carrera? ¿Sabes lo que es en España la carrera de un intelectual? Dolor, fracaso, amargura y pobreza. Todo lo más, la gloria póstuma. España no es Francia.

—Pero no debes desanimarte. No puedes renunciar. ¿Piensas que tus dificultades son mayores que las mías? ¡Si yo te contara...!

Apretó con fuerza la mano de Juan y la soltó.

—Eres muy bueno. Te deseo la mejor suerte, pero, por si no la tienes, me acordaré de ti cuando necesite alguien a mi lado. Lo haría con alegría y confianza, porque eres el primer hombre que se ha portado conmigo

noblemente.

—Esperemos que Carlos tampoco se porte mal... Por cierto...

Juan miró el reloj.

—Nos estará esperando.

—Y no podemos llegar juntos.

A Germaine le dio la risa. «Lo estamos engañando», dijo.

Juan se levantó y sacó dinero del bolsillo.

—Te estoy defendiendo de él, y en la defensa todos los engaños son legítimos —ayudó a Germaine a ponerse el abrigo—. Cogeré un taxi para llegar antes; tú entretente un poco, compra algo si te apetece, retrásate un cuarto de hora. ¿Llevas dinero?

—¡Oh, claro! Carlos me ha dado...

Salieron. Seguía lloviendo y la gente pasaba muy de prisa. Germaine abrió el paraguas. Juan la cogió del brazo y fueron hasta la Gran Vía.

—Escúchame. Probablemente, no tendremos ocasión de hablar solos otra vez. Quiero explicarte algo... Tengo dos hermanas: una vive aquí conmigo; la otra está en Pueblanueva. La conocerás y te extrañará seguramente que sea mi hermana. No es mala chica, pero por razones largas de contar recibió una educación distinta a la nuestra. Perdónale su brusquedad. En cuanto a la otra, a Inés, no he podido presentártela ahora, pero la conocerás cuando regreses. Te gustará. Es una mujer de carácter, de mucho carácter y muy bonita. Hasta verte a ti me parecía la mujer más perfecta que había conocido. Va a casarse pronto con un profesor de literatura y se marcharán al extranjero. Quiero que seáis amigas.

Un hombre con un paraguas tropezó con ellos, se disculpó.

—Tendrás, seguramente, dificultades para llevar a Francia tu dinero. Creo, sin embargo, que podré arreglártelo. Guarda esta tarjeta con mi dirección y escíbeme cuando vayas a regresar, o si las cosas te van mal. No tengas embarazo en hacerlo, porque, si hace falta, iré a Pueblanueva y convenceré a Carlos.

Ella mantenía el brazo cogido y le daba las gracias con la mirada.

—En el fondo, Carlos es un hombre sin voluntad, incapaz de hacer frente a una persona cargada de razón. Y en relación conmigo..., ¿qué quieres que te diga?

—¿Tú crees que si le dijeras...?

—Sí, pero no debo hacerlo sino en última instancia. Somos amigos y quizá eso me obligue, si se pone terco, a romper la amistad.

Se soltó de Germaine.

—Cojo este taxi. Ya sabes. Dentro de un cuarto de hora.

El taxi se detuvo en el bordillo. Germaine le tendía la mano y Juan la estrechó fuertemente. Al arrancar, Germaine alzó el brazo y le envió una sonrisa agradecida y cómplice. El taxi arrancó y Juan cerró los ojos y permaneció con ellos cerrados mientras el taxi daba tumbos. Hasta que se detuvo. Mientras pagaba pareció contemplar algo lejano o ausente.

—La vuelta, señor.

—Quédesela.

Halló a Carlos sentado en el vestíbulo, con un montón de libros que iba abriendo y hojeando. Carlos explicó que había pasado la mañana de librerías y que los había comprado.

—Me estoy quedando un poco atrás en mi ciencia. No hace más que un año y ya ves: todo nuevo y desconocido. ¡Y muchos otros que no he podido comprar!

Los empaquetó y mandó al botones que los dejara en su cuarto.

—Germaine ha salido esta mañana y no ha vuelto aún.

—No se habrá perdido.

—Sería ridículo pensarlo. Más bien andará de compras. Como nos vamos esta tarde...

Juan se sentó a su lado y empezó a fumar.

—Siento que os vayáis. Me había acostumbrado otra vez a tu compañía.

—¿No será más bien Germaine la que...?

Juan hizo un movimiento que Carlos le desconocía, que supuso parte de sus nuevas adquisiciones mímicas: se encogió un poco de hombros, levantó un poco los brazos, abrió un poco las manos y, para rematarlo, castañeó los dedos.

—También. ¿Por qué no? Es una de esas personas de las que a uno le gustaría ser amigo, pero cuya marcha se desea por elemental precaución. Ya te dije...

—Sí.

—Sin embargo, ¿qué quieres?; me tiene un poco conmovido, sobre todo por la devoción que siente por su padre. No quiere nada para ella. Su padre es la última referencia de todas sus ambiciones. Me da la impresión de que le sacrifica su juventud, y eso, aunque en el fondo sea monstruoso, resulta siempre conmovedor.

Carlos le miró sorprendido.

—Sí. Y no es raro.

—¿No es raro?

—Al menos, entre nosotros. Yo hubiera acompañado a la vieja años y años, y tu hermana Clara, ahí la tienes: atada a Pueblanueva a causa de tu madre. Germaine al menos, sabe que su padre lo agradece. Pero Clara...

Golpeó la rodilla de Aldán.

—Perdona si me he referido a algo que te duele, pero pienso que también Clara tiene su mérito y que lo que a ella le pasa es igualmente injusto y conmovedor.

Por la cristalera vieron a Germaine, de espaldas a ellos, hablando con el empleado del *comptoir*. Juan corrió hacia ella. Carlos se levantó con calma y esperó.

III

Llegaron pasado el mediodía, en un coche alquilado en La Coruña. Las Ruchas habían sido avisadas por telegrama y dieron la noticia en la tienda, en la carnicería y en la pescadería. Por su parte, también el repartidor de Telégrafos lo había contado en alguna taberna. La Rucha madre explicó, además, la comida que pensaba poner. La Rucha hija llevó el retrato de Germaine oculto bajo el mandil y lo enseñó a cuantos lo quisieron examinar. A don Baldomero se lo dijo el mozo de la botica, y don Baldomero se pasó media hora deliberando si debía ir o no a recibir a Carlos. A Clara se lo contó una cliente: «Hoy llega esa prima suya francesa», y Clara quedó un momento silenciosa y quieta, y después dijo: «Bienvenida. Pero no es prima mía, ni siquiera lejana».

Al astillero la noticia llegó telefónicamente: la recibió Martínez Couto. Creyó oportuno dar la novedad a Cayetano. Lo buscó en su despacho, pero había salido. Lo buscó entre los trabajadores, lo encontró —por fin— en las gradas. Llovía, y Cayetano se había puesto un impermeable. Martínez Couto, a cuerpo, se acercó corriendo.

—¿Sucede algo? —le preguntó Cayetano.

Martínez Couto se cobijó bajo la panza del buque en construcción.

—Sí, señor. Acaban de decirme que hoy llega la sobrina de la vieja, y pensé que usted...

—¿Y a mí qué me importa, imbécil? ¿Por una estupidez así abandona usted el trabajo?

Martínez Couto le miró perplejo. Murmuró un: «Perdone. Yo creí...», y salió corriendo. En la oficina comentó que el amo estaba de mal humor y que lo encontraba muy cambiado.

A las doce y cinco, los habitantes del casino se habían congregado alrededor de la mesa de tresillo. Nadie jugaba. Don Baldomero llegó un poco retrasado. Hasta entonces nadie hablaba de Germaine.

El dueño del cine le preguntó:

—Y usted, don Baldomero, que es tan amigo de don Carlos, ¿qué sabe de la francesa?

Don Baldomero se sentó en silencio.

—No sé nada, ni tengo por qué saberlo.

—Como usted y don Carlos son tan amigos...

Cubeiro había pedido un vaso de vino y unas almejas: mojaba en la salsa un trozo de pan. Levantó la cabeza e hizo un guiño a don Baldomero.

—Es natural. Querrá guardarla de los peligros. Porque usted, don Baldomero, es un peligro para las mujeres.

—¡Váyase a la mierda!

—No se ponga así, hombre, que no digo nada malo. ¡Qué más quisiéramos todos que ser peligrosos para las hembras!

—El peligro será —dijo don Lino— que por causa de esa señorita se altere esta paz de que gozamos desde que murió la vieja.

—Pero ¿no era usted el que el otro día esperaba que con la llegada de la francesa se acabase la calma chicha?

—Nadie está libre de errores.

—Pues yo puedo decirles lo que va a pasar —Cubeiro apartó el plato de las almejas, vacío, e hizo señal al chico de que trajera más vino—: Que don Carlos pondrá los puntos a la muchacha y, si puede, se casará con ella.

—Les aseguro a ustedes que don Carlos marchará —dijo don Baldomero—. Me lo dijo mil veces.

—Pero, ¡hombre!, no sea tonto. Si es guapa, como dicen, ¿cómo va don Carlos a dejar que se pierda una ocasión como esta? Y aunque fuera fea. Son muchos cuartos los que le quedaron y pocos los que tiene don Carlos.

—A mí no me preocupa lo que haga don Carlos. Don Carlos solo no basta para armar aquí la tormenta. Pero ¿qué hará Cayetano?

—Y usted, don Lino, ¿por qué supone que Cayetano va a hacer algo?

—Lo supondría también usted si tuviese dos dedos de frente. Para Cayetano hacer algo en este caso es casi una cuestión de honor.

—¿Hacer qué? —don Baldomero empezaba a irritarse.

—Me pongo en su situación, y bien saben ustedes lo difícil que me resulta. Porque yo antepongo mi condición de ciudadano a la de sujeto particular. Para Cayetano es una cuestión de honor acostarse con ella.

—Cayetano lleva un tiempo apaciguado —intervino Cubeiro—. Prácticamente, desde que murió la vieja está desconocido. A lo mejor...

Don Lino golpeó la mesa.

—Seamos sinceros, Cubeiro. ¿Qué pensaría usted de Cayetano si dejase madurar esa breva sin meterle el diente?

—Prohibido decir en voz alta lo que se piensa del amo. Hay chivatos.

—A mí no me lo prohíbe nadie. Yo no cobro del amo, sino de la República. Por eso puedo expresar mis pensamientos libremente. Pues lo que yo pensaría en el caso de que Cayetano no se atreviera...

—... O no lo consiguiera...

—Pensaría que toda su fachenda la gasta en aldeanas que puede comprar con regalos, o con desgraciadas a las que engaña con promesas. Eso es lo que pensaría.

El juez había permanecido silencioso, al lado de don Baldomero. Extendió la mano sobre la mesa y la golpeó.

—Un momento. Olvidan un precedente. Don Jaime no era un conquistador como Cayetano y, sin embargo, le hizo un hijo a la vieja. Para Cayetano es cuestión de honor, como decía antes don Lino, hacer otro tanto con la francesa. Confieso que, si se rajase, le perdería el respeto y el pueblo quedaría defraudado. Porque, señores, si ustedes, en vez de charlar alrededor de esta mesa, se preocupasen de la opinión pública, sabrían que todo el mundo espera, que todo el mundo desea, que todo el mundo está seguro de que esa prenda es para Cayetano. Y yo estoy de acuerdo con la gente.

—Supongamos —dijo don Baldomero— que se casa con ella. ¿Por qué no admitir que alguna vez Cayetano se portará decentemente? Un matrimonio según las leyes de Dios y de la República: con cura y con juez.

—¡Bueno! Eso es lo mejor que podría pasar. Se habrían acabado los bandos. Después de todo, las cuestiones de rivalidad se han resuelto siempre por la cama. Hasta las políticas. Si Isabel II se hubiera casado con el conde de Montemolín, usted hoy no sería carlista.

Cubeiro dio al juez un golpecito en el hombro.

—Señor juez, es usted un ingenuo. Yo no veo las cosas tan claras. Está don Carlos. Y no sabemos lo que puede dar de sí. Pero no creo que se deje birlar la francesa sin oponer resistencia.

—Don Carlos —dijo don Lino— es un soñador. A mí me ha defraudado hace ya tiempo. Como otros muchos de este pueblo, no hace más que hablar, aunque con más cultura que los otros. Un español más de café y palabrería.

—Un soñador, sí, que le quitó la querida al amo y el amo se lo tuvo que tragar.

—A usted no le consta.

—¡Hombre! Así tuviera segura la lotería de mañana.

—A propósito de lotería —dijo don Baldomero—. Me han asegurado que el Gobierno de la República va a hacer trampa.

—¡El Gobierno de derechas, no lo olvide! Un Gobierno que usurpa la República y que hace lo posible por deshonorarla. Estoy de acuerdo con usted: mañana habrá trampa. Y, pasado, los españoles nos sublevaremos contra esa pandilla de sinvergüenzas.

Cubeiro golpeó el tapete verde con el vaso.

—Procedamos por orden. A mí me importa un bledo que hagan trampa en la lotería, porque no juego. Pero aquí no se trataba de eso. La lotería no va a hacernos ricos, pero lo que puede pasar entre el amo y la francesa es una cuestión importante. Porque imaginemos que las cosas van bien y se casan. ¡Qué tranquilidad, caballeros, para los padres de familia, para los maridos, para los novios! Porque es de suponer que el amo, una vez casado...

Se abrió la puerta del casino y entró, despavorido, el médico. Se detuvo junto a la mesa de juego. Echaba los bofes.

—¿Y ustedes aquí, tan tranquilos?

—¿Qué sucede? ¿Murió alguien?

El médico se limpió el sudor de la frente.

—La francesa. Llegó la francesa. ¡Qué mujer, Dios! Lo que cada cual tiene en su casa es pura caca, y perdonen la manera de señalar.

Se sentó en la silla que le ofrecían.

—Una mujer como Dios manda, delgada, pero llenita; distinguida, y no estas vacas que usamos por aquí.

—También la vieja era delgada.

—Pues esta es como la vieja, pero en guapo. Así de alta, pero se contonea, y se le mueven las ancas al andar. Es una mujer como esas de los figurines. ¡Y cómo viste! Claro, viene de París.

—Aquí hemos llegado al acuerdo de que no nos interesa.

—Como las uvas verdes.

—Y todo lo que el pueblo pueda tener con ella, lo delegamos en Cayetano.

—Les advierto que no viene sola. Tiene que ser su padre el que la acompaña, porque tiene cara de Churruchao. De modo que...

—¿Ha sido alguna vez un padre obstáculo para don Juan? La existencia de un padre pondrá la cosa más apetecible. Si no, al tiempo...

—¿Y qué hizo cuando llegó? ¿Saludó al pueblo?

—Bajó del coche. Aquello estaba lleno de gente. Pues como si nada: ayudó a su padre y, con él del brazo, se metió en casa. Don Carlos, al ver tanta gente, reía.

—Don Carlos ríe siempre.

—Tendrá derecho, ¿no?

—Tendrá derecho, pero a mí ya me empieza a fastidiar, porque don Carlos ríe desde arriba, ¿me entiende?, y aquí, el único que está verdaderamente arriba, no ríe nunca —don Lino remató el párrafo con un movimiento enérgico de la mano.

—Hombre, no exagere. A veces también ríe.

—Y entonces es peor. No. El que ríe desde arriba se ríe de alguien, y de mí no se ríe nadie.

Cayetano llegó, efectivamente, serio. No se quitó la boina.

—¿No hay partida?

—Estábamos charlando.

—De la francesa, como si lo viera.

—Es el tema del día.

Cayetano se sentó, se quitó la boina y la dejó sobre la mesa.

—Merecían ustedes ser eternamente esclavos. Como los esclavos, no piensan más que en comer y en divertirse. Del resto, que se preocupe el amo. Pero el amo está a punto de cansarse.

Cubeiro echó un pitillo sobre el tapete verde, hacia el lado de Cayetano.

—No creo que sea para ponerse así. Hacemos lo de siempre. Y usted, ¿qué más quiere? Depositamos en usted la confianza: para eso manda. Alguna ventaja había de traernos la esclavitud.

Cayetano rechazó el pitillo y sacó la pipa.

—¿Saben ustedes que hay una amenaza de hambre sobre el pueblo?

—No será por la pesca.

—El pueblo no vive de la pesca, sino del astillero. Todos ustedes comen gracias al astillero.

—Menos yo —interrumpió don Lino—. Yo soy un funcionario de la República.

—¡Buena está la República! ¡Y mucho les importa a los que gobiernan que todo un pueblo se quede en la miseria!

Empezó a encender la pipa. El mechero no funcionaba. Tres cajas de cerillas cayeron en la mesa. El juez ofreció el fuego de su encendedor.

—Gracias.

Echó dos o tres bocanadas seguidas. Tenía el rostro serio y el ceño fruncido. Cubeiro hizo una seña a don Lino, que, a su vez, recogía una mirada inquieta del juez. A don Baldomero se le había hinchado la vena de la frente, y sus ojos saltaban de las fichas del juego a los ojos de Cayetano.

—Los bancos regionales acaban de negarme el crédito. ¡A mí, al industrial más honrado y próspero de la provincia! ¡A una firma que en toda su historia no registra una letra impagada ni un compromiso sin cumplir! Pues acaban de decirme: si tiene usted dinero, trabaje con él; si no lo tiene, cierre el negocio. Nosotros no le damos ni un céntimo.

—Pero usted es rico —dijo, trémulo, don Baldomero.

—Solo relativamente. Un industrial moderno no gana para guardar, sino para ampliar su industria. Tengo dinero, claro, pero no para hacer frente a seis meses de trabajo. Para eso están los bancos. Pero a los bancos, al parecer, les interesa mi ruina. Quieren desacreditarme ante los sindicatos. En el fondo, se trata de una maniobra preelectoral. Como se dice que va a haber elecciones...

—Pueden cambiar las cosas —añadió don Lino, en tono casi consternado—. El actual régimen bancario es algo que no debe durar, usted lo sabe: hay proyectos muy bien pensados de nacionalización. Y, mientras tanto, una intervención del Estado dará la solución al caso. Hay diputados que lo

denunciarán con gusto en el Parlamento, y no faltan banqueros inteligentes, afectos a la República.

—Quizá no falten, quizá, y pueden cambiar las cosas...

El tono de Cayetano carecía de altivez; se volvió a don Lino, le miró y le habló —por primera vez— como a un igual; y don Lino se sintió tan satisfecho, que le echó mano al hombro y le dio unas palmadas amistosas.

—¿Quién lo duda? Pero no espero nada del Parlamento. Si no barremos a esa pandilla que nos gobierna, mal lo vamos a pasar. Tendré que vender el astillero.

Cinco rostros consternados se inclinaron sobre la mesa; cinco rostros interrogantes.

—¿Vender? ¿Dijo usted vender?

—Como suena. Se me ha declarado la guerra a muerte. ¿Y saben ustedes por qué? Porque he rechazado la intervención ajena. La patronal de Vigo intentó controlarme. ¡Soy un mal ejemplo porque pago a mis obreros mejor que ellos! Don Carlos Deza lo sabe. Él podrá contarles.

—¡Mucho le importará ahora a don Carlos Deza! Con la francesa en casa...

—La francesa, señores, podía habernos divertido mucho en otra ocasión. Incluso a mí, ¿quién lo duda? Pero en esta...

Quedó en silencio. Todos se habían puesto serios. Circuló una cajetilla.

—Lo que nosotros podamos hacer... —dijo, casi susurró, Cubeiro.

—¿Ustedes? ¡Arreglado estaba el porvenir del pueblo, si estuviera en manos como las de usted!

Apartó la silla y se levantó.

—He querido que lo supieran, y deseo que se entere todo el mundo.

—Pero... ¿va a haber despidos?

—No, al menos de momento. Mientras me sea posible, aguantaré sin perjudicar a nadie. Pero quizá llegue un día en que necesite la cooperación de todos.

Se volvió a don Lino. El maestro dio un pequeño repeluzno.

—A usted también, don Lino, de manera especial. Dicen que va a haber elecciones. Si las ganamos nosotros, saldrá usted diputado. Y si las perdemos...

Se puso la boina.

—... Pueblanueva del Conde se dedicará a la pesca. ¡Ya verán qué bien lo pasan! Y yo dejaré de mandar, para que mande la francesa.

Acostaron a don Gonzalo nada más llegar: le había cogido el frío en el camino, tosía y tenía calambres. La Rucha encendió la chimenea y calentó la cama con botellas de agua; añadió mantas y trajo un chal negro de doña Mariana para que don Gonzalo se envolviese mientras comía. Le sirvió Germaine, y le ayudó: partió la carne en pedazos, mondó la fruta y probó el café, a ver si estaba bien azucarado. Hablaban en francés. Carlos, desde un rincón, escuchaba en silencio y esperaba.

—Ahora dormiré —dijo Germaine—, y podremos comer nosotros.

La Rucha hija se había emperifollado. Traía el pelo más rizo, los pechos más agudos y el encañonado de la cofia hecho un primor. Sirvió la comida sin errores. Carlos la felicitó. Germaine había salido a ver si su padre dormía. La Rucha preguntó:

—¿Y usted cree que la señorita me llevará consigo?

—¿Consigo? ¿Adónde?

—A París, cuando se vaya.

Don Gonzalo ya dormía. La Rucha trajo el café. Germaine rechazó el coñac que Carlos le había servido.

—No puedo beber. No conviene para la voz.

Estaba sentada junto a la chimenea, cerca del fuego. Los leños ardían con llamas largas. Carlos, inmóvil, con la taza en las manos, miraba las de Germaine. Ella hablaba de París, de su carrera. Había terminado los estudios en el conservatorio, pero necesitaba perfeccionarse con cierto maestro famoso: porque su voz lo necesitaba —primores técnicos ante cuya mención Carlos ponía cara de absoluta ininteligencia— y porque el tal profesor tenía las llaves de la ópera.

—Cobra muy caro, una cantidad para mí inaccesible, y no le gustan las alumnas modestas, las alumnas que visten ropas reformadas. Para él, un buen abrigo es tan importante como una buena voz, y un pato a la naranja en La Tour d'Argent es el mejor modo de recomendarse. Tampoco le disgustan los

nombres distinguidos. Espero que «Germana de Sarmiento» será de su agrado.

—¿Germana?

—Sí. En Francia es menos vulgar. Yo, allí, soy Germana, en español.

—¿Y por qué *de* Sarmiento?

—En Francia es necesario, al menos en el mundo en que voy a vivir.

—El gran mundo, claro. Debe de ser muy atractivo.

—En cualquier caso tiene que ser el mío. La gente pobre no va a la ópera.

Las manos de Germaine, largas, bien cuidadas, manejaban la taza de café con diestra sencillez, con elegancia un poco anticuada. Carlos imaginó a Gonzalo Sarmiento iniciando a su hija, desde muy niña, en el secreto de las buenas maneras. Aquel modo de moverse le hubiera gustado a doña Mariana: pertenecía a su tiempo. Como la ópera.

Carlos dijo entonces:

—¿Quieres que te enseñe ahora la casa o prefieres explorarla sola?

Germaine rio.

—¿Hay fantasmas?

—No. Ha sido un descuido, lo comprendo. Pero tu tía no creía en ellos.

—En ese caso, enséñamela tú.

La llevó al salón. Estaban abiertas las maderas. Germaine, riendo, señaló los cuadros.

—¿Y decías que no hay fantasmas?

—Al menos, no son de los corrientes.

La cogió del brazo y la llevó frente al retrato de doña Mariana.

—Así era tu tía a los treinta años.

—Pero este cuadro, ahora, es tuyo, ¿verdad?

—Sí. Es mío.

Germaine lo miró unos instantes.

—Era guapa.

—¿Es todo lo que te sugiere?

—Bueno. Lleva un bonito traje, y un collar...

—El traje y el collar existen todavía.

Germaine se estremeció. La brillaron los ojos, cerró las manos bruscamente.

—¿Existe el collar? ¿Es mío?

Carlos no le respondió. Se acercó a un rincón, apartó un cuadro y abrió la caja fuerte. Germaine le siguió. Miraba, anhelante, las manos de Carlos manipulando en la cerradura de clave. Cuando quedó al descubierto el hueco oscuro de la caja, suspiró fuerte. Carlos la echó la mano libre por el hombro y la atrajo.

—Ven.

Metió la mano derecha, sacó el estuche y se lo ofreció, abierto.

—Toma. Póntelo.

Germaine extendió una mano temblorosa y cogió con fuerza el collar. El estuche, vacío, quedó en la mano de Carlos.

—¿Me lo das... para mí?

—Póntelo.

Germaine corrió al espejo, con el collar apretado en la mano.

—¿Quieres encender la luz? No veo bien.

—Tu tía detestaba la luz eléctrica.

Germaine aguantaba el collar abierto sobre el pecho. Carlos se lo abrochó.

—¡Para cantar *La Traviata*...!

Se volvió hacia Carlos.

—¿Es bueno?

—Esmeraldas. Montura antigua.

—Eso no importa. Para cantar *La Traviata* irá bien... ¡Es maravilloso! ¡Y cómo impresionará a mi maestro! Voy a enseñárselo a papá. Perdona.

Salió corriendo. Carlos vio en el espejo su propia cara, gris, desencantada.

—¡Germaine...! —murmuró, y le salió una sonrisa torcida en la esquina del labio.

Sacó de la caja fuerte varios estuches, una bolsita de terciopelo, un envoltorio de seda. Lo dejó todo sobre la mesa: los estuches, abiertos; la bolsita, vacía; el envoltorio, deshecho. Cuando Germaine regresó, le dijo:

—Aunque hice un inventario de todo lo que hay en la casa, esto no figura en ninguna parte. Cualquiera que sea tu determinación respecto a la herencia, puedes llevarte estas cosas. Algunas de ellas te servirán, quizá, para cantar en el teatro. Están ahí todas las alhajas de tu tía, las arras con que se casaron las mujeres de tu familia, y algunas cosas más.

Empezó a cerrar los estuches.

—En cuanto a lo demás..., los fantasmas ya veo que no te interesan. Quizá te guste saber que la sillera es francesa y que lleva en este sitio ciento cincuenta años, como la alfombra.

—¡Ah! ¿Sí?

—Valen mucho dinero. Y ese piano...

—¡Ah! Pero ¿hay un piano? No me había fijado.

—No puedo decirte el tiempo que hace que no lo tocan. Si quieres...

Levantó la tapa.

—Está abierto.

Germaine tocó una escala.

—¡Y afinado!

—Tu tía esperaba que vinieras cualquier día. Y como le dije que en tu casa había piano...

Germaine se sentó y empezó a tocar.

—Suena bien. Es un buen piano —hizo una pausa—. ¿Te molesta que toque?

—Por ahí hay un músico con partituras.

—No es necesario. Algunas piezas las sé de memoria. Toco hace quince años.

Improvisó unos compases. Carlos se arrimó a la pared, escondió el rostro en un lugar oscuro.

—Voy a tocar algo para ti. ¡Has sido tan bueno! ¿O prefieres que cante?

—Como quieras.

—Primero, un vals de Chopin. Chopin fue un músico polaco del siglo pasado. Quizá hayas oído hablar de él.

—No. De eso, no entiendo.

Germaine empezó a tocar.

—Es un vals, ¿sabes?

Carlos no respondió. Se fijaba en los dedos, estudiaba la ejecución. Cuando Germaine terminó, dijo:

—Es bonito. Canta ahora.

—Voy a cantar...

Germaine cerró los ojos y echó la cabeza atrás. Su mano derecha buscó

algo en el bolsillo. Empezó a inhalarse. ¡Flor, floc!

—Voy a cantar la habanera de *Carmen*. Eso lo conocerás, seguramente. Lo tocan mucho por radio.

—No tengo radio, pero quizá lo haya oído alguna vez. A tu tía le gustaban las coplas antiguas. Seguramente está entre sus discos.

Cantaba bien. Tenía una voz áspera, dramática.

—¿Te gustó?

—Sí, pero... no la había oído nunca. Al menos, no lo recuerdo. Tengo mala memoria, y como no estoy acostumbrado...

Germaine cerró el piano.

—Es muy conocido y muy difícil. Solo una gran soprano puede cantarlo bien —miró hacia el rincón donde permanecía Carlos: apenas se adivinaba el bulto, y de la cara veía una mancha borrosa; a ella, en cambio, la alumbraba la luz de la ventana, le pegaba de lleno, y Carlos pudo ver cómo se iba creciendo mientras cantaba—. Con esto es con lo que quiero presentarme en la ópera de París.

—¿Solo... con una canción?

Ella rio.

—No, tonto. La ópera entera. Una ópera es una obra de teatro.

—¡Ah!

—¿Nunca has visto una ópera?

—No. Quizá no. Claro que he visto alguna comedia donde la gente cantaba.

Salió de la penumbra y se acercó. Germaine le miró a los ojos y se sintió admirada.

—Pero tú estuviste fuera de España...

—Sí, pero muy poco tiempo. Como no me entendía, tuve que volverme. Fue una lástima; hubiera aprendido mucho.

Germaine giró en el asiento.

—Juan me dijo que eres muy inteligente.

—¡Bah! Siempre se exagera... No soy mal médico, y Juan es buen amigo mío. ¿Te habló también de sus hermanas?

—Vagamente.

Carlos se apoyó en la tapa del piano. Dijo, con calor:

—Una de ellas vive aquí. Tendrás que conocerla. Y un fraile...
¿Conservas cierto retrato de tu madre?

Germaine apretó las manos contra el pecho.

—Naturalmente. Es mi tesoro. ¿Lo conoces?

—Se lo pintó Eugenio Quiroga. Ahora es fraile, ¿sabes? Es él quien ha pintado la iglesia. Fue amigo de tu padre. Y hace un año, cuando estuve en tu casa, me confundió con él.

Se echó a reír.

—Tuvo gracia aquello. Pero es que los Churruchaos nos parecemos todos.

Señaló, con un movimiento circular de la mano, los retratos.

—Puedes comprobarlo si te fijas bien en esos fantasmas. Solo uno de ellos, sin embargo, se parece a ti.

Se levantó. El retrato de Mariana Quiroga quedaba en penumbra.

—Este. Se llamó en vida Mariana Quiroga, y debe ser tatarabuela tuya. Pero tú eres mucho más bonita. A tu tía le gustaba recordarla. Ya te contaré su historia, si alguno de estos días estás de humor para oírla.

Se oían dentro de la iglesia fuertes golpes. Carlos empujó la puerta y entró. Olía a madera. Unos obreros desmontaban el andamio. Los suelos de las naves laterales estaban ya fregados y libres de escombros, y los altares, revestidos. No se veía bien, como si la niebla se hubiera metido en la iglesia y, allí dentro, hubiera espesado más.

Preguntó por el fraile. Uno de los carpinteros le dijo:

—Por ahí andaba. Mire en la sacristía.

Lo encontró sentado en un camastro, apenas visible en la oscuridad, con una silla delante. En la silla había restos de comida y un vaso de vino. Al ver a Carlos, el padre Eugenio empujó la silla y corrió a la puerta.

—¿Ya han venido?

—La princesa queda instalada en su palacio, después de pasar con éxito todas las pruebas, menos la del garbanzo, porque aún no hubo ocasión. En cuanto al infante, su padre, hubo que acostarlo: no anda muy bien de salud. ¿Tiene usted algo que beber? Hace un frío que pela.

—Puedo hacerle café, si quiere.

—Ya veo que se ha instalado con todas las comodidades. ¡Hasta una cafetera!

—¿Ha visto las pinturas?

—No. La iglesia está en tinieblas.

El fraile encendió un infiernillo de alcohol y preparó la cafetera.

—No las vea todavía. Hay que esperar a que retiren los maderos y a que esté el altar revestido. Mañana. Ahora, cuénteme.

Señaló el camastro.

—Siéntese ahí. Estará más cómodo.

Carlos se quitó el abrigo, se lo echó por los hombros y se sentó.

—Fui a rescatar a una princesa perdida y me encontré con Adelina Patti. ¿Me comprende? ¡Una chica preciosa, elegante, en cuya garganta esperan agazapados maravillosos gorgoritos que serán, si Dios no lo remedia, deleite de filisteos! ¡Adelina Patti o algo por el estilo, muy importante, casi sublime! Hay que hablar de ella con cuidado, como un hombre de ciencia o como un crítico. En todo caso, haciendo varios distingos. Cuando oí, en la estación, sus primeras palabras, me asusté: tiene una voz grave, bien timbrada, patética hasta cuando ríe, una voz más atractiva que cualquier otra de sus buenas condiciones, pero que a mí me asustó, porque me pareció la voz de los tuberculosos a la laringe. Y ella llegó cargada de precauciones, embufandada, y sacó un aparatito y se inhaló con él. Me estremecí, palabra; le aseguro que jamás sentí mayor ternura por persona alguna. Se me ocurrió que durante todos estos años hubiera necesitado, para cuidarse, el dinero que ahora tendrá, y temí que ya fuera tarde. Todo esto lo pensaba y me dolía en el corazón, mientras ella, con la cabeza levantada y el inhalador frente a la boca, apretaba la bola de goma con la destreza que da una larga práctica.

Hizo una pausa que solo tardó una fracción de segundo en convertirse en teatral: señaló violentamente, con el índice extendido, un lugar en el techo oscuro, y él mismo miró hacia allí, como si fueran a salir los fantasmas conjurados. El padre Eugenio seguía sus movimientos, sus actitudes, con mirada extrañada.

—Germaine es un personaje que vive para meterse en la boca un inhalador y rociarse con algo la preciosa glotis. Es la ocupación más importante de su vida. Necesita cuidar, proteger su voz: vive para su voz, alrededor de su voz,

arrodillada ante su voz.

Empezó a cantar.

—¡Lanlarán, laralarán, laranlanlara, larán, larán! No hace todavía media hora me obsequió, completamente gratis, con la habanera de *Carmen*. Muy bien cantada, sí, señor. Preciosa voz, voz caliente, un poco amarga. Una voz para expresar amor y dolor, el amor de Margarita Gautier y el dolor de Aida. Pero no amor y dolor verdaderos, sino teatrales, con música de Verdi, que es la más socorrida.

El fraile puso sobre la silla el servicio del café.

—Era natural. También su madre cantaba.

—Me tiene usted que contar algo de su madre. Lo necesito para entender la situación sin que nada se me escape.

—Su madre hubiera sido una gran cantante, pero perdió la voz. ¿No se lo conté nunca?

—No recuerdo.

—Sí, se lo conté. Perdió la voz y se casó con Gonzalo Sarmiento.

—Y murió de parto. ¡Qué lástima! El mundo hubiera agradecido más a los dioses la conservación de aquella garganta, porque, entonces, su propietaria no se hubiera casado con Gonzalo Sarmiento y no existiría Germaine. Aunque, bien pensado, quizá los dioses hayan creado a Germaine, por intermedio de Gonzalo Sarmiento, para compensar al mundo de la pérdida de aquella otra garganta. Sí, sí, estoy seguro: Germaine es un presente de los dioses para deshacer un entuerto, o, si usted lo prefiere, para rectificar un error. Y perdone si meto a los dioses en esto, pero usted me ha acostumbrado.

—¿Por qué se burla?

Carlos alzó las manos.

—¿Yo? ¿Burlarme yo? ¡Dios me libre! Es el destino, es decir, los dioses, quienes se burlan. Y no de mí. Se burlan de la vieja, que lo preparó todo tan escrupulosamente para que, muerta ella, los vivos hiciéramos su voluntad. Pero la vieja no contaba con que los vivos mienten. Ella fue leal y verdadera. Su sobrina es una personilla mentirosa, que ocultó su vocación durante años para que la vieja loca no le retirase su apoyo. Quince años estudiando música y canto con los mejores maestros, mientras su tía la creía interna en un colegio aristocrático preparándose para sustituirla en el mundo.

El fraile acercó la cafetera humeante.

—Supongo que la chica tendrá derecho a escoger su vida.

—¿Quién lo duda? Y a mentir. Hay que cantar ópera sea como sea. Hay que recordar que los dioses le jugaron a mamá una mala pasada, y hay que engañar a los dioses, si hace falta. La cuestión es llegar a cantar ópera, que es una profesión honesta; más aún, brillante. Se sale en los periódicos, los críticos de todos los países se quedan sin adjetivos para elogiar la hermosa voz de Germaine Sarmiento, y, al final de la función, la triunfadora recibe ramos de flores; grandes, inmensos ramos de flores. ¡La triunfadora! Para triunfar hay dos caminos: uno, áspero, trabajoso, humillante, si no se tiene dinero; otro, fácil, si en un rincón perdido del mundo se le ocurre morir a una tía rica. La señorita Sarmiento ha tenido suerte. Se le murió la tía rica. Y ahora viene a recoger el botín.

Echó azúcar al café y lo revolvió lentamente.

—Y uno, ¿qué puede hacer? La princesa es amable, encantadora; habla con una voz impresionante, una voz con la que uno desearía oírle hablar de amor; tiene esa gracia de las mujeres francesas que usted no habrá olvidado, y un encanto personal que envuelve, que aniquila, que impide decir lo que se piensa, que impide incluso pensar. No puedo decirle si es una coqueta redomada o si todavía ignora su poder de fascinación, pero puedo asegurarle que ya se considera miembro de una casta superior, la casta de los divos, y nos mira a todos desde arriba, pero disimulándolo con una cortesía irreprochable.

—Es usted injusto.

—No. Quisiera poder describir todas sus gracias... ¡Su propia tía se habría rendido a ellas! Personalmente le aseguro que me enamoré.

El fraile rio y encendió un pitillo.

—Es lo mejor que podría pasar.

—¡Dios no lo quiera, padre Eugenio! Es lo que me faltaba. ¡Enamorarme de una diva! ¿Me imagina usted siguiéndola de lejos en sus *tournées*, mendigando para comer, robando flores en los parques públicos para enviárselas la noche del *beneficio*?

El fraile acercó la estufilla eléctrica.

—Vamos a encender esto. No hay quien aguante el frío, y usted..., usted parece que no habla en serio.

—A mí tampoco hay quien me aguante, dígalo sin rodeos. Yo mismo no puedo aguantarme.

—¿Por qué no se pone en el lugar de Germaine?

—Me resulta más fácil ponerme en el de doña Mariana. Y a doña Mariana, lo de los gorgoritos le hubiera hecho poca gracia. Comprendo que es injusto, porque a ella le gustaba la ópera, pero no cantada por su sobrina. La vieja tenía muchos prejuicios, prejuicios anticuados e indefendibles. Como a los reyes antiguos, le divertían los bufones, pero no hubiera tolerado que nadie de su sangre fuese bufón. Y, ya ve, con toda mi habilidad dialéctica, no hubiera sido capaz de convencerla de que una cantante de ópera no pertenece al sindicato de los bufones.

—Pero usted no creará semejante estupidez.

—Yo vengo observando, padre Eugenio, algunas variantes en mi modo de pensar. A veces temo que el alma de doña Mariana se me haya metido en el cuerpo, quizá en el lugar que ocupaba antes el diablo. No habrá habido grandes dificultades para la sustitución, porque, desde el punto de vista de Dios, ¿qué más da el diablo que doña Mariana? Es el caso que, ahora, con quien discuto, a quien intento convencer, de quien me defiende, no es del diablo, sino de la vieja. Pero la vieja es más fuerte que el diablo, o, al menos, se ha aposentado en mi alma con más energía. De modo que aprenda usted a distinguir cuando hablo yo y cuando habla ella. Écheme café. ¡Si tuviera usted, además, un poco de aguardiente!

El fraile buscó, encima de una cómoda, una botella.

—Algo queda.

—Démelo. Mitad y mitad. Lo necesito.

Bebió seguido, y carraspeó. Quedó apoyado en la cómoda, con la taza en la mano y la vista perdida en cualquier lugar del espacio. El padre Eugenio bajaba y levantaba repetidamente la cabeza, miraba a Carlos o escondía la mirada.

—Está bueno. A la vieja le gustaban estas mixturas. Y la vieja, si no hubiese muerto, andaría ahora dando vueltas a la cabeza y volviéndome loco para que averiguase todo lo concerniente a esa difunta diva cuya voz, cierto día ya lejano, arrebataron los dioses. La hija tiene que haber heredado de ella algo más que la voz. Y, a lo que colijo, biológicamente esa señora fue más

fuerte que su marido. Gonzalo Sarmiento es un fin de raza en medida bastante mayor que nosotros. Pasa de los setenta y engendró a su hija cerca de los cincuenta. Germaine tiene de él la figura, casi la apariencia; pero los ojos, la boca, las manos, lo sustancial, pertenecen a la otra sangre. El mentón es el de su padre, y ese mentón delicado me hacía esperar a una muchacha débil. Quizá lo sea, pero posee una terquedad que sustituye eficazmente a la energía. ¿Por qué no me cuenta usted algo de su madre? Usted la conoció, usted le pintó un retrato, usted tuvo tiempo de observarla. El retrato que le pintó es un retrato a la antigua, un espejo del alma, si no recuerdo mal. Y no recuerdo mal, porque acabo de verlo: su hija lo ha traído consigo. Se llamaba...

—... Suzanne.

—Suzanne. Un nombre muy corriente en Francia, pero ella no era corriente, salvo si usted la idealizó. Más guapa que su hija, aunque menos extraña, pero... En fin, no sé decirlo. ¿Por qué no me lo dice usted?

—Todo lo que yo pudiera decir está en el cuadro.

—Pintado. Lo quiero oír en palabras.

—Yo soy pintor.

Carlos paseó un rato en silencio. De vez en cuando sacaba las manos de los bolsillos y se soplaba las puntas de los dedos.

—Y predicador. Pero entre uno y otro no hay... ¿cómo podría decirlo?, muy buenas relaciones. Si lo que usted pintó pudiera decirse con palabras, sería inútil pintar. Y, viceversa, cosas que se pueden decir, no podrían pintarse. Por ejemplo, si a usted se le ocurriera hacer un retrato a la hija, nadie podría averiguar por el retrato que esta señorita de buena familia necesita sentirse miembro de una casta excepcional y privilegiada para compensar las humillaciones, las miserias que ha experimentado en su pobre y aperreada vida. Es curioso: reducido a esquema clínico, el caso de Germaine Sarmiento coincidiría, be por be, con el de Juan Aldán. Pero Aldán y Germaine son personas distintas, inconfundibles. Por eso me fio poco de mi ciencia. ¿Qué quiere decir complejo de inferioridad compensado? Antes, creía saberlo. Ahora, empiezo a verlo confuso. Y, lo que es más grave, conforme dejo de creer en los complejos, voy creyendo en los pecados. Todo esto, definido a la antigua, sería mucho más claro. Soberbia, envidia, resentimiento...

Se detuvo en medio de la sacristía, y acomodó el abrigo, que le había

resbalado.

—Pero también estoy de acuerdo con los que dicen que no hay que definir, sino describir. La realidad no cabe en las definiciones. Pero sucede que carezco de elementos para describir a Germaine. ¿Cómo era su madre?

El fraile se encogió de hombros.

—¡Hace ya tanto tiempo...!

—El retrato que usted pintó es el de una mujer triste. Y, sin embargo, lo pintó como regalo de boda, cuando ella iba a casarse.

—Cuando una operación quirúrgica acababa de dejarla sin voz. No olvide usted esto: una enfermedad de la laringe le arrebató todas sus esperanzas.

—Es decir, que el matrimonio no la compensaba de lo perdido. ¿Por qué se casó?

—Supongo que... por miedo a la vida. Era pobre. No tenía familia.

—Y se casó con el millonario Sarmiento, un fracasado, incapaz de ganar un real.

—Ya le he contado cómo fue.

—A mí, no; a doña Mariana. Ella me lo repitió, naturalmente, y pidió mi opinión, pero no se la di. Le hubiera servido para confirmar lo que ya sospechaba, y nos hubiéramos equivocado, quizá.

El fraile se había arrimado a la cómoda, de espaldas a un crucifijo y a un espejo. Carlos daba vueltas a su alrededor; unas veces le miraba, otras no. Unas veces le hablaba en la cara; otras, parecía dirigirse a las sombras.

—¿Y qué es... lo que sospechaba doña Mariana?

Carlos le echó desde lejos un pitillo, que el fraile recogió al vuelo.

—Gonzalo Sarmiento era una buena persona, pero tonto. Le atraía la sociedad de los artistas, pero él no lo era. Sin embargo, ¿qué importa no ser cuando puede simularse? En aquella sociedad abundaban los artistas sin obra, los que pasan cuarenta años anunciando el libro excepcional que no se escribe nunca porque la perra vida no lo permite. Quizá Gonzalo haya sido uno de estos. Hasta que le conoció a usted. Usted era un artista de verdad y, además, un Churruchao, como él. Gonzalo dejó de simular para apropiarse un poco de la personalidad de usted. Sin darse cuenta, inocentemente, como un contagio. La prueba de su inocencia es que no escondió el original. Y el original entonces atravesaba un período de crisis, una crisis grave, profunda. Usted me

la describió el otro día.

—¿Y qué?

Carlos se plantó ante el fraile.

—Eso digo yo. ¿Y qué?

Alzó los brazos y agarró al fraile por los hombros. Lo sacudió blandamente.

—No lo diga, padre, no hace falta.

Se miraron fijamente. El fraile bajó los ojos. Carlos soltó los hombros, dejó que sus manos resbalasen hasta encontrar las del padre Eugenio.

—Beba algo. Está frío. Y no vuelva a preocuparse del perdón.

—Usted, ¿qué sabe!

Carlos cogió la botella del aguardiente, sirvió un poco en un vaso y se lo ofreció.

—Beba. ¿Quién puede no perdonarle? ¿Dios? Usted cree en Él, y en el poder de un sacerdote para absolver. Y usted ha solicitado la absolución. ¿O es lo nuestro lo que le preocupa? ¿Un tribunal de Churruchaos juzgándole por adulterio? La vieja murió y le hubiera perdonado; yo, ¿cómo me atrevería a juzgarle? En cuanto a Gonzalo, no creo indispensable que se arroje usted a sus plantas, le confiese la verdad, etc. Sería una falta de caridad, en el caso de que él lo ignore, o en el caso de que solo su hija lo desconozca.

—No soy el padre de Germaine —dijo el fraile, con voz oscura—. Y no entiende usted nada de lo que me sucede. No podrá entenderlo nunca. Porque usted solo ve lo humano...

Carlos le interrumpió:

—Ya. Y usted lo transporta todo al cielo, adonde a mí me resulta imposible seguirle.

—No tengo más remedio que hacerlo, porque lo siento así.

Tenía el vaso del aguardiente en la mano, a la altura del pecho. Lo apartó, y Carlos volvió a servirle. El fraile bebió y dejó el vaso en la cómoda.

—Usted lo reduce todo a folletín, y yo, a teología. Pero ¿dónde estará la verdad?

—Bueno, según como se mire. A veces, el folletín es más entretenido.

—Pero la teología es más seria. En último término, no soy yo quien ha puesto mi pecado delante de Dios. No se me hubiera ocurrido. Aquello surgió,

como usted ha adivinado, en un momento de crisis, y me ayudó a superarla. No transformando en pasión mi angustia de fracasado: eso hubiera tenido una relativa justificación humana. La cosa sucedió fríamente: ella, desencantada de la copia, vino en busca del original, y yo pensé que la embriaguez de una aventura con una mujer bonita me sacaría de la desesperación. Y así fue. Y nunca consideré que hubiera hecho mal, porque me había sido útil, porque me había servido de remedio. Esto sucedió en la primavera de 1914; Suzanne pasaba los primeros tiempos de su embarazo. Sobrevino la guerra y marché de Francia.

—Esto, padre, todavía no es teología. Siento decepcionarle, pero no pasa de folletín. Y usted hizo el peor papel, el de traidor.

—Después vine a Pueblanueva. Hice amistad con el padre Hugo. El padre Hugo me enseñó a ver la vida de otra manera. Ya ve usted: si me hubiera tropezado al padre Fulgencio, ahora no tendría problemas. El padre Fulgencio es un moralista, por no decir un jurista. Es de los que admiten la prostitución como mal menor y condenan el adulterio porque destruye la familia. El padre Hugo era un hombre religioso. Veía a Cristo en las criaturas, sus manos tocaban el misterio, sus palabras lo mostraban. Pero no intentaba penetrarlo, ni reducirlo a términos racionales. Se arrodillaba, se anulaba ante él. Y nos enseñaba a reconocerlo y a arrodillarnos también. Para el padre Hugo, el más hondo de los misterios tangibles eran los hombres, todos y cada uno de ellos. «Piensen ustedes en los que conocen, piensen en ustedes mismos. ¿No es absurdo que Cristo haya muerto para redimirnos? Aparentemente, ninguno de nosotros, ni de los vivos, ni de los muertos, ni de los que nacerán, merece el sacrificio de Dios, y, sin embargo, el sacrificio se hizo. Luego, hay algo en cada hombre que nosotros no entendemos racionalmente, algo que solo adivinan los que aman a sus semejantes. Por ese algo, Dios nos amó y nos impuso el deber de amarnos los unos a los otros. Fíjense bien: la moral predicada por Cristo consta solo de dos mandamientos de amor; luego lo inmoral es no amar. El gran pecado es no amar a los semejantes, y el mayor de todos los pecados, el desprecio. El lujurioso peca porque usa de la mujer como de un instrumento; el que explota a los trabajadores peca porque hace al trabajador instrumento de su codicia. En ambos casos, el ser humano pierde para el otro la condición de hombre. Pero la Revelación de Cristo, en lo que

al hombre atañe, nos dice que todos somos iguales por estar hechos a la imagen y semejanza de Dios y porque todos somos en Cristo, porque Cristo es el sostén de nuestro ser, y ningún hombre, cualquiera que sea su conducta, puede destruir esa cualidad, sin la que no sería hombre. Por tanto, no existen hombres despreciables, y el que los desprecia, lujurioso o explotador, pretende arrebatarnos su condición divina.»

Había oscurecido la tarde, y el padre Eugenio, arrimado a la cómoda y con las manos extendidas, era poco más que una sombra. Carlos, cerca de la pared, le escuchaba. Adelantó unos pasos y tendió la mano.

—Perdóneme, padre Eugenio. Si en vez de estar yo presente estuviera Cayetano Salgado, me explicaría ese recuerdo de las hermosas palabras del padre Hugo. ¡Ya lo creo! Podrían servir a Cayetano para dar a su socialismo cierto tinte cristiano, si le apetecía o si lo necesitaba. Pero yo no soy reformador social, ni moral, ni siquiera un hombre de honesta conducta. ¿Qué tiene eso que ver con nuestro caso?

—¿Es que no ha comprendido todavía que yo usé a Suzanne como de un instrumento y que desprecié a Gonzalo?

—Bien. Pero usted se arrepintió y fue perdonado.

—¿Está seguro? No de que haya sido perdonado, que eso solo lo sabe Dios, sino de que me haya arrepentido.

—Hombre, usted me lo dio a entender. Entró en un convento, se metió a fraile... No iba a llevar consigo sus pecados.

—Yo me metí a fraile, pero el *pintor* quedó fuera. Yo me arrepentí de mis pecados, pero el *pintor* todavía considera que aquella aventura sucia que le sirvió para salir de un atolladero y salvar lo que podía ser salvable, estuvo bien.

Se pasó las manos por los ojos, las mantuvo así unos instantes.

—Una parte de mí se ha resistido siempre a Dios, y yo sé por qué. Lo que en mí hay de artista, lo que más amo de mí, lo que me hace estimarme cuando todo en mi ser se siente despreciado, sobrevive y subsiste gracias a aquel pecado: sin él se hubiera destruido. Yo, después, no he querido destruirlo, o, al menos, olvidarlo. He esperado siempre rescatarlo, redimirlo, transformando el arte en oración. Ahora se explicará usted lo que le dije el otro día.

En la iglesia habían cesado los martillazos. Abrieron la puerta, y un

carpintero asomó.

—Eso ya queda listo, padre. Los maderos los dejamos en el pórtico.

Llevó la mano a la gorra y se retiró.

—¿Por qué no vemos ahora esas pinturas?

—Si usted lo prefiere...

Salieron de la sacristía. Los carpinteros habían abierto la puerta grande y sacaban por ella los últimos maderos. El padre Eugenio corrió a comprobar que la puerta quedaba bien cerrada.

—Lucirán mejor mañana, no le quepa duda. Ahora...

Encendió los altares laterales. Repitió algunas consideraciones, oídas y sabidas de Carlos.

—Bueno. Veamos ahora esto. Póngase ahí, en el medio.

Carlos se situó encima de la lápida de doña Mariana. El fraile encendió la luz. La pintura del ábside aparecía terminada. El fraile hizo visera con la mano: miraba a Carlos.

—¿Qué?

—Bien. Muy bien.

—¿Solo eso? ¿El rostro? ¿No le sugiere nada?

Carlos se sentó en la esquina de un banco.

—Me sugiere que usted tiene miedo a Cristo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha pintado al juez.

El fraile descendió las escaleras del presbiterio. Se acercó, casi jadeante.

—Luego, ¿cree que no he acertado?

—No se trata de acertar o no. Ha hecho usted una pintura impresionante, la pintura de un Ser que es justo y misericordioso; pero parece haber olvidado la misericordia.

El fraile dormía aquella noche en la iglesia: faltaban todavía retoques y detalles, y tenía que estar allí a primera hora de la mañana para dirigir la ornamentación y, después, para tomar parte en la bendición, que se haría sin fieles, por el prior y los frailes.

Cuando Carlos salió a la plaza, había anochecido. Brillaban las losas, caía

un agua fina, azulada. Bajo los soportales, unos chiquillos alborotaban. Subió el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos, atravesó la plaza, chapoteando. La tienda de Clara estaba todavía abierta. Se acercó a la puerta. La tienda parecía vacía.

—¡Clara!

Clara, sentada en una silla baja, leía. Alzó la cabeza, vio a Carlos y rio.

—¡Hombre! ¿Ya estás de vuelta?

—Vengo de la iglesia.

—¿Te vas a hacer beato? No te va.

Carlos se quitó el abrigo. Lo sacudió.

—¿Dónde puedo colgar esto?

—Ahí, detrás de la puerta, hay un clavo.

Sacó una silla por encima del mostrador.

—Toma y siéntate. Es decir, si no tienes prisa. ¿Has visto a mis hermanos?

Carlos apartó la silla y se acercó al mostrador. Las planchas de madera brillaban pulidas.

—Sí. He visto a Juan, a Inés y al novio de Inés.

—¿El novio de quién?

Le dio la risa a Clara, una risa ancha, alegre, pero repentinamente quedó seria.

—Cuéntamelo todo y no me engañes.

—¿Suelo hacerlo?

—No, pero interpretas las cosas a tu modo y una no sabe a qué atenerse.

—¿Lo quieres con detalles?

—Quiero saber lo que pasa.

—Pues mira: llegué a un piso donde había cuatro muchachas cosiendo...

Clara no le interrumpió: escuchó media hora seguida, miraba a los ojos de Carlos, o a sus manos, o a la plaza, en que el orvallo azul seguía cayendo. A veces, con más fijeza; y entonces Carlos apartaba la vista de ella y la dejaba resbalar por las cajas ordenadas en los anaqueles, o jugueteaba con un cordel anudado, o con un botón.

—... por fin, Juan nos acompañó a la estación. Le preguntó a Germaine si podría escribirle alguna vez, y ella respondió que tendría mucho gusto en recibir carta suya y en contestarle. Se despidieron muy cariñosos. Después, me

acompañó a mi departamento, que estaba algo apartado del de Germaine, ellos venían en coche-cama, y yo, en segunda. Me dio un abrazo y me dijo: «No olvides que el porvenir artístico y la felicidad de esta muchacha están en tus manos». Y yo le pregunté: «Y tú, a qué te crees más ligado, ¿a su porvenir artístico o a su felicidad?». Se echó a reír. «A este respecto, ya sabes a qué atenerte.» Subí al vagón, me hizo un saludo y fue corriendo a despedirse otra vez de Germaine. Entonces pitó el tren...

Clara dijo:

—Es hora de cerrar. ¿Por qué no me esperas un minuto y le echo un vistazo a mamá? Luego, puedes llevarme a cualquier sitio y me invitas a una copa.

Volvió pronto. Se había puesto un abrigo y traía el paraguas.

—Sal ya.

Apagó la luz y echó la llave a la puerta.

—¿Puedo cogerte del brazo? Es que, así, te taparé mejor.

Salieron de los soportales. Ante la puerta del café cantante, Carlos se detuvo.

—¿Por qué no vamos a casa de la vieja? Conocerás a Germaine.

—Todavía no he decidido si quiero conocerla o no.

—Es encantadora, y habla muy bien el español.

—No, no. Otro día.

Entraron. Marcelino el Pirigallo hacía cuentas inclinado sobre el libro mayor. Les vio entrar y acudió rápidamente. En el fondo, junto al escenario apagado, el pianista y la cupletera ensayaban, por lo bajo, una canción. Clara pidió mariscos y vino.

—Así, me ahorro la cena.

Empezó a comer con ganas.

—Ahora, te dejo que me hables de mis hermanos a tu manera.

—Creo que Inés hace bien en casarse, y que Juan no sabe qué hacer.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Me equivoqué tantas veces, que he decidido andarme con cuidado. Las personas dan sorpresas.

—¿Y Germaine?

—Ya te lo dije: encantadora. A cualquier muchacha le gustaría ser como ella.

Clara arrancó con fuerza la uña de un percebe.

—A mí, no.

—¿Qué sabes, si no la conoces?

—Nunca me gustaría ser como la mujer de quien puede enamorarse mi hermano. Y quizá de quien puedas enamorarte tú.

—Si sucediera, sería contra mi voluntad.

—Te equivocas. Es la mujer de quien querrías enamorarte. Lo mismo que Juan. Una mujer fuera de vuestro alcance, que no ha contado con vosotros y no plantea problemas sentimentales, ni pone en compromisos. ¡La mujer ideal, desengáñate! Se puede uno enamorar y hasta morir de amor, pero no hay que casarse con ella, ni mantenerla..., ¡ni hacerle un hijo, qué caray!

Carlos retiró bruscamente las manos.

—Eso es casi despreciarnos, a Juan y a mí.

—No, hijo. ¿Cómo voy a despreciarte? —le tembló la voz un instante—. Es atenerme a vuestra manera de ser. La vieja dejó las cosas arregladas para que Germaine y tú acabarais casándoos, y algo de eso llegó a decirme, o a darme a entender. Bueno. ¿Qué vas a hacer? ¿Se lo has dicho ya? ¿Has empezado a cortejarla?

—No me gusta.

—No mientas. Te gusta lo mismo que a Juan. Antes, cuando me contabas lo de Madrid, se te notaba. Y te fastidia que haya preferido a mi hermano.

—Eso era casi inevitable. ¡Si vieras a Juan, elegante, hecho un señorito revolucionario! Está casi guapo. ¡Y habla tan bien! Tiene un aire romántico y fiero que debe de resultar muy atractivo para las mujeres. A su lado, soy casi un palurdo. Pero eso no quiere decir que me tenga por inferior a Juan, sino solo que él, ahora, tiene cualidades muy brillantes. Hay mujeres a quienes gustan esas cosas. Pero esa clase de mujeres no me atrae.

—No me imagino a Juan hecho un brazo de mar y dando conversación a una chica.

—Es que... el dinero da mucha soltura. Permite elegir el disfraz en que uno se siente más a gusto, o perfeccionarlo, si ya estaba elegido.

Clara levantó la vista de los percebes.

—Y tú, ¿no te disfrazas?

—Yo no tengo dinero. Estoy tan pobre, tan pobre, que no me quedará otro

remedio que trabajar. Y ese día...

—A propósito... ¿No has oído que Cayetano va a cerrar el astillero?

Carlos movió la cabeza.

—No lo creo.

—Está corrido por la villa, y todo el mundo anda muerto de miedo. Porque, si es cierto, vamos a morir de hambre todos. ¡Y yo, que estaba tan contenta con mi tienda!

Sacó un pañuelito y se limpió los labios.

—Gracias por los percebes. Un día de estos te invitaré a comer. Quiero que veas mi casa. Estoy comprando ajuar y, si las cosas no se ponen mal, llegaré a tener un hogar decente.

Suspiró.

—Algo es algo, ¿no crees? Este mes, pagado todo y descontado el tanto por ciento para amortizar, voy a quedarme con más de sesenta duros: el doble de lo que necesito para vivir. Y como estoy vestida para el invierno, puedo ahorrar. Casi estoy contenta.

Lo dijo con franqueza en la voz, con un fondo de tristeza. Carlos acudió al quite.

—¿Por qué casi?

Clara apartó la banquetta, se echó un poco atrás, apoyó las manos en el borde de la mesa.

—Hice pacto con el diablo. Estuvo a verme una noche, cuando aún vivía en el pazo. Llegó en figura de murciélago y empezó a revolotear por encima de mí, y yo, aquella noche, estaba desesperada y me sentía mala. Había esperado a alguien inútilmente. El murciélago me convenció con facilidad de que todo daba lo mismo: pecar que no pecar.

Cruzó las manos y bajó la cabeza.

—La mitad de lo que pretendía lo he conseguido, pero a costa de la otra mitad. La gente ya me respeta; voy por la calle sin que nadie se meta conmigo, y puedo hablar alto porque pago lo que compro y no debo nada a nadie. Pero cuando se acaba el día y me quedo sola empiezo a temblar, porque en el fondo de mi alcoba me espera el diablo.

Carlos llegó a la casa de doña Mariana cuando daban las nueve en el reloj de Santa María. Se sintió con pocas ganas de hacer la tertulia a Germaine antes de cenar, y volvió sobre sus pasos. Recorrió el malecón y el muelle del puerto de pescadores, hasta la taberna del Cubano. No había nadie en los soportales, y la taberna estaba medio vacía. Preguntó por el Cubano.

—Estará ahí dentro.

El Cubano había destinado a oficina el antiguo reservado de la taberna. Una bandera libertaria cobijaba el cromo de la República, y una mesa de pino soportaba papeles, libros de cuentas y avíos de escribir.

—Pase, don Carlos.

El Cubano, el presidente del sindicato y un patrón discutían de cifras. Se pusieron de pie al entrar Carlos.

—Ya ve. Aquí andamos liados con esto, no se levanta cabeza.

El Cubano pasó a Carlos un pliego de cuentas.

—No podemos quejarnos de cómo va la pesca. Ahora mismo, las dos *Sarmientos* han vendido en Vigo la carga al mejor precio. Sin embargo, seguimos alcanzados, y cuando venza el trimestre no tendremos para pagar los intereses de la hipoteca. Y no podemos decir que se tiren los cuartos, porque aquí no cobra más que el que trabaja. ¿Va a tomar algo?

Carlos pidió un tinto.

—¿Cuál es el déficit ahora?

—Vamos por las veintidós mil.

—Puedo hacerles un préstamo. Aunque quizá sea el último. Porque, como ya sabrán, hoy ha llegado la heredera.

El patrón se rascó la cabeza y miró al presidente.

—Se le agradece.

—Pero no podemos seguir así, don Carlos —dijo el Cubano—. Antes de poco habremos empeñado la flota entera. ¿Y después?

Carlos sorbió el vino.

—¿Y la gente?

—La gente, ¿qué quiere usted? De momento, bien. Pero ¿y si hay que amarrar? ¿O si hay que rebajar salarios?

El presidente jugaba con la boina.

—Si pudiéramos traer un patrón de pesca bueno, un hombre joven. Uno de esos que dicen: aquí, y se saca el copo cargado. Que los hay. Nada más que en Bouzas encontraríamos siete.

Suspiró.

—Pero, de momento, no podemos comprometernos a pagar el sueldo que piden, y ellos no están por entrar en el asunto como nosotros, a un tanto fijo y reparto de ganancias.

—¡Sí, sí, ganancias! Todo el jaleo que usted oyó al entrar, don Carlos, es porque queríamos dar a la gente un aguinaldo de diez duros por barba, que mañana es Nochebuena, y no podemos pasar de los cinco. ¿Y a quién que se pasa el año por esos mares se le pueden dar cinco duros para que coma en Navidad?

—El caso es que, sin un buen patrón de pesca, no vamos a ninguna parte.

—Lo que nos sacaba de apuros era la ayuda del Gobierno. Aldán decía siempre que el Gobierno no dejaría desamparada una empresa así, y que al Gobierno le convenía como ejemplo. Pero, ya ve, con este de ahora, ni contar. No piensa más que en elecciones.

—Y si encima cierran el astillero...

—¿Qué es lo del astillero? —preguntó Carlos.

El Cubano amontonaba los papeles dispersos y los colocaba a un lado.

—Algo que no entiendo. Que si lo van a cerrar porque don Cayetano no tiene dinero.

Miró a Carlos con expresión asombrada.

—¿Usted lo cree? Porque si Cayetano no tiene dinero, ¿quién lo va a tener?

Se echó hacia atrás la gorra y levantó la cabeza. La lámpara colgada hacía brillar la frente ancha del Cubano.

—Pero si es cierto, buena hambre se va a pasar en Pueblanueva. Porque la verdad es que aquí, el que no come de Cayetano... —Eso hay que reconocerlo: son más de ochocientos sueldos entre obreros y empleados.

—Y a usted algo le tocará también, don Carlos, porque la difunta tenía sus cuartos metidos en el astillero.

Carlos se levantó.

—No les parecerá mal que les deje. Voy a enterarme.

—Pero no falte mañana, cuando repartamos el aguinaldo. Por poco que sea...

Llegó en dos zancadas al astillero. Estaba cerrado el portón y el postigo abierto. Preguntó al guarda jurado por Cayetano.

—No lo vi salir.

—Pase recado si puedo hablarle.

El guarda se metió en una garita gris. Se oyó un timbre y la voz que preguntaba.

—Que sí, que le espera. Venga conmigo.

Atravesaron las oficinas desiertas y frías, apenas alumbradas por la luz del exterior. Cayetano estaba en su despacho. Abrió la puerta.

—No estoy para nadie —dijo al guarda.

Dio a Carlos una palmada.

—¿Qué te sucede, que traes esa cara?

Señaló el sofá. Carlos se sentó.

—Me han dicho que cierras el astillero. ¿Es cierto?

Cayetano sonreía. Cogió una botella y una copa.

—¿Quieres beber?

—Bueno.

—No es cierto. No voy a cerrar.

Carlos cogió la copa que Cayetano le tendía.

—¿Entonces?

—Ya sé que en Pueblanueva anda el pánico suelto. ¡Tenía que dejarles así unos cuantos días y hacerles pasar unas Navidades amargas, para que se dieran cuenta de lo que me deben! Pero no lo haré. Mañana, a las doce, hablaré a mis hombres y les explicaré lo que sucede, por si lo entienden.

Se sentó al lado de Carlos.

—Nuestros amigos Masquelet han empezado a atacarme. No ellos solos, sino la asociación patronal en masa y como un solo hombre. Se habla de elecciones, ¿comprendes?, y debilitarme a mí es debilitar al socialismo, y hundirme es decepcionar a los trabajadores. Está bien calculado el momento. Ayer recibí aviso de los bancos de que me cerraban los créditos y de que solo si les hipotecaba el astillero me darían dinero. Y hoy, no hace más que una

hora, me ha llegado una oferta de compra que es un verdadero ultimátum en muy buenas condiciones, según ellos, y con quince días de plazo para responder. Todo esto después de haber investigado a conciencia mi situación económica y financiera, que estoy informado de que lo hicieron. ¿Te das cuenta?

Pegó un salto y quedó sobre la alfombra, un poco inclinado hacia Carlos, con el brazo derecho extendido y el puño cerrado.

—¡Esto empieza a gustarme! Luchar contra doña Mariana me resultaba aburrido y no tenía más alcance que el puramente local. Pero estos hijos de la gran puta representan el capital de la región, son enemigos dignos de mí. Me voy a dar el gustazo de patearles la cabeza.

Metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la mesa.

—La nómina mensual del astillero no llega a las cuatrocientas mil pesetas y las letras de pago inmediato rozan el millón. Claro está que debo hacer compras inaplazables de material por muchísimo dinero, pero me queda un margen de noventa días para pagarlas. Otro, en mi caso, se achicaría, despediría a la mitad de la gente, aplazaría la entrega de los barcos o vendería el astillero. Pero yo voy a jugarme el tipo. Los dos barcos en quilla se botarán en las mareas vivas de abril y los entregaré en la fecha estipulada. Estoy seguro de que, en tres meses, cambiarán mucho las cosas. Y si cambian, como espero, esos tipos sabrán quién es Cayetano Salgado.

Carlos dejó la copa vacía sobre la mesilla.

—Y todo por la venta de las acciones.

—La venta de las acciones no fue más que el pretexto. Hace tiempo que tenían ganas de meterme mano y reducirme a la obediencia. Ya les oíste una vez: soy un mal ejemplo.

Cayetano arrastró una silla y se sentó frente Carlos.

—Tú, si no fueras un romántico, tendrías ahora la gran ocasión de hacerte rico. Pero tu delicadeza no te ha dejado en condiciones de asociarte conmigo; ya sé que cuatrocientas veinticinco mil pesetas de las que yo te di están en una cuenta corriente a nombre del hijo de doña Mariana y las otras cuatrocientas veinticinco mil las pondrás un día de estos a nombre de la francesa. Casi un millón de pesetas congelado, para que mis amigos los banqueros se beneficien. Con ese dinero mi jugada tendría menos riesgo y a ti te permitiría

unirte a mí en pie de igualdad, ganar conmigo y hacerte fuerte.

—Jamás dispondría de un dinero que no me pertenece.

—Ya lo sé. Pero no te negarías a hacerlo ante una amenaza de hambre. ¿No quieres tanto a Pueblanueva? ¿No sueñas con la libertad de la gente? ¡Pues ya verás qué libres son si me arruinan! Cualquiera que venga en mi lugar les dará sueldos de hambre.

Golpeó la rodilla de Carlos con el cuenco de la pipa.

—Te apuraste demasiado y, ahora, ya no tiene remedio. Puedes creerme que lo siento. Porque el día que entregues a la francesa el capital de doña Mariana vas a quedarte por puertas.

Se sirvió coñac, lo bebió y encendió un cigarrillo. Carlos se levantó.

—Gracias por tu franqueza. No dudo que acabarás ganando.

—Tenlo por seguro.

Ya en la puerta, Cayetano añadió:

—Ya sé que mañana se inaugura la iglesia y que ese chiflado del padre Quiroga ha pintado unos santos que meten miedo a la gente. Iría de buena gana, pero mañana, precisamente, tengo que decir unas palabras amables a dos presidentes de consejos de administración. Lo que se dice dos genios de la banca. Me iré a La Coruña antes de almorzar y dormiré allí. Si quieres algo...

Tendió la mano a Carlos y Carlos se la estrechó.

—¿Te das cuenta de que es la segunda vez que nos damos la mano? La primera vez fue hace un año, cuando llegaste.

De pronto se echó a reír.

—¿Sabes que el otro día he visto a la Galana? No quiso saludarme. Pero la llamé y le dije que en el astillero hay siempre un sitio para su marido. Entonces me respondió, muy seria, que no necesitaba favores de nadie, que para vivir ella y su marido les bastaba con su trabajo. ¡Claro! ¡Con una finca que vale cinco o seis mil duros! Así cualquiera es orgulloso.

Seguía lloviendo. Junto a las gradas del astillero un hombre se calentaba al fuego de una pequeña hoguera.

IV

Los trabajadores del astillero se congregaron en la sala de gálibos a las doce y cinco. Cayetano les habló durante diez minutos: seco, tranquilo, sincero: «Puedo ganar o perder, y perderemos o ganaremos todos. Lo que aquí os prometo es que vosotros y yo correremos la misma suerte». Dieron vivas, aplaudieron. Después salieron. A la puerta esperaban muchas mujeres, muchas hijas, que venían a recoger, a disfrutar allí mismo el aguinaldo cobrado aquella mañana —no fuera a quedarse, en buena parte, en las tabernas o en el café cantante—. Y querían también enterarse de lo que Cayetano había dicho.

—No habrá despido.

La noticia y el aguinaldo rescatado de todo peligro las alegraba. Llovía: los grupos se alejaron cantando. Gritaban a los que se encontraban:

—No habrá despido.

Lo repitieron en la lonja del pescado, en las tiendas de ultramarinos, en la barraca donde un alcoyano vendía turrón y mazapanes. «No habrá despido», «No habrá despido», se dijo en todas las casas de Pueblanueva; aquella mañana, «No habrá despido» fue el saludo de Pascua, como si se dijeran unos a otros: «El Cristo va a nacer».

—No habrá despido —dijo también Cubeiro al entrar en el casino; y el juez le respondió:

—Ya lo sabíamos.

—¿Y partida?

—Si quiere usted...

—Cayetano no vendrá. Acabo de darle veinte litros de gasolina. Se va de viaje.

—Vendrá el boticario.

Antes de don Baldomero llegaron dos o tres habituales. Ya sabían que Cayetano había hablado a sus obreros y lo que les había dicho.

—De todas maneras no hay que confiarse. Cualquiera día nos encontramos con el astillero cerrado.

—¡No sea gafe, hombre!

Don Baldomero no pareció interesarse demasiado por la noticia. Se sentó y pidió un tinto.

—¿No van esta noche a la iglesia?

—¿A la iglesia? ¿A qué?

—Pues, como si dijéramos, a la inauguración.

Cubeiro rio a carcajadas.

—Va para veinte años que no la piso, desde que me casé. Ya no me acuerdo ni de cómo se santigua uno.

—Pues el que quiera ver a la francesa, allí tendrá que ir. Me consta que asistirá.

—Lo dice usted como si fuéramos a verla en traje de baño.

A Cubeiro le entró otra vez la risa. Apretó los ojos y dio unos chilliditos agudos.

—¡En traje de baño y con las nalgas bien marcadas! Pero ¿no ve que estamos en diciembre? ¡Aún si fuera por San Juan...!

Don Baldomero repartía cartas.

—Ríanse. La francesa es lo que se dice toda una dama. El que quiera verla, o tendrá que ir a la iglesia, o fijarse bien cuando pase en coche por alguna calle. Si es que va despacio.

—Tengo entendido que en el extranjero las mujeres salen más que aquí. En esos países hay más libertad de costumbres.

—En el extranjero, sí. Pero en Pueblanueva, ¿a qué va a salir a la calle una mujer como esta?

—Por mí, que se encierre. Juego.

El juez venía de suerte. Ganó.

—Además, ya saben que el padre Quiroga pintó la iglesia. Son pinturas de mucho mérito y valdrá la pena verlas.

—Siempre serán pinturas de un chiflado.

—Todos los artistas están un poco locos, eso ya lo habrá oído usted.

—Sí, pero no lo creí nunca.

—Pues yo —dijo el juez— oí el otro día al cura que esas pinturas son una mamarrachada y que vendrá un obispo para mandar que las borren.

—Razón de más para verlas. Aunque no creo que se atrevan. El obispo no manda en esa iglesia.

—Mire, don Baldomero: le confieso que esta noche no me importa ir a la iglesia. Pero ¿qué pensará mi mujer? Nunca creerá que voy por las pinturas, sino por la francesa.

—¡Como si a usted le hubiera importado nunca la opinión de su mujer!

—También es cierto, caray. Pero no sé si me atreveré a entrar. Uno tiene su reputación, y aquí luego le cuelgan a uno que se hizo de la Juventud Antoniana.

—¡Qué más quisiera usted que pertenecer a cualquier juventud!

—Podíamos ir juntos.

—¡No se me había ocurrido!

—Sí, juntos, con don Baldomero al frente. Don Baldomero podía llevar ese estandarte que saca el día del Corpus. ¿No le parece, don Baldomero?

—Ríanse. Pero les digo que esta noche irá mucha gente a la iglesia, y ustedes también. Unos, por ver a la francesa; otros, por las pinturas, y muchos, por ver a los que van.

Entraba don Lino: enfático en el andar y en el mover las manos. Se quitó el impermeable con parsimonia. Cubeiro le preguntó si pensaba ir a la iglesia aquella noche.

—Sí, señores, pienso ir allá, pero por razones estrictamente artísticas, sépanlo bien. Muchas veces me han oído decir que la iglesia de Santa María, esa joya del románico tardío, debería restaurarse. Es lo que han hecho, y a su debido tiempo les dije que estaba de acuerdo con la parte arquitectónica, y por qué considero una obligación de ciudadano ver por mis propios ojos si ahora la han pintado bien o si la han estropeado. En este último caso, escribiré un artículo denunciando el destrozo. No olviden que no desespero de que aun día la iglesia sea secularizada y convertida en lo que debe ser: propiedad del pueblo y lugar de solaz intelectual y físico, ateneo y casa de deportes. Pero eso no sucederá hasta que hayamos barrido las tabernas, hasta que se destine a la cultura popular lo que ahora se gasta en curas y militares. En una palabra, hasta que hayamos cambiado a España de raíz.

Don Baldomero interrumpió una jugada.

—Pues ya me dirá usted si España seguirá siendo España sin curas y militares.

—Y sin toreros, y sin flamencos, y sin señoritos. No será esa cochambre tradicional que usted defiende, sino una verdadera República de trabajadores.

—De todas clases —corrigió Cubeiro—. No olvide eso, don Lino: de todas clases. Porque si no son de todas clases, ¿qué pito vamos a tocar nosotros en la República? Digo yo, porque supongo que a ustedes les gustará seguir viviendo.

—Desde mi punto de vista —dijo don Baldomero, sin alzar la cabeza—, sobran algunos miles de españoles, y no movería un dedo por salvarles la pelleja, sobre todo a los maestros.

—Y desde el mío, bastantes miles más, sobre todo...

Se miraron con ira. Don Baldomero se levantó, como si fuera a medir con la de don Lino su barriga eminente.

El juez extendió una mano pacificadora.

—En una palabra: que gane uno o gane otro, a los demás nos cortarán el gañote. Pues miren, si va a ser así, prefiero que siga gobernando Portela Valladares. Ese, al menos, nos deja vivir a todos.

—A todos los que se acomodan. Ya vio usted el año pasado la represión de Asturias.

Don Baldomero volvió a sentarse.

—Total —resumió Cubeiro—: que esta noche, en la iglesia, don Baldomero pensará en matar a don Lino; don Lino, en cargarse a don Baldomero, y el juez, en ver cómo escapa de uno y otro. ¿Saben qué les digo? Que perderán el tiempo, porque yo, si por fin me decido a ir, procuraré colocarme cerca de la francesa, a ver si es esa mujer pistonuda que aseguran o si es como otra cualquiera. Y no olviden lo que decía el otro: en España no habrá paz mientras la gente no fornicque lo suficiente. La única política razonable aquí tendrá un lema: pan y prostitución. Porque si usted, don Lino, y usted, don Baldomero, pudieran acostarse con quien les diera la gana, incluida la francesa, no pensarían en matar ni en reformar a España. España está bien como está, ¡qué caray!, pero con amor libre o, al menos, con más putas.

—Es decir, suprimiendo la Iglesia, porque quien se opone a que la gente

fornique a su albedrío son los curas.

—De acuerdo.

—Pues ya ve usted como volvemos al punto de partida. Santa María de la Plata, nuestra joya románica tardía, será secularizada después de arrojar a los curas, y entonces, en vez de servir de antro a ceremonias ridículas y de escondrijo a un Dios vengativo y alcahuete, será el centro de recreo de unas juventudes educadas en el culto a la verdad, con salud de cuerpo y de espíritu; unas juventudes a las que se habrá inculcado el desprecio a los prejuicios ancestrales y el culto a la fraternidad. Y cuando llegue ese momento, señores, ¿qué habrá quedado del problema sexual que tiene a los españoles acoquinados de miedo ante la venganza de un Dios enemigo de la vida? Entonces, como todos los pueblos civilizados desean y están a punto de alcanzar, las relaciones entre hombre y mujer se habrán convertido en algo natural y hermoso, sin drama y sin pecado. Créanmelo, señores: Santa María de la Plata habrá alcanzado su más noble destino cuando sirva de cobijo al amor espontáneo y fecundo de las generaciones futuras.

—Ya entiendo —dijo Cubeiro, muy serio—. Lo que usted pretende es convertir la iglesia en una casa de putas. Estoy de acuerdo.

Carlos fue a buscar al fraile a eso de las siete. Le encontró atareado, dando órdenes a dos frailes jóvenes que habían venido a ayudarle.

La iglesia estaba limpia, los altares revestidos, los bancos en su sitio. Resonaban carreras rápidas en las losas desnudas, y las voces de fray Eugenio, agudas, urgentes, rebotaban en las bóvedas y se multiplicaban en el ámbito vacío.

—Me alegro de que haya venido. Hay un problema de iluminación. ¿Quiere venir a acompañarme?

Le arrastró hasta debajo del coro.

—Fíjese bien, porque se hará lo que usted diga.

Gritó:

—¡Atención, fray Pedro! ¡Todas las luces!

La iglesia quedó enteramente iluminada. Las bombillas, escondidas en las aristas de los capiteles, en los ángulos de las pilastras, alumbraban las

bóvedas encaladas. Las cimbras de los arcos quedaban en penumbra; se creaban rincones de sombra y rincones de luz, zonas brillantes y zonas opacas, y las estructuras de piedra parecían surgir de la oscuridad esponjosa.

—¿Qué le parece, don Carlos?

—Bien. Está bien logrado. Parece algo fantástico.

—¡Deje solo las luces de los ábsides, fray Pedro!

Se oscurecieron las naves.

—¿Y ahora?

Las pinturas de los ábsides recibían la luz de focos instalados detrás de los altares. Figuras y colores resaltaban, violentos, al fondo de un bosque de sombras.

—Mejor. Doy la razón al prior, al menos por una vez. Así tiene más misterio.

—Pues así quedará, aunque sea del gusto del prior. ¡Fray Pedro!

Fray Pedro se acercaba por el pasillo central. Era un fraile joven, casi adolescente.

—Usted quedará al cuidado de las luces. Ya lo sabe: se encenderán solo los ábsides.

—Pero la gente tropezará, si esto queda tan oscuro.

—Ponga velas en los laterales. Y encienda también las luces del pórtico, las de fuera. A las nueve en punto.

—¿Los ábsides también a esa hora?

—¡No, fray Pedro, por todos los santos! ¡Los ábsides inmediatamente antes de empezar la misa, cuando yo le haga la señal! Y ahora váyase con su compañero al convento y recuerden que deben estar aquí a las doce menos cuarto.

Se volvió a Carlos:

—Me he tomado la libertad de alquilar un autobús para que puedan ir y venir. No le había dicho que la misa la cantarán los frailes. Pensé que sería más solemne... y mejor cantada.

—Lo sabía ya. Me lo dijo el prior.

—¿Le ha visto usted?

—Le he invitado a cenar con nosotros. Por eso vengo a buscarle. Quiero que usted esté ya en casa cuando él llegue.

—A cenar, ¿con quién?

—No se asuste, padre. A cenar con nosotros, y con Germaine, y con su padre. Es lo natural, y el prior lo estimó así. No tenga escrúpulos: la cena será de vigilia.

—Mis escrúpulos no van por ese lado. No puedo ir, compréndalo.

—Pero, padre Eugenio, ¿qué dirá su antiguo amigo don Gonzalo, que está deseando verle? Le recuerda con admiración y afecto: «¡Un gran artista Eugenio Quiroga, sí!». Y Germaine... quiere darle las gracias por el retrato de su madre. Póngase la capa y vámonos. Está ahí el coche.

Al fraile le tembló la voz.

—Don Carlos, ¿por qué me ha armado esa trampa?

—Padre Eugenio, porque dos personas llevan todo el día preguntándome por usted; dos personas que desean abrazarle y quizá valerse de usted contra mí. Ande: le esperan con impaciencia.

—Tengo derecho a pasar la Nochebuena en paz.

—¿Quién se lo discute? Y a cenar bien, una cena mejor que la conventual. Y a escuchar quizá la bellísima voz de nuestra Adelina Patti. Lo que se dice una Nochebuena en familia.

Buscó la capa del fraile y se la echó por los hombros. El fraile se dejó llevar hasta el coche. Al subir dijo:

—Podré estar poco tiempo. No confío en que esos muchachos recuerden mis instrucciones. Y cuando vengan los curas...

El portal de doña Mariana estaba iluminado y la puerta abierta. El padre Eugenio se detuvo al pie de la escalera.

—Don Carlos, se lo ruego...

—No sea niño. ¿Quién se acuerda de lo pasado hace veinte años?

—Yo lo recuerdo y basta.

—Olvídese.

Subieron. Se oía, apagado, el piano.

—¿Ve usted? Le reciben con música. Nuestra querida Germaine toca a Debussy, acaso para sentirse esta noche más francesa. ¿Quiere que la sorprendamos tocando? Podrá usted aplaudirla antes de saludarla, y eso ayuda mucho a romper el hielo.

—No se burle, por Dios.

El padre Eugenio quedó en el cuarto de estar, frente a la chimenea. Trajeron luces.

—Espere un momento, padre, y caliéntese. Aquí, al menos, no pasará frío.

Carlos salió. Cesó repentinamente la música del piano y se oyó por el pasillo un taconeo rápido.

—¡Padre Eugenio! ¡Qué alegría!

Germaine se detuvo a la mitad de la habitación. El fraile se había vuelto bruscamente y la miraba.

—¿Puedo darle un abrazo o solo la mano?

Silencioso, petrificado, el padre Eugenio le tendió los brazos.

—Que Dios te bendiga.

Germaine, sin embarazo, solo retuvo las manos del padre Eugenio. Se inclinó y le besó la derecha. Él la retiró inmediatamente.

—*O, que je suis heureuse de vous voir! Asseyez-vous près de moi, parlez-moi, je vous en prie!*

Arrastró al fraile hasta el sillón y se sentó muy cerca de él. La actitud del padre Eugenio se había dulcificado. Empezaba a sonreír.

—*Dites-moi: est-ce-que je ressemble à maman?*

El padre Eugenio silabeó:

—*Non. Mais tu es aussi belle.*

Carlos había quedado junto a la puerta, había mirado, había sonreído y, de pronto, se sintió excluido del coloquio. Vaciló y marchó a la cocina.

—Vendrá por aquí Paquito, el Relojero. Denle ustedes de cenar.

Germaine sentó al prior a su derecha y al padre Eugenio a la izquierda; mientras duró la cena habló con él preferentemente. Don Gonzalo Sarmiento se sentó al lado del prior, tosió mucho e interrumpió varias veces la conversación para recordar hechos de veinte años atrás y personas que nadie conocía. Carlos, entre don Gonzalo y el padre Eugenio, apenas dijo nada. Escuchaba: unas veces mirando al plato y otras a la puerta por donde entraba y salía la Rucha. Observó que Germaine comía con gran delicadeza; que las manos de don Gonzalo, hinchadas de la arterioesclerosis, se movían torpemente; que el padre Eugenio procuraba esconder las suyas, y que las del

prior eran largas y duras, largas y escuetas, y que las movía con energía y seguridad. La charla de Germaine era voluble; la del padre Eugenio, precavida. Don Gonzalo se equivocaba y nunca terminaba las frases, y el prior solo intervenía con palabras suavemente burlonas. Germaine vestía de negro, un traje escotado, y se había puesto las esmeraldas de doña Mariana. Estaba muy bonita y había elogiado la elegancia de la mesa, la calidad del servicio y hasta se había dignado reconocer la nacionalidad francesa del cristal y la vajilla. La Rucha comenzaba a servir dirigida por Carlos, pero insensiblemente la dirección había recaído en Germaine. Al preguntar dónde servía el café, la Rucha consultó a Germaine.

—¡Oh, no sé! Donde sea costumbre.

Pero añadió en seguida:

—Junto a la chimenea, supongo. Allí no hará frío.

Don Gonzalo se retiró sin tomar café. Tosía cada vez más y hubo que llevarlo a la cama. Germaine comentó:

—Se va a morir pronto. ¡Cómo me gustaría que durase unos años más! Si, al menos, presenciase mi debut, sé que moriría más contento.

Carlos se había retirado al hueco de la ventana y revolvía el azúcar de su café.

—Esperemos que el Señor premie en vida sus largas esperanzas.

—Lo dice usted, don Carlos, como si no confiase gran cosa en el Señor.

—¡Por el contrario, padre prior! No confío en nadie más que en Él.

—Usted no es muy creyente, ¿verdad?

—Según. Comparado con otros médicos, soy de una credulidad asombrosa.

—¿Y usted, señorita? No se lo pregunto por curiosidad, sino porque vamos a asistir dentro de media hora a la misa de Navidad, y, si es usted creyente, le pediría un favor.

—Pídalo.

—¿Por qué no canta en la misa?

—¿Cantar?

—Sí, cualquier cosa, un *Ave María*. Después de la elevación, por ejemplo.

Germaine consultó al padre Eugenio con una mirada. El padre Eugenio se apresuró a intervenir:

—Sí, debes cantar. Sería muy hermoso.

—Pero no sé si mi voz llenará la iglesia.

Carlos adelantó una mano.

—Es bastante más pequeña que la ópera de París, y sus condiciones de sonoridad son excelentes. Nunca se te oirá mejor que en Santa María.

Y corrigió en seguida:

—Es decir, supongo yo.

El prior bebió un sorbo de coñac. Parecía animado y alegre.

—Es una verdadera suerte que sepa usted cantar. Dará solemnidad a la misa, que, sin usted, y con los coros del convento, defraudaría a mucha gente. Mis frailes cantan gregoriano, pero la gente prefiere los cuplés. ¡Y yo que esperaba que esta noche fuese excepcional! Pero el señor arzobispo, siempre con su asma, no se atrevió a venir, a pesar de habérselo prometido a doña Mariana, y no pude encontrar ni un solo canónigo dispuesto a sacrificarse. Un *Ave María* cantado por usted será una verdadera sorpresa.

—Pero yo no estoy acostumbrada a cantar sin piano.

—Será lo mismo el órgano, ¿verdad? El padre organista estará prevenido. No es un maestro, pero tampoco lo hace mal. Y él conoce alguna *Ave María*. Déjeme que recuerde...

Empezó a tararear por lo bajo. Luego alzó la voz y continuó el tarareo.

—¿La conoce usted?

—Sí —dijo Germaine—. Es la de Gounod.

—Pues quedamos en eso. Advertiré al organista. Y cuando él empiece...

El padre Eugenio se levantó.

—Tengo que marchar.

—Voy con usted, padre Eugenio. Quiero estar presente cuando lleguen los señores curas —se dirigió a Germaine—. Porque a los curas no les gustan las pinturas del padre Eugenio, ya lo sabrá. Y yo tengo que estar allí y repetirles que la curia arzobispal no puso inconvenientes, y que a mí me gustan. ¡Siempre templando gaitas!

Se levantó también.

—¿Va usted a sentarse en el presbiterio? —preguntó, de pronto, a Germaine.

—¿En el presbiterio? No entiendo.

Carlos se acercó.

—Es un privilegio que tienen las mujeres de nuestra familia. Tu tía se sentaba siempre allí.

—Si usted renunciase hoy a ese derecho, se ganaría la simpatía de los curas; pero si va a marcharse pronto, ¿qué le importa? Haga lo que quiera, porque el problema no pasa de local, y del privilegio, solo usted está en condiciones de aprovecharse.

—Ella no puede renunciar —dijo Carlos, mientras ayudaba al prior a ponerse la capa.

—¿Que no puede? ¿Por qué?

—Porque no es dueña del privilegio. Puede no aprovecharlo, pero el privilegio pertenece a todas las mujeres de la familia, y la renuncia de una de ellas carece de valor. Ni siquiera podrían renunciar todas las mujeres vivas, porque, lo mismo que lo usaron las muertas, tienen derecho a usarlo las que no han nacido.

Se volvió hacia Germaine.

—No obstante, si sientes escrúpulos, siéntate en un banco cualquiera. Debo, sin embargo, recordarte que tu tía tenía especial interés en ocupar su sitio precisamente hoy.

Germaine sonrió e hizo un movimiento rápido de manos.

—No contaba con eso. ¿Usted qué me aconseja, padre Eugenio?

El padre Eugenio no respondió inmediatamente. Miró al prior; luego, a Carlos. El prior habló por él:

—El padre Eugenio está de acuerdo con el privilegio: su madre también se sentaba en el banco del presbiterio.

—Entonces, ¿me sentaré yo?

—Personalmente puedo asegurarle que no es pecado, ni ofensa a Dios, ni falta de respeto.

—En ese caso...

Salieron los frailes. Germaine les acompañó hasta la escalera. Carlos quedó en el cuarto de estar, apoyado en la repisa de la chimenea. El calor de las brasas le calentaba las piernas.

—Qué raro es todo esto, ¿verdad? —dijo Germaine.

—Sí. Tardarás en comprenderlo.

Hizo una pausa breve. Sonrió vagamente.

—Es curioso...

—¿Qué?

—Hace cuarenta años, tu tía vino a Pueblanueva a hacerse cargo de la herencia de su padre. Pensaba vender sus bienes y volverse a Madrid, donde se divertía bastante. Aquí se encontró a mi padre, y mi padre le explicó muchas cosas que ella ignoraba, semejantes a esa del privilegio.

Sacudió la ceniza del cigarrillo sobre las brasas de la chimenea, y mantuvo el rostro inclinado, un poco oculto.

—Por ejemplo, que ella no era realmente propietaria de sus bienes, sino solo depositaria, porque los propietarios son los Sarmiento, los vivos como los muertos y los por nacer. Que venderlos, reducirlos a dinero, era un pecado contra ellos. Que su deber consistía en recibirlos, conservarlos y transmitirlos. Mi padre no se refería, claro está, al dinero: pensaba que el dinero no tiene sangre ni espíritu. Se refería a lo que está humanizado por el contacto con las vidas de los muertos, a lo que ellos espiritualizaron e hicieron parte de ellos mismos. Esta casa, estos objetos, muebles, alhajas, y ciertos privilegios disparatados, como ese de sentarse las hembras en el presbiterio.

—Y ella, ¿qué hizo?

—Tu tía era entonces una muchacha bastante frívola; lo era porque nadie le había enseñado a no serlo. Al principio, se rio de mi padre; luego, comprendió sus razones. Se quedó en Pueblanueva, en medio de estos objetos que también su enorme espíritu vivificó. Se hizo cargo no solo de su herencia material, sino también, y ante todo, de la espiritual. Conservó para transmitir, ¿entiendes?

Germaine negó.

—¿Y esperaba de ti que hicieras conmigo lo que tu padre hizo con ella?

—Quizá.

—Pero tu padre...

—Mi padre era un hombre más elocuente que yo, y, sobre todo, creía firmemente en lo que decía. Y lo que él consiguió, lo más probable es que yo no lo consiga.

Germaine se acercó lentamente a Carlos y le tomó de un brazo.

—Hay otra diferencia, Carlos. Yo no soy una muchacha frívola. Yo no me he divertido jamás. Sé lo que es trabajar, angustiarse, desesperarse y pelear

para que la esperanza no se muera del todo. Tengo una vocación a la que amo, y ese amor me ha costado..., nos ha costado, a mi padre y a mí, veinte años de sacrificios.

Carlos bajó la vista.

—Comprendo.

Quedaron en silencio. Se oía en la cocina rumor de voces. Pasaron por la calle unos pescadores cantando.

—¿Nos vamos a la iglesia?

—Cuando quieras.

En el pasillo se pusieron los abrigos. Carlos bajó a la cuadra y sacó el coche. Esperó a la puerta. Vio a Germaine descender las escaleras. Parecía, contra la luz, doña Mariana.

Clara apagó la bombilla y se acercó a la puerta entreabierta. Acababan de dar las once y media. Un autobús entró en la plaza, dio la vuelta y se detuvo ante la iglesia: Clara vio bajar a varios frailes, hasta quince. Después, el coche aparcó en una esquina de la plaza.

Los frailes entraron, y las puertas de la iglesia quedaron abiertas. Se veía, en su interior, un resplandor suave. Iban y venían sombras. Alguien, con una vela en la mano, iba encendiendo otras. También encendieron el pórtico, y entonces el resplandor dejó de percibirse.

Llegaban las beatas, solas, en grupos o en parejas. Y algunos hombres. Clara reconoció a los viejos verdes del casino y le dio risa.

—¿También estos?

De momento, no entraron. Encendieron pitillos y pasearon bajo el pórtico. Hablaban alto, pero no se entendía lo que hablaban. Al entrar en la plaza el coche de Carlos, se agruparon junto a la verja. Clara, entonces, cerró la tienda y atravesó corriendo la plaza. Llegó a tiempo de ver cómo Carlos daba la mano a Germaine y la ayudaba a bajar, pero no pudo verles las caras. Los del casino se quitaron las gorras; Carlos y Germaine entraron.

Entró Clara también, y quedó al fondo, junto a una columna. La iglesia se iba llenando. Los altares principales permanecían oscuros, y apenas se adivinaban algunos bultos que se movían. En el coro, alguien ensayaba en el

órgano.

Vio pasar a Carlos, solo, y entrar por la puerta que conducía al coro. Estuvo arriba unos minutos, salió, se detuvo un momento, como mirando, y echó por la nave lateral. Clara se apretó contra la columna. En la plaza había jolgorio de conchas y panderetas, y unas niñas cantaban villancicos. Vino un fraile corriendo, cerró las puertas y dejó abiertos los postigos. Los que cantaban y tocaban entraron, pero el fraile les advirtió de que tenían que estar callados.

La iglesia se había llenado. Mucha gente, de pie, se agolpaba alrededor del presbiterio. Se oyó el motor de un automóvil y, a poco, entró doña Angustias, acompañada de una sirvienta. Clara oyó decir a doña Angustias:

—¡Qué oscuro está esto!

Y a la criada:

—Cójase a mí, señora, no vaya a tropezar.

Se fueron por el pasillo central. Cuando doña Angustias se sentaba, el reloj empezó a dar las doce. Cesó el órgano. Entró un tropel de muchachas: las detuvo el silencio y, en puntillas, se perdieron por las naves. Al dar la última campanada, súbitamente, se encendieron los altares. Clara cerró los ojos y los abrió en seguida. El órgano empezó a tocar. La gente miraba a los ábsides; Clara, al presbiterio. Germaine estaba arrodillada en el sitio de doña Mariana. Entonces, Clara avanzó por el pasillo central, tranquilamente, la cabeza un poco inclinada. Oyó comentarios en voz baja, voces de beatas escandalizadas: «¡Ese no es Jesucristo, es el demonio!». Carlos no estaba. La luz refleja del ábside iluminaba a Clara, la ofuscaba. Entornó los ojos, miró al suelo, y leyó el nombre de doña Mariana en la gran losa: se detuvo, y la rodeó para no pisarla. Había llegado al final de los bancos. A su izquierda, doña Angustias cuchicheaba con la vecina. Clara atravesó el espacio vacío, subió las escaleras del presbiterio, hizo una genuflexión y se arrodilló al lado de Germaine. Germaine se volvió a mirarla. Clara inclinó la cabeza y escondió la cara bajo el velo. Salían los curas revestidos. De las filas de bancos llegaba un murmullo. Clara entendió claramente una voz que decía:

—¡Qué escándalo! ¡Atreverse...!

Entonces, el coro de frailes inició el canto.

Don Baldomero se había arrimado a la primera columna, del lado de la Epístola. Desde allí veía bien a Germaine. Detrás de él, emboscado en las sombras, don Lino hablaba con el juez, que estaba un poco detrás. Cubeiro, a fuerza de empujones, había logrado sentarse.

Don Baldomero reconoció la sombra de Carlos que llegaba al presbiterio. La sombra que le seguía era, sin duda, la de Germaine. Don Baldomero rectificó su postura. Oyó decir a don Lino:

—Si esto sigue a oscuras, será una misa negra.

Se abría y se cerraba la puerta de la sacristía: un rayo de luz atravesaba el presbiterio, pero no alcanzaba el banco. La sombra de Carlos había desaparecido, y la de Germaine quizá fuese aquel bulto sentado, o arrodillado, que no se esclarecía.

—Pues si de pronto encienden las luces, esto será como el teatro.

La sombra de un fraile se acercó al altar mayor y empezó a encender las velas. Don Baldomero identificó a Germaine, arrodillada. De las pinturas no se veía nada.

—Ya verán como a las doce en punto...

Don Baldomero sacó el reloj: las manecillas luminosas estaban a punto de juntarse. Se juntaron. Poco después, el reloj de la iglesia empezó a dar las doce. Tan, tan...

—Pues si vamos a estar así una hora...

Se encendieron los altares. Don Baldomero no atendió a las exclamaciones a media voz, a los susurros, a los comentarios. Clavó los ojos en Germaine, pero no pudo verle la cara. La tenía inclinada y oscurecida por la mantilla.

—¡También es un fastidio!

—¡No querrá usted que se luzca como en un baile!

—Pues hemos venido aquí para eso.

Entonces, don Baldomero levantó un poco la vista y quedó envarado, apretado contra la columna, con los dedos arañando la piedra. Le cayó el sombrero.

—¿Le pasa algo, don Baldomero?

No contestó ni se movió. Una cosa le agarrotaba el corazón, le subía a la garganta, le paralizaba la respiración. Hizo un esfuerzo, el cuerpo se le aflojó y empezó a temblar.

—¿Le pasa algo?

Se inclinó a recoger el sombrero. Después dijo: «Perdonen», y se escurrió por la nave lateral. Empujó a este y a aquel. Llegó, rebotado, a la sombra de un confesonario, y quedó allí, con los ojos cerrados y el sombrero cogido contra el pecho... Un tiempo indefinido, sin oír el canto, sin enterarse de lo que sucedía alrededor.

—¡Ni que hubiera visto al demonio! —dijo don Lino.

Carlos dejó a Germaine instalada ante el banco del privilegio y subió al coro. El organista daba instrucciones a los frailes sobre el canto.

Se acodó al barandal. Subía un murmullo de rezos, de conversaciones a media voz, de rosarios movidos, de pisadas cuidadosas. Una puerta remota, cada vez que se abría, sacaba a los goznes chirridos que parecían quejas. Ascendía también un olor cálido de multitud, y de cirios quemados, y de humedad.

—No. Empezaremos cuando salgan los oficiantes. Como siempre.

—Pues creo que el padre Eugenio dijo...

El padre Eugenio llegó corriendo por la escalera de caracol. Atravesó el coro y se dirigió a Carlos.

—Van a dar las doce.

Se arrodilló. Un fraile cuchicheó con el organista y señaló al padre Eugenio, y el organista dijo que no. Entonces se oyó el ruido de un mecanismo y el reloj dio los cuartos.

—Tin, tan. Tin, tan...

—Con la última campanada.

—Como en los cuentos, ¿verdad?

Con la última campanada, el organista empezó a tocar y se encendieron las luces. Los frailes no se movieron, atentos a sus papeles de música. El murmullo creció. Carlos miraba al presbiterio, espiaba a Germaine: su cabeza seguía inclinada. El padre Eugenio le tiró del abrigo.

—¿Qué le parece?

—Extraordinario.

—¿Y usted cree que ese murmullo...?

—No sé, padre.

Una mujer caminaba por el pasillo. Cuando casi rebasaba la primera fila de bancos, Carlos reconoció a Clara.

—¿Qué irá a hacer esa?

Hizo una seña al padre Eugenio.

—Es Clara Aldán.

Clara se arrodilló al lado de Germaine. Carlos sonrió.

—¿Cómo no se me había ocurrido...? Y, sin embargo, tenía que ser.

—¿Qué dice?

—Me estaba llamando asno.

Salían los oficiantes. El prior, de sobrepelliz, salió también y se inclinó ante el altar. Los frailes cantaban ya. Carlos se arrodilló y acercó su boca al oído del padre Eugenio.

—Me gustaría saber qué piensa ahora doña Angustias.

—¿De las pinturas?

—No. De que Clara Aldán se haya atrevido. Doña Angustias y las demás.

—¿Usted cree que les importará más eso que las pinturas?

—Quizá hayan hecho de ambas cosas una sola.

—¿Quiere usted decir un mismo asombro?

—Sí. Eso...

En el presbiterio empezaba la ceremonia.

—No sé qué pensará la gente, padre Eugenio, pero yo lo encuentro impresionante. Fíjese en el conjunto.

—Le ruego que no lo juzgue estéticamente. Una vez más le digo que esa pintura quiere ser la oración de todos, la revelación a todos de algo que Cristo es.

El padre Eugenio le miró, interrogante, y Carlos esquivó la respuesta. Apartó la mirada, la dirigió al altar, donde el diácono cantaba el Evangelio. Germaine escuchaba con la cabeza erguida, y Clara, un poco atrás, con la cabeza agachada. Germaine había cerrado el misal y lo sostenía con las manos, apoyadas en el pecho; Clara había cruzado los brazos, y el prior, de cuando en cuando, miraba a una y a otra.

—Apostaré a que está riendo.

El padre Eugenio no le oyó, o no quiso oírle. De repente, se levantó y se

incorporó a los cantores. Carlos, acodado en la barandilla, paseó la mirada por la multitud de los fieles. Pocos escuchaban el recitado del Evangelio. Hablaban entre sí, se atrevían a señalar algo en el presbiterio. ¿Clara? ¿Las pinturas? Hasta que el prior se arrodilló, recibió la bendición del oficiante, fue incensado y subió al púlpito. Entonces, todos se sentaron.

—Venerables hermanos en el Señor...

Carlos se sentó también. El prior recitaba unos latines y empezaba a explicarlos. «*Qui sequitur me non ambulat in tenebras, sed habebit lumen vitae.*» Era, evidentemente, una cortesía con el padre Eugenio. Hubiera sido más natural referirse al Nacimiento de Jesús. Iba a levantarse para comentarlo con el fraile, cuando se sintió sacudido por un hombro. Se volvió. Don Baldomero se inclinaba hacia él.

—Venga.

—¿Qué le sucede?

—Venga, se lo suplico.

Carlos se levantó de un salto.

—Aquí, no. Venga afuera, don Carlos. Es solo un minuto.

Le agarró del brazo. Bajaron rápidamente las escaleras.

—¿Adónde me lleva?

—Tengo que hablarle.

Carlos se metió en la capilla de los Churruchaos, vacía y sin más luz que una lámpara de aceite delante del Crucificado.

—Aquí. Podremos incluso sentarnos.

Señaló uno de los sepulcros.

—Siéntese ahí. Si la sepultura de la vieja puede ser pisada, don Payo Suárez de Deza no se ofenderá por soportar sus posaderas.

—¿No estoy para bromas, don Carlos! ¿Usted se ha fijado en el Cristo del ábside?

—Es muy hermoso. Una pintura realmente notable. Representa, como usted sabe, al juez Eterno.

—¿Me mira, don Carlos! ¿Me mira y me acusa! ¿Me ha llamado asesino!

—¿Quiere echarme el aliento, don Baldomero? —se acercó a él, riendo—. Usted ha bebido esta noche.

El boticario dejó caer los brazos.

—No estoy borracho.

—No intentaré darme a entender que el Cristo le ha hablado. Es una pintura, y las pinturas no hablan, ni siquiera en los milagros.

—No. No se trata de un milagro. ¡Ojalá lo fuera! Porque cuando Cristo habla con su Voz a un pecador es para perdonarle.

—Bien. No escuchó usted ninguna voz. Se siente usted acusado, pero no por Cristo, sino por usted mismo. Vio usted la pintura y se sintió asesino. ¿Y qué? Pudo también sentirse ladrón.

—No, porque no soy ladrón. No he robado jamás. Pero a mi pobre Lucía, ¿quién la mató?

—Su señora no ha muerto todavía.

—Morirá. Morirá pronto. Y soy yo quien le envió a la muerte, quien vio llegar la muerte y no la detuvo, quien le abrió la puerta y le dio facilidades. Es cierto que no le clavé el puñal ni le eché arsénico en la comida; pero hay muchas maneras de matar. Recuerde que una vez le confesé que deseaba su muerte.

—¿Por qué no busca un cura y se confiesa? Ahora mismo el padre Eugenio está vacante. Yo podría, si usted se prestara a ello con buena voluntad, quitarle de la cabeza esos pensamientos; pero no estoy autorizado para perdonarle.

—Es que a mí... nadie me va a perdonar. Eso es lo que he leído en los ojos del Cristo.

Carlos se apartó lentamente y fue a sentarse lejos. Llegaban los ecos del sermón del prior, un rumor que parecía remoto.

—Veo que leyó demasiadas cosas. Casi no tuvo usted tiempo.

—Basta con una mirada para destapar la tapa de los pecados, basta eso para descubrir los horrores que uno lleva dentro.

—Yo sé de alguien que se alegraría si le escuchase. Alguien que tiene sus dudas acerca de la eficacia de ese Cristo.

Don Baldomero bajó la cabeza y cruzó las manos: parecía abrumado.

—Es un Cristo implacable. Nadie podrá mirarlo en paz. ¡Y luego, esas palabras escritas...! ¡Esas terribles palabras a las que el prior estará quitando importancia! ¿No las ha leído?

—Mi latín yace en el olvido, don Baldomero.

El boticario le miró de soslayo y volvió a hundir la cabeza.

—*Yo soy la Luz, la Verdad y la Vida. Quien me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá Luz de Vida.*

—Muy hermoso. Del Evangelio, ¿no?

—Sí, del Evangelio.

—¿Entonces? No son palabras nuevas, ni aun para mí. Y supongo que el prior, contra lo que usted piensa, intentará darles la importancia que tienen.

—En el Evangelio están escritas muchas cosas que olvidamos o que necesitamos olvidar. Se dicen en latín, y uno no les presta atención. ¿Cómo se podría vivir si se tuvieran en cuenta esas y otras? *Quien me sigue no caminará en tinieblas...* Pero ¿quién podrá seguirle? Esa es la cuestión, y ni el padre prior ni nadie es capaz de resolverla. Ninguno de los que están en la iglesia siguen a Cristo. Ni los que están fuera. Todos andamos en tinieblas sin querer reconocerlo. Decimos que esto es la luz, y vamos tirando. Hay siempre una esperanza, ¿comprende?, o un engaño; uno se agarra a lo que hay. Lucía estaba tuberculosa y muere de su enfermedad. Pero, de pronto, a un *joío* fraile se le ocurre pintar ese Cristo que le sigue a uno con la mirada, que le acusa, y ¿quién va a atreverse a ser hipócrita delante de Sus Ojos? Ni esperanza, ni engaño, sino la verdad. Y no hay derecho. El padre Eugenio no tiene compasión. Uno viene a la iglesia para estar tranquilo. Se necesita la verdad que consuela, no la que inquieta, menos aún la que le llama a uno por su nombre.

Se levantó y metió las manos en los bolsillos.

—Mire usted, don Carlos: he venido a esta iglesia durante cuarenta años. Si no recuerdo mal, soy pecador desde que tengo uso de razón: pecador contumaz, empedernido, usted lo sabe. Pues miedo, lo que se dice miedo, terror pánico, no lo he sentido hasta hoy. Y es horrible. Cuando salga de aquí tendré que emborracharme. Y creo que no volveré a entrar aquí mientras esté ese Cristo.

El prior había terminado seguramente su sermón, porque la iglesia estaba en silencio. Don Baldomero se arrimó a la pared, callado, encogido, hundida la cabeza. Carlos no se movió. Se oyeron unos campanillazos distantes, y otra vez el silencio, hasta que el coro rompió a cantar.

—¿Sabe usted qué es eso?

—Sí. El *Benedictus*.

—¿Antes o después de alzar?

—Después.

—Entonces, perdóneme. Tengo que volver al coro. Si quiere, venga conmigo. Y si piensa que la mirada de ese Cristo no le dejará entrar en la iglesia, podemos empezar un tratamiento.

—No.

Salieron. Don Baldomero corrió hacia el postigo entreabierto, sin mirar al presbiterio, sin santiguarse, y se hundió en las sombras del pórtico. Carlos subió al coro. Terminaban el *Benedictus*. El padre Eugenio continuaba arrodillado. Carlos se sentó en un banco pegado a la pared del fondo. La cabeza del Cristo rebasaba la línea ondulante de los frailes cantores: enorme, fascinante. La miró.

—Pues puede que tenga razón el boticario.

El padre Eugenio se levantó, dijo algo al organista y volvió a su sitio. El organista tocó los primeros compases del *Ave María*. Carlos se puso en pie y, sin hacer ruido, se aproximó al barandal. Vio cómo Germaine se levantaba y apoyaba las manos en el respaldo del reclinatorio. Empezó a cantar, y todas las cabezas se volvieron hacia ella. Se suspendieron los rezos, surgió un murmullo seguido de silencio. Los curas oficiantes la miraron. El prior estaba en una esquina del presbiterio, inmóvil.

La gente de los bancos traseros se levantó. Los que, de pie, llenaban las naves laterales, se agolparon, se empinaron. Los que ocupaban las primeras filas invadieron las gradas del presbiterio, se arrodillaron en ellas, vueltos hacia Germaine.

Clara se echó un poco atrás, hasta dejar a Germaine sola. Los monaguillos se apartaron también, se pegaron a la pared.

Germaine cantaba con voz grave, profunda, áspera, una voz poderosa que llenaba la iglesia, una voz tremolada, matizada, que hacía de la oración una queja. El padre Eugenio, arrancado de su asiento, escuchaba.

—Tiene una voz extraordinaria —dijo uno de los frailes, y empezó a tararear por lo bajo el *Ave María*. El padre Eugenio lo mandó callar.

El murmullo cesó con el *Agnus*, surgió otra vez —más tenue— al

extinguirse el canto, se estabilizó durante la comunión y se apagó definitivamente con el *Ite...* Ya no unánime, sino por sectores: este grupo de hombres, aquellas beatas aisladas, unas mocitas de los últimos bancos. Germaine había vuelto a arrodillarse, y el prior, en una de sus evoluciones por el presbiterio, le dijera, al pasar:

—Bien, muy bien. Que descanse.

Y corrigió inmediatamente:

—La felicito.

Se abrieron las puertas al retirarse el clero. La gente que estaba de pie empezó a salir, sin meter ruido; pero se quedaban en el pórtico y esperaban. Clara vio avanzar a Carlos por el pasillo central; entonces, hizo a Germaine un ligero saludo y se escurrió por la nave del Evangelio. Las que ocupaban los bancos se habían puesto de pie, pero no salían.

—Vámonos —dijo Carlos.

Surgían voces más altas en el pórtico. Germaine descendió las gradas, con tranquilidad, con majestad. Miraba discretamente a un lado y a otro.

Carlos iba detrás, con la cabeza baja y una sonrisa en la boca. Doña Angustias, primera del primer banco de la derecha, contemplaba abiertamente a Germaine, sonreía con bondad y contento. La señora de Mariño, que estaba a su lado, dijo:

—¡Qué guapa es!

Y doña Angustias respondió:

—Parece mentira que de aquella bruja...

Las que no la veían bien se subían a los bancos. Las más próximas cerraban el paso, rozaban con las manos tendidas el abrigo de Germaine. En el pórtico, hombres y muchachos habían abierto calle. Al pasar Germaine, un mozalbete empezó a aplaudir y aplaudieron casi todos. Germaine se detuvo. Le resplandecía la satisfacción en las pupilas.

—¿Qué hago? —preguntó a Carlos.

—Sigue. Y, desde el coche, saluda.

Iban todos detrás, en grupo cerrado. Carlos abrió la portezuela y ayudó a Germaine a subir.

—Ahora.

Entonces, Germaine se volvió y sonrió. La gente se pegaba al coche, en

silencio, con las cabezas levantadas.

—Gracias. Buenas noches. Felices Pascuas.

—¡Arre, *Bonito!*

El coche arrancó. Caía una lluvia fina, dulce, sin viento. Bajo la lluvia, desparramándose por la villa con los paraguas abiertos, con ruido de zuecos, la gente hablaba de Germaine.

—Te los has metido en el bolsillo —dijo Carlos—. Evidentemente, el prior es un buen político. Te aconsejó lo que a mí nunca se me hubiera ocurrido, y te aconsejó lo mejor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a partir de este momento sucede todo lo contrario de lo que yo esperaba, de lo que esperó también doña Mariana, y quizá de lo que todo el mundo deseaba. No heredas el odio que le tuvieron, sino admiración, y quizá amor. ¡Y todo por tu hermosa voz!

—Entonces, a mi tía, ¿no la querían?

—A tu tía la odiaban, aunque sin razón. La odiaban como se odia al que no se entiende.

—¡Pobre tía!

—No la compadezcas. A ella no le importó jamás, no le importó jamás que la odiasen. Comprendía que era la medida de su poder.

El coche caminaba por la cuesta mojada, daba tumbos en los baches. Pasaban grupos de muchachos y muchachas cantando canciones de Navidad. Al final de la calle, un corro escuchaba la voz alegre de una gaita.

El coche se detuvo. Carlos saltó y ayudó a Germaine. La Rucha hija esperaba en el portal. Se acercó corriendo, con el paraguas abierto.

—¡Qué lindo, señorita! ¡Qué voz más preciosa! ¡Y cómo está la gente!

Abría los ojos con admiración y extendía la mano libre, como si fuera a acariciar.

—¡Cómo le hubiera gustado oírla a la difunta señora, que en gloria esté!

En el portal cerró el paraguas y pidió permiso para subir.

—Bueno —dijo Carlos—, yo también te felicito. Desde hoy puedes hacer lo que quieras en Pueblanueva del Conde. Tu voz te da derecho a todo.

—Gracias.

—Aunque quizá te traiga también algunos inconvenientes: invitaciones y

cosas así. A estas horas, varias señoras importantes pensarán la manera de llevarte a sus casas y agasajarte. Para oírte otra vez, claro.

—¿Tendré que ser amable? —preguntó Germaine con ingenuidad.

—Desconozco el modo correcto de comportarse una diva ante un público de ignorantes, pero te aconsejaría que aceptases. Hay que aprovechar la ocasión: es la primera vez que admiran a un Churruchao. Lo corriente fue que se nos temiese o se nos despreciase. ¿Serás tú la encargada de reconciliarnos con nuestro pueblo?

Germaine le tendió la mano. Estaba satisfecha.

—Hasta mañana, Carlos.

—Felices Pascuas.

Germaine subió dos escalones y se detuvo.

—Dime, Carlos, ¿quién es aquella chica que se sentó a mi lado?

—Clara, la hermana de Aldán.

—Es muy bonita. Me hubiera gustado hablar con ella, pero marchó en seguida, como si huyera.

—No te preocupes. Ya le hablarás un día de estos —el tono de Carlos fue seco.

Germaine le miró a los ojos.

—¿No la quieres?

—Después de tu tía, es la persona a quien más admiro y respeto en este mundo.

El monaguillo ayudaba a don Julián. Los otros curas se desvestían solos. El prior, con la sobrepelliz doblada y colgada al brazo, buscaba la capa.

—No se vaya, padre —dijo el cura—. Tenemos que hablar.

—Están ahí fuera todos mis frailes esperándome.

—Que esperen. Para eso es usted el prior.

—Hace una noche fría.

—Para todos. También para usted y para mí. Solo que ustedes llevan una capa más gruesa que mi manteo.

Quedó en sotana.

—¿No echa una copita? Es Nochebuena.

—Se agradece.

Don Julián mandó al monaguillo que sacase copas para todos.

—Tenemos que ver esas pinturas, padre prior. Ya le dije el otro día...

—Estuve en Santiago, y en el arzobispado las encuentran correctas.

—¿Qué les importa a los de Santiago? Ellos no tienen que lidiar con los feligreses y escucharlos, como yo. Mañana mi casa será un jubileo. Las estoy oyendo, a la presidenta de las Hijas de María, y a la de la Juventud Católica, y al presidente de la Adoración Nocturna...

El prior sorbió el vino y carraspeó.

—Usted estará acostumbrado a torearlos. Si uno fuese a hacer caso de lo que piensan los feligreses...

—Pues no hay más remedio, créame. No están los tiempos para bromas. ¡Y con las elecciones encima! Tendría gracia que, por causa de la pintura, perdiésemos los votos de nuestros feligreses.

Se acercaron el diácono y el subdiácono.

—Aquí, estos señores estarán de acuerdo conmigo. ¿Se fijaron en las pinturas de la iglesia?

El subdiácono era bajo, rechoncho, con una alegre cara colorada.

—Pues yo, la verdad... Algo vi, pero no me fijé mucho.

—Yo sí me fijé —dijo el diácono.

—¿Y qué le parecen?

—No entiendo de eso. Muy bonitas, no son.

—Beban el vino y vamos a la iglesia. Las cosas hay que arreglarlas en caliente.

Les precedió el monaguillo. Don Julián le mandó que iluminase toda la iglesia. El prior, con un gesto amplio, lento, mostró las naves deslumbrantes.

—Hace setecientos años, cuando la construyeron, Santa María de la Plata debía de ser una cosa así. ¡Está hermosa!

—De espaldas al altar, sí, padre prior. Está más blanca y más limpia, y seguramente ya no tiene goteras. Pero mire las caricaturas que nos puso ahí su fraile.

Apuntaba con el dedo la cara del Cristo. El prior miró de medio lado, con los ojos entornados y un gesto serio.

—Yo diría que es grandioso.

Abrió los brazos y afirmó con la cabeza, dos, tres veces. «Grandioso», repitió.

Don Julián hizo una mueca de irritación y manoteó con violencia.

—Pero, hombre, ¡calle! ¿Cómo puede usted encontrar bien eso? ¿Usted cree que Cristo fue así?

—No sabemos cómo fue Cristo. Todas nuestras imágenes son hipótesis, más o menos convincentes.

—Pero no podía tener cara de forajido. ¿Y la Virgen? Hagan el favor de acompañarme al altar del Evangelio.

Fue delante, airado, con paso rápido. Se detuvo.

—Esta no es la Virgen. Seca, parece de palo. ¿Y esos brazos levantados? ¿Y ese santo vestido de pellejos? Supongo que será san Juan Bautista, y yo me pregunto qué pito toca san Juan Bautista junto a la Virgen. ¡Aún si fuera el Evangelista o san José!

Al prior le nació en los labios una sonrisa burlona.

—No sé si sabe, padre, que la Virgen representa a la Iglesia orante, y que san Juan Bautista es el Precursor, y representa también...

—¡Déjese de representaciones! Yo necesito una Virgen que le guste a la gente y un Cristo que dé ganas de rezar, no de escapar.

—Pues habrá de contentarse con lo que tiene, porque las pinturas ya están hechas, y la Curia arzobispal las aprobó.

El subdiácono permanecía vuelto hacia la Virgen.

—A mí no me disgusta. Claro que puede ser la Virgen u otra santa cualquiera.

—Yo no entiendo —dijo el diácono, mientras se limpiaba las gafas con el revés del manteo—. Pero Vírgenes así no recuerdo haberlas visto.

Don Julián agarró al prior por los hombros.

—Déjese de gaitas y escúcheme. Lo pintado, pintado está, pero se puede remendar. Dígale al padre Eugenio que hable conmigo. A la Virgen, le ponemos la túnica blanca, en vez de roja, y queda hecha una Purísima Concepción. En cuanto al Cristo, habrá que retocarle la cara, quitarle los Evangelios y poner en su lugar la bola del mundo. Con eso, y con un Corazón pintado, bien rojo, que destaque, ya me encargaré de convencer a los feligreses.

—Se lo diré al padre Eugenio.

—No tiene que decírselo, sino mandárselo. Para algo es usted el prior.

—Pero ¿y don Carlos Deza? ¿No cuenta usted con su opinión? De momento, es el que manda en la iglesia.

—Don Carlos Deza es un chiflado, pero el patronato de la iglesia recae ahora en esa muchacha. Y usted comprenderá que a una persona que canta tan bien y con tanto sentimiento no pueden agradaarle estos mamarrachos. Ya me encargaré yo de hablarle.

El prior le golpeó la espalda con la mano abierta.

—No irá a decirle que es pecado mortal...

—Yo sé lo que he de decirle.

El prior aludió a los frailes que esperaban y marchó. Los curas quedaban discutiendo en el presbiterio. En un rincón, el monaguillo cabeceaba.

El prior ascendió al autobús y dio orden de arrancar. Los frailes dormitaban, con las cabezas reclinadas en el hombro del vecino o echadas hacia atrás. El padre Eugenio, en el asiento delantero, miraba al fondo oscuro de la calle. El prior se sentó a su lado.

—Hace un frío que pela.

El coche atravesó el pueblo y se metió en la carretera negra, bajo las ramas desnudas de los castaños. El prior había cerrado los ojos. El padre Eugenio le golpeó suavemente el brazo.

—¿Diga, padre?

—Estos días, ahí solo, me acostumbré a fumar más de la cuenta.

—Puede hacerlo, padre.

Volvió a cerrar los ojos. El padre Eugenio lio un cigarrillo, lo encendió, arrojó al suelo la cerilla.

En la oscuridad del coche brillaba la brasa. Alumbraba el rostro endurecido del padre Eugenio; luego, todo volvía a la negrura. En los últimos bancos, un fraile roncaba. El prior volvió la cabeza, contempló los cuerpos inclinados, sacudidos por los tumbos del autobús, los ojos cerrados por el sueño y la fatiga. Solo el padre Eugenio se mantenía despierto, pero más encorvado que de costumbre, más vencida su cabeza ornitorrinca.

En el atrio del monasterio lucía una sola ventana. El prior saltó el primero y esperó a que todos los frailes descendiesen.

—Pueden retirarse. Hoy quedan dispensados de maitines.

Los frailes saludaron, se desparramaron por los claustros. El hermano portero cerró la puerta con ruido de cerrojos.

El padre Eugenio había llegado a su celda, cuando oyó pasos. La voz del prior dijo en las sombras:

—Espere, padre.

El padre Eugenio se detuvo, dejó la puerta entreabierta y se arrimó al quicio.

—Padre Eugenio, quiero decirle, y lo siento, que sus pinturas no han tenido mucho éxito.

—Me he dado cuenta.

—Don Julián está intratable. Dice que hay que repintar esto y aquello...

—Antes prefiero destruirlas.

—No se apure. Deje pasar unos días, vaya a ver a don Julián, escúchele, dígame que lo estudiará, y no se dé prisa en estudiarlo. Cuando se hayan acostumbrado a verlas, no les disgustarán. Todo es cuestión de hábito.

El padre Eugenio adelantó un paso.

—La opinión de don Julián no me preocupa: no es nueva, y contaba con ella. Pero a la gente tampoco le han gustado.

—¿Se lo han dicho?

—Hay cosas que no hace falta oírlas.

—¿Y eso le importa más?

—Eso es lo único que me importa, porque yo pinté para el pueblo.

El prior le agarró un brazo.

—Entonces, padre, se ha equivocado. Es una lástima...

—Para mí, mucho más. Para mí...

Se interrumpió y se tragó un sollozo. El prior le golpeó la espalda.

—No se ponga así, padre. No es usted niño.

Quedaron en silencio. La lluvia rumoreaba sobre los patatales del jardín. Por el fondo del claustro pasó la sombra de un fraile. Se oyó el golpe de una puerta, batida por el viento.

—Retírese y tranquilícese. Y no olvide que es Navidad.

El cuerpo del padre Eugenio se sacudía. Se había llevado las manos al rostro y lo ocultaba.

—Nunca le tuve por un buen fraile, padre Eugenio, y quizá no lo sea; pero muchas veces he sido injusto con usted y le pido perdón. Que Dios le acompañe.

El prior le golpeó la espalda suavemente; luego, se alejó, de prisa.

V

Don Julián mandó recado a doña Angustias de que le esperase al terminar la misa de nueve. La gente salió, pero quedaron, entretenidas en oraciones complementarias, tres o cuatro señoras. Doña Angustias despachó a su criada por delante, y entonces se le acercó la de Mariño, a cuchichear; doña Angustias le dijo que estaba rezando por sus muertos y que ya hablarían. La señora de Mariño se retiró unos bancos atrás y pudo ver cómo don Julián se llevaba a doña Angustias a la sacristía. Entonces se acercó a la de Cubeiro, que también se había rezagado, y empezó a hablarle al oído. La de Cubeiro le respondió del mismo modo. Pasaron un rato así. De vez en cuando, señalaban las pinturas. Después, se levantaron y fueron a la sacristía. La iglesia había quedado desierta; el monaguillo apagaba los cirios, y por las ventanas entraba una luz gris, escasa.

El cura le había contado a doña Angustias su conversación con el prior acerca de las pinturas. Doña Angustias hizo aspavientos y se confesó aterrorizada de aquel Cristo, que no le parecía sino el mismo Satanás en persona. El cura le respondió que, para remediarlo, convenía visitar a Germaine con cualquier pretexto y hablarle del asunto como de pasada, e insistir otro día hasta que ella misma tomase cartas en el asunto y lo decidiera; porque don Julián quería agotar todos los remedios a mano y resolverlo por las buenas antes de acudir a la Curia y armar el escándalo. A doña Angustias le pareció bien, y el cura se encargó de gestionar la visita. Fue entonces cuando entraron la de Mariño y la de Cubeiro, amilagradas, protestando de aquella falta de respeto a la casa del Señor, cometida —¿quién lo creyera?— por un fraile. Y se sumaron a la conversación y entraron en el convenio de la visita.

—¡Ay, sí! Hay que ir a saludarla y a felicitarla por lo bien que canta.

—También podríamos pedirle que diese un concierto a beneficio del roperillo.

—¿No sería abusar?

—¿Abusar? Se pasa el día al piano, cantando sola. La Rucha se lo dice a quien quiere oírlo. De modo que lo mismo le dará cantar en casa que delante del público. Y ayudaría a una obra de caridad.

—Mujer, ¿y si le da reparo?

—Con preguntárselo, no perdemos nada.

—Pero la primera vez...

—Podemos hacerlo la segunda.

—¿No será tarde? A mí me han dicho que se marcha.

—¿Marcharse? ¿Cómo se va a marchar, si lo pierde todo?

—A lo mejor no le importa.

—Una fortuna como la de la vieja no es para tirarla.

—Y si ella se marcha, ¿a quién irá a parar? La vieja no tenía más herederos.

—¿Quién sabe? Oí decir que hay otro testamento. Pudo arrepentirse doña Mariana y dejarlo todo a los pobres.

—No era mujer de arrepentimientos. Ni buena cristiana. También oí decir...

Don Julián las interrumpió: iba a cerrar la iglesia, y ya las avisaría. Doña Angustias intentó quedarse, pero las otras no marchaban. Por fin, se fueron juntas. La de Cubeiro insistía en que Germaine se quedaría en el pueblo; la de Mariño pensaba que no.

Don Julián marchó a su casa, se puso la sotana nueva, se acicaló. Antes de salir, bebió una jícara de chocolate. Luego encendió un pitillo, y, mientras fumaba, paseó por la galería. Después cogió el paraguas y salió. En la calle, se embozó en el manto y abrió el paraguas.

Fue recibido por la Rucha madre. Le dijo que quería ver a la señorita. La Rucha le mandó pasar, le llevó a la salita y le pidió que esperase. Germaine estaba en el salón. Le extrañó la llegada del cura. Don Julián, al verla, se levantó y la saludó con ceremonia. Ella le rogó que se sentara.

—En realidad, no vengo a visitarla, sino que traigo el encargo de unas

señoras de solicitar una entrevista.

—¿Conmigo? ¿Quieren verme a mí?

—No son unas señoras cualesquiera, sino las más respetables de la villa. La señora de Salgado..., ya sabrá usted.

Germaine movió la cabeza.

—No. No la conozco.

Don Julián abrió los ojos y alzó las manos.

—¿Es posible? Doña Angustias es la madre de los pobres, la que sostiene el culto católico, una verdadera santa. Muy rica, inmensamente rica, pero un alma de Dios, humilde y sacrificada. Su marido es el propietario de los astilleros, y su hijo, el que los dirige. ¿Tampoco ha oído hablar de don Cayetano?

—Tampoco.

—Pues me extraña, porque es lo único de que se puede hablar aquí. Don Cayetano es joven, dicen que con mala cabeza y peores ideas, pero ya cambiará. Son ventoleras de juventud. Estoy seguro de que algún día no lejano lo veremos con un escapulario al pecho... Su madre reza mucho por él, y el Señor no puede desoír los ruegos de una persona tan buena y que hace tanto bien.

Recogió la teja del regazo y la dejó sobre la mesa.

—No se llevaba con su señora tía, que en paz descansa; pero esas cosas las borra la muerte. Ya ve usted: lo ha olvidado y quiere venir a saludarla. Con dos señoras más, también muy finas y religiosas. Yo las acompañaría.

Germaine tardó en responder. Don Julián atajó:

—Yo, en su lugar, no les haría el desaire de no recibirlas. Están encantadas con usted, por lo bien que canta. Además...

Carraspeó y miró al aire.

—... aquí es costumbre, cuando viene una persona forastera...

—Se lo agradezco mucho. Y estaré encantada de recibirlas. Y a usted con ellas.

Don Julián asintió.

—Muchas gracias, muchas gracias; no esperaba otra cosa de usted —sonreía, complacido, y recogía las manos sobre el pecho—. ¿Y cuándo, cuándo?

—Cuando quieran, cuando quiera usted.

—¿Esta tarde? Tendría que ser hacia las cinco, porque a las siete he de estar ya en la iglesia.

—Me parece muy bien, a las cinco.

Don Julián se levantó y echó mano a la teja.

—Se lo agradeceremos de veras. Y yo, particularmente... Tenemos mucho que hablar usted y yo. Porque la supongo enterada de que es la propietaria de la iglesia de Santa María.

Germaine rio.

—Eso sí lo sé, aunque no lo entiendo. En Francia, todas las iglesias son del Estado.

Don Julián puso cara de asombro y abrió los brazos.

—¿Es posible?

—Al menos, eso tengo entendido.

—Pues aquí vamos por el mismo camino. Aunque espero que la Santísima Virgen no lo consentirá. Gracias a Dios, llevamos dos años de gobierno moderado, y ahora las derechas ganaremos las elecciones. En un país como en España, sería un sacrilegio que las iglesias fuesen a parar a manos de los incrédulos. Y hay muchos en este país, créamelo. Hay tantos, que el Señor nos castigó y nos mandó estas calamidades de repúblicas y comunismos. Pero no hay que asustarse. Nos las manda para probarnos.

Don Julián permanecía de pie y Germaine le escuchaba con la cabeza levantada. Se le había soltado el manteo al cura y embarazaba el movimiento de sus brazos. Lo echó hacia atrás, lo recogió y sujetó.

—Pero la prueba ya se acaba. Como dice la canción: «... *Ruge el infierno, brama Satán. La fe de España no morirá*». Pues la fe nos hará triunfar en los próximos comicios y entregará la política a las manos en que debe estar. ¡También de esto hablaré con usted, aunque no esta tarde. Porque las elecciones se ganan con dinero.

Le hizo una reverencia; el brazo izquierdo aguantaba el manteo; la mano izquierda, la teja; movió la derecha al inclinarse, en apertura circular, a partir del pecho, como en un paso de baile.

—A las cinco en punto estaremos aquí. Verá qué señoras tan finas y agradables.

Clara se había comprado un armario de luna y lo tenía en su cuarto. También tenía espejo en el lavabo. El cuarto era grande y claro, y daba al patio, con ventana y puerta cristalera. El lavabo, en un rincón, y el armario, en el lienzo mayor de la pared, junto a la cama. Las cristaleras tenían visillos blancos, y la cama, una colcha azul. Había metido también allí dos o tres cuadros antiguos, hallados en el pazo antes de desalojarlo: bien limpios, colgaban ahora de las paredes. Eran litografías, con marcos negros y dorados, de *La Vicaria*, de *El Testamento de Isabel la Católica*. Un tercer cuadro, al óleo, en que habían pintado a una señorita de la época romántica, con bucles rubios, un traje rosa y un collar precioso en el escote, lo había colocado entre la puerta y la ventana, en un lienzo estrecho de pared donde no cabía otra cosa mayor. Aquella señorita, tan inocente, se parecía un poco a Inés, salvo el peinado, y el peinado, el suyo, preocupaba a Clara. Había pasado más de una hora copiando el de una actriz fotografiada en una revista. No le salía. Y, cuando le salió, halló que no le iba bien a la cara. Arrojó con rabia el modelo y se peinó como siempre. Después, se puso el traje negro, las medias finas, los zapatos nuevos. Abrió las maderas de la ventana y se miró al espejo del armario. Caminó hacia delante y hacia atrás; se volvió a la izquierda y a la derecha. Se echó el abrigo por los hombros, se lo puso, se lo quitó. Taconeó con furia, arrojó los zapatos y se sentó en la cama.

Pensaba que Germaine era más bonita que ella y que se movía con más gracia. Sin embargo, bien mirada, ni por la figura, ni por la cara, ella valía menos, sino por algo del conjunto que se sentía incapaz de imitar. Se levantó, calzó los zapatos y volvió a mirarse: cerró en seguida los ojos e intentó retener su imagen, recordar a Germaine, y compararlas. Solo podía evocar a Germaine en el momento en que había empezado a cantar: de pie, con las manos apoyadas en el reclinatorio, un poco inclinada y, sin embargo, majestuosa, triunfante. Le había sorprendido una mirada al público, una mirada de través, satisfecha del silencio, de la expectación, del triunfo. La había visto sonreír, contenta, antes de arrodillarse, al terminar, cuando la gente se agolpaba delante del presbiterio y la miraban como papanatas.

—Yo hubiera enrojecido, hubiera tenido que esconderme.

Abrió los ojos. Se vio quieta, con el rostro triste, los hombros caídos.

Irguió el pecho, intentó dar a la cara expresión más alegre. Pero le quedaba en las pupilas una luz temerosa, vacilante y una arruguita en la esquina de la boca. Revolvió en el cajón de la mesa de noche, sacó unos tubos y se dio en los párpados unos toques oscuros y un poco de color en los labios. Al mirarse, sonrió.

—No son los míos, pero pasan.

Echó el abrigo al brazo y entró en la habitación de su madre. La vieja se había quedado dormida, en un sillón frente a la ventana. Entornó las maderas y salió. En la puerta de la calle se puso el abrigo y abrió el paraguas. Atravesó la plaza. Al pasar frente al Ayuntamiento, un hombre la saludó.

Bajó a la playa por unas callejas. Había jolgorio en las tabernas, cantos a coro, ruido de disputas. Por el medio de la calzada, unos críos se perseguían chillando bajo la lluvia. En el pretil, de espaldas, un espectador miraba la mar. Había rolado el viento y por el norte el cielo se despejaba.

Clara cerró el paraguas y entró en el portal de doña Mariana. Dijo a la Rucha que quería ver a la señorita Germaine. La Rucha, sin responderle, le hizo un gesto de que pasara y la dejó frente al espejo del paragüero. Clara se volvió de espaldas al espejo.

—Está ahí la de Aldán.

—¿La de Aldán?

Germaine había rebuscado en los armarios de doña Mariana, y tenía en las manos un traje, de seda verde, muy antiguo de corte.

—Sí. ¿No sabe quién es?

—Claro que lo sé. Pásala. Iré en seguida.

—Sí, señorita.

La Rucha no se movió. Germaine pasaba la palma de la mano por la superficie de la seda: suave, pero recia de cuerpo, y el color no se había alterado.

—No sé cómo la recibe, señorita. Esos de Aldán no son buena gente. Y esta Clara...

Germaine levantó una mirada interrogante y apretó el traje contra el pecho. La Rucha se sintió autorizada a continuar:

—... esta Clara no es trigo limpio, ¿sabe? Antes andaba muerta de hambre. Ahora, puso una tienda y come todos los días. Pero se habló mucho de ella.

Cosas de hombres. Y su señora tía, que en gloria esté, no la quiso en casa. Porque ella vino a verla, cuando la enfermedad, y le ofreció quedarse. Pero doña Mariana la conocía bien...

Germaine dobló el vestido y lo dejó en una silla.

—Aun así, tengo que recibirla.

La Rucha marchó hacia la puerta.

—La señorita es demasiado buena con quien no lo merece. Ya vio la otra noche, qué atrevida. ¡Sentarse junto a la señorita! La gente lo veía y no lo creía. ¡Se dijeron unas cosas...! Porque hace falta ser desvergonzada.

Germaine quedó de pie en medio de la habitación. De los armarios abiertos salía olor a membrillos. En el suelo se amontonaban trajes, abrigos, prendas interiores. Volvió la Rucha.

—¿La has pasado al salón?

—A la salita.

—Tráela aquí.

Germaine recogió el traje de seda verde, lo agarró por los hombros y lo levantó en alto, frente a la luz del balcón. Clara llegó a la puerta y quedó en ella.

—Buenos días.

No veía a Germaine, sino su sombra, detrás del traje.

—Buenos días —repitió.

La cara de Germaine asomó tras la seda.

—¡Oh! ¿Es usted? Pase, por favor. Perdome que la reciba aquí —dejó caer el traje y adelantó unos pasos con la mano tendida—. Usted es la hermana de Juan, ¿verdad? No lo sabía. Juan y yo nos hemos hecho amigos en Madrid. Es muy inteligente, encantador. Pero no entendí bien el nombre que me dijo la criada...

Clara le dio la mano.

—No importa. No soy persona a quien haya que recibir con protocolo.

—Pero usted..., somos de la familia, ¿no? Carlos me dijo...

—No sé si somos parientes o no, pero llevamos el mismo mote. Y para la gente todos los Churruchos somos unos.

Germaine acercó una silla y esperó a que Clara se sentase. Después se sentó ella misma, junto al montón de ropas viejas.

—Estaba revolviendo los armarios de mi tía. ¿No le importa que continúe? Hay cosas preciosas.

Clara señaló el traje verde.

—Con ese traje está pintada en el salón.

Se agachó y lo recogió del suelo. Acarició la seda. Germaine la contemplaba. Las manos de Clara se recrearon en la caricia.

—¿Es que piensa venderlos? —preguntó.

—No. Se los daré a las criadas.

Clara le tendió el traje.

—¿Por qué no se lo prueba? Estoy segura de que le sentará muy bien. Y con lo que se parece a doña Mariana, estaría como en el cuadro. Póngase también las esmeraldas.

Ella la miró, sorprendida.

—¿Usted las conoce?

—Sí.

Germaine colgó el traje en el respaldo de una silla y empezó a desabrocharse.

—Se las habrá enseñado mi tía...

—No. Fue Carlos. Carlos y yo... somos bastante amigos.

—Carlos era como el dueño de todo, ¿verdad?

La resbaló la falda hasta el suelo. Clara examinaba el pecho y sus caderas con mirada comparativa.

—Podía serlo, si hubiera querido. ¿No sabe que doña Mariana le adoraba? Y las esmeraldas, otro en su caso se las hubiera quedado. El testamento lo autoriza.

—¿También conoce usted el testamento de mi tía?

Clara se echó a reír. Se levantó y ayudó a Germaine a ponerse el traje verde.

—Todo el mundo en el pueblo lo conoce. Aquí no hay secretos para nadie. Y sé de quien lo leyó incluso antes que Carlos. ¡A ver! Todo el mundo tenía curiosidad de saber a quién dejaba sus cosas doña Mariana.

—Pero Carlos no se lo habrá contado a todo el mundo.

—A mí, desde luego, no. Ni creo que a nadie. Pero en este pueblo no hay secretos.

Germaine empezó a abrocharse los automáticos de la espalda. El vestido le venía justo.

—¿Y cómo sabe usted que tengo las esmeraldas?

—Conozco a Carlos.

El traje tenía un poco de cola, se abombaba detrás de las caderas y se apretaba, más abajo de las rodillas, en remolinos complicados. Germaine dio un traspiés y Clara la sujetó. «Cuidado, no vaya a caerse.» Germaine le dio las gracias.

—Voy a buscar el collar. ¿Quiere usted esperarme? No sé cómo las mujeres de antes podían caminar dos pasos.

Clara se acercó a la ventana. Los magnolios del jardín goteaban sobre la arena, pero había cesado de llover y el cielo estaba más claro. Sintió el taconeo de Germaine y se volvió. Germaine traía en la mano el estuche.

—Está usted muy guapa.

—¿Quiere decir que me parezco a mi tía?

—Usted es más guapa que ella.

Resplandecieron las esmeraldas en la mano de Germaine. Clara se acercó y rozó el collar con los dedos.

—Es precioso.

—¿Quiere probárselo?

—No, no —se llevó las manos a la garganta y la rodeó con ellas—. Póngaselo usted. Para una chica pobre una alhaja así es una tentación o un tormento.

—Yo también era pobre.

—Entonces, se lo explicará.

El escote del traje bajaba hasta el arranque de los pechos. Quedó el collar sobre la piel; centelleante, tembloroso. Germaine irguió la barbilla.

—Ahora, un espejo.

—En el del salón se verá usted mejor.

Salieron al pasillo. La Rucha hija bruñía la cera. Las vio pasar amilagrada.

—¡Qué cosa más bonita! ¡Y qué guapísima está! Se parece a la difunta señora...

Abrió los ojos y dejó caer el mango del cepillo. Se adelantó corriendo.

—¿Quiere que le abra las maderas? Espere. Yo iré delante.

Abrió la puerta del salón, entró la primera, franqueó las maderas de las ventanas. Germaine estaba ya frente al espejo, y Clara, un poco detrás, miraba por encima del hombro de Germaine la imagen reflejada.

La Rucha hija había juntado las manos y se le había parado el rostro en un gesto mudo, estupefacto. Germaine retrocedió unos pasos y empezó a tararear un aire de *La Traviata*. Clara se apartó y se apoyó en el piano. Germaine, sin dejar de mirarse, evolucionaba, movía los brazos a compás del aria. Las cornucopias, los cristales de los cuadros, las superficies pulidas de los bronces, reproducían su figura, y la luz se quebraba en los cristales de la lámpara, encima de su cabeza, y enviaba a su frente reflejos de arco iris.

—Un día cantaré así en el teatro, con este collar y este traje. Será un gran día, y miles de personas me aplaudirán.

Dejó caer los brazos y miró con alegría, con satisfacción, a Clara, a la Rucha.

—Así no me parezco a mi tía, ¿verdad?

—No —dijo Clara—. Ella era de otra manera.

Cayetano había estado silencioso durante la comida. Doña Angustias le preguntó si tomaría café con ella.

—Sí; pero solo un momento.

Hablaba con una mezcla de acritud y distracción, sin mirarla.

—¿Te pasa algo, hijo mío? ¿Tienes algún disgusto?

—No, mamá. Cosas del negocio.

A don Jaime le sirvieron el café en la mesa. Cayetano llevó a su madre del brazo hasta el cuarto de estar y la ayudó a sentarse. Él permaneció de pie. La criada dejó encima de la camilla la bandeja con el servicio. Doña Angustias llenó las tazas.

—¿Tomarás también una copa?

—Sí, mamá; pero de prisa.

—Ven. Siéntate a mi lado.

Alargó la mano, agarró el brazo de Cayetano y tiró suavemente.

—Quiero pedirte el coche para esta tarde. A las cinco.

—Bien. Ya lo tienes.

—Pero siéntate, quédate un poco conmigo. Y deja de pensar en los negocios.

Cayetano se dejó arrastrar. Sentado ya, cogió la mano de su madre.

—¿Así?

Ella sonrió.

—Así. Como siempre. Desde hace algún tiempo me pareces menos mi hijo.

Él la soltó la mano.

—Es que algunas cosas no van bien, mamá. Tengo muchas preocupaciones.

—Se diría que ya no me quieres.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías, hijo. Una madre es una madre, pero un hombre necesita algo más. Si dejaras de pensar en mí para pensar en otra mujer, en una mujer buena con la que quieras casarte...

Hablaba suavemente y espiaba el rostro, los ojos distraídos de Cayetano.

—¡Pues bueno estoy yo ahora para casarme!

—Algún día tendrás que hacerlo; y a mí me gustaría que fuese pronto.

Todas las madres desean conocer a sus nietos.

Cayetano se volvió hacia ella y la tomó de las manos.

—¿Qué pensarías si alguien te dijera que nuestro negocio está en peligro?

Doña Angustias rio y tomó la taza del café.

—Pues no lo creería. Pensaría que me estaban tomando el pelo.

—No es así, mamá. Podrían decírtelo y sería cierto. Por eso ando preocupado —miró a su madre y vio en sus ojos un temor, una incompreensión—. No es que suceda nada grave. Tengo enemigos y he de defenderme, ¿comprendes?

—Pero así ha sido siempre, hijo mío.

—Ahora es distinto. No son los de aquí, sino gente de fuera, poderosa. Pero no te preocupes. He ganado otras veces y volveré a ganar.

Cogió la taza que su madre le ofrecía y bebió un poco.

—Cuestión de días, quizá de un mes. No tienes ni que pensar en esto.

Dejó la taza y se levantó.

—¿Ya te vas? Yo quería contarte...

Le miró implorante. Cayetano respiró fuerte y dejó caer los brazos.

—Está bien, mamá. Cuéntame.

Se sentó otra vez, se reclinó en el sofá y miró al techo.

—Te escucho.

—¿Sabes para qué quiero el automóvil esta tarde? Vamos a hacer una visita don Julián y unas señoras de la parroquia. Vamos a casa de...

Se interrumpió, porque Cayetano se había crispado, se había vuelto hacia ella y la miraba con sorpresa.

—¡No irás a decirme que vais a ver a esa señorita!

—Sí. A su casa vamos. Es una señorita encantadora. ¡Y cómo canta! Si hubieras ido a la Misa del Gallo, la habrías oído. ¡Qué voz! ¡Una verdadera maravilla! Y tan guapa, tan modesta. Quien haya visto a su tía y quien la vea a ella no comprenderá cómo de la misma sangre pueden salir mujeres tan distintas. ¡Con qué devoción oyó la misa! Pero hay que oírla cantar. Voz como la de ella no la escuché nunca. Una voz así es un verdadero milagro del Señor, y la mujer que canta como ella no puede ser mala.

Cayetano bajó la cabeza. Doña Angustias espiaba su rostro, el movimiento de su frente y de sus labios.

—¿Y eso te hace olvidar que su tía te ofendió durante treinta años? ¿Basta eso para que vayas a la casa de la mujer que te hizo desgraciada? —en la voz de Cayetano había un fondo de amargura.

—¿Qué culpa tiene su sobrina, la pobrecita? ¡Tan guapa, con esa voz! Nada más verla, se olvida una de las ofensas y se piensa que todo se puede perdonar.

Reclinó la cabeza en el hombro de Cayetano y le acarició la barbilla.

—¡Qué feliz me harías si te casaras con una mujer como ella!

—¡Cállate!

Cayetano se apartó bruscamente y se levantó.

—Perdóname, mamá. Aunque esperaba esto, porque lo esperaba, nunca pensé que llegase tan pronto y tan fácilmente. Perdóname.

Iba a marchar. Doña Angustias tendió la mano.

—¿No me das un beso?

Él se inclinó y la besó. «Pienso invitarla a comer, ¿sabes?» Cayetano no respondió. Salió de la habitación sin mirar a su madre. Doña Angustias

sonreía.

Llevaron a don Gonzalo hasta el sofá de doña Mariana: se encontraba mejor desde que no llovía y no quiso acostarse. Pero quedó dormido sin terminar el café.

Germaine estaba muy atareada en deshacer unas sayas bajas cuya preciosa seda violeta podía servirle. Carlos, en silencio, contemplaba las llamas de la chimenea.

—¿Sabes que han empezado las visitas? —dijo, de pronto, Germaine, sin mirar a Carlos—. Primero estuvo un cura a decirme si podría recibirlo esta tarde con unas señoras. Le dije que sí. ¿Hice bien?

Carlos levantó la cabeza lentamente y fijó la vista en el retrato de Germaine.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Las más importantes del pueblo, según el cura. Una, sobre todo.

—Doña Angustias, la madre de Cayetano Salgado.

—Esa.

Carlos se volvió hacia ella.

—¿Sabes quién es? La mujer de un hombre que se pasó la vida amando a doña Mariana, madre de otro que la odió siempre. La vida de Pueblanueva, en los últimos treinta años, giró alrededor de ese amor y de ese odio. Pero ni el amor ni el odio son eternos. El demonio que Cayetano lleva dentro se apaciguó al morir tu tía, y llegó a confesarme su temor de que su madre, a la que adora, quiera zanjar el asunto como en las novelas, por medio de un matrimonio.

Germaine soltó las tijeras y se echó a reír.

—¿Conmigo?

—Doña Mariana no lo deseaba, pero lo temía. Hay algunas razones, al menos desde el punto de vista local, para pensar que si te quedas en Pueblanueva acabarás casándote con Cayetano Salgado.

—Pero yo no me quedaré en Pueblanueva.

—Ni Cayetano quiere casarse contigo. Claro está, que todavía no te

conoce —añadió Carlos, sonriendo—. Acaso el día en que te vea y te hable cambie de opinión. Eres una muchacha codiciable y posees un sinfín de cosas tan codiciables como tú misma, al menos para Cayetano.

Se interrumpió y acercó un poco su butaca a la de Germaine.

—Siento que mis principios me impidan asistir a la entrevista de esta tarde, pero me interesaría observar a doña Angustias, seguir su mirada por encima de los muebles, de los espejos, de los candelabros; espiar su asombro cuando le enseñes el salón, cuando pise la alfombra, cuando vea temblar los cristales de la araña —por cierto, puedes decirle que es de cristal de La Granja y que vale una fortuna—; cuando se encuentre ante el retrato de su enemiga y descubra las esmeraldas alrededor de su garganta. Te recomiendo que se las enseñes. Que se las dejes tocar incluso. Las imaginará en seguida sobre el escote de una nieta suya, que es el único modo posible, en cierto modo, de que llegue a poseerlas.

—¿No fantaseas un poco? —Germaine había abandonado la labor; cruzada de brazos escuchaba a Carlos.

—No. Tu tía lo sabía, y un día me dijo que sus huesos temblarían en la tumba si sus bienes fueran a parar a los Salgado. Y si tú...

—¿Y si yo, qué?

Carlos cerró los ojos, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, se echó atrás en el asiento.

—La gente de Pueblanueva piensa que don Jaime Salgado fue amante de tu tía, lo que no es cierto. Cayetano sabe la verdad; la sabe hace poco tiempo y no le hizo gracia saberla. Pensar que su padre había poseído a la mujer más poderosa del pueblo le compensaba de los sufrimientos de su madre. Su orgullo, en cierto modo, quedaba satisfecho. Pero desde que conoce la verdad, entre Salgados y Churruchaos queda una cuenta pendiente. Y a Cayetano le gustaría saldarla contigo, aunque sin casarse.

—¿Por qué conmigo?

—En la operación... —Carlos movió las manos suavemente y las volvió a los bolsillos— tú no serías tú, sino solo un símbolo, una representación de la sangre enemiga. Y acaso él tampoco fuese él, sino instrumento de una oscura venganza agazapada desde hace siglos en las almas de los siervos, de cuyos hijos se sirvieron sin el menor escrúpulo los hombres de tu familia y los de la

mía. Cayetano tiene malísima reputación, porque ha seducido y abandonado infinitas mujeres del pueblo, solteras y casadas. Es una reputación injusta. Cayetano es cualquier cosa menos un tenorio. Sería largo explicarte sus motivos, pero es el caso que, desde que murió tu tía, no se le conoció ni una sola aventura.

Germaine se había quedado seria, le había salido en la frente un pliegue largo, sutil. Su mano derecha se agarró con energía al brazo de la butaca.

—¿Por qué me has obligado a venir aquí, Carlos? No tengo nada que ver con tales historias, ni deseo verme mezclada en ellas. Deberías haberlo comprendido.

Lo dijo con dureza, con sequedad. Carlos sonrió levemente.

—¿Y el destino? ¿No cuentas con el destino? Hace poco más de un año tampoco yo deseaba verme metido en nada, sino marcharme, y aquí estoy. El destino, para mí, fue un recuerdo; para ti, un testamento. Aparentemente estás aquí por mi voluntad, o por la de tu tía; pero tu tía y yo somos instrumentos del destino.

—Eso es una bobada —Germaine se levantó con furia—. Ni mi tía ni tú teníais derecho a meterme en esta situación estúpida.

—Es el precio que pagas por un dinero que tampoco tiene nada que ver contigo. Y el dinero es algo más que lo que sirve para pagarse el mejor profesor de canto de París. El dinero es sangre, odio, historia. El que tú quieres llevarte trae consigo todo esto, inevitablemente.

Germaine se acercó a la ventana, de espaldas a Carlos, silenciosa. Don Gonzalo roncaba apaciblemente y en el hogar las llamas se habían apagado. Carlos hurgó en las brasas y añadió un leño.

—No me explico por qué sois tan crueles. Tiene que ser la vida que lleváis en este agujero del mundo, tu vida y la de mi tía, ociosos, sin ninguna obligación que os ate, sin una ambición ni una esperanza.

Carlos se levantó y se acercó también a la ventana. Germaine continuaba de espaldas. El viento del norte rizaba las aguas de la mar y el cielo, al reflejarse en ellas, se hacía verdoso.

—Estás equivocada. Tu tía no deseó verte metida en esta historia, pero no podía ignorar que entrarías en ella contra tu voluntad y la suya.

—¿Y para evitarlo fue para lo que pretendió sujetarme cinco años a

Pueblanueva y a ti?

—Esperaba que en ese tiempo aprendieses a amar lo que ella amaba. En cuanto a mí, te dije lo que te dije solo para prevenirte. Doña Angustias te hará esta tarde toda clase de zalemas. Verá en ti la nuera soñada. ¡La dueña de la fortuna de doña Mariana! ¡Y con tu hermosa voz! ¿Imaginas con qué placer te escucharía cantar la nana a sus nietecitos? Es una infeliz esta doña Angustias, una auténtica buena persona. Muy cristiana, muy religiosa y muy apenada por la mala vida de su hijo. No le permitiría que te hiciese objeto de una ofensa.

—¿Y yo? ¿Piensas que lo permitiría yo?

—Estoy seguro de que no. No te creo mujer capaz de dejarse seducir por Cayetano, ni siquiera de enamorarte de él. Por ese lado, estoy absolutamente tranquilo. Existe..., ¿cómo te diría?, una imposibilidad metafísica. No pertenecéis a la misma especie. Sería como si una mujer se entregase a un orangután.

Germaine se volvió hacia Carlos y le miró de frente, con fría dureza. Le brillaba la ira en los ojos, los labios se adelgazaban contraídos.

—Has dicho algo verdadero, Carlos. No pertenezco a vuestra especie. Vuestro mundo me es tan ajeno como el de la luna. Estoy aquí como en un planeta desconocido. No os entiendo ni entiendo lo que pasa a mi alrededor. Hablo con vosotros con las palabras de todos, no con las mías, porque las mías no las entenderíais jamás. Esta mañana...

Se detuvo, dejó de mirar de frente.

—... Esta mañana tuve otra visita. Esa muchacha que se sentó a mi lado en la iglesia. Me has dicho de ella el otro día no sé qué cosas, y la había imaginado como una heroína de novela. No es más que una desgraciada que lleva el sexo y la envidia escritos en la cara. No es una mujer decente. Tenías que habérmelo advertido, y yo no hubiera cometido el error de recibirla.

Carlos, bruscamente, la cogió, de las muñecas y le miró las palmas de las manos.

—¿Te ha manchado?

Germaine retiró las manos de un tirón y las escondió en la espalda.

—A esto no tienes derecho, Carlos.

—Y tú tampoco a juzgar a una persona a la que desconoces.

—Me basta con lo que he visto y con su reputación.

—¿No quieres meterte en la vida de Pueblanueva, pero haces caso a sus chismes?

—Es suficiente con lo que veo. Clara Aldán se hartó de envidiarme esta mañana. Veía en sus ojos el deseo de aniquilarme para quedarse con mi collar.

—¿Se lo enseñaste?

—Sí, pero ya lo conocía.

—¿Y no te dijo también que un día se lo ofrecí y que lo rechazó?

—¿Te has atrevido?

Carlos abandonó la ventana y caminó hasta el fondo de la habitación. Germaine no dejaba de mirarle, furiosa, con los puños cerrados y apretados contra los muslos. Carlos se volvió repentinamente.

—¿Por qué no? Podía hacerlo. Pude haberle ofrecido del mismo modo cualquier cosa de esta casa, porque tengo el derecho de elegir para mí una de ellas, la que se me antoje, la más valiosa, la que más te guste. El collar, o la lámpara, o esas tijeras con que tu tía se cortaba las uñas. Cualquiera. Un día le enseñé el collar a Clara y se lo puse al cuello, y le pregunté si lo quería, aunque a sabiendas de que iba a rechazarlo.

—¿Querías pagarle algo?

—No. Quería hacer feliz, aunque solo fuese por un momento, a una persona que desconoce la felicidad y que la merece.

Germaine adelantó unos pasos.

—*Tu la rendrais bien heureuse si tu couchais avec elle!* —dijo, y se llevó la mano a los labios.

Carlos abrió la boca para responder, pero la cerró bruscamente y sonrió.

—Si eso es lo que llamas hablar con tus palabras, es cierto que no te entiendo —dijo.

La miró, miró a don Gonzalo y salió de la habitación. Germaine dio unos pasos. Sonó el ruido de una puerta cerrada de golpe. Don Gonzalo abrió los ojos.

—¿Ha sucedido algo?

—Nada. Carlos, que se marchó.

En el casino se jugaba una partida sombría, dramática, atravesada de

errores, de súbitos denuestos, de hoscos silencios. No había mirones y las voces estallaban en el salón vacío. Carlos se acercó a los jugadores. Dijo: «Buenas tardes», y le respondieron con gruñidos. Se apartó, buscó un rincón, se sentó en una mecedora. En la gramola, abierta, yacía un disco abandonado. El chico del bar dormitaba. Carlos le despertó con unas palmadas y pidió coñac.

En una pausa del juego se levantó Cubeiro y se acercó a Carlos.

—¿Sabe usted que hoy ha marchado don Baldomero? Tuvo malas noticias de su mujer. Parece que está en las últimas.

Se sentó cerca, en una silla.

—Los hay con suerte. Se desentiende de ella cuando la cosa se pone grave y acude al final a certificar la defunción. Dentro de un año tendremos boda.

Le llamaron de la mesa de juego. «Ya voy.» Se levantó y golpeó el hombro de Carlos.

—Don Baldomero me pidió que le avisara a usted. No le dio tiempo a despedirse.

Encendió un cigarrillo y marchó hacia la mesa. Le habían vuelto a llamar.

Carlos bebió el coñac y encendió la cachimba. Estaba encogido y tristón. En vez de fumar, golpeaba la mesita con la taza de la pipa: rítmicamente, marcando el compás de una canción que no cantaba.

Entró Cayetano un rato después. Se acercó a los jugadores. Le ofrecieron un puesto y lo rechazó. Asistió a una jugada, se rio del juez, que la había hecho mal, y fue hacia Carlos.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo?

—Bueno.

—Vamos a pie hasta cualquier sitio.

Salieron. En la calle, Cayetano le cogió del brazo.

—Si no te importa, vamos hacia el muelle. Hoy no habrá nadie allí.

El muelle estaba barrido del viento norte, que azotaba las redes puestas a secar. Se acogieron al cobijo del faro.

—Es una lástima que no acabemos de ser del todo amigos, Carlos. Hay ocasiones, como esta, en que necesito hablar con un amigo de verdad.

Carlos sonrió y se subió el cuello del abrigo.

—Puedo, al menos, escucharte.

—Ya lo sé, pero no me basta. Los hombres como yo tenemos que ser solitarios. Llevo dos horas hablando conmigo mismo y no hago más que dar vueltas y vueltas a los mismos pensamientos.

Un sol frío espejaba en la mar. Cayetano sacó del bolsillo unas gafas oscuras y se las puso.

—He cometido un error. Empecé la pelea a lo bravo, cuando tenía que haber sido diplomático. Hay dos magnates de las finanzas a quienes anteayer arrojé un guante a la cara y ellos lo han recogido tranquilamente. Se sienten seguros y saben que yo no lo estoy. Esta mañana he tenido las pruebas: me han telefoneado de Bilbao para decirme que solo pueden enviarme ciertos materiales si los pago al contado, porque los bancos rechazarán el papel girado contra mí. He respondido que bueno, que pagaré al contado y que no me importa la actitud de los bancos; pero en estas condiciones el margen de tiempo de que dispongo disminuye a la mitad. Tendré que acudir a un empréstito: puedo obtener dinero hipotecando mis propiedades, desde luego, pero esto hará que mi crédito disminuya. Y no es fácil encontrar particulares que dispongan de una cantidad elevada y que estén dispuestos a jugárselo en mi aventura. Medio millón de pesetas, por lo menos. Y quizá más.

Miró bruscamente a Carlos.

—No pretendo insinuarte con esto que seas tú el que me las prestes. Ya sé que tus principios no te permiten hacerlo. Pero me gustaría que reconocieses conmigo que hemos llegado a esta situación gracias a una doble estupidez: mi prisa por comprar las acciones de la vieja y la tuya por disponer del dinero. Sin la ocasión que dio esa venta, a nadie se le hubiera ocurrido meterme el diente, porque no había por dónde metérmelo. Pero aquí todos sabemos lo que tiene cada cual y ellos no podían ignorar que al desprenderme de tanto dinero me quedaba un flanco al descubierto. Debíamos haber tenido calma.

—La heredera de doña Mariana también tiene prisa. Ha esperado muchos años y ha esperado pobremente.

—Pero ¿vas a permitir que se lleve los cuartos?

—No lo sé.

—Serás tonto. Tienes la sartén por el mango y la ocasión de ganar algún dinero. La vieja dejó las cosas así con esa intención, está bien claro.

—Las intenciones de la vieja se estrellan ante la terquedad de su sobrina y

la abulia de un servidor. Claro está que ella a eso no lo llama terquedad, sino vocación, ideal... Siempre aparece una palabra hermosa.

—¿Por qué no te casas con ella?

—¿Me crees capaz de crearla una ilusión que la compense de los aplausos, de las flores, de los públicos entusiasmados?

Cayetano rio. «¡Ya sé que es una gran cantante!» Y, de pronto, se entristeció.

—¿Sabes que a estas horas mi madre está con ella?

—Sí. Tu madre y don Julián y unas señoras más. Les dará la merienda y, después, las llevará al salón y cantará para ellas un aria de *Carmen*. O quizá dos arias. Y cuando las señoras la aplaudan y la llenen de elogios, ella bajará los ojos medio cerrados de felicidad y les dará las gracias cortésmente. También en esto se equivocó la vieja. Germaine no sirve ni para que me case con ella ni para que tú la hagas tu querida.

Palmoteó en la espalda de Cayetano.

—No habrá folletín, ni historia de amor. Por esta vez, las comadres de Pueblanueva y nuestros amigos del casino quedarán defraudados. Germaine no es una infeliz que pudiera ser tu víctima, ni siquiera tu legítima y pacífica esposa, sino una mujer con los pies en la tierra y los sueños en la Ópera de París. Necesita dinero para hacer su carrera y viene a buscarlo. Lo demás le trae sin cuidado.

Cayetano sacó la petaca, ofreció un cigarrillo a Carlos y eligió otro para sí. Estuvieron en silencio mientras los liaban.

—Un dinero que aquí ayudaba a mantener próspera una industria de la que vive el pueblo.

—Y a sostener una enemistad, no lo olvides.

—A veces pienso que las cosas estaban mejor como estaban. Tener a la vieja ahí, odiarla. Yo había nacido en eso, como quien dice, y eso había sido mi vida. Ahora, han cambiado las cosas y he cambiado yo. Nunca creí que la muerte de la vieja pudiera trastornarlo todo de esta manera.

Le tembló la voz.

—Hasta los sentimientos hacia mi madre han cambiado. Hoy me he irritado con ella porque fue a visitar a la francesa. Me parece una humillación y me siento humillado.

—¿No estarás dando demasiada importancia a lo que no la tiene?

—Quizá. Pero, antes, mi madre me parecía perfecta y ahora comprendo que no lo es.

Arrimado al parapeto del muelle se acercaba un hombre con una caña de pescar. Se detuvo, saludó y arrojó el anzuelo a la mar verdosa: lo arrojó volteándolo primero sobre su cabeza. Al soltarlo, el arte atravesó el aire y fue a caer allá lejos.

La señora de Cubeiro pidió a Germaine que cantara también la *La donna è mobile* y Germaine hubo de explicarle que *La donna è mobile* estaba escrita para tenor. Entonces la señora de Mariño le pidió que cantara *Princesita*, y Germaine confesó que tal canción la desconocía. Para terminar, cantó algo de *Madame Butterfly*.

Mientras cantaba, la señora de Mariño intentaba contar los prismas de la lámpara; pero al llegar a treinta y siete se perdía. La señora de Cubeiro daba vueltas al bolso y miraba sucesivamente a don Julián, a doña Angustias y al cuello de Germaine: una mirada almibarada, admirativa, que abarcaba desde la voz hasta la gracia de su moño. Doña Angustias, erguida, quieta, sin mover más que los ojos, calculaba las dimensiones de la alfombra: ocho metros, lo menos, de larga y unos seis de ancha. Tenía que ser muy antigua y en alguna parte estaba algo gastada, pero lucía, y, sobre todo, el que cubriera todo el salón, de pared a pared, la hacía más extraordinaria. Alfombras así solo debían existir en los palacios, y a ella nunca se le ocurriera pensar que lo fuera la casa de doña Mariana. Vista desde la calle no parecía tan grande.

Don Julián peleaba bravamente contra el sueño. Fijaba los ojos en el piano, gozaba del placer de que los párpados se fueran cerrando y cuando iniciaba el cabeceo los abría y sonreía a la señora de Cubeiro. La señora de Cubeiro hacía entonces un gesto, como diciendo: «¡Qué bonito!», y don Julián asentía.

Aplaudieron. Doña Angustias se levantó, se acercó a Germaine y le dio un beso.

—¡Nunca esperé, hija mía, que pudiera besar a una persona de su familia, y ya ve...! Porque supongo que usted sabrá...

Germaine movió la cabeza.

—Yo no sé nada.

—Más vale así. Porque podremos ser buenas amigas. Un día vendrá a comer a mi casa, ¿verdad? No es un palacio como este, pero es una buena casa. Y el despacho de mi hijo lo trajeron de un castillo de Inglaterra. La alfombra también.

La señora de Mariño susurró a la de Cubeiro que era la ocasión de invitar a Germaine a que diese un concierto a beneficio del roperillo, y la señora de Cubeiro lo consultó en voz baja a don Julián; pero el cura dijo que no, que se había hecho tarde y que ya hablarían de eso otro día.

Se levantaron y se acercó a Germaine.

—Canta usted muy bien, hija mía. Está usted destinada a grandes triunfos. Pero no olvide que la carrera de las tablas está sembrada de peligros. Aunque no dudo que usted sabrá sortearlos todos.

Germaine recibía afablemente felicitaciones y consejos: sonriente, modosa, casi modesta.

—Eso espero, padre.

—Yo también. Nunca le faltará la protección de la Santísima Virgen. Y a propósito...

Paseó la mirada alrededor, la fijó en la lámpara.

—... Un día de estos vendré a verla yo solo para tratar de otro asunto. Las pinturas de la iglesia, ¿me comprende? No estamos satisfechos con ellas, ni el clero, ni estas señoras, que representan a los fieles. Y como usted es la dueña del edificio...

—¿Se refiere a las que pintó el padre Eugenio?

—Sí; a esas precisamente. No dudo que tendrán mérito, pero son impropias de la casa del Señor.

La señora de Cubeiro se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me explico cómo pudo ocurrírsele a un fraile semejante cosa! Aunque, claro, a tal fraile tenía que ser. Porque usted sabrá...

Germaine volvió la cara, sorprendida, hacia la señora de Cubeiro.

—No sé nada. Tampoco de eso sé nada.

—Dicen que el padre Eugenio está loco.

El cura le dio un codazo.

—No es eso, no lo crea usted. Lo que sucede es que el padre Eugenio tiene ideas especiales. Pero ya hablaremos del caso. Ahora...

Se dirigió a doña Angustias.

—Tendrá usted abajo el automóvil, ¿verdad? Porque ya debía estar en la iglesia. Hoy se retrasará el Rosario.

Apresuraron la despedida. Doña Angustias repitió la invitación a comer y convinieron que sería al día siguiente, a la una. Germaine las acompañó hasta el portal y esperó a que el coche arrancase.

—¡Retírese, no se vaya a enfriar...!

—¡Retírese...!

Germaine sintió frío y buscó el calor de la chimenea. Hizo unas inhalaciones. Llamó a la Rucha y le pidió algo de beber.

—¿Tú conoces a estas señoras?

—Ya lo creo. Y podría contarle...

Germaine le dejó contar: lo que en el pueblo se hablaba de cada una de ellas, y de las hijas, y de los maridos. De doña Angustias, solo que era muy rica y muy buena. Lo dijo con retintín, y Germaine le fue tirando de la lengua hasta que le sacó la historia de los amores de don Jaime y del hijo que doña Mariana había tenido de él.

—Eso dice la gente, que es muy mala, pero yo nunca lo creía de la señora, que en gloria esté. Una mujer como ella, de tan buen corazón, no podía haber abandonado a un hijo y no verlo después nunca más y desheredarlo... Ese cuento lo inventaron los envidiosos.

Le preguntó también si sabía dónde guardaba doña Mariana sus papeles, y la Rucha le respondió que en el escritorio y en unos armarios que don Carlos tenía siempre cerrados. Las llaves no estaban entre las que Carlos había dado a la señorita: unas llaves de oro, muy antiguas.

Germaine pidió que le trajera las prendas que estaba deshaciendo. Se entretuvo un rato. Volvió a llamar a la Rucha.

—La tienda de la señorita Clara, ¿está muy lejos?

—En la plaza, frente a la iglesia.

—¿Y tendrá unos encajes que necesito?

—Si quiere, puedo ir a ver.

—Tengo que escogerlos yo. Dame el abrigo.

Mientras le ayudaba a ponerlo, la Rucha completó los informes:

—Sigue por esta calle hasta que encuentre un arco, donde hay una Virgen con una lamparilla. Suba la cuesta y vaya por la izquierda, que en la derecha están los mirones del casino. Llegará a la plaza. Frente a la iglesia hay unos soportales. Allí. No hay más tienda que esa.

Hacia buena noche. El viento había calmado y el golpe de la resaca era suave. Olía a marea baja. Germaine caminó de prisa. Unos transeúntes se volvieron a mirarla. Bajo el arco, unos chiquillos alborotaban en torno a la castañera. Subió la cuesta, atravesó la calzada y se metió bajo los soportales.

No había nadie en la tienda. Golpeó.

—¡Va! ¡Va en seguida!

Se oyeron unos pasos y el ruido de una puerta. Entró Clara. Al ver a Germaine quedó quieta, sorprendida. Germaine le sonrió.

—Necesito unos encajes y pensé que usted los tendría.

—Pero ¿vino sola?

—Hace muy buena noche, y esto es tan chico...

Clara cogió una silla y la pasó por encima del mostrador.

—Siéntese.

—Gracias. He seguido curioseando en los armarios de mi tía y he encontrado cosas preciosas. Unas sedas antiguas como no se fabrican ya ni en Francia. Para ropa interior...

Clara se acercó al anaquel y cogió un montón de cajas.

—Esto es todo lo que tengo.

Las fue destapando. Germaine rechazó lo blanco y lo de color, pero entre lo negro halló algo que le servía.

—¿No vino Carlos por aquí?

—No suele hacerlo. Cuando no está en el casino, está en su casa, con sus libros, o en el barrio de los pescadores.

—Hoy hemos tenido unas palabras...

Germaine dejó de hurgar en los encajes; alzó la cabeza y sonrió a Clara.

—A usted puedo decírselo porque es su amiga. Discutimos. Yo estuve impertinente. Temo haberlo ofendido.

—Es muy difícil ofender a Carlos.

—¿Está segura?

—Casi estoy por decirle que es imposible. Carlos lo comprende todo, hasta el insulto. Llega a ser desesperante.

—Conmigo no tuvo tanta paciencia. Se marchó. Pero yo tenía razón.

Clara cruzó los brazos y la miró fijamente.

—Usted vino aquí para hablarme de eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué?

—No lo sé.

—Probablemente es cierto que tiene usted razón, pero no por eso voy a ponerme de su parte. No soy justa.

—Usted le quiere, ¿verdad?

—¿Se lo dijo él?

—Se ve en seguida.

Clara levantó una parte del mostrador y salió fuera.

—Entre aquí. Hace menos frío. Cerraré para que no nos estorben.

Echó cerrojos y tranquilas a la puerta de la calle. Germaine pasó el mostrador, dejó la silla en un rincón, pero no se sentó. Clara entró en las habitaciones interiores y salió a poco con una toquilla negra en la mano.

—Quítese el abrigo y póngase esto. Si no, la cogerá el frío cuando salga.

Se sentó, de un salto, en el mostrador; recogió las piernas y se las tapó con el borde de la falda.

—La mejor manera de entenderse es poner las cosas claras. Y usted me parece que no está al tanto de todo. Usted...

Se detuvo. Germaine había vuelto a sentarse y se arrebujaba en la toquilla.

—¿No le hace raro que nos hablemos de usted? A mí me resulta forzado. No suelo hablar de usted más que a los ancianos, a los desconocidos y a los que me merecen muchísimo respeto.

—¿Es que no me encuentras respetable?

—Sí. Pero no superior. No quiero ofenderte, pero estoy acostumbrada a considerarme igual a todo el mundo.

—Puesto que para entendernos las cosas han de quedar claras, debo decirte que esta mañana, cuando viniste a mi casa, mi criada me dijo que no te recibiera.

—Tu criada es una esclava para quien solo los ricos son respetables.

—También me dijo que no tenías buena reputación.

—Eso es cierto: mi reputación y la de doña Mariana son igualmente malas e igualmente injustificadas. En Pueblanueva, cuando no hablaban de ella, hablaban de mí. Por eso nos entendíamos tan bien.

—Según mi criada, mi tía te echó de su casa.

—Eso es mentira.

—Pero si fuese verdad no lo reconocerías.

—No acostumbro a mentir, y los mentirosos me dan asco.

—¿No te has visto nunca obligada a hacerlo?

—Como cualquiera, pero no lo hice.

Germaine se levantó y se acercó a ella lentamente.

—Yo sí he mentido algunas veces, y no me arrepiento de haberlo hecho. Pero no acepto que nadie me juzgue por eso... más que aquellos que tengan derecho a juzgarme.

—A Carlos no lo consideras con ese derecho, ¿verdad?

Germaine negó con la cabeza. Y añadió:

—No.

Clara cruzó las manos por delante de las rodillas y se inclinó. Le cayó una guedeja sobre la frente y la sacudió con un movimiento brusco.

—Sin embargo, el demonio lo puso en situación de juzgarte. Estás en sus manos.

—Intento defenderme. Pero me gustaría saber si por haber insistido en una mentira que ya encontré hecha todo el mundo va a ponerme dificultades.

—A eso no puedo contestarte. Yo, por lo pronto, no lo hago. Estoy dándote facilidades.

Germaine regresó a su asiento, bajó la cabeza y estuvo un rato callada. Luego dijo:

—¿Has necesitado alguna vez dinero?

—Siempre.

—¿Lo has necesitado de tal manera que de tenerlo o no dependiese tu porvenir?

—Sí. Durante casi toda mi vida y hasta no hace mucho tiempo. Vendí después mi casa y puse esta tienda. Mi casa era lo único que me quedaba. Podía encerrarme en ella y ocultar el hambre. Lo hice alguna vez. Al venderla

tuve suerte por primera vez en mi vida.

—Te explicarás que yo pelee por ese dinero.

—Naturalmente. En tu caso, haría lo mismo.

—Entonces, ¿por qué Carlos me lo niega? ¿Por qué se empeña en que me quede aquí toda mi vida, por qué intenta obligarme a renunciar a lo que más deseo? Te digo esto porque te supongo enterada...

—Nunca es fácil saber los porqués de Carlos. De otro hombre pensaría que obra así porque quiere casarse contigo.

—¿Casarse conmigo?

Empezó a reír con risa convulsa, nerviosa, que sonaba a falso. Clara saltó del mostrador, se aproximó a ella con la mano extendida, pero no la tocó. Quedó mirándola, con una media sonrisa entre sorprendida e irritada, y retrocedió hasta el mostrador.

Germaine se sosegó. Levantó la cabeza. Clara seguía mirándola.

—Es una ocurrencia estúpida.

—¿Por qué? —preguntó Clara.

—La explicación es larga.

Clara retrocedió hasta apoyarse en el mostrador.

—Me gustaría escucharla. Para mí, casarse con Carlos no es ninguna estupidez. Y creo que para doña Mariana tampoco. Dejó las cosas como las dejó solo para que Carlos se case contigo.

Hizo un gesto desolado.

—En fin, creo que esto no debía haberlo dicho. No estoy segura de que doña Mariana haya pensado tal cosa, aunque yo lo creo.

Vaciló. Germaine se acercaba a ella; sus dedos jugueteaban con los flecos del mantoncillo. Parecía más tranquila.

—Sigue.

—Le gustaba mandar, ¿sabes? Estaba acostumbrada a hacerlo y a que le obedecieran, y Carlos siempre fue difícil de manejar: es un tipo que se escurre como una sardina. Entonces ella pensó que sus bienes serían un buen cebo para ti y tú un buen cebo para Carlos. A cualquiera se le hubiera ocurrido otro tanto. A cualquiera, claro está, que no sea como tú y como yo.

Germaine hizo una mueca de desagrado.

—¿Piensas que nos parecemos en algo?

—Tenemos..., ¿cómo te lo diría?, cualidades comunes, además de la facha y del color del pelo; pero somos muy distintas. Se nota en que no te gusta el hombre que me gusta a mí. Para mí, Carlos es el mejor hombre del mundo, a pesar de sus defectos.

Germaine encogió los hombros.

—¡Un pueblerino! ¿Cómo pudo pensar mi tía, cómo puede ocurrírsele a nadie que me case con él?

—Aquí se le ha ocurrido a todo el mundo, Carlos incluido. Quizá porque estiman tanto a Carlos que no encuentran en Pueblanueva ninguna mujer que lo merezca. Tenías que venir tú de París...

—Ahora que me conocen, no pensarán lo mismo.

—¿Tan por encima de nosotros te sientes solo por cantar bien?

—Es que ni tú ni los demás, incluido Carlos, comprenderéis nunca que el hecho de cantar bien me coloque tan por encima de vosotros. Lo estaría aunque yo misma no lo quisiera. Pero será inútil que te lo explique.

Clavó en los ojos de Clara una mirada dura, fría. Clara no parpadeó. Germaine dijo:

—Es curioso. Tu hermano me previno de que había una diferencia, pero nunca esperé que fuese tanta.

Clara saltó, enfurecida:

—¿Qué te dijo de mí ese imbécil?

—¡Oh, nada malo! Simplemente, que no erais iguales. Y es cierto. Tu hermano me entendió desde el primer momento. Si esta conversación la tuviera con él podría explicar ciertas cosas... Él, por ejemplo, entendería las razones por las que no podría casarme nunca con un hombre como Carlos, y también eso de que me considere por encima de mucha gente. Tu hermano está también por encima de vosotros, es un hombre de otra clase. Comprende y aprueba que yo viva para mi arte y comprendería también, y aprobaría, que mi marido fuese algo menos que un marido y algo más que un secretario, tan devoto y sacrificado a mi arte como yo misma. En fin: esa persona que tiene a su cargo los asuntos de una cantante, los que ella no puede personalmente resolver. Es muy complicado cantar hoy en Milán y la semana que viene en Nueva York... ¡Y la propaganda y las relaciones sociales! ¿Entiendes? Eso es lo que tiene que ser mi marido.

Clara la había escuchado primero seria y un poco irritada. Conforme Germaine hablaba se le iba borrando la irritación. Al final rio.

—No creo que doña Mariana pensara en Carlos para que te sirviera de correveidile. Tenía una gran idea de Carlos.

—Y yo la tengo igualmente grande de ese correveidile. Tiene que ser un hombre de mundo, de presencia agradable, culto, que hable idiomas, que sepa llevar un frac, ¿me comprendes? Carlos es un patán.

Clara soltó una risa breve, aguda, y se encogió sobre sí misma.

—¿Un patán Carlos? ¿Un patán? Pero ¿dónde tienes los ojos?

Dejó de reír, se irguió.

—Pero no es un maniquí, eso puedes tenerlo por seguro. Ni aunque estuviera enamorado de ti se prestaría a ser tu marido de esa manera.

Miró a Germaine con ojos grandes, claros.

—Él también es orgulloso. Y no lo imagino de segundón de nadie. Carlos nació para morirse de asco en su torre o para llegar a las nubes. Para eso, para que llegase a las nubes, doña Mariana quería casarlo contigo. Porque no tiene dinero y jamás hubiera admitido que tu tía le dejase el suyo. Yo no le sirvo más que si se queda en su torre.

Germaine hizo un gesto de cansancio.

—En fin, el porvenir matrimonial de Carlos no llega a interesarme. Allá él, ¿no crees?, y en todo caso, allá tú y él. Yo venía a pedirte una ayuda... Esperaba que influyeses a mi favor, que pudieras convencerle de que es injusto obligarme a quedar aquí, y que me iré de todas maneras...

—Carlos no me ha hecho caso nunca.

Germaine se levantó, dejó la toquilla encima de una banqueta y se puso el abrigo.

—Lo siento.

—¿Y los encajes? ¿No los llevas?

—Mandaré a la criada a buscarlos.

Clara saltó del mostrador y abrió la puerta. Esperó a que Germaine llegase.

—No creas que te guardo rencor ni que te deseo mal.

—Mejor así.

—En cuanto al consejo... puedo darte uno: háblale al padre Eugenio. Es el

compinche de Carlos, y si él no consigue nada, no lo conseguirá nadie. Y no me lo agradezcas. Me habías hecho perder toda esperanza, pero si te vas...

Germaine se detuvo en el umbral.

—Tengo entendido que hay otra mujer, una mujer indigna, de la que Carlos no podrá separarse nunca. ¿O es que a ti no te importa tener a Carlos repartido?

Clara cerró la puerta de golpe. Oyó el taconeo de Germaine sobre las losas, alejarse. Era un taconeo seguro, de mujer que camina con la cabeza levantada.

Carlos no vino a cenar. Mientras don Gonzalo se acostaba, Germaine preguntó a la Rucha si estaba muy lejos el monasterio y si era posible alquilar un automóvil para ir allá. La Rucha dijo que sí.

—Encárgate de que esté aquí a las diez. Vendrás conmigo.

Germaine entró en su habitación, se puso una bata y unas zapatillas y salió al pasillo. Su padre ya se había acostado. Golpeó la puerta con los nudillos y entró. Don Gonzalo se alumbraba con quinqué de petróleo, y yacía, abrumado de mantas y edredones, en una cama de dosel. Había dejado sus ropas en una butaca y las zapatillas sobre la alfombra. Germaine las apartó con el pie.

—¿Cómo te encuentras?

Se sentó en el borde de la cama y acarició la mano de don Gonzalo.

—Bueno, no muy mal. Creo que mejor. Estoy muy caliente.

—Debes cenar en cama todas las noches. Hace demasiado frío. ¡Y esta humedad...!

—Como en París, ¿verdad?

—Más que en París, papá. Mucho más.

Don Gonzalo le apretó la mano.

—Cuida la garganta. Es más importante que mi reumatismo. Recuerda que tu madre...

—¡Por favor, papá! —trajo una segunda almohada y acomodó a su padre—. Así estarás mejor.

—Tenía tu misma edad, más o menos, y las mismas esperanzas. Una noche no se abrigó bien, ¿sabes? Solo eso: un pequeño descuido. Y se quedó sin voz.

Fue muy triste aquello.

—Yo estoy fuerte, papá, y mi garganta está bien.

—Eso decía ella cuando empezó a toser, y ya ves... Luego, la operación.

Germaine bajó la cabeza. Soltó la mano de su padre y, sin mirarle, le arregló el embozo.

—El catarro no hizo más que descubrir la enfermedad que mamá tenía. Me lo has dicho muchas veces. Se hubiera presentado igual, más tarde...

Se levantó.

—¿Es fatal que yo la herede? Dímelo, papá: ¿estoy condenada a perder la voz, más tarde o más temprano?

Don Gonzalo rebulló bajo las mantas. Quiso sacar un brazo, pero Germaine lo sujetó.

—No. Nadie dijo que hayas de heredar... aquello, forzosamente. Es un miedo que tengo. Pero cuando te vea el médico lo sabremos.

Germaine se arrodilló lentamente junto a su padre. Oscilaba la luz del quinqué, las sombras se movían, chicas y grandes, alternativamente. Germaine cruzó los brazos, apoyó en ellos la barbilla y levantó la cabeza hacia su padre.

—No me verá.

Él le echó la mano y le acarició el cabello.

—Ahora, cuando seamos ricos... En seguida. Tendremos dinero para que te vea el mejor especialista del mundo. Aquel de Ginebra, ¿no recuerdas? Alguien nos dijo que el mejor especialista estaba en Ginebra. ¿O es en Londres? Yo no lo recuerdo bien.

—No quiero que me vea nadie, papá. ¿No lo comprendes? No quiero saber nada. Solo quiero cantar. Si un día...

Escondió la cabeza entre las manos y permaneció en silencio. A don Gonzalo le dio la tos.

—En fin: después de haber cantado alguna vez, ya no será lo mismo. Pero si el médico me dijera que sí, o que se corre el peligro, o que hay una probabilidad, no me atrevería a cantar en público. Temería perder la voz de pronto y quedar en ridículo, y eso sería espantoso para mí.

Esperó la respuesta unos instantes. Don Gonzalo parecía repentinamente abstraído.

—Pues yo iría a que me viese un buen especialista. Con dinero...

—Todavía no sabemos si lo tendremos.

Don Gonzalo se incorporó difícilmente. Le dio de nuevo la tos. Germaine le obligó a taparse.

—¿Te dijo algo Carlos?

—No. Nada nuevo. Pero tengo mis ideas...

—El dinero solo puede ser para ti —se destapó de nuevo—. ¿A qué viene, si no, ese testamento? Mi prima no estaba loca.

—No lo sabemos, papá.

—Pero el abogado dijo...

—El abogado dijo que procurásemos llegar a un acuerdo con Carlos. Eso es lo que dijo, y eso es lo que, seguramente, haremos. Mañana mismo, porque tenemos que marchar en seguida.

—Yo me encuentro bien aquí. ¡Es tan buena esta cama! Como la mía cuando era niño. Desde entonces no tuve una cama así.

—Te compraré la mejor cama del mundo. ¿O es que ya te has olvidado de Italia? La mejor cama del mundo bajo el sol más hermoso.

Arregló de nuevo el embozo y subió el edredón, que se había escurrido.

—No vuelvas a destaparte. Mañana iré a ver al padre Eugenio.

—¿Al padre Eugenio? Me parece muy bien. El padre Eugenio es un buen amigo y nos quiere. ¡Oh, si lo hubieras visto hace veinticinco años! Lo que se dice un gran artista. Admiraba mucho a tu madre.

—Tiene influencia sobre Carlos.

—Es natural. El padre Eugenio tiene una gran personalidad. ¡Ya lo creo! Era lo que se dice un hombre importante. Recuerdo...

—Bueno, papá. Déjate ahora de recuerdos. Lo iré a ver mañana. Y ahora, vas a dormir. ¿Has tomado ya la medicina?

—No. Y no me hace falta hoy. He tosido menos.

—La tomarás, papá, aunque no hayas tosido.

Cogió de la mesa de noche un frasco y una cuchara. Vertió el jarabe y se acercó.

—A ver. Incorporate un poco. Y no seas niño. Tienes que tomar la medicina.

Don Gonzalo levantó la cabeza y miró con terror la cuchara que se acercaba. Cerró los ojos, abrió la boca. Germaine vertió dentro el jarabe. Don

Gonzalo puso cara de niño gruñón.

VI

La iglesia del monasterio estaba vacía y oscura. Germaine entró y sintió un escalofrío. Se arrimó a una pilastra y trazó una cruz vaga, desde la frente al pecho. Miró alrededor, en las sombras, y hacia arriba, hacia las bóvedas de piedra ennegrecida. Un ave oscura volaba en el espacio húmedo, buscaba una salida. Germaine no pasó adelante, ni se arrodilló: corrió a la puerta. Al salir, la sacudió el viento.

—¿Ya rezó? —le preguntó la Rucha desde el coche.

—Sí.

—Si quiere que la acompañe...

La Rucha sacaba la cabeza por la ventanilla y gritaba contra el remolino. El conductor había encendido un cigarrillo y leía el periódico.

Germaine vio un llamador en la puerta, y golpeó; vio la cadena de una campanilla, y tiró. Arreciaba el viento y se cobijó como pudo. El lego tardó unos minutos: le precedió un ruido de llaves. Asomó por un resquicio la jeta, coronada de pelos encrespados.

—¿Qué quería? Ave María Purísima.

Germaine tartamudeó:

—Ver al padre Eugenio Quiroga.

El lego abrió un poquito más la puerta.

—No sé si va a poder ser. Ahora trabaja.

—Diga que soy... —vaciló— su sobrina.

—¿Su sobrina? —el lego levantó las cejas—. Se lo diré. Su sobrina.

Iba a cerrar el postigo. Germaine adelantó el brazo y apoyó la mano en el picaporte.

—¿No podía esperar ahí dentro? Aquí hace frío.

—Sí, pero no pase del zaguán. Es clausura.

Franqueó la puerta, dejó pasar a Germaine y cerró con golpe seco. El picaporte no encajó: quedó una rendija abierta.

—Ahora que, frío, también lo tendrá aquí.

Era un fraile tosco, colorado, regordete. Andaba pesadamente, como reumático. Sonrió a Germaine con sonrisa casi animal y marchó por la puerta del fondo. Con él se alejó el ruido de las llaves, como de campanas menudas.

Germaine miró las paredes sucias, el techo de vigas oscuras, el suelo de baldosas. No había más que mirar. Tembló otra vez, cerró los ojos. La Rucha había entrado en conversación con el chófer: movía las manos y la cabeza, y reía. El postigo, empujado por el viento, se abrió hasta batir en la pared; Germaine volvió a cerrarlo y se apoyó contra él. Así cerrado, el zaguán quedó en penumbra. Se oía el viento silbar en los claustros y ruidos remotos de cosas golpeadas, todo envuelto en el rumor poderoso de la mar: Germaine se sentía metida en algo enorme y sonoro, como si el mundo, de pronto, se hubiera desmesurado y en su hueco entrasen sonidos salvajes.

Crujió la puerta del fondo y entró el padre Eugenio.

—¿Germaine?

—Estoy aquí, padre.

La vio, acurrucada, encogida, dando diente con diente, y corrió hacia ella.

—¿Cómo has venido a este ventisquero? ¡Debiste mandarme recado, criatura! Hubiera ido a tu casa.

Volvió la cabeza a un lado y a otro.

—No sé dónde meterte. Ahí hay una sala, pero estará más fría que esto.

—No importa. Aquí mismo...

—¿Cómo voy a recibirte en el portal?

—Son solo unos minutos.

El padre Eugenio dejó caer los brazos.

—Aquí o en otro sitio moriremos de frío. Pero ahí dentro, al menos, nos sentaremos.

Abrió la puerta del recibidor y empujó a Germaine suavemente. Un olor fuerte de humedad invadía aquel espacio penumbroso, tristón, y el viento de las rendijas sacudía una cortina de encaje sucio que cubría el hueco de la ventana. El padre Eugenio retiró la cortina y aseguró la falleba.

—Siéntate. No sé lo que es peor.

Se sentó también, muy cerca de ella, y sonrió cariñosamente.

—Bueno. Dime qué te sucede.

Ella vaciló.

—Ayer estuvo a visitarme el cura con unas señoras y me dijeron algo de las pinturas de la iglesia. Quiero que usted me aconseje lo que debo responderles.

—¿Qué es lo que te dijeron?

Germaine contó. El padre Eugenio la escuchaba sin dejar de sonreír. Al terminar el cuento, Germaine dijo:

—Me advirtió que volvería a hablarme de lo mismo, él solo.

—Cuando vuelva, le respondes que no entiendes de eso, y que hable conmigo. O con Carlos. ¿Se lo has contado ya?

—No.

—Debiste hacerlo.

—No lo veo desde ayer. No cenó en casa.

Levantó los ojos, parpadeó, y los bajó en seguida.

—Ayer hemos reñido, no nos entendemos.

Llevó las manos al rostro y sollozó.

—¡No he debido venir a Pueblanueva! ¡Yo ya sabía...!

Las manos del padre Eugenio titubeaban. Se acercaron a los brazos, a las manos de Germaine, pero sin detenerse, sin agarrar. Germaine gimoteó, y el padre Eugenio la escuchaba en silencio, embarazado, compungido. Por segunda vez sus manos intentaron hablar y quedaron a medio camino. Germaine sacó del bolso un pañuelito y se limpió los ojos y las mejillas.

—Está empeñado en que me quede y me odia porque no quiero quedarme.

—¡No pienses eso! Carlos es incapaz de odiar. Quería mucho a tu tía, eso es todo, y se cree en la obligación de que se cumpla su voluntad.

—Pero usted me comprende, ¿verdad? No puedo ni debo hacerlo. ¿Cómo voy a renunciar a mi carrera por la voluntad de una muerta? ¡Es injusto, padre!

La mano diestra del padre Eugenio se detuvo, por fin, en el brazo de Germaine: apenas rozarlo, la retiró.

—Claro. Claro. ¿Cómo vas a quedarte? Encontraremos un arreglo en que las dos partes estéis conformes. Porque los dos tenéis razón, pero no podéis

entenderos porque os desconocéis; porque, desde el primer momento, habéis sido hostiles. Cuando pase algún tiempo, y cada uno vaya comprendiendo las virtudes y las razones del otro, ¿quién duda de que los sentimientos de ahora pueden cambiar, pueden cambiar en absoluto?

Germaine se levantó: rápida, brusca. E inmediatamente refrenó el impulso y volvió a sentarse. El padre Eugenio se había asustado: la miraba con ojos muy abiertos, con la mano en el aire.

—¿Sucede algo?

Ella respiró fuerte.

—No, nada. Pero... ¿quiere también insinuar con eso que Carlos y yo podremos casarnos? ¿Es a ese arreglo al que usted se refiere?

El padre Eugenio no le respondió. Bajó la vista. Abrió los brazos, con las palmas extendidas, y los cruzó luego sobre el regazo.

—Comprendo que esa solución no te gusta.

—¿Cómo va a gustarme? —Germaine se levantó y quedó de pie sobre la raída alfombra: los brazos rígidos, enérgicos—. Usted que conoce el mundo, ¿ha podido pensar alguna vez que Carlos llegue a ser mi marido? Porque usted no es como la gente de este pueblo, ni como Clara Aldán, ni siquiera como mi tía. Usted sabe que yo no puedo ir por el mundo con un hombre como Carlos —rio—. Necesito un marido mínimamente presentable.

—¿Encuentras que Carlos no lo es?

Había cambiado el tono de voz de fray Eugenio: parecía sorprendido e incluso molesto. Germaine recogió los brazos y habló en tono más dulce:

—Bueno. Usted es su amigo y lo aprecia, y quizá en tantos años haya olvidado también la clase de hombre que necesita una cantante como marido.

Volvió a sentarse y se acercó al padre Eugenio.

—Es curioso. Ayer he hablado de eso mismo con Clara. He tenido que decirle que su hermano me serviría mejor que Carlos. Juan, al menos, sabe vestirse y es un hombre culto y educado.

El fraile se echó a reír —«Y Carlos, ¿no?»—. La risa era franca, incluso alegre.

—¿Por qué se ríe, padre?

—Porque si todas las dificultades nacen de ese equívoco, el asunto está resuelto —se levantó y dio unos pasos largos, mientras soplabla los dedos

entumecidos—. ¿Cómo podré decirte que estás en un error?

—No lo estoy, padre. Lo menos a que tengo derecho es a que se me comprenda como artista. Me comprendió Aldán y se puso de mi parte desde el primer momento; hasta el pueblo que llenaba la iglesia el otro día, y las señoras que estuvieron ayer en mi casa, y no digamos el padre prior y usted, me comprendieron. Solo Carlos se muestra insensible. Canté para él el día de mi llegada, para él solo. Lo hice adrede, a la primera insinuación, sin hacerme rogar, porque sé que el canto convence más que las razones. Pero fue inútil. El canto resbaló sobre la piel de Carlos como sobre la piel de un elefante.

El fraile seguía sonriendo. Restregó las manos y las escondió en las bocamangas.

—Aquella tarde de tu llegada estuvo a verme en la iglesia. Yo había terminado mis pinturas. Me habló de ti y de tu canto. ¡Cómo me gustaría recordar ahora sus palabras exactas! Te halagaría conocerlas.

—Serán, más o menos, las que me dijo a mí, o parecidas: palabras elementales de cortesía: «¡Qué bonito! ¡Qué bien canta usted!». Lo que puede decir un ignorante.

—Carlos no lo es.

—Admito que pueda ser un sabio en su profesión, pero no sabe una palabra de música. Carece, además, de sensibilidad. Toqué para él, al piano, un vals de Chopin. A Chopin le entiende todo el mundo, Chopin llega a todos los corazones. Menos al de Carlos. Ponía cara de bobo al escucharlo. Como si hubiera tocado un pasodoble. No hacía más que mirar mis manos.

Aquí, el rostro del padre Eugenio se ensombreció. Dijo en voz baja, como si hablara para sí: «¿Eso hizo?». Y empezó a pasear rápidamente, con grandes zancadas, las manos a la espalda y el cuerpo inclinado hacia delante. Germaine le miraba ir y venir, una, dos, tres veces... Se echó atrás en el asiento, temerosa. Los pasos del padre Eugenio sonaban fuertes sobre las losas, se apagaban al cruzar la alfombra y volvían a resonar. Hasta que se detuvo: también inclinado y con gesto entre furioso y enojado. Le tembló la voz.

—Eso no lo tolero, ya lo creo que no lo tolero. ¡Pues no faltaba más!

Germaine se aplastó contra el respaldo del sillón.

—No le entiendo, padre. No sé qué quiere decir.

El fraile alzó los brazos al techo y gritó:

—Que Carlos te ha engañado. ¿Lo comprendes ahora? Carlos sabe de música más que de cualquier otra cosa; hubiera sido incluso un gran pianista si no le hubieran obligado a ser médico. Pero es todavía un pianista bueno, un hombre que toca todos los días durante dos o tres horas, y no ignora a Chopin, y puede mejor que nadie juzgar la calidad de tu voz. ¿Lo entiendes ahora? Miraba tus manos para estudiar tu técnica. Te ha engañado, y eso no lo tolero.

Se dejó caer en el sofá. Germaine había perdido el temor y, poco a poco, se aproximaba a él. Tendía las manos, interrogantes.

—Pero ¿por qué?

—Eso me pregunto yo. ¿Por qué? ¿Y para qué? Porque de una cosa sí estoy seguro, y es de que Carlos no se propone perjudicarte.

Germaine se pasó la mano por la frente.

—Cada vez lo entiendo menos, padre. Es decir, no entiendo absolutamente nada. Tengo la impresión cada vez más fuerte de haber caído en un mundo en que los locos andan sueltos por la calle, y en que los más locos son los que tienen que ver conmigo.

La voz del padre Eugenio se tiñó de melancolía.

—No estamos locos —dijo—. ¡Ojalá!

Escondió la cara entre las manos. Después miró a la ventana sucia, al poco cielo que se veía por ella.

—Ni Carlos ni yo lo estamos. Pero jamás lograré entender por qué Carlos se condujo de esa manera. Es bueno y cortés —se volvió a Germaine y añadió con pasión—: Le quiero de veras, y su compañía me ha hecho mucho bien. Solo una persona me ha merecido más confianza que él en este mundo, y esa persona casi no pertenecía al mundo.

Empezó a buscar en los bolsillos y preguntó a Germaine si le permitía fumar. Ella dijo que sí.

—Jamás Carlos hizo ni dijo nada que anunciase esta conducta, sino todo lo contrario. ¿Cuántas veces habremos hablado de ti? Durante el verano, cuando yo descansaba del trabajo en la iglesia..., un día y otro hablaba de ti con entusiasmo, casi con amor. Por debajo de sus bromas, se veía que se consideraba un poco como tu padre, y que empezabas a ser para él algo así como una esperanza. Él, que jamás se preocupó del dinero, llegó a pensar en

algún negocio para que tu herencia aumentase. Estaba dispuesto a sacrificar su vida por ti. Cuando alguna vez le dije que tenía que hacer en el mundo algo más que cuidarte, me respondió que, gracias a ti, iba a tener algo verdaderamente serio en qué ocuparse.

Germaine hizo un gesto vago con la mano.

—Nada de eso concuerda con su conducta de ahora.

La mirada del padre Eugenio se apartó de la ventana y buscó una esquina sombría en que enredarse.

—No esperaba, no podía sospechar que te dedicases al canto. Esto le causó una desilusión —hizo una pausa—. Sí, eso tiene que ser...

—Bien. Pero estará usted de acuerdo conmigo en que no voy a renunciar a lo único que me importa en la vida por complacer a un hombre al que conozco hace una semana y que solo por la ocurrencia de mi tía tiene que ver en mi vida. Suponga que mi tía hubiera hecho un testamento normal. ¿Qué sería Carlos para mí más que un pariente lejano al que se recibe de visita?

Se levantó.

—Quiero que usted me ayude a resolver mi situación, padre. Háblele a Carlos. No puedo permanecer aquí mucho tiempo más. Necesito volver a París, pero no puedo irme sin mi dinero. Tiene que haber unas razones que le convenzan, o quizá la autoridad de una persona... Juan Aldán me dijo que él podría...

—¿Aldán?

El fraile rio y negó con la cabeza.

—Él me lo dijo. Que tenía influencia sobre Carlos. Pero yo he pensado que usted, quizá, por su condición de fraile, y por su amistad, y por lo mucho que le quiere...

—Iré a verle esta misma tarde.

Lo dijo sin convicción, desmayadamente, mientras se levantaba; y añadió, ya de pie:

—Y tú también deberías hacerlo, ahora mismo. Habéis regañado, y vas a firmar las paces. Carlos es muy sensible: ya verás como se olvida de todo.

La cogió del brazo y la sacó al zaguán. Alguien había dejado abierta la puerta del claustro y entraba una luz violenta.

—La casa de Carlos queda de camino. El chófer sabrá llevarte. Te gustará:

tiene una vista muy bonita.

Abrió el postigo, y el viento los sacudió. Volaba la capa del fraile y tiraba de él. Las manos, los brazos del padre Eugenio peleaban contra el viento y la capa. Germaine sonrió. Por fin, el fraile pudo sujetar la capa, recogerla sobre el cuerpo y agarrarla con los brazos.

—No digas a Carlos que has estado conmigo, ¿eh?, ni te des por enterada de su engaño. Y que no te note que has llorado.

El chófer, sin apearse, había abierto la portezuela y esperaba la entrada de Germaine. El viento barría la quintana, chocaba contra las esquinas, silbaba en remolinos.

—Iré, pero vaya usted a verme esta tarde, después de hablar con él.

El fraile esperó a que el coche arrancase. Levantó un brazo para decir adiós, y la capa, suelta otra vez, se hinchó, voló, le envolvió la cara. Tanteando, halló el postigo y entró en el zaguán. El chófer dijo algo sobre la pelea del fraile con la capa. Salieron a la carretera: grandes olas verdes rompían a un lado y a otro, trepaban por el talud, llegaban mansamente a la calzada.

Germaine miró la mar oscura, salpicada de salseros blancos. Allá al fondo, sobre el cielo limpio, se recortaba el perfil de unas montañas. Sacó del bolso una polverita y comenzó a borrar las señales del llanto.

La Rucha, en el asiento delantero, seguía charlando con el chófer. El motor apagaba sus palabras. Germaine corrió el vidrio de separación.

—¿Está muy lejos?

—No, señorita. Aquí a la vuelta.

Pasado un gran recodo, desde lo alto del cerro, se vio Pueblanueva, allá en el fondo: prisionera de los montes y las olas, apretada, y las torres, como si quisieran escapar.

—Al final de esta cuesta, señorita. Detrás de aquellos árboles.

Dejó de verse la villa. Los árboles quedaban a la izquierda, allá arriba, grandes, negros: asomaba entre ellos una esquina de piedra. Y la carretera empinada, llena de curvas, trepaba por el repecho del cerro, entre setos de zarzas quemadas por el frío. El coche refrenó la marcha, entró en una vereda estrecha, llena de baches, y el chófer se apeó y franqueó el portal de hierro. Árboles más pequeños hacían bóveda por encima del camino, descuidado, con

ramas y hojas podridas en las cunetas.

Aquello daba tristeza.

El coche se detuvo y el chófer acudió a abrir la portezuela. Germaine descendió.

—¿Espero también?

—Sí, haga el favor.

Una plazoleta rodeada de magnolios y, al fondo, la fachada gris: gran portal, balcón de piedra, blasones. Y también hiedra, hendiduras, verbenas, y helechos en las juntas de los sillares. Germaine avanzó por encima del barro y de los charcos hasta el portón cerrado, que se abrió antes de llegar ella. Paquito, el Relojero, se quitaba la pajilla, hacía una reverencia.

—¿Viene a verle?

Ella retrocedió un paso y miró, temerosa, al chófer y a la Rucha.

—A don Carlos, sí.

—Espere que le aviso. Entre.

Los ojos bizcos del Relojero se movían furiosamente, del coche a Germaine, de Germaine al coche; pero sonreía.

—Entre.

—¿Y usted? ¿Quién es?

Paquito rio y se encasquetó la pajilla.

—¡Ji, ji! ¿No se lo dijo? Entre. Él estará arriba. Le avisaré.

Se coló antes que Germaine, subió rápidamente la escalera, sus pasos retumbaron lejanos. Germaine entró. En el chiscón del loco había una luz de carburo. Curioseó a través de los vidrios: la mesa, la yacija, el instrumental menudo. Todo limpio y en orden. No se dio cuenta de que el loco había regresado.

—Le está esperando. Venga. ¿Le gustan mis cachivaches? Soy el mejor relojero de Galicia, y también sé afinar pianos y entablillar un brazo roto. Suba. Yo le enseñaré el camino.

Fue delante. Se volvía cada tantos pasos y decía:

—Por aquí. Está en la torre.

Pero antes de terminar el pasillo la silueta de Carlos apareció contra la luz de una ventana remota. Entonces el Relojero dejó sola a Germaine y marchó corriendo.

Quedaba recorrer la mitad del pasillo. Germaine se detuvo y esperó. Carlos avanzaba hacia ella calmadamente, con las manos en los bolsillos y un poco inclinado, como siempre. No le vio la cara hasta que estuvo cerca. Parecía serio, quizá un poco ceñudo, pero le tendía la mano.

—Buenos días, Germaine. Bienvenida a mi cubil.

Inclinó la cabeza. Ella empezó a quitarse el guante, sin acertar.

—Deja el guante. No importa. ¿Qué prefieres? ¿El salón o mi leonera? El salón es este. La leonera está al fondo. Hace frío en todas partes, pero puedo mandar que enciendan la chimenea.

—Es igual.

La puerta del salón estaba franca. Carlos pasó el primero y abrió las maderas de las ventanas. Entró una luz sucia, tristoná.

—No tengas miedo. Los suelos bailan, pero aguantan.

Al caminar Germaine, tintinearón los cacharros de la consola. Miró a un lado y a otro. Grandes trozos de cal se habían desprendido de las paredes sobre la alfombra rota. Delante de una ventana, un jirón de telaraña negreaba a la luz, cargado de polvo.

—Espera aquí. Voy a mandar que enciendan el fuego en otra parte. Estará en seguida. No te sientes, porque te helarás.

Salió y marchó hacia el fondo, dando voces. Se le oyó hablar. Germaine se acercó al balcón, limpió el polvo de un cristal, contempló el jardín descuidado, los grandes árboles violentamente sacudidos. Un ruido de la madera le hizo volverse. Entonces vio el piano, con la tapa abierta y un cuaderno de música en el atril. Se quitó los guantes y los guardó en el bolso. Carlos seguía hablando en un lugar inmensamente lejano, y el viento traía retazos de sus palabras; acaso aquella sensación de hallarse en una inmensidad fuese solo efecto del viento. En todo caso, el piano respondía a un tamaño aceptado, a un tamaño usual. Adelantó una mano, pulsó una tecla. Después, tocó unas escalas, sin sentarse. Sonaba bien. Hojeó el cuaderno y leyó el título: *Pavane pour une infante...* Se retiró rápidamente, y la sensación de lo inmenso desapareció; su lugar lo ocupó el recuerdo del engaño, cuyas pruebas inmediatas se hallaban allí, en el atril. Rabiosa otra vez, se sentó y empezó a tocar fuerte, para que el viento, al llevar las notas de la *Pavane...* al final de la inmensidad, advirtiese a Carlos de que el engaño

estaba descubierto. Después, se levantó. Encima del piano había el retrato de una mujer con moño alto y mangas de jamón, y, en una mesilla, el de un hombre que se parecía a Carlos: un hombre joven, muy elegante, con el hongo en una mano, el bastón y los guantes en la otra. Un gesto duro, apretado, afeaba el rostro de la mujer.

—Ven —dijo Carlos desde la puerta—. Ya está encendido.

—¿Y este piano?

—¡Ah, el piano de mi madre! Un trasto envejecido. Suena a todos los demonios. Aquí, todo está viejo, todo está podrido. Ven. Un día se hundirá la casa conmigo dentro.

La empujó hacia la habitación de la torre. El Relojero hurgaba en los leños, atizaba una llama débil.

—Ya conoces a Paquito, ¿verdad? Es mi gran amigo.

El Relojero se irguió y saludó. Los ojos bizcos, quietos, convergían en su propia nariz. Ella parpadeó y el Relojero hizo una mueca.

—La señorita me tiene miedo. ¿Sabe, don Carlos? Me lo tuvo en cuanto me vio.

Sonrió y se fue. Germaine no sosegó hasta que le vio desaparecer, hasta que Carlos cerró la puerta. Parecía más divertido y había desaparecido la hosquedad de su frente y su mirada. Al dirigirse a ella, su voz sonaba amablemente.

—Siéntate.

—¿Me permites curiosear?

—Si no hay más remedio...

Carlos se dejó caer en un sillón, cruzó las piernas y empezó a liar un cigarrillo. Germaine miró alrededor, se acercó a la mesa, tomó los libros: uno a uno, sin abrirlos, y leía solo el título impreso en el lomo. Un volumen grande resbaló y cayó: Carlos alzó la cabeza.

—No importa.

Ella le contemplaba con ojos sorprendidos: Carlos estaba elegante en aquella actitud, con su cigarrillo, como si en la habitación no hubiera nadie más que él. Se parecía a su padre y no parecía él mismo. Y, sin embargo, nada había cambiado en él, ni siquiera la corbata, ni siquiera las arrugas del pantalón. Tenía los dedos largos, los dedos torcidos de los pianistas, y,

fijándose bien, se movían con delicadeza, y el hecho de liar un cigarrillo llegaba a parecer una ocupación casi espiritual. No la miraba, y ella le veía de reojo, dejando que la mirada resbalase del lomo de un libro y se detuviese en el dibujo del labio, en la frente. «¿Cómo he podido pensar que es un patán?» Se sintió llena de temor y respeto, y, casi al mismo tiempo, se indignó de respetarle y temerle. Hizo un esfuerzo, arrojó el libro que tenía en las manos.

—¿Es pueril o diabólico, Carlos? —se apartó de la mesa, se echó hacia atrás, hasta alcanzar el apoyo del anaquel.

—¿El qué?

Acercaba el cigarrillo a los labios, humedecía el borde con la punta de la lengua, y la miraba como si no entendiera la pregunta.

—¿El qué? —repitió.

—Tus libros están en francés, en inglés y en alemán, y en tu piano hay una pieza de Ravel.

—Eso solo quiere decir que a veces toco a Ravel y que entiendo esos idiomas.

Encendió, por fin, el cigarrillo y señaló a Germaine el sofá. Lo hizo con gesto amable, casi cortesano.

—Siéntate, te lo ruego.

Ella dejó el bolso y los guantes sobre una silla, pero permaneció de pie. No respondió a la cortesía de Carlos. Casi no la advirtió. Su voz tenía resonancias de ira contenida.

—Cuando toqué a Chopin dijiste que lo desconocías, y cuando hablé en francés, no diste señales de entenderlo. ¿Por qué?

—Si no te sientas, tendré que levantarme yo; pero de estas cosas se habla mejor sentado.

—No me siento.

Carlos se levantó perezosamente.

—Como quieras.

Metió las manos en los bolsillos, se encogió de hombros, dio un paseo corto. Germaine lo seguía con la mirada, muy abiertos los ojos. Carlos se volvió hacia ella, sacudió la cabeza:

—Hacer una cosa es fácil: basta seguir el impulso, responder a una situación con una ocurrencia espontánea, dejar libres las palabras y los

movimientos. Como los niños y como los animales. Es muy hermoso. La conciencia lo estropea todo, hasta la manera de andar, y es natural que una persona demasiado consciente, una persona que piensa mucho lo que hace, se dé alguna vez el gusto de hacer algo sin pensarlo. Lo malo es explicarse luego. Aunque se quiera entenderlo y decir la verdad, siempre hay algo que, desde el fondo de uno mismo, gobierna los conceptos, y el gesto, y el tono. Uno quiere ser veraz, y lo es solo a medias. Uno cree hablar de acuerdo con la conciencia, pero los poderes oscuros obligan a disfrazar las palabras.

Se había detenido junto a la mesa, un poco apoyado en ella. Antes de cada chupada, contemplaba con fijeza la punta del cigarrillo y hacía pausas.

—Hace ocho meses que te esperábamos, los demás del pueblo y yo. ¿Cómo podría explicarte las causas de esta expectación? Tendría que contarte antes la historia del pueblo y la de tu familia; tendría que describirte sucesos y personas, y aun así no quedaría claro. Admite el hecho de que esperábamos, de que te esperábamos a ti, aunque, a la postre, no fueses tú la esperada. Porque nadie sabía de ti, nadie sabía verdaderamente qué esperaba con el nombre de Germaine. ¿Cuántas veces se habrán preguntado los socios del casino cómo sería la francesa? Yo mismo me lo pregunté muchas veces. Tenía un retrato tuyo y unas cartas, unas cartas convencionales, casi impersonales, que yo creía de una chica ingenua, no de una mujer precavida. ¡Qué difícil era acertar! Cada cual te imaginaba a la medida de sus deseos y hasta de sus propósitos; pero estoy seguro de que para todos fuiste, durante ocho meses, un personaje romántico, una doña Mariana joven, un poco deformada por la lejanía y por vivir en París. Sí. El hecho de haber nacido, de haberte criado en París, influyó mucho en la imagen que nos hacíamos de ti. Incluyo la mía, naturalmente, que también era romántica. Sin embargo, nos preparábamos para tu llegada. Y yo me preguntaba: ¿cómo podré retener, encantar a esa niña cuando venga? Porque había que encantarte, había que transfigurar la realidad para hacerla digna de ti; si quieres, para hacértela habitable; una realidad casi poética, quizá dramática, en cuyo centro pudieras instalarte. Tenía que aprovechar las tardes de invierno. Las tardes de invierno son largas. Muchas veces tocaba el piano para tu tía, hasta que le entraba el sueño. Pensé que también podría tocarlo para ti, no para dormirte, naturalmente. Y me puse a estudiar con el mayor entusiasmo piezas francesas, porque esperaba que en esa

casa tan francesa, la de tu tía, te sentirías mejor con música francesa, y que la música francesa me ayudaría a la transfiguración. Ravel, claro, y Debussy. Una chica francesa educada en un buen colegio no ignora a Ravel ni a Debussy.

Alzó la mano y detuvo una interrupción de Germaine.

—Espera. Ya hablarás, te lo ruego. Confieso que mi imaginación concibió una muchacha indefensa, asustada, acaso temerosa. La cara de las personas revela un poco su carácter, y me preocupaba la debilidad de tu mandíbula, esa mandíbula tuya tan poco enérgica, tan delicada. Me sentía dispuesto no solo a encantarte, sino también a protegerte. En realidad, solo estaba aquí para eso, solo eso me detuvo durante ocho meses, porque al mismo tiempo, yo quería marchar, o, si lo prefieres, huir. El testamento de tu tía no me hizo feliz: echaba sobre mis espaldas una carga de deberes demasiado pesada. Lo natural hubiera sido rechazarla. Pero tu barbilla delicada, el temor a tu debilidad, me obsesionaban. ¿Qué harías tú sola en este pueblo de lobos, qué harían los lobos contigo? Tu tía no había dejado muchos amigos; los que la odiaban, te odiarían a ti, y te harían daño quienes no se atrevieron a hacérselo a ella. Evidentemente se producía, mientras se te esperaba, una conjuración de monstruos dispuesta a convertirme en víctima. Y aunque no me sintiese muy fuerte, solo yo podría estar a tu lado. Me fui quedando, y, ya que no otra cosa, preparaba mis armas de encantamiento, que son muy pocas: el piano y la imaginación; pero que además no son armas que valgan para todo el mundo. Servían, eso sí, para la chica que yo había imaginado, porque quizá no me atreviese a imaginarte de otra manera; como eres, por ejemplo: una chica para la que no valen la imaginación ni el piano.

—¿Una estúpida?

—¡Oh, no, de ninguna manera! No lo he pensado jamás de ti. No imaginé un carácter, sino una situación, o, en todo caso, el carácter que convenía a esa situación. Hasta que te vi descender del tren y hablé contigo. Comprendí inmediatamente que me había equivocado. No eras débil, a pesar de tu barbilla, no había que protegerte, y sería difícil encantarte. Estabas hecha, quizá prematuramente, y tu mundo de ilusiones estaba repleto: no cabía ninguna nueva. Apeteces aplausos, triunfos, gloria, justamente lo que ni tu tía, ni yo, ni nadie de nosotros puede darte. No nos pertenecías ni por un deseo, ni por una esperanza. Tu padre, que no tenía nada propio, porque lo que le

pertenecía, lo nuestro, lo había destruido, lo había convertido en máscara, te preparó para que apetecieses lo que tu madre había buscado y deseado. Hizo bien a su modo, y no tengo derecho a reprochárselo. Pero al hacerlo, te apartó de nosotros. Es curioso: en el momento en que yo lo adivinaba, cometiste un error. Te engañó, seguramente, mi chaqueta de pana, a pesar de ser nueva, a pesar de habérmela hecho solo para ti. Mi chaqueta de pana es una vieja costumbre de estudiante. No me imagino ya con otra ropa. Pero a ti te engañó. Las corbatas de Juanito Aldán te parecieron más civilizadas. Deploraste en tu corazón tener que entendértelas conmigo y no con él. Cuando hablabas de tus estudios, de tus óperas y de tus futuros conciertos, te dirigías a él, y no a mí. Aldán no entiende una palabra de música, y yo casi no entiendo de otra cosa. Mi madre, ¿sabes?, quiso que tocara el piano porque lo consideraba un estupendo instrumento de éxito social, que a mí solo me sirvió para mí mismo, para mi soledad, y algunas veces para personas amigas. Las hay que escuchan sin pensar que se debe aplaudir al final y que se preocupan solo de que la música establezca una comunidad de espíritu, de emoción y de vida entre el que toca y el que escucha. Para esas he tocado alguna vez, pero también, las más, para mí, y, en esta casa, para sus fantasmas. ¡Era tan gracioso ver cómo explicabas a Aldán lo perfecto de tu impostación, y cómo él fingía entenderte! Te hubiera decepcionado saber que solo yo te entendía, y que cuando cantaste por primera vez... —hace unos días, el de tu llegada—, yo podía decirte si tu escuela y tu estilo eran buenos o no. Podía juzgarte.

Hizo una pausa. Germaine había bajado la cabeza y se agarraba las manos sin sosiego. Carlos empezó a pasear. Iba y venía, abría los brazos o los echaba a la espalda, movía las manos o las guardaba en los bolsillos.

—Además, te sentías superior, o quizá solo lo necesitabas. Seguramente en París hay unas cuantas personas que admiran tu voz, que ven en ti a la futura diva triunfante. Y tu padre también te admira, como admiró a tu madre, que cantaba tan bien como tú. Pero París es muy grande, y cuando atraviesas la plaza del Tertre nadie se vuelve a admirarte, sino, todo lo más, a mirarte, porque eres muy bonita y caminas con majestad. La invitación a cantar en la iglesia te hizo feliz, y el estupor evidente de los que te escucharon, los aplausos, te hicieron sentirte ya como en la ópera la noche de tu triunfo. Tuviste, desde aquel momento, garantizada la admiración de Pueblanueva. La

conjuración de monstruos se desvaneció ante el encanto de tu voz. Era muy difícil que entonces te dijese: Has cantado muy bien, pero...

Germaine levantó la cabeza con furia.

—¿Es que no canté bien?

—¡Oh, sí! Maravillosamente. Por eso no podía decirte que no me gusta la ópera, que la encuentro aburrida y falsa, que es un género artístico inferior y que la voz humana, tu hermosa voz de mujer real, la considero digna de un destino mejor que divertir a los que pagan y aplauden. Todo esto te hubiera sorprendido, te hubiera asustado, te hubiera hecho perder la seguridad encantadora con que, hasta hoy, hasta ahora, te has movido entre nosotros. ¿Valía la pena decepcionarte también? ¿Qué más da que me tengas por un artista o por un patán?

Abrió los brazos y los dejó caer.

—Esta es la verdadera razón de mi engaño. Si es que puede llamarse engaño a lo que no fue más que una ocultación o, como diría un militar, un repliegue. Te pido perdón.

Germaine, ahora, le miraba y movía la cabeza. No, no, no. Carlos se sentó en el brazo de la butaca, dio al cigarrillo apagado una chupada inútil y lo arrojó a las brasas.

—Todo eso me parece innecesario, retorcido. Yo he mentido alguna vez por necesidad, ya lo sabes, porque nuestra vida fue muy dura y había que salir adelante, pero tu mentira es una burla. No puedo perdonarte. Eres malo.

A Carlos le temblaron los párpados, y sus dedos se encogieron rápidamente. Esquivó la mirada de Germaine.

—Quizá.

Ella se acercó, un poco inclinada hacia delante, levantada la voz y conmovida.

—Y no es cierto que lo hayas hecho por cortesía, sino por rabia de que no fuese una pobre muchacha a la que enamorar tocando la *Pavana a una infanta difunta*. Es lo que te hubiera gustado.

—¿Enamorarte?

—Exactamente. No ignoro que mi tía, que no pudo apoderarse de mí en vida, proyectaba hacerlo después de muerta valiéndose de ti. Su testamento no es más que una trampa para que me case contigo.

Carlos castañeteó los dedos.

—Esta Clara, a veces, se va de la lengua. ¡Con un poquito de hipocresía sería perfecta! Hubiera preferido que lo ignorases. Aunque, sabiéndolo, el testamento resulta ya explicable. Tu tía, que despreciaba las leyes, sabía aprovechar la fuerza de las situaciones legales, y quiso hacer de mí tu guardián legítimo. De esa manera, tú y sus bienes estabais a cubierto.

Germaine hizo una mueca de incompreensión.

—Estamos, casi, en 1936 —dijo—. Las personas, al menos en Europa, se casan con quien quieren.

—Tu tía jamás pensó en obligarnos, ni siquiera en sugerirlo. Esperaba que, a estas alturas, se repitiese una situación remota: la de mi padre, enamorado de ella. Lo esperaba, lo deseaba y estaba casi segura de que sucedería. Quizá con eso pretendiera el pago de una deuda que nadie le reclamó, pero a la que se consideraba obligada.

Germaine se encogió de hombros.

—Es un curioso modo de meterse en las vidas ajenas.

Carlos asintió.

—Sí. Porque aunque no nos hayamos enamorado ni estemos dispuestos a casarnos, el caso es que la voluntad de doña Mariana ha influido en las nuestras e incluso ha llegado a transformarlas. La tuya, poniendo condiciones a una herencia; la mía, obligándome a quedarme en Pueblanueva, de donde ya me hubiera ido si no me sintiese en el deber de estar aquí y de hacer cumplir esas condiciones.

Aclaró:

—No me refiero, naturalmente, al matrimonio, que no es una condición, sino una finalidad tácita. No tenemos por qué volver a recordarla.

Germaine quedó un momento pensativa.

—Me he irritado un par de veces, y siento haberlo hecho. No es el mejor camino de llegar a un acuerdo. Porque deseo que lleguemos a un acuerdo.

Arrastró un sillón hasta la chimenea y se sentó. Hizo señal a Carlos de que se acercase.

—Si, como dices, la idea de nuestro matrimonio hace explicable el testamento; si ha sido pensado y redactado así para que nos casemos, al estar de acuerdo, como estamos, en que mi tía se equivocó acerca de lo que había

de suceder, ¿no crees que el testamento se convierte en letra muerta?

Carlos la miró con inquietud.

—¿Adónde vas a parar?

—Una de dos: o usas de las facultades que el testamento te concede y lo pones todo en mis manos, por medio de la fórmula legal que sea preciso, o...

Se interrumpió. Carlos seguía observándola. Su pie derecho golpeaba los morrillos de la chimenea.

—... o rechazamos los términos del testamento y nos atenemos al codicilo.

—¡No!

La respuesta de Carlos fue casi un grito.

—¿Te da miedo? —le preguntó Germaine.

—Sí. Lo confieso.

—A mí no. Lógicamente contendrá unas disposiciones parecidas, aunque no condicionadas. Soy la única heredera de mi tía. Espero que en el codicilo sea más generosa contigo, y hasta lo encuentro natural. Si tanto te quería, y admito que te quiso mucho, allí constará claramente lo que consideró justo que pase a tu poder, pero, con la misma claridad, dirá lo que es enteramente mío.

Levantó la cabeza pausadamente. Volvía a sonreír con dureza, como si hubiese triunfado. Cruzó las piernas, bajó la falda y abrió los brazos.

—¿Quién sabe, Carlos? A lo mejor te conviene más poseer un poco que gobernarlo todo. Si de veras eres un artista, el cargo de administrador no es muy conforme con tus verdaderas facultades.

Carlos se sentó también. Sacó la pipa y empezó a jugar con ella. Mantuvo la cabeza inclinada, la mirada en las brasas del hogar.

—Tienes veintiún años, Germaine. Nada hay más torpe que un adolescente que se cree cargado de experiencia.

Se irguió rápido y apuntó a Germaine con la pipa, a guisa de pistola.

—Te hago una oferta: todo el dinero que pagaron por las acciones, más el que pueda quedar en la cuenta corriente, deducidos los gastos previsibles. El resto de la hacienda queda ahí, a mi cargo, hasta que pasen cinco años. Entonces, volvemos a hablar.

—No.

—Es mucho dinero, Germaine, más del que te autorizarán a sacar del país, y más del que necesitarás durante esos cinco años, por mucho que gastes, por

grandes que sean tus necesidades. Pasa bastante, según mis cálculos, de medio millón. Si quieres, puedo también enviarte anualmente las rentas de lo que aquí queda.

—No.

—¿Por qué?

—Porque lo quiero todo. Y porque no deseo más relaciones contigo, ni que te sacrifiques administrando lo mío, ni que lo mío esté en tus manos. Me apetece la independencia.

Carlos guardó la pipa y hurgó en las brasas del hogar.

—Está bien. A tus intenciones pasadas unes la antipatía que he sabido ganarme a pulso en los pocos días que duró nuestro trato. No tengo nada que objetar —se levantó—. Diré al padre Eugenio que te acompañe a visitar al notario. Yo no tengo nada que hacer allí, porque yo no rechazo los términos del testamento. Lo haces libremente, conscientemente, porque eres una mujer de experiencia y sabes que tu tía te ha constituido en heredera universal, salvo el pequeño legado que me destine, porque me quería mucho. Son tus palabras.

Se volvió de espaldas, caminó hasta la ventana y estuvo allí unos instantes. Luego regresó.

—Personalmente te deseo la mejor suerte. Cuando tenga noticias de tu triunfo, cuando hayas paseado tu nombre cargado de gloria por los grandes escenarios internacionales, me dolerá el corazón por haber sido, durante unos días, un estorbo en tu camino. Ahora me duele solo por mi torpeza, por haberme portado de tal modo que te lleves de mí un mal recuerdo. Sin embargo, no olvides que me debes tu primera noche gloriosa y que los primeros aplausos los escuchaste en mi compañía. Esto quizá te haga recordarme alguna vez.

Movió la cabeza, frunció la boca. Su mirada parecía vuelta al interior y hablaba como consigo mismo.

—Estoy adquiriendo ya mentalidad de fracasado. Me las compongo siempre para estropear la vida de los otros sin provecho alguno para mí. Y no lo hago voluntariamente, créeme, sino que es ya una especie de manera inconsciente de conducirme. ¡El daño que le habré hecho a Clara no queriéndolo hacer! Sin embargo...

Se encogió de pronto, como si se hubiera doblado sobre sí mismo, y

quedaron sus ojos a la altura de los de Germaine, que le miraba con estupor.

—... Sin embargo, esto ha sido irremediable. Lo comprendí al verte en la estación, el día de tu llegada, cuando sacaste del bolsillo el inhalador y empezaste a usarlo. ¡Floc, floc! ¡Ya ves, un acto inocente, un acto vulgar! En aquel momento adiviné que las cosas entre nosotros no marcharían bien. ¿Por qué no habrás sacado el inhalador media hora más tarde, cuando ya te hubieras metido en mi corazón y todos tus actos me parecieran buenos? Fue un caso imprevisible de mala suerte o, si lo prefieres, de destino adverso. No tuyo, ¿eh?, sino mío. Mi vida está sembrada de actos como ese, pequeñeces que se agigantan en mi fantasía, que cobran significados anormales, que tuercen mi voluntad porque me crean presentimientos o temores irracionales a los que obedezco. Si fuéramos amigos, te contaría que estoy aquí a consecuencia de un sueño. ¡Cómo se reía doña Mariana cuando se lo explicaba! Soñé algo relacionado con esta habitación, con esa puerta, con mi padre, y aquel sueño me sacó de Berlín, de la compañía de una mujer que me facilitaba la vida y me hubiera facilitado también la muerte, y me metió en una danza todavía inacabada, una danza en la que entraste para ser protagonista y de la que vas a salir sin más que un papel secundario. Yo continúo bailando.

Había seguido encogiéndose mientras hablaba, y al terminar quedaba de rodillas. Se levantó de un salto y dijo:

—En fin, para terminar, ¿quieres que toque para ti la *Pavane*...? Es una pieza solemne y muy apropiada al caso.

Germaine se levantó también.

—No, gracias. Es tarde y hay una casa donde me esperan. Lo siento.

Carlos se adelantó a abrir la puerta.

—¡Oh, no lo sientas! No creas que soy un mago y que mi ejecución iba a embrujarte y quizá a retenerte aquí contra tu voluntad. Soy un pianista bastante vulgar, sin el menor poder de encantamiento. Los Churruchaos no somos seductores, salvo tú, con tu voz. Y tu voz no nos pertenece. Por cierto que...

La miró y una ráfaga de temor atravesó sus ojos.

—¿Qué?

—Nada, nada —se hizo a un lado y dejó salir a Germaine—. En esta tierra vemos brujas fácilmente y yo acabo de vislumbrar una, pero está muy lejos todavía.

Durante el almuerzo, don Jaime había pronunciado solo las palabras indispensables, pero no había dejado de mirar a Germaine: una mirada cargada de asombro y de fatiga, una mirada sin brillo, casi sin vida, como lejana, como obsesionada. Doña Angustias, locuaz, servicial, no lo había advertido. Cayetano, sí, y también había buscado en el rostro de Germaine lo que su padre hallaba o recordaba. Para don Jaime, Germaine era el pasado: Mariana había sido así, la había visto así la primera vez que se habían hablado. Cayetano no le encontraba parecido con la vieja, salvo en el aire y en la figura.

Tampoco hablaba apenas Cayetano. Doña Angustias había sacado a relucir la vajilla inglesa, los cubiertos de plata, el cristal de Bohemia, los manteles de hilo, y a todo se había referido y todo lo había puesto de relieve por si Germaine, distraída, no advertía su calidad y valor. Hacía la historia de cada cosa y recordaba la ocasión en que Cayetano se la había regalado, si tal santo o tal cumpleaños: porque todo era regalo de Cayetano, y también el comedor de caoba, y el juego de café, que ya lo vería, venido de Dinamarca, y tantas, tantas cosas más, que no podía enumerar, pero que ya tendría ocasión de ver algunas de ellas, al menos.

—No es porque esté delante, pero no hay en el mundo hijo más bueno que el mío. Aunque a usted le hayan dicho que es malo...

—¡Señora, por favor! Nadie me ha dicho nada y ya veo que son ustedes encantadores.

Cayetano aguantaba impávido. A veces sonreía a su madre o a Germaine, a cuya derecha le habían sentado. Le había servido vino un par de veces, instado por su madre... «Sírvele vino, hijo.» Y también le había servido una porción del enorme flan traído por la criada en recipiente de plata. «Una fuente preciosa, ya lo ve usted. Me la trajo de América cuando cumplí sesenta años. Es india, ¿verdad, hijo?»

—No, mamá. Peruana.

—¡Ah, bueno, para mí es lo mismo! Negros los de Cuba, indios todos los demás.

Les sirvieron el café en la salita de estar. Don Jaime quedó rezagado en el comedor y no volvió a comparecer. Doña Angustias se las compuso para

sentar a Germaine entre ella y Cayetano. Y cuando la criada dejó sobre la camilla la bandeja con el servicio, repitió las alabanzas a la porcelana de Dinamarca.

—Usted también tiene muchas cosas como estas, ¿verdad?, y mejores. Por lo que pude ver el otro día... Y la difunta de su tía tenía fama de que su casa estaba llena, como un huevo, de loza antigua y de plata —se inclinó un poco para mirar a Cayetano—: ¡Si vieras, hijo! El salón es una preciosidad. ¡Aquella lámpara y aquella alfombra! .

—Ya los he visto, mamá, varias veces. El salón, y la lámpara, y la alfombra, y muchas cosas más.

—¿Se lo va a llevar todo? Porque es mucho lo que hay en esa casa.

—No, señora. ¿Cómo lo voy a llevar? No tendría dónde meterlo.

—Pues será una lástima que lo deje aquí. En las casas cerradas los muebles se estropean.

Germaine aclaró:

—Tampoco voy a dejarlo. Pienso venderlo todo.

Doña Angustias no manifestó más que una discreta sorpresa, expresada con un abrir de ojos y una inclinación de la cabeza.

—¿Venderlo? ¿Y la casa también?

—Todo. La casa, y las tierras, y cuanto no pueda llevarme. ¡Y es tan poco lo que necesitamos mi padre y yo! Para amueblar una casa pequeña no valen la pena muebles tan grandes y tan pesados. Pienso quedarme con las ropas, y la plata, y algunas chucherías bonitas que he visto por allí. Lo demás...

Doña Angustias volvió a inclinarse, volvió a buscar la mirada de su hijo.

—¿Tú oyes, Cayetano?

—Sí, mamá, y no me extraña. Si esta señorita no se queda en Pueblanueva, ¿para qué quiere tanto cachivache? Doña Mariana vivía de una manera que ya no se usa por el mundo. La gente, ahora, es más sencilla y no necesita palacios ni montañas de muebles.

—¡Ay, hijo, pero una buena casa es siempre una buena casa!

Doña Angustias se aproximó a Germaine y la cogió del brazo. En aquel momento Germaine se llevaba a los labios la taza del café. Vaciló y derramó un poquito sobre la falda. Doña Angustias acudió en seguida a una servilleta. «No se preocupe.» Llamó a la criada, pidió un sifón y, con la servilleta

mojada en agua de seltz, limpió repetidas veces la mancha. Cayetano la contemplaba sin pestañear, sin mover los labios ni la cara.

—Y dígame, ¿ya tiene usted comprador?

—No he hablado de esto con nadie más que con ustedes.

—Pues por ahí ya se dice que usted se marcha y que lo vende todo — intervino Cayetano.

—A mí también me lo dijeron en la iglesia. Y en seguida pensé que si se pone usted en manos de cualquiera perderá mucho dinero. Porque querrán aprovechar la prisa.

—Pero, mamá, ¿a quién conoces que tenga dinero suficiente...? Porque los bienes de esta señorita no valen cuatro cuartos.

—Sí, claro. Como tener, solo nosotros...

Cayetano se echó atrás en el sofá y entornó la mirada.

—Tampoco nosotros lo tenemos, mamá.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Se le había cuajado el asombro en la cara y lo manifestaba, no a su hijo, sino a Germaine, como preguntándole: «¿Ha visto usted qué cosas se le ocurren a mi hijo?».

—Digo lo que has oído, mamá. Somos ricos, pero en esta ocasión no tenemos dinero. Nuestro dinero ha pasado, en buena parte, a esta señorita.

Se apartó un poco; luego se levantó, acercó una silla a la mesa y se sentó de modo que viera directamente a su madre y a Germaine y que ellas le vieran también. Empezó a liar un cigarrillo.

—Doña Mariana Sarmiento poseía ciertas acciones de nuestro negocio. Doña Mariana Sarmiento dejó dispuesto que se vendieran y que el producto de la venta se repartiera entre su sobrina y un señor que está en América. Carlos cumplió lo dispuesto en el testamento y yo compré. Me costaron mucho dinero, todo el dinero de que podía disponer.

Sonrió a Germaine y a su madre.

—Lo siento, pero no podremos comprar sus bienes.

—Pero... —doña Angustias temblaba— ¿no has dicho que somos ricos? ¡Somos dueños del astillero! ¡Y de muchas cosas más, Cayetano: casas y tierras! Has comprado lo de todo el mundo. No hace muchos meses compraste el pazo de Aldán, que es una ruina y no sirve para nada.

—Entonces todavía teníamos dinero.

Doña Angustias cruzó los brazos enérgicamente.

—No puedo creerte, hijo. Es como si me dijeras...

Cayetano dejó caer el brazo sobre la mesa. Tenía el cigarrillo en la mano y la ceniza se desprendió.

—Supongamos que los bienes que esta señorita quiere vender valen un millón de pesetas. ¿Quién duda que si las pido habrá quien me las preste? Pero el crédito de mi negocio me prohíbe pedir, ¿comprendes? Y mucho más ahora, que estamos en un aprieto.

Su mirada se detuvo en los ojos de Germaine.

—Porque nuestro negocio está en un aprieto. Sería largo de explicar, pero tiene que ver con la venta de esas acciones. Carlos lo sabe.

—¡Dios mío, Cayetano!

—En otra ocasión hubiéramos comprado de muy buena gana el palacio de doña Mariana con todo lo que tiene dentro. Y lo hubiera pagado en lo que vale, porque soy honrado en mis negocios.

Doña Angustias juntó las manos.

—Pero ¿ni el salón podremos comprar? ¿Aquella alfombra, y aquellos sillones, y la lámpara, y los retratos...? Esas cosas tan buenas no pueden ir a parar a cualquiera. ¡Con tirar un tabique, lo acomodábamos en nuestra sala...!

Cayetano la miró con mezcla de ternura y dolor. Bajó la cabeza.

—Depende del precio. Quizá Carlos lo ponga todo muy caro.

Germaine preguntó bruscamente:

—¿Por qué Carlos?

—Solo él puede hacer y deshacer..., tengo entendido.

—Espero que en este asunto no intervenga para nada.

Cayetano golpeaba la mesa con los dedos y aplastaba sobre el mantel las briznas de ceniza.

—Usted no es muy amiga de él, ¿verdad?

Germaine parpadeó y movió las manos nerviosamente. Bajó los ojos sin contestar.

—Lo comprendo. No es fácil hacerse amigo de Carlos. Tiene un extraño carácter. Sin embargo...

Calló también. Su madre había enlazado las manos, recogidas contra el

pecho, y no dejaba de mirarle, incomprensiva.

—... Tiene eso que se llama un fondo noble. Me consta que con el dinero de usted pudo haber hecho un buen negocio, un negocio limpio y seguro...

Germaine interrumpió:

—¿Con mi dinero?

—¿Por qué no? Legalmente pudiera haber hecho eso o cualquier otra cosa. Estaba autorizado por el testamento. Y se negó a tocarlo...

Cayetano apartó la silla y se levantó.

—Yo no lo apruebo. Ese dinero, él lo sabe, hubiera evitado un peligro, hubiera permitido hacer frente a una posible situación de paro en el pueblo. Quizá usted no pueda comprender que el cierre de los astilleros sería una catástrofe. Pueblanueva del Conde vive de los jornales que pago todos los sábados. Sin usted, estoy seguro de que Carlos Deza hubiera obrado más razonablemente.

Se apoyó en el respaldo de la silla, un poco inclinado hacia Germaine.

—No entenderá usted mi manera de pensar. Y si le digo que soy socialista, quizá tampoco lo entienda. Usted es una cantante, vivió en otro mundo, en un mundo en que todo es lujo, en que se vive del dinero que sobra a los ricos. Para usted el dinero será algo de uso estrictamente personal. Reconozco que doña Mariana pensaba lo mismo y no me extraña en absoluto que usted lo piense. Pero Carlos sabe que el dinero tiene obligaciones, y las hubiera cumplido si no se creyera más obligado a usted. Es un caballero, es decir, un hombre que razona solo hasta cierto punto, pasado el cual, obedece a ciegas a unos principios de conducta cuya bondad o maldad no se paró a pensar. Pero yo soy un hombre de negocios...

Se irguió y miró el reloj.

—Tengo que marcharme. Mis astilleros no funcionan sin mí, ¿comprende? Sepa, sin embargo, que ese dinero que usted va a llevarse, y el otro que se llevará un señor que vive en la Argentina, servían para crear riqueza. Usted, seguramente...

Hablaba en tono seco, cada vez más seco. Su mirada tropezó con la de doña Angustias, suplicante. Se interrumpió.

—Bueno. ¿A qué viene todo esto? Usted no entiende de negocios.

Le tendió la mano.

—He tenido mucho gusto en conocerla. Espero que la veré antes de marcharse.

—¡Oh, claro que la verás! Esta misma tarde. Germaine se va a quedar aquí, a merendar conmigo y con otras amigas, y seguramente querrá cantar algo... ¿Verdad que cantará para nosotros?

—Si a ustedes les agrada...

—¡Naturalmente! Y Cayetano la escuchará. A la hora de la merienda, ya lo sabes.

Esperó a que Cayetano saliera. Inmediatamente se volvió a Germaine y la agarró del brazo.

—No haga caso a mi hijo. Es bueno como el pan, pero los negocios lo traen muy preocupado. Y en cuanto a comprar, ya hablaré yo con él. Sería la primera vez que negase lo que su madre le pide.

Cuando Paquito vino a traer recado de que el padre Eugenio acababa de llegar, entró en la habitación de la torre con un ataque de risa y tardó unos minutos en decir a qué venía. Por fin, lo dijo, y explicó que el fraile le daba risa sin poderlo remediar; le daba risa por lo serio y por lo fúnebre y también porque todos los eclesiásticos le daban risa, unos más que otros, y este más que ninguno.

—Es cuestión de las sotanas, don Carlos, y no por nada malo. ¿Por qué coño les gustará vestir de faldas? Si, además, llevan pantalones por debajo. Hoy se le ven al fraile; se conoce que anda con la sotana subida.

Salió pitando. La casa retumbó de sus zancadas y el temblor se perdió en el fondo del pasillo. Carlos estaba sentado junto al fuego, metido en sí. Se levantó rápidamente y se situó en el hueco de la ventana, contra la claridad que venía del sol vespertino, una claridad que doraba el aire de la habitación y el banco de las paredes. Esperó allí a que el fraile llegase. Cuando le vio aparecer al cabo del pasillo, le espetó:

—¿Con qué pelea san Jorge esta tarde? ¿Con lanza o con espada?

El fraile entró y cerró la puerta. Echó la capa en el sofá y quedó de pie, mirando la silueta oscura de Carlos y un poco deslumbrados sus ojos.

—No vengo a pelear, sino a razonar.

—La leyenda no dice que el dragón fuera un ente razonable, sino terrible. Un personaje instintivo y fogoso, sin la menor idea de la justicia.

—Pero usted la tiene.

—Eso he creído siempre. Cuando niño también me creía guapo, porque mi madre me lo llamaba a todas horas. Sin embargo, a la vista está que no lo soy.

Abandonó el hueco de la ventana riendo y empujó al fraile hacia un asiento junto a la chimenea.

—Ande. Siéntese y tome algo. Hace mucho frío y nosotros vamos a tener, probablemente, una acalorada disputa. Un poco de aguardiente nos dará el calor.

El fraile se sentó.

—¿Por qué bromea?

—Para desarmarlo, padre. Le tengo muchísimo respeto y, además, conozco la debilidad de mis defensas —trajo el aguardiente y copas—. Créame: ninguna diosa bajó al infierno a robarlas para mí. En cambio, las de san Jorge son siempre armas celestes.

Sirvió el aguardiente y dejó sobre la mesa un paquete de cigarrillos. El fraile cogió uno y se inclinó para encenderlo en una brasa. Carlos echó un trago.

—Si quiere café, puedo pedirle al loco que nos lo haga. Ya conoce el intríngulis de la cafetera.

—No, gracias.

—Entonces, empiece. ¿Qué le ha contado la niña? ¿Qué quejas tiene de mí? ¿Le parece poco lo que le ofrezco y lo quiere todo? Acerca de eso ya le di la respuesta. ¿O es que está arrepentida?

El fraile puso cara de extrañeza.

—No lo entiendo.

—¿No viene usted mandado por Germaine?

—¿Quién se lo dijo?

—A cualquiera se le ocurre, después de la escena que tuvimos aquí mismo esta mañana.

—¿Es que se han peleado?

—Pelear, exactamente, no. Pusimos las cartas boca arriba y, al final, quedamos de acuerdo, pero no amigos. Si usted hubiera llegado con otra cara,

pensaría que venía a concretar ciertos detalles. Pero la cara que usted traía parecía más bien de reprimenda. Llegó usted revestido de armas resplandecientes y me dio miedo.

—¿Por qué la ha engañado?

Carlos empezó a reír. Riendo, encendió su cigarrillo y no respondió hasta haberlo chupado un par de veces.

—¡Ah! ¿Es solo por eso?

—Me parece un acto..., ¿cómo le diría?

—Inmoral. ¿O prefiere usted vil? Quizá. Pero solo desde su punto de vista.

—No desde mi punto de vista, sino desde el de Jesucristo. «El que llama *raca* a su hermano, reo es del infierno.» Llamar *raca* es despreciar, y todo el que desprecia...

Carlos alzó las manos.

—Ya sé. Me lo contó usted el otro día: la doctrina angélica del padre Hugo y todo lo demás. Pero yo no he despreciado a Germaine, puede creérmelo, ni he intentado burlarme de ella. Solo pretendí ponerme a tono, y no por nada, sino por razones de equilibrio. Lo que siento de veras es no haber podido invitar al pueblo entero, usted incluido, para que conmigo ofreciesen a Germaine una representación gigantesca. Algunas de las personas con que trató, singularmente, debieran haberse enmascarado. Pienso, por ejemplo, en Clara Aldán. Clara Aldán lleva su drama a flor de piel. Sé que han hablado una o dos veces, y me alegro de no haber estado presente. El contraste habrá sido demasiado violento. Y esta tarde, en casa de Cayetano... ¿Cómo se habrá portado el ogro? ¿Se habrá dado cuenta de que no debía mostrar las uñas, porque sus uñas son demasiado dramáticas? Aunque es posible que me equivoque. Germaine es tan enérgicamente vulgar, que su vulgaridad arrolla, contagia, lo domina todo, todo lo vulgariza. Quizá Cayetano se haya olvidado de que es el ogro y se haya portado con ella como un correcto dependiente de comercio. ¿Quién sabe? La fuerza de la vulgaridad es mucha y Germaine la lleva en la punta de los dedos como una carga eléctrica.

Se enderezó en el asiento y alargó contra el fraile un índice extendido.

—Juzgue por usted mismo, padre. Su situación ante Germaine debería haber sido, al menos para usted, tremendamente dramática. Ella es la hija de quien es, etcétera. Pero dígamela verdad: ¿lo recordó usted una sola vez desde

que la conoció, desde aquel momento emocionante en que se encontraron y se hablaron en francés? ¿No resultó, más bien, que se sintió atraído al terreno de ella y, sobre todo, al problema de ella?

Dejó caer el brazo.

—Germaine es vulgar y yo me he puesto a tono: eso fue todo. Confieso, sin embargo, que un par de veces he intentado sacarla de su terreno y traerla al nuestro. Por obligación moral, ¿me entiende?, a sabiendas de que no conseguiría nada. Y nada conseguí. Su fuerza es enorme. Si se quedase en Pueblanueva transformaría al pueblo, lo haría apacible solo con cantar los domingos en la plaza pública el aria de *La Traviata*. ¿Qué estará pasando ahora mismo en casa de Cayetano? ¡No quiero pensarlo, padre Eugenio! Pero si Germaine canta delante de él, habrá que replantear la situación en Pueblanueva y considerar ese importante factor. Cayetano domado, mejor dicho, vulgarizado por la música de Verdi. ¿Será posible? Y sobre todo, ¿basta con una sesión, o hará falta que Germaine prolongue unos días su estancia y repita la visita al astillero?

Se levantó. El padre Eugenio le había escuchado sin mirarle. Carlos se acercó a la mesa cargada de libros, se apoyó en ella y movió las manos, como enlace mudo de sus palabras.

—Y no crea usted que desprecio la vulgaridad. ¡Dios me libre! La vulgaridad es muy aconsejable y son muchos los que la proponen como remedio de los males humanos. Pongamos el caso de usted y el de Germaine: usted no es feliz, usted sufre, y ella también sufre y tampoco es feliz. Pero si se lleva consigo un millón de pesetas dejará de sufrir y de ser desdichada. A usted, en cambio, nada de este mundo podría remediarle. Porque usted no es vulgar y ella sí. Imagine ahora que todos los dolores de la humanidad fuesen dolores vulgares, dolores curables con dinero o con algo que puede hallarse y tenerse. ¿Quién duda que habría más felicidad y que podríamos esperar ser todos felices algún día? Usted, y yo, y Clara, y hasta Cayetano. Los apóstoles del futuro predicarán la vulgaridad obligatoria y los políticos la impondrán por la fuerza de una pedagogía debidamente orientada. Y en ese mundo, que ya empieza a existir, que ya existe en parte desde siempre, Germaine será estrella, una estrella a escala internacional, pasajera de los grandes transatlánticos, huésped de los grandes hoteles, cliente de los grandes

modistos y, si hace falta para mantenerse en la primera fila de la actualidad, protagonista de los grandes escándalos.

Quedó con los brazos alzados por encima de la cabeza, tensos, y las manos crispadas. El fraile no se había movido, ni le movió el grito final. Poco a poco la tensión de los brazos se fue aflojando, y la del rostro, y los bajó hasta dejarlos caer. El fraile, entonces, se levantó y se acercó a Carlos.

—Muy bien. Y del dinero, ¿en qué han quedado?

Carlos se abrochó la chaqueta y ocultó las manos en los bolsillos.

—Tendrá que ir usted con ella al notario. Quiere que se abra el codicilo.

—Y usted, ¿no va?

—No. Yo ahora estoy conforme con el testamento y le hice una oferta que rechazó. Claro que también puede ir ella sola, o con su padre, pero no me parece conveniente. Es mejor que la acompañe usted por varias razones, entre otras, porque usted es su único paladín.

El padre Eugenio le echó la mano a un hombro y lo atrajo afectuosamente.

—Está usted dolido, Carlos, pero injustamente. Cada cual es como es, y no tenemos derecho a preguntar al cielo por qué no hace a las gentes a la medida de nuestro gusto. Sobre todo, cuando, como en el caso de usted, es el gusto de un esteta incorregible. Porque usted es un esteta y a mí me gustaría que fuese un ser normal capaz de respetar a los demás como son, ya que no puedo hacer de usted un hombre religioso que vea a los demás como criaturas de Dios, como seres en los que Dios palpita y arde. Ahora bien: lo que no debo permitir es que su disgusto influya en el arreglo de la situación de Germaine. Olvide su vulgaridad y ofrézcale una solución justa.

—Esta mañana le propuse entregarle todo el dinero. Casi medio millón de pesetas, o quizá más. Y ha dicho que no.

Encogió el torso y bajó la cabeza.

—No lo ha dicho, o al menos a mí, pero supongo que su inmensa vulgaridad le hace creer que me muevo por interés, y usted sabe que no es así.

Volvió a erguirse e hizo frente al fraile.

—Me opongo a que se venda la casa de doña Mariana, a que se vendan sus objetos. Me opongo porque, en conciencia, creo que el dinero ofrecido a Germaine es suficiente para sus necesidades y que no le frustraré la carrera si impido esa venta. Me opongo mientras pueda hacerlo. Ahora bien, si los

términos del codicilo la autorizan...

Se encogió de hombros y sonrió.

—Vaya usted con ella, vean al notario. Mañana mejor que pasado. Yo me desentiendo de todo. Y no pierda el tiempo en explicarle que mis motivos son honrados y que, aunque no lo crea, soy un caballero. Su opinión me importa un bledo.

—¿Por qué la desprecia, Carlos?

—¿Yo? ¿Despreciarla yo?

Dio rápidamente la vuelta, corrió a la ventana y se quedó allí. El fraile permaneció quieto unos instantes; luego, sin hacer ruido, abrió la puerta y salió.

Por encima de las colinas, más allá de la ría, caía el sol, y el dorado de su luz se hacía púrpura. La mar se había oscurecido y parecía tranquila. Los árboles del jardín estaban quietos; pero, allá, hacia el suroeste, asomaban nubes blancas de niebla que resbalaban por las colinas.

—Sí. Mañana va a cambiar el tiempo. Está ahí la niebla.

El Relojero hablaba desde la puerta y su mano agitaba un papelito verdoso. Carlos fue hacia él.

—¿Qué pasa ahora?

—Trajeron esto.

Era un telegrama. Carlos lo abrió apresuradamente.

«Lucía muerta. Estoy desconsolado. Llegaremos mañana.»

Y firmaba: «Baldomero».

La sirena del astillero sonó a las cinco y media. Cayetano se hallaba en un extremo de las gradas, bajo la popa: los obreros montaban las hélices. Al sonar la sirena siguieron trabajando. Cayetano les rogó que terminasen la tarea y pasasen luego por la oficina a cobrar un extraordinario. Le dieron las gracias. Llamó a un turno de retén y mandó que trajesen luces, y a un guarda encomendó que fuese a la cantina y encargase vino. El conserje llegó diciendo que la señora le esperaba.

—Dígale que tardaré un poco, que vayan merendando.

Esperó la llegada del vino y bebió un vaso con los trabajadores. Después

pasó por la oficina y dio algunas órdenes. Martínez Couto le dijo que la señora había vuelto a preguntar por él.

Entró en su despacho y se encerró por dentro. Se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, que apagó apenas encendido. Tenía la boca seca y la cabeza revuelta. Se levantó, se sirvió un whisky y bebió un trago. Ardía un buen fuego en la chimenea, llamas largas y fulgurantes de un tronco hecho ascuas: lo golpeó con el hierro y se desprendieron fragmentos rojizos, casi transparentes, que caían en la ceniza y oscurecían. De un costado del tronco brotó, de pronto, una llama más blanca que las otras, como un chorro de fuego, y hacía ruido como si el tronco resoplase por aquella grieta; hasta que se agotó el palito y el chorro quedó reducido a una llamita débil, asumida inmediatamente por las otras. Cayetano, de pronto, dio una patada a los morrillos y los derribó sobre el hogar. Bebió otro trago. Del fuego alborotado ascendían vahos calientes. Apagó las luces y abrió una ventana; vio por la rendija, allá lejos, en medio de un espacio iluminado, el ajeteo de los que montaban las hélices, y sombras que iban y venían alrededor. Llegaba de la mar un aire fresco que sorbió ávidamente. Sonó el timbre del teléfono y lo dejó sonar.

A aquella hora, en aquel instante, estarían reunidas, alrededor de Germaine, las amigas de su madre. Doña Angustias la tendría sentada a su derecha, y le enviaría sonrisas y zalemas, y le recomendaría este bollo o aquel pedazo de bizcocho, los mejores. Seguramente, Germaine habría cantado ya, y su madre, y las señoras, y quizá también las criadas, estarían como bobas y se comunicarían en voz baja su admiración por la francesa. Las veía, casi las oía cuchichear, intercambiar exclamaciones de asombro por lo bonita que era y por lo bien que cantaba.

A su madre y a todas sus invitadas doña Mariana las había despreciado.

Sentía su corazón hundido, pero en calma. Podía pensar fríamente, aceptar la realidad: «La puñetera vieja me ha vencido. Le quedaba en el mundo esta mema con voz bonita para humillar a mi madre y humillarme a mí». ¡Había dicho, había pensado tantas veces que también Germaine pasaría por su cama, como las otras...! Y aunque después había dejado de decirlo y de pensarlo, aunque incluso había dejado de desearlo, ahora, al ver cómo su madre olvidaba las ofensas y agasajaba a Germaine y reconocía con su conducta la

superioridad de aquella muchachuela, el viejo pensamiento renacía y urgía como un deber: urgía, apremiaba en vano, porque la francesa apenas se había fijado en él, porque nada en la conducta de Germaine hacía presumir que pudiera conquistarla y obtener de la conquista el triunfo que lo pacificaría para siempre, que le haría olvidar. ¡Y la había tenido por segura, había llegado a imaginar con qué palabras contaría en el casino los detalles de su victoria!

Cerró de golpe la vidriera. En los paneles brillantes de las paredes bailaba el reflejo de las llamas, y una luz difusa, agradable, llenaba el despacho. Lo atravesó hacia una puertecilla lateral y salió por ella a una escalera. Empezó a subirla, se detuvo, siguió subiendo. Al llegar al pasillo oyó, tras la puerta de la salita de estar, rumor de voces, algunas risas. En puntillas se acercó a su cuarto, abrió con sigilo, entró y cerró. Sin encender las luces empezó a cambiarse de ropa. Cuando estuvo vestido recordó que había traído consigo el vaso de whisky y lo apuró. Buscó a tientas, en el armario, una gabardina y se la echó al brazo. Alguien caminaba por el pasillo, quizá la criada. Se quedó quieto, hasta que los pasos se alejaron. Entonces salió. Al fondo, detrás de la puerta iluminada, le esperaban. Se sintió tentado de entrar, de sumarse al cortejo de Germaine y hasta de preguntar a su madre si verdaderamente quería que hipotecase los astilleros para comprar los bienes de la vieja. «Sí, mamá: tenemos que hipotecar nuestro negocio y, además, dejar que la gente pase hambre.» Doña Angustias no lo comprendería nunca y tampoco podría comprender que su hijo, en aquel momento, huyese sin hacer ruido solo por no estar otra vez delante de la francesa callado como un buen chico.

En el garaje, el chófer charlaba con un guarda-almacenes. Se levantaron al llegar Cayetano.

—¿Qué haces aquí?

El chófer aplastó la colilla del cigarro contra la pared de cemento.

—La señora me mandó esperar. Tengo que llevar a alguien a su casa.

—Cuando te llame, le dices que el coche me lo he llevado yo.

—Sí, señor.

Se metió en el automóvil y abrió el conmutador: el garaje se iluminó. El guarda-almacenes y el chófer abrían la puerta. Cayetano iba a poner el motor en marcha, pero se detuvo. El guarda-almacenes y el chófer, uno a cada lado

de la puerta, esperaban su salida. Cayetano apagó los faros y descendió.

—He cambiado de opinión. Cuando hayas terminado, traes el coche al garaje y llenas el depósito. Echa un vistazo al motor, de paso, y luego puedes marcharte.

—¿Saldrá el señor de viaje?

—Quizá.

Olvidaba la gabardina en el automóvil y la recuperó. El guarda-almacenes le ayudó a ponérsela.

—Si alguien pregunta por mí, no me habéis visto.

—¿Aunque sea la señora?

—Aunque sea la señora.

La misma orden dio al vigilante de la puerta.

Había caído sobre Pueblanueva una niebla opaca y fría. Los grandes focos que alumbraban allá arriba la entrada del astillero parecían distantes, perdidos en las nubes. Cayetano se subió el cuello de la gabardina, bajó el ala del sombrero y echó a andar pegado a la tapia de la factoría, hacia arriba, hacia el pueblo. Entró por una calleja de casuchas bajas y blancas apenas alumbrada. Tropezó con una mujer que salía de casa. Se apartó.

—¡Bien podía mirar por dónde camina! ¿En qué irá pensando...?

Todavía dijo la mujer algunos denuestos más y explicó a una vecina que ya no se podía salir de noche a la calle, y que los hombres de ahora no tenían educación.

En el ámbito oscuro de la plaza la niebla había espesado. Las torres, los soportales, la balconada del Ayuntamiento, perdían sus perfiles y se fundían en una masa negruzca y húmeda, uniforme, sin relieve. Al entrar Cayetano en la plaza se encendieron las luces y la niebla se animó de resplandores impotentes. Parecía vacía. Las suelas de goma resbalaban en las losas del empedrado.

Se detuvo a encender la pipa y avanzó bajo los soportales. A la puerta de la estación de autobuses un montón de fardos estorbaba el camino. Salió a la plaza y volvió a meterse por el soportal siguiente. La tienda de Clara lanzaba al suelo un rectángulo alargado de luz, un poco alterado en los bordes por la sombra de los géneros colgados en el quicio. Se detuvo ante la puerta, con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada. No se veía a nadie. Entró. Clara,

más allá del mostrador, cosía. Levantó la cabeza, vio a Cayetano y saltó del asiento.

—¡Satanás en persona!

Cayetano se acercó al mostrador y se apoyó en los codos. Sostenía la pipa entre los dientes, un poco ladeada hacia la izquierda.

—Buenas tardes.

Clara, con brazo enérgico, señaló la salida.

—¡Ya estás largándote a la calle!

—Es una tienda, ¿no? Puedo venir a comprar... o a ver qué tienes.

Clara, erguida, seria, le hacía frente con mirada dura. Dejó caer el brazo y adelantó un paso.

—Pues compra lo que quieras, pero pronto.

—No tengo prisa.

—Entonces, quítate el sombrero. Mis visitas suelen ser bien educadas.

Cayetano dejó el sombrero encima del mostrador.

—Ya está. ¿Y ahora?

—Tú dirás.

—¿No me ofreces asiento?

—No.

Cayetano cruzó los brazos, sonriendo.

—No vengo a comerte.

—No me dejaría.

—Quería ver esto, ¿sabes? Curiosidad por saber qué habías hecho con mi dinero.

Ella se encogió de hombros.

—Con el mismo derecho puedo preguntarte qué has hecho de mi casa.

—No me sirve para nada.

—Ni te obligué a comprarla ni te pedí que la comprases. Más bien fuiste tú quien me obligó a venderla.

—Eso no la hace más útil.

—Pues si esperas un poco, cualquier día te la vuelvo a comprar.

—¿Tanto ganas?

—Me defiendo.

Cayetano golpeó la pipa en la arista del mostrador. Cayeron al suelo

cenizas y briznas de tabaco encendidas.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió hacerte una visita. Recordaba que la última vez que nos vimos no estuviste muy amable y entré con precauciones.

Clara levantó hasta la cara la mano derecha y miró a Cayetano a través de los dedos abiertos; luego la cerró con fuerza.

—No sé qué tiene que le gustan las bofetadas.

Cayetano quiso agarrársela y Clara la retiró. «¡Quieto!» La mano de Cayetano, sin presa, se movió interrogante.

—Para las caricias, ¿es tan diligente?

—En eso le falta práctica.

—No lo dice la fama.

—¡Si fuéramos a hacer caso de lo que se dice de ti y de mí!

—Luego, ¿no crees en mi reputación?

—Alguna exageración habrá. Como en la mía.

—Somos dos incomprensidos.

—Puede...

Cayetano volvió a acodarse al mostrador y ella se retiró un poco. Metió las manos en los bolsillos del mandil y se apoyó en el anaquel. Cayetano la señalaba.

—Estás muy bien vestida. ¡Quién te lo diría hace un año! Daba pena verte. Parecías...

—Lo que parecía, te lo callas, y no me lo recuerdes.

—Perdona.

—Y dime a qué has venido.

—Ya te lo dije.

—No te creo. Y no quiero que te vean de palique conmigo.

Cayetano se enderezó y buscó tabaco en los bolsillos. Mientras encendía un cigarrillo, dijo a Clara, un poco inclinado el rostro:

—¿Quieres de verdad saberlo?

—Si no te vas en seguida, sí.

Cayetano arrojó la cerilla a la calle.

—¿Conoces a tu prima?

—No es mi prima.

—Bueno. Sois de la misma camada. La conoces, ¿verdad? Una

superferolítica remilgada que dicen que canta bien. Pues le vengo escapando. Y se me ocurrió pasar a verte.

—¿Para qué?

Cayetano cruzó los brazos y recogió el cigarrillo con la mano derecha.

—¿Quieres venir conmigo a La Coruña? Te convido a cenar y a bailar.

Clara, sin moverse, silabeó la respuesta.

—Estás equivocado.

Él sonrió y echó una bocanada larga; el humo se disolvió en el aire antes de alcanzar a Clara. Cayetano se apretó contra el mostrador.

—No hay nada malo en que aceptes la invitación de un amigo. Y si lo haces por tu reputación —hizo una pausa levísima—, nos citamos a la salida del pueblo y nadie se entera.

—Es que yo no soy tu amiga.

—Bien, pero todo tiene arreglo. ¿Te ofendí una vez? Te pido perdón. Y como tú no me guardas rencor...

Clara le interrumpió.

—Eso es cierto. No te guardo rencor.

—¿Ves? Sin rencor, sin mala voluntad, dos personas como nosotros pueden llegar a mucho.

—¿Llegar a qué?

—A ser buenos amigos.

Clara, de pronto, se echó a reír.

—¿Es así como engañas a tus víctimas? ¡Buenos amigos! —se acercó al mostrador, mirando de frente a Cayetano, y golpeó la madera pulida con las palmas de la mano—. Las cosas claras. Vienes a proponerme que me acueste contigo y te digo que no.

Cayetano aguantó la mirada, el cigarrillo entre los dientes y una sonrisa leve, un poco cínica, en las comisuras de los labios.

—¿Soy acaso peor que otros?

—Tendrías que ser mejor que todos.

—No veo razón para que me exijas más.

—Soy la que puede hacerlo, ¿no?

—Es que suelo dar mucho.

—Nunca bastante para mí.

Cayetano, de un movimiento rápido, la sujetó por las muñecas.

—Has dicho que las cosas claras.

Ella no hizo fuerza. Le miró a los ojos y dijo tranquilamente.

—Suéltame.

—¿Gritarás?

—No, porque vas a soltarme.

—¿Y si no lo hago?

—Me darás asco.

Cayetano aflojó la presión de los dedos.

—Estoy acostumbrado a que me tengan miedo; pero eso no me lo había dicho nadie todavía.

—Tampoco te lo diré yo, si me sueltas —Cayetano retiró las manos con parsimonia—. Así es mejor. Y sin insultos.

Las manos de Clara no se apartaron del mostrador. Las juntó, una encima de otra, con seguridad.

—Bien. Ahora, si has terminado ya, márchate. Tengo que cerrar.

—No he empezado todavía —arrojó violentamente al suelo la colilla y la pisoteó—. No he empezado...

—¿Por qué no te atreves? Muy bien. Si quieres, lo hago yo por ti. A ti te pasó algo con la francesa y vienes a que yo pague los platos rotos.

—¿Por qué supones eso?

—Hace ocho meses que he puesto la tienda y no se te ha ocurrido venir a ella hasta hoy. Me has visto mil veces sola por ahí y no te acercaste. ¡Qué casualidad! Lo haces la tarde del día en que mi prima, como tú dices, ha comido en tu casa; el día en que todas las comadres de Pueblanueva están haciendo cábalas acerca de lo que pasará y de si pasará... ¡Está bien claro, hijo mío! Debieron de salirte mal las cosas cuándo vienes a batir la luna conmigo.

Dio un golpecito a Cayetano en el hombro.

—¿Qué? ¿Te ha dicho que no? ¿O es que tu madre no te permitió insinuarte?

Rio brevemente y golpeó de nuevo el hombro de Cayetano.

—Hazme caso. Ahí pierdes el tiempo. No sé si es una santa o una zorra, pero nosotros no existimos para ella.

—Tú no la quieres bien, ¿verdad?

—Ni mal tampoco. Pero deseo que se vaya cuanto antes.

—¿Te estorba?

Clara se encogió de hombros.

—No me gusta.

—¿Es por Carlos?

—Es por ella, que se me ha atragantado. Y Carlos, también. Y tú, si no pones otra cara y me miras con otros ojos —golpeó el mostrador con el puño cerrado—. No soy una puta, y en este mostrador se vende otra clase de mercancía. Si la francesa te ha soliviantado, a otra puerta, que esta se cierra a las ocho y no se abre de tapadillo.

Cayetano miró su reloj tranquilamente.

—No son más que las siete y cuarto. Y acabo de descubrir que me gusta hablar contigo.

—Para hablar hay que contar con el gusto de dos.

—¿Y para más cosas que hablar?

—Esas, ni mentarlas.

Cayetano recogió el sombrero.

—Me parece que he perdido el tiempo.

—Menos mal, si lo reconoces.

—No me refiero a este. Por el contrario, me alegro de haber venido, porque volveré.

—No pasarás de esa puerta.

Cayetano se encasquetó el sombrero y sonrió.

—¿Quién iba a sospechar que Clara Aldán fuese la única mujer digna de doña Mariana? Me encontraba sin pareja desde su muerte. Pero ahora ya sé dónde estás. Volveré mañana. Y no a pelear contigo.

Tendió la mano encima del mostrador.

—Vamos a ser amigos.

Clara cruzó los brazos.

—Entonces, espera a que lo seamos para darme la mano. De momento...

—Está bien. Hasta mañana, Clara.

—Adiós.

VII

El notario les hizo esperar lo indispensable para darse importancia, pero el plumífero que les atendió les había tratado con deferencia, casi con adulación. Les dejó solos en un saloncito cuyas paredes se adornaban de títulos universitarios en marcos de caoba. Germaine se sentó en una butaca tapizada de grandes flores azules sobre gris; el padre Eugenio prefirió llegarse a la ventana y curiosear la calle. Para entretener la espera, encendió un pitillo; pero el notario no le dejó terminarlo: apareció por una puertecita y les invitó a pasar. Tenía las gafas alzadas, sujetas en la frente, y les sonreía con ojos vivos. Hasta que los hubo sentado en un gran tresillo de cuero —Germaine, en el sofá; el padre Eugenio, en un sillón— no dejó de reiterar saludos, plácemes. Mandó al padre Eugenio que tirase el pitillo, que él le daría tabaco habano, y preguntó a Germaine si fumaba, porque también tenía, para esos casos, cigarrillos ingleses. Germaine le respondió que no, sin darle explicaciones. Durante la espera, se había inhalado la garganta un par de veces.

—Pues le aseguro, señorita, que ya me tardaba su visita. Aún ayer, a la hora de cenar, se lo decía a mi mujer. «¿Cómo no habrá aparecido por aquí la sobrina de doña Mariana? ¿Será que le parece bien el testamento?» Y mi mujer apostó que cualquier día la veríamos llegar. ¡Y no se equivocó, caray! Las mujeres no sé qué tienen que adivinan allí donde nosotros nos equivocamos. Porque bien llegué a creer que usted se conformaba.

Hablaba con voz gruesa, apresurada, y al hablar le temblaba la sotabarba color de rosa, apuntada de pelillos plateados. Alzó las manos ante una posible objeción.

—Y no crean ustedes que hablo de esas cosas con mi mujer faltando al secreto profesional. ¡Nada de eso! Soy una tumba, pero el testamento de doña

Mariana lo conoce todo el mundo. Ha dado mucho que hablar. ¿Viene usted dispuesta a rechazarlo?

Germaine, antes de responder, miró al padre Eugenio.

—Sí. Es decir, lo que yo quiero es que se abra el codicilo.

—Naturalmente. Pero antes hay que cumplir ciertas formalidades que se deducen del propio texto del testamento. Usted firma un acta en que lo rechaza. Inmediatamente procederemos a la apertura de ese pliego misterioso. Ante testigos, claro. ¿Conforme?

—Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer.

El notario se levantó.

—Permítame, entonces, que encargue al pasante la redacción del acta. De dos actas, mejor dicho: esta, y otra en que conste la apertura del sobre y su contenido. Cosa de dos minutos.

Abrió una puerta y habló en voz baja con el plumífero. Volvió a cerrar. Germaine tendía hacia él la mano.

—Es que yo, antes de decidirme, quisiera un consejo.

—¿Un consejo? Particularmente puedo dárselo, aunque eso corresponde más bien a un abogado. Sin embargo, he aconsejado tantas veces a la tía, que me honra la confianza que la sobrina deposita en mí.

Se inclinó en el asiento, hacia delante. Las gafas le habían resbalado de la frente y ahora caían sobre el pecho, sujetas por un cordón negro.

—¿Qué es lo que se le ofrece?

—¿Cree usted que hay algún riesgo en mi determinación?

—¿Un riesgo?

El notario se levantó y empezó a pasear. Llevaba en la mano una estilográfica y golpeaba con ella la palma de la otra mano. Fue y vino, del sillón a la esquina más lejana, dos o tres veces.

—Supongo lógicamente que su determinación obedece a falta de inteligencia con don Carlos Deza. ¿Me equivoco? Pues no me extraña. Doña Mariana Sarmiento fue una mujer extravagante, pero don Carlos Deza es un chiflado. ¿Le han contado a usted el gran negocio que hizo con la venta de las acciones? ¿No? Pues yo se lo diré en pocas palabras. Las ha vendido a Cayetano Salgado cuando una firma de Vigo le ofrecía por ellas justamente doble cantidad. ¿Se hace usted idea?

Dejó de mirar a Germaine y encaró al fraile.

—Un verdadero disparate. ¿Y por qué? ¿Qué razones tuvo para hacerlo? *Chi lo sa?* Aunque no quiera pensar mal, es evidente que ese trato de favor a un sujeto como Cayetano Salgado hace altamente sospechoso al señor Deza, dicho sea con todas las salvedades.

Germaine miró también al padre Eugenio: con asombro, con irritación.

—Yo no sabía esto.

El notario arrastró una silla y se sentó enfrente de ella.

—Es del dominio público: no levanto ninguna calumnia. Así que no me extraña su disconformidad. La daba por descontada. Ahora bien: yo no puedo engañarla. Existe un riesgo.

Su mirada fue de Germaine al fraile; la cara gorda, brillante, seguía a la mirada:

—Tengo sesenta años, y desde hace treinta conozco a doña Mariana Sarmiento. He sido depositario de sus secretos... —sonrió pícaramente; esta vez miró solo al fraile—, y creo haberla conocido a la perfección. Gran mujer, sí, señor. Inteligente, decidida, valiente. No tuvo miedo a nadie en este mundo. Y buena en el fondo. Pero ¿cómo les diría...? Extravagante, sí, ya lo dije antes.

Empezó a palparse los bolsillos. La estilográfica rodó al suelo. Se levantó, cogió de encima de la mesa una pitillera de plata, sacó un cigarrillo y ofreció otro al fraile.

—Le pido mil perdones, pero no había vuelto a acordarme de mi ofrecimiento. Están liados ya, y el tabaco es habano: me lo envía un hermano que es allí propietario de un ingenio. ¡Tipo inteligente! ¡Con decirle que aguantó el *crack* sin vender y que ha rehecho su fortuna...!

En un retrato colgado en la pared aparecía un sujeto de buena planta, a caballo, con un guajiro que le llevaba de las riendas.

—Ese es. ¡Gran tipo! Soltero, sultán y dueño de un fortunón —guiñó un ojo—. No tiene más herederos legales que mis hijos.

Fray Eugenio esperaba con el cigarrillo apagado. El notario le pasó las cerillas.

—Pues, como le decía... Doña Mariana era una mujer de voluntad. Una mañana llegó, se sentó en ese sofá, ahí mismo, en el lugar que usted ocupa, y

me dijo: «Federico, rompe mi testamento y hazme otro conforme a esas instrucciones (las traía en un papel); pero de tal modo que no pueda deshacerlo nadie más que yo». «Pero, señora —le pregunté—, ¿cómo va a deshacerlo después de muerta?» Entonces sacó del bolso un sobre y lo echó encima de la mesa. «Lo que va en este sobre puede deshacer el testamento.» «¡Ah! —le respondí—, la existencia de un sobre secreto obliga a una redacción especialísima.» «Muy bien. Tú sabrás lo que hay que hacer. El sobre, que lo lacren aquí mismo, delante de mí, y mételo en caja fuerte, también delante de mí. No quiero que nadie sepa su contenido ni pueda saberlo.» Bueno. Lacraron el sobre y ella misma lo selló con su sello, una sortija que no se ponía nunca, pero que siempre llevaba en el bolso, con las armas de los Sarmiento y de los Moscoso. Por cierto que...

Se levantó de un salto, abrió una puerta de madera que ocultaba la de una caja fuerte. Hurgó en el interior y regresó con un sobre grande, lacrado. Mientras, el padre Eugenio preguntó a Germaine si se aburría, y Germaine contestó que sí.

—Este es. Si se fija usted, señorita, en ese cuartel, ese que yo señalo con la estilográfica, verá una especie de águila con las alas cortadas. Son las armas de los Aguiar. Pues bien: mi abuela materna se llamaba Aguiar de segundo apellido, Rodríguez y Aguiar. Una vez dije a su señora tía que éramos parientes. ¿Y sabe usted qué me respondió? «Vete a paseo, Federico. Mis parientes los escojo yo.»

Germaine se había apoderado del sobre, lo apretaba contra el pecho, sus dedos acariciaban los goterones de lacre rojo, aplastados.

—¿Lo abrimos?

—Espere. Falta el acta, y falta también el consejo. El acta la traerán en seguida. Lo malo es el consejo.

El notario, al hablar de pie, tenía una especie de tic: alzaba la mano izquierda, con el puño cerrado y el índice extendido, la mantenía unos instantes a la altura del hombro, y la bajaba luego.

—¿Qué habrá escrito su tía en ese sobre? No puedo ocultarle mi desazón. Parece lógico que le entregue la herencia limpia de condiciones. Pero ¿y si no es así? Le doy mi palabra de honor de que no tengo la menor pista que me permita dar seguridades. Hay que entregarse a la suerte, y, en este caso, la

suerte estuvo en manos de una dama un poco extravagante, sobre todo en sus afectos. ¿Quién le dice que este sobre no es una bomba de espoleta retardada?

A Germaine le temblaban las manos.

—Entonces, ¿no lo abrimos?

—¡Ah, eso, allá usted! Pero, señorita, si vino decidida a hacerlo, hágalo, aunque no bajo mi responsabilidad. No puedo aconsejarla.

La mirada de Germaine, incomprensiva, iba del notario al fraile.

—¡Dios mío!

Entonces el padre Eugenio alargó una mano y detuvo el nuevo párrafo previsto por el notario. Este se limitó a decir:

—¿Va a hablar usted? Me parece bien. Usted también es un Churruchao, ¿verdad? Lo pensé nada más verle: «Este fraile pelirrojo no puede ser más que un Churruchao. Y así, en concepto de pariente, acompaña a esta señorita». Diga, padre.

—Quizá si usted conociera todos los detalles de la situación pudiera aconsejar. Esta señorita rechaza los términos del testamento porque no quiere quedarse en Pueblanueva cinco años, sino venderlo todo y regresar a su país. Don Carlos Deza no está conforme, pero se aviene a una transacción: él entrega ahora mismo a la señorita el dinero contante y sonante, y el resto de la herencia queda ahí, en espera de que ella cambie de idea o de que transcurra el tiempo y entre en plena posesión de sus bienes.

El notario se puso las gafas y se las quitó inmediatamente.

—¿Es mucho el dinero?

—Alrededor de medio millón.

—Pudo ser el doble si las acciones se hubieran vendido bien, pero eso no tiene remedio, ni hay manera legal de pedir cuentas a don Carlos —se plantó ante Germaine, erguido, los brazos caídos y las palmas abiertas—. Pues yo aceptaría. Medio millón. Es una bonita suma. Al tres por ciento, mil quinientas pesetas al mes, más o menos. Se le puede sacar más.

Germaine daba vueltas al sobre, lo acariciaba. El fraile dijo:

—Entonces, ¿es ese su consejo?

—¡Vale más pájaro en mano que ciento volando! Medio millón. ¿Y si se queda sin nada?

El fraile se levantó, alarmado.

—¿Lo cree usted posible?

El notario alargó la mano, cogió el sobre, lo miró a trasluz. Sonrió y se lo devolvió a Germaine.

—Quizá me equivoque. ¡Quién pudiera saber lo que hay aquí! Pero dado el carácter de doña Mariana, que en paz descansa, si puede, y lo que sé de ella, y el trabajo que me dio en los últimos tiempos haciendo y deshaciendo testamentos, hasta ese último, que no lo reformó porque la muerte no le dio tiempo, me dejó cortar la mano derecha a que en este sobre se constituye a don Carlos Deza heredero universal.

Germaine casi gritó:

—¿Será posible?

—Si le interesa saberlo, ahí está el sobre. Ábralo. Pero bajo su responsabilidad. Insisto en esto, ¿eh? Y conste que, después de abierto, la cosa no tiene remedio.

—Y Carlos, ¿puede también abrirlo?

—¿Quién lo duda? Expresamente se le atribuye ese derecho, como a usted.

—Carlos no lo abrirá —intervino el fraile—. De eso estoy seguro.

Germaine se levantó. Quedaba el sobre encima de la mesilla, con sus cinco manchones rojos. No apartaba los ojos de él. Cuando el notario lo recogió, los ojos de Germaine lo siguieron.

—Entonces, lo guardamos, ¿verdad?

—¿No puede usted destruirlo?

—No. Pero no pase cuidado. Si el señor Deza se vuelve atrás algún día, nada podrá reclamarle. Lo hecho, hecho está. Como, en caso contrario, tampoco podría usted pedirle cuentas de los barcos ni de ningún otro disparate. Así lo quiso doña Mariana.

Germaine tenía los ojos húmedos, a punto de sollozar. El notario se acercó a ella, se empinó un poco sobre los pies e intentó rodearle los hombros con su brazo.

—Tenga paciencia y espere. Medio millón, de momento, es mucho dinero. Y cuando pasen cinco años...

Germaine le devolvió el abrazo y se echó a llorar. El padre Eugenio, un poco aparte, parecía examinar con atención las escayolas del techo.

Don Baldomero llegó a mediodía, en un automóvil grande y negro. La criada venía sentada junto al chófer, y él, detrás, con el cadáver de doña Lucía envuelto en mantas. El mozo de la botica salió a recibirlo. Se juntó un corrillo de mujeres condolidas y algún que otro chaval curioso. En seguida se ofrecieron dos para bajar a la finada y meterla en casa. Don Baldomero dejó el asunto en manos de la criada y de las más oficiosas: entró en la botica, pintó un cartel, lo colgó en la puerta y cerró. El cartel decía:

CERRADO POR DEFUNCIÓN.
LAS RECETAS URGENTES,
POR LA PUERTA INTERIOR.

Cuando subió al piso, doña Lucía, estirada en el lecho nupcial, estaba casi amortajada con una sábana. La criada andaba en busca de un rosario para ponerle en las manos, y las mujeres que habían ayudado apartaban los muebles de la sala para instalar la capilla ardiente. Don Baldomero dio dos o tres órdenes y se equivocó. «¡Váyase de ahí, no estorbe!», le gritó la criada, y lo metió en el comedor. De allí le sacaron los de la funeraria, que venían a tomar medidas. «¿Estará pronto?» «Son medidas corrientes —le respondieron—; seguramente tendremos alguno hecho y lo traeremos antes de media hora.» Apareció el mancebo a preguntar si podía servir de algo, y don Baldomero lo despachó con recado para Carlos de que viniera cuando pudiese. Al comedor llegaban voces quedas, cautelosas, de las mujeres que andaban por la casa, ruidos apagados, pasos de las que subían y se juntaban alrededor de la muerta. Por la ventana se veía la niebla, enredada en los árboles de los huertos. Don Baldomero buscó el anís en el aparador y se sirvió una copa. Casi en seguida llegó don Julián: le dio el pésame, trató del entierro. «¡Nada de lujos, don Julián! Un entierro muy modesto, así fue su voluntad.» «Pero, hombre, una persona de posibles como usted, ¿va a enterrar a su señora como la mujer de un pobre?» Don Julián había aceptado una copa: al terminarla, se despidió, concertada ya la hora, al caer de la tarde. Habían quedado en que tres curas. Carlos llegó poco después: traía puesta la gabardina y una boina en la mano. Don Baldomero se le abrazó llorando. Mientras Carlos se quitaba la gabardina, le preguntó si prefería anís o aguardiente.

—Del de hierbas —respondió Carlos, y se sentó.

Don Baldomero le tendió la copa: las lágrimas le resbalaban por el rostro sin afeitar.

—¡Llegué a las últimas, don Carlos; llegué para recoger su postrer suspiro! ¡A tiempo de que no muriese sola, como una repudiada! Todavía le quedaba en el fuelle aire para unas palabras. Me confesó que no me había faltado nunca, y que aquello había sido un desahogo de esposa ofendida. ¿Verdad que debo de creerla? Porque nadie miente cuando va a comparecer ante el tribunal divino. A no ser que...

—¡Hágame el favor, don Baldomero, de no dar más vueltas al asunto! Le aseguré muchas veces que doña Lucía le había sido fiel.

—Sí, don Carlos, y siempre se lo he creído, y su confianza me hizo mucho bien. Pero pienso si esa declaración de la pobre Lucía no habrá sido una mentira piadosa para tranquilizarme.

—¿No dice usted mismo que nadie miente cuando va a comparecer ante el tribunal de Dios?

—Sí, don Carlos, pero hay mentiras que no lo son propiamente, sino verdaderas obras de caridad. Los casuistas...

La criada le cortó la palabra. Venía a decir que los de la funeraria acababan de traer el ataúd, y que si quería él estar presente.

—No, no. Arregladlo vosotras: En la sala, y que pongan el Cristo grande, el de mi despacho, y las velas de Jueves Santo. Están en el cajón de la cómoda.

Arrojó a la criada un manojo de llaves. La criada cerró la puerta sin ruido.

Un acceso de llanto repentino tuvo en silencio a don Baldomero. Hasta queapuró el anís y se limpió las lágrimas.

—Ya ve usted. Tanto tiempo esperando este trance, dándolo por seguro, y al verse ante la muerte la pena le ahoga a uno como en una muerte por sorpresa. Y uno se da cuenta de la propia responsabilidad y le vienen ganas de matarse como castigo —se santiguó rápidamente—. El Señor no lo permita, pero ese momento de desesperación no me faltó, y quizá haya sido una prueba que Dios envía a mi paciencia. Pero ¡Él sabe de qué buena gana hubiera acompañado a la pobre Lucía!

Agarró, de pronto, a Carlos por la muñeca y le miró con espanto.

—Sobre todo, por eludir un penoso, un desagradable e inevitable deber.

A Carlos le dio miedo el mirar del boticario.

—¿Qué está maquinando, don Baldomero?

Don Baldomero se levantó. Los pocos cabellos grises de su cabeza se habían alborotado y formaban copete encima de la calva. Acercó al pecho las manos crispadas y se golpeó.

—Le juro por todos mis muertos, don Carlos, que en mi corazón no queda una sombra de duda, y que recordaré a Lucía como ejemplo de esposas castas y sacrificadas, como víctima resignada de mi incontinencia y mi destemplanza. Y sé, además, que en la otra vida ella pedirá por mí, y quizá sus oraciones me aparten de mis yerros. Amén. Pero ¿y los demás? ¿Los que han creído alguna vez que Lucía me engañó? ¿Los que lo han sospechado? ¿Los que lo dan por seguro? ¡Porque de todos esos hay en el pueblo, don Carlos, de todos ellos estoy rodeado, y todos ellos me tratan de amigo y me dan palmadas en el hombro! Pronto empezarán a llegar, y usted los verá dolerse de mi dolor, mientras piensan lo que piensan... Pero ¿qué es lo que piensan? ¡Contra lo que piensan hay que tomar precauciones!

—Usted está loco, don Baldomero.

—¡Loco, sí! Reconozco la intención de las palmadas, como reconozco el lenguaje de las miradas. Cuando un cabrón de esos me mira y me dice «Hola», sé que me tiene por otro como él. Y a esos no puedo reunirlos en el salón del casino y referirles la muerte de mi santa esposa, y contarles sus últimas palabras, porque se reirían de mí y no me creerían.

Dejó caer los brazos inertes.

—A esos se refiere mi deber, y sobre él quería consultarle, don Carlos. Perdóneme que lo haga, perdóneme que le moleste una vez más, pero usted es el depositario de mis secretos y uno más no puede estorbarle.

Cruzó las manos implorantes.

—No me diga que no, don Carlos. Lo necesito para mi tranquilidad.

Carlos temió que fuera a arrodillarse.

—Cuenta lo que quiera.

Bajo las lágrimas de don Baldomero se transparentó la alegría.

—¿Quiere más anís? Usted es un verdadero amigo. Siéntese y beba. ¡Ah, no era anís, era aguardiente! Pues verá...

Se sentó también.

—Voy a insinuar que he envenenado a Lucía. ¡No me diga que no es verosímil! Soy boticario, dispongo de arsénico, conozco las dosis convenientes, y mi criada pudo habérselo administrado sin saberlo, una de tantas medicinas que ha tomado; claro que no voy a dar a nadie esta explicación, pero es por si alguien lo piensa.

—¿Y la autopsia? El arsénico, como usted sabe, deja rastro hasta en los pelos.

—También lo he tenido en cuenta. No se la harán. Tendría que mediar una denuncia, y a eso, aquí no se atreven. Porque, además, yo no voy a decirlo francamente, sino a insinuarlo, hoy una alusión, mañana otra... Hay maneras de hacerlo, y yo he pasado esta noche meditando el plan. Toda la noche, mientras velaba a la pobre Lucía. Y no hace falta que lleguen a la certeza, sino solo a la sospecha. Porque tampoco tienen la certeza de que me haya engañado. ¿Me entiende? Decir que la había envenenado sería como tacharla de adúltera. No, no. Sospecha por sospecha. Ni más ni menos. Que atenen cabos, que interpreten palabras sueltas, que cada cual piense para sí sin atreverse a decirlo a nadie.

Se levantó, cruzó las manos detrás de la espalda y dio unos paseos cortos. Se detuvo, luego, ante Carlos.

—Tengo que empezar a ser justo con la pobre Lucía. Y, en este caso, la justicia consiste en la inseguridad de los demás. ¿Me engañó? ¿No me engañó? ¿La envenené? ¿No la envenené? Mi conciencia queda tranquila. Además, le he pedido perdón, y me perdonó con su último aliento. Emocionante, se lo aseguro. No he cesado de llorar, y cada vez que se me representa, no puedo contener las lágrimas.

Le dio un hipo fuerte. Se sentó junto a Carlos y escondió la cabeza entre las manos. Estuvo largo rato llorando. Después, empezó a llegar gente.

Hicieron alto en Santiago para almorzar. Germaine apenas hablaba: se limitaba a escuchar al padre Eugenio, quien, por su parte, procuraba distraerla y referirse a cosas ajenas a la herencia y a sus problemas. Terminaron de comer y le propuso dar una vuelta por la ciudad y enseñarle lo que había de notable en ella. Germaine accedió. Mandaron esperar al chófer, y como no

llovía, sino que persistía la niebla —más clara, sin embargo, que en la costa —, empezaron a recorrer la ciudad a pie. Estaba la tarde gris, húmeda, sin frío. Apenas se metieron en las callejas, el padre Eugenio le señalaba rincones, le mostraba perspectivas, la invitaba a fijarse en tal o cual efecto de luz, y Germaine respondía: «Sí, sí», y nada más. Tampoco pareció interesarle demasiado la catedral, de modo que el padre Eugenio renunció a hablar y a sugerirle contemplaciones: la llevó tras sí, muda y, al parecer, insensible. Y no pasaron de la catedral: sin detenerse más, regresaron adonde el automóvil esperaba. Germaine quedó pronto dormida, y el padre Eugenio, silencioso, fumó pitillo tras pitillo en la hora larga que duró el viaje. Al llegar a la costa, la niebla se hizo más densa. Bajaron con precauciones las cuestas hacia Pueblanueva. Al detenerse frente a casa de doña Mariana apenas se veía. El padre Eugenio dijo que se volvía al convento, pero Germaine le pidió que la acompañase, que tenía que hablarle.

Le dejó solo en la salita, después de encargarse a la Rucha hija que sirviera café. Germaine fue a enterarse de cómo estaba su padre y de qué tal había pasado el día. A don Gonzalo la niebla no le sentaba tan bien como el viento norte y se quejaba de dolores en todas partes, y la tos había vuelto a la violencia. Germaine parecía preocupada.

—Tenemos que marchar cuanto antes.

—Pero el clima de París no es mejor que este —dijo el padre Eugenio.

—Estaremos en París muy poco tiempo. Aunque retrase mi debut en la ópera, quiero que papá pase en Italia lo que queda del invierno. Se lo tengo prometido, y él lo desea más que nada.

Habían encendido las chimeneas y la casa estaba caliente. El padre Eugenio prescindió de la capa y, cerca del fuego, tomó el café y un poco de coñac. Germaine iba y venía, le decía unas palabras, desaparecía otra vez. Y lo que le decía era innecesario, parecían palabras dichas para tapar un hueco o cubrir una espera.

Llegó de pronto y dijo:

—Carlos estuvo aquí esta mañana. Se ha muerto la mujer de no sé quién y él está en el velatorio.

No dijo más, pero su mirada preguntaba y suplicaba al mismo tiempo.

—¿Quieres que enviemos a buscarle?

—Lo que usted crea mejor. Pero, se lo ruego, no me deje a solas con él.

—¿No sería eso lo discreto, precisamente?

Germaine no respondió. Despacharon a la Rucha con el recado, y Germaine ya no se movió del sillón.

—Ahora más que nunca necesito su ayuda, padre. Ahora es cuando me siento más desamparada. No he dejado de pensar toda la tarde en ese papel del que resulta que Carlos es el dueño de todo y yo no tengo nada, absolutamente nada. ¿Cree usted que él sabrá...?

—De ese papel no conocemos más que una hipótesis del notario.

—Pero ¿y Carlos? Carlos se movió siempre, obró siempre, como si fuese el dueño. ¿Y si lo que hizo, lo hizo para obligarme a rechazar el testamento y que fuese yo misma la que pusiera la herencia en sus manos?

El padre Eugenio le preguntó:

—¿Es así como te hubieras conducido en su caso?

El tono áspero de la pregunta sorprendió a Germaine. Miró al fraile con ojos alarmados, cerró los dedos bruscamente. La alarma duró lo que un relámpago: sus palabras fueron dulces, casi una queja.

—¿Hago mal en pensarlo?

El fraile le sonrió.

—Tienes que partir, en tus conjeturas, de que si Carlos hubiera querido para sí los bienes de tu tía, los hubiera tenido solo con decírselo.

—Entonces, ¿por qué...?

Se interrumpió, y añadió inmediatamente, con la misma dulzura:

—Será que no comprendo a Carlos. Por eso quiero que esté usted presente. Tengo miedo de equivocarme otra vez.

Se levantó y se arrimó a la chimenea, de espaldas a la llama. Una guedeja cobriza le ocultaba la frente y caía sobre un ojo. El padre Eugenio la miró.

—Si tuviera ahora aquí mis trebejos te haría un apunte.

—Gracias. Es una lástima...

Había apoyado las manos en la cintura; el resplandor de las llamas precisaba su silueta. El padre Eugenio cerró los ojos y recordó la imagen. Podría, quizá, pintarla de memoria.

—¿Y le parece a usted que le digamos todo lo que pasó, o simplemente que hemos cambiado de opinión?

—Podemos ser leales o no serlo.

¿Había sido así, alguna vez, Suzanne? Más baja que Germaine, quizá un poco más ancha de caderas. Intentó recordar las primeras entrevistas, cuando aún no era la mujer de Gonzalo, cuando todavía salían de su garganta verdaderas cataratas sonoras. ¿Cómo era entonces Suzanne? Miró a Germaine: las líneas de su boca apretada no suscitaban recuerdos. Quizá también, alguna vez en su vida, Suzanne hubiera sido así; pero también había sido capaz de una pasión.

—Sí, claro.

Germaine apartó la guedeja cobriza y dejó al descubierto la frente, cruzada de una arruga, y el ceño fruncido.

—Estoy, como antes, en sus manos.

Abandonó las suyas con desmayo y suspiró.

—Bueno...

Entonces sonó la campanilla de la puerta y se sobresaltó. Un poco inclinada hacia el fraile, con las manos anhelantes, le dijo:

—Ayúdeme, se lo pido por...

Se oyó la voz de Carlos al cabo del pasillo. Entró en seguida, con la gabardina en la mano. Dijo «Hola» desde la puerta. El padre Eugenio se levantó.

—Ya estamos de vuelta, don Carlos.

—Empezaba a preocuparme. Con esta niebla...

—El viaje no fue malo.

Germaine le tendió la mano.

—¿Quieres tomar algo, Carlos? ¿Un poco de coñac?

—No, gracias. En los velatorios, por lo que he visto, no se hace más que beber y contar cuentos verdes.

Dejó la gabardina en una silla y se acercó a la chimenea.

—Allí hace frío. Por eso hay que beber.

El fraile se había sentado. Germaine quedó en mitad del cuarto, indecisa. Carlos, de espaldas, se frotaba las manos al calor de la lumbre.

—Tengo poco tiempo —dijo—. El entierro de doña Lucía será dentro de media hora.

Se volvió bruscamente.

—Bien. ¿Qué escribió doña Mariana en el codicilo? Les habrán dado una copia.

Germaine envió al fraile, con la mirada, una petición de ayuda.

—Finalmente —dijo el padre Eugenio—, hemos acordado atenernos al testamento. Germaine acepta la oferta de usted. La resolución final se aplaza hasta que cumpla los veinticinco años.

Carlos le escuchaba, pero miraba a Germaine. Ella inclinó la cabeza y distrajo las manos con algo que había encima del velador.

—¿Fue ese el consejo del notario?

—En parte. Lo que nos dijo, confirmó a Germaine en su propósito. Casi lo había decidido durante el viaje.

Carlos se sentó en el sillón, frente al fraile, y estiró las piernas en dirección al fuego.

—Ese notario es idiota. Si se hubiera portado correctamente, me hubiera librado de una carga y, sobre todo, de una situación desairada. Estoy cansado de hacer el coco.

Se dirigió a Germaine.

—No vaciles jamás en tus determinaciones. Te lo digo yo, que casi soy vacilante de profesión. Cuando se hace un propósito hay que llegar hasta el final, suceda lo que suceda. Pero, en este caso, ¿qué podía suceder?

—Pareciste asustarte cuando lo dije, y me pediste que no lo hiciera.

—Sí, es cierto. Pero no olvides que una cosa es mi punto de vista particular y otra el papel de guardador a que me obliga el testamento. Personalmente, lo repito, lo que deseo es verme libre cuanto antes. Cuando esta mañana supe que habías ido a La Coruña, dije: «¡Gracias a Dios!». Pero no contaba con que tú también cambias de opinión. Lo siento de veras.

Se levantó, buscó unas llaves en el bolsillo y abrió el escritorio de doña Mariana: un mueble alto, de caoba oscura, con cajones y alacena. Revolvió unos papeles.

—En el banco, en La Coruña, hay un depósito de cuatrocientas veinticinco mil pesetas a tu nombre e instrucciones para que se te entreguen personalmente en la forma que lo desees —le tendió unos recibos—. Esto está hecho hace más de seis meses, como verás por la fecha. En otra cuenta, a mi nombre, hay otra cantidad. No puedo entregártela entera porque yo no dispongo de capital

para sostener el de tu tía. Pero puedo, eso sí, completarte el medio millón.

Revolvió de nuevo, buscó en los cajones. Halló, por fin, el talonario de cheques. Escribió un rato, arrancó el papelito alargado, de color verde pálido.

—Ahí tienes. Setenta y cinco mil pesetas, que te pagarán sin dificultad. Va extendido al portador.

Cerró, de golpe, el escritorio.

—Ya eres rica. Hay también unas rentas, de casas y fincas rústicas, poco importantes. Te haré las cuentas anualmente, y te mandaré el dinero, si así lo deseas.

Se levantó, metió las manos en los bolsillos y se arrimó a la consola.

—En cuanto a esta casa, la cerraré cuando te vayas. La cuidaré, te lo prometo, porque la amo demasiado. Y es seguro que alguna vez venga a pasar aquí la tarde y a tocar el piano para el fantasma de tu tía. A ella le gustaba oírlo. A estas horas, precisamente, cuando caía la tarde. Siempre después de merendar. Solía cogerse de mi brazo y llegar así hasta el salón. Yo llevaba una manta para abrigo de las piernas, porque la chimenea del salón no calienta como esta. Habíamos pensado trasladar el piano aquí, pero se murió antes de hacerlo.

Inclinaba tanto la cabeza, que no se le veía el rostro. Se había, además, encogido un poco. El padre Eugenio miraba al fuego. Germaine, con los papeles en la mano, se acercó a la chimenea, de espaldas otra vez. Se hizo un silencio; los troncos ardientes crepitaban.

—Me pedía que tocara cosas vulgares, cuplés de su juventud, vales vieneses, ¡qué sé yo! A veces, los tarareaba y se reía. Y a veces me refería historias picantes de escándalos y amoríos. De tal o cual cupletera de sus tiempos. «Eso lo cantaba la Fulana, que era guapa de verdad y estuvo un tiempo liada con tal duque o tal marqués.» Después, solía decirme: «Ahora, toca lo que te gusta a ti», y yo tocaba a mi gusto. Pero también hablábamos de ti, Germaine. Le preocupaba mucho y le daba miedo pensar que ibas a encontrarte sola en este pueblo, sola y sin defensa. Probablemente por eso, solo por eso, se le ocurrió el disparate de que pudieras casarte conmigo. Yo procuraba tranquilizarla. Y, ya ves, ella y yo nos equivocamos. Porque sé que estuviste en la misma guarida del ogro, y que el ogro te respetó. Puedes volver a Pueblanueva cuando quieras, aunque yo me haya marchado, aunque el padre

Eugenio...

Se interrumpió. El fraile irguió la cabeza:

—... se haya muerto.

—No quería decir eso. En fin: que no necesitas de nuestra protección. El pueblo entero te adora y están orgullosos de ti, como si fueran tus paisanos.

Miró el reloj.

—Tengo que marchar. ¿Quieres que nos despedamos ahora?

Germaine, sin volverse, respondió:

—No. Papá no está bueno. Tendremos que esperar un par de días.

—Entonces, mándame recado. Adiós, padre Eugenio.

El fraile se levantó.

—Me voy también. El prior creerá que me he escapado del convento, y eso no es bueno para mi reputación.

Se acercó a Germaine. Ella no se movió.

—Volveré también.

Le apretó el brazo y salieron al pasillo.

—¿Está llorando? —preguntó Carlos.

En el portal, el padre Eugenio dijo:

—Supongo que usted conoce el contenido del codicilo. O que tiene, al menos, una idea.

—Una sospecha solamente.

—Quiero ser franco con usted, don Carlos. El notario aconsejó que se aceptase el testamento porque, según él también sospecha, en el codicilo se le nombra a usted heredero. No he dicho nada delante de Germaine para no hacer la entrevista más embarazosa. Pero usted, si quiere, puede...

Carlos se detuvo en el umbral.

—No, no quiero. Pero, se lo aseguro, acabo de pasar el trago más gordo de mi vida. Temí que, en un arranque de nobleza, Germaine descubriera el pastel y me obligase a un rasgo de generosidad teatral del que me avergonzaría siempre.

—Yo no lo temí en ningún momento.

—Usted quizá la conozca ya mejor que yo. Porque también, para ver si una vez al menos se emocionaba, hice ese resumen de recuerdos que casi me conmovieron a mí mismo. Me alegra que haya llorado...

Se acercó al fraile y añadió en voz baja:

—Muera el cuento. Muere con la derrota final de doña Mariana.

—¿Y no será eso lo justo?

—Es posible. Pero yo la quería, y me he sentido dispuesto a perdonar sus injusticias y a sostenerlas.

Miró el reloj.

—Perdóneme, padre. El entierro de doña Lucía debe de estar a punto de salir.

Marchó corriendo. El fraile se metió en el automóvil y marchó también.

El último gorigori se apagaba en la niebla espesa, y las luces de los cirios apenas alumbraban. Don Julián, revestido de capa, alzó el hisopo y bendijo la sepultura. *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Los otros curas, los monaguillos y don Baldomero respondieron: «Amén». Se retiró la cruz alzada, y los curas detrás, y los sepultureros cargaron el féretro y lo metieron en el nicho. Los asistentes se habían abierto en semicírculo y esperaban. El juez sacó tabaco y ofreció. Surgió el fuego de las cerillas, y el humo de las bocanadas se mezcló a la niebla.

—Menuda pejuguera de nublado.

—Al menos, no viene fría.

Colocaban una fila de ladrillos, sujetos con argamasa. La losa yacía en el suelo, arrimada a la pared.

Cubeiro se acercó a Carreira, el dueño del cine.

—Fíjese en la cara del boticario. Como si le diera pena.

—¡Vaya usted a saber! En esto de las muertes hay sorpresas.

—Ya me lo dirá mañana. El buey suelto bien se lame. ¡Y este tenía unas ganas de cortarse la soga...!

El juez metió las narices.

—¿De qué murmuran?

—Aquí, Carreira, decía que las lágrimas de don Baldomero son lágrimas de cocodrilo.

—Quien lo dijo fue usted.

—Lo que yo dije fue que, después de todo, no tiene por qué llorarla. Lleva

más de un año deseándole la muerte.

—Nadie sabe lo que sienten los demás —dijo el juez.

—Pues yo, por un saco de huesos, no lloraría así. Porque doña Lucía era un saco de huesos.

—Tendría su aquel.

—Sí, las tetas. Ya sabe usted el cantar que le sacaron un carnaval.

—No lo recuerdo.

Cubeiro cantó por lo bajo, al oído del juez:

La mujer del boticario
tiene las tetas de goma.
Aé, aé, aé la chamelona.

—¿Y quién se las tocó para saberlo?

—¡Ay, eso...! Hay misterios impenetrables, pero que alguien se las tocó es un hecho.

A Carreira se le había apagado el pitillo. El juez le prestó el suyo.

—A lo mejor se sabe por el marido.

Los sepultureros levantaron la losa y la aplicaron a tapar el nicho. Don Baldomero contemplaba la operación y, de vez en cuando, se secaba las lágrimas con un pañuelo. Detrás de él, hipaba la criada. La losa quedó en su sitio, tomada con cemento. Un par de golpes garantizó su seguridad.

—Ya pasaréis a cobrar por la botica.

—Un día de estos.

—Y ahora, a dormir, don Baldomero —le dijo Carlos—. Está usted muerto de sueño.

—¡Y de pena, don Carlos, de pena!

Los jugadores de tresillo se acercaron, de uno en fondo.

—Lo siento mucho, don Baldomero. ¡No se sabe lo que vale una mujer hasta que se la pierde! —Cubeiro le miraba entristecido.

—Gracias, gracias.

—¡Era una santa y estará en la Gloria! —dijo el juez.

—¡Y usted que lo diga!

Carreira le dio un abrazo.

—Ya pasó todo. Ahora, a descansar.

Don Lino se había mantenido aparte, de espaldas a la pared de nichos. Se acercó, con el sombrero en la mano.

—Mis principios, don Baldomero, no me permitieron presenciar la ceremonia religiosa, pero ya sabe usted que la amistad está por encima de nuestras diferencias ideológicas. Considere que le acompaño de verdad en el sentimiento.

—Dios se lo pague.

Iban marchando, con precauciones, para no pisar las sepulturas. De los cipreses chorreaban gotas menudas y el suelo de las veredas estaba fangoso. Se oían las pisadas, chas, chas, y el ruido de un tropezón y alguien que decía:

—¡Cuidado, que resbala!

Don Baldomero se acogió a la compañía de Carlos. Acortó el paso, hasta distanciarse del grupo. Al salir del cementerio, los amigos, las mujeres, se habían alejado, carretera abajo.

—¿Los ha escuchado usted? Y, sobre todo, ¿los ha visto? ¿Se ha fijado en su sonrisa? ¡Ya que no puedo librar a Lucía de sospechas, quedará al menos mi honor sin una mancha!

El reloj de Santa María empezó a dar las seis. Inmediatamente, el gemido de la sirena ahogó las campanadas y llenó el ámbito, rodó por el valle, se escapó por encima de las aguas. Era un sonido ronco, apagado, casi fúnebre.

A las seis menos diez en punto había entrado en la tienda una labradora con su cesto. Pidió a Clara que le ayudase a dejarlo en el suelo y después suplicó una silla para sentarse, que venía muy cansada. «Debía tener un banco aquí, señorita, que sitio para él tiene, arrimado a la pared, y así podría una cobrar huelgos sin molestarla.» Sacó de la faltriquera un pedazo de pan y empezó a comer. Clara había repasado el mostrador y esperaba. La labradora habló de la niebla, que venía muy mal al campo, y de que se le había puesto enferma una vaca y ya llevaba gastado más de un duro en botica. Después, sin transición, saltó a la carestía de todo y al poco dinero que ganaban los labradores y a lo mucho que gastaban los de la villa. Acabó por confesar que necesitaba unas varas de tela para unas enaguas de su hija, pero que no estaba decidida a comprarlas, aunque sí a enterarse de los precios. Clara sacó del

anaquel varias piezas y las echó en el mostrador. La labradora, con la punta de dos dedos, tomaba la tela, la catava y la rechazaba. Así todo el repertorio.

—Pues esto es lo que tengo.

Entonces la aldeana se dolió de que ahora los tejidos fuesen malos y se rompiesen en seguida, y que años atrás, antes de la guerra, eran mucho mejores y duraban, y con lo que sobraba a las madres se hacía el ajuar de las hijas. Y que eso debía de ser porque antes había rey y ahora al rey lo habían echado y gobernaban unos señores que no se sabía quiénes eran y que solo pensaban en medrar y en robar a los pobres. Clara decía que sí a todo y empezó a recoger las piezas, pero la labradora le dijo que no tuviera prisa, que, a lo mejor, se decidía por alguna. En esto, sonó la sirena del astillero y Clara se puso nerviosa.

—Ande, si lo va a llevar, decídase ya y le haré una rebaja.

A la mujer se le alegraron los ojos. Preguntó cuánto. Clara dijo una cifra. Ella la encontró cara. Clara rebajó otro poco. La labradora no se movía.

—Dígame lo que quiere pagar y llévesela, porque voy a cerrar la tienda.

—¡Ay, señorita, con lo cansada que estoy, y me va a echar de aquí!

Eran las seis y diez cuando la labradora se marchó, con cuatro varas de tela blanca rebajadas en un veinte por ciento. Rezongaba letanías sobre el trabajo que costaba a los pobres ganar una peseta.

Cayetano surgió de la niebla repentinamente. Traía puesto el traje de faena, una boina y la pipa en la boca. Clara quedó de pie, en medio del umbral.

—Voy a cerrar la tienda.

—No son más que las seis y veinte.

—A esta hora, y con niebla, ya no hay quien compre.

—Pues, por mí, cierra.

Hizo ademán de entrar. Ella se interpuso.

—Contigo dentro, no.

—Pues, entonces, no cierres.

Se miraron de frente, ella en lo alto de los escalones, él en la calle.

—De mí no vas a sacar nada, te lo aseguro.

—Ayer hemos quedado en que vendría.

—Pensé que te volverías atrás.

—Ya ves que no.

—¿Por qué insistes?

Cayetano la apartó suavemente y entró. Se había quitado la boina y la llevaba en la mano.

—Cierra o deja abierto, me es igual; pero hazte a la idea de que todos los días, a esta hora, me tendrás de visita.

—¿Y si no quiero?

Él se encogió de hombros.

—Tengo que reparar una injusticia. ¿Cuánto tiempo llevas en Pueblanueva? ¿Tres años? Soy lo bastante imbécil para no haberme dado cuenta hasta ayer de que eres la única mujer digna de mí. Ya ves si tengo que correr para cobrarme de tres años perdidos.

—¿Para cobrarte... en especie?

—Deja eso a un lado, Clara.

—No me dirás que vienes para casarte conmigo.

—Todo pudiera suceder. Claro que eso depende de ciertas circunstancias. Pero si a mi madre le gustaría que me casase con la francesa, no creo que te pudiera poner reparos. Eres tan Churruchao como ella y bastante más guapa, al menos para mi gusto.

Clara había empezado a reír. Riendo, pasó al interior de la tienda y se quedó junto al mostrador. Cayetano se acercó.

—Vamos a hablar en serio, Cayetano. A mí no es nada fácil engañarme.

—No intento hacerlo.

—Has hablado de casarte.

—Sí. Y también de que eso dependía de ciertas circunstancias.

—¿Cuáles son?

—Te lo diré a su debido tiempo.

—Nunca me casaría contigo.

—Si no lo quieres, no pienso obligarte.

—Y, sin casarme, no hay nada de lo que pretendes.

—De eso, también llegaremos a hablar.

—Puedes darlo por resuelto.

—Hablas así porque no me conoces. ¿Te costaría mucho trabajo prescindir de lo que has oído por ahí y atenerte a lo que veas?

—¿Y a lo que ya he visto, no?

—No sé a qué te refieres.

—No nos conocemos de anteaer, Cayetano. Incluso hay por el medio una bofetada...

Cayetano se llevó la mano a la mejilla y se la acarició.

—Aquel día tenía que estar ciego. Y lo estaba. Me pasaba lo que te está pasando a ti: que había hecho caso de cuentos.

—Cuando el río suena...

A Cayetano se le oscureció la mirada.

—¿Quieres decirme con eso que no estaba equivocado?

Clara volvió a reír.

—Quise saber la cara que ponías. Y no me gusta. Tú eres de los que, para casarte, pondrías como condición acostarse primero, para cerciorarte de eso que tú llamas circunstancias.

Cayetano se enderezó y la miró a los ojos.

—¿No estás llevando las cosas muy de prisa?

—Me es igual, porque yo no la tengo.

—De todas maneras, ¿por qué las pones difíciles?

—Será porque yo lo soy también.

Cayetano se desabrochó la chaqueta de cuero y empezó a quitársela.

—¿Puedo colgar esto?

—Allí hay un clavo.

Por la abertura del mono azul asomaban las puntas de una camisa de seda y el nudo de una corbata escocesa. Cayetano se alisó el cabello.

—¿Me quieres escuchar un momento?

—Habla.

—Concédeme que entiendo un poco de mujeres. ¡No te rías! Entiendo. Admito que las haya comprado a todas, pero no por eso dejan de ser muchas. Podría decirte quiénes, de las de aquí, y te llevarías muchas sorpresas, porque de algunas no se llegó a saber.

—No siento la menor curiosidad por conocer sus nombres.

—Ni yo voy a decírtelos. Algunas satisfacciones, como algunas venganzas, basta que sean secretas.

Sacó un cigarrillo, lo puso entre los labios, y siguió hablando mientras buscaba el mechero y encendía.

—Pues de todas ellas, ninguna me hubiera servido para mi mujer. Entiéndeme bien, no quiero decir para casarme, tener hijos y arreglarme por fuera con una querida. No. Me refiero a esa mujer que los hombres como yo necesitan, una mujer de categoría. Porque yo voy a llegar a mucho. Esto de ahora, mi astillero, el mando y el poder en Pueblanueva, no es más que el principio.

Hizo una pausa, chupó el cigarro y miró a Clara con cierta ternura.

—Ya ves. Ni de esto he podido hablar con ninguna. ¿Qué menos necesita un hombre que una mujer a quien contar sus proyectos, sus esperanzas, sus dificultades y sus triunfos? Yo me los he contado a mí mismo, pero yo no me respondo, ni me doy ánimos cuando hace falta animarse, ni me consuelo si es necesario. Porque también, a veces, he necesitado consolarme. Aunque te rías.

—¿Por qué voy a reírme? Serás un hombre como todos.

—Por encima de todos, pero un hombre. Y, hasta ahora, solo encontré una mujer que estuviera a mi altura, pero la odiaba. Y aunque no la odiase, no me hubiera servido.

Volvió a callar. Clara se había cruzado de brazos y le escuchaba inmóvil, con los ojos medio entornados y un interés creciente en ellos.

—Yo no creo en Dios, pero creo en el destino, y el mío fue que la única persona capaz de comprenderme y de escucharme fuese mi enemiga. De todas maneras, llenó mi vida de algún modo. Luché contra ella quince años. Sabía que ella estaba ahí, y que aunque también me odiase, me consideraba como enemigo a su altura. Nos hemos despreciado mutuamente, pero de labios afuera. Si yo hubiera muerto, como ella murió, estoy seguro de que encontraría el pueblo tan vacío como yo lo encuentro.

Se corrigió en seguida:

—Como lo encontraba hasta ayer. Y ayer más que nunca, porque esa tonta de Germaine, o como se llame, hace más grande el vacío que dejó la vieja. Pero ayer nos hemos encontrado.

—Seamos francos. Ayer viniste a proponerme que me acostase contigo.

—Bien. ¿Y qué?

—Yo, a eso, no le llamo encontrarse.

—Fue mi última equivocación. Ahora ya sé a qué atenerme.

Tendió las manos abiertas encima del mostrador.

—Lo que haya de pasar, pasará. Tampoco tengo prisa. Pero no olvides que eres la mujer más mujer de Pueblanueva, y acabarás comprendiendo que soy el hombre más hombre.

Golpeó suavemente las planchas de madera pulida, brillante.

—Ahora me voy. Volveré mañana y todos los días, ya te lo dije. Y no intentes cerrar la tienda.

Descolgó la chaqueta y se la puso. Luego, recogió la boina.

—Hasta mañana, Clara.

Desde el umbral se volvió y repitió:

—Hasta mañana.

Don Baldomero, de regreso del cementerio, halló en el anís la colaboración adecuada a su pena. Cuanto más bebía, más lloraba y más elocuentes palabras dedicaba a la difunta. La criada le dijo que comiese algo, y él rechazó la invitación por ofensiva.

—¡Pues váyase a la cama a dormir la mona, que buena falta le hace!

Don Baldomero consideró entonces la manera vulgar que el pueblo tenía de entender las penas y, con medias palabras y lengua gorda, describió su tristeza y la nostalgia de Lucía, aquella santa, aquella víctima inocente, y el miedo que tenía de acostarse en el lecho desierto. ¡En la peor ocasión se la llevaba Dios, cuando el sosiego de la madurez podía haberles traído unos años de felicidad tranquila! Razonaba tumbado en el sofá, e interrumpía los razonamientos para llorar o beber: hasta que volvió la criada y, sin respeto a su congoja, lo cogió de los hombros, lo sacudió y se lo llevó, casi a rastras, a la cama. Carlos le preguntó si le necesitaba para ayudarla, y ella le respondió, desde la puerta, que lo había desnudado muchas veces, y que ¡las que quedaban! Añadió que si le apetecía cenar algo que esperase. Carlos dijo que no, y se marchó.

La niebla llenaba el portal y ascendía por la escalera. Carlos se ató la bufanda al cuello y caló la boina. El aire estaba húmedo y acre. En la calle miró hacia arriba y hacia abajo: del muelle llegaban voces, y se veían las señales que alguien hacía a un barco con un farol potente. Se encaminó a la plaza. A la puerta del Ayuntamiento hablaban unas mujeres, y sus voces se

apagaban en la niebla. Se metió bajo los soportales, hacia la tienda de Clara. Iba sin prisa, y, antes de entrar, se detuvo a mirar las torres de la iglesia, dos manchas negras y alargadas, sin contornos, en las que se reflejaba el resplandor apagado de los faroles. Estuvo unos minutos apoyado a una columna, y ya no miraba las torres, ni la plaza, ni nada. Los rumores, las voces, los pasos, parecían remotos o cercanos, como si entre la niebla hubiera vericuetos por donde el mismo sonido se perdiese, se alejase y volviese a aproximarse. Sintió frío en los pies, golpeó las losas y se acercó a la tienda de Clara. Iba a entrar, cuando vio a Cayetano, arrimado al mostrador. Movía las manos tranquilamente, y Clara le escuchaba, erguida, con los brazos cruzados sobre el pecho. Retrocedió hasta hallar apoyo para la espalda, los ojos muy abiertos, la mano quieta en el aire y el cigarrillo en ella. Y miró, desde un rincón hurtado a las luces. Cayetano seguía hablando: no llegaban sus palabras, ni siquiera el eco.

—Este ya descubrió a Clara —dijo.

Dio una chupada al cigarrillo y lo arrojó al suelo bruscamente. Entornó los ojos, sonrió y volvió a meterse en la niebla.

El mundo anda revuelto, el pueblo anda revuelto, y cada uno de nosotros lleva la procesión por dentro. ¿Quién había de decirnos que unas simples elecciones cambiarían tanto las cosas? Porque antes, ganasen unos, ganasen otros, siempre había los que mandaban, los que esperaban mandar y los que no mandaban nunca, ganase quien ganase. Así estaba establecido y no había que quebrarse la cabeza para entenderlo. Pero ahora no se sabe quién manda y los que nunca han mandado se levantan, chillan, reclaman y, mientras no les dan lo que piden, echan los pies por alto. Bonito está el cotarro. Esto, por lo que al país se refiere, que a Pueblanueva aún no ha llegado más que la resaca. Aquí todo continúa, aparentemente, como antes, si no que cambió el Ayuntamiento; pero la gente empieza a enterarse de lo que hay fuera; la gente, es decir, todo el mundo, no solo la cuadrilla de chiflados que se reúnen en la taberna del Cubano. Los que nunca tuvieron nada empiezan a mirar a los que tienen algo, como diciéndoles: «Aprovéchalo, que por poco tiempo lo vas a disfrutar». Y los que algo tenemos, aunque haya sido ganado con el sudor de nuestras frentes (y esto de las frentes va sin segunda intención), andamos preocupados, silenciosos y con la mosca tras la oreja, como se dice vulgarmente. Sobre todo, porque no entendemos muy bien lo que sucede. En Pueblanueva, concretamente, no pasó nada. Y si en Pueblanueva no pasó nada, ¿por qué hemos de sufrir las consecuencias de lo que pasa fuera? Si en otras partes los pobres no se resignan a serlo, ¿forzosamente los nuestros tampoco han de resignarse? La culpa la tienen los periódicos. Ahora todo el mundo los lee, y se entera, y comenta, y muchos se preguntarán: «¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo que hacen en Madrid y Barcelona?». Porque esa gente que nada posee, como no tiene en qué pensar, da en imitar a la de otras partes. Los de aquí

ya hubieran hecho alguna gorda si no los contuviera Cayetano, que es el único tranquilo, y que con eso de que «lo mío no es mío, sino de mis trabajadores», se sacude los problemas y mantiene a la gente quieta. Es un buen truco, que los demás no podemos repetir. Si, pongamos por caso, dijese Carreira que su cine no es suyo, sino del pueblo, la gente entraría gratis, y a ver quién pagaba luego el alquiler de las películas. No, no. Han ido demasiado lejos. Todo está bien mientras no se metan con la propiedad privada. Y eso es justamente lo que ahora está en peligro. ¡Se lleva uno cada susto!

Quien la entendió fue la francesa. Cogió sus cuartos y se largó al París de la Francia, donde nunca llega el agua al río. Llevó consigo a la Rucha hija, en calidad de doncella particular. Don Carlos despidió a la Rucha madre, y le dio un bajo en una casa de doña Mariana sin pago de alquiler. Con la manda de la vieja, la Rucha puso un baratillo donde vende de todo, alpargatas, escobas y mazorcas de maíz, y va tirando. La hija le escribe desde París: cuenta y no acaba, y dice que ahora marcharán a Italia, donde la señorita va a cantar en los teatros. La Rucha hija dice que ya empieza a hablar francés. Mandó un retrato con la Torre de Eiffel al fondo.

Don Carlos cerró la casa de la vieja, después de enfundar los muebles y de guardarlo todo, y se llevó a la suya unos cuantos cachivaches y el retrato de doña Mariana y el sillón donde ella se sentaba. Vive en su torre de donde no baja casi nunca, si no es alguna tarde que va a la taberna del Cubano, o alguna mañana que abre las ventanas de la casa de la vieja para ventilarla. El cochecito también se lo llevó, con el caballo, y paga la contribución como si fuese propio. De lo que hace en la torre poco se sabe. Paquito, el Relojero, no cuenta mucho. Libros, libros, siempre con libros!», suele decir. Y de ahí no sale. De una manera o de otra, don Carlos Deza ya no da qué pensar. Otras cosas hay más importantes.

La principal, las relaciones de Cayetano y Clara Aldán. Se empezó descubriendo que todas las tardes iba a verla y se pasaba en la tienda cosa de una hora y después marchaba a su casa. ¡Bueno! —se comentó—, ¡ahora le tocó a esta!» Y no es que no chocase, por lo que el propio Cayetano había hablado de ella y por su enemistad declarada con Aldán; pero, en el fondo, no dejaba de ser tranquilizante que volviera a las andadas y precisamente

con una chica de mala reputación. Se pensó que vendría de noche a dormir con ella, pero un día se averiguó por la criada de doña Angustias que en los últimos tiempos Cayetano no había faltado una sola noche a casa y que se acostaba más bien temprano, o después de cenar, o cuando regresaba del casino. Fue entonces cuando la gente empezó a sorprenderse y a poner los medios naturales para enterarse de lo que pasaba: se organizó una vigilancia tan perfecta como espontánea, se les siguieron los pasos a uno y a otro y se pudo comprobar que Cayetano, salvo si algún negocio lo requería fuera, iba directamente del trabajo a la tienda de Clara, se sentaba bien a la vista de todos, estaba de palique como una hora, y más adelante como dos, y después se marchaba y no volvía hasta el día siguiente. Y en este tiempo, nada que no pudiera ser visto, como si contaran con que los estaban vigilando y quisieran hacerlo todo a la luz del día. Cayetano faltó unos días, antes de las elecciones, y después volvió como si nada, sin otra novedad que llevarla algunas veces a cenar a una taberna, o a comer un domingo al mediodía, y algunas tardes al cine, como antes solía hacer, con don Carlos, Clara Aldán. En la taberna no faltaban ojos que los mirasen; en el cine, siempre había detrás alguien que no perdía ripio, y si la llevaba a casa, o los seguían, o los esperaban, y nada. Costó trabajo creerlo, pero acabamos rendidos a la evidencia y, lo que es peor, asombrados. A los hombres nos daba risa, pero las mujeres se indignaron. No hubo casa de Pueblanueva ni hora de comer en que esposas o hijas no pusieran verde a Clara y no dijeran de Cayetano que, después de haberse hartado de poner cuernos, andaba ahora a la procura de los suyos, que iban a ser lucidos y floreados como una primavera. De las que más alboroto armó fue Julita Mariño: como Clara, desde que vino la francesa, oye misa los domingos sentada en el banco de doña Mariana, Julita capitaneó una comisión de muchachas que fue a pedir al cura que la echase de la iglesia o ellas no volvían más. «¿Qué más quisiera? —les respondió don Julián—, pero no es pecadora pública ni hereje excomulgada para que pueda hacerlo, y en cuanto al banco, la tengo que aguantar como aguanté a la vieja, porque tiene derecho.» Entonces a Julita se le ocurrió que podían buscarse los hombres que se habían acostado con Clara y llevárselos al cura de testigos; pero ninguno apareció que lo hubiera hecho, o que se atreviera a

confesarlo, a pesar de las seguridades que se dieron a los sospechosos, a pesar de los vasos de vino a que se les convidó. Julia Mariño, hecha un basilisco, empezó a gritar que los hombres de Pueblanueva eran todos maricones y que callaban por miedo que tenían de Cayetano, y el que estaba delante, un barbero que había cortejado a Clara cosa de un año atrás, le respondió: «¿Qué más quisiera yo, señorita, que haberlo hecho y decirlo? Pero una vez que quise meterle mano me largó tal patada en cierto sitio que aún me duele».

La cosa llegó también a doña Angustias, y si se apenaba cuando le venían con el cuento de que su hijo se acostaba con tal fulana, mucho más se apenó al saber que andaba con esta y que no se acostaba. No había tarde en que tres o cuatro beatas no fuesen a condolerse y a llevarle las últimas noticias, a consolarla en su llanto y a levantarla de su tribulación. «Pero, señora, ¿y su autoridad de madre, y el amor que su hijo le tenía, ya no valen nada?» «¡No me hable, no me hable! ¡A mi hijo le dieron algo, porque ya no es el mismo!» «Pero, señora, ¿y él qué dice?» «¡No dice nada, ni deja que del caso le hable!» «¡Pues por ahí se asegura que se van a casar, y no por la Iglesia, sino por lo civil, como los republicanos!» Entrar ella en mi casa como señora y salir yo por la puerta de las criadas todo sería uno!» «Pero, señora, ¿y usted va a permitir que las cosas lleguen a tal extremo?» «¡Dios no lo quiera, pero de un hombre endemoniado cualquier disparate puede esperarse.» «¿Aun faltar a su madre?» «¡La experiencia nos dice que cuando se mete por medio una mala mujer, ya no hay madres ni esposas! ¡Si lo sabré yo, que tanto tengo sufrido...!» Salían de su lado compungidas las beatas y aseguraban que no hay dicha completa y que las riquezas no dan la felicidad. Y no parecían muy tristes al decirlo, pese a la compunción.

Doña Angustias mandó decir misas, que se supo, y rezar novenas y rosarios. Y no hay seguridades, pero sí sospechas, de que también pidió a don Julián que echase a Clara de la iglesia, y de que el cura se disculpó como pudo, y prometió hacer algo, solo por no ver a doña Angustias disgustada y avergonzada en el primer asiento del primer banco, al lado del Evangelio, que es el suyo. Pero no hizo nada, o lo que hizo no dio resultado. Es el caso que el párroco de la iglesia de la playa dio en decir que si el asunto se hubiera planteado en su jurisdicción, ya lo hubiera resuelto

echando a Clara. Se enteró doña Angustias, apremió a don Julián, este visitó a Clara, Clara lo mandó a paseo, y el primer domingo se presentó en la iglesia como siempre, y ocupó en el banco de doña Mariana el sitio que ya parecía suyo. Doña Angustias se levantó, mandó a su criada: «¡Vámonos!», y salió de la iglesia pisando fuerte y con la cabeza levantada; Julita Mariño, que estaba con su madre, dijo en voz alta, que todos la pudieron oír: «¡También nosotras, mamá!». Diciéndolo o sin decirlo, varias señoras más, y varias muchachas, salieron de la iglesia y se fueron a oír misa a la parroquia de la playa. Cuando don Julián salió revestido, había grandes claros en los bancos delanteros, que son los que ocupó siempre la gente de más viso. Pero lo bueno del caso es que Clara Aldán no pareció enterarse, y allí seguía, arrodillada, con el velo muy echado sobre la cara, metida en sí como si meditase en los problemas del mundo. Aquella tarde, don Julián anduvo de casa en casa y acabó por visitar a su colega, con el que dicen que tuvo una agarrada fuerte porque le había arrebatado la clientela asegurando que hubiera hecho lo que no estaba facultado para hacer por ningún canon de este mundo ni del otro. Pero no se arregló el cisma: Clara va a su iglesia, y las otras a la parroquia. Con lo que se empieza a murmurar que don Julián se ha pasado al Frente Popular porque quiere ser obispo, y espera que Cayetano, que ahora es un personaje político, lo recomiende.

Motivos hay para pensarlo, no solo por el asunto de la de Aldán. La conducta de don Julián durante las elecciones no está muy clara. Con el señor Mariño, con la mujer de Carreira, cristera donde las haya, y con dos o tres más, formaba el comité de las derechas. Pidieron cuartos, hicieron viajes, pagaron votos y repartieron propaganda como en otras ocasiones. Aunque parezca exagerado, también en Pueblanueva había un gran cartel, que cubría todo el frente de una casa, con el retrato de Gil Robles y un letrero que decía: «A por los trescientos», como dicen que había en Madrid, si no es que el de Pueblanueva, con tanta lluvia como vino por aquellos días, se deslució en seguida y hubo que quitarlo. Un sábado de febrero, al mediodía, llegó un camión cargado de muchachos con banderas españolas, se pararon en la plaza, juntaron gente y echaron seis o siete discursos: que si la religión, que si la patria, que si la Propiedad y que si la Familia. Se les

escuchó como a todos, pero Julita Mariño, capitana de chicos y de chicas, unos veinte en total, gritaba al frente de sus tropas: «¡Viva España y viva Cristo Rey!». Muy bien. Aquella misma tarde, después de comer, llegó otro camión, cargado con muchachos y muchachas con banderas republicanas, si no es que algunos vestían una especie de uniforme y saludaban con el puño en alto. Hablaron tres o cuatro y, al final, cerró el acto don Lino, con un discurso que traía preparado, en el que se preocupó, sobre todo, de dar seguridades al capital. Estaban allí los trabajadores del astillero y los pescadores con el Cubano al frente. Todos aplaudieron, y los del camión se fueron muy satisfechos de su éxito. Por cierto que entonces Paquito, el Relojero, que había asistido muy serio a los dos mítines, se subió a una ventana del Ayuntamiento, dijo que también él quería hablar, y, por oírle, se juntaron unas docenas de personas. Con el bastón al hombro y la pajilla en el bastón, empezó diciendo: «Vosotros sois idiotas, y los que hablaron hoy, tan cabrones son unos como otros. Gane Gil Robles o gane Azaña, vosotros no habéis de mandar, y menos en Pueblanueva, donde no hay más amo que uno, con monarquía, con república o con el comunismo que viniera. De modo que iros a dormir y mañana cogeros una buena borrachera, y dejar que ellos se peleen. Os lo digo yo, que soy más listo que todos y he recibido bofetadas de unos y de otros por mi manía de andar diciendo las verdades. Pero esta vez os pronostico que veremos correr la sangre, porque cuestión de tanto mando es contra la ley de Dios, y los ambiciosos de este mundo mueren a hierro y a fuego. Esto lo tengo leído en libros verídicos, y es la pura verdad. Por si la había dicho o por si no, lo bajaron de la ventana y le dieron una buena tanda de palos, y allí quedó tirado, hasta que alguien le tuvo compasión y lo llevó a una taberna, donde lo reanimaron con aguardiente.

Aquella noche, cuando estaba reunido el comité de las derechas en casa de Mariño, se presentó Cayetano. Nada hay secreto, y lo que pasó se supo a la media hora. El cura, al verle entrar, se levantó muy digno y le preguntó: «Usted, ¿a qué viene aquí?». Y entonces Cayetano, sin perder la serenidad, le contestó: «Si mañana pierde las elecciones el Frente Popular, tendré que cerrar el astillero y despedir a la gente. Ya ver entonces qué comen ustedes y de dónde va a sacar mi madre dinero para sus donativos a la iglesia. De

modo que arréglense como puedan para que yo disponga mañana por la noche de actas de todo el distrito con el triunfo de mis candidatos». Y se marchó. «Habrás insolente?», dicen que dijo el cura. Y Mariño respondió: «Es la soberbia que da el dinero». Pero la señora de Carreira se levantó, cerró la puerta y preguntó que si era cierto aquello de que iba a cerrarse el astillero. Mariño dijo que sí. «Me consta que estos días atrás, cuando Cayetano estuvo de viaje y todos creímos que era por algo de elecciones, fue a negociar una hipoteca de medio millón. Me lo han asegurado en Santiago.» «Pero ¿qué hizo, entonces, de su dinero?» «Se lo ha gastado todo en jornales y materiales desde que no le dan créditos.» «Y si ganan las izquierdas, ¿se los darán?» «Si ganan ellos, le darán lo que quiera.» «Pues la cosa es para pensarla», dijo la de Carreira. Nadie habló más, pero don Julián estaba preocupado. Al final se quedó solo con Mariño.

Al día siguiente, domingo, no se vio jubileo semejante. Desde las siete de la mañana había colas delante de los colegios. Todos estaban allí, mujeres y hombres, curas y hasta los frailes del monasterio, de uno en fondo, con el prior delante. Algunos mozalbetes de un bando y de otro anduvieron a palos, y por la tarde, con el vino, se repitieron las peleas. Pero las urnas fueron respetadas y, lo que se dice dentro de los colegios, se guardó orden. Como siempre hay un chivato que lo dice, se fue sabiendo la marcha del escrutinio. Ganaban unos u otros, según el colegio, y andaban equilibrados. Las actas se extendieron honradamente, pero alguien les dio el cambiazo, y las que salieron para ser examinadas por el Gobierno Civil daban el triunfo a las izquierdas. ¿Por qué la gente se empeña en atribuir el gatuperio a don Julián y al señor Mariño? Sus razones habrá.

Cuando se enteró la gente de que habían triunfado las izquierdas en toda España, abandonaron el trabajo y se fueron juntando en la plaza del Ayuntamiento. La puerta de la iglesia estaba cerrada, y también la verja de hierro, por si las moscas. Dieron en cantar mientras esperaban, y la cosa fue pacífica. Por fin, llegó don Lino, elegido diputado, y Cayetano con él. Don Lino se dirigió a las masas y les echó un largo discurso lleno de promesas: fue muy aplaudido, pero la gente se aburrió, porque nadie le entendía. Al final, Cayetano dijo solamente: «Trabajadores, nuestro triunfo nos asegura el trabajo y la prosperidad del pueblo. ¡Viva la República!». Le

contestaron «¡Viva!», y mucha gente lloraba. El mismo Cayetano empezó entonces a cantar:

*¡Arriba los pobres del mundo!
¡En pie los esclavos sin pan!*

Le siguieron como un solo hombre, y en lo que quedó de día no se oyó en Pueblanueva más que La Internacional, mejor o peor cantada. Habían cerrado muchos comercios, por miedo a que los asaltasen; pero cuando se supo que Cayetano había ordenado el respeto a personas y propiedades, los volvieron a abrir, y salvo los sopapos que suele haber los domingos en la plaza entre mozalbetes de un lado y de otro, en Pueblanueva del Conde no ha pasado nada. Pero todos nos preguntamos: ¿por cuánto tiempo? Y las miradas de los trabajadores nos ponen miedo.

Pero no todo es paz en la viña del Señor. Don Lino le dijo a Cayetano, delante de todo el mundo: «Bueno. Ahora que hemos ganado le haremos a usted alcalde». Y Cayetano se le quedó mirando y le respondió: «Nombraremos alcalde a quien me dé la gana, como lo hice a usted diputado». «A mí me eligió el sufragio popular y represento la voluntad del pueblo.» Entonces Cayetano se echó a reír: «¿No se ha dado cuenta todavía de que la voluntad del pueblo coincide con la mía?». «¡A eso se llama fascismo, y contra eso venimos a luchar!» «Llámele como quiera y luche contra quien le dé la gana, pero no olvide que en Pueblanueva mando yo.» Desde entonces, don Lino cabildea con los que tomaron en serio las elecciones y pretende quitar el mando a Cayetano. Y en esto están las cosas.

VIII

Llovía a Dios dar agua. Batía la lluvia contra los cristales del autobús, y alguna chispa menuda se colaba en el interior y se quedaba, brillante, en la manga de la gabardina: un instante nada más. La tela la absorbía y, en su lugar, una manchita oscura daba su testimonio. Los viajeros cabeceaban. De rato en rato paraba el autobús, y alguno descendía y quedaba al amparo de un caserío o, sin amparo, en un cruce de caminos. El autobús arrancaba, chorreante, renqueaba cuesta arriba y aprovechaba con cautela las pendientes. Cerca de Pueblanueva paró el motor. El chófer se apeó, maldiciendo. Alguien le echó, desde arriba, un saco para cubrirse. Hurgó en el mecanismo, arregló la avería y continuó la marcha. «¡Menos mal que estamos llegando!», comentó alguien. Un poco más adelante, el chófer corrió el cristal de separación y gritó a Juan: «¿Se queda aquí o sigue al pueblo?». Estaban frente a la carretera que llevaba al pazo de Carlos. Juan miró el valle lluvioso, la larga carretera de guijarros desnudos y grandes charcos. «Mejor será seguir.»

Halló las piedras de Pueblanueva ennegrecidas, sucia la cal de las fachadas, verdeante el recebo de los aleros y el rojo de los tejados. No había un alma en las calles. El autobús dio un viraje brusco y se metió en la plaza. Los puestos del mercado aparecían cubiertos con lonas y hules envejecidos y nadie en ellos. Unas mujeres y unos niños, acurrucados, tapados con sacos y mantones, aguardaban bajo los soportales.

Juan esperó a que salieran los demás viajeros. Habían empezado a descargar los equipajes, y las mujeres y los niños reclamaban a gritos su transporte. Juan se sintió agarrado, sacudido: «Señorito, la maleta, ¿le llevo la maleta?». De un salto se acogió a los soportales. Le había tocado el turno a su equipaje, y una maleta tras otra se deslizaban por la escalerilla: tres maletas y

tres cajones. «¡Cuidado, que no se mojen!», gritó; y después dio instrucciones al mozo del autobús para que lo guardasen todo hasta que él pasara a recogerlo.

—Su hermana vive aquí al lado —le dijo el mozo.

—Es que seguramente no iré a su casa.

En una de aquellas casas —¿en cuál?— tenía su tienda Clara. Con ir mirando, daría con ella. Sacudió el agua del sombrero y se lo encasquetó con cuidado, un poco hacia delante, un poco ladeado. Los zapatos, apenas humedecidos, brillaban todavía, y las rayas del pantalón se conservaban impecables. En cuanto se echase a la calle, los zapatos perderían brillo; el sombrero, apresto, y tiesura los pantalones. También era mala suerte.

—¿Le parece bien este rincón? —le preguntó el mozo del autobús: había amontonado maletas y cajones, y ahora los cubría con un papel grueso y roto.

—Sí, está bien. Ya mandaré a buscarlos.

—Que pregunten por mí. Usted ya me conoce.

Dio una peseta al mozo y se apartó. Los viajeros se habían marchado y los soportales quedaban desiertos. Se arrimó a una columna.

—Lo que es llover, lloverá todo el día —comentó el mozo al pasar—. Si quiere le busco un paraguas.

—No, no, no vale la pena.

—La casa de su hermana está ahí al lado. Puede esperar allí.

En último término iría. Prefería, sin embargo, esperar. Quizá un claro que venía por poniente, encima del monte, trajera la escampada. Buscó el tabaco y encendió un pitillo. El mozo volvió a acercarse. Sonreía, con la punta de un cigarrillo pegado a la esquina del labio. Era un tipo maduro, colorado. Llevaba boina y un abrigo viejo.

—Novedades, como verá, pocas. Pero la iglesia la han arreglado.

Siguió adelante, arrastrando una carretilla. Juan, entonces, se fijó en que las tejas de la iglesia eran nuevas y que las piedras estaban limpias de verbenas y musgo. También habían pintado la verja del pórtico.

—La vieja, con esto, habrá salvado su alma.

Le embarazaba el guante para fumar y se lo descalzó. Al cabo de los soportales apareció una figura cubierta con un gran paraguas, en seguida cerrado. Juan disimuló la mirada curiosa; luego, la mirada alegre. El sujeto

del paraguas parecía el boticario, aunque enlutado. Se ladeó y alternó las miradas entre la iglesia y don Baldomero, que se acercaba, arrastrando el paraguas. Cuando descubrió a Juan, cuando le reconoció, alzó los brazos y aligeró el paso.

—¡Si es Aldán!

Aldán se había vuelto enteramente hacia la plaza, y, al oírle, dio un giro brusco, casi militar.

—¡Don Baldomero!

Fue hacia él y se dejó abrazar. Resonaron las palmadas en las espaldas y los saludos dichos al mismo tiempo.

—Acabo de llegar. ¿Y ese luto?

—La pobre Lucía. ¿No sabía usted nada?

Juan movió la cabeza y se quitó el sombrero. Quedó al aire la cabeza bien peinada, ligeramente olorosa.

—Nadie me lo escribió. Aunque lo cierto es que tampoco yo he escrito a nadie desde hace varios meses.

—Pues ya ve usted: una muerte inesperada y un poco extraña.

—Pero ella estaba enferma hace tiempo...

—Sí, ¿quién lo duda? Tuberculosa, pero no en tal grado que la muerte fuese a venir tan pronto. Además, la había enviado a la montaña y llevaba allí varios meses, muy mejorada. Cuando, de pronto, ¡zas!, me avisan que está peor, y llego por los pelos para verla morir. Una cosa muy rara.

Levantó un poco la vista y examinó el rostro de Aldán.

Juan no parecía haber recogido la sospecha. Mantenía en el rostro una tristeza convencional, y ahora se desabrochaba la trinchera, muy lentamente, hasta dejar al descubierto la chaqueta gris y la corbata azul.

Sacó del bolsillo un pañuelo doblado y se secó la frente.

—Pues lo siento de verdad, don Baldomero. ¿Quién había de decirlo? Unos vienen y otros van, y así es la vida.

—Yo, todas las mañanas, voy un rato a la iglesia a rezarle. Era una verdadera santa. Prefiero esta hora del mediodía porque no hay nadie. ¿Por qué no viene conmigo?

Juan rio.

—¿A la iglesia? Usted sabe que yo...

—Puede venir como curioso. La han arreglado por dentro y por fuera y vale la pena verla. El día de la inauguración asistieron todos los ateos del pueblo.

—Es que yo no soy propiamente ateo, usted lo sabe.

—Pues mejor. Así entenderá algo de Dios, y eso es justamente lo que necesito.

Le cogió del brazo y le empujó.

—Anímese. Abriré el paraguas y le taparé. Tengo ganas de hablar, y ahora, desde que don Carlos apenas aparece por el casino, no hay con quien cruzar una palabra que no sean barbaridades.

—Es que... llevo zapatos finos y no querría mojarme.

—¡A buen lugar viene con zapatos finos! Vamos.

Metió a Juan debajo del paraguas enorme. La lluvia teceaba en la tela tensa y se escurría a chorros delgados por las puntas de las varillas. Juan sorteó los charcos y sus zapatos alcanzaron el pórtico sin pérdidas importantes para el brillo; pero en los pies sentía la humedad.

—Voy a dejar aquí el paraguas. No lo llevará nadie. ¡La gente ya no viene a la iglesia, querido Aldán! Y no le falta razón, como va a ver en seguida.

Dejó el paraguas escurriendo en un rincón.

—Entre, y le explicaré cómo los hombres son instrumentos de Dios, aunque no se lo propongan. O, ¿quién sabe?, del demonio. Porque detrás de la Cruz está el demonio muchas veces, y uno no sabe distinguir...

Solo estaba encendida la lámpara del santuario, y en la nave de la Epístola, frente al Crucificado, unas docenas de velas en candelabros de hierro negro. Un resplandor suave lanzaba contra la oscuridad las sombras más oscuras de las columnas. Juan quedó sobrecogido.

—Es bonito esto.

Don Baldomero se había santiguado, pero no se arrodilló.

—Ya lo creo. Sobre todo sin luz. Pero la luz trae sorpresas. Acérquese, ya verá.

Echó a correr por el pasillo central y subió al presbiterio. Juan le siguió con calma: vio cómo se escondía, oyó un chasquido y el presbiterio quedó iluminado.

—Y ahora, ¿sigue pareciéndole bonito?

La luz súbita había ofuscado a Juan. Se restregó los ojos y parpadeó hasta acomodarse a la fuerza de la luz.

—No veo bien.

—Aléjese, tome perspectiva. Ahí es el lugar. ¡Lo tengo tan estudiado...!

Juan se había detenido en la tumba de doña Mariana y no paró mientes en ella. Con la cabeza semialzada contemplaba el Cristo. Hizo visera de las manos y se estuvo así un rato. Don Baldomero llegó hasta él con pasitos menudos, quedó a su lado y no dijo nada.

—No entiendo mucho de pintura, pero debe ser bueno. Lo pintó el fraile, ¿no?

—Eso cree la gente; pero, entre nosotros, estoy convencido de que lo pintó el demonio.

Juan se volvió hacia él.

—¿Es que no le gusta?

—¡No se trata de eso, Aldán! ¡No podemos plantarnos ante una imagen de Cristo y decir que es bonita o fea! El problema es de si eso puede ser Cristo o de si es todo lo contrario. Porque yo tengo mis dudas.

Daba la espalda al presbiterio, y la cara le quedaba en penumbra.

—Yo no me planteo ese problema —insinuó Juan—; ya sabe que yo...

—Usted, dígame la verdad: si mira esa cara, ¿no se siente acusado?

—¿Acusado? ¿De qué?

—De sus pecados; porque usted tendrá pecados. Acusado en última instancia, acusado en el Juicio Final, cuando la cosa no tiene remedio y de aquí sale uno con pasaporte para el infierno.

Juan daba vueltas al sombrero.

—Pues, no.

—¿No le da al menos inquietud? ¿No se siente molesto de mirar?

—¿Por qué? Aunque fuera lo que usted dice, tengo la conciencia tranquila.

—¡La conciencia tranquila! ¡Ni los santos la tienen! La conciencia tranquila es el mayor engaño del demonio; pero lo de ese cuadro es otro engaño. Dice que no hay perdón, ¿me comprende?, y el que no cree en el perdón acaba perdiendo todo interés en ser perdonado. Mi querido Aldán, cuando vi por primera vez esa pintura, me prometí no entrar jamás en esta iglesia. Pero ya ve, he vuelto. Me siento atraído. Me paso aquí todos los días

una hora escuchando... ¡Sí, no se ría! Porque, para mí, habla. Yo soy un pecador y tengo mucho de qué arrepentirme... ¡Quién sabe si hasta de crímenes! Pues vengo aquí y escucho la voz que me dice: «La suerte está echada y tú estás condenado». Y siento una gran paz interior. ¡Con decirle que bebo menos...!

Cogió a Juan del brazo y lo arrastró hacia la nave de la Epístola.

—Las drogas deben de ser algo así. Porque, cuando me marchó, empieza el miedo, y de noche, ya no es miedo, es terror. Se me aparece mi difunta y me dice que no volveremos a vernos, y, a veces, doña Mariana me grita desde el infierno que ya tengo sitio a su lado. ¡Espantoso! Y todo por el puñetero cuadro.

Se había arrimado a una pilastra, fuera de la luz.

—Por ahí, la gente quema iglesias. Dios me perdone, pero agradecería que quemasen esta. Si no, caeré del todo en la trampa del demonio. ¡No sabe usted, querido Aldán, qué dulce es! Llego, me siento, y nada me importa ya. Un hombre como yo debería ahora estar bramando contra esos bárbaros que nos gobiernan. Mi obligación hubiera sido echarme al monte y levantar la santa bandera de la Tradición. A veces lo pienso... Tengo en casa una carabina, y hay media docena de amigos en toda Galicia que me seguirían. Pero, después, vengo aquí, y los bárbaros me importan un pito, y otro tanto la Santa Tradición.

Echó las manos a los brazos de Juan y lo sacudió.

—Usted, que es anarquista, podía quemar la iglesia, o, por lo menos, esas pinturas.

—Yo no quemo iglesias, don Baldomero.

—¡Ya lo sé! Aquí no hay nadie que queme iglesias. El amo lo ha prohibido. No hay más esperanza que vengan de fuera... Y, a propósito, usted, ¿a qué ha venido? ¿Es por lo de su hermana?

Juan le miró sorprendido.

—¿Qué es lo de mi hermana?

—¡Ah! ¿No lo sabe? ¡Como es novia de Cayetano...!

Permanecía en la oscuridad, pero las luces del presbiterio iluminaban a Juan: brillaba la corbata de seda, brillaba la punta de los zapatos. Y la trinchera, abierta, dejaba ver el forro de tela escocesa.

—¡La novia de...!

Don Baldomero advirtió el gesto de sorpresa, la estupefacción de la mirada.

—He dicho novia, ¿eh?, y nada más que novia. ¡Buena es la gente del pueblo si fuera otra cosa! Y eso es lo que choca, dadas las costumbres de Cayetano.

—No lo puedo creer.

—Pues va para dos meses, y quizá más. ¡Con decirle que la gente ya no habla de eso...! Pero como usted y Cayetano siempre se llevaron mal, pensé que se habría usted enterado y que vendría a arreglarlo.

—No. No he venido por eso...

Le salió la respuesta ronca y un poco dramática.

—A juzgar por el traje, no parece que las cosas le hayan salido mal. Viene usted hecho un señorito... ¡Lo es, claro!

Un poco tarde, quizá. Juan agradeció el piropo con una sonrisa.

—Sí, no me han ido mal las cosas —echó hacia atrás la trinchera y recogió las manos a la espalda, sin soltar el sombrero—. Claro que podrían ir mejor. Pero estos socialistas...

—¿Es que no se lleva bien con ellos?

—¡Estamos a matar!

Don Baldomero rio.

—¡Pues anímese, hombre, que si yo me libro de esta y me echo al monte le invitaré a la partida! El enemigo común une mucho.

Se apartó de la pilastra y quedó iluminado.

—Espere. Voy a apagar las luces, que si me descubre don Julián dirá que se consume mucho fluido...

Marchó hacia el presbiterio. Juan, con la cabeza agachada, caminó por la nave. Quedó la iglesia a oscuras y se oyeron los pasos de don Baldomero, que iba hacia la puerta.

—¡Con cuidado, no vaya a tropezar!

Seguía lloviendo. Don Baldomero recogió el paraguas de su rincón.

—¿Quiere que le lleve a alguna parte?

—No. Tengo que ver a Carlos, pero el pazo está muy lejos. Cogeré un automóvil.

Don Baldomero rio y le palmoteó la espalda.

—¡Un automóvil! Se ve que estamos en fondos, ¿eh? Pues ande, venga conmigo. Le dejaré en el garaje.

—¿Quiere un pitillo?

—¡Bueno! Vamos fumando. Siempre entretiene...

A Carlos le extrañó el ruido del motor en su jardín: creyó reconocerlo en medio del rumor de la lluvia y se asomó. El automóvil se había detenido y alguien se apeaba. Abrió la ventana y preguntó quién era. Juan levantó la cabeza.

—Soy yo, Carlos.

—¡Juan!

Carlos corrió por el pasillo. Retumbaron los pisos, se estremecieron las escaleras. Cuando llegó al zaguán, Paquito hacía reverencias y barría el suelo con la pajilla.

—¡Señor ministro, bienvenido! ¡Quítese el sombrero, señor ministro, que lo trae mojado! ¡Don Carlos, tenemos aquí al señor ministro!

Se abrazaron. El Relojero quedó un poco al margen, con la pajilla en la mano. Estuvo en silencio y sonriente, mientras ellos hablaban. Pero cuando Juan y Carlos empezaron a subir las escaleras, gritó:

—¿Compro más huevos, don Carlos? Porque supongo que al señor ministro lo convidaremos a comer.

—¡Pues claro, hombre! ¡Y hasta puedes hacer en su honor cualquier extraordinario!

En el pasillo ya, Juan preguntó:

—¿Lo tienes ahora de cocinero?

—Hemos llegado a un *modus vivendi*. Él prepara la comida y yo la cena. Así podemos mantener la independencia. Claro está que mis cenas no pueden compararse con sus comidas: es un buen cocinero.

—¿Y quién lo paga? ¿Tú?

—Él pone los postres.

Al llegar al cuarto de la torre, Juan se quitó la trinchera y la dejó sobre una silla, con el sombrero. Dramático, con los ojos puestos en los de Carlos y las

manos extendidas, apenas dijo:

—Ya estoy aquí otra vez.

—¿Con el escudo?

—¿Para qué voy a engañarte, Carlos? ¡Con el rabo entre piernas! Y más hundido aún por lo que acabo de saber. ¡Mi hermana es novia de Cayetano!

Carlos sonrió melancólicamente.

—Sí. Eso parece —le indicó un sillón—. ¿Por qué no te sientas? Acuérdate de Napoleón. Sentados, las cosas pierden dramatismo y podemos verlas con más claridad. Yo me paso la vida sentado, cuando no tumbado, y evito el drama. Ya conoces mi vieja teoría: no hay nada que, analizado, no pierda virulencia.

—Pero eso, ¿no será un modo de escapar a la realidad?

—Quizá, pero siempre para entrar en una realidad distinta. No se puede vivir en dos realidades a la vez, pero afortunadamente disponemos de varias para elegir, y a algunos privilegiados del destino les es dado pasar de una a otra. Yo me cuento entre ellos.

Se había sentado. Juan se plantó delante, un poco abiertas las piernas — los zapatos habían dejado de brillar— y los largos dedos angustiosamente crispados.

—Pero ¿no te das cuenta de mi situación? ¡Ni casa tengo donde meterme! Porque, en esas condiciones, no voy a pedirle a Clara...

—Has venido aquí, Juan, y aquí tienes tu casa. Salvo si los blasones y la torre ofenden tu dignidad anarquista. Pero también eso puede analizarse. ¿Qué son, al fin y al cabo, los blasones y las torres, sino restos de un mundo muerto y enterrado? Con los hombres que labraron estas piedras, ni tú ni yo tenemos nada que ver. Yo vivo aquí porque carezco de otro lugar más a mi medida, pero no habito mi casa, bien lo sabes. Este cuarto no es el de un señor feudal, sino el de un intelectual moderno. Ya ves: libros, papeles y un poco de fuego, porque tener calefacción central está fuera de mis alcances. Aquí se puede hablar de todo, se puede demoler todo. Desde esa mesa he destruido las almas, y desde esa ventana destruyo, cuando puedo, los hombres y las cosas. No dejo títere con cabeza, palabra. Mi potente cerebro tritura la realidad, y la realidad, así desmenuzada, no me daña. Soy tan anarquista como tú, y me encanta la idea de que colaboremos en la pulverización del universo. Paquito

el Relojero nos hará la comida.

Las manos de Juan se habían aflojado, los brazos caían a lo largo del cuerpo. Se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en las palmas de las manos. Carlos le dijo:

—¿Qué te ha pasado en Madrid?

—He cometido un error político, Carlos. Serví de intermediario en unas conversaciones frustradas entre anarquistas y fascistas, e incluso abogué por un entendimiento. Ahora, el sambenito de fascista no me lo quita nadie.

—¿Y lo eres?

—No. Se trata de una combinación estratégica que no se me ocurrió a mí, pero que aprobé con entusiasmo. Al salir mal, me acusaron de agente del fascismo. Y tuve miedo...

Cerró las manos y se echó atrás en el asiento.

—Además, el dinero se iba acabando. No he ganado ni un solo real. Inés se marchó, y yo...

Metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

—Escasamente cien duros. Es todo lo que me queda para el resto de mi vida.

Abrió las manos y los brazos y los tendió a Carlos.

—¿Qué iba a hacer? Continuar en Madrid era arriesgado: allí la gente se mata. Y yo no tengo amigos ni pertenezco a un partido que me defienda. Ni una pistola poseo. Pensé que en Pueblanueva...

—¿Adónde se fue Inés? —preguntó Carlos.

—Al extranjero, con Gay. Se han casado ya, o, al menos, eso me han escrito. Supongo que sí, porque mi hermana no es tonta. Tuve que hacerles un regalo. Compréndelo, hay que quedar bien. Esa, al menos, ya está segura. Gay es un muchacho espabilado, y tengo la impresión de que se marcha huyendo de la quema. Porque aquí se va a armar...

—La última vez que hablamos a solas dijiste no sé qué de matar a un general rebelde.

Juan sonrió.

—No es fácil llegar a ellos ni averiguar quiénes son. ¡Qué más quisiera el Gobierno!

El fuego de la chimenea amortecía. Carlos se levantó y echó unos leños.

Incorporado sobre el hogar, esquivando la mirada de Juan, preguntó:

—¿Viste a Germaine en Madrid?

—No.

—Ella llevaba tu dirección.

—Era una dirección falsa.

Carlos se incorporó con violencia.

—¿Por qué?

—Le mentí bastante, y no quería que descubriese la verdad.

—¿Cómo habrá hecho, la pobre, para sacar de contrabando su medio millón de pesetas? Porque contaba con tu ayuda.

Juan se encogió de hombros.

—No hubiera podido hacer nada por ella.

—¡Pues sí que llevará un buen recuerdo de los Churruchaos!

—¿No te has portado bien?

—Le di el medio millón; no había más.

—¿Y la casa?

—Cerrada, hasta que su excelencia pierda la voz y tenga que refugiarse en Pueblanueva.

—¿Tú crees?

—Heredó la voz de su madre, y, con la voz, la enfermedad; estoy seguro. Un día, el jilguero se habrá callado para siempre, y ese día, Dios quiera que se retrase, la Princesa Durmiente despertará y quizá recuerde que en un lugar del planeta hay una casa por la que no tiene que pagar alquiler. Quizá ese día se digne a enamorarse de ti.

Juan levantó la cabeza bruscamente. Carlos continuó:

—De todos nosotros, eres el único que le había caído simpático. Claro que si le diste una dirección falsa...

—No hemos sido con ella unos caballeros.

—Quizá...

Carlos se acercó a la ventana. Una inmensa masa gris llenaba el valle y lo enturbiaba. Juan se levantó y se aproximó a Carlos. Hizo con la cabeza un movimiento que quería señalar al pueblo borroso.

—Nuestra prisión.

Carlos tamborileó en los cristales. El agua los batía; los goterones se

estrellaban contra la superficie lisa y resbalaban rápidos. En el antepecho de la ventana había crecido el musgo.

—Y lo de mi hermana, ¿qué es?

—¿Quién lo sabe? Yo, desde luego, no. Hace tres meses que no la veo.

—Eso hace mi situación más difícil. Porque yo no puedo ser más que enemigo de Cayetano. Es casi una cuestión de honor.

Carlos se volvió hacia él, miró a sus ojos, puso sus manos en los hombros impecables del traje.

—Cayetano es un buen muchacho. Ha cambiado mucho, ¿sabes? En el pueblo no se mueve una rata porque él lo ordena; pero, a cambio, nadie discute ya su mando. Hasta los pescadores... El astillero estuvo en peligro..., es una historia que ya te contaré. Hubo un momento de pánico. Entonces surgió una hermosa solidaridad entre los afiliados a la CNT y los miembros de la UGT. ¡Los mismos que hace un año se apaleaban en nombre de Cayetano y de la vieja! Es cierto que Cayetano no ha hecho nada por los pescadores, pero tampoco hizo nada en contra.

—¿Cómo va lo de los barcos?

—Cada día peor. Se pesca, se vende bien y no da para gastos. Ahora nos damos cuenta de que la vieja hubiera sido capaz de arruinarse por sostener un negocio nada rentable. Cayetano tenía razón. ¡Si vieras, si escucharas a tus amigos! Están alicaídos, decepcionados, y empiezo a creer que rencorosos. Viven tan mal como antes, pero con la amenaza de que se lleven los barcos los acreedores. Yo voy a veces por la taberna del Cubano, y, mientras he podido, les he ayudado. Pero ya no dispongo de dinero y la situación, dentro de un mes, será gravísima. Dos pesqueros hipotecados, sin dinero para pagar las rentas de la hipoteca, y las letras de redes nuevas, y de otras cosas que se compraron, y que ya hemos renovado un par de veces, vencerán. Tu hermoso sueño fue también un fracaso.

—¿Sin remedio?

—¡Si el Estado ayudase...! Pero ¿quién se ocupará en Madrid de unas docenas de pescadores? Alguna vez, el Cubano mentó tu nombre: «Don Carlos, ¿no cree usted que Aldán podría...?». Le disuadí: «Aldán es un anarquista, y un Gobierno socialista no puede ver con simpatía a un tipo como Aldán». «Pero ¡aunque no fuese más que escribir sobre nosotros, que contar al

pueblo lo que hemos hecho, lo que podríamos hacer, y las razones por las que nos vamos a morir de hambre! Porque Aldán escribe en los periódicos...»

Miró a Juan y dejó caer la mano.

—Bueno. Yo no sabía si tú podías hacer algo o no. Preferí...

Aldán desvió la vista hacia la lluvia. Carlos sacó tabaco y le puso un pitillo en la mano.

—Acaso ahora que estás aquí...

—¿Crees de veras que se podrá hacer algo? ¿Que podré hacerlo yo?

—Hay dos personas en cuyas manos está el posible remedio de la situación de esa gente: una, Cayetano, si se presta a admitirlos en el astillero. Va viento en popa, y cuando bote el barco que tiene en construcción pondrá dos quillas para buques de mayor tonelaje. Necesitará gente. La otra es don Lino, el maestro. Ha salido diputado. Quizá él pueda conseguir del Estado un socorro, cualquier clase de ayuda. Cierto que ninguno de los dos siente la menor simpatía por los pescadores. ¿Serías tú capaz de hacérselos simpáticos?

Juan abandonó la ventana y se llegó hasta el sofá. Dejó el cigarrillo en el borde de la mesa, pareció que iba a sentarse, pero se acercó de nuevo a Carlos.

—A Cayetano, desde luego, no. Y menos ahora. Antes, cuando éramos enemigos declarados, quizá.

—Lo de don Lino es menos seguro. Pero ¿quién sabe? Yo, en tu caso, aprovecharía su vanidad.

Juan arrimó la frente a un cristal de la ventana y miró a la mar lejana. Carlos se apartó. Los leños hacinados en el hogar se desmoronaron y uno de ellos, apenas quemado, humeaba fuera de la chimenea. Lo agarró con las tenazas y lo arrojó encima del montón.

—¿No traes equipaje?

—Lo dejé en la estación de los autobuses. El mozo me lo guarda — respondió Juan sin volverse.

—Hay que bajar al pueblo y traer un colchón y ropas para tu cama. Si quieres, puedo subirlo.

Juan, entonces, se volvió.

—¿Tienes que comprar todo eso?

—No te apures. En casa de la vieja hay para elegir. ¿Lo prefieres de plumas o te contentas con uno de vulgar lana? Personalmente, te recomiendo el de lana: en esta casa hace un frío que pela. En cuanto a tu equipaje, el mismo mozo me ayudará a cargarlo.

—Son maletas y cajones...

—El coche podrá con todo.

Habían quedado frente a frente. Se miraban: Carlos, con una sonrisa triste; Juan, sin sonrisa.

El mozo de los autobuses dijo que iba a marcharse a comer, pero que, si quería, por la tarde podría subir el equipaje al pazo.

—Si escampa, claro. Porque con esta lluvia...

—Será mejor, entonces, que los deje ahora en casa de la señorita Clara, y yo mismo los cargaré luego.

—De aquí ahí...

—Voy a advertirla.

Arrimó el coche a un rincón, de modo que el caballo quedase al resguardo del agua: Un niño desharrapado le ofreció cuidarlo. «Sí, que no se mueva.» Le dio unas perras, y los ojos del crío resplandecieron.

—Verá qué bien se lo cuido. ¡Y si me dejase subir al pescante...!

Carlos le dio un cachete.

—Anda, súbete; pero no juegues con las riendas.

El mozo de los autobuses había empezado ya el transporte. Cuando Carlos entró en la tienda, Clara, con los brazos en jarras, contemplaba dos maletas nuevecitas. Levantó la cabeza y agitó una mano.

—¿Y esto? ¿Es de Juan?

Carlos sacudió la boina y la dejó encima de una silla.

—No te preocupes. Viviré conmigo. ¿Cómo estás?

—Hecha una reina. ¿No me ves? Y, para ti, seguramente muy cambiada. Debe hacer unos tres meses que no pisas esta casa.

—Quizá no me hayas echado de menos.

—Seguro. Por eso no me recuerdo bien si son tres meses o tres meses y un día.

Entraba el mozo con dos cajones y los dejó arrimados a la pared.

—Faltan dos bultos más. Los traeré en seguida.

Clara zarandéo uno de ellos.

—Me gustaría saber qué guarda mi hermano aquí. Porque cuando marchó llevaba un maletín con dos camisas y un par de calcetines remendados.

—Verás qué elegante viene.

—¿Y de dinero? ¿Se ha hecho rico?

Acompañó la pregunta de un gesto. Carlos rio.

—Millonario. Unos cien duros escasos.

—¡Vaya por Dios! ¿Y mi hermana?

—Se casó ya.

—¡Menos mal!

Le dio la risa.

—Me cuesta imaginarla dándole un beso a un hombre.

—Alguna vez te conté que había cambiado mucho.

El mozo trajo los bultos que faltaban; Carlos le dio unas monedas.

—Gracias, señor. Si algo necesita de mí, ya sabe...

Se había quitado la boina, movía la cabezota y doblaba la espalda. Al salir empezó a contar el dinero. Clara miró otra vez la fila de maletas y cajones.

—Bueno, voy a cerrar.

—¿Me echas?

—¡A no ser que quieras comer conmigo...!

—No es cosa de que deje a tu hermano solo el primer día.

Clara cerró media puerta.

—¿Por qué no vino a verme? No creo que tenga queja de mí —cerró la puerta del todo, con violencia—. ¡Vamos, digo yo!

La mitad exterior de la tienda quedaba oscurecida; la luz grisácea de la ventana apenas iluminaba la otra mitad.

—Alguien le dijo que tienes novio y no se atrevió.

—¿Que tengo novio?

—O cosa así...

Clara le agarró del brazo. En la penumbra, le brillaron los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada más que eso, Clara; lo que dijeron a tu hermano, lo que también

me han dicho hace ya tiempo: que eres novia de Cayetano, o que, al menos, lo parece. Que viene a verte todos los días; que, a veces, salís juntos.

Los dedos de Clara se aflojaron. Se apartó de Carlos y pasó a la parte alumbrada de la tienda: encima del mostrador había cajas amontonadas.

—¿Y qué os parece? Quiero decir qué te parece a ti, porque Juan aún no habrá tenido tiempo de pensarlo.

Carlos se acercó al mostrador.

—Yo no puedo opinar, Clara. Si eres feliz, me alegro.

—Quiere casarse conmigo. ¿No piensas que es estupendo?

—¡Ya lo creo! Sobre todo para ti. Hace poco más de un año pensabas venderte a él por mil pesetas. Es un cambio importante.

Clara se acercó también al mostrador y derribó de un manotazo el rimero de cajas vacías. Carlos dio un paso atrás.

—¡No te apartes, hombre! Lo que quiero es verte los ojos y conocer tus intenciones, porque la gente como tú, en la oscuridad, engaña. Acércate.

Carlos salió de la sombra. Sonreían los ojos y la boca, y hasta las manos, tendidas sobre el mostrador, parecían sonreír. Clara preguntó:

—¿Por qué has dicho eso?

—Quizá un recuerdo inoportuno, pero inevitable. Reconócelo.

—Yo, cuando recuerdo cosas así, las borro del alma.

—A mí, en cambio, el recuerdo se me vuelve palabras.

—Pues te las tragas.

—A ti es difícil mentirte, Clara. Toda tú eres una invitación a la verdad. ¿Cómo iba a callarme? ¿Y por qué había de hacerlo? No hay ofensa en el recuerdo. Las cosas fueron así, y ahora son de otra manera, bastante menos penosa. Pero las situaciones felices lo son todavía más si se recuerdan las desdichadas. El contraste les da realce.

Clara golpeó el mostrador con el puño.

—¡Cállate! No soy feliz.

—¡Ah! Entonces, no digo nada. Pero tú me has hecho creerlo. ¡Y hubiera sido tan lógico! ¡A Cenicienta, por fin, le llega el Príncipe Azul!

—¡No seas cursi, Carlos! Y no intentes envolverme con palabras, como siempre. Sé sincero, si puedes: te molesta que Cayetano me pretenda, como le molesta a Juan. Ni uno ni otro sale de sus propios sentimientos para considerar

los míos. Solo pensáis que me he pasado al enemigo, que os he traicionado, como si alguna vez hubiera tenido la obligación de seros fiel, o como si vosotros lo mereciereis.

Apuntó a Carlos con el dedo extendido.

—Concretamente tú, ¿qué has hecho para evitarlo? Porque nadie habrá tenido a una mujer en sus manos como me has tenido tú, ni mujer alguna habrá perdido su dignidad por un hombre como yo la he perdido por ti. Empezaste por sacarme del secreto lo que tenía escondido, y acabaste por hacerme esperar toda una noche tu llegada, mientras dormías tranquilamente con una zorra.

Se apartó del mostrador. Caminando hacia atrás, la luz gris la envolvía. Carlos vio sus ojos húmedos, sus manos temblorosas.

—Me has dejado sola. Podías, al menos, haber sido mi amigo —levantó la cabeza y sacudió el cabello que le caía—. ¡Porque yo también necesito quien me escuche! ¡Estoy harta de hablar al cuerpo muerto de mi madre, de insultarla cuando necesito insultar y de llorarle cuando tengo ganas de hacerlo! Desde hace un año, ¿cuántas veces has venido a verme? ¡Se cuentan con los dedos de la mano!

—Vine una tarde —dijo Carlos desde la oscuridad—. Quizá porque estuviese triste y necesitase contarte mi tristeza. Pero vi a Cayetano hablar contigo tan amigablemente, y a ti escucharle tan contenta, que tuve miedo de estorbar. Y no volví, claro. Desde entonces, también estuve solo.

Clara volvió la espalda.

—Porque eres cobarde —giró sobre sí misma, encogida, y tendió los brazos—. ¿Por qué no entraste, dime? ¿Por qué no me disputaste aquí mismo? ¿Por qué no echaste a Cayetano de mi lado? ¡Te hubiera sido fácil, sin pelear, únicamente con tu labia, y más sabiendo que yo estaría de tu parte desde el primer momento!

Quedó en medio de la tienda: erguida, con una acusación en cada mano.

—Te lo voy a decir: por miedo a comprometerte; porque es más fácil acusarme y dolerse, sobre todo cuando se hace, como tú, con palabras elegantes, que quedarse a solas con la mujer que se acaba de ganar y portarse con ella como un hombre.

Bajó la cabeza y cruzó las manos sobre el vientre. El cabello le oscureció

la frente y le cubrió los ojos.

—Después de todo, mejor ha sido así. Por lo menos no has quedado mal del todo. Pero sé honrado; reconoce tu culpa y no me acuses. Y ahora escucha.

Hizo una pausa. En la oscuridad se encendió una cerilla y vio el rostro de Carlos a su luz breve. No la miraba.

—Vas a saber la verdad de mis relaciones con Cayetano. Llegó aquí un buen día con intención de acostarse conmigo. No me lo dijo claramente, pero me lo dio a entender. Me creía una puta, y se encontró, de momento, con que al menos no era una puta fácil. Volvió al día siguiente, y al otro. Cambió de procedimiento, y no consiguió nada. Al principio no se explicaba por qué. Se le veía en los ojos, que me miraban como a una cosa rara. Un día me preguntó así, de repente: «Clara, ¿tú eres honrada?». Y yo le dije: «Sí». Quedó más sorprendido que nunca y hasta me pidió perdón por haberse equivocado. Poco a poco me fue teniendo respeto, y a mí me gustaba ver cómo ese respeto lo iba haciendo yo con mi conducta. Empecé a desear su llegada para ponerlo a prueba y no sé si también para probarme a mí, porque estaba desesperada y él era una tentación. Entonces, ya no me bastó que me respetase. Necesité que me quisiera de una manera honrada y no paré hasta conseguirlo. ¡Y conseguí muchas cosas más, todo lo que vosotros, con vuestras arrogancias, no habéis logrado! No te digo que haya hecho de él un santo, pero, al menos, ha olvidado sus odios. Cuando ganó las elecciones le vinieron deseos de venganza contra no sé quiénes que le habían perjudicado en su negocio, y le convencí de que no hiciera nada contra ellos; al contrario, de que les perdonase. ¿Te das cuenta? Cayetano no es peor que los demás, sino como todo el mundo, bueno y malo al mismo tiempo. Su madre, y la gente del pueblo, y quizá nosotros mismos, lo habían hecho cruel.

Se acercó un poco más. La brasa del cigarrillo iluminaba un poco el rostro de Carlos: un rostro atento, unos ojos como puntas de luz.

—Ahora, estos días, anda metido en líos con don Lino, que, desde que salió diputado, se las trae tías con él. No olvida que hace tiempo le puso los cuernos y quiere vengarse a su manera. A don Lino se le subió a la cabeza lo de diputado. Pretende ser el que mande. Y yo le digo a Cayetano: «A ti, ¿qué más te da?». Claro que no le da igual, pero algún día le convenceré de que don Lino no es enemigo para él y de que lo envíe a paseo. Estoy segura de

lograrlo.

Carlos, entonces, salió de la sombra. Su mano, tajante, empezó a moverse.

—Estás equivocada. Cayetano es el mismo y lo será siempre. Nadie cambia de esa manera sino en apariencia. Todo lo que le sucede es resultado de tu fascinación. Lo reconozco, desde luego, como obra tuya y te felicito. Y no me extraña: tienes un cuerpo atractivo, un cuerpo que él desea y no consigue, un cuerpo que desea con más fuerza cuanto más se lo esquivas, y tienes además una personalidad poderosa a la que no está acostumbrado. Superior a la suya, avasalladora si quieres. Y él te ha dado ocasión para mostrarte fuerte y honrada. Es la primera vez que se tropieza en su vida con una mujer así: eres lo nuevo, lo desconocido, lo que atrae a un luchador como él, lo que necesita vencer, aunque sea casándose contigo. Pero ¿qué puede más en él, la atracción de tu cuerpo o la de tu personalidad? Por lo que sabemos de Cayetano, el secreto de su docilidad es la esperanza de tu cuerpo. Ahora bien, ¿qué sucederá cuando se canse de él, cuando al año de matrimonio haya descubierto todos sus secretos y empiece a fatigarse? Verás entonces cómo el Cayetano que todos hemos conocido no estaba muerto, sino solo dormido; verás cómo despertará con más bríos que antes, y quizá entonces seas tú la primera víctima.

Clara movía la cabeza. Alzó la mano, y Carlos dejó de hablar.

—Las cosas del mundo no son como tú piensas, Carlos. En primer lugar, ¿quién te dice que voy a casarme con Cayetano?

—Cuando una mujer hace lo que tú, la cosa acaba en boda.

—Eso espera él, y eso es lo que me hace tener mala conciencia.

Se agarró, de repente, al borde del mostrador.

—Me casaría, quizá, si no hubieras venido hoy aquí. Pero has venido y mi cuerpo tembló al verte, y en esas condiciones no puedo casarme con nadie. Pero si un día puedo mirarte tranquila, ese día, tenlo por seguro, me casaré.

La mano de Carlos hizo en el aire un garabato rápido.

—Eso es invitarme a que desaparezca.

—Te lo he pedido hace tiempo.

—No me deja el destino. ¡Qué más quisiera yo! Pero puedo no volver más por tu casa. Es como estar ausente.

Clara rio.

—Y, sobre todo, es más cómodo. Piensas que me haces un favor y no te metes en líos. ¡El ideal, Carlos, lo que llevas haciendo toda tu vida!

Le miró con tristeza y se encogió de hombros.

—Es tarde y tengo que guisar. Llévate esas cosas de mi hermano y dale recuerdos de mi parte.

Se coló por debajo del mostrador y abrió media puerta.

—Es mucho equipaje —dijo Carlos—. Tengo que meter otras cosas en el coche y no cabrá. Llevaré ahora las maletas y después...

Clara le interrumpió:

—Después, nada. Yo me encargaré de mandar los cajones, y hasta pagaré a quien los lleve para que mi hermano no gaste sus millones. ¿Dónde tienes el coche?

—Cerca, aquí fuera.

—Te ayudaré.

Cogió la maleta más grande y salió a la calle. Carlos la siguió con las otras dos. El cuerpo de Clara era como una montaña recia y armoniosa en medio de la niebla.

El Relojero había preparado un guiso de sardinas con mucho pimentón y, para empezar, un arroz con garbanzos. La mesa estaba puesta en un rincón de la cocina, cerca del llar ardiente. Rebuscando en los vasares, Carlos había logrado hallar piezas de las mismas vajillas, y en cada puesto de la mesa había, al menos, platos iguales entre sí. Con los cubiertos cupiera peor suerte: ninguno emparejaba, y otro tanto sucedía con los vasos. El tinto lo habían echado en una jarra antigua y lo mantenían junto al fuego.

Paquito, con un mandil encima de la chaqueta, servía la mesa. En honor a Juan permanecía sin la pajilla. Comía poco. Carlos le tasaba la bebida.

Al servir el arroz empezó a hablar de Cayetano:

—Lo que yo digo de esta cuestión es que el que manda debe llevar sobre sí todas las culpas. Porque para eso manda. Cuando una persona muere, decimos que lo quiso Dios, porque creemos que Dios tiene autoridad en todas esas cuestiones. Pues yo pienso que el que manda se pone en el lugar de Dios y entonces no podemos decir que uno se muere porque Dios lo quiso, sino

porque lo quiere el que manda. Si no, que no se ponga en el lugar de Dios.

Movía la mano armada del tenedor; con él pinchaba el aire enérgicamente.

—Por eso no me gustaría estar en el pellejo de Cayetano. Antes mandaba mucho. Ahora, es ya como Dios: nadie manda más que él. ¿Qué pasa cuando la tía Rosa malpare? Que lo quiere Cayetano. Yo le digo a la tía Rosa cuando está preñada: «No le ponga velas a san Cipriano, póngaselas a Cayetano». Ella me dice que soy hereje; pero ¿no tengo razón? ¿Que llueve mucho? Cayetano tiene la culpa. ¿Que suben las subsistencias? A Cayetano con el cuento. ¿Que el Gobierno de la República es una calamidad? ¡A Cayetano con las responsabilidades! Yo vi con mis ojos cómo Cayetano traía la República, y vi también cómo fue cuestión de sacar diputado a don Lino.

Se ensombreció su mirada y, en vez del tenedor, blandió el cuchillo.

—Yo leí en los Libros Santos: «No se mueve una hoja sin la voluntad del Señor». Hay que dejar al mundo que marche solo, porque es Dios el que lo mueve. Si las cosas van mal, no podemos quejarnos, porque el Señor las ordena: lluvias, calores, malos partos, muertes repentinas y, a lo mejor, también los granos que le salen a uno, aunque eso de los granos yo tengo mis dudas, porque Dios no puede fijarse en pequeñeces. La cuestión de los granos, a mi ver, es más bien cosa del cuerpo, es decir, del demonio. Porque Dios dijo al demonio en cierta ocasión: «Vamos a repartirnos lo del mundo: las chinches, las culebras y los hijos de puta, para ti. Sobre los cuerpos te doy también cierto poder, en lo respectivo a enfermedades no mortales. Porque, eso sí, a la gente la mato yo». Pero como Dios es justo y tiene piedad de los hombres, llamó también a los santos y les dijo: «A ti, Blas, te entrego las gargantas y te doy facultad para que combatas al demonio que se mete en ellas; y a ti, Amedio, te encomiendo los dolores de barriga y te concedo la misma facultad», y así sucesivamente. Por eso se recomienda encomendarse a los santos en cuestión de enfermedades, porque, aunque tengan menos poder que el demonio, como él es uno y ellos son muchos, el demonio tiene que repartir las fuerzas y siempre acaba perdiendo.

Carlos le sugirió que dejase de hablar, al menos mientras comía el arroz.

—No se preocupe, don Carlos, no me muero de hambre. Pero déjeme, porque pocas veces encuentro un público tan pacífico. Sobre todo, sé que al final no me molerán a palos. Yo soy monárquico por eso, porque entonces no

pegaban. Si no, recuerden lo que pasaba en las Cortes cuando estaba el rey: llegaba un señor, decía unas cuantas tonterías y, en vez de aporrearle, le aplaudían; ahora, en cambio, ni en las Cortes dejan hablar. ¡Si pudiera llegar allí!, me digo a veces. Pero pienso luego: ¿para qué? Don Lino lleva dos meses de diputado y aún no dijo ni pío, y eso que pertenece al Frente Popular. Claro que no habla porque Cayetano no lo permite. Por eso le tiene rabia.

Se levantó del asiento y se echó el mandil al hombro. Vaciló unos instantes, como si le faltase algo. Carlos le preguntó si quería beber agua. El Relojero, sin contestarle, requirió la pajilla, se la puso y sonrió.

—Conviene ayudar a don Lino, ¿saben?, conviene que se reparta el poder para que las cosas vuelvan a como estaban. Dos que mandan tiene muchas ventajas. No se sabe a cuál de los dos echar las culpas, y, así, la gente vacila al llegar la hora de la justicia. Pero ¿qué sucederá si Cayetano sigue solo? Le crecerá el poder, mandará en el país, en Europa, en el mundo. Querrá llegar a los cielos y a los infiernos, y, entonces, los cielos y el infierno se pondrán de acuerdo para aniquilarlo. Porque tengo oído decir que, a veces, los cielos y el infierno hacen las paces, y que cuando Dios quiere castigar a los tiranos de este mundo, no les manda a san Miguel para que los fulmine, sino a Satanás. Estos casos son las excepciones. Uno que se llamaba César Borgia, de quien ustedes tendrán oído hablar, fue cuestión de morir así, a manos de un demonio, y otro que se llamó Atrio, a quien mató el demonio de las letrinas; y a aquella gran prostituta que fue reina de Inglaterra, Ana Bolena, por quien llamamos anabolenas a todas las casquivanas, que a esa la mató el verdugo, que no lo era, sino un verdadero demonio disfrazado. Pero donde la cosa está más clara fue en la muerte de otro tirano, también rey de Inglaterra, que a este nadie se atrevía a matarlo, ni los verdugos de oficio, y entonces salió de entre la gente un demonio vestido todo de negro y le cortó la cabeza. Hay muchos casos más.

Bajó la voz, la hizo confidencial, sibilina.

—Tenemos que ayudar a don Lino. Que haya bandos. Cuando son dos los que mandan, hay gente que no obedece. El que no obedece, no tiene a quién culpar. Pero si Cayetano se apodera de mi voluntad y me duelen las muelas, me cago en Cayetano; y si a una madre se le muere el hijo en la mar, cogerá un cuchillo y matará el corazón del culpable, y ya es sabido que, muerto el corazón, muerta está la persona. Lo dice la experiencia. Yo lo he visto.

Carlos y Juan habían acabado el arroz y escuchaban al Relojero, los platos rebañados. Junto al fogón reposaban las sardinas, y su olor amable se extendía por el ámbito enorme de la cocina. Paquito no había tocado su arroz. Cogió el plato, lo olisqueó.

—La cuestión es que el arroz no me cae bien. Con marisco, sí. Ahora me callaré la boca y comeré sardinas. Lo de callar es bueno después de haber hablado, porque leí que los profetas, luego de profetizar, se marchaban al desierto, si es que escapaban con vida al furor del que entonces mandaba, que era una reina llamada Jezabel, puta ella, en quien los Santos Padres han visto prefigurada a la Gran Prostituta de Babilonia, la reina del Apocalipsis, cuya menstruación será tan pútrida que de ella saldrán pestes bubónicas y otras catástrofes sanitarias. También eso está escrito, aunque es posible que los adelantos de la higiene consigan evitarlo.

Retiró los platos usados, dejó en el medio de la mesa la cazuela de barro con las sardinas y esperó a que los otros se sirviesen. Lo hizo en silencio, cuando le llegó el turno, y entró en un mutismo sordo y preocupado.

Carlos preparó el café; buscó él mismo las tazas y lo sirvió. El Relojero, entonces, volvió a hablar.

—A los reyes antiguos, para que se salvarsen, les aconsejó un apóstol que, al menos una vez al año y en memoria del Señor Crucificado, hicieran un acto de humildad, y de ahí viene que lavasen los pies a los pobres el día de Viernes Santo. Usted, don Carlos, también acabará salvándose, porque hace la cena todas las noches para este pobre mecánico y porque ahora me ha servido el café. Su santa madre reza por usted en la gloria, y no hay como las oraciones de las madres para mover el corazón del Señor. Así consiguió santa Mónica, viuda, madre de san Agustín, la conversión de su hijo, que era un truhan de los que encendían una vela a Dios y otra al diablo y estaba metido en amores con una cortesana. Se lo he oído contar a un abad de gran sabiduría. En cambio, no le valdrán a Cayetano los rezos de su madre, porque su madre es orgullosa y se mudó de iglesia por no cruzarse con la mujer más noble de Pueblanueva, con la Gran Calumniada.

Encaró a Juan, le miró con ojos encendidos y le apuntó con el dedo.

—Mateo Morral también era anarquista, ¿verdad? Pero se equivocó. Quería hacer justicia y no se le ocurrió más que matar al rey. «A rey muerto,

rey puesto», dice el refrán. Pero si usted se atreve a hacer justicia, ya sabe a quién matar —se levantó, alzó los ojos al cielo y recitó—: *Un hombre llamado Juan fue enviado por Dios...*

Quedó en pie, como en éxtasis, los ojos más desviados que nunca. Carlos lo agarró de un brazo y lo sentó.

—Te meterán en la cárcel, Paquito, por incitación al atentado político, y yo tendré que declarar que es cierto.

El Relojero escondió la cara.

—Usted no dirá nada, porque usted ya ha dicho bastante. Ahora tiene la palabra el ejecutor de la sentencia —besó los dedos en cruz—. Por estas. Voy a fregar la loza.

La fuerza de la lluvia cesó con el atardecer. Roló el viento, y las rachas trajeron gotas gordas y espaciadas. Las nubes caminaban de prisa y, a veces, dejaban un espacio claro por donde asomaba la luna. Corrió la voz de que los barcos saldrían de madrugada, si amainaba. En la caleta de los pescadores se movieron chalanas y gamelas: embarcaban las redes y las barricas de cebo, y cargaban el combustible. No quedó nadie en la taberna del Cubano. Carmiña preguntó a su padre si podían cerrar.

—Espero una visita —dijo el Cubano.

—¿No será Aldán?

—¿Quién te lo dijo?

—Todo se sabe. Hay quien le vio llegar y marchar en un coche al pazo de don Carlos, pero no bajó al pueblo. A lo mejor, si trae dinero, no se acuerda de nosotros. O puede que esté cansado.

—Él es de ley.

—Antes no lo decía.

—Ahora lo digo.

Carmiña abandonó el mostrador y se acercó a la mesa de su padre.

—¿Quiere que le tenga preparadas unas sardinas? Son lo que más le gusta.

—Haz lo que quieras.

—En todo caso, si no viene, las puede comer usted.

Salió Carmiña. El Cubano desplegó un periódico y se puso a leer. Se oían

voces fuera, voces de marineros ajetreados, algunas lejanas. Entró una mujer a buscar aguardiente y otra a buscar pan. Lo llevaron fiado.

Cada vez que se abría la puerta, el Cubano levantaba la vista y la volvía después al periódico. En la segunda plana venían los discursos del Parlamento; en la tercera, noticias de la agitación social. Barcelona, Madrid, Sevilla, Valencia, Zaragoza. El Cubano leía en voz baja, e intercalaba comentarios a la lectura. «¡Y aquí sin hacer nada!» «¡Y nosotros, quietos!» Sacaba de la lectura la impresión de que un movimiento gigantesco preparaba la libertad de los trabajadores sin que los de Pueblanueva participasen en el esfuerzo común.

Carlos y Juan llegaron hacia las ocho. El Cubano se levantó y fue hacia ellos con los brazos extendidos. «¡Vaya, hombre, por fin!», dijo a Juan, mientras lo abrazaba; y Juan le respondió: «¡Por fin!». Los hizo sentar. Carmiña llegó con las sardinas calientes y, al ver a Juan, se ruborizó, y antes de darle la mano se la limpió en el mandil. El Cubano mandó abrir una botella de blanco.

—Bien vale la pena, ¿no? Porque yo digo: los amigos son los amigos y no hay muchas cosas como ellos.

Juan venía sin corbata y con un traje usado. El Cubano lo encontró más gordo y de muy buen aspecto.

—Lo que me extraña es que vengas ahora, cuando tanto hay que hacer por ahí. A juzgar por lo que dice la prensa, digo yo. Parece que la revolución es un hecho.

Cogió el periódico y mostró los titulares.

—Esto no había sucedido nunca en España. Se ve que el proletariado tiene conciencia de su fuerza, ¿no es así?

Miraba a Juan anhelante. Carlos, un poco al margen, comía en silencio.

—Pero existen más fuerzas que el proletariado, no lo olvides.

—¡No vas a decirme que podrán hacer algo contra los trabajadores unidos!

—Es que esa unión no existe. Cada grupo va por su lado, y aunque todos hagan lo mismo, en el fondo hay grandes diferencias. Antes se pondrán de acuerdo los burgueses que nosotros.

—En el Parlamento los hemos barrido.

—¿Y si ellos nos barren fuera?

El Cubano dobló el periódico cuidadosamente.

—Después terminaré de leerlo. Y tú parece que no vienes muy animado.

—Vengo bastante defraudado.

—¿Vas a quedarte?

—No sé...

Carlos bebió un vaso de vino y apartó un poco la lámpara.

—Soy de opinión de que debe quedarse y ver de arreglar lo de los barcos.

—Pero ¿usted cree, don Carlos, que hay esperanzas de arreglo?

La voz del Cubano perdiera el entusiasmo, y, ahora, se le puso súbitamente triste.

—Pienso que sí. Tenemos ahí a don Lino. ¿Por qué no valerse de él para que consiga apoyo del Gobierno? Usted mismo me ha dicho que solo una ayuda del Estado puede sacarles adelante.

—Pero don Lino... No me parece hombre de fiar.

—A Juan corresponde hablarle y convencerle. Él puede hacerlo mejor que nadie. Es diputado a Cortes y tiene ganas de lucirse.

—Si vosotros estáis conformes —interrumpió Juan.

El Cubano inclinó la cabeza.

—Nosotros nos agarramos a cualquier solución. Si no aparece, el veinte de abril nos embargan —empezó a jugar con el cuchillo—. Esta madrugada la gente sale a la mar. Vamos a suponer que haya buena calada y que se venda bien. ¿Podemos dejar de pagar los sueldos para pagar las deudas? Pues aunque lo hiciéramos no nos alcanzaría.

—El Gobierno del Frente Popular no puede permitir que una empresa de proletarios sea embargada.

—¡Ahí le duele! Pero ¿lo hará el Gobierno? ¿Sabe siquiera que existimos?

Hincó en el suelo terrero la contera de su pata de palo y se incorporó. Las manos gruesas, crispadas, subrayaban la angustia de su voz.

—Tuvimos mala suerte. Aquí no puede decir nadie que se haya tirado una peseta. ¿Por qué vamos de cabeza? Porque no pudo hacerse nada de lo que tú pensabas. El material está viejo, y los cuatro patrones pescan como saben, a la buena de Dios. Quisimos traer uno de los que pescan a la moderna, y nos pedía un dineral y garantías, y, además, otros barcos. Sin embargo, con una

pequeña ayuda podríamos, al menos, ir viviendo. Ya nadie piensa en otra cosa.

Señaló el mostrador y los anaqueles.

—A mí me deben más que nunca, y no espero cobrar. Tuve que vender unas tierras de mi mujer para pagar a los almacenistas. No me importa, lo doy por bien perdido. Pero ¡si al menos saliéramos adelante!

Se dejó caer en el banco. Juan le escuchaba sin mirarle. Carlos había vuelto a las sardinas. Fuera de la taberna, al rumor del trabajo se mezclaban pitidos de sirena.

—Y hemos tirado hasta aquí porque don Carlos nos adelantó dinero, más de cincuenta mil pesetas, que no podremos devolverle... ¡Cualquiera que lo diga, cincuenta mil pesetas, y todo lo que se debe, y dos barcos hipotecados, y la gente no ha ganado para comprarse ropa de invierno...!

Se levantó bruscamente y dio unos pasos hacia el fondo de la habitación.

—Hubiera sido mejor agachar la cabeza y pedir trabajo en el astillero. Al menos, después de muerta doña Mariana... Porque en el astillero hay peón que gana nueve pesetas, con médico gratis, y medicinas, y quince días de vacaciones en el verano. Está visto que la pesca no es negocio...

Juan apartó el plato vacío y se limpió la boca con la servilleta.

—En fin, que estábamos equivocados.

El Cubano se acercó a la mesa y se sirvió vino. Lo bebió de un trago.

—Equivocados, no. Antes de creerlo, me muero. Pero tuvimos mala suerte...

Carlos le ofrecía un pitillo. Lo cogió y lo puso en los labios. Juan acercó un mechero encendido. Se oía ahora la maquinilla de un barco y órdenes gritadas desde la orilla. El Cubano encendió.

—¡Si el Gobierno nos ayudase...!

—Ahora cuéntame algo de tu hermano.

Estaban en el café del Pirigallo. Por las tardes, la cupletista, más comedida en gestos y vestidos, cantaba para las familias, y aunque las muchachas todavía no se atrevieran a ir, algunas señoras entradas en años o en carnes llevaban al café la calceta y, por dos pesetas, escuchaban canciones de moda. En los intermedios, hacían hipótesis acerca de las desvergüenzas que la

cupletista cantaba y hacía por las noches.

—Me dijeron que ayer, una de las veces, salió completamente en cueros.

—¡Qué escándalo! Y luego dicen que la República...

—Saldrá de noche como salga, pero no me negaréis que, por las tardes, no puede estar más decente.

Las manos gordas, ágiles, tejían medias de lana para los niños, jerseys para los maridos, chaquetitas de punto para las hijas. La señora de Cubeiro ponía cátedra: «Dos del derecho, dos del revés, y a la vuelta se alterna». La discípula no lo entendía bien. Entonces la señora de Cubeiro cogía las agujas y lo hacía. Una tarde, la cupletista, al terminar, se había acercado al grupo, también con sus agujas y su ovillo de lana rosa, y había pedido, de favor, que le enseñasen a hacer punto de arroz. «Es que quiero hacer una chaquetita para mi niño.» «¡Ah! ¿Es que tiene un niño?» «Está con mi madre en Madrid y quería llevarle un regalo.» Los buenos sentimientos maternales de la cupletista habían sido favorablemente comentados. Desde aquella tarde, todos los días, después de la función, enseñaba la labor a la señora de Cubeiro.

—Pues parece una buena chica.

—¡A saber si todo lo que cuentan de las noches es invención de los hombres!

Cayetano y Clara ocupaban una mesa alejada del escenario. Al mencionar Cayetano a Juan, Clara se sobresaltó.

—¿Quién te dijo que está aquí?

—Lo sabe todo el mundo, aunque quizá no con tanto detalle como yo. Llegó en el autobús de la mañana, dejó en tu casa parte del equipaje, que le mandaste por la tarde; la otra, la llevó Carlos en su carricoche. Vive en casa de Carlos. Y viene muy bien trajeado.

En el piano sonaron unos compases. La luz del café se apagó. En el silencio se oyó el ruido metálico de unas cortinas al correrse. Catalina de Easo, morena, esbelta, menuda, con traje flamenco y grandes aretes verdes, aseguraba, con voz caliente y falso acento andaluz, que, además de la luna y el sol, sus padres solo le habían dejado en herencia lo puesto.

Cayetano se volvió de espaldas al escenario. La luz difusa que venía de la calle descubría las sombras de tres cabezas menudas, pegadas a los cristales pintados.

—¿Viene para quedarse?

—Creo que sí.

—¿Y por qué no vive contigo?

—No tengo dónde meterlo. Mi casa es muy pequeña. Además...

—¿Estáis peleados?

—No, pero con Carlos tendrá más libertad que conmigo. Juan se acuesta tarde y se levanta a las mil, y en una casa donde se trabaja hay que espabilarse.

Apartó la mirada de los ojos de Cayetano y la dejó perderse en el remolino de volantes con lunares que recorría el escenario.

—Me ofreció dinero y estuvo amable conmigo. ¿Sabes que se casó Inés? Con aquel novio que te dije, un catedrático. Se casaron y están en Alemania.

—Juan no debía haber venido. Los tipos como él en un pueblo como este no hacen más que estorbar.

—Es como un niño. Mientras vivió con Inés todo fue bien. Pero al quedarse solo se acordó de nosotros.

—¿Y de qué va a vivir?

—Escribe en los periódicos...

Catalina de Easo, terminada la enumeración de sus excelentes cualidades, y después de haber afirmado dos o tres veces que en la palma de las manos llevaba sangre de una clase especial, se inclinó para saludar. El corro de cotorras abandonaba las agujas para aplaudir. Clara aplaudió también. Cayetano le agarró un brazo y lo retuvo.

—Escúchame, Clara. Las cosas en Pueblanueva no van mal y espero que vayan mejor. A don Lino pronto conseguiré que le den una escuela de superior categoría, una escuela en La Coruña, y, aunque no tenga que dar clases mientras sea diputado, se llevará a su familia y no volverá por aquí. En cuanto a los pescadores, no aguantarán dos meses. Basta dejarlos solos. Cuando se hayan arruinado les daré empleo en el astillero sin hacerles ningún favor, porque para entonces necesitaré gente.

Su mano resbaló por el brazo de Clara hasta la muñeca desnuda. Ella no se movió.

—Todo esto puede enredarlo Juan. Concedo incluso que es natural: nunca hizo otra cosa. ¡Lo que se les ocurrirá a él y a Carlos cuando empiecen a

hablar y a arreglar el mundo desde aquella torre! Y Paquito el Relojero con ellos para completar el trío. Un loco basta para un pueblo. Tres son ya peligrosos. Y la situación no está para jugar. Tengo interés en que aquí no pase nada, ¿me entiendes? Forma parte de mi política.

—No querrás que diga a Juan que se marche.

—No, porque llegado el caso se lo diría yo. Pero puedes sugerirle...

Clara volvió a mirar al escenario. La cupletista, vestida de cubana, con meneo de pechos y caderas, había empezado a cantar:

En Cuba hay un sereno
atento y muy servicial
que cuando le baten palmas
acude muy puntual.
Hay una recién casada
que cuando solita está
a voces llama al sereno
para su tranquilidad.

—... Podías sugerirle que aceptase un empleo fuera de Pueblanueva.

Un grupo de mozalbetes coreaba a la cupletista:

¡Serenos! Venga usted a mi casa,
que siento ruido...
¡Serenos! Tengo mucho miedo
y no está mi marido.

—Juan es orgulloso.

Cayetano se removió en el asiento. La cupletista, vuelta de espaldas, movía los omóplatos medio ocultos por el pañuelo que sostenían sus manos. Los mozalbetes gritaron: «¡Que la enseñe!», y del corro de señoras salió una voz reclamando respeto.

—Hay maneras y maneras de ofrecerle trabajo. Para la gente como tu hermano lo importante es guardar las formas, y las formas pueden guardarse.

—Veré.

—Lo que no quiero, lo que no puedo permitir, es que vuelva a armar cisma entre los trabajadores. Por quedar bien es capaz de convencerlos de que el asunto de los barcos todavía tiene remedio.

—Por qué odias a esa gente? No son malos —Clara retiró su mano.

—No los odio. Pero constituyen dentro del pueblo un grupo condenado a la pobreza. Sus ingresos son irregulares. Cuando hay pescado y tienen dinero, lo derrochan alegremente; cuando no hay pesca, mueren de hambre. Necesito que todo el pueblo perciba ingresos regulares, porque solo así puede organizarse una economía razonable. Y ya lo sabes, pretendo que Pueblanueva sea un ejemplo.

La cupletista se retiró y los mozalbetes la reclamaron. Ella asomó la cabeza entre las cortinas y anunció un número de propina. Se repitieron los aplausos de los muchachos.

—Si Carlos Deza no fuese un imbécil, ese asunto ya estaría arreglado. Tuvo en sus manos casi un millón de pesetas y le sugerí que se asociase conmigo para explotar el bacalao. No quiso ni oír hablar del negocio. Y ya ves, eso hubiera resuelto el problema de los pescadores y ahora no me preocuparía la presencia de Juan. Donde la gente come, los agitadores no tienen nada que hacer. Pero Carlos prefirió que ese millón de pesetas se repartiese entre una niña tonta y un señor que todavía no ha retirado del banco su parte porque no puede retirarla. ¡Y tú no sabes lo que ha significado en la economía de Pueblanueva ese millón de menos!

Repentinamente quedó en silencio y dejó de mirar a Clara. La cupletista cantaba el número de propina y el camarero empezaba a cobrar las consumiciones. Dos señoras pasaron entre las mesas y salieron sin mirar. De pronto, Cayetano dijo:

—¿Qué piensas de Carlos?

Clara acusó la sorpresa con un estremecimiento. Sacudió la cabeza bruscamente y cerró las manos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Fuisteis amigos. Durante un tiempo salíais juntos.

—Sí, hace un año. Es un muchacho un poco raro. Una no sabe nunca a qué atenerse.

—¿Te hizo la corte?

—No.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

Cayetano acercó el asiento, apoyó los codos en la mesa y sujetó las muñecas de Clara.

—Hace más de dos meses que quería hacerte esta pregunta y nunca me atreví hasta hoy. Ya ves que soy capaz de una delicadeza. Pero hoy vino rodada.

—Estuve enamorada de él. Si no fuera por eso ya me hubiera casado contigo.

Cayetano la soltó. Las manos de Clara permanecieron en el aire unos instantes. Luego, las recogió sobre el pecho. Cayetano había metido las suyas en los bolsillos.

—Ese tipo es como las averías de un motor viejo. Aparece en todas partes y en todas partes algo se estropea por su culpa. Debí de haberlo matado.

Se iba a levantar, pero la mano de Clara le agarró rápidamente el brazo. Cayetano la miró: había en sus ojos una luz dura que Clara desconocía.

—Espera.

—¿Es que vas a defenderlo?

—No, pero hay algo que debo explicarte. Como no has intentado engañarme nunca, tampoco quiero dejarte ir engañado.

—¿Qué más da? Eso no evitará que, cuando lo creía todo resuelto entre nosotros, aparezca el doctor Deza a reventarlo —alzó las manos, abiertas en abanico, y las agitó en el aire—: ¡Carlos Deza! El último Churruchao, el señorito que lo sabe todo y que te embarulla con palabras que no quieren decir nada...

Sacó un cigarrillo y lo encendió. No miraba a Clara.

—Di lo que quieras.

Ella cruzó los brazos encima del mármol de la mesa. Los mozalbetes, las señoras de la calceta, se habían levantado y salían en grupos.

—Tú no puedes ni siquiera imaginar lo que es la miseria, ni a qué bajezas puede llegar una mujer acosada por la suciedad y el hambre. Cuando Carlos llegó a Pueblanueva, cuando le conocí, estaba desesperada. Pensaba huir de casa y prostituirme. Pensaba... —hizo una pausa; Cayetano la miró y ya no dejó de mirarla— venderme a ti por mil pesetas y un equipo de ropa.

Cayetano se sobresaltó. La luz mala de sus ojos se concentró en dos puntos acerados, penetrantes. Clara parpadeó; luego intentó aguantar la mirada.

—¿Vas a contarme ahora que te vendiste a él? —preguntó Cayetano con voz brutal.

—Calla. No me he vendido a nadie gracias a Carlos. Se portó conmigo noblemente, me ayudó a recobrar la esperanza. Era natural, entonces, que me enamorase, y lo fue que él no se enamorase de mí. Tenía que parecerle despreciable. Pero tardé en comprenderlo, y eso me permitió mantener una ilusión y hacer lo que hice para ser la que soy.

—¿Quieres decir que te rechazó?

—¡No! Es demasiado decente para hacerlo —le temblaba la voz, hizo un esfuerzo—. Las cosas no llegaron a plantearse así. Sucedió lo que sucede tantas veces: que yo le quería y que él no me quería a mí. No podía quererme. Me conoció en el peor momento, supo de mí lo peor. Y aunque fue testigo de cómo salía de aquel trance, era natural que no olvidase... Eso es lo que pienso que pasó.

Cayetano dejó caer la cabeza y los hombros. Apoyado en la mano miraba los azulejos del pavimento.

—¡Tenía que haberle matado aquella noche!

—Eso no hubiera arreglado nada.

En el fondo del café, la cupletista, con un abrigo por encima de los hombros y un pañuelo colorado a la cabeza, dijo adiós al camarero. Se iba a cenar y volvería en seguida. Taconeando fuerte atravesó el salón y salió.

—Me hubiera importado menos de cualquier otro. Pero ¡Carlos, siempre Carlos...! ¡Treinta años de señorito Carlos convertido en mi sombra! —agarró con fuerza la mano de Clara y la apretó—. ¿Por qué me lo has contado? ¿No pudiste callarlo?

—Para que todo estuviera claro entre nosotros tenía que decirlo. Además...

—¿Es que hay un además?

—Sí. Un día me dijiste que eras el hombre más hombre de Pueblanueva. Esta es la prueba.

—Hay cosas que un hombre no tolera. Y no sé qué es peor para la dignidad de uno. Si fueses lo que yo creí al principio te hubiese hecho mi querida. Pero la que Carlos Deza ha despreciado no puede ser mi mujer.

Golpeó la mesa con los puños cerrados.

—¡Carlos, precisamente Carlos! ¡Pues no iba a reírse poco!

Clara volvió a cruzar los brazos y se apoyó en ellos. Miraba a Cayetano con melancolía.

—No eres el hombre más hombre de Pueblanueva.

Se levantó calmosamente, recogió el abrigo del respaldo de la silla y se lo puso. Cayetano continuaba sentado.

—Acompáñame. No vayan a decir después que te he plantado...

Se dirigió a la puerta. Oyó el ruido de una silla y el tintineo de un duro arrojado sobre el mármol. En la calle el aire estaba frío. La puerta se cerró tras ella: esperó en el borde de la acera hasta que sintió las pisadas de Cayetano. Empezó a subir la cuesta: Cayetano marchaba a su lado, un poco rezagado. Oía su respiración fuerte, agitada. Aflojó el paso hasta que Cayetano quedó a su altura y le miró. Le vio ceñudo, endurecido el rostro y un pliegue enérgico, resuelto, en la boca.

Entraron en los soportales. Parejas de novios se refugiaban en las esquinas oscuras, y en el rincón de la plaza, a la luz de la farola, unas niñas jugaban a la comba. Había cesado de llover y el viento secaba las losas del empedrado. Junto a la verja de la iglesia, un coro de muchachos cantaba la rumba del sereno. Clara subió el escalón de piedra de su puerta, apoyó la espalda en el quicio frío y esperó. Cayetano no la miró siquiera: se encogió de hombros, siguió adelante y se perdió en la esquina.

Clara buscó la llave en el bolso, la metió en la cerradura y abrió. Habían echado por debajo de la puerta unos sobres con facturas. Los dejó encima del mostrador, cerró y encendió la luz. Aquí y allá, cajas destapadas y géneros fuera de sus cajas: lo ordenó todo, lo devolvió a sus lugares. Después marchó a la habitación de su madre, encendió la luz, echó un vistazo a la borracha: olía mal, y entreabrió la ventana.

El viento sacudía la caldera del pozo contra el brocal y sacaba gemidos al gancho de la roldana. Salió al patio, aferró el cubo y comprobó el cierre de la tapa. Los habitantes del primer piso tenían abierto un mainel de la galería, y salía por él la voz agria, destemplada, de un gramófono. Clara escuchó unos instantes; luego cerró las puertas y se metió en la cocina. Hacía frío, la piedra del llar estaba helada y por la chimenea llegaba el silbido del viento. Cogió unas astillas, las juntó para hacer fuego, pero se volvió atrás y las arrojó al

cajón. No le apetecía poner la cena ni calentar el agua para lavar a su madre. Pasó por el cuarto de la borracha, comprobó que quedaba bien tapada, cerró la ventana y salió. En la plaza, los mozalbetes seguían cantando, y un grupo de mocitas paseaba bajo los soportales cuchicheando. Clara marchó de prisa por la calle abajo; entró en una taberna y pidió un bocadillo. Se lo dieron envuelto en papel de estraza.

—Para que no le pringue.

—Gracias.

En la calle empezó a comerlo. Iba despacio, arrimada al pretil, hacia la salida del pueblo. La mar continuaba agitada y batía fuerte contra la escollera; pero el cielo estaba limpio de nubes.

Dejó atrás las casas y se metió en la oscuridad. Recordó que una mañana, un año antes, o quizá más, había ido al monasterio de madrugada, y entonces tenía miedo. Le había tentado la idea de subir al pazo de Carlos y no se había atrevido. ¿Habrían cambiado las cosas de haberlo hecho? Posiblemente, no. Con Carlos no había que contar ni entonces ni ahora. Ni con nadie. Se sentía profundamente sola.

Llegó al pie de la escalera de piedra, la escalera larga y estrecha que se pegaba al contorno de la roca, que ascendía hasta la cima. El cancel estaba cerrado: trepó a las jambas y saltó. Hacia arriba, las escaleras se perdían entre las sombras de los zarzales. Comenzó la subida: con cuidado, con calma, con seguridad. A media altura se detuvo y contempló un instante las luces del pueblo, su reflejo en el aire, y allá al fondo, los focos del astillero, altos, dominándolo todo.

Cuando entró en el jardín, el viento, violento, le levantó las faldas y la empujó contra la muralla. Dejó pasar la racha, acurrucada; atravesó de una carrera la vereda y caminó pegada a la pared del pazo. Una nueva racha hizo silbar las copas de los árboles y arrancó briznas menudas de las ramas. Todo estaba oscuro. Tanteando, pisando el barro, llegó al portón y golpeó el postigo. Oyó pasos en el zaguán y la voz del Relojero preguntar quién llamaba.

—Soy yo, Clara.

El postigo se abrió rápidamente.

—¡Clara, criatura!

—¿Están?

—Sí. Acaban de llegar, cómo quien dice, y no cenaron.

Echó a correr hacia la escalera, y desde ella dijo a Clara que le siguiese. Ella cerró el postigo. Una luz de carburo medio alumbraba, desde el chiscón de Paquito, el zaguán enorme. Subió las escaleras, llegó al pasillo y vio abrirse al fondo la puerta del cuarto de la torre. Paquito gritaba:

—¡Es Clara, la señorita Clara!

Recorrió el pasillo sin apresurarse. Paquito esperaba, le sonrió y cerró la puerta tras ella. Carlos y Juan, en medio de la habitación, parecían sorprendidos.

—Bueno, soy yo, no asustaros. ¿Cómo te va, Juan? ¡No pongáis esas caras de pasmados!

Juan se acercó, indeciso. Clara le echó los brazos y le dio un beso.

—Me alegro de verte, Juan. Me alegro de veras.

—Yo también, Clara. Te encuentro muy bien.

Carlos, un poco alejado, la sonreía.

—¿Queréis que os deje solos?

—Vengo a veros a los dos —tendió la mano a Carlos—. No me esperabas tan pronto, ¿verdad?

—No, lo confieso.

Las manos de Clara estaban frías. Toda ella temblaba. Se quitó el abrigo y se arrimó a la chimenea.

—Vengo helada.

En cuclillas tendió las manos hacia la llama mortecina. Carlos buscó una copa limpia, la llenó de coñac y se la llevó.

—Toma esto.

—Dios te lo pague.

Bebió la mitad de un trago, tosió y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Qué fuerte! ¿No tienes café? Lo prefería. A esto no estoy acostumbrada.

Carlos retiró la copa.

—También tengo café, pero tienes que esperar.

Abrió la puerta y dio una voz. Juan se había sentado y Clara permanecía junto al fuego. El Relojero apareció corriendo.

—¿Quieres hacer un poco de café? Es para la señorita.

El Relojero hizo un gesto de superioridad.

—Ya lo puse al fuego.

—Gracias, Paco. Estás en todo.

—Se le ocurre a cualquiera. ¡Con el frío que hace...!

Se retiró. Carlos acercó un sillón a la chimenea y se sentó en el sofá. Juan levantó la cabeza y le miró, inquieto. Clara se frotaba las manos, vuelta hacia el hogar.

—¿Sucedo algo, Clara? —le preguntó Carlos.

—En cierto modo, sí.

Se irguió. Levantó un poco la falda y acercó las rodillas a las llamas. Sin volverse, añadió:

—Acabo de romper con Cayetano.

Soltó las faldas, dio media vuelta. Ahora se calentaba las pantorrillas. Ellos la miraban, expectantes. Con un movimiento de la mano, Carlos la invitó a que contase.

—Tenía que suceder, ¿no? Me lo profetizaste esta mañana, Carlos. Pues ya está. Más pronto de lo que esperabas.

Juan dejó de mirarla.

—No habrá sido por mí —dijo.

—Tenía que suceder, y hubiera sucedido aunque tú no vinieses. Cayetano se guardaba una pregunta y yo sabía que la respuesta no había de satisfacerle o, al menos, lo temía. Bien. Hoy me hizo la pregunta y le respondí la verdad.

Miró, de pronto, a Carlos, y Carlos bajó la cabeza. Juan no se había movido. Alzó la mano, la movió en el aire.

—A veces no hay más remedio que mentir, cuando se quiere algo.

—Quizá.

Clara arrastró el sillón y lo dejó frente a Carlos. Se sentó en él y fijó la mirada en la pared.

—El problema consiste en poder hacerlo. O quizá no sea eso. Hoy mentí un poco... —les miró: primero, a Carlos; después, a Juan— acerca de vosotros. Sin importancia, una mentirilla más bien. No podía decir que habías llegado y que no habías venido a verme. Fue por dejarte con color. También le dije que tenías dinero y que escribes en los periódicos.

Le dio la risa. Abrió los brazos y los alzó por encima de la cabeza.

—Es lo que debía ser, ¿verdad?

Juan se movió hacia ella.

—No habrá sido por eso la pelea.

—No, no pases cuidado. Fue por otras razones. Fue... —miró otra vez la pared por encima del cabello rizado, alborotado, de Carlos— porque los hombres fallan. Todos. Tenéis algo de mujeres, no estáis hechos para aguantar la verdad. Sois vanidosos.

Se abrió la puerta y entró Paquito con el café. Puso una taza delante de Clara y lo sirvió.

—Tómalo en seguida. Si le echas un poco de aguardiente te quitará el frío.

Sin mirar a Carlos ni a Juan, añadió:

—Hay para todos, ahí les queda.

Salió. Carlos había destapado el coñac y se lo ofrecía a Clara.

—No, gracias. Lo prefiero así.

—¿Quieres café, Juan?

Juan asintió. Carlos se levantó a coger las tazas.

—Está helado esto.

En el hogar se había desmoronado el castillo de brasas sobre el lecho de ceniza. Clara se acercó a la chimenea.

—Deja. Yo lo arreglaré.

Echó unos leños y sopló con el fuelle. Se levantaron otra vez las llamas.

—Podemos acercarnos —sugirió Juan—. Yo también tengo frío.

Bebían el café en silencio. Clara, arrodillada, recogió la ceniza.

—Necesitas una criada, Carlos. Alguien, al menos, que te barra.

Se sacudió la falda. Juan arrastraba los sillones: se sentó y alargó las piernas hasta dejar los zapatos encima de la llama.

Carlos empujó a Clara hacia el sillón vacío.

—Siéntate.

—¿Y tú?

—Estoy bien de pie.

—¡Las bobadas que decimos por no atrevernos a oír la verdad! —Clara se sentó de golpe y quedó con la cabeza erguida, mirando a Carlos—. Y quizá sea mejor así...

—Cuando Cristo dijo a Pilatos: «Yo soy la Verdad», Pilatos le respondió con una pregunta: «¿Y qué es la verdad?». Estoy con él.

—Pilatos tampoco era un hombre.

Juan se removió, inquieto, en el asiento. Retiró un poco los pies.

—No os entiendo. Si os referís a algo que desconozco, explicadlo, o hablad de otra manera.

Clara bajó la cabeza.

—¿Qué más da? Pero debo deciros, eso sí, que si Cayetano no me hubiera fallado esta tarde, me casaría con él. Si estoy aquí ahora, junto a vosotros, es porque tampoco él es un hombre, y cobarde por cobarde, a vosotros os quiero más. Pero a ti, Juan, tengo que añadirte algo: he decidido marchar de Pueblanueva. Voy a vender el negocio por lo que me den. Buenos Aires es un buen sitio para mí. ¡Si lo hubiera hecho antes...! Pero no es tarde todavía. Queda el problema de mamá...

—No pretenderás que la tome a mi cargo —replicó vivamente Juan.

—Hace más de cuatro años que nadie se cuida de ella más que yo. Pienso que me ha llegado la hora del relevo.

Juan se levantó y derribó las tenazas de la chimenea.

—¡Eso no es cosa de hombres! Además... yo soy un revolucionario. ¿Quién te dice que un día no voy a la cárcel? Y entonces...

Se inclinó hacia Clara con las manos abiertas.

—Compréndelo. Precisamente por eso, porque no puedo atarme a nadie, tu hermana, que se dio cuenta, se casó. No lo hubiera hecho jamás de no haber comprendido que podía resultarme un estorbo.

—Yo también tengo derecho a la libertad. Acabo de cumplir veintisiete años y todavía espero que la raza de los hombres no se haya agotado del todo. Pero si ya no los hay, podré al menos hacer la vida que se me antoje.

Juan la miró con desprecio.

—Siempre los hombres te han importado más que tu obligación. Llevas una prostituta dentro.

Clara se levantó de un salto y le hizo frente.

—¡Eso no te lo aguanto, Juan!

Carlos se interpuso y la apartó suavemente.

—No debes decir eso, Juan. No conoces a tu hermana.

—¡Mejor que tú! Y sé de qué pie cojea.

Marchó hasta el fondo de la habitación y quedó de espaldas, con las manos

en los bolsillos.

Clara cogió a Carlos del brazo.

—Me lo ha dicho mil veces. Si me pilló ahora de sorpresa fue por creer que lo había olvidado. O porque lo había olvidado yo. ¡Llevaba tanto tiempo sin oírle...!

Soltó a Carlos y se acercó a Juan.

—No te preocupes. Pagaré la pensión de mamá en un asilo con lo que me den por la tienda. Ya no puede vivir mucho. Me arreglaré con lo que sobre.

Juan continuaba de cara a la pared y su pie golpeaba el suelo. Clara se encogió de hombros y volvió al centro de la habitación.

—Me voy —dijo.

Cogió el abrigo y Carlos se acercó a ayudarla.

—Te llevaré en el coche.

—No, te lo ruego. No quiero quedar a solas contigo. Marcharé como vine.

—Entonces, te llevará el Relojero.

Salieron al pasillo. Clara iba detrás, en la oscuridad, guiada por los pasos de Carlos. Al llegar a la escalera se detuvo.

—Me gustaría que Juan no pensase mal de mí. Pero quizá tenga razón. Quizá la tengáis todos y sea yo la equivocada.

Empezó a bajar las escaleras. Carlos llamó al Relojero y le pidió que preparase el coche.

IX

Una golondrina había entrado en el zaguán por la tronera y alborotaba en la oscuridad. El Relojero se despertó con los gritos, se incorporó violentamente y escuchó. Se oía el vuelo espantado del pájaro, se oían sus golpes contra las paredes y el techo. El Relojero rio con su risa rota y se estiró en la yacija. Sacó un brazo fuera de la manta, recogió el chaleco y la chaqueta y, sin levantarse, se los puso. Entonces se sentó en el borde del catre, arriesgó los pies en las tinieblas y buscó a tientas las botas. La golondrina volvía a chillar.

—¡Ahora te abro, golondrinita! Deja que me vista, al menos.

Rascó una cerilla y encendió un cabo de vela. Con ella en la mano salió del chiscón. Por las rendijas de la puerta entraba una luz viva. La golondrina volaba a ras del suelo y su sombra, agigantada, recorría las paredes.

—No serás tú de las que arrancaron a Cristo la corona de espinas cuando estaba en la Cruz, ¿verdad?, pero a lo mejor eres su descendiente. Fue una buena acción aquella, ya lo creo. El Señor no merecía tanta crueldad, pero en tales tiempos..., ¡y en estos, qué caray! Es cuestión de decir que estamos civilizados, pero en todas partes cuecen habas. Claro que hoy no le pondríamos espinas, pero ya se inventaría otro tormento. ¡Espera, no tropieces!

Descorrió los cerrojos del postigo y lo abrió. La golondrina salió volando, atravesó el aire limpio y se perdió entre los árboles.

Aparecía la mañana luminosa y dulce. Un verde nuevo apuntaba en los árboles y el sol dorado pegaba en las piedras verdinegras y arrancaba colores a las gotas de rocío. El Relojero, en mitad del umbral, estiró los brazos y bostezó.

—¡La primavera!

Salió a la plazoleta. El barro se había secado y endurecido, y entre la hierba del jardín apuntaban flores amarillas. Se inclinó, recogió unas cuantas y las olió.

—Este año San José os ha enviado tarde. ¡Y pocas todavía! No sé si habrá para un ramo.

Siguió recogiendo flores y, con ellas, briznas de hierba, tréboles recién nacidos, ramitas de hinojo. Consiguió hacer un ramo que apenas abarcaban sus dedos. En medio de la plazoleta miró al cielo, riendo; arrojó al aire las flores y las hierbas y las recibió en la cabeza desnuda.

—¡Jujujuy!

Súbitamente echó a correr. Saltaba setos, troncos derribados, muretes y bancadas. Recorrió el jardín saltando en el aire y repitiendo el grito de alegría.

—¡Jujujuy!

Hacía calor y empezó a sudar. Allá abajo, aún en sombra, Pueblanueva se envolvía en una niebla azul. Junto al muelle humeaba un vaporcito, y una barca, lenta, atravesaba la dársena de los pescadores. El Relojero había llegado a la glorieta. Agarrado a la verja oxidada miró al fondo del precipicio.

—¡Jujujuy!

Los ojillos bizcos se le metían en los lagrimales y un mechón de pelo gris le caía encima de la oreja. Estornudó. Al otro lado del valle, como un estampido, la sirena del astillero lanzó un grito ronco, prolongado. De un costado de la chimenea salía un chorro de vapor.

—Las ocho.

Volvió a correr. Entró corriendo en el zaguán, subió las escaleras, se metió en la cocina. Tanteó en la oscuridad hasta llegar a la ventana y la abrió de par en par. El sol inundó el ámbito enorme, grisáceo, y sacó brillos dorados a los cobres de las herradas. Le dio el relumbre en la cara.

—¡Jujujuy!

Encendió el fuego y colocó la cafetera sobre las trébedes: también relucía el níquel en la penumbra del llar. Colgada de un clavo, en un rincón, una toalla sucia: la mojó en agua y se la pasó por la cara, por los ojos. Después se miró en un pedazo de espejo. Tenía barba de una semana.

—Estás hermoso, Paco. Estás hecho un mancebo.

Hizo una mueca, arregló el nudo de la corbata y se abrochó el chaleco y la chaqueta.

—Un mancebo como Dios manda. Cincuenta años de aguantar palizas y cabronadas, pero llega la primavera y te olvidas. ¡Jujujuy!

Llevó la mano diestra al corazón, estiró el brazo izquierdo y se puso a bailar un vals con pasos anticuados. Inclina la cabeza junto al oído de la pareja invisible, entornaba los ojos y pronunciaba palabras a media voz. Hasta que silbó el pitorro de la cafetera. Entonces se inclinó y señaló un banco.

—Hazme el favor de descansar durante esta tocata. Vuelvo en seguida.

Siguió con la mirada a su pareja, volvió a saludarla; pero arrugó la frente y tendió los brazos, imperativos.

—¡Hacer sitio, rapaces, y tenerle respeto! La señorita es mi novia. Ya os daré unos caramelos si no os metéis con ella.

Dio media vuelta. En el aparador había dos bandejas. Las colocó sobre la mesa, una al lado de otra. Puso en ellas las tazas, el pan, las cucharas, las servilletas. Mezcló en las tazas la leche y el café. Cogió la más pequeña, la más destartada, y la llevó al cuarto de Aldán. Entró sin llamar, dejó la bandeja sobre la mesa de noche y abrió la ventana.

—El café. Son las ocho. Y mañana no podré servírselo.

Juan se revolvió en la cama, abrió los ojos.

—¿Qué sucede?

—El café.

Salió. Llamó a la puerta de Carlos, esperó a oír respuesta. Por las rendijas salía claridad. Entreabrió la puerta y miró. Carlos, incorporado, leía.

—Pasa algo, Paquito?

—El café. Ahora se lo traigo.

Marchó corriendo a la cocina y regresó con la bandeja. Carlos había cerrado el libro.

—Te oí pegar gritos en el jardín. ¿Te pasa algo?

—La primavera, don Carlos. Estoy cachondo.

—Enhorabuena. Es una noticia excelente.

El Relojero se había arrimado a la cama y le miraba con ojillos inquietos.

—Es que mañana me voy.

Carlos abrió las manos desoladas.

—¿Qué le vamos a hacer!

—Comprendo que es una mala faena, don Carlos. ¿Cómo van a arreglarse con Aldán en casa? Pero no puedo dejar a mi novia con un palmo de narices. El deber es el deber.

—De acuerdo, Paco. Que seáis felices.

El Relojero se había agarrado a los barrotes de la cama y sacudía la cabeza.

—Si fuera cuestión de quedarse, me quedaría; pero, don Carlos, no iba a servir de nada. Cuando llega la primavera no puedo trabajar. Usted lo sabe. Y no me aguanto. Mañana violaría a una muchacha y me meterían en la cárcel. Ya pasó otras veces. Y yo no quiero. El trato fue de que al llegar la primavera yo marcharía.

Carlos echó las piernas fuera de la cama y buscó las zapatillas. El Relojero señaló un jirón del pijama.

—A ese traje que se pone usted para dormir hay que echarle un remiendo.

—Cuando estés de regreso. Mientras, me arreglaré.

Carlos se acercó a la ventana y respiró el aire fresco.

—Tienes mucha razón, Paco. Ahí está la primavera.

El sol había remontado las colinas y envolvía a Pueblanueva de una luz dorada. Azuleaba la mar, y en las laderas, sobre el verde oscuro de los pinos, nacían verdes suaves.

—¿Y usted se queda tan tranquilo, don Carlos?

—Yo no soy como tú. Entre mi cuerpo y la primavera se interpone mi cerebro, y lo que tengo en él es capaz de estropearlo todo, hasta la primavera.

—Es una lástima. Porque, como se dice en los Libros Santos, al cuerpo lo que es del cuerpo, y al alma lo suyo. Aunque no sé por qué en los Libros Santos al cuerpo le llaman César. ¿No se había fijado?

—Y al alma le llaman Dios.

—Sí, pero eso está más claro.

Carlos se volvió hacia él, lo cogió por los hombros y le miró a los ojos.

—¿Qué harías tú en mi caso?

—Casarme con Clara Aldán. Se lo vengo diciendo hace más de un año. No hay mujer como ella. ¡Y tiene un cuerpo...! ¡Rediós! Ya se lo dije también. A

mí la francesa no me gustaba.

—Tuvo poca fortuna con nosotros.

—Si usted me hubiera hecho caso habría mandado a la mierda a esa zorra de Rosario. Porque es una buena zorra, usted lo sabe mejor que yo. Total, ya ve: todo el invierno sin venir...

—Le dije que no lo hiciera.

—¿Y qué? La obligación es la obligación.

—Ahora tiene a su marido.

—¡Su marido! ¡Buena vida que se dan a cuenta de usted!

Una golondrina cruzó el aire y se metió en el alero de la torre. Se oyó el ladrido de un perro y el zumbido lejano de un motor.

—¿Se sabe algo de los barcos?

—No oí nada. Aún es pronto. Y el tiempo no estuvo malo. Frío, sí; pero en esos mares siempre lo hace.

Carlos abandonó la ventana, se acercó a la mesilla de noche y cogió la taza del desayuno.

—Bébalo ya, que se le va a enfriar.

Carlos tomó un sorbo.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, que es domingo. Tengo que arreglar la flauta y comprar los regalos.

—Que seas feliz y que vuelvas pronto.

El Relojero se asomó a la ventana. Carlos vertió agua en la palangana y empezó a lavarse. Tenía el pijama roto por los sobacos y los dedos de los pies le asomaban por los agujeros de las zapatillas.

Don Lino llegaba a Pueblanueva los sábados, en el autobús de la tarde, y regresaba el lunes por la mañana. Le esperaban en el casino, donde contaba las últimas novedades de la política nacional, y le esperaban en su casa, donde explicaba a su mujer las cosas de Madrid: el precio de las patatas, la renta de los pisos y cómo debía vestirse la mujer de un diputado. Se había hecho en Madrid un par de trajes y usaba cinturón con los colores de la bandera republicana. Llevaba siempre consigo una gran cartera negra, abultada, que

nunca abría. Los periódicos los guardaba en el bolsillo de la chaqueta, con los folletos, proclamas y manifiestos. Adornaba el ojal con una miniatura en metal de gorro frigio.

Carlos y Juan le esperaron a la llegada del autobús. En el cielo malva alborotaban los vencejos, y en la plaza, entre los puestos vacíos, una banda de niños jugaba a indios y vaqueros. Carlos fumaba su pipa con la mirada perdida y Juan daba paseos cortos, impaciente. El autobús llegó con retraso. Venía casi vacío, y don Lino ocupaba un lugar al lado del conductor. Le esperaba también un hijo suyo, al que entregó la maleta. Se despedía del revisor, cuando se le acercó Carlos. Juan, rezagado, le saludó quitándose el sombrero. Don Lino pareció sorprenderse.

—¿Que quieren hablarme? ¿Ahora mismo? ¿Aquí?

—Donde usted quiera, don Lino, y cuando quiera. Pero es muy importante. Juan se había adelantado y tendía la mano.

—Y nos gustaría que fuese en secreto.

Don Lino se volvió a su hijo.

—Llévate eso a casa y que no lo abran hasta que llegue. Iré en seguida.

—Podemos, si le parece, dar un paseo —sugirió Carlos—. Hace muy buena tarde.

—Pero no lejos, ¿eh? Traigo la natural impaciencia por ver a mi señora y, además, van a venir a buscarme en automóvil para asistir a una reunión en Negreira.

Bajó la voz y miró alrededor, desconfiando.

—Estamos preparando las elecciones de presidente. Saldrá Azaña...

Carlos señaló el pórtico de la iglesia.

—¿Le parece bien allí?

—¿En la iglesia?

—Nada más que a su sombra, no se inquiete. Podemos pasear por el pórtico. Es un lugar discreto y los ateos del pueblo suelen meterse en él, al menos cuando llueve.

Don Lino hizo un gesto de resolución, casi grandioso.

—Vamos allá.

Echó a andar decidido. Carlos y Juan le siguieron en silencio. A la mitad del camino, rebasadas las trincheras donde un grupo reducido de vaqueros se

defendían de los sioux, don Lino se volvió.

—Y los que nos vean, ¿no pensarán...?

—Si lo prefiere, podemos llegar hasta su casa. Allí, en la sala...

—No, no. Mi casa no está preparada para reuniones políticas. Es la casa de un modesto maestro de escuela. Lo de salir diputado, como ustedes saben, fue una sorpresa.

Habían llegado ante la iglesia. Aldán abrió la verja del pórtico. Don Lino alzó la mano.

—No entremos. Mejor aquí, en la acera. Estamos recibiendo los últimos rayos del sol.

—Como usted quiera —Juan carraspeó y se colocó al lado de don Lino—. Se trata de los pescadores.

—¿Los pescadores? Pero ahora que recuerdo, ¿usted no andaba por Madrid, Aldán?

—Sí. Pero he venido llamado por ellos.

—Y aquella hermana suya, ¿no se había marchado también?

—Acaba de casarse con un profesor de Literatura, socialista.

Don Lino arrugó la frente.

—¿Socialista? ¡Quién había de decirlo! Porque ella era muy religiosa, ¿verdad?

—Como todas las mujeres.

—Es verdad. La mía también cojea de ese pie, y por más que hago... Pero dígame, dígame, ¿qué les pasa a los pescadores?

—Están en una situación desesperada, de la que solo el Estado puede sacarles.

—¿El Estado? ¿Y ustedes piensan que yo...?

—Usted es su diputado, don Lino. Todos ellos le han votado, y sus mujeres. Le consta.

—Sí, es cierto.

Paseaba con las manos atrás y el pecho adelantado. Por la abertura de la chaqueta se le veía el cinturón patriótico. Carlos le agarró del brazo.

—Usted conoce mi intervención en este asunto. He ayudado hasta donde he podido, pero ya no puedo más. Y ya no quedan más que dos caminos: ponerse en manos de Cayetano Salgado, es decir, amarrar los barcos, o que el

Gobierno arbitre una fórmula de socorro.

—El Gobierno —atajó Juan— no puede ver con malos ojos un ensayo de explotación sindical que, si fracasa, será por las condiciones económicas del país, no porque la experiencia en sí sea disparatada.

Don Lino se detuvo. Miró a Juan severamente.

—El país va viento en popa, amigo mío. Las huelgas y todo eso son crisis de crecimiento, meros accidentes. Pero la peseta es fuerte, y el crédito de la República en el exterior...

Carlos le tiró de la manga, y don Lino, sin volverse del todo, inclinó la cabeza.

—Aldán se expresó mal —dijo Carlos—. Quería dar a entender que el capitalismo español está atrasado en relación con el resto del mundo capitalista. Porque en un país adelantado, pongamos los Estados Unidos, no habría dificultades para una explotación sindical, a condición de que se presentase como una sociedad anónima. Pero aquí, ni con esas.

Don Lino alzó una mano solemne y la dejó caer en el hombro izquierdo de Carlos.

—¿Es que también entiende usted de economía, doctor?

—¡Oh, no, no se asuste! El que entiende es Aldán. Eso que acabo de decir se lo oí a él muchas veces.

Don Lino recobró la calma y sonrió, jovial.

—La cosa está bien vista, ya ve. Le felicito. Yo no soy marxista del todo, usted lo sabe: menos aún sindicalista. Pero comprendo que nuestro capitalismo está en mantillas. ¡Ya lo creo! Un capitalismo que, en el campo, es casi feudalismo. Nuestros problemas se derivan de ahí. Un capitalismo avanzado no excluye la participación de los obreros en las ganancias, ni, como ustedes sugieren, una forma de propiedad colectiva enmascarada en el anonimato de una sociedad de este nombre. Porque eso sí, la ley es la ley, y hay que someterse a ella. Existe una ley de sociedades anónimas, pero no una ley de propiedad sindical colectiva.

—Le insinué que los pescadores constituyen ya una sociedad anónima. Fue la fórmula que me ofreció el mejor abogado de Vigo.

—En ese caso...

Levantaba un brazo, y la mano abierta prometió una larga perorata. Juan

alargó la suya, tajante.

—Espere. El problema político local no está todavía aclarado. Nosotros creemos en la necesidad de conservar un núcleo independiente, un núcleo libre de votantes. Los pescadores lo serán mientras vivan de la pesca, y dejarán de serlo cuando se vean en la necesidad de solicitar su admisión en el astillero. Fíjese bien lo que le digo: un núcleo libre, sesenta familias que no dependen económicamente de Cayetano y que, por tanto, y dado que llegue el caso, no se verán en la necesidad de obedecerle. Más aún: que pueden oponerse a él si las circunstancias políticas lo exigen.

El brazo de don Lino había permanecido en el aire, y detrás, la perorata agazapada, presta a saltar. Al concluir Juan la suya, la mano de don Lino volvió a abrirse.

—En ese caso...

Carlos sacó tabaco y ofreció. La mano del diputado se cerró bruscamente.

—No, gracias. En Madrid me aficioné a los canarios. Es por no liarlos, ¿sabe?

—Insisto —Aldán aprovechó el silencio— en que el asunto le interesa a usted y solo a usted. Porque los pescadores no tienen otro representante en las Cortes, y porque usted no puede dejar que se pierda esta ocasión de hacer bien al pueblo.

—Y de ganarse su afecto —añadió Carlos—. Porque son buena gente, una gente estupenda. ¡Ya lo verá cuando conviva con ellos, cuando los vea de cerca!

Carlos encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo de don Lino. Juan esperó turno con el suyo en la boca. Encendió también, y Carlos iba a hacerlo, cuando el diputado sopló sobre la cerilla y la apagó. «Perdone. Es una de mis manías.»

—No le ofrecemos una fórmula, pero le sugerimos algunos procedimientos de ayuda, desde el donativo inmediato a la desgravación fiscal.

Juan sacó del bolsillo un sobre abultado y se lo tendió a don Lino.

—Ahí tiene usted la situación de los pescadores reducida a cifras. Estúdiela.

Don Lino fumaba con la derecha. Su gesticulación oratoria se apoyaba en la mano abierta y el cigarrillo le embarazaba. Lo arrojó al suelo.

—¿Ahora mismo? ¿No les parece que la ocasión...?

—Ni siquiera esta tarde, ni esta noche. Tenemos un margen de quince a veinte días. Llévase esos papeles a Madrid, asesórese en la medida en que lo necesite y el sábado que viene...

Don Lino se guardó el sobre.

—Sí. Será lo mejor. Un asesoramiento previo es indispensable. Y después ya veremos. Porque pueden seguirse dos caminos: uno, el tradicional, el cabildeo o caciqueo por los despachos ministeriales: pedir a este, engañar a aquel y comprometer al de más allá. Pero hay otro camino más honrado y también más directo: llevar el caso a las Cortes, presentarlo ante los representantes del país, ante los padres conscriptos, y decirles...

Se interrumpió. Su mano diestra, por fin, había rebasado el nivel de su sombrero y hacía movimientos de bailarín flamenco.

—Pero lo que diremos habrá que pensarlo más adelante, ¿no les parece? Un discurso bien estudiado, bien amarrado y, al mismo tiempo, directo, acuciante, conmovedor. Porque mi corta experiencia parlamentaria me ha hecho comprender que a los medios de persuasión tradicionales hay que añadir una lógica aplastante. Conmover, sí, pero también convencer. La oratoria de Azaña, por ejemplo, aunque para mi gusto resulte un tanto fría. El ideal sería una mezcla de Azaña y Castelar. Eso. Verdades como puños dichas con palabras ardientes. Iluminar los cerebros y arrebatarse los corazones.

Se arrimó a la verja de la iglesia. La tarde empalidecía, los vencejos armaban su alboroto y los niños, de repente, habían emigrado de Texas a Arizona. Parejas de muchachitas esperaban, en las esquinas de la plaza, a que se encendieran las farolas. Don Lino recogió los brazos.

—Azaña tiene otro defecto: habla con una mano en el bolsillo de la chaqueta, y eso hace feo. Claro que él no tiene figura...

—¿Y de Gil Robles? ¿Qué me dice de Gil Robles?

—Ese es un ave fría.

Clara cortaba un mandil en el mostrador: había colocado sobre la tela roja un patrón de papel, sujeto con alfileres, y las tijeras seguían su contorno, ras, ras, ras: la vista fija, el pulso firme. Llevaba el pelo suelto y una chaquetilla

colorada sobre la blusa blanca.

El reloj de Santa María acababa de dar las ocho menos cuarto. A aquella hora no solían venir clientes. Y si a alguno, rezagado, se le ocurría comprar unas agujas, llamaría.

Dejó las tijeras y levantó la mirada. Sus ojos tropezaron con unas botas fuertes, con unos pantalones azules. Pisaban el umbral y estaban quietas. No siguió mirando. Cogió las tijeras y las empuñó.

—Vete.

—¿Vas a matarme?

Cayetano adelantó unos pasos. Clara veía ahora un trozo de chaqueta que el mostrador cortaba por abajo en línea un poco sesgada. Vio también la mano velluda de Cayetano salir de la sombra, levantarse y quedar apoyada en la madera. Agarraba con fuerza los guantes y la boina.

—Vengo a pedirte perdón.

Hablaba con voz recia, con voz segura, sin emoción, sin titubeos. Clara levantó la cabeza y le miró de frente.

—Bien. Ya está. Perdonado.

Cayetano avanzó un poco, hasta quedar arrimado al mostrador.

—¿Nada más?

—¿Qué más quieres?

—Te he pedido perdón, me has perdonado. Pues bien: aquí no ha pasado nada. Como antes, ¿no? Como hace una semana. Tú, ahí detrás, y yo, aquí. Y cuando cierres, tú a mi lado. ¿A dónde vamos esta tarde?

Ella movió la cabeza.

—No saldré contigo. No volveré a salir contigo. Tan amigos; eso, sí.

Cayetano no se inmutó. Buscó la silla donde solía sentarse, la acercó y se sentó. La boina había quedado encima del mostrador, junto a los guantes.

—Una mujer no es como un hombre, lo comprendo. No razonáis lo suficiente, ni siquiera tú. Y si yo he tardado casi una semana en decidirme, no tengo derecho a exigir que te me hayas adelantado. Además, no podías hacer otra cosa que esperar, y estoy seguro de que me habrás esperado todos estos días, y que cada tarde, al cerrar la tienda, estarías un poco más irritada que la tarde anterior porque yo no venía a pedirte perdón y tú deseabas perdonarme. Todo esto es natural y lo comprendo. Pero ya estoy aquí.

Clara hacía un rollo con la tela y el patrón del mandil. Lo ató con un bramante y lo arrojó a un rincón de la tienda.

—No te he esperado un solo día, ni deseé que volvieras.

Cayetano, de perfil, no la miraba. Parecía que sus manos, al moverse, se dirigieran a espectadores que le escuchasen desde el silencio de la plaza.

—Tú, ¿qué vas a decir? Incluso me complace que lo digas. El orgullo es una gran cualidad, piensen lo que piensen los orgullosos. Me gustas porque lo eres, y lo eres como un hombre. Pero yo también lo soy y, sin embargo, he venido a pedirte perdón. Y para decidirme he tenido que convencerme de que tu orgullo no te llevaría a humillarme, ni siquiera a hacer los dengues acostumbrados. Como, además, eres inteligente, te habrás dado cuenta de lo que vale mi nobleza —se volvió rápidamente y le cogió la mano—. En una palabra, quiero abreviar los trámites. Pido perdón: quiero ser perdonado. Doy lo pasado por pasado: haz tú otro tanto.

Clara no se movió.

—Suéltame.

Él, sin soltarla, se levantó.

—¿Lo encuentras demasiado brusco? ¿Quieres que medien lágrimas y palabras tiernas? Muy bien. Por mí no hay inconveniente. Cierra la tienda y vámonos. O cierra y déjame dentro. Podrás llorar mejor, sin miedo a que te vean.

La soltó, fue hacia la entrada y empujó la media puerta.

—Quieto. No cierres.

Fue entonces, quizá, cuando llegaron a la plaza el juez y Cubeiro. Venían hablando de impuestos municipales. Cubeiro se quejaba de que el Ayuntamiento del Frente Popular hubiera cargado la mano sobre los contribuyentes. Vociferaba y manoteaba. El juez le escuchaba distraído, y de vez en cuando decía: «Sí». Al llegar al centro de la plaza dio un codazo a Cubeiro:

—Fíjese.

Señalaba con la cabeza la tienda de Clara.

—Es Cayetano.

—Sí. Y está hablando con su novia sin la menor precaución.

Cubeiro bajó la voz y empujó al juez hacia los soportales.

Cayetano regresó al mostrador. Se le había endurecido el rostro, pero en los labios le quedaba una sonrisa. Clara le miró decidida, con el rostro adelantado y las manos cerradas. Respiraba fuerte y se le habían encendido las mejillas.

—Estás muy bonita, Clara, y yo te quiero. ¿No lo comprendes? Si no te quisiera no hubiera vuelto. Te quiero y estoy dispuesto a arreglar lo nuestro. Lo he pensado mucho, ¿sabes? He querido traerte una solución.

Se inclinó un poco y abrió las manos.

—Si no estuviéramos en Pueblanueva nuestras relaciones hubieran sido distintas. Imagina que nos hubiéramos encontrado en otra parte; tú con tu vida y yo con la mía; tú con tu historia y yo con la mía. ¿Piensas que me habría preocupado tu enamoramiento de Carlos? ¿Me traería sin cuidado y me importaría un pito que te hubiera despreciado o no! Incluso llego a más. Soy un hombre moderno y reconozco a las mujeres el derecho a la vida y al amor. Aceptaría tranquilamente que hubierais sido amantes. ¿Qué más da? Dos que se quieren es una historia que empieza; se quieren por lo que son, y lo son por lo que han sido. El prejuicio de los españoles por la virginidad de las mujeres está anticuado y es inhumano. Cosa de los moros.

Cubeiro se arrimó a una pilastra y dio un tironcito a la manga del juez para que se quedase a su lado.

—Si hablase un poco más alto se oiría lo que dice.

—Pues yo algo oigo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué dice?

—Espere.

El juez alcanzó el borde mismo de la pilastra, la oreja pegada a la última arista y escuchó.

Cayetano sacó la pipa y la llevó a la boca sin cargarla. Hablaba con animación en el rostro, con movimiento de manos, con voz suave. Buscó en los bolsillos el tabaco y empezó a cargar la pipa.

—Pero Pueblanueva nos ha envenenado. Mi manera de portarme no está de acuerdo con lo que pienso, sino con lo que piensan los demás. ¿Crees que no me doy cuenta? Lo comprendo y me duele en el alma, porque lo que piensan los demás es lo que piensa mi madre. Podría llegar a despreciar al pueblo, pero es difícil que mi madre sea de otra manera, y, siendo como es, no puedo

despreciarla.

La pipa estaba cargada. La volvió a la boca, sacó el mechero y lo dejó en el mostrador.

—Tú no eres el ideal de mi madre, eso no hace falta decirlo. Sabe que vengo a verte y no como a las otras. Lo sabe porque se lo han dicho o porque lo ha adivinado. ¡El olfato que tienen las madres para estas cosas! Al principio no me decía nada; luego empezaron las alusiones, las quejas solapadas; después vino la tristeza. No se atrevió hasta ahora a preguntarme de cara qué voy a hacer contigo, ni sé si se atreverá. Me gustaría que no lo hiciese, pero temo que lo haga. Será difícil. Tú sabes cómo la quiero...

Su mano buscó a tientas el mechero y lo encendió. Mientras prendía la pipa, espiaba los parpadeos de Clara, el temblor de sus ojos, los movimientos de su cara. Guardó el encendedor, dio un paseo hasta la pared y allí se volvió.

—Salir de Pueblanueva es como recobrar la libertad. Vivir donde nadie nos conoce es desintoxicarse de prejuicios. ¡Hay tantas cosas que tú misma harías fuera de aquí! La gente, por ejemplo, se casa pensando en los demás; pero donde todos son desconocidos los que se quieren no piensan en casarse. Cuando un hombre como yo llega al convencimiento de que necesita a determinada mujer, desprecia los trámites y las condiciones que pone la sociedad. ¿Con qué derecho un juez o un cura, o los dos juntos, nos autorizan a acostarnos? ¿Quiénes son ellos para disponer de algo tan nuestro como nuestros cuerpos? Por otra parte...

Suavemente, Clara le interrumpió.

—¿A dónde vas a parar?

Cayetano se cruzó de brazos y dejó de sonreír.

—Quiero que te vayas inmediatamente de Pueblanueva. De momento, a La Coruña. Tendrás todo lo que necesites, y yo iré a verte cada sábado. Esto, mientras no llegue el momento del arreglo definitivo. Entonces yo también marcharé. Pueblanueva me viene estrecha. Necesito más aire, más luz y más tierras que conquistar, y aquí no los hay. Un hombre como yo tiene cabida en cualquier parte que no sea España. ¡Hasta en Rusia he pensado! Stalin no me rechazaría.

Hablaba con entusiasmo, le resplandecían los ojos y movía las manos con calor. Clara escuchaba inmóvil.

El juez susurró al oído de Cubeiro:

—No se oye bien. Palabras sueltas nada más.

—Quédese aquí. Voy a arrimarme a la puerta.

—¿Se atreve?

—Con un poco de suerte...

Dio la vuelta a la pilastra, se metió bajo los soportales, se aproximó cautelosamente a la tienda de Clara. El juez no se movió, pero, de rato en rato, arriesgaba un ojo más allá del límite permitido. No veía a Clara: solo el ir y venir, el manoteo de Cayetano.

Clara preguntó:

—¿Y a tu madre? ¿También la llevarás a Rusia? ¿O eso que llamas el momento del arreglo definitivo empezará cuando ella muera?

—Mi madre no ha sido nunca un estorbo.

—Esa no es una respuesta.

—Lo que haga de mi madre no debe interesarte. El que te quiere a ti y el que quiere a mi madre son dos hombres distintos.

—Yo no veo más que uno. ¿Con cuál de los dos pretendes que me case?

Cayetano apretó los dientes.

—Lo que yo te propongo no es un matrimonio, pero vale más —Clara intentó hablar; él la detuvo—. Y estoy dispuesto a darte las seguridades que apetezcas, más de las que tendrías siendo mi mujer. Por lo pronto, hacerte propietaria de una casa y de un dinero. Más tarde, cuando mis padres mueran, compartir legalmente contigo, en pie de igualdad, todos mis bienes. No soy un romántico; sé que puedo morir y por nada del mundo te dejaría en la pobreza.

—Es una hermosa proposición —dijo Clara.

Se apartó del mostrador con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Quedó en medio, parada, unos instantes. Cayetano esperaba: la pipa entre los dedos, la pipa entre los dientes, la pipa otra vez en la mano.

—¿Aceptas?

Ella alzó los brazos por encima de la cabeza, con las manos hacia fuera; le había caído el pelo sobre los ojos y sacudió la cabeza antes de hablar.

—¿Quién iba a decirme hace un año, cuando pensaba venderme a ti por mil pesetas, que acabarías por ofrecerme la mitad de tu fortuna? No sé cuántos millones tienes, pero, por pocos que sean, hay una gran diferencia con lo que

yo entonces te pensaba pedir.

Cayetano golpeó el mostrador con el cuenco de la pipa.

—¿Por qué recuerdas eso?

—Porque lo tengo presente y me alegro. Me da medida exacta de lo que valgo.

La pipa de Cayetano seguía repicando: unas briznas de ceniza mancharon la tabla pulida.

—No he pretendido evaluarte en dinero.

—Soy yo la que lo hace. Y saber que valgo tanto me llena de orgullo. ¡La mitad de tu fortuna!

Cayetano dio un manotazo a la pipa y la arrojó al suelo. Cayó cerca de los pies de Clara.

—Estás llevando las cosas a un terreno falso, Clara.

—Por el contrario, quiero quitarles el disfraz.

—He hablado con el corazón en la mano.

—Tu corazón te miente.

Cayetano golpeó el mostrador con los dos puños.

—¡Te quiero, Clara! ¡Lo sabes demasiado!

Clara se agachó a recoger la pipa y quedó con ella en las manos.

—No lo dudo. Es la única verdad que has dicho. Lo demás...

—¿Es que no te basta?

Clara se acercó y le tendió la pipa.

—Toma tu cachimba. Mientras hablabas me recordabas a Carlos. ¡Muchas palabras para ocultar la verdad! Solo que a ti es más fácil adivinártela.

—Me ofende que me compares con él. Yo soy un hombre y él es un charlatán.

—No eres tan retorcido, lo reconozco, pero también intentas engañarte.

Palmoteó el mostrador, manchó la mano en la ceniza caída.

—¿No comprendes, alma de cántaro, que tanta palabrería y tanto barullo no son más que disculpas que te pones a ti mismo para no casarte conmigo? ¿A qué viene hablar ahora de tu madre, cuando tu madre nunca salió a relucir entre nosotros? Lo que te pasa es que das a la opinión de la gente más importancia de lo que tú mismo querías. Tienes miedo a que se rían de ti si te casas con una mujer que ha estado enamorada de Carlos Deza, tienes miedo a

que Carlos lo diga y cuente lo que pasó y lo que no pasó: ¡qué sé yo a lo que tienes miedo! Y como me quieres, que eso no te lo niego, armas todo ese lío para quedar tranquilo y matar dos pájaros de un tiro. Claro está que si yo estuviera enamorada de ti pasaría por todo y aceptaría ser tu querida o lo que fuese. Pero no estoy enamorada de ti ni lo podré estar ya nunca. Tendrías que llegar a lo que yo he llegado, y eso, por lo que veo, es imposible.

Cayetano había llevado la cachimba a la boca y la apretaba fuertemente con los dientes. La cachimba temblaba y los puños de Cayetano se pegaban contra los muslos, los golpeaban. Le aparecía en los ojos un resplandor de ira y en las esquinas de la boca una sonrisa desagradable. Clara le echó la mano a un brazo y lo sacudió.

—No te irrites y aprende a escuchar la verdad como un hombre. Acabas de proponerme ser tu querida y no me he ofendido. Tampoco te guardo rencor, pero siento que seas como eres; en el fondo, un pobre hombre. Porque la única persona a quien de veras importa un pito la opinión de los demás soy yo. Yo sería capaz de irme contigo y de tener un hijo tuyo si lo considerase honrado, si algo razonable me impidiera ser tu mujer. Pero tus razones no me convencen. Sería un pretexto hoy, otro mañana, y siempre mentiras y dilaciones. Y yo no soporto la mentira. ¿Qué quieres? Me pasa como con la suciedad.

La mano de Clara había descendido a lo largo del brazo hasta hallar la muñeca. Se la apretó afectuosamente.

—Tienes que quererme, Clara; no puede ser de otra manera.

—No eres malo, en el fondo. Pero estás envenenado, en eso tienes razón, y te será difícil librarte del veneno, porque tú, como los otros, tampoco te irás de Pueblanueva. Ya ves, mi hermano, que no iba a volver nunca. Os tiene cogidos el pueblo y no os suelta.

—También a ti...

—No. Yo acabaré marchando. Y más pronto de lo que piensas.

—No te lo permitiré —Clara apartó la mano; él la persiguió con las suyas, hasta retenerla—. Esto tiene que arreglarse. ¡Sería la primera vez que...!

Clara movió la cabeza.

—*Nosotros* no seremos felices, y tú tampoco lo serás, quizá por nuestra culpa. Y lo siento de veras, porque nadie es tan malo que no merezca un poco

de paz.

Soltó la mano de un tirón brusco. La pipa cayó sobre el mostrador.

—Vete, anda.

—Volveré.

—No vuelvas. Piensa en la opinión del pueblo...

Cayetano se mordió el labio.

—La opinión de mis esclavos... —jadeó—... Tienes razón. Estoy cogido...

Sacudió la cabeza violentamente. Quedó con ella en alto, la barbilla hacia adelante, decidida.

—Ahora que lo reconozco me siento obligado... Soy capaz de hacerlo. Lo haré. Y, entonces, volveré.

Apretó la mano de Clara, se puso la boina y salió. Clara le siguió con la mirada. Cayetano se perdió en el fondo de la plaza y la mirada de Clara se quedó en el vacío unos instantes.

Cerró la puerta, buscó un cartón de mediano tamaño, lo recortó, y, con un pincel mojado en tinta, escribió:

SE VENDE ESTA TIENDA

Después se metió en el cuarto de su madre.

Cubeiro se pegó al vano de una puerta cerrada; el juez dio la vuelta a la pilastra y se acogió a la sombra. Cuando se borró la silueta de Cayetano se juntaron. Cubeiro llevó los dedos a la garganta.

—Se me pusieron aquí. ¡Si nos pilla...!

—La calle es libre, ¿no?

—¡Sí! Usted mucho habla, pero bien que se escondió.

—Una prevención elemental, pero no por miedo.

Echaron a andar. Al salir de la plaza Cubeiro dijo:

—Y ahora, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—De lo que oímos.

—Yo, casi nada.

—Yo, poco más, pero lo suficiente.

—Usted, ¿qué piensa?

—Que ella le dio calabazas.

—¿Y ahora va a contarlo en el casino?

—¿Quién? ¿Yo? ¡No será el hijo de mi madre quien vaya con la historia!

Dígalo usted.

El juez se paró al borde de la acera.

—Mire, Cubeiro, yo tengo un cargo público, soy una autoridad, y no me parece bien andar metido en comadreos. Porque una cosa es comentar lo que se dice y otra andar trayendo y llevando líos.

Cubeiro se puso un dedo en los labios.

—Entonces con callarnos...

—¿Usted se cree capaz?

—Por la cuenta que me tiene.

—¿Ni a su señora?

—¿Y usted se lo dirá a la suya?

—Aún no lo tengo pensado.

—Pues piénselo pronto, y así quedaremos de acuerdo. Haré lo que usted haga.

El juez le cogió del brazo y empezaron a descender la calle.

—Bien pensado, la cosa más parece de mujeres que de hombres. Se trata de un noviazgo, eso es evidente, solo un noviazgo. A ellas les gusta conocer lo que pasa entre las parejas; viven de eso. Porque a usted le sucederá lo que a mí, que se entera de lo que hace la gente por su mujer.

—A veces. Otras, porque se lo oigo a usted.

—En ese caso, yo lo sé por mi mujer.

—¡Pues sí que está enterada!

—Y entiendo que no es lo mismo llegar al casino y decir: «Mi señora me contó esto», que confesar que hemos estado escuchando lo que hablaba Cayetano con la de Aldán.

—Ya.

—¿Por qué dice ya?

—Porque empiezo a entenderle. Usted lo que propone es que se lo cuente a

mi señora y usted a la suya. Ellas, entonces, perderán el culo para ir a encasquetárselo a sus amigas; estas se lo contarán a sus maridos, y no seremos nosotros, sino Carreira y don Lino, los que lleven la noticia. Nosotros, con hacernos de nuevas...

—Está muy bien pensado eso.

—Pues le felicito, porque la idea fue suya.

—¿Yo? ¿Se atreve usted a decirme...?

Intentó detenerse a discutir, pero Cubeiro seguía calle abajo.

—No se sulfure, hombre. ¿Qué más da quien lo haya pensado? ¡Si al fin estamos de acuerdo!

Don Baldomero escuchaba entre sueños la música de una flauta: una música extraña en cuanto a su situación, pues lo mismo parecía remota, casi celeste, que cercana y chillona. No le llegaba sola, sino acompañada de algarabía desacordada, también extraña a su modo, pues si la música iba y venía, como un columpio sonoro, la algarabía no pendulaba, sino que figuraba más bien el punto fijo con relación al cual la música viajaba por el aire. Don Baldomero intentaba incorporar la música a sus sueños, y apenas lo lograba cuando la algarabía tiraba de ella y la dejaba fuera, en su vaivén, y el sueño se cortaba. La mente de don Baldomero, por encima del sueño y de la música, intentaba entender sin conseguirlo. Esto le desasosegaba, le hacía dar vueltas en la cama y taparse con las mantas para excluir de su conciencia vacilante los sonos de la flauta: tan agudos, sin embargo, que lo atravesaban todo y excitaban, pertinaces, los oídos ansiosos de silencio. Hasta que don Baldomero se despertó. Entonces la música dejó de fluctuar y quedó amarrada para siempre a la algarabía, envuelta en ella o más bien embarullada, en un lugar cercano y conocido, al pie mismo de la casa. Se levantó y fue derecho al mirador. Por la rendija de una cortina vio, delante de la botica, en medio de la calle, a Paquito el Relojero, adornado según costumbre cuando emprendía sus escapadas eróticas, que tocaba la flauta en medio de un corro de niños. Los niños le chillaban, le insultaban, le tiraban de la chaqueta y de las mangas, y él respondía con escalas audaces, tan pronto por la zona de los agudos como sumidas en el abismo de los graves. Don Baldomero se echó a reír, y rio

ruidosamente hasta que recordó su luto y su tristeza. Se le compungió entonces el rostro, cruzó las manos, dirigió la mirada a los cielos e imploró el perdón de «aquella santa». «He olvidado el respeto debido a tu memoria, pero no fue con intención. Aunque el loco me hizo reír, mi alma permanece triste.»

Dejó caer la cortina y regresó al dormitorio. Encima de la mesa de noche, enmarcada en símil-plata, doña Lucía recogía sus ojos grandes y sonreía con pudor. Era una fotografía antigua, con dedicatoria: «A mi novio querido, de su Lucía». Don Baldomero la cogió y la llevó a los labios. Después, la apartó un poco y le habló en voz alta: «El loco me ha conmovido, santa mía. Como yo a tu lado a la hora de la muerte, corre Paquito al lado de su amada, y la gente se ríe de él como quizá se hayan reído de nosotros». Volvió a besarla y la restituyó a su sitio. Entraba la criada con el desayuno. Don Baldomero se metió en la cama de un salto.

—Buenos días. ¿Ya está otra vez hablando solo?

—¿Me has oído?

—Se le oye desde la cocina.

—Pues no hablo solo. Hablo con ella, ¿sabes?, y ella me escucha desde el paraíso.

La criada dejó sobre el embozo la bandeja con el café humeante.

—Sí. Ahora mucho amor; pero en vida de la finada bien que le puso los cuernos.

Don Baldomero juntó las manos.

—Pido a Dios y a aquella santa el perdón de mis pecados, y de ella estoy seguro que me perdona, porque lo hizo en vida. Pero en cambio el Señor...

—¡Calle, calle, y no diga herejías! El Señor también le perdonará si se arrepiente de veras y no vuelve a las andadas.

—¿Qué sabrás tú de los misterios divinos?

—Sé lo que dice el catecismo, y a eso me atengo.

Don Baldomero revolvía el azúcar perezosamente, perdida la vista en el vacío.

—El catecismo no está escrito para los grandes pecadores. Para estos, el Señor tiene sus leyes especiales, que hasta la Iglesia desconoce. ¡El misterio insondable de la predestinación! El pecador que persigue la Gracia y la Gracia que huye... La Gracia es el Perdón.

Movía la cabeza, su mirada vagaba por el aire como si el pecador y la gracia fuesen dos moscas que se persiguiesen en sus vuelos, allá por los rincones más altos y más oscuros del dormitorio.

—Si usted lo dice, será porque es así, que para algo estudió en el seminario. Pero, en tal caso, el catecismo no valdrá para casi nadie, porque los pecadores que conozco son, más o menos, como usted. Pendones, borrachuzos, malos maridos. Como el mío, que también el Señor habrá perdonado, aunque no lo merecía mucho.

Don Baldomero repitió, con entonación dramática:

—¿Qué sabrás tú?

—Sé lo que me hace falta, y basta. Lo que ahora le digo es que no se vaya a dormir otra vez, si quiere coger la misa del mediodía.

Dio un portazo al salir. Don Baldomero bebía su café. Miraba de reojo el retrato de Lucía.

«La voz del pueblo es la voz de Dios, y si esa mujer simple dice que puedo alcanzar el perdón, ¿por qué me empeño en no creerlo? ¿No será pecado de soberbia? Aunque, si es así, es evidente que estoy poseído del diablo. Porque a los demás pecadores el diablo los engaña, pero a los soberbios los posee. Este es un axioma de las Escuelas.»

Alargó el brazo y cogió el retrato de Lucía. Con el movimiento se tambaleó la bandeja: hubo de echarle mano para evitar que cayese y dejarla luego en el suelo. Quedó el retrato encima de la cama. Don Baldomero volvió a incorporarse, dobló el cuerpo, y sus manos buscaron una botella escondida en la mesa de noche. Echó un trago de aguardiente, se limpió la boca y guardó otra vez la botella.

«A ti te consta que ya no soy borracho. Tú, que conoces ya la verdad de los corazones, sabes que mi propósito es firme, y que si tomo unos sorbos es porque un hábito no puede quitarse de momento. Los médicos dicen que es peligroso. Sigo bebiendo, pero menos, y un día no beberé. Recuérdalo: antes, a estas horas, ya había embaulado medio cuartillo. Ahora, este es el primer trago, y ni una gota más hasta la hora de comer. Ni una gota. Por estas.»

Besó los dedos cruzados ante el retrato. Se había estirado en la cama. Recogió las rodillas y apoyó en ellas el marco.

«Necesito claridad mental, santa mía. Sin ella, ¿cómo entendería tus

mensajes? Porque a ti te es fácil escucharme; pero a mí tu voz me llega bastante embarullada. Ahora mismo pienso si el haberme despertado la flauta del Relojero querrá decir algo. Supongamos que no, pero es el caso que, gracias a él, me he planteado el problema de la soberbia, de si me poseerá el demonio. Aquí de la claridad mental. No puede ser posesión definitiva, sino transitoria. El demonio no puede aniquilar mi libre albedrío. Permanece aposentado en mi corazón mientras no me doy cuenta; pero tú, que vigilas desde el cielo, rezas por mí, y el efecto de tu oración es un relámpago súbito, una iluminación inesperada. Acabo de tenerla. Todo está claro y en orden. El demonio está aquí, y hay que librarse de él. Pero el demonio es inteligente, mucho más que yo. Pretende engañarme, el muy zorrillo. ¿Pues no se me ocurre ahora que no es el de la soberbia, sino el de la borrachera, el que me posee? ¡Ah, Lucía, amor mío, cómo voy viendo claro gracias a tu socorro! Este raposo viejo me está diciendo: «Todo consiste en que dejes de beber». ¿Y sabes para qué? Para que me debilite peleando contra el vicio y emplee en una lucha inútil las fuerzas que necesito para librarme de la soberbia. ¡Nos conocemos, viejo lagarto! Lo que tú quieres es meterme en un laberinto, hacerme creer que no seré perdonado mientras siga bebiendo. ¡Y una cosa nada tiene que ver con la otra, dejemos esto bien sentado! Yo bien sé cuáles son mis verdaderos pecados, y de cuáles tengo miedo que el Señor no me perdone.»

Echó las piernas fuera de la cama y se calzó las zapatillas. Había colgado los pantalones de una silla. Se los puso. El camisón de dormir le quedaba mitad dentro, mitad fuera; de esta guisa se vio en el espejo del armario: los escasos cabellos revueltos, los ojos pitañosos, las mejillas caídas.

«¡Pues sí que tienes una buena facha tú!»

Pegó una voz. La criada le respondió desde la cocina. Don Baldomero se asomó al pasillo y le encargó camisa limpia y una muda interior. Después, empezó a lavarse.

Salió a la calle a las doce menos cuarto. Pegaba fuerte el sol, y sintió que le sobraba el chaleco. Se metió en la rebotica, lo dejó encima de una silla y volvió a salir. Las puertas y las ventanas del casino estaban abiertas. Pasó de

largo, pero le llamaron.

—Voy a misa; luego vendré por aquí.

—¡Ande, tómese una copa!

—Después, después.

—¡Le aseguro que no tiene arsénico!

—¡Déjese de bromas!

La mención del veneno le hizo sonreír. Continuó calle arriba, hasta la plaza, con el paso tranquilo y la cabeza inclinada. Faltaban unos minutos. Se detuvo en el pórtico y encendió un cigarrillo. Entraba poca gente en la iglesia, gente del pueblo. «He aquí una injusticia de la que nadie es responsable. Los ricos, que entienden un poco más de estos misterios, se han marchado a la iglesia de la playa. Los pobres siguen viniendo aquí. ¿Y si, como me temo, la influencia de esta pintura es diabólicamente maléfica? Lo que yo siento con tanta claridad, ¿no lo experimentarán ellos sin darse cuenta? ¡Parece mentira que se cuiden tan poco de la grey más humilde del Señor! El cura ya debiera haber encalado ese Cristo. Mantenerlo ahí es como haber entronizado al Enemigo. ¡Y cómo se reirá el demonio del engaño! Pero a mí no me las da...» Vio a Clara atravesar la plaza; pasó delante de él, dijo «Buenos días» y entró. Don Baldomero la siguió con la vista: «¡Qué buena está, caray! Pero también acabará mal si no me decido a prevenirla». Daba el toque de entrada: arrojó la colilla, se quitó el sombrero y empujó la puerta. No habían encendido aún las luces: en el presbiterio brillaban unos cirios. Se acomodó en el último banco, cerró los ojos y esperó. Hasta que un resplandor súbito se los hizo abrir. Miró al fondo, buscó los ojos implacables del Cristo y en su lugar halló una mancha morada, enorme. De pronto, no lo entendió.

«¡Claro! Pero ¡si hoy es domingo de Pasión...!»

Los cortinajes cubrían los ábsides y absorbían el resplandor. Parecía la iglesia menos brillante, la luz no le ofuscaba. Pero sobre todo la mirada podía lanzarse y descansar; descansar, y con ella el corazón y la mente. Sintió un enorme sosiego. Se arrodilló y ocultó la cara entre las manos.

«Entiendo lo que quieres decir, Lucía; lo entiendo sin lugar a dudas. Pero ¿quién pondrá el cascabel al gato?»

Se le metió de repente una imagen en el cerebro, que le hizo estremecerse: vio las cortinas ardiendo, grandes llamas que ascendían y lamían las paredes,

llamas que despedían una oscura, espesa humareda. El presbiterio se había llenado de humo; el humo lo colmaba todo, lo ennegrecía todo, apagaba el brillo de las llamas, se revolvía en remolinos interiores. Y del centro de aquella nube salían ruidos como carcajadas estridentes, carcajadas feroces y sobrehumanas. Cerró otra vez los ojos: la imagen persistía; el humo era cada vez más espeso y amenazaba envolverle. Se santiguó, rezó una jaculatoria, se golpeó el pecho tres veces: «¡Santo, Santo, Santo!» El humo y las llamas seguían allí, cada vez mayores, en el fondo de su cerebro, independientes de su voluntad. «¡Si resiste a la Cruz, no es imagen del diablo!» Empezó a temblar. «¿Es ese tu mensaje, santa mía?» Ocultó la cabeza entre las manos y se entregó al fluir del tiempo...

Las llamas iban menguando; el humo se clarificaba. Cuando se despejó vio el ábside ennegrecido. Había caído la argamasa de las paredes, y en el lugar del Cristo había un hueco inmenso, insondable, por el que huían las llamas rezagadas, por el que escapaba el humo como por el tiro de una chimenea. Don Baldomero se sintió atraído por aquel abismo; su mente se atrevió a asomarse al agujero. Vio entonces algo como un trono gigantesco levantado sobre los restos humeantes de un Caos. De aquel resplandor remoto salió una voz que don Baldomero reconoció en seguida: «Bien que me has jodido, Baldomero.» Abrió los ojos. Delante de las cortinas moradas el oficiante rezaba el Evangelio. Se levantó, hizo la cruz...

«Es una comisión bien pesada, Lucía. No sé si me atreveré...»

Don Lino llegó hacia el mediodía, con traje nuevo y corbata colorada. Los del casino le hicieron corro con espacio para moverse cuando al diputado le apetecía y una mecedora para sentarse. Don Lino consumió el turno de noticias mientras comía una ración de lubricante en salpicón a que le habían convidado: alabó la calidad del marisco y aseguró que en Madrid estaba por las nubes y que no sería mal negocio organizar un sistema de transporte que lo situase en el mercado en menos tiempo y a precio más reducido. Con el marisco bebía un albariño que también mereció sus elogios. El turno de noticias, pues, le salió entreverado de piropos a la cocina regional. Hubo en el corro unanimidad absoluta.

El turno propiamente teórico fue precedido de carraspeos y acompañado de un cigarrillo canario cuyo humo azul escoltaba la mano del perorante. Se dividió en dos partes. La primera, más bien sarcástica, se consumió en una diatriba a las derechas clericales, cuyas maniobras contra la República denunció valientemente; en cuanto a la segunda, más bien dramática, fue un alegato lleno de quejas contra la conducta escasamente democrática de una fracción del Partido Socialista, olvidada al parecer de sus compromisos con los republicanos y a punto, a punto de dejarse seducir por los arrullos de la sirena soviética. No citaba nombres, pero bastaban las alusiones para que los del corro supieran a qué atenerse. «En el seno del Partido Socialista, que es por definición parlamentario, se alimenta la hidra de la autocracia, y ahora, con espanto de los verdaderos republicanos, se alzan las siete cabezas de la tiranía. En el seno del Partido Socialista la doctrina bolchevique de la dictadura del proletariado se abre camino y seduce a las juventudes. Uniformados, militarmente disciplinados, se les ve desfilar por las calles de Madrid. Ellos dicen que contra el fascismo. Pero ¡ah!, ¿lo que oponen al fascismo, no es también un fascismo de izquierdas? ¡Y esto, señores, es peligroso! Nosotros hemos dado al capital seguridades, y ahora el capital se llama a engaño y vacila. No todo, claro está, porque también entre los negociantes y los banqueros hay republicanos conscientes. Pero ya es mucho que una parte de la riqueza nacional se sienta inquieta, sobre todo cuando nos consta que en la derecha se conspira, que la derecha se vale de los exaltados y de los agitadores a sueldo para alterar el orden público, en busca de un pretexto legal para acabar con la legalidad.»

—En fin —le interrumpió Cubeiro—, que la cosa está que arde.

Don Lino, en un paso de baile difícilísimo, se volvió hacia él.

—No, señor; nada de eso. Porque si bien es cierto que el barco de la República navega en medio de temporales, lo es también que lleva a bordo los mejores pilotos y capitanes, que sabrán sortear los peligros, reducir a los díscolos de un lado y de otro y arribar al puerto de la tranquilidad, de la justicia y de la paz.

—Dios le oiga —comentó Carreira—. Y no es que aquí nos quejemos, porque desórdenes, lo que le dice desórdenes, no los ha habido. Pero lo que está pasando fuera nos preocupa.

Don Lino, con un punto de furor en la mirada, hizo frente al propietario del cine.

—¡Ahí le duele, amigo mío, ahí le duele! ¡Lo que es la ignorancia política! Piensa usted como un hombre de derechas, que solo estima el orden, venga de donde venga. Pero respóndame: ¿por qué hay orden en Pueblanueva? ¿Será porque la educación cívica de sus habitantes les ha llevado al mutuo respeto? ¿Será porque en esta sociedad local han desaparecido los motivos de desorden? ¡No, señores! ¡En Pueblanueva del Conde no se mueve una rata porque hay quien no le permite moverse! ¡En Pueblanueva, donde antes mandaron los condes, cuya orgullosa fortaleza ordenó derruir la tiranía monárquica, manda hoy un feudalismo de nuevo cuño, un feudalismo industrial que tiene la llave de los estómagos y que dice a los ciudadanos: o estáis quietos, o quedáis sin comer! Pero esto, señores, no es lo que pretende la República. El orden público no puede ser el resultado de una constricción, de una opresión, sino de un pacto libre, libremente concluido. Esta es la verdadera doctrina republicana, que desgraciadamente estamos muy lejos de practicar aquí.

Carreira, amenazado por el corpachón de don Lino, se había ido echando atrás. La última frase del diputado fuera singularmente enérgica: tres manotazos la habían rubricado, y los tres habían rozado las narices de Carreira. «¡Cuidado con la mano!», gritó, y el diputado la metió tranquilamente en el bolsillo.

—¿Y usted qué piensa, don Lino? ¿Que Cayetano es de los socialistas democráticos o de los otros? —la pregunta la había hecho un indiano recién llegado «de allá», al que los matices de la política local se le escapaban todavía. Se llamaba don Rosendo.

—Según se mire.

Echó un vistazo rápido a la puerta de entrada. Cubeiro le tranquilizó. «No se preocupe, que el señorito salió de viaje esta mañana.» Don Lino llenó de aire el fuelle y resopló.

—Según se mire. Porque, aunque sus procedimientos son claramente dictatoriales, el sesgo comunista de la fracción de izquierdas no creo que le haga tilín. Porque, mírese como se mire, y a este respecto no nos hagamos ilusiones, Cayetano Salgado es prácticamente un capitalista, aunque concedo,

eso sí, que es capitalista avanzado.

—Pues a mí me parece que en estos últimos tiempos la política le preocupa poco —el juez miró de reojo a Cubeiro y cambió con él una sonrisa—. Porque ya sabrán ustedes lo de Clara Aldán.

—¿Qué? ¿Que se acuesta con ella, por fin? —preguntó el indiano.

Cubeiro empezó a reír. El juez se contagió de la risa.

—¡Que lo cuente don Lino! ¡Don Lino está informado como nadie!

El diputado se sentó en la mecedora y se dirigió al indiano:

—Caballero, usted no pensará que pierdo el tiempo en esas menudencias. Si, en efecto, me hallo bien informado es porque la cuestión puede tener un aspecto político que a las comadres de la villa se les escapa. Cayetano no se acuesta con esa señorita. Cayetano, por el contrario, pretende casarse con ella, y ella lo ha rechazado. Y yo me digo: ¿cómo es posible que un hombre de cuyo éxito con las mujeres no hay que hacerse lenguas aquí, porque es de todos bien conocido, y de muchas gentes honorables lamentado, se acerque con buenas intenciones a una persona cuyo crédito moral deja mucho que desear? A primera vista parece una paradoja. Las comadres de la villa así lo estiman y no lo entienden. Pero si ustedes me acompañan en el enfoque político de la cuestión, la verán más clara que la luz. Porque, vamos a ver: ¿quién es esa señorita mal reputada? La única hija legítima del difunto conde de Bañobre, un fantasmón que ustedes han conocido y padecido más que yo, porque yo en aquellos tiempos no ejercía mi magisterio en Pueblanueva. Hija legítima ¡y heredera!, fíjense bien, ¡heredera...!

—¿De las deudas? —interrumpió Cubeiro.

Don Lino intentó fulminarlo con una mirada de especial clarividencia.

—¡Del título nobiliario, hombre! ¿Es que no se han dado cuenta todavía? ¡Cayetano Salgado es uno de esos tipos que empiezan siendo socialistas y que, a su debido tiempo y por sus pasos contados, evolucionan hacia la derecha o, al menos, se mantienen a caballo de ambas situaciones, dando al público la cara democrática y usando la otra en privado! El ejemplo lo tenemos cerca. Ahí está el republicano Valladares, casado con una vizcondesa y vizconde consorte él mismo... Lleva el título escrito en la badana del sombrero: me consta.

Golpeó repetidas veces el mármol de la mesa más próxima.

—¡Usen ustedes el raciocinio! ¿Para qué, si no, iba a poner los puntos a una muchacha a la que podía hacer su amante, si solo le llevase a ella lo que le llevó a otras muchas? ¡No, caballeros! ¡Estamos ante un caso de evolución política que yo había previsto y en el cual quién sabe si no habrá influido ese temor de ciertos capitales a que antes me refería! —se puso en pie y de un empujón arrojó lejos la mecedora—. Esta es la causa por la que yo pretendo asumir en este pueblo la representación de la pureza democrática. Porque si un día no lejano se plantease otra vez la vieja lucha entre la libertad y la tiranía, ¿quién iba a ponerse a la cabeza de los nuevos Hermandiños? ¡Las apariencias pueden haber cambiado; pero las realidades ocultas son las mismas! ¡Hoy no existen castillos, pero existen factorías industriales! ¿Quién les dice a ustedes que una de ellas, al menos, no acabará por convertirse en el reducto del peor caciquismo?

Derecho, solemne, inspirado, su frente resplandecía. El indiano parecía sobrecogido y comentó en voz baja con su vecino que «un hombre como este en las Américas hubiera llegado a presidente». Poco a poco don Lino dimitió de la majestad: fue como si su cuerpo absorbiera la grandeza, como si por los poros de su carne la sublimidad exudada reingresase a los depósitos secretos. El juez exclamó a media voz:

—¡El día que hable en el Parlamento...!

Un timbrazo fuerte interrumpió el comentario. Se abrió la puerta y entró don Baldomero. Fue derecho hacia el corro, con el sombrero en la mano y una sonrisa melancólica en los labios.

—¡Buenos días, señores!

—¡A ver, muchacho! —gritó Cubeiro al mozo del bar—. ¡Sirve aquí a don Baldomero una copa de veneno!

X

El telegrama del gobernador civil prohibiendo las procesiones de Semana Santa llegó al Ayuntamiento el viernes de Pasión, a última hora. Los párrocos y capellanes de las iglesias de Pueblanueva recibieron su traslado y copia literal el sábado por la mañana. Doña Angustias había hecho un donativo importante para la adquisición de palmas, y las palmas, en un rincón de la sacristía, esperaban las manos que habían de pasearlas por las calles próximas al puerto. Las había grandes, robustas, arbóreas, para el clero y personas mayores, y otras más finas y gráciles para las presidentas y directivas de las diversas cofradías femeninas. Unas pocas más, tejidas y adornadas con lazos de colores, se destinaban a niños y niñas paniaguados. El resto llevaría ramos de olivo y de laurel.

El párroco miraba alternativamente el oficio del Concejo y las palmas amontonadas.

—Pues es lástima, porque prometía resultar muy lucida la procesión.

El coadjutor, de espaldas, se desvestía los ornamentos.

—Yo que usted, no me resignaba.

—¿Qué quiere? ¿Que vaya al alcalde con el alegato? Me echará con cajas destempladas.

—El alcalde, sí.

—Entonces, ¿quién? ¿El gobernador? Peor todavía. Es un masón rabioso.

El coadjutor, con la estola en la mano, le miró con sonrisa pícara.

—¿Ha pensado en doña Angustias?

—¡Doña Angustias no manda en el Gobierno Civil!

—Pero su hijo manda en el pueblo.

El párroco releía el oficio. Alzó los ojos del papel y miró al vacío.

—En todo caso, es una idea. El no ya lo tenemos.

—Todo consiste en que usted sepa pedirlo —el párroco descolgó el teléfono; el coadjutor, con el alba a medio quitar, corrió a la mesa y retuvo la mano del párroco—. ¡Nada de teléfono! Personalmente.

—Pues tiene usted razón.

—Y ahora mismo, sin dejarlo para luego. Yo quedaré al cargo de esto.

—Pero ¿no está en ayunas?

—Puedo aguantar.

El párroco se encasquetaba la teja. Acudió el coadjutor a sostener la dulleta.

—Lleve también una bufanda. Las mañanas están frías.

Salió el párroco. El sol peleaba bravamente con la neblina pertinaz, y en el cielo, sobre la mar, aparecían ya jirones azules. Caminó junto al pretil, atravesó el barrio de los pescadores. Algunas mujeres, algunos niños, le saludaban; algunos hombres le miraban duramente. A la puerta del astillero abordó al guarda jurado.

—Vengo a ver a la señora.

Esperó. Le mandaron pasar. Doña Angustias desayunaba y le hizo compartir el café. El párroco expuso su proyecto. Doña Angustias comentaba: «Adónde vamos a parar?». Y también: «¡El mundo está cayendo en manos de los herejes!». El párroco le representaba el abandono de las hermosas palmas y la ofensa que se quería inferir a la festividad del día y a la libertad de la Iglesia. «¡No tiene que convencerme! ¡Ahora mismo hablaré a mi hijo!» Bajaron juntos. Doña Angustias se había quedado con el papel. El párroco se despidió en la puerta, y doña Angustias atravesó las oficinas. Todo el mundo se levantó, y Martínez Couto, en nombre de la colectividad, le dio los buenos días. «¿Quiere la señora que la acompañe?» «No, no, muchas gracias, bien sé el camino.»

Cayetano, inclinado sobre unos planos, levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta. Vio a su madre y acudió rápidamente.

—¿Qué te trae por aquí?

Doña Angustias se sentó, hizo que Cayetano se sentase a su lado y le entregó el oficio del Ayuntamiento.

—Mira. Lee.

Cayetano lo leyó por encima.

—Bien. ¿Y qué?

—Que esto no puede ser, hijo mío. Los cristianos tenemos derecho a nuestras ceremonias, y no hay alcalde ni gobernador que pueda prohibírnoslas. Además, la procesión de mañana la he costeado yo. Y pensaba acompañarla...

—¿Y qué quieres que haga yo?

—¡Hablar al gobernador!

—No somos amigos.

—Entonces, al alcalde. ¿O es que vas a decirme que el alcalde no te obedece?

—¡No he dicho eso, madre!

—Pues no lo digas, porque no te creeré. En el pueblo se ha hecho siempre tu voluntad, con izquierdas y con derechas. Mucho más con esa gente de ahora, que la has nombrado tú...

Cayetano echó mano al teléfono. Ella le detuvo.

—Por teléfono, no. Las cosas importantes tiene que hacerlas uno.

—Pero ¿tanto te interesa?

Doña Angustias se puso en pie.

—Si no me interesase, no hubiera venido a molestarte.

Él le cogió una mano.

—Tú nunca me molestas, madre.

—Pues de un tiempo a esta parte no lo parece. ¡Todo el mundo dice que eres otro, y lo eres hasta conmigo!

Le asomaba una lágrima. Cayetano se levantó y la empujó dulcemente hacia la puerta.

—No pienses eso y ve tranquila. Ahora mismo hablaré al alcalde.

La acompañó hasta la salida. Al atravesar las oficinas dijo que estaría de vuelta dentro de media hora. Montó en el automóvil, subió a la plaza, se detuvo ante el Ayuntamiento: El guardia municipal a su paso se quitó la gorra. Cayetano subió las escaleras de dos en dos, recorrió un par de pasillos, entró en el despacho del alcalde sin pedir permiso. El alcalde despachaba con el secretario. Le vieron entrar, se miraron y se levantaron.

—Buenos días, don Cayetano.

El alcalde señaló su sillón presidente.

—Aquí. Siéntese aquí. ¿Qué le trae por esta su casa?

Cayetano echó la boina encima de la mesa y ofreció pitillos.

—¿Me deja ver el telegrama ese del gobernador referente a las procesiones?

El alcalde quedó sorprendido y quieto. La mano del secretario diligente hurgaba en un montón de papeles. Sacó uno azulado.

—Aquí lo tiene.

Cayetano lo leyó rápidamente y lo dejó en las manos temblorosas del alcalde.

—Está muy bien, pero esto no reza con Pueblanueva.

—¡Don Cayetano!

—Es una acertada medida de orden público en las grandes ciudades, donde es difícil tener a raya a los de un lado y a los de otro. Pero Pueblanueva es una villa civilizada. Aquí no sucederá nada.

El secretario, inhibido, ordenaba expedientes. El alcalde apenas levantaba la vista.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque yo lo mando.

—¡Hay elementos...!

—Si los hay, se les mantiene quietos, y si se mueven, a la trena con ellos.

El alcalde le miró con ojos implorantes.

—¡Don Cayetano, que me juego el cargo!

—Te garantizo que no pasará nada.

El alcalde, resignado, inclinó la cabeza.

—¡Si usted me lo asegura...!

Se rascó detrás de la oreja y volvió los ojos al secretario; pero el secretario se había inclinado sobre un cartapacio y no parecía oír.

—Sin embargo, sería mejor que hablase al señor gobernador. Como la orden viene de él...

La voz de Cayetano se endureció.

—¿Desde cuándo los gobernadores han mandado en Pueblanueva?

—Antes ya sé... Pero yo creí que ahora...

Cayetano le agarró un brazo y lo atrajo hacia sí.

—Entre el ahora y el antes no hay más diferencia que de alcalde. Antes era

otro, y ahora eres tú.

—Sí, señor.

—De modo que escribes un oficio autorizando las procesiones. Puedes poner en él, naturalmente, que esperas de los señores sacerdotes el respeto de los fieles por las leyes de orden público, etcétera, etcétera, y que se hacen responsables...

El secretario saltó del asiento y se acomodó ante la máquina de escribir.

—Con dos copias, ¿verdad, don Cayetano?

El hijo de don Lino caminaba delante, con la maleta. Don Lino llevaba la gabardina al brazo y un paquetito en la mano. El hijo volvía a veces la cabeza y miraba el paquete, pero no decía nada. Don Lino iba metido en sí, sin parar mientes en los que pasaban por su lado, en los que le saludaban.

Llegaron. El hijo depositó la maleta en el suelo y empujó la puerta. «¡Somos nosotros, mamá!», gritó; y dejó que su padre pasase delante. María apareció al cabo del pasillo; inclinada, con la manos recogidas debajo de la toquilla. Inclino la frente y don Lino le dio un beso. Aurorita asomó por la puerta de la cocina. «¡Papá!», gritó. Se acercó y le ofreció la mejilla. El hijo, con las manos atrás, esperaba.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, bien. Todo va bien.

Aurorita recogió la gabardina y observó el paquete que don Lino sostenía en la mano. El hijo, entonces, se atrevió a preguntarle:

—¿Y el lápiz, papá? ¿Me lo has traído?

Don Lino le acarició la barbilla.

—Sí, hijo mío; he traído tu lápiz y el carmín que me encargó tu hermana. Tengo noticias por vuestra madre de que uno y otro os habéis portado correctamente durante la semana. Me congratulo, especialmente de que Aurorita no imite en su noviazgo a las desvergonzadas muchachas de este pueblo.

La hija enrojeció, y don Lino le tiró suavemente de la oreja.

—¡Me has hecho pasar una vergüenza...! Porque comprar un lápiz para los labios no es cosa de hombres, y si un hombre lo hace, hay derecho a

sospechar...

Pasaron al comedor. La maleta quedó encima de la mesa. Fue pronto abierta. Un lápiz amarillo, brillante, pasó a manos del chico, y un paquetito menudo, envuelto en papel de seda, a las de Aurorita. Lo deshizo rápidamente.

—Gracias, papá.

Le dio un beso y salió corriendo. El chico abrió el cajón del aparador, cogió un cuchillo y empezó a sacar punta al lápiz. María no decía palabra.

—Van a venir unos caballeros, ya te escribí. ¿Tienes algo en casa para convidarles?

María mostró las palmas de las manos.

—¡Como no sea pan...!

Don Lino meneó la cabeza.

—Bien está ser pobre, pero la pobreza debe ocultarse por decoro: te lo he dicho muchas veces. La exhibición de la pobreza es tan repugnante como la pobreza misma. Hay que traer galletas y algún licor.

María, asustada, le miró.

—¿Dices licor?

—Puede ser un vino dulce: es más barato.

María hundió la mano en el bolsillo del mandil y sacó un montón de calderilla. Don Lino le cerró la mano con la suya.

—Guárdate eso. ¿Llegará con dos pesetas?

María sonrió dulcemente.

—¡Que después no tendrás para tus gastos...!

—Voy a estar con vosotros hasta el Lunes de Pascua, y aquí se gasta menos. En cuanto al tresillo, ya sabes que suelo ganar —agarró al chico por los cabellos—. Tú, toma esto, coge una botella, lávala bien, y traes de la tienda un paquete de galletas...; no, dos paquetes, y una peseta de cariñena.

—Sí, papá.

El chico dejó el cuchillo y el lápiz, dijo algo referente a que nadie los tocara. Don Lino cerró la puerta tras él.

—¿Dónde está Aurorita?

—Habrà ido a su cuarto a pintarse. Por cierto que tengo que hablarte.

—Y yo a ti. Ahora mismo, antes de que regrese el muchacho.

Escuchó. En los ojos de María tembló la alarma.

—¿Sucede algo?

—No sé...

Don Lino metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó un sobre azul y se lo tendió a María.

—Coge esto. A mí me abrasa.

Ella respiraba fuerte y había empalidecido.

—Lee la dirección: pone mi nombre. Ábrelo: contiene doscientas pesetas.

—Para nosotros? —la cara de María se encendió de júbilo, y sus manos abrieron torpemente el sobre. Sacó dos billetes gastados, sucios—. ¡Doscientas pesetas...! ¿Dónde las ganaste?

—No me preguntes dónde, sino cómo. Y entonces no podré responderte sin enrojecer...

María le agarró la muñeca. Don Lino continuó:

—Eso es lo que me pregunto. ¿Qué has hecho, Lino? ¡Me lo vengo preguntando desde ayer, no he podido dormir en el tren porque la pregunta me martilleaba en la cabeza y no sabía responderle! Porque esta es la verdad, María: no sé por qué tengo esas pesetas, ni quién me las dio. Aunque barrunte...

Le sudaba la frente. Se limpió con el pañuelo y, penosamente, se acercó a una silla y se sentó.

—María, tienes que ser una tumba para lo que voy a contarte. Claro que podía callarlo, pero, en ese caso, tendría que haber destruido ese dinero, porque no puedo entregártelo sin que conozcas su procedencia. En la medida de lo posible, claro está.

Recogió la cabeza entre las manos y habló con voz acongojada. Se interrumpía a cada instante, miraba a la puerta, escuchaba. En una habitación lejana, Aurorita había empezado a cantar.

—La cosa sucedió hace unos quince días. Vino a verme un compañero, maestro en una escuela remota. Me pidió que interpusiera mi influencia para que él y otros compañeros en su misma situación obtuviesen ciertas mejoras a las que tienen derecho, pero de las que no disfrutaban todavía por olvido o desidia burocrática. «¡No faltaba más! —le dije—. Lo haré con mil amores, porque es justo, y por tratarse de unos compañeros.» Y así lo hice. Fui un par de veces al Ministerio, hablé con dos o tres personas, le escribí una carta al

subsecretario, y a los ocho días se despachaba el oficio correspondiente. Te juro por mi conciencia, María, que en todas esas gestiones habré gastado una peseta, o quizá menos. Tres o cuatro billetes de tranvía, y unos pitillos que ofrecí. Nada más. Ni a un solo café me vi obligado a convidar, ni muchos menos he dado a nadie la menor propina. Pues bien: el jueves último, anteayer, estuvo a verme mi compañero. Quería darme las gracias, y me las dio. Pero no se detuvo ahí. «Usted habrá tenido gastos», me dijo. Y yo le respondí: «Ni cinco céntimos». «Querido compañero, eso lo dice usted por generosidad, pero en este país nada se consigue gratis.» «¡Le aseguro que ha bastado mi influencia personal y la autoridad de mi cargo para que todas las puertas se me abrieran y todo el mundo me escuchase!» «Pero algunos gastos habrá tenido, y nosotros no podemos permitir...» «¡De ninguna manera! ¡Le aseguro que no he gastado un céntimo y que no tienen nada de que resarcirme!» Pareció quedar conforme. Se marchó después de haberme dado otra vez las gracias, y yo quedé satisfecho de haber cumplido, una vez más, con mi deber.

Se interrumpió. Aurorita seguía cantando. Don Lino dejó caer las manos en la mesa, angustiosamente crispadas. Le salía la voz a golpes, tartajeante, y respiraba con fatiga.

—El sábado por la mañana la patrona me trajo ese sobre a la cama. Todavía no me había levantado. «Esto, que acaba de dejar para usted un señor.» «¿No dijo quién era?» «No, don Lino, ni lo conozco.» Abrí el sobre en la seguridad de que se trataba de algún papel político, de algún anónimo insultante, de alguna denuncia. Y me encontré con tres billetes de cien pesetas, sin más papel, sin más tarjeta...

Se levantó de un salto. María se echó atrás. Apretaba el sobre azul contra el pecho, lo protegía con sus manos.

—«Quién es el miserable que pretende comprarme?», me pregunté. «Lino Valcárcel es intachable como ciudadano particular y como diputado a Cortes», me dije. «¡Quien pretenda comprar tu conciencia por treinta dineros es un miserable!», añadí. Los billetes estaban encima de la cama y llegué a creer que podrían incendiarse y plantar fuego a las ropas. «¡Ahora mismo los arrojaré a la calle en mil pedazos!» Y me levanté para hacerlo. Pero entonces comprendí que estaba solo, y que no había testigos de mi honradez, y que el osado que se atreviera a enviármelos ignoraría mi determinación. Además,

¿qué pensaría la gente de un hombre que se asoma a la ventana en camiseta y arroja sobre los transeúntes el confeti hediondo de unos billetes rotos? Vivo en un primer piso, y mi figura, de tal guisa y en tal acción, resultaría indecorosa. Y no podía, por el mismo decoro, llamar a la patrona y ordenarla que los quemase, porque acabaría por sospechar, porque creería que dentro de cada sobre que recibo se ocultan billetes de cien pesetas. ¡María, mi patrona es de derechas, y piensa por principio que todos los diputados son un hatajo de ladrones!

Se le hundían los hombros, las arrugas de su cara parecían haberse multiplicado. María le preguntó si quería un poco de agua, y él la aceptó.

—Gracias.

Apuró el vaso entero.

—María, es cierto que pude hacer una pelota con los billetes y tirarlos al retrete. Pero entonces, precisamente entonces, cuando lo había decidido, recordé nuestra situación. Mi traje nuevo impagado, los hijos sin zapatos decentes, y tantos agujeros que hay que tapar. En mi conciencia empezó a luchar la obligación de destruir ese dinero contra el deseo, más aún, contra la necesidad, de guardarlo. ¡Eran trescientas pesetas, María, que quizá hayan salido a escote de unos cuantos compañeros tan pobres como yo, pero que ya no podían volver a sus bolsillos, entre otras cosas, porque no estoy convencido de que hayan sido ellos...!

Agarró violentamente a su mujer y la obligó a mirarle a los ojos.

—María, claudiqué. Pagué al sastre quince duros y traje conmigo esas doscientas de las que te harás cargo, porque no puedo retenerlas un minuto más. Pero considérame desde ahora como un concusionario, y no te avergüences jamás delante de mí. Porque si has tenido una debilidad y cometiste una falta, tu marido la cometió peor. Tú has engañado a tu marido. Yo he vendido a la República...

Quedó arrimado a la mesa, con los hombros hundidos, la cabeza baja, los brazos colgantes. Dos lágrimas asomaron a los rincones de sus ojos. Echó mano del paquete que había traído, desató el lazo, retiró el papel, quedó al descubierto una cajita de cartón. María había seguido la operación electrizada.

—María, tu conducta ejemplar después de aquello te ha restituido a mi estimación. Ahora yo tengo que recobrar la tuya, porque eres la única en

conocer un delito del qué te hago único testigo y juez. Te juro por mi conciencia que pondré todo mi esfuerzo al servicio de la justicia. Sin embargo, no he podido olvidarte. Los cinco duros que faltan los he gastado en esto.

Abrió la caja y quedaron colgando de sus dedos dos pares de medias finas. María le dio un abrazo.

María puso tres copas en un plato de cristal, y las galletas en un galletero colorado, ya sin tapa y con el níquel del asa oxidado. El cariñena de la botella fue trasladado a una licorera amarilla previamente lavada y enjugada. Dejó todo sobre la mesa a la llegada de Juan y Carlos, y se retiró. En el secreto de la alcoba, sacó del pecho el sobre azul, y de la caja, las medias.

—Tres duros para zapatos del muchacho, y seis para los de Aurorita. También habrá que comprarle medias, o puedo darle un par de estas.

Don Lino señaló las sillas del comedor.

—Les ruego que se sienten y háganse la idea de que están en su casa, aunque lo que puede ofrecerles un maestro de escuela es poco y pobre. Siéntense, háganme el favor...

Juan se arrimó al aparador y cogió la copa que don Lino le tendía.

—Perdóneme, pero estoy impaciente. ¿Trae usted alguna noticia referente a lo nuestro?

Carlos se había sentado y mordía una galleta. Don Lino se situó frente a Juan, las manos en la sisa del chaleco y el pitillo en los labios. Miraba al aire.

—Naturalmente. Las gestiones preliminares están hechas, y me atrevería a asegurar que con éxito. El Ministerio no niega la posibilidad de algún socorro, aunque tiene que preceder una solicitud en regla, elevada por el sindicato a la superior autoridad del ministro, solicitud que ustedes redactarán mañana mismo y que cursaremos inmediatamente. Ahora bien: como yo me temía, eso no basta. ¿Qué significan unos miles de pesetas, que llegarán tarde, porque las dilaciones burocráticas son inevitables? Ustedes me dirán que por qué la República las tolera, y yo les responderé que la República, en su benevolencia, en su amplitud de criterio, en su magnanimidad, ha mantenido en sus puestos a multitud de funcionarios que ahora la boicotean, y que esos

ciudadanos, llamémosles así, pero con interrogaciones, trabajan en el anónimo y en la sombra. Por eso, precisamente por eso, es indispensable la interpelación parlamentaria, para la cual ya he pedido turno. La interpelación airea, publica, saca a luz lo que está oculto, y queda registrada por los taquígrafos. El asunto, pues, se planteará en las Cortes con todos los honores, y el país sabrá que, en un rincón de Galicia, un puñado de proletarios pacíficos se esfuerza para alcanzar la libertad económica y política a que tiene derecho. Y como durante esta semana las Cortes están cerradas y nosotros disponemos de vacaciones, aprovecharé el tiempo para, con el concurso de ustedes dos, y debidamente asesorado, preparar el discurso. Así es que, señores...

—Ya me dirá para qué quiere a estas horas una tortilla de patatas — preguntó la criada al entrar en la rebotica: traía en una mano un plato humeante, y en la otra, una barra de pan.

—Puedo comer lo que quiera, ¿no?, y a la hora que se me antoje.

—Desde luego —dejó la carga en la mesilla y se volvió hacia la puerta—. Por mí, atráquese y que le dé un patatús. Lo mismo da que se muera de un empacho que de una borrachera.

—De lo que he de morir solo lo sabe Dios, y no tengo curiosidad por averiguarlo antes de tiempo —don Baldomero la miraba por encima de las gafas—. Esta noche no ceno en casa.

—¿Se va de juerga?

—Voy a donde me parece.

—¡Vaya, vaya, que yo no he de impedirlo! Pero después no venga con lamentaciones de viudo inconsolable. Son lágrimas de cocodrilo, ya lo dice todo el mundo. La difunta le importa un rábano, como le importaba en vida. Dios la tenga en la Gloria.

—Amén.

Desde la puerta, la criada le envió una mirada burlona y furiosa. Salió y cerró con fuerza. Temblaron los frascos de los anaqueles y un calendario se desprendió de su clavo.

—¡Bestia...!

Olisqueó la tortilla. Era grande, robusta, un poco doradito el huevo por el centro, amarilla y tierna por los bordes. Partió en dos el pan, abrió las mitades y metió en cada una de ellas media tortilla. Tenía apercibidas dos hojas de papel parafinado, con las que envolvió, por separado, cada trozo de pan con su carga grasienta. El todo lo introdujo en una caja de cartón, con dos botellas. Tapó la caja y la ató con un bramante. Alguien entró en la botica y llamó. Don Baldomero ocultó la caja bajo las faldas de la camilla. Despachó un específico, guardó los cuartos en el bolsillo y se asomó a la puerta de la calle. Caía la tarde, y en el aire alborotaban las golondrinas.

—Adiós, don Baldomero.

—Buenas.

Por el cabo de la calle apareció el mancebo, corriendo. Le entregó un envoltorio pequeño.

—Ahí tiene. Dice que funciona perfectamente. Por la pila me cobró tres pesetas.

—Si yo cobrara así el bicarbonato pronto me haría rico...

Regresó a la rebotica. El envoltorio contenía una linterna eléctrica de mediano tamaño, achatada. La metió en el bolsillo trasero del pantalón. Se puso un abrigo grueso y recogió de su escondrijo la caja con la comida. El mancebo, acodado al mostrador, esperaba clientes.

—A las ocho cierras.

—Le va a sobrar el abrigo, don Baldomero.

—Ahora, sí; pero después, con la noche, viene la fresca.

—También tiene razón.

—Ahora voy al rosario. Si viniera aquí don Carlos le dices que tenía pensado ir a visitarle al pazo.

—Sí, señor.

—A las ocho cierras.

Estaba la tarde cálida y el abrigo le estorbaba. Al llegar a la plaza sudaba. Tocaron al ángelus: se santiguó y atravesó la plaza. En el pórtico jugaban unos niños. Se quitó el sombrero y entró en la iglesia. Se veían unas sombras femeninas, arrodilladas, inclinadas. No habían encendido las luces. Pegado a las paredes llegó a la capilla de los Churruchaos. Tanteó en las tinieblas, pero recordó la linterna y la encendió: un haz de luz intensa cayó sobre los

enterramientos. La movió en varias direcciones, alumbró el suelo, el techo, los rincones. Don Payo Suárez de Deza sonreía en su sepultura, con las manos bien apretadas sobre el puño del mandoble. A su lado, con la nariz rota, dormía doña Rolendis, su mujer.

La linterna se detuvo entre los dos enterramientos, y allí dejó don Baldomero su caja bien escondida. Enfocó la salida, apagó la linterna, pero volvió a encenderla y la colocó en un saliente de la pared. Se quitó el abrigo, lo dobló y lo dejó en un rincón lejano.

En la iglesia había media docena de mujeres más, y en el presbiterio, el monago encendía los cirios. Entró en la sacristía. Don Julián fumaba un cigarrillo y leía la prensa. Se acercó a él y se sentó enfrente.

—¿Qué dice la prensa?

—¿Qué va a decir? Huelgas, atentados, quema de iglesias. Lo de siempre.

Don Baldomero había sacado un pitillo y el cura le pasó el suyo para encender.

—Esto va mal.

—Que lo diga.

—Y no se acabará hasta que nos echemos al monte.

El cura recobró su cigarrillo y sonrió.

—¿Quién? ¿Usted?

—Yo y otros hombres bragados. Hay que declarar la Guerra Santa a la República.

—¡Pues están arreglados los que se echen al monte! Morirán como chinches.

—Como héroes, querrá decir.

El cura dobló el periódico y lo dejó en la mesa.

—Dije como chinches, y mis razones tengo. La época de los héroes se acabó. Ahora estos asuntos no se arreglan con guerras, sino con elecciones. Si los ricos hubieran soltado la mosca no nos veríamos como nos vemos. Pero los ricos, ya se sabe, quieren nadar y guardar la ropa. Pues ya verán cuando venga el comunismo...

Don Baldomero le miró de reojo.

—Yo no hablo de echarme al monte para defender a los ricos, sino a la Santa Iglesia del Señor.

—Todo va junto...

Entraba el monaguillo. Don Julián se levantó.

—¿Va a quedarse al rosario?

—A eso vine.

—Pues váyase a la iglesia y haga bulto, que como esto siga así, nos quedaremos pronto sin clientela.

Don Julián había cogido el sobrepelliz y se lo metía por la cabeza. Don Baldomero se levantó y arrojó la colilla. Alzó una mano convulsa.

—*Ierusalem, Ierusalem, convertere ad Dominum, Deum tuum!*

—Déjese de citas. Lo que hace falta es acción. Ya lo dice Gil Robles.

Recorrió la iglesia por la nave de la Epístola y se sentó en el último banco. Don Julián salió de la sacristía, atravesó el presbiterio, hizo una genuflexión y subió al púlpito. «Misterios gozosos...» Arrastraba la voz cansada. Dos docenas de beatas le respondían con un murmullo casi imperceptible.

Arrodillado, don Baldomero esperó. No podía seguir el rezo. Le golpeaba el corazón y en su cabeza hervía un barullo de imágenes. Pero no había, entre ellas, ninguna que, rectamente interpretada, pudiera considerarse como mensaje o, al menos, como señal de, aprobación divina. «¡Me abandonas a mis fuerzas, Señor, y tú, santa mía, te callas en los momentos en que tu voz me sería más benéfica!» Se sentía solo, reducido a sí mismo, con el corazón decidido y la mente dudosa, sin más que su coraje para seguir adelante. El espíritu seco, como él de los grandes santos en las grandes ocasiones. «¡Quizá el consuelo venga después, pero en este momento necesitaba alientos!»

Don Julián terminaba las letanías. Las beatas bisbiseaban las respuestas. El monaguillo, sentado en un escalón del presbiterio, se había dormido. «¡Ahora!, dijo una voz interior, y don Baldomero se levantó de un salto. «¡Ha sido una orden!», pensó, y esperó unos instantes a que se repitiera; pero las voces interiores habían enmudecido. Cautelosamente se escondió detrás de una columna, atravesó la nave, entró otra vez en la capilla de los Churruchaos... Buscó a tientas el abrigo y se lo puso. Se sentó en el rincón, encogió las piernas, escondió la cabeza, escuchó.

Los rumores llegaban como desde muy lejos: pasos, quejidos de las puertas al abrirse y al cerrarse. Los fue siguiendo, analizando, situando. «Este

es el monago que baja por el pasillo central... Ahora cierra el pórtico... Ahora regresa... ¿Por qué tarda tanto?» Faltaba, para su tranquilidad, el chirrido de unos cerrojos. Aunque bien pudiera ser que los hubieran engrasado.

Pasó mucho tiempo. Don Baldomero se levantó y se acercó a la puerta de la capilla. No quedaba en la iglesia más luz que la lámpara del Santísimo, en la nave del Evangelio. Todo estaba en silencio, pero escuchando bien se podían oír ruidos menudos agrandados por el eco y el vacío: la carrera de un ratón, el crujido de una madera, los chillidos de los pájaros que volaban alrededor del campanario. Respiró fuerte y regresó a su rincón. Iluminó la esfera del reloj: las ocho y media. Recogido, acurrucado, pensó que faltaba mucho tiempo y que podía dormir...

Don Lino les acompañó hasta la puerta, y en ella repitió cortesías y ofertas.

—Pasaré más tarde por el casino, porque ahora deseo quedar unos minutos en familia. ¡Esta necesidad en que me veo de estar ausente de mi casa me da muchos quebraderos de cabeza! Porque la educación de los hijos requiere la presencia del padre, y yo lo soy, además de maestro y diputado. ¡Grave carga la paternidad, créanme ustedes! Una hija de dieciocho años, un hijo de once. Cada cual a su manera, los dos requieren mi consejo... Voy a charlar con ellos unos minutos y después bajaré a la tertulia. Quizá mejor de noche, después de cenar. Porque también es necesario el esparcimiento, y, además, mi condición de hombre político exige el contacto directo con los electores. Vuelvo a decirles que han tomado posesión de su casa, donde la humildad se alía con la más amplia filantropía. Filantropía quiere decir amistad con los hombres. Tienen en mí un amigo...

Calle abajo, Juan preguntó:

—¿Tú crees que con este tipo conseguiremos algo?

Carlos hizo un gesto de duda.

—Ignoro hasta qué punto la retórica puede alcanzar efectos prácticos. Pero si la cuestión se plantea en el Congreso...

—¿No has asistido nunca a una sesión de Cortes?

—Jamás.

—Un chiste oportuno puede dar al traste con el propósito más noble, y don Lino se presta al chiste.

—Esto ya lo sabías antes, ¿no?

—Pero lo recordé esta tarde, al oír a nuestro valedor.

Llegaron a la plaza. Se habían encendido las farolas y en el aire flotaba una neblina tenue, azulada.

—¿Y si fuéramos a ver a Clara? —propuso Carlos.

—Ve tú, si quieres. Yo estoy citado con el Cubano y los otros. Estarán impacientes. Cenaré allí.

Quedaron en que se encontrarían a la puerta del casino después de las doce. Juan siguió calle abajo, con el sombrero en la mano y los mechones rojos movidos de la brisa. Carlos atravesó la plaza y llegó a la tienda de Clara. Le llamó la atención el cartel, colgado en el quicio de la puerta: «Se vende...». Entró en la tienda vacía. Curioseó en el interior. La silla de Clara estaba en un rincón, y, junto a ella, un cestillo de paja con ropa blanca. La aguja permanecía clavada en el bordillo de una pieza, a la que Clara cosía un encaje.

Se sentó. Se oían dentro ruidos de alguien que ajetreaba, y por la rendija de una puerta llegaron aromas de cocina. Carlos golpeó las maderas del mostrador suavemente. Clara respondió desde dentro:

—¡Va!

Tardó en venir unos minutos.

—Me daba el corazón que eras tú.

—¿Por qué?

—Quizá por la manera de llamar.

Carlos se levantó.

—Pasábamos Juan y yo y se me ocurrió venir.

—Gracias.

—Ya he visto el cartel. ¿Va de veras?

—Tan de veras. Tengo ya dos compradores. Dos raposos que me quieren engañar. ¿Tú crees que hay derecho? Como si se hubieran puesto de acuerdo: treinta mil pesetas, pero a plazos. Y es lo que yo me digo: ¿para qué quiero el dinero a plazos? Lo que yo necesito son pesetas contantes y sonantes para

disponer mi vida.

—¿Y no será para estropearla?

—Quizá.

Carlos miró la hora.

—¿Por qué no cierras la tienda y damos una vuelta? Me gustaría hablar contigo... de eso.

—Tengo la comida al fuego y mi madre está despierta. Si no acudo de vez en cuando se pondrá a chillar. Está estos días insufrible.

—De todas maneras cierra.

—¿Temes que venga alguien?

—No, pero no me gusta ser visto y escuchado. ¿Sabes que tu última conversación con Cayetano es del dominio público?

—No me importa.

Clara pasó el mostrador y cerró la puerta.

—¿Así?

—Estoy más tranquilo.

Clara cerró también las maderas de la ventana.

—Entra aquí y siéntate. Espera, que traeré algo donde eches las colillas. No me llenes el suelo de ceniza...

Trajo un platillo y lo dejó en el borde de una mesa cargada de mercancías. Carlos se sentó. Mientras preparaba un cigarrillo no dijo palabra. Clara había cogido la labor y cosía, con la cabeza inclinada y en sombra.

—¿Tienes algo determinado?

—Irme a Buenos Aires. Ya te lo dije.

—¿Por qué tan lejos?

—Porque no hay más lejos a donde pueda ir.

—¿Y allí?

—Lo que salga. Si vendo la tienda, como pretendo, pueden quedarme unas veinte mil pesetas, pagada la pensión de mamá en un asilo y descontados los gastos de viaje. Veinte mil pesetas dan para aguantar una racha de mala suerte.

—¿Y si la racha sigue?

—Entonces, dejarse llevar por ella. ¿Qué más da? Irse tan lejos es como morir, y lo que le suceda a un muerto ni a él mismo le importa.

Carlos adelantó la silla y cogió a Clara por el mentón. Clara alzó la

cabeza y aguantó la mirada inquisitiva de Carlos.

—Dime, Clara, ¿a ti te atrae el mal?

—Supongo que como a todo el mundo. Tiene sus compensaciones.

—Pero ¿te atrae de una manera particular? ¿Te atrae como única opción cuando el bien falta? ¿No piensas que exista un término medio, ese en que se mantiene todo el mundo?

—No lo he pensado.

—Pero lo sientes.

—Es posible.

Soltó la barbilla. Clara recogió la costura y cruzó los brazos.

—Porque —continuó Carlos— al menos una vez has podido tú más que el mal. Recuérdalo. Entonces era la miseria.

—Bien. ¿Y qué?

—Puedes seguir venciendo.

—¿Para qué?

Carlos se echó a reír.

—Parece como si se hubieran invertido los papeles. Hace algún tiempo tuvimos esta misma conversación, solo que al revés. Entonces era yo el que preguntaba: ¿Para qué?

—Y ahora, ¿has cambiado de opinión?

—No. Ni por lo que a mí se refiere, ni por lo que respecta a ti. Tú tenías entonces respuesta a los para qué.

—Ahora no la veo clara. ¿Qué quieres que te diga? Entonces, esperaba; ahora, ya no. Entonces, aún luchaba contra mí; ahora, estoy vencida. Y, créeme, no es mala cosa abandonarse. Es un modo de vivir en paz como otro cualquiera: todo consiste en que lo aceptes de antemano. Y también en el abandono nace una esperanza. En eso que tú llamas el mal tiene que haber también alguna manera de ser feliz; quizá solo en el mal se encuentre la felicidad. Yo buscaba otra cosa, bien lo sabes, que me parecía mejor, e incluso me irritaba la felicidad como una engañifa; es posible que, en el fondo, siga creyéndola mentira, pero, al menos, es agradable.

Se levantó, fue hacia el mostrador y se reclinó en él.

—Tienes que pensar que, el día que me embarque, habrán muerto, o habré matado, todos mis buenos deseos. Se me figura que ese día embarcará

conmigo todo lo malo que hay en mí, y nada más. Entonces seré otra mujer y tendré ideas distintas. Lo que ahora me da dolor o me causa vergüenza, lo aceptaré como natural. También me atreveré a hacer lo que aquí me es imposible. Incluso daño, si se tercia.

Hablaba con tranquilidad, con calma. Movía las manos pausadamente, y su voz salía limpia, sin un temblor. Carlos inclinó la cabeza unos instantes, miró la ceniza del cigarrillo, la sacudió sobre el plato que Clara le había traído.

—O César, o nada —dijo.

—No te entiendo.

—Hay un demonio en los extremos que parece creado exclusivamente para nosotros. Lo conozco muy bien, y hasta somos amigos desde hace tiempo. Pero no tengo buena opinión de él. Creí que el que a ti te rondaba era otra clase de demonio, mucho más llevadero, y que un día te librarías de él sin esfuerzo: un día, claro está, en que milagrosamente dejases de estar rodeada de estúpidos. Al otro, al mío, que quizá es también el de Juan, y el de tu hermana, y el que persigue al padre Eugenio, lo tenía bien entretenido con mi tira y afloja, con mis largos diálogos, en los que creí enredarle, con los que creí retenerle. Tuve la vanidad de pensar que, mientras no me venciera del todo, me consideraría víctima exclusiva.

Clara sonrió dulcemente.

—Carlos, todo eso son palabras.

—Sí. Palabras que ocultan una verdad.

—A mí no me resuelven nada.

—Ni a mí tampoco. Pero al decirlas y al saber que la verdad se enmascara en ellas me dan ganas de desenmascararlas y averiguar la verdad.

—Hazlo.

Carlos alzó la mirada lentamente. Trazó con los dedos de la mano un garabato en el aire, un garabato a medias, porque la mano se detuvo.

—No puedo —remató el garabato—. No puedo todavía. No basta la inteligencia. Hace falta coraje. Pero ¿quién duda que algún día seré capaz de hacerlo? Y ese día...

—No lo harás nunca.

—Es fatal que lo haga, Clara. Estoy metido en mí mismo como un huevo en su cáscara; pero algún día la romperé.

—¿Cuando ya estés podrido?

Carlos bajó la cabeza.

—Es un proceso interior en el que estoy envuelto y que yo mismo no sé en qué consiste; pero esas cosas terminan...

Clara se acercó a él y le puso las manos en los hombros. Carlos se estremeció y buscó los ojos de Clara.

—Las cosas entre hombres y mujeres —dijo ella— suelen ser más sencillas. Dos que se gustan, que se juntan y, quizá, que se casan. No piden más, y por eso encuentran lo que apetecen. Pero lo mío nunca fue tan fácil. Yo pido que me salven. Tengo la impresión de llevar tiempo colgada de una maroma, y la mar debajo. Entonces tú apareces y me explicas por qué no puedes echarme una mano; y llega luego Cayetano y me propone que nos dejemos caer juntos a la mar. Pero ninguno de los dos advierte que se me cansan los brazos, que se me desgarran. A ninguno se le ocurre que pueda ser un placer abrir las manos y dejarse ir. ¿Por qué me sucede esto? Soy un pingajo que necesita ser lavado, remendado y planchado. Algo que ni tú ni él os sentís dispuestos a hacer.

—¿Por qué tienes de ti esa idea falsa, Clara?

—Y tú, ¿por qué te empeñas en que es falsa?

—Tengo un cierto saber que me permite darte seguridades.

—Lo que a mí me sucede lo sé mejor que nadie. Si fuera solo lo que tú piensas, lo hubiera arreglado hace tiempo acostándome con cualquiera. Pero no es eso solo, ni siquiera es eso en primer lugar. Hay otras cosas, que no sé si son nuevas o solo recién descubiertas.

Soltó los hombros de Carlos y se cruzó de brazos. Miraba de frente, y Carlos no pudo esquivar aquella mirada.

—He vuelto a mi vicio, ya lo sabes. Pero de una manera distinta. Ahora lo que mayor placer me causa, y al mismo tiempo lo que me da más terror, es saber que no necesito de nadie. Lo siento como un verdadero triunfo, y al mismo tiempo me da un miedo inmenso, porque, por otra parte, sé que estoy necesitada de los demás, de alguien... —se detuvo, y añadió débilmente—: de ti. Pero si me marcho, como pienso, como deseo, habré renunciado a todos y quedaré sola.

Carlos movió la cabeza.

—Sola, nunca, Clara. Con el diablo y dentro de un huevo, como yo dentro del mío.

Le dolía la espalda, apoyada contra la pared, y las piernas se le habían enfriado, pero seguía aferrado al sueño, y solo despertó cuando el reloj de la torre dio las once. Intentó contar las campanadas, perdió la cuenta, se sobresaltó, miró la hora en su reloj: solo pasaba un minuto, y respiró tranquilo. Era el momento elegido. Estiró las piernas y los brazos, se levantó, golpeó los pies contra las losas y se frotó las manos ateridas. A tientas, buscó el paquete escondido entre los dos enterramientos, hurgó en él, sacó una botella y echó un trago.

—¡Aaaaj! ¡La puñetera gasolina!

Escupió, rascó la garganta, volvió a escupir. Sabía a demonios aquello. Se enjuagó la boca con aguardiente y, cuando el sabor a gasolina y su hedor hubieron desaparecido, bebió: un ardor grato descendió por el esófago, un calor como un fuego que le sacudió el cuerpo y le dejó erguido y potente en mitad de las tinieblas. Sentía como si toda la fuerza del mundo le hubiese entrado por las venas, como si el coraje de los grandes paladines le hubiera sido transmitido. Se golpeó el pecho con las manos y gritó: «¡Que me echen republicanos...!» Su voz tropezaba en las paredes, los ecos se cruzaban y mezclaban. Comió un bocadillo; después, el otro. «¡Lástima no haber traído también un pollo!» Rehizo el paquete con los restos y lo dejó en el rincón. Un largo eructo le salió del estómago: requirió el aguardiente y bebió otra vez, trago tras trago, hasta vaciarla. «¡Ahora, a trabajar, Baldomero!» Pero sudaba y le pesaba el abrigo: tuvo que quitárselo y dejarlo junto al paquete y la botella vacía. «¡Qué bien me vendría ahora un pitillo!» Sacó la cajetilla del bolsillo, pero la guardó. «¡Estoy en lugar sagrado!» Las fauces reseca reclamaban, sin embargo, el humo, y se puso a pensar dónde podría echar un cigarrillo sin mengua del respeto debido a la Iglesia del Señor. La sacristía estaría cerrada... ¡La escalerilla del campanario!... Allí fumaban los sacristanes. Encendió la linterna, subió al coro, entró en la escalera de la torre: le espantó el vuelo súbito de aves nocturnas, le hizo retroceder y entrar de nuevo con precauciones. Llevaba ya el cigarrillo en la boca: lo encendió,

se sentó en un escalón. El aguardiente le recorría el cuerpo, oleadas de fuego subían a la cabeza.

—A ver cómo te gobiernas en medio de la curda, Baldomero. Un error sería tu perdición.

Fumó hasta que la colilla se le escapó de los dedos. La pisoteó y descendió a tientas. Recogió el abrigo y el paquete, comprobó que la botella de la gasolina estaba en un bolsillo y avanzó por el pasillo central. Se guiaba por la lámpara rojiza del Santísimo. Al llegar a su altura se arrodilló y rezó una jaculatoria:

—¡Señor mío, y Dios mío!

Le costó trabajo levantarse. Empezaban a flaquearle las piernas y a dolerle las rodillas.

—Tenía que haber traído también un poco de agua.

Encendió otra vez la linterna y lanzó su luz contra las bóvedas, contra las naves oscurecidas; finalmente, contra las cortinas del presbiterio. Dejó en el suelo su impedimenta, y la luz buscó la pared lateral donde el Santo Cristo Crucificado se ocultaba tras un rombo de tela morada. Se dirigió hacia Él, dejó la linterna en el suelo y se arrodilló. Abrió los brazos.

—Señor, Tú que conoces la verdad de los corazones, sabes que en el mío no existe ánimo de ofensa, sino de justicia. Perdóname, por los Santos Dolores de tu Pasión. Te lo pido humildemente, con la cara hundida en el polvo y el corazón puesto a tus pies.

Hablaba en voz medianamente alta y firme. Se dejó caer hacia delante, besó las piedras frías y quedó inmóvil. Después recogió los brazos y se apoyó en ellos para levantarse. Lo consiguió difícilmente, porque se le doblaban las muñecas.

—¡Carajo! Debí de beber demasiado.

Vaciló, dio un traspies y fue a parar a una columna, en la que halló amparo. Había dejado la linterna en el suelo y tuvo que inclinarse a recogerla. Volvió a caer y no pudo levantarse. Se arrastró hasta el banco más próximo, se agarró fuertemente.

—Un poco de agua me vendría de perilla.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—¡Cualquiera llega hasta la sacristía...!

Empezó a reunir reclinatorios y a llevarlos hasta el presbiterio. Tropezaba, caía, volvía a levantarse. Si metía ruido se quedaba quieto hasta que el ruido se extinguía. Consiguió transportar cerca de treinta: le corría el sudor por las mejillas y jadeaba.

—Soy un bestia. Tenía que haber dejado aguardiente para ahora...

Los reclinatorios estaban allí, delante del altar. Uno a uno los colocó detrás de la cortina, los amontonó como pudo. Tuvo que descansar, tuvo que sentarse en el banco del privilegio. Sus manos recorrían el asiento.

—Si no pesara tanto también lo quemaría.

La luz de la linterna empalidecía. Le entró miedo de que la pila se agotase, de quedar a oscuras. Se levantó de un salto, se acercó a la puerta lateral de la iglesia y, con cuidado, descorrió los cerrojos. La puerta se entreabrió, y por la rendija entró un aire frío. Don Baldomero apoyó la frente y recibió el fresco en el rostro.

—Esto quiere decir que Dios está conforme conmigo y no me desampara.

Volvió al presbiterio, limpio de sillas. Se arrodilló ante el altar, inclinó el torso. Se santiguó.

—*Pater noster, qui es in coelis...*

Terminó el rezo, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, cayó de bruces en la alfombra. Cuando pudo levantarse, se acercó a la mesa del altar y retiró el Crucifijo velado. Vaciló, con él en las manos; miró a diestro y siniestro, y se decidió por el altar del Evangelio. Allí quedó el Crucifijo. Al regresar al presbiterio recogió el paquete y el abrigo y los dejó junto a la puerta entreabierta. La linterna oscilaba.

—Sea ya lo que Dios quiera...

Vertió un poco de gasolina en un extremo del cortinaje y el resto lo derramó por el suelo y encima de las sillas amontonadas. Metió la mano en un bolsillo, en el otro, en los del pantalón... Sintió frío y espanto. «¡Si yo he fumado...!» Tuvo que correr, a oscuras, hasta la capilla de los Churruchaos; allí, con los restos vacilantes de la pila eléctrica, buscar las cerillas olvidadas. Las encontró, las apretó. Otra vez, a tientas, hasta el presbiterio; tanteando, halló la tela empapada. Encendió una cerilla, la aplicó, saltó la llama.

Se retiró caminando hacia atrás. La llama había crecido y alumbraba la

nave de una luz roja, temblorosa. Don Baldomero hizo una higa, clavó el puño en el aire y exclamó:

—¡Bien que te he jodido, Satanás!

Abrió la puerta, salió, cerró sin ruido. La calle estaba vacía. Corrió hacia el fondo y, por una calle lateral, llegó a la puerta trasera de su casa. La empujó y entró en el patio. En puntillas, se acercó al pozo, metió la mano en el cubo y la sacó mojada.

—¡Gracias a Dios!

Hundió la cabeza en el agua y aguantó el frío.

Fuera empezaban a oírse voces.

La perorata nocturna de don Lino tomó como punto de partida la noticia, traída por alguien, de que el alcalde, obligado por Cayetano, había autorizado las procesiones, contra el mandato expreso del gobernador civil. Don Lino, que estaba de pie, lanzó una carcajada larga, ampulosa, intencionadamente dramática; una carcajada como un toque de atención que suspendió las conversaciones, borró las sonrisas e interrumpió la partida de tresillo. Hasta Carlos Deza, perplejo, miró a don Lino con sobresalto. Alzada la barbilla, esperó que a la carcajada siguiesen altas imprecaciones, manos levantadas, braceos violentos. Pero don Lino, después de la risa, quedó un momento callado y, en seguida, recordó, con palabra sencilla y en baja voz, el número de votos que en Pueblanueva había obtenido la coalición republicana llamada Frente Popular: 3.175 sufragios contra 76 de las derechas. «Evidentemente, Pueblanueva del Conde es una villa republicana. ¿No es cierto, caballeros?» Todos estuvieron conformes en que sí, salvo Carreira, que se refirió, veladamente, al pucherazo cometido, con la complicidad de ciertos elementos... Pero la observación de Carreira apenas fue oída, porque entonces don Lino franqueó las compuertas, y el esperado torrente inundó el casino y atronó sus salas con voces tremendas. Los socios rodearon al orador: de pie, sentados o arrimados a las paredes, se dejaban envolver por el vendaval sonoro, se dejaban sacudir el corazón y convencer la mente. Porque, sin lugar a dudas, aquel rasgo de Cayetano contra la voluntad expresa de la autoridad republicana le confería indiscutible carácter de tirano. Y cuando

esto quedó bien demostrado, don Lino bebió un sorbo de agua y comenzó la segunda parte de su discurso, encaminada a lograr la indispensable unidad de acción si los presentes querían conservar su libertad ante las coacciones del cacique. Fue en este momento cuando Cubeiro dijo al juez, por lo bajo:

—¡Qué pena que Cayetano se haya largado! Porque era cosa de telefonarle y que viniera, y a ver qué hacía este...

El juez estuvo de acuerdo y gratificó a Cubeiro con un pitillo. Don Lino seguía hablando. Había pasado del tono mayor al medio, y, ahora, más que el volumen de la voz, convencía la dialéctica de las manos, que trazaban dobles circunferencias completas, con sus radios, secantes y tangentes. De todas maneras, chillaba lo bastante para que en la sala del casino no se oyeran las voces y los gritos de la calle. Hasta que, en un silencio de don Lino, se percibieron con toda claridad carreras, llamadas y toque de campanas. Carlos atravesó corriendo el salón y se asomó a la puerta. Un muchacho bajaba a todo meter. Le preguntó qué sucedía. «¡Está ardiendo la iglesia!», y siguió corriendo. La noticia fue oída desde el interior, y el corro se deshizo. Todos se precipitaron a la salida. El propio don Lino se acercó a la puerta y salió a la calle. Desde la acera, reflejado en los cristales de las galerías altas, se veía un resplandor de fuego: Carlos se volvió a los socios del casino, los miró uno a uno, se dirigió a Carreira:

—Usted, que conoce a los frailes, coja un automóvil por mi cuenta y traiga al padre Eugenio Quiroga. Se lo ruego.

Echó a correr calle arriba. Al pasar frente a la botica, don Baldomero, asomado al mirador, medio vestido, le preguntó:

—¿Qué sucede, don Carlos?

Carlos no le hizo caso, y llegó a la plaza. En los balcones, en las ventanas, mujeres y mocitas hablaban a gritos. Grupos de hombres corrían hacia la puerta lateral de la iglesia. Entró. Tuvo que abrirse paso entre una treintena de personas agrupadas bajo el primer arco de la nave. Ardía la cortina con grandes llamas, y, detrás, aparecía una montaña de ascuas crepitantes. La gente estaba muda, y la luz del incendio alumbraba rostros estupefactos, ojos de asombro. Alguien retuvo a Carlos de un brazo.

—No se puede hacer nada. Quédese aquí.

—¿Vamos a dejar que arda la iglesia?

Se soltó de una sacudida. Había empezado a arder la alfombra del presbiterio: la retiró como pudo y quedaron limpias las gradas. Haces de chispas saltaban, atravesaban el aire, pegaban contra las bóvedas y contra las paredes. Luego, caían. Y las voces de los que iban llegando se mezclaban al rumor de las llamas. Carlos, como una sombra en medio del fulgor, miró al fondo de la iglesia: caían las pavesas sobre la doble fila de bancos. Se acercó al más próximo y empezó a arrastrarlo hacia la puerta principal; surgió del grupo un mozo que cogió el banco del otro cabo y le ayudó. Otras parejas le siguieron. Alguien abrió las puertas, y los bancos quedaban en el pórtico, unos encima de otros. Chiquillos asustados contemplaban el incendio pegados a las rejas: chiquillos a quienes sus padres llamaban a gritos desde las ventanas:

—¡Ramoníño, ven! ¡Ten cuidado, Pepiño!

Los niños gateaban, querían ver más, indiferentes a las llamadas. La plaza se iba llenando de gente; habían aparecido ya los primeros cubos de agua. Don Julián, de paisano, abierto el cuello de la camisa, dirigía, sin entusiasmo, las operaciones: aquí, unos hachazos; allí, un poco de agua. La torre de ascuas se desmoronó y llovieron chispas sobre los más cercanos. El grupo de mirones reculó. El maestro de obras que había reparado la iglesia explicaba que, retirados los bancos, no había miedo a que el fuego se propagase, y que lo que había que evitar era el incendio de la techumbre.

Don Baldomero, con el abrigo por encima de la camiseta, acompañaba al cura y repetía que aquello era un castigo de Dios.

Los socios del casino, reunidos bajo el coro, escuchaban a don Lino, para quien el incendio era el acto irresponsable de un republicano exasperado. «¡No lo apruebo, pero lo explico! ¡Es peligroso ejercer la tiranía, porque el tiranizado manifiesta como puede, o como sabe, su disconformidad! ¡Si la prohibición de las procesiones se hubiera mantenido, no estaríamos ahora contemplando esta catástrofe para la cultura y el renombre de esta villa civilizada, paladinamente republicana!» No había nombrado a Cayetano, pero en las conciencias de todos había imbuido la idea de su responsabilidad.

El padre Eugenio llegó acompañado del prior. Una larga fila de sombras pasaba de mano en mano cubos de agua. Junto a la iglesia, hombres y mujeres comentaban el incendio. Los frailes atravesaron el grupo, entraron en la iglesia. Los últimos jirones de la cortina, retenidas por las anillas, ardían

todavía, y de las brasas salía una humareda oscura. Habían caído grandes pedazos de pared, y lo que quedaba del Cristo estaba renegrido. El padre Eugenio se detuvo y contempló la pared oscura, el humo que ascendía y flotaba debajo de las bóvedas. El prior quedó a su lado, sin quitarle los ojos de encima. Se acercó, corriendo, don Julián: traía en el rostro una sonrisa triunfal.

—¿Lo ve usted, padre prior? ¡Esto no podía acabar de otra manera!

El padre Eugenio pestañeó, sin responder. El prior dijo:

—De todas formas es muy lamentable.

—¡Dinero más tirado!

Don Julián dio unas palmadas al padre Eugenio.

—Tiempo perdido, ¿eh?, y trabajo. ¡Cuando yo le decía...!

—¡Cállese!

El prior lo apartó y se lo llevó lejos. Carlos subía por la nave de la Epístola; el prior le salió al paso.

—No hable al padre Eugenio.

—¿Por qué?

—Se lo suplico: no quiero perderlo. Y si habla con usted...

Abrió los brazos. Carlos se había parado en un rincón de sombra.

—No quiero ofenderle, don Carlos; pero conservo sobre el padre Eugenio un resto de autoridad que él acata y que probablemente le impedirá hacer un disparate; pero si queda con usted, si habla con usted... ¿No lo comprende? Caerán sobre él sin freno los malos pensamientos.

—¿Y usted cree que es mejor que le obedezca?

—Estoy convencido. Sobre todo, es mejor para él mismo.

—No puedo, honradamente, dejar de hablar con él.

—Hágalo mañana, o dentro de un par de días. Pero esta noche, no. Vaya usted al convento cuando quiera, y hasta es posible que le mande al padre Eugenio de visita. Déjele ahora conmigo. Yo le disculparé.

Cerró los brazos sobre los hombros de Carlos.

—Hágalo.

—Como usted quiera...

—Dios se lo pagará.

Le dio un par de manotazos y sonrió.

—Es usted un hombre inteligente, don Carlos. Ya nos veremos.

Volvió al presbiterio. Carlos vio cómo se acercaba al padre Eugenio y hablaba con él. Después de unas palabras salieron juntos. Carlos descendió hasta el pórtico, donde solo quedaba una sombra pegada a las rejas. Reconoció la silueta de Clara. Se acercó a ella. Venía de la plaza un resplandor de farolas gastadas. Estuvieron un instante callados, mirándose.

—Es mala suerte —dijo Clara.

—Sí. Pero también eso son palabras.

—Quizá. Sin embargo, es mala suerte.

Volvieron a callar. Al cabo de un rato, Clara soltó las manos de los hierros.

—Juan está en mi casa.

—¿Se ha decidido a entrar?

—Nos encontramos entre la gente. Me dijo que habíais quedado citados, y le invité a esperarte en la tienda. Supuse que, al verla abierta y encendida la luz, entrarías.

—No te muevas de aquí. Salgo ahora mismo.

Se volvió. En el fondo de la iglesia, un resplandor mortecino alumbraba las paredes negras del ábside.

Los faros del automóvil iluminaron la puerta del monasterio. El postigo permanecía entreabierto, y se veía el hábito del lego que esperaba. El prior dio las gracias al chófer y descendió. El padre Eugenio le siguió en silencio, y el lego cerró la puerta.

—Puede retirarse, hermano.

—¡Paz!

El lego salió al claustro. Quedaron solos el prior y el padre Eugenio.

—¿Está cansado, padre?

El padre Eugenio le miró sobresaltado.

—¿Por qué?

—Me gustaría acompañarle un rato —miró el reloj—. No falta mucho para *prima*, y hasta entonces... Le invito a una copa, que buena falta le hace, y queda dispensado de rezo y misa.

Lo empujó suavemente hacia la puerta.

—Ande, venga.

El padre Eugenio se dejó conducir a través de los claustros. Al llegar a la celda, el prior le hizo pasar delante y le dejó en la oscuridad mientras encendía el carburo.

—¡La falta que nos hacía un tendido eléctrico! Pero ¡sí, sí! ¿Sabe usted lo que pide la Compañía por ponerlo?

Rascó una cerilla y prendió el gas. Encima de la mesa se amontonaban los papeles: los apartó a un lado y dejó un espacio libre.

—Intento hacerme una idea de lo que le sucede, padre, pero no sé si podré. Yo no soy un artista. Pero comprendo que a todo el mundo le fastidia la destrucción de su obra. ¿Cómo le diré? Tiene que ser como si a mí me destruyesen la comunidad, como si tuviésemos que disolvernó...

Hablaba de espaldas, mientras buscaba en la alacena la botella y las copas. *Liqueur bénédictine* para invitar a las visitas si las visitas eran clérigos o seculares varones que pudieran penetrar en la clausura. Benedictino amarillo. Tenía también *Licor del Padre Kermann*, una botella mediada de un líquido verde, que no usaba jamás, a pesar del marchamo eclesiástico y de aquel fraile con gafas que ostentaba en el marbete.

—¿Y qué va a hacer ahora?

Puso las copas sobre el tapete, en el lugar despejado, y las llenó; pero, de repente, devolvió el contenido de una a la botella.

—Yo no puedo beber, lo había olvidado. Tengo que decir misa.

—¿Por qué me pregunta qué voy a hacer?

—Porque supongo que se le ocurrirán mil cosas. Me lo explico. Una de ellas, marcharse del convento.

Le ofreció la copa, mirándole de frente.

—¿Me equivoco?

El padre Eugenio esquivó la mirada. Sorbió el licor y devolvió la copa a la mesa.

—Gracias. No se equivoca. Hace más de una hora que lo pienso.

—Tiene usted que estar furioso, y la furia le lleva lejos. ¡Ese imbécil de don Julián! En el fondo estaba alegre.

—Sí.

—Pero tiene la obligación de ser discreto. ¿Quiere sentarse, padre? También puede fumar. Ahí encontrará tabaco, en el cajón de la mesilla de noche. Le regalo un paquete entero. Hay dos, ¿verdad? El otro es para repartir entre el padre Manuel y el padre Eulogio.

Había acercado dos sillas a la mesa, una frente a otra, y el tablero por medio. El padre Eugenio hurgaba en el cajón. Sacó una cajetilla y la abrió.

—Siéntese, padre. Aquí hay cerillas...

La encendió él mismo y pasó el brazo por encima de la mesa, y lo mantuvo quieto hasta que el padre Eugenio prendió el cigarrillo.

—No es lo mismo ser un fraile que ser un artista: empiezo a comprenderlo. Porque si usted fuera solo un fraile, apelaría a su resignación y a su humildad y le recomendaría que aceptase la Voluntad Divina. Porque mi voluntad puede ser discutible, y lo es; pero la del Señor, no. Un verdadero fraile no puede siquiera analizarla, no puede siquiera dudar en su corazón de que toda desventura, todo sufrimiento, están ordenados por el Señor para su salvación. Ya ve usted: es lo que estoy pensando mientras le hablo. Porque, si usted se va, mi comunidad tendrá que dispersarse, y yo, probablemente, acabaré de obispo en cualquier parte. No lo deseo, le consta. Lo que me gusta de veras es gobernar el monasterio y sacarlo adelante. ¡Y cómo está la política! Pero si usted se va y tengo que cerrar el monasterio, habré de acatarlo como la voluntad del Señor, encaminada al bien de todos.

Levantó rápidamente la cabeza.

—Incluso de usted. Tampoco en esto quiero que pese mi opinión. Es evidente que el Señor dispuso la destrucción de sus pinturas para probarle, o, quizá, para ponerle en el trance de elegir entre quedarse y marchar, entre el fraile y el artista.

Se levantó solemnemente.

—Piénselo bien y no se equivoque. Pero, créame, lo que no se puede es tener media vida dentro del monasterio y la otra media vida fuera. Mate usted al fraile, o al artista. Ya que, al parecer, no es fácil que convivan...

Se apoyó en las palmas de las manos y sonrió.

—¡Y yo que había pensado que usted, con su trabajo, salvaría al convento! Lo pensé con esperanza, se lo aseguro, y con satisfacción. Me gustaban de veras sus pinturas. Pero hay que contar con la gente, que es muy bruta...

Empujó la copa hacia el padre Eugenio.

—Termínela y acuéstese. Y tenga confianza. Lo que decida, me lo dice francamente. No voy a abandonarlo. Y cuente conmigo como un amigo.

El padre Eugenio apuró la copa.

—Gracias, padre prior.

—Vaya en paz.

Levantó la mano y trazó una cruz en el aire.

Los guardias municipales —seis en total—, uniformados de azul y con sable al cinto, no formaban parte de la procesión, como en otros tiempos, pero se habían distribuido a lo largo de las filas. También la Guardia Civil, sin tercerolas, andaba por allí, simuladamente curiosa. Menos visibles, pero atentos, los directivos de la UGT local vigilaban. La procesión había salido con retraso a causa de ciertas alarmas de última hora. Los curas miraban recelosos a un lado y otro, inquietos al menor grito, al más natural movimiento de la gente. Habían invitado a doña Angustias a presidir la ceremonia, y doña Angustias actuaba de pararrayos. Sola, respetable, caminaba con pasos lentos por el centro de la calle, con una palma en la mano, metida en sí, quizá rezando. «¡Pues sí que es valiente!», pensaban los curas, y se sentían protegidos por su valentía; pero seis hombres armados se cuidaban de ella con instrucciones precisas: ampararla con los cuerpos y defenderla disparando. Iban disimulados entre el público, tres en las filas, tres fuera de ellas; a cada minuto, cambiaban miradas; a cada temor, se juntaban de a dos.

La procesión recorrió su itinerario normal sin incidentes; los niños cantaron sus canciones y los curas sus latines. La procesión se recogió en la iglesia parroquial; los fieles, primero, con sus palmas y sus ramos; después, el paso de Nuestro Señor, jinete de una burra gris de rostro casi humano; por fin, el clero. Los notables entraron en la sacristía y comentaron. El cura dio las gracias a doña Angustias, y ella le respondió que había que dárselas a su hijo Cayetano y al Señor, que le había inspirado. El cura estuvo de acuerdo y prometió escribir una esquila de gratitud. Preguntó también si podrían salir las demás procesiones, y doña Angustias no supo qué contestar. Se armó una discusión cortés entre el señor Mariño y la señora de Carreira: el señor

Mariño opinaba que ya estaba bien, y que no convenía provocar a elementos que podrían desmandarse, y que habiendo ardido Santa María de la Plata la noche anterior, era un verdadero milagro que hubiesen respetado la procesión; a lo que arguyó la señora de Carreira que Dios y su Santa Madre estaban con los verdaderos cristianos, y que desconfiar de su ayuda era pecado mortal. «Pues como en este caso el verdadero intermediario entre nosotros y la voluntad de Dios ha sido Cayetano, yo no sacaría la procesión del Santo Entierro sin contar antes con él.» La señora de Carreira, entonces, le miró de una manera especial y le dijo: «¿Sabe, Mariño, que me está usted resultando un poco volteriano?». «¿Un poco qué?» «¡Volteriano!» «Y eso, ¿qué es?» «Pues eso quiere decir...» La llegada de Julita, con su palma, con su esbelta cintura, dejó al señor Mariño sin explicación. Julita venía a contar que en la plaza se estaban formando grupos y que quizá los muchachos de derechas se pegasen con los de izquierdas. Entonces, la señora de Carreira recordó que su hijo mayor andaba suelto aquella mañana y salió pitando: al cruzar la puerta de la sacristía se metió el Cristo que llevaba al cuello por dentro del escote.

Los muchachos de izquierdas se habían guarecido bajo los soportales de la plaza. Los de derechas formaban corros delante de Santa María. Los de izquierdas permanecían mudos; los de derechas vociferaban. Los de izquierdas pateaban las losas como caballos frenados; los de derechas manoteaban, daban carreritas, llegaban hasta el medio de la plaza en sus expediciones provocantes. Uno de izquierdas dijo: «¡A ese tío le como los hígados!», y pretendió salir al ruedo; pero una mano le detuvo, y una voz le advirtió: «Si te mueves, te parto un hueso». «¡Es que se están metiendo con nosotros!» «Pues aguantar y dar muestras de que somos buenos ciudadanos.» El mozo se mordió la lengua, pero cuando se vio libre dijo a uno de al lado: «¡Y todo porque a la madre del jefe se le ocurrió ser beata!» Desde el Ayuntamiento, disimulado tras la vidriera del balcón principal, el alcalde contemplaba los grupos, y su mirada iba de uno a otro temblorosa. Cada vez que sonaba el teléfono se volvía y preguntaba: «¿Es el gobernador?».

El primer alarido se escuchó a la una menos cuarto. Un poco lejano todavía, pero preciso. Los que lo oyeron se preguntaban a quién habrían apuñalado, pero nadie se movió. El segundo alarido sonó un minuto después y algo más cerca: el alcalde se volvió al secretario y dijo: «¿Ha oído usted?», y

el secretario le respondió que no. «Pues alguien grita como si lo matasen.» Entreabrió la cristalera y escuchó. Del grupo de derechas y del de izquierdas se habían destacado observadores, que miraban hacia la parte alta de la calle. Se oyó el tercer alarido; el alcalde abrió de un golpe y se asomó; los observadores de derechas —tres— hablaron entre sí y señalaron algo, pero sin inquietarse; de los de izquierdas, uno, de pronto, se echó a reír. Individuos de uno y otro bando se unieron a las avanzadillas, y el secretario salió al balcón, requerido del alcalde.

—¡Mire quién es!

Paquito el Relojero venía por el medio de la calle: empuñaba el bastón por la contera, como una maza, y su mano izquierda se crispaba sobre el pecho. Traía la pajilla desfondada y hundida hasta el cogote, y la flauta le arrastraba al cabo de una guita ornada aún con restos marchitos de flores. Le caía el cabello gris encima de las orejas, le salía la corbata por la abertura del chaleco, y la chaqueta y los pantalones parecían haber recogido todo el fango del camino.

Le llamaron los de un grupo; después, los del otro. Le preguntaron por la novia, le ofrecieron aguardiente. Paquito no les miraba. Al llegar frente al Ayuntamiento, se detuvo y gritó otra vez: un grito agudo, lúgubre, largo. Siguió la calle abajo. Mozos de las derechas y mozos de las izquierdas fueron tras él: primero, distanciados; después, a la misma altura; por último, en mescolanza ruidosa. Unos y otros decían, gritaban, ofrecían lo mismo. *El Relojero* volvió a quejarse frente al casino: un quejido modulado, desde las notas más bajas a las más agudas, con gorgoritos intermedios y calderón final. Se asomaron a la ventana Cubeiro y Carreira, con tacos de billar en las manos. «¿Te pusieron los cuernos, Paquito?» El loco atravesó la calle, se acercó a la ventana y miró al interior. Cubero y Carreira recularon y adelantaron los tacos contra el loco a guisa de garrochas. Pero Paquito buscaba algo o alguien en el fondo del salón; lo buscó con mirada terriblemente fija. Luego les volvió la espalda y siguió adelante. Al llegar a la playa, unos chiquillos le apedrearon. Repitió el alarido. Los mozos de derechas y los de izquierdas hablaban entre sí y reían juntos. Las últimas pedradas fueron lanzadas al mismo tiempo por los simpatizantes del Frente Popular y por los afiliados al Frente Nacional. En la primera taberna donde entraron se había concertado tácitamente una tregua,

que solo se rompió momentos antes de marcharse a comer, cuando unos y otros ya estaban borrachos. Entonces hubo bofetadas, aunque apolíticas.

Paquito salió del pueblo, subió la carretera empinada y solo gritó al encontrarse con gente. La flauta daba saltitos sobre las guijas del suelo y producía un grato sonido de madera. Una brisa suave le movía la corbata y los cabellos. Se metió por la carretera del pazo, entró en el jardín y llegó al postigo. Allí se detuvo y gritó: el más largo, el más complejo, el más tremendo de todos sus alaridos. Permaneció quieto, con la diestra un poco retrasada y el bastón trémulo. Carlos le oyó y bajó corriendo. Le vio contra la luz, se le acercó, le sacudió los hombros.

—¿Qué te sucede?

—Metieron a mi novia en el manicomio. ¡Aaaaaaay...!

De pronto, se aflojó, se arrugó, se dejó caer al suelo y empezó a llorar: hipidos menudos, agudos, rápidos, que a veces parecían carcajadas; y le temblaba todo el cuerpo.

Carlos le ayudó a levantarse, le llevó al chiscón, le sentó en el camastro: la flauta había quedado delante de la puerta, pero Paquito empuñaba aún el bastón. Lo alzó al aire, por encima de la cabeza, y lo tremoló.

—Voy a matar a Cayetano.

—No digas disparates. Cayetano no tiene nada que ver con eso. ¡Pues buenas están aquí las cosas!

—Cayetano es el culpable de todo, y yo voy a matarlo. Es lo justo.

—Te prohíbo que te muevas de aquí.

—Habíamos quedado en que soy libre, ¿no?

Carlos se sentó a su lado.

—Me he expresado mal. No te lo prohíbo, te lo ruego. La culpa de Cayetano ya la discutiremos.

—No va a convencerme.

—No, si tienes razón. Pero si no la tienes, espero que me escuches.

—Cayetano es culpable.

—¿Sabes que anoche quemaron la iglesia de Santa María?

—Razón de más para matarlo.

—De eso, al menos, te puedo asegurar que no tiene la culpa. Y si de eso no la tiene, no deja de ser posible que en lo de tu novia no haya tenido arte ni

parte.

—Yo sé lo que sé.

—En nombre de nuestra amistad te pido una tregua.

—Se la concedo.

—Cuando estés más tranquilo hablaremos.

—Y le convenceré, ya lo verá.

—Sosiégate ahora y dame tu palabra...

El Relojero tendió la mano.

—Esto, don Carlos, solo usted puede hacerlo conmigo. Váyase tranquilo. Pero hágase a la idea de que, tarde o temprano, el culpable ha de pagar su culpa. Así lo manda la Ley de Dios.

Cuando quedó solo se despojó de la pajilla, la contempló y lloriqueó un poco; luego la arrojó lejos. El bastón había caído a sus pies: lo recogió y empezó a desatornillar sus partes, a vaciar sus depósitos. Colocó encima de la cama los pedazos, uno junto a otro, y abrió los cajones de su mesa de trabajo. En el último había trozos de metal, tornillos, tuercas, restos de bisagras, espirales de acero —grandes y pequeñas—, clavos... Con los ojos muy abiertos lo contempló todo. Se inclinó y sus dedos ágiles hurgaron, escogieron...

XI

Las campanas sonaron a las diez en punto y despertaron a Carlos. Entraba el sol por la ventana y el polvo brillaba en el aire. Sacó los brazos, los estiró. El roto del sobaco le llegaba hasta el codo, y en la abertura del pijama faltaban dos botones. Sacó las piernas, se sentó en el borde de la cama, restregó los ojos deslumbrados. También los pantalones habían roto por las rodillas, de puro gastados. Se calzó las zapatillas, se levantó, bebió un vaso de agua, volvió a estirar los brazos. En el aire, allá abajo, las campanas repicaban, se pisaban, se perseguían, se mezclaban, se apartaban: las gordas y las finas, como en una competencia: ahora de acuerdo, tan pronto desacordadas. Carlos se asomó a la ventana y el campaneó se le metió por los oídos. Sonrió.

—Cristo ha resucitado.

También parecía haber resucitado la mañana, de luminosa, de gloriosa. Abrió la boca y sorbió el aire. El sol le calentaba el rostro y el pecho abierto; las manos se refrescaban en el rocío del antepecho. En las hojas de los árboles, el sol se quebraba en mil soles.

—Cristo ha resucitado, y lo celebran las campanas, con permiso de don Lino, a quien habrán despertado como a mí.

Se asomó y quiso alcanzar con la mano una rama temblona. Agarró la punta de una hoja, tiró hacia sí y retuvo la rama.

—Veremos lo que dura.

Rompió la hoja; la rama quedó cimbreándose y el rocío saltó a la cara de Carlos. Del fondo de la ría llegó el pitido de una sirena, seguido de otro más largo. Carlos miró y contó cuatro pesqueros, cuatro penachos de humo negro. Se apartó de la ventana y salió de la habitación. Entró en la de Juan.

—¡Eh, tú, despierta!

Juan se incorporó sobresaltado. Las gueejas cobrizas le ocultaban la frente y parte de la cara, y la nariz emergía de la pelambreira como un promontorio.

—¿Sucede algo?

—Los barcos.

Juan se dejó caer en la almohada.

—¡Ah, los barcos! Bueno.

—Pienso que podríamos aprovechar la ocasión de que estén aquí los pescadores. Hoy es el día de llevar a don Lino a la taberna.

—Mejor mañana, domingo.

—Mañana el diputado regresará a Madrid. El día señalado es hoy.

Juan volvió a incorporarse.

—¿Piensas que servirá de algo?

—Si les habla y le aplauden, marchará contento.

Juan hundió los dedos en el cabello y descubrió la cara y la frente.

—Estoy convencido de que ese tipo es un memo.

—Puede resultarnos un memo útil. En cualquier caso, es nuestro clavo ardiente. ¿O te sientes dispuesto a cantar la palinodia? —Carlos buscó una silla y se sentó—. Por mí, no hay inconveniente. Que se quede Cayetano con los barcos, que pague las deudas y dé trabajo a la gente. Después, congregaremos al pueblo en la plaza, proclamamos la derrota final de los últimos Churruchaos y nos vamos de viaje. Australia es un buen sitio. ¿No has pensado nunca en la cría del cordero? Mis aptitudes para ese oficio son excelentes, y espero que las tuyas también. Podemos llevar a Clara con nosotros, para que haga las cuentas.

Alzó los brazos, abrió las manos.

—Venderé esta casa. Poco darán por ella, pero quizá saquemos para el viaje. Hay en el pueblo un indiano recién llegado, un tal don Rosendo, que la alabó varias veces; quizá la pague bien.

—Cállate y dame un pitillo.

Carlos salió y regresó en seguida con tabaco.

—¿Has decidido algo?

—Hablaré al Cubano para que junte esta tarde a los pescadores. Tú

encárgate del diputado.

—Eres inteligente, Juan.

Le palmoteó la espalda; después le acercó una cerilla encendida.

—El secreto de vivir es no perder la esperanza; pero como las esperanzas suelen morir de la muerte que llevan dentro, hay que inventar otras, y otras, y otras, hasta el final. Los pescadores están desesperados, pero esta noche podrán soñar, si la oratoria de don Lino acierta a crearles una nueva ilusión.

—¿Y después?

Carlos se encogió de hombros.

—Cuando yo era niño y estudiaba latín, traduje una fábula en que las ranas clamaban a los dioses.

—Ahora ese clamor se llama revolución. Es la única salida de los desesperados.

—Hay otra peor todavía: la resignación. Cuando no podamos engañar más a nuestros amigos, cuando todo haya fallado, entonces, resignados, dejarán de clamar y los dioses les enviarán una estaca para que se pongan de rodillas a adorarla.

—Si la estaca les da de comer...

—Más bien les servirá para hacerse mondadientes. El mondadientes, recuérdalo, es un símbolo de resignación, pero digna. Es la resignación que se engaña a sí misma.

Juan se estiró en la cama. Asomaron unos pies largos, huesudos; unas piernas rojizas cubiertas de vello, unas rodillas descarnadas.

—Échame esos pantalones.

Carlos se levantó.

—Mientras te vistes, iré a ponerte el desayuno.

—¿Seguimos sin servidumbre?

—El Relojero continúa melancólico.

Se detuvo en la puerta de la habitación y miró a Juan.

—Me da miedo. Lleva una semana sin decir palabra, escondiéndose de mí.

—Está como la bestia a la que han quitado la hembra.

—Por eso me da miedo.

Carlos salió. En la cocina, el fuego estaba apagado y los pucheros, vacíos. Prendió fuego a unas astillas. Se hizo la lumbre.

—¿Dónde habrá puesto la leche este majadero?

Vertió agua en un cazo y lo dejó en las trébedes. Luego descendió al zaguán. Paquito, de espaldas a la escalera, contemplaba el jardín: derecho sobre el umbral, sus manos meneaban el bastón. Al sentir los pasos de Carlos volvió la cabeza.

—Si busca la leche, ahí está la cazuela.

—¿Qué haces?

—Miraba la mañana.

—Y eso, ¿te divierte?

—Además, pienso.

Carlos, con la cacerola de la leche en las manos, se acercó a la puerta.

—Buenos días, Paco.

—Buenos, sin mentira. Un verdadero sábado de Gloria.

Con aire indiferente, Carlos le respondió:

—Un día de perdón. Es buena cosa esta de que al menos una vez al año los hombres se perdonen unos a otros.

—¿Usted cree?

—Eso, al menos, exige la Resurrección. Tú, que eres tan leído, lo sabes mejor que yo.

—Hay veces en que es cuestión de hacer justicia, ¿sabe? Si usted perdona a una víbora y la deja suelta, muerde.

—Quizá el Señor perdone también a las víboras.

—A mí no se me alcanzan las razones del Señor. Porque también creó las víboras y uno no deja de preguntarse para qué.

—Quizá para que sean instrumentos de su justicia.

Paquito le echó rápidamente la mano a un brazo: el puchero de la leche se tambaleó.

—¿Lo ve? Ya salió la justicia. Sin ella no hacemos nada.

—Prefiero la verdad, Paco. Cuando se conozca, muchas justicias resultarán injustas.

El loco soltó el brazo de Carlos, alzó la mano y señaló al cielo.

—Por si acaso, yo dejo la justicia en manos de Dios, que todo lo ve, y ya se valdrá para hacerla de las víboras o de los hombres, según le pete. Usted continúe con sus verdades.

Se volvió hacia el sol. Carlos contempló su perfil accidentado, los mostachos caídos, la boca apretada.

—¿No quieres desayunar? Te convido.

Paquito no contestó. Carlos regresó a la cocina. Cuando el ruido de sus pasos se perdió, Paquito enarboló el bastón, amenazante. Luego apuntó con él a una plancha claveteada de la puerta. Se oyó un ruido metálico, como de un muelle potente, y el bastón quedó clavado en la madera. Paquito empezó a reír. Dio un tirón fuerte y arrancó el bastón: de su extremo salía una punta larga, gruesa, afilada.

Habían añadido a las habituales lámparas otras dos, de tamaño mayor y bien cargadas de carburo, traídas del barco por el patrón del *Mariana II*. Daban bastante más luz que las propias de la casa, y la calva del Cubano relucía más que nunca, un poco tostada la piel por la parte que separa la frente del cuero cabelludo. Conforme iban entrando, los pescadores se colocaban en bancos, apretados unos contra otros y con las boinas en la mano. Orden de fumar lo menos posible, y una ventana abierta para la ventilación. Podía cada cual tomar un vaso por cuenta de don Carlos Deza, uno solo, y alguna cosa de comer, «y no porque el señor Deza sea agarrado, sino para evitar borracheras y voces destempladas», había explicado Carmiña; y rechazó las monedas particulares de alguno que pretendió doblar la dosis por cuenta propia. La mesa de la presidencia constaba exactamente de tres mesas pequeñas, puestas una junto a otra, y las habían tapado con un mantel de hule que todavía estaba húmedo. Sobre el mantel, siete vasos y tres botellas: de blanco, de tinto y de aguardiente, a elegir. La lámpara de luz más fuerte, precisamente encima, colgaba de una viga por una piola embreada a la que habían hecho un nudo marinero.

El Cubano mantenía el orden, sosegaba las conversaciones, templaba a los destemplados. Iba y venía, se colaba entre los bancos, acudía a este y prometía a aquel atenderle en seguida. Toc, toc, toc. «Carmiña, vino tinto para dos y unas sardinas.» En un rincón, tripulantes del *Sarmiento I* discutían con tripulantes del *Sarmiento II* la oportunidad de cierto viraje ordenado con el copo en la mar.

—Te digo que fue como ahuyentar el banco. Si no, a la vista está lo pescado.

—Ya están ahí —dijo uno desde la puerta.

El Cubano alzó los brazos y todo el mundo quedó en silencio. Por la cristalera abierta llegaban rumores de la calle, el llanto de un niño, el aire oloroso a yodo y sal. Aldán entró el primero y quedó junto al quicio hasta que apareció don Lino. Carlos Deza, detrás, no se dio muchas prisas en entrar. Don Lino se había detenido, se había quitado el sombrero, lo había levantado por encima de la cabeza, lo había agitado antes de saludar:

—Salud, ciudadanos; salud y República.

Los pescadores, de pie, le miraban con curiosidad, con desconfianza, con ironía. El Cubano le saludó en nombre de todos y le pidió que les hiciese el favor de sentarse entre ellos. Le fue presentada la directiva del sindicato y ocupó en la mesa el lugar de honor.

—¿Tinto o blanco?

—Gaseosa, nada más que gaseosa. El vino, con las comidas y en poca cantidad, salvo un día extraordinario. Pero, amigos, los días extraordinarios de un hombre modesto se cuentan por los dedos de la mano y sobran dedos.

Juan aceptó un puesto a su derecha; Carlos prefirió un extremo, el más cercano a la pared, el peor iluminado.

—Señor diputado, aunque no sea más que por acompañarnos, debía de tomar un tinto. Está entre marineros.

Don Lino se incorporó ligeramente.

—¡Marineros, dice usted bien! Una clase excepcional de ciudadanos, dotada de todos los derechos y capaz de todos los deberes, teóricamente al menos, y constitucionalmente, desde luego; pero por encima de otras clases y de otros grupos sociales y políticos, una clase a un tiempo heroica y sacrificada. Me congratulo, marineros, de encontrarme ante vosotros mano a mano, cara a cara, y para celebrar este encuentro renuncio a la higiénica gaseosa y alzo mi copa por la común prosperidad. ¡A la salud de todos!

Ingirió medio vaso de tinto y se sentó. Aldán había dejado el suyo en la mesa y permanecía en pie. Levantó una mano y acalló los murmullos. Su perfil aquilino quedaba justo bajo la lámpara, cuya sombra oscilante le borraba la nariz; en compensación, los reflejos encendían de fuego sus cabellos.

—Camaradas...

Apoyó las manos en la mesa y se echó un poco hacia delante. Toda su cara quedó en sombra, pero sus pupilas resplandecían. Miró con atención el mantel floreado antes de dirigirse al auditorio.

—Camaradas, la presencia de nuestro diputado en este lugar donde tanto hemos hablado, donde tanto hemos esperado, puede ser en principio una fiesta, porque es para nosotros motivo de alegría que nuestro representante en las Cortes se acerque a los más humildes, a los más sacrificados de sus electores. Pero es al mismo tiempo una ocasión dramática, porque nuestro diputado viene a nosotros para crear una nueva esperanza donde las nuestras habían naufragado. Él ha tomado a su cargo la salvación de una empresa de cuya prosperidad dependen las vidas de todos vosotros y las de vuestros hijos. Los que aquí estamos, y perdonarme si me incluyo, nos hemos esforzado en sacarla adelante porque era nuestra obra y porque era una obra buena. No se puede acusar a nadie de haber regateado su colaboración, ni a ninguno de vuestros directivos de falta de honradez. Pero esta es la triste realidad: no hemos tenido éxito. Vuestros ingresos no han mejorado, y la empresa está en situación económica difícil, y, como último recurso, recurrimos al auxilio del Estado. Pero el Estado, ¿quién es? ¿Lo conocemos? Entre el Estado y nosotros, he ahí a nuestro valedor.

Señaló a don Lino con la mano extendida y se sentó. No hubo aplausos. El dedo de Juan apuntaba todavía a la panza del diputado. Cuando este se levantó —entonces sí que hubo aplausos—, el dedo señalaba la bragueta.

—¡Háganme el favor, ciudadanos! ¡Todavía no, todavía no!

Pretendía interrumpir la ovación con las manos extendidas, y después que los marineros dejaron de aplaudir, las manos suplicaban que se callasen los ecos.

—¡Todavía no, todavía no!

Los marineros que no cabían en la taberna se habían quedado fuera. Se agolpaban en la ventana abierta, metían las cabezas en el tufo de los cigarrillos y empezaban a protestar.

—¡No se oye bien!

El Cubano franqueó la puerta de cristales y la otra ventana. Las vacantes fueron rápidamente cubiertas por cabezas rapadas, por caras curtidas, por ojos

anhelantes.

—Una República, queridos ciudadanos, ejem, ejem, es una forma de gobierno en que los privilegios se han repartido tan equitativamente que se puede afirmar que no existen privilegiados. Pero en una República representativa como es la nuestra, un corto número de ciudadanos, los diputados, tienen el privilegio de representar a los demás. Pero ¿podemos decir que esto constituya un privilegio? Porque si bien se mira, si bien se analiza, el privilegio de la representación es más bien una carga; ya que la representación impone un deber inexorable, un deber duro, el deber de la verdad proclamada ante el país, al que los diputados no podemos sustraernos. Tenemos el privilegio de representar la voluntad del pueblo, tenemos el deber de que esa voluntad sea atendida y escuchada. Y de que se cumpla. Esto sobre todo, caiga quien caiga. Que se cumpla también inexorablemente. La voluntad del pueblo es fuente de toda ley, de toda autoridad, de todo gobierno. Y el que se oponga a ella debe ser expulsado del cuerpo social, quiero decir de la República.

Hizo una pausa. Su mano diestra atusó los bigotes, mientras la siniestra se aproximaba al depósito inferior de la lámpara de carburo.

—¿Qué es, pues, dentro de la República, la voluntad del Uno? ¿Qué aria canta en el concierto de unanimidades políticas esta voz discordante que pretende imponerse a las demás, sonar por encima de ellas, acallarlas y arrastrarlas? ¿Cómo debemos conceptualizar en una sociedad rectamente gobernada la voluntad singular que aspira a sustituir al imperio colectivo? No yo, sino los tratadistas más eximios de derecho político, los filósofos más ilustres que han ocupado su pensamiento en el estudio de la Cosa pública, lo han dictaminado: enfermedad. La voluntad individual que se opone a la colectiva es una enfermedad política, un ántrax nacido en el cuerpo de la sociedad, una acumulación de materias infecciosas que causan fiebre, que trastornan la vida normal del cuerpo, y cuya extirpación prescribe la más usual terapéutica: rajar, limpiar, devolver la salud al miembro dolorido.

La mano había descendido y, a media altura, trazaba en el aire figuras circulares, como espirales, rematadas cada una de ellas, singularmente la última, en enérgicas rectas, en estocadas a fondo clavadas en el pecho impalpable del aire. Miró caer al enemigo traspasado y recogió las manos. La

voz al mismo tiempo se hizo más suave.

—Podríamos creer que el más grave peligro de la República estriba en la pululación de voluntades individuales contra la voluntad general; en los deseos de quienes se proponen medrar a nuestra cuenta; en los trapaceros, en los francotiradores, incluso en los que pretenden realizar en su persona la sublime frase del gran repúblico francés: «Las águilas van solas; los carneros van en rebaños». Pero no. Existe un peligro todavía mayor, un peligro incomparablemente más temible, un peligro que es al de los individualistas lo que el cáncer al ántrax en el cuerpo humano. El verdadero cáncer de las sociedades. Me refiero, como todos habréis comprendido, al tirano. ¿Y qué es un tirano, señores? ¿Qué es un tirano?

Acompañó la pregunta de un engrabamiento de dedos, de una extensión y contracción de brazos, de una distensión final, con los puños cerrados, que de pronto se abrieron y mostraron al auditorio silencioso las palmas limpias de las manos.

—No os lo voy a explicar, porque lo sabéis. Incluso mejor que yo. Porque yo he visto al tirano, lo he conocido, he llegado a entenderlo; pero vosotros habéis experimentado su tiranía, la habéis sufrido en vuestra carne, os oprime, estorba el libre ejercicio de vuestra voluntad. Y no me refiero a tiranías de antaño, afortunadamente enterradas, sino a la actual; no al pasado, sino al presente; no a los muertos, sino a los vivos; no al ayer, sino al hoy mismo. Porque respondedme: ¿fue deseo vuestro que las calles de esta villa ilustre, que las miradas de los tranquilos transeúntes, fuesen ofendidas por el desfile de mascaradas anacrónicas, restos ridículos de un pasado remoto que contra toda razón y todo derecho (ya os dije antes que la fuente del derecho es la voluntad del pueblo) algunos pretenden perpetuar? ¿No fueron las repetidas precauciones, el lujo de fuerzas represivas, las armas disimuladas, otros tantos bofetones a vuestra dignidad de hombres libres y conscientes? ¿Se tomó al orden público como pretexto! Pero ¿qué debe ser el orden público sino la expresión de un orden más profundo, del orden de la justicia? ¿Y puede existir justicia cuando se coacciona la libertad de cada uno y de todos reunidos? ¡Durante una semana, día tras día, se nos ha insultado y no se nos ha permitido responder a los insultos! Una pesada losa de tiranía nos aplastó. Se han mofado de nosotros, nos han escarnecido, y ya no falta más que inferirnos la

última de las ofensas: que los esbirros del poderoso nos arrojen a la mar y sepulten en ella nuestros cuerpos.

Ras, ras, ras. La mano zigzagueante dibujó en el aire la silueta de un rayo y descargó un puñetazo en la mesa. Se oyeron «¡Bravos!». Don Lino se limpió el sudor de la frente, mientras la gente aplaudía.

—Vuestro líder Aldán ha visto claramente la cuestión. La única manera posible de liberarse de la tiranía es alcanzar la independencia económica. Por eso habéis luchado, para crear este reducto autónomo, este negocio colectivo que obtiene sus ingresos de fuentes no controladas, de fuentes libres, porque nada hay más libre que la mar e incluso podemos conceptualarla como el paradigma de la libertad. ¡Generoso, glorioso esfuerzo! Pero no venturoso. Son muchas y muy potentes las fuerzas contra las que lucháis, y no es extraño que en las primeras escaramuzas hayáis quedado vencidos ni lo es tampoco que para seguir luchando necesitéis el socorro de la ayuda pública. Y aquí, ciudadanos, es donde empieza a intervenir este modesto diputado, este representante elegido por vuestros votos, es decir, por la voluntad de todos, y que está aquí sumiso a vuestro mandato, para convertirse en algo tan impersonal como debe ser un representante. Porque el representante no es nada por sí mismo, no es más que el portavoz de la voluntad representada. La vuestra es el deseo de vivir, la lucha por la vida, que es la suprema ley. Pues bien, os aseguro, os prometo, os garantizo, os juraría si hubiese algo bastante sublime por quien jurar, que llevaré vuestra voz ante el supremo tribunal de la Patria y que la Patria no permanecerá sorda ante vuestras necesidades. Porque vosotros sois su carne y su sangre, sus fundamentos y sus defensores, los que trabajan para sostenerla y le aseguran la existencia de futuros ciudadanos. Proletarios quiere decir ante todo padres de prole, como explicaba cierta vez el gran repúblico Unamuno. Proletarios, padres de las proles patrias, patria vosotros mismos. Y si sois patria, si sois la Patria, ¿cómo no van a atenderos los que la representan? Esta humilde voz que ahora escucháis resonará dentro de pocos días en los ámbitos augustos del Parlamento, y estoy seguro de que como un solo hombre todos los diputados republicanos votarán esa ayuda suplicada. Estoy seguro, y por eso, porque conozco la limpieza de sus conciencias y la honradez de su gestión, me constituyo en garantía de que esta misión que me habéis encomendado será coronada por el éxito.

Bebió un sorbo de vino y se pasó la lengua por los labios. Le caía el sudor por las mejillas, y los hombros se le habían hundido. Aldán le susurró: «¡Déjelo ya!». Pero don Lino se irguió de nuevo y respiró profundamente.

—Porque, ciudadanos, en caso contrario no me atrevería a presentarme delante de vosotros y tendríais derecho a insultarme en la calle y a llevarme ante vuestros hijos como traidor a la más sagrada obligación. Os emplazo, pues, para dentro de ocho días, en que os daré cuenta aquí mismo de mis gestiones. A cambio de eso solo os pido que me asistáis con vuestra presencia, con vuestro aliento y, si hace falta, con vuestra acción legal en mi lucha contra la tiranía. El día que la hayamos destruido será fiesta en Pueblanueva. Esperemos ese día confiados. Hasta entonces gritad todos conmigo: «¡Viva la República española! ¡Viva la libertad!».

Se dejó caer en el asiento. El Cubano acudió con una gaseosa. Los marineros dentro y fuera de la taberna vitoreaban a la libertad y a la República. Apoyado en Aldán, don Lino se levantó a dar las gracias. Los aplausos se prolongaban. Su estruendo salía de la taberna y volaba por encima de las aguas tranquilas.

—Le acompañaremos hasta su casa.

El público había salido, y don Lino se abanicaba con un periódico doblado.

—Gracias, gracias; pero esa gente... ¿No se les ocurrirá venir detrás? Mi modestia no me permite presidir mi propia apoteosis...

—Basta que usted lo desee...

—No es que me guste contrariar las naturales expansiones populares, pero me daría reparo llegar a mi casa en compañía de la multitud.

—No son más que cincuenta o sesenta.

—La multitud no la hace el número, sino la unidad de voluntades.

Miraba alternativamente a Juan y a Carlos.

—En fin, ustedes dirán.

—Lo que usted quiera, don Lino.

—¡Lo que yo quiera...! Yo no puedo oponerme al deseo del pueblo. Pero, repito, las glorificaciones me abruman.

Salieron. Juan advirtió al Cubano que él y Carlos volverían probablemente a cenar allí y que la directiva esperase. Los marineros habían abierto calle y saludaban. Uno gritó:

—¡Viva nuestro diputado!

Se repitieron los aplausos. Un grupo empezó a cantar El *himno de Riego* y todos lo corearon. Don Lino, subido al carricoche de Carlos, con el sombrero en la mano, saludaba. Carlos maniobró con las riendas, y el coche arrancó lentamente, al paso tranquilo del caballo. Los marineros los rodearon. Seguían cantando, y al canto se mezclaban «vivas» y «muertas». La gente se paraba, y algunos se sumaban al cortejo. Una caterva de chiquillos lo precedía. Al pasar frente al casino varias cabezas se asomaron: miraban sin comprender y al comprender rieron. Solo Cayetano permaneció serio y pronunció un «¡Mamarrachos!» que oyeron todos. La mujer de don Lino salió a la puerta llorando: le había llevado aviso el novio de su hija. Don Lino la abrazó, y enlazados entraron en la casa.

—¡Es el pueblo que me aplaude, María! ¡Es el pueblo que me ama! ¡Y yo tengo que hacer algo por el pueblo...! ¡Tengo que corresponder a su fe y a su esperanza!

Cubeiro llegó al casino antes que nadie: permanecía el salón a media luz, y el chico del bar dormitaba. Cubeiro encendió la lámpara central y los apliques de las paredes como las noches de baile, puso un disco en la gramola y se acercó al mostrador. El chico, sobresaltado, se restregaba los ojos.

—Ponme café.

—Sí, señor.

—¿No ha venido nadie?

—No, señor.

—Pues hoy vendrá mucha gente.

—¡Como es sábado...!

—No por eso, pero vendrán. Lo extraño es que no hayan llegado.

—Acaban de dar las diez y media.

Manipulaba el chico en la cafetera. Un chorrito de vapor negruzco salió por el pitorro, y colocó debajo una tacita.

—¿Muy concentrado?

—Más bien sí.

—¿Y copa?

—Bueno. Un día es un día.

—Lo apunto todo, ¿no?

—Como siempre.

Cubeiro sacó del bolsillo una moneda de dos pesetas y la hizo bailar encima del mostrador.

—Esto es para ti.

—¿Para mí? —se le abrieron los ojos.

—Pero tienes que hacerme un favor.

El chico alargó la mano, pero Cubeiro retenía la moneda.

—Después, cuando me lo hagas.

—Bueno.

El chico retiró la mano decepcionado y colocó la tacita en su plato, con el paquete de azúcar y una cucharilla amarillenta. Cubeiro deshizo el paquete, disolvió el azúcar con meneo fuerte.

—Más tarde vendrá don Lino.

—Sí.

—Cuando venga, y lleve un ratito aquí, y veas que habla con todos, coges el teléfono y pides que te pongan con don Cayetano.

El chico puso cara de asombro.

—¿Yo?

—Sí, tú. Sin preguntarme nada y sin que nadie se dé cuenta. Pides que te pongan con don Cayetano y le dices: «Ya puede usted venir».

—¿Nada más?

—Ni una palabra más.

—Pero ¿no pregunto por él?

—No hace falta. Él estará al cuidado.

El chico cerró los ojos y repitió:

—Ya puede usted venir.

—Eso. Después te daré las dos pesetas, si lo haces bien.

—Sí, señor.

Cubeiro cogió la taza de café y pasó al salón. El disco había terminado. Le

dio la vuelta y se sentó. De la gramola salió la música de un *blues*. Cubeiro se echó atrás en la mecedora.

—¿Tienes tabaco, chico?

—Sí, señor.

—Tráeme un paquete.

Se puso a fumar con los ojos entornados. Balanceaba un pie lentamente, al compás de la música. Cuando se abrió la puerta de la calle, se enderezó, miró al que llegaba y siguió balanceándose.

—Buenas noches.

—Buenas.

—¿No vino nadie aún?

—¿Yo no soy nadie?

—Quería decir...

En la gramola disminuía el estrépito del jazz, y la voz dulce de un negro cantó:

Just Molly and me
and Baby makes three.
My blue heaven!
Tarararararararararará,
tarararararararararará.
Just Molly and me...

—Bonito, ¿eh?

—¡Bah! Yo no entiendo estas músicas de ahora.

—¡Cómo se ve que no estuvo usted en La Habana!

Se abrió otra vez la puerta, y entró el juez. Casi en seguida llegó Carreira, con tres o cuatro más. Venían discutiendo a voces.

—¡Pues yo le digo que lo sacaron en hombros!

—¡Pues le aseguro que no, porque yo estaba a la puerta del cine y los vi pasar con mis propios ojos!

—¡Pues el que me lo contó no tenía por qué mentirme!

—Pues habrá hablado por referencias.

Cubeiro echó las piernas por alto y las interpuso entre los recién llegados. Luego se levantó.

—Se acabó la disputa. Iba en carroza abierta.

—¿Lo ve usted? En el carricoche que fue de la vieja y que ahora usa don Carlos Deza.

Dos más, uno más, otros dos: silenciosos o disputantes. El señor Mariño y el señor Couto, que no venían nunca; don Rosendo, el indiano, que ya acostumbraba a venir, pero que se retiraba temprano; dos concejales, que se habían hecho socios del casino después de ser nombrados.

—Pero ¿qué sucede esta noche? ¿Es que hay junta general extraordinaria?

Cubeiro paseaba con la chaqueta desabrochada, las manos en las sisas del chaleco y el pitillo en la boca. Sonreía cazarmente, daba palmaditas en los hombros.

—¿Quién había de decirlo cuando aquí no éramos más que cuatro gatos! Los grandes *kulaks*, decía yo. Pero está visto que todo cambia. Ahora todo el mundo es socio del casino.

—¿Usted cree que vendrá don Lino? —preguntaba Carreira.

—Si no viene, faltará a su obligación. Pero no creo que se largue a la francesa: mañana es domingo, y parte para los Madriles, como buen diputado.

—Habría que aplaudirle.

—Por mí, echen ustedes cohetes.

—Lo digo como broma.

—Pues excusa gastarle bromas, porque las tomará en serio.

La peña de chamelistas se había instalado en su rincón. Hacían castillos con las fichas del dominó, hablaban en voz baja, tomaban sus cafés. Dos candidatos a mirones completaban el grupo.

Cubeiro rebuscó en un montón de discos de gramófono.

—Mire, Carreira: me ha dado usted una idea... Cuando entre don Lino le tocamos *El himno de Riego*; con eso irán mejor los aplausos.

—Pues es una buena idea. ¡*El himno de Riego*! ¿Y por qué no *La marcha real*? Eso sería más broma todavía.

—No sea imbécil, Carreira. Tocar *La marcha real* sería como insultarle. Mejor *El himno de Riego*.

—Mirándolo bien, señores —intervino el juez—, es el himno nacional y no debe tomarse a chacota. Aquí todos somos republicanos.

Cubeiro, con el disco entre los dedos, miró al juez con sorna.

—Nunca más propiamente tocado que en esta ocasión.

—Allá ustedes. Yo me lavo las manos.

—Siéntese y espere, y si la cosa sale bien ya se reirá.

Se habían agrupado por afinidades políticas, pero cerca unos de otros. Cubeiro recorría los grupos y prometía risa y grandes sorpresas. «Pero ¿vendrá?» «¡Claro, hombre! ¿Cómo no va a venir, si es el día más grande de su vida? Un día así no se pasa en familia.»

Don Lino bajaba por la calle con las manos a la espalda, el sombrero encasquetado y el recuerdo obsesivo de los aplausos sonándole en los oídos. Abrió la puerta del casino y entró. La gramola empezó a tocar; los presentes aplaudieron. Don Lino quedó junto a la puerta parpadeando. Por un instante, solo por un instante, se creyó en el hemiciclo. Pero Cubeiro, que se acercaba batiendo palmas, no le recordaba a ningún diputado, menos todavía a algún ministro. Don Lino se quitó el sombrero.

—¡Caballeros, caballeros! ¡Es excesivo! ¡Gracias, gracias, mil gracias!

Le rodeaban. Las manos palmoteantes formaban corona alrededor de sus orejas. Avanzó como pudo, hasta que el corro se deshizo y cesaron los aplausos y solo se oía en la gramola *El himno de Riego*:

Tatachí, tatachín, tatachinta
tatachí, tatachín, tatachíiiiin...

—Retiren ese disco, se lo suplico. Solo debe tocarse en las grandes ocasiones.

—¿Es que le parece poco la de hoy?

—Están exagerando. No ha sucedido nada extraordinario. Pero el pueblo, ya se sabe, exterioriza ruidosamente sus afectos. ¿Qué otra cosa pueden hacer los pobres? Aplaudir no les cuesta dinero.

Se había sentado y procuraba esconder a las miradas traviesas dos lágrimas que le salían.

—Pues nosotros, además de aplaudir, le convidamos. ¡Hay que celebrarlo, don Lino! ¡Chico, café para el señor diputado y lo que quiera!

—Nada más que café, y cuando nos hayamos tranquilizado, un ratito de tresillo.

De las dos lágrimas, una le resbaló por la mejilla, se enredó en el bigote y allí quedó, temblorosa y brillante como una estrella.

—Pero, ¡hombre!, ¿quién piensa en el tresillo en este día de gloria?

—¿Lo dice usted por la festividad de hoy? —preguntó insidioso el juez.

Cubeiro dio media vuelta y le hizo frente. Su mano advirtió al chico del bar, que le miraba. El chico cogió el teléfono y se escondió con él en la trastienda.

—Aquí ya no hay más gloria que la de nuestro diputado. Las demás están muertas y enterradas. Sin embargo... —pasó la mirada alrededor—, no hay dicha sin amargura, ni rosas sin espinas. Echo de menos entre los presentes a ciertas personas que debieran estar aquí. En primer lugar, al boticario, pero de este se explica, porque el berrenchín le habrá dado dolor de tripas y lo estará curando con aguardiente. Don Carlos Deza, en cambio, no tiene disculpa. Don Carlos Deza tenía que estar aquí y ser él, precisamente él, quien hiciera el discurso de saludo a nuestro diputado. Los demás no sabemos hablar. En cuanto a Cayetano...

Don Lino alzó bruscamente la cabeza, y la lágrima perdió el asidero del bigote y se hundió en la oscuridad de la chaqueta.

—¿Don Cayetano?

—Sí, también don Cayetano. El triunfo de usted es su propio triunfo. ¿No es él quien le ha sacado diputado? ¡Pues tiene que alegrarse, como se alegra un padre del éxito del hijo!

La mano abierta de don Lino describió un tranquilo semicírculo. Los demás se habían acomodado y formaban corro; sentados los más; de pie Cubeiro y el juez; todos con sus cafés o anises en la mano.

—Vamos por partes. Sería ingrato que negase la intervención del señor Salgado en el origen de mi carrera política. Soy un sacerdote de la Verdad, y la verdad es esta: propuso mi candidatura a la coalición republicano-socialista y fue aceptada. Pero yo salí diputado por los votos del pueblo. Los de aquí y los de fuera de aquí, los de mis amigos y los de millares de desconocidos. El pueblo me hizo, y al pueblo me debo. Y si algún día el señor Salgado, cosa que no deseo, llegara a convertirse en enemigo del pueblo, me encontraría enfrente, dispuesto a combatir y a morir si fuese necesario. Inútil advertirles, caballeros, que lo que entiendo por pueblo no coincide precisamente con sus capas inferiores, con lo que injustamente llaman algunos populacho. Para mí, pueblo es el conjunto de ciudadanos de la nación, sin

excluir de ese cuerpo sagrado más que a aquellos que voluntariamente o por su conducta indigna han dado motivos de exclusión.

—Entonces, los que le aplaudieron esta mañana y le llevaron en hombros, ¿eran pueblo o populacho?

—Llamado también plebe —corrigió el juez.

Don Lino se levantó.

—En primer lugar, no fui llevado en hombros, como un vulgar torero, sino acompañado hasta mi domicilio por un grupo de trabajadores a los que había dirigido la palabra. En segundo lugar, no eran plebe ni populacho, sino legítima representación de aquella parte del pueblo que labora y sufre, esa que algunos pretenden apartar de nosotros y convertir en enemigos nuestros. Me refiero, como es obvio, al proletariado. Pero ¿quién tiene la culpa de que tan terrible escisión esté a punto de producirse? ¿Quién es el responsable de que el proletariado sea de hecho enemigo de nuestra sociedad?

—Cayetano —dijo Cubeiro tranquilamente.

Don Lino se sobresaltó.

—¡Yo no he dicho eso, caballero, o al menos no lo he dicho todavía!

—Tampoco yo quería decirlo. Fue una coincidencia. Es que acabo de oír su coche y me parece que está a punto de llegar.

El dedo de Cubeiro señaló la puerta de la calle. Todos miraron; don Lino, con altivez, con resolución. Hubo un instante de silencio, de temblor. Cubeiro y el juez cambiaron miradas. Se abrió la puerta, y entró Cayetano.

—Buenas noches, señores.

Avanzó con calma, en diagonal, hacia el rincón donde el corro se había formado y ahora se ensanchaba, hacia don Lino, constituido en su centro. Quince rostros se habían petrificado; quince corazones latían anhelantes, como en expectación de una gran faena.

—¿Qué? ¿Se discursaba? Siento haberles interrumpido.

Buscó un asiento con la mirada. Varias manos le ofrecieron sillas. Agarró una, dio las gracias y se sentó. Don Lino permanecía inmóvil, hinchado el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón, arrogante.

—Continúe, don Lino. Si he venido esta noche ha sido exclusivamente por escucharle. Supuse que tendríamos sesión extraordinaria —echó hacia atrás la silla, hasta apoyarla en la pared, y cruzó las piernas—. Por cierto que no le he

felicitado todavía. Ya le he visto esta tarde recorrer en triunfo las calles de la villa. Enhorabuena.

—Gracias.

—No puedo menos de enorgullecerme de sus éxitos. Políticamente es usted hijo mío.

Don Lino irguió tanto el busto que resultaba combado por la espalda.

—Soy hijo de la voluntad popular. Cabalmente lo explicaba a estos señores.

Cayetano se echó a reír.

—¿La voluntad popular? Pero ¿qué es eso?

Don Lino adelantó una pierna ligeramente flexionada y un brazo recto, cuya mano apuntó con vigor a las narices de Cayetano: como el espada que busca el morrillo para matar a volapié.

—Así hablan los fascistas.

—No sé qué es eso, don Lino.

—Pues se lo voy a explicar —rectificó la postura; el toro no estaba cuadrado—. Fascista es todo aquel que se opone a la voluntad del pueblo y quiere sustituirla por la suya propia. Fascista es el que ejerce un mando personal apoyado en su fuerza o en su riqueza —se detuvo, vaciló, venció al temor—. Fascista es usted.

Se paró en seco y miró alrededor: rostros estupefactos y rostros que le animaban. Cubeiro le guiñó un ojo y susurró: «Adelante». El propio Cayetano no parecía ofendido, seguía sonriendo. «Evidentemente, no comprende la gravedad de la acusación.» Volvió a extender la mano. El toro había aquietado los remos, pero balanceaba la cabeza.

—¿Usted cree que mando tanto? —preguntó Cayetano con voz tranquila.

—¿Y aún lo pregunta? —don Lino se atrevió a sonreír también un poco desde arriba, y su barbilla señaló a los tendidos—. Interroga a estos ciudadanos. Salga a la calle, detenga a los transeúntes, lleve usted la interrogación a la sagrada intimidad de los hogares. ¡Oh, no le dirán que sí, no lo ignoro! Le responderán con miedo y evasivas. Pero el miedo patente, la respuesta escurridiza, serán la mejor prueba. Usted manda en esta villa porque le temen, y le temen porque es usted el amo del pan. Por eso puede permitirse el lujo de pisotear las leyes de la República y obligar a ciudadanos

conscientes a que toleren, a que soporten sin chistar, el espectáculo retrógrado, degradante, supersticioso y anticuado de unas procesiones. ¡Usted, que no cree en Dios ni ha creído nunca! ¡Usted, para quien no existe ley moral, ni respetabilidad, ni dignidad, si no es para pisotearlas! Como en los tiempos ominosos del feudalismo...

Cubeiro se había acercado al bar y pedía una gaseosa. La ofreció en un vaso a don Lino, y el diputado refrescó el gáznate, que empezaba a resecarse. Cayetano seguía balanceando la cabeza y fumaba un cigarrillo. Los socios del casino se juntaban, se hablaban en voz baja, miraban a hurtadillas al matador.

—¿Por qué los viejos señores pudieron ejercer la tiranía? Porque eran dueños de la tierra. Tenían en sus manos el pan y lo otorgaban al que les obedecía ciegamente, *Perinde ac cadaver*, vivos y muertos. ¡Duro pan, triste pan, el que se obtiene renunciando a la propia dignidad, sacrificando la libertad personal! Pan que sabe a ceniza, pan de dolor y de miseria. El que lo otorga es dueño de la vida y del honor. Tiene derecho sobre mi cuerpo y el cuerpo de los míos. Está en sus manos esclavizarme y deshonrarme. Y me coloca ante el dilema de someterme o rebelarme.

Cayetano suspendió el balanceo. Alzó una mano. Don Lino se interrumpió y escuchó la objeción.

—¿Es lo que está haciendo ahora, don Lino? ¿Rebelarse? ¿O es que la rebelión existía ya, y usted pretende convertirse en cabecilla?

—¡Yo no necesito rebelarme, señor mío, porque no soy un oprimido! Yo acuso.

—¿A mí?

—A usted. En nombre de los explotados, de los pisoteados, de los deshonrados.

Cayetano se levantó de un salto. La silla en que se sentaba cayó al suelo. Carreira y el señor Mariño corrieron a levantarla.

—Un momento, don Lino. Por lo que a los deshonrados se refiere, puede usted hablar tranquilamente en nombre propio. No pienso oponerme y hasta le doy la razón. Tiene perfecto derecho a acusarme. Como todos estos señores saben, y por eso lo digo en público, yo le he puesto los cuernos.

Dio un paso atrás. Don Lino había empalidecido. Nadie sonreía. Cubeiro y el juez se miraron con inquietud. Cayetano se acercaba a la pared. Don Lino se

encogió, miró a un lado y a otro, retrocedió también. Quedó entre Carreira y don Rosendo, constituidos en peones sobresalientes.

—Es usted un miserable, señor Salgado. Es usted, además de tirano, inmoral. Se goza usted en la vergüenza ajena, se alimenta usted del cieno, como los cerdos.

Miró al suelo. El corro vacío le tentaba, le atraía. Sentía en los brazos una fuerza que le impulsa a moverlos, en el corazón un vigor que le empujaba las palabras. Salió a los medios, se inclinó hacia Cayetano, le encañonó con el dedo terrible.

—Pero ¿hasta cuándo va a durar todo eso, señor Salgado? ¿Piensa que su reino es eterno? Por lo pronto, y sépalo de una vez, en este casino ya nos reímos de usted, del burlador burlado. Nos reímos los que recordamos sus bravatas en este mismo lugar, cuando decía que por su cama no pasaban más que virgos —se volvió rápido a los presentes y encontró caras de asombro, miradas de terror—. ¿Lo recuerdan, señores? ¡Hablábamos de cierta señorita de la localidad, y el señor Salgado textualmente dijo que no aceptaba material averiado! Pues bien: el señor Salgado, ante la sorpresa y la risa de todos, lleva casi un año corriendo tras el material averiado y tolera que le den calabazas —rio con risa falsa, ampulosa—. ¡Quiere casarse con la mujer más desacreditada de Pueblanueva porque es la hija de un conde!

Cayetano había dejado de sonreír. El corro de mirones vio con espanto cómo su cara se transformaba, se oscurecía; cómo sus ojos se empequeñecían y afilaban; cómo sus dedos se crispaban y se clavaban en el aire. «Lo va a matar», dijo el juez por lo bajo, y cerró los ojos cuando saltó Cayetano.

Cayó sobre don Lino, le agarró las solapas, lo apretó contra sí. El orador chilló:

—¡Quieto! ¡Soy un diputado de la República! ¡No puede usted tocarme!

Cayetano lo sacudió con violencia, lo despidió contra la barrera. El corpachón de don Lino, su cabezota solemne, rebotaron. Quedó como un pelele: flojo, asustado, trémulo.

—¡No tiene usted derecho...!

Las manos de Cayetano ya le agarraban otra vez y le zarandeaban.

—Le voy a hacer comer el camión de esa muchacha.

Lo empujó. Don Lino cayó encima de don Rosendo. Cayetano le hizo rodar

de un puntapié. Don Lino empezó a gritar. Don Rosendo se levantaba y se limpiaba el polvo de la ropa. Don Lino permanecía en la arena, espatarrado.

—Ustedes me responden de que ese imbécil me espere hasta que vuelva.

Cayetano salió corriendo. El portazo estremeció las botellas del bar. Quince rostros se dirigían a la puerta. Don Lino se levantó con dificultad. Cubeiro acudió a ayudarlo.

—¡Ha ido usted demasiado lejos!

—Deme algo de beber, haga el favor.

Se dejó caer en una silla. El cabello revuelto y escaso le cubría la cara. Se lo apartó y miró tristemente al vacío. Cubeiro acudía con una copa de coñac: la acercó a los labios de don Lino y esperó a que bebiera.

—¿Usted cree?

—Está a la vista.

—Pero ¿qué dijo al salir?

—Una bravata.

Don Lino intentó incorporarse.

—Me marcho.

—Eso no, don Lino. Tiene usted que esperar.

—¿Pretende que me muela a palos?

—Nos ha hecho responsables de que no se moverá de aquí.

La mirada vacilante del diputado iba de una cara en otra.

—Pero... ustedes... ¡Me protegerán! ¡Soy el diputado de este pueblo! ¡Ustedes me han elegido! ¡No pueden entregarme indefenso en las manos del tirano!

Nadie sonreía. El juez se acercó a Cubeiro, le dio unos golpecitos en el hombro. Cubeiro se apartó de don Lino.

—Hay que arreglar esto.

—Pero ¿piensa que la de Aldán tiene el virgo?

—Supongamos que sí.

—Es que si la de Aldán tiene el virgo, ya no entiendo el mundo.

—La vida da muchas sorpresas.

—¡Es increíble!

—Cayetano hará alguna burrada. ¿No vio usted cómo iba? Y al fin y al cabo quienes armamos la danza fuimos nosotros.

—En eso lleva razón, ya ve; pero no contábamos con que don Lino fuese un imbécil.

—Se me ocurre que busquemos a Aldán.

—¿Para qué?

—Que esté aquí cuando Cayetano regrese...

Cubeiro le golpeó el hombro con fuerza.

—¡Lo que a usted no se le ocurra...! —contempló al juez con admiración —. Bien mirado, es cosa de Churruchaos. Allá se las entiendan con el amo. La cuestión ahora está en encontrar a Aldán.

—Yo telefonaría a la taberna del Cubano. Si no está allí...

—Pues hágalo.

Cubeiro le empujó hacia el teléfono. Los presentes hablaban en voz baja. En el diálogo de los brazos y de las manos se expresaba el terror. Don Lino, abandonado, prisionero, meditaba en una mecedora. Cubeiro dio dos palmadas. Todos se volvieron hacia él.

—Un momento, señores. El juez y yo hemos pensado...

Cayetano entró en una calleja que corría entre tapias de patios traseros y setos de huertos familiares. La luz de una bombilla gastada quedó a su espalda; la luz de otra bombilla distaba lo bastante como para no alumbrar su cara. Caminó por el centro, y sus pies tropezaron en un envase de conservas, se enredaron en unas ramas caídas, resbalaron en el barro fétido de un charco. Iba de prisa, frenético, ensimismado en su frenesí, inclinado hacia el suelo, la mirada perdida en el fango oscuro. Se detuvo a la mitad de la calleja, alzó los ojos, intentó reconocer las galerías que asomaban por encima de las tapias, todas iguales, todas protegidas de la lluvia por planchas de cinc gris. Continuó hasta el final y regresó. Ahora contaba las casas: «Una, dos, tres... En esta». La tapia, recién encalada, no ofrecía asidero. Un poco más allá asomaban las ramas de un árbol: intentó alcanzarlas, saltó una, dos veces: solo rozaba las últimas hojas con las puntas de los dedos. Más allá todavía halló desconchados, hendiduras capaces para manos y pies; pero la luz lejana arrancaba destellos a los vidrios que coronaban el caballete del muro. Desalentado, sus manos tantearon en la pared más sombría. Pudo trepar,

agarrarse, llegar arriba. A gatas, recorrió la cresta húmeda, resbaladiza de musgo. Le sudaba la frente y le saltaba el corazón. Se sentó a horcajadas, se limpió el sudor. Las luces de las casas estaban apagadas, menos una, y no se oía bicho viviente. Encendió el mechero y examinó los vidrios del muro inmediato: pedazos de botella verdosos y blancos, en punta y con filos hirientes. Pasó la mano y se estremeció. Descalzó un zapato, golpeó con el tacón los vidrios más cercanos: se mellaban las puntas, y algunas aristas perdían el filo, pero el muro era largo y tan agudo el caballete que no había esperanzas de recorrerlo en equilibrio. Se oyeron pasos al final de la calle, y entró una sombra bajo la luz remota: Cayetano se dejó resbalar hacia la parte interior del muro y esperó colgado, con los pies en el aire. Quien fuera, pasó de largo y dejaron de oírse sus pisadas y la canción que tarareaba. Cayetano tuvo que izarse a pulso una, dos veces, hasta ganar de nuevo el caballete. Se acostó todo a lo largo, sobre el vientre, bien agarrado, y descansó. Sus ojos quedaban encima de los vidrios; si adelantaba un poco la barbilla podía rozarlos.

Pasaron unos minutos; se incorporó y quedó sujeto con las rodillas. Se quitó la chaqueta, la volvió del revés, la dobló y palpó su espesor. Así doblada, la colocó encima de los cristales. Apoyó las manos con fuerza, apretó, cargó el peso de su cuerpo, después la echó más lejos y repitió la prueba. Los pies pisaban los vidrios, los rompían, pero hallaban en ellos sostén. A gatas, con la espalda combada, avanzó: primero, una mano; después, otra. Primero, un pie; después, otro. Muy poco trecho cada vez, una cuarta, dos todo lo más. Lo que su vista abarcaba en la oscuridad era muro coronado de cristales.

Se paraba a respirar, aflojaba la tensión del torso, aproximaba el vientre a los cristales, recobraba la postura, y otra vez una mano y otra, y un pie y otro. Las manos, bien protegidas por la chaqueta; los pies, afincados entre los vidrios, comprobaban su resistencia; temía que le resbalasen y quedar a caballo del muro; temía despedazarse el sexo en los pedazos de cristal. En un huerto cercano ladró un perro. En el patio, a su izquierda, algo se movía. Se oyeron voces de gente que bajaba por la calle principal, voces y pasos. Luego dejaron de oírse. En el puerto gemía una sirena, y algo más lejos funcionaba un motor. «Es mi bomba de achique.»

Le resbalaba el sudor, y el corazón le latía con fuerza. Las piernas empezaban a cansarse, y en el juego de los brazos sentía un dolor agudo. Un poco más, quizá solo un metro o metro y medio... Las puntas perforaban ya la chaqueta, las sentía cada vez más próximas a las manos. Probó a agarrarla por lugares aún intactos y perdió en la operación unos minutos. Por fin, vio el final de la muralla, los últimos cristales. Con un esfuerzo violento recorrió aquella distancia. Cuando todo su cuerpo se halló sobre el muro vecino, se tendió en él, aflojó brazos y piernas, descansó. Habían pasado quizá veinte minutos. Pensarían los del casino que Clara no le habría dejado entrar.

Tenía la boca seca y los cabellos mojados; le ardían la cara y las manos. Buscó el frescor de la piedra, la acarició, aplicó los labios a su humedad. Poco a poco recobraba la fuerza. Volvió a contar: había recorrido dos tapias, y la de Clara era la próxima. Recordó haber oído que en el patio había pozo: el ansia del agua le impulsó. Esta vez recorrió de pie, en equilibrio, los pocos metros que faltaban. Se dejó caer, buscó el cubo del pozo y lo atrajo hasta sus labios con cuidado infinito. Había un fondo de agua, y la bebió. Después se acostó en el suelo, encendió un cigarrillo y fumó durante unos minutos, hasta que sintió de nuevo vigorosos sus brazos y sus piernas. En el cielo lucían claras las estrellas; el humo del pitillo las borraba y al disiparse volvían a aparecer. Nunca le habían preocupado, e ignoraba sus nombres; pero estaban hermosas así, en la medianoche.

En la pared encalada de la casa había una puerta y dos ventanas. Se arrastró y tanteó la puerta: la halló cerrada. ¿Tendría que romper un cristal? Se movió hacia la derecha: la ventana estaba entreabierta. Metió las narices por la rendija y le llegó un olor de orines y aguardiente. Sonrió en la sombra, se incorporó y apartó una hoja hasta que cupo su cuerpo: reptando, doblándose sobre el antepecho, con las manos adelantadas en busca de obstáculos: hallaron el suelo, se apoyaron, el cuerpo resbaló y quedó dentro. Alguien respiraba cerca, una respiración mezclada de ronquido y queja. Encendió el mechero y se puso de pie: los vidrios clavados en los zapatos crujieron contra las planchas del piso. Abrió una puerta y apagó el encendedor. Quedó arrimado a la pared, pegado a ella. El silencio se llenaba de pequeños rumores. Avanzó poco a poco, hasta que su mano halló el marco de otra puerta. Buscó el picaporte, abrió, escuchó. Clara dormía cerca, y hasta él llegó un

olor fragante, de cuerpo limpio, de ropa limpia, de suelo bien fregado. Le temblaron las piernas, le saltaba la sangre en las sienas y en la garganta. Esperó. Sin apartarse del marco fue introduciendo el cuerpo en la habitación. Su cabeza tropezó en la llave de la luz. La encendió sin miedo ya al ruido. Clara dio un grito y se sentó. Cayetano se había agarrado a los hierros de la cama y la miraba. Parpadearon, se veían confusamente. La luz alumbraba desde el techo, y la sombra de Cayetano atravesaba la colcha blanca. Clara cruzó los brazos sobre el escote: sus ojos agitados espiaban la cara, el cuerpo, los brazos de Cayetano. Él se movió; ella saltó de la cama. Él se acercó; ella tendió los brazos con los dedos curvados como garras. Él se inclinó y dio un salto; ella le rechazó contra la pared. Corrió hacia la puerta, pero se sintió cogida, atenazada. Se debatió, logró soltarse y rechazar a Cayetano. Quedaba ahora contra el rincón, y él, bajo la lámpara, la miraba con ansia, con ojos encendidos. A Clara se le había soltado el pelo y le caía sobre la frente. Se lo echó atrás. Miraba las piernas de Cayetano, esperaba su movimiento. Cuando las vio cerca lanzó una patada al vientre; pero el cuerpo de Cayetano cayó sobre el suyo, la aprisionó. Rodaron al suelo, jadeantes, abrazados. Las piernas tropezaban en los muebles, derribaron un jarro lleno de agua. Clara sintió en la espalda su frior, y con el frío más fuerza. Clavaba uñas y dientes donde podía. El aliento de Cayetano calentaba su piel, la humedecía; su cuerpo la oprimía; sus rodillas la sujetaban al suelo. Pudo soltar un brazo y clavarle los dedos en la garganta. Cayetano tosió y abrió la boca. Pero su mano agarró la muñeca de Clara y la retorció hasta que los dedos aflojaron.

Ahora los labios abiertos de Cayetano buscaban su boca: Se dejó besar y sintió que una mano intentaba acariciarla. Con las últimas fuerzas lo empujó lejos, saltó, huyó, se refugió tras la cama. Cayetano se levantó rápidamente, y otra vez su cuerpo se encorvaba como el de un animal dispuesto al salto. Tenía la camisa desgarrada, el cabello revuelto, sangre en la cara y en las manos; pero estaba magnífico, como un gallo victorioso. Clara retrocedió. Más que el dolor, más que el cansancio, empezó a temer al deseo que le nacía en las entrañas, un deseo que, contra su voluntad, respondía a la incitación del macho poderoso, a los músculos férreos, al pecho ancho y levantado. Cerró los ojos y respiró fuerte. Buscó con qué defenderse. Cayetano había escondido los brazos y otra vez se acercaba. Se arrodilló en la cama, sonriente. Clara vio las

gotas de sudor mezcladas a la sangre, vio el pecho que se agitaba y su pelambarrera oscura asomar por los jirones de la camisa. Le oyó decir:

—Lo siento, Clara.

Luego recibió un golpe, le dolió horriblemente el encaje de las mandíbulas y cayó sin sentido.

Cayetano empezó a besarla enfurecido, mientras sus manos desgarraban el camión de arriba abajo.

—No se habrá vuelto atrás el diputado.

—Te llamaré para los últimos detalles.

—Pero ¿por qué en el casino?

—No olvides que empieza a emborracharse de multitud. Ya necesita público para todo.

El caballejo caminaba al trote. Carlos se inclinaba sobre las riendas, y Juan, un poco recostado, fumaba un cigarrillo. Se oyó la voz de una sirena y el ruido de un motor. En la mar verdosa bailaba el reflejo de las luces.

—Vendrás conmigo, ¿no?

—Realmente solo tú fuiste el llamado.

—Pero no vas a dejarme solo en el casino. Es un antro que no he pisado nunca.

—¿Te dan miedo los viejos raposos?

—Me molestan.

—Yo estoy acostumbrado a ellos y te aseguro que me divierten. Son buenos tipos para un estudio.

—Unos malvados, eso es lo que son.

—No más que otros y acaso menos. Me atrevería a decir que en el fondo no son malas personas. Pero sus condiciones morales de momento no me importan. Lo interesante sería estudiarlos y perseguir en cada uno de ellos el proceso de deformación operado por el ambiente.

—Aquí el ambiente se llama Cayetano.

—¿Qué más da? Admito que todas las retorcidas de estas almas, todos sus recovecos, y hasta me atrevería a decir que sus misterios, sean creación de Cayetano. Pero eso no los hace menos interesantes. Ahí tienes a don

Baldomero, que es el que conozco más de cerca. No creo que sea el que haya sufrido menos a causa de Cayetano, pero es el que le odia más ostensiblemente.

—No más que don Lino.

—Pero de otra manera. Don Lino no acepta la realidad como es, sino que la convierte en un sistema de abstracciones. Transfigura a Salgado en el «tirano» y lo combate con retórica igualmente abstracta. Todos los tiranos del mundo se resumen en Cayetano, y todos los discursos de oposición, en las soflamas de don Lino. Y quizá él mismo se sienta resumen de todos los libertadores. Pero un resumen que perora resúmenes no puede hacer nada práctico contra otro resumen. A don Lino se le va la fuerza por la boca y no aspira a otra cosa. Su mayor gloria sería pronunciar una catilinaria ante el senado estupefacto de los socios del casino. «¿Hasta cuándo, Cayetano, abusarás de la paciencia nuestra?» Don Baldomero, en cambio, si las circunstancias le favoreciesen, lo mataría. Pero como las circunstancias no le ayudan (para él la única circunstancia favorable sería una guerra carlista), se contenta con soñar en el asesinato, un asesinato diferido a fecha incierta y puesto quizá en las manos de Dios.

—No hay nadie en Pueblanueva que no quiera matar a Cayetano, que no haya imaginado alguna vez matarlo.

—Yo me contentaría con manejarlo a mi antojo. ¡Ah, eso me permitiría hacer experiencias con él y con don Baldomero!

—Tampoco lo harías, Carlos. Porque sería jugar con hombres, y tú no eres capaz de convertir a nadie en pieza de un juego intelectual.

Arrojó la colilla y echó el brazo por el hombro de Carlos. El coche enfilaba el Arco de Santa María.

—En el fondo, y aunque te pese, todos somos humanos para ti y no objetos de estudio. Hombres a los que tienes afecto, a los que compadeces, a los que ayudas si puedes. Te he calado hace tiempo. La ciencia te importa un pito. Si sigues hablando de ella es para defenderte de tu buen corazón. No sabes odiar y hasta por Cayetano sientes amistad. Todos hemos pensado alguna vez en matarlo, menos tú. Y no soy yo solo el que lo sabe. El otro día me hablaba de ti el Cubano en términos parecidos. Eres un hombre blando o eres al menos incapaz de maldad. Has ayudado a los pescadores más de lo que podías. No

habrá sido por hacer una experiencia.

—¿Cómo que no? Una experiencia colectiva que me dio buen resultado, aunque al fin haya acabado complicándose.

Tiró de las riendas, y el coche se detuvo.

—Lo dejaremos aquí. Y procura ser breve con el diputado. Me estoy cayendo de sueño.

Carlos abrió la puerta, entró el primero, dejó pasar a Juan y cerró. Quince rostros se volvieron hacia ellos; quince rostros asustados de pronto, en seguida sonrientes. Cubeiro corrió al encuentro de Carlos con los brazos tendidos. Don Lino llamaba a Juan.

—¡Señor Aldán, por fin llega usted! Siéntese aquí, conmigo. ¡Chico, al señor Aldán lo que quiera! ¿Quiere tomar una copita?

El tono de la voz del diputado tenía resonancias de ansiedad, si bien disimuladas, y se movía nerviosamente. Sentó a Juan a su lado y empezó a hablarle. Cubeiro se había llevado a Carlos a la barra del bar. Don Lino se interrumpía, se dirigía a cualquiera de los presentes, reanudaba con Juan una conversación incoherente, hecha de exclamaciones. Cubeiro contaba a Carlos comidillas locales referentes a las procesiones y a la destitución del alcalde por el gobernador civil.

—¡Ah! Y se dice por ahí que don Baldomero fue el que puso fuego a la iglesia. Hay quien le vio salir pegando tumbos de borracho que estaba y con un paquete bajo el brazo. Momentos después se vieron llamas.

—¡No me diga!

—Pues a mí no me costaría gran trabajo creerlo. Las pinturas no le gustaban, y con el aguardiente... ¿No le parece que tiene gracia la cosa?

Don Lino manoteaba, braceaba. Carlos veía sus movimientos por encima del hombro de Cubeiro. Veía también los cuchicheos, las miradas furtivas a la puerta, los paseos nerviosos. Y todo le parecía extraño, forzado.

—Oiga, Cubeiro: ¿qué pasa aquí?

—¿Pasar? Nada que yo sepa. Que hay más gente que otras veces. Y como don Lino estuvo discurseando, no hubo manera de arreglar una partida. ¿Ha visto usted a don Lino? ¡Está que no le cabe una paja por el culo! Pero, claro, le ha visto y le ha traído en su coche. Usted está bien enterado.

También don Lino miraba a la puerta de vez en cuando y consultaba el

reloj. Alguien dijo a su lado: «¡Ya van tres cuartos de hora!», y al que lo dijo lo arrastraron hasta un rincón. «¡Pues le habrá dado mucho trabajo!» El chico del bar aprovechó un silencio de Cubeiro para recordarle la promesa de dos pesetas, y Cubeiro con mirada asesina las arrojó encima del mostrador.

—Lo que me ha dicho usted del boticario no deja de ser interesante. ¿Quiénes lo han visto?

—Unas mujeres que volvían del velatorio de un pariente. Salió por la puerta de la iglesia, por la pequeña, y se marchó a su casa dando un rodeo. A ellas les extrañó que a aquellas horas estuviera la iglesia abierta.

—¿Y lo sabe esa gente?

—Como se dicen esas cosas. Que si Fulana oyó decir a Zutana que Perengana había visto... Pero lo tapan, ya verá usted cómo lo tapan. Al cura de Santa María después de todo le dio el trabajo hecho.

Se abrió la puerta con estrépito, y entró Cayetano. Todos se volvieron hacia él y recularon suspendidos, paralizados los movimientos y los gestos. Juan estaba de espaldas, y desde la barra del bar la puerta no se veía. Carlos preguntó:

—¿Qué sucede?

Y Cubeiro intentó sujetarlo.

—Calle. No va con usted.

Cayetano atravesó el salón pisando fuerte. Roto, arañado, despeinado. Se detuvo delante de don Lino, levantó el brazo con calma y echó sobre la mesa de mármol un camión destrozado, con manchas. Juan entonces volvió la cabeza. Cayetano le vio. Dio un paso atrás. Juan se puso de pie, le miró, se volvió a medias hacia la mesa, cogió el camión.

—Quién te ha traído aquí? —le gritó Cayetano—. ¡No te metas en esto!

Juan dio una patada a la silla, se quitó la chaqueta rápidamente. El juez corrió a sujetarle; Cubeiro abandonó a Carlos y se acercó a Cayetano de un brinco.

—¡Señores, nada de peleas en el casino! ¡Las cuestiones, a la calle!

Cayetano lo apartó de un manotazo. Todos chillaban:

—¡A la calle, a la calle! ¡Peleas, a la calle!

Juan pugnaba por desasirse del juez. Y el juez gritaba cerca del oído de Juan:

—¡A la calle! ¡Soy el juez y les prohíbo que peleen aquí dentro!

Recibió una sacudida y salió despedido contra el suelo. Juan corrió a la puerta.

—¡Ven a la calle a que te mate!

Esperaba en la acera, con los brazos contraídos, con los puños cerrados. Cayetano se acercó calmosamente, y unos pasos detrás, los socios del casino. Al poner Cayetano los pies en la acera, Juan saltó encima, y cayeron al suelo.

Carlos había quedado solo en la barra del bar. Se acercó a la mesa donde Juan y don Lino habían estado sentados, recogió el camión, lo examinó y lo guardó. Luego se dirigió a la puerta. Habían abierto la ventana, y desde ella los socios del casino contemplaban la pelea. Carlos quedó en el umbral con las manos en los bolsillos. Ensangrentados, contraídos, Cayetano y Juan se golpeaban en medio de la calle. Se rechazaban y se volvían a juntar, caían y se levantaban. Al ruido de los golpes se mezclaban los gritos sordos, los insultos en voz baja. Cubeiro se acercó a la puerta y preguntó a Carlos:

—Usted, ¿por quién apuesta?

—Y usted, ¿quién prefiere que gane?

Salía gente a las ventanas. Chillaron unas mujeres, y una voz de hombre clamó desde un mirador:

—¡Sepárenlos! ¿Qué hacen que no los separan?

Juan cayó y tardó en levantarse. Cayetano retrocedió unos pasos, respiró fuerte. Juan estaba de rodillas y se apoyaba en el suelo vacilante. Cayetano se aproximó, levantó el brazo, dio impulso a la mano y descargó un puñetazo en las narices de Juan. Inclinado y en guardia, vio cómo Juan caía, cómo se retorció, cómo quedaba quieto. Le dio una patada, y el cuerpo de Juan saltó, se estremeció y no volvió a moverse. Entonces Carlos se quitó la chaqueta, atravesó la calle, agarró a Cayetano de un hombro y lo zarandeó.

—Ahora, conmigo.

Cayetano se pasó la mano por los ojos, miró a Carlos y se echó a reír.

—¿Contigo? ¡No tengo ni para empezar!

Carlos le descargó un revés y dejó el pecho al descubierto. Recibió un puñetazo en el estómago, se inclinó, y esta vez fueron las narices las golpeadas. Perdió el equilibrio, dio un tropezón y quedó en el suelo, atravesado. Se retorció, intentó levantarse, recibió un puntapié en el trasero y

dio con la cara en las losas del pavimento.

Cayetano en mitad de la calle alzó los brazos.

—¡Se acabaron los Churruchaos!

Cubeiro acudía con un vaso de agua. Cayetano bebió la mitad de un trago y la otra mitad la arrojó a la cara de Cubeiro. Se dirigió a la puerta del casino. Los que habían contemplado la pelea saltaron rápidamente por la ventana. De unos balcones a otros hablaban las mujeres, preguntaban quiénes se habían peleado, reflexionaban que no hay cosa peor para los hombres que el vino. Los socios del casino se separaron calladamente, mientras Cayetano bebía a morro el coñac de una botella ante la mirada del muchacho del bar.

—Vete al patio, sácame un cubo de agua y échamelo por encima.

Se sentó en una silla y esperó. El muchacho, sin dejar de mirarlo, salió al patio.

—Pero ¿nadie recoge a esos hombres?

—Déjelos, que muertos no estarán.

—Es un pecado dejarlos ahí tirados.

—Dicen que son los Churruchaos...

—Pues si son los Churruchaos que se arreglen...

Las ventanas empezaban a cerrarse. Una colilla encendida vino volando y cayó junto a la cara de Juan. Carlos se incorporó y miró alrededor: le dolían la cara y el pecho; la sangre le resbalaba por la barba y el cuello. Se acercó como pudo a la puerta del casino, recogió su chaqueta y buscó el pañuelo. Con él arrimado a las narices llegó hasta Juan, lo cargó a hombros y lo condujo al carricoche. Asió las riendas y tiró calle arriba. Llamó a la puerta de don Baldomero, la golpeó con los dos puños, gritó el nombre del boticario. Se oyó el ruido de un mainel al abrirse.

—¿Quién es? ¿Qué sucede?

—Ábrame. Soy Carlos Deza.

Tardó en bajar don Baldomero, vestido de cualquier modo, con cara de susto.

—¡Don Carlos! ¿Qué le ha pasado?

—Acérquese y ayúdeme.

Entró en el carricoche y echó en brazos del boticario el cuerpo inerte de Juan.

—Pero ¿quién es? ¿Está muerto?

—Es Aldán. Métalo en la botica y hágale la cura. A mí deme agua para lavar esta sangre.

—Mejor aguardiente. Un buen trago primero y después agua. Coja a Aldán por los pies. La puerta la abriré yo.

Juan se quejaba débilmente, y su cuerpo pesaba como el de un muerto. Lo dejaron en el suelo mientras encendían las luces. Don Baldomero cerró la puerta. La atrancó y fue en busca del aguardiente. Pasó la botella a Carlos, destapada.

—Beba lo que apetezca. Luego vaya al patio y lávese. Yo me encargo de Aldán. La luz del patio está encendida.

Carlos se sintió reanimado. Don Baldomero arrastraba a Juan hacia la rebotica. Le ayudó a sentarlo y le aguantó, mientras don Baldomero con algodones empapados en agua oxigenada le lavaba las heridas.

—Vaya a mojarse, don Carlos. Yo me basto.

Carlos salió al patio. Metió la cabeza en el cubo y la mantuvo sumergida unos instantes. Escurrió el agua de los cabellos, y así, mojado, entró.

—¿Tiene una toalla para secarme?

—Sí, tome. Y venga aquí, que le taponaré las narices. Hay que cortar esa hemorragia.

Se sentó y esperó. Juan estaba herido en la frente, en los labios, en una mejilla, y tenía hematomas en todas partes. Don Baldomero le aplicaba ungüentos, gasas y esparadrapos.

—Cómo lo han dejado, ¿eh? Parece un eccehomo. Y usted tampoco está mal.

—Lo mío es menos importante.

—¿Quién ha sido?

—Cayetano.

Don Baldomero suspendió un instante la cura. Miró a Juan y a Carlos e hizo un gesto indefinido.

—A ver. Ahora, usted.

La cabeza de Juan reposaba encima de sus brazos, sobre la mesa camilla. Respiraba fuerte y gemía.

—Debe tener el cuerpo magullado. Le daré un mejunje para que lo

friccion.

Carlos inclinaba la cabeza hacia atrás, mientras el boticario le manoseaba en las narices. La sangre contenida afluyó a la garganta. Tosió.

—Cosa de un minuto. Luego se echa boca arriba.

—No puedo. Hay otra víctima.

—¿Otra...?

Carlos se levantó.

—Dé a Juan un poco de aguardiente y espere aquí con él, hágame el favor.

Don Baldomero le preguntó asustado:

—¿Adónde va?

—No pase cuidado y espere. Vendré en seguida.

Salió y montó en el carricoche. El dolor del labio le resultaba especialmente agudo, y sentía hincharse la carne. Escupió sangre y comprobó con la lengua que un diente se movía.

«Pues me ha dejado hecho unos zorros.»

Dirigió el coche a la plaza y lo paró ante la casa de Clara. Saltó y corrió a los soportales. Ante la puerta vaciló. La empujó con mano temblorosa, y la puerta cedió. Sintió una gran alegría. La tienda estaba a oscuras. Arrimó otra vez la puerta y corrió un cerrojo. Escuchó. Por debajo de la puerta interior salía una raya de luz débil. Entró en el pasillo. La luz venía de una habitación con montante de cristal. Se acercó, llamó con los nudillos y abrió. Clara estaba encima de la cama, debruzada, el cuerpo desnudo cubierto por la sábana hasta más arriba de la cintura. Sillas caídas, la almohada en el suelo, ropas aquí y allá. El cuerpo de Clara, inmóvil. Puso la mano sobre la espalda caliente, temblorosa.

—Clara.

Ella levantó la cabeza y le miró entre la maraña de cabellos, con mirada quieta, de animal asustado. Tardó un rato en moverse, en sonreír. Entonces le temblaron las pupilas y dejó caer los párpados. Extendió un brazo y gimió.

—Espera. No te muevas. Te traeré ropa.

Abrió el armario y cogió un abrigo negro. Clara se había tapado con la sábana y escondía la cara entre los brazos. Dejó el abrigo a su lado.

—Dame agua, ¿quieres? En la cocina.

—Sí.

Salió, buscó un vaso, lo llenó. Clara se había puesto el abrigo y estaba sentada en el borde de la cama. Bebió el agua ávidamente. Devolvió el vaso a Carlos y le miró el rostro. Alargó la mano y le acarició el labio tumefacto.

—¿También a ti?

—No importa.

Carlos le apartó los cabellos y le examinó el rostro. Tenía el labio inferior hinchado y amoratado, la cara manchada de sudor y sangre.

—Espera. ¿Dónde tienes una toalla?

—Por ahí.

Las buscó en el aguamanil; fue a la cocina y llenó de agua la palangana.

—A ver. Inclina la cabeza.

La lavó y la secó.

—Ahora, vámonos.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Mis zapatos...

Carlos se arrodilló, buscó los zapatos debajo de la cama y se los calzó. Clara respiraba con fuerza. Cruzó el abrigo y lo sujetó con la mano.

—Bueno. Como quieras.

Apagaron la luz y salieron. Carlos descolgó la enorme llave de hierro y cerró con ella la puerta de la calle. Ayudó a Clara a subir al coche.

—Aquí, a mi lado.

—¿Y Juan?

—Ahora lo recogeremos.

Se detuvieron ante la casa del boticario. La mandó esperar. Don Baldomero abrió la puerta.

—Ya está mejor. Ya habla. ¿Quién queda en el coche?

—Clara.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Es penoso explicarlo. Ya lo sabrá usted.

—A ese tío había que matarlo...

Juan apareció en la puerta de la rebotica, deformado el rostro por la hinchazón y los apósitos; arrastraba una pierna.

—Le he dado alcohol alcanforado para las fricciones y unas pastillas para

dormir. Mañana subiré a hacerles las curas. Porque irán al pazo, supongo...

Juan se agarró al brazo de Carlos.

—¿Y Clara?

—Está ahí. Vendrá con nosotros.

Don Baldomero les acompañó y esperó a que el coche arrancase. La calle estaba vacía, y se oía, lejana, una canción cantada a coro.

—Mañana subiré al mediodía...

Juan iba tumbado en el fondo del coche. Carlos abrazó a Clara con la mano libre, la sujetó durante todo el trayecto. Fueron silenciosos. Juan, de vez en cuando, resoplaba y se quejaba. Al descender del coche, le flaqueó la pierna y cayó. Clara le ayudó a levantarse. Carlos había entrado en el zaguán y llamaba al Relojero. Paquito apareció en la puerta del chiscón con la luz en la mano. Miraba a Carlos con ojos saltones. Señaló el labio hinchado, las manchas de sangre...

—Alúmbranos el camino, Paco. Después, hazme el favor de guardar el coche y el caballo.

—¿Hubo guerra?

—Y derrota.

Juan apareció en el umbral, apoyado en Clara. El Relojero se volvió hacia ellos, atravesó el zaguán y levantó la luz por encima de su cabeza.

—¡Carajo!

—Ve delante, Paco.

Ayudaron a Juan a subir las escaleras. El Relojero, cada dos pasos, se detenía y miraba. Entró en la habitación de Juan y prendió las luces.

—¿Y ahora?

—Haz lo mismo en mi cuarto y en la torre.

Paquito señaló la pierna renqueante de Juan.

—Esa pierna hay que verla. Yo entiendo de composturas.

—Alumbra las habitaciones y vuelve.

—Yo haré lo que sea, ¿eh?

—Vete, y vuelve.

Echaron a Juan en la cama y empezaron a desnudarlo. Le dolían los movimientos, le lastimaba hasta el colchón. Quedó en ropas menores; Clara se apartó, hasta que Carlos lo hubo tapado. Quedaban fuera los pies, calzados de

zapatos relumbrantes con largas rozaduras. Clara se arrodilló y empezó a descalzarlo.

—Puedo darle unas fricciones —dijo—. De vinagre.

—Trae ahí con qué darlas, pero el Relojero lo hará mejor.

Entregó a Paquito el frasco de alcohol.

—Te lo encomiendo, Paco.

El Relojero rio.

—A mí me han dado tundas mayores, y ya me ve.

—Ven, Clara.

La llevó a su habitación. Paco había encendido velas y quinqués. Clara se dejó caer en la cama, y Carlos se sentó a su lado y le acarició el pelo. Ella había cerrado los ojos. Su mano buscó la de Carlos y se la apretó.

—No me compadezcas, Carlos. Me defendí como pude, pero hubo un momento en que deseé entregarme a él. Si se hubiera dado cuenta, si hubiera sabido esperar un poco más, no habría tenido necesidad de golpearme.

Se incorporó y quedó apoyada en el codo.

—Siempre hay algo dentro de mí que lo estropea todo.

—Eso no eres tú, sino lo que llamas tu demonio.

—Quizá; pero lleva tanto tiempo dentro, que es como si fuera mío.

—¿Y no habrá muerto hoy?

—No lo sé...

Alzó la mano y acarició de nuevo el labio de Carlos.

—¿Te duele mucho?

—Una especie de hormigueo...

Clara sonrió.

—¡Estás tan feo, Carlos! ¡Y me da tanta pena pensar que te han pegado por mi culpa...!

—Hace bastante más de un año que este golpe me amenazaba. Por fin, ha descargado. No fuiste más que el pretexto.

Clara dejó caer la cabeza y extendió los brazos.

—¿No estaría de Dios que hubiera de ser Cayetano...? —se interrumpió; agarró el brazo de Carlos—. De una manera o de otra, buena, mala o peor. No se puede escapar a lo que está escrito.

—Nada hay escrito, Clara. No hay más que nuestra voluntad y la voluntad

de los demás. A veces, la de ellos puede más que la nuestra, y nos hacen daño; a veces, la nuestra se equivoca y hacemos daño a los demás y a nosotros mismos.

Quedaron en silencio. Se oyeron los pasos del Relojero en el corredor y el golpe de sus dedos en la puerta.

—Pasa.

El Relojero abrió una rendija y asomó la cara.

—Ya está. Dice que había unas pastillas para dormir.

—En el bolsillo de su chaqueta.

—¿Cuántas le doy?

—El sabrá.

El Relojero cerró la puerta. Clara dijo:

—También me gustaría dormir.

—Te traeré una pastilla.

Salió y fue a la habitación de Juan. Paquito le daba a beber un vaso de agua.

—Majaron en él como en el trigo.

—¿Dónde están las pastillas?

El Relojero señaló un tubo encima de la mesa de noche.

—Golpes en todas partes, muchos con sangre, y un hueso de la pierna desconcertado. Ya lo encajé y le puse unos paños, pero, a lo mejor, está roto.

—Ahora, acuéstate.

—No tengo sueño.

Clara se había acostado. Al incorporarla para darle el agua y la pastilla, Carlos vio que estaba desnuda.

—Ponte, si quieres, mi pijama, pero está destrozado, y no tengo otro.

—Ya me arreglaré.

—Mañana te traeré ropa. Ahora, duerme.

—Adiós, Carlos.

Apagó las velas y salió. El Relojero estaba en el pasillo, ante la puerta de Juan.

—¿Sucede algo?

—Nada. Pero ¿adónde va a dormir esta noche?

—No te preocupes. Hasta mañana.

Se metió en la habitación de la torre y cerró la puerta. La sangre latía en el labio golpeado, en las sienas, en los pulsos. Echó un trago de coñac, se sentó en un sillón y cerró los ojos.

Amaneció un día resplandeciente. El sol se asomó al cielo limpio y lo inundó todo de luz. Carlos, desde el sillón, contempló el disco rojizo, le vio ascender por encima de los montes. Se estiró y se contrajo rápidamente: le dolían los músculos, las articulaciones, quizá los huesos y el alma. El labio se le había hinchado mucho más: lo podía ver, oscuro, solo con bajar los ojos.

Se levantó y sintió un pinchazo en la pierna derecha. «¡Ay!» También la parte alta de las nalgas recordaba el puntapié de Cayetano. Renqueando, se acercó a la mesa y bebió coñac. Se sintió con más bríos. Abrió la ventana y dejó entrar el aire fresco. Pueblanueva dormía. Miró el valle oscuro, la mar que clareaba, los montes remotos. Era hermoso.

Marchó a la cocina, se lavó en el fregadero, destaponó las narices y limpió las manchas de sangre. Después se miró en el espejo del Relojero y se rio. Oyó pasos quedos en el corredor, se abrió la puerta y entró Paquito.

—¿Le pasa algo, don Carlos?

—Nada.

—¿Va a salir?

—Sí.

—¿Quiere que le prepare el coche?

—Bueno.

—También puedo acompañarle.

—No.

El Relojero dio una vuelta por la cocina.

—Es muy temprano para hacer el café.

—Lo haremos luego.

—¿Va a venir pronto?

—En seguida.

—Sería bueno traer vendas para Aldán.

—Más tarde vendrá el boticario a hacerle las curas.

—¡Ah!

Cuando Carlos bajó al zaguán, el coche le esperaba. No halló a nadie en el camino, ni en la plaza; pero, a su paso, se movieron algunas cortinas. Entró en casa de Clara, fue derecho al armario, recogió toda la ropa, la empaquetó en una sábana y llevó al coche el atadizo. Volvió adentro, buscó en la tienda lo que Clara hubiera podido olvidar, recogió sus avíos de coser, cerró y guardó la llave. Al salir de la plaza, el autobús matutino asomaba a la puerta del garaje. Había gente a la espera, y por la esquina de la iglesia asomó don Lino, la maleta al hombro y su mujer al lado. Carlos entró en el coche y esperó. Don Lino venía desalado, miraba a todas partes; entró el primero en el autobús y se escondió en un rincón; María esperaba, inquieta.

«Este pone tierra por medio», pensó Carlos.

Marchó a casa de doña Mariana, metió el coche en el jardín y subió. Olía a humedad y el polvo apagaba los brillos de la cera. Recorrió los pasillos, abrió alguna ventana, vació la ropa de un armario y la fue colocando en un cajón. Después, desarmó la cama que había usado Germaine, llevó sus piezas al coche y arrastró, como pudo, el cajón de la ropa. Sudaba y sentía en las fauces sabor a sangre.

Paquito le esperaba a la puerta del zaguán, con el bastón en las manos y la mirada perdida.

—Ayúdame, Paco. Vamos a armar esa cama en el cuarto que fue de mi madre. El cajón lo subiremos entre los dos.

—¿No tiene hambre?

Trabajaron durante una hora. La cama quedó armada en un rincón, y hacía bonito, con la colcha de seda y los damascos del dosel.

—Ahora puedes hacer el desayuno.

Ordenó en el armario la ropa de Clara, barrió un poco el suelo, limpió el polvo de los cristales y de los muebles. El Relojero vino a decirle que ya estaba el café.

—Acaba de llegar la panadera. ¿Cuánto cojo?

—Tú verás. Para cuatro.

Le dio dinero y marchó a la cocina. La cafetera humeaba encima de la mesa. Preparó la bandeja con dos tazas. Paquito subió con el pan, moreno, crujiente.

—Tú, lleva el café al señor Aldán.

—Sí, don Carlos.

El Relojero no se movió.

—¿Esperas algo?

—¿Quién les pegó?

—¿No lo adivinas?

—Era cuestión de suponerlo.

Colgó el bastón de un clavo y empezó a preparar la bandeja de Juan. Carlos llevó la suya al cuarto de la torre y entró después en la habitación de Clara.

—¿Estás despierta?

—Sí.

Clara miraba al techo, y Carlos advirtió en las pupilas la misma quietud, el mismo terror que unas horas antes, al entrar en su cuarto, al hallarla desnuda. Carlos se estremeció; la mirada de Clara le recordaba otras miradas vistas en Viena y en Berlín, entre los clientes de los sanatorios.

Se acercó, le cogió la mano.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé.

—Ya he traído tus ropas, y algunas cosas más. Están en otra habitación.

Cogió el abrigo de Clara y lo dejó encima de la cama. Ella no se había movido, pero ya no miraba al techo.

—Ahora, ponte esto y ven a desayunar.

Se acercó a la ventana mientras Clara se vestía.

—Ya puedes volverte —dijo ella.

Los pantalones rotos del pijama le salían por debajo del abrigo. Se había recogido el pelo y buscaba algo con que atarse la cintura. Carlos le trajo un trozo de cuerda.

—Es que, al andar —explicó Clara—, se abre y se me ve la carne.

La llevó a la torre. Clara se empeñó en servir las tazas y en preparar el pan. Se movía en silencio, sin mirar a Carlos. A veces pasaba la lengua por el labio amoratado, o retiraba bruscamente las manos y las escondía. Al echar el café, el chorro oscuro vertió fuera de la taza. Se disculpó, enrojecida. Cortó, temblando, las rebanadas de pan.

—Me preocupa Juan —decía Carlos—. Es difícil que un hombre como él

encaje con serenidad el golpe. ¿No sabes con qué alegría interior, con qué furia, esperaba a Cayetano! Se le notaba en los ojos brillantes, en la voz segura. Era la ocasión de su gran victoria, pero lo fue de su derrota, una derrota pública, evidente, sin paliativos y que no hay manera de disimular. Porque lo mío fue otra cosa. Fue, como si dijéramos, un lujo. Me metí en la pelea a sabiendas de que perdería, solo por solidaridad con Juan en la derrota, solo pensando que le gustaría no ser el único vencido. Yo estaba sereno y sabía lo que iba a suceder. Sopapo más, sopapo menos, Juan estaba vencido antes de empezar. A fuerzas iguales hubiera ganado Cayetano, porque su furia era todavía mayor. Sin embargo, me alegré de que Juan pelease, me sentí lleno de orgullo cuando le vi, hecho un gallo, y no por él, sino porque salía en tu defensa. Llegué alguna vez a dudar que te quisiera, pero lo de ayer lo hizo solo porque te quiere.

Clara alzó la cabeza y preguntó con dulzura:

—¿Por qué me engañas? Sabes perfectamente que Juan no me quiere, y que ayer no peleó por vengarme, sino por quedar bien, por su honor de hombre. Se lo agradezco igual, y lo siento, pero no me hago ilusiones.

—Estás equivocada, Clara. Juan...

Clara le interrumpió:

—No sigas. Di de Juan lo que quieras, pero sin meterme a mí. Lo mío es mío solo.

Hablaba con voz intranquila, miraba con turbación. A pesar del cingulo improvisado, se le abría el abrigo y se le veía la carne por el escote del pijama. Lo cerró con mano torpe.

—Es tan mío, que siento como si, al pelearos, me lo quisierais robar. Pero es igual. Hubierais matado a Cayetano y me sentiría lo mismo. Ni Cayetano ni nadie importa. Lo que está hecho, está hecho sin remedio.

—Queda alguno, Clara. Por lo pronto, obligar a Cayetano a que se case contigo.

Ella sonrió forzosamente. Jugaba con el cuchillo, lo había introducido en una ranura de la mesa, lo empujaba, lo soltaba, lo dejaba vibrar.

—¿Para qué?

—Puedes tener un hijo.

—¿Y qué? —agarró el cuchillo con violencia excesiva, como si fuera un

puñal—. ¿Piensas que me importa que nazca sin padre? No lo sería Cayetano, aunque me casara con él. Y tampoco sé si llegaré a sentirme madre suya. Yo no lo hice. Puede que nazca dentro de mí y a costa mía, pero me preocupan más otras cosas que también pueden nacer o que quizá ya estén naciendo. Las siento aquí.

Se echó hacia atrás en el sofá y llevó la mano al corazón. Quedaba su cabeza debajo del retrato de doña Mariana. Carlos las miró alternativamente y tembló al advertir un común gesto, una común mirada.

—Hoy me desperté al amanecer. Me dolía el labio, daba vueltas en la cama, medio despierta, y sentía sed. Me levanté, fui a la cocina a beber, entré después en el cuarto de Juan y estuve un rato a su lado, sin que él lo supiera. Intentaba sentir compasión, algo común, aunque solo fuera gratitud. Pensaba que debía sentirla, pero no la sentía. Me parecía un extraño, un desconocido.

Había adelantado el cuerpo y movía las manos de una manera desacostumbrada en ella, sin compás, sin que el gesto corroborase las palabras. El escote había vuelto a abrirse. Carlos la escuchaba con inquietud: las manos de Clara le parecían ahora de otra persona.

—Entonces decidí venir junto a ti. Te hubiera contado mejor que ahora lo que me sucedía, pero llegué hasta esa puerta y no me atreví a entrar.

Enderezó el cuerpo, miró a Carlos francamente; las manos palmoteaban los muslos.

—¿Sabes qué me pasó anoche? Cuando recobré el sentido me pareció que este cuerpo no era el mío, que también me lo habían robado. Y esta madrugada, al despertarme, me sucedió igual. No me atrevía a tocarme. Por eso antes no quise que me vieras la carne. Si el cuerpo fuera el mío, no me hubiese importado.

Empezó a morder una corteza de pan. Carlos, sin dejar de espiar su rostro, encendió un pitillo. Ella parecía sosegar. Sonrió.

—Comprendo que todo esto son tonterías. Mi cuerpo es el mío, claro, lo reconozco, aunque algo haya cambiado en él. Pero... —cerró los ojos y apretó las manos—. Quizá me hayan hecho un hijo, pero han sembrado también cosas malas. No sé cuáles. Estoy confusa, ¿comprendes?, y yo misma me causo extrañeza. No siento disgusto ni irritación, sino calma, y la calma me da miedo. ¿Qué es lo que va a crecer en mí ahora? Carlos, tú entiendes de eso.

Dímelo.

—No entiendo de nada. No soy capaz de adivinar lo que te pasa. Me he equivocado siempre, y ahora sería terrible hacerlo una vez más.

Se levantó y se sentó al lado de Clara.

—Soy un bestia. Perdóname.

Ella continuó:

—Esta madrugada, después de haber llegado aquí, volví a acostarme, pero no podía dormir. Me dolía el labio y me andaba por el corazón un deseo extraño. Sentía necesidad de buscar a Cayetano, de entregarle este cuerpo y que me devolviera el mío. Esto es otra tontería, ¿verdad?

—Quizá no.

—Y también pensaba que después sería capaz de matarlo, y que si no lo mataba, ya no podría vivir, porque se había apoderado de mí.

Se levantó asustada. Carlos la retuvo.

—Eso me da más miedo que nada. Más que tener un hijo. Porque yo he perdonado siempre a todos, menos a los que matan. Nunca hallé bastante justificación para una muerte, pero ahora comprendo que haya quien pueda matar.

Volvió a sentarse, recogió las manos. Le temblaban los hombros y los brazos, y parecían habersele achicado los ojos, habersele ensombrecido. La voz se le hizo ronca, entrecortada. Carlos le echó un brazo; ella se lo apartó.

—Quizá lo que me está naciendo dentro sea un bicho malo, peor que el que tenía. Porque aquello de antes era asunto mío, no hacía daño a nadie...

Se volvió bruscamente a Carlos, le cogió las manos.

—Aún te quiero, Carlos, pero llegaré a no quererte. Y entonces, nada me importará nada —se le ahiló la voz, le tembló—. ¡Y tú no puedes ayudarme!

Carlos gritó:

—¡Puedo casarme contigo! ¡Mañana mismo!

—¡No, Carlos, ahora no! ¡Ahora menos que nunca! ¡Podrías ser padre de un hijo, si lo tengo, pero nunca de toda esta maldad que siento dentro! ¡Esto es mío solo, ya te lo dije! ¡No puedo compartirlo con nadie, ni aun contigo! ¡Es como el placer que me daba mi vicio!

Soltó a Carlos y se llevó las manos a la cara, se levantó de un salto.

—¡Estoy endemoniada!

Carlos vio otra vez el terror en sus ojos. Le sujetó los brazos, la obligó a sentarse.

—¡Quieta! ¡No digas disparates!

Le agarró las manos con una de las suyas y con la otra cogió la botella de coñac. Clara se debatía, intentaba soltarse.

—Déjame.

Le acercó la botella a la boca. Clara gimió y bebió un trago.

—Escúchame. Si no soy capaz de remediarte, no merezco que los hombres honrados me miren a la cara.

Clara apartó la botella de la boca.

—No podrás hacer nada. ¡Si yo lograra sentir contigo lo que sentía sola...! Pero ya no te deseo... Esta madrugada, cuando vine a buscarte, quería que fueses tú quien me devolviese mi cuerpo. ¡Te había deseado tanto! Pero me horrorizó la idea. Sentía repulsión, como si fuera a entregarte un cuerpo ajeno. Escapé. ¡No tengo cuerpo para quererte, Carlos! ¡Este cuerpo no es mío! ¡Nada me queda mío más que la maldad!

Había hablado entre sollozos. Le dio un hipo violento, profundo, se echó de bruces en el sofá. Carlos la agarró por las muñecas.

—¡Clara, Clara!

Abrió la puerta. Allá lejos, en medio del pasillo, se había plantado el Relojero con el bastón bien asido con las manos. Lo llamó.

—Trae las pastillas de anoche y un vaso de agua. Corriendo.

—¿Sucede algo?

Volvió al lado de Clara. La congoja le sacudía el cuerpo, la levantaba sobre el pecho. La cogió en brazos y salió al pasillo. Paquito llegaba con el agua y las pastillas.

—Ven conmigo.

La echó encima de la cama, le hizo tomar los comprimidos y beber el agua.

—Cierra las ventanas y vete. No hagas ruido.

El Relojero dejó la habitación en penumbra y salió en puntillas. Clara gemía y se contorsionaba. Carlos se sentó en el borde de la cama y le sujetó los brazos. Poco a poco se calmó la angustia. Dejó de llorar y de retorcerse, empezó a respirar normalmente. Después se quedó dormida.

Le tomó el pulso y le escuchó el corazón. Volvió a hacerlo unos minutos

más tarde.

Le quitó el abrigo y la tapó. Salió al pasillo. Paquito esperaba en el arranque de la escalera.

—Acércate. Deja la puerta abierta y no te muevas de aquí. Si la oyes, ven a avisarme.

—¿Quién tiene la culpa de todo esto, don Carlos?

—Yo.

Paquito sonrió y meneó la cabeza.

—Usted sabe que no, don Carlos. El que quiere mandar más que Dios, ese tiene la culpa.

Juan se había sentado en la cama. Le dolía la pierna. Tenía un ojo tapado por la hinchazón, la nariz deformada y esparadrapos en todas partes. No podía mover un brazo y había hecho cabestrillo del escote de la camiseta. Con la otra mano fumaba.

—¿Qué le pasa a Clara?

—Aguantó mecha con demasiada serenidad, y ahora se le soltaron los nervios y acabó desmoronándose. Lo natural.

Arrastró una silla y se sentó cerca de la cama.

—A ver. Saca esa pierna.

—Debo tenerla rota.

Estaba hinchada y oscura. Carlos palpó la hinchazón, y Juan dio un grito. Se le cayó el cigarrillo, y Carlos se agachó a recogerlo.

—No sé. Habrá que esperar a don Baldomero. Quizá él entienda de eso más que yo.

—Me duele. Me duele todo el cuerpo.

Dejó el pitillo en la mesa de noche y con la mano libre agarró a Carlos.

—Estamos hundidos. Nunca podremos ser ya nada en Pueblanueva.

Carlos le miró con dureza.

—¿Y qué?

—En esas condiciones todo me da igual.

—Yo no pienso en nosotros, Juan. No quiero hacerlo, no puedo hacerlo, porque tendría que reconocermelo culpable, y eso quizá no me resultase cómodo y sobre todo me obligaría a hacer algo que no deseo.

—Desconozco tus relaciones con mi hermana; pero en lo que a ella se

refiere no me siento sin culpa. En cuanto a Cayetano..., ¡en fin! Es el culpable universal. A este respecto, tiene razón el loco.

—Estoy dispuesto a atribuirle menos culpa que a nosotros.

—¿Por qué le pegaste entonces?

—Ese es otro cantar.

Juan hizo una mueca de dolor y cambió de postura.

—No entiendo.

—¡Si yo lograra entenderme! Pero es una cuestión que de momento ha dejado de interesarme. Está el problema de tu hermana.

—¿Qué pretendes? ¿Que coja una pistola y obligue a Cayetano a casarse con ella? No lo haré jamás, porque sería la paz entre nosotros, y yo no la deseo. Mataré a Cayetano, ¿sabes? No sé cuándo ni cómo, pero lo mataré, aunque para hacerlo necesite revolucionar al pueblo. ¡Es una buena idea, ya ves!

—Sobre todo, una idea nueva. ¿Te has fijado en lo poco que cambiaron las cosas desde mi llegada? Entonces esperabas que Clara te sirviera de pretexto para matar a Cayetano. Ahora ya lo tienes, pero tampoco lo matarás.

—¿Qué poco me conoces!

—Quizá. En todo caso, no me importa. Cayetano Salgado ha dejado de existir. Debo decirte que Clara no pretende que le obligues a casarse con ella.

—Lo celebro. Así las cosas quedarán más claras. Cayetano y yo. Si quieres, incluso sin pretexto. Por otra parte...

Había resbalado una almohada. Carlos acudió a arreglársela.

—Por otra parte, no puede parecerme mal que te desligues de nosotros, porque tú, lo que se dice una cuestión personal con Cayetano, no la has tenido nunca. Ni le has odiado, ni él te odió a ti. Llegaste, caíste a nuestro lado a causa de tu amistad con la vieja: eso fue todo. Pero tanto a ti como a él os hubiera gustado ser amigos. Esto lo sé hace mucho tiempo. Y me parece natural, no creas. En cuanto a Clara, me abstengo de juzgarla. Ese capítulo lo dejo enteramente en tus manos, ya que tanto te interesas por ella.

Carlos buscaba algo en los bolsillos.

—Me gustaría recordar ahora, punto por punto, lo que dijiste en Madrid una de las veces que comimos juntos.

—En Madrid me vi obligado a contar muchas mentiras.

Carlos, por fin, encontró un paquete de tabaco con un solo cigarrillo. Lo ofreció a Juan con un gesto; Juan lo rechazó y señaló su cajetilla.

—Coge de ahí. Casi no tienes.

Carlos, mientras encendía, continuó:

—Fue una vez en que uno y otro nos sentíamos especialmente sinceros.

—Nunca se miente más que en esas ocasiones. Debías de haberte dado cuenta.

—Es que yo aquella tarde no mentía.

Se levantó con el pitillo entre los labios y se acercó a los barrotes de la cama.

—Me desentiendo de todo lo que concierne a Cayetano, porque, a mi juicio, lo verdaderamente grave no es nuestra situación, sino la de tu hermana. Nunca he compartido tu opinión acerca de ella, y en este caso la creo libre de culpa. Por otra parte, no me parece probable que puedas resolverle nada.

Salió. El Relojero se había desviado de la puerta de Clara. Carlos pasó a su lado sin hablarle, pero volvió atrás.

—Paco, nos estamos quedando sin cigarrillos. Y yo no puedo bajar al pueblo.

—¿Es que no piensa matar al culpable?

—Esa es otra cuestión, Paco. De momento, los cigarrillos son más necesarios.

—Matar, en este caso, es una obligación.

—Posiblemente, pero no tengo prisa. Quizá a ese respecto te entiendas mejor con Aldán.

—Ese es un voceras.

—Lo siento, pero también lo creo. ¿Qué te parece si cogieras el coche y me trajeras tabaco? Podías, de paso, traer a don Baldomero. Le haríamos un favor, ya ves. Está demasiado gordo para subir sin cansarse.

—Hoy hace una semana que no estuve en el pueblo. Les va a chocar.

—Más les chocará verme a mí, con esta cara y con lo que se habrá contado de lo de anoche.

—Si le ven, pensarán que va a matar a Cayetano.

—Mala cosa, ¿verdad? Porque no me dejarían.

—Eso, según...

—No es cuestión de arriesgarse. Porque a Cayetano hay que matarlo a traición. Mejor aún, sin que se entere nadie.

—Va a ser difícil, pero lo de la traición es una buena idea. Estoy de acuerdo. Hay que engañarlo, ¿sabes? Hacerle creer que se le va a hacer un favor. Si no, se defenderá.

—Claro.

—Y hasta es posible que fuese él el matador. Y no le sucedería nada, por matar en legítima defensa.

—Por eso hay que tener la cosa bien estudiada y no darle tiempo a que sospeche.

—Y del tabaco, ¿qué?

—Iré.

Carlos le dio dinero y entró en la habitación de Clara. Dormía, y el pulso era bueno. Se sentó cerca de ella, pero se encontró incómodo. Le dolían los golpes, el labio le daba pinchazos. Tampoco halló sosiego de pie. Tenía, además, sueño. Con mucho cuidado, se acostó atravesado, a los pies de Clara, y se quedó dormido.

La estanquera comentaba con dos comadres la victoria de Cayetano sobre los Churruchos y se manifestaba especialmente ávida de precisiones, aunque la insistencia de su curiosidad apuntase al hecho controvertido de si el camisón de Clara estaba manchado de sangre o no. En principio, y por principio, la estanquera lo negaba. La comadre llamada Paula había oído el cuento de boca de un testigo, y la sangre figuraba entre los ingredientes más dramáticos del relato: sangre roja, sangre fresca, sangre a chorretones. Mas para la estanquera la mención resultaba demasiado imprecisa, demasiado insuficiente para establecer una verdad creíble, ya que la sangre podía proceder de una hemorragia de nariz o de otra hemorragia más sólita. La comadre llamada Ignacia, toda oídos, asentía y reforzaba con gestos el escepticismo de la estanquera, y entre las dos aniquilaban, previamente analizada y discutida en todas sus partes, la narración de Paula. «Si se dijera de otra, pase. ¡Pero de Clara...! ¡Habían de contar lo que vieron los maíces y las arenas de la playa!» Entró Paquito el Relojero a comprar tres cajetillas y

tres cajas de cerillas. La estanquera le preguntó: «Para quién son?», y el loco le respondió: «¿Y a usted qué le importa?». Paula entonces acudió al método indirecto. «Me han dicho que los Aldán durmieron esta noche en el pazo del Penedo.» «Yo no llevo la cuenta de los huéspedes.» Ignacia de repente renunció a su mutismo: «¿Cómo se encuentra don Carlos?». «Bien. ¿Y usted?» Lo mandaron con cajas destempladas. «A este para sacarle una palabra hay que darle aguardiente.»

Paquito fue a buscar al boticario. La criada le dijo que había ido a misa y que le esperase. Paquito situó el coche delante de la iglesia parroquial, jugó con el bastón y piropeó a las chicas que pasaban. A las doce y media empezó a salir la gente. Vio a don Baldomero, lo llamó y le dio el recado. «Espérame a la puerta de la botica. Voy en un santiamén.» Don Baldomero acompañaba al señor Mariño, y el señor Mariño, aquella mañana de Resurrección, compartía con otros catorce privilegiados la atracción popular. La compartía de mala gana, porque le hubiera gustado ser testigo único, exclusivo juglar de los hechos; y no por ansias que hubiera de monopolio épico, sino por respeto a la pura verdad, que los otros catorce deformaban sin escrúpulos de conciencia. Había narrado veinte veces la misma historia, en síntesis y en todos sus detalles; en versión literal y escabrosa para varones, metafórica e insinuante para mujeres. Don Baldomero había interrogado antes a Cubeiro y ahora cotejaba los relatos: coincidían las líneas generales, variaban los detalles y el enfoque del conjunto. Cubeiro no solo había visto las manchas del camisón, sino que las había contado, las había palpado, y estaban frescas; Mariño podía dar fe, sí, de que la tela aparecía oscurecida en algunos lugares, pero nada más; lo mismo podían ser manchas que roturas, y en cualquier caso no aseguraba que fuese sangre. En cuanto al número de golpes dados y recibidos, por ahí se andaban las cuentas de uno y otro: muchos, de todas maneras.

—¿Y don Carlos? ¿Por qué se metió don Carlos?

—¡Vaya usted a saber! No iba nada contra él. Y me cogió de sorpresa, se lo aseguro. Yo creo que pensó que Cayetano estaría cansado y que podría zumbarle a gusto y quedar bien. De otra manera no se explica.

—Claro, claro. Fue por quedar bien. Pero, volviendo al camisón, ¿usted vio las manchas?

El señor Mariño se detuvo y acercó los labios al oído del boticario.

—De usted para mí: lo del camión y todo lo demás es un puro paripé. A mí no hay quien me quite de la cabeza que aquí hay amaño.

—Un amaño con sopapos como galernas. Me río yo del paripé.

—Mire, don Baldomero: la cosa fue bien pensada por esa zorrupia de Clara con la complicidad de Cayetano, que andaba muy mosca porque la gente hablaba de ella, y que va detrás de ella como un corderito, él sabrá por qué. Se aprovecharon de ese imbécil de don Lino como pudieron haber aprovechado cualquier otra ocasión. En esta, Cubeiro actuó de mamporrero: él llevaba anoche la batuta. Y como Juanito Aldán no se hablaba con su hermana desde que era novia de Cayetano, lo atrajeron al casino para zurrarle fuerte y sacárselo de en medio: eso lo vimos todos. Personalmente estoy convencido de que esta es la pura verdad y de que todo el belén lo movió Clara para convencer al pueblo de su honradez. Si no, ya verá cómo dentro de poco anda otra vez con Cayetano, como si nada.

—Pero él pegó a Clara.

—¿Usted lo ha visto? Nadie lo vio. Sangrando venía él, ¿y quién nos dice que no se limpió las narices con el camión? Demasiado fácil, don Baldomero, créame. Pero inútil. Ninguna de las personas con quienes he hablado se tragó lo de que Clara Aldán fuese virgen ni que Cayetano la haya violado. Porque ¿cómo entró en la casa si ella no abrió la puerta? Es otro punto que nadie se explica.

Palmoteó la espalda del boticario.

—Un paripé, don Baldomero, desengañese; ganas de tomarnos el pelo a las personas decentes y hacernos comulgar con ruedas de molino. ¡Clara Aldán virgo! ¿No le da risa?

—¿Cómo no va a dármela? —rio forzadamente—. ¡Clara Aldán virgo!

Don Baldomero abrió la puerta de la botica y mandó pasar al Relojero. Sin decir palabra, lo empujó a la trastienda, le puso delante el aguardiente y una copa.

—Echa un trago mientras preparo el botiquín. ¿Cómo están allá arriba?

—Cuestión de ir tirando. El anarquista, mal.

El Relojero tomaba el aguardiente a sorbitos y se relamía los labios. Don Baldomero entró y salió dos o tres veces. «En seguida estoy. Echa otra copa.» El Relojero tomó tres y pidió tabaco. «Llevo ahí tres cajetillas, pero son para

ellos.» «¿Hay tres que fuman?» «Una me la darán a mí por el recado, pero no quiero adelantarme.» «Eso está bien, ya ves. Es de gente bien criada.» «Es que le tengo respeto a don Carlos.» El boticario apareció con el botiquín. «¿Nos vamos ya?»; preguntó el Relojero. «Me gustaría echar un trago, que allá arriba no tendrán.» «Don Carlos usa coñac.» «Pues yo prefiero caña. ¿Y tú?» «Yo también, pero a falta de caña...» Don Baldomero se sentó y se sirvió una copita. Antes de probarla la acarició, la remiró. «Desde que se murió aquella santa bebo menos, pero los domingos y las fiestas de guardar hago una excepción.» Al Relojero le dio la risa.

—Y tú, ¿qué opinas de lo de anoche?

—Si me dice qué pasó le daré mi opinión.

—¿Es que no lo sabes?

—Que hubo palos nada más.

—¿Y lo de Clara?

—Me gustaría saber qué fue lo de Clara.

—Pues dicen que Cayetano...

El Relojero escuchó. Se le juntaban los ojos, sus manos se cerraban sobre el bastón, lo agarraba con fuerza, decía que sí o que no con la cabeza.

—Y ahora, ¿qué?

—Vámonos al coche, que es tarde. Como el camino es cuesta arriba, hay tiempo de hablar.

Sin embargo, no dijeron palabra hasta salir del pueblo. El Relojero tan pronto ponía el caballo al trote como al paso. Al llegar a la cuesta lo dejó a su aire.

—Usted estudió para cura, ¿verdad?

—Allá en mi juventud, gracias a Dios.

—¿Y piensa que hay que matar a Cayetano?

—Claro.

—Pero ¿de quién es la obligación? ¿De Aldán, de don Carlos o de Clara?

—Examinándolo bien, es Clara la ofendida, pero por ser hembra puede delegar en un varón. Parece a primera vista que el obligado es Aldán, por hermano y por más ofendido. Aldán reúne razones propias, que en este caso serían suficientes, y las que reciba por delegación. En otros tiempos sería él quien retase públicamente a Cayetano.

—Aldán tiene una pierna rota, me juego la cabeza.

—En ese caso, no está en condiciones de vengarse. El enfermo, el impedido, el inútil y los menores de edad no tienen obligación.

—Queda don Carlos.

—Don Carlos no es hermano ni pariente próximo de la ofendida, aunque él también tenga particulares ofensas que vengar; pero las suyas no son de muerte. Sin embargo, se han dado casos en que un varón honrado toma a su cargo la causa de una mujer indefensa. Aquí los autores no están de acuerdo. Pero me inclino a creer que para que la acción sea legítima tiene antes don Carlos que perdonar ofensas recibidas en su honor y persona o darlas por zanjadas de alguna otra manera. Porque la muerte como respuesta a una paliza es a todas luces desproporcionada.

—A mí no se me alcanzan esos galimatías.

—A mí a veces tampoco.

—Pero usted, en el caso de don Carlos, ¿qué haría?

—Matar, desde luego.

—¿A traición o cara a cara?

—Eso depende. Pero yo no diría a traición, sino con precauciones. Antes esas cosas se arreglaban con un duelo, pero lo prohibió la Iglesia.

—Lo del duelo era bonito.

El caballo arrastraba cansadamente el cochecillo, se detenía, tomaba aliento, continuaba.

—Lo honrado es matar, estoy de acuerdo —continuó el Relojero—. Si no matan a Cayetano, ¿adónde vamos a parar?

—Eso digo yo: ¿adónde vamos a parar?

—Porque Cayetano es culpable.

—Eso no lo discute nadie.

—Y esa clase de culpas no las castiga la justicia.

—¡La justicia! ¿Hay quién se atreva con Cayetano? ¡Si hubiera justicia en el mundo, ya estaría ahorcado hace años!

—Y si hubiera pelotas, también. Pero la gente ya no tiene pelotas.

—Tú piensas que don Carlos se atreverá?

—En esa cuestión no pienso.

—Pues quedaría como un hombre.

—Así es. Pero ¿y si no lo mata?

—En ese caso, Cayetano seguirá haciendo de las suyas, y don Carlos quedará mal.

—Pero Cayetano es culpable.

—En eso ya estábamos de acuerdo.

—Y Dios no deja que los culpables campen por sus respetos mucho tiempo.

—Claro... Lo que sucede es que a veces Dios se retrasa.

—¡Ahí le duele! Se retrasa porque no encuentra el tío con agallas que le sirva; pero cuando lo encuentra...

—¡Ah! Cuando lo encuentra, entonces...

Habían llegado al camino del pazo. El caballo por su cuenta se puso al trote.

—Suponga usted, don Baldomero, que hiciéramos con todo el pueblo un jurado. ¿Qué votarían? ¿Inocente o culpable?

—¡Pues vaya usted a saber! Porque seguramente Cayetano compraría los votos uno a uno. No hay que fiarse del pueblo.

—No hay que fiarse de nadie.

—Ni de uno mismo, Paquito, desengáñate. Porque uno mismo a veces...

—Yo de mí sí me fío.

Lo dijo con voz redonda, solemne, definitiva. Don Baldomero le miró de reojo e hizo una mueca de incompreensión. Habían llegado a la plazoleta.

Carlos esperaba en la puerta del zaguán.

—De prisa, don Baldomero. Aldán está febril.

—Pues tendrá que aguantarse o tomar aspirina, que otro remedio no hay.

Paquito traía el botiquín, don Baldomero se lo arrebató de la mano y salió corriendo. A Juan le había subido la fiebre, y el dolor de la pierna le hacía retorcerse. Don Baldomero examinó la hinchazón.

—Yo no soy médico, pero, a lo que se me alcanza, aquí hay fractura.

El Relojero, arrimado a los pies de la cama, echó su cuarto a espadas:

—Nunca vi que una patada en la espinilla rompiera el hueso.

—Eso según la patada —susurró Juan entre gemidos.

Don Baldomero se volvía hacia Carlos.

—Mi opinión es que hay que ver esto por rayos y escayolar. Pero que

venga el médico.

Juan interrumpió las quejas.

—¿Escayolar? ¿Cuarenta días en el hospital? No tengo dinero para eso.

Jadeaba. Intentó cambiar de postura. Don Baldomero le ayudó.

—Yo en su caso me iría hoy mismo a Santiago. Primero, porque aquí no hay rayos X y nuestro médico no ha compuesto en su vida una fractura sin que le saliera al revés; segundo, porque, en el peor de los casos, en el Hospital de Santiago hay camas gratuitas.

—En mi estado no puedo viajar en autobús.

Don Baldomero alzó la vista y miró a Carlos.

—Hay coches de alquiler.

—Baje usted al pueblo, don Baldomero —dijo Carlos—, arregle por teléfono lo del hospital y venga con un automóvil. Tengo mis razones para no salir del pazo, pero usted me hará el favor de acompañar a Aldán a Santiago.

—¡Hombre! Si usted me lo pide...

Le llevó el Relojero. Cuesta abajo, con el caballo al trote, resucitó la cuestión de matar a Cayetano. El Relojero no veía las cosas claras, y el boticario, tampoco. Estaban conformes en lo esencial; el resto quedaba muy entre niebla. En la botica, mientras esperaban la conferencia telefónica, acabaron el aguardiente.

—Pues yo le digo a usted que matar, en este caso, es lo justo y lo necesario.

—Sí, pero no hace falta chillar para decirlo; sobre todo si consideras que estoy de acuerdo.

Carlos vistió a Juan, le renovó los apósitos de algunas heridas y metió en dos maletas la ropa y los objetos que Juan le fue diciendo. Sentado en la cama, con dos almohadones para apoyar la espalda, indicaba: «Esto sí; esto no».

—Son lo menos cuarenta días, y en tanto tiempo uno no sabe... Los libros me harán falta para entretenerme.

Carlos salió y volvió con unos billetes.

—Toma. No tengo en casa más ni quizá en otra parte. Pero ya procuraré más adelante...

—¡Yo no puedo admitirlo! Ya está bien que me pagues el coche.

—No te preocupes: arreglaré cuentas con Clara. Ella tendrá seguramente dinero.

Juan sonrió con amargura.

—Más que yo, desde luego, y también más que tú. Y en cierto modo es justo que pague los desperfectos.

Hizo una mueca y estiró la pierna.

—Porque todo esto me sucede por su culpa. Si no fuera por ella, no me hubiera peleado con Cayetano.

—Estoy seguro de que Clara te pagará los gastos con la mejor voluntad.

—Pero hazle comprender que no es una limosna, ¿eh?, sino una obligación. Además del dinero de la casa, ella se quedó con la parte de mi madre, de sus ganancias, la mitad es de mi madre. Y mi madre me hubiera ayudado, estoy seguro.

—Le haré ver que no hace más que devolverte lo tuyo.

¿Hablabas en serio? Juan le miró con disgusto. Carlos se inclinó a cerrar las maletas.

—¿Dónde está Clara? Me gustaría...

—Duerme y dormirá algún tiempo aún. Le he dado dos comprimidos.

Carlos se levantó. Llevaba en la mano una cajetilla. La dejó encima de la cama, cerca de la mano libre de Juan.

—No te acompañe a Santiago porque ella no debe quedar sola, ¿me entiendes? Atraviesa una crisis de la que puede resultar cualquier cosa, y me siento responsable.

Se sentó al lado de Juan.

—Lo tuyo se arregla con dinero y paciencia; lo de ella, con tacto y cariño.

—Y sobre todo conmigo lejos, ¿verdad?

—Probablemente tu presencia no le sería favorable, porque te falta justamente lo que ella necesita.

Juan alargó la mano y cogió un cigarrillo.

—Tú en el fondo me desprecias.

—No, Juan. Te estimo dolorosamente.

—Pero siempre has querido más a Clara.

—No todo lo que ella se merece.

—Enciéndeme una cerilla. Yo no puedo con una mano sola.

Carlos encendió, y Juan se volvió hacia él con el pitillo en los labios. Se miraron. Juan, agarrado a los hierros de la cama, hizo un esfuerzo y se levantó.

—Me hubiera gustado que te casaras con Inés. No es que Gay sea mal chico, pero tengo el presentimiento de que no volveré a verlos. Casado con Inés, estarías más cerca de mí y me hubieras conocido mejor. Y todo habría sido distinto. Yo necesitaba que alguien tuviese fe en mí, alguien precisamente a quien yo admirase...

Dio una chupada al cigarrillo, después otra. Seguía mirando a Carlos. El ojo izquierdo, lacrimoso, la pupila verde sobre la esclerótica sanguinolenta, apenas se veía; y abría el derecho desmesuradamente.

—Pero tú nunca me has tomado en serio. Sin embargo, te equivocaste. No soy lo que parezco ni lo que tú crees adivinar. Atraveso una crisis demasiado larga, lo reconozco, pero no estoy vencido.

—Esta mañana decías lo contrario.

—Esta mañana estaba deprimido, pero después he pensado en mi situación. Voy recobrando la moral. No lo he perdido todo y algún día ganaré.

Apoyó las nalgas en la mesa de noche y se mantuvo de pie, un poco inclinado, con la pierna rota en el aire.

—Mataré a Cayetano. Recuérdalo por si proyectas resolver la crisis de mi hermana casándola con él. Lo mataré aunque sea mi cuñado, aunque Clara haya parido un hermoso niño, pecosito y narigudo, y aunque me cueste morir, naturalmente. Con eso ya cuento.

Se llevó la mano a la cara, se palpó las heridas, recorrió el brazo inútil, trató de alcanzar la pierna rota...

—Esto no puede quedar así, y el mundo da muchas vueltas, Carlos.

—Una cada veinticuatro horas alrededor de su eje, y aproximadamente cada trescientos sesenta y cinco días otra alrededor del sol. Pero da más vueltas todavía. Ahora dicen también que el sistema solar se mueve lentamente hacia la constelación Libra, y es posible que un sistema inabarcable, del que formamos parte, gire alrededor de otra estrella más distante y, ¿por qué no admitirlo?, de una estrella muerta ya y desaparecida. La Tierra, en ese cortejo inmenso, da vueltas, y vueltas, y vueltas...

Juan se había inclinado hacia adelante, con mirada furiosa y labios

apretados. Interrumpió a Carlos de un manotazo en el aire.

—Palabras, Carlos; no sigas. ¿Es ese tu sentido del humor? Palabras huecas que hacen daño. Pretendes burlarte y solo consigues lastimar. Porque te burlas siempre del que está por debajo, del que tienes en tus manos..., como a mí ahora. Y quizá como tuviste a la pobre Germaine, a la que no sé el daño que habrás hecho.

Miraba desde arriba, y el ojo brillante se movía, terrible. Carlos aguantó la mirada sin parpadear, después se levantó.

—Os pido perdón a ti y a ella.

Echó mano a las maletas. «Llevaré esto al zaguán», y salió. Juan murmuró entre dientes: «¡Cobarde!» Luego, con la ayuda de una silla, se acercó al armario, lo abrió, rebuscó en un rincón y sacó unos billetes, que unió a los que le había dado Carlos. Miró a la puerta, los contó y los guardó en un bolsillo interior. Se oían voces en la escalera; entró Carlos seguido del loco.

—¿Dónde tienes tu abrigo?

—Ahí, en el armario; es una gabardina.

—Te hará falta.

Se la echó por encima de los hombros.

—Tú, por ese lado, Paco. A ver, el brazo sano por encima de mi hombro. No tengas miedo. ¿Y el sombrero?

—También en el armario.

—Luego subiré a buscarlo. ¡Con cuidado, Paco!

Casi en volandas lo bajaron al zaguán. Las maletas estaban en la baca del automóvil, y don Baldomero, con un abrigo anticuado, esperaba. Acomodaron a Juan en los asientos traseros, la pierna rota bien estirada y el tabaco al alcance de la mano. Carlos había subido a buscar el sombrero y se lo dio por la ventanilla.

—Suerte.

—Gracias.

—Ya te despediré de Clara...

Juan cerró los ojos. Don Baldomero sacaba una mano.

—Mañana vendré a verle, don Carlos; porque yo regreso esta noche. A no ser que encuentre por allá a algún viejo amigo. Porque, lo que yo digo, para una vez que sale uno de casa...

—Buen viaje. Y déjeme a Juan bien instalado.

—Descuide. El director del hospital fue condiscípulo mío.

—¿En el seminario?

—¡Vaya a paseo, don Carlos! ¡Íbamos juntos de putas todos los sábados!

Ronroneó el motor, y el coche dio marcha atrás. Carlos se arrimó a la pared. El Relojero, en medio de la plazoleta, daba al chófer vía libre.

—¡Adiós!

El coche se perdió en una vuelta de la vereda. Carlos sacó tabaco y ofreció un pitillo al Relojero.

—¿Podemos hablar, don Carlos? Sin testigos quiero decir.

—Estamos solos, Paco: nosotros y una mujer dormida. A no ser que te den miedo los árboles...

—Ya. ¿Podía ser aquí?

—Como quieras.

El Relojero sacó un atadizo de mecha amarilla, la encendió, la sopló y se la pasó a Carlos.

—¿Usted piensa matar a Cayetano?

Carlos esperó a devolverle la mecha.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si usted no lo mata, lo mataré yo. Ya se lo dije el otro día, pero usted me pidió que esperase. Ahora las cosas cambiaron. Usted tiene más derecho, y yo le cedo el puesto. Porque usted tiene más derecho, eso no hay que ponerlo en cuestión. Pero si usted no lo mata...

—Tú crees que es mi obligación, ¿verdad?

—Ya se lo dije esta mañana.

—No me dijiste eso, sino algo parecido. Pero contéstame, ¿es mi obligación matarlo?

El Relojero enrollaba la mecha y la guardaba. Hacía muecas y lanzaba los ojos uno por cada lado.

—Como obligación, y bien mirado, lo es de todo el mundo. Pero usted y yo tenemos motivos personales y más obligación que los demás.

—¿Obligación ineludible?

—¿Qué quiere decir eso?

—Que se debe cumplir caiga quien caiga.

—Eso. Caiga quien caiga.

—Tú, en mi lugar, ¿qué harías?

—Matar.

—Y si no lo mato, ¿qué pensarás de mí?

Las pupilas del Relojero se hundieron violentamente en los lagrimales.

—No pensaré nada bien, don Carlos; perdóneme si se lo digo con franqueza, pero entre nosotros nunca fue cuestión de hipocresía. Porque un hombre es hombre cuando cumple sus obligaciones.

—¿Y si yo tuviera otra más importante? ¿Y si esta me impidiera cumplir la primera?

—Entonces sería cosa de estudiarlo.

—Pero no es así, Paco. No quiero engañarte. No mataré a Cayetano porque no lo considero necesario ni justo, no porque me lo impida otro deber.

—Entonces, ¿no lo tiene por culpable? —le examinó de arriba abajo, con frialdad, con disgusto, como a un desconocido.

—No.

El Relojero empezó a reír; pero cortó la risa, se encogió, agitó el brazo armado del bastón y silbó por lo bajo.

—Don Carlos, a usted no le parecerá mal que me mude de casa.

—No, Paco. El trato fue de que eres libre.

—Entonces, con su permiso, voy a arreglar las cosas.

—¿Tan de prisa?

—En seguida, con su permiso.

Hizo ademán de entrar; Carlos se interpuso.

—Espera un momento. Tengo curiosidad por saber cómo matarás a Cayetano.

El loco le miró con desconfianza.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Ya te lo dije: por curiosidad.

—No me fio.

Escondió rápidamente el bastón. Carlos se apartó y le dejó pasar.

—Supongo que habrás hallado un procedimiento verdaderamente ingenioso. Porque la única persona del pueblo capaz de matar a Cayetano sin que él pueda evitarlo eres tú.

Desde el medio del zaguán Paquito se volvió. Agarraba el bastón con las dos manos, lo apretaba contra la espalda. A la sonrisa amable de Carlos respondió con un gesto hostil. En sus palabras de respuesta se matizaban la decepción y el desprecio.

—Eso que no le quepa duda. Morirá, como hay Dios, porque yo soy valiente.

Se metió en el chiscón y empezó a remover sus cacharros. Carlos se acercó y contempló el ajeteo a través del cristal polvoriento. El loco no le hacía caso. Había sacado un cajón y guardaba en él sus herramientas. El bastón colgaba de un clavo en la pared, sobre la cama.

—Bueno, Paco. Ya que te vas...

Alargó el brazo y tocó el hombro del Relojero. Dejó la mano en el aire, tendida. El loco la miró, miró a Carlos en los ojos y le volvió la espalda sin decir nada. Carlos dejó caer la mano pausadamente, la metió en el bolsillo y subió las escaleras. El loco abajo arrastraba el equipaje: una punta a medio clavar arañaba las losas gastadas. Carlos entró en el salón: no había estado allí desde aquella mañana en que Germaine viniera a verle. Pasó los dedos por el teclado del piano. «¡Ya no habrá quien te afine!» Por la puerta abierta llegaban los últimos ruidos de la mudanza. Abrió la cristalera del balcón y se asomó. Paquito tardó en salir: había atado una cuerda al cajón y con ella al hombro, bien agarrada con las dos manos, lo arrastraba. Sin volver la cabeza, recorrió la vereda inclinado hacia el suelo, casi doblado. Se detuvo un par de veces a descansar, continuó tirando hasta perderse en el verdor oscuro: el cajón había dejado un rastro profundo en el camino. Carlos dio impulso al dedo y arrojó la colilla: la punta encendida trazó un círculo en el aire y se estrelló contra la arena de la plazoleta. Regresó al salón, cerró la cristalera. De los rincones huía la luz, y los muebles perdían sus reflejos. Se arrimó a la pared con los brazos cruzados y la cabeza gacha y estuvo así hasta que el salón quedó en penumbra. Se sentía como la primera vez, solo en la casa inmensa, solo ya para siempre. Todavía cerca de él Clara dormía, y quizá Clara no se fuese. Quizá. Si sabía retenerla. Pero ya se sentía solo, como si también la hubiera perdido.

El reloj del piano dio las seis. Le respondió el reloj de la consola, que tenía carillón. Otros relojes de voz delgada, de voz potente, dieron las seis,

alejados o próximos. El último de ellos, el reloj inglés del pasillo, ante el que Paquito había fracasado, porque atrasaba un minuto cada veinticuatro horas. «¡Es el mejor de todos, don Carlos, y ya ve!» Paquito había gastado en los relojes las horas apacibles, las horas blancas de los amaneceres. A veces se rodeaba de todos ellos y armaba una algarabía de campanas que despertaba a Carlos antes de salir el sol. «¡Da gloria oírlos, don Carlos, todos juntos!»

Ahora Paquito se había marchado con el corazón colmado de desprecio. ¡Con qué asco había mirado la mano extendida! ¡Y con qué dolor! ¿Llegaría también Clara a despreciarle así, a despreciarle porque no se atrevía a matar, porque no aceptaba la necesidad de hacerlo? «¡Y, sin embargo, es mi primer acto justo, es la primera vez que me siento de acuerdo con mi corazón, y lo apruebo!»

Estaba rodeado de sombra. Fuera, a través de los vidrios sucios de la cristalera, se adivinaban las siluetas de los árboles contra el cielo malva. Corrió al dormitorio de Clara, se acercó a la cama, escuchó la respiración. Clara se movió, sacó un brazo y dio una vuelta. Carlos encendió las velas y dejó una de ellas en la mesilla de noche, otra en la consola, bajo el espejo oscuro, al lado del reloj que también había sonado. Se sentó en la esquina de la cama, recostado contra la columna del dosel, y esperó. El cabello de Clara se arremolinaba junto a su cuello, encima de la almohada: parecía de bronce oscuro. Hundió en él los dedos, y Clara volvió a moverse. Su brazo levantado dejaba al descubierto la rotura del pijama, una rotura ancha y larga, por la que se veía en el arranque del hombro la huella de un golpe o de un mordisco. Bajo la colcha se marcaba el bulto armonioso del cuerpo, las rodillas dobladas, la pierna larga.

Cuando Clara despertase o un poco después se decidiría la partida en su favor o en contra: ganarla o perderla definitivamente. Esperaba que el largo sueño la hubiese devuelto a ella misma, que hubiese borrado de sus nervios las huellas demasiado inmediatas del *shock*. Tendría ya, seguramente, la conciencia clara y sentiría su cuerpo como suyo. Pero ¿habrían crecido entre tanto, en su cuerpo y en su alma, las «cosas malas», las huellas profundas y duraderas? No podía adivinar por la respiración hacia qué lado se inclinaría el alma de Clara despierta, ni si el demonio instalado en su cuerpo abrazaría también el espíritu y lo ganaría para siempre. Quizá la solución dependiese de

las primeras palabras dichas después del sueño o de las inmediatas. Palabras imprevisibles o que al menos él no podía prever, tener dispuestas y preparadas, seguro de su efecto. No se atrevía a imaginar una escena, a inventar preguntas y respuestas, a llegar a un desenlace. Todo iba a resultar azaroso, y en todo caso se sentía inseguro, pesaba en su ánimo el recuerdo de sus torpezas, le dolía en la conciencia el saberse responsable de aquello y de mucho más. «Hubiera sido mejor que Cayetano me matase aquella noche.»

—Tengo en mis manos la vida de Cayetano —dijo inesperadamente, en voz alta; y Clara se despertó.

—¿Estás ahí? ¿Qué hora es?

Carlos se acercó a ella y le cogió la mano.

—Casi de noche. Has dormido muchas horas y estás mejor.

—No sé...

—¿No sientes hambre? Te traeré algo. Espera.

Cogió una vela y marchó a la cocina. Buscó sin saber qué: en el fondo de un vasar halló un tarro de mermelada casi vacío. Untó con ella una rebanada de pan, le añadió mantequilla, echó leche en un vaso y lo llevó a Clara. Ella comió con ganas, en silencio. De vez en cuando miraba a Carlos y sonreía.

—Después haré la cena para los dos —dijo él.

—¿Tú? ¿Vas a cocinar tú?

—Estoy acostumbrado.

—¿Y los otros?

—Se ha marchado todo el mundo. Juan tiene una pierna rota, y el boticario lo llevó al hospital. Como dormías, no pudo decirte adiós.

Añadió en seguida:

—No se lo permití. Él quiso despedirse, naturalmente.

Clara estiró los brazos.

—¿Y el loco?

—Se ha marchado también. Una de sus veleidades.

—Me gustaría levantarme.

—Bueno. Te espero en la torre.

Carlos cogió la bandeja y la devolvió a la cocina. Recorrió luego el pasillo, con la vela en la mano. Al pasar frente a la habitación de Clara, ella gritó:

—Voy en seguida.

La oyó lavarse y siguió adelante. Encendió los quinqués de la chimenea y abrió la ventana. Pueblanueva se había iluminado, y en algún lugar tocaba una charanga: el pueblo bailaba un tango en honor de la Resurrección. En el aire limpio, el faro del muelle lanzaba sus destellos: uno, dos. Oscuro. Uno, dos. Más allá, en medio de las aguas, un farol rojo y un farol verde, balanceándose a compás.

Oyó los pasos de Clara en el corredor. Se arrimó a la chimenea y cargó la pipa. Ella entró sin decir nada y se sentó en el sofá. Había recogido el pelo en una trenza y estaba vestida y con medias. Traía el abrigo al brazo y lo dejó a su lado.

—Tengo que irme, Carlos. Has sido muy bueno conmigo.

—Todavía, no.

—¿Hay algo aún?

—Quizá lo más importante.

Ella le miró alarmada. Él continuó:

—Han cambiado las cosas. Sucedió algo con lo que no contaba...

Clara se levantó y fue hacia él.

—Dime lo que sea...

—No te asustes. Es una novedad extraña, una extraña situación. No la entiendo del todo. No sé qué hacer.

La condujo al sillón, la empujó con dulzura hasta sentarla. Quedó de rodillas delante de ella, intentó dar a sus palabras un tono indiferente.

—Hay alguien que piensa matar a Cayetano, y solo yo puedo evitarlo.

Clara apretó los puños, cerró la boca con fuerza.

—¿Por qué me lo dices?

—Debes saberlo. Estoy como si tuviera en mis manos algo que no me pertenece y que debo restituir. La vida de Cayetano es tuya. Y no puedo ocultarte que el Relojero lo matará inexorablemente, mañana, un día cualquiera, si tú o yo no lo evitamos.

Clara había inclinado la cabeza y la ocultaba con las manos. Carlos se incorporó, la cogió por las muñecas y las apartó suavemente.

—Yo puedo decidir por ti, si me lo mandas, nunca por mí. En todo caso, tu ofensa es mayor que la mía. Y es tuya propia, te pertenece, lo has dicho esta

mañana. ¿No crees, Clara, que hubiera hecho mal reservándome la decisión?

—¡Es horrible!

—¡Es sobre todo tan fácil! No hay más que cruzarse de brazos y esperar. Y un día llegará don Baldomero, sudoroso, pedirá un poco de agua y contará que el Relojero ha atravesado las tripas de Cayetano con un arma de fabricación casera. «¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo fue?»

—¡No sigas, por Dios!

—Quedaríamos impunes. Porque aunque alguien pudiese suponer que yo hubiera incitado al Relojero al crimen, él lo reivindicaría enteramente para sí, lo reivindicaría con orgullo y se reiría de quien me atribuyese cualquier clase de responsabilidad. «Quién? ¿Don Carlos Deza, ese cobarde?» El Relojero va a matar a Cayetano porque yo no quiero matarlo, y me desprecia por eso, y hace una hora se mudó de domicilio porque, a su juicio, un cobarde como yo no merece su compañía. Nadie me ha mirado jamás como él...

Se levantó y recogió la pipa, que había dejado en la repisa de la chimenea. Apretó el tabaco, desatornilló la boquilla y empezó a limpiarla: un poco de espaldas, sin mirar a Clara.

—También tu hermano, esta tarde, se marchó despreciándome. ¿Sabes por qué? Porque no creo que él mate nunca a Cayetano, ni siquiera ahora, que estás tú por medio y cuenta, al menos, con un pretexto dramático, con una justificación aceptable. No lo he creído nunca y me reí un poco de él. Bueno, no estuvo bien hacerlo, pero él no me desprecia por haberme reído. Ni sé tampoco si de verdad me desprecia o si necesita creérselo. Juan es muy complicado. Para creer en sí mismo necesita que antes crean los demás. Quizá si yo le dijera que sí, que es capaz de matar a Cayetano y que lo admiro por eso, llegase a matarlo realmente. Pero le he dicho todo lo contrario o se lo di a entender, y le pareció mal...

Se apoyó en la repisa y siguió limpiando la boquilla, miraba el agujero, soplaba.

—Solo tú, Clara, eres sencilla, solo tú no te engañas a ti misma, solo tú estimas o desdeñas a las personas por lo que son y no por lo que simulan ser. Y sobre todo solo tú tienes sentido de lo justo y de lo injusto. Por eso te he dicho lo que acabo de decirte y he puesto en tus manos la decisión. Yo no sabría jamás si había obrado justamente, lamentaría que Cayetano siguiese

vivo o me arrepentiría toda la vida de haberlo dejado morir.

La boquilla de la pipa quedó satisfactoriamente limpia. La atornilló y encendió una cerilla. Clara había cambiado de postura y movía nerviosamente las manos.

—Además, tus razones son más serias, más respetables que las de cualquiera de nosotros. Da risa pensar en los motivos que tiene Juan para desear la muerte de Cayetano; y los míos... Bueno, los míos casi no existen y no vale la pena mencionarlos. Pero por ofensas como la que tú has recibido han muerto muchos hombres desde que existe el mundo y desde que los hombres han inventado razones para matarse. Es repugnante lo que hizo Cayetano; es repugnante pensar que alguien se atreve a pisotear de esa manera la libertad de otro. Y lo es más todavía imaginar a qué estado llega un hombre cuando lo hace. Sin embargo...

Clara continuaba con la cabeza agachada. Sus dedos arañaban los brazos del sillón, se clavaban en el tapiz.

—... sin embargo, Cayetano no es enteramente responsable. Recibió una provocación inmediata, a la que respondió con brutalidad excesiva, desproporcionada. Pero no debemos olvidar, o al menos no debo olvidarlo yo, que desde hace año y medio ha soportado la provocación constante de mi presencia, la ha soportado hasta la exasperación. Desde que estoy en Pueblanueva he sido para Cayetano como el clavo del zapato que se hunde en el talón, que molesta, que irrita, que desespera. Y todo lo que ha pasado en este tiempo...

La cerilla se había consumido sin usarla. Carlos sintió la llama en la piel, sacudió la mano y se chupó el dedo.

—Bueno. ¿Para qué voy a recordarlo? Sería penoso para los dos y para mí vergonzoso. Es algo que necesito olvidar si quiero seguir viviendo. Pero eso no me exime de las consecuencias; ante todo, de que no pueda soportarme a mí mismo sin antes perdonarme. ¿Y cómo voy a perdonarme si no he perdonado a los demás?

Golpeó con la pipa la palma de la mano y sonrió.

—Todo esto te lo digo para justificarme, porque quizá tú creas también que debo matar a Cayetano. Pero te aseguro que no impediré que lo hagas... No lo impediré. Esta mañana decías que han sembrado en ti algo malo.

Cayetano ha sido, y ni a él mismo podría extrañarle que el primer fruto de su siembra fuera su propia muerte.

Clara saltó violentamente del asiento.

—¡Calla, Carlos! ¡Yo no valgo la vida de un hombre!

Quedó en pie, erguida, agresiva. Carlos la cogió por los brazos y le miró a los ojos.

—Vales mucho más, Clara.

Ella aguantó la mirada unos instantes, bajó luego la cabeza, intentó esconderla, empezó a sollozar. Carlos fue a la mesa y escribió algo. Clara se limpió las lágrimas, hizo un esfuerzo para no llorar más. La pluma de Carlos rozaba el papel, ras, ras; trazaba signos, palabras. Clara se sintió atraída. Pero, ya junto a la mesa, no miró a la carta, sino a Carlos: a su cabeza inclinada sobre la escritura, a sus manos. Carlos dijo:

—Escucha —alzó el papel escrito y leyó—: «No puedo evitar que el loco vaya a matarte, pero sí advertírtelo. No sé con qué arma querrá hacerlo, pero yo desconfiaría de su bastón. Y no me agradezcas el aviso, sino a Clara». — Le tendió el papel; ella no se movió.

—Esto lo llevaré esta noche, por si el loco tiene prisa.

—Suprime lo de Clara.

—¿Por qué?

—No olvides que me quiere. Es cruel decirle que le perdono la vida.

—Precisamente por eso...

Dobló el papel, lo metió en un sobre y escribió el nombre de Cayetano.

—Supongo que también a él... —sonrió— le gustará saber que está perdonado. Y hasta es posible que si en el daño que te hizo se resumen todos sus daños, el perdón que le das valga por los demás perdones —movió los brazos; la luz le daba de lleno, y Clara vio en sus ojos por primera vez un resplandor de alegría—. El pecado es inaguantable: hay que librarse de él como sea, lo sabes bien, porque, si no, destruye. Y no creo a Cayetano capaz de enmascarar el suyo ni de olvidarlo; tengo también la esperanza de que no sea tan perverso que lo dé por bien hecho. Los hombres perversos son raros...

Guardó el sobre en el bolsillo, sonrió y escondió la mirada.

—Después de cenar bajaré a llevarlo.

Clara permanecía de pie, frente a él, como esperando. Cuando Carlos dejó

de hablar y de mirarla, adelantó una mano y la retiró. Pareció que iba a añadir algo. Luego encogió los hombros.

—Yo me voy —dijo Clara—. Mi madre está sola desde ayer, sin su comida y sin su anís. ¡Cómo habrá gritado la pobre! No encontraré ni un cacharro sano en la cocina.

—Te llevaré. Cuanto antes llegue la carta...

Le temblaban las manos, y su voz era opaca. Había desaparecido la alegría de su mirada, y la hinchazón del labio, su color morado, hacían ridícula su sonrisa. Sus manos revolvían los papeles de la mesa, como buscando algo. Se volvió de espaldas, buscó entre los libros del anaquel. Luego dijo resuelto:

—Vamos.

Salió el primero al corredor, como si huyera. Clara lo siguió con la mirada hasta que su sombra se perdió en la oscuridad, con los brazos tendidos, anhelantes y en los labios una palabra que no dijo. Hizo un gesto de desaliento, de resignación, recogió su abrigo del sofá, se lo puso y salió también. Cuando llegó al zaguán aparecía en la plazoleta el carricoche. Un cuarto de luna alumbraba las piedras grises, y en el jardín el canto de un alacrán jugaba a las distancias ilusorias. El caballo al moverse agitaba los cascabeles. Clara atravesó la plazoleta y subió en silencio; Carlos tiró de las riendas, dijo un «Arre!» apenas perceptible, y el caballejo se metió en la vereda oscura. Clara cruzó los brazos y se recostó: estaba al lado de Carlos, sus cuerpos no se rozaban, y Carlos, con la pipa atrapada en la boca, solo miraba adelante, atento a las riendas, al cascabeleo, a la negrura del camino. Llegaron a la verja, dejaron atrás los árboles. Ahora la carretera blanqueaba entre los setos y en el aire brillaban las luces de Pueblanueva. Las contempló Clara, precisas; las fue identificando: aquellas, de la plaza; aquellas otras, del muelle; las más lejanas, del astillero. La carretera blanca, lunada, la llevaba hacia ellas; el coche la dejaría allí. Y se dirían: «¡Adiós, Carlos!», «Adiós, Clara!». Sintió un escalofrío, ahogó un grito. Carlos miraba a la carretera, o quizá a la oscuridad, y acaso pensaba lo mismo. Clara movió el brazo, dejó caer su mano sobre la de Carlos. Él soltó las riendas y sacó la pipa de la boca.

—Tenemos que volver atrás —dijo—. Ahora recuerdo que ayer traje toda tu ropa, la que había en el armario, y te hará falta.

—¿Para qué la has traído?

—Pensé que te quedarías. No me había acordado de tu madre.

Clara retiró la mano.

—Pero, si quieres —continuó Carlos sin mirarla—, podemos ir a buscarla y traerla con nosotros. La pobre no nos estorbará, y así no te marcharías.

Se volvió hacia ella lentamente.

—Y en el caso, claro está, de que hayas recobrado ya tu cuerpo.

Clara bajó la cabeza y la acercó hasta hallar el pecho de Carlos.

—Sí, Carlos.

¡Peste de Churruchaos, casta de locos! Por fin Pueblanueva del Conde se ha visto libre de ellos. Fueron muchos siglos de soportarlos —siete, según se dice—, sin esperanza. El mundo daba vueltas, las cosas iban cambiando, costumbres y gobiernos, y ellos seguían ahí, en sus pazos, con sus narices y sus pecas, como si no hubiera más en la tierra que sus líos, y sus caprichos, y sus disparates, y Pueblanueva para aguantarlos. Un año y otro, un siglo y otro, el tiempo eterno. La muerte no prevalecía contra ellos. Cuando nacía uno de nosotros, se le podía profetizar: «Tendrás el sarampión, vivirás del sudor de tu frente, y un día u otro tropezarás con algún Churruchao, que están ahí, esperando, y el tropiezo te hará la puñeta para el resto de tu vida». Nadie creyó jamás que pudiéramos perderlos de vista: eran nuestra enfermedad incurable, nuestra verruga en la nariz, nuestras piernas torcidas, nuestra joroba de nacimiento. O bien, si se considera desde el punto de vista de los beatos, el castigo de nuestros pecados. Que los tenemos, quién lo duda; pero, ¡caray; no tan distintos de los pecados corrientes como para merecer un castigo especial. Dicen que los pueblos tienen el gobierno que merecen; pero de los castigos el refrán no dice nada. Por eso no se ha inventado todavía el modo de remediarlos, si no es aguantar el incordio y esperar a que cambie la suerte. Para nosotros cambió. Tal día hará un año, y es de esperar que un alcalde inteligente considere el aniversario como fiesta local. Aunque la fecha exacta sea bastante dudosa. Porque si es cierto que el doctor Deza se marchó con Clara Aldán y con la borracha de su madre, como nadie los vio ni fue a despedirlos —salvo, quizá, el boticario, que se calla la boca—, el día y la hora resultan imprecisos. Fue después de la Pascua, eso sí; la primera semana o quizá la segunda. Pero en esto último, ¿qué más da? La pelea con

Cayetano aconteció el sábado de Gloria. A partir de ahí cualquier día es bueno para conmemorarlo.

Al doctor Deza nadie volvió a verle el pelo después de la pelea. Bajó al pueblo varias veces, solo o en compañía de Clara, pero siempre en el carricoche y a tales horas que en las calles no había un alma; y si se supo fue porque algún trasnochador vio el vehículo parado en la plaza o frente a la casa de doña Mariana. También vino de Santiago o de La Coruña un camión de mudanzas, que de madrugada cargó los muebles en el pazo y se los llevó con rumbo desconocido. El pazo apareció cerrado, y en el tablón de anuncios del Ayuntamiento, un papel por el que se comunicaba a los interesados que don Baldomero Piñeiro cobraría las rentas de doña Mariana Sarmiento, para lo que tenía poder. Como tal apoderado, el boticario vendió las tierras del doctor Deza, las que tenía desperdigadas por las aldeas vecinas, y no sacó por ellas arriba de tres mil duros, aunque valían más. Depositó los cuartos en un banco de Vigo, que lo dijo, y aprovechó el viaje para correrse una juerga que le tuvo tres días con sus tres noches fuera del pueblo y, según dicen, borracho.

Nadie sabía adónde se habían marchado, y el boticario callaba como un muerto. Pero empezó a recibir cartas de Portugal, las cartas fueron abiertas y leídas, y así se averiguó que el doctor Deza vivía en Oporto. Un poco más adelante se descubrió que trabajaba en un hospital por el membrete que la carta traía. Que por cierto ese día fue de gran juerga en el casino, porque Cubeiro no quería creer que el doctor Deza trabajase. «¡Si no dio golpe en su vida ni sirve para nada!» «¿Y de los cuernos? ¿Dónde me deja usted los cuernos? Bien administrados son buena fuente de ingresos.» «¿Pero usted cree que habrá puesto de puta a Clara?» «No hace falta llegar a eso. Oporto, según tengo entendido, es una ciudad de puentes, porque está sobre colinas y el río la parte en dos. Pues con haber tendido los cuernos de un lado a otro y que pase la gente, cobrando un regular peaje pueden llegar a ricos.» Todos imaginamos a don Carlos acostado a la orilla, y la gente colgada de las astas saltando de un brote en otro, mientras en la orilla de enfrente Clara cobraba; y hubo risas hasta la medianoche, y todos estábamos contentos, como si los cuernos del doctor Deza fueran la condición de nuestra felicidad, y la deshonra de Clara viniese a sustituir a

la de doña Mariana, ya olvidada. Porque ahora, cuando alguien llega al pueblo, no se le cuenta la historia de la vieja, sino que se le muestran las torres del Penedo, allá arriba, entre los árboles, y se le dice: «Pues la mujer del propietario fue visitada por Cayetano Salgado», y todo lo demás. Decimos «la mujer», pero lo que no hemos llegado a averiguar es si se casó con ella o si viven amancebados, porque si bien es cierto que el doctor Deza sacó partidas de nacimiento y de bautismo, también lo es que las necesitaba para el pasaporte, y en cuanto a Clara, como no es nacida aquí, nada pudo saberse. Considerado el asunto razonablemente, las conjeturas verosímiles son de que están arrimados; pero, tratándose de Churruchaos, ¿valen acaso las razones? El doctor Deza es capaz de haberse casado. Allá él.

Del otro Churruchao, de Aldán, también se supo. El Cubano fue un día a Santiago, a verle en el hospital, y regresó preocupado, porque Juan, al parecer, se había hecho fascista. Es lo que le faltaba, pero va con él: al fin y al cabo, su papel de redentor de los trabajadores le resultaba postizo. Y aunque aquí nadie sabe exactamente lo que son los fascistas, como la palabreja suena a insulto, nos gusta mucho decir «... Juan Aldán, que, como usted sabe, se hizo fascista...»; y en denigrarle por eso estamos de acuerdo todos, izquierdas y derechas. El señor Mariño lo decía una vez a propósito de no recuerdo qué: «Cómo vamos a aliarnos con un partido que cuenta a Aldán entre sus socios?». El desgraciado ya salió del hospital, pero no ha vuelto a Pueblanueva, ni nadie lo espera, ni se sabe dónde anda. Fascista o anarquista, mejor estará donde no le conozcan, donde no puedan avergonzarle de sus muchas vergüenzas. Una de ellas, el haber embarcado a los pescadores en el famoso negocio de los barcos, que acabó como el rosario de la aurora, pero no sin festín de despedida. Porque don Lino consiguió del Gobierno unas pesetas que sirvieron para pagar algunas deudas y de pretexto para un homenaje monstruo que se hizo al diputado. Vino, cohetes, discursos...; pero nada de mencionar al tirano. Esto fue un sábado. Al día siguiente, domingo, se botó en el astillero el barco que estaba en gradas. A la semana se pusieron las quillas de otros dos, y Cayetano mandó llamar a la directiva del sindicato: «Necesito emplear a unos cien trabajadores. Ustedes dirán si los traigo de fuera o si se deciden a dejar de una vez esa miseria de la pesca y venirse conmigo». Se reunieron los

pescadores, hubo disputa, bronca y pelea. Por fin se impuso la sensatez, y la Junta fue a ver a Cayetano. «¿Y qué haremos de los barcos?» «Amarrarlos.» «¿Y de las deudas?» «Las pago yo.» Volvieron a reunirse, a discutir y a pelear. El Cubano salió con un ojo hinchado. Pero el lunes siguiente los tripulantes de los pesqueros, como un solo hombre, aguardaban a la puerta del astillero a que tocase la sirena. Y ahí están los barcos, en la dársena, amarrados y pudriéndose, quietecitos cuando hay calma y con su balanceo si sopla el viento. RIP. Aquella noche Cayetano fue al casino. Viene muy raras veces, para poco y no gasta bromas a nadie. Pero aquella noche parecía más tratable, y todos le dimos la enhorabuena: por la botadura, y por las quillas nuevas, y porque los pescadores hubieran venido a razones. Hasta ahí las cosas fueron bien. Pero Cubeiro no parecía satisfecho, como si faltase algo. Andaba dando vueltas con su sonrisa de adulón, que lo es, hasta que dijo: «¡Ya ve usted, quién había de decirlo cuando llegó el doctor Deza y parecía que iba a comerse el pueblo!». A la mención del doctor Deza, Cayetano dejó de sonreír. Cubeiro siguió adelante: «¡Y cómo nos engañó a todos, el muy cabrón! Total, para acabar casándose con una puta». Cayetano entonces se levantó y dio a Cubeiro un sopapo que lo zapateó contra la pared. Sin decir nada, sin mirarnos, salió, y no ha vuelto al casino. Cubeiro se rascaba la cara. «¡Ya me dirán ustedes si hay quien entienda a este tío!» Sí. Pero a los pocos días llegó un oficio de Madrid en que le dejaban sin el surtidor de gasolina. Tuvo que ir al astillero, arrastrarse (según dicen), llorar, pedir perdón y dar explicaciones para que la cosa quedase en nada. Hay que decir, en honor de la verdad, que en semejante ocasión todo el mundo se puso de su parte, porque no era para tanto.

Entonces ya se había marchado don Lino, a quien duró poco la gloria local. Un día apareció en La Gaceta su traslado a La Coruña. El diputado lo atribuyó a méritos personales y andaba muy orondo. Se le dio un vino, durante el cual aseguró que no olvidaría a Pueblanueva en los días de su vida. Al siguiente se llevaban los muebles y él tenía que coger el autobús con su familia, cuando en esto Aurorita que se pone a llorar y a decir que ella no marchaba, y patatús viene y patatús va, y el autobús que da bocinazos, y la gente que se junta, y el diputado que no sabe qué hacer. Total, que la chica estaba preñada de dos meses. Don Lino retrasó el viaje,

la boda se arregló, y murió el cuento. La chica se casó por lo civil, en el Juzgado. Pero después que se marchó su padre, una mañana fue a la iglesia con marido, padrinos y testigos, y don Julián les echó la bendición. Por cierto que se aprovechó la boda para encender la nueva iluminación, no en honor de los cónyuges, sino de doña Angustias, que iba de madrina y gracias a la cual la hija de don Lino se casaba por la Iglesia. Porque doña Angustias se había metido en el asunto y prometió un buen regalo.

Esto de la iluminación es otro cuento. Con la iglesia quemada, con el doctor Deza en paradero ignoto, con el padre Quiroga sepultado en el monasterio, de donde no ha vuelto a salir, don Julián se presentó un día en casa de doña Angustias a cantar la palinodia: «¡Si usted no arregla la iglesia, quemada y vacía quedará per saecula saeculorum!». Doña Angustias se conmovió, se echó a llorar, llegaron a un acuerdo, y al día siguiente, los albañiles otra vez en la iglesia. En poco tiempo se levantó en el altar mayor, donde antes estaba la pintura quemada, una hermosísima gruta de cemento, con flores, hierbas y arbustos, agua corriente imitando una cascada, la Virgen de Lourdes coronada de bombillas y una santa Bernardita con su vela eléctrica en la mano; y luces escondidas aquí y allá, que parecía cosa de teatro. El día de la inauguración fue de fiesta. Se cantó misa de tres curas y se trajo de Santiago a un famoso canónigo para el sermón. El canónigo no hizo más que alabar a doña Angustias y garantizarle que, con aquel regalo, se había ganado el cielo. Alguien se percató de que había desaparecido del presbiterio el banco del privilegio. Y preguntado don Julián, se limitó a responder. «¿Yo qué sé? Lo habrán tirado los albañiles». También estaba allí el prior del monasterio, con su sonrisa de cazurro. «Y el padre Eugenio, ¿qué hace?» «Trabaja. ¿Qué va a hacer? Trabaja y casi sostiene él solo el monasterio.» «Pero ¿en qué trabaja?» «En sus pinturas.» Siguió el interrogatorio, pero el prior no dijo más.

Y así continuamos en paz, gracias a Dios y a Cayetano Salgado. Fuera de Pueblanueva la cosa está que arde. En Pueblanueva no se mueve una rata, ni tampoco hay por qué. Se trabaja y se da gusto al amo, y el gusto del amo es que la gente trabaje y no se metan unos con otros. Los beatos, en la iglesia; los socialistas, en su local; los borrachos, en sus tabernas. Como mandan las izquierdas, las derechas no pían, pero tampoco les preocupa

gran cosa, porque van tirando. Cuando el señor Mariño regresa de Santiago y dice que se va a armar la gorda, todos sabemos que en Pueblanueva, no. Es el estado ideal. Cada cual a lo suyo, y los locos, fuera. Y, a propósito de locos, con el nuestro pasó una cosa muy chusca. Se presentó un día en el astillero con la pretensión de ver a Cayetano. «Espera —le dijeron—, que ahora viene.» «Es que quiero verlo solo.» Pasaron el recado; Cayetano dijo que sí; pero, al entrar Paquito en la oficina, Martínez Couto le arrebató el bastón. «¡Dame el bastón, hijo de la gran puta!» «O lo dejas aquí o no entras.» El Relojero se tiró como una fiera a recobrarlo y, en esto, llegó Cayetano. «Pero ¿qué pasa? Quién trata de esa manera a mi amigo el Relojero?» La gente de la oficina se había juntado alrededor y jaleaban. «Este cabrito, que me quitó el bastón.» «A ver, démelo, Martínez.» «¡No! —gritaba el Relojero—, ese bastón es mío», y quería recobrarlo como fuera; pero Martínez Couto se lo echaba a Cayetano y Cayetano a Martínez Couto, y así estuvieron divirtiéndose hasta que, a una señal del amo, dos o tres de los presentes sujetaron al loco mientras Cayetano examinaba el bastón. Resultó que escondía un mecanismo que, con un gatillo, disparaba un pincho de acero de un palmo de largo y afilado como un bisturí, y tan recio, que allí mismo, al probarlo, atravesó una puerta. «¡Ah, miserable! ¿con que querías matarme?» «¿Quién se lo dijo?» «¡No hay más que verlo! Me querías atravesar la barriga.» «¡Ese bastón es para defenderme!» Pataleaba el loco, se retorció y decía demonios por aquella boca; contra don Carlos Deza principalmente, a quién llamaba traidor, sin que nadie pueda explicarse las razones. No le valió de nada. Fue detenido y está en el manicomio de Conjo, donde dicen que no habla con nadie y se muere poco a poco de tristeza.

También anda triste Cayetano. ¿Por qué? Tiene lo que apeteció durante toda su vida, y nadie se lo disputa. Pero es el caso que anda triste. Al principio, nos chocó. Ahora, estamos acostumbrados y ya no se comenta. Apenas se habla de él; y ese poco, bien. Dicen por ahí fuera que no tenemos libertad. ¡Qué tontería! La gente sigue bebiendo; se murmura del Gobierno cuando sale a cuento, y en las noches de calor la juventud fornicaba en los sembrados que es una gloria. ¿Habrá libertad mayor? El que no esté contento, que se vaya. Pero Pueblanueva del Conde es un paraíso, si se compara con lo de antes. Y lo será para siempre.



GONZALO TORRENTE BALLESTER. (A Coruña, 13 de junio de 1910 - Salamanca, 27 de enero de 1999). Escritor español. Cursa Derecho y Letras y enseña sucesivamente en la Universidad de Santiago, en institutos de Santiago y Madrid y en varias universidades norteamericanas. Durante la Guerra Civil es militante falangista y comienza sus inicios literarios interesándose por el teatro, con un texto teórico aparecido en la revista *Jerarquía (Razón de ser de la dramática futura, 1937)* y varios dramas simbólicos: *El casamiento engañoso* (1938), *Lope de Aguirre* (1941) y *República Barataria* (1942). Ciertos aspectos de su primera novela, *Javier Mariño* (1943), muestran todavía su vinculación al falangismo, a pesar de verse ésta modificada por motivos de censura.

Posteriormente escribe *El golpe de Estado de Guadalupe Limón* (1946), *Ifigenia* (1950), la trilogía *Los gozos y las sombras* (entre 1967 y 1971), *Don Juan* (1963) y *Off-side* (1969).

La publicación en 1972 de *La saga/fuga de J.B.*, que recibe los premios *Ciudad de Barcelona* y *de la Crítica*, es acogida con gran entusiasmo por la crítica y el público. Convertido en un escritor de éxito, publica posteriormente

La isla de los jacintos cortados (1982), *Filomeno, a mi pesar* (1988, Premio Planeta) y *Crónica del rey pasmado* (1989).

De su labor como ensayista destacan *Panorama de la literatura española contemporánea* (1956), *Teatro español contemporáneo* (1957), *Siete ensayos* (1972) y *El Quijote como juego* (1975).

En 1975 es elegido miembro de la Real Academia Española. Recibe el *Premio Nacional de Literatura* en 1981, el *Premio Príncipe de Asturias* en 1982 y el *Cervantes* en 1985. Entre sus últimas obras se encuentran *La boda de Chon Recalde* (1994) y *Los años indecisos* (1996), así como el que es su primer libro infantil, *Doménica* (1999).